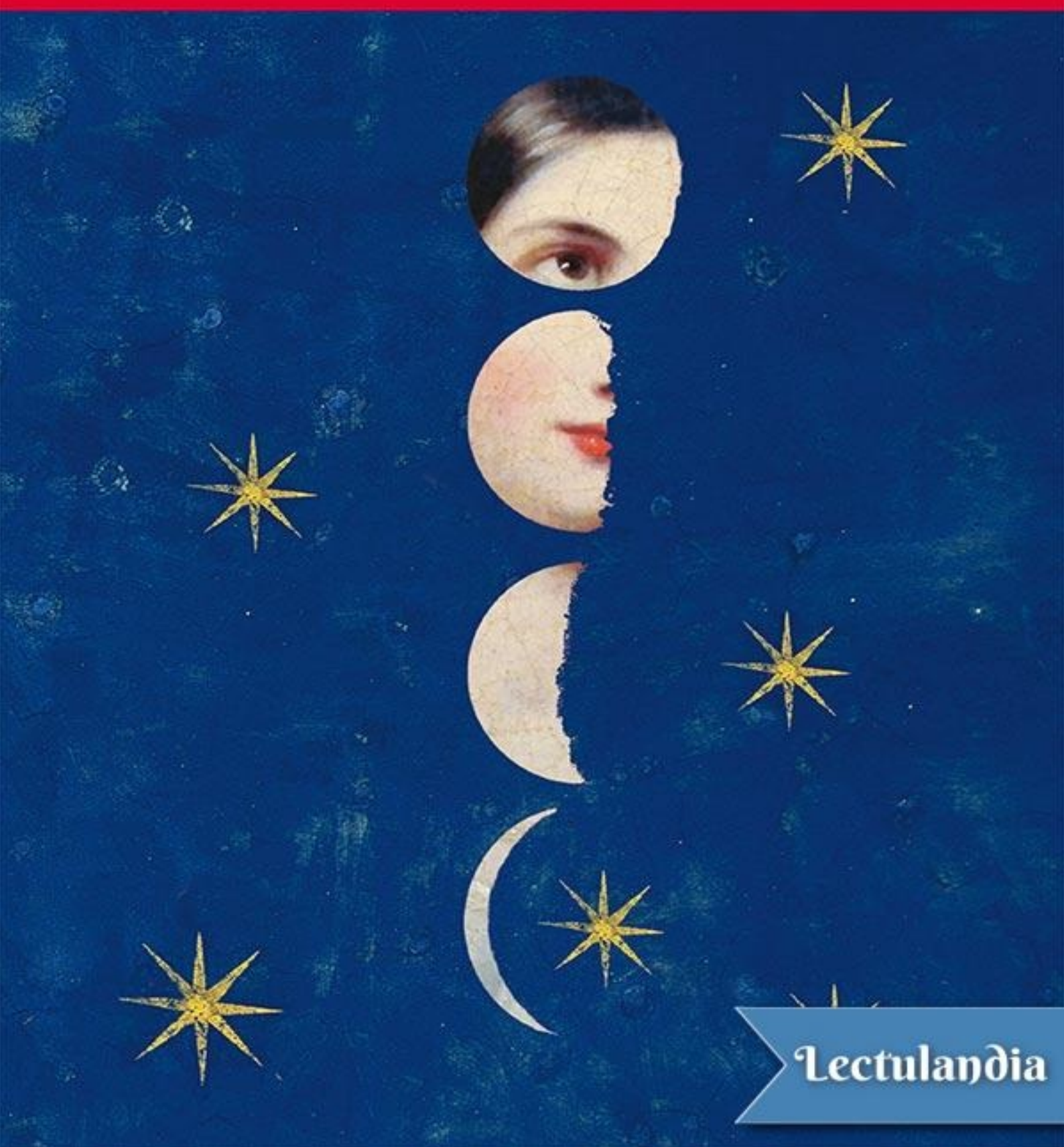


LAS LUMINARIAS

Eleanor Catton



Lectulandia

***Las luminarias* es una obra de ficción extraordinaria deliciosamente compleja a nivel narrativo, lingüístico y psicológico, además de poseer una estructura inteligente y original.**

Escrita en un registro propio de la novela histórica, reproduce evocadoramente el mundo de mediados del siglo XIX y de la fiebre del oro, del auge de la navegación y las finanzas, aunque al mismo tiempo funciona como un relato de fantasmas y una emocionante novela de misterio.

Un tempestuoso día de enero una prostituta es arrestada. Ese hecho podría pasar desapercibido en mitad de la fiebre del oro que recorre la costa de Nueva Zelanda en el año 1866, si no fuera por los otros tres acontecimientos misteriosos que se producen el mismo día: se descubre una enorme fortuna en la casa de un borracho indigente, un hombre rico desaparece y un capitán de navío de mala reputación suspende todos sus tratos y leva anclas, como si pretendiera darse a la fuga. Los tres hombres están conectados con Anna Wetherell, la prostituta en cuestión. Los doce hombres más poderosos de la ciudad se reúnen en la taberna local para debatir sobre esta secuencia de hechos aparentemente fortuitos, pero su asamblea es interrumpida por la llegada de un extraño: el joven Walter Moody, que también esconde su propio secreto; Moody pronto se verá involucrado en el misterio: una red de destinos y fortunas que resulta tan compleja y tan bien intrincada como el firmamento nocturno.

Lectulandia

Eleanor Catton

Las luminarias

ePub r1.1

Titivillus 31.05.15

Título original: *The Luminaries*

Eleanor Catton, 2013

Traducción: Celia Montolío

Diseño de cubierta: Jenny Griff

Imagen de cubierta por cortesía de The Canterbury Auction Galleries

Ilustraciones: Barbara Hilliam

Editor digital: Titivillus

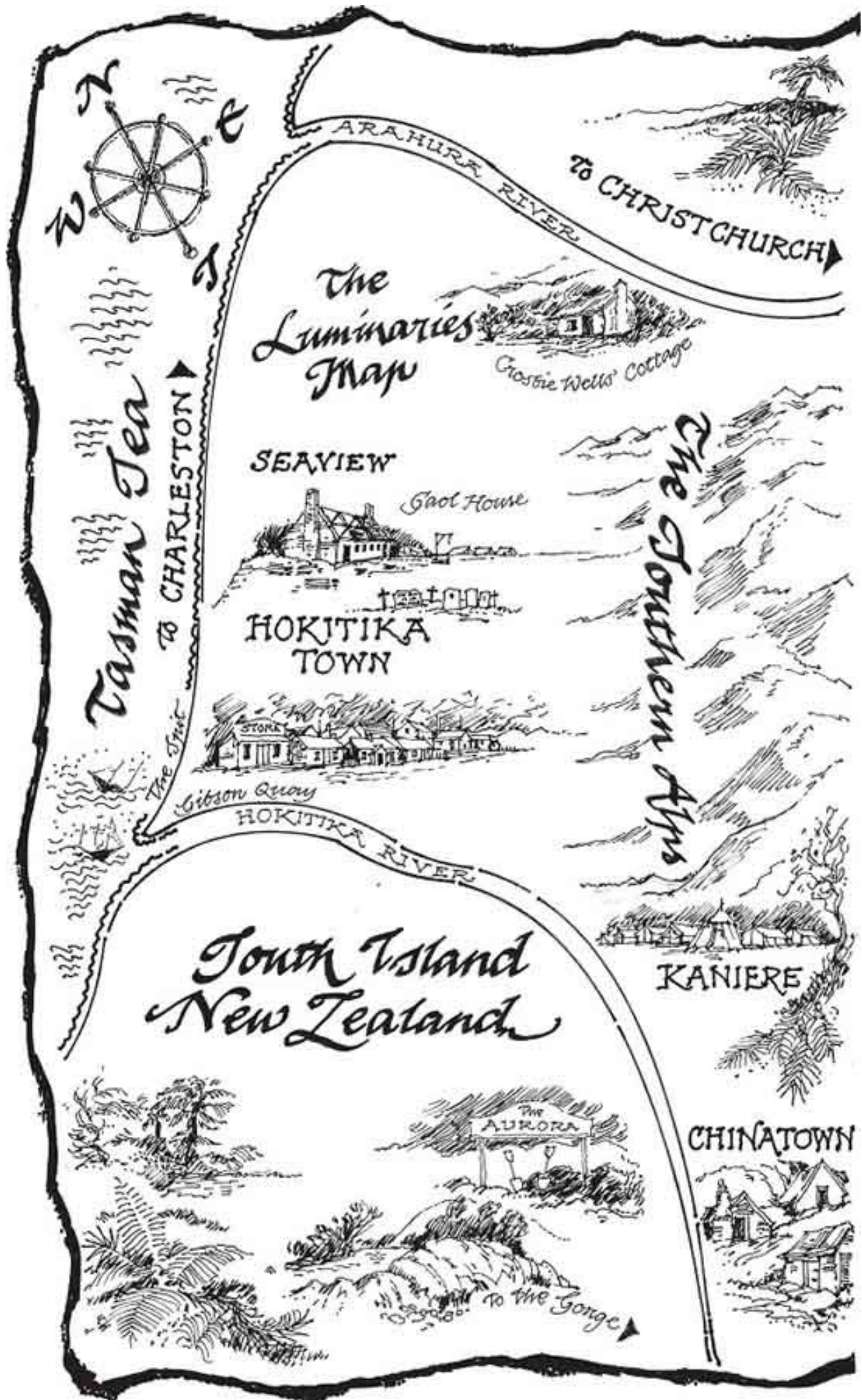
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para papá, que ve las estrellas, y para Jude, que oye su música.

Aviso al lector

Las posiciones estelares y planetarias que aparecen en este libro han sido determinadas astronómicamente. Es decir, que tenemos en cuenta el fenómeno celeste conocido como *precesión*, movimiento por el cual el equinoccio vernal, equivalente astrológico del meridiano de Greenwich, se ha desplazado. En otros tiempos, el equinoccio vernal (otoñal en latitudes meridionales) ocurría mientras el Sol se hallaba en la constelación de Aries, el primer signo. Ahora ocurre mientras el Sol está en Piscis, el duodécimo. En consecuencia, y como advertirán los lectores de este libro, cada signo del Zodiaco «ocurre» aproximadamente un mes después de lo que cree el saber popular. Con esta corrección no pretendemos faltarle al respeto al saber popular; sí queremos observar, no obstante, que el antedicho error pasa por alto el dato material de nuestro firmamento decimonónico, y nos atrevemos a conjeturar, asimismo, que la naturaleza de esta convicción podría considerarse pisciana: emblemática, en efecto, de los nacidos en la Era de Piscis, una era de espejos, tenacidad, instinto, relaciones gemelares y cosas ocultas. Esta idea nos satisface. Nos reafirma en nuestra fe en la vasta y sabia influencia del cielo infinito.



Carta de personajes

ESTELARES:

Te Rau Tauwhare, *buscador de piedra verde*

Charlie Frost, *bancario*

Benjamin Löwenthal, *periodista*

Edgar Clinch, *hotelero /*

Dick Mannering, *magnate de yacimientos auríferos*

Quee Long, *orfebre*

Harald Nilssen, *comisionista mercantil*

Joseph Pritchard, *boticario*

Thomas Balfour, *consignatario*

Aubert Gascoigne, *oficial de juzgado*

Sook Yongsheng, *minero*

Cowell Devlin, *capellán*

PLANETARIOS:

Walter Moody

Lydia (Wells) Carver, *de soltera Greenway*

Francis Carver

Alistair Lauderback

George Shepard

Anna Wetherell

Emery Staines

TERRA FIRMA:

Crosbie Wells

CASA AFÍN:

Cabaña de Wells (Valle Arahura)

Banco de la Reserva (calle Revell)

Oficina *del West Coast Times* (calle Weld)

Hotel Gridiron (calle Revell)

Mina de oro Aurora

Forja del Barrio Chino (Kaniere)

Nilssen & Co. (muelle Gibson)

Fumadero de opio (Kaniere)

Godspeed (bricbarca, reg. en Port Chalmers)

Juzgados de Hokitika (juzgado de primera instancia)

The Wayfarer's Fortune (calle Revell)

Cárcel de Hokitika (Seaview)

INFLUENCIA AFÍN:

Razón

Deseo

Fuerza

Mando

Restricción

Lo más exterior (antes lo más interior)

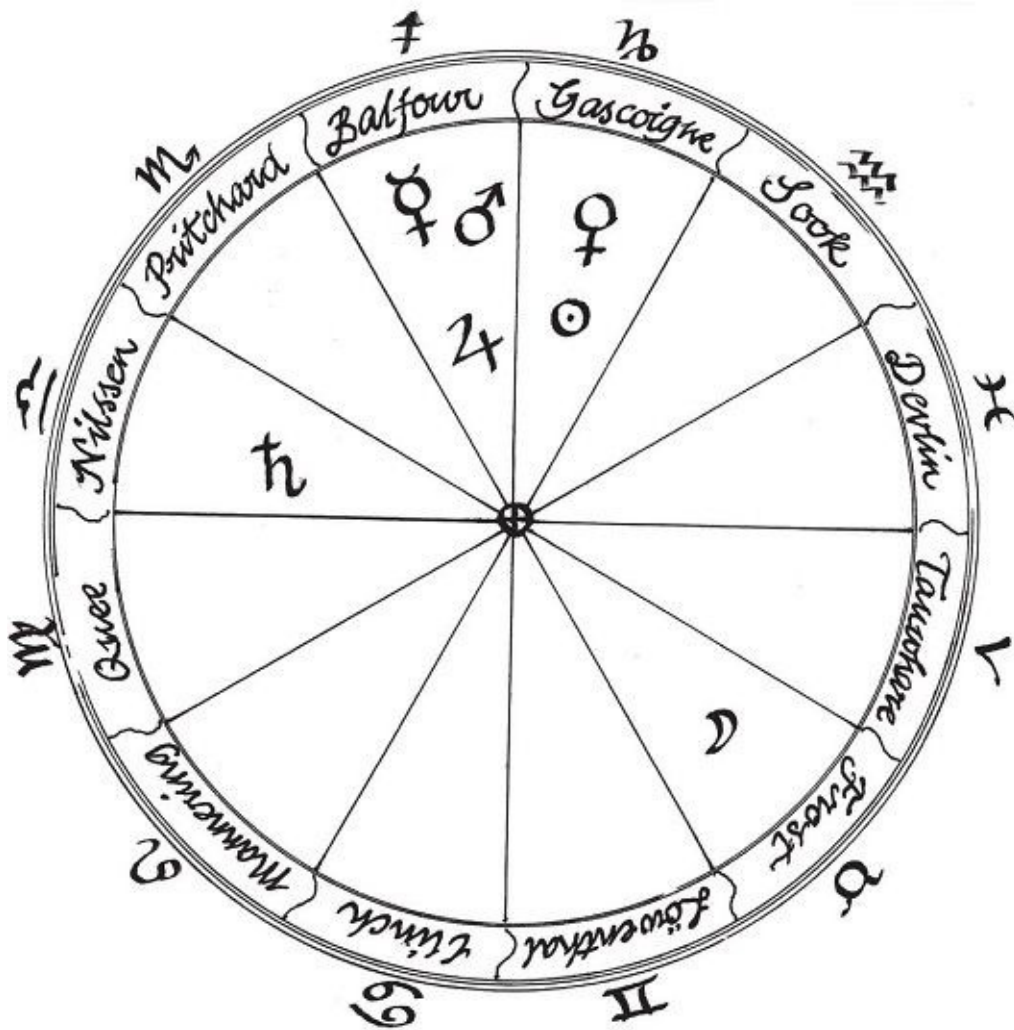
Lo más interior (antes lo más exterior)

(fallecido)

Primera parte
Una esfera dentro de una esfera

27 de enero de 1866

42° 43' 0" S / 170° 58' 0" E



MERCURIO EN SAGITARIO

En el que un forastero arriba a Hokitika, se interrumpe un conciliábulo, Walter Moody oculta sus recuerdos más recientes y Thomas Balfour empieza a contar una historia

Los doce hombres congregados en la sala de fumadores del hotel Crown daban la impresión de ser un grupo reunido al azar. Por la variedad de portes y atuendos — levitas, fracs, chaquetas Norfolk con botones de asta, piel de topo amarilla, batista y sarga— podrían haber sido doce extraños en un vagón de tren, cada uno rumbo a un rincón distinto de una ciudad dotada de niebla y mareas suficientes para separarlos; en efecto, el estudiado aislamiento con que cada hombre se enfrascaba en su periódico, se inclinaba para sacudir las cenizas en la rejilla de la chimenea o colocaba la mano abierta sobre el paño de la mesa de billar para lanzar su tiro conspiraba hacia el mismo tipo de silencio corpóreo que se produce, a última hora de la tarde, en un ferrocarril público, amortiguado en este caso no por el runrún y el traqueteo de los vagones, sino por el copioso repiqueteo de la lluvia.

Tal era la percepción del señor Walter Moody desde el umbral, donde se había detenido con la mano apoyada en el marco de la puerta. Desconocía que hubiese interrumpido ningún tipo de conferencia privada, ya que todos habían dejado de hablar al oír sus pasos en el pasillo; para cuando abrió la puerta, cada uno de los doce hombres había reanudado su ocupación (sin orden ni concierto en el caso de los jugadores de billar, pues habían olvidado sus posiciones) con un alarde de absorción tan estudiado que ninguno alzó siquiera la vista cuando entró en la habitación.

El aire severo y uniforme con que lo ignoraban los hombres podría haber despertado el interés del señor Moody, de haber sido el mismo de siempre en cuerpo y en temperamento. Pero lo cierto era que estaba inquieto y alterado. Había sabido que, en el peor de los casos, el viaje a West Canterbury podría haber resultado fatídico, una interminable fosa ondulada de agua blanca y espuma que moría en el destrozado camposanto de la barra de Hokitika, pero no había estado preparado para los particulares horrores de la travesía, de los que todavía era incapaz de hablar, ni siquiera para sus adentros. Moody, por naturaleza, perdía la paciencia ante cualquier posible defecto de su persona —tanto el miedo como la enfermedad lo llevaban a la introspección—, y fue este el motivo de que, cosa poco habitual en él, no calibrase el tenor de la habitación en la que acababa de entrar.

La expresión natural de Moody era decidida y atenta. Sus grandes ojos grises miraban sin pestañear, y su boca flexible y aniñada esbozaba por lo general una

expresión de cortés solicitud. Su cabello tendía a ensortijarse; de joven, los tirabuzones le habían caído sobre los hombros, pero ahora lo llevaba cortado a ras del cráneo, con la raya a un lado y re peinado con una pomada de dulce olor que oscurecía su tono dorado, tornándolo un untuoso castaño. Su frente y sus mejillas eran angulosas, su nariz recta y su tez suave. Aún no había cumplido los veintiocho años, seguía siendo ágil y preciso en sus movimientos y poseía esa modalidad de vigor pícaro y sin mácula que no transmite ni credulidad ni astucia. Su modo de presentarse era el de un mayordomo discreto y sagaz, y en consecuencia era frecuente que hasta el menos locuaz de los hombres se confiase a él, o que lo invitasen a mediar en relaciones entre personas a las que había conocido tan solo recientemente. Tenía, en suma, un aspecto que delataba muy poco de su carácter y en el que la gente se sentía inclinada a confiar al punto.

A Moody no se le pasaba por alto la ventaja que le concedía su inescrutable garbo. Como casi todas las personas de desmesurada belleza, había estudiado su reflejo minuciosamente, y, en cierto modo, como mejor se conocía era por fuera; siempre se hallaba en algún aposento de su mente percibiéndose desde el exterior. Se había pasado horas y horas en la recámara de su vestidor, donde el espejo triplicaba su imagen: de perfil, de medio lado y de cara, el Carlos de Van Dyck, aunque mucho más imponente. Era esta una costumbre íntima, costumbre que él probablemente habría desmentido, pues ¡cuán rotunda es la condena que del escrutinio de la propia persona hacen los profetas morales de nuestra época! Como si el yo careciera de toda relación con el yo, y uno solo se mirase al espejo para confirmar su arrogancia; como si el acto de contemplarse a uno mismo no fuera tan sutil, tenso y cambiante como cualquier otro vínculo entre almas gemelas. En su fascinación, Moody no pretendía tanto elogiar su propia belleza como llegar a dominarla. Cierto es que siempre que sorprendía su reflejo, ya fuese en una balconada o en una cristalera al anochecer, se estremecía de satisfacción; pero igual que podría estremecerse un ingeniero que al toparse con un mecanismo de su invención juzga que es espléndido y rutilante, que está engrasado como es debido y que funciona exactamente como había pronosticado que lo haría.

En estos momentos se veía a sí mismo de pie en la entrada de la sala de fumadores, y sabía que la planta que ofrecía era de una compostura perfecta. Estaba casi temblando de cansancio; en sus entrañas pesaba una plúmbea carga de pavor; tenía la sensación de que lo seguían, incluso de que le estaban pisando los talones; estaba aterrorizado. Contempló la habitación con aire de cortés indiferencia y respeto. Tenía el aspecto de un lugar reconstruido de memoria al cabo del tiempo, cuando muchas cosas han caído en el olvido (morillos, cortinajes, una repisa de chimenea como Dios manda), pero persisten los pequeños detalles: una imagen del difunto Príncipe Consorte, por ejemplo, recortada de una revista y clavada con tachuelas a la pared que daba al patio; la costura en medio de la mesa de billar, que había sido aserrada en dos en los muelles de Sídney para que sobreviviera mejor a la travesía; el

montón de periódicos sobre el secreter, sus páginas desgastadas y borrosas debido al roce de tantas manos. Los dos ventanucos que flanqueaban el hogar daban al patio trasero del hotel, una parcela cenagosa sembrada de cajas y bidones herrumbrosos separada de los terrenos colindantes tan solo por matojos de maleza y helechos bajos y, al norte, por una fila de conejeras cuyas puertas habían sido encadenadas para protegerlas de los ladrones. Más allá de esta periferia difusa se veían cuerdas de tender medio aflojadas que se entrecruzaban tras las casas que asomaban a una manzana de distancia al este, pilas entramadas de madera en bruto, pocilgas, montoneras de chatarra y chapa de hierro, artesas de lavado y tubos rotos, todo ello abandonado o en un estado de mayor o menor deterioro. El reloj había dado esa avanzada hora del crepúsculo en la que parece que los colores pierden súbitamente su intensidad, y llovía a cántaros; a través del vidrio prensado, el patio se desteñía y cada vez se veía más borroso. Dentro, las lamparillas de alcohol aún no habían sucedido a la luz marina del día moribundo, y en virtud de su palidez parecían acentuar la tristura general de la decoración de la estancia.

Para un hombre acostumbrado a su club de Edimburgo, donde todo estaba iluminado en tonos rojos y dorados y los sofás tachonados relucían con una intensidad que reflejaba la circunferencia de los caballeros en ellos sentados, y donde, nada más entrar, le daban a uno una suave chaqueta que desprendía un agradable olor a anís o a menta, momento a partir del cual bastaba con acercar el dedo a la cuerda de la campanilla para pedir una botella de clarete en una bandeja de plata, el panorama era de lo más burdo. Pero Moody no era un hombre para el que una calidad ofensiva constituyese causa suficiente para enfurruñarse: la tosca sencillez del lugar solo lo llevó a retraerse interiormente, de la misma manera que un hombre rico se hace con presteza a un lado, vidriosa la mirada, cuando lo sale al paso un mendigo en la calle. Su apacible semblante no se inmutó mientras recorría la habitación con la vista, pero, en su fuero interno, cada nuevo detalle —el montoncito de cera sucia debajo de esta vela de aquí, el cerco de polvo en torno a ese cristal de allá— lo hacía replegarse más en sí mismo y pertrecharse más rígidamente contra la escena.

Este retraimiento, a pesar de ser inconsciente, no era deudor de los prejuicios habituales de las grandes fortunas —de hecho, Moody solo era modestamente rico y solía dar monedas a los pobres, si bien, hay que reconocerlo, nunca dejaba de sentir un leve escalofrío de placer por su largueza—, sino más bien del desequilibrio personal sobre el cual se esforzaba por prevalecer en estos momentos sin que se notase. Al fin y al cabo, esta era una ciudad aurífera, recién construida entre la selva y el oleaje en el límite más meridional del mundo civilizado, y no había esperado encontrarse con lujos.

La verdad era que no habían pasado ni seis horas desde que Moody, a bordo del bricbarca que le había llevado desde Port Chalmers hasta el fragmento salvaje de la costa, había presenciado un acontecimiento tan extraordinario y turbador que ponía todas las demás realidades en tela de juicio. Todavía tenía presente la escena, como si

en algún rincón de su mente se hubiese entreabierto una puerta para mostrar una franja de luz grisácea y ahora fuese incapaz de desear que volviera la oscuridad. Estaba haciendo grandes esfuerzos para evitar que esa puerta se abriese más. En semejante estado de fragilidad, todo lo que fuese poco convencional o inconveniente constituía una afrenta personal. Tenía la sensación de que la sombría escena que tenía ante sí era toda ella un eco de las tribulaciones que acababa de padecer, y la rehuyó para impedir que su mente siguiera la pista de esta conexión y regresase al pasado. El desdén era útil. Le procuraba un firme sentido de la proporción, una legitimidad a la que podía recurrir para sentirse seguro.

Tachó la habitación de desafortunada, parva y lóbrega; y con su fuero interno fortificado de este modo contra el mobiliario, se volvió hacia los doce ocupantes. Un panteón invertido, pensó, y al dar vía libre a esta idea se sintió de nuevo un poco más sereno.

Los hombres estaban bronceados y curtidos a la manera de los hombres de la frontera; tenían los labios blanquecinos a fuer de agrietados, y un porte que expresaba privaciones y pérdidas. Dos de ellos eran chinos, ataviados idénticamente con calzado de paño y holgados vestidos grises de algodón; tras ellos se hallaba un nativo maorí, su rostro tatuado con volutas de un azul verdoso. En cuanto al resto, Moody no era capaz de averiguar su origen. Aún no entendía cómo era posible que las excavaciones envejeciesen a un hombre en cuestión de meses; mientras recorría la habitación con la mirada, consideró que era el más joven de los presentes, cuando en realidad había varios hombres que lo eran más y otros de su misma edad. Poco les quedaba ya del lustre de la juventud. Estarían malhumorados para el resto de sus días, inquietos, zozobrantés, cenicientos y tosiendo polvo en los surcos marrones de las palmas de sus manos. A Moody le parecían vulgares, incluso pintorescos; le parecían hombres de poca influencia; no se preguntó por qué estaban tan callados. Quería un brandy, y también un lugar donde sentarse y cerrar los ojos.

Entró y se quedó un instante en el umbral esperando a que salieran a recibirlo, pero al ver que nadie hacía ningún gesto de bienvenida ni de rechazo dio otro paso al frente y cerró suavemente la puerta a sus espaldas.

Una vaga reverencia en dirección a la ventana y otra en dirección al hogar bastaron como presentación general de su persona, y a continuación se acercó a la mesita y se sirvió una bebida de las licoreras dispuestas a tal efecto. Escogió un puro y lo cortó; mientras se lo encajaba entre los dientes, se volvió de cara a la habitación y escudriñó de nuevo los rostros. Nadie parecía ni siquiera remotamente afectado por su presencia. Esto le gustó. Tomó asiento en el único sillón disponible, encendió su puro y se arrellanó con el suspiro íntimo de un hombre que piensa que su confort cotidiano está, por una vez, muy bien merecido.

Su contento duró poco. Apenas había estirado las piernas y cruzado los tobillos (observó, para su fastidio, que la sal seca había dibujado surcos blancos en sus pantalones) cuando el hombre que estaba inmediatamente a su derecha se inclinó

hacia delante en su silla, pinchando el aire con la colilla de su puro.

—Eh, oiga, ¿tiene usted algún asunto entre manos aquí, en el Crown? —le preguntó.

El modo de formularlo fue bastante brusco, pero la expresión de Moody no lo acusó. Incluyó cortésmente la cabeza y explicó que, en efecto, había reservado una habitación en el piso de arriba y que había llegado a la ciudad esa misma tarde.

—¿Quiere decir que acaba de desembarcar?

Moody volvió a inclinar la cabeza y afirmó que eso era precisamente lo que quería decir. A fin de no parecerle cortante al hombre, añadió que venía de Port Chalmers con la intención de probar suerte buscando oro.

—Eso está bien —dijo el hombre—. Eso está bien. Ha habido nuevos hallazgos por ahí por la playa; está plagadita. Arenas negras: esa es la consigna que escuchará. Arenas negras en dirección a Charleston; eso está al norte de aquí, claro..., Charleston. Aunque en el desfiladero también se sacará un sueldo. ¿Trae un compañero o ha venido solo?

—Yo solo.

—¡Conque nada de vínculos!

—Bueno —dijo Moody, de nuevo sorprendido por la formulación—. Tengo intención de procurarme mi propia fortuna, eso es todo.

—Nada de vínculos —repitió el hombre—. Y ningún asunto entre manos; porque dice que no tiene ningún asunto entre manos aquí, en el Crown, ¿no es así?

Esto de exigir dos veces la misma información era impertinente, pero el hombre parecía cordial, incluso tenía cierto aire distraído, y no paraba de rasgarse la solapa del chaleco con los dedos. Quizá, pensó Moody, no había sido lo bastante claro.

—Lo único que tengo que hacer en este hotel es descansar —explicó—. Los próximos días iniciaré mis pesquisas en las excavaciones: qué ríos son productivos, qué valles están secos... y, por decirlo así, me pondré al corriente de la vida del minero. Tengo pensado quedarme aquí en el Crown una semana, y después emprender el camino hacia el interior.

—Así que nunca ha excavado.

—No, señor.

—¿Nunca ha visto el color del oro?

—Solo en la joyería; en un reloj o en una hebilla, nunca puro.

—Pero ¡habrá soñado con él en estado puro! ¡Lo habrá soñado..., se habrá visto a sí mismo arrodillado en el agua, tamizando para separar el metal de la arenilla!

—Supongo..., bueno, no exactamente —dijo Moody. El estilo expansivo de la charla del hombre se le antojaba bastante peculiar: a pesar de su aire distraído hablaba con vehemencia, y con una energía que casi resultaba impertinente. Moody miró a su alrededor, deseoso de intercambiar una mirada cómplice con alguno de los presentes, pero no consiguió que sus ojos se cruzasen con los de nadie. Tosió, y añadió—: Supongo que he soñado con lo que viene después..., es decir, con aquello a

lo que puede conducir el oro, en lo que puede convertirse.

Al hombre pareció que le agradaba esta respuesta.

—Alquimia inversa, así es como me gusta a mí llamarlo. Me refiero a todo esto de buscar oro. Alquimia inversa. ¿Me entiende? La transformación no en oro, sino a partir del oro...

—Una idea excelente, señor —observó Moody, y hasta pasado un rato no habría de reflexionar que esta noción armonizaba con su reciente imagen de un panteón invertido.

—Y qué me dice de sus averiguaciones —dijo el hombre, asintiendo vigorosamente—. Sí, de sus averiguaciones..., porque estará preguntando por ahí, supongo, qué tipo de palas, de artesas... y mapas y todo eso.

—Sí, exactamente. Pretendo hacerlo bien.

El hombre se arrellanó en su sillón; era evidente que se estaba divirtiendo mucho.

—Una semana de pensión completa en el hotel Crown ¡solo para hacer preguntas! —Soltó una breve risotada—. ¡Y después se pasará dos semanas en el barro para recuperar lo que ha gastado!

Moody volvió a cruzar los tobillos. No estaba en disposición de ánimo para corresponder a la energía del otro hombre, pero lo habían educado con demasiada rigidez como para que se le pasase siquiera por la cabeza ser descortés. Se podría haber limitado a disculparse por su turbación y confesar que sentía un vago malestar —desde luego, el hombre parecía comprensivo, con aquellos dedos que no paraban de rasgurar y aquella risa que subía a borbotones—, pero Moody no tenía por costumbre sincerarse con extraños, menos aún revelarle sus dolencias a otro hombre. Se removió en su interior y dijo, en un tono de voz más vivaracho:

—¿Y usted, caballero? Me da la impresión de que se ha establecido bien aquí.

—Sí, en efecto —replicó el otro—. Agencia Naviera Balfour; nos habrá visto nada más pasar los corrales, un lugar de primera..., ya sabe, la calle del Embarcadero. Balfour: ese soy yo. Thomas es mi nombre de pila. Va a necesitar un nombre de pila en las excavaciones: en el desfiladero, a nadie se le llama «señor».

—Entonces debería ponerme ya a practicar con el mío —dijo Moody—. Es Walter. Walter Moody.

—Sí, pero sepa que lo llamarán de todo antes que Walter —dijo Balfour, dándose un manotazo en la rodilla—. Walt el Escocés, quizá. O Walt Dos-Manos, Wally el Pepitas... ¡Ja!

—Ese nombre me lo tendré que ganar.

Balfour se rio.

—Nada de ganárselo. Grandes como una pistola de señora, algunas de las que yo he visto. Grandes como una pistola de señora..., pero le aseguro que no es ni la mitad de difícil ponerles la mano encima.

Thomas Balfour tenía unos cincuenta años de edad y un cuerpo compacto y robusto. Su cabello era completamente cano, peinado hacia atrás desde la frente y

largo alrededor de las orejas. Lucía una barba cuadrada, y era dado a acariciársela con el cuenco de la mano cuando algo lo divertía; esto mismo hizo ahora, complacido por su propio chiste. Su prosperidad armonizaba con él, pensó Moody, reconociendo en el hombre la relajada sensación de merecimiento que llega cuando el optimismo de toda una vida se ha visto ratificado por el éxito. Iba en mangas de camisa; su pañuelo, a pesar de ser de seda y de fina hechura, tenía manchas de salsa y se le estaba aflojando por el cuello. Moody estimó que debía de ser un libertario: inofensivo, de espíritu renegado y alegre en sus efusiones.

—Estoy en deuda con usted, señor —dijo—. Esta es la primera de muchas costumbres que ignoro por completo, estoy seguro. No me cabe duda de que habría cometido el error de utilizar mi apellido en el desfiladero.

Era cierto que su imagen mental de las excavaciones de Nueva Zelanda era extremadamente imprecisa, pues estaba informada sobre todo por bosquejos de los yacimientos de oro de California —cabañas de troncos, valles de fondos llanos, vagones polvorientos— y por una vaga sensación (no sabía de dónde le venía) de que la colonia era de algún modo la sombra de las Islas Británicas, el anverso inmaduro y salvaje de la sede y el corazón del Imperio. Lo había sorprendido, al doblar las puntas de la península de Otago unas dos semanas antes, ver mansiones en el cerro, muelles, calles y jardincitos; y lo sorprendió, en estos momentos, observar cómo un caballero bien trajeado le pasaba sus fósforos a un hombre chino y se inclinaba después por encima de él para recuperar su vaso.

Moody era un antiguo alumno de Cambridge, nacido en Edimburgo en el seno de una familia de modesta fortuna con tres empleados domésticos a su servicio. Los círculos sociales que había frecuentado en Trinity, y después, en años más recientes, en Inner Temple, distaban mucho de la rigidez de los círculos nobiliarios, donde la única diferencia entre la historia y el contexto de unos y otros era una cuestión de grado; no obstante, su educación lo había vuelto estrecho de miras, pues le había enseñado que el modo adecuado de entender cualquier sistema social era contemplarlo desde arriba. Con sus compañeros del colegio universitario (vestidos con capas y borrachos de vino del Rin) defendía la fusión de las clases con toda la angustia y la vitalidad de los jóvenes, pero cuando se la encontraba en la práctica siempre se asustaba. Aún no sabía que un yacimiento de oro era un lugar de mugre y riesgo, donde cada tipo era un extraño para su vecino y un extraño para la tierra; donde podía haber oro a espuestas en la artesa de un tendero y nada en la de un abogado; donde no había divisiones. Moody era unos veinte años más joven que Balfour y por tanto le hablaba con deferencia, pero era consciente de que Balfour era un hombre de rango inferior al suyo, como también era consciente de que lo rodeaba una extraña miscelánea de personas cuyos patrimonios y orígenes no tenía modo de adivinar. Su cortesía, por tanto, tenía cierto tono acartonado, de la misma manera que un hombre que no suele hablar con niños carece de todo criterio sobre lo que resulta conveniente y en consecuencia se mantiene distante, y envarado, por mucho que

desea ser amable.

Thomas Balfour notaba esta condescendencia, y estaba encantado. Sentía una divertida aversión hacia los hombres que hablaban, según él, «demasiado bien», y gustaba de provocarlos... no para hacerlos enfadar, lo cual lo aburría, sino para que se mostrasen vulgares. La rigidez de Moody se le antojaba un collarín a la moda, de hechura aristocrática e insoportablemente restrictivo para quien lo llevaba —así veía él todas las convenciones de la gente fina: como adornos inútiles— y disfrutaba al ver a Moody tan incómodo a causa de su refinamiento.

Balfour era, en efecto, un hombre de rango humilde, tal y como había adivinado Moody. Su padre había trabajado en una talabartería de Kent, y él mismo lo habría sucedido en el puesto si en su undécimo año de vida un incendio no se hubiese llevado al padre con el establo; pero era un muchacho inquieto, con los puños de la camisa deshilachados y una impaciencia que desdecía de la expresión soñadora, medio ausente, que solía lucir, y un trabajo tan porfiado no habría sido para él. En cualquier caso, como solía decir, un caballo no podía seguir el ritmo de un vagón de tren, y el oficio no había capeado el trajín de los tiempos cambiantes. A Balfour le era muy grato pensar que se hallaba en la vanguardia de una era. Cuando hablaba del pasado, era como si cada década anterior al presente año fuese una vela mal hecha que se hubiese quemado y consumido. No sentía la menor nostalgia por las cosas de su infancia —el oscuro licor de las cubas de curtir, el escurridor de cueros, la bolsa de piel de becerro donde su padre guardaba sus agujas y su punzón— y casi nunca las recordaba, excepto para compararlas con industrias más modernas. Las menas: ahí era donde estaba el dinero. En las minas de carbón, en las acerías y en el oro.

Empezó con el vidrio. Tras varios años de aprendiz, fundó una fábrica de vidrio, una modesta empresa que más adelante vendió por valor de una participación en una mina de carbón que, a su debido tiempo, se amplió hasta convertirse en una red de pozos mineros y fue vendida a inversores de Londres por muchísimo dinero. No se casó. En su trigésimo aniversario compró un billete de ida en clíper a Veracruz, la primera etapa de un viaje de nueve meses que habría de llevarlo por tierra hasta los yacimientos de oro de California. El relumbre de la vida del buscador de oro pronto palideció, pero el trajín y la esperanza incesantes de los yacimientos, no; con su primer polvo de oro compró participaciones en un banco, construyó tres hoteles en cuatro años y prosperó. Cuando California se agotó, liquidó todo y zarpó con rumbo a Victoria —un nuevo descubrimiento, una nueva tierra ignota—, y de allí, al oír de nuevo la llamada que cruzaba el océano como el sonido de un caramillo transportado por una rara brisa, a Nueva Zelanda.

A lo largo de sus dieciséis años en yacimientos vírgenes, Thomas Balfour había conocido a muchísimos hombres como Walter Moody, y decía mucho a favor de su carácter que hubiese conservado, durante tanto tiempo, un afecto y una estima profundos por el candor de unos hombres a los que la experiencia aún no había puesto a prueba. Balfour simpatizaba con la ambición, y su generosidad de espíritu,

como buen hombre hecho a sí mismo, era poco ortodoxa. La iniciativa lo agradaba; el deseo lo agradaba. Estaba predispuesto a que Moody le cayese bien por la sencilla razón de que había emprendido una actividad de la que era evidente que apenas sabía nada, y de la que seguramente esperaba obtener grandes ganancias.

Esta noche en particular, sin embargo, no era que Balfour no tuviese cosas que hacer. La entrada de Moody había sorprendido bastante a los doce hombres reunidos, que habían tomado todo tipo de precauciones para garantizar que no serían interrumpidos. El salón principal del hotel Crown estaba cerrado esa noche debido a una celebración privada, y habían apostado a un muchacho debajo del toldo para que vigilase la calle, no fuera que a alguien se le ocurriese pasarse por allí a tomar un trago; lo cual era poco probable, ya que la sala de fumadores del Crown no era precisamente célebre por su concurrencia ni por su encanto, y de hecho era muy frecuente que estuviese vacía, incluso las noches de fin de semana, cuando los mineros volvían en tropel de los cerros para gastarse el polvo en alcohol en las covachas de la ciudad. El muchacho que estaba de guardia trabajaba para Mannering, y tenía en su poder un grueso fajo de entradas de tribuna para repartir gratis. La función —*Sensaciones de Oriente*— era un espectáculo nuevo y tenía el éxito asegurado, y además había cajas de champán esperando en el vestíbulo del teatro de ópera, cortesía del propio Mannering para la noche del estreno. Con semejantes distracciones, y convencidos de que ningún barco se arriesgaría a recalar en el lóbrego atardecer de un día tan inclemente (a esas horas, las llegadas previstas en las páginas de navegación del *West Coast Times* ya se habían producido), al grupo reunido no se le había ocurrido tomar medidas en previsión de que un desconocido fortuito se hubiese registrado en el hotel una media hora antes del anochecer y que, por tanto, se hallase ya dentro del edificio cuando el muchacho de Mannering se apostó de cara a la calle bajo el toldo empapado.

Walter Moody, a pesar de su rostro tranquilizador y, también, del cortés distanciamiento de su porte, no dejaba de ser un intruso. Los hombres no sabían cómo persuadirlo de que se marchase sin revelar que, en efecto, los había interrumpido, desenmascarando así la naturaleza subversiva de la reunión. Que Thomas Balfour hubiese asumido la tarea de escudriñarlo obedecía tan solo al azar de su proximidad, los dos junto al fuego... una feliz conjunción, ya que Balfour, con todo lo fanfarrón y ditirámico que era, también resultaba tenaz y estaba acostumbrado a utilizar las situaciones para su propio provecho.

—Sí, bueno —dijo ahora—, enseguida se aprenden las costumbres, y todo el mundo tiene que empezar como usted... como aprendiz, quiero decir; sin saber nada de nada. Y ¿qué fue lo que sembró la semilla, si no le molesta que se lo pregunte? Es algo que me interesa personalmente: qué es lo que hace que un tipo venga hasta aquí, ya sabe, hasta los confines de la tierra..., qué es lo que lo motiva.

Moody dio una calada a su puro antes de responder.

—Mi objetivo era complicado. Una disputa de familia, dolorosa de contar, que

explica que haya hecho la travesía en solitario.

—Ah, pero en ese aspecto no está usted solo en absoluto —dijo alegremente Balfour—. Aquí todos y cada uno de los muchachos están huyendo de algo... ¿de eso puede estar seguro!

—Vaya —dijo Moody, pensando que se trataba de una perspectiva más bien alarmante.

—Todo el mundo es de otro lugar —prosiguió Balfour—. Sí: este es el meollo de la cuestión. Todos somos de otro lugar. Y en lo que a familia se refiere, en el desfiladero encontrará usted hermanos y padres de sobra.

—Muchas gracias por ofrecerme consuelo.

Balfour estaba sonriendo de oreja a oreja.

—Esa sí que es una buena frase —dijo, agitando el puro con tanto énfasis que se esparció plumas de ceniza por todo el chaleco—. ¡Consuelo...! Si esto le sirve de consuelo, entonces es usted un puritano de tomo y lomo, hijo mío.

Moody no pudo pergeñar una respuesta adecuada a este comentario, así que volvió a inclinar la cabeza; y a continuación, como para negar cualquier insinuación de puritanismo, echó un buen trago de su vaso. Fuera, una ráfaga de viento interrumpió el monótono azote de la lluvia, arrojando una cortina de agua contra las ventanas que daban al oeste. Balfour examinó la punta de su puro, sin dejar de reírse entre dientes. Moody se encajó el suyo entre los labios, miró hacia otro lado y le dio una calada suave.

Justo en ese momento, uno de los once hombres silenciosos se puso en pie a la vez que plegaba su periódico en cuatro cuartos y cruzó hasta el secreter a fin de cambiar el periódico por otro. Llevaba un abrigo negro sin cuello y una corbata blanca; el atuendo de un clérigo, observó Moody con cierta sorpresa. Qué raro. ¿A qué podía deberse que un clérigo decidiera informarse de las noticias en la sala de fumadores de un hotel del montón un sábado por la noche? Y ¿por qué en tan silenciosa compañía? Moody se quedó mirando mientras el reverendo revolvía el montón de periódicos y rechazaba varias ediciones del *Colonist* en favor del *Grey River Argus*, entresacándolo con un murmullo de placer para sostenerlo después a poca distancia de su cuerpo y ladearlo, con aprecio, hacia la luz. Por otra parte, se dijo Moody, razonando consigo mismo, quizá no fuese tan extraño: era una noche muy lluviosa, y probablemente los salones y las tabernas de la ciudad estarían abarrotados. Quizá el clérigo se había visto obligado, por el motivo que fuese, a guarecerse de la lluvia durante un rato.

—De modo que hubo una pelea —dijo al poco rato Balfour, como si Moody le hubiese prometido un relato emocionante y después se hubiese olvidado de comenzarlo.

—Me vi involucrado en una pelea —lo corrigió Moody—. Es decir, la disputa no fue responsabilidad mía.

—Con su padre, supongo.

—Señor, me resulta doloroso hablar de ello. —Moody lo miró con intención de silenciarlo con un semblante adusto, pero Balfour respondió inclinándose más hacia delante, animado por la gravedad de la expresión de Moody a creer que la historia merecía ser escuchada incluso con mayor interés.

—¡Venga! Aligere su carga.

—No es una carga que pueda aligerarse, señor Balfour.

—Amigo mío, que yo sepa no existe semejante cosa.

—Disculpe que cambie de tema.

—¡Si es que me ha picado! ¡Ha picado mi curiosidad! —Balfour estaba sonriente.

—Permítame que me niegue —dijo Moody. Intentaba hablar bajito, para proteger su conversación del resto de la sala—. Permítame que me reserve mi intimidad. Mi motivo es, sin más, que no deseo causarle una mala impresión.

—Pero el agraviado es usted, ha dicho... no fue responsable de la disputa.

—Así es.

—Pues ¡cuéntelo! ¡Ese tipo de cosas no hay por qué mantenerlas en secreto! —exclamó Balfour—. ¿Acaso no es cierto lo que digo? ¡No hay por qué ser reservado en relación con los agravios ajenos! ¡No hay por qué avergonzarse de los..., de los actos ajenos, a ver si me entiende! —Estaba muy vocinglero.

—Lo que usted describe es la vergüenza personal —dijo Moody en voz baja—. Yo me refiero a la vergüenza que se abate sobre una familia. No quiero mancillar el apellido de mi padre; también es mi apellido.

—¡Su padre! Pero ¿qué le acabo de decir? ¡Que encontrará padres de sobra ahí abajo, en el desfiladero, le digo! No es un modo de hablar..., es la tradición, y la necesidad... ¡Así se hacen las cosas! Permítame que lo informe de lo que se considera una vergüenza en las excavaciones. Avisar en falso de un yacimiento merece tal nombre. Disputar las estacas de una concesión: eso lo merece. Robar a un hombre, estafar a un hombre, matar a un hombre: todo eso lo merece. Pero ¡la vergüenza familiar...! Eso cuéteselo a los pregoneros, para que lo anuncien a voz en cuello por la carretera de Hokitika. ¡Menuda novedad!, pensarán. ¿Qué es la vergüenza familiar cuando no se tiene familia?

Balfour concluyó su exhortación dando un golpe seco con el vaso vacío sobre el brazo de su silla. Sonrió encantado a Moody y levantó la palma de la mano como para decir que, aunque había formulado su razonamiento de una manera tan convincente que no cabía mejorarlo, no obstante agradecería algún tipo de asentimiento. Moody hizo otro movimiento automático con la cabeza y replicó, en un tono que delataba por vez primera que tenía los nervios agotados:

—Sus palabras son muy persuasivas, señor.

Balfour, sin desprenderse de su radiante sonrisa, rechazó el cumplido.

—La persuasión consiste en trucos y astucia. Yo hablo claro.

—Se lo agradezco.

—Sí, sí —dijo Balfour con tono agradable. Parecía que estaba disfrutando mucho

—. Pero hábleme ahora de su riña familiar, señor Moody, para que pueda juzgar si al final su apellido ha quedado mancillado o no.

—Perdone —murmuró Moody. Miró en derredor y reparó en que el clérigo había vuelto a su asiento y se hallaba enfrascado en su periódico. El hombre que estaba a su lado, de aspecto rubicundo, con bigote imperial y cabello rojizo, parecía haberse dormido.

Thomas Balfour no estaba dispuesto a dejarse disuadir.

—¡Libertad y seguridad! —gritó, agitando nuevamente el brazo—. ¿Acaso no se reduce a eso? Verá, ¡ya me conozco el argumento! ¡Sé qué forma tiene! La libertad antes que la seguridad, la seguridad antes que la libertad... que el padre provea, que el hijo sea libre. Naturalmente, puede que el padre sea demasiado controlador, eso puede ocurrir, y que el hijo sea despilfarrador..., pródigo..., pero la pelea siempre es la misma. También los amantes —añadió al ver que Moody no intervenía—. Lo mismo les ocurre a los amantes: en el fondo, siempre, la misma disputa.

Pero Moody no lo escuchaba. Había olvidado por un momento la ceniza que iba avanzando por su puro y el brandy que se estaba entibiando en el fondo de su vaso. Había olvidado que estaba aquí, en la sala de fumadores de un hotel, en una ciudad que no hacía ni cinco años que se había construido, en los confines del mundo. Tenía la cabeza puesta en otra cosa, y a ella regresaba: el pañuelo ensangrentado, la mano de plata que se agarraba, el nombre que se repetía entrecortadamente en la oscuridad, una y otra vez: «Magdalena, Magdalena, Magdalena». La escena volvió a comparecer ante él de golpe, sin aviso, como una sombra transitando fríamente por delante del sol.

Moody había partido de Port Chalmers a bordo del bricbarca *Godspeed*, una pequeña y resistente embarcación con un elegante lanzamiento de proa y un mascarón de roble pintado: un águila, en honor a san Juan. En el mapa, la travesía tenía forma de horquilla: el bricbarca zarpaba hacia el norte, cruzaba el angosto estrecho entre dos mares y después volvía a dirigirse al sur, hacia las excavaciones. El billete de Moody incluía un estrecho hueco bajo la cubierta, pero el hedor y el bochorno de la bodega eran tales que se vio obligado a pasar casi toda la travesía arriba, encorvado bajo las regalas con su maleta de cuero mojada apretada contra el pecho y el cuello vuelto para protegerse de la roción. En cuclillas, de espaldas al panorama, apenas vio nada del litoral: las llanuras amarillas del este, que daban paso mediante una sutil inclinación a alturas más verdes, y después, sobre estas, las montañas, azules en la distancia; más al norte, los verdeantes fiordos, silenciados por aguas mansas; al oeste, los arroyos trenzados que se deslustraban al encontrarse con las playas y tallaban fisuras en la arena.

Cuando el *Godspeed* dobló la lengua norte e inició la travesía hacia el sur, el barómetro empezó a caer. De no haberse sentido tan enfermo y desdichado, Moody tal vez habría tenido miedo y habría encomendado su alma al Altísimo: el ahogamiento, según le habían dicho los muchachos de los muelles, era el mal de la

Costa Occidental, y la pregunta de si podía o no considerarse un hombre de suerte quedaría resuelta mucho antes de que llegase a los yacimientos de oro, y mucho antes de que se arrodillase por primera vez a rozar las piedras con el borde de su batea. Eran tantos los que se perdían como los que tocaban tierra. Desde su puesto en el alcázar, el patrón de la nave —de nombre, capitán Carver— había visto a tantos marineros de agua dulce arrastrados a la muerte que cabía decir con toda propiedad que el barco entero era un camposanto..., esto último, pronunciado con queda solemnidad y los ojos abiertos de par en par.

La tormenta llegó sobre unos vientos verdosos. Empezó como un sabor a cobre al fondo de la boca, un dolor metálico que iba en aumento a medida que las nubes se oscurecían y avanzaban, y cuando golpeó, lo hizo con el azote de una furia sin sentido. El tumulto de la cubierta, el extraño látigo de luz y sombras proyectadas por las velas que se chascaban y se tensaban en lo alto, el temor palpable de los marineros mientras bregaban por mantener el rumbo de la nave... era una pesadilla hecha realidad, y Moody tenía la espeluznante sensación, a medida que se iban acercando a los yacimientos de oro, de que de algún modo la embarcación se había obstinado en que la infernal tormenta rompiese sobre ella.

Walter Moody no era supersticioso, aunque disfrutaba sobremanera con las supersticiones ajenas, y no se dejaba engañar fácilmente por las impresiones, aunque ponía mucho celo en formarse las suyas propias. Esto, sin embargo, no se debía tanto a su inteligencia como a su experiencia, cuya naturaleza, antes de embarcar con rumbo a Nueva Zelanda, no podía calificarse ni de extensa ni de variada. En lo que llevaba vivido, solo había conocido la duda en su vertiente calculada y segura. Solo había conocido la sospecha, el cinismo, la probabilidad... jamás el espantoso desmoronamiento que llega cuando uno deja de confiar en su propia capacidad de confiar; jamás el terrible pánico que sigue a este desmoronamiento, ni el embotado vacío que llega en último lugar. De estas modalidades de incertidumbre se había mantenido, al menos hasta tiempos recientes, felizmente ignorante. La imaginación de Moody no se extraviaba de manera espontánea hacia lo descabellado, y rara vez teorizaba si no tenía en mente algún objetivo práctico. Su propia mortalidad no encerraba para él más que una fascinación intelectual, un árido lustre; y, como no tenía religión, no creía en fantasmas.

La versión completa de lo sucedido durante esta última etapa de la travesía pertenece solo a Moody, y a él debemos dejársela. Nos parece suficiente decir, en este momento, que cuando el *Godspeed* salió del puerto de Dunedin había ocho pasajeros a bordo, y que para cuando tocó tierra en la Costa, había nueve. El noveno no era un bebé nacido en el viaje, ni tampoco un polizón, ni nadie a quien hubiesen subido después de que el vigía, avistándolo en el agua, a la deriva, agarrado a un pecio, diese la voz de alarma. Pero decir esto es robarle a Walter Moody su propio relato... y además injustamente, ya que si todavía no era capaz de evocar la aparición por completo, menos aún lo era de componer una narración para deleitar a un tercero.

En Hokitika llevaba dos semanas lloviendo sin tregua. Lo primero que vislumbró Moody del municipio fue una mancha movediza que avanzaba y retrocedía al compás de la bruma. Tan solo había un estrecho corredor de tierra llana entre el litoral y las repentinas montañas, azotado por la inagotable espuma que se convertía en humo sobre la arena; aún parecía más plano y contenido en virtud de la nube que truncaba por abajo las faldas de las montañas y formaba un techo gris sobre los apiñados tejados de la ciudad. El puerto se encontraba al sur, remetido en la tortuosa desembocadura de un río, plagado de oro, que se convertía en espuma al toparse con el salado filo del mar. Aquí en la costa el agua era marrón y estéril, pero río arriba era fresca y blanca, y se decía que destellaba. La desembocadura del río, a su vez, era calma, un laguito abarrotado de mástiles y de las grandes chimeneas de los vapores que estaban a la espera de un día más claro; no eran tan insensatos como para exponerse a la barra que yacía oculta bajo el agua y se desplazaba con cada marea. La inmensa cantidad de naves que se habían ido a pique en la barra estaba desperdigada a modo de infeliz testimonio del peligro sumergido. En total había treinta y pico pecios, y algunos eran muy recientes. Sus cascos astillados forjaban una extraña barricada que daba la funesta impresión de fortificar la ciudad contra el mar abierto.

El capitán no se atrevía a llevar el bricbarca a puerto hasta que el tiempo mejorase, así que avisó a una gabarra para que trasladase a los pasajeros a través de los cachones que se batían sobre la arena. La gabarra llevaba seis tripulantes, adustos Carontes que miraban de hito en hito sin mediar palabra mientras se bajaba en silla a los pasajeros por el cabeceante flanco del *Godspeed*. Sobrecogía acurrucarse en la minúscula barca y alzar la vista hacia las desmesuradas jarcias del barco; al balancearse proyectaba una oscura sombra desde las alturas, y cuando al fin se soltó el cabo y salieron a mar abierto, Moody sintió el alivio en su piel. Los demás pasajeros estaban alegres. Prorrumpían en exclamaciones sobre el tiempo y sobre lo espléndido que había sido pasar por una tormenta. Se preguntaban por cada pecio que veían, tratando de averiguar los nombres; hablaban de los yacimientos, y de las fortunas que habrían de encontrar en ellos. Su alegría era detestable. Una mujer apretó una redoma de sales volátiles contra el hueso de la cadera de Moody —«Tómeselas sin decir nada, para que los demás no vengan pidiendo»—, pero Moody le apartó la mano. La mujer no había visto lo que había visto él.

Parecía que el aguacero arreciaba a medida que la gabarra se iba acercando a la orilla. El roción del oleaje echaba tal cantidad de agua por la regala que Moody se vio obligado a ayudar a la tripulación a achicar la barca, utilizando un cubo de cuero que le encasquetó mudamente un hombre al que le faltaban todos los dientes salvo las muelas traseras. Moody no tenía ánimos ni para inmutarse. Pasaron sobre la barra y entraron en la calma de la desembocadura del río sobre una ola coronada de blanco. No cerró los ojos. Cuando la gabarra llegó a su atracadero fue el primero en desembarcar, calado hasta los huesos y tan mareado que tropezó en la escalera, provocando que la barca se alejase de él con un violento bandazo. Como un hombre

perseguido, enfiló el muelle tambaleándose, prácticamente renqueando, hasta que tocó tierra firme.

Cuando volvió la vista atrás, apenas pudo distinguir la frágil gabarra embistiendo su atracadero, al fondo del muelle. En cuanto al bricbarca, hacía mucho que se había esfumado entre la neblina que flotaba en láminas de cristal empañado, oscureciendo los pecios, los vapores de la rada y, a lo lejos, el mar abierto. Moody hizo un alto, tambaleándose. Percibía vagamente a la tripulación sacando bolsas y maletas del barco, a los demás pasajeros correteando de acá para allá, a los mozos y estibadores gritando sus instrucciones bajo la lluvia. Veía la escena como a través de un velo, las figuras como a través de una gasa: como si la travesía, y todo lo concerniente a ella, ya hubiese sido reclamada por la niebla gris de su insegura imaginación; como si su memoria, reculando sobre sí misma, se hubiese topado con su reverso, la capacidad de olvidar, y hubiese invocado la neblina y las lluvias torrenciales a modo de paño espectral para protegerse de las formas de su pasado reciente.

Moody no se entretuvo. Se dio la vuelta y se fue corriendo por la playa, dejando atrás los mataderos, las letrinas, las barracas cortavientos que salpicaban el arenoso borde de la orilla, las tiendas de campaña que se combaban bajo el ceniciento peso de dos semanas de lluvia. Corría con la cabeza gacha y la maleta bien pegada al cuerpo, y no vio nada: ni los corrales, ni los altos hastiales de los almacenes ni las ventanas con parteluz de las oficinas de la calle del Embarcadero, tras las cuales unos cuerpos informes se desplazaban por habitaciones iluminadas. Moody siguió avanzando trabajosamente, hundido hasta las canillas en el fango, y cuando advirtió que la falsa fachada del hotel Crown se alzaba ante sus ojos salió disparado hacia ella y tiró la maleta al suelo para agarrarse con las dos manos a la puerta.

El Crown era un establecimiento de corte práctico, sin adornos, recomendable tan solo por su proximidad al muelle. Aun siendo conveniente, sin embargo, esta característica difícilmente podía considerarse una virtud: aquí, tan cerca de los corrales, el sanguinolento olor a matanza se entremezclaba con el olor acre y salobre del mar, y recordaba sin cesar a una fresquera desatendida en la que hay una pieza podrida de carne sin curar. Por esta razón, Moody podría haber desdeñado el local sin pensárselo dos veces y haber optado, en cambio, por aventurarse en dirección norte por la calle Revell, hacia donde las fachadas de los hoteles se ensanchaban, lucían colores más vivos, incorporaban pórticos y ofrecían, con sus ventanales y su delicado calado, todos los consuelos de la riqueza y el confort a los que, como hombre de posibles que era, estaba acostumbrado... Pero Moody se había dejado todas sus facultades de discernimiento en el bamboleante vientre del *Godspeed*. Solo quería un refugio, y soledad.

Una vez que hubo cerrado la puerta a sus espaldas, amortiguando el sonido de la lluvia, la calma del vestíbulo vacío tuvo un efecto inmediato y físico en Moody. Ya hemos señalado que obtenía un considerable provecho personal de su aspecto, hecho del cual era completamente consciente: no estaba dispuesto a entablar sus primeras

relaciones en una ciudad desconocida con la apariencia de un hombre angustiado. Sacudió el agua de su sombrero, se pasó la mano por el pelo, dio unas patadas al suelo para que le dejaran de temblar las piernas y ejercitó la boca de forma vigorosa, como poniendo a prueba su elasticidad. Ejecutó estos gestos deprisa y sin vergüenza. Para cuando apareció la criada, había compuesto su rostro con su habitual expresión de benévola indiferencia y estaba escudriñando la unión de cola de milano de la esquina del mostrador de recepción.

La criada era una muchacha de aspecto poco avisado, cabellos incoloros y dientes tan amarillos como su piel. Recitó los términos de las comidas y el alojamiento, desplumó diez chelines a Moody (soltándolos con un brusco repiqueteo en un cajón cerrado que había debajo del mostrador) y lo condujo con aire cansino al piso de arriba. Moody se percató del rastro de agua de lluvia que iba dejando a su paso y del enorme charco que había formado en el suelo del vestíbulo, así que le insistió en que aceptase una moneda de seis peniques; la criada la cogió con desprecio e hizo ademán de retirarse, pero de pronto pareció como si deseara haber sido más amable. Se sonrojó y, tras una breve pausa, sugirió que tal vez le apetecía que le subieran de la cocina una bandeja con la cena. «Para que se le sequen las entrañas», dijo, y estirando los labios le dedicó una sonrisa amarilla.

El hotel Crown se había construido recientemente, y todavía conservaba los trazos polvorientos y mielados de la madera recién desbastada; sus paredes seguían soltando gemas de savia por cada surco, y sus hogares aún estaban limpios de cenizas y manchas. La habitación de Moody estaba amueblada de forma muy rudimentaria, como en una pantomima donde una única silla evoca una casa grande y suntuosa. El cabezal apenas destacaba del colchón, y estaba relleno de algo semejante a torzales de muselina; las mantas eran ligeramente grandes y sus bordes se amontonaban sobre el suelo, de tal suerte que la cama, acurrucada como estaba bajo la desigual pendiente del alero, ofrecía un aspecto un tanto encogido. La desnudez confería a la estancia una cualidad espectral, inacabada, que podría haber sido inquietante si el panorama que se veía a través del cristal combado hubiese sido otra calle y otra época diferentes, pero para Moody el vacío era como un bálsamo. Colocó la maleta empapada en la estantería de al lado de la cama, escurrió y secó su ropa lo mejor que pudo, apuró toda una tetera, comió cuatro rebanadas de pan negro con jamón y, después de atisbar por la ventana el impenetrable aguaje de la calle, resolvió aplazar los asuntos que tenía pendientes en la ciudad hasta la mañana siguiente.

La criada había dejado el periódico de la víspera debajo de la tetera; ¡qué delgado era, para ser un periódico que costaba seis peniques! Moody sonrió al cogerlo. Tenía afición a las noticias intrascendentes, y le hizo gracia ver que «La Bailarina Más Seductora» del lugar también anunciaba sus servicios como «La Comadre Más Discreta» del lugar. El periódico dedicaba una columna entera a buscadores de oro desaparecidos («En caso de que esto llegase a los ojos de Emery Staines, o de cualquiera que conozca su paradero...») y toda una página a «Se necesitan camareras

de bar». Moody leyó dos veces el periódico, incluidos los avisos sobre transportes, los anuncios de alojamientos con comida barata y varios discursos de campaña aburridísimos que se reproducían íntegros. Se sintió decepcionado: el *West Coast Times* se leía como una hoja parroquial. Pero ¿qué se había pensado? ¿Que un yacimiento de oro sería una exótica fantasía, toda oropel y promesas? ¿Que los mineros serían infames y taimados... asesinos todos ellos, todos ladrones?

Moody plegó lentamente el periódico. Sus pensamientos lo habían devuelto al *Godspeed* y al sangriento cofre que había en su bodega, y de nuevo el corazón empezó a palparle con fuerza. Se puso en pie y apartó bruscamente el periódico doblado. En cualquier caso, pensó, empezaba a oscurecer y no le gustaba leer en la penumbra.

Salió de su habitación y regresó al piso de abajo. Se encontró con la criada, que estaba retirada en el habitáculo de debajo de la escalera restregando con betún negro un par de botas de montar, y le preguntó si conocía algún salón donde pudiera pasar la tarde. La travesía lo había sometido a una enorme tensión, y tenía una necesidad acuciante de un brandy y de un lugar tranquilo donde dar descanso a sus ojos.

Esta vez la sirvienta estuvo más servicial; pocas veces, y distanciadas, debía de darle nadie seis peniques, pensó Moody, lo cual más adelante podría serle de utilidad si necesitaba de ella. La sirvienta le explicó que el salón del Crown estaba reservado esa noche para una fiesta privada —«Los Cordiales Católicos», aclaró, sonriendo de nuevo—, pero que podía llevarlo, si quería, a la sala de fumadores.

Moody volvió al presente con un sobresalto, y vio que Thomas seguía mirándolo con una expresión de intrigada expectación en el semblante.

—Le ruego me disculpe —dijo Moody, confuso—. Me temo que me he dejado llevar por mis pensamientos... por un momento...

—¿En qué estaba pensando? —dijo Balfour.

¿En qué había estado pensando? Solo en el pañuelo, en la mano de plata, en aquel nombre pronunciado ahogadamente en la oscuridad. La escena, reflexionó Moody, era como un pequeño mundo que poseía sus propias dimensiones. El tiempo ordinario podía transcurrir sin medida cuando su mente se extraviaba hasta allí. Por un lado, este vasto mundo del tiempo que discurre y los espacios que se desplazan, y por otro ese mundo pequeño y detenido de horror y desasosiego; encajaban el uno dentro del otro, una esfera dentro de otra esfera. Qué extraño que Balfour lo hubiese estado contemplando; que el tiempo real hubiese estado transcurriendo..., girando a su alrededor todo el rato...

—No estaba pensando en nada en particular —dijo—. He tenido que soportar una travesía difícil, eso es todo, y estoy muy cansado.

Tras él, uno de los jugadores de billar lanzó un tiro: un chasquido doble, un plaf aterciopelado, un murmullo de apreciación de los demás jugadores. El clérigo sacudió ruidosamente su periódico; otro hombre tosió; otro se quitó el polvo de la manga y se removió en la silla.

—Le estaba preguntando por su pelea —dijo Balfour.

—La pelea... —empezó a decir Moody, pero se interrumpió. De repente se sentía demasiado agotado para hablar siquiera.

—La disputa —le apuntó Balfour—. Entre usted y su padre.

—Lo siento —dijo Moody—. Los pormenores son delicados.

—¡Un asunto de dinero! ¿He dado en el clavo?

—Discúlpeme: no. —Moody se pasó la mano por el rostro.

—¡Conque no es de dinero! Entonces... ¡un asunto de amor! Está usted enamorado, pero su padre se resiste a dar su aprobación a la muchacha elegida...

—No, señor —dijo Moody—. No estoy enamorado.

—Es una lástima —dijo Balfour—. ¡Bueno! ¡Concluyo que ya está usted casado!

—No estoy casado.

—¡Quizá es que es un joven viudo!

—Jamás he estado casado, señor.

Balfour soltó una carcajada y levantó las manos para dar a entender que la reticencia de Moody se le antojaba exasperante a la vez que divertida, y muy absurda.

Mientras Balfour reía, Moody se irguió apoyándose en las muñecas y se giró para echar un vistazo a la habitación por encima del alto respaldo de su butaca. Quería involucrar a más hombres en su conversación, con la esperanza de desviar a Balfour de su objetivo. Pero nadie alzó la mirada para cruzarla con la suya; daba la impresión, pensó Moody, de que lo estaban evitando a propósito. Le pareció extraño. Pero la postura era incómoda y se estaba mostrando como un maleducado, así que retomó de mala gana su colocación anterior y volvió a cruzar las piernas.

—No es mi intención decepcionarlo, señor —dijo, cuando amainaron las risotadas de Balfour.

—Decepcionarme... ¡en absoluto! —exclamó Balfour—. No, no. ¡Guarda bien sus secretos!

—Me interpreta usted mal —dijo Moody—. No pretendo ocultar nada. Es un asunto que me resulta personalmente angustioso, eso es todo.

—Ah —dijo Balfour—, pero eso siempre pasa, señor Moody, cuando se es joven... Ya sabe, sentir angustia por el pasado de uno..., no querer que se conozca..., no compartirlo jamás... con otros hombres, quiero decir.

—Sabia observación.

—¡Sabia! ¿Nada más?

—No lo entiendo, señor Balfour.

—¡Está usted empeñado en frustrar mi curiosidad!

—Confieso que me asusta un poco.

—¡Esta es una ciudad aurífera, señor! —dijo Balfour—. Uno debe confiar en sus semejantes..., fiarse de sus semejantes..., ¡no lo dude!

Esto aún era más raro. Por primera vez —quizá debido a que su frustración iba en aumento, lo cual sirvió para que atendiese más a la escena que tenía delante—,

Moody empezó a sentir que se le despertaba el interés. El extraño silencio de la habitación no daba precisamente testimonio de esa fraternidad en la que todo es compartido y relajado... Es más, en lo referente a su propio carácter y a la reputación de que gozaba en la ciudad, ¡Balfour apenas había ofrecido ninguna información que hubiese podido dar pie a que Moody confiase más en él! Miró de reojo al hombre gordo que estaba pegado al hogar, cuyos párpados cerrados temblaban con el esfuerzo de fingir el sueño, y después al hombre rubio que estaba tras él, que no hacía más que pasarse el taco de billar de una mano a la otra, pero que daba toda la impresión de haber pedido el interés por la partida.

Se estaba tramando algo: de repente, no le cabía la menor duda. Balfour estaba interpretando un papel en nombre de los demás: lo estaba calando, pensó Moody. Pero ¿con qué fin? Había un sistema detrás de esta sarta de preguntas, un plan ingeniosamente oculto por las maneras excesivas de Balfour, por su derroche de simpatía y encanto. El resto de los presentes estaban escuchando, por mucho que pasaran las páginas de los periódicos como si tal cosa o fingieran dormir. Nada más caer en la cuenta, pareció que la habitación se clarificaba, como cuando unas estrellas dispersas al azar se resuelven ante los ojos en una constelación. Balfour ya no le parecía risueño y efusivo, como le había creído en un primer momento; por el contrario, le parecía crispado, tenso, desesperado incluso. Moody se preguntó si no daría mejores resultados complacer al hombre que contrariarlo.

Walter Moody tenía mucha experiencia en el arte de las confidencias. Sabía que, al confesar, uno se ganaba el sutil derecho a convertirse, a su vez, en el confesor del otro. Un secreto merece otro secreto, y un relato merece otro relato; la discreta expectativa de una respuesta en especie era una presión que sabía ejercer. Se enteraría de más cosas aparentando que confiaba en Balfour que sospechando abiertamente de él, porque si depositaba su confianza en el otro hombre, de manera voluntaria y sin reservas, Balfour se vería obligado a conceder la suya a cambio. No había ninguna razón para que no pudiese contar su historia familiar —por fastidioso que fuese recordarla— en aras de obtener la confianza de Balfour. Lo sucedido a bordo del *Godspeed* no pensaba divulgarlo, por supuesto; pero a ese respecto no era menester disimular, pues no era esa la historia que Thomas Balfour le había pedido.

Habiendo reflexionado sobre todo esto, Moody cambió de táctica.

—Veo que aún me he de ganar su confianza —dijo—. No tengo nada que ocultar, caballero. Allá va mi relato.

Balfour se dejó caer en su sillón con aire muy satisfecho.

—¡Lo llama relato! —dijo, de nuevo sonriendo abiertamente—. ¡Entonces me sorprende, señor Moody, que no tenga que ver ni con el amor ni con el dinero!

—Solamente con su ausencia, me temo —dijo Moody.

—Su ausencia... sí —dijo Balfour, sin dejar de sonreír. Hizo una señal a Moody para que continuase.

—Primero he de ponerlo al tanto de los pormenores de mi historia familiar —dijo

Moody, y a continuación se quedó callado un momento, los ojos entrecerrados, la boca fruncida.

El sillón en el que estaba sentado estaba enfrente del hogar, de tal suerte que casi la mitad de los presentes estaban detrás de él, sentados o de pie, volcados en sus diversos pasatiempos fingidos. Durante los pocos segundos de gracia que había ganado intentando parecer que ponía en orden sus pensamientos, Moody dejó que su mirada vagase a su izquierda y a su derecha para tomar nota de los oyentes que tenían más cerca, los que estaban sentados en torno al fuego.

Junto al hogar estaba el hombre gordo que simulaba dormir. De todos los presentes era, con diferencia, el que más ostentación mostraba en el vestir: una enorme cadena de reloj, gruesa como su dedo pulgar, le colgaba por el pecho, entre el bolsillo del chaleco de terciopelo y la pechera de la camisa de cambray; intercalados en la cadena había trozos de oro del tamaño de un nudillo. El hombre que estaba a su lado, y al otro lado de Balfour, quedaba parcialmente oculto por la oreja de la butaca, de modo que lo único que Moody veía de él era el destello de su frente y la punta brillante de su nariz. Llevaba una chaqueta de espiguilla, una tupida trama de lana muy calurosa para estar tan cerca del fuego, y su sudor traicionaba la pose de aparente soltura con la que se había instalado en la silla. No se estaba fumando un puro; sus manos jugueteaban sin cesar con una pitillera. A la izquierda de Moody había otra butaca de orejas, tan arrimada a la suya que oía el silbido nasal de la respiración de su vecino. Este hombre era moreno y de complexión delgada, y tan alto que, sentado con las rodillas juntas y las suelas de los zapatos plantadas en el suelo, parecía que estaba doblado por la mitad. Estaba leyendo un periódico, y, en general, su fingida indiferencia le estaba saliendo mucho mejor que a los demás; aun así, tenía los ojos un poco vidriosos, como si no estuviese enfocando los caracteres de imprenta, y llevaba un buen rato sin pasar la página.

—Soy el menor de dos hijos —comenzó Moody al fin—. Mi hermano, Frederick, me saca cinco años. Nuestra madre murió casi al final de mis años de escuela —y volví a casa por muy breve tiempo, solo para enterrarla— y poco después mi padre se volvió a casar. Por aquel entonces yo no conocía a su segunda esposa. Era —es— una mujer callada y delicada, una mujer llena de miedos que enfermaba con frecuencia. En lo delicada no se parece en nada a mi padre, un hombre tosco y muy aficionado a la bebida.

»No hacían buena pareja; creo que las dos partes se arrepintieron del casamiento y lo consideraron un error, y lamento decir que mi padre trataba muy mal a su nueva esposa. Hace tres años mi padre desapareció, dejándola en Edimburgo sin recursos para vivir. Podría haber acabado como una menesterosa, o algo peor, tal fue la súbita miseria a la que se vio abocada. Recurrió a mí (por carta, claro, pues yo estaba en el extranjero), y volví a casa al punto. Me convertí en su protector, en un sentido modesto. Hice gestiones para ayudarla, que aceptó, si bien con cierta amargura ya que su suerte estaba muy cambiada. —Moody soltó una risa seca e incómoda—. Le

procuré un modesto medio de vida..., un empleo, ya me entiende. Después me fui a Londres con el propósito de encontrar a mi padre. Allí agoté todos los métodos posibles para localizarlo, y en ello se me fue un dineral. Entonces empecé a pensar en obtener algún tipo de ingresos de mi educación, pues sabía que ya no podía contar con mi herencia como garantía y en la ciudad mi crédito había mermado mucho.

»Mi hermano mayor no sabía nada del abandono de nuestra madrastra: se había ido a buscar fortuna a los yacimientos de oro de Otago unas semanas antes de que mi padre desapareciera. Era propenso a este tipo de fantasías..., supongo que cabría decir que tenía un espíritu aventurero, aunque nunca tuvimos una relación estrecha después de la infancia, y confieso que no lo conozco bien. Pasaron meses, años incluso; no regresó, ni tampoco envió noticias de ningún tipo. Mis cartas no obtuvieron respuesta. De hecho, a estas alturas todavía no sé si acabaron llegando a sus manos. Al cabo del tiempo, también yo reservé un pasaje en un barco que iba a Nueva Zelanda, con la intención de informar a mi hermano de los cambios de nuestra situación familiar y quizá —si estaba vivo, naturalmente— de sumarme a él en los yacimientos durante una temporada. De mi fortuna no quedaba ya nada, los intereses de mi renta de perpetuidad se habían agotado hacía tiempo y me comían las deudas. En Londres había estudiado en el Inner Temple, y supongo que podría haberme quedado allí a esperar a sacarme el título..., pero no siento un verdadero amor por las leyes. Se me hacía insoportable, así que zarpé con rumbo a Nueva Zelanda.

»Cuando tomé tierra en Dunedin, no hace ni dos semanas, me enteré de que el oro de Otago había quedado prácticamente eclipsado por los nuevos descubrimientos hallados aquí, en la Costa. Vacilé, sin saber hacia dónde aventurarme primero, y mi vacilación se vio recompensada de la manera más inesperada: me encontré con mi padre.

Balfour soltó un murmullo, pero no lo interrumpió. Estaba mirando fijamente el fuego, la boca fruncida con aire juicioso en torno al puro y la mano reposando holgadamente en torno al vaso. Los once restantes estaban tan quietos como él. La partida de billar debía de haberse quedado a medias, porque Moody ya no oía el clic de las bolas por detrás. El silencio tenía algo de expectante, como si los oyentes estuviesen esperando a que revelase algo muy concreto... o temiendo que lo hiciera.

—No fue un feliz reencuentro —continuó Moody. Hablaba muy alto, por encima del repiqueteo de la lluvia; lo bastante alto como para que lo oyesen todos y cada uno de los presentes, pero no tanto como para parecer consciente de que le estaban prestando atención—. Estaba borracho, y enfadado por el hecho de que lo hubiera descubierto. Me enteré de que se había hecho rico y de que se había casado de nuevo, con una mujer que sin duda no conocía ni su historia ni, desde luego, la circunstancia de que estaba legalmente atado a otra mujer. En cuanto a mí, lamento admitirlo, no me sorprendió. Mis relaciones con mi padre nunca han sido cordiales, y no era la primera vez que lo pillaba en circunstancias cuestionables..., si bien, que conste, jamás en una situación de tamaña magnitud delictiva.

»Mi auténtico asombro tuvo lugar cuando pregunté por mi hermano y supe que había sido el instigador de mi padre desde el principio: habían orquestado juntos el abandono, y habían viajado al sur como socios. No esperé a encontrarme con Frederick porque me sentía incapaz de verlos juntos a los dos, e hice ademán de marcharme. Mi padre se puso agresivo y trató de detenerme. Me escapé, y al punto planeé viajar hasta aquí. Tenía dinero suficiente para volver directamente a Londres si quería, pero mi pesar era tal que... —Moody se interrumpió y movió los dedos en un gesto de impotencia—. No sé —dijo al cabo—. Pensé que el duro trabajo de los yacimientos me sentaría bien, durante un tiempo. Y no quiero ser abogado.

Se hizo un silencio. Moody sacudió la cabeza y se inclinó hacia delante en su silla.

—Es una triste historia —dijo, con más brío—. Me avergüenzo de mi sangre, señor Balfour, pero me he propuesto no darle demasiadas vueltas. Me he propuesto empezar de nuevo.

—¡Triste, en efecto! —exclamó Balfour, arrancándose por fin el puro de la boca y agitándolo—. Lo siento por usted, señor Moody, y también lo elogio: las dos cosas. Pero ha elegido el camino de los yacimientos de oro, ¿no es así? ¡Reinvención! Es más, me atrevería a decir ¡revolución! Que un hombre pueda empezar de nuevo..., que pueda crearse de nuevo a sí mismo... ¡Pues claro que sí!

—Sus palabras son alentadoras.

—Su padre..., su apellido también será Moody, supongo.

—Lo es. Su nombre de pila es Adrian; ¿tal vez ha oído hablar de él?

—No —dijo Balfour y, a continuación, al darse cuenta de la decepción del otro, añadió—: Lo cual no significa nada, claro está. Yo me dedico al negocio de los transportes marítimos, como ya le he dicho; últimamente no tengo trato con los hombres de los yacimientos. Estuve viviendo en Dunedin. Estuve allí casi tres años. Pero si su padre tuvo suerte en las excavaciones, debió de estar en el interior, por las tierras altas. Pudo estar en cualquier sitio... Tuapeka, Clyde... en cualquier sitio. Pero a ver, señor Moody, volvamos al presente. ¿No teme que lo vaya a seguir?

—No —contestó Moody, sin más—. El día en que lo dejé, me esmeré por crear la impresión de que partía de inmediato hacia Inglaterra. En los muelles me topé con un hombre que quería ir a Liverpool. Le expliqué mis circunstancias, y tras una breve negociación nos intercambiamos la documentación. Él dio mi nombre al encargado de los billetes, y yo di el suyo. Si mi padre preguntase en la aduana, los agentes le darían pruebas de que ya he abandonado estas islas y estoy volviendo a casa.

—Pero quizá su padre... y su hermano... vengan a la Costa por otros motivos. A los yacimientos.

—Eso no lo puedo predecir —reconoció Moody—. Pero por lo que deduje de su situación actual, habían encontrado oro más que de sobra en Otago.

—¡Oro... más que de sobra, dice! —Parecía que Balfour iba a echarse a reír de nuevo.

Moody se encogió de hombros.

—Bueno —dijo fríamente—. He considerado la posibilidad de que vengan, por supuesto. Pero no cuento con ello.

—No, por supuesto, por supuesto —dijo Balfour, dando palmaditas a la manga de Moody con su manaza—. Hablemos ahora de cosas más esperanzadoras. Dígame, ¿qué piensa hacer cuando ya haya acumulado una cantidad decente? ¿Volver a Escocia a gastarse allí la fortuna?

—Eso espero —dijo Moody—. He oído que puede uno sacarse una renta en cuatro meses o menos, lo cual me permitiría salir de aquí antes de que lleguen los peores meses del invierno. ¿Es una expectativa probable, en su opinión?

—Muy probable —dijo Balfour, dirigiendo la sonrisa a las brasas—, muy probable, en efecto... sí, cabe contemplarla. ¿Así que no tiene colegas en la ciudad? ¿No fue nadie a recibirlo al muelle, no hay nadie con quien pueda juntarse..., muchachos del terruño?

—Nadie, señor —le dijo Moody, por tercera vez aquella tarde—. Vine hasta aquí solo, y, como ya le he dicho, tengo la intención de labrarme mi propia fortuna, sin ayuda de nadie.

—Ah, sí —dijo Balfour—, labrarse su propia fortuna..., bueno, mejor dicho perseguirla, a la manera moderna. Pero el compañero de un buscador es como su sombra... Esta es otra de las cosas que hay que saber..., como su sombra, o como su esposa...

El comentario provocó un murmullo de regocijo que recorrió la habitación: no una abierta risotada, sino una mera exhalación silenciosa emitida desde varios lugares a la vez. Moody echó un vistazo a su alrededor. Al concluir su relato había notado cierto relajamiento en el ambiente, un alivio colectivo. Los hombres habían temido algo, pensó, y su historia les había dado motivos para aparcarse su temor. Por primera vez se preguntó si su miedo estaría relacionado de alguna manera con el horror que había presenciado a bordo del *Godspeed*. La idea le resultaba extrañamente desagradable. Se negaba a creer que su recuerdo privado pudiese ser explicable a ningún otro hombre, y, menos aún, que ningún otro hombre pudiera compartirlo. (El sufrimiento, pensó después, podía privar a un hombre de la empatía, tornarlo egoísta, llevarlo a menospreciar al resto de los sufridores. Esta certeza, cuando llegó, lo sorprendió).

Balfour estaba sonriendo.

—Sí..., su sombra o su esposa —repitió, asintiendo con la cabeza a la vez que miraba a Moody con admiración, como si el autor de la broma hubiese sido Moody y no él. Se acarició varias veces la barba con el hueco de la mano y soltó unas risitas.

Y es que sentía un inmenso alivio. Una herencia perdida, un matrimonio falso, una mujer de alta cuna obligada a trabajar... Estas traiciones pertenecían a un mundo completamente distinto, pensó Balfour; un mundo de salones, tarjetas de visita y vestidos de fiesta. Le parecía encantador que semejantes cambios de fortuna pudieran

pasar por tragedias, que el joven las confesara con la vergüenza adusta y controlada de un hombre al que lo habían enseñado a creer, desde el momento mismo de su nacimiento, que su patrimonio no cambiaría jamás. Mira que hablar de eso aquí... ¡en la vanguardia del mundo civilizado! Hokitika estaba creciendo más deprisa que San Francisco, decían los periódicos, y a partir de la nada... A partir de la vetusta y putrefacta vida de la selva, a partir de las marismas, los cambiantes cauces y la niebla, a partir de aguas taimadas, ricas en mineral de oro. Aquí no había hombres hechos a sí mismos; estaban haciéndose a sí mismos mientras se agachaban en el barro para lavarlo. Balfour se tocó la solapa. La historia de Moody era conmovedora, y le había despertado un sentimiento indulgente, paternal..., pues a Balfour le encantaba que le recordasen que él era un hombre moderno (emprendedor, sin el estorbo de las ataduras sociales), mientras que otros seguían zozobrando en las trazas de una era caduca.

Esto, por supuesto, era un veredicto que decía menos del prisionero que del juez. La voluntad de Balfour era demasiado fuerte como para dejar paso a la filosofía, a no ser que fuese una filosofía de la más sólida modalidad empírica; su liberalidad no le encontraba ningún sentido a la desesperación, que a sus ojos era un pozo insondable, dotado de profundidad pero no de anchura, sofocado en su aislamiento, navegable solo a ciegas y carente de todo interés. El alma no lo fascinaba lo más mínimo, y la veía como un mero pretexto para los misterios del humor y la aventura, más vastos y gozosos; sobre las noches oscuras del alma, carecía de opinión. Solía decir que el único vacío interior al que prestaba algún tipo de atención era el apetito, y aunque al decirlo se reía y parecía muy ufano, lo cierto era que su simpatía rara vez se extendía a situaciones a las que supuestamente debía extenderse la simpatía. Se mostraba indulgente con el espacio abierto del futuro de los demás, pero los herméticos habitáculos de sus pasados lo impacientaban.

—En cualquier caso —prosiguió—, anote lo que le voy a decir como un segundo consejo: procúrese un amigo. Hay por ahí montones de cuadrillas que agradecerían un par de manos extra. Así se hace, ¿sabe?... Primero encuentre un colega, después forme una cuadrilla. No he conocido a nadie que lo consiga a solas. ¿Tiene ropa y hatos?

—Me temo que en este punto estoy a merced del clima —dijo Moody—. Mi baúl sigue a bordo del barco; con el tiempo tan inclemente que hacía, era demasiado arriesgado cruzar la barra esta noche, y me aseguraron que mis pertenencias estarían en la aduana mañana por la tarde. A mí me trajo una gabarra; una pequeña tripulación vino remando valerosamente para acercar a los pasajeros a tierra.

—Ah, sí —dijo Balfour, en un tono más serio—. Solo en el último mes hemos visto tres naufragios en la barra. Es espantoso. Pero oiga, se saca dinero de esto. Cuando los barcos están llegando la gente no hace mucho caso. Pero cuando zarpan..., cuando zarpan, hay oro a bordo.

—Tengo entendido que el desembarco en Hokitika tiene fama de ser muy

traicionero.

—Tiene mala fama, en efecto. Y no hay nada que hacer cuando una nave tiene más de cien pies. Ya puede soltar el vapor de toda una chimenea, que ni así conseguirá impulsarse al otro lado. Un espectáculo de fuegos artificiales de primera, con las bengalas disparándose por doquier. Pero a decir verdad..., no son solo los vapores. No solo las naves grandes. Todos se la juegan en la barra de Hokitika, Walter. En esa arena encalla hasta una goleta si viene mala marea.

—Lo creo, lo creo —dijo Moody—. Nuestra nave era un bricbarca —no demasiado grande, ágil, lo bastante resistente para capear el peor de los temporales—, y sin embargo el capitán no quiso que corriera el riesgo. Decidió echar anclas en la rada y esperar a la mañana siguiente.

—¿Era la *Waterloo*? Esa es de las habituales, va y viene de Chalmers.

—No, era un flete privado —dijo Moody—. El *Godspeed*.

Se diría que había sacado una pistola del bolsillo, a juzgar por la impresión que causó el nombre. Moody miró a su alrededor (sin alterar su expresión afable) y vio que la atención de todos los presentes se había volcado en él sin disimulos. Hubo varios que soltaron sus periódicos; los que habían estado dormitando abrieron los ojos, y uno de los jugadores de billar dio un paso hacia él, poniéndose bajo la luz de la lámpara.

También Balfour se había estremecido al oír el nombre del bricbarca, pero sus ojos grises sostuvieron serenamente la mirada de Moody.

—Ah, sí —dijo, y al instante pareció que se despojaba de la efusión y la bravuconería que había caracterizado su actitud hasta ese momento—. Le confieso que el nombre de esa embarcación no me es desconocido, señor Moody..., no me es desconocido..., pero quisiera confirmar asimismo el nombre del capitán, si no tiene usted inconveniente.

Moody estaba escrutando el rostro de Balfour en busca de una cualidad muy particular, una cualidad que lo habría avergonzado nombrar en voz alta, de haberse visto obligado a hacerlo. Intentaba averiguar si Balfour parecía angustiado. Estaba seguro de que si la mente del otro hombre se imaginaba de repente, o recordaba, el tipo de horror preternatural con el que se había topado Moody a bordo del *Godspeed*, su efecto saltaría la vista. Pero Balfour solo parecía cauteloso, como un hombre que se entera del regreso de uno de sus acreedores y empieza a repasar para sus adentros las excusas y los medios de huida de que dispone... No parecía atormentado, ni tampoco temeroso. Moody estaba seguro de que a cualquiera que hubiese presenciado lo mismo que él se le notaría la huella. Y lo cierto es que Balfour estaba distinto: su aspecto delataba cierta sagacidad que antes no estaba presente; su mirada, una agudeza nueva. Moody se sintió vigorizado por este cambio. Comprendió, en un arranque de excitación, que lo había subestimado.

—Creo que el capitán se llamaba Carver —dijo lentamente—, Francis Carver, si recuerdo bien; un tipo de una fortaleza considerable, con una mirada amenazante y

una cicatriz blanca en la mejilla... ¿Encaja esta descripción con su hombre?

—Encaja. —Balfour, a su vez, estaba escudriñando el rostro de Moody—. Siento mucha curiosidad por saber cómo llegaron a conocerse usted y el señor Carver —dijo al cabo de un momento—. Si me permite usted la intromisión, claro está.

—Lo siento, pero Carver y yo no nos conocemos —dijo Moody—. Es decir, estoy seguro de que no me reconocería si volviese a verme.

Estaba decidido, conforme a su estrategia, a sortear cortésmente y sin reservas las preguntas de Balfour: esto le daría licencia más adelante para exigir respuestas a las suyas. Moody tenía un formidable talento para el arte de la diplomacia. De niño había sabido de manera instintiva que siempre es mejor contar de buen grado una mentira parcial que contar una verdad perfecta a la defensiva. La apariencia de cooperación daba sus resultados, aunque solo fuera porque obligaba a la reciprocidad, a ser justos. No volvió a mirar a su alrededor, sino que mantuvo los ojos bien abiertos y la cara franca y dirigió su discurso solo a Balfour, como si los once hombres que lo miraban fijamente desde la periferia no lo molestasen lo más mínimo.

—En ese caso —estaba diciendo Balfour—, me atrevo a adivinar que compró usted su billete al oficial de cubierta.

—Deposité el dinero directamente en su bolsillo, señor.

—¿Llegó a un acuerdo privado con él?

—El plan había sido ideado por la tripulación, con el consentimiento del patrón —replicó Moody—. Un modo harto sencillo de embolsarse un chelín de más, supongo. No había camarotes de ningún tipo..., te asignaban un lugar debajo de la cubierta y te ordenaban que estuvieses ojo avizor y que no molestases. La situación distaba mucho de ser ideal, por supuesto, pero mis circunstancias me obligaban a partir inmediatamente de Dunedin, como sabe, y el *Godspeed* era el único que tenía la salida programada para ese día. No conocía al oficial de cubierta antes de nuestra transacción, ni a ninguno de los otros pasajeros, ni a nadie de la tripulación.

—¿Cuántos pasajeros subieron a bordo?

Moody miró a Balfour a los ojos sin perder la compostura.

—Ocho —dijo, y cerró la boca en torno al puro.

Al oír esto, Balfour saltó al punto:

—¿Usted y siete más? ¿Ocho en total?

Moody declinó responder directamente a la pregunta.

—La lista de pasajeros se publicará en el periódico del lunes; usted mismo podrá examinarla —respondió con una expresión algo incrédula, como insinuando que la necesidad de aclaración de Balfour no solo era innecesaria sino también indecorosa. Añadió—: Mi verdadero nombre, claro está, no aparecerá en ella. Viajé con el nombre de Philip de Lacy, el hombre cuya documentación compré en Dunedin. Walter Moody, según las autoridades, se halla en estos momentos en algún lugar del Pacífico Sur..., supongo que rumbo al este, hacia el Cuerno.

La expresión de Balfour se mantuvo serena.

—Permítame, por favor, que le pregunte una cosa más —dijo—. Me gustaría saber, simplemente, si tiene usted motivos para pensar bien o mal de él. Del señor Carver, quiero decir.

—No sé si seré capaz de responderle con imparcialidad —dijo Moody—. Mis únicas fuentes son la sospecha y el rumor. Creo que el hombre tenía cierta presión para salir de Dunedin, porque estaba deseoso de soltar amarras a pesar de que se pronosticaba un temporal inminente, pero ignoro por completo cuál era el asunto que lo apremiaba. No lo conocí personalmente, y durante la travesía solo lo vi a distancia, y pocas veces, pues pasaba mucho tiempo en su cabina. Así que ya ve usted que mi opinión no vale gran cosa. Y aun así...

—Y aun así... —apuntó Balfour al ver que Moody no seguía. Esperó.

—Para serle franco, señor —dijo Moody dándose la vuelta para mirarlo de frente—, mientras estaba a bordo descubrí ciertos pormenores relacionados con el cargamento que me hicieron dudar de que la misión del barco fuese honesta. Si de algo estoy seguro, es de esto: espero no enemistarme jamás con el señor Carver, si está en mi poder evitar tal eventualidad.

El hombre moreno que estaba a la izquierda de Moody se había puesto tenso.

—¿Dice que encontró algo en el cargamento? —intervino, inclinándose hacia delante.

«¡Ajá!», pensó Moody. «Ha llegado el momento de aprovechar mi ventaja». Se volvió para dirigirse al nuevo interlocutor.

—Le ruego me disculpe si omito los detalles —dijo—. No pretendo faltarle al respeto, señor, pero somos extraños el uno para el otro; mejor dicho, teniendo en cuenta que la conversación de esta noche ha llegado a más oídos que a los del señor Balfour, es usted quien es un extraño para mí. A este respecto estoy en desventaja, no en relación conmigo mismo, ya que me he retratado verazmente, sino con usted, puesto que me ha conocido sin que medien presentaciones y ha escuchado mi relato sin invitación ni correspondencia por su parte. Nada tengo que ocultar en relación con este viaje ni con ningún otro de los que he hecho, pero confieso —dijo para rematar, y se volvió nuevamente hacia Balfour— que es molesto que a uno lo interrogue de manera tan implacable alguien que no divulga nada por iniciativa propia.

Lo anterior se formuló mucho más agresivamente de lo que tenía Moody por costumbre, pero había hablado con calma y con dignidad, y sabía que tenía razón. No parpadeó; miró a Balfour de hito en hito y, con sus ojos serenos abiertos de par en par, aguardó respuesta. La mirada de Balfour se escabulló hacia el hombre moreno que había hecho la interrupción, y después volvió para cruzarse con la de Moody. Suspiró. Se levantó de la silla, tiró el chicote del puro al fuego y extendió la mano.

—Ese vaso hay que llenarlo, señor Moody —dijo en voz baja—. Permítame, si es tan amable.

Se acercó en silencio al aparador, seguido del hombre moreno, que, una vez desplegado cuan alto era, casi rozaba el bajo techo de la habitación. El hombre se

inclinó hacia Balfour y empezó a mascullarle unas palabras urgentes al oído. Balfour hizo un gesto afirmativo y masculló algo a su vez. Debía de ser una orden, porque acto seguido el hombre alto se desplazó hasta la mesa de billar, hizo señas al hombre rubio para que se acercase y le transmitió un mensaje susurrado. Inmediatamente, el hombre rubio empezó a asentir con ademán enérgico. Mientras los observaba, Moody sintió que recuperaba su agudeza de siempre. El brandy lo había animado, había entrado en calor y estaba seco, y nada había tan infalible para levantarle la moral como la perspectiva de un relato.

Ocurre a menudo que cuando a una persona que se halla sometida a algún tipo de presión se le exige que atienda a una dificultad de otra índole, una que no lo incumbe en lo más mínimo, el segundo problema actúa sobre el primero como una especie de bálsamo. Esto fue lo que sintió Moody ahora. Por vez primera desde que había desembarcado de la gabarra se notó capaz de pensar con claridad en su reciente desventura. En el contexto de este nuevo secreto, fue como si de alguna manera su recuerdo privado se liberase. Podía recordar la escena que lo había obsesionado: el muerto levantándose, su garganta ensangrentada, su grito, y hallarla como de fábula, fantasiosa; sin dejar de ser horrenda, en cierto sentido lo era de un modo mucho más explicable. La historia había cobrado una especie de valor: si la utilizaba para hacer un intercambio, podía sacar provecho de ella.

Observó cómo iba pasando el mensaje de un hombre a otro, en susurros. No pudo distinguir nombres propios pues el batiburrillo de acentos extraños lo impedía, pero era evidente que la cuestión debatida era algo que afectaba a todos los hombres de la habitación. Se obligó a sí mismo a valorar la situación con cuidado y de modo racional. La falta de atención ya lo había llevado esa tarde a un error de juicio; no volvería a equivocarse. Se estaba cocinando un atraco, supuso, o tal vez se estuvieran aliando contra alguien. Contra el señor Carver, quizá. En total eran doce, lo cual hizo pensar a Moody en un jurado... pero la presencia de los hombres chinos y del nativo maorí lo hacía imposible. ¿Habría interrumpido una especie de concilio secreto, por decirlo así? Pero ¿qué tipo de conciliábulo podía abarcar un abanico tan variado de razas, rentas y patrimonios?

Huelga decir que el semblante de Walter Moody no delataba el tema de sus pensamientos. Había calibrado su expresión en el punto exacto entre el grave desconcierto y la disculpa, como para dar a entender que, si bien era muy consciente de las molestias que estaba ocasionando, no tenía ni la más remota idea de en qué podían consistir esas molestias, y que, en lo tocante a cómo obrar, estaba dispuesto a seguir cualquier instrucción que no procediera de él mismo.

Fuera, el viento cambió de dirección y envió una ráfaga húmeda por la chimenea, de suerte que las brasas viraron al escarlata y por un breve instante Moody pudo oler la sal del mar. La actividad del hogar pareció despertar al hombre gordo, que era el que más cerca se hallaba del fuego. Se despegó del sillón resoplando del esfuerzo y se acercó arrastrando los pies hasta donde estaban los demás, junto al aparador. Una

vez que se hubo ido, Moody se vio solo delante del fuego con el hombre del traje de espiguilla, que en ese momento se inclinó hacia delante y habló.

—Quisiera presentarme, si no tiene inconveniente —dijo, abriendo de golpe su cigarrera de plata por primera vez y seleccionando un cigarrillo. Hablaba con un acento manifiestamente francés, y con una gestualidad entrecortada y correcta—. Me llamo Aubert Gascoigne. Espero que disculpe el hecho de que yo ya conozca su nombre.

—Pues casualmente —dijo Moody, con un pequeño sobresalto de sorpresa—, creo que yo también conozco el suyo.

—Entonces bien está que nos presentemos —dijo Aubert Gascoigne. Se había estado hurgando en los bolsillos en busca de cerillas; se detuvo ahora con la mano en el bolsillo de la pechera, como un coronel disoluto posando para un dibujo—. Pero siento curiosidad. ¿Cómo es que me conoce, señor Moody?

—Leí su discurso esta tarde, en la edición del viernes del *West Coast Times*... ¿Me equivoco? Si no recuerdo mal, se expresaba usted en nombre del juzgado.

Gascoigne sonrió y sacó la caja de cerillas.

—Ahora lo entiendo. Soy agua pasada. —Sacudió la caja para sacar una cerilla,ladeó la bota sobre la rodilla y la prendió con la suela.

—Discúlpeme —comenzó Moody, temiendo haberlo ofendido, pero Gascoigne negó con la cabeza.

—No me ha insultado —dijo cuando ya hubo encendido el cigarrillo—. Veamos. Es usted un forastero que acaba de llegar a una ciudad desconocida, y ¿qué es lo primero que hace? Encuentra un periódico del día anterior y lee el boletín del juzgado. Se aprende el nombre de los infractores de la ley, por un lado, y de los que la hacen cumplir, por otro. Una estrategia excelente.

—No he seguido ningún método —dijo Moody modestamente.

El nombre de Gascoigne había aparecido en la tercera página del periódico bajo un breve sermón, de un párrafo a lo sumo, sobre la iniquidad del crimen. El discurso iba precedido de una lista de todos los arrestos que se habían efectuado ese mes. (No recordaba ninguno de los nombres, y a decir verdad solo había recordado el de Gascoigne porque su antiguo maestro de latín se había llamado Gascoyen; la familiaridad le había llamado la atención).

—Tal vez no —replicó Gascoigne—, pero aun así le ha traído hasta el corazón mismo de nuestro desasosiego: un asunto que lleva dos semanas en boca de todos.

Moody frunció el ceño.

—¿Tiene que ver con delincuentes de poca monta?

—Con uno en concreto.

—¿Intento adivinar de quién se trata? —preguntó Moody a la ligera al ver que el otro hombre no seguía hablando.

Gascoigne se encogió de hombros.

—Como quiera. Me refiero a la puta.

Moody arqueó las cejas. Intentó recordar el catálogo de arrestos... Sí, puede que uno de los nombres citados fuera el de una mujer. Se preguntó qué podrían decir los hombres de Hokitika sobre el arresto de una puta. Tardó un momento en hallar las palabras para formular una respuesta adecuada, y, para su sorpresa, Gascoigne se rio.

—Le estoy tomando el pelo —dijo—. No permita que le tome el pelo. Su delito no se mencionaba, por supuesto, pero si lee con un poco de imaginación lo verá. Dice llamarse Anna Wetherell.

—No estoy seguro de saber leer con imaginación.

Gascoigne volvió a reír, expulsando una penetrante bocanada de humo.

—Pero usted es abogado, ¿no?

—Solo de formación —dijo Moody con fría formalidad—. Aún no me he titulado.

—Pues sepa que siempre hay un trasfondo en las alocuciones del juzgado —explicó Gascoigne—. «Caballeros de Westland»: ahí tiene la primera pista. «Delitos ignominiosos y degradantes»: ahí tiene la segunda.

—Ya veo —dijo Moody, aunque no era cierto. Su mirada pasó fugazmente por encima del hombro de Gascoigne: el hombre gordo se había acercado a la pareja de chinos, y estaba garabateando algo en la guarda de su libreta para que lo leyeran—. ¿No será que acusaron equivocadamente a la mujer? ¿No será eso lo que llamó la atención de todo el mundo?

—Qué va, no la encarcelaron por prostituirse —dijo Gascoigne—. ¡Eso a los agentes de policía les importa un bledo! Siempre que un hombre sea discreto, ellos tan contentos de mirar hacia otro lado.

Moody esperó. Había un no sé qué inquietante en el modo de hablar de Gascoigne: era a la vez cauteloso y confiado. Moody pensó que no podía fiarse de él. El oficial de juzgado debía de tener treinta y tantos años. Su cabello claro estaba empezando a encanecer por encima de las orejas, y lucía un bigote cepillado a ambos lados de la raya. Llevaba un traje de espiguilla muy entallado.

—Además —añadió Gascoigne al cabo de un instante—, ¡si hasta el propio sargento se le insinuó nada más recluirla!

—¿Recluirla? —repitió Moody, sintiéndose estúpido. Deseó que las palabras del otro fueran menos enigmáticas y que diera más detalles. Tenía un aire distinguido (a su lado, Thomas Balfour era un bocazas), pero de alguna manera parecía una distinción añorada. Hablaba como un hombre decepcionado, como si la perfección solo existiese para él como algo que se recuerda... y que después se lamenta, por haberse perdido.

—Intentaron quitársela de en medio con un juicio porque intentó quitarse la vida —dijo Gascoigne—. Hay cierta simetría en eso, ¿no cree? Intentaron quitársela porque intentó quitarse.

A Moody le pareció inadecuado asentir, y en cualquier caso no le apetecía continuar con ese tipo de reflexiones. Preguntó, para cambiar de tema:

—¿Y el patrón de mi nave, el señor Carver? Supongo que estará relacionado de alguna manera con esta mujer, ¿no?

—Sí, Carver tiene relación con ella, vaya si la tiene —dijo Gascoigne. Miró el cigarrillo que tenía en la mano, pareció que de repente le daba asco y lo echó al fuego —. Carver mató a su propio hijo.

Moody retrocedió horrorizado.

—¿Cómo dice?

—No pueden demostrarlo, naturalmente —dijo Gascoigne con tono misterioso—. Pero ese hombre es una bestia. Hace usted bien queriendo evitarlo.

Moody se lo quedó mirando fijamente, de nuevo sin saber qué decir.

—Cada hombre tiene su moneda —añadió Gascoigne al cabo de unos instantes —. Puede ser el oro; puede que sean las mujeres. Anna Wetherell era ambas cosas, ¿me entiende?

Justo entonces regresó el hombre gordo con su vaso lleno; se sentó, miró primero a Gascoigne y luego a Moody y pareció reconocer, confusamente, la obligación social de presentarse. Se inclinó hacia delante y extendió la mano con cierta brusquedad.

—Dick Mannering.

—Encantado —dijo Moody con un tono más bien automático. Se sentía desorientado. Deseaba que no hubiese interrumpido a Gascoigne justo en ese momento; así habría podido apremiarlo a que se extendiese sobre el asunto de la puta. Sería una indelicadeza intentar recuperar el tema ahora; de todos modos, Gascoigne había vuelto a recostarse en su butaca, y su semblante se había vuelto inexpresivo. De nuevo empezó a manosear la cigarrera.

—Teatro Prince of Wales, ese soy yo —añadió Mannering a la vez que se recostaba.

—Estupendo —dijo Moody.

—El único espectáculo que hay por aquí. —Mannering dio unos golpecitos con los nudillos en el brazo de su silla, buscando un modo de proseguir. Moody echó un vistazo a Gascoigne, pero el oficial de juzgado tenía la mirada clavada amargamente en su regazo. Era evidente que la reaparición del gordo le había resultado harto desagradable; también era evidente que no veía ningún motivo para ocultarle su desagrado al objeto del mismo..., cuyo rostro, observó incómodo Moody, había adquirido un intenso tono rojo.

—No he podido evitar fijarme en la cadena de su reloj, hace un rato —dijo por fin Moody, dirigiéndose a Mannering—. ¿Es oro de Hokitika?

—Bonita pieza, ¿eh? —dijo Mannering sin bajar la vista al pecho ni subir los dedos para tocar el admirado artículo. Volvió a tamborilear con los dedos en el brazo de su silla—. Pepitas de Clutha, eso es lo que son. Estuve en Kawarau, en Dunstan y después en Clutha.

—Confieso que no estoy familiarizado con los nombres —dijo Moody—. Supongo que son yacimientos de Otago, ¿no?

Mannering afirmó que así era, y empezó a hablar largo y tendido sobre el tema de las compañías mineras y el valor de la draga.

—¿Aquí son todos mineros? —preguntó Moody cuando hubo terminado, trazando un circulito en el aire con las yemas de los dedos para indicar que se refería a la habitación en general.

—Ni uno..., menos los chinos, claro —dijo Mannering—. Tropa de campamento, eso es lo que somos, aunque la mayoría de nosotros empezó en el desfiladero. ¿Dónde se encuentra casi todo el oro de los yacimientos? En los hoteles. En las barracas. Los tipos se lo gastan todo nada más encontrarlo. Le voy a decir una cosa: mejor haría montando un negocio que marchándose a los cerros. Sáquese una licencia y póngase a vender grog.

—Debe de ser un consejo sabio, cuando usted mismo lo ha seguido —dijo Moody.

Mannering volvió a acomodarse en su silla, a todas luces satisfecho por el cumplido. Sí, había abandonado los yacimientos, y ahora pagaba a otros hombres para que trabajasen sus concesiones a cambio de un porcentaje del rendimiento; él era de Sussex; Hokitika era un lugar de primera, pero había menos chicas de las que precisaba una población tan grande; le encantaba la armonía en todas sus vertientes; había tomado como modelo para su teatro de ópera el Adelphi del West End; le parecía que el espectáculo de canción-con-cena no tenía rival; no soportaba los bares, y la cerveza de mesa le sentaba mal; las inundaciones de Dunstan habían sido horribles... sí, horribles; la lluvia de Hokitika era insufrible, y, en efecto, no había nada tan bonito como una armonía a cuatro voces... las voces como los hilos de un retal de seda.

—Magnífico —murmuró Moody. Gascoigne no se había movido lo más mínimo durante este soliloquio, exceptuando el ritmo compulsivo de sus manos largas y pálidas mientras daban vueltas al objeto de plata en su regazo; Mannering, por su parte, no había acusado en absoluto la presencia del oficial de juzgado, y de hecho había dirigido su disertación a un punto situado a unos tres pies por encima de la cabeza de Moody, como si en realidad tampoco le incumbiera la presencia de Moody.

Por fin, el drama susurrado que se estaba escenificando en la periferia empezó a acercarse a una especie de resolución, y la charla del gordo empezó a decaer. El hombre moreno regresó y ocupó su asiento de antes, a la izquierda de Moody; Balfour lo siguió con dos vasos llenos de brandy. Le pasó uno a Moody, hizo un gesto con la mano cuando este le dio las gracias y se sentó.

—Le debo una explicación por lo grosero que he sido con tanta pregunta, señor Moody... —dijo Balfour—. No proteste, lo que digo es cierto. La verdad es que..., la verdad es que..., en fin, la verdad, señor, merece un relato; baste con eso por ahora.

—Le ruego sea tan amable de confiar en nosotros —añadió Gascoigne desde el otro lado de Balfour, en un alarde bastante feo de falsa cortesía.

De repente, el hombre moreno se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Alguno de los presentes tiene reservas que desee expresar? —preguntó.

Moody miró a su alrededor, pestañeando, pero nadie habló.

Balfour asintió con la cabeza; esperó un momento más, como para sumar su gentileza a la del hombre moreno, y a continuación siguió hablando.

—Permítame que le diga cuanto antes que un hombre ha sido asesinado —le dijo a Moody—. Ese canalla al que ya conoce —me refiero a Carver; no quiero llamarlo «capitán»— es el asesino, aunque no sabría decirle ni cómo ni por qué, maldita sea. Simplemente lo sé; estoy tan seguro de ello como de que veo un vaso en su mano. Entonces: si me concede el honor de escuchar una parte de la historia de ese maleante, tal vez usted... En fin, teniendo en cuenta en qué situación se encuentra, tal vez esté usted dispuesto a ayudarnos.

—Disculpe, caballero —dijo Moody. Al oír mencionar un asesinato, su corazón había empezado a latir muy deprisa: al fin y al cabo, quizá esto tuviese que ver con la fantasmagoría del *Godspeed*—. ¿En qué situación me encuentro?

—Con su baúl todavía a bordo del bricbarca, a eso se refiere —dijo el hombre moreno—. Y pendiente de una cita en la aduana mañana por la tarde.

Balfour pareció irritarse ligeramente; agitó la mano.

—Ya hablaremos de eso después —dijo—. Le ruego, primero, que escuche la historia de principio a fin.

—Por supuesto, lo escucho —replicó Moody, enfatizando casi imperceptiblemente la última palabra como para advertirle que no esperase, ni exigiese, nada más. Le pareció ver que asomaba una sonrisita al pálido semblante de Gascoigne, pero al instante siguiente sus rasgos se habían vuelto a avinagrar.

—Claro, claro —aceptó Balfour. Dejó el vaso de brandy, entrelazó los nudillos y los hizo crujir secamente—. En fin, vamos allá. Señor Moody, voy a procurar ponerlo al corriente del motivo de nuestra reunión.

JÚPITER EN SAGITARIO

En el que se discuten los méritos de la asistencia, se cuestiona un apellido, Alistair Lauderback queda desconcertado y el consignatario cuenta una mentira

La narración de Balfour, un tanto tortuosa a causa de las interrupciones y entorpecida en general por el estilo lírico de su discurso, se iba embrollando cada vez más a medida que avanzaba, y hubieron de transcurrir varias horas antes de que Moody entendiese por fin con claridad el orden de los acontecimientos que habían precipitado el conciliábulo de la sala de fumadores del hotel.

Las interrupciones fueron demasiado pesadas, y el enfoque de Balfour demasiado divagatorio, como para merecer que levantemos acta fiel y exhaustiva de todo lo que dijeron los presentes. Suprimiremos aquí sus imperfecciones e impondremos una disciplina militar a la impaciente crónica del errabundo pensamiento del consignatario; aplicaremos nuestra propia argamasa a las grietas y rendijas de los recuerdos mundanos y daremos nueva vida al edificio que, en la memoria solitaria, no existe más que en ruinas.

Comenzamos, como hizo el propio Balfour, con un encuentro que había tenido lugar en Hokitika esa misma mañana.

Φ

Antes de los albores de la fiebre del oro de la Costa Occidental, cuando Hokitika no era más que una boca marrón abierta al océano y el oro de sus playas brillaba silencioso y oculto, Thomas Balfour vivía en la provincia de Otago y dirigía sus negocios desde un pequeño edificio con tejado de tablillas del malecón de Dunedin, bajo un estandarte de calicó que llevaba inscrita la leyenda BALFOUR & HARNETT, AGENCIA NAVIERA. (El señor Harnett hacía tiempo que había abandonado la empresa conjunta, de la que solo había poseído un tercio de las acciones: ahora se hallaba disfrutando de un retiro colonial en Auckland, lejos de la escarcha de Otago y de la niebla que anegaba de blanco los valles en las frías horas previas al alba). La ventajosa ubicación de la firma —enfrente del muelle central, con vistas a los lejanos espigones del puerto atraía a una clientela distinguida, y entre los numerosos clientes se encontraba el antiguo superintendente de Canterbury, un gigantón con manos como palas que tenía fama de obrar con convicción, afán expansivo y celo.

Alistair Lauderback —así se llamaba el estadista— había disfrutado de una

sensación de aceleración constante a lo largo de su trayectoria. Nacido en Londres, había estudiado abogacía antes de emprender el viaje a Nueva Zelanda en el año 1851, haciéndose a la mar con dos metas: la primera, amasar una fortuna, y la segunda, doblarla. Su ambición se avenía bien con una vida política, y en especial con la vida política de un país joven. Lauderback ascendió, y ascendió deprisa. En los círculos legales se lo admiraba mucho por su capacidad de proponerse algo sin darse tregua hasta que lo sacaba adelante; en virtud de este excelente rasgo de carácter, fue recompensado con un puesto en el Consejo Provincial de Canterbury e invitado a presentarse a la Superintendencia, cargo para el cual fue elegido por aplastante mayoría. Cinco años después de tomar tierra en Nueva Zelanda, su red de contactos llegaba hasta el Ministerio de Stafford y el primer ministro en persona; para cuando llamó por primera vez a la puerta de Thomas Balfour, engalanado con una flor de kowhai recién cortada en el ojal y un cuello alzado cuyas puntas evasé (observó Balfour) habían sido almidonadas por una mano de mujer, ya no cabía considerarlo un pionero. Olía a permanencia: al tipo de influencia que perdura.

En lo que a su semblante y su porte se refiere, más que apuesto Lauderback resultaba imponente. Su barba, larga y roma como la de Balfour, sobresalía casi horizontalmente de su mandíbula, dotando a su rostro de un aspecto regio; bajo las cejas, sus oscuros ojos relumbraban. Era muy alto, y estrecho de cuerpo, lo cual le hacía parecer aún más alto.

Hablaba a voces, declarando sus ambiciones y opiniones con una franqueza que cabría llamar desmedida (siendo escépticos) o intrépida (sin serlo). Era un poco duro de oído, y por esta razón tendía a bajar la cabeza y a encorvarse ligeramente mientras escuchaba, dando la impresión, tan útil en política, de que sus atenciones siempre se prodigaban de manera solemne y providencial.

En su primer encuentro, Lauderback impresionó a Balfour por la energía y la seguridad de su modo de hablar. Sus entusiasmos, como anunció a Balfour, no se reducían a la esfera política. También era armador, habiendo profesado, desde su infancia, un apasionado amor al mar. Poseía cuatro barcos en total: dos clípers, una goleta y un bricbarca. Dos de las naves necesitaban un patrón. Hasta ahora las había fletado, pero el riesgo personal que suponía esta empresa era elevado, y quería alquilárselas a una compañía naviera consolidada que pudiese ofrecer una garantía razonable. Recitaba mecánicamente los nombres de los barcos, como recita un hombre los de sus hijos: los clípers *Virtue* y *Corona Australis*, la goleta *Lady of the Ballroom* y el bricbarca *Godspeed*.

Dio la casualidad de que por aquella época Balfour & Harnett tenía una necesidad acuciante de un clíper de dimensiones y posibilidades idénticas a las que describía Lauderback. A Balfour no le servía el otro barco ofertado, el bricbarca *Godspeed*, pues era una nave demasiado pequeña para sus propósitos; pero el *Virtue*, una vez pasados la inspección y el periodo de prueba, haría cómodamente la travesía mensual entre Port Chalmers y Port Phillip. Sí, le dijo a Lauderback, encontraría un patrón

para el *Virtue*. Contrataría un seguro con una prima aceptable y fletaría el barco por periodos de un año.

Lauderback tenía la misma edad que Balfour y, sin embargo, desde aquel primer encuentro Balfour se dirigía a él casi con la misma deferencia que un hijo a un padre..., delatando quizá un toque de vanidad, pues los aspectos de la persona de Lauderback que más admiraba Balfour eran aquellos que cultivaba en la suya propia. Afloró entre los dos una especie de amistad (una amistad demasiado admirativa por parte de Balfour como para transformarse jamás en intimidad) y durante los dos años siguientes el *Virtue* circuló sin trabas entre Dunedin y Melbourne. La cláusula del seguro, pese al esmero que habían puesto en redactarla, jamás volvió a consultarse.

En enero de 1865, Robert Harnett anunció su intención de jubilarse, vendió sus acciones a su socio y se mudó al norte en pos de un clima más suave. Balfour, con su típica ausencia de sentimentalismos, renunció al punto al solar del malecón. Sabía que los días de gloria de Otago eran ya cosa del pasado. Los valles se habían vuelto improductivos; poco faltaba para que se agotasen los ríos. Zarpó hacia la Costa, adquirió un terrenito yermo cercano a la desembocadura del río Hokitika, montó su tienda de campaña y empezó a construir un almacén. Balfour & Harnett pasó a ser la Agencia Naviera Balfour, él se compró un chaleco bordado y un bombín y en torno a él empezó a levantarse la ciudad de Hokitika.

Cuando el bricbarca *Godspeed* fondeó en la rada de Hokitika varios meses después, Balfour se acordó del nombre e identificó el barco como perteneciente a Alistair Lauderback. Como gesto de cortesía se presentó al patrón del barco, Francis Carver, y a partir de ese momento disfrutó de una relación cordial con él, basada en el vínculo nominal de su común conocido..., aunque en su fuero interno Balfour pensaba que el señor Carver tenía pinta de matón, y lo había etiquetado de maleante. Sostenía esta opinión sin amargura. A Balfour no lo impresionaba la fuerza de voluntad, a no ser que fuera de la modalidad que exhibía Lauderback (carismática, grácil incluso), y era incapaz de sentir afecto por un maleante. Los rumores que seguían de cerca al señor Carver no lo intimidaban, ni tampoco le tocaban la fibra sensible suscitándole una infantil admiración. Carver, sencillamente, no le interesaba, y no tuvo que malgastar energías en apartarlo de sus pensamientos.

A finales de 1865 Balfour leyó en el periódico que Alistair Lauderback estaba preparando su candidatura al Parlamento por el escaño de Westland, y pocas semanas después Balfour recibió una carta de su puño y letra en la que solicitaba, una vez más, la colaboración del consignatario. En su campaña para ganarse la provincia de Westland, escribió Lauderback, deseaba aparecer como un hombre de Westland. Rogaba a Balfour que le consiguiese alojamiento en la zona más céntrica de Hokitika, que amueblase adecuadamente los aposentos y que se encargase del envío de un baúl de efectos personales —libros de leyes, documentos, etcétera, etcétera— que serían de crucial importancia para él en el transcurso de su campaña. Cada punto se describía con una caligrafía expansiva y floreada que, a juicio de Balfour, era propia

de un hombre que podía permitirse derrochar tinta en florituras. (La idea lo hizo sonreír: le gustaba perdonar a Lauderback sus muchas extravagancias). Lauderback, por su parte, no iba a viajar por barco. Haría la travesía por tierra, cruzando las montañas a caballo para llegar con aire triunfal al talón del valle Arahura. Haría su entrada no como un estadista consentido que viaja cómodamente en camarote de primera, sino como un hombre del pueblo, con las posaderas doloridas de tanto cabalgar, embarrado y lleno de manchas de sudor de su propia frente.

Balfour siguió sus instrucciones al pie de la letra. Reservó para Lauderback unas habitaciones que daban a la playa de Hokitika, y registró su nombre en todos los clubes que anunciaban dados y petanca americana. Encargó peras, queso de corteza lavada y jengibre caramelizado de Jamaica en la tienda de abastos, solicitó un barbero y reservó un palco privado en el teatro de ópera para los meses de febrero y marzo. Informó al director del *West Coast Times* de que Lauderback iba a cubrir el trayecto desde Canterbury a través del paso alpino, e insinuó que una mención favorable de esta valerosa empresa haría que la futura administración de Lauderback contemplase el periódico con muy buenos ojos, si es que ganaba el escaño de Westland, como era harto probable. Balfour envió después un mensaje a Port Chalmers, dando instrucciones al patrón del *Virtue* para que recogiese el baúl de Lauderback cuando llegase desde Lyttelton y lo enviase a Hokitika en la siguiente ruta del clíper a la Costa. Hecho todo esto, compró una damajuana de cerveza negra en el hotel Gridiron, plantó los talones sobre la mesa y se la bebió a la par que reflexionaba que la política le habría gustado... Los discursos, las campañas... Sí, le habría gustado, vaya si le habría gustado.

Pero he aquí que la llegada de Alistair Lauderback a Hokitika no estuvo acompañada del bombo y platillo que se había imaginado el político cuando expuso por vez primera a Balfour sus planes por carta. Su expedición a través de los Alpes captó, en efecto, la atención de los mineros de la Costa, y su nombre, en efecto, ocupó un lugar muy destacado en todos los periódicos y gacetas de la ciudad..., pero ni mucho menos por las razones que él se había propuesto.

La historia que hizo constar el sargento de guardia, y que se publicó a la mañana siguiente en el *West Coast Times*, fue la siguiente. Unas dos horas antes de llegar a su destino, Lauderback y los ayudantes que lo acompañaban habían pasado casualmente por delante de la morada de un ermitaño. Habían transcurrido horas desde su último refrigerio, y estaba anocheciendo; hicieron un alto en el camino, con intención de pedir una frasca de agua y, si el dueño de la morada les hiciera el favor, un almuerzo caliente. Llamaron a la puerta de la cabaña y no obtuvieron respuesta, pero a juzgar por la luz de la lámpara y por el humo que salía por la chimenea era evidente que dentro había alguien. La puerta no estaba trancada; Lauderback entró. Se encontró al dueño de la morada desplomado en la mesa de la cocina: recién fallecido, tanto que, según le dijo después al sargento, el agua de la tetera que había sobre la lumbre seguía hirviendo, y todavía no se había evaporado. Todo apuntaba a que el ermitaño

había muerto a causa de la bebida. Su mano seguía cerrada en torno a una botella de licor casi vacía que estaba ante él sobre la mesa, y la habitación desprendía un intenso olor a alcohol. Lauderback admitió que, en efecto, los tres hombres repusieron fuerzas con el té y los panecillos de dámper que encontraron sobre el fogón del ermitaño antes de proseguir su viaje. No se entretuvieron más de media hora, debido a la presencia del muerto en la habitación..., aunque, menos mal, tenía la cabeza apoyada en los brazos, y los ojos cerrados.

A las afueras de Hokitika, el grupo sufrió un nuevo retraso. Cuando se estaban acercando al municipio se toparon con una mujer tirada en medio de la vía pública, completamente inconsciente y calada hasta los huesos. Estaba viva, pero por los pelos. Lauderback adivinó que había sido drogada, pero no pudo sonsacarle nada más allá de un quejido. Envió a sus ayudantes a buscar a un sargento de guardia, levantó el cuerpo de la mujer del barro y, mientras esperaba a que regresaran los ayudantes, estuvo pensando que su campaña electoral había tenido un comienzo más bien morboso. Las tres primeras personas a las que se iba a presentar en la ciudad eran el juez, el forense y el director del *West Coast Times*.

Durante las dos semanas posteriores a esta infeliz llegada, Hokitika apenas hizo caso a las inminentes elecciones: era como si la suerte de un ermitaño y el destino de una puta (tal era, como enseguida descubrió Lauderback, el oficio de la mujer de la carretera) fueran cuestiones con las que una candidatura electoral no podía ni siquiera aspirar a competir. El paso de Lauderback por las montañas no fue objeto más que de una breve mención en el *West Coast Times*, mientras que su descripción del finado, Crosbie Wells, mereció dos columnas. Esto a Lauderback no le afectó en lo más mínimo. Estaba esperando las elecciones parlamentarias con el mismo aplomo relajado con que aguardaba todos los actos de la providencia, y todas las recompensas. Había decidido que ganaría; por consiguiente, ganaría.

La mañana de la llegada de Walter Moody a Hokitika —la mañana en la que comienza el relato de Balfour—, el consignatario estaba sentado con su viejo conocido en el comedor del hotel Palace de la calle Revell, hablando de aparejos. Lauderback llevaba un traje de lana beis, un tono al que la humedad no le sentaba nada bien. La lluvia que le había caído sobre los hombros no se había secado, de suerte que parecía como si llevase charreteras; las solapas se habían tornado oscuras y vellosas. Pero Lauderback no era de esos hombres a los que una merma en el atuendo juega en menoscabo de su porte; de hecho, ocurría todo lo contrario: el traje húmedo no hacía sino conferirle un aspecto más elegante. Se había restregado las manos con jabón auténtico esa misma mañana; se había aceitado el cabello, sus polainas de cuero brillaban como el bronce bruñido y se había puesto en el ojal un ramito de alguna especie autóctona, una flor pálida y arracimada cuyo nombre Balfour desconocía. Su reciente viaje por los Alpes del Sur había teñido sus mejillas de un sano rubor colorado. En suma, tenía un aspecto francamente bueno.

Balfour miraba a su amigo desde su lado de la mesa, escuchándolo solo a medias

mientras el estadista, hablando animadamente, exponía sus argumentos en defensa del barco de línea marítima, subiendo las manos a modo de palo mayor y mesana y utilizando el salero a modo de proa. Era una discusión que en otro momento a Balfour le habría parecido apasionante, pero en el rostro del consignatario se dibujaba una expresión ansiosa y distante. Estaba dando golpecitos en la mesa con la base de su vaso y removiéndose en su asiento, y cada pocos minutos subía la mano para pellizcarse la nariz. Y es que sabía que, de tanto hablar de barcos, la conversación pasaría, a poco tardar, al tema del *Virtue*, y al cargamento que se le había encomendado que transportase hasta la Costa.

El cajón de mercancías que contenía el baúl de Alistair Lauderback había llegado a Hokitika la mañana del 12 de enero, dos días antes que el propio Lauderback. Balfour se encargó del desembarco del cargamento, y dio orden de que el cajón se trasladase del muelle a su almacén. Que él supiera, sus instrucciones habían sido obedecidas. Pero un malhadado giro del destino (tanto más malhadado en virtud de la alta estima en que tenía Balfour a Lauderback) había querido que el cajón se esfumase.

Balfour, al descubrir que el cajón había desaparecido, fue presa del pánico. Se dedicó en cuerpo y alma al proyecto de recuperarlo, recorriendo incesantemente el muelle, preguntando en cada puerta e interrogando a todos los estibadores, porteadores, marineros y agentes de aduanas, pero sus esfuerzos fueron en vano. El cajón no estaba.

Lauderback aún no había pasado dos noches seguidas en las habitaciones del piso superior del hotel Palace. Los últimos quince días los había dedicado a presentarse en campamentos y poblados por toda la Costa, una gira preliminar de la que no se había liberado hasta esa misma mañana. Enfrascado en estos menesteres, y convencido de que el *Virtue* aún estaba en plena travesía desde Dunedin, todavía no había preguntado por su cargamento..., pero Balfour sabía que la pregunta estaba al caer, y que cuando lo hiciera tendría que contarle la verdad. Bebió un buen trago de vino.

En la mesa, entre ambos, quedaban los restos de los «tentempiés», término que utilizaba Lauderback para referirse a cualquier comida o colación tomada a horas irregulares, tanto por la mañana como por la noche. Había comido hasta saciarse, y había instado a Balfour a que hiciera lo propio, pero el consignatario había rechazado repetidamente la invitación: no tenía hambre, sobre todo de cebollas escabechadas y fritura de cordero, dos platos cuyo aroma siempre le quitaban el apetito. Para satisfacer a su anfitrión, de cuyo bolsillo estaba almorzando, se había bebido una frasca entera de vino, además de una jarra de cerveza: debían de ser las agallas del bebedor, por decirlo de algún modo, pero el caso es que el alcohol apenas lo había ayudado a vencer su inquietud, y en esos momentos se sentía muy revuelto.

—Solo un trozo más de hígado —dijo Lauderback.

—Está excelente —farfulló Balfour—. Excelente..., pero me he quedado satisfecho..., es que mi complexión... Estoy muy satisfecho, gracias.

—Es cordero de Canterbury —dijo Lauderback.

—Canterbury..., sí... Magnífico.

—Caviar de las tierras altas, Tom.

—Estoy lleno, gracias.

Lauderback fijó la mirada en el hígado por unos instantes.

—Me podría haber traído un rebaño —dijo, cambiando de tema—. Por el paso de la montaña. Cinco libras por cabeza, diez libras... Vaya, habría ganado una fortuna vendiéndolo todo. Podría haberme dicho que aquí solo hay carne en salmuera o ahumada: me habría traído los almuerzos de un mes. Con la ayuda de un par de perros habría sido muy fácil.

—De fácil no tiene nada —dijo Balfour.

—Me habría forrado —dijo Lauderback.

—Sin contar las ovejas que se parten el cuello en los rápidos —dijo Balfour—, ni las que se pierden, ni las que se niegan a que las conduzcan... Y la de horas amargas que habría dedicado a contarlas, a acorralarlas, a atraparlas... A mí no me gustaría.

—No hay ganancia sin riesgo —replicó el político—, y el viaje ya fue lo bastante penoso; al menos podría haber ganado un poco de dinero al final. Bien sabe el cielo que podría haber contribuido a que se me recibiese mejor.

—Vacas, puede —añadió Balfour—. Un rebaño de vacas se porta bien.

—Está diciendo cómeme —dijo Lauderback, empujando el plato de hígado hacia Balfour.

—No puedo. Imposible.

—Entonces tómate tú lo que queda, Jock, amigo —dijo Lauderback volviéndose hacia su ayudante. (Se dirigía a sus dos ayudantes por sus nombres de pila, por la razón de que compartían el apellido Smith. Había una graciosa asimetría entre sus nombres de pila: el uno era Jock, y el otro Augustus)—. Tapónate la boca con una cebolla y así no tendremos que oír más paparruchadas sobre tus queridos bergantines, ¿eh, Tom? ¿Le taponamos la boca?

Y, sonriendo, volvió la cabeza hacia Balfour.

Balfour volvió a pellizcarse la nariz. Esto era muy típico de Lauderback, pensó: fomentaba el acuerdo respecto a las cuestiones más triviales, buscaba el consenso cuando el consenso era innecesario..., y para cuando se quería dar uno cuenta, estaba de su parte y haciendo campaña a su favor.

—Sí..., una cebolla —dijo; y acto seguido, para desviar la conversación del tema de los barcos, añadió—: En el *Times* de ayer se mencionaba a esa chica suya de la carretera.

—¡De mía nada! —repuso Lauderback—. Y de mención, lo que se dice mención, tenía poco, la verdad.

—Vaya osadía la del autor —continuó Balfour—. Va y lo pinta como si la ciudad entera mereciese una reprimenda por lo de la chica... como si todo el mundo fuera culpable.

—¿Quién va a dar crédito a su opinión? —Lauderback hizo un ademán displicente con la mano—. ¡Un escribano del tres al cuarto de un juzgado de primera instancia, ventilando sus tabarras!

(El escribano al que aludía Lauderback de manera tan poco generosa era naturalmente el oficial de juzgado Aubert Gascoigne, cuyo breve sermón del *West Coast Times* también habría de llamar la atención de Walter Moody unas diez horas después).

Balfour movió repetidamente la cabeza.

—Va y lo pinta como si fuera un error nuestro... un error colectivo. Como si todos sin excepción hubiésemos debido ser más precavidos.

—Un escribano del tres al cuarto —volvió a decir Lauderback—. Se pasa el día escribiendo cheques en nombre de otra persona. Le sobran opiniones que a nadie le interesan.

—Aun así...

—Aun así, nada. Era una mención sin importancia, y un razonamiento pobre; no hay por qué detenerse en ello. —Lauderback dio unos golpecitos en la mesa con los nudillos, lo mismo que un juez da golpes con su martillo para que se sepa que se le ha agotado la paciencia; Balfour, empeñado a toda costa en impedir que retomasen el anterior tema de conversación, habló de nuevo antes de que el político tuviese oportunidad de hacerlo.

—Pero ¿la ha visto? —preguntó.

Lauderback frunció el ceño.

—¿A quién? ¿A la chica de la carretera? ¿A la puta? No; no la he vuelto a ver desde aquella tarde. Aunque sí que he oído que se recuperó. Usted piensa que debería haberle hecho una visita. Por eso lo ha preguntado.

—No, no —dijo Balfour.

—Un hombre de mi rango no se puede permitir...

—No, claro; no se lo puede permitir... claro...

—Lo cual nos lleva de nuevo al sermón, supongo —dijo Lauderback, con tono reflexivo—. Ese era el meollo de lo que decía el oficial de juzgado. Mientras no se instauren ciertas medidas como casas de beneficencia y todo eso, o conventos, ¿a quién se le puede pedir cuentas en una situación así? ¿Quién es responsable de una chica como esa, de alguien que no tiene a nadie, en un lugar como este?

Se trataba de una pregunta retórica, pero Balfour, para que la conversación no decayese, la respondió.

—Nadie es responsable —dijo.

—¡Nadie! —Lauderback pareció sorprendido—. ¿Dónde está su espíritu cristiano?

—Anna intentó quitarse la vida... ¡dar fin a su vida, ni más ni menos! Solo a ella se le puede pedir cuentas.

—¡La llama Anna! —dijo Lauderback en tono reprobatorio—. Veo que tutea a la

chica; ¡me malicio que en cierta medida también a usted le incumbe responsabilizarse por ella!

—El tuteo no fue lo que encendió su pipa.

—¿Le daría con la puerta en las narices porque es... porque es una adicta?

—No le estoy dando con la puerta en las narices. Si me la hubiese encontrado tirada en la carretera habría hecho lo mismo que usted. Exactamente lo mismo.

—¿Salvarle la vida?

—¡Entregarla!

Lauderback quitó importancia a la matización con un gesto de la mano.

—Y después ¿qué? —dijo—. Una noche en la cárcel, y después ¿qué? ¿Quién va a estar ahí para protegerla cuando vuelva a encender su pipa?

—No puede protegerse a una persona contra sí misma... ¡contra su propia mano!

—Balfour estaba irritado. No le gustaban las conversaciones de este tipo; en realidad, pensó, no era mucho mejor que hablar de los pros y los contras del aparejo redondo o de las velas cuadradas. (Pero lo cierto era que Lauderback había sido muy mal conversador las dos últimas semanas: su tono había sido despótico, ora evasivo, ora exigente. Balfour lo había achacado a los nervios).

—Se refiere al consuelo espiritual... a una protección espiritual —terció Jock Smith queriendo ayudar, pero Lauderback lo silenció presentándole la palma de la mano.

—Olvídese del suicidio; esa es otra cuestión, y además morbosa —dijo—. ¿Quién está dispuesto a darle una oportunidad, Thomas? Esa es mi pregunta. ¿Quién está dispuesto a darle una nueva oportunidad a esa triste muchacha para que cambie de vida?

Balfour se encogió de hombros.

—Hay gente a la que le tocan malas cartas. Pero uno no puede confiar en la conciencia de otra persona para vivir la vida que quiere vivir. Hay que apañarse con lo que le toca a uno; seguir bregando.

Con este comentario el consignatario dejó ver su poco caritativa predisposición, la cabezonería que pendía como un contrapunto lastrado bajo la vivaz tolerancia de su apariencia exterior; pues, como la mayoría de las naturalezas emprendedoras, no se prodigaba en sus libertades, y deseaba que todo el mundo hiciera lo propio.

Lauderback se recostó y escudriñó a Balfour con aire de desaprobación.

—Es una puta —dijo—. Eso es lo que está diciendo, ¿no? Que no es más que una puta.

—No me malinterprete: no tengo nada contra las putas —dijo Balfour—. Pero no me gustan las casas de beneficencia, y tampoco me gustan los conventos. Son lugares lóbregos.

—¡Lo dice para provocarme, seguro! —exclamó Lauderback—. La asistencia social es la prueba misma de la civilización, ¡de hecho, su prueba más excelente! Si hemos de civilizar este lugar, si hemos de construir carreteras y puentes, si hemos de

sentar los cimientos para el futuro de este país...

—Entonces lo mejor será que les procuremos a nuestros peones camineros algo que les caliente la cama por la noche —concluyó por él Balfour—. Lo de palear piedras es un trabajo duro.

Jock y Augustus rieron al oír esto, pero Lauderback ni sonrió.

—Una puta es una aflicción moral, Thomas; hay que llamar a las cosas por su nombre. ¡Cuando se está en la frontera hay que insistir en los principios! —(Esto último era una cita directa de su discurso electoral más reciente)—. Una puta es una aflicción moral. Y punto. Un mal desagüe para un dinero bien ganado.

—Y el remedio que usted propone —repuso Balfour— es un buen desagüe para un dinero bien ganado, pero no deja de ser un desagüe, y el dinero es el dinero. Déjese de casas de beneficencia, y no nos pongamos a convertir a nuestras chicas en monjas. Sería una pena, siendo las chicas tan inferiores en número.

Lauderback soltó un resoplido.

—Tan inferiores en número y en inteligencia, ya entiendo —dijo.

—¡Responsabilidad por las putas! —dijo Balfour. Hizo un gesto con la cabeza—. Solo faltaba que ocupen un escaño en el Parlamento.

Augustus Smith contó un chiste grosero a modo de respuesta, y todos rieron.

Cuando las risas amainaron, Lauderback volvió a tomar la palabra.

—Cambiemos de tono. Hemos analizado aquel día desde todos los ángulos posibles; me cansa. —Dio a entender con un amplio movimiento circular de la mano que quería retomar la conversación previa—. Respecto al aparejo: lo que yo digo, sencillamente, es que la idea que se haga uno de sus ventajas depende nada más de la posición en la que se encuentre. La perspectiva de Jock es la de un antiguo marino preferente; la mía es la de un armador y un caballero. En mi cabeza veo una hoja de ruta; él en la suya ve estopa y brea, y la brisa.

Jock Smith dio una respuesta convencional, pero bienhumorada, a esta pulla, y la discusión se reanimó.

La irritación de Thomas también se reanimó al punto. Le parecía que había hablado ingeniosamente sobre la cuestión de la asistencia —¡Lauderback había alabado su réplica!— y quería mantener ese tema de conversación para volver a hacerlo a la menor oportunidad. No se le ocurría nada ingenioso en relación con el aparejo de las embarcaciones, ni con sus ventajas; ni tampoco a Jock, ni a Augustus ni al propio Lauderback, pensó de mal humor. Pero Lauderback tenía por costumbre empezar y concluir las conversaciones a capricho, cambiando de tema simplemente porque se había cansado de una determinada cuestión o porque su autoridad había sido superada por la de otro hombre. Esa misma mañana, el político ya había protestado en tres ocasiones cuando se introducía un nuevo tema, retornando siempre a su imperioso parloteo sobre barcos. Cada vez que Balfour empezaba a hablar de noticias locales, el político declaraba que estaba hasta la coronilla de dar tantas vueltas inútiles a los asuntos del ermitaño y de la puta..., cuando en realidad, pensó

Balfour con fastidio, no habían entrado en pormenores en ninguno de los dos casos, y desde luego no los habían abordado desde todas las perspectivas posibles.

La expresión interna de este sentimiento seguía una pauta, aunque no era una pauta reconocida. La admiración de Balfour por Lauderback era tan desmedida que prefería despreciarse a sí mismo antes que criticar a Lauderback, siquiera para sus adentros, cuando discrepaban; pero el desprecio siempre espera que alguien lo ponga en cuestión, y, si el cuestionamiento no llega, se convierte en mal genio. Durante las dos últimas semanas Balfour había guardado silencio sobre el encuentro de Lauderback con el finado, Crosbie Wells, a pesar de que las circunstancias de la muerte del ermitaño le suscitaban una considerable dosis de curiosidad; tampoco había hablado nada de Anna Wetherell, la puta hallada en la carretera. Había obrado conforme a los deseos de Lauderback, y había esperado que a cambio le fueran reconocidos los suyos..., lo cual requería ser más solícito de lo que era Lauderback, y por tanto aún estaba por llegar. Pero Balfour era incapaz de ver esta deficiencia en el hombre al que tanto admiraba; así que esperó, se impacientó en silencio y empezó a enfurruñarse.

(Hemos de añadir, a efectos conciliatorios, que su enfurruñamiento era de corte muy superficial: bastaba una sola palabra amable de Lauderback para restituirle el buen humor).

Balfour apartó un poco más su silla de la mesa, deseoso, a la manera de los niños, de hacerle patente su aburrimiento a su anfitrión, y recorrió la habitación con la mirada.

El comedor estaba casi vacío debido a la inusual hora del almuerzo, y a través del pasaplatos Balfour vio que el cocinero se había quitado el delantal y estaba sentado con los codos apoyados sobre la mesa, jugando un solitario. Delante del hogar había un muchacho orejudo chupeteando una tira de cecina. Era evidente que lo habían apostado allí para que echase un ojo a las planchas de la ropa, que se estaban calentando sobre las brasas en una rejilla, ya que cada medio minuto más o menos se humedecía el dedo y lo arrimaba al caballete para comprobar el calor. Sentado a la mesa más cercana a ellos había un clérigo; un tipo pecoso, no muy agraciado, de nariz respingona y con el labio inferior caído, como el de un niño corto de alcances. Había desayunado solo; ahora estaba bebiendo café y leyendo un panfleto, sin duda, ensayando el sermón que iba a dar al día siguiente, pensó Balfour, ya que asentía lentamente con la cabeza a la par que leía, como alguien que va marcando el ritmo de un discurso silencioso.

El muchacho orejudo se humedeció otra vez el dedo y lo arrimó, el clérigo pasó la página y el cocinero cuadró un naipe con el borde de la tabla de cortar. Balfour jugueteaba con su tenedor. Por fin, Lauderback hizo una pausa en su diatriba para echar un trago de vino, y Balfour aprovechó la oportunidad para intervenir.

—Hablando de bricbarcas —dijo (habían estado hablando de bergantines)—, he visto que su *Godspeed* ha pasado la barra unas cuantas veces este último año. Es

suyo, ¿no? El *Godspeed*.

Pero, para su sorpresa, este comentario tuvo la callada por respuesta. Lauderback se limitó a bajar la cabeza, como si Balfour le hubiese planteado un asunto de suma trascendencia filosófica y quisiera meditar a solas sobre la respuesta.

—Un equipamiento de padre y muy señor mío —añadió Balfour—. Una maravilla.

Los ayudantes cruzaron una mirada.

—Me parece a mí que esto nos da la razón, señor L. —dijo finalmente Augustus Smith, rompiendo el hechizo—. Hasta un bricbarca maniobra mejor que un bergantín; lo hace con la mitad de la tripulación y la mitad de lío. No lo puede negar.

—Sí —dijo Lauderback, levantándose. Se volvió hacia Jock—. No se puede negar.

Jock estaba masticando; sonrió con la boca llena.

—Pues lo niego. Antes me quedo con la mitad de peso en aparejos que con la mitad de la tripulación; de lío, nada. Donde esté la velocidad que se quiten las maniobras.

—¿Qué tal una solución de compromiso? —dijo Augustus—. Un bergantín-goleta.

Jock negó con la cabeza.

—Repito: de tres mástiles sobra uno.

—Pero coge más velocidad que un bricbarca. —Augustus tocó el hombro de Lauderback—. ¿Qué me dice de su *Flight of Fancy*? Tenía aparejo longitudinal en el palo mayor, ¿no?

Balfour no había intuido el objetivo de los ayudantes —desviar la conversación hacia otro tema distinto del que él había introducido y pensó que tal vez el político no lo había oído bien. Subió la voz y volvió a intentarlo.

—Su *Godspeed*... como venía diciendo, es de fiar en estas aguas. Un equipamiento de padre y muy señor mío. Lo he visto pasar la barra un montón de veces. Me da que además de velocidad tiene también capacidad de maniobra. ¡Caramba, es una embarcación fabulosa!

Alistair Lauderback suspiró. Echó la cabeza hacia atrás y miró las vigas del techo con los ojos entornados, y una sonrisa tonta le tembló en los labios: la sonrisa de un hombre que no está acostumbrado a pasar vergüenza, comprendió más tarde Balfour. (Jamás, antes de aquella mañana, había oído a Lauderback confesar ningún tipo de debilidad).

Por fin, sin dejar de mirar hacia arriba, Lauderback dijo:

—Ese bricbarca ya no obra en mi poder. —Su voz sonaba tensa, como si la sonrisa la hubiese adelgazado.

—¡No me diga! —exclamó Balfour, sorprendido—. Así que lo cambió, ¿no es eso? Por otro barco más grande, ¿verdad?

—No, lo vendí en el acto.

—¿A cambio de oro?

Lauderback hizo una pausa y a continuación respondió:

—Sí.

—¡No me diga! —repitió Balfour—. Conque así, sin más, lo ha vendido...
¿Quién fue el comprador?

—Su patrón.

—Bueno... —dijo Balfour, y dejó escapar un silbido—. En eso no lo envidio a usted. Hemos oído hablar mucho de ese hombre por aquí.

Lauderback no respondió. Sin dejar de sonreír, estudió las vigas vistas del techo, las grietas que se abrían entre las tablas del suelo de las habitaciones de arriba.

—Sí —repitió Balfour, recostándose y pasándose los pulgares por debajo de las solapas—. Se cuentan muchas historias. ¡Francis Carver! No es un hombre con el que quisiera cruzarme, eso desde luego.

Lauderback bajó la vista, sorprendido.

—¿Carver? —dijo, frunciendo el ceño—. Querrá decir Wells.

—¿El patrón del *Godspeed*?

—Sí... a no ser que lo haya vuelto a vender a su vez.

—¿Un tipo fornido, cejas oscuras, moreno, nariz rota?

—Eso es —dijo Lauderback—. Francis Wells.

—En fin, no pretendo llevarle la contraria —dijo Balfour, parpadeando—, pero ese hombre se llama Carver. Quizá lo esté confundiendo con el tipo que...

—No —dijo Lauderback.

—Con el ermitaño...

—No.

—Con el que murió. El hombre con el que se encontró hace dos semanas —dijo Balfour, persistente—. El difunto. Su nombre era Wells, ya sabe. Crosbie Wells.

—¡Que no! —dijo Lauderback por tercera vez, elevando ligeramente la voz—. No estoy confundiendo el nombre. Wells era el nombre que figuraba en los papeles cuando firmé la venta del bricbarca. Siempre fue Wells.

Se miraron.

—No lo entiendo —dijo al fin Balfour—. Pero espero sinceramente que no le haya timado. Extraña coincidencia, ¿no cree?: Frank Wells, Crosbie Wells.

Lauderback titubeó.

—Coincidencia, lo que se dice coincidencia, no es —dijo con tono de cautela—. Pensaba que eran hermanos.

Balfour soltó una risotada.

—Crosbie Wells y Frank Carver, ¿hermanos? No me imagino nada más inverosímil. ¡Como mucho, hermanos políticos!

Lauderback volvió a esbozar la sonrisita estúpida. Se puso a pinchar una miguita con el dedo.

—Pero ¿quién le ha dicho eso? —añadió Balfour al ver que el otro no hablaba.

—No sé —dijo Lauderback.

—¿Carver mencionó algo cuando firmó los papeles?

—No sé, puede que sí.

—¡Bueno! Si usted lo dice..., pero así, a primera vista, jamás lo habría dicho —dijo Balfour—. ¡El uno tan alto y con tan buena planta, el otro un haragán, un mequetrefe!

Lauderback se estremeció; su mano se movió compulsivamente sobre la mesa, como si intentase agarrar algo.

—¿Crosbie Wells era un haragán?

Balfour agitó la mano.

—Ya lo vio usted.

—Pero le vi muerto, nunca en vida —dijo Lauderback—. Es curioso: no puede saberse cuál es el verdadero aspecto de alguien si carece de animación. De alma.

—Ah —dijo Balfour. Contempló esa idea.

—Un hombre muerto parece creado —continuó Lauderback—. Igual que parece creada una escultura. La labor del diseño asombra; te hace pensar en el diseñador. La piel es tersa. Delicada. Como la cera, como el mármol, pero distinta de ambas: no atrapa la luz como las figuras de cera, y no la refleja como la piedra. Tiene un acabado mate, como diría un pintor. Nada de brillo. —De repente pareció que Lauderback se sentía muy incómodo. Concluyó preguntando con tono bastante grosero—: ¿Y usted, alguna vez ha visto a un hombre recién muerto?

Balfour intentó restarle importancia («Una pregunta peligrosa en un yacimiento de oro...»), pero el político estaba aguardando una respuesta y finalmente tuvo que reconocer que no.

—No debería habérselo preguntado así —añadió Lauderback para sí—. Debería haberle preguntado si ha sido testigo de un fallecimiento.

—Jock le puso la mano en el cuello al tipo. ¿A que sí, Jock? —dijo Augustus Smith.

—Sí —dijo Jock.

—Nada más entrar —dijo Augustus.

—Para despertarlo —aclaró Jock—. No sabía que estaba muerto. Podría haber estado durmiendo. Pero la cuestión es que el cuello de su camisa estaba húmedo. De sudor, ¿sabe? Aún no se le había secado. Calculamos que no podía llevar muerto más de media hora.

Habría seguido hablando, pero Lauderback hizo un movimiento brusco con la barbilla para silenciarlo.

—No me lo explico —dijo Balfour—. ¡Firmaba con el nombre de Wells!

—Debemos de estar pensando en hombres diferentes —dijo Lauderback.

—Carver tiene una cicatriz en la mejilla, justo aquí. De color blanco. Con forma de... de hoz.

Lauderback frunció los labios y después negó con la cabeza.

—No recuerdo una cicatriz.

—Pero ¿tenía el pelo moreno? ¿Era fornido? ¿Con pinta de bruto, por decirlo así?

—Sí.

—No me lo explico —repitió Balfour—. ¿Para qué iba a cambiarse de nombre? ¡Y hermanos, además! ¡Frank Carver... y Crosbie Wells!

La boca de Lauderback se movía debajo del bigote, como si estuviera mordisqueándose el labio. Con una voz muy distinta, preguntó:

—¿Lo conocía?

—¿A Crosbie Wells? Solo de vista —dijo Balfour. Se acomodó en su silla, contento de que se le hiciera una pregunta directa—. Estaba construyendo un aserradero, allá en el Arahura... En fin, ya vio usted la cabaña; ha estado allí. Contrató mis servicios para el transporte, materiales y demás. Descanse en paz. Era amigo de un sujeto maorí. Estaban los dos metidos en lo del aserradero.

—¿Le pareció un hombre de tipo...?

—¿De tipo qué?

—No sé, cualquier cosa. —La mano de Lauderback volvió a temblar. Sonrojándose, enmendó su pregunta—: Quiero decir: ¿qué le pareció?

—No tengo queja —dijo Balfour—. Iba a lo suyo, ya sabe. Por su modo de hablar yo diría que era de Londres. —Hizo una pausa y, a continuación, se inclinó hacia delante con aire de complicidad—. Por supuesto, ahora que ya no está corren todo tipo de rumores sobre él.

De nuevo, Lauderback no respondió. Se estaba comportando de una manera muy extraña, pensó Balfour; estaba cohibido, incluso tenía la cara colorada. Era como si quisiera que Balfour respondiese a unas preguntas muy concretas y a la vez que dejase de hablar del todo. Los dos ayudantes parecían haber perdido el interés; Jock estaba mareando un trocito de hígado en el plato y Augustus tenía la cabeza vuelta hacia otro lado, contemplando cómo azotaba la lluvia en la ventana.

Balfour los estudió con el rabillo del ojo. Los dos hombres eran como satélites de Lauderback. Dormían sobre almohadones en su misma habitación, lo acompañaban a todas partes y en todo momento parecía que hablaban y obraban en plural, como si compartiesen una única identidad, además de un nombre. Hasta esa mañana, Balfour los había tenido por unos tipos agradables, cordiales e ingeniosos; su devoción por Lauderback se le había antojado una buena cosa, si bien en ocasiones su constante presencia lo había sacado de sus casillas. Pero ¿ahora? Miró al uno y al otro y se dio cuenta de que no estaba seguro.

Lauderback apenas le había dicho una palabra a Balfour sobre el capítulo final de su viaje a través de los Alpes, hacía dos semanas. Casi todo lo que sabía Balfour de la noche de su llegada procedía del *West Coast Times*, que había publicado una versión abreviada del informe que había presentado Lauderback, por escrito, a las autoridades. Lauderback no era sospechoso de haber participado en ninguna de las dos muertes, ni en la tentativa de muerte ni en la muerte propiamente dicha: el

informe del juez de instrucción despejaba cualquier posible duda sobre el hecho de que Crosbie Wells había muerto de causas naturales, y el médico pudo demostrar que el opio por el que Anna Wetherell había estado a punto de fenecer le pertenecía a ella. Pero Balfour se preguntó, ahora, si la versión del periódico habría sido la verdadera.

Observó a Jock Smith, que estaba empujando el trocito de hígado de un lado a otro. Era muy extraño que, de repente, Lauderback manifestase una curiosidad tan intensa por el carácter de Crosbie Wells; aún era más extraño pensar que Crosbie Wells, un tipo discreto, común y corriente, sin influencias de ningún tipo, tuviese un vínculo familiar —¡o cualquier tipo de vínculo!— con el infame Francis Carver. Balfour no se lo podía creer. Y luego estaba lo de la puta en la carretera. ¿Se trataba de una mera coincidencia o guardaba alguna relación con la intempestiva muerte de Crosbie Wells? ¿Por qué había sido tan reacio Lauderback a hablar de ambos encuentros... es decir, reacio hasta este momento?

En parte para reavivar la conversación y en parte para evitar que su imaginación se lanzase a acusar sin fundamento a su amigo, dijo:

—De modo que le vendió el bricbarca a Carver, solo que pensaba que se llamaba Wells, y él le dijo, de pasada, que tenía un hermano llamado Crosbie bien escondido.

—Ya no me acuerdo —dijo Lauderback—. Hace casi un año de eso. Mucho tiempo.

—¡Y entonces va usted y se encuentra con el hermano del hombre, recién fallecido, un año después! —dijo Balfour—. Al otro lado de los Alpes, ni más ni menos... ¡en un lugar donde jamás había pisado! Suena un poco raro, ¿no le parece?

—Solo las mentes débiles confían en las coincidencias —dijo Lauderback con cierta altivez (pues tenía por costumbre, cuando lo presionaban, adoptar un aire condescendiente).

Balfour pasó por alto esta máxima. «¿Alias Carver?», se preguntó para sus adentros. «¿O alias Wells?». Pero mientras el político hablaba, lo estaba estudiando.

—¿Qué, vuelvo a llenar la jarra, señor L.? —sugirió Augustus Smith.

Lauderback dio unos golpecitos en la mesa.

—Sí, llénala, llénala. Vale.

—El *Godspeed* levó anclas hace unas dos semanas —dijo Balfour—. Va y viene continuamente de Cantón. Comercio de té, ¿no? Así que supongo que pasará tiempo antes de que veamos a Carver por estos pagos.

—Dejemos el tema —dijo Lauderback—. Me confundí con los nombres. Debo de haberme confundido con los nombres. No tiene importancia.

—Alto ahí —dijo Balfour. Se le había ocurrido una nueva idea.

—¿Qué? —dijo Lauderback.

—Quizá sí tenga importancia, teniendo en cuenta que se ha recurrido la venta de su patrimonio. Si Crosbie Wells tenía un hermano bien guardadito, puede que tenga importancia para la viuda.

Lauderback estaba sonriendo de nuevo, trémulamente.

—¿La viuda?

—Sí... —dijo con tono sombrío Balfour.

Estaba a punto de continuar cuando Lauderback dijo atropelladamente:

—En la cabaña no había señales de una esposa... ninguna señal. Todo parecía indicar que el tipo vivía solo.

—Vaya —dijo Balfour.

De nuevo estaba presto a entrar en detalles cuando Lauderback lo interrumpió:

—Dice usted que la noticia de que tenía un hermano podría tener importancia. Pero el dinero de un hombre siempre va a parar a su esposa, a no ser que su testamento diga otra cosa distinta. ¡Es la ley! No veo en qué sentido podría tener importancia un hermano. No lo veo.

Ladeó la cabeza hacia su invitado.

—Es que no hay ningún testamento —dijo Balfour—. Ese es el problema. Crosbie Wells jamás lo hizo. Nadie sabía si tenía familia o no. Ni siquiera sabían adónde mandar una carta, cuando falleció; solamente tenían su nombre, ¿entiende?, no una dirección familiar, ni siquiera una partida de nacimiento, nada. Así que su tierra y su cabaña se devolvieron a la Corona... Y, naturalmente, la Corona tiene derecho a revenderlas, de manera que salieron a mercado y se vendieron justo al día siguiente. Por aquí nada dura mucho tiempo en el mercado, se lo aseguro. Pero entonces, cuando aún no se ha secado la tinta del documento de venta, ¡aparece una esposa! Hasta ese día nadie tenía ni idea de que hubiera una esposa..., pero ella tiene el acta matrimonial... y firma como Lydia Wells.

A Lauderback se le salieron los ojos de las órbitas. Thomas Balfour había conseguido por fin que le prestase atención.

—¿Lydia Wells? —dijo, casi en un susurro.

Augustus Smith lanzó una mirada a Jock, y después la desvió.

—Esto ocurrió el jueves —dijo Balfour, asintiendo con la cabeza—. El juzgado estima que los documentos son intachables; naturalmente, los han enviado a Dunedin, solo para verificarlos. Pero algo no encaja. Eso de presentarse así, tan deprisa, con intención de hacerse con el patrimonio..., cuando Crosbie jamás había hablado de ella... Y hay otra cosa que huele a chamusquina: esta señora tiene clase. Que Crosbie Wells se las apañara para casarse con semejante señora... ¡En fin! Es un misterio por cuya respuesta yo, al menos, estaría dispuesto a pagar.

—¿La ha visto por aquí... a Lydia? ¿Está aquí?

El nombre sonaba familiar en sus labios; de modo que la conocía, pensó Balfour, y también debía de conocer al finado.

—Sí —dijo en voz alta, procurando que no asomase ningún rastro de su sospecha—. La vi bajar del vapor correo, el jueves. Iba de punta en blanco; y se descolgó por la escala como un lobo de mar. El vestido anudado al hombro, el pantalón interior recogido con una mano. Todos los aros y las hebillas a la vista. Que me cuelguen si

entiendo cómo pescó Crosbie Wells un ejemplar así; que me cuelguen.

Lauderback seguía estupefacto.

—Lydia Wells, esposa de Crosbie Wells.

—Sí, eso es lo que ella cuenta. —Balfour escudriñó a su conocido, y de repente dejó el vaso y se inclinó hacia delante—. Mire, señor Lauderback —dijo, y puso la palma de la mano sobre la mesa, entre ambos—. Me parece a mí que se está guardando algo que le impide hablar claro. ¿Por qué no lo comparte?

Esta petición, tan sencillamente expuesta, abrió una compuerta en el corazón de Alistair Lauderback. Como ocurre a tantos y tantos gobernantes, que están acostumbrados a un servicio ininterrumpido de calidad superior y que rara vez se encuentran solos, Lauderback tendía a pensar en sus ayudantes en términos utilitarios. No cabía duda de que Balfour era un buen tipo, sagaz para sus negocios, un alegre bebedor siempre dispuesto a echarse unas risas, pero su valía como hombre era equivalente al valor del papel que cumplía: en opinión de Lauderback, era sustituible. Lo que pudiese haber más allá de sus cualidades más evidentes, el político jamás se había tomado la molestia de averiguarlo.

Cuando un gobernante percibe por vez primera a su súbdito como un hombre, siempre hay un momento de cruda intimidación; quizá no lo perciba como un igual, pero sí al menos como un ser humano, irreductible, con sus flaquezas y sus entusiasmos, con un pasado auténtico y un futuro incierto. Alistair Lauderback sintió esa crudeza ahora, y se avergonzó. Vio que Balfour había ofrecido amistad, y que él solo había aceptado su ayuda; que Balfour había ofrecido amabilidad, y él solo había sacado provecho. Se dirigió a sus ayudantes.

—Amigos —dijo—, quiero hablar con Balfour de hombre a hombre. Salid y dejadnos un rato a solas.

Augustus y Jock se levantaron de la mesa (Balfour observó, con una fugaz sensación de triunfo competitivo, insólita en él, que ambos parecían muy molestos) y salieron del comedor sin decir palabra. Una vez que se hubieron marchado, Lauderback respiró hondo. Se sirvió otro vaso de vino, pero en lugar de echar un trago lo sujetó entre ambas manos y se quedó mirándolo fijamente.

—¿Echa de menos Inglaterra, Tom? —preguntó.

—¿Inglaterra? —Balfour arqueó las cejas—. No he pisado la soleada Inglaterra desde..., en fin. ¡Desde antes de que me salieran canas!

—Ah, claro —dijo Lauderback disculpándose—. Estuvo usted en California. Lo había olvidado. —Se quedó callado, reprendiéndose a sí mismo.

—Aquí la gente se pasa el día hablando del hogar —dijo Balfour—. No puedo evitar pensar que el placer consiste en echarlo de menos.

—Sí —dijo Lauderback en voz muy baja—. Así es.

—Vaya —prosiguió Balfour, animado por el asentimiento del otro—, pero si la mayoría de los chicos mantiene un pie en el barco, ya sabe. Regresan tan pronto como consiguen el polvo que buscaban. ¿Qué hacen entonces? Se compran una vida,

se echan novia, sientan la cabeza... y después, ¿con qué sueñan? ¿Qué desean? ¡Sueñan con las excavaciones! ¡Con aquellos tiempos en los que podían coger el colorado con las manos! Cuando se pasaban el día hablando de casa. De sus madres. Del pudin de Yorkshire. Del beicon como Dios manda. Todo eso. —Dio unos golpecitos en la mesa con el culo del vaso—. Inglaterra..., la madre patria. Todos echan de menos a la madre patria. Cómo no. Pero no vuelven.

Mientras esperaba a que el político empezase a hablar, miró en derredor. Eran bien pasadas las diez de la mañana, y el goteo de comensales de la hora del almuerzo aún no había empezado..., lo cual sucedería de un momento a otro, ya que era sábado y, para más señas, un sábado precedido por una semana de lluvias. El chico del hogar se había marchado, llevándose la rejilla de las planchas calientes; el cocinero había guardado las cartas y estaba despedazando un hueso; los mozos habían salido de sus dependencias y estaban apilando platos y armando ruido. El clérigo de la mesa contigua seguía sentado delante de su café, que ya llevaba frío un buen rato. Su mirada estaba clavada en el texto del panfleto que tenía en la mano, y su boca fruncida en un gesto de concentración. Era evidente que no estaba haciendo ningún caso a sus vecinos, pero aun así Balfour acercó un poco su silla a la de Lauderback para que el político no tuviese que hablar tan alto.

—Lydia Wells es la patrona de un establecimiento de Dunedin cuyo nombre no quisiera pronunciar más que una vez, si no le importa —comenzó Lauderback—. El lugar se llama la Casa de los Mil Deseos. Un nombre bien tonto, la verdad. Supongo que habrá oído hablar de él.

Balfour asintió con un gesto, pero levemente, como insinuando que no le era ni muy familiar ni del todo desconocido. El establecimiento al que se refería Lauderback era un garito de lo más decadente, célebre por sus elevadas apuestas y sus bailarinas.

—Lydia era... una conocida mía del establecimiento, a la que apreciaba mucho —continuó Lauderback—. No había dinero de por medio. Nada de dinero cambiando de manos..., quiero que esto lo entienda bien. Entiéndalo porque es la verdad. —Intentó lanzarle una mirada desafiante a Balfour, pero el consignatario había bajado los ojos—. En fin... —dijo tras una breve pausa—. Siempre que iba a Dunedin le hacía una visita.

Esperó, retando al otro hombre a que dijese algo, pero Balfour permaneció en silencio. Al cabo de unos instantes siguió hablando.

—Veamos. La primera vez que me presenté en su oficina, Tom, recordará que el *Godspeed* necesitaba un patrón. Usted no quería el barco, y durante los meses siguientes me costó lo mío encontrar un hombre en quien pudiera confiar para contratarlo. Por aquel entonces el *Godspeed* estaba fondeado en Dunedin. Hacía falta calafatear el *Lady*, y yo me había quedado sin blanca debido a las reparaciones del *Virtue*, como recordará. Quedaban por pagar facturas a espuertas. Al final tomé una decisión precipitada, y fleté privadamente el *Godspeed* a un tipo llamado Raxworthy

que quería abrir una línea entre Australia y los yacimientos de Otago. Era un hombre de la Armada. Retirado, claro. Había estado al mando de una corbeta en la guerra de Crimea —allá en el Báltico— y se le había recompensado con la Cruz Victoria. Había estado en todas partes. Solía decir que si hubiese ido soltando cuerda a su paso, podría haber atado un nudo alrededor de la Tierra. Le habían dado la baja en la Armada porque padecía de gota, lo suficiente como para obtener el permiso a largo plazo que en cualquier caso le correspondía ya, pero no tanto como para que quisiera echar definitivamente el ancla. El *Godspeed* le iba como anillo al dedo... Y es que él está chapado a la antigua, y el barco también.

»Después de aquello volví a Akaroa, y no supe nada de Raxworthy durante una temporada. Pero andaba de acá para allá por la isla con mucha frecuencia, y la siguiente vez que fui a Dunedin me vi metido en un buen lío. Había un marido. Lydia tenía un marido. Había regresado durante mi ausencia.

Balfour entrecerró los ojos.

—¿Crosbie Wells?

Lauderback negó con la cabeza.

—Él no. Este hombre era el bestia al que usted conoce por el nombre de Carver. Para mí era Wells. Francis Wells.

Balfour asintió lentamente.

—Pero ahora, esa misma mujer está diciendo que es la esposa de Crosbie Wells —dijo—. Alguien está mintiendo.

—En cualquier caso...

—Mintiendo acerca de un matrimonio —dijo Balfour—, o mintiendo acerca de un nombre.

—En cualquier caso —dijo Lauderback con fastidio—, eso, por ahora, no importa. Tiene que escucharlo en orden. En aquella época yo ni siquiera sabía que Lydia estuviese casada. Cuando estaba en el garito utilizaba su nombre de soltera, Lydia Greenway; yo jamás la conocí como Lydia Wells. Naturalmente, nada más aparecer el marido me di cuenta de mi error. Intenté retirarme de inmediato. Resolver las cosas como es debido. Pero el tipo me tenía entre la espada y la pared. Me acababa de incorporar a la Superintendencia; era concejal. Yo mismo me había casado hacía poco. Tenía que pensar en mi reputación.

Balfour hizo un gesto de asentimiento.

—Ya veo: el hombre jugó el papel del cornudo. Intentó sacarse un dinerillo extra.

Lauderback torció la boca.

—No fue tan sencillo.

—Bueno... el truco es un clásico —dijo Balfour, intentando mostrarse conmisericordioso—. Toca en lo más hondo de ese temor que tienen todos los hombres, claro... Y así el chantaje, cuando llega después, casi es un alivio. Pague y jamás volverá a saber de mí; ya comprende, todo eso. En la mayoría de los casos está implicada la chica. Supongo que le diría que ella estaba en estado.

Lauderback negó con la cabeza.

—No. —Volvió a clavar la vista en el vaso que tenía en la mano—. Fue mucho más listo. No pidió dinero... ni nada de nada. Al menos, no enseguida. Me dijo que era un asesino.

El reloj de la repisa de la chimenea dio menos cuarto. El clérigo de la mesa contigua levantó la vista, se dio una palmadita en el muslo y sacó su reloj del bolsillo del pantalón con el fin de sincronizar las manillas. Le dio cuerda, ajustó el dial, pasó una servilleta a la esfera y se lo guardó nuevamente en el bolsillo. Después volvió a su panfleto, ahuecó las manos en torno a los ojos para estrechar el campo visual y reanudó la lectura.

—Fue muy contenido cuando lo dijo —siguió Lauderback—. Cortés, incluso. Me dijo que había un tipo pisándole los talones, un amigo del hombre al que había matado. No me dijo a quién había asesinado, ni por qué..., solo que alguien lo perseguía a causa de un asesinato.

—¿No le dio nombres?

—No —dijo Lauderback—. Ni uno.

Balfour frunció el ceño.

—¿Qué lugar ocupa usted en todo esto? Me suena como si fuese la contienda de otro hombre. O la fanfarronada de otro hombre. Pero en cualquiera de los dos casos, nada que tenga que ver con usted.

Lauderback se arrimó más.

—Lo gordo es lo siguiente —prosiguió—. Me aseguró que me habían señalado como amigo suyo. Como socio suyo. Cuando el vengador diese con él y le quitase la vida..., en fin, a continuación vendría a por mí.

—¿Que lo habían señalado? —dijo Balfour—. ¿De qué manera?

Lauderback se encogió de hombros y se recostó en su silla.

—No lo sé con exactitud. Sí, había ido al garito un montón de veces... y había salido por ahí con Lydia. Puede que me espiesen.

—Espiar es una cosa —dijo Balfour—. Pero ¿cómo queda señalado un hombre sin que él se entere? ¡Señalado —como un tatuaje— sin que se entere! ¡Venga ya, esto no es más que la mitad de la historia, señor Lauderback! ¿Dónde está la enjundia?

Lauderback parecía avergonzado.

—A ver —dijo—. ¿Sabe lo que es un espejuelo?

—¿Un qué?

—Un espejuelo. Es un pedacito de cristal, o una joya o un trocito de espejo, que se mete en la punta de un puro. Se puede seguir fumando sin molestia, y cuando uno tiene el puro en la boca, así de esta manera, es imposible verlo. Los jugadores los utilizan. El jugador está fumando mientras juega; se saca el puro de la boca, así, y lo sujeta con la mano de tal manera que el espejuelo le refleja las cartas de otro jugador. O lo usa para mostrarle a su compañero su propia mano, si están jugando una partida

de dobles. Es un tipo de trampa.

Balfour hizo como que sostenía un puro imaginario, abriendo los dos primeros nudillos, y alargó el brazo al otro lado de la mesa.

—Pues no parece que sea una forma muy eficaz de hacer trampas —observó—. ¡Podría fallar de tantas maneras! ¿Qué pasa si tienes las cartas muy pegadas al cuerpo, eh? ¿Y si las dejas boca abajo sobre la mesa? Mire: si voy y extendiendo el brazo por encima de la mesa, así..., usted alejaría sus cartas, ¿no? Admítalo..., ¡retrocedería!

—Olvide los detalles —dijo Lauderback—. El caso es que...

—Y es un riesgo estúpido —dijo Balfour—. ¿Cómo justifica uno que tiene un espejito encajado en la punta del puro?

—El caso es que... —dijo Lauderback—. Olvide los detalles. El caso es que Wells, Carver quiero decir, dijo que había puesto un espejuelo sobre mí.

Balfour seguía doblando la muñeca y levantando el codo, mirando con los ojos entornados el puro invisible que tenía en la mano. De pronto paró y cerró el puño.

—Es decir, que tenía un modo de leer sus cartas.

—Pero no sé cuál —dijo Lauderback—. Todavía no lo sé. Me saca de quicio. — Alargó el brazo para coger la jarra de vino.

Balfour tenía una expresión escéptica. ¿Qué tipo de presión era esta? Una vaga referencia a una venganza, ni un solo nombre, ningún contexto y un montón de tonterías sobre una trampa de jugadores. Nada de ello justificaba un chantaje. Era evidente que Lauderback seguía ocultando algo. Balfour le hizo un gesto con la cabeza para indicarle que se llenase el vaso.

Lauderback volvió a dejar la jarra en la mesa y siguió hablando.

—Antes de marcharse pidió una cosa, solo una —dijo—. A Raxworthy le faltaba un marinero para el *Godspeed*; lo había anunciado en los periódicos, y había llegado a oídos de Wells.

—De Carver.

—Eso es, a oídos de Carver. Me preguntó si yo estaría dispuesto a recomendarlo. Iba a bajar al muelle a la mañana siguiente para solicitar el trabajo. Me pidió el favor de hombre a hombre.

—¿Hizo usted lo que le pidió?

—Lo hice —dijo Lauderback con pesar.

—Puede que ese sea otro espejuelo —dijo Balfour.

—¿A qué se refiere?

—A que tal vez ahora haya otro vínculo, el barco, entre ustedes dos.

Lauderback se lo pensó por un instante, con aire muy abatido.

—Sí —dijo—. Pero ¿qué otra cosa podría haber hecho? Me tenía atado de pies y manos.

A Balfour lo invadió una súbita oleada de lástima por Lauderback, y lamentó su mal humor de antes.

—Es cierto —dijo con más delicadeza—. Lo tenía atado.

—Después de aquello no ocurrió nada. Absolutamente nada —prosiguió Lauderback—. Regresé a Canterbury. Esperé. Estuve pensando en ese condenado espejuelo hasta que casi me falla el corazón. Confieso que albergaba cierta esperanza de que matasen a Carver... Así, averiguaría quién era el matón antes de que viniese a por mí. Leía el *Otago Witness* a diario, esperando ver el nombre del canalla entre los muertos, que Dios me perdone. Pero no pasó nada.

»Casi un año después —esto ocurrió en febrero o marzo del año pasado— me llegó una carta por correo. Era un recibo anual de la Agencia Naviera Danforth, y estaba extendido a mi nombre.

—¿Danforth? ¿Jem Danforth?

—El mismo —dijo Lauderback—. Nunca he despachado mercancías con Danforth, al menos efectos personales, pero lo conozco, por supuesto; alquila parte de la bodega del *Godspeed* para sus cargamentos.

—Y el *Virtue* también, en alguna ocasión.

—Sí, en alguna ocasión también el *Virtue*. A lo que iba: cuando revisé el recibo vi que había una remesa recurrente en la ruta transtasmana del *Godspeed* bajo el nombre de Lauderback. Mi nombre. Una y otra vez, en la travesía al oeste por el mar de Tasmania, en cada travesía, ahí estaba: consignatario Danforth, medio de transporte *Godspeed*, patrón James Raxworthy, una remesa de efectos personales, tamaño estándar, pagada en su totalidad por Alistair Lauderback. Yo. Le juro que se me heló la sangre en las venas. Mi nombre, bien clarito, y aquella columna de cifras cada vez más larga.

»El total debido era de cero libras. Nada pendiente. Cada mes, la cuenta se había pagado en efectivo, tal y como demostraba el registro. Alguien había tramado todo este asunto en mi nombre, y por si fuera poco había pagado sus buenos dineros. Eché una ojeada a mis finanzas: no me faltaba dinero, y menos aún nada parecido a ochenta o noventa libras en tarifas de transportes. Habría advertido un lento goteo de semejante calibre, viniera de donde viniera. No. Algo raro pasaba.

»Tan pronto como pude, partí rumbo a Dunedin para encargarme personalmente del asunto. Esto fue en... en abril, supongo. Mayo, tal vez. O a principios de otoño. Cuando llegué a Dunedin casi ni puse pie en tierra. Me fui directo al *Godspeed*. Estaba fondeado y pegado al muelle, con la pasarela bajada; al no ver a nadie, subí a bordo. Mi intención era hablar con Raxworthy, claro..., pero no se lo veía por ningún sitio. En el castillo de proa me encontré a Wells.

—A Carver.

—Quiero decir, a Carver. Sí. Estaba solo. En una mano tenía un silbato de policía, en la otra una pistola. Me dice que puede ponerse a pitar cuando le dé la gana. La oficina del capitán de puerto está a menos de cincuenta yardas de donde estamos nosotros y la escotilla está abierta de par en par. Me quedo callado. Me dice que en la bodega del *Godspeed* hay un cajón de mercancías que lleva mi nombre, y un registro

escrito que relaciona mi nombre con esa remesa todos los meses desde hace un año. Todo legal, todo anotado. A ojos de la ley, he estado pagando ese envío durante un año, de acá para allá desde Melbourne, de acá para allá, de acá para allá, y nada de lo que yo pueda decir podrá desmentirlo. Vale, y qué hay dentro, pregunto. Modas femeninas, dice. Vestidos. Una pila de vestidos.

»Y por qué vestidos, pregunto. Me suelta una sonrisa, horrorosa, y dice: “Pero ¡señor Lauderback, si lleva usted un año encargando cada mes las últimas novedades de la moda de Sídney! Ha tenido a su preciosa Lydia Wells en palmitas, vaya que sí, y además está todo reflejado en la contabilidad. Cada vez que llega ese baúl a Melbourne, se lo mandan a una modista de la calle Bourke (lo mejor de lo mejor, ya sabe), y cada vez que parte va lleno hasta los topes de los más finos trapos que puedan comprarse en este lado del globo. Señor Lauderback, es usted un hombre muy generoso”. —La voz de Lauderback se había tornado amarga—. Pero cómo llegó a registrarse el cajón a mi nombre, le pregunto, y va y suelta una risotada. Me dice que hasta la última rata de Dunedin sabe quién es Lydia Wells y lo que hace para ganarse el pan. ¡Le bastó con decirle al viejo Jem Danforth que yo la tenía entre algodones, pero que por favor dejase su nombre al margen, por respeto a mi pobre esposa! El tipo la creyó. Registró el envío a mi nombre. Ella pagó en efectivo, diciendo que el dinero era mío... y a mí nadie me dijo ni mu pensando que así obraban con discreción, figúrese: pensando que me hacían un maldito favor reservándose su santa opinión.

»Pero esto no es todo. Las condenadas ropas femeninas no es lo único. Esta vez, dice, hay algo más en el baúl aparte de vestidos. Le pregunto de qué se trata. Una fortuna, dice, robada, y toda de oro puro. Robada a quién, pregunto. Robada a su humilde servidor, responde, y por mi propia esposa, Lydia Wells... Y entonces va y se ríe, porque naturalmente eso forma parte de la mentira: están los dos conchabados. Bueno, pero y él ¿cómo es que tiene una fortuna en oro puro?, le pregunto, y me dice que tiene una concesión allá por Dunstan. ¿Y la fortuna está declarada?, digo, y dice que no. No declarada significa que no se han pagado impuestos, lo cual significa que este envío incumple las normas... o al menos lo hará, si el *Godspeed* zarpa según lo previsto con la marea del día siguiente.

»Allí mismo, en el castillo de proa, Carver me deja que piense un momento en todo esto. Pienso en el aspecto que tiene el asunto visto desde arriba. Lo que parece es que llevo mucho tiempo actuando a espaldas del marido, cortejando a su esposa que es mi querida. Hay pruebas de ello. Lo que parece es que le he robado una considerable fortuna a ese hombre, y que ahora quiero despachar el oro lejos de la Costa. Lo que parece es que he maquinado todo este asunto para llevarlo a la bancarrota y arruinarlo, las dos cosas. Esto es adulterio, robo e incluso conspiración, directamente. Pero el factor decisivo es que el oro no está declarado. Me enfrento a cargos de infracción de la ley de aduanas, evasión de impuestos, tráfico ilegal, todo eso. Me espera la cárcel de por vida... y no me queda toda la vida, Thomas. No me

queda toda la vida. Así que le pregunto qué es lo que quiere, y por fin muestra sus cartas. Quiere el barco.

—¿Para entonces Carver era un marinero preferente?

—Sí. Trabajaba a las órdenes de Raxworthy y quería que Raxworthy se largase. Lo tenía todo pensado: que esa misma noche voy a despedir a Raxworthy, que voy a cancelar el contrato de la tripulación y voy a poner el barco a su nombre libre de trabas y deudas. Esto es un insulto, entiéndame. Me río. Digo que no. Pero él tiene ese maldito silbato, y hace amago de llamar al capitán de puerto.

—¿Le pidió que le dejase ver el oro del cajón de mercancías? —dijo Balfour—. ¿Cómo sabía que no se estaba marcando un farol?

—Pues claro que se lo pedí —dijo Lauderback—. Y me lo enseñó. ¡Y vaya si había preparado bien el terreno..., eso tengo que reconocérselo! Había cinco vestidos en el baúl. Todos ellos, la moda de la temporada anterior, en conformidad con su relato; listos para entregárselos a la modista de Melbourne, ¿sabe? Pero escuche, escuche esto. El oro no estaba metido sin más en la maleta, debajo de los vestidos. Estaba cosido a las costuras por dentro de los vestidos. Había sido la propia Lydia, sin duda: se daba muy buena mano con el hilo y la aguja. Era imposible adivinarlo, hasta que cogías los vestidos y notabas lo que pesaban. Pero un agente de aduanas no se habría molestado en hacer eso, ¿entiende? A no ser que le hubiesen dado el chivatazo y supiera dónde mirar. Si abrías la maleta, incluso si te ponías a revolver, solo había ropa de mujer, nada más. Sí: era un plan muy ingenioso.

—A ver que me aclare —dijo Balfour—. Si el barco hubiese zarpado según lo previsto...

—Entonces Carver habría hecho como que se encontraba el baúl en la bodega y jamás lo había visto antes. Se lo habría llevado a Raxworthy, fingiendo indignación, consternación, etcétera, etcétera. Al fin y al cabo, eran los vestidos de su esposa... y mi nombre estaba en los papeles. Habría exigido que las autoridades llamasen a mi puerta, alegando robo, adulterio, incumplimiento de las aduanas, todo. El *Godspeed* jamás habría salido del puerto; lo habrían hecho dar la vuelta antes de que llegase a los espigones. Entonces los agentes de la ley habrían venido a por mí... y me habrían llevado a chirona.

—Pero si hubiera sucedido todo eso, usted podría haberle echado sin más toda la culpa a Lydia Wells —dijo Balfour—. Seguro que a ella sí que la habrían encarcelado...

—Sí, desde luego que lo habrían hecho —repuso Lauderback, interrumpiéndolo—. Pero ¡no iba a poner en riesgo mi libertad solo para obtener la satisfacción de que también ella recibía su merecido! Tenga la seguridad de que esos dos se habrían conchabado contra mí si este maldito asunto hubiese llegado a juicio, y eso a ella le habría granjeado muchas simpatías... ya sabe: por haber visto la luz, por arrepentirse, por apoyar a su legítimo esposo y todas esas sandeces.

—Si es que realmente era su legítimo esposo —señaló Balfour—. Ahora parece

que era Crosbie Wells...

—Sí, sí —dijo bruscamente Lauderback—. Pero en aquel momento yo no lo sabía, ¿no? No me diga lo que debía haber hecho, ni cómo debía haberlo hecho. No lo soporto. Las partidas se juegan sobre la marcha.

—En fin... —dijo Balfour recostándose.

—Pudo conmigo —dijo Lauderback. Abrió las manos en gesto de derrota—. Firmé la entrega del barco.

Balfour se quedó pensando unos instantes.

—¿Dónde estaba Raxworthy aquella noche?

—En el condenado garito —dijo Lauderback—. ¡Seguro que divirtiéndose de lo lindo, con Lydia Wells a su vera, soplándole en los dados!

—¿Estaba en el ajo?

—No creo —dijo Lauderback, negando con la cabeza—. Aquella noche tenía permiso para bajar a tierra... había una celebración naval, algún tipo de sarao oficial. Nada indecoroso. Y después nunca percibí nada raro.

—¿Qué hace ahora?

—¿Raxworthy? Lleva el timón del maldito *Spirit of the Thames*, aburrido como un tigre en un vagón de tren. Ese hombre no soporta la navegación a vapor. Está furioso conmigo.

—¿Sabe todo esto?

Lauderback pareció enfadarse.

—Soy una figura pública —dijo—. Si esto se supiera, usted ya se habría enterado. Yo estaría perdido. ¿Que si lo sabe? Pues ¡claro que no lo sabe!

De pronto había perdido la paciencia con su propia historia, observó Balfour. El relato de los acontecimientos solo había reavivado su vergüenza por haber hecho el ridículo.

—Pero la venta del barco... —dijo Balfour al cabo de un momento—. Es de dominio público, salió en los periódicos.

Lauderback soltó un exabrupto.

—Sí, ya —dijo—. Según el periódico, vendí el maldito barco por un precio de lo más razonable, y todo en oro puro, cuando lo cierto es que no llegué a ver ni un penique. El oro se quedó en el condenado baúl, y cuando el *Godspeed* hizo el viaje a Melbourne al día siguiente, el baúl lo recogieron nada más llegar, como venía ocurriendo cada mes desde hacía un año. Y luego desapareció, por supuesto. Yo no podía hacer nada para remediarlo sin desencadenar todo tipo de males sobre mi persona. A saber dónde estará ese oro ahora. Y por si fuera poco, el barco se lo ha quedado él.

Lauderback jugueteaba furiosamente con la aceitera.

—¿Cuál era el verdadero valor del oro del baúl, a ojo de buen cubero?

—No me dedico a las prospecciones —dijo Lauderback—, pero a juzgar por el peso de los vestidos yo diría que varios miles de libras, como poco.

—Y jamás volvió a ver ese oro.

—No.

—¿Volvió a ver a la chica... a Lydia Wells?

Lauderback soltó una risa áspera.

—Lydia Wells no es ninguna chica —dijo—. No sé lo que es... pero una chica no es, Thomas. Una chica no es.

Pero no había respondido a la pregunta de Balfour.

—Supongo que sabrá que está aquí, en Hokitika —le recordó Balfour.

—Ya me lo ha dicho antes —dijo en tono grave Lauderback, y no quiso seguir hablando.

¡Qué bestia tan extraña e indómita es la adulación! ¡Cuando menos te lo esperas levanta la cabeza y arremete contra la brida que ella misma ha fabricado! La veneración que sentía Balfour por su amigo —la misma que con tanta facilidad había mudado en mal genio— se estaba transmutando ahora, a paso acelerado, en desdén. ¡Mira que haber perdido tanto... y encima por una querida! ¡Por la esposa de otro hombre!

El desdén, a pesar de sus pretensiones censoras, es una emoción que puede conceder cierta claridad. Thomas Balfour vio cómo su amigo apuraba el vaso y chasqueaba los dedos para pedir otra ronda, y sintió menosprecio... Y a continuación su menosprecio dio paso a la desconfianza, y la desconfianza a la perspicacia. Había elementos de la historia de Lauderback que seguían sin encajar. ¿Qué pasaba con la oportuna muerte de Crosbie Wells? A Lauderback todavía le quedaba por abordar esa coincidencia, ¡de la misma manera que aún le quedaba por explicar por qué había creído que Carver y Wells eran ni más ni menos que hermanos! Y ¿qué pasaba con Lydia Wells, que había irrumpido majestuosamente en Hokitika reclamando su legítima herencia, con tan poca demora después de la muerte de Wells que el capitán de puerto preguntó, medio en broma, si la Oficina de Correos de Hokitika había instalado un telégrafo? Balfour sabía sin asomo de duda que no le había contado toda la verdad; lo que desconocía, sin embargo, era la razón de este ocultamiento. ¿A quién estaba protegiendo Lauderback? ¿Solo a sí mismo? ¿O a alguien más?

La mirada de Lauderback se había vuelto más intensa. Se inclinó y golpeó la mesa con el dedo índice.

—¿Sabe? —dijo—. Se me acaba de ocurrir una idea. Sobre Carver. Si de verdad se llama Carver, entonces la venta del barco es nula. No puede firmarse un contrato en nombre de otra persona.

Balfour no contestó. Estaba distraído por el juicio que acababa de formarse sobre Lauderback, y por la distancia crítica que se había abierto entre ambos como un repentino abismo de dudas.

—Y aun en el caso de que su verdadero nombre fuera Wells —añadió Lauderback, animándose más—, aun en el caso de que eso fuera verdad, Lydia no puede estar casada con dos hombres a la vez, ¿no? Es lo que usted dice: ¡o está

mintiendo sobre un matrimonio, o está mintiendo sobre un nombre!

El chico trajo otra jarra de vino. Balfour la cogió para llenar nuevamente los vasos.

—A no ser que no estuviese casada con los dos a la vez —dijo mientras los llenaba—. Quizá se divorció del primero y se casó con su hermano.

Utilizó la palabra «hermano» con cuidado, pero Lauderback, nervioso ante esta nueva posibilidad, no se dio cuenta.

—Incluso en ese caso, si Carver realmente se llama Carver, entonces su firma es falsa y la venta del barco es nula. Se lo digo yo, Thomas: en cualquiera de los dos casos, lo tenemos pillado. En cualquiera de los dos. Hemos pillado a Carver en su propia mentira.

Su alivio lo había tornado imprudente.

—Entonces, ¿qué? ¿Está dispuesto a pescarlo, ahora? —dijo Balfour.

A Lauderback le brillaban los ojos.

—Lo pienso desenmascarar. Voy a desenmascarar a Francis Carver y voy a recuperar el *Godspeed*.

—Y ¿qué me dice del vengador? —preguntó Balfour.

—¿Quién?

—El tipo que andaba detrás de Carver. El que le ha puesto a usted un espejuelo.

—Jamás hubo noticias de él —dijo Lauderback—. Supongo que todo eso se lo inventó.

—¿De modo que no mató a nadie? —concluyó Balfour, como de pasada—. ¿De modo que no es un asesino?

—Es un canalla, eso es lo que es —dijo Lauderback. Aporreó la mesa—. ¡Un canalla y un mentiroso! ¡Y además un ladrón! Pero voy a pescarlo. Me las va a pagar.

—¿Qué hay de las elecciones? —apuntó Balfour—. ¿Y de Caroline? —(Así se llamaba la esposa de Lauderback).

—No tengo por qué poner todo eso en peligro —respondió Lauderback con desdén—. Lo puedo hacer en secreto. Pescarlo con lo del contrato. Chantajearlo, como hizo él conmigo. Darle a probar de su propia medicina.

Balfour se acarició la barba, observándolo.

—Bueno, bueno.

—Lo más seguro es que Carver haya destruido su copia del contrato de venta puesto que es una prueba de que hay una mentira por medio... Supongo que tendré que autenticar mi copia para ir sobre seguro.

—Bueno, bueno —repitió Balfour—. Quizá deberíamos calmarnos.

Pero Lauderback, llevado por su entusiasmo, continuó con su discurso.

—¡No hace falta... puedo empezar ahora mismo! —exclamó, echándose hacia delante—. Sé exactamente dónde está el contrato. Está guardado en mi baúl, en ese cajón de mercancías del que se está ocupando usted.

Balfour sintió que se le encogían las tripas. Se puso colorado. Abrió la boca para

responder... y al momento, por pura cobardía, la cerró.

—¿El *Virtue* ya ha vuelto? —inquirió Lauderback—. La semana pasada lo estaba usted esperando, creo.

A Balfour le zumbaron los oídos. Tenía que haberle confesado la desaparición del baúl en el mismo instante en el que se quedaron los dos a solas. «¡Estúpido!», gritó para sus adentros. Pero ¿por qué no contarle la verdad a Lauderback sin más? Nadie tenía la culpa de que hubiese desaparecido el cajón de mercancías... Había sido un accidente, lo más probable era que se tratase de un error burocrático... Y aparecería, tarde o temprano, en las circunstancias más insólitas..., un poco abollado por fuera, quizá, pero ni mucho menos desvencijado. ¡Seguro que Lauderback lo entendía! Si se lo confesaba sin perder la calma, con franqueza, si admitía su culpa...

Pero a Balfour le dio un vuelco el corazón. Tenía que haber alguna correlación entre el baúl del relato de Lauderback, el que iba lleno de vestidos de mujer y había hecho la travesía transtasmana todos los meses durante un año, y el baúl que contenía los efectos personales de Lauderback, entre ellos el contrato fraudulento, y que había desaparecido recientemente del muelle de Hokitika. ¡Tenía que haberla, considerando que hasta la fecha, en todos los años que llevaba en el negocio, a Balfour jamás se le había extraviado un cajón de mercancías, ni le habían robado ninguno! El corazón le empezó a latir con fuerza. Francis Carver ya había chantajeado al político en una ocasión; ¡quizá lo había hecho por segunda vez! ¡Puede que Carver hubiese robado el cajón! A fin de cuentas, tenía fama en los muelles de Hokitika...

Lauderback estaba recorriendo la mesa con la mirada, buscando algo que llevarse a la boca; no se había percatado del cambio de actitud de Balfour mientras este daba vueltas en su cabeza a la nueva posibilidad.

—¿El *Virtue* ha terminado la travesía? —repitió, sin impaciencia.

—No —respondió Balfour.

Fue como si la habitación se estrechase en torno a la mentira.

—¿Aún no está aquí? —dijo Lauderback. Encontró una cebolla cerosa en el plato que había dejado Jock Smith y se la metió en la boca.

—Así que me he adelantado a mi propio clíper... ¡y a caballo! ¡Con eso sí que no contaba! No habrá pasado nada malo en alta mar, espero...

Había recuperado el buen humor; hasta sentía una especie de vértigo. ¡Cuán buen tónico para el espíritu es la perspectiva de la venganza!

—No —respondió de nuevo Balfour.

—¿Sigue en tránsito, me ha dicho?

Balfour hizo una brevísima pausa antes de contestar.

—Sí, sigue en tránsito. Así es.

—Rumbo oeste desde Dunedin, ¿no es así? ¿O subiendo por el estrecho?

Balfour estaba sudando. Observó el movimiento de la mandíbula de Lauderback al masticar. Al final escogió la ruta más prolongada.

—Por el estrecho.

—Qué le vamos a hacer —dijo Lauderback, tragando—. Supongo que estas cosas no pueden evitarse. El transporte marítimo es así. Pero me lo hará saber en el momento en que llegue, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Sí. Lo haré.

—Lo espero con ansia —insistió Lauderback. Titubeó—. Esto..., Tom, hay otra cosa que quiero decirle. Comprenda que lo que le he contado esta mañana...

—La más absoluta reserva —interrumpió Balfour—. No se lo diré a nadie.

—Con mi campaña a punto de...

—No hace falta que lo diga. —Balfour negó con la cabeza—. No hace falta. Punto en boca.

—Buen chico. —Lauderback retiró su silla y se palmoteó las rodillas con ambas manos—. Veamos. Pobre Jock, y pobre Augustus. He sido rematadamente grosero con ellos.

—Sí... pobre Jock, pobre Augustus, sí —dijo Balfour, indicando con un gesto de la mano que Lauderback podía marcharse si así lo deseaba, pero Lauderback, canturreando entre dientes, ya estaba alargando la mano para coger su abrigo.

El corazón de Thomas Balfour latía con fuerza. No estaba acostumbrado a esa horrible compresión que sobreviene después de una mentira, cuando el mentiroso comprende que a partir de ese momento queda atado a la mentira que ha pronunciado; que tendrá que seguir mintiendo y acumular mentiras más nimias sobre la primera, encerrándose a cal y canto a contemplar en solitario su error. Balfour llevaría su falsedad como un grillete hasta que apareciese el cajón. Tenía que encontrarlo, cuanto antes... sin el conocimiento de Lauderback y, por supuesto sin su ayuda.

—Señor Lauderback —dijo—, creo que debería ponerse a representar el papel de político durante un tiempo. Váyase por ahí a dar apretones de manos, ya sabe. Lance los dados. Juegue alguna partida de petanca. Vaya una noche al teatro. Aléjese de todo esto.

—Y usted ¿qué?

—Voy a ir al muelle a hacer unas preguntas. En qué anda metido Carver, adónde se ha ido.

Una sombra de inquietud cruzó el rostro de Lauderback.

—¿No me ha dicho que se había marchado a Cantón? ¿No fue eso lo que dijo? ¿A comerciar con el té?

—Pero debemos asegurarnos —dijo Balfour—. Debemos estar preparados. —Estaba pensando en el cajón desaparecido y en la posibilidad de que lo hubiese robado Francis Carver. (Pero ¿qué necesidad tenía Carver de vengarse dos veces de Alistair Lauderback, cuando el primer chantaje le había salido a pedir de boca?).

—Sea discreto —dijo Lauderback—. Sea discreto cuando haga las preguntas.

—No hay ningún problema —dijo Balfour—. En el muelle Gibson todo el mundo me conoce, y recuerde que he hecho un montón de transportes con el *Godspeed*.

Además, mejor yo que usted.

—Sí, mejor —dijo Lauderback—. Sí. De acuerdo. Vaya usted, pues. —Asintió con la cabeza.

De hecho, este era exactamente el tipo de delegación al que estaba acostumbrado Alistair Lauderback, en tanto que hombre de posibles. No se le antojaba extraño que Balfour dedicase el sábado a resolver los asuntos de otro hombre. No se detuvo a preguntarse si Balfour podría estar poniendo en entredicho su propia reputación al asociarse con una historia de cuernos, chantajes, asesinatos y venganzas, y tampoco se detuvo a pensar en cómo podría recompensarlo. Sentía alivio, nada más. Se había restablecido un orden invisible: el mismo tipo de orden que garantizaba que su huevo duro estaba listo cada mañana y que la mesa quedaba recogida. Se ahuecó el nudo de la corbata con los dedos y se levantó de la mesa como nuevo.

Como quien no quiere la cosa, Balfour dijo:

—Y debería usted esquivar a Lydia Wells, en mi opinión. Solo porque...

—Por supuesto, por supuesto, por supuesto —dijo Lauderback. Cogió sus guantes con la mano izquierda y le ofreció la derecha a Balfour—. Pillaremos a ese cabrón, ¿a que sí?

De repente, Balfour se dio cuenta de que Lauderback sabía exactamente cuál era la naturaleza del espejuelo con el que Francis Carver lo tenía atado de pies y manos. Habría sido incapaz de explicar cómo había llegado a esta súbita convicción, pero de repente, lo supo.

—Sí —dijo, estrechando con firmeza la mano de Lauderback—. Acabaremos pillando a ese cabrón.

MARTE EN SAGITARIO

En el que Cowell Devlin causa una mala primera impresión, Te Rau Tauwhare ofrece información a un precio, Charlie Frost sospecha y nos enteramos del crimen por el que Francis Carver fue encarcelado muchos años atrás

Cuando un espíritu inquieto recibe, bajo la presión de algún tipo de influencia, el encargo de resolver un misterio para otro hombre, al principio se vuelca con todas sus energías. Pero las energías de Thomas Balfour tendían a cubrir un lapso de tiempo muy breve si el proyecto que se le asignaba no era de su propia cosecha. Su imaginación cedía ante la impaciencia, y su optimismo ante una extravagante variedad de negligencia. Así una idea y al punto la desechaba, por la mera razón de que ya no le parecía novedosa; partía en todas las direcciones a la vez. Esto no era en absoluto señal de un temple veleidoso, sino de un temple que, acostumbrado al más sincero y curioso de los entusiasmos, se niega a aceptar ningún sucedáneo; pero aun así, no dejaba de ser un impedimento para progresar.

A punto estaba Balfour de levantarse de la mesa para salir del hotel Palace cuando, de repente, pensó que sería una lástima dejar medio llena una jarra de vino de primera. Se echó lo que quedaba, y se lo estaba llevando a los labios cuando vio, por encima del borde del vaso, que el clérigo de la mesa contigua había soltado el panfleto y había juntado las manos. Estaba mirando a Balfour de hito en hito.

Como un chiquillo sorprendido en pleno hurto, Balfour dejó el vaso en la mesa. (Bien pensado, era demasiado temprano como para emborracharse).

—Reverendo —dijo.

—Buenos días —replicó el reverendo caballero.

Por su acento Balfour supo de inmediato que era irlandés, así que se relajó y se permitió ser maleducado. Volvió a coger el vaso y echó un trago largo.

—Su amigo es un hombre de suerte, me parece a mí —apuntó el clérigo.

Qué rostro más desafortunado tenía: atrapado en una niñez perenne, con aquella boca fruncida, aquel labio inferior amohinado, aquellos dientes como terrones. Era fácil imaginarlo con pantalón corto y polainas, mordisqueando un trozo de pan con manteca mientras se golpeaba distraídamente la pierna con un fardo de libros cinchados con el cinturón viejo de su padre. Pero tenía treinta años, quizá cuarenta.

Balfour entrecerró los ojos.

—Que yo sepa, no estábamos hablando para su provecho.

El hombre inclinó la cabeza, como si le concediese la razón.

—No, en efecto —dijo—. Ni para el de ningún otro hombre, espero.

—¿A qué se refiere exactamente? —preguntó Balfour.

—Sencillamente, a que ningún hombre debería sacar provecho de oír malas noticias por casualidad. Y menos que nadie un miembro del clero.

—¿Malas noticias, dice usted? Pero si acaba de decir que mi amigo es un hombre de suerte.

—Un hombre de suerte por tenerlo a usted —dijo el clérigo, y Balfour se ruborizó.

—Verá —dijo airadamente—, el mero hecho de que algo suene a secreto no significa que valga como una confesión, y usted lo ha oído a hurtadillas.

—Hace bien en trazar esa distinción —dijo el clérigo, manteniendo el tono amable—. Pero no los he escuchado a propósito.

—En cuanto a su propósito, en cuanto a si había intención o no, ¿eso quién lo sabe?

—Estaban hablando muy alto.

—¿Quién sabe qué propósito tiene usted? A eso me refiero.

—Por lo que respecta a mis intenciones, me temo que tendrá que confiar en mi palabra... o en mi sotana, si mi palabra no basta.

—Confiar en su palabra y en su sotana, ¿qué? ¿Confiar lo suficiente en qué?

—Confiar en que no pretendía escuchar lo que decían —respondió pacientemente el clérigo—. Confiar en que sé guardar un secreto cuando se me pide.

—Bueno —dijo Balfour—, pues se le pide. Se lo pido yo. Y debería dejar de hablar de buena fortuna y de malas noticias. Esa es su opinión, no lo que ha oído.

—Tiene usted razón. Le pido disculpas.

—No se las he pedido, ¿sabe? Y no se las agradezco.

—Le ruego me disculpe. Guardaré silencio.

Balfour agitó un dedo.

—Pero tiene que dejar el tema porque yo se lo pido, no por la regla de la confesión. Porque no fue una confesión.

—Desde luego que no: en eso estamos de acuerdo. —Después cambió de tono y añadió—: En cualquier caso, la confesión es una práctica católica.

—Pero si usted es católico. —De repente Balfour se sentía muy borracho.

—Libre metodista —corrigió el reverendo, sin ofenderse; pero añadió a modo de suave reprimenda—: Que sepa que el acento de un hombre no da tanta información sobre él.

—El suyo es irlandés —dijo Balfour tontamente.

—Mi padre es oriundo del condado de Tyrone. Antes de venir aquí, estuve en Dunedin; antes, en Nueva York.

—Nueva York, ¡ah, qué buen lugar!

El reverendo negó con la cabeza.

—Todos los lugares lo son.

Balfour balbuceó. Tras esta amonestación, le pareció que no podía continuar con

el tema de Nueva York, pero no se le ocurría ningún otro tema de conversación, aparte del que ya le había prohibido al reverendo.

—¿Se aloja aquí? —preguntó tras una pausa, hosco el gesto.

—¿En este hotel? —dijo el clérigo.

—Sí.

—No: sucede que se me ha inundado la tienda de campaña, y estoy desayunando a resguardo de la lluvia. —Abrió la mano para señalar los restos de la comida, que llevaban un buen rato fríos—. Como ve, he tardado lo mío con el fin de que me durase el refugio.

—¿No tiene una iglesia a la que ir?

Era una pregunta bastante grosera cuya respuesta Balfour ya conocía, pues por aquella época solo había tres iglesias en Hokitika. Pero se sentía un tanto inhibido por aquel hombre, de una manera que no llegaba a identificar del todo, y quería recobrar su ventaja: no tanto avergonzándolo como poniéndolo en su sitio.

El clérigo se limitó a sonreír, mostrando sus dientes diminutos.

—Aún no —dijo.

—Jamás había oído hablar de una iglesia libre metodista. Supongo que será una de las iglesias nuevas.

—Una nueva práctica, un nuevo modo de gobernar. —Volvió a sonreír—. Pero una vieja doctrina, claro está.

A Balfour le pareció bastante petulante.

—Supongo que viene con una misión —dijo—. Convertir a los infieles.

—Veo que hace usted muchísimas suposiciones —apuntó el clérigo—. Todavía no ha hecho una pregunta sin atreverse a responderla también.

Pero a Thomas Balfour no le hacía ninguna gracia este tipo de observaciones: no estaba dispuesto a que lo ilustrasen sobre cómo daba forma a sus pensamientos. Apartó su silla de la mesa, indicando que pensaba marcharse.

—Le responderé —continuó el clérigo mientras Balfour alargaba la mano para coger su abrigo—. Voy a ser el capellán de la nueva cárcel de Seaview. Pero hasta que se construya —cogió su panfleto y se dio unos golpecitos en la palma de la mano con aire explicativo—, soy un estudiante de Teología, nada más.

—¡Teología! —dijo Balfour. Metió los brazos en las mangas del abrigo—. Pues debería usted leer cosas más duras que eso. La parroquia en la que se está metiendo es de armas tomar.

—Con todo, es el pueblo de Dios.

Balfour asintió vagamente e hizo ademán de marcharse. De pronto le vino a la cabeza un nuevo pensamiento.

—Para que haya dicho que eran malas noticias, ha tenido que estar escuchando un buen rato.

—Sí —dijo humildemente el capellán—, así es. Fue un nombre lo que me llamó la atención.

—¿Carver?

—No: Wells. Crosbie Wells.

Balfour entrecerró los ojos.

—¿Qué relación tiene con Crosbie Wells?

El capellán vaciló. La sincera respuesta era que no conocía de nada a Crosbie Wells... Y sin embargo, en las dos semanas transcurridas desde su muerte apenas había hecho otra cosa que pensar en él y cavilar sobre las circunstancias de su muerte. Reconoció tras una pausa que había tenido el solemne honor de cavar la tumba de Wells y de celebrar los ritos fúnebres sobre su ataúd mientras le daban sepultura, explicación que no satisfizo a Thomas Balfour. El consignatario seguía contemplando a su nuevo conocido con expresión de manifiesta desconfianza; sus ojos se entrecerraron aún más cuando el capellán (que por lo general sobrellevaba muy bien que lo escrutasen con aire de duda) se estremeció súbitamente y bajó la mirada.

El nombre del capellán (como habría de descubrir Walter Moody unas nueve horas más tarde) era Cowell Devlin. Había arribado a Hokitika en el clíper *Virtue*, que estaba fletado y operado por la Agencia Naviera Balfour y, además de pasajeros diversos, madera, hierro, cierres, un sinfín de botes de pintura, comestibles surtidos, varias jaulas de ganado y percal en abundancia, había transportado el cajón de mercancías desaparecido que contenía el baúl de Alistair Lauderback, en cuyo interior iba la copia del contrato que reflejaba la venta del *Godspeed*. El *Virtue* había llegado a Hokitika dos días antes que el propio Alistair Lauderback; el reverendo Cowell Devlin había llegado por vez primera a Hokitika, por tanto, dos días antes de la muerte de Crosbie Wells.

Nada más desembarcar, había ido a presentarse al campamento de policía, donde el alcaide, George Shepard, no tardó nada en ponerlo a trabajar. Las funciones oficiales de Devlin no iban a dar comienzo hasta que se completase la nueva cárcel de Hokitika, en lo alto de la terraza de Seaview; no obstante, mientras tanto Devlin podría echar una mano en el campamento de policía y ayudar con la gestión cotidiana de la cárcel provisional, residencia, en aquel momento, de dos mujeres y diecinueve hombres. Devlin había de enseñar a todos y cada uno de ellos a temer a su Hacedor, e inculcar en sus díscolos corazones el respeto debido a la férrea coraza de la ley... o así lo formuló el director de la cárcel. (Poco tardó Devlin en descubrir que en sus sensibilidades pedagógicas Shepard y él discrepaban radicalmente). Después de un breve recorrido por el campamento de policía y de elogiar la manera de gestionarlo, Devlin inquirió si podía pasar las noches en la cárcel con el fin de dormir entre los delincuentes y compartir su pan. El alcaide recibió esta propuesta con desagrado. No es que llegase a rechazar exactamente la solicitud de Devlin, pero hizo una pausa, se pasó una lengua pálida y seca por los labios y, a continuación, le sugirió que lo mejor sería que se instalase en uno de los numerosos hoteles de Hokitika. De ahí pasó Shepard a advertir al capellán de que su acento irlandés podría provocar reacciones de partidismo por parte de los ingleses, y expectativas de una sensibilidad católica

por parte de sus compatriotas irlandeses; le aconsejó, por último, que obrase con discernimiento a la hora de escoger a sus compañías, y aún más sus palabras... Con este dictamen dio la bienvenida a Devlin a Hokitika, y sin más dilación le deseó buenos días.

Pero Cowell Devlin carecía de medios suficientes para permitirse varios meses de alojamiento en un hotel, y no acostumbraba, además, a hacer caso del pesimismo ajeno sobre las expresiones de partidismo. No siguió el consejo de Shepard y no tuvo en cuenta su advertencia. Compró una tienda de minero reglamentaria, la montó a cincuenta yardas de la playa de Hokitika y lastró con piedras los bolsillos de calicó. Después volvió a dirigir sus pasos a la calle Revell, compró una jarra de cerveza suave en el hotel más abarrotado que encontró y se dispuso a presentarse a diestro y siniestro, tanto a ingleses como a irlandeses.

Cowell Devlin era, a efectos prácticos, un hombre hecho a sí mismo; pero como este epíteto rara vez se emplea para describir a miembros de las órdenes sagradas, conviene que aclaremos el uso que aquí se le da. El clérigo pasaba el momento presente en un estado de constante visualización, haciendo comparecer ante su imaginación la futura persona apacible en la que había decidido que habría de convertirse algún día. También su teología se ajustaba a esta pauta: era un creyente esperanzado, y a sus numerosos discípulos les hablaba de un futuro utópico, un mundo sin penurias. Cuando hablaba, trocaba libremente el lenguaje de los auspicios por el lenguaje de los sueños: no había ningún conflicto, a juicio de Cowell Devlin, entre la realidad tal y como deseaba percibirla y la realidad tal y como la percibían los demás. Semejante tendencia, en el contexto del temperamento de otro hombre, se podría llamar ambición, pero la imagen que de sí mismo tenía Devlin era inexpugnable, incluso mítica, y hacía tiempo que había establecido que él no era un hombre ambicioso. Como cabría esperar, era propenso a sufrir ataques de intencionada ignorancia, y tendía a pasar por alto las más crudas verdades de la naturaleza humana en favor de aquellas que podían idealizarse por medio de la fantasía y la imaginación. Con respecto a las dos últimas, Devlin era un experto. Era un excelente narrador y, por consiguiente, un clérigo eficaz. Su fe, como la imagen que tenía de sí mismo, era completa, estable, y casi clarividente en su expresión... Atributos estos que, como ya había observado Balfour, en ocasiones le hacían parecer un tanto petulante.

A las once en punto de la noche del 14 de enero (la noche en que Alistair Lauderback llegó a Hokitika), Cowell Devlin estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo de la cárcel de Hokitika, hablando con los presos sobre Pablo. En torno al atardecer se había puesto a llover, y el capellán había decidido quedarse hasta más tarde con la esperanza de que solo fuese un chaparrón pasajero, pues era nuevo en Hokitika y aún no entendía la obstinada perseverancia del clima de la Costa. El alcaide estaba trabajando en su estudio privado, y su esposa ya se había ido a dormir. Los prisioneros estaban casi todos despiertos. Al principio habían escuchado el

sermón de Devlin por cortesía y después con auténtico interés; ahora, animados por el capellán, estaban ofreciendo testimonios y filosofías de su propia cosecha.

Devlin se estaba preguntando si debía retirarse ya y aventurarse a salir a la lluvia cuando oyó un grito procedente del patio y un golpetazo contra la puerta. Esto despabiló al alcaide, que salió de su estudio con una gorra de lino en la cabeza y un rifle en la mano, combinación que debería haber sido graciosa y que, sin embargo, no lo era. Devlin también se puso en pie, y siguió a Shepard hasta la puerta. Se asomaron a la lluvia y vieron, un poco más allá del círculo de luz que arrojaba el farol del alcaide, al sargento de guardia Ellis Drake. Llevaba a una mujer en brazos.

Shepard abrió más la puerta e invitó al sargento a entrar. Drake era un tipo adulón y gangoso, además de corto de entendederas; al oír su nombre, uno no pensaba en el héroe naval sino en el pato común, especie con la que guardaba un estrecho parecido. Metió a su cautiva en la cárcel mediante el vulgar método del abrazo del bombero, y la depositó con pocas ceremonias en el suelo. A continuación informó, con su voz nasal, que la puta había cometido o bien un delito contra la sociedad o bien un delito contra Dios; la habían encontrado en una postura tan abyectamente exánime que resultaba imposible distinguir entre la flagrante ebriedad y el daño premeditado, pero esperaba (inclinó su sombrero) que unas horas en la cárcel sirviesen para aclarar la cuestión. Dio un empujoncito al cuerpo inconsciente con la puntera de su bota, como para recalcar sus palabras, y añadió que lo más probable era que el instrumento de su delito fuese el opio. La puta era esclava de la droga, y a menudo se la había visto en público mientras se hallaba bajos sus efectos.

El alcaide Shepard miró a Anna Wetherell, y observó que las manos se le agarrotaban sin asir nada. Devlin, para no hacer nada fuera de lugar, aguardó la decisión del alcaide, aunque lo que quería era arrodillarse y tocarla para comprobar si su cuerpo tenía señales de lesiones: la idea del suicidio lo entristecía sobremanera, y lo consideraba la más espantosa agresión que pueda el cuerpo hacerle al alma. Los tres hombres se quedaron mirando a la mujer y por un momento nadie habló. Entonces Drake les confió que si tuviese que formular una acusación definitiva, estaba convencido de que había intentado cometer el más atroz de todos los crímenes; pero que lo mejor sería que el alcaide esperase a que la chica volviese en sí para preguntárselo él mismo.

Shepard se hizo cargo de Anna Wetherell tal y como le pidieron, la apoyó contra la pared y le puso los grilletes. Se aseguró de que podía respirar y de que desempeñaba esta función de modo más o menos regular; después echó un vistazo a su reloj de bolsillo e hizo un comentario sobre lo avanzado de la hora. Devlin siguió su ejemplo y se puso el sombrero y el abrigo, aunque mientras abandonaba la cárcel miró atrás ansiosamente. Le habría gustado que la chica estuviese más cómoda. Pero el alcaide se estaba despidiendo de él, y un segundo después la puerta se había cerrado con llave a sus espaldas.

Cuando Devlin volvió al campamento de policía a primera hora de la mañana

siguiente, Anna Wetherell seguía inconsciente; tenía la cabeza caída a un lado y la boca entreabierta. Había una magulladura violácea en su sien, y su pómulo estaba tremendamente hinchado: ¿se había caído o la habían golpeado? Devlin, empero, no tenía tiempo para investigar, ni tampoco para presionar al alcaide para que le diese más información sobre las circunstancias en que se había arrestado a la chica: resulta que esa noche había muerto un hombre, y se pidió a Devlin que acompañase al médico al valle Arahura para ayudar a trasladar los restos del difunto, y también, quizá, para rezar una oración o dos sobre su cuerpo presente. El difunto, le informó Shepard, se llamaba Crosbie Wells. Según le refirió Shepard, había muerto sin sufrir a causa de la vejez, los achaques y la bebida; no había ninguna razón, por ahora, para sospechar de homicidio. En vida, continuó Shepard, Wells había sido un ermitaño. No se le recordaría como un hombre ni bueno ni malo, pues tenía pocos conocidos y no dejaba familia.

El capellán y el médico se dirigieron hacia el norte por la playa, y una vez que llegaron a la desembocadura del río Arahura doblaron hacia el interior. La cabaña de Crosbie Wells, situada a unas tres o cuatro millas río arriba, era de construcción sencilla: una caja de madera bajo un tejado inclinado de chapa de hierro, si bien su dueño se había permitido el hermoso lujo de poner una ventana de cristal en el lado norte de la casa. La cabaña se veía perfectamente desde la carretera de Christchurch, pues estaba elevada a unos veinte pies por encima de la ribera y rodeada por un terreno talado.

En conjunto, la morada ofrecía una imagen muy solitaria... tanto más después de que envolviesen el cuerpo con mantas y lo sacasen de la habitación. Las superficies estaban todas pegajosas y cubiertas por una capa de polvo. El cabezal estaba amarillento, la almohada rociada de moho. Había media panceta colgando de una viga, agrietada y con grasa reseca. Alineadas en torno al perímetro de la habitación había damajuanas de alcohol vacías. La botella que estaba sobre la mesa del difunto también estaba vacía, señal de que el último acto del ermitaño había consistido en apurar su vaso, apoyar la cabeza en las manos y dormir. El lugar despedía un olor animal... el olor de la soledad, pensó Devlin, con compasión. Se arrodilló delante del fogón y sacó el cajoncito de la ceniza pensando en encender un fuego para quemar el olor como a muerto de la habitación, y avistó un papelito atrapado entre la rejilla y el fondo del cajón.

Parecía como si alguien (Wells, era de suponer) hubiese intentado quemar el documento pero hubiese cerrado la portezuela del fogón antes de que el papel prendiese; el documento solo había ardido por un borde antes de caer a través de las barras del quemador al cajoncito de abajo, y solo estaba ligeramente chamuscado. Devlin lo enganchó con los dedos y le sacudió la ceniza. Todavía era legible.

En el día de hoy, a 11 de octubre de 1865, el SEÑOR EMERY STAINES, natural de Nueva Gales del Sur, se compromete a pagar la cantidad de dos mil libras a la SEÑORITA ANNA WETHERELL, natural de Nueva Gales del Sur, en presencia del SEÑOR CROSBIE WELLS.

Junto al nombre de Wells había una firma temblorosa, pero junto al del otro hombre no había más que un espacio en blanco. Devlin arqueó las cejas. La escritura, por consiguiente, no era válida, pues el testigo había firmado antes que el mandante y el mandante ni siquiera había firmado.

Devlin recordó el nombre de Anna Wetherell: era la puta que había ingresado en la cárcel la víspera, ya tarde, drogada de opio. Se detuvo un instante frunciendo el ceño, y de pronto dobló la escritura por la mitad y se la metió entre los botones de la camisa, pegada a la piel. Siguió preparando el fuego. Justo entonces volvió a entrar el médico (había estado dando de comer a los caballos), y ambos se sentaron a tomarse una taza de té mientras contemplaban por la ventana el río y las montañas rodeadas de nubes que había en lontananza. Fuera, los caballos mordisqueaban sus morrales y piafaban; en la plataforma del carro, la lluvia iba revistiendo de una malla plateada la manta que cubría el cuerpo de Wells.

Cowell Devlin no conseguía justificar del todo su impulso de ocultarle la escritura de donación al médico, el doctor Gillies. Quizá, pensó, le había impelido a ello la atmósfera de sosiego que reinaba en casa del difunto. Quizá la había ocultado como un gesto de respeto. Quizá el nombre de Anna Wetherell, la suicida frustrada hallada en estado inconsciente en la carretera de Christchurch, había despertado su curiosidad y había escondido el papel impulsado por un vago deseo de protegerla. El capellán caviló sobre este abanico de posibilidades mientras se bebía el té. No dijo nada al médico, que también guardaba silencio. Al acabar fregaron las tazas, taparon el fuego, cerraron la puerta y de nuevo se subieron al carro trabajosamente para transportar su triste carga al campamento de policía de Hokitika, donde iba a llevarse a cabo una autopsia de los restos del difunto.

Era típico de Cowell Devlin no atribuir una motivación precisa a los actos de dudosa integridad, y que, por el contrario, prefiriese alimentar una especie de distraída confusión en torno a sus motivaciones consideradas como un todo. Era típico, también, que no se sintiese realmente obligado a confesar este acto... ni en ese momento ni en las dos semanas siguientes, ya que hasta la noche del 27 de enero, dos semanas más tarde, no enseñó a nadie la escritura de donación sustraída. Devlin se tenía por un hombre virtuoso, y su imagen de sí mismo se mantenía, ante cualquier dato en sentido contrario, invulnerable. Cada vez que obraba mal, o de modo discutible, se limitaba a deshacerse del recuerdo y se ponía a pensar en otra cosa. De regreso a Hokitika se iba apretando la escritura contra el pecho con la palma de la mano. Solamente habló para hacer un comentario sobre la fuerza de las olas que rompían en una blanca espuma contra la orilla por la que iban caminando. El médico no dijo ni una palabra. Cierta es que una vez que volvieron al campamento de policía y metieron el cuerpo de Crosbie Wells, Devlin contempló con poco entusiasmo la posibilidad de mostrarle la escritura al alcaide Shepard, pero lo distrajo un nuevo alboroto y la oportunidad pasó de largo. Anna Wetherell, al parecer, empezaba a volver en sí.

Los ojos de la muchacha temblaban bajo sus párpados, y la lengua se le movía dentro de la boca; estaba murmurando. Parecía que la fiebre había empezado a remitir, pues su frente y su nariz estaban salpicadas de gotas de sudor y la seda naranja de su vestido había adquirido un tono parduzco por el cuello y por debajo de los brazos. Devlin se hincó de rodillas ante ella. Estrechó sus manos —eran suaves y estaban frías al tacto— y llamó a la mujer de Shepard para que trajese agua.

Cuando al fin despertó la chica, fue como si despertase de una muerte. Echó hacia atrás la cabeza con una mirada extraviada; hizo un ruido bronco. Parecía que se daba cuenta de dónde estaba, pero los efectos secundarios del opio habían causado estragos en su cuerpo; era evidente que ni siquiera tenía energías para expresar su sorpresa. Soltó débilmente sus manos de las de Devlin, y él se apartó. Se fijó en que se llevaba las manos al corsé; como si tuviese perforado el vientre, pensó, e intentase restañar la herida. Devlin habló, pero ella no respondió y acto seguido volvió a cerrar los ojos y se adormeció. En algún rincón de la cárcel estalló un altercado, y llamaron a Devlin para que acudiese a mediar; este deber, así como otros propios de su cargo, reclamó su atención durante el resto de la tarde.

A última hora, el oficial de juzgado se pasó a recaudar las fianzas de todos los malhechores que habían podido reunir el dinero necesario. Al oír la voz del recién llegado, la señorita Wetherell levantó su oscura cabeza, húmeda a causa de la fiebre, y le hizo una seña. (El oficial de juzgado era otra cara nueva en la ciudad, esbelto y pulcro; Gascoigne era su nombre). La puta extrajo varias monedas de entre las maltrechas ballenas de su corsé y las fue apretando una a una contra la palma abierta del oficial de juzgado. Tiritaba una barbaridad, y su semblante reflejaba un sentimiento de gran humillación. El pago de la fianza fue anotado, tras lo cual el alcaide Shepard se vio obligado a soltarla, y lo hizo sin demora. Devlin no asistió a la vista del día siguiente en el juzgado, ya que se le había encomendado la tarea de cavar una tumba para el ermitaño Crosbie Wells. Más adelante se enteraría de que la señorita Wetherell había rehusado defenderse y había pagado sin rechistar la multa que le habían impuesto.

El día después del entierro se descubrió una fortuna de cuatro mil libras en la cabaña de Crosbie Wells: justo el doble del total citado en la escritura de donación parcialmente quemada que desde entonces guardaba Devlin en su Biblia, entre el final del Antiguo Testamento y el comienzo del Nuevo. Aun así, Devlin siguió sin confesar; siguió sin enseñar a nadie la escritura. Se decía a sí mismo que una vez que Anna Wetherell recobrase las fuerzas, cuando el episodio de su frustrado suicidio fuese cosa del pasado, le enseñaría el papel; por ahora, sin embargo, juzgaba prudente reservarse la información.

En estos momentos, en el comedor del hotel Palace, Devlin tendió la mano y la posó sobre la baqueteada cubierta de su Biblia, que no llevaba ninguna inscripción salvo una crucecita de Canterbury estampada en oro en el cuero. Fue un ademán protector: aunque aún no sabía que la apócrifa escritura adjunta que se hallaba

prensada entre Malaquías y Mateo habría de tener una enorme importancia para Thomas Balfour, al igual que para varios hombres más, sentía la necesidad de mantenerla cerca de él. Sabía que la escritura —recibo de un obsequio que jamás llegó a entregarse, codicilo de un testamento que jamás llegó a hacerse— era, por alguna razón, valiosa, y se resistía a desprenderse de ella hasta que se enterase de cuál era realmente su valor exacto.

—Cavar tumbas —dijo Balfour, cogiendo su bombín de la percha y pasando los dedos por el ala—. He ahí un tema sobre el que va a tener que leer.

—No conozco ningún tratado sobre este asunto —repuso Devlin.

—Para su nueva parroquia —prosiguió Balfour, ignorándolo—. Van a traer una horca. —Se puso el sombrero, se lo retiró de la frente con el pulgar y se dio la vuelta para marcharse. Al llegar a la puerta se detuvo un instante—. No sé cómo se llama usted, reverendo.

—Ni yo usted —repuso Devlin.

Se hizo un silencio... y después Balfour soltó una carcajada, se ladeó el sombrero en expresión de gozo y salió de la habitación con paso resuelto.



En Hokitika el sábado era un día de bullicio y citas. Los mineros regresaban en tropel al municipio, aumentando la población total a unas cuatro mil personas y desbordando la capacidad de los albergues y los hoteles de la calle Revell. Los oficiales de juzgado no daban abasto con las reclamaciones de poca monta y los derechos de extracción, los corredores con las promesas de donación, los comerciantes con los pedidos de los ricos y las peticiones de ampliación de crédito de los pobres. El muelle Gibson era un hervidero de actividad; parecía que cada hora que pasaba se remachaba un nuevo armazón de madera, se terminaba de encajar una nueva puerta y una nueva tienda desplegaba su estandarte para que se hinchase y chasquease con el viento tasmano. Los sábados se veían todos y cada uno de los rayos de la gran rueda de la fortuna —hombres en ascenso, ascendidos, en plena caída, caídos y en reposo—, y de noche cada minero se bebería o bien sus penas, o bien su dicha.

Hoy, sin embargo, la intensa lluvia había reducido el tráfigo de las calles al más urgente tan solo, y Hokitika no estaba abarrotada de las muchedumbres habituales. Los pocos hombres desaliñados con los que se iba cruzando Balfour estaban encorvados bajo los toldos de los hoteles, ahuecando las manos para que no se les apagasen los cigarrillos. Hasta los caballos tenían un aire de sombría claudicación. Amordazados por los conos húmedos de sus morrales, inmóviles en el cuarteado estiércol de la carretera, ni siquiera un parpadeo alteró la entornada flacidez de sus ojos cuando Balfour pasó de largo a grandes zancadas.

Al doblar por la calle Revell se topó con semejante azote de viento y lluvia que se

vio obligado a sujetarse el sombrero a la cabeza. Según los Avisos del Tiempo de Saxby, el dudoso oráculo que a diario publicaba el *West Coast Times*, el diluvio amainaría dentro de uno o tres días; y es que Saxby era expansivo en sus pronósticos, y se permitía un generoso margen de error a ambos lados de sus estimaciones. A decir verdad, los detalles de su columna rara vez variaban: el aguacero era tan intrínseco a la constitución de Hokitika como lo habían sido la escarcha y las quemaduras del sol a la de Otago y el polvo rojo a la de las colinas Victorian. Balfour apretó el paso, estrechándose el abrigo contra el cuerpo con su mano libre.

Había unos doce hombres más o menos en la veranda cubierta del Banco de la Reserva, arracimados en grupos de tres o cuatro. Un gris perla empañaba las ventanas que tenían a sus espaldas. Balfour, entornando los ojos, escudriñó los rostros a través de la lluvia, pero no vio a nadie conocido. Unos jirones de humo lo hicieron bajar la vista hacia una figura solitaria: había un hombre maorí sentado en cuclillas debajo del alero, con la espalda apoyada contra un pilote. Estaba fumando un puro.

Tenía el rostro tatuado de una manera que a Balfour le recordó los dibujos de los vientos de los mapas. Dos grandes volutas daban redondez a sus mejillas, y de sus cejas salían radios que se unían con el nacimiento del cabello. Un par de profundas espirales a ambos lados de los orificios nasales conferían una definición casi arrogante a su nariz. Tenía los labios teñidos de azul. Llevaba pantalones de sarga y una camisa de tela cruzada con el cuello desabotonado hasta el esternón; sobre la piel morena de su pecho caía un enorme colgante verde en forma de azuela. Casi se había terminado el puro, y mientras Balfour se acercaba tiró la colilla a la vía pública, donde bajó rodando por el peralte y se detuvo, todavía humeante, junto al borde mojado de la hierba.

—Usted es ese tipo maorí —dijo Balfour—. El amigo de Crosbie Wells.

El hombre miró a Balfour a los ojos, pero no habló.

—¿Cómo se llamaba? Su nombre.

—*Ko Te Rau Tauwhare toku ingoa.*

—Atiza —dijo Balfour—. Dígame solo lo que es el nombre propiamente dicho.

—Acercó las palmas de las manos, para indicar poca cantidad—. Solo el nombre.

—Te Rau Tauwhare.

—Eso tampoco sé decirlo —dijo Balfour. Negó con la cabeza—. Bueno, pues entonces... ¿cómo le llaman sus amigos, sus amigos blancos? ¿Cómo lo llamaba Crosbie?

—Te Rau.

—No es que mejore gran cosa, ¿eh? —dijo Balfour—. Haría el ridículo si lo intentase, ¿no cree? ¿Qué tal si lo llamo Ted? Un buen nombre inglés de toda la vida. Abreviatura de Theodore o de Edward, como guste. Edward es un bonito nombre.

Tauwhare no respondió.

—Yo soy Thomas —dijo Balfour, llevándose la mano al corazón—. Y usted es Ted. —Se inclinó y dio unas palmaditas a Tauwhare en la coronilla. El hombre dio un

respingo, y Balfour, sorprendido, retiró al punto la mano y dio un paso atrás. Sintióse estúpido, adelantó una pierna y se metió las manos en los bolsillos del chaleco.

—Tamati —dijo Tauwhare.

—¿Cómo dice?

—En mi idioma, su nombre es Tamati.

—Ah —dijo Balfour, muy aliviado. Se sacó las manos de los bolsillos, dio una palmada y se cruzó de brazos—. Sabe algo de inglés... ¡bien!

—Conozco muchas palabras inglesas —dijo Tauwhare—. Me dicen que hablo muy bien su idioma.

—¿Crosbie le enseñó un poco de inglés, Ted?

—Fui yo quien le enseñó a él —dijo Tauwhare—. ¡Le enseñé maorí korero a él! Usted dice Thomas, yo digo Tamati. Usted dice Crosbie, ¡yo digo *korero mai!*

Sonrió, enseñando unos dientes muy blancos y cuadrados. Saltaba a la vista que había hecho algún tipo de chiste, así que Balfour le devolvió la sonrisa.

—Nunca se me han dado bien los idiomas —afirmó, ciñéndose más el abrigo al cuerpo—. Si no es inglés, es español: eso decía siempre mi padre. Pero escuche, Ted, siento lo de su amigo. Siento lo de Crosbie Wells.

La expresión de Tauwhare se volvió grave al instante.

—*Hei maumaharatanga* —dijo.

—Sí, bueno —dijo Balfour, deseoso de que el otro hombre dejase de hablar en su idioma—, fue una lástima, una maldita lástima. Y ahora todo este follón... todos estos problemas en relación con la fortuna y demás... y su esposa.

Escudriñó con aire expectante a Tauwhare a través de la lluvia.

—*He pounamu kakano rua* —dijo Te Rau Tauwhare. Con los dos primeros dedos tocó el colgante que pendía de su cuello. Tal vez fuese algún tipo de talismán, pensó Balfour: todos llevaban alguno, estos maoríes. El de Tauwhare casi tenía el tamaño de su mano, y lo había sacado lustre; estaba hecho de una piedra verde oscuro entreverada de un verde más claro y encajado en una trenza que rodeaba su cuello, de tal suerte que la punta estrecha de la azuela descansaba sobre el hueco de su clavícula.

—Por cierto —dijo Balfour, decidiéndose por dar un palo de ciego—, ¿dónde estaba usted cuando ocurrió, Ted? ¿Dónde estaba cuando murió Crosbie?

(Tal vez el maorí pudiese indicarle la dirección a seguir; tal vez supiese algo. No convenía hacer demasiadas preguntas por ahí, claro, no fuese a levantar sospechas, pero un maorí era la apuesta más segura: lo más probable era que su círculo de conocidos fuera muy reducido).

Te Rau Tauwhare fijó sus oscuros ojos en Balfour, estudiándolo.

—¿Entiende la pregunta? —dijo Balfour.

—Entiendo la pregunta —respondió Tauwhare.

Entendía que Balfour estaba indagando por la muerte de Crosbie Wells, y que sin

embargo no había estado presente en su funeral, en aquel vergonzoso acto que no merecía el nombre de funeral, pensó Tauwhare en un arranque de ira e indignación. Entendía que Balfour no había hecho sino un alarde de compasión de lo más superficial, y que ni siquiera se había quitado el sombrero. Entendía que Balfour esperaba beneficiarse de algún modo, pues tenía una mirada avarienta, de esas que se les suele poner a los hombres cuando ven oportunidad de obtener algo sin dar nada a cambio. Sí, pensó Tauwhare: entendía la pregunta.

Te Rau Tauwhare aún no había cumplido los treinta años de edad. Era hermosamente musculoso, y se desenvolvía con aplomo y con la prieta energía de la juventud; aunque en público no se mostraba orgulloso, jamás daba muestras de sentirse impresionado o intimidado por nadie. Poseía una arrogancia profundamente íntima, un lecho rocoso de confianza en sí mismo que no precisaba de pruebas ni explicaciones; y es que a pesar de que gozaba de la reputación de un guerrero y de un honorable prestigio en el seno de su tribu, la idea que tenía de sí mismo no estaba modelada por sus éxitos. Sencillamente, sabía que su belleza y su fuerza no tenían parangón; sencillamente, sabía que era mejor que la mayoría de los hombres.

Sin embargo, lo cierto era que esta opinión inquietaba a Tauwhare: le parecía que indicaba penuria espiritual. Sabía que toda certeza autorreflexiva era el sello distintivo de la superficialidad, y que la valoración no era un índice de la auténtica valía..., a pesar de lo cual no podía desprenderse de esta certeza que tenía acerca de sí mismo. Y le preocupaba. Le preocupaba ser un mero ornamento, una concha sin carne, una almeja vacía; le preocupaba que su idea de sí mismo fuese vanidosa. En consecuencia, se instruía a sí mismo en la vida espiritual. Iba en pos de la sabiduría de sus ancestros, a fin de enseñarse a sí mismo a dudar de sí mismo. Al igual que un monje busca trascender las funciones menores de su cuerpo, Te Rau Tauwhare buscaba trascender esta función menor de su voluntad..., pero los hombres no pueden dominar su voluntad sin expresarla. Tauwhare no conseguía encontrar un equilibrio entre rendirse a sus impulsos y combatirlos.

El *iwi* al que pertenecía Tauwhare era Poutini Ngai Tahu, un pueblo que en tiempos había dominado la costa occidental de la Isla del Sur en su totalidad, desde los fiordos meridionales de empinadas laderas hasta las palmeras y las playas pedregosas del extremo norte. Seis años atrás, la Corona había adquirido esta vasta extensión de terreno por la cantidad de tres mil libras..., reservando para Poutini Ngai Tahu tan solo el río Arahura, tramos de sus riberas y una pequeña parcela en Mawhera, la desembocadura del río Grey. Ya en aquel momento, las negociaciones se les habían antojado injustas a los Poutini Ngai Tahu; ahora, seis años después, sabían que la adquisición había sido un robo patente. Todos y cada uno de los miles de mineros que desde entonces habían acudido a la Costa en busca de oro habían comprado una licencia de prospección a una libra por cabeza, y tierra al precio de diez chelines el acre. Por sí solo, ese beneficio ya era considerable, por no hablar del oro mismo, oculto en los ríos y mezclado con las arenas y de un valor tan descomunal

que todavía no se había calculado. Cada vez que pensaba en la riqueza de la que debería haber disfrutado su pueblo, Tauwhare sentía una oleada de ira en el pecho, una ira tan amarga y atormentada que se manifestaba en forma de dolor.

Así pues, era a la Corona y no a los Poutini Ngai Tahu a quien Crosbie Wells había pagado sus cincuenta libras cuando compró cien ondulados acres en la punta oriental del valle Arahura, una superficie llena de totora, una madera suave que respondía bien al cuchillo y era resistente a la sal y a las tormentas. Wells estaba satisfecho de su compra. Sus dos grandes amores eran el trabajo duro y la recompensa del trabajo duro: el whisky, cuando lo conseguía, y la ginebra, cuando no. Se construyó una cabaña de una habitación con vistas al río, desbrozó un terrenito para hacerse un jardín y empezó a construir un aserradero.

Te Rau Tauwhare recorría el valle Arahura con relativa frecuencia, por la razón de que era buscador de *pounamu* y el río Arahura estaba lleno de aquel tesoro: piedras suaves, de un gris lechoso, que al partirse mostraban un vítreo interior verde, más duro que el acero. Era un tallista competente, incluso había quien decía que magnífico, pero en lo que verdaderamente hacía gala de una pericia excepcional era en localizar la piedra en el lecho del río. El *pounamu* era tan mate y tan corriente por fuera como brillante e iridescente por dentro: Tauwhare, con su ojo experto, no necesitaba arañar o partir las piedras en la ribera, sino que se las llevaba a Mawhera intactas para que se pudiesen bendecir y romper al modo ceremonial.

La superficie comprada por Crosbie Wells lindaba con la tierra de los Poutini Ngai Tahu; o, deberíamos decir, lindaba con la porción de tierra en la que tan recientemente se había confinado a los Poutini Ngai Tahu. El caso es que Te Rau Tauwhare no tardó en tropezarse con Crosbie Wells, atraído por el sonido de su hacha resonando por el valle cuando partía astillas para el fuego. Su trato empezó con tono cordial, y se hizo frecuente; con el paso del tiempo Tauwhare empezó a pasarse por la cabaña de Crosbie Wells cada vez que se hallaba en las inmediaciones. Resultó que Wells era un discípulo entusiasta de la vida y el saber maoríes; y de este modo, las visitas de Tauwhare se convirtieron en una costumbre.

A Te Rau Tauwhare le encantaba tener la oportunidad de ilustrar a otros hombres sobre las cualidades que mejor lo definían, máxime cuando su público halagaba aquellos aspectos de su persona acerca de los que albergaba una duda profundamente íntima: a saber, su *mauri*, su espíritu, su religión y la profundidad de su persona. Crosbie Wells, en el transcurso de los meses siguientes, interrogó sin cesar a Tauwhare acerca de sus creencias como hombre, como hombre maorí y como hombre maorí de filiación Ngai Tahu. Confesó que Tauwhare era el primer hombre no europeo con el que hablaba; su curiosidad, tal y como la expresaba, tenía todos los atributos de la sed. Tauwhare, todo hay que decirlo, no aprendió gran cosa sobre Crosbie Wells durante este tiempo; este último apenas compartía su pasado, y Tauwhare no era dado a hacer muchas preguntas. Consideraba a Crosbie Wells un alma gemela, sin embargo, y así se lo decía con frecuencia; pues, como todas las

personas seguras de sí mismas en lo fundamental, Tauwhare gustaba mucho de compararse con otros, y sus comparaciones pretendían ser cumplidos de lo más sinceros.

A la mañana siguiente de fallecer Crosbie Wells, Tauwhare se presentó en su cabaña con un obsequio de comida, como tenían por costumbre: él aportaba la carne y Wells el alcohol, acuerdo este que satisfacía a ambas partes. En el claro de enfrente de la cabaña de Wells se encontró con un carro que partía. Llevaba las riendas el médico de Hokitika, el doctor Gillies; junto a él iba sentado el capellán de la cárcel, Cowell Devlin. Tauwhare no conocía a ninguno de los dos, pero cuando su mirada se detuvo en el carro vio un par de botas conocidas, y, debajo de una manta doblada, una forma que también le resultaba familiar. Tauwhare soltó un grito y de la impresión dejó caer su obsequio al suelo; el capellán, apiadándose de él, sugirió que acompañase al cuerpo de su amigo de vuelta a Hokitika, donde iban a prepararlo para el entierro y, después, a darle sepultura. No había sitio para Tauwhare en el pescante, pero si quería podía sentarse en el saliente trasero del carro, siempre y cuando se acordase de apartar los pies.

Los hoteleros y comerciantes de la calle Revell salieron a sus puertas mientras el carro entraba traqueteando en Hokitika y doblaba por la calle principal. Algunos daban unos pasos para ver mejor, escudriñando a Te Rau Tauwhare, que, con el rostro demudado y el cuerpo exangüe, les sostenía la mirada. Una de sus manos asía sin apretarlo el tobillo de Wells. El cuerpo del hombre rodaba y se zarandeaba con cada bandazo del carro. Cuando llegaron al campamento de policía, Tauwhare no se movió. Se mantuvo a la espera, sin soltar el tobillo de Wells, mientras los demás conferenciaban.

El tonelero de Hokitika había accedido a apañar un ataúd de pino a tiempo para el funeral, y a fabricar una lápida redondeada de madera en la que pintaría el nombre de Crosbie Wells y las dos fechas que delimitaban su vida. (Nadie estaba seguro del año exacto de su nacimiento, pero en la guarda de su Biblia estaba escrito con tinta el año 1809: era una fecha de nacimiento verosímil, ya que situaría a Crosbie Wells en los cincuenta y siete años de edad, y fue la que habría de inscribir el tonelero en la lápida del finado). Hasta que se formalizasen estos dos encargos, empero, y hasta que se cavase la sepultura, el alcaide había dado orden de amortajar a Crosbie Wells en el suelo de su estudio del campamento de policía, con una sábana de muselina entre el cuerpo y el suelo.

Una vez colocado el cuerpo con las manos plegadas sobre el pecho, el alcaide hizo salir a todos de la habitación y cerró con un portazo que hizo temblar el pasillo. Las paredes interiores de la casa del alcaide estaban hechas de un calicó estampado que se había estirado y clavado con tachuelas al armazón del edificio, y cuando la madera crujía con el viento o sufría el impacto de fuertes pisadas o de un repentino portazo, se estremecían y se ondulaban como la superficie de una charca, de tal suerte que, al verlas temblar, era inevitable acordarse de ese espacio de dos pulgadas entre el

pañó doblado, ese espacio muerto en torno al armazón, lleno de polvo y estampado con las sombras móviles de los cuerpos de la habitación contigua.

Alguien tiene que quedarse con él, insistió Tauwhare. A Wells no se le podía dejar solo, tendido en el suelo, sin ni siquiera una llama ardiendo en la habitación, sin nadie que velase por él, que lo tocase, que rezase a su lado, que rezase por él o cantase. Tauwhare intentó explicar los principios del *tangi*; pero no eran principios, eran ritos, demasiado sagrados para explicarlos, demasiado sagrados incluso para defenderlos: eran sencillamente el modo en que deberían hacerse las cosas, lo debido. El espíritu no se aleja del todo hasta que se da sepultura al cuerpo, dijo. Hay canciones, y oraciones... El alcaide lo reprendió, tachándolo de pagano. Tauwhare se enfadó. Alguien tiene que quedarse con él hasta el entierro, dijo. Yo me quedaré con él hasta el entierro. Crosbie Wells era mi amigo y mi hermano. Crosbie Wells, repuso el alcaide, era un hombre blanco, y a no ser que me haya engañado una sombra pasajera, desde luego hermano suyo no era. El funeral se celebrará el martes por la mañana; si quiere hacer algo útil, puede echar una mano para cavar su tumba.

Pero Tauwhare se quedó. Hizo el velatorio en el porche, y después en el jardín, y más tarde en el callejón que separaba la cabaña del alcaide del campamento... y de cada puesto le iban expulsando. Por último, el alcaide salió de la cárcel con una pistola de mango largo en la mano. Dispararía sobre Tauwhare como lo viese a menos de cincuenta yardas del campamento en cualquier momento antes de que se diese sepultura al cuerpo de Crosbie Wells, así que más valía que Dios lo ayudase, dijo. De modo que Tauwhare retrocedió cincuenta pasos, contando los escalones, y se sentó con la espalda apoyada contra la fachada de madera del banco Grey and Buller. Desde esa distancia veló el cuerpo de su viejo amigo y le dedicó palabras de cariño durante la última noche antes de que zarpase su espíritu.

—Cuando Crosbie murió yo estaba en el Arahura —dijo Tauwhare.

—¿Estaba en el valle? —se interesó Balfour—. ¿Estaba allí cuando murió?

—Estaba tendiendo una trampa para kererus —respondió Tauwhare—. ¿Conoce el kereru?

—Un tipo de pájaro, ¿no?

—Sí, muy sabroso. Bueno para estofar.

—Ah, ya.

El bombín de Balfour había empezado a chorrear. Se lo quitó y lo golpeó contra su rodilla. Su traje ya se había oscurecido del gris a un color carbón empapado. Su camisa se había vuelto translúcida, y dejaba ver el color rosáceo de su piel.

—Puse la trampa antes del anochecer, para atrapar los pájaros por la mañana —dijo Tauwhare—. Desde la cresta se ve la casa de Crosbie. Aquella noche entraron cuatro hombres.

—¿Cuatro? —repitió Balfour, poniéndose de nuevo el sombrero—. Querrá decir tres, ¿no? Un hombre a lomos de un semental negro, muy alto; otros dos acompañándolo, más bajitos, los dos a lomos de yeguas bayas. Eran Alistair

Lauderback... y Jock, y Augustus. Los hombres que encontraron su cuerpo, ¿sabe? Los que avisaron a la policía.

—Vi a tres hombres a caballo, sí —dijo Tauwhare, asintiendo despacio con la cabeza—. Pero antes de que llegasen vi a un hombre que iba a pie.

—Un hombre solo... ¡vaya! No estará desvariando, ¿no, Ted? —dijo Balfour, súbitamente excitado—. No, ¡claro que no!

—No me asusté porque no sabía que Crosbie Wells había muerto esa misma noche —continuó Tauwhare—. No supe de su muerte hasta la mañana siguiente.

—Un hombre ¡entrando solo en la cabaña! —exclamó Balfour. Empezó a pasearse de un lado para otro—. ¡Y antes que Lauderback! ¡Antes de que llegase Lauderback!

—¿Le gustaría saber su nombre?

Balfour se giró sobre sus talones.

—¿Sabe quién era? —Casi estaba gritando—. ¡Sí, por el amor del cielo! ¡Dígamelo!

—Hagamos un trueque —dijo inmediatamente Tauwhare—. Yo pongo mi precio y usted me hace una contraoferta. Una libra.

—¿Trueque?

—Una libra —repitió Tauwhare.

—Quieto ahí —dijo Balfour—. ¿De veras vio entrar a un hombre en la cabaña de Wells el día de su muerte... el mismo día de su muerte, hace dos semanas? ¿De veras lo vio? ¿Y sabe, sin sombra de duda, quién era ese hombre?

—Sé su nombre —dijo Tauwhare—. Conozco al hombre. Nada de trampas.

—Nada de trampas —asintió Balfour—. Pero verá, antes de pagar me quiero asegurar de que realmente lo conoce. Quiero asegurarme de que no me está tomando el pelo. ¿Un hombretón? ¿Pelo muy moreno?

Tauwhare se cruzó de brazos.

—Juego limpio. Nada de trampas.

—Pues claro que es juego limpio —dijo Balfour—. Pues claro que sí.

—Hagamos un trueque. Mi precio es una libra. Ahora haga su contraoferta.

—¿Corpulento? ¿Era corpulento? ¿Fornido? Solo quiero asegurarme, entiéndame. Cuando me asegure de que es usted de fiar, empezaré con el trueque. A ver si es usted el que me está engañando a mí.

—Una libra —dijo Tauwhare tercamente.

—Era Francis Carver, ¿verdad, Ted? ¿A que sí? ¿Era Francis Carver, el capitán de barco? ¿El capitán Carver?

Balfour estaba intentando adivinar..., pero había dado en el clavo. Una mirada dolida asomó al rostro de Tauwhare, y exhaló sonoramente.

—He dicho que sin trampas —dijo con tono de reproche.

—No he hecho trampas, Ted —repuso Balfour—. Es que ya lo sabía. Lo que pasa es que se me había olvidado. Pues claro, Carver se pasó aquel día por la cabaña de

Crosbie Wells. Porque era él, ¿verdad? El hombre al que vio... era el capitán Carver, ¿no? Me lo puede decir; no es ningún secreto, porque ya lo sé.

Escudriñó el rostro del otro hombre para asegurarse.

Tauwhare tenía una expresión adusta.

—*Ki te tuohu koe, me maunga teitei* —masculló.

—Bueno, Ted, menudo favor me ha hecho; nunca lo olvidaré —dijo Balfour. A estas alturas estaba completamente empapado—. Y ya sabe: si alguna vez necesito que me hagan un trabajito, acudiré a usted, ¿estamos? Y se ganará esa moneda por algún otro medio.

Tauwhare levantó la barbilla.

—Usted necesita el idioma maorí —dijo. No lo formuló como una pregunta—. Si necesita el maorí, acuda a mí. No hago trabajitos. Pero necesita el idioma, y yo le enseñaré muchas cosas.

No mencionó que su especialidad era la talla. Jamás había vendido *pounamu*. Se negaba a vender *pounamu*. Y es que a un tesoro no se le podía poner precio, como tampoco se podía comprar *mana* ni hacer tratos con un dios. El oro no era un tesoro: esto Tauwhare lo sabía. El oro era como cualquier capital, en tanto que carecía de memoria: su deriva era siempre hacia delante, cada vez más lejos del pasado.

—De acuerdo... ande, ande, choque esos cinco. —Balfour apretó la mano seca de Tauwhare con la suya mojada y se la sacudió enérgicamente—. Buen chico, Ted, buen chico.

Pero se veía que Tauwhare seguía profundamente disgustado, y se zafó del apretón de manos de Balfour tan pronto como pudo. Balfour sintió una punzada de arrepentimiento. De nada serviría enemistarse con este tipo, pensó, con todo lo que quedaba por resolver del asunto. Existía la posibilidad de que hubiese que recurrir al testimonio de Tauwhare más adelante; existía la posibilidad de que supiese algo sobre las relaciones, fueran cuales fuesen, entre Crosbie Wells y Francis Carver; o, pensándolo bien, entre estos dos hombres y Lauderback. Sí, sería útil mantener satisfecho a este hombre. Balfour se metió la mano en el bolsillo. Seguro que tenía alguna fruslería, algún detallito. A esta gente le gustaban los detallitos. Sus dedos encontraron un chelín y una moneda de seis peniques. Sacó los seis peniques.

—Tome —dijo—. Se lo puede quedar si me enseña algo de maorí. Igual que le enseñó a Crosbie Wells. ¿Eh, Ted? Así habremos hecho negocios, justo lo que usted quería. ¿De acuerdo? Así seremos amigos. Así no podrá quejarse.

Apretó la moneda contra la palma de la mano de Tauwhare. Tauwhare la miró.

—A ver, cuénteme —dijo Balfour, frotándose las manos—. ¿Qué significa... qué significa Hokitika? Hokitika. Solo esta palabra, con esto me basta. Y por cierto, yo diría que no es mal precio: ¡seis peniques por una sola palabra! ¡Menudo regalo!

Te Rau Tauwhare suspiró. Hokitika. Conocía su sentido, pero no sabía traducirlo. Cuán a menudo sucedía esto entre el inglés y el maorí: las palabras de una lengua nunca hallaban su equivalente exacto en la otra, de la misma manera que el hombre

blanco no disponía de ninguna hierba completamente intercambiable por *puha*, ni de ningún pan que evocase exactamente el *rewena pararoa*; por muy similar que fuera el sabor, siempre había algo aproximado, algo imaginado o algo que se había perdido. Crosbie Wells lo había entendido. Te Rau Tauwhare le enseñó maorí korero sin utilizar nada de inglés: usaban sus dedos para señalar y sus rostros para imitar, y cuando Te Rau decía cosas que Crosbie Wells no entendía, se dejaba envolver por las palabras, como si fueran oraciones, hasta que sus significados se aclaraban y conseguía ver el interior de la palabra.

—Hokitika —dijo Balfour. Se enjugó la lluvia de la cara—. Venga, amigo.

Por fin, Tauwhare levantó un dedo y describió un círculo. Cuando la yema volvió al lugar de donde había partido, hincó el dedo en el aire, con dureza, para marcar el punto de retorno. Pero no se puede marcar un lugar sobre un círculo, pensó; marcar un lugar sobre un círculo es lo mismo que romperlo, de manera que deja de ser un círculo.

—Entiéndalo así —dijo, lamentando tener que decir las palabras en inglés y dar así una idea aproximada del sustantivo—. Alrededor. Y después el regreso y vuelta a empezar.

Φ

El Banco de la Reserva se abarrotaba todos los sábados al mediodía. Los mineros estaban por ahí rondando con las manos llenas de oro; las romanas subían y bajaban repiqueteando mientras se medía y se anotaba el mineral de oro; los auxiliares contables iban y venían de los archivos, verificando documentos de reclamación, marcando pagos de impuestos e ingresando honorarios. A lo largo de la pared que daba a la calle había cuatro cubículos con barrotes donde se sentaban los bancarios; sobre sus cabezas colgaba una pizarra con un marco dorado en la que se detallaba la producción de mineral aurífero de la semana, con los subtotales de cada distrito y el total de la región entera de Hokitika. Cada vez que se depositaba o se compraba una cantidad de oro en bruto, los números escritos con tiza se borraban y se volvían a sumar después..., por lo general, entre murmullos de aprecio de los presentes, y de vez en cuando, si la cantidad era excepcional, con una ovación.

Cuando Balfour entró en el banco, la atención de la muchedumbre no estaba centrada en esta pizarra sino en la larga mesa que había enfrente, donde los compradores de oro, identificables merced a las brillantes carteras de cobre que llevaban enganchadas a sus cinturones, inspeccionaban el mineral en bruto para comprarlo. La tarea del comprador era lenta. Pesaba cada pepita con la mano, arañaba el metal para comprobar si tenía impurezas y lo analizaba a través de una lupa de joyero. Si el oro había pasado por el tamiz, lo filtraba a través de cribas de estera para cerciorarse de que nadie había mezclado las hojuelas con polvo o arenilla, y a veces sacudía puñados refulgentes sobre platos de mercurio para asegurarse de que los

metales se amalgamaban como es debido. En el momento en que declaraba que el material era puro y apto para ser tasado, el minero en cuestión se acercaba arrastrando los pies y se le pedía que dijese su nombre. A continuación se calibraba la romana hasta que el brazo pendía en paralelo a la mesa... y entonces el comprador echaba la pila de oro del minero en la bandeja izquierda. Iba añadiendo pesas cilíndricas a la bandeja derecha, una a una, hasta que al fin se tambaleaban los platos y la bandeja que llevaba la fortuna del hombre vibraba y se descolgaba.

Aquella mañana solo estaba presente un comprador: un magnate de pelo lacio y brillante que iba vestido con una chaqueta de caza verde claro y una corbata amarilla, chillona combinación que habría servido para que destacase demasiado como un hombre acaudalado si hubiese estado haciendo negocios a solas y sin protección. Pero la escolta del oro de Hokitika estaba cerca. Este pequeño ejército, una infantería uniformada de diez hombres, presidía cada venta y cada compra del colorado. Después supervisaba el traslado de los lingotes a un carro blindado, y se aseguraba de que llegaba sin ningún percance a algún lugar situado a cierta distancia del litoral. Se plantaba detrás del comprador y flanqueaba la mesa a la que este estaba sentado: cada hombre iba armado con un rifle Snider-Enfield de calibre 577, un arma enorme y reluciente del más moderno diseño. Funcionaba con cartuchos de un dedo de largo, y podía volarle a cualquiera la tapa de los sesos y dejársela hecha un amasijo de polvo sangriento. Balfour había admirado el Snider-Enfield la primera vez que recibió una remesa de este modelo por barco, pero al ver a diez hombres armados en este espacio cerrado sintió una angustiada premonición. La sala estaba tan abarrotada que dudó de que ni siquiera uno de los guardias tuviese espacio suficiente para llevarse el arma al hombro, menos aún para disparar.

Abriéndose paso a empujones entre los mineros, se dirigió hacia los cubículos de los bancarios. Casi todos los hombres de la sala estaban presentes tan solo en calidad de espectadores, así que se apartaban para admitirlo; por consiguiente, Balfour no tardó nada en hallarse ante un cubículo con barrotes tras el cual había un joven con un chaleco a rayas y un pañuelo esmeradamente prendido con alfileres.

—Buenos días.

—Me gustaría saber si un hombre llamado Francis Carver se ha sacado alguna vez un permiso de explotación en Nueva Zelanda —dijo Balfour. Se quitó el sombrero y se alisó el cabello mojado, gesto este que no obtuvo ningún beneficio perceptible ya que la palma de su mano también estaba muy mojada.

—¿Francis Carver..., el capitán Carver?

—El mismo que viste y calza —dijo Balfour.

—Me veo obligado a preguntarle quién es usted y por qué solicita esta información.

El bancario hablaba con indiferencia, y en un tono de voz apacible.

—Él es dueño de un barco, y yo me dedico al negocio de los transportes —dijo tranquilamente Balfour, poniéndose de nuevo el sombrero—. Mi nombre es Tom

Balfour. Estoy pensando en montar una especie de empresa conjunta; comercio de té con Cantón. Por ahora solo le estoy dando vueltas a la idea. Quiero saber un poco más sobre Carver antes de hacerle ninguna oferta de negocios. Por dónde tiene esparcido su dinero. Si alguna vez ha estado en bancarrota. Ese tipo de cosas.

—Podría preguntárselo usted mismo al señor Carver y ya está —repuso el bancario con el mismo tono inofensivo, de modo que el comentario no sonó grosero sino amablemente despreocupado. Se diría que acababa de pasar por delante de un carromato roto en plena calle y que estaba comentando, con tono afable, que había un modo muy sencillo de arreglar el eje.

Balfour explicó que Carver se había hecho a la mar, y que no se podía contactar con él.

El bancario no quedó satisfecho con esta explicación. Miró a Balfour detenidamente y se llevó un dedo al labio inferior. Era evidente, empero, que no lograba sacarse de la chistera ninguna otra objeción que le diese motivos para negarse a atender la petición de Balfour. Asintió con la cabeza, se acercó el libro mayor y anotó algo con una letra fina y precisa. Después secó la página (algo innecesario, pensó Balfour, pues el libro seguía abierto) y limpió el plumín de su estilográfica con un parche de cuero suave.

—Espere aquí, por favor. —Desapareció por una puerta baja que daba a una especie de antecámara y enseguida volvió con un enorme cartapacio, encuadernado en cuero y con la letra C marcada en el lomo.

Balfour se puso a tamborilear con los dedos mientras el bancario desataba el cierre del cartapacio y lo abría. Escudriñó al joven a través de los barrotes del enrejado.

¡Menudo contraste entre este hombre y el maorí de antes! Eran más o menos coetáneos, pero lo que Tauwhare había tenido de musculoso, tenso y orgulloso, este tipo lo tenía de lánguido, incluso de gatuno: se movía con una especie de distinción informal, como si no viese ninguna necesidad de gastar sus fuerzas en ser rápido, ni tampoco ninguna razón para conservarlas. Era enjuto de cuerpo. Tenía el cabello castaño, largo y rizado por las puntas; lo llevaba atado a la nuca con una cinta, al estilo de los balleneros. Tenía la cara ancha y los ojos muy separados; sus labios eran carnosos y tenía los dientes muy torcidos, y una nariz bastante grande. Estos rasgos se conjuraban para formar una expresión a la vez honesta y despreocupada; y la despreocupación es una forma de elegancia cuando exige mucho y declina revelar su origen. A Balfour le pareció un joven muy elegante.

—Mire —dijo por fin el bancario, señalando—. Ya lo ve: aquí, Carvell, y después Cassidy. Aquí no figura su hombre.

—De manera que Francis Carver no tiene permiso de explotación.

—En Canterbury, no. —Cerró el cartapacio con un golpecito sordo.

—¿Y qué me dice de un certificado de Otago?

—Me temo que para eso tendrá que ir a Dunedin.

Había llegado a un callejón sin salida. Según el relato de Lauderback, el oro del cajón de mercancías procedía de Dunstan, que era un yacimiento de Otago.

—¿No lleva un registro de los hombres de Otago? —preguntó Balfour, decepcionado.

—No.

—¿Y si vino con documentación de Otago? ¿Habría un registro en la aduana... de cuando arribó por primera vez?

—En la aduana no, pero si encontró polvo de oro tuvo que hacerlo contar y pesar antes de partir —dijo el bancario—. No se permite transferirlo a otra provincia, ni fuera del país, sin declararlo primero. Así que habría venido aquí. Le habríamos pedido que nos dejase echar un vistazo a su permiso de explotación. Después habríamos anotado en este libro que estaba trabajando con documentación de Otago, pero en una concesión de Hokitika. No hay nada en este libro; por tanto, como acabo de decirle, podemos suponer sin riesgo a equivocarnos que no ha prospectado en ningún lugar de los alrededores. En cuanto a si ha prospectado o no en Otago, no tengo ni idea.

El bancario hablaba con la controlada zozobra de un burócrata a quien se pide que explique algún detalle rutinario de la burocracia de la que es parte activa: controlado, porque a un funcionario siempre lo reconfortan las pruebas de su pericia, y zozobrante, porque la necesidad de una explicación parecía, en cierto sentido vago, socavar ese mismo sistema que le había proporcionado la pericia.

—De acuerdo —dijo Balfour—. Pero hay una cosa más. Necesito saber si Carver ha sido accionista de alguna compañía minera, o si compró acciones en alguna concesión privada.

Una sombra de duda alteró la apacible expresión del bancario. Por un brevísimo instante, no dijo nada, y de nuevo dio la impresión de que intentaba hallar algún motivo para declinar la petición de Balfour, para declararla poco ortodoxa o para insistir en saber el porqué de la misma. Miró a Balfour con una expresión que a fuer de afable no dejaba de ser penetrante... Y Balfour, a quien siempre incomodaba que lo escudriñasen, puso cara de pocos amigos. Pero, al igual que antes, el bancario se volcó con diligencia en la tarea que le exigía su cargo. Escribió otra nota en su libro mayor, la secó y a continuación, excusándose cortésmente, se fue a atender esta nueva petición.

Cuando volvió con los registros de las acciones, sin embargo, se le veía claramente intranquilo.

—En efecto, Francis Carver ha especulado en esta zona —dijo—. No cabe decir que sea una cartera de acciones: solamente es una concesión. Tiene pinta de ser un acuerdo privado. Carver se embolsa un rendimiento del cincuenta por ciento del beneficio neto de la mina cada trimestre.

—¡Un cincuenta por ciento! —exclamó Balfour—. Y solamente una concesión... ¡eso sí que es ir pisando fuerte! ¿Cuándo compró?

—Nuestros registros llevan la fecha de julio de 1865.

—¡Pues sí que hace tiempo! —dijo Balfour. (¡Hacía seis meses! Pero ¿eso no fue después de la venta del *Godspeed*?)—. ¿Qué concesión es? ¿A quién pertenece?

—La mina se llama Aurora —dijo el bancario, pronunciando con mucho cuidado—. Pertenece y está al mando de...

—Emery Staines —se adelantó Balfour, asintiendo con la cabeza—. Sí, conozco el lugar... camino de Kaniere. Vaya, es una noticia estupenda. Staines es un gran amigo mío. Yo mismo iré a hablar con él. Muchas gracias, señor...

—Frost.

—Muchas gracias, señor Frost. Ha sido usted extraordinariamente amable.

Pero el bancario miraba a Balfour con una expresión extraña en el semblante.

—Señor Balfour —dijo—. Tal vez no se haya enterado.

—¿Algo que ver con Staines?

—Sí.

Balfour se puso tenso.

—¿Ha muerto?

—No —dijo Frost—. Ha desaparecido.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace dos semanas.

A Balfour se le pusieron los ojos a cuadros.

—Siento ser yo quien le dé la noticia... si es que es son ustedes muy amigos, claro.

Balfour no se percató del dardo enfático del comentario del bancario.

—Desaparecido... ¡hace dos semanas! —dijo—. ¿Y nadie dice nada? ¿Por qué no me he enterado yo?

—Le aseguro que se ha hablado mucho del tema —dijo Frost—. Esta semana se ha publicado un anuncio cada día en la columna de Personas Desaparecidas.

—Nunca leo los anuncios personales —aclaró Balfour.

Pero había una explicación: había estado con Lauderback, las dos últimas semanas, facilitando presentaciones por toda la Costa; no había frecuentado el Corinthian, adonde solía ir cada tarde a tomarse una jarra de cerveza con los demás pobladores del campamento mientras se contaban unos a otros las noticias locales.

—A lo mejor descubrió un filón —dijo ahora—. Podría ser. A lo mejor encontró una veta rentable por ahí por el monte y se lo tiene calladito... hasta que estaque el terreno.

—A lo mejor —repuso cortésmente el bancario, y no dijo más.

Balfour se mordisqueó el labio.

—¡Desaparecido! —exclamó—. ¡No puedo entenderlo!

—Me pregunto si esta noticia tendrá importancia para su socio —dijo Frost, alisando la página abierta del libro mayor con la palma de la mano.

—¿Quién es mi socio? —dijo Balfour, un tanto alarmado; pues pensaba que el

bancario se refería a Alistair Lauderback, cuyo nombre se había cuidado de no mencionar.

—Pues hombre... el señor Carver —dijo Frost, parpadeando—. Su futuro socio comercial, según acaba de informarme usted mismo, señor. El señor Carver tiene una inversión conjunta con el señor Staines. De modo que si el señor Staines está muerto...

Dejó la frase incompleta y se encogió de hombros.

Balfour entrecerró los ojos. Parecía como si el bancario estuviese insinuando, de manera muy vaga, que en cierto sentido Carver era responsable de la desaparición de Emery Staines... insinuación para la cual, sin duda, carecía de pruebas. Su actitud estaba muy clara, pero en realidad no había expresado ninguna opinión por la que se lo pudiese criticar. Por el tono de su voz se notaba que Carver no era santo de su devoción, a pesar de que sus palabras expresaban lástima por su posible pérdida. Balfour, al percibir la cobardía de este subterfugio, casi se enfada... pero entonces recordó que él, a su vez, estaba fingiendo. No iba a montar un negocio con Carver, y no tenía por qué ponerse de su parte en un razonamiento que iba contra él.

Pero entonces el joven Frost contuvo una sonrisa, y Balfour, con un súbito arrebató de indignación, vio que en realidad el joven se estaba burlando de él. ¡Frost no se había creído su falsa historia ni por un segundo! Sabía que Balfour no iba a montar un negocio con Carver; sabía que esta falsedad había sido pergeñada para enmascarar otro propósito distinto... ¡y encima se reía de él, añadiendo así el insulto del menosprecio al agravio del desenmascaramiento! A Balfour lo irritaba que lo pusieran en entredicho, pero aún más lo irritaba que lo pusieran en ridículo, sobre todo un hombre cuyos días transcurrían en un cubículo de tres pies cuadrados, firmando cheques a nombre de otros (esta última era una frase de Lauderback de esa misma mañana, recordada a medias; a Balfour le vino a la cabeza como si fuera de su propia cosecha). Con ira repentina, se inclinó hacia delante y agarró los barrotes del enrejado.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. Escúcheme. Pienso montar un negocio con Carver tanto como piensa montarlo usted. A mí ese hombre me parece un bruto y un sinvergüenza, lo peor de lo peor. Voy a por él, maldita sea. Tengo que ponerle un espejuelo: algo que pueda servirme.

—¿Qué es un espejuelo? —preguntó el bancario.

—Una tontería..., olvídalo —dijo Balfour con brusquedad—. La cuestión es que quiero pillarlo. Ponerlo en manos de la ley. Creo que afané un dineral de una concesión que pertenecía a otro hombre. Miles y miles. Pero no es más que un pálpito, y necesito pruebas concluyentes. Necesito un punto de partida. ¿Está claro? La historia esa de la inversión que le acabo de soltar era una pamplina. Un camelo. —Fulminó al bancario con la mirada a través de los barrotes—. ¿Y qué? —preguntó al cabo de un momento—. ¿Qué me dice?

—Nada de nada —dijo Frost. Cuadró los documentos que tenía sobre la mesa y

esbozó una sonrisa críptica, hermética—. No me meto en sus asuntos. Solo le deseo buena suerte, señor Balfour.



La noticia sobre Emery Staines había puesto a Balfour muy nervioso. Una cosa eran los cajones de mercancías y los chantajes, pensó, pero que una persona desapareciese era otra bien distinta: un asunto sombrío. Emery Staines era un buen buscador, y demasiado joven para morir.

A la entrada del juzgado, Balfour se detuvo un instante, jadeando. El pequeño gentío que estaba a la salida del banco se había dispersado para ir a almorzar, y el hombre maorí ya no estaba. La lluvia había amainado y era ahora una llovizna persistente. Balfour recorrió la calle de cabo a rabo con la mirada, sin saber muy bien adónde ir. Tenía el ánimo por los suelos. Desaparecido, pensó. Pero ¡nadie desaparecía sin más! El chico solo podía haber sido asesinado. Si nadie le había visto desde hacía dos semanas, no cabía ninguna otra explicación.

Emery Staines era con mucho el hombre más rico al sur de las arenas negras. Era dueño de más de doscientas concesiones, en varias de las cuales había pozos que descendían a profundidades de treinta pies como poco. Balfour, que profesaba una gran admiración por Staines, le habría echado veintitrés o veinticuatro años de edad..., ni tan joven como para ser indigno de su suerte, ni tan viejo como para levantar sospechas de que tal vez se la debiese a métodos poco honestos. De hecho, a Balfour jamás se le había pasado por la cabeza semejante sospecha. Staines había sido bendecido con una hermosura de corte bondadoso, ese tipo de hermosura que es sincera y esperanzada sin llegar nunca a decir de sí misma que lo es; su carácter era afable, optimista y deliciosamente perspicaz. Solo pensar que estaba muerto era terrible. Pensar que lo habían asesinado era aún peor.

Justo en ese momento la campana de la capilla wesleyana dio las doce y media, liberando una algarabía de pájaros: salieron de sopetón del campanario provisional y se dispersaron, en oscuro contraste con el cielo. Balfour volvió el rostro en dirección al sonido, y al hacerlo sintió un repentino dolor en la sien. Sus sentidos, hasta entonces embotados por efecto de los licores que había consumido esa mañana, se estaban agudizando, y las responsabilidades de su situación habían empezado a abrumarlo. Se le habían pasado las ganas de andar haciendo preguntas a beneficio de Lauderback.

Se envolvió bien con el abrigo, dio media vuelta y echó a andar en dirección a la lengua de Hokitika, un lugar que era para él un refugio habitual. Le producía un gran placer plantarse en medio de la arena cuando hacía un tiempo de perros, arrebujarse en su abrigo y perder la vista más allá de la piña de mástiles de los barcos anclados, todos ellos meciéndose al unísono, impelidos acá y allá por la vertiginosa corriente del río, el oleaje y el viento, el huracanado viento tasmano, que arrancaba la corteza

de los árboles de la playa y combaba el matorral creando formas tullidas. Balfour disfrutaba de esa feroz indiferencia de las tormentas: le gustaban los lugares solitarios, porque en realidad jamás se sentía solo.

Mientras bajaba resbalando por la ribera embarrada hasta el muelle, el viento amainó de repente. Sonriendo, Balfour escudriñó la bruma. La lluvia había escamoteado cualquier posible reflejo a la ancha desembocadura del río, y el agua estaba gris y opaca como un plato de peltre. Los bamboleantes mástiles habían empezado a moverse más despacio al aplacarse el viento; Balfour los contemplaba, calmado por su grávido balanceo, por su vaivén. Esperó hasta que prácticamente se detuvieron antes de ponerse en marcha.

El muelle se curvaba alrededor de la desembocadura del río hasta unirse a la lengua, una estrecha franja de arena azotada en un lado por el blanco oleaje del mar abierto y lamida en el otro por el confuso chapoteo del río, cuyas aguas, en este punto, estaban mezcladas con sal y despojadas de oro. Aquí, en el lado calmo de la lengua, un pequeño embarcadero sobresalía del muelle. Balfour bajó, aterrizando pesadamente, y la estructura tembló bajo su peso. A unos veinte pies, sentados en el embarcadero, había dos estibadores, tan empapados como él; al sentir la sacudida dieron un respingo y se volvieron.

—Qué tal, amigos —dijo Balfour.

—Qué tal, Tom.

Uno de ellos tenía un bichero con punta de latón; lo había estado usando para asestar golpes a las gaviotas, que se abalanzaban sobre las rocas de abajo a por su almuerzo, y en este momento retomó su ocioso objetivo. El otro iba llevando la cuenta.

Balfour se les acercó por detrás con paso despreocupado, y durante un rato nadie habló. Contemplaron los cabeceos de las naves amarradas con los ojos entrecerrados, a través de la lluvia.

—¿Sabéis cuál es el problema? —dijo al poco rato Balfour—. Aquí, cualquier hombre puede transformarse. Hacerse a sí mismo de nuevo. Además, ¿qué es un alias? ¿Qué hay en un nombre? Se puede coger como se coge una pepita. A este lo llamas Wells, a este otro Carver...

Uno de los estibadores giró la cabeza para mirarlo.

—¿Está usted a malas con Francis Carver?

—No, no. —Balfour sacudió la cabeza.

—¿Con un tal Wells?

Balfour suspiró.

—No; no ha habido ninguna pelea —respondió—. Estoy intentando enterarme de un par de cosas, nada más. Pero con disimulo..., a hurtadillas.

La gaviota regresó; el estibador intentó nuevamente darle un golpe y falló.

—Por poco; el gancho le ha pasado por el ala —dijo el otro hombre—. Ya van cinco.

Balfour vio que habían tirado un trozo de galleta a la grava de abajo.

El estibador que había hablado primero le hizo un gesto a Balfour con la cabeza.

—¿Quiere encontrar a Carver o al otro? —dijo.

—A ninguno —respondió Balfour—. No importa. No importa. No tengo ninguna disputa con Francis Carver..., recuérdalo.

—Lo recordaré —dijo el estibador, y a continuación—: Pero espere, se me ocurre que si lo que quiere es enterarse de los trapos sucios, y además a hurtadillas, debería preguntarle al alcaide.

Balfour estaba observando cómo se acercaba la gaviota, volando en círculos.

—¿El alcaide? ¿Shepard? ¿Por qué?

—¿Por qué? Porque Carver cumplió condena con Shepard —dijo el estibador—. En Cockatoo, ni más ni menos que durante diez años. Carver excavó el dique seco de allí, trabajos forzados, bajo la mirada de Shepard. Si quiere enterarse de los trapos sucios de Carver, apuesto a que el alcaide Shepard es el hombre indicado para airearlos.

—¿En Cockatoo? —inquirió Balfour con interés—. No sabía que Shepard hubiese sido sargento en Cockatoo.

—Lo fue. Y luego, justo un año después de que soltasen a Carver, van y trasladan a Shepard a Nueva Zelanda... ¡Lo sigue! ¡Eso sí que es tener mala suerte!

—La peor —asintió su amigo.

—¿Cómo sabes todo eso?

El estibador se dirigió a su compañero.

—Si hay una cara que jamás querría volver a ver, sería esa: la de quien fue mi carcelero, día tras día, durante diez años... Y luego, nada más salir en libertad...

—¿Cómo sabes todo eso? —insistió Balfour.

—Estuve allí de aprendiz, en los astilleros —dijo el estibador—. ¡Eh! ¡Ese sí que ha sido un buen golpe!

Y es que había alcanzado a la gaviota en el lomo.

—No sabrás por qué metieron a Carver en chirona, ¿eh, chaval?

—Por traficar —dijo al punto el estibador.

—Por traficar ¿con qué?

—Con opio.

—¿Cómo? ¿A China? ¿O desde China?

—No sabría decirle.

—Pero ¿quién le metió en chirona? La Corona, no.

El estibador pensó en esto, y después se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé —dijo—. No sé si era algo relacionado con el opio. Pero puede que eso solo fuese algo que oí.

Al poco rato Balfour se despidió de ambos y siguió su camino por la lengua de tierra. Tan pronto como se quedó completamente a solas, plantó los pies bien separados, se metió las manos en los bolsillos y perdió la mirada en el blanco fragor

del océano... más allá de los gatos de husillo y de los rodillos engrasados, más allá del faro de madera que se erguía al final de la lengua, más allá de los oscuros cascos de los barcos que habían encallado en la barra.

—¡Vaya, vaya! —murmuró para sus adentros—. ¡Estupendo... esto es estupendo, vaya si lo es! ¡Su verdadero nombre tiene que ser necesariamente Carver! ¡No puede estar utilizando un alias en Hokitika, bajo las narices del alcaide, después de haber cumplido condena con él en una penitenciaría! —Balfour se alisó el bigote con el índice y el pulgar—. He ahí el intrínquis. ¿Qué demonios lo llevó a afirmar, y encima con pruebas escritas, que se llamaba Francis Wells?

SATURNO EN LIBRA

En el que Joseph Pritchard esboza su teoría de la conspiración, George Shepard hace una oferta interesada y Harald Nilssen accede, con tono de protesta, a visitar a Ah Quee

Llegado a este punto, a Balfour le fue usurpado el papel de narrador..., un traspaso de poderes que el consignatario subrayó encendiendo un nuevo puro, sirviéndose otro trago y exclamando un entusiasta «¡Corríjanme si me equivoco, amigos!».

Aparentemente, esta exhortación iba dirigida a dos personas: Joseph Pritchard, el hombre de pelo moreno que estaba situado a la izquierda de Moody y cuyo intenso silencio contenido se correspondía, como enseguida descubriría Moody, con la contenida intensidad de su hablar pausado, y otro hombre cuya presencia física aún no hemos tenido motivos para comentar. Este segundo hombre había estado jugando al billar cuando entró Moody; Balfour lo presentó ahora, dando una estocada admirativa con su puro, como Harald Nilssen, nacido en Christiana, antaño residente en Bath, maestro invicto del brag de tres cartas y tirador de primera categoría... A lo cual Nilssen añadió, dando un paso al frente para subrayar el encomio de sí mismo, que portaba un mosquete Enfield de avancarga, el mejor del Imperio británico y la única arma de fuego que se había dignado tocar jamás. Estos dos hombres estaban más que dispuestos a cumplir al pie de la letra la exhortación de Balfour: Nilssen por motivos de vanidad, pues no soportaba ser el protagonista de un sensacional relato sin ser también su actor principal, y Pritchard por razones de precisión.

Dejemos, por tanto, a Thomas Balfour en el muelle, con las manos metidas en los bolsillos y los ojos entrecerrados por la lluvia. Dirijamos la mirada unas doscientas yardas hacia el norte, para posarla sobre las lonjas del muelle Gibson. Allí, detrás del espolón, sobre una puerta sin pintar que da a una oficina privada, reza la leyenda: Nilssen & Co., Comisiones Mercantiles.

Por deferencia a la armonía de las esferas giratorias del tiempo, retomaremos nuestro relato en el momento exacto en el que Balfour lo interrumpió: en Hokitika, el sábado 27 de enero, a la una menos cinco de la tarde.

Φ

Los sábados al mediodía Harald Nilssen solía estar localizable en su oficina, sentado ante una pila de contratos, testamentos y conocimientos de embarque,

llevándose la mano al pecho cada diez minutos más o menos para echarle un vistazo al reloj de plata que había de darle vía libre para irse a almorzar, cosa que hacía a diario con regularidad médica en el Nonpareil. Nilssen recomendaba esta rutina a todo el que quisiera escucharlo, pues tenía fe ciega en las propiedades curativas de la salsa de carne, la repostería y la cerveza; la recomendaba con profusión, de hecho, y solía presentar sus propias costumbres a modo de ejemplo para el provecho de otros hombres menos visionarios. Derivaba un especial placer de la argumentación, siempre y cuando fuera de corte ilógico e hipotético, y por consiguiente le encantaba elaborar absurdas teorías abstractas a partir del reducido pero especializado círculo de sus gustos personales. Sus amigos, que lo consideraban vivaz y divertido, daban pábulo afectuosamente a esta actitud; y sus detractores, que lo consideraban afectado y ensimismado, la menospreciaban... pero las voces de estos últimos llegaban amortiguadas a los oídos de Nilssen, y no hacía ningún esfuerzo por entenderlas.

Harald Nilssen era famoso en Hokitika por el excelente estilo de su indumentaria. Aquella tarde lucía una levita larga con solapas de seda en tono carbón, chaleco rojo oscuro, lazo de moño gris y pantalón de chaqué de cachemira a rayas. Su sombrero de seda, colgado en un sombrerero que había detrás de su mesa, tenía el mismo tono carbón que su levita; debajo había un bastón con punta de plata y mango curvo. Para completar este disfraz (pues así concebía su vestimenta cotidiana: como un disfraz que podía completarse a fin de impresionar), fumaba en pipa, una gruesa pipa de calabaza con la boquilla mordisqueada... aunque su gusto por este instrumento no se debía tanto a los placeres del hábito como al toque enfático que le proporcionaba. A menudo se la ponía entre los dientes sin encenderla y hablaba con la comisura de la boca como un actor cómico haciendo un aparte; comparación esta que le iba como anillo al dedo, ya que si Nilssen era vanidoso en lo que se refiere a las impresiones que creaba, era porque sabía que las creaba muy bien. Hoy, sin embargo, la cazoleta de caoba estaba caliente y Nilssen daba chupadas a la boquilla con una inquietud llamativa. Se le había pasado la hora del almuerzo, pero no estaba pensando en su estómago, ni tampoco en la camarera de mejillas sonrosadas del Nonpareil, que lo llamaba Harry y siempre reservaba para su plato los bordes más selectos de la pasta quebrada. Estaba mirando con el ceño fruncido una escritura amarilla que había sobre su mesa, y no estaba solo.

Al fin, se sacó la pipa de entre los dientes y al alzar la vista sus ojos se cruzaron con los del hombre que estaba sentado enfrente.

—No he hecho nada malo. No he hecho nada al margen de la ley —dijo en voz baja.

Cuando hablaba apenas se notaba su ligerísimo acento noruego: después de treinta años en Bath, sus inflexiones se habían vuelto prácticamente británicas.

—Quién puede beneficiarse —dijo Joseph Pritchard—. Eso es lo que querrá averiguar un juez. Da la impresión de que usted se sacó un buen beneficio con la muerte de este hombre.

—¡Mediante la venta legal de su patrimonio! ¡Venta que ejecuté cuando ya estaba bajo tierra!

—Bajo tierra..., pero aún calentito, me da a mí.

—A Crosbie Wells lo mató la bebida —dijo Nilssen—. No hubo fundamentos para llevar a cabo una investigación, nada impropio. Era un borracho y un ermitaño, y cuando recibí estos documentos creí que su patrimonio sería pequeño. No sabía nada de la fortuna.

—Así que está diciendo que no fue más que un negocio afortunado.

—Estoy diciendo que no he hecho nada al margen de la ley.

—Pero hay alguien que sí lo ha hecho —dijo Pritchard—. Hay alguien detrás de todo esto. ¿Quién esperó a que Crosbie Wells estuviese a seis pies bajo tierra para vender después sus tierras con tanta discreción y rapidez, sin sacarlas en ningún momento a subasta... quién presentó los papeles? Y ¿quién le colocó mi láudano debajo del catre?

—Dice usted que se lo colocaron...

—Sí, se lo colocaron —dijo Pritchard—. Eso lo puedo jurar. Yo a ese hombre jamás le vendí ni una dracma. No me equivoco con las caras, Harald. Jamás le vendí una sola dracma a Crosbie Wells.

—Pues, ¡ya está, todo arreglado! ¡Eso lo puede demostrar! Enseñe sus registros, sus recibos...

—¡Tenemos que mirar más allá del papel que jugamos cada uno en todo esto! —dijo Pritchard. Cuando hablaba con vehemencia no alzaba la voz, sino que la bajaba—. Estamos a-so-cia-dos. Remóntese hasta donde haga falta y encontrará al autor. Es todo uno y lo mismo.

—¿Sugiere que esto estaba planeado... con antelación?

Pritchard se encogió de hombros.

—A mí me huele a asesinato —dijo.

—A conspiración de asesinato —lo corrigió Nilssen.

—¿Qué diferencia hay?

—La diferencia está en los cargos legales. Si se tratase de una conspiración de asesinato... nos condenarían por la intención, no por el acto en sí mismo. Ya sabe que Crosbie no murió por la mano de nadie.

—Eso nos han contado —intervino Pritchard—. ¿Confía en el juez de instrucción, señor Nilssen? ¿O está pensando en coger una pala con sus propias manos y desenterrar el cuerpo del ermitaño?

—No diga atrocidades.

—Una cosa le advierto: encontraría más de un cadáver en el hoyo.

—¡Que calle, le digo!

—Emery Staines —continuó Pritchard, implacable—. ¿Qué demonios le ocurrió, si no lo mataron? ¿Acaso cree que se evaporó?

—Por supuesto que no.

—Wells murió, Staines desapareció. Todo en cuestión de horas. A Wells lo entierran a los dos días... Y ¿qué mejor lugar para esconder un cuerpo que la tumba de otro hombre?

Joseph Pritchard siempre buscaba el motivo oculto, la verdad subyacente; las conspiraciones lo embelesaban. Forjaba convicciones de la misma manera que otros hombres forjan dependencias —para él una creencia era como la sed—, y alimentaba sus convicciones con todo el fervor erótico de los convencidos voluntariamente. Este éxtasis se extendía a su amor propio. Cada vez que se agitaban las aguas subterráneas de su mente, se zambullía en su interior y porfiaba en sumergirse cada vez más, pateando con fuerza, con determinación, como si deseara tocar las profundidades minerales de sus oscuras fantasías; como si deseara ahogarse.

—Todo eso no son más que especulaciones inútiles —dijo Nilssen.

—Enterrados juntos —insistió Pritchard. Se puso cómodo—. Me apuesto lo que usted quiera.

—¿Qué más da lo que se imagine o lo que se apueste? —espetó Nilssen—. Usted no lo mató. Usted no ha matado a nadie. Esa responsabilidad recae sobre los hombros de otra persona.

—Pero está claro que alguien quiere que parezca que lo hice yo. ¡Y está claro que alguien lo ha hecho quedar a usted en ridículo por seguir una pista que resultó ser falsa!

—Me está hablando de las apariencias.

—A los jurados les importan las apariencias.

—Venga ya —dijo Nilssen con voz débil—. No pensaré de verdad que un jurado...

—¿Que vaya a ser necesario? No sea imbécil. Emery Staines pertenece a lo más granado de Hokitika. Por raro que suene. Las mismas personas que no sabrían distinguir al comisionado entre una recua de borrachos conocen el nombre de Staines. No hay la menor duda de que habrá una investigación. Aunque se cayera por las escaleras y se partiese el cuello con doce hombres por testigos, habría una investigación. Bastará una mínima prueba para vincular a Staines con lo de Crosbie Wells, probablemente su cuerpo cuando lo encuentren, y ¡zas!, ya estará usted implicado. Será un conspirador. Lo procesarán. Y entonces, ¿qué piensa alegar para defenderse?

—Que yo no soy un... que no hemos conspirado.

Pero una sensación de inutilidad se apoderó de él, y no siguió.

Pritchard no interrumpió el silencio. Se quedó mirando fijamente a su anfitrión y esperó. Por fin, Nilssen reaccionó.

—No debemos callar nada —dijo, esforzándose por mantener un tono de voz tranquilo y práctico—. Debemos presentarnos nosotros mismos ante el juez y...

—¿Y arriesgarnos a que nos acusen? —Pritchard bajó todavía más la voz—. Pero hombre, ¡si no conocemos ni a la mitad de los participantes! Si Staines fue

asesinado... Mire, aunque no se crea el resto de mis palabras, al menos ha de admitir que es una maldita coincidencia que desapareciera cuando lo hizo. Si fue asesinado, y digamos que lo fue, en fin, tiene que haber alguien en la ciudad que lo sepa.

Nilssen intentó mostrarse altivo.

—En lo que a mí respecta, no pienso quedarme quieto esperando con una soga alrededor del cuello.

—No le estoy proponiendo que nos quedemos quietos esperando.

El comisionista mercantil sintió que le flaqueaban un poco las fuerzas.

—Entonces, ¿qué?

Pritchard sonrió.

—Ha mencionado una soga... Vale, perfecto: tire del hilo.

—¿Y llegaré hasta el bancario, quiere decir?

—¿Charlie Frost? Quizá.

Nilssen parecía escéptico.

—Charlie no es ningún traidor. Se sorprendió como el que más cuando apareció la fortuna.

—La sorpresa es fácil de fingir. Y ¿qué me dice del tipo que compró la tierra? Clinch, el del hotel Gridiron. Alguien tuvo que darle el chivatazo.

Nilssen negó con la cabeza.

—No me lo puedo creer.

—Pues debería intentarlo.

—En cualquier caso —dijo Nilssen, frunciendo el ceño—, Clinch no puede sacar ni un penique ahora que la viuda ha reclamado lo suyo. Es ella la que debería preocuparle.

Pero Pritchard no tenía ninguna opinión sobre la viuda.

—Puede que Clinch no pueda sacarse ni un penique... de Crosbie Wells —dijo—. Pero piense una cosa. Staines le arrienda el Gridiron a Clinch, ¿no?

—¿Qué está insinuando?

—Solamente que nadie lamenta la muerte de su acreedor.

Nilssen se puso colorado.

—Clinch no le quitaría la vida a nadie. Ninguno de ellos lo haría. ¿Charlie Frost? ¡Venga ya, Joseph! Ese hombre es un ratón.

—No puede saberse de qué es capaz un hombre solo con mirarlo. Y menos aún qué es lo que ha hecho.

—Este tipo de especulaciones... —comenzó Nilssen, pero no sabía qué forma darle a su protesta, y de nuevo se sumió en el silencio.

Nilssen no conocía bien al buscador de oro desaparecido, Emery Staines; aunque si lo hubiesen preguntado, habría declarado lo contrario, pues Nilssen tendía a presumir de intimidad siempre que pudiese halagarle y Staines encarnaba a la perfección el tipo de hombre con el que le habría gustado forjar una relación estrecha. A Nilssen le encantaba que lo deslumbrasen, y nada lo deslumbraba más que la

personalidad de aquellos hombres por los que sentía una gran admiración. Emery Staines, dotado tanto de juventud como de convicción, era por naturaleza un tipo de hombre envidiable. Al recordarlo ahora, Nilssen tuvo que convenir con Pritchard en que era sumamente improbable que Staines hubiese abandonado Hokitika en secreto, por voluntad propia, en plena noche. Sus concesiones requerían un mantenimiento y una supervisión constantes, y tenía más de cincuenta hombres trabajando para él... Vaya, que su ausencia le estaba saliendo cara, pensó Nilssen, y la deuda se iría acumulando por días. No, Pritchard estaba en lo cierto. A Staines lo habían secuestrado o, mucho más probable, lo habían matado y habían ocultado su cuerpo con gran eficacia.

Según los datos más recientes, a Emery Staines lo habían visto por última vez en torno al atardecer del 14 de enero, caminando en sentido sur por la calle Revell hacia su domicilio. Lo que sucedió después, nadie lo sabía. Su barbero se pasó por su casa a las ocho de la mañana siguiente y se encontró con la puerta abierta; dijo que la cama estaba deshecha, como si acabasen de dormir en ella, pero el fuego del hogar estaba apagado. Todos los objetos de valor estaban presentes e intactos.

Por lo que Nilssen sabía, Emery Staines no tenía enemigos. Era de natural vivaracho y extrovertido, y poseía el raro don de conseguir obrar con generosidad y humildad a la vez. Era muy rico, pero en Hokitika había muchos hombres ricos, y en su mayoría eran mucho más desagradables que él. Que fuera joven se salía de lo corriente, por supuesto, y bien podría constituir un motivo de envidia para cualquier hombre mayor que él y decepcionado... Pero la envidia era un motivo un tanto endeble para asesinar a nadie, pensó Nilssen, si es que en efecto el joven había sido asesinado.

—¿Por qué iba a querer nadie pelearse con Staines? —se preguntó Nilssen en voz alta—. Ese muchacho irradia buena suerte... Tiene el toque de Midas, vaya si lo tiene.

—La suerte no es una virtud.

—¿Lo mataron por su dinero, entonces?

—Dejemos de lado a Staines por el momento. —Pritchard se inclinó hacia delante—. Usted sacó una buena tajada de la fortuna de Crosbie Wells.

—Sí, ya se lo he dicho: el diez por ciento —dijo Nilssen, volviendo a la escritura de venta amarilla que tenía delante—. La comisión por la venta de sus efectos personales, ya sabe; pero ahora que el testamento ha sido impugnado, el pago es nulo. Tendré que devolverlo todo. No debería haberse vendido su patrimonio.

Tocó el borde de la escritura con el dedo. Hacía dos semanas que había firmado el documento, y su copia, en ese mismo escritorio; y bien que se le había caído el alma a los pies mientras trazaba su nombre. En Hokitika, la venta de efectos personales del patrimonio de una persona fallecida nunca era una operación lucrativa, pero su negocio no estaba prosperando, y estaba desesperado. Qué vergüenza, había pensado, haber recorrido medio mundo solo para ver que su prosperidad caía en picado; solo

para rebuscar las sobras bajo las mesas de hombres más ricos y afortunados. El nombre que figuraba en la escritura —Crosbie Wells— no había significado nada para él. Por lo que sabía, Wells no era más que un solitario redomado, un infeliz chiflado que cada noche se sumía en un estupor etílico y no acariciaba sueños de ningún tipo. Nilssen firmó su nombre con amargura, exhausto. Iba a tener que alquilar un caballo, sacrificar un día de trabajo, cabalgar... ¿hasta dónde? Hasta el desolado Arahura, donde haría una selección de los efectos personales del difunto igual que un vagabundo hurga en una alcantarilla en busca de comida.

Y resulta que después, apretujado en el bote de la harina, en la cajita de la pólvora, en la fresquera, en el fuelle, en el tazón agrietado de un viejo inodoro..., ahí estaba, rutilante, pesado y suave. Se había llevado una comisión de un poco más de cuatrocientas libras; por primera vez en su vida, estaba forrado. Podría haber hecho las maletas y haber partido con rumbo a Sídney; podría haber vuelto a casa; podría haber comenzado de nuevo; podría haberse casado. Pero no tuvo tiempo para disfrutarlo. El día en que se aprobó su comisión fue el día mismo de la llegada de la señora Wells; a las pocas horas, la venta del patrimonio había sido recurrida, la herencia impugnada y la fortuna confiscada por el banco. Si se concedía el recurso de apelación —como, sin duda alguna, sucedería—, Nilssen se vería obligado a devolver la totalidad de su comisión. ¡Cuatrocientas libras! Era más de lo que ganaba en un año. Pasó un dedo por el borde de la escritura, y sintió una solitaria punzada de indignación. Deseó, como tantas y tantas veces durante la última semana, disponer de alguien a quien culpar.

Pero Pritchard estaba negando con la cabeza: no le interesaba el testamento del difunto, ni tampoco las implicaciones legales de su impugnación.

—No se preocupe por eso, de momento —dijo—. Piense en la cabaña. ¿Vio el montón con sus propios ojos?

—Fui yo quien lo descubrió. —Nilssen habló con un toque de orgullo. El recuerdo lo relajó un poco—. Ah, tendría que haberlo visto usted... Podría haberlo convertido en hojuelas y haber cubierto una mesa de billar entera, con patas y todo. Pesaba como un muerto. Y cómo brillaba.

Pritchard no sonrió.

—Dijo que no era ni polvo ni pepita. ¿Estoy en lo cierto?

Nilssen suspiró.

—Sí, es cierto: estaba todo prensado en bloques.

—Había sido fundido, lo cual exige equipamiento y destreza —dijo Pritchard, asintiendo con un gesto—. Y ¿quién fue el forjador? Wells, no.

Nilssen hizo una pausa. Era una cuestión que ni se le había pasado por la cabeza. El modo de exponer Pritchard sus argumentos —con aplomo, con arrogancia— le resultaba desagradable, pero tenía que admitir que el boticario ya había atado varios cabos que a él se le habían pasado por alto. Chupó su pipa.

Nilssen sabía poca cosa de cómo funcionaban los yacimientos de oro. Solamente

había prospectado en busca del colorado en una ocasión, y le había parecido una labor espantosa: un incesante trasiego de cubos de agua del río para enjuagar las piedras, dando palmetazos a las moscas de arena que le subían por la chaqueta sacándole de quicio, hasta el punto de que le entraba una especie de baile de San Vito. Después, le dolía la espalda, los dedos le escocían y los pies se le quedaban fofos e hinchados durante varios días. El pellizco de arenilla que se había llevado a casa, anudado en una esquina de su pañuelo, fue verificado una y otra vez y después se pesó escrupulosamente, hasta la última onza..., reportando, por fin, cinco sucios chelines; una decepción tremenda, apenas lo justo para cubrir el precio del caballo que había alquilado para ir al desfiladero y volver. Nilssen no quiso probar suerte de nuevo. Era por naturaleza, y sedicentemente, un hombre renacentista, acostumbrado a prometer mucho de inmediato en cualquier esfera a la que se aplicase; si no dominaba un truco al primer intento, renunciaba a la empresa. (No le faltaba humor para referirse a esta costumbre: le gustaba relatar su frustrado episodio en el desfiladero de Hokitika, exagerando las incomodidades que había sufrido en un tono de desenfado menosprecio hacia su delicada constitución..., pero era una interpretación que se reservaba en exclusiva, y pasaba vergüenza si otro hombre adoptaba su misma perspectiva, por así decirlo, o le daba la razón).

La teoría que le había expuesto Joseph Pritchard era muy lógica, hasta cierto punto. Alguien —más de una persona, quizá— debía de haber sabido lo de la fortuna oculta en la propiedad de Crosbie Wells. La fortuna era demasiado grande, y la venta de sus propiedades había sido demasiado furtiva y rápida, como para desestimar del todo esa posibilidad. Además, la ampolla de láudano que se había descubierto muy cerca del cadáver del hombre sugería que alguien —tal vez el mismo alguien— había estado presente en la cabaña o bien justo antes de la muerte del ermitaño o justo después, presumiblemente con intención de hacer daño. La ampolla era de Pritchard; la habían comprado en su establecimiento y llevaba una etiqueta firmada de su puño y letra: su portador tuvo que haber sido, por consiguiente, un hombre de Hokitika que viajaba al norte, no un forastero que viajaba al sur. Esto descartaba a los dignatarios que habían descubierto el cuerpo de Crosbie y habían traído a la ciudad la noticia de su muerte.

En su fuero interno, Nilssen pensaba que Pritchard estaba en lo cierto cuando sospechaba del comprador del patrimonio, Edgar Clinch, así como del bancario Frost. Él no creía que hubiesen participado en el asesinato de Emery Staines, como, a todas luces, pensaba Pritchard, pero le daba la impresión de que si Clinch había adquirido la cabaña y las tierras de Crosbie Wells tan precipitadamente debía de ser porque le habían dado el chivatazo... y, fuera cual fuese ese chivatazo, Charlie Frost debía de estar al tanto. Nilssen también podía aceptar que su propia implicación, por muy inocente que hubiera sido, le olería a chamusquina a un observador imparcial: al fin y al cabo, había sido él quien había descubierto la fortuna, él quien había registrado la ampolla de láudano de cristal en su libro mayor junto con todo lo demás (se había

dedicado a recopilar una lista de efectos personales para la venta) y él quien se podía sacar cuatrocientas libras de la transacción.

Sin embargo, más allá de admitir todo esto (que, a fin de cuentas, no tenía mayor fundamento que la duda y la impresión probable), Nilssen no estaba seguro. Pritchard había razonado que la desaparición de Emery Staines no podía ser causal, lo cual era una suposición; había argumentado que al hombre lo habían asesinado, lo cual era una mera conjetura; había sugerido que se había enterrado su cuerpo en la misma tumba de Wells, lo cual era una presunción, y había propuesto que el contratiempo legal en torno a las propiedades de Wells se había planeado con antelación como una especie de eclipse, de señuelo... Esto último, a juicio de Nilssen, era lisa y llanamente una fantasía. Pritchard no podía explicar la ampolla de láudano; no podía aportar un móvil, ni un sospechoso plausible... y aun así el comisionista mercantil no podía descartar del todo las convicciones de este hombre, por poco que le gustase su manera de expresarlas.

Nilssen no compartía el extasiado embeleso con que el boticario sondeaba las profundidades: la búsqueda de la verdad no lo poseía como a su invitado. Pritchard se volvía muy extraño cuando hablaba de sus pasiones, de los elixires que elaboraba y probaba bajo el techo de su laboratorio, de las resinas y los polvos que compraba y vendía en tarros empañados. Había en él algo frío y duro, pensaba Nilssen, en esa costumbre que tenía de desviar su rencor hacia un principio de aversión estética.

Por fin, y con el aire de irritación que siempre le sobrevinía cuando el razonamiento de otro hombre ponía de manifiesto alguna deficiencia del suyo, Nilssen se sacó la pipa de la boca y dijo:

—Bueno, puede que Wells tuviese un contacto en el Banco de la Reserva. Killarney... o algún hombre de la Compañía...

—No. —Pritchard dio un golpetazo a la mesa con la mano abierta; había estado esperando a que Nilssen se equivocase al adivinar, y tenía su contraargumento preparado—. Esto es obra de un chino. Me apostaría cualquier cosa. El templo de Kawarau siempre estaba lleno de tipos sin permisos; compartían unos con otros los derechos de minero. Y es que no hay quien los distinga, y lo mismo da un nombre que otro cuando es un idioma extranjero. En el Barrio Chino todos trabajan fuera. Si esto fuera un asunto de la Compañía tendría un aspecto...

—¿Más limpio? —Nilssen sonó esperanzado.

—Lo contrario. Cuando un tipo tiene que borrar sus huellas, cuando tiene que utilizar la puerta de servicio en lugar de entrar por el vestíbulo como suele hacer, entonces es cuando tiene que empezar a hacer provisiones, sacrificios. ¿Lo entiende? El hombre que está dentro tiene que vérselas con los peones... con todas las piezas del sistema. Pero el hombre que está fuera puede tratar directamente con el Demonio.

Eran las expresiones de este tipo las que desagradaban de modo especial a Nilssen. Volvió a fijar la vista en la escritura de venta.

—La fragua del Barrio Chino. Ya verá, ya. Hay un tipo que se encarga de todo el

trabajo de horno. Se llama Quee.

—¿Va a hablar con él? —preguntó Nilssen, alzando la mirada.

—De hecho, esperaba que lo hiciera usted —dijo el boticario—. En estos momentos estoy más bien a malas con los orientales.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Bueno, un mal negocio, nada más. Secretos del gremio. Opio —aclaró Pritchard. Puso la mano boca abajo y la dejó caer en su regazo.

Nilssen frunció el ceño.

—¿Consigna el opio desde China?

—Santo cielo, no —dijo Pritchard—. Desde Bengala. —Vaciló un instante—. Es más bien una disputa personal. Tiene que ver con la puta que casi se muere.

—Anna —dijo Nilssen—. Anna Wetherell.

A Pritchard se le torció el gesto: no había querido utilizar su nombre. Volvió la cabeza y se quedó mirando cómo iban creciendo las gotas de lluvia y concentrándose bajo el borde de la ventana de guillotina.

En la breve pausa que transcurrió antes de que Pritchard continuase con lo que estaba diciendo, a Nilssen lo sobresaltó el pensamiento de que quizá el boticario la amaba: a Anna Wetherell, la puta. Analizó la posibilidad para sus adentros, disfrutando con ello. La chica tenía un atractivo poco común: se movía con una languidez cansina y mortífera, como un cisne desafecto, pero su carácter era bastante más voluble de lo que Nilssen apreciaba en una chica, y su hermosura (de hecho, Nilssen no diría que era hermosa; reservaba esta palabra para las vírgenes y las formas angelicales) era demasiado obvia para su gusto. Además era una comedora de opio, hábito este que se manifestaba en sus facciones como una constante turbiedad, y en su porte como una fatiga insondable; y por si esta compulsión no fuera ya lo bastante indecorosa, encima ahora era una suicida en potencia. Sí, pensó Nilssen: era justo el tipo de chica de la que Pritchard se quedaría prendado. La oscuridad arrojaría sus encuentros; sus citas serían febriles y fatídicas.

En esto el comisionista no daba en el clavo. Las conjeturas de Nilssen siempre eran de las que se confirman a sí mismas: tendía a favorecer aquellas pruebas que más satisfacían a sus principios, y, de la misma manera, se asía con fuerza a cualesquiera principios que mejor se prestasen a las pruebas. Hablaba con frecuencia de la virtud, con lo cual daba la impresión de poseer un temperamento sumamente animoso y optimista, pero su fe en la virtud rendía cuentas a un patrón menos adaptable que el optimismo. El beneficio de la duda, por usar la fórmula habitual, era un don caprichoso, y Nilssen estaba demasiado orgulloso de su intelecto como para renunciar al poder de la hipótesis. En su mente, las formas cristalinas de la alta abstracción se habían recubierto de un barniz protector: le encantaba contemplarlas y maravillarse de su brillo, pero jamás se le había ocurrido bajarlas de su repisa de roble tallado, por así decirlo, y sentirlas, maleables, con sus manos. Había llegado a la conclusión de que Pritchard estaba enamorado simplemente porque era agradable

pensar en ello, examinar el espécimen y retornar después a las creencias que había albergado desde el primer momento: que Pritchard era un tipo raro, que Anna era una causa perdida y que uno jamás debía aventurarse a amar a una puta.

—Verá —estaba diciendo Pritchard—, están furiosos por este asunto. El tipo amarillo que lleva el fumadero de Kaniere, cuyo nombre es Ah Sook, acudió a Tom Balfour después de que enfermase la puta... muy alterado, ya me entiende. Le dijo a Tom que quería echar un vistazo a los registros de mis remesas, comprobar la última caja que había entrado a mi nombre.

—¿Por qué no acudió directamente a usted? —preguntó Nilssen.

Pritchard se encogió de hombros.

—Supongo que pensaba que me traía algo entre manos —dijo.

—¿Pensaba que usted la envenenó... adrede?

—Sí. —Pritchard apartó de nuevo la mirada.

—Bueno, y ¿qué dijo Tom? —preguntó Nilssen para incitarlo a hablar.

—Enseñó mis registros a Ah Sook. Demostró que tengo las manos limpias.

—¿Así que su registro está limpio?

—Sí —dijo secamente Pritchard.

Nilssen vio que había ofendido a su invitado, y sintió un feo arrebató de placer. Empezaba a molestarlo la insinuación de que los dos se verían implicados por igual como conspiradores si (o cuando) el posible asesinato de Emery Staines salía a la luz: le parecía que Pritchard estaba considerablemente más embrollado en este follón que él. Nilssen no tenía nada que ver con el opio y no quería tener nada que ver con él. La droga era un veneno, un azote, y volvía necios a los hombres.

—Escuche —dijo Pritchard, poniendo un dedo sobre el tablero de la mesa—, tiene que conseguir que el tal Quee hable con usted. Lo haría yo mismo si pudiera; me he pasado por el fumadero, pero Sook no quiere saber nada de mí. Quee es buen tipo. Pregúntele por el montón: si el oro es suyo y, si lo es, por qué apareció en casa de Wells. Puede ir esta misma tarde.

A Nilssen le irritaba que le mangoneasen de semejante manera.

—No veo por qué no puede hablar usted mismo con Quee, si con quien tiene el problema es con el otro tipo.

—Digamos que estoy en el punto de mira. Que tengo que mantener un perfil bajo.

Nilssen se dijo para sus adentros otra cosa bien distinta.

—¿Por qué demonios iba a querer un chino hablar conmigo? —preguntó en voz alta, refugiándose finalmente en el mal genio. Alejó la escritura amarilla.

—Usted al menos es neutral —dijo Pritchard—. No le ha dado motivos a ninguno para que lo juzguen en un sentido o en otro, ¿no?

—¿Motivos yo, a los celestes^[1]? —Nilssen chupó su pipa; la hoja era casi ceniza—. No.

—Se dice con un Ah delante: Ah Quee. Es su manera de decir «señor». —Pritchard se detuvo un instante y contempló al otro hombre, para después añadir—:

Piénselo de este modo. Si a nosotros nos están tendiendo una encerrona para incriminarnos, puede que a él también.

Mientras hablaba alguien llamó a la puerta: era el empleado, que traía el recado de que George Shepard estaba en la oficina de fuera esperando a que lo recibiesen.

—George Shepard, ¿el alcaide? —dijo Nilssen con cierta turbación a la vez que echaba una ojeada a Pritchard—. ¿Ha dicho por qué?

—Algo que ver con unos beneficios, ha dicho, con unas ganancias mutuas —repuso el empleado—. ¿Le hago pasar?

—Yo me despido —anunció Pritchard, poniéndose inmediatamente en pie—. Entonces qué, ¿piensa ir a buscarlo..., al tal Quee, me refiero? Diga que sí.

—¿Hasta Kaniere? —inquirió Nilssen, acordándose de su almuerzo y de la camarera del Nonpareil.

—Solo está a una hora de camino —dijo Pritchard—. Pero tenga cuidado y no se equivoque de persona: el tipo que busca es más bien bajo, muy flaco, sin barba ni bigote; reconocerá su cabaña por la chimenea que sale de la forja. Estaré aguardando su mensaje. —Y con esto se marchó.



La oficina de Nilssen parecía demasiado pequeña para acoger la enorme y agarrotada reverencia que hizo George Shepard al entrar. El comisionista sintió que se achantaba un poco en su silla, y para compensar se levantó de un salto, extendió bruscamente la mano y exclamó:

—¡Señor Shepard... sí, sí, por favor! Aún no he tenido el placer de que me llegue su asunto, señor, pero espero poder serle útil a no mucho tardar, si me lo permite. Siéntese, siéntese.

—Yo a usted lo conozco, por supuesto —replicó Shepard, cogiendo la silla que se le ofrecía.

Al ver que la pipa de Nilssen estaba encendida, el alcaide se llevó la mano al bolsillo para coger la suya. Nilssen le pasó la petaca y los fósforos por encima del escritorio, y hubo una breve pausa mientras Shepard llenaba y apretaba su cazoleta y encendía una cerilla. Su pipa era poco profunda, de madera de brezo, y tenía una elegante abrazadera de ámbar engarzada entre la boquilla y la caña. Dio varias chupadas hasta que se aseguró de que la hoja se encendía y, a continuación, se recostó en la silla echando un vistazo calculado primero a su izquierda y luego a su derecha, como si quisiera cuadrarse con los planos de la habitación.

—De oídas —añadió, pues era de esos hombres que siempre terminan una frase una vez que su pensamiento se ha puesto a funcionar. Exhaló una bocanada—. Ese tipo que acaba de marcharse, ¿cómo se llamaba...?

—Su nombre es Jo Pritchard, señor; Joseph. Lleva la botica de la calle Collingwood.

—Ah, ya.

Shepard calló, ordenando mentalmente sus asuntos. La pálida luz del día caía al sesgo sobre el escritorio de Nilssen, inmovilizando los remolinos de humo que flotaban en torno a su cabeza, fijando cada voluta en el aire de la misma manera que el cuarzo protege una sinuosa veta de oro, ofreciéndola. Nilssen esperó, a la vez que pensaba: «Si me condenan, este hombre será mi carcelero».

El nombramiento de George Shepard para el cargo de alcaide de la cárcel de Hokitika apenas se había topado con oposición entre los hombres que vivían y excavaban dentro de los límites de su jurisdicción. Shepard era un personaje frío y formidable, de movimientos lentos que parecían realzar en todo momento la anchura de sus hombros y el peso de sus brazos; al caminar daba zancadas largas y pausadas, y al hablar (cosa infrecuente) entonaba con una voz de bajo sonora y augusta. Su modo de comportarse era desabrido y antipático, pero en un hombre de su profesión la severidad se consideraba una virtud, y decía mucho en su favor, convenían los votantes, que jamás se le hubiese acusado de obrar con parcialidad ni de modo interesado.

Si Shepard era objeto de chismorreo, era un chismorreo de tipo conjetural, y casi siempre concernía a sus relaciones íntimas con su esposa. Todo parecía indicar que su matrimonio discurría en completo silencio, con un adusto voluntarismo por parte de Shepard y una temerosa inhibición por la de su esposa. La mujer se refería a sí misma con el apelativo de señora George, y esto solo en susurros; tenía el aspecto perplejo y medroso de un animal torturado, que ve una jaula donde no la hay y se amilana con cada imprevisto. La señora George pocas veces se aventuraba más allá de la puerta de la cárcel, salvo, en raras ocasiones de alarde cívico, para recorrer la calle Revell, a paso ligero y sonrojada, detrás del alcaide Shepard. Ya llevaban cuatro meses en Hokitika cuando se supo que en realidad sí tenía un nombre de pila, Margaret, pero pronunciarlo en su presencia constituía una agresión tan atroz que su único recurso era darse a la fuga.

—Vengo a verlo por asuntos de negocios, señor Nilssen —empezó Shepard. Hablaba empuñando la cazoleta de la pipa contra su pecho—. La cárcel que tenemos actualmente es poco menos que un corral..., un redil. Apenas entra luz y le falta aire. Para ventilar, dejamos la puerta abierta con una cadena y yo me siento al otro lado con el rifle en las rodillas. Es insostenible. No disponemos de recursos suficientes para hacer frente a... a criminales más experimentados. A crímenes más sofisticados. Un asesinato, por ejemplo.

—No..., claro, claro —dijo Nilssen—. Por supuesto.

Se hizo un silencio, y después Shepard continuó.

—Disculpe mi pesimismo, pero creo que Hokitika está a punto de conocer tiempos más aciagos. Esta ciudad está en el umbral. La ley de los mineros sigue siendo el credo de las colinas, y aquí..., en fin, no somos más que un reducto atrasado de Canterbury, pero pronto seremos la joya de su corona. Westland se dividirá y

Hokitika prosperará; pero mientras asciende, tendrá que haber una reconciliación.

—¿Una reconciliación?

—Entre lo salvaje y lo civilizado —dijo Shepard.

—¿Se refiere a los nativos, a las tribus maoríes?

Nilssen habló con un toque de entusiasmo; alimentaba una pasión romántica por lo que llamaba «la vida tribal». Cuando las canoas maoríes pasaban, fuertes y destellantes, por el cañón Buller —las había visto desde la distancia— se sentía sobrecogido. Los guerreros se le antojaban terribles, sus mujeres incognoscibles, sus costumbres aterradoras y primitivas. Su pasmo se acercaba más al pavor que a la reverencia, pero era un pavor al que procuraba regresar. De hecho, lo primero que había espoleado a Nilssen a emprender la travesía a Nueva Zelanda había sido un encuentro casual, en una fonda cercana a Southampton, con un marinero preferente, que alardeaba (cosa poco verosímil, como se vio más adelante) de sus encuentros con las gentes primitivas de los Mares del Sur. El marino era holandés y llevaba una chaqueta corta que no le pasaba de las caderas. Había cambiado clavos de hierro por nueces de cacao; había permitido a las isleñas que pusieran sus manos sobre la blanca piel de su pecho; en cierta ocasión le había regalado un nudo a un niño isleño. («¿Qué tipo de nudo?», se interesó Nilssen, saliendo de su silencio; era un cabeza de turco y Nilssen no lo conocía, y el marino trazó en el aire el lazo de forma floral).

Pero Shepard negó con la cabeza al oír la interjección de Nilssen.

—No utilizo «salvaje» en el sentido nativo —dijo—. Me refiero a la propia tierra. La prospección es un asunto feo: lleva a los hombres a pensar como ladrones. Y aquí las condiciones son tan pésimas que los buscadores se vuelven aún más desesperados.

—Pero las excavaciones se pueden civilizar.

—Tal vez... una vez que se agoten los ríos. Una vez que los buscadores de oro den vía libre a las presas, las dragas y las minas de las compañías... cuando se talen los bosques... tal vez entonces.

—¿Acaso no tiene fe en el poder de la ley? —dijo Nilssen, frunciendo el ceño—. Ya sabe que dentro de poco Westland contará con un escaño en el Parlamento.

—Por lo visto, no estoy hablando claro —contestó Shepard—. ¿Me permite que empiece de nuevo?

—Cómo no.

El alcaide empezó al punto, sin alterar su postura ni su tono.

—Cuando se dispone de dos códigos de justicia a la vez, la gente siempre hará uso de uno para vituperar al otro. Imagínese un hombre que considera justo y correcto presentar una denuncia ante el juzgado contra su propia puta, esperando a la vez que se haga cumplir la ley y que la ley lo exima. Se la deniegan, y puede que hasta lo acusen de tener tratos con la chica; así que ahora culpa a las dos, a la ley y a la chica. La ley no puede respaldar su idea de lo que, según su código minero, debe hacerse, de modo que el hombre se toma la justicia por su mano y la estrangula. Antiguamente habría resuelto su disputa con los puños, sin pensárselo dos veces: esa era la ley de

los mineros. La puta fallecería o sobreviviría, pero en cualquiera de los dos casos solo él tomaba medidas. Pero ahora... ahora le parece que hasta su derecho a exigir justicia se ve amenazado, y es eso precisamente lo que lo lleva a actuar. Está enfadado por partida doble, y da rienda suelta a su furia por partida doble. Veo ejemplos como este a diario.

Shepard se recostó y se volvió a colocar la pipa en la boca. Su actitud era serena, pero sus ojos claros miraban de hito en hito a su anfitrión.

Nilssen jamás rechazaba una oportunidad de promover una hipótesis.

—Sí, pero... continuando con su razonamiento, ¿no estará insinuando una preferencia por la ley del minero, verdad?

—La ley del minero es ignorante y abyecta —afirmó con calma el alcaide Shepard—. Nosotros no somos salvajes; somos hombres civilizados. No considero que la ley sea deficiente; solo pretendo señalar, sin más, qué ocurre cuando lo salvaje se encuentra con lo civilizado. Hace cuatro meses, los hombres y las mujeres que había en mi prisión eran borrachos y rateros. Ahora veo borrachos y rateros que se sienten indignados y que se arrogan todos los derechos, y que hablan con tono de superioridad, como si se los hubiese juzgado injustamente. Y están enfadados.

—Pero a ver, para concluir —dijo Nilssen—. Cuando la puta ha sido estrangulada, cuando el minero ha dado rienda suelta a su furia..., digo yo que entonces la ley civil regresa para condenar a este hombre, ¿no? Digo yo que al final recibe su justo castigo, ¿no?

—No si sus colegas se unen en torno a él para proteger sus derechos de minero —replicó Shepard—. Ningún hombre se aferra con tanta fuerza a un código como cuando su código sufre una afrenta, señor Nilssen, y no hay nada más brutal que una banda de hombres airados. Hace dieciséis años que soy alcaide.

Nilssen se recostó en su silla.

—Sí —dijo—. Acepto lo que dice; el peligro es este crepúsculo que está entre el viejo mundo y el nuevo.

—Tenemos que deshacernos del viejo mundo —dijo Shepard—. No estoy dispuesto a tolerar a las putas, ni tampoco a los que las frecuentan.

La autobiografía de Shepard (un documento que, si llegase a ponerse por escrito, sería rígido, admonitorio y parco) no incluía ese capítulo imprescindible en el que el joven anda de picos pardos y se aparta del buen camino; desde su matrimonio, su imaginación no había evocado otra cosa que el cuerpo amazotado de la señora George, cuyas medidas eran tan familiares, y tan regulares, que Shepard habría podido poner en hora su reloj de bolsillo atendiendo a sus ritmos cotidianos. La conducta de Shepard siempre había sido irreprochable, y, en consecuencia, su capacidad para la empatía era escasa. La profesión de Anna Wetherell no lo fascinaba lo más mínimo, y carecía de juveniles recuerdos de ternura o vergüenza que pudiesen volverlo menos intransigente hacia las sutilezas de su oficio; cuando la miraba, no veía más que un catálogo de indiscreciones, una inteligencia errática y una grave

ausencia de esperanza. Que una puta se intentase quitar la vida no se le antojaba nada extraordinario, ni tampoco muy triste; en este caso concreto, incluso podría considerar misericordiosa una interrupción. La señorita Wetherell, al fin y al cabo, vivía sometida a la voluntad del dragón, una droga que estaba al servicio de un rey estúpido, y jamás cejaría en su celosa defensa de ese trono.

Es justo decir que, de las siete virtudes, el alcaide Shepard se inclinaba hacia las cuatro cardinales. Estaba bien informado de la doctrina cristiana del perdón, pero solo como un credo que había que estudiar y obedecer. No pretendemos menospreciar su religión observando que el perdón es algo que uno ha de verse obligado a pedir para saber cómo concederlo, y al alcaide Shepard jamás le había salido al paso el imperativo de pedirlo. Había rezado por el alma de la señorita Wetherell, como hacía con todos los hombres y mujeres bajo su custodia, pero sus oraciones eran expresiones de deber más que de esperanza. Creía que el alma habitaba el cuerpo y que, en consecuencia, la profanación del cuerpo era una agresión al alma: una puta común, sometida al juicio de esta teología sustantiva, salía pero que muy mal parada, y Anna Wetherell, desnutrida, maltratada, ofrecía una de las imágenes más miserables que había visto. Shepard no quería que se condenase, pero creía, en su fuero interno, que su salvación era imposible.

El destino espiritual de la señorita Wetherell, y el método con que había intentado decidirlo para siempre, no le interesaban; sus méritos corpóreos, tampoco. En esto, Shepard se distinguía de la mayoría de los hombres de Hokitika, quienes (como le habría de comentar Gascoigne a Moody unas siete horas después) apenas hablaban de otra cosa desde hacía dos semanas. Cuando agotaban el primer tema, recurrían al segundo, arreglo este que les daba conversación para un buen rato.

La pipa de Nilssen se había apagado. Dio unos golpecitos a la cazoleta contra el escritorio para vaciar la ceniza y después se puso a rellenarla.

—Tengo entendido que Alistair Lauderback quiere cambiar las cosas —dijo, desatando las cuerdas de la petaca con su mano libre—. Si es que sale elegido, claro.

Shepard no respondió al instante.

—¿Ha estado siguiendo las campañas? —preguntó.

Nilssen, ocupado con su petaca, no advirtió su titubeo. Nada más entrar el alcaide, una sensación de temor de sí mismo, incluso de cautela, se había apoderado de Nilssen; pero rara vez permanecía mucho tiempo en un estado embarazoso. La teoría de la ley de Shepard había despertado su inteligencia y la había satisfecho, y de nuevo se sentía dueño de sus facultades. Los absorbentes rituales que acompañaban al llenado de su pipa —la raída finura de los cordones de cuero, la seca especia del tabaco— habían restituido una especie de orden a sus sentidos.

—Desde luego que sí —replicó, sin alzar la mirada—. No hay día que no lea los discursos, y muy atentamente. Ahora Lauderback está aquí, en Hokitika, ¿no?

—Así es —afirmó Shepard.

—Ganará el escaño, creo yo —dijo Nilssen, frotando una pizca de tabaco entre

sus dedos—. El *Lyttelton Times* lo está respaldando.

—¿Usted lo aprecia?

—Túneles y ferrocarriles —dijo Nilssen—; ese es el fuerte de Lauderback, ¿no? El progreso, la civilización, todo eso. A mí me parece que usted tiene un modo de pensar que cuadra muy bien con la campaña de Lauderback. —Encendió un fósforo.

Shepard hizo ademán de responder y después titubeó.

—No tengo por costumbre hablar de mis posturas políticas en la oficina de otro hombre a no ser que se me invite a hacerlo, señor Nilssen.

—Por favor, por favor —dijo cortésmente el comisionista, sacudiendo el fósforo.

Shepard asintió con su cabeza grande y pálida.

—Con su permiso, diré lo siguiente. Yo también creo que Lauderback ganará el escaño: tanto para el Parlamento como para la Superintendencia. A su favor tiene una personalidad arrolladora, y, por supuesto, su vinculación con la abogacía y con el Consejo Provincial habla muy bien de su carácter y de su destreza.

—Y además esto para él es una reelección, claro —interrumpió Nilssen, que sí que solía hablar a menudo de política en las oficinas de otros hombres y que por un instante olvidó que había dado licencia a Shepard para que se explayase—. Es una cara conocida.

—Conocida en su propio círculo —dijo Shepard—. Su lealtad es para Canterbury, y sus túneles y ferrocarriles, como dice usted, son el túnel de Lyttelton y el proyecto de unir Christchurch y Dunedin por ferrocarril. Cuando sea superintendente redistribuirá aquellos fondos que no estén ya comprometidos con el túnel y el ferrocarril... como debe hacer, naturalmente, para cumplir las promesas de su campaña.

—Quizá tenga usted razón en lo que a la Superintendencia se refiere —convino Nilssen—. Pero ¿y como diputado? Representará a Westland.

—Lauderback es un hombre de Westland solo por su electorado —dijo Shepard—. No se lo echo en cara (de hecho, señor Nilssen, cuenta con mi voto), pero no conoce la vida del minero.

Parecía que Nilssen tuviese intención de interrumpir nuevamente, así que Shepard siguió adelante, subiendo un poco la voz.

—Con esto llego al asunto que ha motivado esta entrevista. Cuento con la aprobación del comisionado para iniciar las obras de una nueva cárcel, lejos del campamento de policía, en la terraza que hay al norte de la ciudad. ¿Recuerda que fue un grupo de presos el que despejó la carretera de Hokitika? Tengo intención de hacer lo mismo aquí: utilizaré a mis propios reclusos para construir la cárcel de Seaview.

La idea obtuvo el beneplácito del sentido de la retribución de Nilssen, y sonrió.

—Sin embargo, como bien ha dicho usted —continuó Shepard—, las miras de Alistair Lauderback apuntan al transporte: en su alocución al Consejo ha abogado a favor de utilizar mano de obra convicta para construir y mantener la carretera de Christchurch. La ruta a través de los Alpes sigue siendo traicionera: no reúne las

condiciones para que pase un jinete, mucho menos una diligencia.

—¿El superintendente es el que tiene la última palabra en este asunto? —preguntó Nilssen—. ¿No puede usted disponer como le plazca de sus presidiarios?

—Desgraciadamente, no —respondió Shepard—. Solo son míos en la medida en que están bajo mi custodia.

Entró el empleado con una bandeja con café. Se hallaba en un estado de gran agitación, pues no era muy frecuente que Nilssen recibiera visitas, menos aún visitas de tan enigmática reputación como la de Pritchard (que era famoso por su opio) y la de Shepard (que era famoso por su esposa). El empleado había dispuesto con especial cuidado la cafetera y los platillos en la bandeja, que sostenía bien alta con los codos subidos y la espalda muy recta. Nilssen asintió con la cabeza en señal de aprobación: no tenían por costumbre que el empleado sirviese a su patrón, pero a Nilssen lo complació el efecto que debía de estar creando en su invitado. El empleado dejó la bandeja sobre el aparador y empezó a servir. Esperaba que los hombres reanudaran su charla mientras él seguía presente, así que se esforzó por verter despacio, sintiendo remordimientos al ver los granos flotantes de achicoria que había añadido a los posos de café en aras de la economía y que ahora, con su capa de arenilla, parecían querer afeear sus pretensiones.

Detrás de él, Shepard dijo:

—Por cierto, señor Nilssen, ¿qué sabe de Emery Staines?

Se hizo un silencio.

—Sé que está desaparecido.

—Desaparecido, sí. No se le ha visto desde hace casi dos semanas. Muy raro.

—No lo conozco bien —dijo Nilssen.

—¿Ah, no?

—Es un conocido, pero no un amigo.

—Ah.

Pareció que Nilssen estaba a punto de toser, pero después soltó:

—¿Qué, Albert, has terminado ya?

El secretario puso a un lado la cafetera.

—¿Dejo la bandeja, señor?

—Sí, sí, y váyase, por el amor de Dios.

Nilssen se abalanzó sobre la taza a la vez que el empleado se la pasaba, provocando que una pequeña marea de café se derramase sobre el plato, y se la puso delante de forma aparatosa. El empleado ofreció una segunda taza a Shepard, que no hizo ademán de tocarla y le indicó el escritorio sin articular palabra.

—Lo diré claramente —dijo Shepard, una vez que el decepcionado Albert hubo cerrado la puerta tras de sí—. Tengo intención de empezar a construir la cárcel de inmediato, antes de las elecciones, de manera que cuando Lauderback tome posesión del cargo las obras estén bien encarriladas. Soy consciente de que habrá quien piense que me empeño en frustrar el éxito de su campaña. He acudido a usted para solicitar

tanto sus servicios como su discreción.

—¿Qué necesita? —preguntó Nilssen con cautela.

—Materiales para construir, y diez o tal vez veinte tipos mañosos para empezar a cavar los cimientos —dijo Shepard, llevándose la mano al pecho para sacar los planos—. Le puedo ofrecer una comisión sobre su tarifa habitual. El solar ya está comprado y tiene el visto bueno. Aquí está el proyecto del arquitecto.

—¿Este es el original? ¿O es una copia? —Nilssen cogió los papeles de la manaza de Shepard y los desplegó.

—El original. No hay copia —dijo Shepard—. Siempre llevo encima estos documentos, por supuesto.

—Por supuesto —asintió Nilssen, alargando la mano para coger sus anteojos.

—El motivo de que haya acudido a usted y no a Cochran, ni a Morrison ni a nadie de la competencia cuyo negocio, y discúlpeme, vaya en estos momentos mucho mejor que el suyo, solo obedece en parte a su fama de hombre eficiente.

Nilssen alzó la mirada.

—Permítame que le hable con franqueza —continuó Shepard—. Es un asunto peliagudo, lo sé; intentaré ser todo lo delicado que pueda. Me han llegado noticias de que se embolsó usted una comisión por valor de muchos cientos de libras al liquidar el patrimonio del señor Crosbie Wells.

Nilssen dio un respingo, pero Shepard subió la mano para silenciarlo.

—No se inculpe usted con sus palabras antes de escuchar lo que le tengo que decir —comenzó—. Le voy a contar exactamente lo que sé. El cuerpo de Wells pasó por el campamento de policía antes del entierro; dado que no se le conocía ni familia ni amigos, hicimos el velatorio en el propio campamento. Tuve el solemne honor de contemplar su cuerpo y de estar presente mientras el médico comprobaba si sus órganos vitales tenían señales de haber sufrido daños. El doctor Gillies llegó a la conclusión de que la causa de la muerte había sido la bebida; yo, con mis pocos conocimientos del tema, no pude sino estar de acuerdo con su dictamen. No obstante, el doctor Gillies puso mucho cuidado en su examen del estómago y los intestinos del difunto, que no solo contenían comida y licores, sino también rastros de láudano... aunque no en la suficiente cantidad, debería añadir, para justificar indebidas sospechas. Yo no creo que Crosbie Wells fuese envenenado, salvo por la bebida.

»Ahora bien: ni siquiera había terminado el velatorio, y las tierras y el aserradero de Wells ya se habían vendido. Las tierras, como sabe, fueron reclamadas por el banco, y después las compró, casi enseguida, un tal Edgar Clinch; aun cuando la transacción fue completamente legal, no deja de ser curiosa la prontitud con que la hacienda cambió de manos. Tengo entendido que entonces lo llamaron a usted para que liquidase la cabaña y revendiese los efectos personales del difunto, a cambio de unos honorarios que se deducirían de su valor total; usted aceptó esta tarea, y sin demora descubrió una gran cantidad de oro atesorado (¿dónde estaba escondido, en el bote de la harina?) por valor de cuatro mil libras. Un “pasaje a casa”, como dicen

aquí. Veamos: en aquel momento, señor Nilssen, usted debería haber podido marcharse con su porcentaje, que a esas alturas era ya una buena tajada; sin embargo, todo se fue al traste cuando la viuda del señor Wells desembarcó en la playa y reveló sus intenciones. Llegaba con una semana de retraso a su entierro, pero no se había retrasado para impugnar la venta de su patrimonio ni ninguna de las transacciones efectuadas como consecuencia de esa venta.

»Como ya he dicho, no creo que Crosbie Wells fuese envenenado —insistió Shepard—. Pero tampoco creo que el oro atesorado le perteneciese a él, menos aún a su viuda. La aparición de la viuda Wells es una curiosidad en un relato que para mi gusto ya es curioso en demasía. —Hizo una pausa—. ¿Hay algo de lo que he dicho hasta ahora que usted sepa o adivine que es incierto? Puede negarse a responder si lo desea.

—¿Pretende chantajearme? —logró decir Nilssen.

—En absoluto —dijo Shepard—. Pero habrá de convenir en que todo esto huele a confabulación.

—Sí. Así es.

—No soy detective, y no profeso la menor inclinación hacia esa actividad. Me trae al paio lo que pueda usted saber. Pero no puedo prescindir de mi cárcel nueva, y veo que se nos presenta una oportunidad para que ambos nos beneficiemos.

—Desembuche.

—La viuda Wells ha interpuesto su recurso de apelación para impugnar la venta de los efectos personales de su difunto esposo —dijo Shepard—. La apelación tardará meses en tramitarse, claro, como todas las cuestiones legales, y mientras tanto el dinero permanecerá en depósito en el banco. Al final, supongo que la venta será revocada, y si no sale a la luz una confabulación de mayor alcance, la viuda reclamará como suya la fortuna. Por cierto, en los últimos meses sostuve varias conversaciones con Crosbie Wells, y desde luego jamás dijo nada de que estuviera casado... ni a mí ni a nadie con quien yo haya hablado.

A Nilssen le vino la imagen de un gato mareando a un pequeño roedor con la zarpa abierta, retraídas las uñas. No era culpable —no había hecho nada malo—, y sin embargo se sentía culpable; se sentía implicado, como si hubiese cometido una fechoría terrible mientras dormía y al despertar se hubiese encontrado el cabezal embadurnado de sangre. Estaba seguro de que en el momento menos pensado el alcaide lo desenmascararía..., pero respecto a cuál era su crimen, eso aún no lo sabía. ¿Qué palabra había utilizado Pritchard? Asociados. Sí; tenía una intensa sensación de que así era.

De pequeño, Nilssen había robado un preciado botón del baúl de los tesoros de su primo. Era un botón de manga de una chaqueta militar, de color dorado, y llevaba grabado el ágil cuerpo de un zorro corriendo con las fauces abiertas y las orejas enhiestas. El botón era abombado, y más gris por un lado que por el otro, como si el que lo llevaba hubiese acostumbrado a acariciar el borde con el dedo y con el paso

del tiempo lo hubiese deslustrado. El primo Magnus tenía raquitismo y andares patizambos: se iba a morir pronto, así que no estaba obligado a compartir sus juguetes. Pero el anhelo de Nilssen por el botón se hizo de tal calibre que una noche, mientras Magnus dormía, entró sigilosamente, describió el pestillo del baúl y lo robó; estuvo un rato paseándose por el cuarto de juegos en penumbra, toqueteando el objeto, sopesándolo, recorriendo con el dedo el cuerpo del zorro, sintiendo cómo el latón iba cogiendo el calor de su mano... Hasta que algo se apoderó de él, no exactamente el remordimiento, pero sí una incipiente fatiga, una sensación de vacío, y devolvió el botón al lugar donde lo había encontrado. El primo Magnus nunca se enteró. Nadie se enteró. Pero durante meses y años, incluso décadas, hasta mucho después de que muriera el primo Magnus, aquel robo fue como una astilla clavada en su corazón. Veía el cuarto de juegos iluminado por la luna cada vez que pronunciaba el nombre de su primo; se sonrojaba por nada; a veces se daba un pellizco o soltaba una blasfemia cuando le venía el recuerdo. Pues aunque a los hombres se los juzga por sus actos, por lo que dicen y hacen, los hombres se juzgan a sí mismos por lo que están dispuestos a hacer, por lo que podrían haber dicho o hecho: un juicio que no solo se topa necesariamente con el obstáculo del alcance y los límites de su imaginación, sino también con el de la siempre cambiante magnitud de su duda y su autoestima.

—Calculo que hasta abril, como muy pronto, la venta no se revocará con éxito —estaba diciendo Shepard, con la misma circunspección perfecta—. Mientras tanto —de hecho, de forma inmediata—, sugiero que invierta usted el monto total de su comisión en la construcción de mi cárcel.

Nilssen arqueó las cejas, sorprendido.

—Pero el dinero no es mío —dijo, por segunda vez aquella tarde—. Ya ha sido revocado de jure, aunque no de facto. En cuanto se apruebe la apelación de la viuda y se declare nula la venta de las propiedades, tendré que devolver la totalidad de mi comisión.

—El Consejo puede avalar su préstamo, con intereses —dijo Shepard—. Al fin y al cabo, la financiación de la cárcel es pública; para cuando le reclamen su comisión, yo podré sacar fondos del Banco de la Reserva y le devolveré su dinero. Redactaremos un contrato; fije usted mismo las condiciones. Su inversión será segura.

—Si cuenta con financiación pública, ¿por qué, para empezar, me propone esto? ¿Qué necesidad tiene de esas cuatrocientas libras?

—El suyo es dinero en efectivo, y se invertirá de manera privada —respondió Shepard—. La financiación del Consejo está aprobada, pero aún no la han desembolsado; si me espero a que la suma se prorratee y se ingrese en la cuenta de la cárcel, eso significa que treinta bancarios pasarán mi contrato por treinta meses, y vuelta a empezar. Será marzo, o abril, y las elecciones ya habrán pasado.

—Y Lauderback dispondrá de sus reclusos —dijo Nilssen.

—Sí, y además habrá desviado mucho más del presupuesto del distrito.

—Muy bien —dijo Nilssen—. Supongamos que acepto y que usted consigue su cárcel. Ha dicho que ambos saldríamos ganando.

—Sí, claro —dijo Shepard, pestañeando—. Usted tendrá trabajo, señor Nilssen. Recibirá su comisión habitual por la mano de obra, el hierro, la madera, los clavos y cada cosa por pequeña que sea. Beneficios legales: así es como se sale ganando.

A Nilssen no se le ocurría ninguna pega que ponerle (era cierto que llevaba muchas semanas sin contratar trabajo que prometiese tamaños rendimientos), pero el método que había escogido Shepard para hacer su propuesta lo estaba incomodando mucho. El alcaide había utilizado la palabra «asesinato», y había dicho que se trataba de un delito «sofisticado»; había esperado a que Albert estuviese presente como testigo para preguntar por Emery Staines, y al contar la historia del caso Wells había dado grandes muestras de que quería impedir que Nilssen lo interrumpiera, no fuese a ser que el comisionista se inculpase por hablar demasiado o demasiado temprano..., insinuando con ello que, en efecto, podía inculparse de alguna manera. Shepard estaba tratando a su anfitrión como si fuera culpable.

—Y si rechazo su oferta, ¿qué pasaría? —dijo Nilssen.

Shepard estiró los labios para esbozar una de sus infrecuentes sonrisas, cuyo efecto fue un tanto truculento.

—Se empeña en ver esta oferta como un chantaje —respondió—. No consigo imaginarme el motivo.

Nilssen no pudo sostener la mirada del alcaide por mucho tiempo.

—Le concederé el préstamo, y ofreceré mis servicios a comisión —dijo al cabo. Hablaba en voz baja. Acercó hacia sí los planos del arquitecto—. Por favor, tenga la amabilidad de esperar un momento mientras tomo nota de los materiales que necesita.

Shepard inclinó la cabeza, y por fin cogió la taza de café que se estaba enfriando sobre el escritorio. Sostuvo el platillo con sumo cuidado; en su manaza la porcelana parecía increíblemente frágil, como si pudiese cerrar el puño y pulverizarla con un solo gesto. Apuró la taza y la devolvió al lugar exacto que había ocupado antes sobre el escritorio de Nilssen. A continuación se colocó nuevamente la pipa en la boca, juntó las manos y esperó. Los chirridos irregulares de la estilográfica de Nilssen eran el único sonido que se cruzaba entre ellos.

—Le extenderé un cheque el lunes por la mañana —dijo al cabo Nilssen, anotando la suma final—. Podemos anunciar una licitación pública en el periódico del lunes; enviaré una nota directamente a Löwenthal. Sugeriré que los peones se reúnan aquí, en las lonjas, a las diez en punto, para que se los contrate; así tendrán la oportunidad de leer el periódico y hacer que corra la voz. El lunes al mediodía, si el tiempo lo permite, podemos empezar las obras en el terreno.

Shepard había entrecerrado los ojos.

—¿Ha dicho Löwenthal? ¿Ben Löwenthal, el judío?

—Sí —dijo Nilssen, parpadeando—. Necesitamos el periódico para anunciarlo. Si

quiere, podría hacerse a través de folletos y de la gaceta, pero el *Times* lo lee todo el mundo.

—Espero que estemos de acuerdo en que la inversión de su comisión es una cuestión de carácter estrictamente privado.

—Estamos de acuerdo, caballero. —Se hizo un silencio—. Palabra de honor —añadió Nilssen, y lamentó la frase nada más pronunciarla.

—Tal vez deberíamos incluir una cláusula al respecto en nuestro contrato —apuntó Shepard como de pasada—. Para quedarnos tranquilos.

—Puede confiar en mi discreción —repuso Nilssen, sonrojándose de nuevo.

—Francamente, eso espero —dijo Shepard. Se puso en pie y extendió la mano.

Nilssen también se levantó, y se dieron un apretón de manos.

—Señor Shepard —dijo de repente Nilssen, mientras este se disponía a marcharse—. Lo que ha dicho antes... sobre lo salvaje y lo civilizado, el viejo mundo y el nuevo.

Shepard lo contempló sin inmutarse.

—Sí.

—Siento curiosidad por saber cómo atañe ese modo de pensar a todo esto: al patrimonio, a la fortuna, a la viuda Wells.

Shepard tardó un buen rato en responder.

—Una fortuna es una oportunidad para reinventarse por completo, señor Nilssen —dijo al fin—. El hombre que encuentre una pepita podrá comprarse su propia vida. El mundo civilizado no ofrece ese tipo de promesas.



Nilssen permaneció un buen rato sentado a solas en su oficina después de que se marchase Shepard, dando vueltas y más vueltas a la propuesta del alcaide. En su pecho estaba germinando una sensación de duda. Era como si en algún momento se le hubiese pasado por alto una conexión; como si se hubiese encontrado un pañuelo anudado, ovillado en el bolsillo del reloj de un viejo chaleco, y por mucho que se empeñase no consiguiera acordarse de lo que el nudo tenía que ayudarle a recordar... Qué recado, qué responsabilidad; ni siquiera de dónde había estado cuando ató las esquinas del pañuelo y se lo guardó pegado al corazón. Se puso a tamborilear con los dedos; jugueteó con la solapa. La lluvia azotaba la ventana. Las sombras grises de la habitación cambiaban de lugar a medida que el sol se iba poniendo por detrás de las nubes.

De pronto se levantó, se acercó a la puerta y la abrió ligeramente.

—¡Albert! —gritó por el resquicio.

—Sí, señor —respondió Albert desde la oficina exterior.

—Crosbie Wells..., ya sabe, el hombre que murió.

—Señor.

—¿Quién encontró su cuerpo? Recuérdemelo.

—Un grupo de hombres, señor —replicó Albert.

—¿Se acuerda de la historia?

—Salió en los periódicos... Se la puedo buscar, si quiere.

—Dígame solo lo que recuerde.

—El grupo entró para refrescarse, y se encontró con el señor Wells recién fallecido; eso tengo entendido. Sentado a la mesa de la cocina, decían los periódicos.

—¿Quién iba en el grupo? —Pero ya lo sabía. Apoyó la cabeza contra el marco de la puerta, y sintió náuseas.

—El tipo ese que se presenta como candidato al escaño de Westland —dijo Albert—. El hombre de Canterbury. Lo conoció usted la semana pasada en el Star. Alistair Lauderback, se llama.

Φ

Unos diez minutos más tarde Nilssen apareció en la puerta de la oficina exterior, quitándose la chistera con un chasquido tan tremendo que el empleado pegó un bote en su silla. Llevaba cogido el bastón con cierto aire de bruto, sujetándolo por en medio de la vara como si tuviese intención de blandirlo como un garrote. Tenía la cara muy pálida.

—A todo el que venga ¿le digo que vaya al Nonpareil? —gritó Albert mientras el comisionista se dirigía hacia la puerta.

—No; déjeme solo. Dígales que esperen. Dígales que vuelvan el lunes —dijo bruscamente Nilssen, sin volverse. Salió por la caseta del guarda y bajó por el muelle con paso resuelto, pero cuando llegó a la cantina de la esquina no se detuvo como acostumbraba a hacer. Se arrebujaó más en su abrigo y dobló hacia el interior, hacia Kaniere y los yacimientos de oro.

LA MEDIANOCHE AMANECE EN ESCORPIO

En el que el boticario sale en busca de opio, conocemos por fin a Anna Wetherell, Pritchard se impacienta y se disparan dos tiros

Joseph Pritchard, nada más salir de las oficinas de Nilssen, no había vuelto inmediatamente a su laboratorio de la calle Collingwood. Se había dirigido al Gridiron, uno de los sesenta o setenta hoteles que flanqueaban el tramo más concurrido y animado de la calle Revell. Este establecimiento, que con sus molduras de color amarillo canario y sus falsos postigos exhibía una alegre fachada incluso bajo la lluvia, era la residencia habitual de la señorita Anna Wetherell, y aunque la susodicha no tenía por costumbre recibir a nadie a estas horas del día, tampoco tenía Pritchard por costumbre adaptar sus negocios a ningún horario que no fuera el suyo. Subió los escalones a taconazo limpio y tiró de la puerta sin saludar siquiera con la cabeza a los mineros que, sentados en fila en la veranda con las botas sobre la barandilla, repartían su tiempo tallando, limpiándose las uñas y escupiendo tabaco al barro. Lo miraron con aire risueño mientras entraba al vestíbulo con paso amenazante, comentando, una vez que la puerta se hubo cerrado tras él con un golpe seco, que sin duda se trataba de un hombre decidido a llegar al fondo de un asunto.

Hacía muchas semanas que Pritchard no se topaba con Anna. De su intento de suicidio se había enterado por terceros, a través de Dick Mannering, que a su vez había transmitido la información de Ah Sook, el chino que llevaba el fumadero de opio de Kaniere. Anna ejercía con frecuencia su oficio en el Barrio Chino de Kaniere, y por esa razón se la conocía coloquialmente como Anna la del Chino..., designación que en algunos círculos mermaba su popularidad, y en otros la realzaba con creces. Pritchard no pertenecía a ninguno de los dos bandos (mostraba escaso interés por las vidas privadas de otros hombres), así que no sintió ni curiosidad ni repulsión al enterarse de que la puta era una de las favoritas de Ah Sook, y de que el hecho de que hubiera estado a punto de morir, como le dijo más adelante Mannering a Pritchard, había llevado al hombre al borde de la histeria. (Mannering no hablaba cantonés, pero conocía unos cuantos caracteres escritos, incluidos «metal», «querer» y «morir»: los suficientes para entablar un coloquio pictográfico con la ayuda de su libreta, objeto que a estas alturas estaba tan marcado y manchado por el uso que le permitía hacer sofisticadísimas alusiones retóricas simplemente hojeando las páginas hacia atrás y señalando con el dedo una antigua querrela, un antiguo trato, una antigua venta).

A Pritchard lo molestaba que Anna no se hubiese puesto en contacto con él

personalmente. Al fin y al cabo, era boticario, y, al menos al sur del río Grey, el único proveedor de opio de los fumaderos de la Costa Occidental: en cuestión de sobredosis, era un experto. Debería haber acudido a él para pedirle consejo. Pritchard no creía que Anna hubiese intentado quitarse la vida: no podía creerlo. Estaba seguro de que se había visto forzada a tomar la droga contra su voluntad; o bien eso, o alguien había adulterado la mercancía con intención de hacerle daño. Había intentado reclamar el resto del trozo en el antro chino, con el fin de analizarlo en busca de trazas de veneno, pero Ah Sook estaba demasiado furioso como para complacerlo, habiendo expresado (también a través de Mannering) su vehemente propósito de no hacer negocios nunca más con el boticario. A Pritchard la amenaza le traía sin cuidado —tenía sobrada clientela en Hokitika, y la venta de opio solo aportaba un ínfimo porcentaje de sus ingresos—, pero su curiosidad profesional por el suceso aún no había quedado satisfecha. Ahora lo que necesitaba era interrogar a la chica él mismo.

El propietario del Gridiron no se hallaba presente cuando Pritchard entró en el vestíbulo, y el recinto tenía un aire vacío, destartalado. Una vez que los ojos de Pritchard se acostumbraron a la penumbra vio al mozo, que estaba apoyado contra el mostrador de recepción leyendo un ejemplar antiguo del *Leader*, moviendo mudamente los labios y repasando las palabras con la punta del dedo mientras recorría los renglones del texto. El movimiento de su dedo había bruñido la madera del mostrador, dejando una mancha grasienta. Alzó la vista y al ver pasar al boticario lo saludó con la cabeza. Pritchard le lanzó un chelín; el mozo lo cogió hábilmente y se lo pasó de una palmada al dorso de la otra mano. «Ha salido cruz»^[2], dijo mientras Pritchard empezaba a subir las escaleras, y Pritchard soltó una risotada. Podía ser grosero cuando tenía los ánimos soliviantados, y en estos momentos se sentía grosero. El pasillo estaba en silencio, pero pegó la oreja a la puerta de Anna Wetherell y escuchó unos instantes antes de llamar.

Harald Nilssen había estado en lo cierto al suponer que las relaciones de Pritchard con Anna Wetherell eran mucho más atormentadas que las suyas, pero se equivocaba al concluir que el boticario estaba enamorado de ella. De hecho, el gusto de Pritchard para las mujeres era absolutamente ortodoxo, incluso juvenil. Estaba mucho más predispuesto a quedarse prendado de una lechera que de una puta, por simplona que fuese la lechera y por imponente que fuese la puta. Apreciaba la pureza y la sencillez, la simpleza en el vestir, una voz suave, una voluntad manejable y una ambición escasa: es decir, el contraste. Su mujer ideal contrastaría perfectamente con él: sería conocible en aquellos aspectos en los que él no lo era, mantendría la serenidad cuando a él le faltase. Sería una especie de ancla que lo sujetaría desde arriba y desde fuera; sería un rayo de luz, un consuelo, una bendición. Anna Wetherell, con sus excesos y su tendencia a la adicción, se parecía demasiado a él. No es que la odiara por eso, exactamente, pero la compadecía.

En general, Pritchard mantenía la boca cerrada sobre el tema del bello sexo. No

disfrutaba hablando de mujeres con otros hombres, práctica que, a su juicio, siempre era chabacana y estridente. Guardaba silencio, y en consecuencia sus compañeros lo tenían por muy versado, y las mujeres, al contemplarle, por enigmático y profundo. No era feo, y su oficio era un buen oficio: habría sido muy buen partido si hubiese trabajado un poco menos y hubiese buscado compañía un poco más. Pero Pritchard detestaba los grupos numerosos de personas de ambos sexos, en los que cada hombre tiene que comportarse como una especie de representante de su sexo y exhibe juguetonamente sus ventajas personales bajo la atenta mirada de todos los presentes. Las grandes multitudes lo agobiaban y lo tornaban irritable. Prefería grupos pequeños y tenía pocos amigos, a los que era ferozmente leal, como era leal a Anna, a su manera. La intimidad que sentía cuando estaba con ella se debía fundamentalmente al hecho de que un hombre no está obligado a hablar de sus putas con otros hombres: una puta es un asunto privado, una comida que se ha de comer a solas. Este estar a solas era lo que buscaba en Anna. Para él, ella era una soledad; y cuando estaba con ella, guardaba las distancias.

Pritchard solo había amado de veras una vez en la vida; pero habían pasado ya dieciséis años desde que Mary Menzies se convirtió en Mary Firkin y se mudó a Georgia para entregarse a una vida de algodón, tierra roja y (así lo había imaginado Pritchard) calma chicha, hecha de riqueza y cielos despejados. Si había fallecido —si aún vivía, también, el señor Firkin—, si le habían nacido hijos o si los había perdido, si había envejecido bien o mal..., todo eso no lo sabía. En su cabeza era Mary Menzies. La última vez que la vio tenía veinticinco años, llevaba un sencillo vestido de muselina con un estampado de ramitos y se había recogido el pelo en tirabuzones que le caían por las sienes; las muñecas y los dedos, sin adornos; estaban sentados en la jardinera de la ventana, despidiéndose. «Joseph —había dicho ella. (Después él lo inscribió en su libreta, a fin de recordarlo para siempre)—. Joseph, creo que nunca has estado en paz con el bien. Ahora me alegro de que nunca me hicieras el amor. De este modo me recordarás con cariño. De lo contrario, no habría sido posible».

Oyó unos pasos rápidos al otro lado de la puerta.

—Ah, eres tú —fue el único saludo de Anna. Estaba decepcionada: debía de estar esperando a otra persona. Pritchard entró sin decir nada y cerró la puerta tras de sí. Anna se desplazó hasta la franja de luz que se dividía en cuadrados bajo la ventana.

Iba vestida de luto, pero a juzgar por el estilo anticuado del vestido (la falda acampanada, la cintura en pico) y el tono desvaído de la tela, Pritchard adivinó que no había sido confeccionado para ella: debía de ser un regalo o, más probablemente, lo habrían rescatado de algún naufragio. Vio que el dobladillo estaba sacado: sobre el suelo destacaba una tira de dos pulgadas de un negro más oscuro. Resultaba raro contemplar a una puta de luto; algo así como ver a un clérigo con aires de dandi, o a un niño con bigote; le producía a uno cierta confusión, pensó Pritchard.

Se le ocurrió que casi nunca había visto a Anna más que a la luz de una lámpara, o de la luna. Su tez era translúcida, incluso azul, y por debajo de sus ojos viraba al

morado oscuro; como si fuese un retrato a la acuarela en un papel en el que, al no ser lo bastante consistente como para retener la humedad, los colores se corrían. Su semblante, como habría dicho la madre de Pritchard, era todo ángulos. Tenía una frente muy recta y la barbilla afilada. Su nariz era estrecha, incluso geométrica: un escultor podría representarla con cuatro toques, dando un tajo a cada lado, otro a lo largo del puente y otro por debajo. Sus labios eran finos, y, aunque sus ojos eran naturalmente grandes, tendía a escudriñar el mundo con desconfianza, y por lo tanto rara vez los utilizaba para seducir. Tenía las mejillas hundidas, y se le veía la mandíbula como se ve el borde de un tambor, tensa bajo la membrana estirada de la piel.

El año anterior había estado encinta, una condición que había calentado la cera de sus mejillas y había rellenado los desdichados huesos que tenía por brazos... Y a Pritchard le había gustado: el vientre redondo, los pechos hinchados, ocultos bajo yardas de linón y de tul, telas estas que la suavizaban, que le daban un aspecto boyante. Pero en algún momento después del equinoccio de primavera, cuando las tardes empezaban a ser más largas y los días más luminosos, y el sol, bajo y escarlata, pendía durante horas sobre el mar de Tasmania antes de deslizarse al fin en la roja aguada del mar, el bebé murió. Su cuerpo había sido envuelto en percal y estaba enterrado en una tumba poco profunda en la terraza de Seaview. Pritchard no había hablado con Anna sobre la muerte del bebé. No frecuentaba sus aposentos con ningún tipo de regularidad, y cuando estaba allí no le hacía preguntas. Pero había llorado, en privado, al oír la noticia. Había tan pocos niños en Hokitika... tres o cuatro, no más. Uno ansiaba verlos como ansiaba oír un acento familiar o ver en el horizonte un barco amado que le recordase el hogar.

Esperó a que ella hablase primero.

—No puedes quedarte —dijo—. Tengo una cita.

—No te entretendré. Quería preguntarte por tu salud.

—¡Ah! —saltó ella—. ¡Estoy harta de la pregunta! ¡Harta!

A Pritchard le sorprendió la violencia de su respuesta.

—Llevo una buena temporada sin venir a verte.

—Ya.

—Pero te vi en la calle, justo después de Año Nuevo.

—Es una ciudad pequeña.

Pritchard se acercó más.

—Hueles a mar.

—No. Hace semanas que no voy a bañarme en el mar.

—A algo tormentoso, entonces. Como cuando alguien viene de la nieve y mete el frío en casa.

—¿Qué haces?

—¿Cómo que qué hago?

—Hablar de esa manera... poética.

—¿Poética?

(Pritchard tenía la mala costumbre, cuando conversaba con mujeres, de responder a una pregunta con otra pregunta. Mary Menzies se había quejado de esto en cierta ocasión, hacía ya mucho tiempo).

—Sentimental. Fantasiosa. No sé. No importa. —Anna se tiró del puño de la manga—. He recuperado mi salud —añadió—. Y la siguiente pregunta te la puedes ahorrar. No tenía intención de causarme ningún daño contra natura. Quería fumarme una pipa igual que siempre, y luego me dormí y lo siguiente que recuerdo es que estaba en la cárcel.

Pritchard dejó su sombrero sobre la alacena.

—Y desde entonces te están acosando.

—No sabes hasta qué punto.

—Pobre de ti.

—Peor es la compasión.

—Bueno —dijo Pritchard—, pues entonces no la tendré. Seré cruel contigo.

—No me importa.

A Pritchard le pareció que hablaba con pena y vacuidad, lo cual lo enfadó; pensó en hacérselo saber, pero entonces se recordó a sí mismo que había venido con un propósito.

—¿Quién es el cliente? —decidió preguntar, para provocarla.

Anna se había acercado a la ventana, y se dio media vuelta, sorprendida.

—¿Qué?

—Has dicho que tienes una cita. ¿Quién es?

—No hay ningún cliente. Me voy a ver sombreros con una señora.

Pritchard soltó un bufido.

—Ya me sé eso del honor de las putas, ¿sabes? No hace falta que mientas.

Anna lo estudió desde lo que parecía una inmensa distancia, como si Pritchard no fuese para ella más que una marca en el horizonte, una mota lejana, cada vez más distante. Y entonces dijo, despacio, como si le hablase a un chiquillo:

—Ah, claro, es que no lo sabías. Abandono el puterío por una temporada.

Pritchard arqueó las cejas, y a continuación, para disimular su sorpresa, se rio de ella.

—¿Así que ahora eres una mujer honrada? Sombreros y escarlates, ¿eh? ¿Vas a salir a la calle con guantes?

—Solo lo que dure el luto.

Pritchard sintió que esta respuesta —pronunciada con sencillez y tranquilidad— lo dejaba en ridículo por haberse reído, y en su pecho empezó a formarse un nudo de frustración.

—¿Qué dice Dick al respecto? —dijo, en referencia al patrón de Anna, el señor Mannerling.

Anna se dio la vuelta.

—No le hace ninguna gracia —dijo.

—¡Eso ya me lo imagino!

—No quiero hablar de eso contigo, Jo.

Pritchard se enfureció.

—¿A qué te refieres?

—No me refiero a nada. A nada especial. Es solo que estoy harta de pensar en él.

—¿Te ha tratado como un bestia?

—No —dijo Anna—. No es eso.

Pritchard entendía de putas. Las remilgadas que fingían escandalizarse y hablaban con chillonas vocecitas jadeantes; las pechugonas y serviciales que llevaban mangas con pliegues hasta el codo en todas las estaciones del año y lo llamaban a uno «zagal»; las borrachas, codiciosas y quejumbrosas, con nudillos rojos y despellejados y ojos acuosos..., y luego estaba la categoría a la que pertenecía Anna, las incognoscibles, ora límpidas ora llamativas, cuyo porte denotaba una exquisita miseria, una desdicha tan perfecta y absoluta que se manifestaba como dignidad, como calma. Anna Wetherell era algo más que una oscura incógnita; era la oscuridad misma, su manto. Era un oráculo silencioso, pensaba Pritchard, concedor no de la sabiduría, sino de la maldad..., pues por muchas atrocidades que uno pudiese haber hecho, o dicho, o presenciado, seguro que ella las había presenciado peores.

—¿Por qué no acudiste a mí? —dijo al fin, queriendo acusarla de algo.

—¿Cuándo?

—Cuando caíste enferma.

—Estaba en la cárcel.

—Después.

—¿De qué habría servido?

—Quizá te habrías ahorrado muchos problemas —dijo él secamente—. Yo podría haber demostrado que aquel opio estaba envenenado, si me hubieses dejado prestar declaración.

—¿Sabías que estaba envenenado?

—Es una conjetura. ¿Cómo si no, Anna? A no ser...

Anna volvió a alejarse de él, esta vez hacia la cabecera de la cama, y cerró los dedos en torno al pomo de hierro. Entonces la volvió a oler: el mar. La intensidad de la sensación le sobresaltó. Tuvo que frenar el impulso de dar un paso hacia ella, de seguirla y aspirarla. Olió la sal, y el hierro, y el sabor pesado, metálico, del mal tiempo... Nubes bajas, pensó, y lluvia. Y no solamente el mar: un barco. Ese olor a cuerda y a alquitrán, la humedad polvorienta de la teca blanqueada, las lonas engrasadas, la cera de vela. Notó que se le hacía la boca agua.

—Envenenado —dijo Anna, mirándolo con ojos escrutadores—. ¿Por quién?

(Tal vez fuera un recuerdo sensorial, un mero eco fortuito, de esos que de pronto te recorren el cuerpo para desvanecerse después con la misma rapidez. Se lo sacó de la cabeza).

—Se te habrá pasado por la sesera esa posibilidad —dijo, frunciendo el ceño.

—Supongo. No recuerdo nada.

—¿Nada de nada?

—Solo de sentarme con la pipa. De calentar la aguja. Después, nada.

—Creí que no eras una suicida; que tus intenciones no eran malas. Lo creí.

—Bueno —dijo Anna—, lo cierto es que sí que se le pasa a una por la cabeza, de vez en cuando.

—Claro, claro..., de vez en cuando —dijo Pritchard, demasiado apresuradamente. Se sentía vencido, y dio medio paso hacia atrás.

—No sé nada de venenos —dijo ella.

—Si pudiera analizar el resto del trozo, podría decirte si la mercancía estaba cortada o no con otra cosa —dijo Pritchard—. Por eso he venido. Quiero saber si puedes revenderme un poco para echarle un vistazo. A mí Ah Sook no me da ni los buenos días.

Anna entrecerró los ojos.

—¿Quieres analizarlo... o quieres cambiarlo por otro?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Puede que quieras borrar tus huellas.

Pritchard se puso rojo de indignación.

—¿Qué huellas? —Ella no dijo nada, así que repitió—: ¿Qué huellas?

—Ah Sook piensa que tú lo envenenaste —dijo al fin Anna, observándolo con detenimiento.

—¿De veras? Pues sí que he dado un maldito rodeo, si lo que quería era verte muerta.

—¿Y si fuera él a quien querías ver muerto?

—¿Y perder un cliente? —Pritchard bajó la voz—. Mira: no digo que albergue sentimientos fraternales ni nada por el estilo, pero no tengo nada en contra de los orientales. ¿Me oyes? No tengo ninguna razón para desearle nada malo a ninguno de ellos. Ninguna.

—Le han vuelto a rajar la tienda de campaña que tiene en la concesión. El mes pasado. Se le estropearon todas las medicinas.

—¿Piensas que fui yo, o qué?

—No, no lo pienso.

—Entonces, ¿de qué se trata? —dijo Pritchard—. Suéltalo, Ann. ¿De qué se trata?

—Piensa que estás al frente de un tinglado.

—¿Que me dedico a envenenar chinos? —bramó Pritchard.

—Sí —dijo Anna—. Y no es ninguna tontería, ¿sabes?

—¡No me digas! Conque aceptas su punto de vista, ¿eh?

—No he dicho eso. No soy yo la que piensa...

—Tú a mí me tienes por un viejo rabioso. Lo sé. Sí que soy un viejo rabioso, Anna. Pero no soy un asesino.

La convicción de la puta desapareció con la misma celeridad con que la había animado. Volvió a cejar, dando un paso hacia la ventana, y se llevó la mano al cuello de frivolidé. Se puso a darle tironcitos. Pritchard se sintió aliviado. Reconocía ese gesto: no como un gesto típico de Anna, sino como un ademán propio de una chica, de cualquier chica.

—Bueno, da lo mismo —dijo, intentando desagraviarse—. Da lo mismo.

—No eres tan viejo —dijo ella.

Quiso tocarla.

—Y además todo este asunto del láudano..., la tragedia de Crosbie Wells —dijo Pritchard—. No hago más que darle vueltas.

—¿Qué asunto del láudano?

—Una ampolla de láudano que encontraron bajo la cama del ermitaño. Es mía.

—¿Con corcho o sin corcho?

—Con corcho. Pero solo medio llena.

Parecía interesada.

—Tuya... ¿Eso significa que te pertenecía o solo que fue comprada en tu establecimiento?

—Fue comprada —dijo Pritchard—. Y no por Crosbie. Jamás le vendí ni una dracma a ese hombre.

Anna se puso la mano en la mejilla y se quedó pensando.

—Qué raro.

—El viejo Crosbie Wells —dijo Pritchard, intentando sonar jovial—. Nadie le hizo nunca ni caso cuando vivía... y ahora, esto.

—Crosbie... —empezó a decir Anna, pero de repente se echó a llorar.

Pritchard no hizo ademán de acercarse a ella, de abrir sus brazos, de consolarla. Observó cómo rebuscaba en la manga un pañuelo y esperó con las manos entrelazadas a la espalda. No estaba llorando por Crosbie Wells. Si ni siquiera lo había conocido. Lloraba por ella misma.

Pues claro, pensó Pritchard; tenía que ser desagradable que la juzgasen a una por intento de suicidio en el tribunal de primera instancia, y que la acosasen hombres de todo tipo, y que hablasen de ella en el *Times* como de un objeto curioso, y ser tema de conversación en los desayunos y en las partidas de billar, como si el alma de una fuera una propiedad compartida, una causa. Observó cómo se sonaba la nariz y se guardaba el pañuelo moviendo torpemente sus finos dedos. Esto no era agotamiento solamente: era un tipo de dolor distinto. Más que abrumada, parecía reducida a la mitad.

—No hagas caso —dijo Anna al fin, cuando recobró el control—. No me hagas caso.

—Si pudiera echarle un vistazo a un pedacito... —dijo Pritchard.

—¿Qué?

—De resina. Te la compro. No voy a cambiarla por otra; si quieres, dame solo un

cachito; no tienes por qué prescindir del trozo entero.

Anna dijo que no con la cabeza, y en la brusquedad del movimiento Pritchard se percató de lo que había de diferente en ella. Se le acercó, cubriendo en tres zancadas el espacio que los separaba, y lo agarró de la manga.

—¿Dónde está? —dijo—. ¿Dónde está el alquitrán?

Anna se soltó.

—Me lo comí. Anoche me comí lo último que quedaba, para que te enteres.

—¡No! ¡No puede ser!

Pritchard la siguió y la cogió por los hombros para obligarla a mirarlo. Le puso la yema del pulgar en la barbilla y le echó la cabeza hacia atrás, para verle mejor los ojos.

—Estás mintiendo —dijo—. Estás sobria.

—Me lo comí —repitió Anna. Se revolvió y se zafó de él.

—¿Se lo has devuelto a Sook? ¿Se lo ha quedado?

—Me lo comí. Como siempre.

—Venga ya, Ann. No seas mentirosa.

—No soy ninguna mentirosa.

—¿Te comiste un trozo de alquitrán envenenado y tienes los ojos más claros que el sol?

Anna le miró con suspicacia.

—¿Quién dice que estuviera envenenado?

—Aunque no lo estuviera...

—¿Acaso sabes que estaba envenenado? ¿Estás seguro?

—No sé nada de este maldito asunto, y no me gusta tu tono —saltó Pritchard—. ¡Lo único que quiero es recuperar un pedazo para echarle un vistazo, por el amor de Dios!

Anna volvió a enardecerse.

—¿Y quién lo envenenó, Jo? ¿Quién intentó matarme? ¿Tú qué crees?

Pritchard hizo un gesto con el brazo.

—Ah Sook, tal vez.

—¿Acusar al hombre que te acusa? —Anna se rio—. ¡El típico truco de un hombre culpable!

—¡Intento ayudarte! —dijo Pritchard, furioso—. ¡Intento ayudar, por el amor de Dios!

—¡No hay nada en lo que ayudar! —gritó Anna—. ¡Nadie a quien ayudar! Por última vez: ¡no hubo ningún intento de suicidio, Joseph, ni ningún maldito veneno!

—¡Entonces explícame por qué acabaste medio muerta en la carretera de Christchurch!

—¡No sé explicarlo!

Por vez primera aquel día, Pritchard vio una emoción auténtica en su rostro: miedo, furia.

—¿Te fumaste una pipa esa noche, como siempre?

—Y cada día desde que salí en libertad bajo fianza.

—¿Hoy también?

—No. Anoche me comí lo que quedaba. Ya te lo he dicho.

—¿A qué hora?

—Tarde. A medianoche, quizá.

Pritchard quería escupir.

—No me tomes por tonto. Te he visto cuando estás bajo los efectos del opio, y te he visto cuando se te están pasando. Ahora mismo estás sobria como una monja.

A Anna se le descompuso el rostro.

—Si no me crees, márchate.

—No. No pienso marcharme.

—¡Maldito seas, Jo Pritchard!

—Maldita seas tú.

Anna rompió a llorar de nuevo. Pritchard se apartó. ¿Dónde lo habría guardado? Se fue hacia el armario, lo abrió y empezó a revolver los contenidos. Sus vestidos vacíos, colgando del riel. Sus enaguas. Sus bombachos, casi todos andrajosos y manchados. Pañuelos, chales, corsés, medias; sus botas de botones. Nada. Se acercó al tocador, donde había una lamparilla de alcohol sobre un platillo de porcelana agrietado (debía de ser su lámpara de opio) y, al lado, un par de guantes acolchados, un peine, un acerico, un paquete abierto de jabón, tarros variados de cremas y polvos. Todos estos artículos los cogió y volvió a dejarlos más o menos donde estaban; tenía intención de poner patas arriba la habitación entera.

—¿Qué haces? —preguntó Anna.

—Lo tienes escondido..., pero ¡te niegas a decirme por qué!

—Estas son mis cosas.

Pritchard se rio.

—Conque recuerdos, ¿eh? ¿Preciosos recuerdos? ¿Antigüedades?

Arrancó el cajón de su tocador y lo puso de pie en el suelo. Una cascada de baratijas cayó tintineando. Monedas, carretes de hilo de madera, lazos, botones forrados, un par de tijeras de sastre. Tres corchos a rosca de champán. Una brocha de afeitar de caballero..., la habrá robado de algún sitio. Cerillas, corsés. El billete de su travesía a Nueva Zelanda. Retales de tela. Un espejo con el lomo de plata. Pritchard revolvió el montón. Allí estaba la pipa de Anna; y debería tener su cajita correspondiente, o tal vez un saquito, en cuyo interior estaría la resina envuelta en un cuadradito de papel encerado, como el toffee que se compra en las tiendas. Soltó una blasfemia.

—Eres una bestia —dijo Anna—. Eres detestable.

Pritchard la ignoró, y cogió la pipa.

Era de fabricación china, hecha de bambú, y casi tan larga como el antebrazo de Pritchard. La cazoleta distaba unas tres pulgadas de la punta; sobresalía como una

aldaba y estaba unida a la madera por medio de un soporte metálico. Pritchard sopesó el objeto con la mano, cogiéndolo como coge un flautista su flauta. La olisqueó. Había un residuo oscuro por el borde de la cazoleta...; así que alguien había fumado de la pipa, y recientemente.

—¿Contento? —dijo ella.

—No seas insolente. ¿Dónde está la aguja?

—Allí. —Anna señaló un retal de tela entre los tristes residuos que estaban esparcidos por el suelo, atravesado por un largo alfiler de sombrero con la punta manchada de negro. Pritchard olisqueó esto también. Después insertó el alfiler en el hueco de la cazoleta y movió la punta por el interior.

—La vas a romper.

—Así te haría un favor.

(Pritchard deploraba el hambre de droga de Anna, pero ¿por qué? Él mismo había consumido opio en numerosas ocasiones. Lo había consumido en Kanieri, de hecho, con Ah Sook, en la diminuta choza que Sook había adornado con telas orientales para aminorar el aire y que sus preciadas lámparas no titilasen con la corriente).

Finalmente, Pritchard tiró la pipa; pero al buen tuntún, de manera que la cazoleta dio contra las tablas del suelo y resonó.

—Bestia —volvió a decir Anna.

—Conque soy una bestia, ¿eh?

Se abalanzó sobre ella, en realidad sin intención de hacerle daño, sino solo de agarrarla por los hombros y zarandearla hasta que le contase la verdad. Pero fue torpe y Anna se soltó, y por tercera vez aquella tarde los orificios nasales de Pritchard se llenaron del olor intenso y salobre del océano, y también, increíblemente, del sabor metálico del frío..., como si lo hubiese abofeteado un viento, como si hubiese chascado una vela en lo alto, como si hubiese una tormenta en el ambiente. Se tambaleó.

—Aparta —dijo Anna. Tenía las manos delante de la cara, medio cerradas en puños—. Lo digo en serio, Joseph. A mí nadie me llama mentirosa. Aparta y vete.

—Si mientes, te llamaré mentirosa, maldita sea.

—Aparta.

—Dime dónde lo has escondido.

—¡Que te apartes!

—¡No hasta que me digas dónde está! —gritó él—. ¡Dímelo, puta de mierda!

Volvió a abalanzarse sobre ella, desesperado; vio un relumbrón en sus ojos, y al instante siguiente Anna se había llevado la mano al pecho para sacar una pistola de manguito, de las de una sola carga. Era una pistolita de nada, apenas más larga que el dedo de Pritchard, pero a una distancia de dos pasos le podía reventar el pecho. Instintivamente, subió las manos. La pistola estaba del revés, con la boca apuntando a la barbilla de Anna, y tuvo que girarla para encajársela en la mano; pero estaba frenética, y en ese momento ocurrieron tres cosas a la vez. Pritchard dio un paso

atrás, y se tropezó con el borde de la alfombra de ratán; tras él, la puerta se abrió de golpe y alguien chilló; y Anna se volvió al oír el ruido, dio un respingo y se disparó un tiro en el pecho.

La detonación de la pistolita sonó a hueco, nada llamativo; como el chasquido de una vela de gavia en lo más alto de una cubierta. Parecía un eco de sí misma, como si el verdadero tiro se hubiese disparado en algún lugar mucho más lejano y este ruido fuese una mera copia. Como un tonto, Pritchard giró sobre sus talones, dándole la espalda a Anna, para encararse con la figura que estaba en la puerta. Tenía la sensación de que se le había llenado la cabeza de niebla; percibió, como ausente, que el hombre que acababa de entrar era Aubert Gascoigne, el nuevo oficial de juzgado. Pritchard apenas conocía a Gascoigne. Unas tres semanas antes había acudido a su laboratorio en busca de un preparado para una dolencia intestinal; cosa absurda, Pritchard se puso a pensar en ello ahora. Se preguntó si su tintura le habría servido de ayuda, tal y como le había prometido.

Por un brevísimo instante, nadie se movió... o tal vez ni siquiera transcurriese el tiempo. Entonces Gascoigne soltó un bramido y cayó como impulsado por un resorte sobre el cuerpo de la puta. Le echó la cabeza hacia atrás y la pistola cayó repiqueteando a un lado..., pero la blancura de su cuello no tenía marcas, no había sangre... y respiraba. Anna se llevó rápidamente las manos al cuello.

—¡Estúpida..., estúpida! —chilló Gascoigne. Había un sollozo en su voz. Agarró el cuello de encaje con ambas manos y lo rasgó—. Un cartucho de fogueo, ¿eh? ¿Un perdigón de cera? ¿Pensaba darnos otro susto? ¿A qué demonios cree que está jugando?

Anna se estaba pasando la mano por el pecho, toqueteando y golpeteando confusamente. Tenía los ojos muy abiertos.

—¿De fogueo? —dijo Pritchard. Se inclinó y recogió la pistola.

El cañón estaba caliente, y en el aire flotaba un olor a pólvora. Pero no veía ningún casquillo gastado, ni tampoco un agujero en ningún sitio. La pared de detrás de Anna estaba enlucida y lisa, exactamente igual que antes. Los dos hombres echaron un vistazo en derredor: a las paredes, al suelo, a Anna. La puta se miró el pecho. Pritchard presentó la pistola, dejándola colgar tontamente de su dedo índice, y Gascoigne la cogió. Abrió con destreza el cañón e inspeccionó la recámara. Después se dirigió a Anna.

—¿Quién cargó esta pistola? —preguntó.

—Lo hice yo misma —repuso Anna, desconcertada—. Le puedo enseñar los repuestos.

—Enséñemelos. Enséñeme los repuestos.

Anna se levantó con dificultad y se acercó a la estantería que había junto a la cama; al cabo de un momento volvió con un bote de hojalata en el que había siete cartuchos rodando sobre un papelito marrón. Gascoigne los tocó con el dedo. Después le pasó la pistola a la puta.

—Hágalo exactamente como lo hizo. Igualito.

Anna asintió en silencio. Giró el cañón a un lado y encajó un cartucho en la recámara. A continuación volvió a cerrar correctamente el cañón, amartilló la pistola y se la devolvió cargada. Parecía muerta de miedo, pensó Pritchard: anonadada, maquinal. Gascoigne cogió la pistola de sus manos, dio varios pasos atrás, apuntó y disparó contra el cabecero de la cama. La detonación sonó exactamente igual que antes —esta vez Pritchard oyó un murmullo de alarma en el piso de abajo, y pisadas rápidas— y todos miraron hacia donde había disparado. Un agujero perfecto, ligeramente oscurecido por los bordes a causa del calor, atravesaba la almohada de Anna por el centro; del relleno había salido un remolino de plumas y polvo que cayó volando ante sus ojos como un velo de gasa. Gascoigne dio un paso y echó la almohada a un lado. Con los dedos palpó el cabecero de la cama, de la misma manera que Anna se había palpado el cuello en busca de heridas, y al cabo de un momento soltó un gruñido de satisfacción.

—¿Está ahí? —preguntó Pritchard.

—Apenas un arañazo —dijo Gascoigne, comprobando la profundidad del agujero con la punta del dedo—. Estas pistolas de manguito no sirven de mucho.

—Pero dónde... —Pritchard no sabía qué decir. Era como si se le hubiese trabado la lengua.

—¿Qué ha sido del primero? —dijo Gascoigne, haciéndose eco de Pritchard. Todas las miradas se clavaron en el segundo cartucho, el cartucho visible, que yacía deforme en su mano. Después Gascoigne miró a Anna, y Anna a Gascoigne... y a Pritchard le dio la impresión de que entre ambos se cruzaba una mirada cómplice.

¡Qué cosa más triste, ver a tu puta intercambiando miradas con otro hombre! Pritchard quería despreciarla, pero no podía: se sentía anonadado, desconcertado incluso. Le zumbaban los oídos.

Anna se volvió hacia él.

—¿Podrías bajar al piso de abajo? —le pidió—. Dile a Edgar que estaba jugando con la pistola, o limpiándola, y que se disparó por accidente.

—No está en recepción —dijo Pritchard.

—Entonces díselo al mozo. Encárgate de que se sepa. No quiero que suba nadie; no quiero que se arme un escándalo. Por favor, hazlo.

—Vale. Lo haré —dijo Pritchard—. Y después...

—Y después deberías marcharte. —Anna fue firme.

—Quiero lo que he venido a buscar. —Habló en voz baja, mirando de reojo a Gascoigne, que había bajado discretamente la vista.

—No te puedo ayudar, Joseph. No tengo lo que quieres. Por favor, márchate.

Pritchard volvió a mirarla a los ojos. Eran verdes, con una densa capa de oscuridad en torno al iris, y tenía motas de un gris granuloso apiñadas en forma de rayos en torno a la pupila. Habían transcurrido meses desde la última vez que vio el color de sus ojos, que vio su pupila como un punto, como un grano, y no como un

disco borroso de negrura, deslustrado por el sueño. Estaba sobria: de eso no tenía la menor duda. Conque era una mentirosa, y puede que incluso una ladrona; conque lo estaba engañando... Y su cita era con ese tal Gascoigne. Otro secreto más. Otra mentira más. ¡Conque a ver sombreros con una señora...!

Pero Pritchard descubrió que era incapaz de renovar su ira. Se sentía avergonzado. Se sentía como si hubiese sido él quien había importunado, quien había interrumpido una escena íntima entre Anna y Gascoigne en los aposentos de la puta. La vergüenza que sentía Pritchard era de una modalidad muy rudimentaria e infantil: le sobrevino como un torrente de amargura que se le iba agolpando en la garganta.

Por fin, dio media vuelta y empezó la retirada. Al llegar a la puerta extendió la mano hacia atrás y agarró el picaporte para cerrar a su paso, pero lo hizo lentamente, y se quedó observándolos a través del menguante resquicio.

Gascoigne empezó a moverse justo antes de que la puerta se hubiese cerrado del todo. Se dio la vuelta hacia Anna y abrió los brazos para envolverla en ellos, y Anna se dejó caer sobre él, su pálida mejilla subiendo para acoplarse a la curva de su cuello. Gascoigne la abrazó con fuerza por la cintura, y el cuerpo de Anna se desmadejó; la levantó, y los dedos de los pies de Anna se arrastraron por el suelo; se agarraba a él. Gascoigne bajó la cabeza y hundió la mejilla en su cabello. Tenía la mandíbula apretada y los ojos abiertos; respiraba con furia por la nariz. Pritchard, con el ojo pegado a la puerta, se sintió invadido por la soledad. Sintió que jamás había amado, y que nadie lo había amado a él. Cerró la puerta lo más suavemente que pudo y bajó las escaleras sin hacer ruido.

Φ

—¿Puedo intervenir para hacer una pregunta?

—Sí, por supuesto.

—¿Podría enseñarme cómo, exactamente, tenía sujeta la pistola la señorita Wetherell?

—Naturalmente. Así, con el pulpejo de la mano justo aquí. Yo estaba de pie, formando ángulo con ella, más o menos donde está sentado ahora el señor Mannering en relación conmigo, y ella estaba de medio lado, así.

—Y si la pistola hubiese disparado como cabía esperar, ¿qué tipo de herida se supone que habría sufrido la señorita Wetherell?

—Con suerte, una herida superficial en el hombro. Si no..., bueno, tal vez un poquito más abajo. En el corazón, quizá. En el lado izquierdo... Lo que es francamente curioso, claro, es que incluso si el cartucho hubiera sido de fogeo, habría recibido el impacto de la funda vacía, o la pólvora la habría quemado o, como poco, chamuscado. No le encontramos ni pies ni cabeza.

—Gracias. Disculpe la interrupción.

—¿Tiene usted algo que pueda compartir con nosotros, señor Moody?

- Enseguida lo haré... cuando haya oído el resto de la historia.
- Permítame que le diga, caballero, que tiene usted un aspecto muy extraño.
- Me encuentro muy bien. Por favor, continúe.



Todavía era por la tarde temprano cuando Pritchard regresó a su botica de la calle Collingwood, pero le parecía como si tuviera que ser mucho más tarde, como si tuviese que estar anocheciendo, para que pudiera explicarse el agotamiento que sentía. Entró a través de la tienda, y dedicó unos absurdos instantes a cuadrar los afiladores de cuero con las esquinas de las baldas y a ordenar los frascos de manera que quedasen bien alineados en el borde del expositor..., pero de repente, no pudo más. En el escaparate dejó una tarjeta en la que pedía a los clientes que volviesen el lunes, cerró la puerta con llave y se retiró a su laboratorio.

Sobre la mesa de trabajo tenía varios pedidos que había que preparar, pero miró los formularios casi sin verlos. Se quitó la chaqueta y la colgó del gancho que había junto al fogón. Se ató el delantal a la cintura por pura costumbre. Después, perdió la mirada en el vacío.

Las palabras de Mary Menzie lo habían marcado: eran su profecía, su maldición. «Nunca has estado en paz con el bien»: las recordaba, las había puesto por escrito, y con ello se había encargado de que se cumplieran. Se convirtió en el hombre a quien ella había rechazado precisamente porque ella lo había rechazado, porque ella se había marchado. Y ahora tenía treinta y ocho años, y jamás había estado enamorado, y otros hombres tenían queridas, y otros hombres tenían esposas. Con su largo dedo, Pritchard tocó el cuello de un frasco de medicina que estaba sobre la mesa que tenía delante. La chica tenía diecinueve años. Para él, seguía siendo Mary Menzies.

Le vino a la cabeza una frase de su padre: Ponle un mal nombre a un perro, y ese perro será malo de por vida. («Recuérdalo, Joseph», había dicho, apoyando una mano sobre el hombro de Pritchard y estrechando contra su pecho a un cachorro recién nacido con la otra; al día siguiente, Pritchard apodó a la cría Cromwell, y su padre hizo un gesto de aprobación con la cabeza). Al recordar sus palabras, Pritchard pensó: «¿Será eso lo que he hecho yo conmigo mismo, con mi destino? ¿Seré yo el perro de la máxima de mi padre, el perro mal nombrado?». Pero no era una pregunta.

Se sentó y plantó las palmas de las manos sobre el banco de laboratorio. Sus pensamientos vagaron poco a poco hacia Anna. Según ella, no había tenido la más mínima intención de suicidarse, afirmación esta que Pritchard creía sincera. Anna llevaba una vida mísera, pero no dejaba de tener sus placeres, y no era una mujer violenta. Pritchard pensaba que la conocía. No se la imaginaba intentando suicidarse. Y sin embargo, ¿qué era lo que había dicho? Sí que se le pasa a una por la cabeza, de vez en cuando. Sí. Pritchard caviló. De vez en cuando, sí.

Anna era una comedora de opio curtida. Consumía la droga casi a diario, y estaba

más que acostumbrada a los efectos que tenía en su cuerpo y en su mente. Pritchard nunca la había visto caer bajo sus efectos hasta el punto de que fuese imposible reanimarla durante más de doce horas. Dudaba de que semejante circunstancia pudiese haberse dado de modo accidental. En fin, si era cierto que no había tenido intención de poner fin a su vida —como declaró—, solo quedaban dos opciones: o bien alguien la había drogado, la había utilizado con fines nefandos y después la había abandonado en la carretera de Christchurch, o (Pritchard asintió lentamente con la cabeza) se estaba marcando un farol. Sí. Del mismo modo que había mentido sobre la resina, perfectamente podría estar mintiendo sobre la sobredosis. Pero ¿por qué motivo? ¿A quién estaba protegiendo? ¿Y con qué fin?

El médico de Hokitika había confirmado que, en efecto, Anna había consumido una gran cantidad de opio la noche del 14 de enero: su testimonio al respecto se había publicado en el *West Coast Times* al día siguiente del juicio de Anna. ¿Podría ser que Anna se las hubiese apañado para engañar al médico, o para persuadirlo de alguna manera de que elaborase un falso diagnóstico? Pritchard contempló esta posibilidad. Había estado en la cárcel más de doce horas, durante las cuales debía de haber recibido empujones y codazos de un montón de hombres, y otros muchos la habrían visto. Difícilmente podría haberlos engañado a todos. La verdadera inconsciencia no puede fingirse, pensó Pritchard. Ni siquiera una puta podía ser tan buena actriz.

De acuerdo: puede que después de todo alguien hubiese envenenado la droga. Pritchard dio la vuelta a sus manos y estudió las espirales de la parte carnosa de los dedos, cada mano la imagen especular de la otra. Al juntar las yemas, formaban un perfecto reflejo duplicado, como cuando uno apoya la frente contra un cristal. Se inclinó para mirarse las espirales. Desde luego, él no había alterado la droga de ninguna manera, y a decir verdad tampoco sospechaba que el chino, Sook, lo hubiese hecho. Apreciaba a Anna. No, era imposible que Sook hubiese querido hacerle daño. En fin, eso significaba que la droga debía de haber sido envenenada o bien antes de que Pritchard la comprase al por mayor, o bien después de que Anna se la comprase a Ah Sook para ingerirla en casa.

La fuente a la que recurría Pritchard para conseguir opiáceos de todo tipo era un hombre llamado Francis Carver. Se puso a pensar en Carver. Era un antiguo presidiario, y en consecuencia tenía mala fama; con él, sin embargo, siempre había tenido un trato educado y justo, y no tenía ningún motivo para pensar que Carver pudiese desearle en serio —ni a él ni a su negocio— ninguna clase de mal. En cuanto a si Carver profesaba algún tipo de inquina a los chinos, no tenía ni la más remota idea; pero no vendía directamente a los chinos. Le vendía a él, y solo a él.

Pritchard había conocido a Carver en un garito de la calle Revell, unos siete meses atrás. El boticario era muy aficionado al juego, y estaba refrescándose entre partida y partida de dados, haciendo recuento mental de sus pérdidas, cuando un hombre con una cicatriz en el rostro se sentó a su lado. Pritchard le preguntó, por cortesía, si le gustaban las cartas, y qué le había traído a Hokitika; enseguida

entablaron conversación. Cuando a su debido tiempo Pritchard mencionó su profesión, la expresión de Carver se avivó. Dejando el vaso en la mesa, explicó que tenía contacto desde hacía tiempo con un antiguo hombre de la Compañía de las Indias Orientales que controlaba una plantación de amapolas de opio en Bengala. Si Pritchard necesitaba opio, Carver podía garantizarle un producto de calidad incomparable y remesas sin límite. En aquel momento Pritchard no tenía reservas de opio, salvo unas débiles tinturas de láudano que le había comprado a un curandero; sin la menor vacilación, por tanto, dio las gracias a Carver, le estrechó la mano y quedó en volver a la mañana siguiente para concretar los términos del trato.

Desde entonces, Carver le había suministrado un total de tres libras de opio. Se negaba a facilitar a Pritchard más de una libra a la vez, por la razón (como explicó con total franqueza) de que prefería mantener un control estricto sobre sus propias remesas a fin de impedir que Pritchard vendiese la droga al por mayor a otros vendedores para obtener beneficios como intermediario. (Con la venta de opio a Ah Sook, era esto precisamente lo que hacía Pritchard, claro está; pero Carver jamás llegó a enterarse de este apañío complementario, ya que casi nunca estaba en Hokitika, y Pritchard no se había tomado la molestia de confesárselo). La resina venía envuelta en papel, embutida a presión en un bote de hojalata no muy distinto de una cajita de té.

Pritchard desenganchó un clavo del banco de laboratorio y se puso a sacarse la mugre de debajo de las uñas, reparando a la vez en que las tenía ya demasiado largas.

¿De veras se habría atrevido Carver a envenenar el opio antes de venderlo al por mayor a un emporio de drogas? Pritchard podría haber pulverizado la resina para convertirla en láudano; podría haberla vendido poco a poco a una gran cantidad de clientes; él mismo podría haber consumido la droga. Era verdad que entre Carver y Anna había habido una desagradable historia; ya en una ocasión le había hecho mucho daño. Pero aun cuando quisiera matarla por sobredosis, no había ninguna garantía de que una porción del opio envenenado fuese a parar a manos de Anna. Pritchard amasó una bola de polvo entre los dedos. No: era absurdo pensar que alguien fuese a tramar un plan que encerraba tantas incertidumbres. Carver podía ser un bruto, pero no era tonto.

Una vez rechazada esa teoría, el boticario pasó a considerar la segunda opción: que la droga hubiese sido envenenada después de que Ah Sook le diese un trozo a Anna Wetherell para que se lo tomase en casa. Puede que alguien hubiese entrado a hurtadillas en sus aposentos del Gridiron y la hubiese envenenado allí. Pero, de nuevo, ¿por qué? ¿Por qué iba nadie a tomarse siquiera la molestia de envenenar el opio? ¿Por qué no matar a la puta con métodos más convencionales..., por estrangulamiento, o por asfixia, o a golpes?

Derrotado, Pritchard se dedicó a pensar en las cosas que instintivamente sabía que eran ciertas. Sabía que Anna Wetherell no había contado toda la verdad sobre los acontecimientos del 14 de enero. Sabía por la pipa que había escondido en su

habitación que alguien había consumido la droga recientemente. Sabía que ella había dejado el opio; por sus ojos y sus gestos, le era imposible dudar de que ya no lo consumiera. Estas certezas, a juicio de Pritchard, no podían apuntar sino a una conclusión.

—Al diablo —susurró—. Está mintiendo... y a beneficio de otro hombre.

De este modo iba transcurriendo la tarde.

Al cabo de un tiempo Pritchard cogió los pedidos que tenía pendientes, y, a falta de una ocupación más amena, se puso a trabajar. No fue consciente del paso de las horas hasta que unos suaves golpecitos en la puerta del laboratorio lo devolvieron al presente. Se giró —reparando, con una vaga sorpresa, en que la luz se había vuelto muy tenue y empezaba a anochecer— y vio a Albert, el empleado de Nilssen, rondando por el umbral con la respiración contenida y cara de vergüenza. Llevaba una nota.

—Ah, una nota de Nilssen —dijo Pritchard, avanzando. Casi ni se acordaba de su conversación con Nilssen de esa misma tarde, y de la petición que le había hecho: que encontrase al orfebre Quee y lo interrogase por el oro fundido que se había descubierto en la propiedad de Crosbie Wells. Se había olvidado por completo de Crosbie Wells... y de su fortuna, y de su viuda y del desaparecido señor Staines. Cuán silenciosamente giraba el mundo cuando uno estaba rumiando, y encima a solas.

Pritchard rebuscó en su delantal una moneda de seis peniques, pero Albert, ruborizándose hasta los tuétanos, se negó a aceptarla.

—No, señor —tartamudeó, y levantó las palmas de las manos para mostrar que el honor de haber hecho la entrega le bastaba y le sobraba.

De hecho, Albert estaba convencido de que jamás había disfrutado de una tarde tan emocionante en toda su vida. Su patrón, al volver del Barrio Chino de Kaniere hacía más o menos una hora, había estado sumido en un estado de nerviosismo tal que casi arranca la puerta de los goznes. Había escrito la nota que llevaba Albert con toda la pasión de un compositor sinfónico en colusión con su musa. La había sellado mal, le había caído cera encima, había blasfemado y después le había enjaretado a Albert la hoja doblada y abollonada a la vez que lo apremiaba con voz ronca: «Pritchard, llévasela a Pritchard a toda mecha». En la intimidad del recibidor del boticario, justo antes de entrar al laboratorio, Albert había pellizcado los bordes de la carta para que el papel doblado formase una especie de tubo, y escudriñando el interior había logrado distinguir varias palabras que le olían a piratería de la seria. Estaba encantado de que su patrón se trajese algo turbio entre manos.

—Bien, pues... gracias —dijo Pritchard, cogiendo la carta—. ¿Dijo si necesitaba respuesta?

—No hace falta respuesta, señor. Pero dijo que me quedase a comprobar que la quemaba después de leerla.

Pritchard soltó una risotada. Qué típico de Nilssen: primero se enfurruñaba,

después se quejaba de lo enrevesado que era todo, después perdía el tiempo y por último intentaba quitarse de encima toda la carga de la responsabilidad..., pero tan pronto como se convertía en un participante, tan pronto como sentía que desempeñaba un papel crucial e imponente, todo pasaba a ser una pantomima, un espectáculo de capa y espada; se regodeaba en ello.

Pritchard se alejó unos pasos (el muchacho pareció decepcionado), rasgó el sello con los dedos y alisó el papel sobre su mesa de laboratorio. La carta rezaba:

Jo:

He ido a ver a Quee, tal y como me pidió. Tenía razón en lo del oro; es obra suya, aunque jura que no tiene ni idea de cómo acabó en manos de Wells. La puta está metida en todo esto (quizá esto ya lo sepa usted), aunque no podemos llegar al fondo de la cuestión..., al autor, por usar sus mismas palabras. Parece que todos están implicados como nosotros, de manera periférica. Demasiadas cosas como para ponerlas aquí por escrito. Propuse una reunión. Orientales incluidos. Hemos quedado citados en la habitación trasera del Crown, al atardecer. Nos aseguraremos de que nadie nos interrumpa. No se lo diga a nadie, ni siquiera a nadie en quien confíe y que guarde alguna relación con todo esto y pueda algún día comparecer a nuestro lado como acusado. Tenga la amabilidad de destruir esto.

H. N.

LUNA EN TAURO, CRECIENTE

En el que Charlie Frost tiene una corazonada, Dick Mannering se ciñe la pistolera y nos aventuramos río arriba a las concesiones de Kaniere

La indagación de Thomas Balfour en el Banco de la Reserva de Nueva Zelanda esa misma mañana había despertado la curiosidad del bancario en varios frentes, y en cuanto Balfour abandonó el edificio, el señor Frost resolvió investigar por su cuenta. Aún tenía en la mano el perfil accionarial de la mina Aurora, cuyo propietario y director era el buscador de oro desaparecido Emery Staines. «Aurora», pensó Frost, dando toquitos al documento con su magro dedo. «Aurora». Sabía que había visto ese nombre recientemente, pero ¿dónde? Al cabo de un rato, se bajó del taburete y se dirigió con paso quedo a la vitrina que había enfrente de su cubículo, en cuyo interior se veía una fila de lomos de cuero marcados con las palabras «Rendimientos Trimestrales». Seleccionó el tercer y el cuarto trimestre del año anterior, y volvió a su mesa para estudiar los registros de la mina de oro.

Charlie Frost era un hombre poco conocido, lo cual pocas veces es algo a lo que nadie aspire, y era un alma tranquila, modesto en el vestir, de rasgos afables y poco dispuesto, ante cualquier provocación, a alterar la paz. Cuando hablaba, lo hacía despacio y con cuidado. Rara vez se reía abiertamente, y aunque tenía una actitud relajada y natural, siempre parecía alerta, como si en todo momento tuviera presente alguna norma de etiqueta que nadie más observaba ya. No le gustaba expresar sus preferencias ni hablar largo y tendido; de hecho, era reacio, cuando conversaba, a imponer ningún tipo de agenda. Esto no significaba en absoluto que Frost careciese de agenda, o que sus preferencias fueran escasas; de hecho, los numerosos rituales de su vida privada estaban regulados en extremo, y sus ambiciones eran hartamente exigentes. Más bien, Frost había aprendido que era importante parecer modesto. Conocía el poder latente de la oscuridad (poderoso, porque suscitaba la curiosidad ajena) y sabía elaborar muy buenas estrategias para ejercerlo, pero se esmeraba en mantener oculto este talento. Los desconocidos, nada más encontrarse con él, invariablemente pensaban que se hallaban ante un hombre de reacción y no ante uno de acción; ante un hombre gobernado en los negocios, seducido en el amor y rotundamente dócil en todos sus placeres.

Frost solo tenía veinticuatro años y había nacido en Nueva Zelanda. Su padre había sido un funcionario de alto rango en la ya extinta Compañía de Nueva Zelanda, quien, al desembarcar en la desembocadura del río Hutt y descubrir terreno llano en

abundancia para dividir y vender, inmediatamente había pedido que le enviaran una esposa desde casa. Frost no estaba orgulloso del hecho de su nacimiento, pues era una extraña ciudadanía para un hombre blanco y le parecía vergonzosa. No contaba historias de su infancia, transcurrida en el pantanoso llano del valle Hutt, leyendo y releendo la manoseada copia de *Paradise Lost* que tenía su padre, el único libro además de la Biblia que poseía la familia. (A la edad de ocho años, Frost podía recitar todos y cada uno de los discursos de Dios, del Hijo y de Adán..., pero nunca se aprendió los de Satán, que se le antojaba pugnaz, ni los de Eva, que se le antojaba débil, además de pesada). No fue una infancia infeliz, pero Frost se sentía infeliz al recordarla. Cuando hablaba de Inglaterra, era como si la echase infinitamente de menos y no viese la hora de volver.

Con la disolución de la Compañía de Nueva Zelanda, el señor Frost, padre, estuvo a punto de arruinarse, y cayó en el más absoluto descrédito. Acudió a su único hijo en busca de ayuda. Charlie Frost consiguió trabajo de amanuense en Wellington, y pronto le ofrecieron un empleo en un banco del barrio de Lambton, puesto este que le procuraba ingresos suficientes para mantener a sus padres con buena salud y relativa comodidad. Cuando se descubrió oro en Otago, Frost se trasladó a un banco de Lawrence, prometiendo enviar la mayor parte de su sueldo a casa, cada mes, por correo privado, promesa que jamás había roto. Ni una sola vez había vuelto al valle Hutt, sin embargo, y no pensaba hacerlo. Charlie Frost era dado a concebir todas sus relaciones en términos de utilidad y ganancia, y no dedicaba ni medio segundo a pensar en los demás una vez que consideraba que había cumplido con su deber. Ahora, en Hokitika (pues había ido de Lawrence a la Costa, el mismo recorrido de la fiebre del oro), nunca pensaba en sus padres, excepto una vez al mes mientras les escribía. Era una tarea difícil, pues las cartas de su padre eran bruscas y avergonzadas, y las de su madre rezumaban un silencio abatido..., sentimientos estos que apenaban a Charlie Frost, pero por poco tiempo. Después de escribir y despachar sus respuestas, rasgaba las cartas de sus padres y hacía tiras para encender sus puros, cortando las hojas a lo largo para vedar por completo el acceso a su contenido; las tiras las quemaba con indiferencia.

Frost hojeó el cartapacio de rendimientos hasta que encontró la sección concerniente a Kaniere y al desfiladero de Hokitika. Los registros figuraban por orden alfabético, estando la mina Aurora dos lugares antes de una concesión que llevaba el nombre, harto optimista para la Costa Occidental, de las Cuatro Estaciones. Frost se inclinó sobre la página para leer las cifras, y un instante después soltó un murmullo de sorpresa.

A lo largo del mes siguiente a su compra inicial, la concesión de la Aurora había dado un rendimiento espléndido, de casi cien libras; al llegar agosto, sin embargo, los beneficios habían caído en picado, hasta —Frost arqueó las cejas— cesar prácticamente del todo. El total de los beneficios en el último trimestre era solo de doce libras. ¡Una libra a la semana! Era extrañísimo, para una mina tan profunda y

prometedora como la Aurora. Una libra a la semana..., vaya, si con eso apenas llegaba para cubrir los gastos generales, pensó Frost. Se inclinó más sobre el libro. El registro mostraba que la Aurora estaba a cargo de un hombre solamente. Y su nombre era chino, así que la mano de obra sería barata..., pero aun así, pensó Frost, al minero habría que pagarle un salario diario.

Charlie Frost tenía el gesto torcido. Según el perfil accionarial, Emery Staines había adquirido la mina aurífera Aurora a finales de otoño del año anterior. Al parecer, a las pocas semanas de la compra Staines había vendido acciones al cincuenta por ciento al infame Francis Carver; sin embargo, justo después de esa transacción —como recogía el registro— la concesión se había agotado de manera repentina. O bien la Aurora se había convertido, de la noche a la mañana, en una concesión improductiva —prácticamente sin ningún valor— o a alguien se le estaba dando muy bien hacer que lo pareciera. Frost cerró el cartapacio y se quedó un rato pensando. Paseó la mirada por la muchedumbre: los mineros con sus sombreros chambergos, los inversores, la escolta con sus charreteras trenzadas. De pronto recordó dónde había visto antes ese nombre.

Puso una tarjeta en su cubículo para indicar que la ventanilla estaba cerrada.

—¿Ya has terminado por hoy? —preguntó un colega.

—Sí, supongo —dijo Frost, parpadeando—. No se me había ocurrido; tenía intención de volver después de almorzar.

—Cerraremos a las dos, y hoy ya no va a haber más compras una vez que se despache este lote —dijo el otro bancario. Estiró la espalda y se dio unas palmaditas en la barriga con las dos manos—. Ya nos veremos el lunes, Charlie.

—¡Bueno! —murmuró Frost, clavando los ojos en la copa de su sombrero como si de repente se sorprendiese de verlo en su mano—. Eres muy amable. Muchísimas gracias.

Φ

Dick Mannering se hallaba solo en su oficina cuando Frost llamó a la puerta. Al oír los golpecitos, la perrita collie de Mannering salió disparada de debajo de la mesa en un arranque de gozosa energía; se abalanzó sobre Frost aporreando el suelo con el rabo, abriendo su boca roja.

—¡Charlie Frost! ¡A ti sí que no esperaba verte! —exclamó Mannering, apartando su silla de la mesa—. Entra, entra... y cierra la puerta. Tengo la sensación de que lo que me vas a contar, sea lo que sea, no es para que lo oiga todo el mundo.

—Baja, pequeña —le dijo Frost a la perra agarrándola del hocico, mirándola a los ojos, despeinándole las orejas... y, satisfecha, la perra se puso de nuevo a cuatro patas y volvió trotando con su amo, donde se dio la vuelta, se dejó caer, apoyó la nariz sobre las patas y dirigió una mirada lastimera a Frost.

Cerró la puerta, tal y como se le había pedido.

—¿Cómo estás, Dick?

—¿Que cómo estoy? —Mannering abrió las manos—. Siento curiosidad, Charlie. ¿Sabes? Estos días soy un hombre muy curioso. Acerca de un montón de cosas. Ya sabes que Staines se ha esfumado; no aparece por ningún lado. Incluso probamos con Holly en el desfiladero, aunque como sabuesa no es que sea muy buena. Le dimos a olisquear un pañuelo, y allá que se fue..., pero volvió sin nada. Sí, soy un hombre muy curioso. Espero que traigas noticias frescas... o algún escándalo, si no hay noticias. ¡Caramba, vaya par de semanitas! Quítate el abrigo... Bah, no te preocupes por la lluvia. No es más que agua, ¡y sabe Dios que a estas alturas deberíamos estar acostumbrados!

A pesar de esta invitación, Frost tuvo cuidado de colgar su abrigo de manera que no tocase con el de Mannering, y de asegurarse de que no gotearía sobre los chanclos de Mannering, que, alineados bajo el perchero cada uno con su horma, relucían con un negro magnífico. Después se quitó el sombrero, con cierta cautela.

—Vaya día más puñetero —dijo.

—Siéntate, siéntate —pidió Mannering—. ¿Te tomas un brandy?

—Sí, si me acompañas —dijo Frost, siendo esta su norma ante cualquier expresión de apetito y sed. Se sentó, apoyando las palmas de las manos sobre las rodillas, y miró en derredor.

La oficina de Mannering estaba sobre el vestíbulo del teatro de ópera Prince of Wales. Presumía de unas preciosas vistas a la calle Revell sobre el toldo a rayas del teatro, y, más allá, al mar abierto, que resaltaba entre las fachadas de las casas de enfrente como una franja gris azulado, de vez en cuando verde y hoy, a través de la lluvia, de un amarillo blanquecino, pues el agua había cogido el color del cielo.

La habitación se había diseñado como un testimonio de la riqueza de su dueño; y es que Mannering, además de dirigir el teatro de ópera, percibía ingresos por ejercer de proxeneta, tahúr, accionista y magnate de yacimientos auríferos. En todas estas profesiones poseía un maravilloso don para obtener beneficios, sobre todo de los que se ganan a costa de las infracciones de otros hombres: de ello daba cumplida fe el mobiliario de la habitación. Las paredes de su oficina estaban empapeladas, y los armarios aceitados; en el suelo había una tupida alfombra turca; un busto de cerámica, al estilo romano, servía a modo de ceñudo soporte para libros; bajo la ventana, una caja de especímenes exhibía tres mariposas negras, cada una del tamaño de una mano de niño abierta. Detrás del escritorio de Mannering colgaba un sublime paisaje a la acuarela, enmarcado en oro: representaba un alto acantilado, rayos de sol inclinados, un follaje silueteado en un tono purpúreo, y, en la brumosa distancia, la pálida aguada de un arcoíris asomando por detrás de una nube. A Charlie Frost le parecía una magnífica obra de arte, y que decía mucho a favor del gusto de Mannering. Siempre se alegraba cuando se le ocurría una razón para hacerle una visita; de este modo se podía sentar en esta misma silla a contemplarla, e imaginarse que se hallaba en algún lugar grandioso y lejano.

—Sí, vaya par de semanitas —estaba diciendo Mannering—. ¡Y ahora, mi mejor puta se larga y se pone de luto! Esto no hay quien lo aguante, te lo aseguro. Empiezo a pensar que lo mismo está loca. Menudo revés. Cuando se trata de tu mejor puta, es un revés. No sé si sabes que la noche en que desapareció Emery, estaba allí con él.

—¿La señorita Wetherell... y el señor Staines? —Frost había cerrado las manos sobre las volutas de los brazos de su silla, y con las yemas de los dedos recorría el surco de la talla.

La belleza, para Charlie Frost, era más o menos sinónima del refinamiento. La mujer ideal, a su juicio, era una mujer consagrada a un proyecto de realce personal, que destacaba en las artes femeninas de bordar, tocar el piano, prensar flores y similares; que cantaba con dulzura, leía serenamente y aceptaba todas las opiniones sin reparos; un objeto de colección encantador e inestimable, que amaba, por encima de todas las cosas, ser amada. Anna Wetherell no poseía ninguna de estas cualidades, pero admitir que Anna no se parecía en nada a la fantástica forma del ideal fantasmático de Frost no significa en absoluto que el bancario no le tuviese afecto, ni que no hallase en ella la misma satisfacción que todos los demás. Ahora, al imaginarse juntos a Anna y a Staines, sintió una punzada de desasosiego..., casi de aversión.

—Pues sí —dijo Mannering, quitando el tapón de cristal del cuello de la licorera y haciendo remolinos con el líquido—. Pagó por toda la noche, ¡y al diablo el policía o quienquiera que viniese a llamar a su puerta! ¡Y en su propia casa, además! ¡Nada de hoteles de fulanas! Se puso muy exigente: tenía que ser ella, decía, ni Kate ni Lizzie; tenía que ser Anna. Y luego, a la mañana siguiente, ella está medio muerta y a él no se le encuentra por ningún sitio. Estoy reventado de darle tantas vueltas a la cabeza, Charlie. Y claro, ella no ayuda en absoluto. Dice que no recuerda nada anterior al maldito momento en que se despertó en la cárcel, y por la cara tan boba que pone, tiendo a creerla. Es mi mejor puta, Charlie..., pero al diablo esa droga que tanto le gusta; que se la quede el diablo para él. ¿Quieres un puro?

Frost cogió un puro de la caja y Mannering se inclinó para acercar un papel a las brasas; pero el papel era muy corto y llameó enseguida, y Mannering se quemó los dedos. Soltó el papel en la chimenea, maldiciendo. Se vio obligado a hacer otro rulo con un papel secante, y al cabo de unos instantes los dos puros estaban encendidos.

—Pero no hemos hablado nada de tus desventuras —añadió Mannering a la vez que se sentaba.

Frost parecía afligido.

—Mis desventuras, como tú las llamas, están bajo control.

—Yo diría que no —dijo Mannering—. ¡Entre que la viuda llega el jueves y que ahora todo el mundo está chismorreando...! Te voy a decir lo que parece desde mi punto de vista. Tiene toda la pinta de que sabías que ese oro estaba colocado en la cabaña del ermitaño, y de que cuando murió te aseguraste bien de que la venta se efectuaba lo más deprisa posible.

—Esa no es la verdad —dijo el bancario.

—Da la impresión de que estáis los dos compinchados, Charlie —prosiguió Mannering—. Tú y Clinch: parece que estáis metidos en esto hasta el cuello. Traerán un juez, ¿sabes? Enviarán a alguien del Tribunal Superior. Este tipo de cosas no se las lleva el viento así, sin más. Nos arrastrará a todos: dónde estábamos la noche del 14 de enero, todo eso. Mejor será que dejemos bien claras nuestras historias antes de que eso ocurra. No te estoy acusando. Lo estoy describiendo desde mi punto de vista.

Era frecuente que la manera de hablar de Mannering tuviese un toque de discurso regio, pues la imagen que tenía de sí mismo era inquebrantable, autoritaria y absoluta. Era incapaz de contemplar el mundo más que desde la perspectiva de quien está al mando, y le encantaba declamar. En este aspecto era todo lo contrario de su invitado, diferencia esta que a Mannering le producía cierta irritación, pues, si bien prefería rodearse de invitados deferentes, le ponía de mal humor la gente que consideraba indigna de su atención. Era muy generoso con Charlie Frost; siempre compartía alcohol y tabaco con el joven y le regalaba entradas de tribuna para los espectáculos del momento, pero de vez en cuando la callada reserva de Frost lo crispaba. Mannering tendía a asignar papeles a sus seguidores, etiquetándolos como se etiqueta a un hombre por su profesión cuando se le llama «el doctor» o «el cabo»; sus etiquetas, expresadas para sus adentros y nunca en voz alta, describían a otros hombres exclusivamente en razón a la relación que tenían con él..., que era como veía a toda la gente con la que se encontraba: como reflejos o como detracciones de su auténtico yo.

Mannering, como ya se ha observado, era un hombre muy gordo. En la veintena había sido corpulento, y, en la treintena, bastante barrigón; para cuando cumplió los cuarenta, su torso había adquirido una dimensión casi esférica, y se veía obligado, para su íntima consternación, a pedir ayuda tanto para montar como para desmontar del caballo. En lugar de admitir que su contorno se había convertido en un impedimento para las actividades cotidianas, Mannering echaba la culpa a la gota, afección de la que nunca se había visto aquejado pero que, a su juicio, sonaba de lo más aristocrática. Le encantaba que lo tomasen por un aristócrata, suposición esta que sucedía muy a menudo ya que tenía patillas de boca de hacha y una tez blanca, y además era amigo de vestir ropa cara. Aquel día llevaba la corbata prendida con un alfiler de oro, y su chaleco (cuyos botones estaban manifiestamente a punto de reventar) lucía solapas de muesca.

—No estamos compinchados en nada —dijo Frost—. Te aseguro que no sé a qué te refieres.

Mannering movió la cabeza.

—Veo que estás en un aprieto, Charlie. ¡Vaya si lo veo! Tú y Clinch, los dos. Si llega a haber juicio, porque puede que haya juicio, ¿sabes?, tendrás que explicar por qué se cerró tan deprisa la venta de la cabaña. Esa será la cuestión crucial, la cuestión en la que tendréis que coincidir. No sugiero que cometas perjurio. Solo digo que

vuestras historias tendrán que concordar. ¿Qué buscas? ¿Ayuda? ¿Necesitas una coartada?

—¿Una coartada? —dijo Frost—. ¿Para qué iba a quererla?

—Venga —dijo Mannering, meneando el dedo con aire paternal—. No me digas que no tramabas algo. Pero ¡si no hay más que ver lo de prisa que se cerró la venta!

Frost tomó un sorbo de brandy.

—No deberíamos hablar de esto tan a la ligera. Sobre todo porque hay otros hombres implicados.

(Esta era otra de sus normas: mostrarse siempre reacio a divulgar nada).

—Que se pudran los otros —exclamó Mannering—. ¡Que se pudran el «deberíamos» y el «no deberíamos»! A ver, ¿qué pasó? ¡Suéltalo!

—Te lo voy a contar; pero no hubo nada delictivo —dijo Frost, no sin cierto disfrute, ya que le gustaba eso de declarar que no tenía culpa de nada—. La transacción fue completamente legal y válida.

—Entonces ¿qué explicación le das?

—Qué explicación le doy ¿a qué?

—¡A cómo ocurrió todo!

—Se explica perfectamente —dijo con calma Frost—. Cuando murió Crosbie Wells, Ben Löwenthal se enteró casi de inmediato, porque nada más llegar aquí el político ese fue a entrevistarle con la idea de sacar un número extraordinario a la mañana siguiente. Y el político (se llama Lauderback; Alistair Lauderback)..., bueno, el político acababa de venir de la cabaña de Wells; él fue quien se encontró muerto al tipo. Naturalmente, se lo contó todo a Löwenthal.

—Qué vivo, el judío —dijo Mannering, con cierta complacencia—. Siempre están en el lugar oportuno en el momento oportuno, ¿no te parece?

—Supongo que sí —repuso Frost, que no quería manifestar una opinión en ninguno de los dos sentidos—. Pero como venía diciendo: Löwenthal fue el primero en enterarse de la muerte de Wells. Incluso antes de que el juez de instrucción llegase a la cabaña.

—Pero él no pensaba comprarlo —dijo Mannering—. El terreno, digo.

—No; pero sabía que Clinch estaba ojo avizor para hacer una inversión, así que quiso hacerle un favor y le dio la noticia..., es decir, la noticia de que el patrimonio de Wells saldría enseguida a la venta. Clinch vino a verme a la mañana siguiente con su señal, dispuesto a comprar. Y eso es todo.

—No, no lo es.

—Te aseguro que sí.

—Sé leer entre líneas, Charlie —dijo Mannering—. ¿«Quiso hacerle un favor»? Por la naturaleza bondadosa de su corazón caritativo, ¿eh? No, ¡Löwenthal, no! Es un chivatazo, y encima un chivatazo sobre una maldita fortuna. Están conchabados: Löwenthal y Clinch. Me apuesto la cabeza.

—Si lo están —repuso Frost, encogiéndose de hombros—, te aseguro que yo no

sé nada del asunto. Lo único que te estoy diciendo es que la venta de la cabaña fue completamente legal.

—¡Legal, dice el bancario! Pero aún no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué diablos tuvo que efectuarse tan deprisa?

Frost no se inmutó.

—Simplemente, porque no hubo papeleo por medio. Crosbie Wells no tenía nada: ni deudas, ni seguros ni nada que resolver. Ningún documento.

—¿Ningún documento?

—En su cabaña, no. Ni partida de nacimiento, ni resguardos ni licencias. Nada.

Mannering dio vueltas al puro entre sus dedos.

—Ningún documento —volvió a decir—. ¿Cómo entiendes eso?

—No sé. Quizá los perdiera.

—¿Cómo pierde uno los documentos?

—No sé —repitió Frost. No le gustaba que le insistieran para que compartiese sus opiniones.

—Puede que alguien los quemase. Que alguien se deshiciera de ellos.

Frost frunció ligeramente el ceño.

—¿Quién?

—El político ese —dijo Mannering—. Lauderback. Él fue el primero en llegar al lugar de los hechos. Quizá esté enredado en todo esto. Puede que le hablase a Löwenthal de la fortuna oculta en la cabaña. ¡Puede que viese la fortuna, que se lo contase a Löwenthal y que entonces Löwenthal se lo contase a Clinch! Pero es absurdo —añadió, rebatiendo su propia hipótesis—. De eso no saca nada, ¿no? Y tampoco saca nada el judío. A no ser que todo el mundo acabe sacando tajada en algún momento...

—Nadie sacó tajada —dijo Frost—. La fortuna está en depósito en el banco. No la puede tocar nadie. Al menos, hasta que se aclare lo de la viuda.

—Ah, sí... la viuda —dijo Mannering, con fruición—. ¡Eso sí que es un giro de los acontecimientos! ¿Qué piensas de ella? Es una conocida mía, ya sabes..., una conocida. Greenway, ese es su nombre de soltera. Jamás la conocí como la señora Wells..., para mí era la señorita Greenway. ¿Qué piensas de ella, Charlie?

Frost se encogió de hombros.

—Tiene el papeleo de su parte —dijo—. Si resulta que la partida matrimonial es legal, entonces la venta se revocará y la fortuna será suya. Eso ahora está en manos de los burócratas.

—Pero yo te he preguntado qué piensas de ella.

Pareció que Frost se enfadaba.

—Tiene muy buena planta —dijo—. Me parece muy guapa. —Se encajó el puro en la comisura de la boca y, al morderlo, un leve estremecimiento de dolor le cruzó el semblante.

—Vaya si es guapa —dijo alegremente Mannering—. ¡Pero que muy guapa! Sabe

jugar con los hombres, ¡y de qué manera! Supongo que eso fue lo que le pasó al pobre Crosbie Wells: que lo engañó, como a todos los demás.

—No le encuentro ni pies ni cabeza a su matrimonio —admitió Frost—. ¿Qué podía ofrecerle un viejo como Crosbie Wells? En fin, incluso a una mujer fea, así que no digamos a una guapa... No entiendo qué pudo atraerle de él; aunque, por supuesto, me imagino perfectamente lo que a él le atrajo de ella.

—Te estás olvidando de su fortuna —dijo Mannering, haciéndole un gesto admonitorio con el dedo—. ¡El más potente de los afrodisíacos! Está claro que se casó con el viejo Crosbie por su dinero. Y después él lo escondió, y lo único que tenía que hacer ella era esperar a que se muriese. ¿Qué, si no, podría explicarlo? Considerando lo poco que tardó en aparecer después de su muerte..., como si lo hubiera estado planeando, ya me entiendes. ¡Ah, Lydia Wells es un alma ladina! Clava la vista en los peniques y los dedos en las libras. Si firma con su nombre es para sacar partido.

Frost no respondió al punto, pues la observación de Mannering le había recordado el motivo de su visita, y quería poner sus pensamientos en orden antes de anunciárselo; al cabo de un instante, sin embargo, Mannering soltó una risotada y dio un puñetazo en la mesa.

—¡Por fin! —exclamó alborozado—. ¡Lo sabía! Sabía que estabas en un brete... ¡y sabía que te acabaría descubriendo! Dime, ¿de qué se trata? ¿Cuál es el delito? ¿Cuál es el problema? Te has delatado, Charlie; se te nota a la legua. Es algo relacionado con esa fortuna, ¿a que sí? Tiene que ver con Crosbie Wells.

Frost bebió un sorbo de brandy. No podía decirse que hubiese cometido ningún delito..., pero aun así era cierto que había un problema, y que tenía que ver con la fortuna, y que involucraba a Crosbie Wells. Sus ojos se deslizaron desde el hombro de Mannering hasta la ventana, y se quedó un momento contemplando las vistas mientras decidía cuál era la mejor manera de formular la cuestión.

Después de que el banco tasase la fortuna descubierta en la cabaña de Wells, Edgar Clinch le había hecho un magnífico regalo a Frost en agradecimiento por haberle facilitado la venta: un cheque por la cantidad de treinta libras. La recepción de este cheque tuvo un efecto inmediato y embriagador en Charlie Frost, cuyos ingresos se destinaban, casi íntegramente, a mantener a unos padres a quienes nunca veía y a los que no amaba. En un arrebato de entusiasmo, sin precedentes en su experiencia terrenal, Frost decidió gastarse la totalidad del dinero y de golpe. No informaría a sus padres de este dinero caído del cielo, y se gastaría hasta el último penique en sí mismo. Cambió el cheque por treinta relucientes soberanos y con ellos se compró un chaleco de seda, una caja de whisky, una colección de obras históricas encuadernadas en piel, un alfiler de solapa de rubíes, una caja de exquisitos dulces de importación y un juego de pañuelos con monograma, con sus iniciales destacadas sobre una rosa.

Lydia Wells se había presentado en Hokitika varios días después de este arranque

de prodigalidad. Nada más llegar se presentó en el Banco de la Reserva, anunciando sus intenciones de revocar la venta de la cabaña y los efectos personales de su difunto esposo. Si la anulación se veía coronada por el éxito, Frost sabía que estaría obligado, por su parte, a recuperar esas treinta libras. No podía revender el chaleco, excepto como una prenda usada; los libros y el alfiler los podía empeñar, pero solo por un porcentaje mínimo de su valor; había abierto la caja de whisky, no quedaban dulces, y ¿qué necio querría comprar un pañuelo bordado con el nombre de otro? En definitiva, suerte tendría si llegaba a recuperar al menos la mitad de lo que se había gastado. No tendría más remedio que acudir a uno de los numerosos usureros de Hokitika y suplicar que le concediese un crédito; cargaría con su deuda durante meses, incluso años; y, lo peor de todo, incluso tendría que confesar todo el asunto a sus padres. La perspectiva lo ponía malo.

Pero no se había presentado ante Mannering para ponerlo al corriente de sus humillaciones.

—No estoy en un brete —replicó secamente, mirando de nuevo a su anfitrión—, pero adivino que es muy posible que otra persona lo esté. Verás: no me creo que esa fortuna perteneciese en absoluto a Crosbie Wells. Creo que fue robada. —Se inclinó para echar la ceniza de su puro, y vio que la punta se había apagado.

—Bueno, ¿y a quién se la robaron? —quiso saber Mannering.

—De eso precisamente quería hablar contigo —dijo el joven bancario. Había fósforos en el bolsillo de su chaleco; se pasó el puro a la mano derecha para cogerlos—. Se me ha ocurrido una idea, esta misma tarde, y quería saber qué piensas tú. Tiene que ver con Emery Staines.

—Ah, es obvio que está metido hasta el cuello —dijo Mannering, recostándose en su silla. (Frost empezó a encenderse el puro por segunda vez)—. ¡Va y desaparece ese mismo día! No hay duda de que algo tiene que ver. No me hago muchas ilusiones con nuestro amigo Emery, te lo aseguro. Tenemos un dicho en los yacimientos: la buena suerte, si dura, trae mala suerte. ¿Lo habías oído? En fin, es probable que Emery Staines fuera el hombre más afortunado que he conocido y que conoceré. Pasó de la pobreza a la riqueza, y sin nadie que le echase una mano amiga. Yo me apuesto que lo asesinaron, Charlie. Lo asesinaron en el río, o en la playa, y su cuerpo fue arrastrado por las aguas. A nadie le agrada ver que un muchacho amasa una fortuna. Y encima, antes de cumplir los treinta. Y menos aún cuando es una fortuna limpia. Me apuesto a que quienquiera que lo mató le sacaba veinte años. Como poco veinte años. ¿Qué, hacemos una apuesta?

—Disculpa —dijo Frost, haciendo un gesto casi imperceptible con la cabeza a modo de negación.

—Ah, claro —dijo Mannering, decepcionado—. Tú no te apuestas tu dinero, ¿verdad? Eres de los sensatos. Nada de lanzar una moneda al aire si no es para que caiga en tu monedero.

Frost no respondió; acababa de recordar, con una sensación incómoda, las treinta

libras que había despilfarrado recientemente como un manirroto.

—Pero ¡venga, no me hagas esperar! —exclamó Mannering, y nada más decirlo se sintió violento, pues había sonado más como un insulto de lo que había pretendido—. ¡Suéltalo! ¿Qué idea tienes?

Charlie Frost explicó lo que había descubierto esa misma mañana: que Frank Carver poseía la mitad de las acciones de la mina Aurora, y que él y Emery Staines eran, a efectos prácticos, socios.

—Sí..., algo me suena —dijo vagamente Mannering—. Pero es una larga historia, y solo le incumbe a Staines. ¿Por qué la mencionas?

—Porque la concesión Aurora tiene que ver con la tragedia de Crosbie Wells.

Mannering frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Te cuento.

—Venga.

Frost dio una larga calada al puro.

—La fortuna Wells pasó por el banco —dijo al fin—. Pasó por mis manos.

—¿Y bien?

Dick Mannering no soportaba que otro hombre acaparase el protagonismo por mucho tiempo y solía interrumpir con frecuencia, casi siempre para animar a su interlocutor a llegar a sus propias conclusiones de la manera más rápida y concisa posible.

Pero Frost no se dejó meter prisa.

—En fin, aquí viene lo extraño —dijo—. El oro ya había sido fundido, y no por un hombre de la Compañía. Todo apunta a que se había hecho en secreto.

—¡Ya estaba fundido! —exclamó Mannering—. No sabía nada.

—No; cómo ibas a saberlo —dijo Frost—. Cada pieza de oro que pasa por nuestro mostrador tiene que pasar por la retorta, por mucho que el proceso ya se haya hecho antes. Es para impedir que se cuelen elementos de relleno, y para asegurar una calidad uniforme. Así que Killarney volvió a hacerlo todo. Fundió el colorado de Wells antes de que se tasara, y la siguiente vez que alguien lo vio ya se había vertido en lingotes y llevaba el sello de la Reserva. Nadie ajeno al banco podía haber sabido que ya había pasado una vez por la retorta... salvo el hombre que lo escondió, claro. Ah, y el comisionista mercantil, que lo encontró en la cabaña y lo trajo al banco.

—¿Quién era? ¿Crochran?

—Harald Nilssen. De Nilssen & Co.

Mannering frunció el ceño.

—¿Por qué no Crochran?

Frost hizo una pausa para dar una calada al puro.

—No sé —dijo al fin.

—¿Para qué mete Clinch a otra persona más en todo esto? —preguntó Mannering—. Ya podría haber vaciado el lugar él solito. ¿Para qué mezcla a Harald Nilssen en

todo este follón?

—Te digo yo que a Clinch ni se le pasó por la cabeza que pudiese haber algo de valor en la cabaña —dijo Frost—. Se quedó atónito cuando apareció la fortuna.

—Conque atónito, ¿eh?

—Sí.

—¿Eso lo dices tú o lo dice él?

—Él.

—Atónito... —repitió Mannering.

—El caso es que a Nilssen le salió todo a las mil maravillas —continuó Frost—. Se iba a embolsar un diez por ciento del valor de los artículos de la cabaña. Un día de suerte para él. ¡Se fue a casa con cuatrocientas libras!

Mannering seguía luciendo una expresión escéptica.

—Bueno, y luego qué —quiso saber—. Fundido. Estabas diciendo que habían fundido el oro.

—Así que le eché un vistazo. Siempre escribimos una breve descripción de la mena, si viene en hojuelas o qué sé yo, antes de que lo fundan. La práctica no varía cuando el oro ya ha sido fundido: aun así, estamos obligados a dejar constancia del aspecto que tenía cuando llegó. Por motivos de... —Frost hizo una pausa; iba a decir «de seguridad», pero no tenía mucho sentido—... prudencia —concluyó, sin demasiada convicción—. En fin, el caso es que examiné los bloques antes de que Killarney los pusiera en el crisol, y vi que en todos ellos el fundidor, fuera quien fuese, había inscrito una palabra por debajo.

Hizo una pausa.

—Bueno, ¿y qué palabra era? —preguntó Mannering.

—Aurora —dijo Frost.

—Aurora.

—Eso es.

De repente pareció que Mannering estaba muy alerta.

—Pero después estos bloques, todos sin excepción, volvieron a fundirse —dijo—. Ese hombre suyo del banco los convirtió en lingotes.

Frost asintió.

—Y luego, ese mismo día, se guardaron bajo llave en la cámara acorazada, después de que el comisionista se llevase su parte y de que se pagasen los impuestos sobre patrimonio.

—Con lo cual no hay pruebas de ese nombre —dijo Mannering—. ¿Tengo razón? El nombre ha desaparecido. El nombre se ha fundido.

—Sí, ya no está —convino Frost—. Pero lo anoté, por supuesto; quedó registrado oficialmente. Está escrito en mi libro, como te he dicho.

Mannering dejó el vaso.

—Veamos, Charlie. ¿Cuánto costaría hacer desaparecer esa página... o el libro entero, ya que estamos? ¿Cuánto costaría un pequeño descuido por tu parte? Un poco

de agua, o un poco de fuego.

Frost se sorprendió.

—No entiendo —dijo.

—Tú responde a la pregunta. ¿Podrías hacer desaparecer esa página?

—Podría, pero yo no fui el único que se fijó en esa inscripción, ¿sabes? La vio Killarney. Mayhew también. La vio uno de los compradores: Jack Harmon, creo; ahora está en Greymouth. Cualquiera de ellos pudo habérselo mencionado a otros muchos. Era una inscripción muy llamativa, claro. No era algo de lo que uno se olvide fácilmente.

—Maldita sea —dijo Mannering. Dio un puñetazo en la mesa—. Maldita sea, maldita sea, maldita sea.

—No entiendo —volvió a decir Frost—. ¿A qué viene todo esto?

—¿Qué te pasa, Charlie? —le espetó de repente Mannering—. ¡Has tardado dos malditas semanas en venir a contarme esta historia! ¿Qué has estado haciendo? ¿Estabas de brazos cruzados? ¿Qué hacías?

Frost reculó.

—He venido a verte hoy porque pensé que esta información podría contribuir a encontrar al señor Staines —dijo con dignidad—. ¡Dado que este dinero le pertenece claramente a él, y no a Crosbie Wells!

—Tonterías. Eso lo podrías haber hecho hace dos semanas. O cualquier día desde entonces.

—Pero ¡si hasta esta mañana no lo había relacionado con Staines! ¿Cómo iba a saber yo lo de la Aurora? No llevo la cuenta ni de las finanzas ni de las concesiones de cada hombre. No tenía ningún motivo...

—Sacaste tajada. —Mannering lo interrumpió y lo apuntó con un dedo—. Sacaste tajada de ese dineral.

Frost se sonrojó.

—Eso no viene al caso.

—¿Sacaste o no tajada de la fortuna de Crosbie Wells?

—Bueno..., extraoficialmente...

Mannering soltó una blasfemia.

—Tú solo estabas ahí, viéndolas venir sin más, ¿verdad? —dijo. Se recostó, y con un indignado giro de muñeca tiró el resto del puro al fuego—. Hasta que apareció la viuda y te viste acorralado. Así que ahora vas y descubres tus cartas, ¡de suerte que parezca una obra de caridad! Que me aspen, Charlie. Maldita sea, que me aspen.

Frost parecía dolido.

—No —dijo—. No es por ese motivo. Hasta esta mañana no había atado cabos. De verdad. Tom Balfour se pasó por el banco con su cuentecito sobre Francis Carver, y me pidió que echase un vistazo a su perfil accionarial, y descubrí...

—¿Qué?

—... que Carver había comprado acciones de la Aurora poco después de que la

comprase el señor Staines. No lo he sabido hasta esta mañana.

—¿Qué decías de Tom Balfour?

—Cuando se marchó el señor Balfour eché un vistazo a los registros de la Aurora, y me fijé en que los beneficios de la Aurora empezaron a caer más o menos por la misma época en que Carver compró sus acciones, y entonces fue cuando recordé lo del nombre en el fundido, y encajé todas las piezas. De verdad.

Mannering alzó la voz.

—¿Qué quiere Tom Balfour de Francis Carver?

—Quiere llevarlo ante la ley —dijo Frost.

—¿Por qué razón?

—Dijo que Carver había birlado una fortuna de una concesión perteneciente a otro hombre, o algo por el estilo. Pero no soltaba prenda, y encima empezó con una mentira.

—Hmm —dijo el magnate.

—He venido a contártelo directamente —prosiguió Frost, sin perder la esperanza de que el otro lo elogiase—. Salí del banco antes de mi hora para venir a verte tan pronto como encajé todas las piezas.

—¡Todas las piezas! —exclamó Mannering—. Si ni siquiera tienes todas las piezas, Charlie. Si ni siquiera sabes qué aspecto tienen la mitad de las piezas.

Frost se ofendió.

—¿Y eso qué significa?

Pero Mannering no respondió.

—Johnny Quee —dijo—. El maldito Johnny Quee. —Se levantó tan de repente que la silla cayó a sus espaldas y chocó contra la pared; la collie se puso de pie de un brinco, contentísima, y empezó a jaderar.

—¿Quién? —preguntó Charlie Frost, antes de acordarse: Quee era el nombre del minero que explotaba la Aurora. Había visto su nombre escrito en el registro del banco.

—Mi problema chino..., y me temo que ahora también es el tuyo —dijo Mannering con tono sombrío—. ¿Estás conmigo, Charlie, o contra mí?

Frost bajó la mirada a su puro.

—Contigo, por supuesto. No entiendo por qué tienes que hacerme este tipo de preguntas.

Mannering se fue al fondo de la habitación. Abrió un armario, dejando ver dos carabinas, pistolas varias y un enorme cinturón que ostentaba dos pistoleras de gamuza y un ribete de cuero. Se ciñó este accesorio más bien absurdo a su amplia cintura.

—Deberías ir armado... ¿o ya vas?

Frost se ruborizó ligeramente. Se inclinó hacia delante y aplastó el puro... tomándose su tiempo, espachurrando la punta roma tres veces contra el plato, y después una más; moliendo la ceniza hasta convertirla en un fino polvo negro.

Mannering dio una patada en el suelo.

—¡Eh, que te estoy hablando! ¿Vas armado o no?

—No —respondió Frost, tirando al fin la colilla—. Para serte sincero, Dick, jamás he disparado un arma.

—No tiene ningún misterio —dijo Mannering—. Es tan fácil como respirar. — Volvió al armario y sacó del estante dos elegantes pistolas de percusión.

Frost lo observaba.

—Mal ayudante voy a ser si desconozco el tema de tu pleito y no dispongo de medios para ponerle fin —dijo al cabo, intentando mantener un tono de voz calmado.

—Da igual, da igual —dijo Mannering, inspeccionando sus pistolas—. Te iba a decir que tengo una Colt Army que puedes usar, pero ahora que lo pienso... Se tarda siglos en cargarla, y mejor que no te compliques con las balas y la pólvora. Sobre todo con esta lluvia. Y más si no lo has hecho antes. Nos apañaremos. Nos apañaremos.

Frost miró el cinturón de Mannering.

—Tremendo, ¿no crees? —dijo Mannering, sin sonreír. Se metió las pistolas en las cartucheras, cruzó la habitación en dirección a la percha de los abrigos y retiró su sobretodo de la percha de madera—. Tú tranquilo. ¿Ves? Cuando me ponga el abrigo y me lo abroche, nadie se dará cuenta. Te lo aseguro, me hierve la sangre, Charlie. ¡Ese asqueroso chino! Me hierve la sangre.

—No sé por qué.

—Él sí que lo sabe.

—Quieto un momento. Déjame que..., solo dime una cosa. ¿Qué es exactamente lo que estás planeando?

—Vamos a darle un susto al chino —lo exhortó el magnate, metiendo bruscamente los brazos en las mangas.

—¿Qué tipo de susto? —preguntó Frost, que se había percatado con inquietud del plural—. Y ¿a santo de qué?

—Ese chino explota la Aurora —dijo Mannering—. Esto es obra suya, Charlie; el fundido del que hablas.

—Pero ¿qué queja tienes de él?

—No es tanto una queja como rencor.

—¡Ah! —dijo de repente Frost—. No supondrás que es él quien ha matado al señor Staines, ¿no?

Mannering hizo un ruido de impaciencia que sonó casi como un gruñido. Cogió el abrigo de Frost del perchero y se lo lanzó; Frost lo atrapó, pero no hizo ademán de ponérselo.

—Vámonos —dijo Mannering—. Estamos perdiendo el tiempo.

—Por el amor de Dios —explotó el otro hombre—, podrías tener la gentileza de hablar claro. ¡Tendré que entender la historia si vamos a irrumpir como un vendaval en el maldito Barrio Chino!

(Frost lamentó esta formulación nada más hablar, ya que no quería irrumpir como un vendaval en el Barrio Chino bajo ninguna condición: ni entendiendo la historia ni de ninguna otra manera).

—No hay tiempo —insistió Mannering—. Te la contaré por el camino. Ponte el abrigo.

—No —dijo Charlie Frost..., advirtiendo, para su sorpresa, que era capaz de mostrar una delicada firmeza sin ceder terreno—. No tienes prisa; solo estás frenético. Cuéntamelo ahora.

Mannering titubeó, manoseando su sombrero.

—El chino este trabajó para mí —explicó al fin—. Excavó en la Aurora antes de que yo se la revendiese a Staines.

Frost parpadeó.

—¿La Aurora era tuya?

—Y cuando Staines la compró —dijo Mannering, haciendo un gesto de asentimiento—, el chino se quedó y siguió excavando. Es que tiene un contrato. Se llama Johnny Quee.

—No sabía que la Aurora hubiese sido tuya.

—La mitad de la tierra que hay de aquí al río Grey me ha pertenecido en un momento u otro. —Mannering sacó un poco de pecho—. Pero eso no viene al caso. Antes de que llegase Staines, Quee y yo tuvimos una trifulca. No, no fue exactamente una disputa. Yo tengo mi manera de hacer las cosas y los chinos tienen la suya, eso es todo. Sucedió lo siguiente. Cada semana yo cogía el total de la producción de Quee (después de contarla, claro) y la devolvía a la concesión.

—¿Que hacías qué?

—La devolvía a la concesión.

—¡Estabas inflando tu propia tierra! —dijo Frost, escandalizado.

Charlie Frost no era un gran observador de la naturaleza humana, y, en consecuencia, era frecuente que se sintiera traicionado por los demás. El aire de crítica estratégica que casi siempre acompañaba a sus palabras no era un artificio, aunque era plenamente consciente de sus efectos; se debía, antes bien, a una ceguera fundamental a toda experiencia ajena a la suya propia. Frost no sabía escucharse a sí mismo como si fuera otra persona; no sabía ver el mundo a través de los ojos de otro hombre; no sabía contemplar la naturaleza de los demás, salvo para compararla, ora con envidia ora con lástima, con la suya. Era un hedonista ensimismado, eternamente arrebuñado en el capullo de sus sentidos, pendiente, siempre, de las cosas que ya poseía y de las cosas que aún le quedaban por obtener; su subjetividad era exhaustiva y completa. Jamás se mostraba franco, y jamás declaraba sus íntimas motivaciones en público, y por ello se lo solía considerar un pensador asaz objetivo, dueño de una mente imparcial, ecuánime. Pero no era así. El escándalo que expresaba en estos momentos no era una muestra de indignación, en realidad ni siquiera de desaprobación: estaba sencillamente perplejo, pues jamás había llegado a ver a

Mannering más que como un hombre con unos ingresos envidiables y una salud digna de lástima, cuyos puros eran siempre de la mejor calidad y cuya licorera no parecía que se vaciase nunca.

Mannering se encogió de hombros.

—No soy el primer hombre que quiere sacar provecho, y no seré el último.

—Qué poca vergüenza —dijo Frost.

Pero la vergüenza, para Mannering, era una emoción que solamente acompañaba al fracaso; era imposible que sintiera compunción si, a su juicio, no había fracasado. Prosiguió su relato.

—Bien; de modo que tienes una opinión al respecto. De todos modos, ocurrió de la siguiente manera. La concesión en sí no servía para nada. Era poco más que un montón de escoria. Después de comprarla, enterré mineral de oro puro por valor de unas veinte libras en la grava, esparciéndolo por todas partes, y le ordené a Quee que empezase a excavar. Y Quee va y lo encuentra, evidentemente. El fin de semana acude al puesto del campamento a que se lo pesen, como todos los demás. Esto es antes de la escolta del oro, como recordarás. Allá por la época en que los bancarios se estacionaban a lo largo del río y los compradores trabajaban a solas. Así que cuando se presenta mi concesión y pesan mi oro, los bancarios me preguntan si quiero depositarlo allí mismo. Digo que no, que todavía no; que me lo vuelvo a llevar así, puro. Les suelto el rollo de que lo reservo para un comprador privado que lo va a exportar todo junto, como un tanto alzado. O algo por el estilo; ahora mismo no me acuerdo. El caso es que después de que pesen el oro y registren su valor, lo recojo todo de nuevo, espero a que me ampare la oscuridad, regreso sigilosamente a la concesión y lo esparzo por la grava por segunda vez.

—No te creo —dijo Frost.

—Créetelo o no, como quieras. Hay que reconocerle su mérito al chino, por supuesto: esto ocurrió unas cuatro o cinco veces, y cada semana volvía con el mismo montón, más o menos. Lo encontraba todo, por mucho que yo revolviese la grava, por muy abajo que se asentase la arenilla, hiciera el tiempo que hiciese, en cualquier circunstancia. Trabajaba como un troyano. Eso sí que se lo reconozco a los chinos: cuando se trata de trabajar a la antigua usanza, son intachables.

—Pero nunca le contaste lo que estabas haciendo.

Mannering se escandalizó.

—Por supuesto que no —dijo—. ¿Confesar mis pecados? ¡Por supuesto que no lo hice! Sigamos. Todo daba a entender que la Aurora estaba produciendo veinte libras por semana. ¡Nadie sabía que eran las mismas veinte libras una y otra vez! Simplemente, parecía una concesión buena y constante.

Mannering había iniciado su relato con cierto aire de exasperación, pero era incapaz de contener durante mucho tiempo su natural tendencia a narrar historias y lo divertía contar un caso que daba prueba de su ingenio. Se relajó y siguió narrando, golpeando el ala de su chistera contra su pierna.

—Pero entonces Quee empezó a coscarse. Debió de verme, o puede que simplemente se lo figurase. Y ¿qué hace entonces? ¡Viejo zorro! Empieza a alambicar el oro cada semana en un pequeño crisol de su propiedad. Después lo lleva al puesto del campamento ya fundido, y preparado en bloques de una libra, más o menos así de grandes. ¡Eso sí que no hay modo de volver a tirarlo entre las piedras!

»No importa, pensé. Tenía muchísimas concesiones más a la venta, y estaban rindiendo mucho polvo. Podía llevarlo de un sitio a otro. Así que empecé a depositar los bloques de Quee en el banco como si fueran rendimientos de la concesión Dream of England, y cada semana iba e inflaba la Aurora como antes, solo que lo hacía con polvo de la Dream of England, no con polvo de la Aurora, ¿entiendes? Hasta entonces la Aurora venía produciendo veinte libras a la semana; tenía que mantener la misma producción porque si no parecería que los beneficios habían empezado a disminuir... y yo no obtendría ninguna ganancia cuando la vendiese.

»Pero entonces Quee se enteró de esto —continuó Mannering, alzando la voz en una cadencia final—, y el muy condenado va y empieza a tallar el nombre del terreno, Aurora, en sus bloquecitos. Y comprenderás que lo que no puedo es depositar eso en el banco como si viniera del Dream of England sin que me miren raro. ¿Te lo quieres creer? ¡El muy caradura!

—No me creo nada —respondió Frost, que seguía sintiéndose traicionado.

—Bueno, pues de todos modos así fue —dijo Mannering—. Esa es la historia. Entonces fue cuando llegó Emery.

—¿Y?

—Y ¿qué?

—Bueno... ¿qué pasó?

—Ya sabes lo que pasó. Le vendí la Aurora.

—Pero ¡si dijiste que era una concesión improductiva!

—Sí —dijo Mannering.

—¡Le vendiste una concesión improductiva!

—Sí.

—Pero si es tu amigo... —dijo Charlie Frost, y fue pronunciar las palabras y lamentarlo en el mismo momento. Qué patético sonaba... ¡reprender a un hombre como Mannering ni más ni menos que por una cuestión de amistad! Mannering estaba en el augusto mediodía de su vida. Era un hombre próspero, vestía bien y era dueño del edificio más grande y hermoso de la calle Revell. Llevaba pepitas de oro colgando de la cadena del reloj. Comía carne en cada comida. Había conocido a cien mujeres... tal vez mil... tal vez más. ¿Qué le importaban a él los «amigos»? Frost sintió que se sonrojaba.

Mannering estudió al joven por un momento, y a continuación dijo:

—Este es el meollo de la cuestión, Charlie: una fortuna de cuatro mil libras —fundida, y con la palabra «Aurora» grabada en todos y cada uno de los bloques— ha aparecido en casa de un muerto. No sabemos por qué y no sabemos cómo, pero sí

sabemos quién, y ese «quién» es mi viejo amigo Quee de Kaniere. ¿De acuerdo? Por eso tenemos que ir al Barrio Chino. Para hacerle un par de preguntitas.

Frost tuvo la sensación de que Mannering seguía ocultándole algo.

—Pero ¿y la fortuna? ¿Cómo te la explicas? Si la Aurora es realmente improductiva, ¿de dónde vino todo ese oro? Y si la Aurora no es improductiva, ¿quién está amañando la contabilidad para que parezca que no vale nada de nada?

El magnate se puso el sombrero.

—Yo lo único que sé —dijo, recorriendo de nuevo el ala del sombrero con el índice y el pulgar—, es que tengo una cuenta pendiente. Nadie pone en ridículo a Dick Mannering más de una vez, y, a mi modo de ver, el chino este lo ha intentado con ganas. Venga, vamos. No te estarás convirtiendo en un gallina, ¿no?

A nadie le gusta que lo llamen cobarde... y menos aún a un hombre que se siente un cobarde redomado.

—De gallina no tengo nada —respondió Frost con voz fría.

—Bien —dijo Mannering—. Entonces, todo olvidado. Venga, vamos.

Frost metió los brazos en las mangas del abrigo.

—Solo espero que no haya que llegar a las manos.

—Eso ya lo veremos —dijo Mannering—. Ya lo veremos. Venga, Holly, ¡venga, mi niña! ¡Ale-hop! ¡Tenemos un asunto pendiente en el desfiladero de Hokitika!

Φ

Mientras Frost y Mannering salían del teatro de ópera Prince of Wales, encasquetándose los sombreros para protegerse de la lluvia, Thomas Balfour doblaba por la calle Weld, unas tres manzanas al sur. Balfour había pasado la última hora y media en la Posada Alemana de la calle Camp, donde una montaña de chucrut, salchichas y salsa, un asiento ante un fuego abierto y un buen rato de contemplación ininterrumpida lo habían ayudado a revisar bajo otra luz los asuntos de Alistair Lauderback. Salió de la hostería sintiéndose como nuevo, y puso rumbo directamente a la oficina del *West Coast Times*.

Los postigos de la balconada estaban echados, y la puerta de la calle, cerrada. Balfour tiró del pomo: estaba trancada. Movidio por la curiosidad, se dirigió con paso firme a la parte de atrás, al pequeño apartamento donde vivía Benjamin Löwenthal, el director del periódico. Se detuvo un instante ante la puerta a escuchar, y, al no oír nada, giró el pomo con cautela.

La puerta se abrió con facilidad y Balfour se encontró cara a cara con el mismísimo Löwenthal, que estaba sentado a su mesa con las manos en el regazo, casi como si hubiese estado esperando a que Balfour le sacase de un trance con un susto. Se levantó precipitadamente.

—Tom —dijo—. ¿Qué ocurre? ¿Pasa algo? ¿Por qué no has llamado?

La mesa que tenía delante era en realidad una mesa de laboratorio cuya superficie

estaba acribillada y desgastada, además de llena de manchas de tinta y productos químicos; hoy, empero, alguien había hecho limpieza de los desechos del oficio de Löwenthal y estaba cubierta por un paño bordado. En el centro había un platito en el que ardía un grueso velón.

—Vaya —se azoró Balfour—. Perdona, Ben. Hola. Perdona. No pretendía interrumpir tu... quiero decir, no pretendía interrumpirte.

—¡Bienvenido, hombre, bienvenido! —dijo Löwenthal, advirtiéndole que Balfour no traía malas noticias después de todo, sino que se había acercado a charlar un rato—. Pasa, que llueve.

—No pretendía interrumpir tu...

—No has interrumpido nada. Pasa, pasa. ¡Cierra la puerta!

—No vengo por un asunto de negocios, exactamente —dijo Balfour a modo de disculpa, sabedor de que el día santo de Löwenthal era un día de descanso—. No vengo por trabajo. Solo quería hablar contigo de una cosa.

—Hablar contigo nunca es trabajo —replicó generosamente Löwenthal, y después, por cuarta vez—: Pero venga, pasa.

Por fin, Balfour entró y cerró la puerta. Löwenthal volvió a tomar asiento y juntó las manos.

—Hace mucho que pienso que, para el judío, el negocio de los periódicos es la ocupación perfecta. El domingo no hay edición, de modo que el sabbat cae en el mejor momento. Compadezco a mis competidores cristianos. Tienen que pasarse el domingo entero componiendo los tipos y extendiendo la tinta para dejarlo todo listo para el lunes; no pueden descansar. Justo ahora, cuando subías por el camino, estaba pensando en eso. Eso es, cuelga tu abrigo. Siéntate, por favor.

—Por lo que a mí respecta, soy anglicano —dijo Balfour, a quien, como a tantos y tantos hombres de esta religión, lo incomodaban sobremanera los iconos de fe. Observó la vela de Löwenthal con cierto recelo, como si su anfitrión hubiese desplegado ropas ásperas o un cilicio de metal.

—¿Qué te preocupa, Tom?

A Benjamin Löwenthal no le había disgustado en absoluto que Balfour interrumpiera sus observancias semanales, pues se mostraba muy seguro en la práctica de su religión y no estaba en su naturaleza dudar de sí mismo. A menudo incumplía pequeños detalles de sus compromisos del sabbat, pero no se reprochaba por ello pues era consciente de la diferencia que hay entre el deber que infunde temor y el deber que nace del amor, creía en la acuidad de su percepción y le parecía que siempre que infringía las reglas, lo hacía por una buena razón. Además (todo hay que admitirlo) se impacientaba bastante al cabo de dos horas de plegarias sin tregua: y es que Löwenthal era un espíritu enérgico y no resistía mucho tiempo sin estímulos externos.

—Escucha —comenzó en ese momento Balfour, apoyando las yemas de los dedos en la mesa que había entre ambos—. Acabo de enterarme de lo de Emery

Staines.

—¡No me digas! —exclamó Löwenthal, sorprendido—. ¿Ahora mismo? ¡Será que has tenido la cabeza enterrada en la arena!

—He estado ocupado —dijo Balfour. Echó un vistazo a la vela por segunda vez, pues desde niño era incapaz de sentarse ante una vela sin querer tocarla, pasar el dedo índice por la llama hasta ennegrecerla, moldear el blando borde de cera caliente, meter la yema en el charco de calor líquido y sacarla rápidamente para que el sebo formase una capa amarilla sobre el pulpejo del dedo, cada vez más blanca y más dura a medida que se iba enfriando.

—¿Demasiado ocupado para enterarte de las noticias? —dijo Löwenthal, tomándole el pelo.

—Estoy ocupado con un tipo que ha venido a la ciudad. Un político.

—Ah, ya: el honorable Lauderback. —Löwenthal se recostó en su silla—. Bueno, ¡espero que al menos él sí esté leyendo mi periódico, ya que tú no lo haces! Ha salido mucho en sus páginas.

—Sí, eso es... Pero escucha, Ben: quería hacerte una pregunta. Esta mañana me he pasado por el banco y he oído que alguien ha estado poniendo anuncios en el periódico. Interesándose por el señor Staines... rogando que vuelva. ¿Me permites que te pregunte quién los puso?

—Por supuesto —dijo Löwenthal—. Un anuncio es un asunto público; y además, la mujer incluyó un apartado de correos al final del anuncio, como habrás visto; no tienes más que ir a la oficina de correos a ver los apartados y verás su nombre.

—¿Una mujer?

—Sí. Esto te va sorprender. ¡Era una de nuestras damas de la noche! ¿Adivinas cuál?

—¿Lizzie? ¿Lizzie la irlandesa?

—Anna Wetherell.

—¿Anna?

—¡Sí! —dijo Löwenthal, sonriendo de oreja a oreja; pues tenía la sensibilidad de los que tienen acceso a información privilegiada, y no había nada que lo divirtiera tanto como que se le permitiese desempeñar ese papel—. Jamás lo habrías adivinado, ¿a que no? Vino a verme cuando no hacía ni dos días que había desaparecido el señor Staines. Intenté convencerla de que esperase un poco más de tiempo; parecía un despilfarro poner un anuncio solicitando el regreso de un hombre cuando solo llevaba dos días ausente. Quizá simplemente se había ido al desfiladero, le dije, o se había ido al Grey cabalgando por la playa. ¡Lo mismo volvía al día siguiente! Eso le dije. Pero se mantuvo firme. Me dijo que no se había marchado; que había desaparecido. Eso lo dijo bien claro. Utilizó esas mismas palabras.

—Desaparecido —repitió Balfour.

—La pobre muchacha había sido procesada esa misma mañana en el juzgado. Qué mala suerte ha tenido este año. Es un encanto de chica, Tom, un encanto.

Balfour frunció el ceño: no le gustaba que le dijeran que Anna Wetherell era un encanto de chica.

—No me los imagino —dijo en voz alta, y negó con la cabeza—. No me imagino a esos dos. Son como el blanco y el negro.

—El blanco y el negro —repitió Löwenthal. Disfrutaba con los modismos extranjeros—. ¿Quién es el blanco? Staines, supongo: ¡de tanto andar por las canteras!

Balfour pareció no oírlo.

—¿Te dio Anna alguna indicación de por qué estaba preguntando por Staines? Quiero decir... ¿Por qué...?

—Estaba intentando ponerse en contacto con él, claro. Pero creo que no es eso lo que me preguntas.

—Solo quería... —pero Balfour se interrumpió.

Löwenthal estaba sonriendo.

—¡No es de extrañar, Tom! Si el tipo ese le demostró una pizca de afecto..., en fin.

—¿Qué?

El director chasqueó la lengua.

—Bueno, esto tienes que admitirlo: al lado del señor Staines, tú y yo tenemos bastantes canas.

Balfour torció el gesto. ¿Qué importaban unas pocas canas? Las canas daban categoría a un hombre.

—Aquí va otra pregunta —dijo, cambiando de tema—. ¿Qué sabes sobre un hombre llamado Francis Carver?

Löwenthal arqueó las cejas.

—No mucho —dijo—. He oído historias, claro. No hago más que oír historias sobre ese tipo de hombres.

—Y... —le animó a que continuara Balfour.

—¿Qué sé sobre Carver? —dijo pensativo Löwenthal, dándole vueltas a la pregunta para sus adentros—. Bueno, sé que tiene raíces en Hong Kong. Su padre se dedicaba a las finanzas..., algo relacionado con la actividad mercantil. Pero deben de haber seguido caminos distintos, porque Carver ya no está asociado a ninguna empresa matriz. Va por libre, ¿no? Es un comerciante. Quizá su padre y él se separasen después de que lo condenaran.

—Pero ¿qué piensas de él? —insistió Balfour.

—Supongo que la impresión que me da no es del todo favorable. En primer lugar es hijo de un rico y en segundo lugar es un presidiario, pero lo mismo podría ser al revés: creo que tiene lo peor de ambos mundos. Es un bruto, pero maquinador. O, por decirlo de otro modo, lleva una vida suntuosa pero abyecta.

(Esta recapitulación de un personaje era típica de Benjamin Löwenthal, que, en sus reflexiones, tendía a situarse como el tercero que dirime entre fuerzas contrarias.

En sus valoraciones de otros hombres, lo primero que hacía Löwenthal era identificar una disparidad esencial en sus personas, y después explicaba que la síntesis entre los polos de esta disparidad solo era posible en teoría, y solo a través del propio Löwenthal. Estaba destinado a ver la dualidad inherente a todas las cosas —incluso a su propia apreciación de la dualidad de todas las cosas—, y se veía obligado, en consecuencia, a adoptar un estricto código personal de imperativos categóricos como medida protectora contra un mundo que se le antojaba de discrepancia y de flujo. Este código personal era flemático y reflexivo, y se ceñía a nobles principios; era el único asiento fijo desde el que podía contemplar las interminables dualidades, y dependía por completo de él. Tendía a tomarse su actividad diaria con relajo; su religión, con humor, y sus negocios con flexibilidad..., pero en lo tocante a sus imperativos, no podía equivocarse, y no cedía jamás).

—Carver me metió en una buena hace poco —prosiguió—. Hará más o menos un par de semanas, dejó su amarradero sin previo aviso, y en mitad de la noche. En fin; era domingo, así que las noticias de navegación ya se habían publicado en la edición del sábado. Pero como no estaba previsto que el *Godspeed* zarpase aquel día, y como zarpó mucho después del anochecer, resulta que su partida no se registró en el diario de la aduana. En fin, el caso es que a mí nadie me dijo nada al respecto, así que su partida tampoco llegó a publicarse en el periódico. ¡En realidad era como si el barco jamás hubiera dejado el amarradero! El capitán de puerto se llevó un disgusto muy grande.

—¿El domingo pasado? —dijo Balfour—. Ese fue el día que llegó Lauderback.

—Supongo que sí. El 14.

—¡Pero si Carver estaba en el valle Arahura esa misma noche!

Löwenthal alzó bruscamente la mirada.

—¿Eso quién te lo ha contado?

—Un maorí. Tay no sé qué, se llama. Bastante joven; lleva un gran colgante verde. Esta mañana he hablado con él en la calle.

—¿Qué autoridad tiene?

Balfour explicó que Te Rau Tauwhare y Crosbie Wells habían sido grandes amigos, y que Tauwhare había visto a Francis Carver entrando en la cabaña el mismo día de la muerte del ermitaño. En cuanto a si Carver había estado presente en la cabaña antes o después de la muerte de Wells, eso Balfour no lo sabía, pero Tauwhare le había asegurado que la llegada de Carver había sido anterior a la de Lauderback... y Lauderback, según su propio testimonio, había llegado a la cabaña no mucho después de que muriera el ermitaño, pues al entrar había una tetera con agua hirviendo en el fogón y el agua aún no se había evaporado. Saltaba a la vista, por tanto, que Francis Carver había estado presente en la cabaña antes de que Crosbie Wells falleciese, y quizá (comprendió Balfour con un escalofrío) hasta hubiese presenciado su muerte.

Löwenthal se acarició el bigote.

—Esta noticia es muy interesante —dijo—. El *Godspeed* zarpó muy tarde, mucho después de la puesta de sol. Así que Carver debió de volver directamente a Hokitika desde el valle Arahura, irse derechito al barco y levantar amarras, todo ello antes del alba. Una salida muy precipitada, me parece a mí.

—Extraña, diría yo —apuntó Balfour. Estaba pensando en su cajón de mercancías extraviado.

—Y si tenemos en cuenta que Staines desapareció más o menos al mismo tiempo...

—Y Anna —le cortó Balfour—. Esa fue la noche en que sufrió el colapso... Porque, como recordarás, Lauderback se la encontró en la carretera.

—Ah. Otra coincidencia.

—Puede que tú digas que solo una mente débil confía en las coincidencias, pero yo..., yo digo que una sarta de coincidencias no puede ser una coincidencia. ¡Una sarta!

—No, claro —dijo Löwenthal con tono distante.

—Pero el joven Staines... Eso sí que es una lástima, una verdadera lástima —continuó Balfour—. De nada sirve poner paños calientes, Ben: lo han asesinado, no cabe duda. Un hombre no va y desaparece sin más. Un hombre pobre, puede. Pero no un hombre de posibles.

—Mmm —dijo Löwenthal, que no estaba pensando en Staines—. Me pregunto qué estaría haciendo Carver con Wells en el Arahura. Y, ya puestos, de qué estaba huyendo. O qué perseguía. —El director siguió con sus reflexiones unos instantes, y luego soltó—: Y digo yo, Lauderback no andará mezclado con Carver, ¿no?

Balfour dejó escapar una larga exhalación.

—Bueno, esa es la pregunta clave —dijo, mostrando una gran reticencia a hablar—. Pero si te lo dijese estaría abusando de la confianza de Lauderback. Estaría faltando a mi palabra. —Volvió a mirar la mecha de la vela, deseoso de que su amigo lo instase a continuar.

Por desgracia para Balfour, sin embargo, el código moral de Löwenthal no aceptaba el tipo de infracción que Balfour le estaba proponiendo que se diese el capricho de cometer. Tras estudiar por unos instantes a Balfour de modo desapasionado, se recostó en su silla y cambió de tema.

—¿Sabes una cosa? —dijo, hablando con un tono más enérgico—. No eres el primero que se pasa por mi oficina y me pregunta por ese anuncio del periódico... me refiero al anuncio sobre Emery Staines.

Balfour alzó la vista, a la vez decepcionado y sorprendido.

—Vaya, ¿quién más?

—Vino un hombre a mediados de la semana pasada. El miércoles. O puede que fuera el martes. Irlandés. De profesión, clérigo... pero no era católico; era metodista, creo. Va a ser el capellán de la nueva cárcel.

—Libre metodista —dijo Balfour—. Lo he conocido esta mañana. Tiene un

aspecto raro. Una dentadura lamentable. ¿A qué se debía su interés?

—Pero no recuerdo su nombre... —murmuró Löwenthal, toqueteándose el labio.

—¿Por qué le interesaba Staines? —preguntó de nuevo Balfour, ya que desconocía el nombre del capellán, y por tanto no se lo podía dar.

Löwenthal volvió a juntar las manos sobre el tablero de la mesa.

—Bueno, fue todo un poco raro. Al parecer acompañó al juez de instrucción a la cabaña de Crosbie Wells, para recoger los restos del hombre.

—Sí; y después lo enterró —dijo Balfour, asintiendo con la cabeza—. Cavó la tumba.

—Devlin —recordó Löwenthal, dando un puñetazo en la mesa—. Así se llamaba: Devlin. Pero no me acuerdo de su nombre de pila. Dame un segundo más.

—Pero a ver —dijo Balfour—. Lo que te preguntaba. ¿Qué tiene que ver él con Staines?

—No lo sé exactamente —admitió Löwenthal—. De nuestra breve conversación deduje que necesitaba hablar con mucha urgencia con el señor Staines... o bien sobre la muerte de Crosbie Wells, o bien sobre algo relacionado con la muerte de Crosbie Wells. Pero no puedo decirte más. No pregunté.

—Es una pena que no preguntases. Eso es un cabo suelto.

—Vaya, Tom —dijo Löwenthal, sonriendo de repente—, ¡suenas como un detective!

Balfour se ruborizó.

—No, no es eso —dijo—. Solo intento entender una cosa.

—Entender una cosa... ¡para tu amigo Lauderback, que te ha hecho prometer que guardarías silencio!

Balfour recordó que, esa misma mañana, el clérigo también había oído la historia de Lauderback, y la idea le provocó inquietud: había un cabo suelto, un cabo de verdad, pensó. ¡Francamente, Lauderback debería haber sido más cauto al hablar de cuestiones privadas en un lugar público!

—Bueno —dijo, encrespándose—, qué raro, ¿no? Este tipo, Devlin...

—Cowell Devlin —dijo Löwenthal—. Eso es: sabía que me vendría a la cabeza. Cowell Devlin. Sí, una dentadura lamentable.

—Sea quien sea, yo desde luego nunca lo había visto antes. ¿Por qué le preocupa tanto Emery Staines... así, como sin venir a cuento? ¿A ti no te parece raro?

—Sí, muy raro —dijo Löwenthal, sin dejar de sonreír—. Muy raro. Pero te estás sulfurando, Tom.

Balfour, en efecto, estaba muy sonrojado.

—Se trata de Lauderback... —empezó a decir, pero Löwenthal negó con la cabeza.

—No, no; no quiero que abuses de la confianza que ha depositado en ti. Solo te estaba tomando el pelo. Cambiemos de tema. No te voy a preguntar.

Pero Thomas Balfour estaba deseando que Löwenthal le preguntase. Estaba más

que dispuesto a traicionar la confianza de Alistair Lauderback, y había esperado que, si fingía que bajo ningún concepto podía divulgar el secreto del político, podría tentar a Löwenthal a que le rogase que hiciera exactamente eso. Pero era evidente que Löwenthal no jugaba a ese tipo de juegos. (Tal vez no quería, o tal vez no sabía que podía). Balfour estaba sofocado. Pensó que ojalá desde un primer momento se hubiese sentado a contar la historia del chantaje de Lauderback y de la venganza que este tenía en mente, con franqueza y sin ahorrarse nada. Ahora tendría que marcharse sin haberse enterado de nada de interés... porque ¡cómo iba a ofrecerse a contar la historia a estas alturas, cuando el director le había asegurado que no quería conocerla!

Terciaremos para observar que esta fue una censura lamentable; pues si Balfour hubiese contado el relato de Lauderback en su totalidad, el curso de los acontecimientos del 27 de enero podría haber sido muy distinto para él, y también para otros muchos hombres. Inducido por ciertos detalles de la historia de Lauderback, Löwenthal habría recordado un hecho que no había tenido motivos para recordar desde hacía muchos meses: un recuerdo que habría sido de gran ayuda para las investigaciones de Balfour sobre Carver, que explicaba, al menos en parte, la misteriosa asunción por parte de este último del apellido Wells.

Sin embargo, dio la casualidad de que Balfour no ofreció el relato de Lauderback, y a Löwenthal no se le refrescó la memoria, y al poco rato Balfour, levántandose de la mesa llena de salpicaduras, no tuvo más remedio que dar las gracias a su amigo y despedirse de él... con la sensación, idéntica a la de Löwenthal, de que su conversación había sido más bien decepcionante, pues únicamente había servido para darle esperanzas y frustrarlas después. Löwenthal volvió a la silenciosa contemplación de su fe, y Balfour al fango de la calle Revell, donde las campanas anunciaban que eran las tres y media; el día seguía su curso.

Pero sigue también su curso la esfera exterior: el presente sin límites, que contiene el pasado limitado. Esta historia está siendo narrada, con abundantes alusiones y énfasis recurrentes, a Walter Moody; y Benjamin Löwenthal, que también se encuentra en la sala de fumadores del hotel Crown, está oyendo algunas partes del relato por primerísima vez. De pronto recuerda un acontecimiento que ocurrió unos ocho meses atrás. En estos momentos, Thomas Balfour hace una pausa para beber y Löwenthal da un paso al frente, rodea la mesa de billar y alza la mano para indicar que desea intervenir. Balfour lo invita a que lo haga, y Löwenthal empieza a narrar el recuerdo que acaba de venirle a la cabeza, hablando con la susurrada gravedad de alguien que transmite noticias muy importantes.

He aquí su informe.

Una mañana del mes de junio de 1865, un hombre moreno con una cicatriz en la mejilla se pasó por la pequeña oficina de Löwenthal de la calle Weld y pidió que le publicase un anuncio en el *West Coast Times*. Löwenthal accedió, sacó la pluma y le preguntó al hombre qué quería publicitar. El hombre repuso que había perdido un cajón de mercancías que contenía artículos de gran valor personal. Pagaría la cantidad de veinte libras si el cajón le era devuelto... o de cincuenta, si el contenedor le era devuelto sin abrir. Nada dijo de lo que había dentro, más allá de que tenía un valor personal considerable; hablaba con

tono brusco, y empleaba palabras muy sencillas. Cuando Löwenthal le preguntó su nombre, no respondió. En cambio, se sacó del bolsillo una partida de nacimiento y la dejó sobre la mesa. Löwenthal copió el nombre: señor Crosbie Francis Wells, y preguntó, por último, adónde quería el hombre que se dirigiera todo aquel que respondiese sí, en efecto, aparecía el cajón perdido. El hombre dio una dirección del muelle Gibson. Löwenthal la anotó, extendió un recibo, cobró sus honorarios y por último dio los buenos días al hombre.

Bien cabría preguntarse (y, de hecho, Moody lo preguntó) cómo podía estar Löwenthal tan seguro de los detalles precisos de este suceso, teniendo en cuenta que el recuerdo no le había sobrevenido hasta ahora, casi ocho meses después, y que no había tenido oportunidad de verificar sus pormenores. ¿Cómo podía Löwenthal estar seguro, primero, de que el hombre que puso el anuncio tenía realmente una cicatriz en la mejilla; segundo, de que los hechos habían tenido lugar en junio del año anterior, y, tercero, de que el nombre que figuraba en la partida de nacimiento era, sin sombra de duda, Crosbie Francis Wells?

La respuesta de Löwenthal fue cortés, pero un tanto extensa. Explicó a Moody que el *West Coast Times* había sido fundado en mayo de 1865, más o menos un mes después de que Löwenthal desembarcase por vez primera en Nueva Zelanda. En sus primeras ediciones, la tirada del periódico se reducía a apenas veinte copias, una para cada uno de los dieciocho hoteles de Hokitika, otra para el recién nombrado juez y otra para el propio Löwenthal. (En el plazo de un mes, y a raíz de la compra de una imprenta de vapor, la tirada de Löwenthal se había ampliado a doscientos; a fecha de hoy, en enero de 1866, estaba sacando casi mil copias de cada edición, y había contratado a un equipo de redacción de dos miembros). Con el fin de anunciar a sus suscriptores que el *Times* había sido la primerísima gaceta diaria de Hokitika, Löwenthal protegió con un cristal la primera edición del periódico y la colgó en la oficina principal. Recordaba, por consiguiente, la fecha exacta de la fundación del periódico (29 de mayo de 1865), ya que veía la edición enmarcada todas las mañanas. El hombre en cuestión, explicó Löwenthal, se había presentado, sin duda, en algún momento de junio, ya que Löwenthal había recibido su imprenta de vapor el primer día de julio, y recordaba nítidamente haber procesado el anuncio del hombre de la cicatriz en su vieja máquina manual.

Y ¿cómo es que tenía una memoria tan nítida sobre este punto? Pues porque, al componer, Löwenthal había descubierto que un recuadro de dos por dos pulgadas (el tamaño estándar de un anuncio de columna, y el tamaño por el que había pagado el hombre de la cicatriz) no bastaban para contener el mensaje: al anuncio le sobraba una palabra para encajar en el espacio disponible de la columna. A no ser que Löwenthal cambiase de sitio sus noticias de repetición y modificase por completo el formato del periódico, se vería forzado a crear lo que los tipógrafos llaman una «viuda»: es decir, la última palabra del anuncio (que era «Wells») quedaría aislada al inicio de la tercera columna, causando un efecto indeseable y confuso en la mente del lector. Para cuando Löwenthal descubrió esto, hacía ya mucho tiempo que el hombre de la cicatriz había salido de su oficina, y no tenía ninguna gana de aventurarse por

las calles para ver si lo encontraba. Así que buscó una palabra que pudiera quitar, y finalmente decidió suprimir el segundo nombre, Francis. Esta omisión impediría que se crease una «viuda», y no daría al traste con el formato de su columna.

El *West Coast Times* salió a la mañana siguiente temprano, y mucho antes del mediodía regresó el hombre de la cicatriz. Insistió —aunque no dio razones— en que era de suma importancia que se incluyese su segundo nombre. Lo molestaba muchísimo que Löwenthal hubiese alterado el anuncio sin su conocimiento, y manifestó su desagrado con la misma brusquedad ramplona con que antes había pedido ayuda al director. Löwenthal, deshaciéndose en disculpas, volvió a publicar la noticia... y después cinco veces más, ya que el hombre había pagado una semana entera, y a Löwenthal le pareció prudente, dadas las circunstancias, ofrecerle una séptima impresión gratis.

Por tanto, como explicó Löwenthal a Moody, estaba seguro tanto de la fecha de los hechos como del nombre completo del hombre, Crosbie Francis Wells. El caso destacaba en su recuerdo: siempre es su primer error lo que recuerda un empresario cuando vuelve la mirada hacia los orígenes de su empresa, y el descontento de un cliente no se olvida con facilidad cuando uno se toma a pecho su negocio.

Solo quedaba la pregunta de la descripción del hombre, pues ¿cómo podía estar seguro Löwenthal de que el hombre en cuestión tenía una cicatriz en la mejilla, como, sin duda, la tenía el expresidiario que respondía al nombre de Francis Carver, y no, sin duda, el ermitaño que respondía al nombre de Crosbie Wells? Sobre este último punto, Löwenthal concedió que no estaba seguro. Tal vez el recuerdo de los hechos se había solapado con otro recuerdo distinto de un hombre con la cara marcada. Pero quería añadir que su capacidad para recordar era singularmente poderosa y que en su cabeza guardaba una imagen nítida del hombre; recordaba que llevaba en las manos una chistera, y que la apretaba entre las palmas mientras hablaba, como si quisiera reducirla a una lámina de fieltro. ¡Este detalle, sin duda, no podía ser falso! Löwenthal declaró que de buen grado se apostaría un dineral a que el hombre que recordaba tenía, en efecto, una cicatriz en forma de hoz en la mejilla; y que tenía, también, una partida de nacimiento con el nombre de Crosbie Wells. Lo que sí concedía Löwenthal, no obstante, era que jamás había conocido en vida al ermitaño, Crosbie Wells, y que no tenía modo de imaginarse sus rasgos porque no se conservaban ni imágenes ni bocetos del difunto.

Esta nueva información, como es fácil de adivinar, dio origen a una auténtica algarabía de interjecciones y suposiciones en la sala de fumadores del hotel Crown, y la narración no se reanudó hasta pasado un buen rato. Pero dejémoslos en el presente, y sigamos avanzando por el pasado.

Φ

El servicio de transbordador que circulaba entre Kaniere y la desembocadura del

río Hokitika no se había interrumpido a causa del tiempo inclemente, si bien la clientela había disminuido; los barqueros, sin nadie a quien llevar ni tareas pendientes, pasaban el rato en el almacén contiguo al muelle, fumando y jugando al whist. No pareció que les hiciese mucha gracia abandonar la partida y aventurarse a salir a la lluvia, y fijaron una tarifa que reflejaba su fastidio. Mannering, sin embargo, aceptó sin rechistar, y los hombres no tuvieron más remedio que guardar sus cartas, apagar los cigarrillos y bajar la barca al agua por la rampa.

Kaniere solo estaba a unas cuatro millas río arriba, una distancia que se recorrería en un santiamén en el viaje de vuelta, cuando los barqueros ya no tuviesen que remar contracorriente; el viaje al interior, sin embargo, podía durar fácilmente una hora, dependiendo del movimiento del río, del viento y de la fuerza de la corriente. Los mineros que iban y venían entre Kaniere y Hokitika solían cubrir esa distancia en diligencia o a pie, pero la diligencia ya había salido y el tiempo los había disuadido de ir caminando.

Mannering pagó el pasaje, y al poco rato Frost y él iban sentados en la amura de un chinchorro pintado (de hecho era un bote salvavidas rescatado de un naufragio) con la collie Holly entre ambos. Los remeros de babor desatracaron de la orilla con las palas de los remos, y remarón con fuerza; enseguida, la embarcación estaba avanzando río arriba.

Con la espalda apoyada contra la amura, Frost y Mannering permanecieron sentados de cara a los remeros, como un par de timoneles enormes y bien vestidos; la distancia entre ellos se estrechaba cada vez que se echaban hacia delante para dar otra palada. Por tanto, los dos hombres no hablaron del asunto que se traían entre manos, pues hacerlo habría supuesto hacer partícipes de ello a los remeros. En cambio, Mannering mantuvo una cháchara ininterrumpida sobre el tiempo, las Américas, la tierra, el cristal, los desayunos, la minería hidráulica, las maderas autóctonas, el escenario naval de la guerra del Báltico y la vida en los yacimientos. Frost, que era propenso a marearse, iba quieto como una estatua, salvo para alargar la mano de cuando en cuando y enjugarse las gotas que se acumulaban bajo el ala de su sombrero. Únicamente respondía al parloteo de Mannering mascullando sonidos de asentimiento.

A decir verdad, Frost tenía mucho miedo... y cada vez más, a medida que las paladas iban acercando la embarcación al desfiladero. ¿Por qué diablos se le habría ocurrido decir que no era un cobarde, cuando no se podía ser más cobarde? ¡Con lo fácil que habría sido fingir que lo esperaban de vuelta en el banco! Y ahora allí estaba, dando bandazos en tres pulgadas de agua marrón, temblando, desarmado y sin ninguna preparación, el mal elegido padrino del duelo de otro hombre... y ¿para qué? ¿Qué pleito tenía él con el chino Quee? ¿Qué queja tenía de él? ¡Si jamás en la vida le había puesto los ojos encima! Frost se llevó la mano al ala del sombrero para secarla.

El río Hokitika se abría paso por bancos de grava, llenos de piedras

uniformemente redondeadas y desgastadas. Las orillas del río tenían un oscuro ribete de maleza, cuyas hojas la lluvia tornaba aún más oscuras; al fondo, las colinas estaban cubiertas por movedizas nubes. Daba la sensación, mirándolas con detenimiento, de que la distancia se medía por etapas: los altos kahikatea, surgiendo de entre la maleza, se veían recortados en verde en un primer plano, en azul a media distancia y en gris en la cresta de las colinas, donde se fundían con el color de la neblina. Los Alpes estaban velados, pero en un día bueno (como observó Mannering) se habrían visto perfectamente como una escarpada cresta blanca perfilada contra el cielo.

La embarcación siguió su curso. Se cruzaron con una canoa que bajaba veloz por el río con un agrimensor barbudo y un par de guías maoríes que, entre grandes muestras de alegría, se quitaron el sombrero a modo de saludo, y Mannering hizo otro tanto. (Frost no se arriesgó a hacer el gesto). Después ya no hubo nada: solo las riberas, que, entre bandazo y bandazo, iban quedando atrás, y la lluvia azotando el agua. Las gaviotas que los habían seguido desde la desembocadura del río perdieron el interés y quedaron rezagadas. Transcurrieron más o menos veinte minutos y la embarcación dobló una esquina... y entonces, como una lámpara que de repente ilumina una estancia abarrotada, se vieron rodeados de ruido y ajeteo por todas partes.

El poblado de tiendas de campaña de Kaniere se había levantado a medio camino entre Hokitika y las concesiones del interior. La tierra de los alrededores del poblado era bastante llana, y estaba surcada por todo un entramado de cauces y arroyos que traían piedras y grava desde los Alpes, en dirección al mar; aquí el sonido del agua en movimiento estaba siempre presente como un estruendo lejano, un chasquido, un torrente, un golpeteo. En la Costa, como dijera en tiempos uno de los primeros agrimensores, donde había agua, había oro... y había agua por doquier, agua goteando de los helechos, agua condensándose en las ramas, agua engordando los musgos que colgaban de los árboles, agua que llenaba las huellas de las pisadas, manando incesantemente.

A los ojos de Frost, el poblado de Kaniere ofrecía una imagen de lo más sombría. Las tiendas de los mineros, escalonadas en filas torcidas, se combaban bajo el peso de la incesante lluvia; varias se habían desplomado por completo. Entre ellas se entrecruzaban cuerdas tendidas, cargadas de banderas y ropa mojada. Había varias tiendas tabicadas con un revestimiento improvisado hecho de esquisto y arcilla, y estas habían salido mejor paradas; algún espíritu emprendedor había tenido la idea de colgar una segunda sábana en los árboles que se erguían por encima de las tiendas, a modo de toldo auxiliar. Clavados a los troncos había letreros pintados que anunciaban todo tipo de diversiones y bebidas. (A un hombre le bastaba con un toldo de lona y una botella para abrir una casucha de venta de grog en las excavaciones, si bien le caería una multa, incluso la cárcel, en caso de que lo sorprendiese la policía; la mayor parte del alcohol así vendido se había fermentado en el campamento. Charlie Frost

había probado el matarratas de Kaniere en una ocasión, solo para escupir el trago con asco. El licor era aceitoso, sabía agrio y estaba lleno de hebras de materia sólida; el olor se le había antojado muy similar al de la emulsión fotográfica).

Frost se asombró de que la lluvia no hubiese impulsado a los mineros a encerrarse; de hecho, no parecían nada desanimados. Estaban apiñados en la ribera, algunos de ellos cribando con el agua hasta las rodillas, otros sacudiendo las artesas, y aún los había que estaban fregando sus cacharros, bañándose, enjabonando la colada, trenzando cuerda y remendando en la orilla. Todos llevaban puesto el habitual traje de piel de topo, sarga y tela cruzada de los mineros. Algunos lucían fajines a la cintura, teñidos de un brillante color escarlata, a la moda pirata de la época, y la mayoría llevaba sombreros flexibles con las alas vueltas hacia abajo. Se gritaban los unos a los otros mientras trabajaban, sin hacer caso de la lluvia. Por detrás del griterío, se oía el sempiterno jaleo del tráfago: el resonante tajo de un hacha, risas, silbidos. En el aire flotaba un humo azul que se dispersaba por el río en ráfagas perezosas. De lo más profundo de la arbolada salía el sonido de un acordeón, y desde algún lugar más lejano llegó una salva de aplausos.

—Está tranquilo, ¿no te parece? —dijo Mannering—. Incluso para ser sábado.

A Frost no le parecía que estuviera tranquilo.

—Apenas hay nadie fuera —observó Mannering.

Frost veía docenas de hombres, quizá centenares.

El panorama que se desplegaba ante sus ojos era la primera impresión que tenía Charlie Frost de Kaniere; y, de hecho, su primera impresión de los alrededores de Hokitika en general, pues en los siete meses transcurridos desde que había cruzado la barra ni una sola vez se había aventurado por el interior, ni tampoco por la playa más allá de la terraza elevada de Seaview. Aunque a menudo se lamentaba de la pequeñez de sus circunstancias, sabía, en su fuero interno, que su espíritu no estaba hecho para la aventura; ahora, mientras miraba a un hombre que arrastraba una rama en dirección a una hoguera mortecina que había en la orilla del río y la depositaba en peso sobre el oscuro lecho de cenizas, levantando una bocanada de humo que lo sumió en la negrura y le provocó esa terrible tos que destroza los pulmones de un hombre al que no le queda mucha vida por delante, Frost pensó que tenía motivos sobrados para ser tan conservador. Kaniere, se dijo para sus adentros, era un lugar espantoso, dejado de la mano de Dios.

El transbordador entró en los bajíos, y la quilla del bote varó en las piedras. Los remeros de proa bajaron de un salto y sacaron el barco del agua a rastras, para que Mannering y Frost pudieran desembarcar sin mojarse las botas..., una gentileza innecesaria, pues sus botas ya estaban muy mojadas. La perrita collie saltó por la regala y se dejó caer en plancha al agua.

—Madre mía —dijo Mannering, incorporándose con gran esfuerzo sobre las piedras y estirando la espalda—. Debería haberme cambiado de pantalones. No está el día para elegancias, ¿eh, Charlie? Hasta el dandi más pintado queda como un tonto.

¡Madre mía!

Se había percatado de que Frost estaba indispuerto, y trataba de mostrarse jovial; pues aunque pensaba que a Frost le vendría muy bien presenciar un poco de bulla (la compostura de Frost tenía un toque mojigato que exasperaba sobremanera a Mannering), deseaba, así y todo, que el chico siguiera teniendo buena opinión de él. Mannering era competitivo por naturaleza, y entre los muchos trofeos hipotéticos por los que competía a diario había uno que llevaba grabados los nombres de todos y cada uno de sus conocidos. Si alguna vez se hubiese de ver forzado a elegir entre el mejoramiento de otro hombre o su aquiescencia, escogería la segunda, al precio que fuese. No iba a ser blando con Frost, que ya era bastante blando, y se encargaría de que el muchacho supiera cuál era el lugar que le correspondía, pero no era tan orgulloso como para no tender una mano amable..., entre otras razones por lo claramente que deseaba el muchacho la amabilidad.

Pero Frost no respondió. Estaba consternado porque había visto una tienda de campaña de calicó, apenas lo suficientemente grande para dar cabida a tres hombres tumbados de lado, que lucía un letrero con la palabra «Hotel» pintada a mano; aún más consternado se quedó al ver que un minero se desabrochaba los pantalones y orinaba, a la vista de todos sus colegas, sobre las piedras de la orilla. Retrocedió... y, para mayor alarma, oyó risas. Un par de mineros, sentados bajo un toldo con armazón de madera a menos de diez yardas de distancia del desembarcadero del transbordador, habían estado observando la llegada del bote salvavidas. Era evidente que el horror de Frost les hacía mucha gracia; uno de ellos se levantó el sombrero, y el otro parodió un saludo.

—¿Qué, echando un vistacito?

—Venga ya, Bob... si viene a lavar la colada en el río. ¡Lo malo es que se ha olvidado de mancharse antes la ropa!

Los hombres volvieron a reír, y Frost, con la cara colorada, se dio la vuelta. Era cierto que su vida había estado circunscrita al doble perímetro del deber y el hábito; era cierto que no había viajado, y que se negaba a especular; era cierto que su abrigo había sido cepillado esa misma mañana, y que su chaleco estaba limpio. Nada de esto lo avergonzaba. Pero la infancia de Frost había transcurrido en un lugar en el que no había más niños, y no entendía las bromas. Si otro hombre se reía a su costa, no sabía cómo responder. Le subía el calor a la cara y se le hacía un nudo en la garganta, y solo era capaz de esbozar una sonrisa forzada.

Los remeros habían sacado el bote del agua. Accedieron a transportar a la pareja de vuelta a Hokitika en dos horas (dos horas, pensó Frost; se le cayó el alma a los pies), y a continuación echaron a suertes cuál de ellos permanecería en la embarcación. El desafortunado se sentó, decepcionado; el resto, haciendo sonar sus monedas, desapareció entre la arboleda.

Los dos hombres que tenían enfrente seguían riéndose.

—Pídele un pellizco de rapé —le estaba diciendo el primer minero a su amigo.

—Pregúntale que cada cuánto escribe a casa... a Mayfair.

—Pregúntale si sabe remangarse por encima del codo.

—Pregúntale por la renta de su padre. Le gustará la pregunta.

Era tremendamente injusto, pensó Frost, considerando que ni siquiera había ido a Mayfair, que su padre era pobre, ¡que el neozelandés era él! (Qué ridículo sonaba el gentilicio; uno no decía «inglaterrés»). Si hasta sus ingresos eran ínfimos, teniendo en cuenta que cada mes desviaba una enorme porción de su salario al bolsillo de su padre. En cuanto al traje que lucía en estos momentos, lo había comprado con su salario; ¡él mismo se había cepillado el abrigo esa misma mañana! Y era frecuente que se remangase por encima del codo. Los puños de su camisa estaban abotonados, pero también los de los mineros lo estaban; y al igual que ellos, había comprado su camisa en la tienda de confecciones de Hokitika. Frost quería decir todo esto; en cambio, se arrodilló y alargó las manos, con las palmas hacia arriba, para que la perrita collie se las lamiese.

—¿Nos movemos? —le dijo a Mannering en voz baja.

—Enseguida.

Una vez que hubo devuelto el monedero al bolsillo interior, Mannering se entretuvo toqueteándose los botones del sobretodo; no se decidía entre dejárselos todos desabrochados excepto el de abajo, lo cual le facilitaría el acceso a las pistolas, o todos menos el de arriba, lo cual serviría para mejor ocultarlas.

Frost lanzó otra mirada nerviosa en derredor, evitando los ojos de los mineros que estaban debajo del toldo. El sendero que salía del embarcadero del transbordador se bifurcaba al llegar a la arbolada: hacia el este, en dirección al lago Kaniere, y hacia el sudeste, en dirección al desfiladero de Hokitika. Al otro lado de la ribera sur se extendía un rico mosaico de concesiones y minas que incluía, entre otras, la mina Aurora. Frost no sabía nada de esto; de hecho, a duras penas habría sabido señalar el norte, de habérselo pedido alguien. Buscó un letrero que pudiese encaminarlos al Barrio Chino, pero no había ninguno. No veía rostros chinos entre la multitud.

—Por ahí —dijo Mannering, como si oyese sus pensamientos; hizo un gesto con la cabeza en dirección al este—. Río arriba. No está muy lejos.

Frost tenía a la collie atrapada entre las rodillas; en ese momento empezó a masajear su pelaje mojado, más para tranquilizarse él que para dar gusto a la perra.

—¿No deberíamos ponernos de acuerdo en... en algún tipo de plan? —aventuró, mirando al otro con los ojos entrecerrados.

—No hace falta —dijo Mannering, apretándose un poco más el cinturón.

—¿No hace falta un plan?

—Quee no tiene pistola. Yo tengo dos. A mí con ese plan me basta y me sobra.

Esto a Frost no lo calmó del todo. Soltó a Holly —que al punto se alejó brincando— y se levantó.

—No irás a disparar a un hombre desarmado, ¿no?

Mannering se había decidido por el botón de arriba.

—Ya está —dijo—. Así está mejor. —Se alisó bien el abrigo por todo el cuerpo.

—¿No me has oído?

—Te he oído —respondió Mannering—. Deja de preocuparte, Charlie. Así solo vas a conseguir llamar la atención.

—Podrías contestarme, si quieres aliviar mi preocupación —repuso Frost, con una voz bastante chillona.

—Escucha —dijo Mannering, volviéndose por fin hacia él—. Llevo cinco años pagando a chinos para que trabajen mis concesiones, y si una cosa tengo clara, es la siguiente: persiguen el humo ese como un minero a una puta, todos ellos sin excepción. Un sábado a estas horas, todos y cada uno de los hombres amarillos que hay a este lado de los Alpes están fuera de combate, con el dragón en la mirada. Podrías hacer una redada en el Barrio Chino con un brazo atado a la espalda y los cogerías a todos. ¿Vale? La violencia estará de más. Las pistolas estarán de más. Solamente son para impresionar. Llevamos todas las de ganar, Charlie. Cuando un hombre está lleno de opio es como si estuviese hecho de agua. Recuerda esto. Es un inútil. Un chiquillo.

SOL EN CAPRICORNIO

En el que Gascoigne recuerda su primer encuentro con la puta, se descosen varias costuras con un cuchillo, el agotamiento pasa factura y Anna Wetherell hace una petición

Al observar a Anna y a Gascoigne por el resquicio de la puerta, Joseph Pritchard tan solo había percibido lo que él más ansiaba: amor y una sincera empatía. Se sentía solo, y, como casi todas las almas solitarias, veía parejas felices por todas partes. En aquel momento —mientras el cuerpo de Anna se pegaba al pecho de Gascoigne y él la estrechaba entre sus brazos, y la levantaba, y hundía la mejilla en sus cabellos—, Pritchard, con su mano inerte ahuecada en torno al frío pomo de la puerta, no habría hallado consuelo en saber que Aubert Gascoigne y Anna Wetherell eran, simple y llanamente, amigos. La medida no puede aliviar la soledad. Incluso la amistad se le habría antojado a Pritchard una golosina en un escaparate; hasta la más nimia muestra de caridad habría hecho que se le hiciera la boca agua, y le habría dejado con las ganas.

Todas las suposiciones de Pritchard sobre Gascoigne eran fruto de una relación muy limitada; en realidad, de una única conversación. A juzgar por su porte altanero y la impecable calidad de su vestimenta, Pritchard se había imaginado que Gascoigne ocupaba una posición de cierta influencia en el juzgado, pero lo cierto es que las responsabilidades que allí tenía el oficial eran muy pocas. Su función principal consistía en recaudar cada día las fianzas de la cárcel del campamento de policía. Aparte de esta tarea, sus horas transcurrían registrando honorarios, supervisando recibos de derechos de minero, sorteando reclamaciones y, de vez en cuando, haciendo recados para el comisionado. Era un puesto humilde, pero Gascoigne era nuevo en la ciudad; se conformaba con tener un empleo, y estaba seguro de que no seguiría llevándose a casa un sueldo de lacayo por mucho tiempo.

Gascoigne no llevaba ni un mes en Hokitika la primera vez que vio a Anna Wetherell con grilletes en el suelo de la cárcel de George Shepard. Estaba sentada con la espalda contra la pared y las manos en el regazo. Tenía los ojos abiertos, y le brillaban por la fiebre; el cabello se le había soltado del pasador y se le había quedado pegado a la mejilla. Gascoigne se arrodilló ante ella y, llevado por un impulso, le tendió la mano. Ella la agarró y le acercó aún más, apartándole de la vista del alcaide, que estaba apostado en la puerta con un rifle sobre las rodillas.

—Puedo conseguir la fianza..., puedo reunirla..., pero debe confiar en mí —le susurró—. Y a él no puede contarle cómo voy a hacerlo.

—¿A quién? —La voz de Gascoigne también se había vuelto un susurro.

Anna señaló al alcaide Shepard con la cabeza, sin apartar los ojos de los de Gascoigne. Le agarró más fuerte, y le acercó la mano a su pecho. Gascoigne se sobresaltó; casi apartó la mano, pero de pronto sintió lo que ella quería que sintiera. Había algo apretujado contra su cuerpo, por debajo de la tela. Al tacto, pensó Gascoigne, parecía cota de malla, a pesar de que él jamás había tocado la cota de malla.

—Oro —susurró Anna—. Es oro. Repartido por las ballenas del corsé, y por el forro, y por todas partes. —Sus oscuros ojos le estaban escudriñando el rostro, suplicantes—. Oro. No sé cómo ha llegado hasta ahí. Me di cuenta cuando me desperté..., está cosido por dentro.

Gascoigne arrugó la frente, intentando comprender.

—¿Quiere pagar su fianza en oro?

—No lo puedo sacar —susurró ella—. Aquí no. No sin un cuchillo. Lo han cosido por dentro.

Sus rostros casi se estaban tocando; Gascoigne podía oler el dulce regusto del opio en su aliento, como una sombra apetitosa.

—¿Es suyo? —murmuró.

Una fugaz mirada de desesperación cruzó el semblante de Anna.

—¿Qué más da? Es dinero, ¿no?

La voz de Shepard resonó desde la esquina.

—¿Lo está entreteniéndolo la puta, señor Gascoigne?

—En absoluto —contestó Gascoigne. Anna le soltó y se puso derecho, dando un paso atrás. Se sacó el monedero del bolsillo con el fin de parecer despreocupado, resuelto. Lo sopesó con la mano.

—Recuérdelo a la señorita Wetherell que no aceptamos promesas de fianza —dijo Shepard—. O presenta el dinero aquí y ahora, o aquí se queda hasta que alguien lo reúna por ella.

Gascoigne estudió a Anna. No tenía ninguna razón para atender a la petición de la mujer, ni para creer que la dura coraza que había palpado alrededor de su corsé era, como sostenía ella, oro. Sabía que lo que tenía que hacer era denunciarla inmediatamente al alcaide, alegando que había intentado distraerlo de sus obligaciones. Lo que tenía que hacer era desarmarle el corsé con la navaja que llevaba en la bota..., porque si Anna llevaba oro puro en su persona, desde luego suyo no era. Era una puta. La habían detenido bajo el cargo de embriaguez y alteración del orden público. Su ropa estaba mugrienta. Apestaba a opio, y tenía grandes ojeras.

Pero Gascoigne la contemplaba con lástima. Su conducta se ajustaba a un código de innata caballerosidad; sentía una profunda compasión por todo aquel que se hallase en circunstancias desesperadas, y la cándida angustia de su ruego había despertado tanto su compasión como su curiosidad. Gascoigne pensaba que la justicia

debía ser sinónima de misericordia, no una alternativa a ella. También pensaba que la acción misericordiosa respondía al instinto antes que a ninguna ley. En un arrebato de piedad —pues esta emoción siempre le sobrevenía como una riada—, se sintió impulsado a satisfacer la petición de la chica y a protegerla.

—Señorita Wetherell —dijo (no había sabido su nombre hasta que el alcaide lo pronunció)—, su fianza está fijada en una libra y un chelín. —En la mano izquierda tenía el monedero y en la derecha el libro mayor; en ese momento hizo ademán de cambiarse el libro de mano y, utilizándolo a modo de escudo, extrajo dos monedas de su monedero y se las guardó en la palma de la mano. Después se pasó el monedero y el libro a la mano derecha y tendió la izquierda, boca arriba, con el pulgar cruzado sobre la palma—. ¿Puede reunir esa cantidad con el dinero que me ha enseñado que tiene en el corsé? —Hablaba en voz alta y clara, como si se dirigiese a un tonto o a un niño.

Por un instante, Anna no lo entendió. Después asintió con la cabeza e hizo que buscaba con los dedos entre las ballenas del corsé, pero no sacó nada. Apretó los dedos apiñados contra la mano de Gascoigne; este levantó el pulgar, asintió con la cabeza como si quedase satisfecho con las monedas que habían aparecido en su mano, y registró la fianza en el libro. Dejó caer las monedas en su monedero de forma audible, y después pasó al siguiente prisionero.

Este acto de bondad, tan poco ortodoxo en la cárcel de George Shepard, no era especialmente raro en Gascoigne. Disfrutaba trabando amistad con las clases serviles, con niños, con mendigos, con animales, con mujeres corrientes y hombres olvidados. Siempre prodigaba sus atenciones entre quienes no esperaban un trato atento: cuando se topaba con un hombre de posición social inferior a la suya, jamás se mostraba grosero. Con las clases superiores, sin embargo, mantenía las distancias. No es que fuera descortés, pero tenía un aire hastiado y meditabundo, incluso indiferente..., actitud que, aunque no pueda decirse que fuese una estrategia en sentido estricto, tendía a granjearle mucho respeto y a valerle un lugar entre los herederos de tierras y fortunas, casi como si se hubiese propuesto terminar ahí.

De este modo Aubert Gascoigne, hijo de una institutriz inglesa y de un hombre casado, criado en los desvanes de casas parisinas, vestido siempre con ropa vieja de otros, desterrado siempre a la carbonera, ora reprendido ora ignorado, había ido ascendiendo, con el paso del tiempo, hasta convertirse en un personaje de recursos limitados pero respetables. Había escapado de su pasado... y sin embargo no cabía decir que fuese ni un hombre ambicioso, ni un hombre especialmente afortunado.

En su persona, Gascoigne concentraba una curiosa amalgama de clases, altas y bajas. Había cultivado su mente con la misma disciplina solemne que aplicaba ahora a su arreglo personal; es decir, siguiendo un método que, aun siendo sofisticado, estaba un tanto anticuado. Albergaba esa pasión por los libros y el aprendizaje que solo se da entre los que se han labrado una educación por su cuenta; pero esta pasión, debido a que sus orígenes eran a la vez íntimos y virtuosos, tendía a hacerlo piadoso y

despreciativo. Tenía un temperamento nostálgico, no de su propio pasado, sino de épocas pasadas; se mostraba cínico con el presente y temeroso con el futuro, y lamentaba profundamente el deterioro del mundo. Considerado como un todo, parecía un anciano caballero bien conservado (en realidad, solo tenía treinta y cuatro años) que atravesaba una época de desahogado, pero evidente, declive; un declive del que se daba perfecta cuenta, y que a veces lo divertía y otras lo volvía melancólico, dependiendo de su humor.

Y es que Gascoigne tenía un humor extraordinariamente voluble. La oleada de compasión que lo había compelido a mentir por Anna se disipó tan pronto como la puta fue puesta en libertad: se enturbió hasta convertirse en desesperación, desesperación ante la posibilidad de que su ayuda, a fin de cuentas, hubiese sido en vano..., inoportuna, equivocada y, lo peor de todo, interesada. El egoísmo era el más profundo temor de Gascoigne. Detestaba todas las señales de egoísmo que veía en sí mismo, al igual que un hombre competitivo detesta todo rastro de debilidad que pueda impedirle alcanzar su objetivo egoísta. Se trataba de un rasgo de su personalidad del que se sentía enormemente orgulloso, sin embargo, y sobre el cual le encantaba moralizar; y cuando la irracionalidad de todo esto se tornaba demasiado patente como para pasarla por alto, se sumía en una irritación de lo más egoísta.

Anna había salido de la cárcel siguiéndole los pasos; en la calle, Gascoigne sugirió, casi de forma brusca, que lo acompañase a sus habitaciones y se lo explicase todo en privado. Anna consintió mansamente, y siguieron caminando juntos bajo la lluvia. Gascoigne ya no la compadecía. Su compasión, que tan deprisa había llameado, había dado paso a la preocupación y a la desconfianza en sí mismo..., pues a fin de cuentas Anna era una suicida frustrada, y, tal y como le había advertido el alcaide mientras firmaba su impreso de excarcelación, lo más probable era que estuviese loca.

Ahora, dos semanas después, en el hotel Gridiron —estrechándola entre sus brazos, su mano abierta con firmeza sobre el hoyo de la espalda de Anna, los antebrazos de Anna apretados contra su pecho, su aliento humedeciéndole la clavícula—, los pensamientos de Gascoigne retornaron a la posibilidad de que quizá Anna había intentado, por segunda vez, poner fin a su vida. Pero ¿dónde estaba la bala que debería haberse alojado en su esternón? ¿Sabía que la pistola fallaría de forma tan peculiar cuando se llevó el cañón de la misma a la garganta y tiró del percutor? ¿Cómo podría haberlo sabido?

«Todos los hombres quieren que sus putas sean desgraciadas»: la propia Anna había dicho esto la noche en que salió de la cárcel, después de acompañarlo a sus habitaciones y de que entre los dos desarmasen su vestido sobre la mesa de la cocina, mientras la lluvia arremetía con fuerza y la lámpara de parafina suavizaba las esquinas de la habitación. «Todos los hombres quieren que sus putas sean desgraciadas»... Y él, ¿cómo había respondido? Con algún comentario cortante, probablemente; con algo escueto. Y ahora Anna se había disparado un tiro, o lo había

intentado. Gascoigne la estuvo abrazando mucho tiempo después de que Pritchard cerrase la puerta, estrechándola con fuerza, inhalando el olor a sal de su cabello. El olor era un consuelo: Gascoigne había pasado muchos años embarcado.

Y había estado casado. Agathe Gascoigne; Agathe Prideaux, cuando la conoció. Menuda, ingeniosa, socarrona y tísica..., cosa que él había sabido cuando le hizo la propuesta de matrimonio, pero que en cierto sentido le había parecido irrelevante, superable; más una prueba de su delicadeza que una promesa de futuras malas noticias. Pero sus pulmones no se curaban. Habían viajado al sur, en pos de la cura del clima, y se había muerto en mar abierto, en algún lugar cercano a la costa de la India; era horrible no saber exactamente dónde. Horrible, la manera en que su cuerpo se había doblado al golpear la superficie del agua; aquel ruido como de bofetada. Le había hecho prometer que no encargaría un ataúd ni haría que apañasen uno si moría antes de que llegasen a su puerto de destino. En caso de que así fuera, dijo, se haría a la manera de los marineros: envuelta en un coy con una costura reforzada. Y como el coy era el suyo, él, por macabro que fuera, se había arrodillado y había besado aquella floración escarlata, ahora amarronada. Después de aquello, Gascoigne siguió navegando. Solamente se detuvo cuando se le acabó el dinero.

Anna tenía más cuerpo del que había tenido Agathe; era más angulosa, más sólida; pero bien mirado (pensó), tal vez los vivos siempre parezcan sólidos a aquellos cuyos pensamientos están con los muertos. Movi6 la mano por la espalda de Anna. Con los dedos recorrió la forma de su corsé, la doble costura de ojetes, atada con cordones.

Tras salir de la cárcel se habían desviado por el juzgado para que Gascoigne pudiese dejar el monedero de las fianzas en la caja de los depósitos y archivar los avisos de fianza para la mañana siguiente. Anna lo observó con paciencia y sin curiosidad mientras desempeñaba estas tareas: parecía aceptar que Gascoigne le había hecho un gran favor, y se conformaba con obedecerlo y mantenerse callada a cambio. Por pura costumbre, no fue caminando a su lado por la calle sino que lo siguió a varios pasos de distancia, para que Gascoigne pudiera decir que no la conocía si se encontraban con el brazo de la ley.

Cuando llegaron a la casita de Gascoigne (pues disponía de una casita entera para él solo, si bien pequeña: una cabaña de madera de una sola habitación, a unas cien yardas de la playa), este indicó a Anna que esperase bajo el toldo del porche mientras él se quedaba fuera astillando un leño para encender el fuego. Despachó el leño en poco tiempo, sintiéndose un poco cohibido mientras partía leña bajo la atenta mirada de los oscuros ojos de Anna. Antes de que el duramen pudiera humedecerse con la lluvia, recogió los fragmentos astillados y volvió corriendo a la entrada, donde Anna se hizo a un lado para dejarle paso.

—No es que sea un palacio —dijo tontamente, aunque para los niveles de Hokitika sí que lo era.

Anna no hizo ningún comentario al pasar por debajo del dintel al ambiente oscuro

y viciado de la casita. Gascoigne dejó caer las astillas al hogar y alargó la mano para cerrar la puerta. Encendió la lámpara de parafina, la puso sobre la mesa y se arrodilló para encender el fuego..., profundamente consciente, entretanto, de la silenciosa valoración que hacía Anna del lugar. Apenas estaba amueblado. Su único mueble de calidad era una butaca de orejas, tapizada con una tupida tela a rayas rosas y amarillas: era un regalo que se había hecho a sí mismo nada más tomar posesión del lugar, y ocupaba el lugar de honor en el centro de la estancia. Gascoigne se preguntó qué suposiciones se estaría formando Anna, qué imagen estaría desprendiendo esta breve constelación de su vida. El estrecho colchón, sobre el cual estaba su manta doblada en tres. La miniatura de Agathe, colgada de un clavo sobre el cabecero de la cama. Las conchas alineadas en el alféizar de la ventana. La tetera de hojalata sobre el fogón; su Biblia, con la mayoría de las páginas sin cortar excepto las de los Salmos y las epístolas; la caja de galletas decorada con un estampado de cuadros escoceses, en cuyo interior guardaba las cartas de su madre, sus documentos y sus plumas. Junto a la cama, la caja de velas rotas, sus piezas de cera unidas por la cuerda de las mechas.

—Tiene la casa limpia —se limitó a decir ella.

—Vivo solo. —Gascoigne señaló con un palo el baúl que había al pie de la cama —. Abra eso.

Anna soltó los cierres y abrió la tapa con esfuerzo. Gascoigne le indicó un pedazo de lino oscuro, y, al cogerlo, el vestido de Agathe resbaló sobre sus rodillas: el vestido negro, con el cuello de encaje, que tan poco le había gustado a él.

(«La gente pensará que soy una asceta», había dicho alegremente Agathe, «pero el negro es un color sobrio; conviene tener un vestido sobrio». Era para ocultar las manchas de sangre, el sutil rocío que salpicaba los puños de las mangas; Gascoigne lo sabía, pero no dijo nada. Reconoció, en voz alta, que convenía tener un vestido sobrio).

—Póngaselo —dijo Gascoigne, viendo cómo alisaba el tejido sobre su rodilla. Agathe tenía menos altura; habría que bajar el dobladillo. Incluso así, enseñaría tres pulgadas de tobillo, y tal vez hasta el último aro del miriñaque. Quedaría espantoso..., pero a buen hambre no hay pan duro, pensó Gascoigne, y esta noche Anna no estaba en situación de elegir. Se volvió hacia el fuego y sacó ceniza con la pala.

Era el único vestido de Agathe que seguía en posesión de Gascoigne. Los demás, empaquetados en la maleta de cedro que olía a alcanfor, se habían perdido cuando encalló el vapor: cuando finalmente volcó y las olas se echaron encima, los camarotes primero fueron saqueados y después quedaron anegados. Para Gascoigne, aquella pérdida había sido una bendición. Tenía la miniatura de Agathe: era lo único que quería conservar. Honraría su memoria con el respeto debido, pero era un hombre joven y todavía apasionado, y estaba decidido a empezar de nuevo.

Para cuando Anna se hubo cambiado, el fuego estaba encendido. Gascoigne miró

el vestido de reajo. Le quedaba tan mal como otrora a su difunta esposa. Anna lo vio mirar.

—Ahora podré hacer luto —dijo Anna—. Nunca había tenido un vestido negro.

Gascoigne no le preguntó por quién hacía luto, ni cuán reciente era la muerte. Llenó la tetera y la puso sobre el fogón.

Aubert Gascoigne prefería iniciar las conversaciones antes que plegarse al tema y al tempo de otra persona; no tenía inconveniente en guardar silencio en compañía hasta que sentía el impulso de hablar. Anna Wetherell, con su intuición de puta, pareció reconocer este rasgo del carácter de Gascoigne. No lo presionó para que conversase, y ni lo miró ni lo siguió mientras él realizaba los habituales quehaceres de cada tarde: encender las velas, llenar la petaca de cigarrillos, cambiarse las botas embarradas por calzado de andar por casa. Anna recogió el vestido forrado de oro y se lo llevó al otro lado de la habitación para extenderlo sobre la mesa. Pesaba mucho. El oro debía de haber añadido unas cinco libras al peso del tejido, se figuró: intentó calcular el valor. La Corona compraba oro puro a razón de unos tres soberanos por onza; en una libra de peso había dieciséis onzas, y esto pesaba cinco libras, como poco. ¿A cuánto ascendía todo? Intentó imaginarse una columna de sumas, pero las cifras le bailaban.

Mientras Gascoigne añadía leña al fuego para toda la tarde y ponía hojas de té a macerar en un colador, Anna examinó su vestido. Era evidente que quienquiera que hubiese escondido allí el oro tenía experiencia con la aguja y el hilo: o bien una mujer o bien un marinero, pensó. Habían cosido con cuidado. El oro había sido encajado entre las ballenas del corsé, cosido a los volantes y distribuido a partes iguales por el dobladillo; un peso añadido que no había notado, pues a menudo se ponía perdigones de plomo en la parte inferior del miriñaque para impedir que la prenda se levantase con el viento.

Gascoigne se le había acercado por detrás. Sacó su navaja para cortar el corsé; pero se puso a ello con ademanes de carnicero, y Anna soltó un quejido.

—Por favor —dijo—. Usted no sabe cómo... Por favor, permítame.

Gascoigne vaciló unos instantes, y después le pasó la navaja y se apartó para mirar. Trabajaba despacio, empeñada en mantener la forma y la estructura del vestido: primero sacó el dobladillo y después fue subiendo por cada volante, cortando los hilos con la punta de la navaja y sacudiendo las costuras para sacar el oro. Al llegar al corsé, hizo un pequeño corte debajo de cada pieza, y después rebuscó con los dedos para desprender el oro de entre las ballenas, donde lo habían embutido envuelto en paños. Estos paquetitos abultados eran los que a Gascoigne, en la cárcel, le habían recordado la cota de malla.

El oro, una vez sacudido de los volantes, brillaba esplendorosamente. Anna lo fue amontonando en el centro de la mesa. Se cuidaba de que la corriente de aire no esparciera el polvo de oro. Cada vez que añadía otro puñado de polvo, u otra pepita, ahuecaba las manos encima del montón, como si quisiera calentarse con su lustre.

Gascoigne la observaba con el ceño fruncido.

Por fin terminó, y el vestido quedó desarmado.

—Tome —dijo, cogiendo una pepita más o menos del tamaño de la última articulación del pulgar de Gascoigne. La arrastró hacia él por encima de la mesa—. Una libra y un chelín: no lo he olvidado.

—No pienso tocar este oro —repuso Gascoigne.

—Más el pago por el vestido de luto —añadió Anna, ruborizándose—. No necesito caridad.

—Puede que sí la necesite —dijo Gascoigne. Se sentó al borde de la cama y se sacó los cigarrillos del bolsillo de la pechera. Abrió la petaca de plata, cogió uno y lo encendió con cuidado; esperó a que prendiera y a darle varias caladas profundas para dirigirse a ella y preguntarle—: ¿Para quién trabaja usted, señorita Wetherell?

—¿Quién maneja a las chicas, quiere decir? Mannering.

—No sé quién es.

—Lo sabría si lo viera. Un hombre muy gordo. Es el dueño del Prince of Wales.

—He visto a un hombre muy gordo. —Gascoigne dio una chupada a su cigarrillo—. ¿Es un patrón justo?

—Tiene mal genio —dijo Anna—, pero en general sus condiciones son justas.

—¿Le da a usted opio?

—No.

—¿Sabe que lo consume?

—Sí.

—¿Quién se lo vende a usted?

—Ah Sook —dijo Anna.

—¿Y ese quién es?

—Solo es un chino. Un sombrerero. Lleva el fumadero de Kaniere.

—¿Un chino fabricante de sombreros?

—No —dijo Anna—. Aquí llaman sombrerero a un hombre que excava solo.

Gascoigne hizo una pausa en su interrogatorio para fumar.

—Este sombrerero —dijo a continuación— tiene un fumadero de opio... en Kaniere.

—Sí.

—Y usted acude a él.

Anna entrecerró los ojos.

—Sí.

—Sola. —Pronunció la palabra con tono acusador.

—Casi siempre —dijo Anna, sin apartar la vista de él—. A veces compro un poco más, para tomármelo en casa.

—Y él ¿de dónde lo saca? De China, supongo.

Anna negó con la cabeza.

—Se lo vende Jo Pritchard. Es el boticario. Tiene una botica en la calle

Collingwood.

Gascoigne asintió con la cabeza.

—Conozco al señor Pritchard. En fin, siento curiosidad: ¿por qué se toma la molestia de acudir a los chinos, cuando podría comprárselo directamente al señor Pritchard?

Anna alzó ligeramente la barbilla... o quizá solo se estremeció; Gascoigne no estaba seguro.

—No sé —respondió Anna.

—No lo sabe —dijo Gascoigne.

—No.

—Kaniere está a un buen paseo solo para echar una bocanada de humo, pienso yo.

—Supongo.

—Y el emporio del señor Pritchard está a..., ¿a cuánto? Ni siquiera a diez minutos a pie desde el Gridiron. Todavía menos caminando a paso ligero.

Anna se encogió de hombros.

—¿Por qué va a usted al Barrio Chino de Kaniere, señorita Wetherell?

El tono de Gascoigne fue mordaz; le parecía que conocía la respuesta más probable a su pregunta, y quería que ella pronunciase las palabras en voz alta.

Anna tenía una expresión glacial.

—A lo mejor es que allí estoy a gusto.

—Ah —dijo él—. Conque a lo mejor es que allí está a gusto.

(¡Por el amor del cielo! ¿Qué le estaba pasando? ¿A él qué más le daba que la puta ejerciera o no su profesión con chinos? ¿Qué más le daba si recorría el trayecto hasta Kaniere sola o con un acompañante? ¡Era una puta! ¡Acababa de conocerla esa misma tarde! Gascoigne sintió que le invadía el desconcierto, e inmediatamente después, una punzada de ira. Se refugió en su cigarrillo).

—Mannering —dijo, una vez hubo exhalado—. El gordo. ¿Podría usted abandonarlo?

—Cuando salde mi deuda.

—¿Cuánto debe?

—Cien libras —dijo Anna—. Puede que un poco más.

El vestido vacío yacía entre ambos como un cadáver desollado. Gascoigne miró el montón, su trémulo brillo; Anna, siguiendo sus ojos, también miró.

—La procesarán en los tribunales, supongo —dijo Gascoigne, clavando la vista en el oro.

—Lo único que hice fue aparecer en público borracha —dijo Anna—. Me multarán, nada más.

—La procesarán —dijo Gascoigne—. Por intento de suicidio. El alcaide lo ha confirmado.

Anna le miró fijamente.

—¿Intento de suicidio?

—¿No intentó quitarse la vida?

—¡No! —Se levantó de un salto—. ¿Quién ha dicho semejante cosa?

—El sargento de guardia que la recogió anoche —dijo Gascoigne.

—Eso es absurdo.

—Me temo que ha quedado constancia. Tendrá usted que declarar, en un sentido o en otro.

Por un momento, Anna no dijo nada. Después estalló:

—¡Todos los hombres quieren que su puta sea desgraciada... todos!

Gascoigne exhaló una tenue bocanada de humo.

—La mayoría de las putas son, en verdad, desgraciadas —dijo—. Perdóneme: no he hecho más que exponer una simple verdad.

—¿Cómo han podido acusarme de intento de suicidio sin preguntarme primero si yo...? ¿Cómo han podido? ¿Dónde está la...?

—¿... la prueba?

Gascoigne la observó con pena. El reciente roce de Anna con la muerte se veía reflejado en su rostro y en su cuerpo. Tenía el cutis céreo, el cabello lacio y apelmazado por la grasa. Se estaba tirando compulsivamente de las mangas del vestido con los dedos; mientras el oficial de juzgado la evaluaba, un escalofrío sacudió el cuerpo de Anna como una ola.

—El alcaide se teme que no esté usted en su sano juicio.

—Jamás he cruzado una sola palabra con el alcaide Shepard en todos los meses que llevo en Hokitika —dijo Anna—. No nos conocemos de nada.

—El alcaide mencionó que hace poco perdió usted un hijo.

—¡Perdido! —dijo Anna con tono asqueado—. ¡Perdido! Esa sí que es una palabra aséptica.

—¿Utilizaría usted otra distinta?

—Sí.

—¿Le arrebataron a su hijo?

Una mirada dura cruzó el rostro de Anna.

—Me lo sacaron del vientre a patadas. ¡El propio... el propio padre del niño! Pero supongo que esto no se lo habrá contado el alcaide Shepard.

Gascoigne guardó silencio. Aún no se había fumado el cigarrillo, pero lo tiró, aplastó la brasa con el tacón y se encendió otro. Anna volvió a sentarse. Puso las manos sobre la tela del vestido, que estaba desplegado sobre la mesa. Empezó a acariciarlo. Gascoigne miraba las vigas del techo, y Anna el oro.

Era impropio de ella estallar de esa manera. La naturaleza de Anna era vigilante y receptiva más que declamatoria, y rara vez hablaba de sí misma. Su profesión exigía la más estricta modestia, por paradójico que pudiera parecer. Estaba obligada a comportarse con dulzura y compasión, aun cuando no hubiera motivos para la compasión ni la dulzura fuese merecida. Los hombres con los que ejercía su oficio

casi nunca daban muestras de curiosidad por ella. Si llegaban a hablar, hablaban de otras mujeres: de los amores que habían perdido, las mujeres a las que habían abandonado, sus madres, hermanas, hijas, pupilas. Buscaban a estas mujeres cuando miraban a Anna; pero solo en parte, porque también se buscaban a sí mismos: Anna era una oscuridad reflejada, de la misma manera que era una luz prestada. Su desdicha, como bien sabía, les resultaba extremadamente reconfortante.

Anna extendió un dedo para acariciar una de las pepitas de oro del montón. Sabía que debía dar gracias a Gascoigne a la manera convencional por haberle pagado la fianza: había corrido un riesgo contándole una falsedad al alcaide, guardando su secreto e invitándola a acompañarlo a su casa. Intuía que Gascoigne estaba esperando algo. No paraba de moverse de una manera extraña. Sus preguntas eran abruptas e incluso groseras —un signo inequívoco de que estaba distraído por la esperanza de una recompensa—, y cuando Anna hablaba la fulminaba con la mirada y enseguida apartaba la vista, como si sus respuestas lo molestasen muchísimo. Anna cogió la pepita y la hizo rodar en la palma de su mano. La superficie estaba cubierta de burbujas, incluso de agujeros, como si el metal se hubiese derretido parcialmente en una forja.

—Me da la impresión de que alguien estaba esperando a que se fumase usted esa pipa anoche —dijo al rato Gascoigne—. Esperaron hasta que perdió el conocimiento, y entonces le cosieron el oro al vestido.

Anna frunció el ceño; no a Gascoigne, sino a la pepita que tenía en la mano.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea —dijo el francés—. ¿Con quién estuvo usted anoche, señorita Wetherell? ¿Y cuánto estaba dispuesto a pagar?

—Pero ¿qué me está diciendo? —dijo Anna, ignorando la pregunta—. ¿Pretende que crea que alguien me quitó el vestido, cosió todo este polvo con tanto esmero y después volvió a vestirme, llena de oro, solo para dejarme tirada en medio de la carretera?

—Sí que suena inverosímil —concedió Gascoigne. Cambió de táctica—. Bueno, pues entonces respóndame a esto. ¿Hace cuánto que tiene esta prenda?

—Desde la primavera —dijo Anna—. Era de un salvamento, se la compré a un vendedor ambulante en la calle Tancred.

—¿Cuántos vestidos tiene?

—Cinco... no, cuatro —dijo Anna—. Pero los otros no son para trabajar. Este es mi vestido de alterne... es por su color, ¿sabe? Tenía otro vestido para la preñez... pero se echó a perder cuando... cuando murió el bebé.

Se hizo un momento de silencio entre ambos.

—¿El oro se cosió todo de una vez? —dijo al cabo Gascoigne—. ¿O poco a poco? Supongo que no hay modo de saberlo.

Anna no respondió. Al poco rato Gascoigne alzó los ojos y sus miradas se cruzaron.

—¿Con quién estuvo usted anoche, señorita Wetherell? —preguntó de nuevo, y esta vez Anna no pudo ignorar la pregunta.

—Estuve con un hombre llamado Staines —dijo en voz baja.

—No lo conozco —dijo Gascoigne—. ¿Estuvo con usted en el fumadero de opio?

—¡No! —dijo Anna, con tono escandalizado—. No estuve en el fumadero. Estuve en su casa. En su... cama. Me marché a mitad de la noche a fumarme una pipa. Eso es lo último que recuerdo.

—¿Se marchó de su casa?

—Sí, y regresé al Gridiron, donde me alojo. Fue una noche extraña, y me sentía rara. Quería una pipa. Recuerdo haberla encendido. Lo siguiente que recuerdo es que estaba en la cárcel, y que ya era de día.

Se estremeció, y de repente se abrazó el cuerpo. Hablaba, pensó Gascoigne, con una fatiga eufórica, esa fatiga que llega después del primer rubor del amor, cuando el yo ha soltado amarras y, medio ahogado, sucumbe a una marea terrible. Pero la adicción no era amor; no podía ser amor. Gascoigne no podía romantizar las sombras moradas que asomaban bajo sus ojos, sus debilitados miembros, la soñadora desorientación con la que hablaba; con todo, pensó, era asombroso que la ruina del opio pudiese reflejar los arrobos del amor con tanta exactitud.

—Ya veo —dijo en voz alta—. ¿Así que dejó al hombre durmiendo?

—Sí. Estaba dormido cuando me fui..., sí.

—Y llevaba usted este vestido. —Señaló los jirones de color naranja que había entre ellos.

—Es el que llevo siempre.

—¿Siempre?

—Cuando estoy trabajando —dijo Anna.

Gascoigne no replicó, pero entrecerró muy levemente los ojos y apretó los labios, para indicar que tenía pendiente una pregunta que no podía formular sin faltar a la decencia. Anna suspiró. Decidió que no expresaría su gratitud a la manera convencional; devolvería la suma de la fianza en metálico, y por la mañana.

—Mire —dijo—. Fue justo como se lo he contado. Nos quedamos dormidos, me desperté, quería una pipa, me fui de su casa, me marché a la mía, encendí la pipa y eso es lo último que recuerdo.

—¿Advirtió algo extraño en sus aposentos al volver? ¿Algo que indicase que alguien había estado allí, por ejemplo?

—No. La puerta estaba trancada, como siempre. La abrí con mi llave, entré, cerré la puerta, me senté, encendí la pipa y eso es lo último que recuerdo.

Estaba harta de recapitular... y aún habría de hartarse más en los días venideros, cuando se supiese que Emery Staines había desaparecido en plena noche y que desde entonces no lo había visto nadie. Anna Wetherell sería interrogada hasta la saciedad al respecto, y sería objeto de desprecio e incredulidad; repetiría su historia hasta que dejase de sonarle familiar y empezase a dudar de sí misma.

Gascoigne no conocía a Staines, puesto que llevaba muy poco tiempo en Hokitika, pero ahora, observando a Anna, sintió de repente una profunda curiosidad por él.

—¿Es posible que el señor Staines quisiera perjudicarla? —preguntó.

—¡No! —dijo ella en el acto.

—¿Confía en él?

—Sí —dijo Anna en voz baja—. Como si fuera...

Pero no completó la comparación.

—¿Es un amante? —dijo Gascoigne, después de una pausa.

Anna se sonrojó.

—Es el hombre más rico de Hokitika —dijo—. Si aún no ha oído hablar de él, pronto lo hará. Emery Staines. Es el dueño de casi todo lo que hay en la ciudad.

De nuevo, la mirada de Gascoigne se desvió hacia el reluciente montón de oro que había sobre la mesa..., pero esta vez, con intención: al hombre más rico de Hokitika, este montón le habría parecido, sin duda, pequeñísimo.

—¿Es un amante? —repitió—. ¿O un cliente?

Anna calló.

—Un cliente —dijo al fin, con un hilo de voz. Gascoigne inclinó la cabeza respetuosamente, como si Anna acabase de informarle de que el hombre había fallecido. Anna prosiguió atropelladamente—: Es un buscador de oro. Así fue como amasó su fortuna. Pero es de Nueva Gales del Sur, igual que yo. De hecho, cruzamos el mar de Tasmania en el mismo barco cuando vinimos aquí por vez primera: en el *Fortunate Wind*.

—Ya entiendo —dijo Gascoigne—. En fin. Si es rico, puede que este oro sea suyo.

—No —repuso Anna, alarmada—. No lo haría.

—No haría ¿qué? ¿No le mentiría?

—No...

—¿No la utilizaría como bestia de carga, para traficar con este oro sin su conocimiento?

—Traficar con el oro, ¿adónde? —dijo Anna—. No pienso marcharme. No me voy a ningún sitio.

Gascoigne hizo un alto para dar una calada al cigarrillo. Después reanudó el interrogatorio.

—Dejó usted su cama en plena noche, ¿no es así?

—Pensaba volver —dijo Anna—. Y que se me pasaría durmiendo.

—Se marchó sin que él se enterase, creo yo.

—Pero pensaba volver.

—Y eso que, quizá, la había contratado para que se quedase hasta la mañana siguiente.

—Se lo estoy diciendo —dijo Anna—. Solo pretendía ausentarme un ratito.

—Pero entonces perdió el conocimiento —apuntó Gascoigne.

—Quizá me desmayé.

—Eso no se lo cree ni usted.

Anna se mordió el labio.

—¡Ah, no tiene sentido! —exclamó al cabo de un momento—. Lo del oro no tiene sentido; lo del opio no tiene sentido. ¿Por qué acabé precisamente allí? ¡Inconsciente, más sola que la una y a mitad de camino hacia Arahura!

—Seguro que mucho de lo que sucede cuando está bajo los efectos del opio no tiene sentido.

—Así es —afirmó ella—. Así es, desde luego.

—Pero no tengo inconveniente en adherirme a su opinión a este respecto —dijo Gascoigne—, puesto que yo jamás he probado la droga.

La tetera empezó a silbar. Gascoigne se encajó el cigarrillo en la comisura de los labios, se envolvió la mano con un retal de sarga y la quitó del fogón.

—Y ¿qué hay de su chino? Probó el opio, ¿no? —dijo mientras vertía el agua sobre las hojas de té.

Anna se frotó la cara como se frota la cara un niño cansado: torpemente.

—Anoche no vi a Ah Sook —dijo—. Ya se lo he dicho, me fumé una pipa en casa.

—¡Una pipa llena del opio del chino! —Gascoigne depositó la tetera en un anaquel que había sobre el fogón.

—Sí, supongo —dijo Anna—. Pero del mismo modo cabe decir que era de Joseph Pritchard.

Gascoigne volvió a sentarse.

—El señor Staines se debe de estar preguntando qué habrá sido de usted, habida cuenta de que abandonó su cama por las buenas en plena noche y no volvió. Aunque observo que el señor Staines no ha venido hoy a pagar su fianza... Ni él ni tampoco su patrón, Mannering.

Hablaba muy alto, con la intención de despertar a Anna de su fatiga; al ir a colocar los platillos, dejó el de Anna con estrépito y lo arrastró al otro lado de la mesa haciéndolo chirriar.

—Eso es asunto mío —dijo Anna—. Iré y pediré disculpas, en cuanto...

—En cuanto hayamos decidido qué hacer con este montón —concluyó por ella Gascoigne—. Sí, debe hacerlo.

El humor de Gascoigne había cambiado de nuevo: de pronto, estaba sumamente enfadado. Aún no se le había ofrecido ninguna explicación clara de por qué el vestido de Anna iba repleto de oro, ni de cómo había terminado inconsciente, ni tampoco de si ambos acontecimientos guardaban alguna relación. Lo enfadaba no poder entenderlo... y por consiguiente, para aplacar su mal humor, se volvía desdeñoso, actitud esta que al menos le permitía una apariencia de control.

—¿Cuánto vale todo esto? —dijo Anna ahora, moviéndose para volver a tocar el

montón—. Aproximadamente, quiero decir. No tengo buen ojo para estas cosas.

Gascoigne aplastó la colilla en el platillo.

—Me parece a mí, querida, que su pregunta no debería ser «cuánto», sino «quién» y «por qué». ¿A quién pertenece ese oro? ¿A quién pertenece la concesión de la que procede? Y ¿cuál era su destino?

Φ

Acordaron, esa primera noche, esconder el montón. Acordaron que si alguien le preguntaba a Anna por qué había cambiado su vestido de siempre por este otro vestido nuevo, más sombrío, ella respondería, sin faltar a la verdad, que deseaba iniciar, tardíamente, un periodo de luto por la muerte de su hijo no nacido, y que había obtenido la prenda de un baúl que había sido arrastrado por la corriente hasta la lengua de Hokitika. Todo esto era cierto. Si alguien pedía ver el antiguo vestido, o preguntaba dónde estaba guardado, Anna debía informar a Gascoigne al punto, pues sin duda esa persona sabía del oro escondido en los volantes, y por tanto conocería el origen del oro... y quizá también el destino al que debería haber llegado, fuera cual fuese.

Una vez decidida la estrategia, Gascoigne vació la lata de galletas con motivos de tartán y entre los dos echaron dentro el oro, envolvieron la lata con una manta y metieron el bulto entero en un costal de harina que Gascoigne ató con un cordel. Pidió que, hasta que tuvieran más información, el costal se guardase en su casa, debajo de su cama. Al principio Anna se mostró dudosa, pero la convenció de que el montón estaría más seguro con él: jamás recibía visitas, su cabaña estaba cerrada con llave durante el día y nadie tenía ningún motivo para pensar que estaba escondiendo una fortuna; al fin y al cabo, era un recién llegado, y no tenía ni enemigos ni amigos.

Las dos semanas siguientes transcurrieron en un confuso abrir y cerrar de ojos. Anna volvió a casa de Staines y se encontró con que había desaparecido; días después, se enteró de la muerte de Crosbie Wells, y descubrió que este suceso también había tenido lugar durante las horas de su inconsciencia. Poco después supo que se había hallado una inmensa fortuna, cuyos orígenes aún estaban por determinar, oculta en las propiedades de Crosbie Wells, que ya habían sido adquiridas por el hotelero Edgar Clinch, propietario en funciones del hotel Gridiron, cuyo dueño era Emery Staines y que era la actual residencia de Anna.

Gascoigne no había hablado directamente con Anna sobre ninguno de estos acontecimientos, ya que ella se negaba a que le sonsacase nada sobre Emery Staines y no tenía nada que decir acerca de Crosbie Wells, salvo que no lo había conocido. Gascoigne intuía que estaba llorando la desaparición de Staines, pero no lograba adivinar si lo creía vivo o muerto. Por deferencia a sus sentimientos, renunció a sacar más el tema; cuando hablaban, hablaban de otras cosas. Desde su ventanal del último piso del hotel Gridiron, Anna veía a los mineros yendo y viniendo pesadamente por la

calle Revell, bajo la lluvia. No salía de su habitación, y se ponía el vestido negro de Agathe Gascoigne todos los días. Ningún hombre indagó por el cambio de atuendo de Anna; ningún hombre dio a entender nada que sugiriese que sabía lo del oro escondido en su corsé, a buen recaudo debajo de la cama de Gascoigne. El responsable se resistía, por el motivo que fuese, a presentarse y poner las cartas boca arriba.

El día después del entierro de Crosbie Wells, Anna fue sometida a un juicio sumario, tal y como había previsto Gascoigne. Se negó a declarar, y al final le cayó una multa de cinco libras por su delito frustrado... y una severa reprimenda por haberle hecho perder el tiempo al juez.

Φ

Todo esto se le pasaba por la cabeza a Gascoigne en el hotel Gridiron mientras, estrechando a Anna Wetherell contra su pecho, tentaba en su espalda los ojetes del corsé. Había agarrado a Agathe de esta misma manera; exactamente de la misma manera, exactamente así, con una mano abierta bajo el omóplato y la otra ahuecada sobre la bola del hombro; Agathe, que pegaba siempre los antebrazos contra el pecho de Gascoigne... que subía los brazos a modo de escudo en el momento mismo en que él empezaba a envolverla con los suyos. Qué extraño, acordarse de ella ahora. Uno podía conocer a mil mujeres, pensó Gascoigne, pasar cada noche con una chica distinta durante años y años..., pero tarde o temprano las nuevas amantes hacían poco más que evocar a las antiguas, y uno se veía obligado a vagar, perdido, en el laberinto reflexivo de la infinita comparación, eternamente decepcionado, volviendo siempre la vista atrás.

Anna seguía temblando por la impresión que le había producido el disparo. Gascoigne esperó a que se le normalizase la respiración —unos tres o cuatro minutos después de que los pasos de Pritchard se alejasen escaleras abajo—, y al fin, cuando notó que su cuerpo recobraba parte de sus fuerzas, murmuró:

—¿Qué diantres le ha pasado?

Pero Anna se limitó a mover la cabeza, amadrigándose en él.

—¿Era de fogeo? ¿Un cartucho falso?

Anna negó de nuevo con la cabeza.

—Quizá el boticario y usted... quizá planearon algo juntos.

Esto la enardeció, y se apartó de él empujándose con las manos abiertas.

—¿Con Pritchard? —dijo con un tono de absoluta indignación.

A Gascoigne le gustó ver que se avivaba, aunque fuese por la ira.

—Entonces, ¿qué quería de usted?

Anna estuvo a punto de confesarle la verdad..., pero la invadió una súbita vergüenza. Gascoigne se había portado tan bien con ella las dos últimas semanas que se sentía incapaz de contarle adónde había ido a parar el opio. Sin ir más lejos, el día

anterior Gascoigne había expresado lo feliz que le hacía que hubiese puesto fin a su esclavitud de la pipa: se había maravillado de su fuerza, había elogiado la claridad de sus ojos, la había mirado con admiración. Anna no había tenido valor para desengañarlo, y tampoco lo tenía ahora.

—Ah, Jo Pritchard —dijo, apartando la mirada—. Se sentía solo, nada más.

Gascoigne sacó su cigarrera y vio que él también estaba temblando.

—¿Le queda brandy? —preguntó—. Quisiera sentarme un momento, si no le importa. Necesito reponer fuerzas.

Con cuidado, dejó la pistola usada en la estantería que había junto a la cama de Anna.

—A usted no paran de sucederle cosas —dijo—. Cosas que es incapaz de explicar. Cosas que nadie parece capaz de explicar. No estoy seguro...

Pero dejó la frase inacabada. Anna se acercó a por el brandy a la alacena, y Gascoigne se sentó en la cama al tiempo que se encendía un cigarrillo... y por un breve instante quedaron inmovilizados en un *tableau vivant*, de esos que se reproducen en una placa y se venden en las ferias como impresiones históricas: él con las muñecas sobre las rodillas, la cabeza gacha, el cigarrillo colgándole de los nudillos; ella con la mano a la cadera, venciendo el peso de su cuerpo sobre una pierna, sirviéndole un trago. Pero ni eran amantes ni era suya la habitación.

Gascoigne dio otra profunda calada a su cigarrillo y cerró los ojos.

Con intención de animarlo, Anna dijo:

—Estoy muy ilusionada con mi sorpresa, señor Gascoigne.

Y es que no le había mentido a Joseph Pritchard cuando le dijo que tenía una cita, que iba a salir con una señora a ver sombreros. Gascoigne había organizado una cita con una dama elegante; al parecer, él mismo había pagado la cita, aunque había insistido en que los detalles del plan, y la identidad de la dama, fueran una sorpresa. A Anna jamás le habían pedido que esperase una sorpresa, y la perspectiva la había llenado a la vez de júbilo y terror; aun así, le había agradecido al francés su consideración de forma encantadora.

Al ver que Gascoigne no respondía, Anna siguió insistiendo.

—¿Está esperando abajo esa mujer?

Gascoigne salió por fin de sus ensoñaciones. Suspiró.

—No. He quedado encargado de recogerla a usted y llevarla con ella. Está en el salón privado del Wayfarer..., pero puede esperar diez minutos; de hecho, ya ha esperado diez minutos. —Se pasó una mano por el rostro—. Sus sombreros pueden esperar.

—¿De qué no está seguro?

—¿Cómo?

—Ha dicho «No estoy seguro», pero no ha terminado la frase.

Habían adoptado un tono natural el uno con el otro durante las dos últimas semanas, como a menudo sucede cuando se comparte una dura experiencia; aunque

Anna lo seguía llamando señor Gascoigne, nunca Aubert. Gascoigne no le había insistido en que se dirigiese a él de manera informal, pues los alardes de decoro eran muy de su agrado y lo halagaba oír pronunciado su apellido.

—No estoy seguro de qué pensar —dijo al fin Gascoigne. Cogió su vaso pero no bebió; de repente, se sentía extremadamente triste.

Aubert Gascoigne sentía la presión de la angustia mucho más intensamente que otros hombres. Cuando algo lo angustiaba, como ahora el inexplicable tiro de la pistola de Anna, era dado a ceder a fuertes arrebatos de emoción: desesperación, ira, tristeza, emociones a las que se aferraba porque canalizaban su angustia hacia el exterior, y en cierto sentido regulaban la presión que sentía en su interior. Se había ganado la fama de ser fuerte y equilibrado en momentos de crisis —como esa misma tarde—, pero tendía a desmadejarse una vez que la crisis había sido superada o prevenida. Seguía temblando, con un movimiento agitado que no había comenzado hasta que soltó a la puta de su abrazo.

—Hay un asunto del que tengo que hablar con usted —dijo Anna ahora.

Gascoigne dio vueltas al brandy.

—Dígame.

Anna volvió a la alacena y también se sirvió un trago.

—Llevo retraso con el alquiler. Debo tres meses. Edgar me ha avisado esta mañana.

Se interrumpió abruptamente, se dio la vuelta y lo escudriñó. Gascoigne acababa de darle una calada a su cigarrillo; tras inhalar, hizo una pausa, hinchando el pecho, y gesticuló con las manos para preguntar cuánto debía.

—Son diez chelines a la semana, comidas incluidas; y los domingos, un baño —dijo Anna. (Gascoigne soltó el humo)—. Durante tres meses... son..., no sé..., seis libras.

—Tres meses —repitió Gascoigne.

—La multa esa me retrasó —dijo Anna—. Cinco libras al juez. Eso para mí era el sueldo de un mes. Me quedé sin blanca.

Esperó.

—Supongo que el proxeneta le pagará el alquiler, ¿no? —dijo Gascoigne.

—No —dijo Anna—. No lo hace. Respondo directamente ante Edgar.

—Su casero.

—Sí, Edgar Clinch.

—¿Clinch? —Gascoigne alzó la vista—. Ese es el hombre que compró el patrimonio de Crosbie Wells.

—Su casita —dijo Anna.

—Pero ¡si el tipo acaba de embolsarse una fortuna inmensa! ¿Qué le suponen seis libras?

Anna se encogió de hombros.

—Solo me dijo que las reuniese. Inmediatamente.

—Quizá tema lo que pueda pasar en el juzgado —dijo Gascoigne—. Quizá tema que vaya a tener que devolverlo todo, una vez concedan el recurso de apelación.

—No dio explicaciones —dijo Anna. (Aún no se había enterado de la repentina llegada, el jueves por la tarde, de la viuda Wells, y por tanto desconocía que la venta del patrimonio de Crosbie Wells corriese peligro de ser revocada)—. Pero no me va a poner en evidencia; dijo que no lo haría.

—¿No podría... apaciguarlo de alguna manera? —preguntó Gascoigne.

—El «de alguna manera» sobra —observó Anna, altiva—. Estoy de luto. Mi hijo ha muerto y estoy de luto. No pienso hacerlo más.

—Podría encontrar otra profesión.

—No hay. Lo único que sé hacer son labores de aguja, y aquí no hay demanda de eso. No hay suficientes mujeres.

—Hay que hacer arreglos —dijo Gascoigne—. Calcetines y botones. Cuellos deshilachados. En un campamento siempre hay arreglos que hacer.

—Los arreglos no están bien pagados.

Volvió a mirarlo con atención; una mirada expectante, pensó Gascoigne, y esta interpretación le provocó un arranque de ira. Se refugió en otra calada. No era responsabilidad suya que Anna no tuviera dinero. No había hecho la calle ni una vez en las dos semanas transcurridas desde la noche que pasó en la cárcel, y el alterne era su medio de vida: era lógico que estuviese sin blanca. ¡Y qué decir de este asunto del luto! Nadie la había obligado a guardar luto. No es que estuviera transida de dolor, precisamente; por el amor de Dios, pero si ya hacía tres meses que había muerto el niño. El vestido tampoco es que fuera un impedimento. Le sería tan fácil sacarse un chelín con el vestido negro de Agathe como con el suyo naranja de siempre; tenía una clientela fiel en el municipio de Hokitika, y las putas escaseaban en la Costa. Además, pensó Gascoigne, ¿qué más daba? En la oscuridad todos los colores son iguales.

Esta súbita irritación no era por falta de piedad. Gascoigne había conocido la pobreza, y desde su juventud había tenido deudas en numerosas ocasiones. Habría ayudado a Anna, y de buen grado, si ella hubiese solicitado su auxilio de otra manera. Pero como la mayoría de las personas sensibles en extremo, Gascoigne no soportaba la sensibilidad en los demás: exigía rectitud y franqueza cuando le hacían una pregunta, y las exigía aún más desesperadamente cuando estaba enfadado. Se daba cuenta de que la puta se estaba valiendo de una estrategia con el fin de conseguir algo. Esta estrategia lo enfurecía porque veía que era una estrategia... y también porque sabía lo que estaba a punto de pedirle Anna. Expulsó una bocanada de humo.

—Edgar siempre ha sido muy bueno conmigo —continuó Anna, cuando ya era evidente que Gascoigne no iba a hablar—. Pero últimamente tiene el genio atravesado. No sé qué le pasa. He intentado suplicarle, pero no hay manera. —Hizo una pausa—. Si pudiera tan solo...

—No.

—Solo una pizquita..., no necesitaría más —dijo Anna—. Solo una de las pepitas. Le podría decir que me la encontré en el arroyo, o por ahí por la carretera. O que me pagaron con oro puro... los mineros a veces lo hacen. Podría decir que me lo dio uno de los muchachos extranjeros. Se me da bien mentir.

Gascoigne negó con la cabeza.

—No puede tocar ese oro.

—Pero ¿hasta cuándo? —preguntó Anna—. ¿Hasta cuándo?

—¡Hasta que averigüe quién lo cosió al corsé! —dijo bruscamente Gascoigne—. ¡Ni un segundo antes!

—Pero mientras tanto, ¿qué hago con el alquiler?

Gascoigne la miró con dureza.

—Anna Wetherell, usted no está bajo mi tutela.

Esto la silenció, si bien sus ojos delataron su descontento. Buscó algo que hacer, alguna tarea rutinaria en la que entretenerse. Por fin, se arrodilló a coger las baratijas que había desperdigado Pritchard por el suelo; con gesto airado, fue recogiénolas y tirándolas con cierta violencia al cajón vacío de la cómoda.

—Tiene usted razón: no estoy bajo su tutela —dijo al cabo—. Pero a esto yo le contesto que el montón de oro no es suyo, ¡que no puede quedárselo y restringirlo como le plazca!

—Tampoco le pertenece a usted, señorita Wetherell.

—Estaba en mi vestido —alegó ella—. Estaba sobre mi persona. El riesgo lo corrí yo.

—Mucho más arriesgaría si se lo gastase.

—Y entonces ¿qué hago? —gritó Anna—. ¿Una vez puta, puta para siempre? ¡Supongo que no me queda otra alternativa!

Se cruzaron unas miradas fulminantes. «Le daría un soberano de oro», estaba pensando Gascoigne, «si ejerciese usted su oficio conmigo».

—¿Qué plazo tiene? —dijo al fin.

Anna ovilló una cinta con ademán agresivo antes de responder.

—No me lo dijo. Dijo que tenía que reunir el dinero o largarme.

—¿Quiere que hable yo con él? —le provocó Gascoigne, pues sabía que esto no era en absoluto lo que deseaba.

—¿Para decirle qué? —repuso Anna, tirando el ovillo de cinta al cajón—. ¿Para suplicarle que me conceda una semana más, un mes, tres? ¿Qué diferencia hay? Tarde o temprano tendré que pagarle.

—Eso es lo que caracteriza a una deuda, me temo —dijo Gascoigne con tono glacial.

—Ojalá hubiese sabido hace dos semanas que usted era de este tipo de acreedores —soltó Anna, y con tono mordaz—. De haberlo sabido, jamás habría aceptado su ayuda.

—Quizá le falle la memoria —dijo Gascoigne—. Le recuerdo que si le presté mi

ayuda fue solo porque usted me lo pidió.

—¿Esto? ¿Este cochino vestido? ¿Esto es «ayuda»? ¡Ya quisiera yo devolverle el vestido... y quedarme con el oro!

—La saqué de la cárcel, Anna Wetherell, corriendo un gran riesgo personal; y este vestido perteneció a mi difunta esposa, por si no lo sabía. —Tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó con el tacón. Anna estaba abriendo la boca para replicar, así que la interrumpió, con voz potente—: Me temo que no está usted en condiciones de recibir mi sorpresa.

—Estoy perfectamente, gracias.

—Una sorpresa —dijo Gascoigne, elevando aún más la voz— que organicé para usted por la más pura caridad y con la mejor voluntad...

—Señor Gascoigne...

—... ya que me pareció que le haría bien salir y disfrutar un poco —concluyó Gascoigne. Estaba muy pálido—. Le comunicaré a la señora que está usted decaída y no desea ver a nadie.

—No estoy decaída —dijo Anna.

—Yo creo que sí —repuso Gascoigne. Apuró el vaso y lo dejó en la mesita de noche junto a la almohada de Anna, cuyo centro seguía atravesado por un agujero negro—. Y ahora me voy. Lamento que su pistola no disparase como usted quería, y lamento que su estilo de vida rebase sus medios para costárselo. Gracias por el brandy.

MEDIUM COELI / IMUM COELI

En el que Gascoigne saca el tema de la deuda de Anna, y Edgar Clinch no se confía a él

Justo cuando Gascoigne estaba cruzando el vestíbulo del hotel Gridiron, la puerta se abrió de golpe y el hotelero, el señor Edgar Clinch, entró como una exhalación. Gascoigne aminoró el paso para evitar que tuvieran que arrimarse demasiado al pasar, pero Clinch lo interpretó como una indecisión de distinto tipo. Se detuvo abruptamente en medio de la entrada, bloqueando el paso a Gascoigne. La puerta se cerró tras él con un ruido sordo.

—¿Puedo ayudarlo? —dijo.

—Gracias, no —repuso Gascoigne con amabilidad, y vaciló un instante a la espera de que Clinch se apartase para salir sin tener que rozarse con él.

Pero el portazo ya había puesto al mozo sobre aviso.

—¡Eh, usted! —le gritó a Gascoigne, saliendo de su cubículo del hueco de la escalera—. ¿A qué venían esos disparos? Jo Pritchard ha bajado como un muerto en vida. Parecía que había visto un fantasma.

—Fue un error —dijo secamente Gascoigne—. Un error, nada más.

—¿Disparos? —preguntó Edgar Clinch, que no se había apartado de la entrada.

Clinch era un hombre alto, de cuarenta y tres años de edad, cabello rubio y aspecto inofensivo y agradable. Llevaba un bigote imperial con las puntas engominadas, un magnífico complemento que no había encanecido al mismo ritmo que su cabello; el cual, peinado con la raya al medio y cortado a la altura de los lóbulos de las orejas, también estaba engominado. Tenía las mejillas en forma de manzana, la nariz rojiza y un perfil romo; y sus ojos estaban tan hundidos que daban la impresión de que se cerraban del todo cuando sonreía, cosa que hacía a menudo, como atestiguaban las patas de gallo. En este momento, sin embargo, estaba frunciendo el ceño.

—Yo estaba aquí abajo, en el mostrador —dijo el mozo—. Este hombre estaba allí, él lo vio. Había subido corriendo al oír los gritos; la pistola se disparó nada más entrar él. Después se oyó otro disparo, el segundo. A punto estoy de subir a investigar cuando baja Jo Pritchard y me dice que no me preocupe. Me dice que la puta estaba limpiando la pistola y que se disparó por accidente..., pero eso solo explica el primer disparo.

Edgar Clinch volvió a detener la mirada en Gascoigne.

—El segundo disparo fue mío —dijo Gascoigne, con fastidio mal disimulado; no

le gustaba que lo retuviesen en contra de su voluntad—. Al ver que el primer disparo había fallado, disparé la pistola a modo de prueba.

—¿A qué se debía el griterío? —preguntó el hotelero.

—Esa situación ya está resuelta.

—¿Jo Pritchard... la estaba atacando?

—A eso sonaba desde aquí —dijo el mozo.

Gascoigne lanzó una mirada venenosa al mozo, y después se volvió hacia Clinch.

—La puta no sufrió ninguna agresión —dijo—. Está perfectamente, y la situación ha quedado resuelta, como ya le he dicho.

Clinch entrecerró los ojos.

—Qué raro que tantas pistolas se disparen solas mientras se las limpia —dijo—. Qué raro que tantas putas se empeñen en limpiar sus pistolas cuando hay caballeros cerca. Qué raro que esto mismo haya ocurrido tantas veces en mi hotel.

—Me temo que no puedo ofrecerle ninguna opinión al respecto —dijo Gascoigne.

—Yo creo que sí puede. —Edgar Clinch separó un poco más los pies y se cruzó de brazos.

Gascoigne suspiró. No estaba de humor para aguantar que nadie se le enfrentase con aires de amo y señor.

—¿Qué ha sucedido? —insistió Clinch—. ¿Le ha pasado algo a Anna?

—Le sugiero que se lo pregunte usted mismo y nos ahorre tiempo a los dos. Lo tiene usted muy fácil, ¿sabe? Está ahí arriba.

—No me gusta que me dejen en ridículo en mi propio hotel.

—No me había percatado de que lo estuviese dejando en ridículo.

El bigote de Clinch tembló peligrosamente.

—¿Qué problema tiene?

—Creo que ninguno —dijo Gascoigne—. ¿Y usted?

—Pritchard. —Escupió el nombre.

—Eso a mí no me lo cuente. No tengo nada que ver con Pritchard. —Se sentía atrapado. Era inútil aspirar a razonar con un hombre que ya había tomado una decisión, y Edgar Clinch, a juzgar por las apariencias, andaba buscando pelea.

—Eso sí que es verdad —intercedió el mozo, acudiendo en auxilio de Gascoigne. También él había reparado en que su patrón estaba de malas pulgas. El hotelero tenía la cara muy roja y le temblaba la pernera como si su cuerpo entero estuviese rebotando en su talón: un signo inequívoco de que estaba enfadado. El mozo explicó, en tono tranquilizador, que Gascoigne no había hecho más que interrumpir la discusión entre Pritchard y Anna; no había estado presente desde el inicio.

Clinch no tenía una presencia especialmente intimidante, ni siquiera cuando se colocaba en posición de pelea, como ahora: más que dar miedo, parecía nervioso. Era como si su enfado, a pesar de ser obvio, de alguna manera lo volviese impotente. Su emoción lo dominaba; era su sirviente, no su señor. Mientras lo miraba, a Gascoigne le vino a la mente un chiquillo a punto de estallar en una rabieta más que un luchador

preparándose para un combate..., aunque, por supuesto, el primero no era menos peligroso cuando respondía a una provocación. Clinch seguía bloqueando la puerta. Estaba claro que no iba a actuar de modo racional; pero quizá, pensó Gascoigne, se le podría calmar.

—¿A usted qué le ha hecho Pritchard, señor Clinch? —preguntó, pensando que, si le daba la oportunidad de hablar, tal vez su ira se encauzase y se tranquilizara.

Clinch masculló una respuesta entrecortada.

—¡Es a Anna a quien se lo ha hecho! —gritó—. ¡Le da la droga que la está matando..., la vende!

Esta no era explicación suficiente: tenía que haber algo más. Para sonsacarle, Gascoigne dijo, como a la ligera:

—Sí, pero cuando un hombre es un borracho, ¿le echa usted la culpa al tabernero? Clinch pasó por alto la retórica.

—Joseph Pritchard. Si pudiera, él mismo se la daría como si amamantase a un bebé; lo haría. Sé que está de acuerdo conmigo, señor Gascoigne.

—¡Vaya, conque sabe quién soy! —exclamó el oficial de juzgado con tono de alivio, y a continuación—: ¿Así que estoy de acuerdo con usted?

—Lo digo por su sermón del *Times* de ayer. Por cierto, una opinión magnífica; un texto magnífico —dijo Clinch. (Dio la impresión de que hacer un cumplido lo calmaba; pero enseguida se le volvió a ensombrecer el semblante)—. A él sí que le habría venido bien leerlo. ¿Sabe de dónde la saca? ¿Sabe de dónde saca esa porquería de la resina? ¿Lo sabe? ¡De Francis Carver, ni más ni menos!

Gascoigne se encogió de hombros; el nombre no le decía nada.

—El maldito Francis Carver, que la pateó..., la pateó y la molió a palos... ¡y era su bebé! ¡Ella llevaba en el vientre a su hijo! ¡Mató a su propia prole!

Clinch casi estaba chillando... y de repente Gascoigne se sintió muy interesado.

—¿Cómo dice? —preguntó, dando un paso adelante. Anna le había confiado que a su bebé no nacido lo había matado su propio padre... ¡y ahora resultaba que este mismo hombre estaba relacionado con el opio que a punto había estado de matar a Anna!

Pero Clinch se había vuelto contra su mozo.

—Tú —dijo—. Si vuelve Pritchard y yo no estoy, cuento contigo para que lo pongas de patitas en la calle. ¿Me oyes?

Estaba muy alterado.

—¿Quién es Francis Carver? —preguntó Gascoigne.

Clinch carraspeó y escupió al suelo.

—Escoria —respondió—. Escoria de la peor calaña. Jo Pritchard... ese no es más que un depravado. Pero Carver... Carver es el mismo diablo; es con él con quien hay que tener cuidado.

—¿Son amigos?

—Amigos, lo que se dice amigos, no —dijo Clinch—. Amigos, no. —Señaló al

mozo con el dedo—. ¿Me has oído? Como Jo Pritchard ponga el pie en esa escalera..., en el primer peldaño..., ¡ya te puedes ir buscando la vida por ahí!

Evidentemente, el hotelero ya no consideraba a Gascoigne una amenaza, puesto que se apartó de la entrada a la vez que se quitaba el sombrero de forma brusca; Gascoigne era libre de irse, si quería. Pero no se movió, sino que esperó a que el hotelero entrase en detalles, cosa que, después de alisarse el pelo con la palma de la mano y de colgar el sombrero en el perchero, procedió a hacer.

—Francis Carver es un traficante. El *Godspeed*, ese es su barco; puede que lo haya visto fondeado. Un bricbarca de tres palos.

—¿Qué relación tiene con Pritchard?

—¡El opio, naturalmente! —dijo Edgar Clinch con impaciencia. Era evidente que no le hacía ninguna gracia que lo interrogasen; volvió a mirar a Gascoigne con cara de pocos amigos, y pareció que volvían a invadirle las sospechas—. ¿Qué hacía usted en la habitación de Anna?

—No tenía constancia de que Anna Wetherell fuese su empleada, señor Clinch —respondió Gascoigne en un tono de cortés sorpresa.

—Está a mi cargo. —Se alisó el pelo una segunda vez—. Se aloja aquí, forma parte del trato, y tengo derecho a enterarme de sus cosas, si ocurren en mis dominios y hay pistolas implicadas. Vete si quieres: tienes diez minutos. —Esto último iba dirigido al mozo, que se escabulló al comedor para almorzar.

Gascoigne se agarró las solapas.

—Supongo que piensa que Anna es afortunada por vivir aquí y tenerle a usted velando por ella —dijo.

—Se equivoca —repuso Clinch—. No lo pienso.

Gascoigne calló, sorprendido. Después optó por la delicadeza.

—¿Tiene a su cargo a muchas chicas como ella?

—En estos momentos, solo a tres —dijo Clinch—. Dick... tiene ojo para descubrirlas. Solo las de categoría..., y no baja el listón; lo mantiene. Si lo que busca es una puta de a chelín, vaya a Clap Alley, y a ver qué pesca. Con él, nada de calderilla. O libras o nada. ¿Fue Dick quien lo puso en contacto con Anna?

Debía de referirse a Dick Mannering, el patrón de Anna. Gascoigne soltó un vago murmullo a modo de respuesta. No quería contar la historia de cómo se habían conocido Anna y él.

—Pues debería acudir a él si busca un revolcón con alguna de las otras —prosiguió Clinch—. Kate, la regordeta; Sal, la del pelo rizado; Lizzie, la pecosa. De nada sirve pedírmelo a mí. Yo de eso, de las reservas y de yo qué sé qué más, no me encargo. Aquí lo único que hacen es dormir. —Notó que el verbo elegido había suscitado cierta incredulidad en Gascoigne, así que añadió—: Sí, dormir, dormir: no piense que hablo con remilgos. No puedo recibir visitas nocturnas. Perdería la licencia. El que quiera la noche completa, que asuma la responsabilidad: en su propia habitación.

—Tiene usted un establecimiento magnífico —apuntó cortésmente Gascoigne, con un amplio movimiento del brazo.

—No es mío —dijo Clinch, mirándolo con desdén—. Lo alquilo. De punta a punta de la calle, desde Weld hasta Stafford, todo está alquilado. Este local pertenece a un tipo llamado Staines.

Gascoigne se sorprendió.

—¿Emery Staines?

—Es raro —dijo Clinch—. Es raro que me lo alquile un hombre al que le doblo la edad. Pero es la usanza moderna: todo del revés y cada uno a lo suyo.

A Gascoigne le pareció que había algo forzado en la manera de hablar de Clinch: era como si hubiese tomado prestadas las frases y las pronunciaba con afectación. Su tono era comedido, incluso ansioso, y daba la impresión de que se estaba protegiendo de la mala opinión de Gascoigne, cosa imposible. «No confía en mí», pensó Gascoigne, y a continuación: «Bueno, yo tampoco confío en él».

—¿Qué será de este local si el señor Staines no regresa, me pregunto? —dijo en voz alta.

—Yo seguiré aquí —respondió Clinch—. A lo mejor lo compro. —Forcejeó torpemente con un cajón que había debajo del mostrador, y después añadió—: Escuche, pensará que soy un pelmazo por preguntárselo otra vez, pero ¿qué hacía usted en la habitación de Anna?

Parecía casi suplicante.

—Tuvimos unas palabras sobre dinero —dijo Gascoigne—. Está sin blanca. Pero supongo que eso ya lo sabe usted.

—¡Sin blanca! —se mofó Clinch—. ¡Vaya expresión! Tiene recursos de sobra, créame.

¿Se trataba de una críptica referencia al oro que había sido cosido al vestido de Anna? ¿O simplemente de una burda alusión a la profesión de la chica? De repente, Gascoigne se puso en guardia.

—¿Por qué iba a creerlo a usted antes que a Anna? Según ella, no tiene dónde caerse muerta... ¡y aun así a usted le parece bien exigirle seis libras, y al contado!

A Clinch se le abrieron los ojos como platos. De modo que Anna le había confiado a Gascoigne el alquiler que debía. De modo que se había quejado de él... y amargamente, a juzgar por el tono hostil del francés. La idea era hiriente. No le gustaba imaginarse a Anna hablando de él con otros hombres.

—Eso no es asunto suyo —dijo en voz baja.

—Todo lo contrario —repuso Gascoigne—. Anna quiso que lo supiera. Me suplicó.

—¿Por qué? Pero ¿por qué?

—Supongo que porque confía en mí —dijo Gascoigne, con un toque de crueldad.

—Quiero decir, ¿para qué iba a suplicarle a usted?

—Para que la ayude —dijo Gascoigne.

—Pero ¿por qué precisamente a usted? —repitió Clinch.

—¿Cómo que por qué a mí?

Clinch casi estaba gritando.

—¿A santo de qué le pide Anna nada a usted?

Un fugaz destello asomó a los ojos de Gascoigne.

—Supongo que me está pidiendo que defina exactamente el estado de nuestras relaciones.

—Eso no necesito preguntarlo —dijo Clinch con una risa ronca—. ¡Ya conozco la respuesta!

Gascoigne sintió un arrebato de furia.

—Está siendo impertinente, señor Clinch.

—¡Impertinente! ¿Cómo que impertinente? ¡La puta está de luto, solo digo eso, y eso usted no me lo puede negar!

—El hecho de que esté de luto es precisamente la razón de que no pueda devolver las deudas contraídas. Y sin embargo usted persiste en maltratarla.

—¡Maltratarla...!

—Me dio la impresión de que Anna le tiene a usted mucho miedo —dijo fríamente Gascoigne. (Lo cual no era cierto en absoluto).

—No me tiene miedo —dijo el hotelero, estupefacto.

—¿Qué le suponen seis libras? ¿Qué más le da si Anna paga mañana o el año que viene? Acaba usted de embolsarse una fortuna, un «pasaje a casa». ¡Tiene miles de libras en el banco! ¡Y aquí está, hilando fino con el alquiler de una puta, como un especulador de Limehouse!

Clinch se enfureció.

—Una deuda es una deuda.

—Tonterías —dijo Gascoigne—. Una rencilla es una rencilla, más bien.

—¿Qué insinúa con eso?

—Aún no lo sé —contestó Gascoigne—. Pero empiezo a pensar que, por el bien de Anna, debería intentar enterarme.

Clinch volvió a sonrojarse.

—No debería hablarme así. No debería... ¡en mi propio hotel!

—¡Habla como si fuera el guardián de Anna! ¿Dónde se había metido usted esta tarde, cuando estaba en peligro? —dijo Gascoigne, que empezaba a sentirse un poco temerario—. Y ¿dónde se encontraba cuando apareció medio muerta en la carretera de Christchurch?

Pero a diferencia de antes, esta vez Clinch no se achantó ante la acusación. Al contrario, pareció que se endurecía. Apretando la mandíbula, le sostuvo la mirada a Gascoigne.

—A mí nadie me da lecciones sobre Anna —dijo—. Usted no sabe lo que significa para mí. A mí nadie me da lecciones.

Los dos hombres se miraron de hito en hito, como perros de pelea en un foso... y

después cada uno expresó su reconocimiento del otro, concediendo, tácitamente, que se había topado con la horma de su zapato. Pues lo cierto es que Gascoigne y Clinch no tenían temperamentos muy distintos, y hasta en sus diferencias asomaba una especie de armonía: Gascoigne era la octava superior, el sonido más nítido y claro, y Clinch el bajo, el sonido vibrante.

Edgar Clinch poseía, en cierto modo, una naturaleza circular. Era solícito y desconfiaba de sí mismo, atributos que, al ser opuestos, tendían a sumirle en un constante y angustioso estado de incertidumbre. Se ocupaba de sus seres queridos exigiéndolos que aprobasen sin reservas sus cuidados, exigencia que, a su vez, lo avergonzaba, pues era muy consciente de los matices de sus actos y desconfiaba de su valía; por consiguiente, retiraba la exigencia, redoblaba su ayuda y comenzaba de nuevo, solo para descubrir que su necesidad de aprobación también se había redoblado. De esta manera se mantenía en permanente movimiento, al igual que lo está una mujer, enjaezada a los ritmos de la luna.

Su relación con Anna Wetherell había empezado exactamente así. Cuando Anna llegó por primera vez de Dunedin, Clinch se había sentido poco menos que abrumado: jamás había conocido una criatura tan singular y atribulada, y juró que no descansaría hasta darle su amor. Reservó su mejor habitación para ella y la mimó de todas las maneras posibles, pero se sintió muy dolido al ver que ella no apreciaba sus esfuerzos... y cuando vio que no se percataba de su dolor, se enfadó. Su enfado era a la vez insostenible e incapaz de sostener nada; la ira que a veces nutre a los hombres, a él no lo nutría. Era, por el contrario, una emoción que solo lo mermaba, dejándolo todavía más vacío... y, por tanto, todavía más dispuesto a amar.

Cuando llegó a Hokitika, Anna estaba encinta, aunque su vientre aún no había empezado a aumentar y su figura aún no revelaba el secreto de su estado. Clinch la conoció en el muelle Gibson, adonde la había llevado una gabarra, ya que el bricbarca *Godspeed* había fondeado a unos cien pies de la costa. Era un día de frío claro y luminoso. La desembocadura del río brillaba esplendorosamente; el canto de las aves llenaba el aire. Incluso ahora, Clinch pensaba que podía recordar cada detalle. Veía el ancho halo de su sombrero, y las puntas de sus cintas agitándose con el viento; veía sus botines, sus guantes abotonados, su ridículo. Veía el resplandor morado de su vestido, que pertenecía, según supo después, al empresario Dick Mannering, a quien tendría que pagarle un alquiler diario hasta que se pudiera permitir comprarse uno propio. El color chillón no la favorecía: le daba un tono cetrino a su tez y le vaciaba los ojos de vida. A Edgar Clinch se le antojó radiante. Con una ancha sonrisa, cogió su delgada mano entre las suyas y se la estrechó vigorosamente. Le dio la bienvenida a Hokitika, le ofreció el brazo y propuso dar un paseo, que ella aceptó. Después de mandar a los mozos que entregasen el baúl en el hotel Gridiron, Clinch sacó pecho y acompañó a Anna por la calle Revell como un consorte a su reina.

Por aquella época Edgar Clinch llevaba menos de un mes en Hokitika. Aún no

conocía a Dick Mannering, aunque había oído su nombre; aquella tarde había ido a recibir el barco de Anna sin previo acuerdo ni con el magnate ni con la puta. (Mannering se había entretenido en Dunedin, y no llegaría a Hokitika hasta la semana siguiente; en cualquier caso, prefería viajar en vapor que en barco de vela). Cuando hacía bueno, Clinch se acercaba hasta la lengua de tierra y daba la bienvenida a los mineros que desembarcaban en la arena. Estrechaba sus manos, sonreía y los invitaba uno por uno a alojarse en el hotel Gridiron..., comentando, como de pasada, que podía ofrecerles una tarifa generosamente reducida, pero solo a quienes la aceptasen antes de media hora.

Durante el breve paseo desde el muelle Gibson, Clinch fue cada vez más consciente de la delicada presión de la mano de Anna en el hueco de su codo; para cuando llegaron a la entrada principal del Gridiron, descubrió que esa presión le resultaba poco menos que imprescindible. Rogó a la joven que se dejase invitar a almorzar en el comedor; la joven aceptó, lo cual suscitó en su pecho un paroxismo de sentimiento redentor a resultas del cual le ofreció la mejor, y más grande, de sus habitaciones.

Anna pagó su hospedaje con un pagaré de Dick Mannering, que Clinch, en su arrebatado de generosidad, aceptó sin dudar. Para cuando se le pasó por la cabeza que tal vez ejercía el oficio más antiguo del mundo, ya la había hecho, firme e irrevocablemente, depositaria de su afecto. Cuando Mannering llegó a Hokitika una semana después, se presentó a Clinch como el patrón de Anna, y después negoció un acuerdo por el que la puta se beneficiaría, a cambio de una tarifa semanal, de protección, vigilancia discreta, dos comidas diarias y un baño semanal. Este último era un lujo caro, un lujo, por más señas, que se rescindiría (como explicó Mannering con tono confidencial) una vez que la chica se hallase bien instalada en la ciudad. No obstante, durante las primeras semanas de su empleo era necesario agasajar su sentido de la opulencia y satisfacer sus gustos.

Clinch estaba encantado de llenar la bañera de cobre cada domingo, a pesar de lo laborioso de la tarea. Le encantaba vislumbrar a Anna en el rellano, con el pelo mojado y recién aseada; le encantaba cruzarse con ella en el comedor los domingos por la noche y oler el lechoso aroma a jabón que desprendía su piel. Le encantaba verter el agua usada del baño, enturbiada por la suciedad, a la alcantarilla que había al borde de la carretera, deseando, mientras el blanquecino líquido se filtraba, que Anna estuviese mirándolo desde su ventana del piso de arriba.

Los esfuerzos de Clinch en el amor eran siempre maternos, pues es un rasgo de la naturaleza humana dar lo que más deseamos recibir, y era una madre lo que más ansiaba Edgar Clinch. La suya había muerto en su infancia y desde entonces había resucitado en su imaginación como una diosa de luminosa virtud, una diosa cuyo rostro aparecía como una forma borrosa entrevista a través de una ventana en una noche de niebla. Sin embargo, había un aspecto malhadado en todos sus esfuerzos de amor, pues requerían de su objeto una exquisita intuición que él, a su vez, no poseía.

Edgar Clinch era un romántico incurable, pero en todos los sentidos corrientes era un romántico fallido: a pesar de sus cuidados cotidianos, Anna Wetherell ignoraba por completo que el hotelero la amaba con la pasión de un corazón solitario y desesperado. Se mostraba cortés con él y mantenía presentables sus aposentos, pero jamás solicitaba su compañía, y limitaba sus conversaciones a los temas más triviales. Sobra decir que su indiferencia no hacía sino avivar las brasas del encaprichamiento de Clinch... y las colocaba más alto, con lo cual ardían más tiempo y con una luz más roja. Cuando Mannering sugirió, al cabo de un mes, que se interrumpiera la extravagancia del baño semanal de Anna, Clinch no hizo más que dejar de detallar este servicio en la factura mensual de Anna. Cada domingo preparaba la bañera de cobre, sacaba las toallas de lino y echaba el agua como había venido haciendo hasta entonces.

Parecía, aquellos primeros meses, como si nada en absoluto pudiese empañar la adoración que sentía Clinch por Anna. El hecho de que se dedicase a lo que se dedicaba no lo repelía, aunque sí lo angustiaba la idea de que corriera peligro tan a menudo. Asimismo, cuando supo que era comedora de opio y que consumía la droga prácticamente a diario, solo sintió aflicción y temor, pero no repulsión. (Razonó que la droga estaba muy de moda, y que él mismo tomaba láudano cuando era incapaz de conciliar el sueño; porque a ver, ¿qué diferencia había entre el opio convertido en tintura y el opio que se quemaba para convertirse en humo?). Los aspectos más lamentables de la vida de Anna, lejos de ahuyentar a Clinch, solo le producían tristeza, y en consecuencia anhelaba aún más la felicidad de ella.

Cuando se hizo evidente que Anna estaba esperando el hijo de otro hombre, sin embargo, la tristeza de Clinch adquirió un tono de alarma. Empezó a preguntarse si sería el momento de comunicarle sus sentimientos. Quizá debería hacerle una propuesta de matrimonio. Quizá, cuando naciera el bebé, podría adoptar al chiquitín, y cuidarlo; quizá podrían convertirse en una familia, por así decirlo.

Precisamente sobre este asunto estaba reflexionando Clinch una tarde en pleno invierno cuando oyó un ruido sordo en la veranda del hotel, y a continuación un grito sofocado. Abrió la ventana (había estado encendiendo los fuegos de las habitaciones de arriba) y al asomarse vio que Anna había tropezado en el pequeño tramo de escalera que subía hasta la puerta principal. Mientras la miraba, Anna levantó el brazo, despacio, y se puso a tantear en busca del pasamanos.

Clinch bajó las escaleras, cruzó el vestíbulo y abrió la puerta..., pero en el ínterin Anna se había incorporado con esfuerzo y había cruzado la veranda. Cuando salió Clinch, Anna, que ya estaba a punto de agarrarse al tirador, se desplomó sobre él y, para no caerse, alargó pesadamente los brazos y se los pasó por el cuello. Hundió la cabeza en el cuello de su camisa, apretando la nariz y la boca contra la piel de su garganta; parecía combarse contra él. Clinch soltó un murmullo de sorpresa... y después se quedó muy quieto. Pensó que si hablaba, o si se movía demasiado aprisa, tal vez el instante se hiciese añicos y la puta se diese a la fuga. Miró por encima de su

hombro. Era una tarde de domingo clara y luminosa, y la calle estaba tranquila. Nadie podía verlos. No había nadie mirando. Clinch ahuecó las palmas de las manos sobre la cintura de Anna, y respiró, y volvió a respirar... y de repente, con un solo movimiento veloz, estrechó a Anna contra su cuerpo, la levantó y aplastó la boca contra su mejilla. Así permaneció un buen rato, sus labios sobre la mandíbula de Anna. Después la aupó, entró de nuevo en el vestíbulo, cerró la puerta con la puntera del pie, echó la llave y la subió al piso de arriba.

El baño de Anna estaba preparado en la habitación de enfrente del descansillo, y unas perolas de hierro llenas de agua esperaban, cubiertas, sobre el anaquel de al lado del fuego. Clinch, sin soltar a Anna, se agachó sobre el sofá que había junto a la bañera. El corazón le latía aceleradamente. Se apartó para mirarla. Tenía los ojos cerrados; sus miembros estaban blandos y relajados.

Hacía muchos meses que Anna había devuelto a Mannering el vestido morado de alquiler, habiendo comprado, para sustituirlo, varios vestidos que le sentaban mejor. Hoy, sin embargo, no llevaba el vestido naranja con polisón con el que habitualmente anunciaba su oficio, pues las putas de Hokitika lucían colores chillones cuando estaban trabajando y tonos apagados cuando no. Llevaba un vestido de muselina color crema, con el busto cortado al estilo de las chaquetas de montar y abotonado hasta la garganta. Un chal azul de tres picos le envolvía los hombros. A partir de estas pistas, y del hecho de que estaba prácticamente inconsciente por los efectos del opio, Edgar Clinch dedujo que acababa de estar en el Barrio Chino: cuando se desplazaba hasta allí, lo hacía de incógnito, con su ropa de colores apagados.

Con dedos temblorosos, Clinch aflojó el chal de los hombros de Anna y lo dejó caer al suelo. Después desató el lazo de la espalda del vestido y aflojó los cordones del corsé, avanzando despacio y por etapas. Sus dedos encontraron, uno a uno, los botones forrados, y desenganchó las presillas que los sujetaban. Anna se dejaba hacer en sus brazos, y cuando Clinch le empezó a sacar el vestido por los hombros, levantó los brazos como una niña pequeña. A continuación le quitó el miriñaque y sacó a Anna por el aro superior, de suerte que el armazón cayó al suelo con un gran estruendo de hebillas y madera. La dejó de nuevo en el sofá —ahora solo llevaba la enagua— y le cubrió el cuerpo con el chal. Después se levantó y empezó a llenar la bañera. Anna tenía la mejilla apoyada sobre el dorso de la mano, y su pecho subía y bajaba con la respiración irregular del sueño. Cuando estuvo preparada el agua, Clinch volvió a su lado, murmurando frases reconfortantes; le sacó la enagua por la cabeza, alzó su cuerpo desnudo, se arrodilló y la metió en la bañera.

Anna dejó escapar una especie de arrullo cuando su cuerpo tocó el agua, pero no abrió los ojos. Clinch se encargó de que la nuca le quedase bien ceñida por el borde de cobre de la bañera, asegurándose así de que no se resbalaba y se ahogaba. Le retiró el pelo de la mejilla y le pasó el pulgar por la mandíbula. Al meterla en el agua se había mojado las mangas hasta los hombros; dio un paso atrás, se separó del cuerpo las mangas empapadas y la miró. Se sintió a la vez muy solo y muy satisfecho.

Al cabo de unos instantes, el hotelero se arrodilló y recogió el vestido de muselina del suelo con intención de sacudirlo para alisarlo y dejarlo doblado sobre el respaldo del sofá. Jamás se había imaginado que el vestido pudiera pesar tanto..., ¡pero si no era más que muselina e hilo, ahora que le había quitado el miriñaque y también los bombachos y la enagua! ¿Por qué pesaba tantísimo? Pellizcó la tela y, en ese momento, notó algo extraño bajo las manos. Dio la vuelta al vestido. ¿Qué era ese peso que estaba repartido por el dobladillo? Al tacto parecía una hilera de piedras. Pasó el dedo por debajo de un hilo y lo rompió; después hurgó con el índice y el pulgar en el túnel del dobladillo. Quizá habían metido algún tipo de relleno. Sacó, para su inmenso asombro, una pizca de oro puro.

Anna seguía durmiendo, su mejilla apoyada contra el borde de la bañera. Clinch, con el corazón acelerado, palpó las costuras del vestido y siguió por los volantes hasta llegar al busto. Había onzas y onzas —puede que libras— escondidas dentro de la tela. ¡Y todo puro! ¿Qué había estado haciendo Anna en el Barrio Chino para volver toda aturdida por el opio y con el vestido lleno de mineral de oro? Debía de estar traficando con el oro; llevándolo a algún sitio de contrabando, a juzgar por las apariencias. ¿Al Barrio Chino? No tenía sentido. Más bien debía de estar sacándolo de allí. ¡Tal vez a cambio de opio! La cabeza de Clinch estaba funcionando a toda velocidad. Recordó que ocultar oro en el forro de la ropa era un método muy habitual para evadir impuestos en la aduana, aunque arriesgado, ya que si te pillaban te enfrentabas a multas cuantiosas, incluso a pasar una temporada en la cárcel. Pero Anna no era un minero, ¡era una mujer, por el amor de Dios!, y el oro no podía ser suyo. Alguien debía de haber confiado en Anna lo suficiente como para esconder el oro en su ropa. Y Anna debía de haber confiado lo suficiente en ese alguien para correr el riesgo por él.

Entonces se le ocurrió: Mannering. Dick Mannering era dueño de todos los chinos de Kaniere; todos trabajaban en sus concesiones a cambio de un salario, por llamarlo de alguna manera. Mannering también era el patrón de Anna. ¡Claro! Era bien sabido que Mannering era un cochino traficante; ¿qué proxeneta no lo era? ¿Y acaso no había declarado, una y otra vez, que Anna Wetherell era la flor y nata de las putas?

Clinch se volvió hacia Anna, y se sobresaltó al ver que tenía los ojos abiertos y que lo estaba mirando fijamente.

—¿Qué tal está el agua? —dijo tontamente, sacudiendo el pliegue del vestido para ocultar la pizca de oro que tenía entre los dedos.

Anna expresó su satisfacción con un canturreo..., pero en aras de la modestia cambió de posición la rodilla y se cruzó los brazos sobre los pechos. Su vientre dilatado era una esfera perfecta, flotando en el agua turbia como una manzana en un cubo.

—¿Ha vuelto andando... ni más ni menos que desde Kaniere? —preguntó Clinch. ¡Era imposible que hubiese recorrido cuatro millas caminando! ¡Si apenas podía mantener la cabeza erguida! ¡Si apenas podía mantenerse en pie!

Anna volvió a canturrear, rompiendo el tono en dos partes para expresar una negación.

—¿Cómo entonces? —dijo Clinch.

—Dick pasaba por allí —masculló. Sonó como si de su boca hubiera salido melaza en vez de palabras.

Clinch se acercó más.

—¿Dick Mannering pasaba por el Barrio Chino?

—Mmm. —Cerró los ojos nuevamente.

—Se ofreció a traerla, ¿no?

Pero Anna no respondió. Había vuelto a quedarse dormida. Dejó caer la cabeza contra el borde de la bañera y los brazos se le descruzaron, golpearon la superficie del agua, se hundieron y volvieron a subir.

Clinch seguía agarrando la pizca de oro entre los dedos. Con cuidado, colocó el vestido sobre el respaldo de la silla y se metió la pizca en el bolsillo, frotándose el pulgar y el índice para soltar las hojuelas, como si salase un guiso.

—La dejo con su baño —dijo, y salió de la habitación.

Pero en lugar de volver abajo, cruzó rápidamente el pasillo en dirección a los aposentos de Anna e introdujo su llave maestra sin dificultad en la cerradura. Entró en la habitación y se acercó de dos zancadas al armario en el que Anna guardaba su ropa. Tenía cinco vestidos, los cinco comprados en un lote de salvamento de un vapor carguero que había naufragado en la barra. Clinch se dirigió primero al vestido de alterne. Toqueteó cada costura con dedos veloces y palpó el polisón por dentro. Al igual que el vestido de muselina, ¡también este estaba relleno de oro! Pasó al siguiente... y al siguiente... y al siguiente; lo mismo en todos. Vaya, pensó Clinch, haciendo cálculos: entre los cinco vestidos, Anna Wetherell tenía atesorada una auténtica fortuna.

Se sentó en la cama.

Anna jamás llevaba el vestido naranja al Barrio Chino —eso lo sabía Clinch a ciencia cierta—, y aun así estaba lleno de oro, lo mismo que los demás. ¡Así que no se trataba solo de un trato con los orientales, como había pensado en un primer momento! Era una operación que traspasaba los límites del Barrio Chino. Los límites de Hokitika, tal vez. Alguien, pensó Clinch, estaba preparando un golpe de altura.

Contempló las alternativas. ¿Quizá Mannering estaba utilizando a Anna como mula de carga para que sacase, sin saberlo, mena del desfiladero? Sería una tarea bien fácil, pensó Clinch: bastaba con darle una pipa de opio y esperar a que se adormeciese, y a partir de ese momento se le podía coser el oro al vestido, pizca a pizca. Quizá, pero no: era absurdo pensar que Mannering estaría dispuesto a correr semejante riesgo sin estar seguro de la discreción de la puta. Santo cielo, llevaba encima cientos de libras, puede que miles; cómo no iba a estar enterada. Mannering no tenía un pelo de tonto cuando se trataba de dinero. Jamás pondría una fortuna bajo la custodia de una puta común sin tomar precauciones. Anna debía de haberle dado

algún tipo de garantía..., alguna deuda, pensó Clinch, alguna obligación. Pero ¿qué podía tener ella que pudiese servir de caución de una fortuna en oro puro?

De súbito furioso, Clinch dio un puñetazo a la colcha. ¡Mannering! ¡Menuda osadía, maquinarse semejante engaño cuando Anna estaba viviendo bajo el techo de Clinch y cenando a la mesa de Clinch! ¿Y si hubiesen aparecido por ahí los sargentos de guardia? ¿Y si hubiesen registrado la habitación de Anna? ¿Quién cargaría entonces con la responsabilidad? ¡Vaya, pensó Clinch! ¡Él, sí, él debería haber recibido una tajada, como poco, de los beneficios; deberían habérselo dicho! Y los chinos estaban al corriente del secreto, sin duda; era mortificante. Quizá Hokitika entero lo sabía. Clinch soltó una blasfemia. Dick Mannering: que se pudra en el infierno, pensó amargamente.

Oyó un chapoteo en la habitación contigua —Anna debía de haberse despertado— y se preguntó fugazmente si debía confiscar los vestidos del armario. Tal vez pudiese chantajear a Mannering con ellos. Podía esperar a que Anna recobrase el juicio y preguntarle por el asunto. Podía forzar una confesión... una disculpa. Pero le faltó valor. A Edgar Clinch los sentimientos hostiles siempre lo paralizaban; por muy a pecho que se tomase los agravios, rara vez iba más allá de expresarlos mudamente en su cabeza. Apesadumbrado, salió de la habitación de Anna, volvió abajo y abrió la puerta del vestíbulo.

—Le pido que acepte mis más sinceras disculpas —dijo Gascoigne.

Clinch parpadeó.

—Disculpas, ¿por qué?

—Por haber insinuado que no era el bien de la señorita Wetherell lo que pretendía.

—Ah. Sí. Bueno, gracias.

—Adiós —se despidió Gascoigne.

Clinch recibió esta despedida con decepción. Había albergado cierta esperanza de que Gascoigne se quedase un rato más —al menos hasta que el mozo volviese del almuerzo— para seguir hablando del asunto. Siempre le dolía poner fin a una conversación con un tono descortés, y lo cierto era que quería discutir con Gascoigne el tema de la deuda de Anna, por muy reacio que se hubiese mostrado cuando lo oyó mencionar por primera vez. No había querido perder los estribos con Anna la tarde anterior. Pero Anna le había mentado, ¡había dicho que no tenía ni un chelín, cuando había cientos, incluso miles, cosidos en los vestidos de su armario! Los vestidos seguían allí; periódicamente echaba un vistazo, para asegurarse de que el mineral seguía en su sitio. ¿Por qué iba él a apoquinar los gastos cotidianos de Anna, cuando ella misma tenía acceso a una riqueza de semejante calibre? ¿Por qué había de ser él quien la sacase de apuros, cuando estaba conspirando contra él, incluso soltándole falacias a la cara? Tantos meses de silencio lo habían amargado, y su amargura había madurado para convertirse, en un abrir y cerrar de ojos, en resentimiento.

Dio un paso al frente e incluso sacó la mano con intención de retrasar la partida

de Gascoigne. Quería suplicarle que no se marchase; de pronto, no quería estar solo. Pero ¿qué razón podía dar para convencer a Gascoigne de que se quedase?

—¿Adónde va? —dijo para ganar tiempo.

La pregunta molestó a Gascoigne. ¡Mira que podía ser deprimente la vida de la frontera! No se libraba uno de que le preguntasen por sus asuntos privados; no era como en París, o en Londres, donde el lujo de ser un desconocido se sentía en cada esquina; donde realmente podía uno estar a solas.

—Tengo una cita —respondió con tono cortante.

—¿Con quién? ¿De qué se trata?

Gascoigne suspiró. Qué aburrimiento, tanta pregunta. Clinch casi parecía enfurruñado, ¡como si le fastidiara que se marchase! ¡Si solo hacía diez minutos que se conocían!

—Me voy con una señora —dijo— a ver sombreros.

NODO VERDADERO EN VIRGO

En el que se interrumpe tres veces a Quee Long, Charlie Frost no cede terreno y Sook Yongsheng nombra a un sospechoso, para sorpresa de todos

En el preciso instante en que Gascoigne se despedía de Edgar Clinch dando un portazo más bien descortés a la puerta principal del Gridiron, Dick Mannering y Charlie Frost estaban desembarcando del transbordador y pisando las piedras de la ribera en Kaniere. El comisionista Harald Nilssen también se estaba acercando al lugar, a toda prisa; acababa de pasar por delante del letrero de madera que anunciaba que estaba a media milla del poblado, lo cual lo había animado a acelerar considerablemente el paso, si bien seguía asestando golpes con su bastón a las hierbas mojadas que crecían al borde del camino. El objetivo de los tres hombres, claro está, era llegar al Barrio Chino de Kaniere y, una vez allí, exigir una entrevista con el orfebre chino Quee Long..., a quien acababa de sobresaltar, como volvería a suceder al poco rato, la llegada de una visita hartamente imprevista.

«Barrio Chino» era una denominación un tanto engañosa para el pequeño apiñamiento de tiendas de campaña y casuchas de piedra que se hallaba a varios centenares de yardas río arriba de las concesiones de Kaniere, pues si bien todos los hombres eran de Cantón, y la mayoría de Kwangchow, al conjunto de todas ellas difícilmente se le podía llamar barrio: el «Barrio Chino» alojaba, en aquel momento, tan solo a quince hombres chinos. Entre este pequeño grupo de moradas, la de Quee Long destacaba por su magnífica chimenea, hecha de barro refractario. El horno de ladrillo del que salía esta chimenea se había construido como una forja en miniatura, dotada de una cámara de hierro fundido que estaba bajo una repisa elevada de barro y que ocupaba el centro de la única habitación de la vivienda; sobre esta repisa de barro dormía de noche Quee Long, caldeado por los ladrillos que aún conservaban el calor del fuego del día. Para fundir la producción semanal de mineral de oro, llenaba la caldera de carbón, pues, si bien era un combustible caro, ardía mejor que el coque; hoy, sin embargo, había apartado a un lado el crisol y el fuelle, y la caldera estaba llena de una montonera de leña de combustión lenta.

Quee Long era un hombre fornido de grandes dimensiones y fortaleza práctica. Sus ojos tenían el canto interno redondeado, pero a la altura de las mejillas se afilaban; la forma de su rostro era casi cuadrada. Cuando sonreía, revelaba una dentadura muy incompleta: había perdido dos incisivos, así como las muelas delanteras de la mandíbula inferior. Los huecos de su sonrisa hacían pensar en un

niño al que se le estuvieran cayendo los dientes de leche; comparación que podría haber hecho el propio Quee Long, pues poseía una mirada crítica, agudeza de ingenio y talento para el menosprecio mordaz, sobre todo cuando se lo infligía a sí mismo. Pintaba un retrato muy pobre siempre que hablaba de su persona, costumbre que, a pesar de su intención humorística, traslucía una idea de sí asaz vulnerable. Y es que Quee Long valoraba todos sus actos de acuerdo con un criterio personal de perfección, y bregaba por estar a la altura de este criterio: en consecuencia, nunca estaba del todo satisfecho con sus esfuerzos ni con sus resultados, y tendía, en general, al derrotismo. Estos matices de su carácter se les escapaban a los súbditos de la Corona británica, con los que Quee Long compartía apenas ochenta o cien palabras, pero entre sus compatriotas era célebre por su humor cínico, su espíritu melancólico y su porfiada perseverancia al servicio de ideales intocables.

Había viajado hasta Nueva Zelanda con un contrato. A cambio del coste de su pasaje de ida y vuelta desde Kwangchow, Quee Long accedió a entregar el porcentaje mayoritario de sus ganancias en el yacimiento aurífero a un fondo corporativo. Quee Long empobreció mucho a causa de las condiciones de su contrato, que no eran ni flexibles ni benévolas; pero aun así continuó siendo un trabajador diligente. Su sueño —por desgracia, improbable— era regresar a Kwangchow con setecientos sesenta y ocho chelines en el bolsillo: con esto, había decidido, viviría el resto de sus días. (Había escogido esta cifra y no otra por sus buenos auspicios, pues pronunciada en cantonés sonaba igual que la frase «fortuna eterna», y también por gusto, ya que cuando mejor trabajaba Quee Long era cuando podía imaginarse el cumplimiento de una meta).

El padre de Quee Long, Quee Zuang, había trabajado en Kwangchow de vigilante urbano. Su vida laboral había transcurrido desfilando ante la muralla de la ciudad, supervisando la apertura y el cierre de las puertas y comprobando que los turnos de los porteros rotaban correctamente. Era una ocupación importante, aun siendo rutinaria, y de niño Quee Long se había sentido orgulloso, no sin razón, de la posición de su padre. En las guerras comerciales de los últimos años, sin embargo, el relativo prestigio de la posición de Quee Zuang había palidecido. Cuando Kwangchow fue tomada por asalto en 1841, la ciudad confió en sus fortificaciones... y perdió toda esperanza. Los soldados británicos entraron en tropel a los fuertes, en cantidades que superaban con creces las fuerzas del Qing, y las defensas chinas sucumbieron. Los británicos tomaron la ciudad, y Quee Zuang, junto con centenares de conciudadanos, fue apresado; serían puestos en libertad a condición de que Kwangchow accediese a abrir su puerto al comercio.

La natural humillación que sentía Quee Long por la reiterada rendición de su ciudad (pues hasta cuatro veces sería conquistada Kwangchow por los soldados británicos en los veinte años siguientes) se multiplicó por cien debido a la humillación que sentía por su padre. Quee Zuang quedó prácticamente destrozado por la ignominia sufrida. El anciano murió poco después del final de la segunda guerra;

para entonces, había hecho frente al cañón de un rifle británico en tres ocasiones.

Para Quee Long no era plato de gusto imaginar lo que pensaría su padre si pudiese verlo ahora. Quee Zuang había entregado su honor y su vida defendiendo a China de las descabelladas exigencias de Gran Bretaña; y ahora, cuando no habían transcurrido ni siquiera ocho años de su muerte, Quee Long estaba aquí, en Nueva Zelanda, beneficiándose exactamente de esa misma circunstancia que su padre, y su país, habían intentado impedir en vano. Estaba durmiendo en tierra extranjera, buscando oro (oro, que no plata) y cediendo la mayor parte de sus ingresos diarios a una compañía de propiedad británica, a cuyos escalafones superiores jamás tendría derecho a incorporarse. El malestar que sentía cuando hacía recuento de estas traiciones no se caracterizaba tanto por la vergüenza filial como por un sentimiento general de desposesión. Al recordar la larga crisis que era su vida (pues así la percibía, como si su identidad hiciera equilibrios, siempre, sobre una elección inminente... aun cuando no supiera en qué consistía la elección, pues esta indecisión carecía de un verdadero comienzo así como de un fin perceptible), Quee Long solo se sentía dissociado: de su propio trabajo, de los deseos de su padre, de las circunstancias en las que su país, y su familia, habían sido deshonrados. Sentía que no sabía cómo sentirse.

Pero había un aspecto en el que Quee Long permanecía fiel a la sombra de su padre. Se negaba a consumir opio, y no toleraba que se consumiese en su presencia ni que lo consumiesen sus seres queridos. La droga, para Quee Long, era un símbolo de la imperdonable y profunda barbarie con que Occidente había tratado a su civilización, y del desprecio que se tenía por la vida china en medio de los inanes objetivos occidentales del lucro y la codicia. El opio era la advertencia que daba China. Era la línea de sombra de la expansión occidental, su oscuro complemento, como un yin para un yang. Quee Long decía a menudo que un hombre sin memoria era un hombre sin previsión..., a lo cual añadía, con humor, que había citado esta máxima muchas veces en anteriores ocasiones, y que pensaba seguir citándola sin modificarla. Un hombre chino con una pipa entre las manos era, a juicio de Quee Long, a la vez un traidor y un necio. Cada vez que pasaba por delante del fumadero de opio de Kaniere, volvía la cabeza y escupía al suelo.

Sorprenderá, por tanto, que identifiquemos al individuo con el que estaba hablando Quee Long en estos momentos ni más ni menos que como Sook Yongsheng, el hombre que dirigía el fumadero de Kaniere y que había vendido a Anna Wetherell el trozo de opio que casi la lleva a la tumba dos semanas antes del día que nos ocupa. (El severo código de Quee Long no incluía a Anna Wetherell, que a menudo lo visitaba después de haberse fumado su pipa en el fumadero de Kaniere, cuando su cuerpo estaba exangüe y blando a causa de la droga y no podía articular más que gemidos. Pero Quee Long jamás vio los instrumentos de su adicción, a pesar de que sacaba un gran provecho de sus efectos; si Anna hubiese mostrado la droga en su presencia, se la habría quitado de un manotazo. Al menos eso era lo que se decía a

sí mismo. Bajo esta vaga afirmación había otra creencia, no tan articulada: que, en el caso de la lamentable adicción de Anna, de alguna manera se había cumplido una justicia cósmica).

Sook Yongsheng y Quee Long no eran amigos. Cuando el primero había llamado esa misma tarde a la puerta de Quee Long, solicitando la ayuda y la hospitalidad de su compatriota, este lo había recibido con una desazón nada desdeñable. Entre ellos dos, por lo que sabía Quee Long, solamente había tres cosas en común: el lugar de nacimiento, el idioma y el afecto a una puta occidental. Quee Long adivinó que era de este tercer punto de conexión de lo que quería hablar Sook Yongsheng, ya que en los últimos días Anna Wetherell había sido objeto de especulaciones y opiniones variopintas; aún se quedó más sorprendido, por tanto, cuando su invitado le anunció que la información que traía concernía a dos hombres: uno llamado Francis Carver y otro llamado Crosbie Wells.

Sook Yongsheng era unos diez años más joven que Quee Long. Sus cejas, muy ralas, descendían dibujando una expresión de discreta sorpresa. Tenía ojos grandes, una nariz ancha y labios delicadamente recortados en forma de arco de Cupido. Aunque hablaba muy animadamente, tendía a mantener el rostro muy quieto cuando estaba escuchando, y debido a este hábito era frecuente que se lo tuviese por sabio. También iba bien afeitado, y también llevaba trenza, aunque en realidad Sook Yongsheng albergaba profundos sentimientos antimanchúes y no sentía ningún apego por el imperio del Qing; su peinado, pues, no era una muestra de filiación, sino un hábito mantenido desde sus tiempos mozos. Vestía, de nuevo al igual que su anfitrión, una camisola de algodón gris y unos sencillos pantalones, sobre los cuales se había abrochado con cinturón un abrigo negro de lana.

Quee Long jamás había oído hablar de Francis Carver ni de Crosbie Wells, pero asintió con gesto solemne, se hizo a un lado y dio la bienvenida a Sook Yongsheng a su casa, insistiendo en que ocupase el lugar de honor cerca del fuego. Sacó el más selecto surtido de comida que podía ofrecerle, llenó un cazo con agua para hacer té y se disculpó por la pobreza de sus ofrendas. El traficante de opio esperó en silencio hasta que su anfitrión hubo concluido estas tareas. Después se inclinó ceremoniosamente, alabó a Ah Quee por su excelente generosidad y probó cada uno de los platos que le había puesto delante, elogiándolos todos. Una vez cumplidas estas formalidades, Sook Yongsheng empezó a explicar el verdadero propósito de su visita, hablando, como siempre, con un estilo lleno de vitalidad, poéticamente exagerado y acentuado por proverbios cuyo significado, aun siendo siempre hermoso, no siempre quedaba claro.

Empezó a hablar, por ejemplo, observando que en un árbol grande siempre hay ramas muertas, que los mejores soldados nunca son belicosos y que incluso la buena leña puede estropear una estufa..., parecidos estos que, entre que se sucedían velozmente y no se anclaban en ningún contexto, dejaron a Quee Long un tanto perplejo. Este último, impelido a hacer uso de su ingenio, contraatacó con la

observación más bien ácida de que una romana siempre se vence del lado de las pesas..., insinuando, con ayuda de otro proverbio, que su invitado aún no había empezado a hablar de manera consistente.

Intervendremos, por consiguiente, para reproducir la historia de Sook Yongsheng de una manera fiel a los acontecimientos que quería revelar, más que al estilo de su narración.



Ah Sook apenas se aventuraba a entrar en lo que era Hokitika propiamente dicho. No salía, por regla general, de su casucha de Kaniere, que estaba decorada como un salón, con divanes pegados a las paredes y cojines desparramados por doquier, y telas colgadas para conservar y atenuar el denso humo que salía en volutas de las pipas, los escalfadores, las lámparas de alcohol, la estufa. El fumadero de opio tenía un aire férreamente impenetrable, impresión exacerbada por la calorina de su atmósfera viciada, y para Ah Sook era un consuelo del que se había vuelto dependiente. A lo largo de las dos últimas semanas, sin embargo, había recorrido el trayecto hasta la desembocadura del río ni más ni menos que en cinco ocasiones.

La mañana del 14 de enero (unas doce horas antes de que Anna Wetherell estuviese a punto de morir), Joseph Pritchard había notificado a Ah Sook que acababa de llegar a su botica una remesa de opio que llevaba mucho tiempo esperando, y que ya estaba a la venta. Ah Sook apenas disponía ya de existencias. Se puso el sombrero y partió de inmediato hacia Hokitika.

En el comercio de Pritchard adquirió un bloque de resina de media libra de peso que pagó con oro puro. Una vez en la calle, con el bloque envuelto y bien guardado en el fondo de su morral, lo invadió una sensación de esperanza estival que las mañanas de Hokitika rara vez le infundían. El sol brillaba, y el viento tasmano dotaba al ambiente de una nitidez salobre. El gentío de las calles parecía muy alegre y, al pasar por encima del desagüe, Ah Sook se cruzó con un minero que lo saludó con el sombrero y lo sonrió. Envalentonado por este gesto fortuito, decidió retrasar su regreso a Kaniere. Se quedaría más o menos una hora curioseando entre los cajones de salvamento de la calle Tancred, como un regalo especial que se hacía a sí mismo. Después, pensó, puede que incluso se pasara por el carnicero a comprar un trozo de carne para hacerse una sopa en casa.

Pero en la esquina de la calle Tancred se detuvo repentinamente: su alegría se disolvió de golpe. Al fondo de la calle había un hombre al que llevaba sin ver más de diez años, y a quien Ah Sook había pensado, hasta ese momento, que jamás volvería a ver.

Su viejo conocido había cambiado mucho desde su último encuentro. Su orgulloso rostro estaba muy desfigurado, y una década en la cárcel había añadido una mole musculosa a su pecho y a sus brazos. Su postura le resultaba familiar, sin

embargo: estaba de pie, con los hombros ligeramente combados y los dorsos de las manos sobre las caderas, como antaño. (Qué extraño, pensó después Ah Sook, que los gestos permanezcan iguales mientras el cuerpo cambia, se desgasta y se va entregando a los años; como si los gestos fuesen la auténtica vasija, el búcaro para la flor del cuerpo. Y es que era Francis Carver de la cabeza a los pies: esas caderas ligeramente echadas hacia delante, esos hombros encorvados, esa postura que en cualquier otro hombre habría parecido desaliñada. Pero la presencia de Carver, seria, oscura e imponente, era tal que podía permitirse descuidar las reglas de la compostura que otros hombres, en virtud de su mediocridad, se veían obligados a observar). Carver se dio media vuelta para lanzar una mirada a la calle, y Ah Sook se hizo a un lado de un salto, apartándose del alcance de su vista. Se apoyó contra el áspero pino de la tienda de comestibles y estuvo un rato esperando hasta que el corazón empezó a latirle más despacio.

Quee Long aún no conocía la versión íntegra de lo sucedido entre Sook Yongsheng y Francis Carver, pero en esta ocasión Ah Sook no contó todos los pormenores de la historia. Se limitó a explicarle a su anfitrión que Francis Carver era un asesino, y que él, Sook Yongsheng, había jurado dar muerte a Carver en venganza. Ofreció esta información casi a la ligera, como si jurar vengarse de los enemigos fuese el pan de cada día; lo cierto era, sin embargo, que el origen de su despreocupación era el dolor, pues no le gustaba detenerse en los detalles tristes de su pasado. Ah Quee, intuyendo que no era el momento indicado para interrumpir, se limitó a asentir con la cabeza..., pero almacenó los datos pertinentes, con intención de recordarlos.

Ah Sook prosiguió su relato.

Permaneció unos segundos con la frente pegada al áspero revestimiento del muro de la tienda de comestibles. Cuando se le normalizó la respiración, se fue arrimando a la esquina del edificio para echarle otro vistazo a Carver; y es que contemplar al fin el rostro que uno ha evocado en sus sueños más vengativos es uno de los placeres más infrecuentes y pasionales que existen, y Ah Sook llevaba casi quince años evocando en sueños la imagen de Carver. El odio que profesaba a Carver no necesitaba renovarse, pero ahora, al verlo, sintió un ataque de súbita furia, una furia desconocida, desbocada: jamás lo había odiado tanto como en aquel instante. De haber tenido una pistola le habría disparado sin pensárselo dos veces, y por la espalda.

Carver estaba hablando con un joven maorí, aunque a juzgar por sus respectivas posturas Ah Sook adivinó que no se conocían demasiado: los separaba una ligera distancia, como si fueran socios más que amigos. No llegaba a oír su conversación, pero a juzgar por el rápido staccato de sus ademanes supuso que estaban regateando; el hombre maorí gesticulaba enérgicamente, y negaba sin cesar con la cabeza. Al cabo de un rato pareció que habían convenido en un precio, y Carver, sacando su monedero, contó varias monedas a la vez que las iba dejando caer en la mano abierta

del maorí. Era evidente que había comprado algún tipo de información, puesto que acto seguido el maorí empezó a hablar largo y tendido, y con ademanes exagerados. Carver le repitió la información para así grabársela en la cabeza. El maorí asintió con un gesto y habló un poco más. Entonces se dieron la mano y cada uno se fue por su camino, el maorí hacia el este, a las montañas, y Carver hacia el oeste, a la desembocadura del río y los muelles.

Ah Sook pensó en seguir a Carver a una distancia prudencial, pero resolvió no hacerlo: no quería forzar un encuentro con él hasta que estuviese preparado para ello. Ahora mismo iba desarmado, y supuso que Carver llevaría encima, como poco, un cuchillo, y posiblemente también algún tipo de arma de fuego: sería un disparate abordarlo estando en desventaja. De modo que Ah Sook salió en pos del maorí, que se dirigía de vuelta al valle Arahura para construir una trampa para pájaros después de haber comprado en la tienda de confecciones y comestibles de Hokitika varias yardas de sedal fuerte y una pequeña barra de pan duro que, una vez desmigajado, utilizaría como cebo.

Ah Sook le dio alcance en la siguiente manzana y le agarró de la manga. Le rogó que le refiriese el contenido de la conversación que había sostenido con Carver, y sacó una moneda para dar a entender que pagaría por la información si era necesario. Por un instante, Te Rau Tauwhare le dirigió una mirada inescrutable, y después se encogió de hombros, cogió la moneda y dio su explicación.

Muchos meses atrás, dijo Tauwhare, Francis Carver le había ofrecido una recompensa a cambio de cualquier información que le diese sobre un hombre llamado Crosbie Wells. Poco después de hacerle esta oferta, Carver regresó a Dunedin, y Tauwhare a Greymouth; sus caminos no volvieron a cruzarse. Pero quiso la casualidad que Tauwhare conociese después al mismísimo hombre que Carver andaba buscando, y desde entonces Crosbie Wells se había convertido en su mejor amigo. El señor Wells, añadió Tauwhare, vivía en el valle Arahura; en tiempos había sido buscador de oro, y más recientemente se había volcado en el proyecto de construir un aserradero.

(Tauwhare hablaba despacio y gesticulando mucho; era evidente que estaba acostumbrado a comunicarse con las manos y la expresión, y hacía una pausa detrás de cada frase para asegurarse de que se le entendía con exactitud. Ah Sook comprobó que lo entendía perfectamente, a pesar de que el inglés no era la lengua materna de ninguno de los dos. Susurró los nombres para sus adentros: valle Arahura, Te Rau Tauwhare, Crosbie Wells).

Tauwhare explicó que no había vuelto a ver a Carver hasta esa misma mañana: la mañana del 14 de enero. No hacía ni media hora que lo había visto en la zona portuaria de Hokitika, y, recordando la oferta que le había hecho el capitán hacía ya muchos meses, vislumbró una oportunidad de obtener dinero fácil. Abordó a Carver y le anunció que podría darle información sobre Crosbie Wells a un precio, si es que la oferta seguía en pie... como, evidentemente, era el caso. Acordaron la cantidad (dos

chelines), y una vez que tuvo las monedas en la mano Tauwhare le dijo dónde vivía Crosbie Wells.

Ah Sook, por lo que había entendido de la narración de Tauwhare, no había descubierto nada que le fuese de inmediata utilidad; no obstante, le dio las gracias muy cortésmente por su información y se despidió. A continuación regresó a Kanieri..., donde se encontró a Anna Wetherell sentada al sol a la entrada de su casa, esperándolo. Impelido por una súbita ternura hacia ella (cualquier recordatorio de las tribulaciones de su vida pasada tendía a insuflar en Ah Sook una plétora de sentimientos redentores en relación con su presente), le obsequió media onza fresca, cortada del nuevo bloque de resina que le había comprado a Pritchard esa misma mañana. Anna envolvió el regalo en un retal de estopilla y se lo encajó en la cinta del sombrero. Entonces Ah Sook encendió su lámpara y se acostaron, despertándose solamente al caer la tarde, cuando empezó a refrescar, momento en el cual Anna se despidió de él y Ah Sook procedió a pensar en su cena.

El orfebre Ah Quee, a quien iba dirigido este relato narrado a toda velocidad, descubrió que la impresión que le había producido su invitado se estaba modificando rápidamente. Ah Quee nunca había tenido en muy alta estima a Ah Sook, que siempre iba envuelto en las sombras evocadas de su hediondo humo, que rehuía la compañía de otros hombres, que despilfarraba sus exiguas ganancias en el garito de juegos, donde echaba los dados en silencio y escupía groseramente al suelo. Al observar ahora a Ah Sook, sin embargo, Ah Quee pensó que se había equivocado al rechazar tan rotundamente el carácter del sombrerero. El hombre que se hallaba sentado ante él en estos momentos parecía..., ¿qué? ¿Virtuoso? ¿Un hombre de sólidos principios? No eran las palabras exactas. Su discurso era fervoroso, y había en su fervor cierta dulzura, una suerte de ingenuidad. Ah Quee se dio cuenta, para su sorpresa, de que no le desagradaba en absoluto. Lo halagaba que Ah Sook hubiese procurado su compañía —y su confianza— aquella tarde, y este placer lo predispuso a ser cordial; además, aún no había adivinado el propósito de su visita, y por consiguiente su relato lo tenía completamente cautivado. Había olvidado, por el momento, que veía con malos ojos el oficio de Ah Sook, así como el empalagoso olor del humo que llevaba pegado a la ropa, al cabello.

Ah Sook había hecho una pausa para comer un bocado de requesón. Elogió el plato por segunda vez, y a continuación reanudó su relato.

La noche del 14 de enero, inmediatamente después del encuentro entre Francis Carver y Crosbie Wells, el *Godspeed* levó anclas, de lo cual Ah Sook no habría de enterarse hasta pasados varios días. Se quedó en Kanieri, ocupándose de planear la logística de su inminente crimen. Contaba con un marcado sentido de la ceremonia, y deseaba sobremanera que la muerte de Carver ocurriese como es debido; sin embargo, no poseía una pistola, y, por lo que sabía, tampoco ninguno de sus compatriotas. Tendría que comprar una, discretamente, y aprender a utilizarla por su cuenta. Se acababa de gastar todo el polvo en el opio que había comprado en el

comercio de Pritchard, y no disponía de más dinero. ¿Debería pedir un préstamo a alguno de sus compañeros? Estaba cavilando sobre este problema cuando llegó otra noticia inesperada de Hokitika: Anna Wetherell había intentado, sin éxito, quitarse la vida.

Ah Sook se quedó muy afligido al oír la noticia, aunque pensó, después de reflexionar, que no creía que fuera cierta. Concluyó, en cambio, que la última remesa de opio de Pritchard habría sido envenenada. La constitución de Anna estaba muy acostumbrada a la droga, y una porción de una onza difícilmente bastaba para hacerle perder el conocimiento durante muchas horas, hasta el punto de que no se la pudiese reanimar. Ah Sook regresó a Hokitika a la mañana siguiente y solicitó una entrevista inmediata con el consignatario de Pritchard, Thomas Balfour.

Sucedió que aquella mañana (16 de enero) fue la mañana misma en que Balfour descubrió que el cajón de mercancías que contenía los efectos personales de Alistair Lauderback había desaparecido de los muelles de Hokitika; en consecuencia, el consignatario estaba muy cortante y muy trastornado. Sí, la Agencia Naviera Balfour tenía el contrato de Pritchard; sin embargo, Balfour tenía poco que ver con el cargamento. Quizá a Ah Sook le convendría ponerse en contacto con el proveedor de Pritchard, un hombre de aspecto bastante bruto, fornido, con la mejilla marcada y de natural bronco. Su nombre era Francis Carver. ¿Conocía Ah Sook a este hombre de algo?

Ah Sook controló su conmoción lo mejor que pudo. Preguntó cuánto tiempo hacía que Carver y Pritchard eran socios comerciales. Balfour respondió que no lo sabía, pero dado que a Carver apenas se le había visto el pelo en Hokitika desde la primavera del año anterior, se imaginaba que su relación había durado al menos todo ese tiempo. ¡Qué raro, siguió diciendo Balfour, que Ah Sook jamás se hubiese topado con Carver, teniendo en cuenta que se conocían! (La expresión del rostro de Ah Sook no dejaba lugar a dudas de que así era). Pero quizá no fuera tan extraño, considerando lo poco que se aventuraba Carver a ir al interior y lo poco que se aventuraba Ah Sook a ir a la ciudad. ¿Conocía a Carver de los años que pasó en Cantón? ¿Sí? ¡Ah, pues en ese caso era una verdadera lástima que no hubiesen coincidido! Pues, en efecto, no habían coincidido: el señor Carver había zarpado recientemente. Hacía dos días, de hecho. ¡Qué lástima! Porque lo más probable era que hubiese zarpado con rumbo a Cantón, en cuyo caso era probable que no volviese a Hokitika en una buena temporada.

Hasta este punto había llegado Ah Sook en su narración cuando la tetera empezó a hervir. Ah Sook la sacó del fogón y vertió el agua sobre el té para dejarlo en infusión. Ah Sook hizo una pausa, contemplando cómo iban bajando las hojas de té hasta amontonarse en el fondo del cuenco. Al cabo de un largo rato, continuó.

Aceptando como verdadera la suposición de Balfour, que Carver había partido de Hokitika con rumbo a Cantón y no volvería hasta pasados varios meses, Ah Sook regresó de nuevo a Kaniere para reflexionar sobre cuál había de ser su siguiente paso.

Sabía por el hombre maorí, Tauwhare, que Francis Carver había estado buscando información sobre un hombre llamado Crosbie Wells justo antes de partir. Tal vez pudiera ponerse en contacto con este tal Wells y preguntarle. Recordaba, de su breve conversación con Tauwhare, que Wells vivía en el valle Arahura, a varias millas río arriba de la costa. Hasta allí se fue, y descubrió, para mayor chasco, que la cabaña estaba vacía: el ermitaño había muerto.

A lo largo de la siguiente semana, Ah Sook siguió muy de cerca la historia de la fortuna de Wells, pensando, cosa bastante razonable, que la muerte del ermitaño estaba relacionada de algún modo con la partida de Carver. Este proyecto lo había consumido durante casi ocho días..., de hecho, hasta esa misma mañana del 27 de enero, cuando había realizado dos descubrimientos que lo habían sorprendido muchísimo.

Ah Sook estaba a punto de anunciar el motivo de su visita cuando un pistoletazo hendió el aire —dándole un buen susto— y se oyeron gritos procedentes del claro que había delante de la puerta de Ah Quee.

—¡Sal de ahí, maldito chino! ¡Sal de ahí y da la cara como un hombre!

Los ojos de Ah Sook encontraron a los de Ah Quee. «¿Quién?», preguntó silenciosamente, y Ah Quee frunció la boca en señal de desagrado: «Mannering». Pero sus ojos delataban miedo.

Un instante después, la cortina de arpillera se descorrió bruscamente y Mannering apareció en la entrada. Llevaba un revólver en la mano.

—Qué, sentados ante la fragua, ¿eh? Maquinando, ¿verdad que sí? ¿Estáis los dos conchabados? ¡No me habría esperado esto de ti, Johnny Sook! ¡Mira que ensuciarte con mugre como esta! ¡El peligro amarillo... por Dios!

Entró a zancadas en la casita —menos amenazadoramente de lo que le habría gustado, ya que la viga estaba muy baja y tuvo que encorvarse— y agarró con fuerza a Ah Quee con un solo brazo. Le puso el cañón de su Smith & Wesson en la sien, y al punto Ah Quee se quedó quieto como una estatua.

—Venga —dijo Mannering—. Soy todo oídos. ¿Qué asunto te traes con Crosbie Wells?

Por un instante, Ah Quee no se movió lo más mínimo. Después negó con la cabeza; un gesto casi imperceptible, pues notaba la presión del revólver contra su cráneo. No conocía a un hombre llamado Crosbie Wells, más allá de lo que acababa de contarle Ah Sook: simplemente, que el hombre había sido un ermitaño, que había vivido en el valle Arahura y que hacía poco que había muerto. Detrás de Mannering entró en la habitación un pálido Charlie Frost, y por último, unos segundos después, la perra collie, saltando tras él. Estaba empapada. Recorrió al trote el perímetro de la pequeña habitación, jadeando deliciosamente, y soltó varios ladridos roncós que nadie se molestó en acallar.

—Muy bien —dijo Mannering al ver que Ah Quee no respondía—, lo preguntaré al revés, ¿vale? Cuéntame, Johnny Quee, ¿qué hacía Crosbie Wells con cuatro mil

libras de oro de la Aurora?

Ah Quee hizo un ruido de desconcierto. «¿Oro de la Aurora?», pensó. Pero ¡si en la Aurora no había oro! La Aurora era una mina improductiva. ¡Mannering lo sabía mejor que nadie!

—En el bote de la harina —gruñó Mannering—. Apretujado entre las vigas. Dentro de la tetera. En la fresquera. ¿Me estás entendiendo? ¡Cuatro mil libras en oro puro!

Ah Quee estaba frunciendo el ceño: su comprensión del inglés era muy limitada, pero entendía «oro» y entendía «Aurora», y conocía la palabra «mil», y le parecía muy evidente que Mannering deseaba recuperar algo que estaba perdido. Debía de estar refiriéndose al oro de los vestidos de Anna, pensó Ah Quee; ese oro con el que se había topado una tarde cuando, al levantarle un volante de la falda, lo notó pesado y mineral, como cargado de piedras; el oro que había extraído, semana tras semana, deshilvanando los hilos costura a costura mientras Anna dormía en el lecho de ladrillo de este mismo fogón, con la creciente semiesfera de su embarazo subiendo y bajando cada vez que respiraba, murmurando tan solo cuando los cortes de la aguja de Ah Quee le tocaban la piel. Había fundido ese metal durante las semanas y los meses siguientes a su descubrimiento, y en cada lingote había troquelado el nombre de la concesión en la que estaba contratado —la Aurora— antes de llevarlo al puesto del campamento de Kaniere...

—¡Cuatro mil libras! —gritó Mannering. (Holly se puso a ladrar)—. La Aurora no produce nada... ¡Es un maldito montón de escoria! ¡Lo sé! ¡Staines lo sabe! La Aurora está seca y siempre lo ha estado. Dime la verdad. ¿Hiciste fortuna en la Aurora? ¿Encontraste un filón? ¿Encontraste un filón, fundiste el oro y lo escondiste en la cabaña de Wells? ¡Que me lo digas, maldito seas! ¡Calla, Holly! ¡Que te calles!

La Aurora era la mina con la que Ah Quee tenía un contrato de exclusividad; el contrato no le permitía obtener más beneficios que los procedentes de mena sacada de ese terreno. Después de fundir el oro de los vestidos de Anna y de troquelar la palabra «Aurora» en cada bloque fundido, había llevado la mena al campamento para depositarlo en el banco y pesarlo. Sin embargo, la primera semana de enero, cuando se publicó el rendimiento trimestral de la Aurora, Ah Quee había descubierto con estupor que el oro no se había depositado a nombre de la concesión. Alguien lo había robado de la cámara acorazada del campamento.

Mannering hincó la pistola en la sien de Ah Quee y de nuevo le ordenó que hablase, profiriendo una sarta de blasfemias demasiado vulgares para repetir las aquí.

Ah Quee se humedeció los labios. No dominaba el inglés lo suficiente como para articular una confesión plena; buscó las pocas palabras inglesas que conocía.

—Desafortunado —dijo al fin—. Muy desafortunado.

—Y que lo digas —gritó Mannering—. Y estás a punto de serlo todavía más. —Golpeó a Ah Quee en la mejilla con la culata del revólver y después se lo volvió a arrimar a la sien, forzándolo a que ladease dolorosamente la cabeza—. Bien harías en

empezar a pensar en tu suerte, Johnny Quee. Bien harías en empezar a pensar en cómo pegarle un vuelco a tu suerte. Te dispararé. Te voy a dejar un agujero en la cabeza, con dos hombres de testigos. Lo haré.

Pero Charlie Frost se había puesto muy nervioso, y fue él quien habló.

—Ya basta —dijo.

—Cállate, Charlie.

—No pienso callarme —dijo Frost—. Aparta el arma.

—Ni lo sueñes.

—¡Lo estás confundiendo!

—Tonterías.

—¡Que te digo que lo estás confundiendo!

—Estoy hablando el único idioma que es capaz de entender.

—Pero ¡si tienes tu libreta!

Era cierto. Al cabo de un momento, como si claudicase, Mannering retiró el arma de la sien de Ah Quee. Pero no la enfundó. Hizo una breve pausa, sopesándola en la mano, y después volvió a subirla y apuntó... esta vez a Ah Sook, que de los dos hombres era el que mejor hablaba inglés.

—Quiero saber si la Aurora dio una bonanza, y quiero la verdad. Pregúntaselo —le dijo mientras apuntaba directamente a su rostro.

Ah Sook transmitió la pregunta de Mannering en cantonés a Ah Quee, que se explayó en su respuesta. El orfebre contó la historia completa de la mina Aurora, inflada por Mannering y comprada después por Staines; explicó la razón por la que había decidido fundir sus ganancias semanales y, después, troquelar en los bloques el nombre de la mina con la que tenía un contrato de exclusividad; le aseguró a Ah Sook que la Aurora, por lo que sabía, no valía nada de nada: en seis meses apenas había dado nada más que oro mezclado con grava. Mannering se apoyaba ora sobre un pie, ora sobre el otro, frunciendo el ceño. Holly, mientras tanto, daba vueltas sin parar por la habitación, sonriendo y dando golpazos con su ancho rabo. Charlie Frost le acercó la mano para que se la lamiera.

—Nada de pepitas —tradujo Ah Sook cuando hubo terminado Ah Quee—. Nada de bonanzas. Ah Quee dice que la Aurora es una mina improductiva.

—Pues entonces es un maldito mentiroso —dijo Mannering.

—¡Dick! —exclamó Frost—. ¡Tú mismo dijiste que la Aurora es improductiva!

—¡Pues claro que lo es! —gritó Mannering—. De modo que ¿de dónde demonios salió todo ese oro, el oro fundido por este asqueroso pagano en esta misma habitación? ¿Está conchabado con Crosbie Wells? ¡Pregúntale!

Amenazó con la pistola a Ah Sook. Este consultó la respuesta con Ah Quee.

—No conoce a Crosbie Wells —dijo.

Ah Sook perfectamente podría haber compartido con Mannering la información que tenía —la misma que le había llevado esa tarde a la cabaña de Ah Quee en busca de consejo—, pero no le gustaba la técnica de interrogación de Mannering, y le

parecía que el magnate no merecía una respuesta que lo ayudase.

—¿Y qué me dices entonces de Staines? —inquirió Mannering a Ah Sook. Su furia estaba adquiriendo un tono de desesperación—. ¿Qué me dices de Emery Staines? Ah, ya veo: te suena ese nombre, ¿verdad que sí, Johnny Quee? ¡Por supuesto que sí! Venga, sigue: ¿dónde está Staines?

La pregunta fue transmitida de Ah Sook a Ah Quee, como antes.

—No lo sabe —repitió Ah Sook, cuando Ah Quee hubo terminado de hablar.

Mannering montó en cólera.

—¿No lo sabe? ¿No lo sabe? Hay muchas cosas que Johnny Sook desconoce, ¿no te parece?

—¡No va a responderte si le preguntas así! —gritó Frost.

—Tú a callar, Charlie.

—¡No pienso callarme!

—No es asunto tuyo, maldita sea. Te estás metiendo donde no te llaman.

—Será asunto mío si se derrama sangre —dijo Frost—. Baja el arma.

Pero Mannering apuntó de nuevo a Ah Sook.

—¿Y bien? —gruñó—. Más vale que borres esa estúpida mirada de la cara, o lo haré yo por ti. Ahora te estoy preguntando a ti; no a él, no a Johnny Quee. Te estoy preguntando a ti, Sook. ¿Qué sabes tú de Staines?

Los ojos de Ah Quee iban del uno al otro.

—Muy buen hombre, el señor Staines —dijo Ah Sook con tono agradable.

—Conque un buen hombre, ¿eh? ¿Te importaría decirme dónde puede estar el buen hombre?

—Se marchó —respondió Ah Sook.

—¿Ah, sí? Qué, cogió sus bártulos y se largó sin más, ¿eh? Dejando atrás todas sus concesiones, ¿no? ¿Dejando plantado a todo el mundo?

—Sí. Venía en el periódico.

—Dime por qué. ¿Por qué iba hacer semejante cosa?

—No sé —respondió Ah Sook.

—Estáis jugando unas cartas muy estúpidas, vosotros dos —dijo Mannering—. Te lo preguntaré por última vez, y te lo voy a decir letra por letra, para que me entiendas. Recientemente ha entrado en escena una fortuna inmensa. Oculta en la casa de un muerto. Toda ella, hasta la última hojuela, se había fundido y llevaba troquelada la palabra «Aurora». Esa es la firma de mi viejo amigo Quee aquí presente, y si lo niega que se pudra en el infierno. Veamos. Lo que quiero saber es lo siguiente. Ese oro ¿venía realmente de la Aurora, o no? Tú pregúntale eso. Sí o no.

Ah Sook le hizo la pregunta a Ah Quee, que decidió, dada la gravedad de las circunstancias, responder con la verdad. Sí, había encontrado una bonanza, y no, no procedía de la Aurora, a pesar de que cuando fundió el oro lo había troquelado con el nombre de la mina para asegurarse de que los beneficios, al menos en parte, volverían a él. Explicó que, por raro que sonase, se había encontrado el oro en la persona de

Anna Wetherell, cosido en los dobladillos de su vestido. Lo había descubierto hacía casi seis meses, y había deducido, después de mucho reflexionar, que Anna debía de estar traficando el metal para otra persona. Sabía que Anna Wetherell era una de las chicas de Mannering; también sabía que Mannering había falsificado sus propios registros financieros en otras ocasiones. Era razonable concluir, por consiguiente, que Mannering estaba utilizando a Anna Wetherell como un medio para sacar oro del desfiladero, con el fin de evadir los impuestos del banco.

—¿Qué es lo que está diciendo? —preguntó Mannering—. ¿Cuál es su respuesta?

—Está contando una historia tremendamente larga —dijo Frost.

Así era... y ahora le tocaba a Ah Sook sentirse cautivado. ¿Anna Wetherell había estado ocultando una bonanza? ¿Anna, a quien Mannering ni siquiera permitía llevar bolso por miedo a que se lo robasen? ¡No se lo podía creer!

Ah Quee continuó.

No podía olvidar su anterior motivo de agravio con Dick Mannering, pues si en estos momentos se veía obligado a mantener un vínculo contractual con una concesión improductiva se debía explícitamente a Mannering. Ahora se le presentaba la oportunidad de vengarse y a la vez de obtener su libertad. Ah Quee empezó a invitar a Anna Wetherell a su choza cada semana, siempre cuando estaba ida por el opio, ya que siempre salía soñolienta y aturdida de la cabaña de Ah Sook; las más de las veces caía dormida a los pocos segundos de llegar, al calor de su estufa. Esto a Ah Quee le convenía. Una vez que Anna estaba cómodamente colocada sobre el lecho de ladrillo de la estufa, desarmaba su vestido con aguja e hilo. Sustituía las minúsculas pepitas que llevaba repartidas por el dobladillo por contrapesos de plomo, para que al despertar no notase la repentina ligereza de la tela; si tenía un sueño agitado, le llevaba a los labios una taza con un licor fuerte y la animaba a que la apurase.

Ah Quee intentó describir cómo se había escondido el oro en los volantes de los vestidos de Anna, pero como el brazo de Mannering le seguía ciñendo el cuerpo no podía ilustrar su descripción con gestos, y por tanto recurrió a un símil para describir de qué manera se había cosido el metal al corsé y alrededor del polisón: «como una armadura», dijo, y Ah Sook, a quien siempre complacían las expresiones poéticas, sonrió. Anna tenía cuatro vestidos en total, dijo Ah Quee, cada uno provisto, según sus cálculos, de unas mil libras en mineral de oro puro. Ah Quee siguió trabajando hasta que todos los vestidos quedaron vacíos, fundiendo hasta la última hojuela del polvo para hacer sus bloques y troquelando en cada uno el nombre de la concesión con la que estaba obligado... igual que si se lo hubiese encontrado honradamente, y de manera legal, en la gravera de la Aurora. Durante un tiempo, añadió, estuvo muy contento: cuando hubiese devuelto la garantía, podría retornar por fin a Kwangchow, y encima como un hombre rico.

—¿Y bien? —insistió Mannering a Ah Sook, dando una patada en el suelo con impaciencia—. ¿Qué pasa? ¿Qué dice?

Pero Ah Sook había olvidado su papel de traductor. Miraba a Ah Quee con

asombro. ¡La historia se le antojaba increíble! Miles de libras... ¡Anna había estado ocultando miles de libras sobre su persona, durante meses! Con semejante fortuna podían jubilarse doce hombres, o más, y vivir una vida de lujo. ¡Anna podría haber comprado la línea de playa entera con una cantidad así... y hasta le habría sobrado dinero! Pero ¿dónde se hallaba ahora esa fortuna?

De pronto, Ah Sook lo entendió todo.

—*Sei qin* —musitó. De modo que la fortuna que Ah Quee había birlado de los vestidos de Anna había acabado, por azar o por error, en manos del ermitaño Crosbie Wells. Pero ¿qué beneficio reportaba este error, y a quién había que culpar?

—¡Habla en inglés! —gritó Mannering—. ¡Que hables en inglés, maldito seas!

Llevado por una súbita excitación, Ah Sook le preguntó a Ah Quee cómo podría haber ido a parar la fortuna a la cabaña de Wells. Ah Quee repuso, amargamente, que lo ignoraba. Nunca había oído el nombre de Crosbie Wells hasta esa tarde. Por lo que sabía, la última persona en tocar la fortuna fundida había sido el actual propietario de la Aurora, Emery Staines..., y a Staines no se le encontraba por ningún sitio. Ah Quee explicó que era Staines quien llevaba los rendimientos de la Aurora desde el puesto del campamento al Banco de la Reserva a finales de cada mes; tarea que evidentemente no se había llevado a cabo.

—Lo único que oigo son ruidos y tonterías —dijo Mannering—. Si no me dices de qué va todo esto, Johnny Sook..., te aviso...

—Han terminado de hablar —dijo Frost—. Espere un poco.

Ah Sook estaba frunciendo el ceño. ¿Sería cierto que Emery Staines robaba de su propia cámara acorazada solo para ir almacenando la fortuna fundida en la cabaña de un ermitaño, a doce millas de distancia? ¿Qué método había en todo esto? ¿Por qué iba Staines a robar su propia fortuna, solo para regalársela a otro hombre?

—Voy a contar hasta cinco —dijo Mannering. Tenía la cara roja—. ¡Cinco!

Ah Sook miró por fin a Mannering, y suspiró.

—¡Cuatro!

—Se lo cuento —dijo Ah Sook, levantando las palmas de las manos. Pero ¡cuántas cosas había que contar... y cuán escasas eran las palabras que poseía para contener la explicación! Se quedó pensando un momento, tratando de recordar la palabra inglesa para «armadura» con el fin de conservar el poético símil que había utilizado Ah Quee. Al fin carraspeó, y comenzó—: La bonanza no viene de la Aurora. Anna lleva una armería secreta, hecha de oro. Quee Long encuentra la armadura secreta de oro de Anna. Quee Long intenta meter en el banco el oro de la armería como si fuera oro de la Aurora. Entonces va Staines y roba a Quee Long.

Dick Mannering, como es lógico, lo entendió todo mal.

—Conque la bonanza no venía de la Aurora —repitió—. Emery encontró un filón en algún sitio..., pero lo mantuvo en secreto... hasta que Quee, aquí presente, lo descubrió. Entonces Quee intentó depositar en el banco el oro de Emery como si fuera de la Aurora, así que el señor Staines lo volvió a coger.

¡Menudo desconcierto! Ah Sook se puso a hablar muy deprisa en cantonés con Ah Quee, cosa que, a todas luces, Mannering interpretó como una señal de asentimiento.

—¿Dónde está el señor Staines ahora? —quiso saber—. Aparca tus otras preguntas. Pregúntale eso. ¿Dónde está el señor Staines ahora?

Obedientemente, Ah Sook calló y transmitió la pregunta. Esta vez Ah Quee respondió en un tono de patente angustia. Dijo que no había hablado con Emery Staines desde diciembre, pero que sentía grandes deseos de volver a verlo, pues hasta que se publicó el rendimiento trimestral de la Aurora a comienzos de enero no se había dado cuenta de que había sido estafado. La fortuna que había encontrado en los vestidos de Anna no se había depositado a nombre de la Aurora como había sido su intención, y Ah Quee estaba seguro de que el señor Staines era responsable de este error. Para cuando hubo entendido todo esto, sin embargo, el señor Staines había desaparecido. En cuanto a dónde podría hallarse, Ah Quee no tenía ni idea.

Ah Sook se dirigió nuevamente a Mannering.

—No lo sabe —dijo, por segunda vez.

—¿Has oído, Dick? —intervino Charlie Frost, desde la esquina—. No lo sabe.

Mannering no le hizo caso. Siguió apuntando el revólver al rostro de Ah Quee.

—Tú dile que si no juega limpio conmigo, te mato. —Movié la pistola para subrayar el mensaje—. Tú díselo: o Johnny Quee habla, o Johnny Sook muere. Díselo. Díselo ahora mismo.

Ah Sook transmitió diligentemente el mensaje a Ah Quee, que dio la callada por respuesta. Se hizo un silencio durante el cual cada hombre parecía mantenerse a la espera de que alguno de los restantes hablase... y de repente Mannering movió la mano derecha con la velocidad del rayo, empujó a Ah Quee, lo agarró de la trenza y lo tiró hacia atrás de la cabeza. Su pistola seguía apuntada a Ah Sook. Ah Quee no hizo ni el menor ruido, pero los ojos se le llenaron de lágrimas al instante.

—Nadie echa de menos a un chino —le dijo Mannering a Ah Sook—. En Hokitika, menos que en ningún sitio. ¿Cómo se lo explicaría tu amiguito al comisionado, me pregunto? «Desafortunado», diría. «Sook muerto, valle trae mala suerte». Y ¿qué diría el comisionado? —Mannering tiró con saña de la trenza de Ah Quee—. Diría... «¿Johnny Sook? Es ese sombrerero que le da al opio, ¿no? ¿Ese que se pasa casi todas las tardes fuera de combate, con el dragón en la mirada? ¿Ese que vende resina envenenada a los chinos y a las putas inútiles? ¿Dices que está muerto? ¡Vaya por Dios! ¿Y tú por qué supones que pueda importarme?».

Esta ponzoña era inaudita, ya que Mannering y Ah Sook siempre habían tenido un trato afable; pero si Ah Sook estaba enfadado, u ofendido, no lo mostró. Miró a Mannering a los ojos con una expresión vidriosa, y ni parpadeó ni apartó la mirada. Ah Quee, con el cuello doblado de modo que se le marcaban en la piel los músculos de la garganta, tampoco se movía.

—No la he envenenado —replicó Ah Sook al cabo de un momento—. Yo no he

envenenado a Anna.

—Escucha lo que voy a decirte —dijo Mannering—. Envenenas a Anna todos los días.

—Dick... —El tono de Frost sonaba desesperado—. Esto no viene al caso...

—¿Al caso? —gritó Mannering. Desvió el arma a un palmo más o menos de la cabeza de Ah Sook y disparó. Se oyó un ruido seco; Ah Sook, conmocionado, soltó un grito y alzó bruscamente el brazo, y después se escuchó el golpeteo de la pólvora que iba cayendo del agujero—. El caso es este. Anna Wetherell se pasa seis de cada siete días tirada en el asqueroso tugurio de este hombre. —Señaló a Ah Sook con el revólver—. Y este otro va y llama ladrón a Staines. —Sacudió con furia la cabellera de Ah Quee—. Al parecer destapó un secreto que tiene que ver con el oro, y también con una bonanza. Sé a ciencia cabal que Anna Wetherell estaba con Emery Staines la noche en que este se esfumó..., ¡que también fue la noche, dicho sea de paso, en la que apareció una bonanza en un lugar muy pero que muy peculiar y en la que Anna perdió la chaveta! ¡Maldita sea, Charlie, no me digas que no viene al caso!

Acto seguido, los cuatro hombres se pusieron a hablar a la vez.

Ah Quee dijo:

—*Li goh sih hai ngh wiuh...*

Frost dijo:

—Si tan seguro estás de lo de la Aurora...

Ah Sook dijo:

—*Ngor moh zou chor yeh...*

Mannering dijo:

—¡Alguien tuvo que darle ese oro a Crosbie Wells!

Y entonces, por detrás de Charlie Frost, se oyó otra voz:

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Era el comisionista Harald Nilssen. Se agachó al pasar bajo el dintel y miró en derredor, pasmado. La perra collie se puso a brincar a sus pies, olisqueando el dobladillo de su chaqueta y sus puños. Nilssen se inclinó y la cogió por detrás de las orejas.

—¿Qué pasa aquí? —repitió—. Por el amor del cielo, Dick, ¡se oía su voz a cincuenta pasos! ¡Los celestes están todos asomados a sus ventanas!

Mannering tiró más fuerte de la trenza de Ah Quee.

—Harald Nilssen —gritó—. ¡Testigo de la acusación! Es usted el hombre indicado para echar una mano.

—Tranquila —dijo Nilssen, dejando a Holly en el suelo y poniéndole la mano en la cabeza para calmarla—. ¡Cállense! Van a conseguir que venga el sargento de un momento a otro. ¿Qué están haciendo?

—Usted fue a la cabaña de Crosbie —continuó Mannering, sin bajar la voz—. Usted vio que el oro se había fundido, ¿no es así? ¡Este demonio amarillo nos está tomando el pelo!

—Sí —dijo Nilssen. Intentaba, absurdamente, sacudirse la lluvia del abrigo—. Vi que el oro había pasado por la retorta. De hecho, por eso estoy aquí. Pero me lo podría haber preguntado en voz baja. ¡No sé si se ha fijado en que hay público!

—¿Lo ves? —le estaba diciendo Mannering a Ah Quee—. ¡Aquí hay otro hombre que ha venido para hacerte hablar! ¡Aquí hay otro hombre que puede ponerte una pistola en la cabeza!

—Disculpe —dijo Nilssen—. Yo no he venido a ponerle una pistola a nadie en la cabeza. Y quisiera preguntarle de nuevo qué es lo que está haciendo. Esto no pinta bien, sea lo que sea.

—No se aviene a razones —dijo Frost, que por nada del mundo quería verse involucrado en lo que no pintaba bien.

—¡Déjelo hablar a él! —le cortó Nilssen—. ¿Qué está pasando?

Pasaremos por alto la respuesta de Mannering, que fue a la vez inexacta e incendiaria; pasaremos por alto, asimismo, el debate subsiguiente, durante el cual Mannering y Nilssen descubrieron que el propósito que los había llevado al Barrio Chino era uno y el mismo, y Frost, que intuía claramente que el comisionista sospechaba de él en relación con la venta de la propiedad de Wells, guardó un silencio más bien huraño. Las aclaraciones duraron un rato, y transcurrieron casi diez minutos antes de que la conversación pasase a versar sobre el orfebre Ah Quee, que seguía agarrado por la nuca en una postura hartamente incómoda e indigna. Mannering sugirió que le cortasen la trenza, con el fin de recalcarle al hombre la urgencia del asunto que los ocupaba; mientras hablaba tiró de la cabeza de Ah Quee con evidente regodeo, como si tuviese un botín entre las manos. El código ético de Nilssen no permitía la humillación, sin embargo, de la misma manera que su código estético no permitía la fealdad; de nuevo expresó su desaprobación, lo cual provocó una discrepancia con Mannering que retrasó aún más la liberación de Ah Quee y provocó en Holly una alegría desenfrenada e incontenible.

Por fin Charlie Frost, que hasta ese momento había conseguido pasar desapercibido, sugirió que tal vez los chinos simplemente no habían entendido el repertorio de preguntas de Mannering. Propuso que se le repitiesen todas las preguntas a Ah Sook, y esta vez por escrito: de este modo, dijo, estarían seguros de que nada se perdía en el acto de traducir. A Nilssen la idea le pareció sensata, y dio su aprobación. Mannering se sintió decepcionado; pero estaba en minoría, y no tuvo más remedio que aceptar. Soltó a Ah Quee, guardó el arma y se sacó la libreta del chaleco para redactar una pregunta con caracteres chinos.

La libreta de Mannering era un artefacto del que se sentía justificadamente orgulloso. Sus páginas estaban distribuidas de modo similar a las de los manuales de alfabetización, con los caracteres chinos escritos bajo sus significados en inglés; Mannering había ideado un índice que permitía juntar los caracteres para formar palabras más largas. No había traducción fonética, y por esta razón la libreta creaba a veces más confusiones que las que disipaba, pero en general era una ingeniosa y útil

herramienta para conversar. Mannering sacó la punta de la lengua por la comisura de la boca, como hacía siempre que leía o escribía, y empezó a hojear la libreta.

Pero antes de que encontrase la pregunta que quería hacer, Ah Sook la respondió. El sombrerero se levantó de donde había estado sentado, cerca de la forja —la choza le pareció francamente pequeña nada más ponerse en pie—, y carraspeó.

—Conozco el secreto de Crosbie Wells —dijo.

Esto era lo que había descubierto en Kanieri esa misma mañana; de esto era de lo que había venido a hablar a la morada de Ah Quee.

—¿Qué? —Mannering no daba crédito—. ¿Qué?

—Wells estuvo en Dunstan —dijo Ah Sook—. En el yacimiento de Otago.

Mannering se vino abajo, decepcionado.

—¿De qué sirve eso? —saltó—. ¿Qué tiene eso de secreto? ¡Crosbie Wells... en Dunstan! ¿Cuándo estuvo en Dunstan? ¡Hace dos, tres años! ¡Vaya, pero si también yo estuve en Dunstan! ¡Hokitika entero estuvo en Dunstan!

Nilssen le preguntó a Mannering:

—No se encontraría allí con Wells, ¿no?

—No —dijo Mannering—. No llegué a conocerlo. Pero a su esposa sí la conocí. De los tiempos de Dunedin.

Nilssen pareció sorprendido.

—¿Conocía a su esposa? ¿A la viuda?

—Sí —respondió con tono cortante Mannering, sin entrar en detalles. Pasó una página—. Pero a Crosbie, jamás. Vivían separados. Ahora callad, todos: no consigo oír mis pensamientos si no hay un poco de silencio.

Φ

—Dunstan —dijo Walter Moody. Se estaba acariciando la barbilla con el índice y el pulgar.

—Es un yacimiento de Otago.

—De Otago Central.

—Sus días de gloria pertenecen al pasado. Hoy en día no hay más que dragados de las compañías. Pero en su momento fue una bicoca.

—Esta es la segunda vez que se menciona este yacimiento concreto —dijo Moody—. ¿Tengo razón?

—Así es, señor Moody.

—A ver, a ver. ¿En qué sentido tiene razón?

—El oro que se utilizó para chantajear al señor Lauderback venía de un yacimiento de Dunstan. Eso dijo Lauderback.

—Eso dijo Lauderback, precisamente —dijo Moody. Asintió con la cabeza—. No sé si me fío de las intenciones del señor Lauderback cuando le mencionó esta mañana al señor Balfour como de pasada el nombre de ese yacimiento aurífero.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Moody?

—¿Acaso no confía usted en él..., en Lauderback, quiero decir?

—Sería irracional por mi parte que desconfiase del señor Lauderback —dijo Moody—, considerando que no lo he visto en toda mi vida. Soy muy consciente del hecho de que los detalles pertinentes de su relato me están siendo transmitidos por terceros, y, a veces, hasta por cuartos. La mención del yacimiento de Dunstan, por ejemplo. Francis Carver, al parecer, mencionó el nombre de ese yacimiento al señor Lauderback, que a su vez le habló de ese encuentro al señor Balfour, ¡que a su vez me ha contado a mí esa conversación, esta noche! Estarán todos ustedes de acuerdo en que sería un necio si tomase por verdaderas las palabras del señor Balfour.

Pero Moody había juzgado mal a su auditorio al poner en tela de juicio un tema tan delicado como la verdad. Un estallido de indignación se extendió por la sala.

—¡Cómo! ¿No se fía de un hombre que cuenta su propia historia?

—¡Más verdad que la que le cuento no puedo contarle, señor Moody!

—¿Qué otra cosa quiere que le cuente, aparte de lo que le contaron a él?

Moody se quedó de piedra.

—No creo que ninguna parte de su historia haya sido alterada o silenciada —repuso, esta vez con más cuidado. Recorrió las caras con la mirada—. Solo quería observar que nadie debería hacer suya la verdad de otro hombre.

—¿Por qué no? —La pregunta llegó de varios rincones a la vez.

Moody se quedó pensando.

—En un tribunal de justicia —dijo al cabo—, el testigo jura decir la verdad: esto es, su verdad. Acepta dos parámetros. Su testimonio ha de ser toda la verdad, y ha de ser nada más que la verdad. Tan solo el segundo de estos parámetros supone un verdadero límite. El primero, por supuesto, depende en gran medida del criterio de cada uno. Cuando decimos «toda la verdad» nos referimos, más exactamente, a todos los hechos e impresiones que guardan relación con el asunto en cuestión. Todo lo que no sea pertinente no solo es irrelevante; es, en muchos casos, deliberadamente engañoso. Caballeros —esta apelación colectiva sonó rara, dado lo variopinto de los presentes—, sostengo que no hay verdades completas sino solo verdades pertinentes; y la pertinencia, convendrán conmigo, es siempre una cuestión de perspectiva. No creo que ninguno de ustedes haya perjurado esta noche. Confío plenamente en que me han dicho la verdad, y nada más que la verdad. Pero sus perspectivas son muy numerosas, y me perdonarán si no considero su relato como un todo.

Tras esto se hizo el silencio, y Moody percibió la ofensa en sus rostros.

—Naturalmente —añadió en voz más baja—, mis palabras han sido importunas, pues ustedes todavía no han concluido su historia. —Miró de uno en uno a todos los presentes—. No debería haber interrumpido. Repito que no era mi intención ofender a nadie. Por favor, continúen.

Charlie Frost estaba mirando con curiosidad a Ah Sook.

—¿Por qué ha dicho eso, señor Sook? —dijo—. ¿Por qué ha dicho que sabía un secreto sobre Crosbie Wells?

Ah Sook volvió la mirada hacia Frost y le evaluó.

—Crosbie Wells descubrió un filón en Dunstan. Muchas pepitas enormes. Un hombre muy afortunado.

Nilssen se volvió.

—¿Que Crosbie Wells descubrió un filón?

Mannering también había levantado la vista.

—¿Qué? —dijo—. ¿Un filón? ¿Cuánto?

—En Dunstan —repitió Sook Yongsheng, sin apartar los ojos de Frost—. Un hombre muy afortunado. Una gran bonanza. Muy rico.

Nilssen dio un paso adelante, lo cual molestó bastante a Frost porque, a fin de cuentas, había sido él quien había dado este nuevo sesgo al interrogatorio. Pero tanto Nilssen como Mannering parecían haberse olvidado de Frost.

—¿Hace cuánto? —preguntó Nilssen—. ¿Cuándo?

—Dos. —Ah Sook levantó dos dedos.

—¡Hace dos años! —exclamó Mannering.

—¿Cuánto? ¿Cuánto colorado? —continuó Nilssen.

—Muchos miles.

—¿Cuántos? ¿Cuatro mil? —Nilssen enseñó cuatro dedos—. ¿Cuatro?

Ah Sook se encogió de hombros; no lo sabía.

—¿Cómo lo sabe, señor Sook? —inquirió Frost—. ¿Cómo sabe que el señor Wells encontró una fortuna en Dunstan?

—Le pregunté a uno de la escolta —respondió Ah Sook.

—¡No confiaba en el banco! —dijo Mannering—. ¿Qué te parece, Charlie? ¡No confiaba en el banco!

—¿Qué escolta? ¿La de Gilligan? ¿O la de Gracewood y Spears? —se interesó Nilssen.

—La de Gracewood y Spears.

—Así que Crosbie Wells descubrió un filón en Dunstan, y después contrató a Gracewood y Spears para que trasladasen la bonanza desde el yacimiento —recapituló Frost.

—Sí —dijo Ah Sook—. Muy bien.

—¡Entonces Wells estuvo sentado sobre una fortuna desde el primer momento! —dijo Nilssen, moviendo la cabeza—. ¡El dinero era suyo y solo suyo! Ninguno de nosotros lo pensaba.

Mannering señaló a Ah Sook.

—Y ¿qué me dices de él? —preguntó—. ¿Estaba al tanto de todo esto?

—No —dijo Ah Sook.

Mannering estalló de rabia.

—Entonces ¿qué importancia tiene, maldita sea? Fue obra suya, recuerde; ¡lo que había en la cabaña de Crosbie Wells fue obra suya! ¡Johnny Quee lo fundió con sus propias manos!

—Quizá Crosbie Wells estaba conchabado con él —dijo Frost.

—¿Es eso? —preguntó Nilssen. Señaló a Ah Quee, y dijo—: ¿Estaba conchabado con Crosbie Wells?

—No conocía a Crosbie Wells —respondió Ah Sook.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Mannering.

La mirada de Harald Nilssen iba y venía de un rostro chino al otro, de manera inquisitiva, como si sus semblantes traicionasen quizá alguna prueba de su colusión. Nilssen desconfiaba mucho de los chinos, ya que jamás había conocido a ninguno personalmente; si bien sus creencias eran de las que no solo no dependen de los hechos empíricos sino que a menudo son refutadas de plano por estos, ningún desmentido bastaba para hacerlo cambiar de opinión. Había decidido, tiempo ha, que los chinos eran arteros, y así habían de ser por muchos desmentidos que le salieran al paso. Deteniendo la mirada en Ah Quee, Nilssen recordó la teoría de la conspiración que le había expuesto Joseph Pritchard esa misma tarde: «Si a nosotros nos están tendiendo una encerrona, puede que a él también».

—Hay alguien más detrás de todo esto —concluyó—. Hay alguien más implicado.

—Sí —dijo Ah Sook.

—¿Quién? —preguntó Nilssen con tono ansioso.

—De este no va a sacar nada que tenga una pizca de sentido —dijo Mannering—. Es gastar saliva inútilmente, se lo digo yo.

Pero el sombrerero respondió, y su respuesta sorprendió a todos los presentes.

—Te Rau Tauwhare —dijo.

VENUS EN CAPRICORNIO

En el que la viuda comparte su filosofía de la fortuna, las esperanzas de Gascoigne se truncan y nos enteramos de algo nuevo acerca de Crosbie Wells

Al salir del Gridiron, Aubert Gascoigne había cruzado directamente al hotel Wayfarer, identificado como tal por un rótulo que colgaba de dos cadenas enganchadas a un palo saliente. El rótulo no ostentaba palabra alguna, sino que mostraba la silueta pintada de un caminante, alto el mentón, los codos levantados y un fardo como el de Dick Whittington al hombro. Por el garboso corte de la silueta, no era descabellado suponer que se trataba de una casa de huéspedes solo para hombres; en efecto, el aire general del establecimiento sugería una acusada ausencia de lo femenino, reflejada en la escupidera de latón de la veranda, el excusado exterior del callejón y la escasez de cortinajes. Pero en realidad eran muestras de economía, no de una reglamentación: el hotel Wayfarer no hacía distinciones entre los sexos, ciñéndose a su estricta política de no hacer preguntas a sus inquilinos, no prometerles nada y cobrarles una tarifa insignificante por pasar la noche. En estas condiciones, cómo no iba uno a estar preparado para soportar lo que fuera... o, al menos, así lo había razonado una de sus actuales inquilinas, la señora Lydia Wells, dotada de un considerable talento para el ahorro.

Parecía como si Lydia Wells gustase de adoptar poses elegantes con el fin de poder sobresaltarse, entre risas, cuando alguien se le acercaba. En el vestíbulo del hotel Wayfarer, Gascoigne se la encontró tendida en el sofá con una zapatilla colgando de la puntera, un brazo echado hacia atrás y la cabeza reclinada en un cojín; en la otra mano tenía una novela de bolsillo, casi como si el libro fuese cómplice de un desmayo. Sus mejillas empolvadas y su aspecto absorto habían sido amañados en los momentos previos a la entrada de Gascoigne, pero eso él no lo sabía. Le sugirieron, tal y como pretendía la mujer, que la narración en la que estaba enfrascada era harto licenciosa.

Cuando Gascoigne dio unos golpecitos en el marco de la puerta (por mera cortesía, pues la puerta estaba abierta), Lydia Wells salió de su ensimismamiento, abrió los ojos como platos y soltó una risa cristalina. Cerró el libro de golpe..., pero acto seguido lo tiró sobre la otomana, de tal suerte que la portada y el título quedaron bien a la vista de su visitante.

Gascoigne hizo una reverencia. Al subir la cabeza, dejó que su mirada se posara en ella, deleitándose con el espectáculo; y es que Lydia Wells era una mujer de gran

belleza, y daba gusto contemplarla. Tendría unos cuarenta años, aunque podría haber sido una mujer de treinta de aspecto maduro, o una lozana cincuentona; se negaba a revelar la cifra exacta. Había entrado en esa etapa indeterminada de la madurez que parece que siempre subraya su propia indeterminación, ya que cuando Lydia tenía aspecto de jovencita, su edad destacaba aún más este aspecto, y cuando era sabia, su sabiduría resultaba aún más impresionante por darse en alguien tan joven. Sus rasgos tenían cierta cualidad zorruna: ojos ligeramente almendrados y una nariz respingona que hacía pensar en una criatura alerta e inquisitiva. Tenía labios carnosos; y se veía, cuando los mostraba, que sus dientes estaban delicadamente formados y espaciados de manera uniforme. Su cabello era de un intenso color cobrizo, ese color que los hombres llaman «rojo» y las mujeres «caoba» y que se oscurece al moverse, como una llama. En estos momentos lo tenía recogido en un moño hecho de trenzas, una forma intrincada que le cubría a la vez la nuca y la coronilla. Llevaba un vestido a rayas de seda gris: un tono sombrío, y sin embargo no podía decirse con exactitud que fuera un vestido de luto, de la misma forma que no cabía decir que la expresión de Lydia fuera la de una mujer, como tampoco la de una niña. El vestido lucía un cuello alto abotonado, un polisón con volantes y mangas jamón abullonadas, volúmenes abombados que contribuían a acentuar el generoso busto de Lydia y a reducir su cintura. En los extremos de estas enormes mangas, sus manos, unidas ahora para expresar arrobamiento ante la imagen de Gascoigne plantado en la puerta, parecían muy pequeñas y muy frágiles, como las manos de una muñeca.

—Señor Gascoigne —saludó, saboreando el nombre, estirándolo—. Pero ¡si viene usted solo!

—Le pido disculpas en nombre de Anna y le transmito su pesar por no haber venido —dijo Gascoigne.

—Me transmite su pesar... y me lo causa a mí, y mucho. —Lydia lo miró de arriba abajo—. Permítame que adivine: ¿jaqueca?

Gascoigne dijo que no con la cabeza, y refirió tan brevemente como pudo cómo se le había disparado a Anna la pistola en la mano. Contó la verdad. Lydia soltó exclamaciones de alarma y lo bombardeó a preguntas que él respondió a conciencia, si bien con un profundo agotamiento que se manifestaba como un temblor en su garganta. Por fin se apiadó de él y le ofreció una silla y algo de beber, cosas ambas que Gascoigne aceptó de buen grado y con alivio.

—Me temo que solo tengo ginebra —dijo Lydia.

—Ginebra con agua, gracias. —Gascoigne se sentó en el sillón más cercano al sofá.

—Está asquerosa —dijo Lydia, disfrutando—. Tendrá que sonreír y sobrellevarla como pueda. Me debería haber traído de Dunedin una caja de algo... Bien mirado, fue una tontería no hacerlo. Aún no he encontrado alcohol decente en esta ciudad.

—Anna tiene una botella de brandy español en su habitación.

—¿Español? —Lydia pareció interesada.

—Jerez de la Frontera —dijo Gascoigne—. Andalucía.

—Seguro que me encantaría el brandy español. Me pregunto cómo habrá conseguido la botella.

—Lamento que no haya podido venir para contárselo en persona —dijo Gascoigne, de manera bastante automática... pero al ver que Lydia volvía a meter el pie en la zapatilla, ahuecándose las faldas para mostrar unas bien torneadas pantorrillas cubiertas con medias, Gascoigne reflexionó que, en realidad, no lo lamentaba especialmente.

—Sí, habríamos pasado un rato delicioso los tres juntos. Pero no hay problema en aplazar la excursión, y a mí me encanta tener la ilusión de una futura salida. A no ser que quiera usted venir de compras en lugar de Anna, claro. ¡Quizá sea usted un apasionado de los sombreros de señora!

—Podría fingir una pasión —dijo Gascoigne, y Lydia rio nuevamente.

—La pasión no puede fingirse —respondió ella en voz baja. Se levantó del sofá y se dirigió al aparador, donde había una bandeja de madera con una botella corriente y moliente y tres vasos—. No me sorprende, ¿sabe? —añadió, dando la vuelta a dos de los vasos y dejando el tercero boca abajo.

—¿Se refiere a lo de la pistola? ¿No la sorprende que intentase quitarse la vida otra vez?

—Santo cielo, no. No me refiero a eso. —Lydia hizo una pausa con la botella en la mano—. No me sorprende verlo aquí solo.

Gascoigne se sonrojó.

—Hice lo que usted me pidió. No le dije su nombre; le dije que era una sorpresa. Que iba a salir con una mujer a ver sombreros. Le gustó la idea. Habría venido. Pero sucedió este percance de la pistola. La afectó mucho, y después no estaba en condiciones para nada.

Notó que farfullaba. ¡Qué hermosura de mujer, la viuda Wells! ¡Qué curva tan exquisita trazaba el polisón de volantes!

—Ha sido usted muy amable al seguirme la corriente con mis bobadas —dijo Lydia Wells, confortándolo—. Verá, cuando una mujer se acerca a mi edad, le gusta jugar a hada madrina de vez en cuando. Le gusta agitar la varita mágica y hacer magia para la mejora de las más jóvenes. No, no... Yo ya sabía que usted no me había estropeado la sorpresa. Simplemente, tenía la premonición de que Anna no vendría. Tengo premoniciones, Aubert.

Le acercó el vaso a Gascoigne, envuelta en un aroma penetrante y turbio a limones recién cortados..., pues esa misma mañana se había aclarado la piel y las uñas con zumo de limón.

—No he traicionado su confianza... —repitió Gascoigne. Quería, por algún oscuro motivo, su constante aprobación.

—Claro que no —asintió Lydia—. ¡Claro que no! ¡Jamás lo haría!

—Pero estoy seguro de que si ella hubiera sabido que se trataba de usted...

—¡Se habría recuperado en un abrir y cerrar de ojos!

—Se habría recuperado.

(Esta convicción, de la que Gascoigne se hizo eco con la boca pequeña, se basaba en la reiterada aseveración por parte de Lydia de que en otros tiempos Anna y ella habían sido íntimas amigas. Era por esto por lo que Gascoigne había accedido a ser el artífice de la «sorpresa» de Lydia, mediante la cual las dos mujeres habrían de reencontrarse y de retomar su intimidad al instante...; un ofrecimiento que era atípico en Gascoigne. Era raro que ejecutase para otros tareas que ellos mismos podían realizar perfectamente, y por lo general las maniobras sociales de cualquier tipo lo hacían sentir incómodo: prefería no ser él quien moviese ficha. Pero Gascoigne estaba, como habrá quedado más o menos claro a estas alturas, enamorado de Lydia Wells..., necedad esta que no solo era lo bastante poderosa para llevarlo a actuar en contra de sus inclinaciones, sino también para alterarlas).

—Pobre Anna Wetherell —dijo Lydia Wells—. Esa chica es la viva imagen de la mala suerte.

—El alcaide Shepard piensa que ha perdido el juicio.

—¡El alcaide Shepard! —exclamó Lydia Wells, y rio alegremente—. Bueno, en lo que a ese tema respecta es todo un experto. Quizá tenga razón.

En realidad, Gascoigne no tenía ninguna opinión sobre el alcaide Shepard, a quien no conocía bien, ni sobre su esposa lunática, a quien no conocía en absoluto. Sus pensamientos volvieron a dirigirse a Anna. Ya estaba arrepintiéndose del tono áspero que había adoptado con ella hacía un rato, en su habitación del hotel Gridiron. Gascoigne era incapaz de mantenerse enfadado durante mucho tiempo: bastaba la más mínima interrupción para que se entregase al autorreproche.

—Pobre Anna —asintió en voz alta—. Tiene usted razón: da pena verla. No puede pagar el alquiler, y el casero la va a echar. Pero no está dispuesta a vulnerar su código de luto regresando a las calles. No quiere faltar al respeto a la memoria de su difunto hijo, el pobre... Así que, como ve, está en un buen aprieto. ¡Pena da!

Gascoigne hablaba con admiración y piedad.

Lydia se levantó de un salto.

—¡Que se venga a vivir conmigo! ¡Sí, que venga! —chilló, hablando como si llevase un buen rato recalándole esta idea a Gascoigne, y no como si acabase de proponerla—. Puede dormir en mi cama, como una hermana... Tal vez tenga una hermana, en algún lugar lejano; tal vez la eche de menos. Ah, Aubert, que venga. Sea usted quien se lo suplique.

—¿Cree que querrá?

—Anna, pobrecita, me adora sin más —dijo Lydia con firmeza—. Somos íntimas. Somos como dos palomas... o al menos lo éramos en Dunedin, el año pasado. Pero el tiempo y la distancia no son nada cuando hay una auténtica afinidad: nos encontraremos una vez más. Tenemos que organizarlo. Tiene que conseguir que venga.

—Su generosidad es digna de admiración..., pero también, quizá, excesiva —dijo Gascoigne, dirigiéndole una sonrisa indulgente—. Ya sabe a qué se dedica Anna. Vendría acompañada de su oficio, aunque solo fuese porque su reputación está mancillada. Además, no tiene dinero.

—Bah, paparruchas, en un yacimiento de oro siempre se puede ganar dinero. Puede trabajar para mí. Echo en falta una criada. Una dama de compañía, como dicen las señoras. ¡A las tres semanas los mineros habrán olvidado que alguna vez fue puta! No me hará cambiar de idea, Aubert. ¡No lo conseguiremos! Puedo ser muy testaruda cuando se me mete algo entre ceja y ceja, y se me ha metido esto.

—Bueno... —Gascoigne miró su vaso, sintiéndose cansado—. ¿Quiere que vuelva a cruzar la calle y se lo pregunte?

Lydia ronroneó.

—No quiero que haga usted nada que no desee plenamente. Iré yo misma. Iré esta noche.

—Pero entonces no habrá sorpresa —dijo Gascoigne—. Con lo ilusionada que estaba usted con su sorpresa.

Lydia le apretó la manga.

—No —dijo con firmeza—. La pobrecilla ya ha recibido bastantes sorpresas. Ya es hora de que tenga las condiciones para relajarse; ya es hora de que la cuiden. Me haré cargo de ella. ¡La pienso mimar!

—¿Es así de buena con todas sus protegidas? —preguntó Gascoigne, sonriendo—. Esta es la idea que me hago de usted: la mujer que, lámpara en mano, va de la cabecera de una cama a la cabecera de otra, repartiendo bondad...

—Esa palabra está bien dicha.

—¿«Bondad»?

—No, «idea». Ah, Aubert, tengo noticias frescas y me muero por dárselas.

—¿Noticias sobre el patrimonio? —dijo Gascoigne—. ¡Qué pronto!

Gascoigne no entendía correctamente el estado de las relaciones entre Lydia Wells y su difunto marido, Crosbie. Le parecía raro que hubiesen vivido a tantos cientos de millas de distancia el uno del otro... Lydia en Dunedin y Crosbie en las profundidades del valle Arahura, un lugar que Lydia Wells no había visitado ni una sola vez hasta ahora, casi dos semanas después del suceso de la muerte de su marido. Si Gascoigne no le había preguntado directamente a Lydia por su matrimonio, era solo por los más superficiales motivos de decoro..., ya que sentía curiosidad, y no parecía que Lydia lo estuviese llorando. Se hacía la distraída y la tonta cada vez que se mencionaba el nombre de Crosbie Wells.

Pero Lydia estaba negando con la cabeza.

—No, no, no —dijo—. ¡No tiene nada que ver con eso! Ande, pregúnteme qué he estado haciendo desde la última vez que nos vimos; mejor dicho, qué he estado haciendo esta misma mañana. Llevo un buen rato suspirando por que me lo pregunte. Me cuesta creer que no me lo haya preguntado.

—Cuéntemelo, por favor.

Lydia se irguió y abrió sus ojos grises de par en par; centelleaban.

—He comprado un hotel.

—¡Un hotel! —exclamó Gascoigne, asombrado—. ¿Qué hotel?

—Este.

—¿Este?

—¡Piensa que soy una caprichosa! —Juntó las manos.

—Pienso que es emprendedora y valiente, además de muy hermosa. Y mil cosas más. Cuénteme por qué ha comprado este hotel.

—¡Me he propuesto transformar este lugar! —dijo Lydia—. Ya sabe que soy una mujer con mucho mundo: regenté un negocio en Dunedin durante casi diez años, y antes de eso en Sídney. ¡Soy una empresaria de primera, Aubert! Aún no me ha visto en mi elemento. Cuando me vea me considerará muy emprendedora.

Gascoigne miró en derredor.

—¿Qué transformaciones piensa hacer?

—Llegamos por fin a mi «idea» —dijo Lydia. Se echó hacia delante—. ¿Ha visto el anuncio de la sesión de espiritismo que publicaba el periódico de esta mañana, con fecha y lugar aún por confirmar?

—¡Venga ya! ¡No puede ser!

Lydia arqueó las cejas.

—Venga ya, ¿qué?

—¿Mesas que se mueven y espíritus? —Gascoigne sonrió—. Las sesiones de espiritismo son una estupidez muy entretenida, ¡pero no son un negocio! ¡Mejor que no intente lucrarse con un truco de salón! La gente se enfada mucho cuando se siente estafada del dinero que ha ganado honradamente. Y además, la Iglesia lo desapueba.

—¡Habla usted como si no fuese un arte, y lo es! Como si todo esto no fuera más que un fraude —dijo Lydia Wells, a quien la desaprobación de la Iglesia le parecía un aburrimiento—. La esfera de lo paranormal no es un truco, Aubert. El éter no es un timo.

—Venga, venga —repitió Gascoigne—. De lo que me está hablando es de entretenimiento, no de profecías; dejemos de hablar de esferas.

—¡De modo que es usted un cínico! —Lydia fingió que se sentía decepcionada—. Jamás lo hubiera dicho; desilusionado, puede; incrédulo, puede; pero tierno por debajo.

—Si soy un cínico, soy un cínico con criterio —dijo Gascoigne con tono altivo—. He participado en varias sesiones, señora Wells; si las tacho de necia superstición, no es sin conocimiento de causa.

Lydia titubeó, y a continuación adelantó su mano regordeta y le apretó la manga.

—Pero me estoy portando como un maleducado. A usted este tema la fascina —dijo Gascoigne, recobrando los buenos modales.

—No es eso. —Lydia le acarició fugazmente el puño de la camisa y retiró la

mano con la misma rapidez—. No me va a llamar señora Wells durante mucho tiempo.

Gascoigne inclinó la cabeza.

—¿Desea que pase a llamarla por su nombre de pila? —preguntó, pensando para sus adentros que, de ser así, se trataba de un deseo hartamente indecoroso.

—No, no. —Lydia se mordió el labio, se arrimó a él y susurró—: Voy a casarme.

—¿A casarse?

—Sí..., tan pronto como me atreva; pero es un secreto.

—Un secreto ¿para mí?

—Para todo el mundo.

—¿No voy a saber el nombre de su amado?

—No, ni usted, ni nadie. Es un amorío clandestino —dijo Lydia. Rio tontamente—. Míreme: ¡preparándome para fugarme, igual que una muchacha de trece años! No me atrevo ni a ponerme la alianza que me dio..., y eso que es una buena alianza: un rubí de Dunstan engarzado en un anillo de oro de Dunstan.

—Supongo que debo darle la enhorabuena —dijo Gascoigne, con un tono bastante cordial pero con cierta reserva, pues sus esperanzas se habían visto truncadas por la noticia.

Sintió que se había cerrado el paso a un haz de posibilidades: se había extinguido una luz; una puerta se había cerrado de golpe. Prácticamente desde la primera vez que puso sus ojos en ella, Gascoigne había fantaseado con que algún día Lydia Wells se convirtiera en su amante. La había evocado en su casita, la había visto sacudiéndose los rizos rojizos al lado de su cama, la había contemplado llenando el fogón por la mañana, envuelta en una bata de franela; se había imaginado los embriagadores días de los inicios de su noviazgo, la construcción de la casa que habrían de compartir, el paso de los años. Gascoigne soñaba con todo esto sin vergüenza ni turbación, incluso sin ser consciente de los extravíos de su imaginación. Le había parecido, sencillamente, natural: ella era viuda y él era viudo. Ambos eran forasteros en una ciudad desconocida, y habían entablado una cordial relación. Tampoco era tan improbable que pudieran enamorarse.

Pero ahora que sabía que Lydia Wells estaba comprometida, Gascoigne se vio obligado a renunciar a su fantasía; y para renunciar a su fantasía tenía que aceptarla y verla como la estupidez que era. Al principio sintió pena de sí mismo, pero tan pronto como se puso a pensar en su pena descubrió que lo divertía su banalidad.

—Soy la felicidad en persona —dijo la viuda.

Gascoigne sonrió.

—¿Cómo he de llamarla entonces, si no puedo llamarla señora Wells?

—Ah, Aubert. Somos los mejores amigos del mundo. No hace falta que pregunte. Me tiene que llamar Lydia, por supuesto.

(Terciaremos brevemente para matizar que Aubert Gascoigne y Lydia Wells no eran en absoluto los mejores amigos del mundo: de hecho, solo hacía tres días que se

conocían. Gascoigne se había topado por vez primera con ella el jueves por la tarde, cuando la viuda se presentó en el juzgado para interesarse por la fortuna de su difunto esposo..., una fortuna que ya había sido encontrada, e ingresada en el banco, por otros hombres. Gascoigne abrió un expediente con la solicitud de la señora Wells de revocar la venta de la cabaña, y en el curso de esta transacción estuvieron charlando un buen rato. La viuda regresó al juzgado el viernes por la mañana, y Gascoigne, envalentonado por el evidente interés con que lo contemplaba, rogó que le permitiese acompañarla a almorzar. La viuda aceptó la invitación con coqueto asombro, y Gascoigne, sujetándole la sombrilla, cruzó la calle con ella en dirección al comedor de Maxwell, donde pidió dos platos de sopa de cebada, el pan más blanco que hubiera y una pequeña garrafa de jerez seco... y después le hizo ocupar el lugar de honor, junto a la ventana.

Enseguida resultó que Lydia Wells y Aubert Gascoigne tenían mucho de lo que hablar, y muchas cosas en común. La señora Wells sentía una enorme curiosidad por enterarse de todo lo sucedido desde el fallecimiento de su esposo, tema que llevó a Gascoigne de modo natural a hablar de Anna Wetherell y de su extraño encontronazo con la muerte en la carretera de Kaniere. Lydia Wells se quedó pasmada al oír esto, pues, según explicó, conocía a Anna Wetherell. La chica se había alojado varias semanas en su albergue de Dunedin antes de marcharse, el año anterior, a ganarse la vida en los yacimientos de Hokitika, y durante esa época habían trabado una amistad muy estrecha. Fue en este momento de la conversación cuando Lydia tramó su «sorpresa». Justo después de que recogieran la mesa, despachó a Gascoigne al Gridiron para que informase a Anna Wetherell de que al día siguiente por la tarde, a las dos, estaba invitada a una misteriosa excursión por las tiendas).

—Si tiene usted un prometido, y también una nueva empresa —dijo en este momento Gascoigne—, entonces quizá no estén desencaminadas mis esperanzas de que su estancia en Hokitika no sea breve.

—Siempre hay que tener esperanzas —dijo Lydia Wells, que disponía de una enorme colección de frases retóricas exactamente iguales a esta y gustaba de hacer una pausa dramática después de pronunciarlas.

—¿Me equivoco si adivino que su inversión se llevó a cabo con ayuda de su prometido? ¡A ver si es que es una especie de magnate!

Pero la viuda se rio.

—Aubert, ¡no me va a sonsacar nada!

—Pues yo creía que esperaba de mí que lo intentase.

—Sí..., pero solo que lo intente —dijo la viuda—. ¡No que lo consiga!

—Me da la impresión de que eso es muy femenino —dijo secamente Gascoigne.

—Puede que sí —repuso ella con una risita—. Pero somos un sexo sagaz..., y a mí me da la impresión de que usted no aceptaría otra cosa.

Lo que vino a continuación fue un intercambio bastante empalagoso de cumplidos, juego este en el que la viuda y el viudo descubrieron que estaban

perfectamente a la par. En lugar de reproducir tan sentimental intercambio, lo pasaremos por alto para describir con más detalle lo que de otro modo podría confundirse con una profunda debilidad de carácter por parte del francés.

Gascoigne estaba embelesado con Lydia Wells, y era un gran admirador de la refinada exuberancia de su habla y de sus maneras... pero no había depositado en ella su confianza. No había traicionado el secreto de Anna Wetherell, y al referirle a Lydia la historia de esta no había mencionado el oro descubierto en el vestido naranja de Anna la semana anterior y que en estos momentos se hallaba envuelto en un costal de harina y oculto bajo su cama. Gascoigne también había descrito los acontecimientos del 14 de enero como si creyese que Anna, en efecto, había intentado quitarse la vida; pues intuía que, hasta que diese con una explicación mejor, lo prudente era no llamar la atención sobre los muchos misterios de aquella tarde. Sabía que Anna no tenía la menor idea de qué había ocurrido durante aquellas horas desde la medianoche —o, por decirlo de otro modo, de quién le había robado esas horas— y no quería ponerla en ningún tipo de peligro. Por tanto, Gascoigne se adhirió a la versión «oficial», según la cual Anna era una suicida frustrada a la que habían encontrado, inconsciente y en un estado lamentable, al borde de la carretera. Había adoptado esta perspectiva cuando hablaba del suceso con otros hombres, y mantenerla ahora no le exigía grandes esfuerzos.

Que Gascoigne estaba embelesado con Lydia Wells y que no sospechaba a primera vista de sus muchos caprichos es una cuestión que no podemos defender tan fácilmente. Observamos, sí, que la atracción había nacido antes incluso de que supiese cuál era el motivo que había llevado a Lydia a inquirir en el juzgado; había nacido, en realidad, antes de que la viuda pronunciase siquiera su nombre. Pero ahora sabía que Lydia había mantenido una relación muy misteriosa con su difunto esposo; ahora sabía que la misteriosa fortuna que se había descubierto en la cabaña del finado era objeto de litigio. Sabía que no debía fiarse de ella... y sabía que, cuando estaba con ella, las cámaras de su corazón se henchían de una adoración pura y líquida. La razón no está a la altura del deseo: cuando el deseo es una sensación pura y poderosa, se convierte en una especie de razón por derecho propio. La de Lydia era una sofisticación inusual, propia del viejo continente... y Gascoigne lo sabía como si el hecho estuviese demostrado por la lógica. Sabía que había sacado sus rasgos pulcramente felinos de una época más antigua y mejor. Sabía que las formas de su muñeca y de su tobillo no tenían parangón, y que su voz...

Pero ya hemos dicho lo que queríamos decir; será mejor que regresemos a la escena que nos ocupa.

Gascoigne había dejado su vaso.

—Pienso —estaba diciendo— que está bien que vaya a casarse. Es usted demasiado encantadora para ser viuda.

—Pero quizá... ¿quizá soy demasiado encantadora para ser la esposa de otro hombre?

—En absoluto —repuso Gascoigne—. Es usted todo lo encantadora que debe ser la esposa de otro hombre, ni más ni menos: si los hombres se casan se debe solamente a las mujeres como usted. Usted hace que la idea del matrimonio parezca muy soportable.

—Aubert —dijo ella—. Adulador.

—Quisiera adularla más invitándola a hablar de ese tema que tan bien domina y que, sin darme cuenta, he menospreciado hace un momento —dijo el francés—. Venga, Lydia: hábleme de los espíritus y de las fuerzas del éter y yo me esforzaré al máximo por no mostrarme ni pizca de escéptico, y sí ingenuo e ilusionado.

¡Qué hermosa estaba con la tenue luz del atardecer cayéndole por el hombro como un velo! ¡Qué espléndido efecto el de la sombra que se colaba en aquel hoyuelo de debajo del labio!

—En primer lugar —dijo Lydia Wells, arrimándose—, se equivoca usted al pensar que la gente corriente no paga para que le adivinen la suerte. Los hombres se vuelven muy supersticiosos cuando es mucho lo que está en juego, y un yacimiento de oro es un lugar con grandes riesgos y grandes recompensas. Los mineros siempre pagan bien un consejo..., ¡vaya, si casi no hay día en que la palabra «fortuna» no asome a sus labios! Están dispuestos a probar suerte con lo que sea si piensan que puede darles ventaja en el yacimiento. Además, ¿qué es un especulador sino un gitano con otros ropajes?

Gascoigne rio.

—Dudo que haya muchos especuladores que apreciaran esta comparación..., pero sí, acepto lo que dice, señorita Lydia: los hombres siempre están encantados de pagar a cambio de que les den consejo. Pero ¿confiarán en la eficacia de su consejo, es decir, en la eficacia práctica? Me temo que se verá sometida a una presión inmensa, ¡ya que tendrá usted que soportar la carga de la prueba! ¿Cómo va a garantizar que no va a llevar a nadie por mal camino?

—Vaya pregunta más aburrida —dijo Lydia Wells—. Duda usted de mi competencia en este tema, supongo.

Gascoigne dudaba, pero decidió fingir por mor de la cortesía.

—No dudo, pero lo desconozco. Estoy intrigado.

—Soy dueña de un garito desde hace una década —dijo la viuda—. En todo ese tiempo mi ruleta solo se ha detenido una vez en el bote, y fue porque la aguja se atascó en el eje debido al polvo. Tenía la rueda lastrada de manera que el premio más cercano al bote cayese siempre contra la flecha. Como precaución secundaria, las clavijas que hay a cada lado del número estaban engrasadas. La flecha siempre pasaba de largo en el último momento..., pero por tan poco, y de manera tan tentadora, que los hombres no podían evitar volver a soltar sus chelines para que girase otra vez.

—Vaya, señorita Lydia —dijo Gascoigne—, ¡es endemoniadamente injusto!

—En absoluto.

—¡Pues claro que lo es! ¡Es hacer trampas!

—Respóndame a esto. ¿Llama tramposo a un tendero cuando coloca las mejores frutas al fondo del carro para que las primeras en ser escogidas sean las magulladas?

—No puede compararse.

—Paparruchas: puede compararse perfectamente —dijo la viuda—. El tendero se asegura así de sus ingresos: porque si colocase las mejores manzanas delante, los frutos magullados no se pondrían en venta hasta que ya estuviesen cubiertos de moho, y tendría que deshacerse de ellos. Se asegura unos ingresos constantes animando a cada cliente a que elija una pieza de fruta un poco, muy poco, defectuosa. También yo he de velar por mis ingresos si quiero mantener mi negocio, y lo hago exactamente de la misma manera. Cuando un jugador vuelve a casa solo con una pequeña recompensa, digamos cinco libras, y con la sensación de que ha estado a un paso de ganar una inmensa fortuna, es como si hubiese vuelto a casa con una manzana magullada. Tiene una recompensa modesta, un recuerdo agradable de una magnífica velada y la sensación de que por los pelos no ha logrado algo absolutamente extraordinario. Está feliz... y yo también.

Gascoigne rio de nuevo.

—Pero el juego es un vicio. Una manzana magullada no es un vicio. Discúlpeme: no quiero ser pesado, pero me parece que su ejemplo, al igual que su ruleta, está muy lastrado a favor de su postura.

—Por supuesto que el juego es un vicio —dijo la viuda con desdén—. Por supuesto que es un pecado terrible y una lacra y que arruina a los hombres y todo eso. ¿A mí qué más me da? ¡Intente decirle a un tendero que no le gustan las manzanas! No importa, le dirá: ¡hay otras muchas personas a las que les encantan!

Gascoigne la saludó al estilo militar.

—Estoy convencido de su capacidad de convencer. ¡Es usted una fuerza a tener en cuenta, señorita Lydia! Compadezco a ese pobre tipo que ganó el bote y después tuvo que acudir a usted a reclamar sus ganancias.

—Sí, claro... Pero no llegué a pagarle —dijo Lydia Wells.

Gascoigne estaba incrédulo.

—No pagó... ¿su propio bote?

Lydia movió la cabeza enérgicamente.

—¿Cómo que no pagué? Simplemente le ofrecí otra alternativa. Le dije que podía quedarse con las cien libras en oro puro o conmigo. No como una puta —dijo al ver el semblante de Gascoigne—. Como esposa, bobo. Era Crosbie. Eligió. ¡Y ya sabe usted lo que eligió!

Gascoigne se había quedado boquiabierto.

—Crosbie Wells.

—Sí —dijo la viuda—. Nos casamos aquella misma noche. ¿Qué pasa, Aubert? Yo, desde luego, no podía desprenderme de cien libras. Ni se me había pasado por la cabeza que la rueda llegase nunca a detenerse en la bonanza..., ¡la había lastrado para

que nunca ocurriera! Me era imposible cumplir. Habría entrado en bancarrota. ¡No irá a decirme que esto lo escandaliza!

—Confieso que sí, un poco —dijo Gascoigne, aunque el escándalo era de corte admirativo—. ¿Conocía... conocía de algo a ese hombre?

—Por supuesto que no. Vaya ideas más modernas que tiene.

Gascoigne se ruborizó.

—No me refería a eso —dijo, y a continuación añadió atropelladamente—: Claro que si lo que intentaba evitar era arruinarse, como dice...

—Naturalmente, no estábamos hechos el uno para el otro, y al cabo de un mes no podíamos ni vernos. Era de esperar. Sí, ninguno de los dos podía haber esperado nada mejor, dadas las circunstancias.

Gascoigne se estaba preguntando por qué la pareja no había tramitado el divorcio, pero no podía expresarlo en voz alta sin atentar contra el decoro de la viuda, y se limitó a asentir con la cabeza.

—Es que yo en eso soy muy moderna —añadió Lydia—. ¡Estará usted de acuerdo con mi circunspección al respecto..., con que insistiera en una separación y no en el divorcio! Usted también ha estado casado, señor Gascoigne.

Gascoigne reparó en la coquetería con que pronunciaba su apellido, y le sonrió.

—Sí —dijo—. Pero no hablemos del pasado; hablemos del presente, y del futuro, y de todo lo que nos depara. Hábleme de los cambios que va a hacer en este hotel.

A Lydia le gustó que le cediese el protagonismo. Se levantó de un salto y, entrelazando las manos con pose de corista, dio una vuelta alrededor de la otomana. Girando sobre sus talones, recorrió el salón con la mirada: la ventana con parteluz, las paredes recubiertas de una fina capa de escayola, la raída bandera británica, rescatada sin duda de un naufragio, que estaba clavada verticalmente a la pared de enfrente de la ventana.

—Cambiaré el nombre, por supuesto —dijo—. Dejará de llamarse Wayfarer: se llamará Wayfarer's Fortune.

—Suená bien.

Esto la satisfizo. Se alejó unos pasos del sofá y extendió los brazos.

—Pondré cortinajes, pues no soporto las habitaciones sin cortinajes, y meridianos, al estilo moderno. En la sala habrá un cubículo con puertas abatibles, parecido a un confesionario..., muy parecido a un confesionario. El salón principal será una especie de sala de espera. Las sesiones las celebraré aquí, naturalmente. Ah, tengo ideas a mansalva. Leeré la fortuna, haré cartas astrales e interpretaré las figuras del tarot. En el piso de arriba..., pero ¿cómo es esto? ¡Se mantiene escéptico, Aubert!

—¡Ya no soy un escéptico! Me desdigo —dijo Gascoigne, tendiendo el brazo para cogerle la mano..., gesto que obedeció en parte a que estaba intentando reprimir una sonrisa. (Era un escéptico de cabo a rabo, y al oír la fuerte pronunciación de la erre de «tarot» le costó contener una risotada). Apretándole la mano, añadió—: Me encantaría que me recompensase por haberme desdicho.

—En esta cuestión yo soy la experta, y usted el lego. Debería recordarlo... por muy mala opinión que tenga de las esferas.

Su brazo se hallaba extendido lánguidamente entre ambos, como extiende una dama los anillos para que se los besen, y Gascoigne reprimió el impulso de agarrarlo y besarlo.

—Tiene usted razón —dijo, apretándole de nuevo la mano—. Mucha razón.

La soltó, y Lydia se fue hacia la repisa de la chimenea.

—Le voy a recompensar con un dato —dijo—, pero a condición de que me tome muy en serio..., tan en serio como se tomaría a un hombre.

—Por supuesto —murmuró Gascoigne, adoptando un aire solemne. Se puso cómodo.

—Allá va. El mes que viene será un mes sin luna.

—¡Santo cielo!

—No llegará a haber luna llena, a eso me refiero. Febrero es un mes corto. Habrá luna llena justo antes del primer día, y otra justo después del vigésimo octavo..., de modo que no va a haber luna llena en febrero.

Gascoigne le sonrió.

—Y ¿cae así todos los años?

—En absoluto —dijo Lydia—. Se trata de un fenómeno muy raro. —Pasó el dedo por la moldura de escayola.

—Que sea raro le da un valor especial, ¿no es así? ¿O tal vez un peligro...?

—Solamente ocurre cada veinte años —continuó Lydia, enderezando el reloj de mesa.

—Y ¿qué profetiza un mes sin luna, señorita Lydia?

Lydia Wells se volvió hacia él y puso los brazos en jarras.

—Deme un chelín y se lo cuento.

Gascoigne rio.

—Aún no. Aún no tengo testimonios de su pericia. Tendré que ponerla a prueba antes de desembolsar dinero o cualquier otra cosa perteneciente a esta esfera de aquí. Esta noche estará nublado..., pero buscaré las mareas en los periódicos del lunes.

La viuda le dirigió una mirada impenetrable.

—No me equivoco —dijo—. Tengo un almanaque, y sé leerlo con mucha destreza. En estos momentos hay luna creciente, por encima de las nubes. El lunes por la noche estará llena, y el martes empezará a menguar. El mes que viene será un mes sin luna.

CONJUNCIONES

En el que se restablecen las malas impresiones, las invitaciones se multiplican y el pasado sigue avanzando hasta tocar el presente

El reverendo Cowell Devlin había permanecido en el comedor del hotel Palace hasta media tarde, momento en el cual empezó a sentirse aturdido y torpe y la lectura ya no le resultaba provechosa. Estimando que necesitaba aire fresco, apuró el café, guardó sus panfletos, pagó la cuenta, se subió el cuello para protegerse de la lluvia y enfiló la línea de playa en dirección norte. El sol vespertino brillaba intensamente a través de las nubes, confiriendo a la escena un resplandor plateado que vaciaba de color al mar y destacaba puntos de luz blanca en la arena. Hasta las gotas de lluvia parecía que rielaban en el aire; el viento, soplando el frío desde el océano, traía consigo un olor agradable y herrumbroso. Todo esto contribuyó en gran medida a disipar el letargo de Devlin, que, con el sombrero de ala ancha bien encasquetado, al poco rato tenía las mejillas sonrosadas y una sonrisa en la boca. Decidió aprovechar al máximo el paseo y volver a Hokitika por la terraza alta de Seaview: el emplazamiento de la futura cárcel de Hokitika, y futura residencia de Devlin.

Al llegar a la cresta de la colina volvió la cabeza, jadeando ligeramente, y se sorprendió al ver que alguien lo seguía. Un joven, vestido con camisa y pantalones de sarga que se le pegaban al cuerpo por la humedad, iba subiendo a toda prisa por el sendero que llevaba hasta la terraza. Tenía la cabeza gacha y no le pudo identificar de inmediato; Devlin no lo reconoció hasta que estuvo a veinte yardas de distancia. Vaya, pensó, pero si era el hombre del valle Arahura: el maorí, el amigo del difunto Crosbie Wells.

Cowell Devlin no había estudiado para misionero, y no había viajado hasta Nueva Zelanda con este propósito. Había sido toda una sorpresa descubrir que el Nuevo Testamento se había traducido al maorí unos veinte años antes de su llegada; aún más le asombró saber que la traducción estaba a la venta en la papelería de la calle George de Dunedin, a un precio muy razonable. A la vez que pasaba las hojas del documento traducido, Devlin se había preguntado cómo habrían simplificado el mensaje sagrado, y a qué coste. Las palabras desconocidas, en su alfabeto truncado, se le antojaban infantiles, compuestas por sílabas repetidas y balbuceos; irreconocibles, como los disparates de un niño. Pero acto seguido Devlin se reprendió a sí mismo, pues ¿qué era su propia Biblia, sino una traducción de otro tipo? No debía precipitarse tanto ni ser tan soberbio. Como penitencia por su duda no expresada sacó su libreta y tomó

cuidadosa nota de algunos versículos clave del texto maorí. «He aroha te Atua. E Aroha ana tatou ki a ia, no te ea ko ia kua matua aroha ki a tatou. Ko Ahau te huarahi, te pono, te ora. Hone 14, 6», escribió, y a continuación, maravillándose: «De las epístolas de Paora». El traductor incluso había cambiado los nombres.

El maorí alzó la mirada; al ver a Devlin en la cumbre, se detuvo, y separados por varias yardas se contemplaron el uno al otro, sin decir nada.

Una súbita ráfaga de viento aplanó la mata de hierba que había en torno a Devlin, apartándole el pelo de las sienes.

—Buenas tardes —gritó.

—Buenas tardes —respondió el otro, entrecerrando ligeramente los ojos.

—¡Veo que a ninguno de los dos nos arredra una pizca de mal tiempo!

—Así es.

—Lo único malo es que degrada las vistas —añadió Devlin, extendiendo el brazo para abarcar el velado panorama que tenían delante—. Cuando bajan las nubes, podríamos estar en cualquier lugar del planeta, ¿no cree? ¡Tengo la impresión de que cuando despeje nos encontraremos en un lugar completamente distinto!

La terraza de Seaview tenía un nombre muy acertado: contaba con una singular perspectiva del océano, que, desde esta altura, era una expansión monótona, una ancha franja de color uniforme y un cielo de un tono más claro. La línea de la costa no se veía desde la terraza, debido a lo empinado del acantilado que había debajo — el borde daba abruptamente a un pedregal de cantos rodados y arcilla—, y la uniformidad del panorama, trisecado en tierra, agua y aire, sin árboles que interrumpiesen la superficie ni un contorno que suavizase las formas del terreno, asustaba a los sentidos hasta el punto de que enseguida uno se sentía obligado a dar la espalda al océano y ponerse de cara a las montañas del este, ocultas hoy por una cambiante cortina de nubes blancas. Debajo de la terraza, los tejados apiñados de Hokitika daban paso a la ancha llanura marrón del río Hokitika y a la curva gris de la lengua de tierra; más allá del río, el litoral continuaba hacia el sur, desdibujándose con la neblina y la distancia hasta acabar completamente engullido por la bruma.

—Es un buen mirador —dijo el maorí.

—Desde luego que lo es; aunque he de decir que todavía no me he encontrado en este país con unas vistas que no me hayan gustado. —Devlin descendió varios escalones, tendiendo la mano—. Choque los cinco. Me llamo Devlin Cowell. Me temo que no recuerdo su nombre.

—Te Rau Tauwhare.

—Te Rau Tauwhare —repitió solemnemente Devlin—. Mucho gusto.

Tauwhare no conocía esta expresión, y calló mientras cavilaba lo que podría significar.

—Usted era muy amigo de Crosbie Wells, recuerdo —continuó Devlin.

—Su único amigo —lo corrigió Tauwhare.

—Ah, pero a un hombre le basta con un buen amigo para que deba considerarse

afortunado.

Tauwhare no respondió inmediatamente a esto.

—Le enseñé maorí *korero* —dijo al cabo de un instante.

Devlin asintió.

—Compartió con él su idioma. Compartió las historias de su pueblo. Una amistad que se cimienta sobre semejante roca es excelente.

—Sí.

—Usted llamó «hermano» a Crosbie Wells —prosiguió Devlin—. Lo recuerdo: aquella noche, en el campamento de policía, pronunció exactamente esa palabra; la noche antes de que se inhumase su cuerpo.

—Es una forma de hablar.

—Sí, lo es, pero el sentimiento que hay detrás es excelente. ¿Por qué iba a decirlo si no era para dar a entender, sencillamente, que tenía aprecio por él, y que lo quería como si fuera uno de los suyos? La palabra «hermano» significa también amor, a mi juicio. El amor que decidimos conceder... y de buen grado.

Tauwhare pensó en ello.

—Hay hermanos que uno no puede elegir.

—Ah —dijo Devlin—, en efecto. No podemos elegir nuestra sangre, ¿verdad que no? No podemos elegir a nuestras familias. Sí, ahí ha trazado usted una buena distinción. Muy buena.

—Y dentro de una familia —continuó Tauwhare, animado por el elogio—, dos hermanos pueden ser hombres muy diferentes.

Devlin rio.

—De nuevo tiene razón. Los hermanos pueden ser muy distintos. Yo solo he tenido hermanas, ¿sabe? Cuatro hermanas, y las cuatro mayores que yo. Me mimaron mucho.

Hizo una pausa, con intención de dar a Tauwhare la oportunidad de ofrecer información sobre su propia familia, pero Tauwhare se limitó a repetir por segunda vez su observación sobre los hermanos, a todas luces satisfecho de su perspicacia.

—No sé, Te Rau, si le puedo hacer una pregunta sobre Crosbie Wells —dijo de pronto Devlin.

Y es que no había olvidado la historia que había oído esa mañana en el comedor del hotel Palace. El político Alistair Lauderback estaba convencido, por alguna misteriosa razón, de que el difunto Crosbie Wells y el chantajista Francis Carver habían sido hermanos, a pesar de que no parecía que compartiesen apellido; en cuanto al porqué de esta creencia, sin embargo, Lauderback se había negado a decir nada. Tal vez Tauwhare, como gran amigo que había sido de Wells, supiese algo al respecto.

Tauwhare estaba frunciendo el ceño.

—No me pregunte por la fortuna —dijo—. No sé nada de la fortuna. Ya he sido interrogado por el juez, por la policía y por el alcaide. No quiero responder otra vez.

—No, no, la fortuna no me interesa —dijo Devlin—. Quería preguntarle por un hombre llamado Carver. Francis Carver.

Tauwhare se puso tenso.

—¿Por qué?

—He oído que era un viejo conocido del señor Wells. Al parecer hay un asunto pendiente entre ellos dos. Algo... delictivo.

Tauwhare no dijo nada. Tenía los ojos entrecerrados.

—¿Sabe algo al respecto? —preguntó Devlin.

Cuando, la mañana del 14 de enero, Te Rau Tauwhare le había dicho a Francis Carver, por dos chelines, dónde vivía Crosbie Wells, no le había parecido que estuviese poniendo a su amigo en ningún tipo de peligro. La oferta en sí misma no tenía nada de rara, ni tampoco el modo de expresarla. Los hombres a menudo ofrecían recompensas por noticias sobre tipos que se habían perdido en los yacimientos auríferos: no solo hermanos, sino también padres, tíos, hijos, socios y amigos. Estaba la sección de personas desaparecidas del periódico, por supuesto, pero no todos los mineros sabían leer, y menos aún tenían tiempo ni ganas de mantenerse al corriente de las noticias diarias. Resultaba más barato, y a veces más eficaz, ofrecer una recompensa de viva voz. Tauwhare cogió sus dos chelines de lo más contento; cuando después, esa misma tarde, vio que Carver se acercaba a la cabaña de Wells, llamaba y entraba, no se le ocurrió desconfiar. Decidió que pasaría la noche en la cumbre junto a sus cepos, para que Carver y Wells pudiesen celebrar su reunión en privado. Dio por supuesto que Carver era un antiguo socio de los años que había pasado Wells en Dunedin, y se abstuvo de especular más allá de esta suposición.

A la mañana siguiente, sin embargo, Wells fue hallado muerto; el día de su funeral se descubrió una ampolla de láudano bajo su catre; a los pocos días, salió a la luz que el barco de Carver, el *Godspeed*, había zarpado la noche del 14 de enero, fuera de horario y al amparo de la oscuridad. Tauwhare se quedó horrorizado. Todas las pruebas parecían apuntar a que Francis Carver había participado en la muerte del ermitaño; y, de ser esto cierto, ¡entonces era Te Rau Tauwhare quien le había suministrado los medios para hacerlo al decirle dónde podía encontrar a Wells! Y aún más terrible: había recibido pago por su traición.

El dominio de sí que tenía Tauwhare, una sensación esencial en su imagen de sí mismo, no le permitía actuar de modo inconsciente. La certeza de que había traicionado a su amigo por dinero lo avergonzaba profundamente, y esta vergüenza se manifestaba como una indignada ira que se dirigía a la vez hacia dentro y hacia fuera. Los días siguientes al entierro de Wells estuvo de un humor de perros; le rechinaban los dientes, se tiraba de la guedeja y maldecía a Francis Carver a cada paso que daba.

La pregunta de Devlin renovó el mal humor de Tauwhare. Sus ojos relampaguearon y elevó la barbilla.

—Si había un asunto pendiente entre ellos, ahora ya no lo hay —dijo airadamente.

—Por supuesto —dijo Devlin, alzando las manos para apaciguar su genio—. Pero escuche, he oído rumores no sé dónde de que eran hermanos. Crosbie Wells y Carver. Puede que solo sea una forma de hablar, como la suya, pero quería asegurarme.

Al oír esto, Tauwhare se quedó desconcertado; para ocultar su desconcierto, dirigió una mirada sombría al capellán.

—¿Sabe algo al respecto?

—No —dijo Tauwhare, escupiendo la palabra.

—¿Wells nunca le mencionó a un tal Carver?

—No.

Devlin, percibiendo que a Tauwhare se le había agriado el humor, decidió cambiar de enfoque.

—Y ¿qué tal se le daba a Crosbie Wells eso de aprender maorí?

—Su maorí era peor que mi inglés —dijo Tauwhare.

—¡Eso no lo dudo! Lo habla usted estupendamente.

Tauwhare alzó la barbilla.

—He viajado con agrimensores. He guiado a muchos hombres por las montañas. Devlin sonrió.

—¿Sabe? Creo que percibo en usted algo así como un alma gemela, Te Rau. Creo que no somos tan diferentes, usted y yo... Compartimos nuestras historias, compartimos el idioma, encontramos hermanos en otros hombres. Creo que no somos muy diferentes en absoluto.

En esta ocasión, Devlin habló caprichosamente más que con perspicacia. Sus años de clérigo le habían enseñado que lo prudente era empezar siempre con un punto de conexión, o falsificar uno si aún no existía una conexión. No es que esta práctica fuese deshonesto, pero era cierto que, de haberse visto obligado a ello, Devlin no habría sido capaz de detallar esta aparente semejanza sin tener que recurrir enseguida a generalidades.

—Yo no soy un hombre de Dios —dijo Tauwhare, frunciendo el ceño.

—Y sin embargo hay en usted mucho de Dios —repuso Devlin—. Que haya venido hoy aquí me hace pensar que tiene instinto para la oración, Te Rau. Ha venido a presentar sus respetos a la tumba de su querido amigo..., en realidad, a rezar por él.

Tauwhare negó con la cabeza.

—Yo no rezo por Crosbie. Yo lo recuerdo.

—Eso está bien —dijo Devlin—. Eso está bien. El recuerdo es muy buen punto de partida. —Sonriendo levemente, juntó las yemas de los dedos y después inclinó ambas manos hacia abajo: su pose clerical—. Las oraciones empiezan a menudo como recuerdos. Cuando recordamos a los que hemos amado y los echamos de menos, de manera natural esperamos que estén a salvo y felices, estén donde estén. Esa esperanza muda en deseo, y cada vez que se expresa un deseo, incluso en silencio, incluso sin palabras, se convierte en una súplica. Tal vez no sepamos a quién le estamos hablando; tal vez pidamos antes de saber realmente quién está escuchando,

o antes de creer siquiera que ese oyente exista. Pero considero que es un excelente comienzo esto de habituarnos a recordar a las personas a las que hemos querido. Cuando recordamos a otros con afecto, les deseamos salud y felicidad y todo lo mejor. Estas son las oraciones de un hombre cristiano. El hombre cristiano mira hacia fuera, Te Rau; ama primero a otros, y después a sí mismo. Por eso el hombre cristiano tiene muchos hermanos. Algunos se le parecen y otros no. Y es que las personas no somos tan distintas, ¿no cree?, si se nos contempla desde un punto de vista colectivo.

(Observamos, con la ventaja que concede este punto de vista colectivo, que Te Rau Tauwhare y Cowell Devlin son en efecto muy similares en muchos aspectos; los más pertinentes, sin embargo, les habrán de pasar desapercibidos. Ninguno posee la curiosidad suficiente para perturbar la pacífica ecuanimidad del otro, ni para hacerle salir verdaderamente de sí mismo: habrán de estar siempre muy cerca el uno del otro, el uno para poder expresarse a sí mismo y el otro como prueba de esta expresión).

—Una oración no tiene por qué ser siempre una súplica, claro está —añadió Devlin—. Algunas oraciones son expresiones de gozo; otras, expresiones de agradecimiento. Pero hay esperanza en todo sentimiento bueno, Te Rau, incluso en sentimientos que recuerdan el pasado. El hombre que reza, el hombre bueno, siempre tiene esperanza; siempre es optimista. Son las oraciones las que vuelven esperanzados a los hombres.

Tauwhare, que había recibido este sermón con reservas, se limitó a asentir con la cabeza.

—Sabias palabras —añadió, sintiendo lástima por su interlocutor.

En general, la idea que tenía Tauwhare de la oración se restringía a la modalidad más ritualizada y oratoria. El ordenado homenaje del *whaikorero* producía en él, como todos los discursos y ceremonias rituales, una sensación de equilibrio y calma que no podía remedar por sí solo, ni quería. La sensación era muy distinta del amor que profesaba a su familia, sentido como un íntimo brinco en el pecho, y distinta, también, del orgullo de sí mismo, sentido como un entusiasmo bullente, una certeza eufórica de que ningún hombre estaría jamás a su altura ni osaría jamás intentarlo. Era más profundo que la natural bondad que sentía al contemplar a su madre en la orilla, desbullando mejillones y amontonando la resbaladiza carne en una ancha cesta de lino, a sabiendas, mientras la miraba, de que su amor era bueno, y enteramente puro; era más profundo que el virtuoso agotamiento que sentía después de pasar el día apilando *rua kumara*, o arrastrando madera, o trenzando *harakeke* hasta que las puntas de los dedos se le quedaban escocidas y en carne viva. Te Rau Tauwhare era un hombre que identificaba el acto del amor con la religión verdadera, y no era posible fabricar ídolos que sustituyesen a su altar.

—¿Y si vamos juntos a la sepultura? —sugirió Devlin.

La lápida de madera que señalaba la tumba de Crosbie Wells se había rendido ya al clima costanero. A las dos semanas de la muerte del ermitaño, la placa ya estaba hinchada y su borde salpicado de moho negro. La hendidura del grabado del tonelero

se había suavizado, y el fino toque de pintura había mudado de blanco a un sucio amarillo grisáceo, dando la impresión, no del todo disipada por la inscripción del año de su muerte, de que el hombre llevaba mucho tiempo fallecido. La parcela aún no estaba sembrada de líquenes ni de hierba, y, a pesar de la lluvia, ofrecía un aspecto yermo: no de tierra recién removida, sino de tierra ya asentada que se resistía a que la removiesen de nuevo.

Los epitafios preferidos en este lugar eran principalmente bienaventuranzas de Mateo o versículos muy citados de los Salmos. Las exhortaciones a dormir y a estar en paz no tranquilizaban, sin embargo, como lo habrían hecho en alguna parroquia cercada y empedrada a diez mil millas de distancia. Crosbie Wells dormía su sueño eterno en compañía de los perdidos y los ahogados, pues en el terreno de Seaview aún no había más que un puñado de lápidas, y en su mayoría eran lápidas conmemorativas erigidas en honor de barcos que habían naufragado o se habían perdido en el océano: el *Glasgow*, el *City of Dunedin*, el *New Zealand*, como si ciudades enteras, naciones enteras, hubiesen zarpado con rumbo a la Costa para terminar encallando, hundiéndose o desapareciendo. A la derecha del ermitaño había un monumento dedicado al bergantín *Oak*, la primera nave en irse a pique en la desembocadura del río Hokitika, hecho este que se había grabado con intimidante premonición en la piedra verdosa; a la izquierda de Wells había una lápida de madera apenas más grande que una placa que no tenía ningún nombre, solo un versículo de fuente desconocida: «Mis tiempos en Tu mano están». No muy lejos del cementerio estaba el solar de la futura cárcel de George Shepard, cuyos cimientos ya estaban marcados y medidos, y sus dimensiones señaladas en la tierra con pintura de plomo blanca.

Era la primera vez que Tauwhare se había aventurado a ir a Seaview desde el entierro de Wells, una ceremonia que se había celebrado ante un público pequeño e indiferente y a pesar de una lluvia intensa. Por esto, y por la prisa general con que se despacharon las bendiciones convencionales, pareció que el funeral de Wells incorporaba todos los inconvenientes e inclemencias posibles. Sobra decir que Te Rau Tauwhare no había sido invitado a contribuir al acto; de hecho, George Shepard lo había conminado, sacudiendo amenazadoramente un dedo huesudo, a que guardase silencio todo el rato salvo en el «Amén» del capellán; coro este al que, llegado el momento, Tauwhare no sumó su voz, puesto que la bendición de Devlin fue engullida por el aguacero. Con todo, le permitieron ayudar a bajar el féretro de Wells al barro del agujero, y a depositar encima treinta, cuarenta, cincuenta paladas de tierra mojada. Habría preferido hacer esto solo, ya que el grupo llenó el agujero en un santiamén y a Tauwhare le pareció que todo terminaba demasiado pronto. Los hombres, después de subirse los cuellos hasta las orejas, se abotonaron los abrigo, cogieron las herramientas llenas de tierra y bajaron en fila india por la empinada pendiente embarrada hasta llegar al calor y la luz de Hokitika propiamente dicho, donde se quitaron los sobretodos, se secaron la cara y cambiaron sus botas

empapadas por zapatos de interior.

Tauwhare se acercó en silencio a la tumba de su amigo; detrás iba Devlin con las manos juntas, serena la expresión. Tauwhare se detuvo a unos cinco o seis pies de la lápida de madera y contempló el trozo de tierra como si contemplase un lecho de muerte desde el umbral de una alcoba; como si temiese entrar, físicamente, en la habitación.

Tauwhare nunca había visto a Crosbie Wells fuera del valle Arahura. Desde luego, nunca lo había visto aquí, en esta terraza desolada, devastada por el cielo. ¿Acaso no había dicho en incontables ocasiones que era en la solitaria Arahura donde deseaba terminar sus días? No tenía sentido que lo hubiesen enterrado aquí, entre hombres que no eran sus hermanos, en una tierra que no había trabajado y que no amaba... ¡cuando su querida cabaña, vacía y abandonada, estaba a unas doce millas de distancia! Aquella y no otra era la tierra que debía haberlo reclamado. Aquella y no otra era la tierra que debía haber convertido su muerte en vida fértil. Era en el Arahura, pensaba Tauwhare, donde debían haberlo enterrado. Al borde del claro, quizá... o junto a la parcela de su diminuto huerto... o en la fachada norte de la cabaña, al sol.

Te Rau Tauwhare se acercó más..., se metió en la fantasmal alcoba, se puso al pie del fantasmal lecho. Sintió un arrebató de culpa. ¿Debería confesarle al capellán, después de todo, que él, Tauwhare, había llevado a Crosbie a su muerte? Sí, haría su confesión, y Devlin rezaría por él como si lo hiciera por un hombre cristiano. Tauwhare se acuclilló, posó con cuidado la palma de la mano sobre la tierra mojada que cubría el corazón de Crosbie y la mantuvo allí.

—Tal vez el llanto dure toda la noche, pero por la mañana llega la dicha —dijo Devlin.

—*Whatu ngarongaro he tangata, toitu he whenua.*

—Que el Señor lo guarde; que el Señor nos guarde mientras rezamos por él.

La palma de Tauwhare había trazado un surco en la tierra; al verlo, levantó un poco la mano y, con las yemas de los dedos, hizo desaparecer la huella.

Φ

En la oficina del *West Coast Times* de la calle Weld, el sabbat de Benjamin Löwenthal estaba llegando a su fin. Charlie Frost se lo encontró sentado a la mesa de la cocina, terminando de cenar.

A Löwenthal no le hizo tanta gracia ver a Frost como antes a Thomas Balfour, ya que adivinaba, y no se equivocaba, que Frost venía a hablar del patrimonio de Crosbie Wells, un tema del que hacía mucho que se había hartado. Recibió cortésmente a Frost en su cocina, no obstante, e invitó al joven bancario a tomar asiento.

Frost, por su parte, no se disculpó por interrumpir las devociones de Löwenthal,

pues no era un hombre de mucho mundo y desconocía que fuesen devociones. Se sentó a la mesa manchada de tinta pensando en lo raro que era que Löwenthal se hubiese preparado una cena tan elaborada para él solo. En cuanto a la vela, la tomó por una excentricidad; solo la miró una vez.

—Se trata del patrimonio —dijo.

Löwenthal suspiró.

—Malas noticias, entonces. Debería haberlo adivinado.

Frost hizo un breve resumen de lo que había sucedido esa misma tarde en el Barrio Chino, describiendo las viejas rencillas entre Mannering y Ah Quee con bastante detalle.

—Y ¿qué hay de las malas noticias? —preguntó Löwenthal, una vez que hubo terminado.

—Me temo que salió a relucir su nombre —dijo Frost, hablando con delicadeza.

—¿En qué contexto?

—Alguien sugirió —dijo aún más delicadamente— que tal vez este tipo, Lauderback, lo utilizó a usted a modo de peón la noche del 14. Me refiero al hecho de que acudiese directamente a usted justo la noche de la muerte del ermitaño y se lo contase todo. Tal vez, es solo una posibilidad, acudiese a usted con algún tipo de plan.

—Eso es absurdo —dijo Löwenthal—. ¿Cómo iba a saber Lauderback que yo iría a ver inmediatamente a Edgar Clinch? Yo, desde luego, jamás le mencioné el nombre de Edgar... y él a mí no me dijo nada fuera de lo corriente.

Frost abrió las manos.

—Bueno, estamos elaborando una lista de sospechosos, nada más, y el señor Lauderback figura en ella.

—¿Y quién más?

—Un hombre llamado Francis Carver.

—Ah —dijo Löwenthal—. ¿Quién más?

—La viuda Wells, por supuesto.

—Por supuesto. ¿Quién más?

—La señorita Wetherell y el señor Staines.

El rostro de Löwenthal era inescrutable.

—Una amplia taxonomía —dijo—. Continúe.

Frost explicó que un pequeño grupo de hombres iba a reunirse al anochecer en el hotel Crown con el fin de contrastar la información de que disponía cada uno y hablar largo y tendido del asunto. El grupo incluía a todos los que habían estado presentes esa misma tarde en la choza de Ah Quee, a Edgar Clinch, el comprador del patrimonio de Wells, y a Joseph Pritchard, cuyo láudano había aparecido en la cabaña poco después de morir el ermitaño. Harald Nilssen había puesto la mano en el fuego por Pritchard; él, Frost, había respondido de Clinch.

—¿Responde de Clinch? —dijo Löwenthal.

Frost lo confirmó, y añadió que estaría encantado de responder también de Löwenthal si este deseaba acudir.

Löwenthal apartó su silla de la mesa.

—Acudiré —dijo, a la vez que se levantaba y se dirigía al anaquel contiguo a la puerta para coger una caja de cerillas—. Pero hay otra persona que creo que también debería estar presente.

Frost pareció alarmarse.

—¿De quién se trata?

Löwenthal cogió una cerilla y la prendió contra la jamba.

—Thomas Balfour —dijo, ladeando la cerilla y mirando cómo avanzaba la llamita por el palo—. Creo que su información puede tener un valor considerable para el objetivo de nuestra discusión... si es que está dispuesto a compartirla, por supuesto. —Acercó la cerilla, con cuidado, al aplique que había sobre la mesa.

—Thomas Balfour —repitió Frost.

—Thomas Balfour, el consignatario —Löwenthal giró la esfera para ensanchar la apertura: se oyó un silbido y el globo resplandeció con un brillo rojo anaranjado—. Fue a verle esta mañana, ¿no es así? Creo que mencionó que lo había visto en el banco.

Frost estaba frunciendo el ceño.

—Sí, así es. Pero me hizo unas preguntas hartamente extrañas, y yo no me fiaba del todo de sus intenciones, si quiere que le diga la verdad.

—Exactamente —dijo Löwenthal, apagando la cerilla—. Todo este asunto tiene otra dimensión, y Tom la conoce. Esta tarde me dijo que Alistair Lauderback guarda un secreto..., algo muy gordo. Quizá no quiera traicionar la confianza que ha depositado en él Lauderback, claro está (conmigo guardó silencio), pero si le planteo el asunto en el contexto de esta reunión... Bueno, podrá hacer lo que le venga en gana. Podrá decidir lo que quiere hacer. A lo mejor, al ver que los demás intercambian sus versiones, sienta el impulso de hablar.

—Hablar —repitió Frost—, vale. Pero ¿se puede confiar en que... escuchará?

Löwenthal hizo una pausa y aplastó la cerilla calcinada entre el dedo índice y el pulgar.

—Corríjame, por favor, si me equivoco —dijo fríamente—, pero su invitación me dio a entender que se trata de una reunión de hombres inocentes, no de intrigantes, ni de conspiradores ni delincuentes de ningún tipo.

—En efecto. Pero aun así...

—Y sin embargo pregunta si se puede confiar en que Tom escuche —prosiguió Löwenthal—. ¿No será que usted tiene información que podría incriminarlo? ¿No será que sabe usted algo que quizá no quiera comunicar en voz alta, y libremente, a un grupo de inocentes unidos por una causa común?

—Por supuesto que no —dijo Frost, ruborizándose—. Pero aun así hemos de ser cautos...

—¿Cautos? —lo interrumpió Löwenthal. Soltó la cerilla en el montón de leña y se frotó las yemas de los dedos—. Empiezo a dudar de sus intenciones, señor Frost. Empiezo a preguntarme si después de todo no será una especie de conspiración.

Se miraron el uno al otro por un largo instante, pero el arrojó de Frost no estaba a la altura del de Löwenthal; bajó la cabeza y, con las mejillas encendidas, asintió una vez.

—Deberían invitar al señor Balfour, sin duda —dijo el periodista—. Sin duda.

Löwenthal chasqueó la lengua. Podía adoptar un aire muy adusto cuando su código ético sufría un agravio: sus reprimendas eran siempre severas y siempre eficaces. Ahora se quedó mirando a Frost con una expresión muy apesadumbrada, lo cual hizo que este se sonrojase aún más, como un colegial al que sorprenden destrozando un libro.

—Y sin embargo hay cosas relativas a la venta de la cabaña que todavía no son de dominio público..., que al señor Clinch no le gustaría que se hicieran públicas, quiero decir —dijo Frost un tanto descontroladamente, deseoso de redimirse.

Los ojos de Löwenthal casi llameaban.

—Quiero que quede bien clara una cosa. Confío en su discreción, lo mismo que confía usted en la mía y lo mismo que ambos confiamos en la discreción del señor Clinch. Pero la discreción dista mucho del secretismo, señor Frost. No creo que ninguno de nosotros esté ocultando información en el sentido legal. ¿Y usted?

—Bueno, supongo que solo cabe esperar que el señor Clinch sea de su mismo parecer —respondió Frost con una voz que pretendía sonar despreocupada, queriendo, tontamente, congraciarse con Löwenthal aplaudiendo su lógica.

Pero Löwenthal negó con la cabeza.

—Señor Frost, es usted indiscreto. No se lo aconsejo.

Benjamin Löwenthal era de Hanover, ciudad que, después de que él se marchase de Europa, había caído bajo el dominio prusiano. (Con su mostacho y sus grandes entradas, Löwenthal se daba un aire a Otto von Bismarck, si bien la correlación no era imitativa: la imitación no era un estilo que Löwenthal hubiese pensado nunca en adoptar). Era el primogénito de un comerciante del ramo textil, un hombre que había cifrado su ambición vital en dotar a sus dos hijos de una buena educación. Esta aspiración, para la inmensurable satisfacción del padre, se cumplió. Sin embargo, poco después de que los muchachos concluyesen sus estudios, ambos progenitores contrajeron la gripe. Fallecieron, según se enteró Löwenthal más adelante, el mismo día en que el Estado hanoveriano concedió la emancipación formal al pueblo judío.

Esto marcó un punto de inflexión para el joven Löwenthal. Aunque no era supersticioso, y por tanto no asignó ningún valor real al hecho de que ambos acontecimientos se diesen de modo simultáneo, en su cabeza estaban vinculados: sentía una profunda indiferencia por ambas circunstancias en virtud de que habían sucedido el mismo día. Por aquella época le acababan de ofrecer un puesto de aprendiz de periodista en el *Die Henne* de Ilmenau, una oportunidad que sin lugar a

dudas sus padres lo habrían animado a aprovechar; pero como el estado de Turingia aún no había emancipado formalmente a sus ciudadanos judíos, le pareció que aceptar sería faltar al respeto a la memoria de sus padres. Estaba dividido. Löwenthal albergaba un temor desmesurado a las catástrofes, y era propenso a contemplarse a sí mismo con un exceso de análisis; las razones de sus actos eran siempre numerosas, y las racionalizaba en extremo. Pasaremos por alto estas razones para observar tan solo que Löwenthal decidió que ni iría a Ilmenau ni se quedaría en Hanover. Nada más fallecer sus padres, se marchó de Europa para no volver. Su hermano Heinrich se hizo cargo del negocio paterno en Hanover, y Benjamin Löwenthal, título en mano, cruzó el Atlántico con rumbo a América... donde, a lo largo de los siguientes meses, años y décadas, se estuvo contando a sí mismo esta misma historia, exactamente con estas palabras, exactamente de esta manera.

La repetición es un refuerzo incomparable. Con el paso del tiempo, la idea que se había formado Löwenthal de la historia de su pasado se había vuelto fija y, en virtud de su fijeza, irrefutable. Perdió la capacidad de hablar de su vida en términos distintos de los que había establecido: que él era un hombre moral; que era un hombre confrontado con la paradoja; que era un hombre que había hecho lo correcto, que hacía lo correcto y que haría lo correcto. Todas sus decisiones, estimaba, habían sido decisiones morales. Se volvió incapaz de distinguir entre la preferencia personal y el imperativo moral, y ya no aceptaba que tal distinción fuese posible. Que ahora reprendiese a Charlie Frost tan libremente era consecuencia de todo esto.

Frost había bajado los ojos.

—Puedo ser discreto —dijo en voz baja—. No tiene que preocuparse por mí.

—Yo mismo iré a hablar con Tom —concluyó Löwenthal, cruzando la habitación de dos zancadas y sujetando la puerta para que saliese el bancario—. Le agradezco la invitación. Lo veré esta noche en el Crown.

Φ

Dick Mannering, a la vuelta de Kanieri, se había dirigido al punto al hotel Gridiron, donde encontró a Edgar Clinch a solas en su despacho, sentado a su escritorio. El magnate se sentó sin que se le invitase a ello, estuvo un rato hablando de las incidencias de aquella tarde y describió prontamente la conferencia planeada para esa misma noche. Los hombres habían decidido, por razones de prudencia, reunirse en terreno neutral, y la sala de fumadores del hotel Crown, al ser la menos atractiva del establecimiento menos popular de todo Hokitika, les había parecido a todos los convocados una elección muy sensata. Mannering hablaba con tono exuberante, ya que la idea de un conciliábulo lo complacía sobremanera; siempre había anhelado ser miembro de un gremio, de esos que poseen historias arcanas, jerarquías feudales y un código. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que el hotelero no lo estaba escuchando con demasiada atención. Clinch había apoyado las

palmas de las manos sobre el escritorio que tenía delante, como si quisiera mantener el equilibrio en medio de un vendaval, y durante el largo discurso de Mannering no había cambiado ni una sola vez de postura, a pesar de que su mirada correteaba ansiosamente por la habitación. Su cara, por lo general rubicunda, estaba muy pálida, y le temblaba el bigote.

—¡Válgame Dios! ¡Qué cara de preocupación tienes! —dijo al fin Mannering con tono bastante enfurruñado, pues estaba seguro de que fuera cual fuese el motivo de su desazón, difícilmente podía ser tan emocionante como la tarde que había pasado él en el Barrio Chino o la perspectiva de una conferencia secreta para discutir la desconcertante desaparición de un hombre muy rico.

—La viuda ha estado aquí —dijo Edgar Clinch, con voz apagada—. Tenía algo que hacer con Anna, dijo. Subió al piso de arriba... y antes de media hora ya había bajado otra vez, con Anna a la zaga.

—¿Lydia Wells?

—Lydia Wells —repitió Clinch. En sus labios, su nombre sonó como una maldición.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Se fueron juntas, justo antes de que llegases tú. —De nuevo guardó silencio.

Mannering resopló de impaciencia.

—No me obligues a suplicarte que me lo cuentes.

—¡Se conocen! —exclamó Clinch—. ¡Lydia y Anna se conocen! ¡Son íntimas amigas!

Esta revelación no era ninguna novedad para Mannering, que era un cliente habitual de la Casa de los Mil Deseos de Dunedin y las había visto a las dos juntas en este establecimiento: de hecho, era en la Casa de los Mil Deseos donde Mannering había captado a Anna Wetherell para que trabajase para él. Se encogió de hombros.

—De acuerdo. ¿Cuál es el problema?

—Son uña y carne —dijo Clinch con tono lastimero—. La palabra es ladronas, Dick. Ladronas, eso es lo que son.

—¿Cómo que ladronas?

—¡Están las dos conchabadas! —gritó Clinch.

La verdad, pensó Mannering, Clinch podía ser de lo más irritante cuando estaba enfadado; no había modo de entenderlo.

—¿Te refieres al recurso de apelación de la viuda? —le preguntó.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando —dijo Clinch—. Lo sabes perfectamente.

—¿De qué? ¿Se trata de la fortuna? ¿De qué?

—De la fortuna de Wells, no. De la otra fortuna.

—¿Qué otra fortuna?

—¡Ya sabes cuál!

—En absoluto: no tengo la menor idea.

—¡Estoy hablando de los vestidos de Anna!

Esta era la primera vez que Clinch mencionaba el oro que había descubierto en el vestido de Anna el invierno anterior, cuando la subió al piso de arriba, la metió en la bañera, recogió el vestido, notó una pesadez por la costura, rompió el hilo del dobladillo y sus dedos sacaron una brillante pizquita de oro. La presión de una ocultación tan larga confirió un aspecto casi enloquecido a su arrebatado de ahora; pues seguía convencido de que el magnate estaba enredado en algún tipo de intriga, aun cuando no hubiese llegado a averiguar, con exactitud, lo que esta intriga podía implicar exactamente.

Pero Mannering solo parecía confuso.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué significa todo esto?

Clinch torció el gesto.

—No te hagas el tonto.

—Perdona que te diga que no me estoy haciendo el tonto. ¿De qué estás hablando, Edgar? ¿Qué tiene que ver la moda de una puta con una fortuna?

Mientras lo escrutaba, Edgar Clinch, estremeciéndose, se sintió asaltado por las dudas. La perplejidad de Mannering parecía genuina. Su conducta no era la de un hombre que ha sido desenmascarado. ¿Podría significar esto que no había estado al tanto del oro oculto en los vestidos de Anna? ¿Podría ser que Anna hubiese estado confabulando con otro hombre distinto... a espaldas, ni más ni menos, que de Mannering? Clinch también se sintió desconcertado. Decidió cambiar de tema.

—Me refería a ese vestido de luto —dijo torpemente—. Ese con el cuello tan ridículo que le ha dado por ponerse las dos últimas semanas.

Mannering hizo un gesto con la mano.

—Está haciéndose la santurrón, nada más. Dándose aires. Ya se le pasará.

—No estoy tan seguro —repuso Clinch—. Verás, la semana pasada le dije que tenía que saldar sus deudas antes de dejar de hacer la calle..., cruzamos unas palabras y supongo que me enfadé, y la amenacé con echarla del hotel.

—¿Y eso qué tiene que ver con Lydia Wells? —preguntó Mannering con impaciencia—. Así que perdiste los estribos. ¿Y eso qué tiene que ver con nada?

—Lydia Wells acaba de pagar la deuda de Anna. —Clinch por fin levantó las manos del escritorio: debajo, ligeramente húmedo por la presión de las palmas, había un pagaré nuevecito, extendido por una cantidad de seis libras—. Anna se ha marchado al Wayfarer. Indefinidamente. Ha cambiado de profesión, dice. Ya no responde al nombre de puta.

Mannering miró el pagaré, y por un instante no dijo nada.

—Pero esta es la deuda que tiene contigo —dijo al fin—. Eso es solo por el alquiler. A mí me debe cien libras... ¡y alguna más! Está en números rojos, pero que muy rojos... ¡y es a mí ante quien debe responder, demonios! ¡No ante ti, y menos aún ante la condenada Lydia Wells! ¿Qué quieres decir con que no responde al

nombre de puta?

—Exactamente eso —respondió Edgar Clinch—. Ha dejado la profesión. Eso dice ella.

Mannering estaba lívido.

—Uno no puede dejar su oficio sin más. ¡Lo mismo me da que sea una puta, un carnicero o un maldito panadero! Uno no puede dejarlo sin más, ¡sobre todo cuando hay una deuda pendiente!

—Eso es lo que...

—¡De luto, dice! —gritó Mannering, levantándose de un salto—. ¡Durante una temporada, dice! ¡Le das la mano a una chica y te coge el brazo, maldita sea! ¡A mi costa no, eso desde luego! ¡Con cien libras de deuda, no! ¡Desde luego que no!

Clinch miraba fríamente al magnate.

—Me pidió que te dijese que Aubert Gascoigne tiene el dinero que se te debe. Me pidió que te dijese que está escondido debajo de su cama.

—¿Quién demonios es Obur Gaskwon?

—Es un oficial de juzgado. Presentó el recurso de la viuda contra la resolución sobre la fortuna de Crosbie Wells.

—¡Ajá! Así que volvemos a eso, ¿eh? ¡Maldita sea!

—Hay algo más —dijo Clinch—. El señor Gascoigne estuvo esta tarde en la habitación de Anna, y hubo disparos. Dos disparos. Después le pregunté qué había pasado... y respondió a la contra mencionando la deuda. Subí a echar un vistazo. Hay un agujero en la almohada de Anna. Justo en medio. El relleno se salió.

—¿Dos agujeros?

—Solo uno.

—Y la viuda lo vio —dijo Mannering.

—No. Ella llegó más tarde. Pero lo cierto es que el señor Gascoigne, al irse, dijo que iba a hablar con una señora... y al cabo de dos horas más o menos apareció ella.

—¿Cuál es la otra fortuna? —dijo de repente Mannering—. Dijiste que había otra fortuna.

—Pensé... —Clinch apartó la mirada—. No. No importa. Me equivoqué. Olvídalo.

Mannering tenía el ceño fruncido.

—¿Qué obligación tiene Lydia Wells de saldar la deuda de Anna? ¿Qué gana con ello?

—No lo sé —dijo Clinch—. Pero esta tarde parecían íntimas amigas.

—Íntimas amigas..., eso no es una ganancia.

—No lo sé —repitió Clinch.

—¿Iban del brazo? ¿Estaban de buen humor? ¿Qué?

—Sí —dijo Clinch—. Iban cogidas del brazo... y cuando la viuda hablaba, Anna se arrimaba más.

Calló, regodeándose con el recuerdo.

—¡Y tú la dejaste marchar! —espetó Mannering de repente—. Dejaste que se marchase ¿sin preguntarme, sin avisarme para que fuese? ¡Es la mejor de mis chicas, Edgar! ¡Eso lo sabes tú sin que yo te lo tenga que decir! ¡Las otras no le llegan a la suela del zapato!

—No habría podido detenerla —dijo Clinch, con gesto avinagrado—. ¿Qué iba a hacer, encerrarla a cal y canto? Y además, tú estabas en Kaniere.

Mannering se levantó de un salto de la silla.

—¡De modo que Anna la del Chino ya no es Anna la de todos! —Se golpeó la pierna con el sombrero—. Como si fuese pan comido, ¿no te parece? ¡Abandonar su profesión! ¡Como si todos pudiésemos levantarnos una buena mañana y decidir...!

Pero Edgar Clinch no quería dar pábulo a esta retórica. Estaba meditando, con tristeza, sobre el hecho de que al día siguiente era domingo, el primer domingo desde hacía muchos meses que no le iba a deparar la ilusión de prepararle el baño a Anna.

—Tal vez deberías ir a hablar con el señor Gascoigne de ese dinero —dijo al cabo.

—¿Sabes lo que me enfada, Edgar? Las noticias de segunda mano me enfadan. Enterarme de algo más tarde que los demás me enfada. Oír todo esto de ti: sí, me enfada. ¿Qué quiere Anna que haga? ¿Que llame a la puerta de un hombre al que apenas conozco? ¿Qué iba a decirle? «Disculpe, caballero, ¡tengo entendido que hay un montón de dinero debajo de su cama, y Anna Wetherell me lo debe!». Es una falta de respeto. Una falta de respeto, eso es lo que es. No; por lo que a mí respecta, esa chica sigue trabajando para mí. Sigue siendo una puta de tomo y lomo, y la deuda que tiene contraída conmigo sigue pendiente.

Clinch asintió con la cabeza. Su energía se había disipado, y lo que quería ahora era estar solo. Cogió el pagaré, lo plegó y se lo metió en el monedero, pegado a su corazón.

—¿A qué hora dijiste que era la reunión de hoy?

—Al anoecer —dijo Mannering—. Solo que igual es mejor que llegues antes o después, para que no entremos todos en tropel. Ya verás que hay un buen puñado de hombres que han salido de todo esto con la sensación de que hay un culpable.

—No puedo decir que me guste el Crown —dijo Clinch, medio para sus adentros—. Escatimaron en cristal, a mi modo de ver. Las ventanas de la fachada deberían ser más anchas... y debería haber un tejadillo sobre el porche.

—Bueno, estaremos tranquilos, y eso es lo único que importa.

—Sí.

Mannering se puso el sombrero.

—Si me hubieses preguntado la semana pasada que quién era el culpable de toda esta locura, habría dicho que el judío. Si me lo hubieras preguntado ayer, habría dicho que la viuda. Esta tarde, te habría dicho que los chinos. ¿Y ahora? En fin, Edgar, que me aspen si la culpable no es esa puta: me apuesto lo que sea. Recuerda bien lo que te digo: Anna Wetherell sabe por qué apareció ese dinero en casa de Crosbie Wells, y

sabe lo que le ocurrió a Emery Staines... Que Dios se apiade de su alma, aunque es cierto que esto es hablar antes de tiempo. Suicidio frustrado, ¡un cuerno! Vestido de luto, ¡un cuerno! Está metida hasta el cuello con Lydia Wells: esas dos se traen algo entre manos.

Φ

Sook Yongsheng y Quee Long iban caminando con paso firme hacia Hokitika por la carretera de Kaniere, idénticamente vestidos con sombreros de fieltro de ala ancha, capas de lana y chanclos de lona. La noche se les estaba echando encima, trayendo consigo un brusco descenso de las temperaturas y tiñendo de un brillante azul el marrón de las aguas estancadas de la cuneta. Había poco tráfico, con la salvedad de algún que otro carro o jinete solitario que iban en pos del calor y la luz de la ciudad; aún estaba a unas dos millas de distancia, si bien ya se oía el fragor del océano, un sonido sordo, sin tono, y, por encima, el infrecuente chillido de una gaviota, su reclamo flotando diluido e ingravido sobre el sonido de la lluvia.

Los dos hombres iban conversando en cantonés.

—No hay oro en la Aurora —estaba diciendo Ah Quee.

—¿Estás seguro?

—La concesión es estéril. Es como si la tierra ya estuviera removida.

—La tierra removida puede dar sorpresas —replicó Ah Sook—. Sé de muchos hombres que se ganan la vida con los montones de escoria.

—Sabes de muchos chinos que se ganan la vida con los montones de escoria —corrigió Ah Quee—. Y después, los hombres que no han tenido la vista tan aguda van y los muelen a palos, incluso los matan.

—El dinero es una carga —dijo Ah Sook. Era un proverbio que citaba a menudo.

—Una carga que padecen más intensamente los pobres —dijo Ah Quee. Miró al otro hombre por el rabillo del ojo—. En los últimos tiempos, tu negocio también ha estado flojo.

—En efecto —dijo Ah Sook sin alterarse.

—La puta le ha perdido el gusto a fumar.

—Sí. No me lo explico.

—Quizá haya encontrado a otro proveedor.

—Quizá.

—No crees que sea el caso.

—No sé qué creer.

—Sospechas del boticario.

—Sí, entre otros hombres.

Ah Quee caviló un instante.

—No creo que la fortuna que descubrí perteneciese a Anna.

—No —asintió Ah Sook—. Lo más probable es que no. Al fin y al cabo, no

mencionó que la robaran.

Ah Quee le echó un vistazo.

—¿Consideras que lo que hice fue un robo?

—No deseo impugnar tu honor —empezó a decir Ah Sook, pero acto seguido titubeó.

—Lo que insinúas va en contra de tu deseo, Sook Yongsheng.

Ah Sook agachó la cabeza.

—Perdona. Soy un ignorante, y mi ignorancia brilla más que mi intención.

—Hasta los ignorantes tienen opiniones —dijo Ah Quee—. Dime, ¿me tienes por un ladrón?

—Lo que define un robo es la voluntad de ocultamiento —dijo al fin el sombrerero, de forma poco convincente.

—¡Tus palabras impugnan el honor de otros hombres además del mío!

—Si falto a la verdad, me tragaré mis palabras.

—Faltas a la verdad —espetó Ah Quee—. Cuando alguien se encuentra una pepita en los yacimientos, no lo va proclamando a los cuatro vientos. La esconde y no dice nada a sus compañeros. Aquí en los yacimientos todos tienen voluntad de ocultamiento. Solo un necio habla en voz alta de sus descubrimientos. Tú no serías distinto, Sook Yongsheng, si te encontrases con una fortuna.

—Pero el oro del que hablas no se descubrió en ningún yacimiento —dijo Ah Sook—. Encontraste tu fortuna en el bolsillo de una mujer; la cogiste de su persona, no del suelo.

—¡La mujer no tenía ni idea de lo que llevaba encima! Era como un hombre que acampa a la vera de un río rico en oro y ni ve ni sospecha nada.

—Pero el oro de un río no pertenece a nadie; ni tampoco le pertenece al río.

—¡Tú mismo has dicho que el oro no le podía haber pertenecido a Anna!

—A Anna, no; pero ¿qué me dices del derecho que tiene el sastre? ¿Qué me dices de lo que se proponía el sastre al esconder semejante cantidad en los pliegues de un vestido de mujer?

—No sabía nada del sastre —dijo acaloradamente Ah Quee—. Cuando te encuentras con un penique de plata, ¿preguntas quién lo falsificó? No, ¡solamente preguntas quién fue el último en tocar la moneda! No soy un ladrón por haber cogido algo que estaba perdido.

—¿Perdido?

—Perdido, sí —dijo Ah Quee—. Nadie había reclamado esa fortuna. Había sido robada antes de llegar yo, y fue robada después.

—Disculpa. Reconozco mi error.

—Una puta no es una concubina —continuó Ah Quee. Se estaba exaltando; evidentemente, era un asunto del que llevaba tiempo queriendo defenderse—. Una puta no puede volverse respetable. Una puta no puede hacerse rica. El prestigio y los beneficios pertenecen todos al proxeneta, jamás a la puta. Sí, el único que

verdaderamente se beneficia de su oficio es el hombre que está tras ella con el monedero en una mano y la pistola en la otra. ¡Yo no le robé a Anna! ¿Qué podría haberle robado? No tiene nada. El oro nunca fue suyo.

Oyeron ruido de cascos a sus espaldas y volvieron la cabeza: un par de jinetes, los dos muy encorvados sobre sus monturas, se dirigían a galope sostenido a Hokitika; sus caballos estaban empapados en sudor, y ambos hacían uso de la fusta a discreción para apremiarlos a ir todavía más deprisa. Los chinos se hicieron a un lado para dejarlos pasar.

—Disculpa —volvió a decir Ah Sook cuando pasaron de largo—. Estaba equivocado. No eres un ladrón, Quee Long.

Reanudaron la marcha.

—El auténtico ladrón es el señor Staines —dijo el orfebre—. Planeó el robo, y después huyó sin el menor escrúpulo. Qué necio fui al depositar mi confianza en él.

—Staines está conchabado con Francis Carver —dijo Ah Sook—. Los registros de la Aurora lo demuestran. Esa alianza es motivo suficiente para dudar de su valía.

Ah Quee echó una mirada a su compañero.

—No conozco a ese Francis Carver del que hablas. Hasta hoy no había oído su nombre.

—Es un mercader —dijo Ah Sook con un semblante inexpresivo—. Lo conocí en Guangzhou, cuando era un muchacho. Traicionó a mi familia, y he jurado que he de quitarle la vida.

—Entonces ya sé algo —dijo Ah Quee—. Quisiera saber más.

—Es una historia muy triste.

—Entonces escucharé con compasión. Traicionar a un compatriota mío es traicionarme a mí.

Ah Sook frunció el ceño al oír estas palabras.

—Es a mí a quien corresponde vengar la traición.

—Solo quería decir que debemos ayudarnos los unos a los otros, Sook Yongsheng.

—¿Por qué dices «debemos»?

—La vida de los chinos se tiene en poco en este país.

—Todas las vidas se tienen en poco en un yacimiento.

—Te equivocas —dijo Ah Quee—. Hoy has visto cómo un hombre me pegaba, me tiraba del pelo, me insultaba y me amenazaba de muerte... y todo ello sin consecuencias. Y no habrá consecuencias. Hasta el último hombre de Hokitika tomaría partido por Mannering antes que por mí, y ¿por qué? Porque yo soy chino y él no es chino. Tú y yo debemos ayudarnos el uno al otro, Ah Sook. Debemos. La ley se une contra nosotros; debemos tener los medios para unirnos contra la ley.

Ah Sook jamás había oído a nadie expresar este parecer; guardó silencio durante un rato, digiriéndolo. Ah Sook se quitó el sombrero, le dio varios palmetazos y se lo volvió a poner en la cabeza. Entre los matorrales cercanos se oyó el reclamo

lujurante de un mielero; la llamada fue recogida por otro y después por otro más, y por un momento los cánticos reverberaron en los árboles de los alrededores.

Si Sook Yongsheng vivía y trabajaba solo, era por gusto, no por necesidad. No era de natural hosco, y de hecho no le resultaba difícil forjar amistades ni permitir que con el tiempo se volvieran más profundas; sencillamente, prefería responder ante sí mismo. Sentía aversión por las cargas de la responsabilidad, sobre todo cuando las responsabilidades se daban por supuestas o se imponían; y la amistad, en su experiencia, casi siempre degeneraba en deuda, culpa y expectativas. Los hombres a los que decidía llamar íntimos amigos eran los que no exigían nada y daban mucho; en consecuencia, había muchas figuras benévolas en el pasado de Ah Sook, y muy pocas por las que hubiese manifestado una adoración expresa. Tenía la sensibilidad de una vanguardia social, sin ataduras, fiel a sus convicciones y, al menos a su juicio, incomprendido prácticamente por todos. La sensación de que el mundo en general lo subestimaba acabaría transformándose, con el paso del tiempo, en una especie de demagogia privada; estaba seguro del alcance exhaustivo de su visión, y rara vez creía necesario dar explicaciones a nadie. En general, sus creencias eran proyecciones de un mundo más simple y mejor, en el que le gustaba morar con la fantasía; pues prefería el fervor inmaculado de su soledad a cualquier obligación social, y tendía, cuando estaba acompañado, a guardar las distancias. Esta propensión no se le pasaba por alto en absoluto, pues era reflexivo en grado sumo y dado a analizarse de manera harto rigurosa y contemplativa. Pero analizaba su mente como analiza un profeta sus propias visiones extrañas; es decir, con reverencia, y creyendo siempre que su destino era ser el heraldo de una razón de ser cósmica, de un plan universal.

—Mi historia con Francis Carver es una historia con muchos comienzos —dijo al fin—; pero espero que tenga un solo final.

—Cuéntala —pidió Ah Quee.

Φ

Harald Nilssen cerró la puerta de su oficina de las inmediaciones del muelle, se sentó frente a su escritorio sin antes quitarse el sombrero ni el abrigo y redactó una nota apresurada para Joseph Pritchard. El tono de su misiva era frenético, incluso descuidado, pero no se tomó la molestia de revisarla. Sin releer sus palabras, secó la página, plegó el papel y estampó el lacre con la matriz circular de Nilssen & Co. A continuación llamó a Albert y le ordenó que entregase la nota en la botica de Pritchard, en la calle Collingwood, cuanto antes.

Una vez que se hubo marchado Albert, Nilssen colgó su sombrero, cambió su abrigo calado de lluvia por una bata seca y cogió su pipa; pero ni siquiera después de encender el tabaco y sentarse con los pies en alto y los tobillos cruzados se sintió tranquilo. Tenía frío. Su piel estaba húmeda al tacto, y los latidos de su corazón no desaceleraban. Se encajó la pipa en la comisura de la boca, como gustaba de hacer, y

se puso a pensar en el objeto de su desasosiego: la promesa que le había hecho ese mismo día a George Shepard, el alcaide de la cárcel de Hokitika.

Nilssen se preguntaba si debía romper su voto de silencio y compartir los detalles de la propuesta de Shepard con los asistentes a la reunión de esa noche. El asunto era ciertamente relevante para el debate que iban a celebrar, sobre todo porque concernía a un porcentaje de la fortuna de Crosbie Wells, pero también porque, sospechaba Nilssen, la antipatía que sentía Shepard por el político Lauderback no se debía solo a la mano de obra reclusa, las cárceles y las carreteras. Teniendo en cuenta que el político Alistair Lauderback había sido el primero en encontrar el cadáver de Crosbie Wells..., en fin, pensaba Nilssen, ¿estaba claro que el alcaide Shepard estaba tan implicado en la conspiración de Crosbie Wells como todos los demás! Pero ¿cuánto sabía Shepard... y a quién estaba sirviendo, además de a sus intereses personales? ¿Había sabido que había una fortuna oculta en la cabaña de Crosbie Wells? Y ya puestos, ¿lo había sabido Lauderback? Sin dejar de darle vueltas al asunto, Nilssen volvió a cruzar los tobillos y se recolocó la pipa en la boca, ahuecando las manos para coger la cazoleta entre el dedo índice y la almohadilla del pulgar. Se mirase como se mirase, pensó, no podía negarse que George Shepard sabía mucho más de lo que estaba diciendo.

Harald Nilssen estaba acostumbrado a concitar la atención del público, autoridad esta que conseguía haciendo uso del ingenio, la declamación y la representación cómica de sí mismo. Se aburría enseguida cuando se veía obligado, por la razón que fuere, a mantenerse en la periferia de una habitación abarrotada. Su vanidad requería una constante estimulación, y pruebas constantes de que la permanente creación de su identidad era un proyecto que tenía bajo su control. En estos momentos lo fastidiaba pensar que le habían tomado el pelo, no porque se considerase indigno de semejante trato (Nilssen sabía perfectamente que era influenciable, y solía bromear al respecto), sino porque no llegaba a adivinar las motivaciones de Shepard para tratarlo así.

Dio una chupada a la pipa, evocando la futura cárcel, el manicomio, el cadalso de la horca elevándose sobre el escotillón. Todo esto se construiría por encargo suyo, y con su venia. «Que lo zurzan al alcaide Shepard», pensó de repente. En realidad no tenía ninguna obligación de guardar el secreto de Shepard; vaya, ¡si ni siquiera sabía en qué consistía realmente el secreto! Esa noche transmitiría la petición de Shepard a los reunidos, y, por añadidura, transmitiría sus propias sospechas en relación con él. Todavía no estaba obligado contractualmente a guardar silencio. Todavía no había signado su nombre en ningún documento. Y además, ¿eso qué importaba? Una cárcel no era una propiedad privada. Pertenecía a todo Hokitika. Era el gobierno el que construía las cárceles... y en nombre de los partidarios de la ley.

Al poco rato, Nilssen oyó que se abría y se cerraba la puerta de la oficina exterior. Se levantó de un salto. Era Albert, que volvía de la botica de Joseph Pritchard. Tenía la chaqueta muy mojada y, al entrar en la oficina de Nilssen, trajo consigo el olor terroso de la lluvia.

—¿Ha quemado la misiva? —preguntó ansiosamente Nilssen—. ¿Has visto que la quemaba? ¿Qué es eso que traes ahí?

—La respuesta de Pritchard —dijo Albert. Presentó un trozo de papel doblado.

—¡Dije que no debía haber ninguna respuesta! ¿No quedó claro?

—Sí —dijo Albert—, y yo se lo dije, pero aun así escribió una.

Nilssen miró el documento que tenía Albert en la mano.

—¿Quemó mi carta, por lo menos?

—Sí —contestó Albert, pero después vaciló.

—¿Qué? ¿Qué?

—Bueno, cuando le dije que tenía que quemarla, se rio.

Los ojos de Nilssen se entrecerraron.

—¿Por qué se rio?

—No lo sé —dijo Albert—. Pero pensé que debía contárselo. A lo mejor no tiene importancia.

A Nilssen empezó a palparle el músculo de debajo del ojo.

—¿Se rio al leer la carta? ¿Cuando leyó las palabras?

—No. Solo se rio antes. Cuando le dije que tenía que quemarla.

—O sea que le hizo gracia, ¿eh?

—Sí, que le hubiese dicho usted que la quemara —dijo Albert, asintiendo con la cabeza. Estaba toqueteando los bordes de la carta que tenía en la mano. Se moría de ganas de preguntarle a su patrón a qué se debía tanto ajetreo, pero no sabía cómo preguntárselo sin arriesgarse a que le cayera una reprimenda.

—¿Quiere leer la respuesta?

Nilssen extendió la mano.

—Dame. Tú no la habrás leído, ¿verdad?

—No —dijo Albert, con gesto dolido—. Está sellada.

—Ah, sí, en efecto. —Nilssen cogió la nota de la mano de Albert, le dio la vuelta y rompió el lacre con los dedos—. ¿A qué esperas? —dijo antes de desdoblar el papel—. Puedes irte.

—¿A casa? —preguntó Albert, con tono muy apenado.

—Sí, a casa, idiota. Y deja la llave sobre el escritorio antes de irte.

Pero el muchacho se resistía a marcharse.

—A la vuelta, al pasar por delante del Prince of Wales, vi que esta noche hay estreno: un espectáculo extranjero. El señor Mannering está regalando entradas y he cogido una para usted.

Había pronunciado todo esto muy deprisa; al acabar, hizo una mueca y miró hacia otro lado.

Nilssen aún no había desdoblado la carta de Pritchard.

—¿Qué?

—*Sensaciones de Oriente* —dijo el muchacho—. Es una entrada de tribuna; primera fila y centrada. La mejor. La pedí especialmente.

—Utilízala tú —dijo Nilssen—. Ve tú. No quiero una entrada para el teatro. Venga, aire.

El muchacho raspó el zapato contra la madera del suelo.

—Yo también me he cogido una. Pensé que, al ser sábado, y como las carreras se han aplazado...

Nilssen negó con la cabeza.

—Esta noche no puedo ir al teatro.

—Ah —dijo Albert—. ¿Por qué?

—No me encuentro bien.

—Solo el primer acto —insistió el muchacho—. Se supone que va a haber champán. El champán sienta bien cuando uno está malo.

—Que te acompañe Henry Fuller.

—En la puerta de los actores vi a una dama con sombrilla.

—Llévate a Henry.

—Era japonesa —dijo Albert con tono lastimero—. No parecía maquillaje. Parecía que era japonesa de verdad. Henry Fuller está por ahí por la playa. ¿Por qué no viene?

—Estoy muy malo.

—No lo parece. Está fumando.

—Estoy seguro de que podrás encontrar a alguien que te acompañe —dijo Nilssen, cada vez más irritado—. Vete al Star y enseña por ahí la entrada, ¿qué te parece?

Albert se quedó mirando las tablas del suelo por un instante y movió los labios. Al cabo suspiró y dijo:

—Bueno, espero verlo el lunes, señor Nilssen.

—Sí, eso espero, Albert.

—Adiós.

—Adiós. Ya me contarás qué tal el espectáculo, ¿de acuerdo?

—A lo mejor podemos ir en otro momento. Solo que la entrada era para esta noche. Pero a lo mejor podemos ir en otro momento.

—Sí —dijo Nilssen—. Tal vez la semana que viene. Cuando me recupere.

Esperó hasta que su decepcionado subordinado hubo salido de la habitación cerrando silenciosamente la puerta tras de sí. Entonces desdobló la carta de Pritchard y se acercó a la ventana para tener mejor luz.

H.— Confirмо que iré. Pero escuche esto: esta tarde ha sucedido algo muy extraño donde Anna. Se lo explicaré en persona. Suceso presenciado por el oficial de juzgado A. G. Tal vez debería hablar usted con él, si está haciendo de detective. Sea lo que sea en lo que esté metida Anna, estoy seguro de que A. G. lo sabe. ¿Confía en él? No puedo decir que yo sí; en fin, el jurado sigue deliberando, como reza el dicho. ¡Destruya esta carta! —J. S. P.

Thomas Balfour había regresado al hotel Palace, a última hora de la tarde, con intención de encontrar a Cowell Devlin, el capellán que había oído su conversación con Lauderback esa mañana. Quería disculparse por haberse mostrado descortés, pero también (y con mucha más urgencia) preguntarle al capellán por su relación con el buscador de oro desaparecido, Emery Staines. Estaba seguro de que las indagaciones de Devlin en la oficina del *West Coast Times* estaban vinculadas, de alguna manera, con el caso Crosbie Wells.

Pero Devlin no se hallaba en el hotel Palace; el personal de cocina informó a Balfour de que había abandonado el comedor hacía varias horas. No estaba en su tienda de campaña de la línea de playa, ni tampoco en la cárcel del campamento de policía, ni en ninguna de las iglesias; no estaba en ninguna de las tiendas ni en los billares, ni tampoco en el muelle. Balfour estuvo varias horas deambulando por Hokitika, desalentado, y a punto estaba de darse por vencido y volver a casa cuando por fin vio a Devlin. El capellán iba caminando por la calle Revell, con el sombrero y el abrigo calados; a su lado iba otro hombre, muchísimo más alto y más corpulento. Balfour cruzó la calle. Ya estaba levantando el brazo para parar a Devlin cuando reconoció a su acompañante: era el maorí con el que también había hablado antes, y con quien también se había mostrado imperdonablemente descortés.

—Hola —gritó—. Reverendo Devlin. ¡No me lo puedo creer! ¡Justo el hombre a quien andaba buscando! Hola, Ted, me alegro de volver a verlo a usted también.

Tauwhare no ofreció un saludo; Devlin, sin embargo, sonrió.

—Veo que ha averiguado mi apellido —dijo—. Me temo que yo aún no conozco el suyo.

Balfour sacó bruscamente la mano.

—Tom Balfour —dijo con una sonrisa radiante, y se dieron un apretón de manos—. Sí, fui a ver a Ben Löwenthal al *Times* y estuvimos hablando de usted. De hecho, llevo varias horas intentando localizarlo para preguntarle una cosa.

—Entonces nuestro encuentro es doblemente providencial...

—Es una pregunta sobre Emery Staines —continuó Balfour, interrumpiéndolo—. Verá, me he enterado de que ha estado usted preguntando por él. Que quiere saber quién puso ese aviso en el periódico, interesándose por su regreso. Ben me dijo que usted se había pasado por allí. Quería saber por qué está preguntando por él, por Staines, quiero decir, y qué relación tiene con él.

Cowell Devlin titubeó. Lo cierto, claro, era que el de Emery Staines era uno de los tres nombres escritos en la escritura de donación que había sacado del cajón de las cenizas del fogón de Crosbie Wells al día siguiente de la muerte del ermitaño. No le había enseñado la escritura a nadie, sin embargo, y había resuelto no hacerlo hasta tener más información sobre las personas concernidas. ¿Debía mentir a Balfour? No le gustaba decir falsedades, pero quizá pudiese contarle una verdad parcial. Se mordió el labio.

Balfour había percibido el titubeo del capellán, y lo había confundido con un

reproche. Alzó las manos.

—¡Ya me vale! —exclamó—. ¡Mira que ponerme a hacer preguntas en plena calle con la que está cayendo, y los tres calándonos cada vez más! Escuchen. ¿Qué tal si comemos juntos? Algo caliente. No tiene sentido hablar fuera, sobre todo cuando tenemos a cada lado tantos hoteles calentitos para reconfortarnos.

Devlin echó un vistazo a Tauwhare, que, a pesar de la aversión que sentía por Balfour, se había animado considerablemente ante la perspectiva de una comida.

Balfour tosió, y después, con una mueca de dolor, se golpeó el pecho con el puño.

—No estaba en mis cabales esta mañana; no era yo. Lo siento, y pretendo hacerme perdonar por ambos. Invito a comer, y a echar un trago como amigos. Venga, permítanle a un hombre decir que lo siente si se lo pide.

En poco tiempo, el trío estaba sentado a una mesa en un rincón de Maxwell. Balfour, a quien siempre agradaba desempeñar el papel de anfitrión munificente, los agasajó con tres cuencos de consomé, una ronda de pan, una morcilla bien gorda, queso duro, sardinas en aceite, zanahorias calientes con mantequilla, un perolo de ostras estofadas y una damajuana de cerveza negra. Tuvo la clarividencia de retrasar cualquier conversación sobre Crosbie Wells o Emery Staines hasta que sus dos invitados estuviesen ahitos de comida y bebida, así que estuvo hablando de la caza de ballenas, tema respecto al cual los tres hombres tenían una concepción de lo más romántica y mucho que compartir. Cuando Benjamin Löwenthal se los encontró unos tres cuartos de hora después, formaban un grupo de lo más jovial.

—¡Ben! —gritó Balfour al ver que se acercaba Löwenthal—. Pero ¿qué hay de tu sabbat?

Por segunda vez en ese mismo día, se había emborrachado bastante.

—Termina cuando salen las estrellas —dijo secamente Löwenthal. Se dirigió a Tauwhare—: Creo que todavía no nos han presentado. Soy Benjamin Löwenthal, dirijo el *West Coast Times*.

—Te Rau Tauwhare —repuso el maorí, dándole un firme apretón de manos.

—También responde por Ted —dijo Balfour—. Muy buen amigo de Crosbie Wells.

—¿De veras? —preguntó Löwenthal a Tauwhare.

—Su mejor amigo —añadió Devlin.

—Más que hermanos —convino Balfour.

—Bueno, pues en ese caso —dijo Löwenthal—, lo que vengo a decir los concierne a los tres.

Benjamin Löwenthal carecía de autoridad para ampliar la invitación al conciliábulo del hotel Crown de modo que incluyese a Devlin y a Tauwhare. Pero como ya hemos señalado, Löwenthal podía ser hartamente severo cuando su código ético sufría una afrenta, y Charlie Frost lo había ofendido, esa misma tarde, al sugerir que la reunión del Crown debía restringirse a un selecto grupito. Löwenthal sintió la necesidad de rectificar lo que se le antojaba un error moral por parte de Frost, y

extendió la invitación a Tauwhare y a Devlin a modo de oscuro acto de reproche.

—Estupendo —dijo Balfour—. Saque una silla.

Löwenthal se sentó, juntó las palmas de las manos y, en voz baja, explicó el propósito de la reunión de aquella noche... con el cual Balfour se mostró conforme al punto, Tauwhare con solemnidad y Cowell Devlin tras una pausa larga y juiciosa. El capellán estaba pensando en la escritura de donación que había cogido del fogón del ermitaño y que ahora se hallaba guardada en su Biblia, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Resolvió llevarse la Biblia esa noche a la reunión y sacar la escritura, si la ocasión le daba pie a ello y se presentaba el momento oportuno.

Φ

Había humo saliendo de la chimenea de la casa de Gascoigne, y nada más llamar Mannering se abrió la puerta y Gascoigne salió a mirar. Sostenía un cigarrillo recién encendido, y se había cambiado la chaqueta formal por mangas de camisa y un chaleco de lana.

—¿Sí? —preguntó.

—Sé de muy buena tinta que tiene en sus manos un dinero que no es suyo —dijo Dick Mannering—. Ese dinero es mío, y he venido a por él.

Aubert Gascoigne lo miró, y a continuación se llevó el cigarrillo a los labios, inhaló y sopló un chorro de humo por encima de los hombros de Mannering, hacia la lluvia.

—¿Quién es la fuente de esa información? —dijo suavemente.

—La señorita Anna Wetherell, a través del señor Edgar Clinch —contestó Mannering.

Gascoigne se apoyó contra el marco de la puerta.

—Y ¿cómo se imaginó la señorita Anna Wetherell, a través de Edgar Clinch, que obraría usted al recibir esta información de buena tinta?

—No se haga el ingenioso conmigo —dijo Mannering—. No lo haga. Solo se lo voy a decir una vez: no me gusta ni pizca el ingenio. La señorita Wetherell dice que el dinero está escondido debajo de su cama.

Gascoigne se encogió de hombros.

—Bueno, si le estoy guardando una fortuna a Anna, lo estoy haciendo bajo promesa, y no veo ninguna razón para romper esa promesa y entregarle el dinero a otro hombre... solo porque afirme que el dinero le pertenece a él. Ella, desde luego, no me advirtió que fuese a venir nadie a verme.

—Sí que me pertenece.

—¿Cómo es eso?

—Es una deuda —dijo Mannering—. Está endeudada conmigo.

—Una deuda es un asunto privado —repuso Gascoigne.

—Una deuda se puede hacer pública con facilidad. ¿Qué le parecería si hago

correr la voz de que se está quedando usted con más de cien libras en oro puro? Déjeme que le cuente. A medianoche tirarían abajo su puerta, al romper el alba el ladrón ya estaría a cincuenta millas de distancia y mañana a estas horas usted ya estaría muerto. Sería de lo más sencillo... teniendo en cuenta que no se le conocen lealtades, y que vive solo.

A Gascoigne se le ensombreció el semblante.

—Soy el custodio de ese oro, y me niego a entregarlo sin el consentimiento de la señorita Wetherell.

Mannering sonrió.

—Esto lo tomo como una admisión de culpabilidad.

—Y lo que acaba de decir usted yo lo tomo como una prueba de su incompetencia lógica —dijo Gascoigne—. Buenas noches. Si Anna quiere su dinero, que venga ella a por él.

Hizo ademán de cerrar la puerta, pero Mannering dio un paso al frente y sacó la mano, deteniéndolo.

—Es extraño, ¿verdad?

Gascoigne frunció el ceño.

—¿Qué es extraño?

—Es extraño que una vulgar puta se presente de pronto con el oro suficiente para hacer frente a la totalidad de sus compromisos... y que después esconda esa cantidad bajo la cama de un hombre que apenas lleva en Hokitika el tiempo suficiente para saber su nombre.

—Sí, extrañísimo.

—Quizá debería presentarme.

—Sé quién es usted —dijo Gascoigne—. Y sé a qué se dedica.

Mannering se desabotonó el abrigo para dejar sus pistolas al descubierto.

—¿Sabe lo que son? Y ¿sabe lo que hacen?

—Sí —respondió Gascoigne con serenidad—. Son revólveres de percusión, y cada uno puede disparar seis balas en seis segundos exactos.

—Siete disparos, en realidad. Smith & Wesson modelo 2. Siete disparos cada uno. Pero lo de los seis segundos es correcto.

Gascoigne echó otra calada a su cigarrillo.

Mannering se llevó las manos a las pistoleras, sonriendo.

—He de pedirle que me invite a entrar en su casa, señor Gascoigne.

El francés no respondió, pero al poco rato aplastó la punta del cigarrillo contra el marco de la puerta, la tiró, se hizo a un lado y con un gesto exageradamente cortés le invitó a pasar. Mannering echó un vistazo a las esquinas de la habitación, deteniendo la mirada en la cama de Gascoigne. Cuando Gascoigne hubo cerrado la puerta, Mannering se volvió hacia su anfitrión.

—¿Quién disfruta de su lealtad?

—No sé si entiendo bien la pregunta —respondió Gascoigne—. ¿Quiere que le

haga una lista de mis amigos?

Mannering lo fulminó con la mirada.

—Mi pregunta es la siguiente. ¿Anna cuenta con su lealtad?

—Sí. Hasta cierto punto, por supuesto. —Se sentó en su butaca a rayas, pero no hizo ademán de ofrecer asiento a su invitado.

Mannering se entrelazó las manos a la espalda.

—De modo que si supiese que está metida en algo, no me lo contaría.

—Bueno, dependería de la situación, naturalmente —dijo Gascoigne—. ¿A qué tipo de «algo» se refiere?

—¿Está mintiendo para ayudarla?

—Accedí a ocultar un montón de dinero para ayudarla. Lo escondí debajo de mi cama. Pero usted todo eso ya lo sabe. Así que supongo que la respuesta es no.

—¿Por qué cuenta con su lealtad? ¿Por qué hasta cierto punto?

Las muñecas de Gascoigne reposaban flácidas sobre los brazos de la butaca; se había sentado con aire despreocupado, como un rey en su trono. Explicó que dos semanas antes había cuidado a Anna cuando salió de la cárcel, y que a partir de entonces había procurado su amistad. La compadecía, pues pensaba que alguien la estaba utilizando para un mal fin, pero no podía decir que disfrutase de ninguna intimidad especial con ella, y jamás había pagado para disfrutar de su compañía. El vestido negro, añadió, había pertenecido a su difunta esposa. Se lo había dado a la puta como un gesto de caridad, ya que su vestido de alterne había quedado destrozado durante su estancia en la cárcel. No había esperado que Anna fuese a iniciar un periodo de luto al recibir el vestido, y para ser sincero este resultado lo había decepcionado bastante, ya que la consideraba un exquisito espécimen de su sexo y habría estado encantado de deleitarse con ella al modo convencional.

—Su historia no explica qué hace ese oro debajo de su cama —dijo Mannering.

Gascoigne se encogió de hombros. Estaba demasiado cansado, y demasiado enfadado, para mentir.

—A la mañana siguiente de morir Crosbie Wells, Anna se despertó en la cárcel con una gran cantidad de oro repartida por su persona. El metal había sido cosido a su corsé. No tenía ni idea de cómo había llegado a estar en posesión de semejante cantidad, y se hallaban, como es natural, muy asustada. Me pidió ayuda. Pensé que lo mejor sería ocultarlo, ya que no sabíamos quién había escondido el oro en su cuerpo, ni con qué propósito. Aún no lo hemos llevado a tasar, pero me atrevería a decir que el valor total supera con creces las cien libras... y es muy probable que sea mucho más. Esta, señor Mannering, es toda la verdad; al menos por lo que a mí respecta.

Mannering no dijo nada. Le pareció que la explicación no tenía ningún sentido.

—He de decir —añadió Gascoigne— que no me hace usted justicia dando por hecho que soy culpable antes de preguntarme si soy inocente. Me ofende mucho que haya abusado de mi tiempo y de mi intimidad de una manera tan beligerante.

—Deje de hablar así —dijo Mannering—. ¡Beligerante! ¿Acaso lo he apuntado a

la cara con un arma de fuego? ¿Lo he amenazado con hacer uso de la violencia?

—No lo ha hecho; y sin embargo, preferiría que se quitase el cinturón.

—¿Que me lo quite? —Mannering tenía un aire desdeñoso—. ¡Y supongo que querrá que lo deje en el centro de la mesa y que ambos nos apartemos a la misma distancia hasta que usted se abalance sobre él antes que yo! No voy a picar, ese truco ya me lo conozco.

—Entonces le voy a pedir otra cosa. Le pido que su presencia en mi casa tenga la menor duración posible. Si tiene usted más preguntas, hágalas ahora; pero yo ya le he contado todo lo que sé sobre ese oro.

—Escuche —dijo Mannering con voz firme. (Estaba bastante desconcertado por haber perdido ventaja tan deprisa)—. No era mi intención que empezásemos con mal pie.

—Sí que lo era. Puede que ahora se arrepienta, pero era su intención.

Mannering soltó una blasfemia.

—¡Yo no me arrepiento de nada! —gritó—. ¡No me arrepiento de nada en absoluto!

—Claro, así se explica que esté tan sereno.

—Déjeme que le diga una cosa —dijo Mannering, pero no pudo seguir porque en ese preciso instante se oyó un golpe seco en la puerta.

Gascoigne se puso inmediatamente de pie. Mannering, que de repente parecía asustado, retrocedió varios pasos y desenfundó una de las pistolas. Se la pegó al muslo para ocultarla, y le hizo una seña con la cabeza a Gascoigne para que subiera el pestillo.

En el umbral, con el bastón cogido con cierto aire chulesco y el sombrero echado hacia atrás, estaba Harald Nilssen. Hizo una reverencia, y a punto estaba de presentarse a Gascoigne cuando vio, por encima de su hombro, a Dick Mannering, con un brazo pegado rígidamente al costado en una incómoda postura. Nilssen soltó una carcajada.

—Bueno, bueno —dijo—. Parece que le sigo los pasos, Dick. ¡Vaya donde vaya hoy, allí está usted! Hola, señor Gascoigne. Mi nombre es Harald Nilssen. Encantado de conocerlo. Espero no haber interrumpido nada.

Gascoigne inclinó cortésmente la cabeza, aunque su expresión permaneció fría.

—En absoluto. Por favor, entre.

—Había venido a hablar sobre Anna Wetherell —dijo alegremente Nilssen, secándose las botas—, ¡pero veo que me han ganado por un pelo!

Gascoigne cerró la puerta.

—¿Qué pasa con Anna? —preguntó.

—Cálmese, señor Nilssen —dijo Mannering al mismo tiempo.

Nilssen respondió a Gascoigne.

—Bueno, es en relación con un asunto bastante peculiar —dijo—. Así que quizá no sea para todos los oídos. Pero miren, no quiero interrumpirlos. Puedo volver sin

problemas cuando no estén ocupados.

—No, por favor —dijo Gascoigne—. El señor Mannering estaba a punto de marcharse; acababa de decírmelo.

A Mannering lo molestó que lo excluyese de esta manera.

—¿De qué va todo esto? —le preguntó a Nilssen.

Nilssen hizo una breve reverencia.

—Se trata de una situación muy delicada; le ruego me disculpe.

—¡Caray, delicada! —exclamó Mannering—. ¡A mí no tienen por qué ocultarme nada, por el amor de Dios; estamos todos metidos en esto! ¿Tiene que ver con la viuda? ¿O con el oro?

Nilssen no entendía nada.

—¿La fortuna Wells? —Se giró hacia Gascoigne—. ¿De modo que está usted metido en eso?

De repente pareció que Gascoigne se estaba divirtiendo mucho.

—Parece que me están sometiendo a un interrogatorio a dos bandas —dijo—. ¿Usted también lleva pistolas, señor Nilssen? Si es así, debería confesarlo.

—No llevo pistolas —dijo Nilssen. Miró a Mannering y vio el revólver que tenía en la mano—. ¿Y eso para qué es? ¿Qué está haciendo?

Pero Mannering no respondió. Por un momento, quedó atrapado entre todo lo que quería ocultarle a Nilssen y todo lo que quería ocultarle a Gascoigne. Vaciló, deseando no haber mencionado ni a la viuda ni el oro.

—El señor Mannering me estaba enseñando justo ahora su Smith & Wesson modelo 2 —comentó Gascoigne con tono informal—. Al parecer, el tambor aloja siete cartuchos.

—Ah —dijo Nilssen; pero tenía aire de desconfianza—. ¿Para qué?

De nuevo, a Mannering se le atascó la explicación en la garganta. No quería que Nilssen supiese lo del oro oculto debajo de la cama de Gascoigne, pero tampoco quería que Gascoigne supiese nada de la tragedia de Crosbie Wells, ni de Ah Quee, ni de Ah Sook, ni del opio ni de nada de lo que se iba a debatir esa misma noche en el hotel Crown.

—Es una situación delicada —dijo Gascoigne, interviniendo a favor del hombre de más edad. Se inclinó hacia Nilssen—. Lo único que le puedo decir es que el señor Mannering aquí presente tiene una buena fuente de información en la señorita Anna Wetherell, y que la información llega a través del señor Edgar Clinch...

—Basta ya de desembuchar —le cortó Mannering, recobrando al fin la capacidad de hablar—. Nilssen, ¿qué noticias tiene sobre Anna? ¿Qué se trae usted entre manos?

Pero Nilssen interpretó mal las intenciones de Mannering al presionarlo para que hablase de ese asunto delante de Gascoigne. Recordó que la carta de Pritchard mencionaba unas pistolas, y a Anna, y, de modo indirecto, a Edgar Clinch..., pues Pritchard había dicho que esa misma tarde había tenido lugar un extraño suceso en las

habitaciones de Anna del hotel Gridiron. «¡Pues claro!», pensó de repente Nilssen. La «delicada situación» de ambos debía de ser una y la misma.

—Miren —dijo, subiendo la mano—. Creo que a fin de cuentas estamos hablando de lo mismo. Si el señor Gascoigne está al tanto del secreto, entonces lo mismo da que esperemos hasta que todo el mundo se encuentre reunido para compartir nuestras historias. Así nos ahorramos contarle todo dos veces. ¿Los veré a ambos en el Crown?

Mannering resopló.

—Me temo que yo no estoy al tanto del secreto —dijo entonces Gascoigne—, y no he sido invitado a ningún consejo en el Crown.

Se hizo un silencio. Gascoigne miró a Nilssen, y después a Mannering. Mannering miró a Gascoigne, y después a Nilssen. Nilssen estaba mirando a Mannering. Su rostro presentaba una expresión contrita.

—Ahora sí que ha metido la pata —dijo el magnate. Soltó una blasfemia y después apuntó a Gascoigne con el dedo—. De acuerdo. Qué remedio, pero le aseguro que su presencia no es bienvenida, y que no pienso perderlo de vista hasta que termine la reunión, maldita sea, ni tampoco después. Póngase el abrigo. Se viene con nosotros.

MERCURIO EN SAGITARIO

En el que Walter Moody medita sobre el misterio que los ocupa, nos enteramos de lo sucedido en su viaje desde Dunedin y un mensajero trae noticias inesperadas

Se hizo un silencio en la sala de fumadores del hotel Crown; un silencio que, por un momento, pareció detener la respiración de los presentes y el humo que subía en volutas de las pipas, los cigarrillos y los puros.

Eran más de las doce. La oscuridad había suavizado los rincones de la estancia, y los conos de luz proyectados por las lamparillas de alcohol presentaban en estos momentos un aspecto animado y cálido en contraste con su aspecto mortecino y frío de antes. Desde la calle llegaban los compases de una noche de sábado: un acordeón, gritos lejanos, algún que otro chillido, el batir de los cascos. Ya no llovía, aunque las nubes aún no se habían despejado y la luna gibosa destacaba como un mero parche de luz cuadriforme en el cielo encapotado.

—Eso es todo —dijo Thomas Balfour—. Eso es todo. Hasta aquí habíamos llegado.

Moody pestañeó y miró en derredor. La narración de Balfour, si bien deshilvanada y caótica, había explicado perfectamente la presencia en la sala de cada hombre. Allí, junto a la ventana, estaba el tallista maorí, Te Rau Tauwhare, que había sido el fiel amigo de Crosbie Wells en vida de este, aunque en el último momento lo había traicionado sin darse cuenta. Allí, en el rincón más alejado, estaba Charlie Frost, el bancario que había sido el artífice de la venta de la casa y la tierra de Wells, y, frente a él, el periodista Benjamin Löwenthal, que se había enterado del fallecimiento a las pocas horas de producirse. Edgar Clinch, comprador del patrimonio de Wells, estaba sentado en el sofá junto a la mesa de billar, alisándose el bigote con el índice y el pulgar. Junto al fuego estaba Dick Mannering, proxeneta, dueño de un teatro y socio de Emery Staines; tras él, Ah Quee, su enemigo. Allí, con un taco en la mano, estaba el comisionista mercantil, Harald Nilssen, que había descubierto en la cabaña de Crosbie Wells no solo una enorme fortuna, sino también una ampolla de láudano encorchada, medio vacía, que había sido adquirida en la botica de Joseph Pritchard. Este último, naturalmente, era el que estaba sentado más cerca de Moody; a su otro lado estaba Thomas Balfour, lacayo del político Lauderback, cuyo cajón de mercancías había desaparecido recientemente. Allí, en el sillón de orejas, junto a Balfour, estaba Aubert Gascoigne, que había pagado la fianza de Anna Wetherell y había descubierto otra fortuna, más pequeña, oculta en su

vestido naranja de alterne. Detrás de él estaba Ah Sook, traficante de opio, custodio del fumadero de Kaniere y antiguo conocido de Francis Carver, que había descubierto, esa misma tarde, que Crosbie Wells había sido rico en una ocasión. Y por último, apoyado contra la mesa de billar, de brazos cruzados, estaba el capellán Cowell Devlin, que había ingresado el cuerpo del ermitaño en su última morada de la terraza de Seaview.

Se trataba, a juicio de Moody, de una reunión condenadamente periférica. El único vínculo entre los doce hombres era su relación con los acontecimientos de la noche del 14 de enero, en la cual Anna Wetherell casi había muerto, Crosbie Wells había muerto, Emery Staines había desaparecido, Francis Carver había zarpado y Alistair Lauderback había llegado a la ciudad. Moody reparó en que ninguna de estas personas se hallaba presente. El alcaide de la cárcel, George Shepard, estaba asimismo ausente, al igual que la astuta viuda, Lydia Wells.

A Moody se le pasó otro pensamiento más por la cabeza: la noche del 14 de enero fue cuando él había pisado por vez primera suelo neozelandés. Al desembarcar del vapor paquebote que le había llevado de Liverpool a Dunedin, había dirigido la mirada hacia el cielo, y de repente había sentido la extrañeza del lugar en el que estaba. Los cielos estaban invertidos, los asterismos le eran desconocidos, la Estrella Polar estaba debajo de sus pies, como engullida. Al principio la buscó, estúpidamente, queriendo medir su actual latitud a partir de la pendiente de su brazo rígido, como había hecho de niño en el otro lado de la Tierra. Encontró Orión, invertido, con el carcaj por debajo y la espada colgando hacia arriba desde su cinturón; y Canis Major, colgando como un perro muerto de un gancho de carnicero. Había un no sé qué muy triste en todo aquello, pensó Moody. Era como si los antiguos asterismos carecieran aquí de significado. Finalmente encontró la Cruz del Sur, y trató de recordar la regla para localizar el Polo, pues aquí, en la negrura de las antípodas, donde todo estaba boca abajo y era amorfo, no había ninguna estrella equivalente que lo marcara. ¿Había que usar el travesaño? ¿O era el palo? No lo recordaba. Había algún tipo de fórmula: la longitud de un nudillo, alguna ecuación. Una cuestión de pulgadas. Lo había molestado sobremanera que no hubiese una estrella que marcara el Polo.

Moody contempló el fuego, cuyas ascuas llevaban ya un buen rato convertidas en cenizas. Thomas Balfour no había contado su relato en orden cronológico ni mucho menos, y su narración se había vuelto aún más retorcida a causa del sinfín de interrupciones, aclaraciones y ecos que se perseguían los unos a los otros como círculos infinitos, dando vueltas. Desde luego, era una imagen de lo más enrevesada... ¡y qué difícil de ver en su totalidad! Moody dirigió sus pensamientos hacia todo lo que había oído aquella noche. Intentó colocar los acontecimientos relatados en el orden en el que habían sucedido.

Unos nueve meses antes de la noche que nos ocupa, el expresidiario Francis Carver había estafado a Alistair Lauderback quitándole su barco, el *Godspeed*. En

algún momento posterior, y debido a una complicación de la que nada se sabía, había perdido el cajón de mercancías del que se había servido para apretarle las clavijas al político. Dentro del cajón había un baúl que contenía unas cuatro mil libras en oro puro, una fortuna que había sido meticulosamente cosida al forro de cinco vestidos. La costurera era una mujer llamada Lydia Wells, que, por aquella época, se hacía pasar por esposa de Francis Carver.

Cuatro mil libras era un dineral, y Carver, como es natural, quiso recuperarlo cuando descubrió que el cajón se había perdido. Zarpó con rumbo a Hokitika, probablemente porque había adivinado que el cajón se había entregado allí por error, y puso un anuncio en el *West Coast Times* ofreciendo una generosa recompensa a quien le devolviese el cajón sano y salvo. Puso el anuncio bajo el nombre de Crosbie Francis Wells —enseñando una partida de nacimiento para confirmar la identidad—, a pesar de que siempre se le había conocido por el nombre de Francis Carver y así se le seguiría conociendo. Aún no se sabía por qué, para chantajear a Lauderback, Carver se había visto obligado (o animado) a asumir un alias. Tampoco se sabía por qué la partida de nacimiento de Crosbie Wells, si en efecto era auténtica, había estado en manos de Carver en aquel momento.

El verdadero Crosbie Wells (o tal vez, pensó Moody, otro Crosbie Wells distinto) vivía solo en el valle Arahura, varias millas al norte de Hokitika. Wells no era un personaje notorio, y tenía pocas relaciones; antes de su muerte apenas se lo conocía en Hokitika, y los que sí lo conocían no sospechaban que fuera una persona ni rica ni importante. Fue Ah Sook, mientras investigaba las circunstancias de su muerte, quien descubrió que varios años atrás Wells había tenido un golpe de suerte en los yacimientos de Dunstan, a consecuencia del cual se había embolsado una fortuna de miles de libras. Evidentemente, Wells, por algún motivo, había querido mantener en secreto esta información.

Francis Carver puso su anuncio en el *Times* a comienzos de junio (el mes exacto había sido confirmado por Benjamin Löwenthal). Durante su estancia en Hokitika ofreció una recompensa secreta a Te Rau Tauwhare a cambio de cualquier noticia relacionada con un hombre llamado Crosbie Wells. Tauwhare, empero, no conocía a ningún hombre que respondiese a ese nombre ni a esa descripción, y el cajón jamás apareció; Carver regresó a Dunedin con las manos vacías.

Anna Wetherell también había llegado a Hokitika en el *Godspeed*, enfundada en un vestido de faena púrpura que le había alquilado a su nuevo patrón, Dick Mannering. Cuando, a las pocas semanas de su llegada, se enteró de que se había rescatado de un naufragio un baúl que contenía vestidos de mujer, compró los cinco.

No era excesivo suponer que Anna no sabía nada de la fortuna que contenían estos vestidos, como tampoco de su origen. Jamás había hablado con nadie del oro oculto, y jamás había intentado, por lo que se veía, sacarlo. Moody reflexionó sobre esto. ¿De veras era posible la ignorancia total? Al ser comedora de opio, tal vez no hubiese advertido, a diferencia de una mujer sobria, el peso añadido que llevaba sobre

su persona; por otro lado, era, como había atestiguado Gascoigne, una antigua conocida de Lydia Wells, y quizá había reconocido que las prendas pertenecían a Lydia. En fin, pensó Moody, fuera como fuese, a partir de entonces Anna había llevado sobre su persona —por partes, claro está— toda aquella fortuna, a excepción del mes comprendido entre septiembre y octubre en el que su avanzado estado de gestación la había obligado a llevar un vestido de maternidad.

Cuando el casero de Anna, Edgar Clinch, descubrió la fortuna oculta en los vestidos, concluyó que el proxeneta Dick Mannering debía de estar utilizando a Anna para sacar mena en bruto a escondidas de los yacimientos, con el fin de evadir los impuestos del banco. La idea de esta colusión apenó en extremo a Clinch, pero no tenía ningún motivo para insistir en este punto con ninguno de los dos, así que no lo hizo.

Sin embargo, Clinch no era el único que se había encontrado por casualidad con la fortuna oculta en los vestidos de Anna, ni tampoco el único que había entendido mal su significado más probable. El minero Quee Long también había desvelado los secretos ocultos en las costuras de Anna —más o menos por la misma época, de hecho— y había llegado exactamente a la misma conclusión que Clinch. Ah Quee sabía de primera mano que Mannering era harto capaz de cometer fraude, puesto que el magnate lo había engañado ya en una ocasión. Ah Quee decidió ganar a Mannering en su propio juego. Empezó a sacar poco a poco el oro de los vestidos de Anna, fundiéndolo después en la retorta y formando bloques que troquelaba con el nombre de la mina Aurora a fin de asegurarse de que los beneficios se depositaban en el banco a nombre de esta concesión, que a estas alturas había sido adquirida por un joven buscador de oro llamado Emery Staines.

El proyecto de sacar el oro del vestido de Anna duró varios meses. Cada vez que Anna visitaba la choza de Ah Quee en el Barrio Chino de Kaniere, el opio la dejaba prácticamente inconsciente; de este modo, Ah Quee podía sacar el oro con hilo y aguja sin que ella se enterase, mientras dormía. Anna no llevaba su vestido naranja cuando iba al Barrio Chino. Por este motivo, el vestido naranja se había mantenido lleno de oro mucho tiempo después de que Ah Quee hubiese despojado a los otros cuatro de su fortuna.

Nadie sabía cómo, ni por qué, la fortuna alambicada de Ah Quee había sido robada de la cámara acorazada del puesto del campamento. El ladrón más probable, dada la información disponible hasta el momento, era el buscador desaparecido, Staines..., quien, de manera significativa, carecía de un móvil. El joven era descomunamente rico, y, al menos según la opinión popular, descomunamente afortunado. ¿Por qué iba a querer robarle al trabajador que tenía contratado? Y ¿por qué iba a esconder el oro en casa de otro hombre, tan lejos de sus propias concesiones? En fin, pensó Moody, fueran cuales fuesen las razones del joven, al menos una cosa era cierta: Staines jamás había depositado en el banco los ingresos de Ah Quee a nombre de la Aurora como estaba obligado a hacer por ley. Esto era asaz

desconcertante, ya que el oro refinado, de haberse depositado en el banco, habría transformado la Aurora de mina improductiva en bonanza de la noche a la mañana.

Emery Staines también estaba involucrado de una manera muy extraña a través de la escritura de donación que había descubierto Cowell Devlin en el fogón de Crosbie Wells, y que, a pesar de que no llevaba su firma, llevaba su nombre. La escritura parecía implicar que Emery Staines y Crosbie Wells habían tenido algún tipo de vínculo, y que la fortuna acaparada iba a ser, por algún motivo, un regalo de Emery Staines a Anna Wetherell. Pero ¡esto era aún más desconcertante, pues, se mirase como se mirase, Staines no podía regalar el oro porque no le pertenecía!

Anna había estado esperando un hijo —el hijo de Carver— desde antes de llegar a Hokitika, y en primavera por fin se le empezó a notar. Pero su estado jamás llegaría a madurar hasta el parto: a mediados de octubre, Carver regresó a Hokitika, se enfrentó a Anna y le dio una paliza tremenda. El niño que estaba por nacer no sobrevivió a este encuentro. Más adelante Anna habría de insinuar, cuando le describió la escena a Edgar Clinch, que Carver había matado al niño a sangre fría.

Moody hizo una pausa en su cronología para pensar en este desdichado suceso. Aunque la muerte del niño se había mencionado varias veces de pasada aquella noche, no parecía que ninguno de los presentes tuviese del todo claro cómo había sucedido el fatal altercado. Que Moody no hubiese insistido para que ofreciesen más información obedecía a su natural discreción, pero se preguntó ahora si las relaciones de Anna con Carver encajaban en el esquema del relato en general. Se preguntó si la muerte del niño realmente habría sido intencionada, y, de ser así, qué motivo podría haber tenido Francis Carver para cometer un acto tan abyecto. Naturalmente, ninguno de los doce hombres presentes podía responder a esta pregunta con ningún tipo de certeza objetiva; tan solo podían describir lo que les habían dicho que era cierto.

(¡Cuán opacas eran las mentes de los hombres y las mujeres ausentes! ¡Y cuán escurridizos sus móviles! Pues Francis Carver podía haber matado a su hijo llevado por un frío rechazo, en un acto de odio, a modo de brutal profilaxis o por accidente sin más: a menos que se lo preguntasen directamente a él, no había modo de saberlo. Incluso Anna Wetherell, que había identificado a Carver como el asesino, podría haber tenido un sinfín de razones para mentir).

Después de reflexionar sobre esto, Moody continuó.

Te Rau Tauwhare, al toparse con Carver la mañana del 14 de enero, había recordado la oferta que este le había hecho el año anterior. Por dos chelines, Tauwhare se ofreció a decirle a Carver dónde vivía Crosbie Wells. Chocaron los cinco, Tauwhare le indicó cómo llegar y Carver se dirigió al valle Arahura ese mismo día, cuya noche habría de ser la última de Wells. Puede que Carver hubiese presenciado la muerte del ermitaño, o puede que se marchase momentos antes de que ocurriese, pero en cualquier caso había llegado a la cabaña con una ampolla de láudano, del cual más adelante, al hacer la autopsia, se habían descubierto rastros en el estómago de Crosbie Wells. Después del encuentro, Carver regresó a Hokitika,

tripuló el *Godspeed* y levó anclas, partiendo mucho antes del alba. Desde Hokitika, Carver no se había dirigido a Cantón (como había especulado Balfour) sino a Dunedin, dato que el propio Moody podía corroborar, ya que era en Port Chalmers donde había subido a bordo de esa misma embarcación, doce días después.

Alistair Lauderback, al llegar a la cabaña de Wells poco después de marcharse Carver, se encontró al ermitaño muerto en la mesa de la cocina, con la cabeza apoyada en los brazos. Siguió rumbo a Hokitika, donde le entrevistó el periodista Benjamin Löwenthal, que estaba pensando en publicar un apartado especial sobre política en la edición del lunes del *Times*. Löwenthal, al saber por Lauderback que Crosbie estaba muerto, dedujo que las propiedades de Wells saldrían enseguida a la venta. A la mañana siguiente, sabedor de que el hotelero Edgar Clinch estaba pensando invertir en tierra, le informó de esta probable eventualidad. Clinch llevó inmediatamente su depósito al banco, donde el bancario Charlie Frost le facilitó la compra del patrimonio del difunto.

Clinch encargó después a Harald Nilssen que vaciase la casa del difunto y se deshiciera de sus efectos. Así lo hizo Nilssen... y descubrió, para su gran asombro, una auténtica fortuna repartida por todos los escondrijos imaginables de la única habitación de la vivienda. El mineral de oro, una vez purificado por el banco, se tasó en algo más de cuatro mil libras. Una vez que hubo cobrado Nilssen su diez por ciento de comisión, quedó algo más de tres mil seiscientas libras; con esto se habían pagado diversos impuestos de defunción, honorarios e imprevistos, entre ellos un obsequio de treinta libras al bancario, Charlie Frost. El resto —que seguía siendo una fortuna de envergadura— estaba ahora en depósito en el Banco de la Reserva. Pero había pocas probabilidades de que Clinch fuese a ver ni un solo penique del total: Lydia Wells, llegada misteriosamente de Dunedin a los pocos días del funeral del ermitaño, había apelado para revocar la compra de Clinch, aduciendo que sus propiedades y sus efectos le pertenecían legalmente a ella.

Naturalmente, el oro hallado en la cabaña de Crosbie no representaba el total de la fortuna que estaba en juego. Ah, ¡Qué solo había desmontado cuatro de los cinco vestidos de Anna. El último montón, cosido entre los pliegues del vestido naranja de alterne, había sido descubierto por la propia Anna Wetherell apenas dos semanas antes, cuando se despertó en la cárcel después de la crisis de su sobredosis. Había supuesto, muy razonablemente, que alguien acababa de plantificar el oro sobre su persona..., ya que no recordaba nada de lo sucedido en las doce horas anteriores a su arresto y se hallaba sumida en un estado de considerable confusión. Suplicó a Gascoigne que la ayudase, y juntos extrajeron el metal del vestido naranja y lo escondieron en un costal de harina debajo de la cama de Gascoigne.

Cuando Anna volvió al hotel Gridiron, enfundada en el vestido negro que había pertenecido a la difunta esposa de Gascoigne, las viejas sospechas de Clinch se renovaron. Estaba seguro —esta vez con razón— de que el cambio de vestido de Anna tenía algo que ver con el oro oculto, y reparó con amargura en que su vestido

naranja había desaparecido. Le molestó mucho que Anna se proclamase incapaz de pagar las deudas contraídas con él, cuando sabía perfectamente que tenía oro a espuestas; dejándose llevar por el resentimiento, le habló con crueldad, y le comunicó que tendría que marcharse.

Pero la amenaza de Clinch no tuvo el efecto esperado. Después de aquello Anna Wetherell había saldado la totalidad de la deuda, pero no con el oro oculto en sus vestidos, ni tampoco con sus ingresos legales. La deuda había sido saldada esa misma tarde gracias a un préstamo de seis libras que le había hecho la viuda de Crosbie, Lydia Wells; su deuda con Mannering, que según el magnate superaba con creces las cien libras, quedaría más que cubierta por el oro que Gascoigne y ella habían extraído del vestido naranja. Después, Anna se había marchado del Gridiron para no volver. Lydia Wells la había invitado a alojarse con ella, en lo sucesivo, en el Wayfarer's Fortune, donde dejaría de ser una puta.

¿Sabía Lydia Wells que el cajón de mercancías de Carver había acabado en Hokitika, y que los vestidos habían sido adquiridos por Anna, y que la fortuna de la cabaña de Crosbie Wells era una y la misma que la fortuna con la que Carver había chantajeado al político Lauderback hacía más o menos diez meses? La respuesta a esta pregunta dependía completamente de Anna. ¿Cuánto sabía Anna de su propia participación en tan circular asunto? ¿Y cuánto, además, estaba dispuesta a revelarle a Lydia Wells? Era muy posible que Anna ignorase que los vestidos habían pertenecido en su día a Lydia. En tal caso, la señora Wells tampoco sabría nada, ya que Anna seguía llevando el vestido negro que antaño había pertenecido a la difunta esposa de Gascoigne, y había jurado que guardaría luto por una temporada. Por supuesto, pensó Moody, bastaría con que Anna hubiese abierto el armario de su habitación para que la viuda hubiese reconocido los vestidos..., pero como ahora los vestidos estaban forrados con los contrapesos de plomo que había metido el orfebre Quee a modo de añagaza, a lo mejor la señora Wells no se había dado cuenta, a primera vista o al tocarlos por encima, de que la fortuna original había sido sustituida por una réplica sin valor alguno. Clinch ya había sido engañado a este respecto. Moody se preguntó si la viuda habría saldado la deuda de Anna esa misma tarde contando con esta falsa garantía.

Sin embargo, si Anna sabía, en efecto, que los cinco vestidos habían pertenecido en su día a Lydia Wells, entonces seguro que desde el primer momento había estado al tanto de la fortuna en ellos escondida y, por consiguiente, del chantaje de Lauderback y de la venta forzada del *Godspeed*, diez meses antes. A la luz de esto, pensó Moody, las circunstancias en las que había muerto el bebé de Anna parecían de pronto muy pero que muy pertinentes para los misterios que estaban debatiendo, ya que la relación de Anna con Francis Carver, al igual que su relación con Lydia Wells, era un tema del que ninguno de los presentes sabía nada en absoluto.

Moody pasó el dedo por el borde del vaso con aire distraído. Seguro que todo esto tenía alguna explicación más satisfactoria que la mera casualidad correlativa de las

circunstancias. ¿Qué había dicho Balfour unas horas antes? ¿«Una sarta de coincidencias no puede ser una coincidencia»? Y ¿qué era una coincidencia, pensó Moody, sino un momento detenido en una secuencia que todavía estaba sin explicar?

—Al menos, este es el papel que hemos jugado nosotros en todo este asunto —añadió Balfour, más o menos con tono de disculpa—. No es que sea muy buena respuesta, señor Moody, pero explica lo que nos ha traído aquí esta noche; la causa, como dije, de nuestra reunión.

—Tal vez un poquito más de lo que se esperaba este señor —dijo Dick Mannering.

—Siempre es así, cuando se dice la verdad —repuso Balfour.

Moody recorrió uno a uno los rostros con la mirada. En realidad, de ningún hombre cabía decir que fuese «culpable», como tampoco cabía decir de ninguno que fuese realmente «inocente». Estaban... ¿asociados? ¿Implicados? ¿Enredados? Moody frunció el ceño. Le pareció que no disponía de la palabra adecuada para describir la relación entre todos ellos. Pritchard había utilizado la palabra «conspiración»..., pero el término se aplicaba malamente, teniendo en cuenta lo fortuito de la implicación de todos ellos y las manifiestas diferencias que había entre las relaciones que tenía cada uno con los acontecimientos en cuestión. No, los verdaderos agentes, y los verdaderos conspiradores, eran sin duda los hombres y las mujeres que no estaban presentes..., ¡cada uno de ellos con un secreto que intentaba ocultar a toda costa!

Moody pensó en los ausentes.

Francis Carver, como tantas veces se había afirmado esa noche, estaba sin duda «detrás» de algo. Al decir de Lauderback al menos, Carver era un intrigante empedernido y aficionado al chantaje; es más, había visitado a Crosbie Wells el mismo día de su muerte, y puede que hasta lo hubiese visto morir. Convenía no olvidar esta reputación, pero asimismo convenía no darle excesivo crédito, pensó Moody: Carver no podía estar «detrás» de todo a la vez, y desde luego no podía haber tramado un complot de dimensiones tan complejas como para acusar a doce hombres a la vez.

Estaba también Lydia Wells, la supuesta esposa tanto de Wells como de Carver, otrora querida de Alistair Lauderback y en la actualidad (como le había confiado recientemente a Gascoigne) prometida clandestina de un hombre no identificado. Al igual que Carver, la señora Wells había demostrado que era capaz de chantajear sin piedad y de elaborar las mentiras más enrevesadas. Además, ya había actuado una vez en comandita con Carver. La validez de su reclamación de la fortuna de Crosbie Wells sería decidida por la ley a su debido tiempo... Pero, aun cuando su reclamación fuese, en efecto, válida, pensó Moody, el método que había elegido para hacerla era, en el mejor de los casos, descortés, y en el peor, redomadamente desalmado. Pensó que desconfiaba de Lydia Wells mucho más que de Francis Carver; aunque, por supuesto, esto era poco razonable, ya que no la conocía ni jamás le había puesto la

vista encima; solo había oído rumores, y encima rumores de lo más inconexos y variopintos.

Moody se puso a pensar a continuación en la otra pareja, Anna Wetherell y Emery Staines, que habían estado juntos la noche del 14 de enero, horas antes de que Anna perdiese el conocimiento y Emery desapareciera. ¿Qué había ocurrido realmente aquella noche, y qué papel habían jugado, a sabiendas o no, en el caso Crosbie Wells? A primera vista, daba la impresión de que Emery Staines tenía toda la suerte de su lado, y Anna, ninguna..., y sin embargo, Anna había sobrevivido a su roce con la muerte, y Staines, supuestamente, no. A Moody se le ocurrió que todos los presentes, cada uno a su manera, le tenían una terrible envidia a Staines y se sentían muy posesivos con Anna. La suerte de Staines como buscador de oro no era compartida por nadie, y Anna, puta de campamento, era compartida por todos.

Le quedaban solamente el político y el alcaide de la cárcel. Moody reflexionó sobre ambos a la vez. Alistair Lauderback, al igual que su antagonista George Shepard, era un hombre que siempre delegaba, un hombre que estaba protegido de las consecuencias plenas de sus acciones gracias a que, en la mayoría de los casos, eran otros quienes llevaban a la práctica sus caprichos. Había más paralelismos. Lauderback se iba a presentar dentro de poco al escaño de Westland; Shepard iba a empezar dentro de poco a construir su cárcel y su manicomio en la terraza de Seaview. Lauderback arrastraba una historia personal con Lydia Wells, su antigua querida del garito, de la misma manera que Shepard arrastraba una historia personal con Francis Carver, su antiguo prisionero de la cárcel de Sídney.

En su imaginación, Moody había distribuido estas figuras externas en tres parejas: la viuda y el traficante; el político y el alcaide; el buscador de oro y la puta. La idea lo complacía, y es que Moody tenía una cabeza metódica, y las pautas, cualesquiera que fuesen, le daban tranquilidad. Casi como un juego, se preguntó qué papel interpretaba él en este extraño enredo de relaciones que aún estaba por resolver. Se preguntó si él también tendría un contrario. ¿Crosbie Wells, quizá? ¿Su homólogo era un muerto? Moody recordó, de repente, la aparición a bordo del bricbarca *Godspeed*, e involuntariamente se estremeció.

—¿En qué está pensando? —preguntó Harald Nilssen, y Moody se dio cuenta de que los hombres de la sala llevaban un rato esperando a que hablase. Todos lo estaban mirando más o menos con el mismo semblante de esperanzada expectación..., emoción que, dependiendo del carácter de cada hombre, se delataba, se contenía o se exhibía. «De modo que yo he de ser el desentrañador», pensó Moody. «El detective: ese es el papel que he de interpretar».

—No le metan prisa —añadió Harald Nilssen, dirigiéndose a la sala en general, a pesar de que había sido él quien había animado a Moody a romper su silencio—. Que se tome el tiempo que necesite para hablar.

Pero Moody descubrió que era incapaz de hablar. Miró los rostros de uno en uno, sin saber qué decir.

Al cabo de unos instantes, Pritchard se inclinó y apoyó uno de sus largos dedos en el brazo de la silla de Moody.

—Mire —dijo—. Ha dicho que encontró algo en el cargamento del *Godspeed*, señor Moody, algo que le hizo dudar de que la misión del barco fuese una misión honrada. ¿Qué era?

—¿El cajón de mercancías, tal vez? —se interesó Balfour.

—¿Opio? —añadió Mannering—. ¿Algo relacionado con el opio?

—No le metan prisa —repitió Nilssen—. Que responda a su ritmo.

Walter Moody había entrado aquella noche en la sala de fumadores sin intención de divulgar lo que había sucedido durante la travesía desde Dunedin. A duras penas había podido decirse a sí mismo que había visto lo que había visto, y mucho menos había podido encontrarle un sentido para que otros hombres lo oyesen y lo entendiesen. En el contexto de la historia que le acababan de referir, sin embargo, veía que su reciente experiencia aportaba una suerte de explicación.

—Caballeros —dijo al fin—. Esta noche me han honrado con su confianza, y les doy las gracias por su relato. A cambio tengo una historia que ofrecerles. Hay varios aspectos por los que creo que despertará su interés, aunque me temo que poco más voy a conseguir que cambiar sus preguntas de ahora por otras distintas.

—Sí, sí —dijo Balfour—. Salga al escenario, señor Moody; es todo suyo.

Obedientemente, Moody se levantó y se puso de espaldas al fuego; nada más hacerlo, sin embargo, se sintió ridículo, y pensó que ojalá hubiese permanecido sentado. Se agarró las manos a la espalda y se meció sobre los talones antes de hablar.

—Quisiera decirles a todos de entrada que creo que tengo noticias sobre Emery Staines —dijo por fin.

—¿Buenas o malas? —preguntó Mannering—. ¿Está vivo? ¿Lo ha visto?

Aubert Gascoigne iba adquiriendo un aspecto más avinagrado cada vez que Mannering abría la boca; aún no le había perdonado al magnate su grosería de aquella tarde, y no llevaba trazas de hacerlo. Gascoigne toleraba muy mal la humillación, y era capaz de guardar rencor durante mucho tiempo. Ante esta interrupción, manifestó su descontento siseando de forma audible.

—No lo sé con certeza —repuso Moody—. He de advertirle, señor Mannering, como también a todos ustedes, que mi historia encierra varios pormenores que, ¿cómo decirlo?, no me llevan en principio a ninguna conclusión racional. Espero que me disculpen por no haber revelado antes la historia completa de mi viaje; confieso que ni yo mismo sabía qué pensar de ella.

La sala se había sumido en un gran silencio.

—Recordarán que mi travesía de Dunedin a la Costa fue muy agitada —comenzó Moody—; también recordarán, espero, que el billete que había comprado de forma tan precipitada no incluía una litera propiamente dicha, sino un simple huequecito en la entrecubierta. Este hueco era oscuro como boca de lobo, hediondo e inhabitable. Cuando se desencadenó la tormenta, caballeros, me hallaba en cubierta, de donde

apenas me había movido en todo el viaje.

»Al principio, la tormenta no parecía más que una pizca de mal tiempo, un mero azote de viento y lluvia. A medida que fue cobrando fuerza, sin embargo, mi alarma fue en aumento. Me habían advertido que los mares de la Costa Occidental eran procelosos, y que en cada viaje a los yacimientos la Muerte jugaba a los dados contra la señora Pesadilla. Empecé a sentir miedo.

»Tenía mi maleta. Quería devolverla a la bodega, a fin de que, si me caía por la borda, mis documentos me sobreviviesen y se pudiese celebrar mi funeral como es debido, con mi verdadero nombre. A los marineros de los muelles les había dado un nombre falso, como recordarán: había enseñado documentos pertenecientes a otra persona. La mera idea de que se pronunciase un nombre falso en mi funeral...

—Horrible —interpuso Clinch.

Moody hizo una reverencia.

—Ya me entienden. En fin, me abrí paso como pude por cubierta, abrazando bien la maleta, y abrí la escotilla de proa con grandes dificultades, pues el viento arreciaba y el barco cabeceaba por todas partes. Por fin logré abrir la escotilla y tiré mi maleta al agujero..., pero tuve mala puntería. El cierre chocó con el borde de la cubierta de abajo; la maleta se abrió y su contenido salió disparado. Todas mis pertenencias estaban desparramadas ahora por la bodega de carga, y no me quedó más remedio que bajar por la escalera a duras penas para ir a recogerlas.

»Tardé un buen rato en bajar. La bodega estaba muy oscura; no obstante, a cada viraje, el rayo de luz que se colaba por la escotilla abierta la recorría como una mirada errante. El olor era espantoso. Las cajas crujían bajo los correajes y las cadenas, haciendo un ruido verdaderamente infernal. En la bodega había varias jaulas de gansos, y muchas cabras. Los pobres animales graznaban y balaban, dando voz a su angustia de todas las maneras posibles. Me puse a recoger mis pertenencias de la manera más eficiente que pude, ya que no quería permanecer en aquel sitio más tiempo que el estrictamente necesario. A través de tamaña cacofonía, empero, percibí otro sonido.

»Se oía una especie de golpeteo procedente del interior del cajón de mercancías que tenía más cerca; un golpeteo furioso, lo bastante fuerte como para destacar entre todo el barullo.

Balfour parecía muy atento.

—Sonaba como si hubiese un hombre atrapado allí dentro, dando cabezazos, golpes, patadas —prosiguió Moody—. Grité «Hola» y me acerqué tambaleándome, pues el barco cabeceaba cosa mala, y desde el interior oí que alguien gritaba un nombre sin parar: «Magdalena, Magdalena, Magdalena». Supe entonces que allí había un hombre, y no una rata ni ningún tipo de bestia. Me puse a arrancar las tachuelas del cajón a toda prisa, y al cabo de un rato conseguí abrir la tapa haciendo palanca. Debía de ser en torno a las dos de la tarde —añadió Moody, con delicado énfasis—. En cualquier caso, cuatro o cinco horas antes de que atracásemos en

Hokitika.

—Magdalena —dijo Mannering—. Esa es Anna.

Gascoigne parecía furioso. Moody miró a Mannering.

—Perdone —dijo—. Me temo que no le sigo. ¿Magdalena es el segundo nombre de la señorita Wetherell?

—Es un modo de llamar a una puta —explicó Mannering.

Moody movió la cabeza para indicar que seguía sin comprender.

—Igual que los perros se llaman todos Frido y las vacas Bess.

—Ah, sí... Ya entiendo —dijo Moody, pensando en su fuero interno que el hombre podría haber dado un par de ejemplos más atractivos, habida cuenta de que él mismo se dedicaba al negocio de la prostitución.

—Quizá... —apuntó lentamente Benjamin Löwenthal—. Quizá podríamos decir, con dudas razonables, por supuesto, que el hombre que iba dentro del cajón era Emery Staines.

—Se quedó prendado de Anna, eso seguro —asintió Mannering.

—¡Staines desaparece el mismo día en que Carver leva anclas! —dijo Balfour, echándose hacia delante en su asiento—. ¡Y el mismo día en que se pierde mi cajón! ¡Pues claro, eso es! ¡Staines se mete en el cajón, Carver birla el cajón, Carver zarpa!

—Pero ¿con qué propósito? —dijo Pritchard.

—Por casualidad no le echaría un vistazo a la nota de pago, ¿no? ¿Y al conocimiento de embarque?

—No, no lo hice —repuso con tono cortante Moody. Aún no había concluido su relato, y no le gustaba que lo interrumpiesen cuando estaba a medias. Pero el embelesado público de la sala se había disuelto, por enésima vez aquella noche, en un tumulto murmurante en el que cada hombre daba voz a sus suposiciones y expresaba su sorpresa.

—¡Emery Staines... en el barco de Carver! —estaba diciendo Mannering—. La pregunta, claro está, es si se escondió por su cuenta, que sería la primera posibilidad; si lo subieron a bordo por error, que sería la segunda, o, la tercera, si Carver lo capturó y decidió encerrarlo en un cajón de mercancías.

Nilssen negó con la cabeza.

—Pero ¡si ha dicho que la tapa estaba cerrada con tachuelas! ¡Eso no puede hacerse desde dentro!

—Igualito que un ataúd. ¿Cómo iba a respirar el hombre?

—El pino tiene rendijas..., huecos...

—¡No bastan para respirar, eso seguro!

—Tom, tu cajón de mercancías. ¿Había suficiente espacio en el interior para un hombre adulto?

—¿Y qué tamaño tiene un cajón de mercancías, por cierto?

—No olvide que Carver y Staines son socios.

—Más o menos el tamaño de una carreta. Los habrá visto apilados en los muelles.

Un hombre podría tumbarse dentro cómodamente.

—¡Socios de una concesión improductiva!

—De todos modos, qué raro que siguiera dentro del cajón en el trayecto de vuelta desde Dunedin. Qué raro, ¿no? Casi parece indicar que Carver no sabía que estuviese allí.

—Deberíamos dejar al señor Moody que termine.

—¡Bonita manera de tratar a un socio..., encerrarlo para que muera!

Los únicos que no se habían sumado a esta algarabía de suposiciones eran los dos chinos, Quee Long y Sook Yongsheng, que estaban sentados muy tiesos con los ojos solemnemente clavados en Moody, como desde el inicio de la reunión. La mirada de Moody se cruzó con la de Ah Sook, y, aunque la expresión de este último no se alteró, a Moody le pareció que transmitía una especie de conmiseración, como si quisiera decir que entendía perfectamente la sensación de impaciencia de Moody.

La ausencia de un idioma común había impedido que Ah Sook comunicase esa noche a la asamblea la historia completa de sus tratos con Francis Carver, y, en consecuencia, los presentes de habla inglesa seguían ignorando por completo los pormenores de este antiguo vínculo más allá del dato de que Carver había cometido un asesinato y Ah Sook había decidido vengarlo. Moody sostuvo la oscura mirada de Ah Sook con la palidez de la suya. Se preguntó por la historia que habían compartido los dos hombres. Ah Sook solo había confiado que había conocido a Carver de niño; no había divulgado nada más. Moody calculó que Ah Sook tendría unos cuarenta y cinco años de edad, lo cual significaría que había nacido a comienzos de los años veinte; por tanto, tal vez Carver y él se habían conocido durante las guerras chinas.

—Señor Moody —dijo Cowell Devlin—. Permítanos que le hagamos la pregunta a usted. ¿Usted cree que el hombre que iba dentro del cajón era Emery Staines?

De repente se hizo el silencio en la sala.

—No conozco al señor Staines, de modo que no lo reconocería —respondió Moody con fría formalidad—. Pero sí, eso supongo.

Pritchard estaba haciendo cálculos para sus adentros.

—Si Staines hubiese estado dentro de ese cajón desde que Carver zarpó para Dunedin, habrían sido trece días sin agua ni aire —dijo.

—Funesto número —masculló alguien, y a Moody se le ocurrió pensar que trece eran también los hombres reunidos en estos momentos en la sala de fumadores... y que él era el decimotercero.

—¿Es posible..., trece días? —dijo Gascoigne.

—¿Sin agua? Difícil. —Pritchard se acarició la barbilla—. Pero claro, sin aire... Imposible.

—Pero puede que no estuviese allí desde que salió de Hokitika —señaló Balfour—. Puede que lo metieran en el cajón en Dunedin... Aunque si fue por voluntad propia o a la fuerza, eso ya...

—Aún no he terminado mi historia —señaló Moody.

—Sí —dijo Mannering—. ¡Cierto! No ha terminado. A callar esas bocas.

Las suposiciones cesaron. Moody volvió a mecerse sobre sus talones y, un instante después, reanudó su relato.

—Cuando me hube cerciorado de que en efecto era un hombre lo que había dentro del cajón, lo ayudé a salir; con dificultad, pues estaba muy débil y no respiraba nada bien. Era como si hubiese agotado todas sus fuerzas en dar golpes. Lo desanudé el pañuelo y le aflojé el cuello de la camisa, y, justo entonces, el pecho le empezó a sangrar.

—¿Puede que lo cortase sin darse cuenta? —dijo Nilssen.

Pero esta vez Moody no respondió; cerró los ojos y continuó, como si estuviese en un trance.

—La sangre le brotaba..., borboteaba, como si saliera de un surtidor; el hombre se apretaba el pecho, intentando contener el caudal, sin dejar por un instante de pronunciar aquel nombre entre sollozos: «Magdalena, Magdalena...». Lo miré horrorizado, caballeros. Me sentía incapaz de hablar. El volumen...

—¿Se arañó con el cajón? —volvió a interrumpir Nilssen, persistente.

—La sangre manaba literalmente de su cuerpo —dijo Moody, abriendo los ojos—. Sin lugar a dudas, no era un arañazo, señor. Difícilmente podría haberlo arañado yo, salvo quizá con una uña, y como puede ver las llevo muy cortas. Y repito, la sangre empezó a manar mucho después de que saliera del cajón, cuando ya estaba sentado fuera. Pensé que quizá llevaba un prendedor en el pañuelo..., pero no, no llevaba un prendedor. Llevaba el pañuelo atado con una lazada.

Pritchard tenía el ceño fruncido.

—Entonces ya debía de estar herido —dijo—. Antes de que abriese usted el cajón. Puede que se cortase antes de que usted entrara en escena.

—Puede —asintió Moody sin convicción—. Me temo que mi comprensión del suceso es bastante menos...

—¿Qué?

—Bueno —dijo Moody, recobrando la compostura—, permítanme que lo exprese de este modo: la herida no parecía... natural.

—¿Natural? —repitió Mannering.

Moody parecía incómodo. Tenía fe en las propiedades analíticas de la razón: creía en la lógica con la misma convicción tranquila con la que creía en su capacidad para percibirla. La verdad, para él, podía perfeccionarse, y una verdad perfecta era siempre absolutamente bella y completamente clara. Ya hemos mencionado que Moody no tenía religión; y por tanto no percibía verdad en el misterio, en lo inexplicable y en lo inexplicado, en esas brumas que nublan la percepción científica de la misma manera que las nubes materiales oscurecían en estos momentos el cielo de Hokitika.

—Sé que esto va a sonar muy raro, pero no estoy del todo seguro de que el hombre que iba dentro del cajón estuviese vivo siquiera. Con la poca luz de la bodega..., y las sombras... —Moody dejó la frase inacabada, y después añadió, con

voz más áspera—: Les diré una cosa. Ni siquiera sé si diría que aquello era un hombre.

—¿Y qué si no? —dijo Balfour—. Si no era un hombre, ¿qué era?

—Una aparición —replicó Moody—. Algún tipo de visión. Un fantasma. Suenan muy estúpido, lo sé. Quizá Lydia Wells sería capaz de describirlo mejor que yo.

Se hizo un breve silencio.

—¿Qué pasó después, señor Moody? —preguntó Frost.

Moody se giró para dirigirse al bancario.

—Mi siguiente paso, me temo, fue una cobardía. Me di la vuelta, agarré mi maleta y trepé a toda prisa por la escalera. Lo dejé allí..., todavía sangrando.

—Supongo que no vería el conocimiento de embarque en el cajón, ¿no? —volvió a decir Balfour, pero Moody no le respondió.

—¿Fue ese su único encuentro con el hombre? —preguntó Löwenthal.

—Sí —dijo Moody con gran pesar—. No me aventuré a bajar otra vez a la bodega... y cuando llegamos a Hokitika, una gabarra acercó a los pasajeros a tierra. Si el hombre en cuestión era realmente un hombre, si en efecto era Emery Staines, entonces sigue a bordo del *Godspeed*, mientras nosotros estamos aquí hablando..., al igual que Francis Carver, por supuesto. Los dos están a cierta distancia de la costa, justo después de la desembocadura del río, esperando la marea. Pero quizá me lo imaginé. El hombre, la sangre, todo. Jamás he sufrido alucinaciones con anterioridad, pero..., en fin; ya ven que estoy muy indeciso. En aquel momento, sin embargo, estaba seguro de haber visto un fantasma.

—Puede que lo viera —dijo Devlin.

—Puede que sí. —Moody inclinó la cabeza—. Aceptaré esa explicación como la verdad, si hay suficientes pruebas de peso. Pero discúlpenme si digo que se trata, a mi juicio, de una explicación descabellada.

—Con fantasma o sin él, me parece que por fin estamos ante una especie de solución —dijo Löwenthal, que parecía muy cansado—. Mañana por la mañana, cuando el señor Moody se vaya al muelle a recoger su baúl...

Pero Löwenthal se interrumpió. La puerta de la sala de fumadores se cerró de repente y golpeó la pared con una violencia tal que todos los presentes dieron un respingo. Se dieron la vuelta como un solo hombre... y vieron, en la entrada, al mozo de Mannering, sin resuello y apretándose el costado a causa del flato.

—Las luces —dijo jadeando.

—¿De qué se trata? —inquirió Mannering, incorporándose con esfuerzo—. ¿Qué luces? ¿Qué pasa?

—Las luces de la lengua de tierra —dijo el chico sin soltarse el costado, pues la respiración le salía entrecortada.

—¡Suéltalo ya!

—No puedo. —Arrancó a toser.

—¿Por qué demonios has estado corriendo? —gritó Mannering—. ¡Se suponía

que tenías que quedarte quietecito ahí fuera! ¡Quieto, condenado! ¡No te pago para que te vayas a dar un maldito paseo!

—Se trata del *Godspeed* —consiguió decir el chico.

De repente se hizo el silencio en la habitación.

—¿El *Godspeed*? —vociferó Mannering; se le salían los ojos de las órbitas—. ¿Qué pasa con él? ¡Habla, idiota!

—Las luces de navegación de la lengua —dijo el chico—. Se apagaron... con el viento y... la marea...

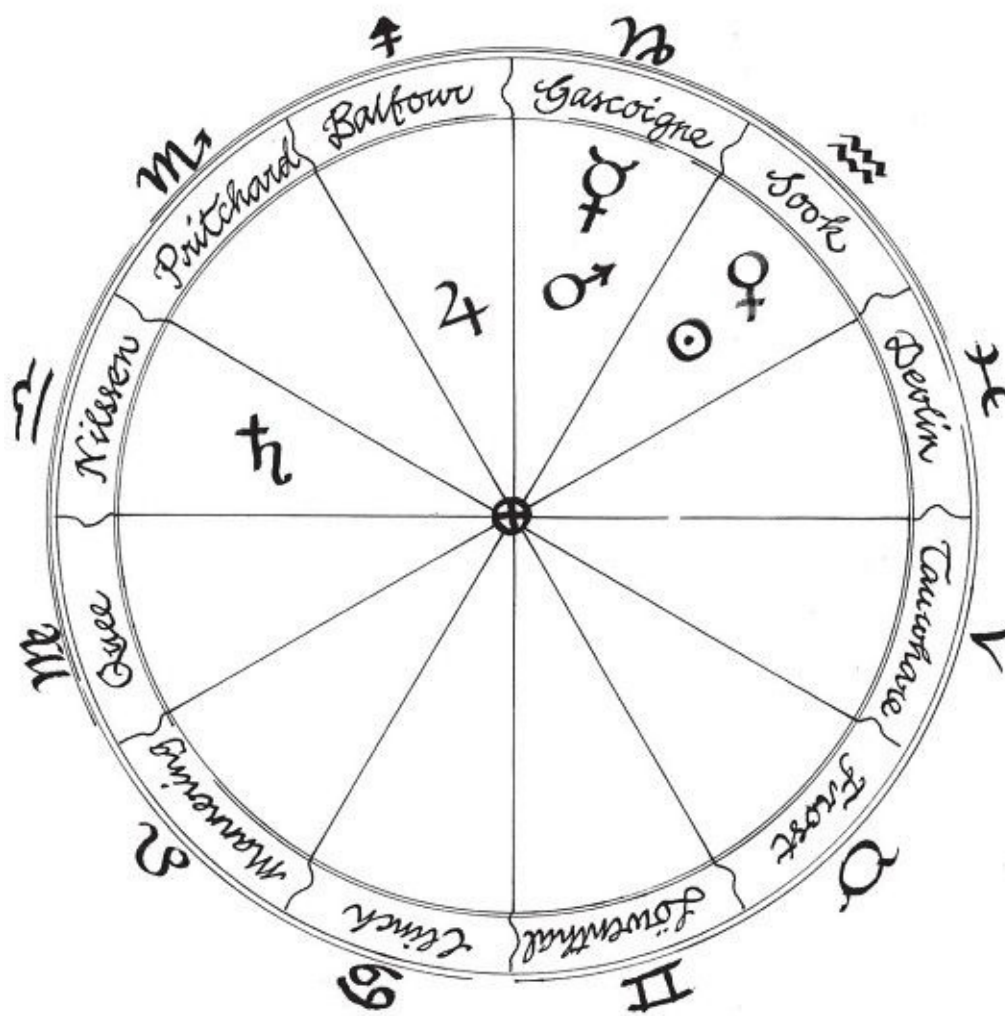
—¿Qué ha ocurrido?

—El *Godspeed* ha encallado. Zozobró en la barra..., no hará ni diez minutos que volcó. —El chico hizo una pausa para tomar aire—. El palo mayor se rompió... y después volcó de nuevo..., y después las olas entraron por las escotillas y lo hundieron. Está en las últimas, señor. Está en las últimas. Ha naufragado.

Segunda parte
Augurios

18 de febrero de 1866

42° 43' 0" S / 170° 58' 0" E



ECLÍPTICA

En el que nuestras lealtades han cambiado, como deja claro nuestro semblante

Han transcurrido tres semanas desde que Walter Moody desembarcó, desde que se celebró a hurtadillas el conciliábulo y desde que el bricbarca *Godspeed* se sumó a los pecios de la barra. Ahora, cuando los doce hombres se saludan, lo hacen con un sobreentendido especial, como cuando un masón se encuentra con un miembro de su logia, a plena luz del día, e intercambian una mirada elocuente y grave. Dick Mannering le ha hecho un gesto a Cowell Devlin con la cabeza al cruzarse con él en la vía pública de Kaniere; Harald Nilssen ha saludado dos veces a Thomas Balfour quitándose el sombrero; Charlie Frost y Joseph Pritchard se han dado los buenos días en la cola del desayuno de la cantina. Un secreto siempre tiene efectos tonificantes en una amistad incipiente, como también la impresión compartida de que hay una figura externa a la que culpar: lo que ha unido a los hombres del Crown no son tanto las creencias compartidas como, observamos, los celos compartidos; celos que, en su mayor parte, apuntan al exterior. Los variopintos análisis que de Alistair Lauderback, George Shepard, Lydia Wells, Francis Carver, Anna Wetherell y Emery Staines han hecho los hombres del Crown se han vuelto cada vez más sugerentes, por mucho que no se haya demostrado nada, nadie haya sido juzgado y no haya salido a la luz ninguna información nueva. Sus creencias se han vuelto más descabelladas; sus hipótesis, menos prácticas, y sus consejos, menos pertinentes. La sospecha no confirmada tiende, con el paso del tiempo, a volverse obstinada y falaz, y a caer presa de las vicisitudes del humor: adquiere todas las cualidades de la superstición común, y los hombres del hotel Crown, cuya trama de lealtades está cosida, al fin y al cabo, con el brillante hilo del tiempo y el movimiento, no son, como no lo es nadie, inmunes a las influencias.

Pues los planetas han cambiado de lugar sobre el lienzo giratorio de las estrellas. El Sol ha avanzado un doceavo de vuelta en la rueda inclinada de su senda eclíptica, y con este movimiento llega un nuevo orden mundial, una nueva perspectiva de la totalidad. Con el Sol en Capricornio éramos reservados, exigentes y altivos en nuestra distancia. Cuando contemplábamos al Hombre, pretendíamos mejorarlo: llorábamos sus fracasos y valorábamos sus dones. No podíamos imaginarnos lo que habría podido ser si se le hubiese tentado a traicionar su propia naturaleza... o, mejor aún, si se hubiese traicionado a sí mismo sin tentación alguna. Pero no hay más verdad que la verdad en la relación, y la relación celeste está compuesta por ruedas en

movimiento, ejes inclinados, discos giratorios; una orquestación que funciona como el mecanismo de un reloj y que cambia a cada segundo, sin repetirse jamás, sin detenerse. Ya no tenemos el amparo de una clausurada reminiscencia del pasado. Ahora miramos hacia fuera, a través de la fantasía de nuestras convicciones: vemos el mundo como queremos que sea, y nos imaginamos morando en él.

ARIES EN LA TERCERA CASA

En el que Te Rau Tauwhare sale en busca de empleo y las sugerencias de Löwenthal son rechazadas

En la oficina del periódico de la calle Weld, Te Rau Tauwhare se encontró con que la puerta estaba abierta, sujeta por un perchero, y oyó que dentro había alguien silbando. Entró sin llamar y cruzó la tienda para dirigirse al taller del fondo, donde el director del periódico, Benjamin Löwenthal, se hallaba sentado a su mesa de trabajo, componiendo los tipos para la edición del lunes del *West Coast Times*.

En su mano izquierda Löwenthal tenía un componedor de acero, más o menos del tamaño de las reglas escolares; con la derecha iba seleccionando unos tipos minúsculos y encajándolos diestramente, con las muescas hacia fuera, en el extremo cuadrado del componedor, tarea esta que le exigía leer no solo de derecha a izquierda, sino también de atrás hacia delante, pues el texto de galeradas era a la vez una imagen en espejo e invertida. Una vez compuesta la línea, la encajaba en la plancha, una bandeja de acero plana algo más grande que una página de periódico; entre las líneas insertaba unas tiritas de plomo para crear un espacio, y, de vez en cuando, una regla de latón con reborde para remarcar un subrayado. Una vez metida en la plancha la última línea de texto, incrustaba cuñas de madera por todo el borde de la bandeja, golpeándolas con un mazo para asegurarse de que los tipos quedaban bien ajustados; después, rebajaba la superficie de la galerada con un madero para asegurarse de que los tipos quedaban todos a la misma altura. Por último, mojaba el rodillo en una bandeja de tinta, cubría la galerada entera de una fina película de negro brillante y, rápidamente para que no diese tiempo a que se secase la tinta, ponía encima una temblorosa hoja de papel de prensa.

Löwenthal siempre imprimía a mano las primeras pruebas, a fin de cerciorarse de que no tuviesen errores antes de entregar a imprenta la galerada..., si bien apenas cometía errores por accidente o por descuido, pues era, por naturaleza, bastante tiquismiquis.

Saludó a Tauwhare muy calurosamente.

—Juraría que no lo he visto desde la noche en que encalló el *Godspeed*, señor Tauwhare. ¿Puede ser?

—Sí —dijo Tauwhare, con tono de indiferencia—. He estado en el norte. —Echó una ojeada a la mesa de trabajo: cajas de tipos, botes de tinta y lejía, cepillos, pinzas, mazos, un surtido de tipos de plomo y de latón, un cuenco con manzanas magulladas,

un cuchillo de mondar.

—Y qué, acaba de volver, ¿no?

—Esta mañana.

—Pues seguro que adivino por qué ha vuelto.

Tauwhare frunció el ceño.

—¿Cómo iba a adivinarlo?

—¡Pues claro! ¡Para la sesión de espiritismo de la viuda! ¿A que he dado en el clavo?

Tauwhare guardó silencio unos instantes, sin relajar el ceño.

—¿Qué es una sesión de espiritismo? —dijo al fin, con tono de sospecha.

Löwenthal se rio. Soltó el componedor, cruzó la habitación y cogió el periódico del sábado, que estaba doblado sobre el borde del lavamanos.

—Aquí está —dijo. Lo abrió por la página 2, dio unos golpecitos en un anuncio con el dedo manchado de tinta y se lo pasó a Tauwhare—. Debería venir. No a la sesión en sí, pues para eso hace falta una entrada especial, sino a la fiesta que habrá antes.

Era un anuncio a dos columnas. Estaba impreso con una tipografía en negrita de dieciocho puntos, que Löwenthal solía reservar exclusivamente para cabeceras y titulares históricos, y tenía un grueso reborde negro. El *Wayfarer's Fortune*, cuya propietaria y directora era la señora Lydia Wells, procedente de la ciudad de Dunedin, viuda de Crosbie, iba a abrir al público por vez primera esa misma noche. En honor de la ocasión, la señora Wells, célebre médium, tenía la deferencia de presentar la primera sesión de espiritismo de Hokitika. El acceso a la sesión estaba restringido a un público selecto, y las entradas se asignarían según el principio de «primero al primero»; no obstante, a modo de preámbulo habría una velada de «bebidas y especulación» abierta al distinguido público, al que se animaba, de manera colectiva, a acudir sin prejuicios.

Este último requerimiento era quizá más fácil de decir que de llevar a la práctica, pues, según el periódico, el objetivo de la sesión era localizar, a través del instrumento extraordinariamente sensible de la señora Wells en persona, ciertos temblores del espíritu cuya investigación abriría un canal entre este mundo y el más allá, estableciendo así algún tipo de relación con los muertos. Dentro de la amplia categoría de los muertos, la señora Wells había hecho una selección exigente en exceso a la vez que confiada también en exceso: tenía en mente convocar a la sombra del señor Emery Staines, que aún no había vuelto a Hokitika, y cuyo cuerpo, tras cinco semanas de ausencia, aún no había aparecido.

La viuda no había dejado claro lo que pensaba preguntarle a la sombra del señor Staines, pero todo el mundo daba por hecho que, por lo menos, solicitaría que le contase las circunstancias de su muerte. Cualquiera médium que se precie dirá que un espíritu que ha sido asesinado es mucho más locuaz que un espíritu que ha abandonado este mundo en paz..., y Lydia Wells, huelga decirlo, se preciaba de

sobra.

—¿Qué es una sesión de espiritismo? —volvió a preguntar Tauwhare.

—Una redomada sandez —dijo Löwenthal con tono jovial—. Lydia Wells ha anunciado a todo Hokitika que va a entrar en contacto con el espíritu de Emery Staines, y más de la mitad de Hokitika ha confiado en su palabra. La sesión propiamente dicha no es más que una representación. Entrará en trance, como si le diese un síncope o un ataque, y después dirá unas palabras con voz de hombre, o hará que las cortinas se muevan de manera repentina, o le dará un penique a un chico para que suba por la chimenea y dé voces por la salida de humos. Puro teatro. Y claro, se irán todos a casa pensando que han entrado en contacto con un fantasma. ¿Dónde dice que ha estado?

—En Mawhera —respondió Tauwhare—. Greymouth. —Seguía mirando el periódico con el ceño fruncido.

—Allí no se sabe nada del señor Staines, supongo.

—No.

—Aquí tampoco. Lamento decir que estamos perdiendo las esperanzas. Pero a lo mejor esta velada nos depara alguna pista. Verá, lo que es realmente sospechoso es la certeza de la señora Wells de que el señor Staines está muerto. Si eso lo sabe, ¿qué más sabe, y cómo lo sabe? Ah, señor Tauwhare, estas dos últimas semanas se han oído todo tipo de habladurías. No me perdería esta fiesta por nada del mundo. Ojalá hubiese podido hacerme también con una entrada.

Y es que la viuda había decidido limitar su sesión a siete personas solamente —pues el siete era un número lleno de alusiones mágicas, dotado de un eco enigmático y misterioso—, y aquella mañana Löwenthal, nada más llegar al Wayfarer's Fortune unos quince minutos antes de que dieran las nueve, descubrió, para su inmenso pesar, que esas siete plazas ya estaban ocupadas. (De los hombres del Crown, solo Charlie Frost y Harald Nilssen habían conseguido una entrada). Löwenthal, como tantos otros hombres decepcionados, tendría que contentarse con asistir a las «bebidas y especulaciones» preliminares y marcharse antes de que se celebrase la sesión de espiritismo. Intentó comprarle una entrada al doble de precio a alguno de los siete afortunados, pero en vano. Tanto Frost como Nilssen rechazaron su oferta en el acto, si bien Nilssen prometió describir el evento con todo lujo de detalles una vez finalizado, y Frost sugirió que tal vez Löwenthal quisiera ayudarlo a desarrollar, de antemano, una estrategia de reconocimiento.

—Son tres chelines en la puerta —aclaró Löwenthal, por si se daba el caso de que Tauwhare no supiera leer y estuviese disimulando su impericia.

—¿Tres chelines? —dijo Tauwhare, levantando la vista. Para una noche de diversión, era una cantidad insólita—. ¿A cambio de qué?

Löwenthal se encogió de hombros.

—Sabe que puede cobrar lo que le plazca, y eso es lo que piensa hacer. Puede que uno amortice el brandy si bebe lo bastante deprisa, porque va a poner barra libre; no

cobra por bebida. Pero tiene usted razón, es un robo. Y claro, todos están ansiosos por hablar con Anna. Ella es la verdadera atracción..., ¡el verdadero gancho! Ya sabe que en las tres últimas semanas apenas se la ha visto salir del Wayfarer's. A saber qué habrá estado ocurriendo allí dentro.

—Quisiera poner un anuncio en su periódico —proclamó Tauwhare. Soltó el ejemplar sobre el escritorio con cierta rudeza, de suerte que resbaló por la plancha de Löwenthal.

—Cómo no —dijo Löwenthal con tono reprobatorio. Cogió su lápiz—. ¿Trae preparado el anuncio?

—«Guía maorí con amplia experiencia y dominio del inglés, buen conocedor de la zona, ofrece sus servicios a agrimensores, mineros, exploradores y similares. Éxito y seguridad garantizados».

—«Agrimensores, mineros, exploradores» —repitió Löwenthal a la vez que escribía—. «Éxito y seguridad». Perfecto... Y después pongo su nombre, ¿le parece?

—Sí.

—También necesito una dirección. ¿Se va a quedar aquí?

Tauwhare vaciló. Había planeado regresar al valle Arahura y pasar la noche en la cabaña desierta de Crosbie Wells; pero no quería informar a Löwenthal de su intención, dada la estrecha amistad de Löwenthal con Edgar Clinch, el hombre a quien ahora pertenecía legalmente la morada.

Edgar Clinch había sido objeto recurrente de las reflexiones de Tauwhare desde la reunión del hotel Crown tres semanas antes, pues, a pesar de todas las negociaciones que habían tenido lugar en el transcurso de la última década entre los maoríes y los *pakeha*, Te Rau Tauwhare seguía considerando el valle Arahura como suyo, y se enfadaba muchísimo cada vez que alguien compraba una extensión de tierra Te Tai Poutini para obtener beneficios y no para utilizarla. Por lo que sabía Tauwhare, Clinch no había pasado ninguna temporada en el Arahura antes de la venta; desde la adquisición, ni siquiera se había molestado en recorrer el perímetro de la superficie que ahora le pertenecía por ley. ¿Cuál había sido la finalidad de la compra? ¿Tenía Clinch intención de afincarse allí? ¿Tenía intención de cultivar la tierra? ¿De talar los madereros autóctonos? ¿De represar el río? ¿De abrir un pozo, tal vez, y buscar oro? Desde luego, no había hecho nada con la cabaña de Crosbie aparte de vaciarla de todo lo que podía vender... y hasta eso lo había hecho por poderes. Era un dividendo hueco que no exigía ni habilidad, ni amor ni horas de paciente industria: un dividendo así no podía sino desperdiciarse, ya que del desperdicio venía y al desperdicio habría de regresar. Tauwhare era incapaz de respetar a un hombre que trataba la tierra como si no fuese más que otro tipo de moneda. ¡La tierra no se podía acuñar! La tierra solo era para vivir en ella, y amarla.

En esto Te Rau Tauwhare no era ningún hipócrita. Había recorrido hasta el último rincón de la Costa Occidental a pie, en carro, a caballo y en canoa. Podía imaginarse toda su extensión como si la viera en un mapa lujosamente ilustrado: en el extremo

norte, Mohikinui y Karamea, donde el musgo era grueso y húmedo, donde las hojas parecían de cera, donde el monte era una maraña con olor a tierra, donde las hojas de nikau, caídas de los troncos de las palmeras, cubrían el suelo, enormes y pesadas como aletas de ballena; más al sur, el bronce esmaltado del río Taramakau, las torres almenadas de Punakaiki, los marjales al norte de Hokitika, invadidos siempre por la bruma vaporosa de una casi lluvia; después los lagos acunados; después los silenciosos valles cubiertos de verde; después las faldas serpenteantes de los glaciares, con sus ondas azules y grises; después la cresta de los altos Alpes; y después, por fin, Okahu y Mahitahi en el extremo sur: playas anchas y pedregosas sembradas de los huesos de árboles inmensos, donde el oleaje era una incesante artillería y el viento un incesante rugido. Más allá de Okahu el litoral se tornaba escarpado e infranqueable. Tauwhare sabía que al otro lado estaban los profundos canales navegables de los fiordos del sur, donde el sol se ponía temprano por detrás de los inesperados picos, de tal suerte que el agua lucía el aspecto ennegrecido de la plata deslustrada, y las sombras se acumulaban como el aceite. Tauwhare jamás había visto Piopiotahi, pero había oído hablar de él, y lo amaba porque era tierra de Te Tai Poutini.

Esto por lo que a la franja de la Costa se refiere; y allí, en el corazón mismo de todo ello, ¡el río Arahura, *taonga, wahi tapu, he matahiapo i te iwi!* Si el Arahura era el ecuador de Tauwhare, pues dividía la tierra de Te Tai Poutini en dos mitades, entonces la cabaña de Crosbie, situada en el valle más o menos a medio camino entre las montañas y el océano, era su meridiano. Y sin embargo no podía reclamarla; su *hapu* no podía reclamarla; su *iwi* no podía reclamarla. Antes de que se diese sepultura al cuerpo de Crosbie Wells, aquel centenar de acres ondulados del valle Arahura había sido adquirido por un *pakeha* sediento de beneficios, que había jurado, por su honor, que se había quedado con la tierra honestamente: no había habido juego sucio de ningún tipo, había dicho, y desde luego no había violado ninguna ley.

—¿Un hotel? —preguntó Löwenthal—. ¿O un albergue? Me vale solo con el nombre.

—No tengo una dirección —dijo Tauwhare.

—Veamos. —Löwenthal quiso prestarle su ayuda—. Escribiré: «Para cualquier información preguntar al director del periódico, calle Weld». ¿Qué le parece? Si quiere puede venir a finales de esta semana a preguntarme si alguien se ha interesado.

—De acuerdo.

Löwenthal esperó una expresión de gratitud, pero en vano.

—Muy bien —dijo tras una breve pausa. El tono de voz era frío—. Una semana en las columnas del periódico son seis peniques. Dos semanas, diez peniques, y un mes, un chelín y diez peniques. Por adelantado, naturalmente.

—Una semana. —Tauwhare vació cuidadosamente el contenido de su monedero en la palma de su mano. El montoncito de peniques y cuartos de penique dejaba bien claro que necesitaba trabajo. Sus únicos ingresos desde la noche del Crown habían

sido un chelín de plata que había ganado en un pulso dos semanas atrás. Cuando pagase a Löwenthal por el anuncio, apenas le quedaría para cubrir la comida del día siguiente.

Löwenthal lo miró fugazmente mientras contaba la calderilla.

—Se me ocurre, señor Tauwhare, que si anda mal de dinero quizá quiera pasarse por la lengua. —Su tono de voz volvía a ser amable—. Hay demanda de mano de obra en el muelle Gibson. Tal vez no lo haya oído; la campana sonó hace una hora. El *Godspeed* por fin ha salido del agua, ¿sabe?, y necesitan hombres para descargar el cargamento.

Durante las tres últimas semanas el bricbarca había sido desviado hacia aguas menos profundas por dos grandes remolcadores; desde allí, habían subido su casco sobre unos rodillos alineados con la orilla; por último, con la bajamar de esa misma mañana, un tiro de caballos clydesdale con arnés y un cabrestante lo habían sacado de las rompientes. Ahora yacía sobre la lengua, y, en su destrozada enormidad, parecía menos una criatura del agua embarrancada que una criatura del aire caída. Löwenthal se había acercado hasta la lengua esa misma mañana; había fantaseado con que el barco se había abatido desde una gran altura para perecer en el punto donde se había desplomado. Sus tres mástiles estaban partidos por la base, y sin el velamen y las jarcias parecía casi como si lo hubiesen esquilado. Se había quedado mirándolo un buen rato antes de reanudar su paseo. Cuando bajasen el cargamento y quitasen los accesorios, lo desmantelarían y lo venderían, poco a poco, como material de salvamento y para repuestos.

—Ahora que lo digo —prosiguió—, no nos vendría nada mal tener a uno de los nuestros allí mientras se vacía el cargamento. Por lo del cajón de Tom, quiero decir; y por lo que creyó ver el señor Moody abajo, fuera lo que fuese. Usted puede ser nuestros ojos y nuestros oídos, señor Tauwhare. Tiene la excusa perfecta, si anda escaso de dinero y necesita un trabajo honrado. Nadie le va a preguntar cómo ni por qué.

Pero Tauwhare negó con la cabeza. Había jurado, en su fuero interno, no volver a negociar jamás con Francis Carver, bajo ningún concepto.

—No hago chapuzas —dijo, dejando seis peniques sobre la encimera.

—Pásese por el *Godspeed* —insistió Löwenthal—. Nadie le va a preguntar nada. Tiene usted la excusa perfecta.

Pero a Tauwhare no le gustaba que le diesen consejos, por bienintencionados que fueran.

—Esperaré a que me salga trabajo de guía.

—Puede que tenga que esperar una larga temporada.

Se encogió de hombros.

—Puede.

Löwenthal empezaba a enfadarse.

—Sea sensato —dijo—. Se le ofrece la oportunidad de hacernos un buen favor a

todos, y además a sí mismo. No podrá asistir a la fiesta de la viuda sin una entrada, y no podrá sacarse una entrada si tiene el monedero vacío. Pásese por el muelle Gibson, póngase manos a la obra durante un día y háganos un favor a todos.

—No quiero asistir a esa fiesta.

Löwenthal estaba incrédulo.

—¿Por qué demonios no quiere?

—Usted ha dicho que iba a ser una pamema. Puro teatro.

Entre ambos se cruzó un momento de silencio.

—¿Sabía que han traído a un abogado? —dijo al fin Löwenthal—. Un tal señor John Fellowes, de la Policía de Greymouth. Le han asignado que ponga en orden el caso Crosbie Wells.

Tauwhare se encogió de hombros.

—Está haciendo sus pesquisas mientras nosotros hablamos —continuó Löwenthal—, a fin de descubrir si este asunto merece una investigación. Está preparando un informe para un juez del Tribunal Supremo. Decir Tribunal Supremo es decir asesinato, señor Tauwhare. Un juicio por asesinato.

—No he participado en ningún asesinato —repuso Tauwhare.

—Quizá no..., pero los dos sabemos que está usted tan implicado en este asunto como el resto de nosotros. ¡Venga! El señor Moody vio algo en la bodega del *Godspeed*, y dispone usted de la oportunidad perfecta para descubrir lo que vio.

Pero a Tauwhare no le importaba lo que hubiese podido ver o no el señor Moody.

—Esperaré a que me salga un trabajo honrado —dijo nuevamente.

—Podría mostrar un poco de lealtad.

Tauwhare montó en cólera.

—No he roto mi juramento —dijo.

Löwenthal extendió la mano por encima de la mesa de trabajo, la puso sobre el montón de calderilla y lo arrastró al bolsillo de su delantal.

—No me refiero al grupo del Crown. Me refiero a su viejo amigo Wells. Al fin y al cabo, es de su viuda de quien estamos hablando. De su viuda, de su herencia y de su memoria. Usted hará lo que se le antoje, claro. Pero yo en su lugar haría todo lo posible por asistir esta noche a la fiesta.

—¿Por qué? —Tauwhare escupió la pregunta con desdén.

—¿Por qué? —dijo Löwenthal, cogiendo otra vez el componedor—. ¿Que por qué ser leal a su buen amigo Wells? Yo diría que se lo debe, después de haberlo vendido a Francis Carver.

JÚPITER EN SAGITARIO

En el que Thomas Balfour comete una indiscreción, resurgen antiguas cuestiones y Alistair Lauderback escribe una carta de protesta

Alistair Lauderback no había estado en Hokitika desde el miércoles por la mañana, debido sobre todo a que el naufragio del *Godspeed* se veía perfectamente desde sus habitaciones de la planta superior del hotel Palace y su contemplación le producía una amargura sin límites. Cuando se le presentó la oportunidad de pronunciar un discurso en el ayuntamiento de Greymouth y de inaugurar un pozo minero cerca de Kumara, aceptó ambas invitaciones de buena gana, y en el acto. En el momento en que nos sumamos a él (justo cuando Tauwhare se despidió de Löwenthal), Lauderback se estaba abriendo camino a toda prisa por los humedales de Kumara, con un rifle de caza Sharps al hombro y una cartera llena de perdigones en la mano. A su lado iba su amigo Thomas Balfour, armado como él y, como él también, colorado a causa del virtuoso esfuerzo. Habían pasado la mañana de caza y ahora iban hacia sus caballos, que estaban amarrados al borde del valle y en lontananza destacaban como dos pequeños parches, uno blanco y otro negro, sobre el fondo del cielo.

—Un día de perros —exclamó Lauderback, tanto para sus adentros como para Balfour—. ¡Un magnífico día de perros! Vaya, la verdad es que casi acaba uno perdonando la lluvia cuando al final sale un sol como este, ¿no le parece?

Balfour rio.

—Perdonarla, puede, pero olvidarla, no. Yo no.

—Es un país espléndido —dijo Lauderback—. ¡Mire qué colores! Son colores de Nueva Zelanda, enjuagados por lluvia de Nueva Zelanda.

—Y nosotros somos patriotas de Nueva Zelanda —apuntó Balfour—. Estas vistas son todas nuestras, señor Lauderback. Ahí están, a nuestra disposición.

—En efecto. ¡Los patriotas de la naturaleza!

—Sobran las banderas.

—Qué afortunados somos. Figúrese, son poquísimos los hombres que han hollado esta tierra.

—Más de los que suponemos —repuso Balfour—, si piensa que los pájaros han aprendido a desperdigarse al vernos; eso, seguro.

—Los mira con buenos ojos, Tom. Los pájaros son muy estúpidos.

—Recordaré estas palabras tuyas la próxima vez que vuelva a casa con un par de

patos y una larga historia sobre cómo los atrapó.

—De acuerdo, hágalo, pero que conste que aun así lo obligaré a escucharla.

Para Thomas Balfour, este jovial intercambio de palabras fue muy de agradecer. Durante las tres últimas semanas la compañía de Lauderback había sido harto desagradable, y hacía tiempo que Balfour se había cansado de su humor caprichoso, que oscilaba entre crispado, fiero y agrio. Lauderback tendía a revertir a conductas infantiles siempre que se truncaban sus esperanzas, y el naufragio del *Godspeed* había operado en él un cambio poco favorecedor. En los últimos tiempos buscaba celosamente la compañía de las multitudes, necesitando estar rodeado y atendido a todas horas; se negaba a quedarse a solas, y protestaba si se veía obligado a hacerlo. Su actitud en público no había cambiado —era exuberante y convincente cuando hablaba desde un púlpito—, pero en privado se había vuelto francamente irritable. Montaba en cólera a la menor provocación, y menospreciaba sin tapujos a sus dos devotos ayudantes, que achacaban estas vicisitudes de ánimo a la agotadora naturaleza de la vida política y no se quejaban. Aquel domingo se les había concedido un indulto de la compañía de Lauderback, debido a la escasez de rifles y, también, a que su patrón era reacio a compartir nada; por orden de Lauderback, durante su ausencia habrían de quedarse en la capilla de Kumara, examinando sus pecados.

Alistair Lauderback era un hombre profundamente supersticioso, y le parecía que podía fechar su súbito cambio de fortuna en la noche de su llegada a Hokitika, cuando se encontró con el cadáver del ermitaño Crosbie Wells. Cuando se detenía a pensar en todos los infortunios que había sufrido desde aquel día —el naufragio del *Godspeed* en particular— se sentía resentido con la totalidad de Westland, como si el desolado distrito hubiese sido cómplice en el proyecto de poner trabas a sus éxitos y de frustrar sus deseos. La ruina del *Godspeed* era una prueba, a su juicio, de que el lugar mismo estaba maldito para él. (Esta creencia no era tan irracional como cabría suponer, ya que el taimado movimiento de la barra de Hokitika se debía, en su mayor parte, al cieno y la grava que traía el río Hokitika de las concesiones de arriba y que se coagulaban en la boca del río, invisiblemente, trazando cambiantes figuras que solo respondían a la marea: en esencia, el *Godspeed* había llegado a su fin sobre la escoria de miles de concesiones, y en ese sentido se podía decir que hasta el último hombre de Hokitika tenía parte de culpa en el naufragio).

A los pocos días del naufragio del *Godspeed*, Thomas Balfour le había confesado a Lauderback que, en realidad, el cajón de mercancías que contenía los documentos y sus efectos personales había desaparecido del muelle Gibson, debido a un error de cargamento cuya responsabilidad no parecía imputable a nadie. Lauderback recibió esta información con desánimo, pero sin verdadero interés. Destruído el *Godspeed*, no tenía ya ninguna razón para chantajear a Francis Carver, pues su único objetivo había sido recuperar su amado barco: el contrato de venta del bricbarca, guardado en su baúl entre sus pertenencias, ya no le servía para hacer presión.

En los últimos tiempos Lauderback se había aficionado a jugar a los dados por las

tardes, pues el juego era una debilidad en la que caía siempre que se sentía avergonzado o desafortunado. Como es natural, exigía a Jock y Augustus Smith que se sumasen a este vicio, pues no soportaba sentarse solo a la mesa. Accedían diligentemente, si bien sus apuestas eran siempre muy tímidas y se retiraban temprano. Lauderback hacía sus apuestas con el adusto denuedo de un hombre que asignaba una desmesurada importancia a ganar, y se mostraba tan cauto con sus fichas como con su whisky, que bebía muy despacio a fin de que la velada se alargase hasta el alba.

—No pensaba regresar esta tarde, ¿no? —dijo en este momento, con un énfasis que sugería que lo lamentaba.

—Sí pensaba hacerlo —contestó Balfour—. Es decir... eso pienso. Mi intención es llegar a Hokitika para la hora de cenar.

—Retráselo un día —le rogó Lauderback—. Venga esta noche al Guernsey a jugar a los dados. No tiene sentido que vuelva solo. Yo me tengo que quedar para cortar una cinta mañana por la mañana, pero estaré de vuelta en Hokitika al mediodía. Antes del mediodía.

Pero Balfour negó con la cabeza.

—No puedo. Mañana a primera hora me llega una remesa. El lunes sin falta.

—¡Pero no me diga que tiene que estar presente para recibir una remesa!

—Ya, pero necesito tiempo para cuadrar mi situación financiera —dijo Balfour con una mueca—. He sumado doce libras a mis números rojos desde el miércoles pasado..., lo que significa que usted tiene doce libras más en el bolsillo. Una libra por cada cara de los dados.

(Balfour ocultó la verdadera razón de sus prisas: que quería asistir a la velada de «bebidas y especulaciones» que había organizado la viuda para esa tarde en el salón del Wayfarer's Fortune. No le había hablado a Lauderback de la señora Wells desde que el político le hiciera su confesión en el comedor del hotel Palace, pues había considerado prudente dejar que fuese él quien sacase el tema, y en sus propios términos. Lauderback, no obstante, también había evitado toda mención de la viuda, si bien a Balfour le parecía que su silencio tenía un tono tenso e incluso desesperado, como si en cualquier momento fuese a estallar y gritar el nombre de la mujer).

—Esto me recuerda mis tiempos de colegial —dijo Lauderback—. Nos daban un azote por cada punto de los dados... si nos pillaban. Veintiún puntos en un solo dado. He ahí un dato trivial que jamás he olvidado.

—No pienso quedarme hasta que haya perdido veintiuna libras, si es eso lo que pretende.

—Debería quedarse —insistió Lauderback—. Solo una noche más. Debería.

—Mire qué maravilla de helecho —dijo Balfour; y, en efecto, era maravilloso: perfectamente plegado, como la voluta de un violín. Balfour lo tocó con la boca de su rifle.

La reciente alteración del humor de Lauderback había tenido un efecto muy

perjudicial en su relación con Thomas Balfour. Balfour estaba convencido de que Lauderback no le había contado toda la verdad acerca de sus tratos previos con Francis Carver y Crosbie Wells, y esta exclusión le quitaba las ganas de darle coba. Cuando Lauderback expresó su descontento con Westland, las barras de arena, las cenas frías, los cuellos de camisa de usar y tirar, las imitaciones, la mostaza alemana, el primer ministro, el pescado con espinas, la ostentación, las botas mal hechas y la lluvia, Balfour respondió con menos energía y admiración que las que habría manifestado tan solo un mes antes. Lauderback, dicho sin rodeos, había perdido su ventaja, y ambos hombres lo sabían. El político se resistía a admitir que su amistad se hubiese enfriado, sin embargo; se empeñaba en hablar a Balfour exactamente igual que siempre —es decir, en un tono a veces altanero, siempre declamatorio y muy rara vez humilde—, y Balfour, que si se lo proponía también podía ser muy altanero, seguía resentido con él.

Enseguida recogieron sus caballos, ensillaron y partieron rumbo a Kumara a trote lento. Cuando ya llevaban un rato cabalgando, Lauderback retomó el hilo de la conversación.

—Habíamos hablado de pasarnos juntos por Seaview en el viaje de vuelta. A echar un vistazo a los cimientos de la cárcel.

—Sí —dijo Balfour—. Ya me contará.

—Supongo que tendré que ir solo.

—Solo... ¡con Jock y con Augustus! ¡Solo en un grupo de tres!

Lauderback se removió en su montura, con aspecto contrariado. Al poco rato volvió al mismo tema.

—¿Cómo dijo que se llamaba el alcaide... Sheffield?

Balfour lo miró con dureza.

—Shepard. George Shepard.

—Shepard, sí. Me pregunto si tendrá puestas las miras en el cargo de juez. Ha hecho muy buen uso del presupuesto del comisionado..., ha puesto todo en marcha sin demora. Lo ha hecho francamente bien.

—Supongo que sí. ¡Mire ese! —Balfour señaló con la punta de la fusta otra fronda de helechos, más anaranjada que la primera y más afelpada—. Qué forma más agradable. Menudo balanceo, ¿eh? Como si estuviese detenido en pleno movimiento... Vaya, ¡no está nada mal la ocurrencia!

Pero Lauderback no pensaba dejarse distraer por la agradable forma de los helechos.

—El comisionado lo tiene metido en el bolsillo —dijo, refiriéndose todavía a George Shepard—. Y al parecer es un viejo amigo del juez.

—Entonces puede que todo quede en familia.

—Huele a ambición. ¿No cree? Me refiero a la cárcel. Su devoción por el proyecto. Su devoción por todo este asunto. Lo ha hecho pero que muy bien.

Lauderback, como hombre ambicioso que era, desconfiaba de la ambición ajena.

Balfour, sin embargo, se limitó a resoplar.

—¿Qué pasa? —dijo Lauderback.

—Nada. (¡Pero sí pasaba! No soportaba que se reconociese mérito moral a un hombre por algo inmerecido, por muy remoto que fuese el reconocimiento).

—¿Qué pasa? —repitió Lauderback—. Lo he oído hacer un ruido.

—Bueno, haga la cuenta. Madera para la horca. Hierro para las vallas. Piedra para los cimientos. Veinte peones a jornal diario.

—¿Qué?

—¿Con el presupuesto del comisionado? ¡Venga ya! —exclamó Balfour—. Ese dinero debe de estar llegando de otro lado..., ¡de otra fuente! ¡Haga usted mismo la cuenta!

Lauderback lo miró.

—¿Una inversión privada? ¿Se refiere a eso?

Balfour se encogió de hombros. Sabía perfectamente que George Shepard había financiado la construcción de la cárcel con la comisión que se había llevado Harald Nilssen por el patrimonio de Crosbie Wells..., pero en la asamblea del hotel Crown había jurado guardar el secreto, y no le gustaba romper sus promesas.

—¿Inversión privada, ha dicho? —insistió Lauderback.

—Escuche —dijo Balfour—. No quiero romper ningún juramento. No quiero incordiar a nadie. Pero una cosa le digo: si se pasa por Seaview, debería husmear un poco por allí. Solo digo eso. Husmee un poco y quizá encuentre algo.

—¿Por eso regresa temprano? —preguntó Lauderback—. ¿Para evitar a Shepard? ¿Pasa algo entre ustedes dos?

—No —dijo respondió Balfour—. No, no. Me han dado un chivatazo, nada más.

—¿Un chivatazo? ¿Quién?

—No puedo decirlo.

—¡Venga ya, Tom! Conmigo no se ponga digno. ¿A qué se refiere?

Balfour se quedó pensando un instante, entornando los ojos y proyectando la vista más allá del valle, hacia las arrugadas laderas orientales. Su caballo era ligeramente más bajo que la yegua negra de Lauderback, y como él era más bajo que Lauderback, sus hombros estaban a un palmo, como poco, por debajo de los de este..., incluso cuando se ponía derecho, cosa que hizo en estos momentos.

—Si es que es de sentido común, ¿no cree? —dijo—. ¿Veinte peones a la vez para la cimentación? ¿Todos los materiales pagados en efectivo? No es así como se desembolsa la financiación del Consejo. ¡Eso ya lo sabe usted! Shepard debe de estar repartiendo dinero en efectivo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Lauderback—. ¿Por sentido común... o por un chivatazo?

—¡Por sentido común!

—Así que no le dieron el chivatazo.

—Sí, me lo dieron —dijo Balfour, acalorado—. Pero perfectamente podría

habérmelo imaginado. A eso me refiero: perfectamente podría habérmelo imaginado por mi cuenta.

—Y entonces ¿para qué se lo dieron?

—¿El qué?

—¡El chivatazo!

Balfour tenía el gesto hosco.

—No sé a qué se refiere. Lo que dice no tiene sentido.

Pero las palabras de Lauderback tenían mucho sentido, y Balfour lo sabía.

—¡Lo que no tiene sentido, Tom, es que sea usted a quien le den un chivatazo sobre una cárcel! ¿Qué le importa a la Agencia Naviera Balfour la financiación pública y cómo se gaste? ¿Qué le importa a usted una inversión privada... a no ser que haya algo más?

Balfour negó con la cabeza.

—Me ha malinterpretado.

—Algo relacionado con alguno de los delincuentes, quizá —dijo Lauderback—. Una inversión privada... a cambio de...

—No, no —dijo Balfour—. Nada de eso.

—Entonces, ¿qué? —Al ver que Balfour no respondía inmediatamente, Lauderback añadió—: Escuche, si hay financiación privada de por medio, es un asunto que concierne a la campaña, y tengo que saber de qué se trata. Cualquier cosa que se despache a todo correr al escritorio del comisionado justo antes de unas elecciones merece que se le eche un vistazo... Y está claro que este tal Shepard está despachando algo. A mí me da que tiene designios políticos, y quiero saber en qué consisten. Si todo se reduce a una cuestión de sentido común, ¿por qué no me cuenta sin más lo que sabe? Y si alguien me pregunta, fingiré que lo he desentrañado yo solo.

A Balfour le pareció razonable. Su afecto por Lauderback no se había desvanecido por completo en el transcurso del último mes, y quería que el político conservase su buena opinión de él a pesar de las nuevas opiniones que él, por su parte, se hubiese forjado. No podía perder nada por contarle de dónde procedía el dinero de Shepard... ¡máxime cuando Lauderback podía fingir que lo había desentrañado él solo!

A Balfour lo satisfizo, además, la súbita agudeza de la expresión de Lauderback, así como el entusiasmo con que lo presionaba para que le diese más noticias. No le gustaba que Lauderback estuviese meditabundo, y este cambio repentino en el humor del político hizo que Balfour recordase al Lauderback de antes, el Lauderback de los tiempos de Dunedin, el que hablaba como un general y caminaba con paso de rey; el que hacía fortuna y después la doblaba; el que se codeaba con el primer ministro; el que jamás osaría suplicar a un hombre que pasase una noche más en Kumara para no tener que irse a solas con sus penas al garito. Balfour simpatizaba con este Lauderback de antes, por quien conservaba un gran afecto, y lo halagaba que le

rogase que le diese noticias.

Así pues, tras una larga pausa, Balfour le contó a su antiguo conocido todo lo que sabía de la cárcel: que la construcción había sido financiada con una parte de la fortuna descubierta en la cabaña de Crosbie Wells. No dijo por qué, ni cómo, se había llegado a este acuerdo, y no reveló quién le había dado el chivatazo. Lo que sí dijo fue que la inversión había tenido lugar por instigación de George Shepard, a las dos semanas de la muerte de Crosbie Wells, y que el alcaide tenía mucho interés en mantenerla en secreto.

Pero la formación legal de Lauderback no había sido en vano: era un interrogador astuto, y sobre todo cuando sabía que le estaban contando una verdad a medias. Preguntó por el valor de la parte de la fortuna, y Balfour respondió que la inversión ascendía a poco más de cuatrocientas libras. Lauderback se apresuró a preguntar por el motivo de que la inversión equivaliese al diez por ciento del monto descubierto en la cabaña, y al ver que Balfour daba la callada por respuesta, adivinó, con una rapidez aún más alarmante, que el diez por ciento era la tasa de comisión habitual, y que tal vez esta inversión representase los honorarios del comisionista mercantil.

Balfour se quedó consternado al ver que Lauderback lo había entendido todo tan deprisa, y proclamó enérgicamente que no era culpa de Harald Nilssen.

Lauderback se rio.

—¡Consintió en ello! ¡Entregó su comisión!

—Shepard lo tenía arrinconado. No se le puede reprochar. De verdad; teniendo en cuenta cómo se desarrolló todo, fue prácticamente un chantaje. No complique tanto las cosas. No lo haga, por el bien del señor Nilssen.

—¡Una inversión privada, en el último momento! —exclamó Lauderback. (No sentía ningún interés especial por Harald Nilssen, a quien solo había visto una vez en el hotel Star de Hokitika, hacía más de un mes. Nilssen se le había antojado un tipo de lo más provinciano, demasiado acostumbrado a tener un público fiel de tres o cuatro personas y demasiado gárrulo cuando bebía; Lauderback lo había considerado un pelmazo satisfecho de sí mismo que jamás llegaría a nada). Se alzó apoyándose en los estribos—. Esto es política, Tom..., ¡es política, vaya si lo es! ¿Sabes lo que intenta hacer Shepard? Intenta empezar la cárcel antes de que Westland obtenga un escaño, y está utilizando una inversión privada para darle un empujón a la iniciativa. ¡Bueno, bueno! Habré de decir algunas palabras al respecto en el *Times*... ¡Quédese tranquilo!

Pero lo cierto es que Balfour no se quedó tranquilo. Protestó, y tras una breve negociación Lauderback accedió a dejar el nombre de Nilssen al margen. «Aunque no pienso andarme con tantos miramientos con George Shepard», añadió, y se echó a reír de nuevo.

—Me malicio que no le gusta para juez —dijo Balfour, preguntándose si el propio Lauderback tendría los ojos puestos en tan eminente cargo.

—¡Me importa un comino el cargo de juez! —repuso Lauderback—. Es una

cuestión de principios: a eso me atengo yo.

—¿Dónde están aquí los principios? —Balfour se sintió confuso por un momento: a Lauderback sí que le importaba el cargo de juez. Lo había mencionado nada más empezar, y además de muy mal humor.

—¡Ese hombre es un ladrón! —exclamó Lauderback—. Ese dinero pertenece a Crosbie Wells: vivo o muerto. ¡George Shepard no tiene ningún derecho a gastarse el dinero de otro hombre como le venga en gana, y no me importa en qué se lo gaste!

Balfour guardó silencio. Hasta este momento Lauderback no había mencionado ni una sola vez la fortuna descubierta en la cabaña de Wells, ni había manifestado el menor interés por el uso que pudiera hacerse de ella. Y tampoco había mencionado el contratiempo legal que rodeaba a la reclamación por parte de la viuda del patrimonio de su difunto marido. Balfour había supuesto que este silencio se debía al hecho de que estuviese implicada Lydia Wells, ya que Lauderback seguía demasiado avergonzado de sus deshonras de antaño como para mencionar siquiera su nombre. Pero ahora casi daba la impresión de que Lauderback había saltado en defensa de Crosbie Wells. Era como si Lauderback tuviese una opinión muy poco matizada sobre el asunto de su fortuna. Balfour posó en él la mirada y la apartó al instante. ¿Habría descubierto Lauderback que la fortuna descubierta en la cabaña de Wells era exactamente la misma fortuna con la que se le había chantajeado el año anterior? Balfour sintió que se avivaba su interés. Decidió provocarlo.

—¿Y en realidad qué más da? —dijo como de pasada—. Vaya, si lo más probable es que esa fortuna ya le hubiese sido robada a otra persona; desde luego, a Crosbie Wells no le pertenecía. ¿Qué hacía un hombre como él con cuatro mil libras? No es ningún secreto que era un gandul, y de gandul a ladrón apenas hay un paso.

—No hay ninguna prueba de eso... —empezó a decir Lauderback, pero Balfour le interrumpió.

—Así que ¿en realidad qué más da que alguien vaya y lo vuelva a robar una vez que él está muerto y enterrado? Esto es lo que yo me pregunto. Lo más probable es que, para empezar, fuera dinero sucio.

—¿Que qué más da? —estalló Lauderback—. Es una cuestión de principios..., como digo yo: ¡de principios! Un delito no se resuelve cometiendo otro. Robar a un ladrón... ¡sigue siendo un delito, se pinte como se pinte! No sea absurdo.

Así que Lauderback era el defensor de Crosbie Wells..., y un defensor muy resentido, al parecer. Todo esto tenía mucho interés.

—Pero usted ha conseguido el hospicio que quería —dijo Balfour, de nuevo como a la ligera, como si estuviesen discutiendo algo muy trivial—. El dinero no se va a despilfarrar. Se va a asignar a la construcción de obras públicas.

—Lo mismo me da que el alcaide Shepard se forre los bolsillos o erija un altar —espetó Lauderback—. Eso es una excusa, es... utilizar el fin para justificar los medios. Yo no entro en ese tipo de lógica.

—Y no son unas obras públicas cualesquiera —continuó Balfour, como si

Lauderback no hubiese hablado—. ¡Al fin y al cabo usted va a tener la asistencia social que quería! Venga; ¿no recuerda nuestra conversación del Palace? «¿Adónde puede ir una mujer?». «Cortar por lo sano y empezar una nueva vida»... todo eso, ¿lo recuerda? Pues bien, ¡esa oportunidad se nos va a presentar muy pronto! ¡Gracias a George Shepard!

Lauderback parecía furioso. Recordaba perfectamente lo que había dicho sobre las ventajas de la asistencia tres semanas antes, pero no le gustaba que le citasen sus propias palabras a no ser que el propósito de la referencia fuese única y exclusivamente el elogio.

—Es una falta de respeto hacia los muertos —dijo de modo cortante—, y no pienso decir nada más al respecto.

Pero no era tan fácil disuadir a Balfour.

—Y digo yo —soltó, como si se le acabase de ocurrir la idea—, el oro del que se valió Francis Carver para conseguir su *Godspeed*..., el que había sido cosido al forro de...

—¿Qué pasa con él?

—Bueno..., jamás lo volvió a ver, ¿no? Ni supo nada de él. Y luego esa misma cantidad, más o menos, va y aparece en la cabaña de Crosbie Wells, apenas un año después. Algo más de cuatro mil libras. Quizá sea la misma fortuna.

—Es muy posible —dijo Lauderback.

—La pregunta es cómo acabaría allí.

—En efecto, esa es la pregunta.

Al llegar al Golden Lion cada uno siguió por su camino; Lauderback, evidentemente, había renunciado a su deseo de que Balfour se quedase un segundo día en Kumara, ya que se despidió de su amigo muy secamente, y sin el menor pesar.

Balfour partió hacia Hokitika sumido en un profundo desasosiego. Le había prometido a Nilssen que no traicionaría la confianza que había depositado en él, como a cada uno de los hombres presentes en el Crown, y había roto esa promesa. ¿Y para qué? ¿Qué había ganado faltando a su juramento y rompiendo su palabra? Furioso consigo mismo, Balfour hincó los talones en los flancos de su caballo, espoleándolo para que fuese a medio galope; lo mantuvo a ese paso hasta que llegó al río Arahura, donde se vio obligado a desmontar, llevar a la bestia hasta la playa y guiarla cuidadosamente a través de los bajíos por donde el torrente de agua fresca se abría en abanico sobre la arena.

Lauderback no se había quedado a ver partir a su amigo. Ya había empezado a redactar su carta en su cabeza: tenía los labios fruncidos por la concentración y una arruga le surcaba la frente. Llevó la yegua a los establos, puso una moneda de seis peniques en la mano del mozo de cuadra y después se retiró inmediatamente a sus habitaciones del piso de arriba. Una vez a solas, echó el cerrojo, arrastró su escritorio hasta el rombo de luz que se colaba por la ventana, cogió una silla, se sentó y sacó una hoja de papel en blanco; al cabo de unos instantes de contemplación con la pluma

pegada a los labios, se sacudió el puño de la camisa, se echó hacia delante y escribió:

¿UNA INVERSIÓN PÓSTUMA?

Al director del *West Coast Times*

18 de enero de 1866

Señor:

Sería deseable que el SEÑOR GEORGE SHEPARD publicase en estas páginas una lista con los nombres de las personas designadas para la construcción de la cárcel de Hokitika en la terraza de Seaview; asimismo, que presentase un informe de las obras contratadas, y de las ya iniciadas; que revelase la suma de dinero que se ha votado asignar a todas ellas, los subsidios de las cantidades avanzadas hasta la fecha y las cantidades requeridas (si es el caso) para terminarlas o para ampliar sus servicios.

La publicación en cuestión serviría para mejorar lo que el abajo firmante entiende que ha sido una conducta ultrajante por parte del señor Shepard: que la construcción preliminar de la cárcel de Hokitika fue financiada por una donación privada que se efectuó sin el consentimiento del Consejo Provincial, el Comité de Obras Públicas de Westland, la Junta Municipal ni, de hecho, el propio inversor... ¡dado que la inversión se hizo unas dos semanas después de la muerte del mismo! Aludo aquí al Señor Crosbie Wells, sobre cuyo patrimonio se ha especulado mucho en estas páginas. A mi entender, el legado (cabe llamarlo así) fue extraído a título póstumo de la morada del señor Wells, y con posterioridad se asignó, con el desconocimiento del público, a la construcción de la futura cárcel. Si esta interpretación es falsa, se me habrá de corregir; en el ínterin, solicito una aclaración inmediata por parte del señor Shepard en persona.

Sostengo que la transparencia de la conducta del señor Shepard en este asunto es deseable no solamente por la naturaleza de la institución que quiere edificar, y por el origen del dinero en cuestión, sino también porque la transparencia financiera en el manejo de fondos públicos es de primordial importancia dado que esta región subdesarrollada de nuestra provincia es tan rica en oro que, desgraciadamente, cae presa de las primitivas tentaciones de la corrupción.

Tengo en muy buen concepto las intenciones, etc., que han movido al señor Shepard a instigar este proyecto, pues estoy seguro de que actúa en beneficio del poblador común y con el debido respeto a las leyes coloniales. Permítanme tan solo repetir mi convicción de que todo respaldo privado a obras públicas debe ser transparente para el bien de todos, y asegurarle a usted, señor, y a toda la provincia de Westland que soy

Suyo afectísimo, etc.,

SEÑOR ALISTAIR LAUDERBACK,

CONCEJAL PROVINCIAL, PARLAMENTARIO

Se recostó y leyó de cabo a rabo el documento en voz alta y con tono grandilocuente, como si ensayase para un importante discurso público; después, satisfecho, dobló el papel, lo metió en un sobre y escribió las señas del editor del *West Coast Times*, añadiendo: «Leer inmediatamente» y «Urgente». Una vez sellada, se metió la mano en el chaleco y miró la hora: eran casi las dos. Si Augustus Smith empezaba a cabalgar hacia Hokitika en este mismo instante, daría con Löwenthal antes de que saliese la prueba de imprenta de la edición del lunes del *Times*. Cuanto antes, mejor, pensó Lauderback, y emprendió la búsqueda de su ayudante.

MERCURIO EN CAPRICORNIO

En el que Gascoigne repite sus teorías y Moody habla de la muerte

Walter Moody estaba terminando de almorzar en el comedor de Maxwell cuando recibió el mensaje de que por fin habían desembarcado el cargamento del *Godspeed* y habían entregado su baúl en su habitación del hotel Crown.

—¡Bueno! —exclamó, a la vez que le daba al mensajero una moneda de dos peniques y el muchacho ponía pies en polvorosa—. Esto pone punto final a mi supuesta aparición, ¿no le parece? De haber estado a bordo Emery Staines, sin duda habrían encontrado su cadáver entre el cargamento.

—Dudo que hubiese sido tan sencillo —dijo Gascoigne.

—¿Se refiere a que quizá no habrían denunciado el cadáver?

—Me refiero a que quizá no lo habrían encontrado. Cualquiera, incluso un hombre herido, podría abrirse paso hasta una escotilla... Y los restos del barco no estaban totalmente sumergidos. Me parece mucho más probable que se lo llevase el agua.

En el transcurso de las tres últimas semanas, Moody había entablado una relación muy cordial con Aubert Gascoigne. Había descubierto que el carácter de este iba mejorando con cada encuentro, pues Gascoigne era muy ducho en adaptarse a todo tipo de situaciones sociales y sabía ganarse el favor ajeno, con excelentes resultados, si se volcaba en ello. Gascoigne había decidido hacerse amigo de Moody con una ambición tal que, de haberlo sabido este, le habría causado cierta alarma; sin embargo, Moody lo tenía por un personaje muy sofisticado, y le agradaba contar con alguien de su mismo nivel intelectual con quien poder conversar cómodamente. Almorzaban juntos casi a diario, y pasaban las tardes en el Star and Garter fumando puros y jugando al whist en pareja.

—Insiste usted en su teoría original —observó Moody—. Según usted, se lo llevó el agua.

—O eso, o sus restos se han destruido —aclaró Gascoigne—. Quizá gritó para que lo rescatasen y lo único que consiguió fue que lo matasen, lo amarrasen a algún objeto pesado y lo arrojasen al mar. Carver ha remado bastantes veces hasta el naufragio, como sabe... y ha habido oportunidades de sobra para que se ahogue.

—Eso también es posible —convino Moody, doblando en mitades el mensaje que le acababan de entregar y luego en cuartos, y repasando cada pliegue con la uña del pulgar—. Pero queda el problema de que no podemos asegurarnos ni de lo uno ni de

lo otro, y si tiene usted razón y Staines se ha ahogado, sea de forma intencionada o no, jamás nos enteraremos. ¡Menuda chapuza de crimen..., no tenemos ni cadáver, ni asesino!

—Sí, una chapuza de crimen —asintió Gascoigne.

—Y nosotros somos unos pésimos detectives —dijo Moody para zanjar el asunto, pero Gascoigne estaba alargando el brazo para coger la salsera y no daba muestras de que quisiera concluir la conversación.

—Me imagino que nos sentiremos como unos auténticos necios —dijo a la vez que se echaba salsa sobre el resto de la comida— cuando encuentren a Staines en el fondo de un barranco con el cuello roto y sin el menor indicio de que alguien le haya causado ninguna lesión.

Moody acercó un poco más el cuchillo a su tenedor.

—Me temo que todos preferimos que el señor Staines haya sido asesinado..., incluso usted y yo, que en la vida hemos visto siquiera a este hombre. No nos conformaríamos con un cuello roto.

La chaqueta de Moody estaba colgada del respaldo de su silla. Sabía que era descortés cogerla y ponérsela cuando su amigo todavía no había terminado de almorzar..., pero ahora que sabía que su baúl por fin había sido recuperado, estaba muy impaciente por ir a verlo. No solo ignoraba todavía si sus pertenencias habrían sobrevivido al naufragio, sino que además llevaba tres semanas sin mudarse de chaqueta y de pantalones.

Gascoigne se rio entre dientes.

—Pobre señor Staines —asintió—. ¡Y cómo se está burlando de él la señora Wells! Si convocasen a mi fantasma a una sesión de espiritismo de a chelín la entrada... Vaya, le aseguro que me quedaría horrorizado. No sabría cómo tomarme la invitación.

—Si convocasen al mío, sentiría un gran alivio; aceptaría de golpe —dijo Moody—. Me imagino que el más allá debe de ser un lugar de lo más inhóspito.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Nos pasamos toda la vida pensando en la muerte. Sin este proyecto que tanto nos distrae, supongo que nos aburriríamos muchísimo. No tendríamos nada que evitar, nada que prevenir ni nada a lo que darle vueltas. El tiempo no tendría importancia.

—Y sin embargo sería muy ameno espiar a los vivos —dijo Gascoigne.

—A mí, por el contrario, se me antojaría una perspectiva de lo más solitaria —repuso Moody—. Contemplar el mundo desde arriba, incapaces de tocarlo, incapaces de alterarlo, conociendo todo lo que ha sido y todo lo que fue.

Gascoigne estaba echando sal a su plato.

—He oído que en la tradición nativa de Nueva Zelanda el alma, al morir, se convierte en una estrella.

—Esa es la mejor recomendación que he oído hasta ahora: adoptar las costumbres

del lugar.

—¿Piensa tatuarse la cara... y vestir una falda hecha de hierbas?

—Tal vez.

—Ya me gustaría verlo —dijo Gascoigne, cogiendo de nuevo el tenedor—. ¡Y más aún me gustaría ver cómo se pone el sombrero y las botas de caña alta y sale a buscar oro! Eso todavía tengo que verlo para creerlo, ¿sabe?

Moody se había comprado un morral, una artesa de lavado y un traje de minero de piel de topo y sarga, pero aparte de un par de incursiones mediocres en Kaniere, lo cierto era que aún no se había aplicado a cribar oro con la batea. Todavía no se sentía preparado para iniciar su nueva vida de minero, y había resuelto no hacerlo hasta que se cerrase definitivamente el caso de Emery Staines y Crosbie Wells; decisión esta que había tomado como si fuera un deber, cuando en realidad no podía hacer absolutamente nada más que permanecer a la espera de nuevas noticias y, al igual que Gascoigne, seguir especulando sobre la información de la que ya disponía.

Dos veces había prorrogado su alojamiento en el hotel Crown, y la tarde del 18 de febrero estaba a punto de hacerlo por tercera vez. Edgar Clinch lo había invitado a mudarse al Gridiron, sugiriendo que tal vez le gustaría quedarse con la habitación que había ocupado Anna Wetherell y que ahora estaba vacía. Las hermosas vistas de los Alpes nevados que se alzaban al fondo sobre los tejados de Hokitika se desaprovecharían con un minero del montón, y Moody, como caballero que era, disfrutaría con las armonías de la naturaleza que a otros sin duda les pasarían desapercibidas. Pero Moody había declinado respetuosamente su oferta: le había tomado cariño al Crown, a pesar de lo destartado que estaba el establecimiento, y en cualquier caso no le gustaba mezclarse demasiado con Edgar Clinch, pues todavía había muchas posibilidades de que el caso de la fortuna oculta de Crosbie Wells fuese a juicio y, de ser así, era seguro que Clinch —además de Nilssen, Frost y varios hombres más— sería citado a declarar. Los trece hombres habían jurado, cada uno con su palabra de honor, guardar el secreto del conciliábulo del Crown, pero Moody no se fiaba del honor de los demás, pues tenía poca confianza en cualquier expresión de integridad que no fuese suya; esperaba que, con el tiempo, al menos uno de los otros doce faltase a su palabra, y había decidido, anticipándose a ese momento, guardar las distancias con todos ellos.

Moody se había presentado a Alistair Lauderback al descubrir que, debido a la formación de ambos en la abogacía, tenían varios conocidos en común: abogados y jueces de Londres a los que Lauderback, según el caso, exaltó, menospreció o rechazó, recitando con aplomo unas opiniones que no admitían ni interrupción ni réplica. Aunque Moody lo escuchó cortésmente, la impresión que se formó fue desfavorable, y había abandonado el escenario de su primer encuentro sin la menor intención de repetir. Vio que Lauderback era de ese tipo de hombres que no intentan procurarse la buena opinión de nadie cuyos contactos no reporten beneficios a los suyos.

Esto había ido en contra de sus expectativas; de hecho, a Moody le había sorprendido sobremanera descubrir que sus simpatías naturales tendían mucho más hacia el alcaide de la cárcel, George Shepard, que hacia el político Lauderback. Moody solo había conocido a Shepard de pasada, en una Asamblea Pública en la calle Revell, pero admiraba al alcaide porque le tenía por un hombre que sabía controlarse y que se mostraba cortés en toda circunstancia, por fría y rígida que pudiese ser la expresión de su cortesía. La recapitulación del carácter de Shepard esbozada por el conciliábulo del hotel Crown había sido tan crítica como favorable había sido la de Lauderback; lo cual solo demostraba, pensó Moody, que jamás se debía confiar en el juicio de otro hombre sobre la naturaleza de una tercera persona. Y es que el temperamento humano era una mezcla volátil de percepción y circunstancia; Moody vio que tan difícil le habría sido extraer al auténtico Shepard de la descripción que de él había hecho Nilssen como extraer al auténtico Nilssen de su modo de retratar a Shepard.

—¿Sabe? —dijo en estos momentos, dando golpecitos con el dedo al mensaje doblado—. Hasta esta tarde, más o menos creía que Staines seguía vivo. Quizá fuera un necio... pero de veras creía que estaba a bordo del barco naufragado y de veras creía que lo encontrarían.

—Sí —dijo Gascoigne.

—Pero ahora parece que solo puede estar muerto. —Moody siguió dando golpecitos, rumiando—. Y desaparecido para siempre, sin duda. ¡Ya está bien de no saber nada! Daría todo el dinero del mundo por una entrada para la sesión de espiritismo que celebra esta noche la viuda.

—No solo la viuda. No olvide que cuenta con ayuda.

Moody negó con la cabeza.

—No creo que este asunto sea cosa de la señorita Wetherell.

—Mencionaban su nombre en el periódico —apuntó Gascoigne—. Y no solo su nombre: se indicaba expresamente su papel. Va a ser la ayudante de la viuda.

—Pues ha pasado por un aprendizaje extraordinariamente breve —dijo Moody con tono más bien mordaz—. Le hace dudar a uno de la calidad de la instrucción... o de la calidad del tema.

Gascoigne sonrió al oír esto.

—¿Acaso la praxis de una puta no es el arcano original? Puede que lleve toda la vida instruyéndose.

Moody siempre se sentía incómodo con las conversaciones de esta índole.

—Su praxis de antes es, efectivamente, arcana, en el auténtico sentido de la palabra —concedió, arrimándose—. Pero las artes femeninas son naturales; no pueden compararse con la invocación de los muertos.

—Bah, estoy seguro de que los trucos de ambos oficios son más o menos los mismos —dijo Gascoigne—. Una puta es una maestra de la persuasión, de la misma manera que una sibila ha de ser persuasiva para que la crean... y no olvide que la

belleza y la convicción son siempre persuasivas, sea cual sea el contexto en el que aparecen. En realidad, la suerte de Anna apenas ha cambiado de forma. ¡Puede seguir llamándola Magdalena!

—María Magdalena no era una vidente —dijo Moody con aire envarado.

—No —convino Gascoigne, sin dejar de sonreír—, pero fue la primera en toparse con la tumba abierta. Fue la que juró que habían retirado la piedra. Es digno de mencionarse que la primera noticia de la ascensión fue el juramento de una mujer... y también que al principio nadie creyó el juramento.

—Pues esta noche Anna Wetherell hará su juramento sobre la tumba de otro hombre. Y nosotros no estaremos allí para descreerlo. —Alineó mejor el cuchillo y el tenedor, deseoso de que el camarero viniese de una vez a retirar su plato.

—Todavía nos queda la fiesta que dan antes —dijo Gascoigne, pero ya no había alegría en su voz. También él había sufrido una enorme decepción al ser excluido de la inminente comunión de la viuda con los muertos. La exclusión le dolía aún más amargamente que a Moody, pues consideraba que, al ser el primer amigo que había hecho Lydia Wells en Hokitika, lo suyo habría sido que le reservase una entrada. Pero Lydia Wells no le había hecho ni una visita desde la tarde del 27 de enero ni lo había invitado a verla una sola vez, ni siquiera a tomar el té.

Moody aún no había conocido formalmente a ninguna de las dos mujeres. Las había vislumbrado mientras colgaban cortinajes en las ventanas de la fachada del antiguo hotel, sus oscuras siluetas perfiladas contra el cristal como muñecas de papel. Al verlas, sintió un extraño anhelo: infrecuente en él, ya que no acostumbraba a envidiar las relaciones que mantienen las mujeres unas con otras, ni, a decir verdad, a interesarse demasiado por ellas. Pero al pasar por delante de la fachada sombreada del Wayfarer's Fortune y ver sus cuerpos moviéndose tras la cristalera ondulada, deseó con todas sus fuerzas oír lo que decían. Deseó conocer la causa de que Anna se ruborizara, se mordiese el labio y se llevase la mano a la mejilla, como para comprobar si estaba caliente; deseó conocer la causa de que Lydia sonriese, se sacudiese el polvo de las manos y se diese la vuelta... dejando a Anna con un montón de tela entre los brazos y la delantera del vestido cubierta de alfileres.

—Creo que hace bien en dudar del papel que juega Anna en todo esto... o, al menos, en extrañarse —continuó Gascoigne—. Me dio la impresión, la primera vez que hablé con ella de Staines, de que tenía al muchacho en gran estima; es más, incluso me pareció que quizá se había encariñado con él. ¡Y ahora todo apunta a que pretende beneficiarse de su muerte!

—No podemos saber con certeza hasta dónde llega la complicidad de la señorita Wetherell —dijo Moody—. Depende exclusivamente de si tenía o no conocimiento de la fortuna oculta en los vestidos... y, por ende, del chantaje al señor Lauderback.

—Del vestido naranja nadie ha hecho mención... —observó Gascoigne—. Lo lógico sería pensar que la señora Wells se habría empeñado en recuperarlo si Anna le hubiese dicho que estaba escondido debajo de mi cama.

—Cabe suponer que la señorita Wetherell piensa que el oro se le pagó al señor Mannering, tal y como ella dispuso.

—Sí..., cabe suponerlo. Pero en ese caso, ¿no cree que la señora Wells iría a ver a Mannering para encargarse de recuperarlo? Entre esos dos, desde luego, no falta el afecto: ella y Mannering son viejos amigos de sus tiempos de jugadores. No, me parece mucho más probable que la señora Wells siga sin saber nada sobre el vestido naranja... ni sobre los demás vestidos.

—Hmm...

—Mannering no lo va a tocar por miedo a lo que pueda ocurrir si se tira del hilo..., y yo, desde luego, no pienso llevarlo al banco. Así que ahí se queda. Debajo de mi cama.

—¿Lo ha hecho tasar?

—Sí, aunque extraoficialmente: vino el señor Frost a echarle un vistazo. Unas ciento veinte libras, calculó.

—Bueno, espero por el bien de la señorita Wetherell que no haya confiado en la señora Wells —dijo Moody—. Miedo me da imaginar cómo podría reaccionar Lydia Wells a semejante revelación a puerta cerrada. Lo único que haría sería culpar a Anna de la pérdida de la fortuna..., estoy seguro.

De repente, Gascoigne soltó el tenedor.

—Se me acaba de ocurrir una cosa. El dinero que estaba en los vestidos se convirtió en el dinero que estaba en la cabaña. De modo que si se aprueba el recurso y la viuda recibe la fortuna en calidad de herencia, lo recuperará todo..., menos el dinero que está en el vestido naranja, claro. Terminará donde empezó, después de todo.

—En mi experiencia, la gente rara vez se conforma con terminar donde empezó —dijo Moody—. Si mi impresión de Lydia Wells es precisa, pienso que le sentará muy mal que Anna haya estado en posesión de esos vestidos, fueran cuales fuesen las intenciones de Anna y fuera cual fuese el resultado.

—Pero estamos casi seguros de que Anna ni siquiera estaba al corriente del oro que llevaba encima; al menos, hasta hace bien poco.

—Señor Gascoigne —dijo Moody, alzando la mano—, a pesar de mi juventud, mi provisión de conocimientos del bello sexo es bastante amplia, y le puedo decir categóricamente que a las mujeres no les gusta nada que otras mujeres se pongan su ropa sin pedírsela.

Gascoigne rio. Animado por el chiste, se concentró en dar cuenta de su almuerzo con energías renovadas y buen humor.

Pese a la verdad de la observación de Moody, hay que conceder que la susodicha provisión de conocimientos solo podía considerarse empírica en la medida en que se había formado a partir de la atenta observación de su difunta madre, su madrastra y sus dos tías maternas: dicho sin rodeos, Moody jamás se había echado una amante y no sabía gran cosa de mujeres, a excepción de cómo dirigirse a ellas de forma

correcta y cómo adorarlas en tanto que sobrino e hijo. Que el alcance de la experiencia mundana de Moody apenas fuera mayor que el ojo de una cerradura, a cuyo través no había percibido, por decirlo metafóricamente, más que atisbos del penumbroso aposento de la edad adulta, no era por falta de inclinaciones naturales de la juventud. De hecho, se le habían presentado sobradas oportunidades para ensanchar esta apertura, es más, para abrir la puerta del todo, cruzarla y entrar en la más íntima y solitaria de las habitaciones..., pero había declinado estas oportunidades con la misma incomodidad y el mismo decoro rígido con que sorteaba en estos momentos las bromas retóricas de Gascoigne.

Cuando tenía veintiún años, una larga noche de jarana en Londres le había llevado, por los medios y los canales habituales, hasta un patio iluminado no muy distante de Smithfield Market. Este patio, según le habían contado a Moody sus amigos de la universidad, era frecuentado por las putas de moda, a las que cabía identificar por sus chaquetas Garibaldi rojas con botones dorados, que por aquella época eran el último grito de la moda parisina y, por eso mismo, tanto alarmaban a las damas inglesas. Aunque el estilo militar de las chaquetas las dotaba de un aspecto premeditado y descarado, las mujeres fingían timidez, dándose la vuelta para poder mirar a los hombres por encima de la redondez de sus hombros, y amagar, reírse tontamente y extender las puntas de los pies. De pronto, mientras las miraba, Moody se puso triste. No pudo evitar pensar en su padre; pues ¿cuántas veces, en el transcurso de su juventud, se lo había encontrado en algún oscuro rincón de la casa y había visto, en el regazo paterno, a una perfecta desconocida jadeando de forma poco natural, o chillando como un cerdo, o hablando con una vocecita aguda que no era la suya? Y dejaba, siempre, el mismo olor grasiento a almizcle: el olor del teatro. Los amigos universitarios de Moody estaban haciendo un fondo común con sus soberanos y partiendo pajitas para ver quién escogía primero; en silencio, se apartó del patio, hizo señas a un cabriolé y se retiró a dormir. A partir de entonces, convirtió en una cuestión de orgullo no hacer lo mismo que había hecho su padre; no caer presa de los vicios de su padre; ser mejor que él. Y pese a todo ¡qué fácil habría sido: aportar su soberano, entresacar una pajita y escoger a una de las damas de chaqueta roja para seguirla hasta la hornacina adoquinada que había en el lado oscuro de la iglesia! Sus compañeros de universidad suponían que tenía puestas las miras en una vocación clerical. Se sorprendieron, años más tarde, cuando Moody se matriculó en Inner Temple y empezó sus estudios de abogacía.

Así pues, siempre que Gascoigne, Clinch, Mannering, Pritchard y todos los demás lo elegían como interlocutor para hablar de Anna Wetherell y de lo mucho que la estimaban como puta, disimulaba muy bien su ignorancia. Sus oportunos murmullos («naturalmente», «por supuesto», «así es»), combinados con un envaramiento general de su postura cada vez que se mencionaba el nombre de Anna, solo daban a entender a estos hombres que Moody se sentía incómodo con las verdades más francas de la naturaleza humana, y que prefería, como la mayoría de los hombres de elevada

categoría social, guardarse para sí sus asuntos mundanos. Observamos que uno de los grandes atributos de la discreción es que puede enmascarar todas las variedades más comunes y simples de la ignorancia, y si algo podía destacarse de Walter Moody era su extremada discreción. Lo cierto era que jamás había dirigido dos palabras seguidas a ninguna mujer de la profesión y la experiencia de Anna Wetherell, y difícilmente habría sabido cómo hablarle —o sobre qué tema— en caso de que se le presentase la oportunidad.

—Y por supuesto —dijo ahora—, debería alegrarnos el hecho de que el baúl de la señorita Wetherell no la acompañase al Wayfarer's Fortune.

—¿Ah, no? —Gascoigne pareció sorprendido.

—No. Los vestidos forrados de plomo permanecen en el Gridiron, junto con su pipa, su lamparilla de opio y demás artículos; no mandó a recogerlos.

—¿Y el señor Clinch no lo ha mencionado?

—No —dijo Moody—. Es alentador, creo yo: fuera cual fuese el papel que desempeñó la señorita Wetherell en la desaparición del señor Staines, y sea cual sea el papel que va a desempeñar en la ridícula sesión de esta tarde, al menos podemos estar bastante seguros de que no se ha confiado del todo a la señora Wells. Eso me da ánimos.

Miró en derredor en busca del camarero, pues Gascoigne había terminado de comer y él quería pagar la cuenta cuanto antes para regresar al Crown y sacar por fin las cosas del baúl.

—Está impaciente por marcharse —observó Gascoigne, limpiándose la boca con la servilleta.

—Disculpe mi descortesía —dijo Moody—. No estoy cansado de su compañía... pero la verdad es que me muero de ganas de reencontrarme con mis pertenencias. Llevo varias semanas sin cambiarme de chaqueta, y aún no sé en qué estado sobrevivió mi baúl a la tormenta. Es posible que toda mi ropa y mis documentos se echasen a perder.

—¿A qué estamos esperando? Venga, vámonos ya —dijo Gascoigne, a quien la explicación no solo le pareció de lo más razonable, sino que además le supuso un cierto alivio. Gascoigne tenía mucho miedo a resultar cansino, y se agobiaba siempre que un hombre al que respetaba daba muestras de aburrimiento en su compañía. Insistió en pagar la cuenta, apartando a Moody con los gestos de una institutriz consentidora; una vez pagada, los dos amigos salieron al ruidoso tráfago de la calle Revell, por donde pasaba en esos momentos una alegre multitud de mineros. Tras ellos se oyó el grito de un agrimensor tirando de las riendas de su caballo, y, por encima de todo ello, la campana solitaria de la capilla wesleyana, que estaba dando las horas, una vez, dos. Subiendo la voz para hacerse oír entre la barahúnda —el chirrido de las ruedas de una calesa, el chasquido de una lona, risas, martillazos, una estridente voz de mujer llamando a un hombre—, los dos amigos se desearon las buenas tardes y se dieron un caluroso apretón de manos antes de irse cada uno por su

camino.

EL MALÉFICO MENOR

En el que se cuestionan ciertos datos clave, Francis Carver es descortés y se provoca a Löwenthal a decir lo que piensa

Löwenthal tenía por costumbre, cada vez que llegaba al *West Coast Times* una carta con acusaciones incendiarias, ponerse en contacto con todos los interesados antes de que el periódico entrase en prensa. Consideraba de justicia advertir a todo aquel que estuviese a punto de ser despellejado, ya que el tribunal de la opinión pública de Hokitika dictaba severos laudos, y de la noche a la mañana podía echar por tierra una reputación; a cualquiera que se viese amenazado de esta suerte, lo invitaba a responder por escrito.

El interminable y más bien caótico discurso sobre la cuestión de la negligencia profesional del alcaide Shepard no era ninguna excepción a esta regla, y nada más leerlo Löwenthal se sentó a hacer una copia del documento. Pensaba componer la copia; el original lo llevaría al campamento de policía para enseñárselo al alcaide en persona... pues sin duda Shepard querría defenderse de varios cargos, y todavía era lo bastante temprano para incluir su réplica, como respuesta a la carta de Lauderback, en la edición del lunes del *Times*.

Con el ceño fruncido, Löwenthal se puso a colocar sus instrumentos de escritura. Sabía que la información sobre la inversión privada de Shepard solo podía haber sido filtrada por uno de los doce hombres del Crown, lo cual significaba que alguien —lamentablemente— había roto su voto de silencio. Por lo que sabía Löwenthal, el único hombre que tenía algún tipo de relación con Alistair Lauderback era su amigo Thomas Balfour. Con gran pesar, el periodista sacó una hoja de papel en blanco, desenroscó la tapa del tintero y humedeció la plumilla. «Tom», le reprendió para sus adentros, «Tom». Movié la cabeza y suspiró.

Löwenthal estaba copiando el último párrafo de Lauderback cuando lo sobresaltó el sonido de la campana de la puerta. Se levantó, dejó la pluma sobre el papel secante y se dirigió a la tienda, relajando el rostro y esbozando una sonrisa de bienvenida... sonrisa que se le heló en los labios, casi imperceptiblemente, cuando vio quién estaba en la puerta.

El recién llegado llevaba un largo abrigo gris con solapas y puños vueltos de terciopelo; estaba hecho de un tupido tejido de una variedad lustrosa semejante a la piel de foca, y cogía un color aceitoso cada vez que se movía. Llevaba un pañuelo bien enrollado a la garganta y las solapas redondas de su chaleco estaban vueltas

hacia arriba por los lados, añadiendo bulto a sus hombros y grosor a su cuello. Sus rasgos tenían cierta cualidad tosca, como si estuviesen tallados en algún tipo de mineral: un no sé qué elemental y basto que se resistía a ser pulido y que pesaba muchísimo. Tenía una boca ancha y una nariz achatada; su frente era prominente y cuadrada. En su mejilla izquierda había una fina cicatriz, de color plateado, que le bajaba en curva desde el rabillo del ojo hasta la mandíbula.

La vacilación de Löwenthal solo fue pasajera. Al instante siguiente ya estaba avanzando con ahínco, secándose las manos en el delantal y sonriendo de oreja a oreja; una vez limpiadas las manos, tendió las palmas hacia el invitado.

—¡Señor Wells! Qué alegría volver a verlo. ¡Bienvenido de nuevo a Hokitika!

Francis Carver entornó los ojos, pero no picó el anzuelo.

—Quiero poner un anuncio —dijo. No acertó las distancias; se mantuvo en la puerta, a ocho pies de Löwenthal.

—Cómo no, cómo no. Y permítame añadir una cosa: me honra y me complace que recurra por segunda vez a los servicios de mi periódico. Habría lamentado mucho perder la clientela de un hombre por un error mío.

De nuevo, Carver guardó silencio. No se había quitado el sombrero, y no hizo amago de quitárselo.

Pero la insolencia de Carver no intimidó al periodista.

—Pero no hablemos del pasado, señor Wells —dijo con una sonrisa radiante—. ¡Hablemos del presente! Dígame, por favor, qué puedo hacer por usted.

Un fogonazo de irritación ensombreció finalmente el rostro de Carver.

—Carver —lo corrigió—. No me llamo Wells.

Satisfecho, Löwenthal juntó las manos. Los dos primeros dedos de su mano derecha estaban muy manchados de tinta, lo cual producía un curioso efecto rayado cuando los entrelazaba, como si sus manos pertenecieran a dos criaturas distintas, una negra y otra beis.

—Quizá me falle la memoria —dijo—, pero me parece que conservo un recuerdo muy vívido de usted. Estuvo usted aquí hace casi un año, ¿no es así? Tenía una partida de nacimiento. Puso un anuncio sobre un cajón de mercancías desaparecido, por el que ofrecía algún tipo de recompensa. Hubo cierta confusión con respecto a su nombre, recuerdo. Cometí un error en la impresión, creo que olvidé incluir su segundo nombre, y usted regresó a la mañana siguiente para señalarme el error. Creo recordar que su partida de nacimiento estaba expedida a nombre de Crosbie Francis Wells. Pero disculpe, ¿lo confundo con otro hombre?

De nuevo, la callada por respuesta.

—Siempre me han dicho que tengo una memoria excelente —añadió enseguida Löwenthal.

Estaba corriendo un riesgo al hablar de manera tan impertinente..., pero quizá Carver se dejaría provocar. La expresión de Löwenthal permaneció plácidamente impasible. Esperó a que hablase el otro hombre.

Löwenthal sabía que Carver se alojaba en el hotel Palace, desde donde dirigía la triste tarea de disponer que los restos del *Godspeed* fueran arrastrados hasta la orilla. Desde luego, semejante empresa se habría acometido furtivamente, y con muchas limitaciones, si Carver se hubiese estado deslomando por ocultar a un hombre asesinado a bordo del barco hundido. Pero según todos los informes —incluido el del consignatario Thomas Balfour—, Carver se había mostrado de lo más comunicativo. Había presentado un inventario del cargamento al capitán de puerto, se había reunido con delegados de cada una de las compañías navieras de Hokitika para saldar sus cuentas y en varias ocasiones había remado él mismo hasta el buque naufragado, en compañía de constructores navales, vendedores de pecios y similares.

—Yo no me llamo Wells —explicó Carver al fin—. Aquello lo hice en nombre de otra persona. Ahora no importa.

—Le ruego me disculpe —dijo tranquilamente Löwenthal—. De modo que el señor Crosbie Wells había perdido un cajón de mercancías... y usted lo estaba ayudando a recuperarlo.

Una pausa.

—Sí.

—Pues entonces, ¿espero sinceramente que su misión tuviese éxito! Supongo que al final le devolverían el cajón, ¿no?

Carver sacudió la cabeza con gesto de fastidio.

—No importa. Ya se lo he dicho.

—Sería un descuido por mi parte si no le ofreciera mis condolencias, señor Carver.

Carver lo observó con detenimiento.

—Me entristeció mucho saber de la muerte del señor Wells —continuó Löwenthal—. No tuve el gusto de conocerlo, pero a decir de todos era un ciudadano honrado. Vaya..., espero no ser yo quien le dé la mala noticia..., la noticia de que su conocido falleció.

—No —dijo Carver.

—Me alegro. ¿De qué se conocían?

De nuevo asomó el ramalazo de irritación.

—Viejos amigos.

—¿De Dunedin, tal vez? ¿O de antes?

Carver no parecía dispuesto a responder, así que Löwenthal prosiguió.

—Bueno, supongo que le supondrá un gran consuelo saber que tuvo una muerte plácida.

Carver torció la boca.

—¿A qué se refiere con «plácida»? —saltó de repente.

—Morir mientras dormimos, y en casa. En mi opinión, no se puede aspirar a nada mejor. —Löwenthal tuvo la sensación de que había ganado un poco de terreno. Añadió—: Aunque fue una verdadera lástima que su mujer no estuviera presente

cuando falleció.

Carver se encogió de hombros. Fuera cual fuese el súbito fuego que había motivado su último arrebató, se había sofocado con idéntica rapidez.

—El matrimonio de un hombre solo le incumbe a él.

—No podría estar más de acuerdo con usted —dijo Löwenthal. Sonrió—. ¿Conoce usted de algo a la señora Wells?

Carver hizo un ruido inescrutable.

—Yo he tenido el placer de conocerla, pero solo brevemente —continuó Löwenthal sin inmutarse—. Tenía pensado pasarme por el Wayfarer's Fortune esta tarde... como un escéptico, claro, pero con la mente abierta. ¿Puedo suponer que lo veré allí?

—No, no puede.

—¡A ver si es que su escepticismo sobre las sesiones de espiritismo supera incluso al mío!

—No tengo ninguna opinión sobre las sesiones —dijo Carver—. Puede que esté allí y puede que no.

—En cualquier caso, supongo que la señora Wells se alegraría muchísimo de su regreso a Hokitika —dijo Löwenthal, cuyas tácticas para entablar conversación estaban flojeando por momentos—. Sí, ¡seguro que se puso muy pero que muy contenta al enterarse de su regreso!

El enfado de Carver era ahora manifiesto.

—¿Por qué? —dijo.

—¿Por qué? —repitió Löwenthal—. ¡Por todo el jaleo que se ha armado en torno al patrimonio de Wells, naturalmente! ¡Porque el proceso judicial se ha interrumpido debido precisamente a la partida de nacimiento de Wells! ¡No se encuentra por ningún sitio!

La voz de Löwenthal salió bastante más fuerte de lo que había sido su intención, y por un instante se preguntó si no habría ido demasiado lejos. Lo que había dicho era absolutamente cierto; es más, era del dominio público: la apelación de la señora Wells para revocar la venta del patrimonio de Wells aún no había sido vista por el juzgado porque ningún documento que demostrase la verdadera identidad del finado le había sobrevivido. Lydia Wells había llegado a Hokitika varios días después de que se enterrase a su difunto esposo, y por consiguiente no había identificado su cadáver; salvo desenterrar el cadáver (el juez pidió disculpas a la viuda) no había, al parecer, ningún modo de demostrar que el ermitaño que había muerto en el valle Arahura y el tal Crosbie Wells que había firmado el certificado matrimonial de la señora Wells eran uno y el mismo. Dada la enormidad de la herencia en cuestión, el juez consideró prudente retrasar el proceso judicial hasta que se pudiese llegar a una conclusión más firme, dictamen este que la señora Wells le agradeció muy amablemente. Le aseguró que su paciencia pertenecía a la más inquebrantable de las variedades femeninas, y que esperaba cuanto hiciese falta para que la deuda pendiente (pues así concebía la

herencia) le fuese pagada.

Pero Carver no cayó en la provocación; se limitó a mirar al director de arriba abajo, y después dijo, con voz de hosca indiferencia:

—Quiero poner una noticia en el *Times*.

—Sí, por supuesto —dijo Löwenthal. El corazón le latía aceleradamente. Cogió una hoja de papel—. ¿Qué es lo que desea vender?

Carver explicó que en breve se iba a proceder a desmontar el casco del *Godspeed* y que, antes, quería subastar las piezas el viernes, a través de Salvamentos Glasson & Rowley. Dio las instrucciones muy secamente. No se vendería ninguna pieza antes de la subasta. No se concedería ningún privilegio, y no se mantendría correspondencia con nadie. Para cualquier pregunta había que dirigirse, por correo, al señor Francis Carver, en el hotel Palace.

—Ya ve que estoy anotándolo todo con mucho cuidado —dijo Löwenthal—. No voy a cometer el error de olvidar ninguna parte de su nombre..., ¡esta vez, no! Por cierto, usted y el señor Crosbie no serían parientes, ¿no?

A Carver se le volvió a torcer la boca.

—No.

—La verdad es que Francis es un nombre muy corriente —dijo Löwenthal, asintiendo con la cabeza. Seguía anotando el nombre del hotel de Carver, y tardó unos segundos en levantar la vista; cuando lo hizo, sin embargo, descubrió que la expresión de Carver se había avinagrado todavía más.

—¿Y usted cómo se llama? —preguntó con tono imperioso Carver, subrayando el hecho de que no se había molestado en utilizar antes su nombre. Cuando Löwenthal respondió, Carver asintió lentamente, como si lo estuviese memorizando. Después dijo—: A ver si cierra la puta boca.

Löwenthal se quedó estupefacto. Cogió el pago del anuncio y extendió el recibo de Carver en silencio, escribiendo las palabras muy despacio y con mucho cuidado, pero con el pulso firme. Era la primera vez que alguien lo insultaba en su propia oficina, y la impresión fue tal que no pudo responder de inmediato. Sentía que lo embargaba una creciente euforia; una presión; un sonido exultante, un bramido. Löwenthal era de esos hombres que se vuelven casi gladiatorios cuando se los avergüenza. Sintió en el pecho un ardor marcial, un ardor triunfante, incluso gozoso, como si en algún lugar cercano hubiese sonado una llamada a las armas largamente esperada y él hubiese sido el único en sentir su íntima reverberación, redoblando en su tórax, redoblando en su sangre.

Carver había cogido el recibo. Se dio la vuelta y se dispuso a salir de la tienda sin dar las gracias a Löwenthal ni despedirse de él..., descortesía que desató un sentimiento de indignación en el pecho de Löwenthal: ya no pudo contenerse más.

—¡Dejándose ver el pelo por aquí, va a tener que responder de muchas cosas! —saltó de repente.

Carver se detuvo, su mano en el pomo de la puerta.

—Cuando le hizo lo que le hizo a Anna —dijo Löwenthal—, fui yo el que la encontré, ¿lo sabía? Sangrando por todas partes. Ese no es modo de tratar a una mujer. Me da igual quién sea ella. No es modo de tratar a una mujer..., ¡menos aún cuando está encinta, y a punto de salir de cuentas!

Carver no respondió.

—Estuvo a un paso de ser un doble asesinato. ¿Lo sabía? —Löwenthal notó que su enfado iba en aumento hasta devenir en furia—. ¿Sabe qué aspecto tenía? ¿La vio cuando empezó a bajar la hinchazón de los moretones? ¿Sabía que tuvo que usar bastón durante dos semanas? ¡Y eso solo para poder andar! ¿Lo sabía?

—Sus manos no estaban limpias —dijo Carver al fin.

Löwenthal casi se echó a reír.

—¿Cómo? ¿Así que fue ella la que lo dejó a usted tirado en medio de un charco de sangre? ¿Fue ella la que lo atizó a usted hasta dejarlo inconsciente? ¿Cómo se dice..., ojo por ojo?

—Yo no he dicho eso.

—¿Ella mató a su hijo? ¿Ella mató a su hijo y por eso usted le mató al suyo? —Löwenthal casi estaba gritando—. ¡Dígalo, hombre! ¡Dígalo!

Pero Carver siguió impasible.

—Me refería a que no es ningún capullito de alhelí.

—¡Capullito de alhelí! Ahora supongo que me dirá que ella misma se lo buscó..., ¡que se lo merecía!

—Sí —dijo Francis Carver—. Recibió lo que se le debía.

—Le faltan amigos en Hokitika, señor Carver —dijo Löwenthal, apuntándole con el dedo manchado de tinta—. Anna Wetherell puede que sea una puta corriente, pero, armado o no, usted no podría defenderse de todos los hombres que la aprecian en esta ciudad, y haría bien en no olvidarlo. Como Anna sufra algún daño..., se lo aviso, como sufra algún daño...

—De mi mano, no —dijo Carver—. Yo ya no tengo nada que ver con ella. He saldado todas mis deudas con ella.

—¡Sus deudas! —Löwenthal escupió al suelo—. ¿Se refiere al bebé? Su propio hijo... ¡muerto antes de venir al mundo! ¿A eso le llama saldar sus deudas?

Pero de pronto Carver lo estaba mirando con una expresión muy divertida.

—¿Mi propio hijo? —repitió.

—Se lo voy a contar, aunque no me lo haya pedido —gritó Löwenthal—. Su bebé está muerto. ¿Me oye? Su propio hijo... ¡muerto antes de venir al mundo! ¡Y de su mano!

Y Carver se rio, ásperamente, como si carraspease para expulsar algo repugnante de su garganta.

—Esa puta no llevaba ningún hijo mío. ¿Quién le ha dicho eso?

—La propia Anna —dijo Löwenthal, sintiendo por vez primera una fugaz inquietud—. ¿Acaso lo niega?

Carver volvió a reír.

—Yo a esa chica no la tocaría ni con un bichero —dijo, y antes de que Löwenthal pudiese responder, ya se había marchado.

SOL EN ACUARIO

En el que Sook Yongsheng hace otra visita inesperada, Lydia Wells tiene una idea muy profética y Anna se queda sola

Anna Wetherell no había visitado el fumadero de opio de Kaniere desde la tarde del 14 de enero. La media onza de resina fresca que le había regalado Sook Yongsheng aquella tarde no habría durado más de dos semanas al ritmo de consumo habitual de Anna. Ahora, sin embargo, había transcurrido más de un mes y Anna no había vuelto ni una sola vez a Kaniere a compartir una pipa con su antiguo compañero, ni tampoco a reabastecerse: ausencia esta para la que Ah Sook no encontraba ninguna explicación razonable.

El sombrerero echaba muchísimo de menos las visitas de la puta. Cada tarde esperaba, en vano, verla asomar por la linde del claro que había a las afueras del Barrio Chino de Kaniere, la gorrita colgándole a la espalda, y cada tarde le traía una nueva decepción. Supuso que debía de haber abandonado el opio por completo; o eso, o había decidido obtener la droga directamente del boticario. Esta segunda alternativa sería la más hiriente para Ah Sook, pues seguía sospechando que Joseph Pritchard había tenido algo que ver con la sobredosis de Anna de la noche del día 14: seguía pensando, a pesar de todas las afirmaciones en sentido contrario, que por algún motivo Pritchard había intentado dar fin a la vida de Anna. Sin embargo, era la primera alternativa la que más le costaba aceptar. Sencillamente, era incapaz de creer —no quería creer— que Anna hubiese conseguido librarse, de una vez por todas, de su adicción.

Ah Sook sentía un gran afecto por Anna, y estaba seguro de que ella también por él. Sabía, no obstante, que la intimidad que disfrutaban no era tanto una unión como un aislamiento compartido; y es que no hay relación tan íntima como la existente entre el adicto y su droga, y ambos sentían intensamente ese aislamiento. Ah Sook detestaba ser esclavo del opio, y, cuanto más lo detestaba, con más fuerza ansiaba la droga, que comparecía ante su corazón y su mente como algo repugnante. También Anna había detestado su adicción. Y más cuando se le empezó a notar la preñez y su trabajo en Hokitika disminuyó, dejándola sumida durante días y semanas en un humo crepuscular, una expansión de tiempo cuyos bordes se iban suavizando y desdibujando hasta que el bebé murió y la dependencia de Anna mudó en una desesperación que ni siquiera Ah Sook intentó comprender. Ah Sook no sabía cómo había llegado a fallecer el bebé, y no había preguntado.

Jamás hablaban en el fumadero de Kaniere; no hablaban mientras encendían la lamparilla, ni mientras se recostaban, ni mientras esperaban a que la resina se suavizase y borbotease en la cazoleta. A veces, Anna llenaba primero la pipa de Ah Sook y se la sostenía mientras él se metía el humo en el cuerpo, respiraba y se desvanecía... para despertar, más tarde, y encontrársela tendida a su lado, flexible y pegajosa, sus húmedos cabellos aplastados sobre la mejilla. Era importante para el encendido que no se pronunciase ni una palabra, y Ah Sook se alegraba de que hubiesen adoptado esta costumbre sin mediar ningún tipo de negociación ni de petición. De la misma manera que el acto conyugal no se puede mencionar en voz alta por razones tanto sagradas como profanas, el ritual de la pipa era, para ambos, un ritual tan inefable y vergonzante cuanto extático y divino: su sacralidad radicaba en su misma profanidad, y su profanidad en su forma sagrada. Pues ¡qué dicha tan solemne, esperar en silencio a que se derritiera la resina; suspirar por ella, con vergüenza, con asombro, mientras su dulce fragancia te subía a la nariz; pasar la aguja por el alquitrán; cortar la llama, recostarse y meterse el humo en el cuerpo, y sentir cómo fluía, milagroso, hasta las extremidades, hasta los dedos de las manos, de los pies, hasta la punta de la cabeza! Y con cuánta ternura la contemplaba cuando despertaban.

La tarde de la velada de espiritismo de la viuda (era domingo: la señora Wells era muy consciente de lo provocador que era organizarla en este día), Ah Sook estaba sentado en el rectángulo de sol que entraba por la puerta de su choza, raspando la cazoleta de su pipa de opio, tarareando y pensando en Anna. Esta había sido su ocupación desde hacía casi una hora, y la cazoleta ya llevaba un buen rato limpia. Su cuchillo ya no levantaba el polvo rojizo que dejaba la goma de opio quemada; el largo hornillo de la pipa estaba desatascado. Pero el movimiento redundante se correspondía con la redundancia de sus pensamientos repetitivos, y lo ayudaba a calmarse.

—*Ah Quee faat sang me si aa?*

Tong Wei, un hombre barbilampiño de treinta años, lo observaba desde el otro lado del claro. Ah Sook no respondió. Había prometido no hablar del conciliábulo del hotel Crown, ni de los acontecimientos que lo habían precedido, con nadie.

El joven insistió.

—*Keoi hai mai bei yan daa gip aa?*

Tampoco ahora dijo nada Ah Sook, y al cabo de un instante Tong Wei se dio por vencido, rezongando su desagrado, y bajó en dirección al río.

Ah Sook permaneció quieto durante un largo rato después de marcharse el joven, y luego, de repente, se reclinó, profirió una blasfemia y plegó el cuchillo para guardarlo. Era un calvario pasarse los días esperándola, pensando en ella, especulando. Imposible soportarlo. Esa misma tarde partiría hacia Hokitika y le exigiría que se vieran. Cuanto antes saliera, mejor. Envolvió la pipa y los utensilios, se levantó y entró a por su abrigo.

Ah Sook solo había entendido en parte lo que se había discutido en la sala de fumadores del hotel Crown tres semanas atrás. Su compatriota no lo había ayudado nada a resolver sus confusiones, ya que el inglés de Ah Quee era aún más limitado que el suyo, como tampoco los demás hombres del Crown, cuya paciencia colectiva se agotaba ante cualquier solicitud de aclaración por parte de un chino. La narración de Balfour había sido demasiado rápida y su tono demasiado poético como para que un oído extranjero pudiese entenderla con facilidad, y tanto Ah Sook como Ah Quee se habían marchado de la asamblea del Crown con una comprensión meramente parcial de todo lo que se había discutido.

Los detalles cruciales que ignoraban eran los siguientes. Ah Sook no sabía que Anna Wetherell había dejado de alojarse en el hotel Gridiron para irse con Lydia Wells. Tampoco sabía que Francis Carver era el patrón del *Godspeed*, la embarcación que se había ido a pique en la barra de Hokitika. Cuando, poco después de medianoche, la asamblea del Crown se dispersó, Ah Sook no había seguido a los demás hombres hasta la lengua de Hokitika para echar un vistazo al naufragio: los infortunios marítimos no le interesaban, y no le gustaba andar por las calles de Hokitika después del anochecer. Había vuelto a Kaniere, de donde no se había movido desde entonces. Por consiguiente, seguía creyendo que Francis Carver había zarpado rumbo a Cantón hacía casi un mes, y que no se lo esperaba de vuelta en Hokitika durante una buena temporada. A Thomas Balfour, que, para empezar, había olvidado por completo compartir esta información errónea con Ah Sook, no se le había ocurrido desengañarlo.

Para cuando las campanas dieron las tres y media, Ah Sook se hallaba subiendo los peldaños de la veranda del hotel Gridiron. En recepción, pidió ser recibido por Anna Wetherell, pronunciando su nombre con tono grave y satisfecho a la vez, como si el encuentro se hubiese programado con muchos meses de antelación. Sacó un chelín, dando a entender que estaba dispuesto a pagar por el privilegio de la conversación de la puta, y después hizo una profunda reverencia, en señal de respeto. Recordaba a Edgar Clinch de la reunión secreta; le había parecido, en aquella ocasión, un hombre decente y razonable.

Pero Clinch se limitó a decir que no con la cabeza. Apuntó repetidamente hacia el recién remodelado Wayfarer's Fortune, al otro lado de la calle Revell, y soltó una ráfaga de palabras; al ver que Ah Sook no entendía nada, lo cogió del codo y lo sacó fuera, señaló el hotel de enfrente y explicó, más despacio, que ahora Anna se alojaba allí. En ese momento, Ah Sook vio una silueta al otro lado de la ventana de la fachada del antiguo hotel, y reconoció la figura que estaba detrás del cristal: era Anna. Satisfecho, se inclinó ante Clinch por segunda vez, recuperó su chelín de la palma de la mano de este y se lo guardó. A continuación cruzó la calle, subió los peldaños de la veranda del Wayfarer's y dio unos golpecitos secos en la puerta.

Anna debía de estar en el vestíbulo, ya que abrió la puerta a los pocos segundos. Apareció, como era su costumbre en los últimos tiempos, con el aire distraído de una

doncella, el gesto molesto y reprobador, la mano fija en el marco de la puerta para poder cerrarla en cualquier momento. (A lo largo de las tres últimas semanas había recibido muchísimas visitas: mineros nostálgicos, en su mayor parte, que añoraban su presencia en las noches del Dust and Nugget. Le rogaban que los acompañase a alguna de las tabernas radiantemente iluminadas de la calle Revell y se dejase invitar a champán, o a brandy o a cerveza, mientras hablaban de todo un poco..., pero sus súplicas no surtían efecto: Anna se limitaba a decir que no con la cabeza y cerraba la puerta). Sin embargo, al ver quién se hallaba en el umbral, abrió la puerta de par en par y soltó una exclamación de sorpresa.

También Ah Sook se sorprendió; por unos instantes, se limitó a mirarla fijamente. Al cabo de tantas semanas evocando su aspecto, ¡aquí estaba! ¿Era posible que hubiera cambiado tanto? ¿O sería que su memoria era tan imperfecta que, ahí en la puerta, se le antojaba una mujer completamente distinta de aquella con la que había pasado tantas y tantas tardes deleitosas, mientras la fría luz del invierno entraba al sesgo por el cuadrado de la ventana y el humo se enroscaba en espirales alrededor de sus cuerpos? El vestido era nuevo: negro y con un corte muy austero. Pero no se trataba de un vestido nuevo sin más, pensó Ah Sook. Esta mujer no era la de antes.

Estaba sobria. Sus mejillas lucían un nuevo lustre, y sus ojos eran más brillantes, más grandes y más despiertos. La naturaleza melosa de sus movimientos había desaparecido; como también la gasa ligeramente soñadora que siempre había recubierto sus rasgos, como un velo de batista. Había desaparecido la vaga sonrisa a medias, la temblorosa comisura de los labios, aquella turbada confusión... como si siempre estuviese al tanto de algún pequeño desconcierto que nadie más podía ver. Al momento siguiente, el asombro de Ah Sook había cedido paso a la amargura. De modo que era cierto. Anna se había librado del dragón del opio. Se había curado..., mientras que él llevaba más de una década intentándolo, sin dejar de ser, en todo momento, esclavo de esa criatura informe.

Anna hizo amago de agarrarse con la mano, como si quisiera recobrar el equilibrio apoyándose en el marco de la puerta.

—Es que no puedes entrar..., no puedes entrar, Ah Sook —dijo en susurros.

Ah Sook esperó un instante antes de hacer su reverencia, pues confiaba en sus primeras impresiones y quería alargar esta impresión. Anna estaba mucho más delgada de lo que recordaba: le veía claramente los huesos de la muñeca, y tenía las mejillas hundidas.

—Buenas tardes —dijo.

—¿Qué quieres? —susurró Anna—. Sí, buenas tardes. ¿Sabes? Ya no tomo opio. ¿Lo sabías?

Ah Sook la miró con detenimiento.

—Tres semanas —añadió Anna, como si quisiera persuadirlo—. Llevo tres semanas sin fumarme una pipa.

—¿Cómo? —dijo Ah Sook.

Anna movió la cabeza.

—Tienes que entenderlo: no soy la misma de antes.

—¿Por qué ya no vienes a Kaniere? —preguntó Ah Sook. No sabía cómo decir que la echaba de menos; que cada tarde, antes de su llegada, colocaba los cojines del diván como a ella le gustaba, y ordenaba sus enseres, y se aseguraba de que su ropa estuviese pulcra y su trenza bien atada; que a menudo, mientras velaba su sueño, la dicha le había formado un nudo en la garganta, ahogándolo casi; que a veces había alargado la mano y la había mantenido inmóvil sobre su pecho, apenas rozándolo, como si pudiera sentir la suavidad de su piel en el humeante espacio que mediaba entre su carne y la de Anna; que a veces, cuando Anna cogía su pipa, esperaba un rato antes de coger la suya para poder mirarla y grabar su imagen en el recuerdo.

—No puedo ir a verte más —dijo Anna—. No debes estar aquí. No puedo ir.

Ah Sook la observó con tristeza.

—¿Se acabó lo de fumar?

—Se acabó —dijo Anna—. Se acabó lo de fumar y se acabó Kaniere.

—¿Por qué?

—No puedo explicártelo; aquí no. Lo he dejado, Ah Sook. Lo he dejado del todo.

—¿No te queda dinero? —Ah Sook intentaba comprender. Sabía que Anna había estado abrumada por una deuda enorme. Debía muchísimo dinero a Dick Mannering, y la deuda iba aumentando cada día. Quizá ya no podía permitirse la droga. O quizá ya no disponía de tiempo para desplazarse hasta allí para tomarla.

—No es por el dinero —aclaró Anna.

En ese instante una voz femenina llamó a Anna desde las profundidades de la casa, y exigió saber, en un tono de impaciente condescendencia, el nombre del visitante que estaba en la puerta y el motivo que lo había llevado hasta allí.

Anna ladeó la barbilla, pero no apartó los ojos del rostro de Ah Sook.

—Solo es un chino que conozco de hace tiempo —gritó—. No es nada.

—Bueno, y ¿qué quiere?

—Nada —gritó de nuevo Anna—. Intenta venderme algo, eso es todo.

Se hizo un silencio.

—¿Te lo traigo... aquí? —dijo Ah Sook—. Ahuecó las manos y se las ofreció, indicando que estaba dispuesto a entregarle la resina en persona.

—No —susurró Anna—. No, no puedes hacer eso. Es inútil. Es solo que yo..., la cosa es que... ya no puedo sentirlo.

Ah Sook no entendió esto.

—El último trozo —dijo, refiriéndose a la onza que le había regalado la tarde en que vio la muerte de cerca—. El último trozo... ¿te dio mala suerte?

—No... —empezó Anna, pero antes de que pudiese continuar se oyeron unos pasos rápidos en el pasillo, y un instante después apareció una mujer al lado de Anna.

—Buenas tardes —dijo—. ¿Qué es lo que vende? ¿Qué piensa hacer, Anna?

Acto seguido, Anna se apartó de la entrada.

Ah Sook también había dado un paso atrás, pero no como muestra de sumisión sino estupefacto, pues esta era la primera vez en casi trece años que veía a Lydia Wells. La última vez que le había puesto la vista encima fue..., ¿cuándo?... En el juzgado de Sídney, ella en la tribuna, él en el banquillo; ella con la cara roja, dándose aire con un abanico bordado de madera de sándalo cuyo aroma había llegado flotando hasta él, recordándole, con súbita emoción, el almacén de su familia en la zona portuaria de Kwangchow, y las cajas de madera de sándalo en las que los mercaderes envasaban sus rollos de seda, antes de las guerras. Lydia llevaba un vestido verde claro —esto lo recordaba bien— y un sombrero de encaje; había mantenido una expresión absolutamente grave durante todo el juicio. Su testimonio, cuando declaró, fue conciso y contundente. Ah Sook no había entendido ni una palabra excepto cuando lo señaló directamente a él, a todas luces para identificarlo ante el tribunal. Cuando Ah Sook fue absuelto del asesinato, Lydia no había mostrado ningún tipo de emoción: tan solo se había levantado, en silencio, y había salido de la sala sin mirar atrás. ¡Más de doce años habían transcurrido desde aquel día! Más de doce años... ¡y aquí estaba ahora, monstruosamente presente e inalterada! Su cabello cobrizo estaba tan luminoso como siempre; su piel, fresca, y apenas surcada. Lo que tenía de rolliza y pechugona lo tenía Anna de demacrada.

Un instante después, a Lydia se le demudó el semblante —cosa rara, pues en general era muy ducha en cincelar sus expresiones y no le gustaba mostrarse sorprendida— y abrió los ojos como platos.

—Conozco a este hombre —dijo, con tono de asombro. Se llevó la mano a la garganta—. Lo conozco.

Anna dirigió la mirada hacia la señora Wells y después volvió a posarla en Ah Sook.

—¿Cómo es posible? —dijo—. ¡De Kanieri no será!

Una fina capa de sudor recubría el labio superior de Ah Sook. No dijo nada, sin embargo, sino que se limitó a hacer una reverencia; así, tal vez pensarían que no les entendía. Se volvió hacia Anna, con la sensación de que si seguía mirando a los ojos a Lydia Greenway siquiera un segundo más, esta recordaría dónde se habían visto antes. Todavía la notaba en la periferia de su mirada, observándolo.

Anna también estaba frunciendo el ceño.

—Quizá esté usted pensando en otro hombre —le dijo a la señora Wells—. Muchas veces cuesta distinguir a los chinos.

—Sí..., a lo mejor —contestó la señora Wells. Pero seguía mirando de hito en hito a Ah Sook.

Si ya lo había identificado o no, Ah Sook era incapaz de saberlo. Anduvo buscando algo que decirle a Anna, pero tenía la mente en blanco.

—¿Qué quieres, Ah Sook? —preguntó Anna. No eran palabras hoscas, sino anhelantes; en su mirada había una expresión de súplica, casi temerosa.

—¿Cómo lo has llamado? —dijo rápidamente la mayor de las dos mujeres.

—Ah Sook —dijo Anna—. Señor Sook, supongo. Es el traficante de Kaniere.

—¡Ah! —La mirada de la señora Wells se aguzó al punto—. ¡Opio!

De manera que lo había reconocido. Había recordado quién era.

Inmediatamente, Ah Sook cambió de táctica.

—Te compro. Al precio más alto —anunció volviéndose hacia Anna.

La viuda rio.

—Oh —dijo Anna. Estaba muy sonrojada—. No. No puedes. Supongo que nadie te lo ha dicho: he dejado el alterne. Ya no soy una puta. Nada de venderme. No estoy a la venta.

—¿Qué haces ahora? —preguntó Ah Sook.

—La señorita Wetherell es mi ayudante —dijo la señora Wells; pero Ah Sook no conocía la palabra «ayudante»—. Ahora vive aquí.

—Ahora vivo aquí —repitió Anna—. Ya no tomo opio. ¿Entiendes? No más humo. Lo... lo he dejado.

Ah Sook estaba desconcertado.

—Bueno, adiós —dijo Anna—. Gracias por la visita.

De pronto, la muñeca de la señora Wells salió disparada. Agarró el antebrazo de Ah Sook con su lechosa mano, y se lo apretó con fuerza.

—Debe usted venir a la sesión de esta noche.

—No tiene entrada —dijo Anna.

—Una presencia oriental —insistió la señora Wells, sin hacerlo caso—. ¡Justo lo que necesitamos! ¿Cómo dices que se llama?

—Ah Sook —dijo Anna.

—Ah, sí. Figúrate: ¡una presencia oriental en la sesión de esta noche!

—¿Las sesiones de espiritismo son una costumbre oriental? —inquirió Anna con tono de duda.

Ah Sook no conocía la palabra «espiritismo»; pero sí conocía la palabra «oriental», y supuso que él debía de ser el tema de su discusión y también la causa, presuntamente, de la repentina mirada de codicia de Lydia. Le resultaba asombroso que hubiese podido cambiar tan poco en el transcurso de una década, cuando Anna, en el transcurso de un mes, estaba tan distinta. Al mirar su mano, que le asía con fuerza el antebrazo, lo sorprendió ver un anillo de oro en su dedo.

—Señora Carver —dijo Ah Sook, y señaló el anillo.

La mujer sonrió; esta vez, más abiertamente.

—Me da la impresión de que este hombre tiene algo de profeta —le dijo a Anna—. No es mala idea, ¿no te parece?

—¿Cómo que «señora Carver»? —le preguntó Anna a Ah Sook. Tenía el ceño fruncido.

—La esposa de Carver —respondió Ah Sook, sin aclarar gran cosa.

—Piensa que es usted la esposa de Carver —dijo Anna.

—Solo está haciendo conjeturas —repuso la señora Wells. Se dirigió a Ah Sook y

le dijo—: Señora Carver, no. Mi marido ha muerto. Ahora soy viuda.

—¿Señora Carver, no?

—Señora Wells.

Ah Sook abrió los ojos como platos.

—Señora Wells —repitió.

—Es perfecto que su inglés sea tan limitado —dijo la viuda a Anna con tono desenfadado—. Así no se distraerá. No perderá la compostura. ¡Qué apuesto es! Me da que nos va a venir de perlas.

—Conoce a Carver —dijo Anna.

—Eso seguro —convino la señora Wells despreocupadamente—. El capitán Carver tiene muchos contactos orientales. Supongo que se habrán traído algún negocio entre manos aquí, en Hokitika. Pase al vestíbulo, Ah Sook. —Lo agarró más fuerte del brazo—. Pase. Solo un momento. No sea un chiquillo; ¡no le voy a hacer daño! Entre.

—¿Francis Carver... en Guangdong? —preguntó Ah Sook.

—En Cantón; sí, es muy probable —dijo la señora Wells, interpretando la pregunta de Ah Sook como una afirmación—. El capitán Carver tenía su base en Cantón. Vivió allí muchos años. Pase al salón.

Hizo entrar a Ah Sook, señalando hacia la otra punta del salón.

—Usted se sentará sobre un cojín... allí —dijo—. Observará los rostros que hay a su alrededor, y aportará un aire impasible y sentencioso a nuestra sesión mística. Lo llamaremos el Oráculo del Este... o la Estatua Viviente del Oriente... o el Espíritu Dinástico, o algo por el estilo. ¿Cuál prefieres, Anna? ¿La Estatua o el Oráculo?

Anna no tenía ninguna preferencia. Le parecía evidente que Lydia Wells y Ah Sook se habían reconocido, y que su historia compartida tenía algo que ver con Francis Carver, y que la viuda no deseaba hablar de ello. Pero sabía que no debía insistir en el tema.

—¿Cuál va a ser su finalidad? —preguntó.

—¡Observarnos nada más!

—Sí, pero ¿para qué?

La viuda hizo un gesto con la mano.

—¿Acaso no viste el espectáculo del Prince of Wales? Nada vende tantas entradas como un toque oriental.

—No sé si sabe que no es ningún desconocido en Hokitika —dijo Anna—. Lo reconocerán.

—¡Y a ti también! —observó la señora Wells—. Eso da lo mismo.

—No sé. No estoy segura.

—Anna Wetherell —dijo la señora Wells con fingida irritación—. ¿Te acuerdas cuando, el jueves pasado, sugerí que colgásemos el dibujo del Mago en lo alto de la escalera y tú protestaste diciendo que quedaría ensombrecido por el rellano del desván, y aun así yo fui y lo colgué, y la luz era tan perfecta como te había

prometido?

—Sí —contestó Anna.

—Pues eso —dijo la señora Wells, y se rio.

Ah Sook no había entendido ni una palabra de todo esto. Se volvió hacia Anna y frunció el ceño casi imperceptiblemente, para indicarle que tenía que explicárselo.

—Espiritismo —aclaró Anna, inútilmente.

Ah Sook negó con la cabeza. No conocía la palabra.

—Vamos a intentarlo —dijo la señora Wells—. Venga, venga aquí al rincón. Anna, dale a este hombre un cojín para que se siente. ¿O quedaría más ascético un taburete? No, un cojín: así podrá cruzar las piernas como hacen los orientales. Sí, venga aquí... más, un poco más. Ahí.

Hizo sentarse a Ah Sook de un empujón y dio varios pasos rápidos hacia atrás, para evaluarlo desde el otro extremo de la habitación. Asintió encantada.

—Sí. ¿Lo ves, Anna? ¿No te parece magnífico? ¡Qué hombre más solemne! Me pregunto si le podríamos pedir que fume algún tipo de pipa... Las volutas de humo alrededor de su cabeza quedarían francamente bien. Pero el humo en interiores me pone mala.

—Aún no ha dado su consentimiento —observó Anna.

La señora Wells pareció irritarse un poco; sin embargo, no puso reparos a esta observación, sino que avanzó hacia Ah Sook, sonrió y lo miró detenidamente con los brazos en jarras.

—¿Conoce a Emery Staines? —preguntó, enunciando con claridad—. ¿Emery Staines? ¿Lo conoce?

Ah Sook asintió con la cabeza. Conocía a Emery Staines.

—Bueno —dijo la mujer—, pues lo vamos a traer aquí. Esta noche. Y vamos a hablar con él. Emery Staines, aquí. —Señaló el suelo con una mano que olía a limón.

Un destello de comprensión iluminó fugazmente el rostro de Ah Sook. Excelente: por fin debían de haber encontrado al buscador... ¡y vivo! Era una buena noticia.

—Muy bien —dijo.

—Esta noche —apuntó la señora Wells—. Aquí, en el Wayfarer's Fortune. En esta habitación. La fiesta empezará a las siete; la sesión, a las diez.

—Esta noche —dijo Ah Sook, mirándola de hito en hito.

—Exactamente. Usted estará aquí. Vendrá. Se sentará igual que ahora. ¿Sí? Ay, Anna, ¿entiende algo? Me cuesta saberlo; su rostro es una perfecta estatua. Ya ves lo que me dio la idea... ¡la Estatua Viviente!

Despacio, Anna le explicó a Ah Sook que Lydia solicitaba su presencia, esa tarde, en una reunión con Emery Staines. Utilizó varias veces la palabra «espiritismo»; Ah Sook, que no tenía motivos para haber aprendido nunca la palabra, dedujo por el contexto que se trataba de algún tipo de reunión o de encuentro, preparado de antemano, al que estaba invitado Emery Staines. Asintió con la cabeza para expresar que lo entendía. Entonces Anna pasó a explicarle que estaba invitado a regresar esa

misma tarde y a ocupar su puesto sobre el cojín del rincón, exactamente igual que ahora. También había otros invitados. Se sentarían en círculo, y Emery Staines se pondría en el centro de la habitación.

—¿Lo entiende? —preguntó la señora Wells a Anna—. ¿Lo entiende?

—Sí —respondió Ah Sook, y a continuación, para demostrárselo—: Una sesión de espiritismo con Emery Staines, esta noche.

—¡Excelente! —dijo la señora Wells con una sonrisa condescendiente, como se sonríe a un niño precoz que acaba de recitar un soneto... es decir, con una admiración un poco desconfiada y bastante artificial.

—Una puta de luto y un místico oriental —prosiguió—. Es perfecto; ¡me entran escalofríos solo de pensarlo! Pues claro que una sesión no es una «tradición» oriental —dijo en respuesta a la pregunta de Anna—, pero ¿acaso no llevo dos semanas diciendo cada día que en este negocio el ambiente lo es casi todo? Ah Sook nos vendrá muy pero que muy bien.

Anna apartó la mirada.

—Naturalmente, habrá que recompensarlo —dijo como de pasada.

La viuda se volvió hacia Anna con una expresión gélida, pero como Anna no la estaba mirando, no pudo recibirla; un instante después, su expresión se suavizó de nuevo.

—¡Por supuesto! —dijo como quien no quiere la cosa—. Pero deberías preguntarle cuánto piensa él que merece por un trabajo tan sencillo. Pregúntale, Anna, puesto que eres su amiga «especial».

Eso hizo Anna, explicándole a Ah Sook que la viuda estaba dispuesta a pagarle unos honorarios por su contribución a la sesión de esa tarde. A Ah Sook, que aún no había comprendido que Emery Staines iba a estar presente tan solo en espíritu, la propuesta se le antojó estupenda. Sospechaba, con razón, de la oferta, e hizo saber su sospecha. Tras esto se inició una negociación bastante absurda, y al cabo Ah Sook accedió, más por ella que por sí mismo, a recibir unos honorarios de un chelín.

Ah Sook no tenía un pelo de tonto. Sabía perfectamente que en realidad no había entendido lo que iba a suceder esa tarde. Le parecía muy raro que Anna hubiese hecho tanto hincapié en el hecho de que Emery Staines iba a estar en el centro mismo de la habitación, rodeado por todos los demás, y aún más raro que la viuda estuviese dispuesta a pagarle un estipendio por no hacer nada de nada. Concluyó que iba a representar un papel en algún tipo de obra dramática (suposición que, claro está, casi daba en el clavo), y razonó que cualquier humillación que pudiese sufrir en consecuencia merecía la pena a cambio de la oportunidad de hablar con el señor Staines. Aceptó la invitación de la viuda, y su promesa de pago, con la certeza de que sus incertidumbres se resolverían con el tiempo.

Con esto concluyeron sus negociaciones. Ah Sook miró a Anna. Se miraron a los ojos por un instante; Ah Sook, sin apartar los suyos, y Anna —eso parecía— con un impasible desapego que el sombrerero no supo identificar. Pero ¿se trataba siquiera

de desapego? ¿No sería, sencillamente, que no estaba acostumbrado a la claridad de su expresión, ahora que sus rasgos no estaban cubiertos por el denso velo del opio? Qué cambiada estaba. Si no la conociera bien casi podría haber dicho que tenía una expresión altiva, como si se creyese superior al círculo chino ahora que ya no era puta.

Ah Sook decidió interpretar su expresión impasible como una señal para que se marchase, y se levantó del cojín. Había calculado que le daba tiempo a caminar hasta Kaniere y volver antes de la puesta del sol, y quería informar a su compatriota Quee Long de que Emery Staines estaría presente, esa misma tarde, en el Wayfarer's Fortune, en la calle Revell. Sabía que Ah Quee llevaba mucho tiempo deseando entrevistarse con Staines para interrogar al joven buscador sobre el asunto del oro de la Aurora; se alegraría mucho de saber que Staines estaba vivo.

Ah Sook hizo una reverencia a la viuda, y después a Anna. Esta, a su vez, le hizo una reverencia superficial que no denotaba ni anhelo ni pesar, e inmediatamente después se dio la vuelta y se puso a alisar el encaje que caía sobre el brazo del sofá.

—Vuelva esta noche... para la sesión. Esta noche —dijo Lydia Wells—. Pongamos que a las seis.

—A las seis —repitió Ah Sook, y señaló el cojín que acababa de desocupar para demostrar que lo entendía.

Echó una última mirada a Anna, y después Lydia Wells lo agarró del brazo y lo hizo salir al vestíbulo. Alargó el brazo por delante de Ah Sook y abrió la puerta, inundando la estancia con la súbita luz del día.

—Adiós —dijo Ah Sook, y cruzó el dintel.

Pero la viuda, al contrario de lo que había esperado Ah Sook, no cerró la puerta a su paso, sino que cogió su chal, se lo echó por los hombros y lo siguió hasta la veranda.

—Voy a salir un rato; volveré más o menos en una hora —le dijo a Anna.

Anna, desde el salón, la miró con asombro. Después, su semblante adquirió una expresión impenetrable. Asintió con un gesto acartonado, cruzó el salón y se acercó hasta la puerta para echar el pestillo cuando saliera la señora Wells.

—Buenas tardes, señora Wells —dijo, apoyando la mano en el marco de la puerta—. Buenas tardes, Ah Sook.

Bajaron a la calle, donde cada uno siguió por su camino: Ah Sook hacia el sur, en dirección al río, y Lydia Wells hacia el norte. A los pocos pasos la señora Wells miró por encima del hombro, como para contemplar el edificio desde la calle, y Anna se apresuró a cerrar la puerta.

No obstante, mantuvo la mano en el pomo, y no lo giró; al cabo de un momento volvió a abrir, con gran sigilo, y pegó el ojo a la rendija. Ahora Lydia caminaba veloz; no se había dado la vuelta, como había supuesto Anna que haría, para ir en pos de Ah Sook a pedirle un encuentro en privado. Anna abrió un poco más la puerta. ¿Volvería sobre sus pasos? Seguro que por eso se había marchado de forma tan

abrupta... ¡para hablar a solas con el hombre al que a todas luces reconocía! Pero justo entonces Ah Sook dobló la esquina del muelle Gibson y desapareció, y Lydia Wells, prácticamente a la vez, sorteó la cuneta que había junto a la calzada y subió los escalones de —Anna entrecerró los ojos—... ¿de qué establecimiento? Un edificio de dos plantas, pegado al comercio de ferretería y abastos Tiegreen's. ¿Una de las tabernas, tal vez? Evidentemente, había alguien en el porche, pues Lydia Wells se entretuvo un instante a intercambiar unas palabras antes de abrir la puerta del establecimiento y desaparecer en su interior; y mientras la puerta se batía, Anna vislumbró un reflejo de pintura azul claro, y reconoció el edificio. Conque Lydia Wells estaba haciendo una visita de cortesía..., pero ¿a quién? Anna movió la cabeza de lado a lado, asombrada. En fin, pensó; fuera quien fuese, lo que estaba claro era que no se trataba un minero del montón. Debía de ser un hombre de cierta importancia, puesto que se alojaba en el hotel Palace.

SATURNO EN LIBRA

En el que Harald Nilssen incumple un contrato, se abre el libro sagrado, Cowell Devlin se desconcierta y George Shepard traza un plan

Harald Nilssen acababa de prepararse su té de las cuatro, y mientras lo dejaba reposar y se disponía a sentarse con un libro ante un plato de galletas de azúcar, el correo le trajo una citación. Era de parte de George Shepard y en el sobre ponía «Urgente», a pesar de que el alcaide no especificaba el motivo. Seguro que se trataba de algún detalle intrascendente, pensó Nilssen, irritado: un trozo de grava en los cimientos de la cárcel, una gota de café caída en los planos de la cárcel. Suspirando, envolvió la tetera con un cobertor de guata, cambió su jersey por una chaqueta y fue a por su bastón. Era de muy mala educación andar molestando a la gente un domingo por la tarde. Caramba, si de los siete días de la semana había trabajado seis. Se merecía un día de descanso, un día sin tener detrás a George Shepard atormentándolo con reclamaciones de recibos, nóminas o presupuestos de pecios. El correo era un insulto añadido, pues Shepard ni siquiera era capaz de molestarse en recorrer a pie las cinco manzanas que separaban el campamento de policía del muelle Gibson, ¡sino que insistía en que Nilssen acudiese a él, como un vasallo a su señor! Nilssen, de muy mal genio, trancó la puerta de su oficina y enfiló la calle Revell a grandes zancadas, con el sombrero al sesgo y los faldones de la levita acampanándose a cada paso.

En el campamento de policía, la señora George le abrió la puerta. Con un aspecto que daba pena verla, le indicó el camino hasta el comedor, y después se escabulló antes de que Nilssen pudiese pronunciar una sola palabra de cortesía, cerrando la puerta a su paso con una fuerza tal que la pared de calicó retembló y Nilssen tuvo la fugaz sensación de que se hallaba en el mar.

El alcaide estaba sentado a la cabecera de la mesa, dando buena cuenta de una cena fría compuesta de carnes en gelatina, una selección de budines fríos de consistencia homogénea y un denso pan negro de miga gorda. Estaba muy tieso, hincando cuanto podía en el tenedor, y no ofreció una silla a Nilssen.

—Veamos —dijo después de tragar, una vez cerrada la puerta—. Le ha hablado a alguien de nuestro acuerdo; ha roto su palabra. ¿A quién se lo ha contado?

—¿El qué? —Nilssen parecía desconcertado.

Shepard repitió su pregunta; Nilssen, tras una pausa, volvió a expresar su perplejidad, con un tono de voz ligeramente más agudo.

La expresión de Shepard era fría.

—No me mienta, señor Nilssen. Alistair Lauderback va a publicar una carta en el *Times* mañana por la mañana, arremetiendo contra mi persona. Sostiene que un porcentaje de la fortuna descubierta en las propiedades de Crosbie Wells se invirtió en la cárcel de Hokitika. No sé cómo obtuvo esta información, y deseo enterarme. Inmediatamente.

Nilssen titubeó. ¿Cómo era posible que Alistair Lauderback, ni más ni menos, supiera lo de su comisión? ¿Alguno de los hombres del Crown tenía que haber faltado a su palabra! ¿Balfour, quizá? Balfour y Lauderback tenían una relación muy estrecha, y Nilssen nunca había visto a Lauderback en compañía de ninguno de los otros. Pero ¿qué motivo podía tener Balfour para traicionarle? Nilssen jamás le había deseado ningún mal. ¿Habría sido Löwenthal? Quizá... teniendo en cuenta que la carta se iba a publicar en el periódico. Pero a Nilssen le costaba tanto creer que Löwenthal hubiese faltado a su palabra como que lo hubiese hecho Balfour. Miró a Shepard mientras este pinchaba carnes en gelatina, pepinillos en vinagre y picadillo con el tenedor, e inexplicablemente (pues no tenía ni pizca de hambre) se le hizo la boca agua.

—¿A quién se lo ha contado? —insistió Shepard—. Sepa que en este momento se me acaba de agotar la paciencia: no se lo voy a preguntar más. —Cerró la boca sobre el tenedor abarrotado, sacó el tenedor y se puso a masticar.

Nilssen no sabía cómo responder. La verdad, claro está, era que se lo había contado a doce hombres..., a Walter Moody y a los otros once que habían sido convocados en la sala de fumadores del Crown. ¿Cómo iba a admitir que había revelado el secreto de Shepard a doce hombres! ¿No sería mejor fingir que no se lo había dicho a nadie? Pero era obvio que había traicionado su confianza contándoselo a alguien..., ¡si él supiera! Su cabeza discurría atropelladamente.

—No se me ocurre qué puede haber sucedido —dijo, desesperado—. No se me ocurre.

Shepard estaba amontonando otro bocado en el reverso del tenedor.

—¿Fue usted mismo en persona a ver a Lauderback? —dijo, sin apartar la mirada del plato—. ¿O fue a ver a otro hombre... que a su vez fue a ver a Lauderback?

—No he cruzado ni cinco palabras con Lauderback en toda mi vida —repuso Harald Nilssen, muy indignado.

—Entonces, ¿quién? —Shepard alzó la vista, soltando a medias los cubiertos.

Nilssen no dijo nada. Había empezado a sudar.

—Veo que cumple con el código minero —dijo Shepard—. Bueno, al menos hay alguien que disfruta de su lealtad, señor Nilssen.

Volvió a enfrascarse en su cena, y no habló durante un rato que a Nilssen se le antojó muy largo. Shepard llevaba puesto su traje negro de domingo; se había retirado los faldones a ambos lados de la silla para que no se arrugasen bajo su peso mientras comía. Su pantalón de cintura alta y su chaleco sin cuello tenían un aire reprobador y fúnebre, y su ancho pañuelo —un poco pasado de moda, advirtió

Nilssen con un toque de condescendencia; el suyo era fino y lo llevaba sin apretar, al estilo moderno— subrayaba todavía más los aires admonitorios del alcaide. Su cena fría, de tan sencilla, ni siquiera iba acompañada de alcohol. Nilssen, en cambio, había cenado medio pollo hervido, con guarnición de puré de nabo con mantequilla y salsa blanca a espuelas; se había bebido media jarra de un vino excelente, además.

En algún rincón de la casa, un reloj dio el cuarto. La señora George estaba trajinando al otro lado de las endeble paredes, yendo en silencio de habitación en habitación. Shepard seguía concentrado en su cena. Nilssen esperó hasta que hubo rebañado la última miga del plato, deseando que, una vez concluida la cena, el alcaide empezase a hablar. Pero se hizo evidente que su esperanza era vana.

—Bueno, y ¿qué es lo que va a hacer? —dijo, con un hilo de voz.

—Lo primero —repuso Shepard, restregándose la boca con una servilleta—, relevarle de todos los cargos concernientes a la construcción de la cárcel. No quiero que me sirva un hombre que falta a su palabra.

—¿Se me devolverá la inversión? —dijo Nilssen.

—Ni hablar. —Shepard tiró su servilleta al plato—. De hecho, me parece una petición de lo más descabellada, habida cuenta de que las obras ya están muy avanzadas.

Nilssen torció la boca.

—Ya entiendo.

—De modo que no está dispuesto a incumplir el código minero.

—No.

—Increíble.

—Lo siento.

Shepard apartó su plato con gesto enérgico.

—La carta del señor Lauderback se va a publicar mañana en el *Times*; aquí tengo un avance.

Nilssen reparó en que había una carta abierta sobre la mesa, junto al plato del alcaide. Dio un paso adelante, extendiendo la mano.

—¿Puedo...?

Pero Shepard lo ignoró.

—La carta no menciona su nombre —prosiguió, alzando ligeramente la voz—. Sepa que esta noche pienso escribirle yo mismo al director, a fin de enmendar la omisión. Mi respuesta se publicará debajo de la carta de Lauderback, a modo de réplica formal.

Nilssen volvió a intentarlo.

—¿Puedo leerla?

—Podrá leerla mañana en el periódico, al igual que todos los habitantes de Westland. —Shepard pronunció la frase con un énfasis peligroso.

—De acuerdo —dijo Nilssen. Retiró la mano—. Entiendo lo que me quiere decir. Shepard hizo una pausa antes de añadir:

—A no ser, claro está, que haya algo que quiera contarme.

—Sí —dijo Nilssen con una voz de repugnante abatimiento.

—¿Sí?

—Sí... hay algo.

¡Pobre Harald Nilssen! ¡Mira que creer que podía recuperar la confianza del alcaide por medio de una segunda transgresión, como si una segunda deslealtad pudiese revocar la primera! Había cedido presa del pánico..., y es que a Nilssen se le caía el alma a los pies cuando notaba que alguien lo tenía en baja estima. No soportaba saber que no agradaba, pues para él no había ninguna diferencia de peso entre no agradar a alguien y ser desagradable; cada herida que sufría era una herida a su identidad. Si Nilssen vestía a la última moda, hablaba con afectación y se presentaba como el protagonista de cada relato, era para protegerse: construía su imagen como si fuera un escudo en torno a su persona, porque sabía perfectamente lo poco que resistía su persona.

—Por favor, continúe —lo instó Shepard.

—Se trata de —Nilssen miró en derredor con los ojos desorbitados—... la señora Wells.

—No me diga —dijo Shepard—. ¿Y cómo es eso?

—Fue la querida de Lauderback.

Shepard arqueó las cejas.

—¿Le puso los cuernos a Crosbie Wells con Alistair Lauderback?

Nilssen se quedó pensando.

—Sí, supongo que sí. Claro que eso dependería de cuándo se casaron Crosbie y Lydia.

—Continúe.

—Resulta que..., resulta que..., lo chantajearon..., a Lauderback, quiero decir..., y Crosbie Wells se quedó con el dinero del chantaje. Es la fortuna, ¿sabe?, la fortuna que había en la cabaña de Crosbie.

—¿Cómo fue el chantaje? Y usted ¿cómo lo sabe?

Nilssen vaciló. No confiaba en la expresión del alcaide, que de repente se había vuelto muy codiciosa e intensa.

—¿Cómo lo sabe? —exigió saber Shepard.

—Me lo dijo alguien.

—¿Quién?

—El señor Staines —dijo Nilssen, decantándose por el hombre a quien menos daño podía hacer, al menos a corto plazo.

—¿Staines fue el chantajista?

—No sé —dijo Nilssen, turbado por un instante—. Quiero decir, sí, quizá.

—¿Está usted con él o contra él?

—No..., no lo sé.

Shepard parecía enfadado.

—¿Qué le hace dudar de él, entonces? Algo debe haber, cuando no está seguro de su lealtad.

—Había una escritura de donación —dijo Nilssen con desconsuelo—. En el fogón de Crosbie Wells, medio quemada, como si alguien hubiese intentado destruirla. Se la encontró el capellán cuando fue a la cabaña a recoger su cuerpo, al día siguiente de su muerte. A usted no le dijo nada; se la quedó para él. Tampoco se lo dijo al doctor Gillies.

Shepard no dio la más mínima muestra de emoción.

—¿Qué tipo de escritura de donación?

Nilssen detalló brevemente los pormenores del contrato. Clavó la mirada en un punto situado a unos tres pies a la izquierda del rostro del alcaide, entornando los ojos de una manera extraña; en el pecho, una creciente burbuja de desesperanza le presionaba el esternón. Su intención había sido convencer al alcaide de su lealtad revelándole este secreto; veía ahora que no había hecho sino confirmarse como un hombre desleal y despreciable. Y aun así, a pesar de su desolación, hablar en voz alta de la conspiración del Crown le procuraba un inmenso alivio. Era como si sus hombros se aligerasen de una gran carga, a la vez que sentía que una terrible ingravidez se instalaba en su lugar. Dirigió una mirada fugaz al alcaide, y después volvió a apartarla.

—¿No será Devlin su hombre de confianza? —preguntó Shepard—. ¿Le habló a Devlin de esta inversión... y él fue y se lo contó a Lauderback?

—Sí. Así es. —(¿Cómo podía ser tan sinvergüenza? ¡Mira que acusar a un clérigo! Por otro lado, solo era una mentira a medias... y mejor acusar a un solo hombre que a los doce)—. Quiero decir —añadió—, solamente supongo que se lo contó a Lauderback. No lo sé. Jamás he hablado con Lauderback de nada, como ya le he dicho.

—De modo que Devlin es el hombre de confianza de Lauderback.

—De eso no sé nada —dijo Nilssen—. De eso no sé nada de nada.

Shepard asintió con la cabeza.

—Bueno, señor Nilssen —dijo, levantándose de la mesa—. Me parece a mí que esto pone punto final a nuestra conversación.

Aún más pánico le producía a Nilssen que lo despachase.

—Respecto a la escritura..., nada, solo que... si se lo va a mencionar al reverendo...

—Me imagino que eso haré, sí.

—En fin..., ¿le importaría dejar mi nombre al margen? —pidió Nilssen, con una expresión de infinita desdicha en el rostro—. Verá, yo le puedo decir dónde la esconde; me refiero a la escritura. Usted va y se la encuentra y de este modo tengo cubiertas las espaldas. ¿Lo hará?

Shepard lo contempló sin piedad.

—¿Dónde la guarda?

—No se lo diré hasta que me dé su palabra —dijo Nilssen.

Shepard se encogió de hombros.

—De acuerdo.

—¿Da usted su palabra?

—Palabra de honor. No le mencionaré su nombre al capellán de la cárcel —dijo bruscamente Shepard—. ¿Dónde la guarda?

—En su Biblia —dijo Nilssen, muy triste—. En su Biblia, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.



Desde el momento en que la construcción de la cárcel empezó a ir en serio, Cowell Devlin y George Shepard apenas se habían visto, salvo por las tardes, cuando Shepard volvía de las obras de Seaview para escribir sus cartas y cuadrar las cuentas. Devlin, en cuya opinión el ambiente del campamento de policía provisional mejoraba mucho en ausencia de Shepard, no había intentado estrechar los lazos con él. De haberse visto obligado a emitir un juicio sobre el carácter del alcaide, puede que, tras una larga pausa, hubiese concedido que compadecía la rigidez de Shepard, y que lamentaba el evidente desagrado con que contemplaba el mundo de su alrededor; tras otra larga pausa, puede que hubiese añadido que deseaba que a Shepard le fuesen bien las cosas, pero que no esperaba que las relaciones entre ambos evolucionasen más allá de sus dimensiones actuales, que eran estrictamente profesionales, y no demasiado cálidas.

Pero aquel día era domingo, y las obras de la terraza se habían interrumpido hasta el día siguiente. Shepard había pasado la mañana en la capilla, y la tarde en su estudio del campamento de policía, de donde Harald Nilssen se estaba marchando ahora a toda prisa; Devlin, que hacía poco que había vuelto del campamento de Kanier, estaba en la cárcel provisional, predicando a los delincuentes sobre la memorización de las plegarias. Llevaba consigo su maltrecha Biblia, como siempre que salía de su tienda, a pesar de que la naturaleza del sermón de aquel día era tal que no había tenido motivos para abrirla; cuando Shepard entró en la cárcel, el libro estaba en una silla al lado de Devlin, cerrado.

Shepard esperó a que se hiciera una pausa en la conversación, lo cual sucedió a los pocos segundos debido a su imponente presencia. Devlin lo miró con expresión inquisitiva.

—Buenas tardes, reverendo. ¿Tendría a bien pasarme su Biblia? —dijo Shepard. Devlin frunció el ceño.

—¿Mi Biblia?

—Si no le importa.

El capellán puso la palma de la mano sobre el libro.

—Si le parece, pregúnteme sencillamente lo que busca —dijo—. Tengo a gala

conocer muy bien las escrituras.

—No lo dudo; pero para mí es un placer hojear la Biblia —repuso Shepard.

—Pero ¡usted seguro que tiene una!

—Por supuesto —asintió Shepard—. Es que es la hora de los rezos de mi esposa, y no me gusta interrumpirla.

Por un momento, Devlin consideró la posibilidad de extraer la escritura sustraída; pero su aspecto chamuscado no escaparía a los comentarios del alcaide, y, en cualquier caso, estaba rodeado de delincuentes; ¿dónde podía esconderla?

—¿Qué es lo que busca exactamente? ¿Un versículo, alguna alusión...?

—Para ser un hombre de Dios, no es usted muy pródigo con su Biblia —le espetó Shepard—. ¡Santo cielo, reverendo! ¡Si solo quiero hojearla un poco! ¿Me lo va a negar?

Y Devlin no tuvo más remedio que entregársela. Shepard le dio las gracias, se llevó el libro a su residencia privada y cerró la puerta.

El sermón de Devlin sobre el rezo de memoria vino perversamente al caso la siguiente media hora, ya que, con circularidad ritual, su atención se desviaba sin cesar hacia el estudio, donde en esos mismos instantes estaría el alcaide sentado a su escritorio, pasando las finas páginas del libro con sus grandes manos blancas. A Devlin no se le ocurrió que Shepard podía estar al tanto de la escritura que había ocultado entre los testamentos, pues por naturaleza no era suspicaz, y, a diferencia de otros hombres, no le gustaba considerarse traicionado. Esperaba, a medida que los minutos se iban alargando, que Shepard limitase su lectura a las partes más antiguas del texto; esperaba que el libro le fuese devuelto con la escritura chamuscada sin descubrir e intacta. Devlin sabía perfectamente que la fe de Shepard era de una variedad devotamente levítica; no era excesivo esperar que se limitase a hojear el Pentateuco, o Crónicas y Reyes. Era poco probable que eligiese a los profetas menores..., pero los Evangelios eran lo habitual, sobre todo en domingo. Era muy probable que abriese por ahí, fueran cuales fuesen sus creencias, y en tal caso casi seguro que se toparía con la hoja escondida.

Por fin terminó el debate vespertino, y Devlin, con aire atemorizado, se despidió de los delincuentes que estaban bajo su tutela espiritual. El sargento de guardia le dijo adiós con un gesto, a la vez que reprimía un bostezo; Devlin salió, y se hizo el silencio en la cárcel. Cruzó el patio, subió los escalones del porche de la cabaña del alcaide y llamó a la puerta.

Desde el interior, la voz grave de Shepard le rogó que pasase; así lo hizo Devlin, y cruzó la entrada de calicó en dirección al estudio del alcaide. La puerta estaba abierta; Devlin vio al instante que su Biblia estaba sobre el escritorio, con la hoja de papel chamuscada encima, a la vista.

En el día de hoy, 11 de octubre de 1865, el Señor Emery Staines, natural de Nueva Gales del Sur, se compromete a pagar la cantidad de dos mil libras a la Señorita Anna Wetherell, natural de Nueva Gales del Sur, en presencia del Señor Crosbie Wells.

Shepard juntó las manos y esperó a que hablase su invitado.

—Me la encontré —dijo Devlin—. Pero no tiene utilidad para nadie.

—¿Que no tiene utilidad para nadie? —inquirió Shepard, cordialmente—. ¿Cómo se le ocurre decir eso?

—No tiene validez. El mandante no ha firmado. Por consiguiente, no es legal.

Cowell Devlin, como todos los hombres que se niegan a reconocer ante sí mismos sus errores, se resistía a reconocer sus errores ante nadie. Adoptaba un aire altivo y condescendiente siempre que lo acusaban de obrar mal.

—En efecto, no lo es —convino Shepard—. No es legal.

—No es vinculante; a eso me refería —dijo Devlin, frunciendo ligeramente el ceño—. No es vinculante en sentido legal.

Shepard ni pestañeó.

—Lo cual es una lástima, ¿no le parece?

—¿Y eso por qué?

—Si Emery Staines la hubiese firmado... ¡vaya, la mitad de la fortuna descubierta en la cabaña de Crosbie Wells pertenecería a Anna Wetherell! Menudo giro de los acontecimientos, ¿no cree?

—Pero la fortuna de la cabaña del ermitaño jamás perteneció a Emery Staines.

—¿No? —dijo Shepard—. Discúlpeme, parece que está usted mucho más seguro de eso que yo.

Cowell Devlin sabía perfectamente que el oro de la cabaña de Crosbie Wells había salido de cuatro vestidos, cosidos por Lydia Wells, comprados por Anna Wetherell; sabía que el oro se había sacado en secreto y que después el orfebre Ah Quee lo había fundido, y que el siguiente paso había sido que Staines lo había robado y lo había escondido, a saber cuándo, en la cabaña de Wells. Pero a Shepard no podía contarle nada de esto.

—No hay ninguna razón para pensar que la fortuna pertenecía al señor Staines —dijo.

—Aparte del hecho de que el señor Staines desapareció el día de la muerte del señor Wells, y de que el señor Wells no era, como todo el mundo sabe, un hombre acaudalado. —Shepard golpeó la escritura con su dedo índice—. Esto, reverendo, es de lo más pertinente para la cuestión que nos ocupa. El documento parece indicar que la fortuna salió de Staines, y que Staines tenía intención de dar la mitad, exactamente la mitad, a una prostituta común. Me atrevería a aventurar que Crosbie Wells, en tanto que testigo, le estaba guardando la fortuna cuando murió.

Era una hipótesis razonable. Tal vez Shepard tuviera razón en esto último, pensó Devlin, aunque, por supuesto, se equivocaba en lo anterior.

—Tiene usted razón, parece pertinente; sin embargo, como ya le he dicho, el contrato no es válido. El señor Staines no ha firmado su nombre.

—Presumo que encontró usted la escritura en la cabaña de Crosbie Wells el día que fue a recoger sus restos.

—Así es —dijo Devlin.

—Puesto que la ha custodiado con tanto celo, me atrevo a decir que se le pasó por la cabeza lo valiosa que podría ser esta escritura. Para ciertas personas. Para Anna Wetherell, por ejemplo. Según la autoridad que confiere este papel, ¡podría convertirse en la mujer más rica a este lado de los Alpes del Sur!

—No podría. La escritura no lleva firma.

—Si se firmase —puntualizó Shepard.

—Emery Staines está muerto —dijo Devlin.

—¿Ah, sí? Vaya por Dios. Otra certeza que no compartimos.

Pero Cowell Devlin no se dejaba intimidar fácilmente.

—La promesa de grandes riquezas es un asunto peligroso —dijo, juntando las manos por encima del ombligo en pose clerical—. Es una tentación como ninguna otra, pues es la tentación de convertirse en una persona influyente y de obtener grandes oportunidades, que son cosas que todos deseamos. Si alguien le hablase de esta escritura a la señorita Wetherell, se forjaría falsas ilusiones. Empezaría a soñar con ser una persona influyente y de grandes oportunidades; la vida que llevaba antes ya no le satisfaría. Esta circunstancia me daba miedo. En consecuencia, decidí reservarme la información, al menos hasta que Emery Staines fuese rescatado o se le hallase muerto. En el caso de que se le halle muerto, destruiré la escritura. Pero si vive, iré a enseñarle el papel y le preguntaré si quiere firmarlo. Sería él quien elegiría.

—¿Y si jamás vuelve a saberse nada de Staines? —preguntó el alcaide—. ¿Qué pasaría entonces?

—Mi decisión fue compasiva, señor Shepard —contestó con firmeza Devlin—. Temía lo que pudiese ocurrirle a la pobre señorita Wetherell si la escritura de donación se hacía pública o si caía en malas manos. Así, en el caso de que el señor Staines no aparezca jamás, no habrá esperanzas truncadas, no se derramará ni una gota de sangre y nadie perderá la confianza. A mí eso me parece una bendición considerable. ¿A usted no?

Los claros ojos de Shepard estaban húmedos, señal de que se estaba estrujando el cerebro.

—En presencia de Crosbie Wells... —murmuró.

—En cualquier caso —añadió Devlin—, no es muy probable que un hombre le dé tantísimo dinero a una prostituta. Lo más probable es que sea una broma o algún tipo de engaño.

De repente, pareció que Shepard se divertía.

—¿Duda usted de los talentos de esta mujer?

—Me ha interpretado mal —repuso con calma Devlin—. Solo quería decir que no es nada verosímil que un hombre le dé dos mil libras a una puta. De regalo, quiero decir, y todo de golpe.

Shepard cerró la Biblia con un golpe seco, atrapando el documento sustraído entre sus páginas. Devolvió el libro al capellán a la vez que extendía la otra mano para

coger su pluma, como si el asunto ya no le interesase lo más mínimo.

—Gracias por prestarme su Biblia —dijo, y asintió con la cabeza para indicar que Devlin era libre de marcharse cuando quisiera. Después se inclinó sobre el libro mayor y empezó a cuadrar las columnas.

Devlin vaciló unos instantes con la Biblia en la mano. El documento chamuscado sobresalía por un borde, dividiendo el perfil del libro en dos mitades desiguales.

—Pero ¿usted qué piensa? —dijo al cabo—. ¿Qué conclusión saca?

Shepard no interrumpió la escritura.

—¿Qué conclusión saco ¿de qué?

—¡Del contrato!

—Supongo que tiene usted razón: debe de ser algún tipo de broma o de engaño. —Shepard puso un dedo en el libro mayor, para señalar por dónde iba, y se estiró para mojar la pluma en el tintero.

—Ah. Sí, claro.

—El contrato carece de validez, como dice usted —dijo Shepard en tono coloquial. Golpeó el plumín contra el borde del tintero.

—Sí.

—El testigo, desde luego, está muerto, y el mandante casi con toda seguridad.

—Sí.

—Pero si quiere una respuesta de primera mano, quizá debería pasarse esta noche por el Wayfarer's Fortune, con todos esos paganos.

—¿Para hablar con el señor Staines?

—Para hablar con Anna —dijo el alcaide, con un tono marcadamente reprobatorio—. Ahora, si me disculpa, reverendo, me queda bastante trabajo por hacer.

Nada más cerrar Devlin la puerta, Shepard soltó la pluma, se acercó a su biblioteca y sacó un archivo, del cual extrajo una sola hoja de papel: la única copia del contrato que había hecho, tres semanas antes, con Harald Nilssen, en el que el comisionista mercantil había prometido no decir nada a nadie de su inversión de cuatrocientas libras. Shepard encendió una cerilla en un lado del armario y la acercó al trozo de papel, cogiéndolo delicadamente por una esquina y ladeándolo hasta que el documento empezó a arder y las firmas se oscurecieron. Cuando ya no pudo sostenerlo más, lo tiró al suelo, observó cómo se reducía a una minucia gris y echó las cenizas a un lado con la puntera de la bota.

Sentándose ante su escritorio, sacó un papel nuevo de debajo del libro mayor, cogió su pluma y humedeció el plumín. A continuación, con trazo lento y medido, escribió:

UNA DONACIÓN DE CONCIENCIA
Al Director del *West Coast Times*

18 de febrero de 1866

Señor:

Escribo en respuesta al SEÑOR ALISTAIR LAUDERBACK, Diputado Provincial, Miembro del Parlamento, que pone gravemente en entredicho al abajo firmante, y, por ende, a todos sus asociados, incluidos el Comité de Obras Públicas de Westland, el Consejo Municipal, la Oficina del Comisionado, la Junta de Hokitika, etc. Es mi deber corregir los errores del señor Lauderback: errores de decoro, de decencia y de exposición.

Es cierto que la construcción de la futura cárcel de Hokitika contó en su mayor parte con la ayuda de una donación efectuada por un hombre de Westland. El señor Harald Nilssen, de Nilssen & Co., donó al Consejo la cantidad aproximada de cuatrocientas libras, a fin de que se asignase, en conformidad con sus instrucciones personales, al bien público. Esta cantidad representaba la comisión que percibió a modo de pago por su honesta labor. Se trataba, como avala el señor Lauderback, de una parte de la fortuna descubierta en el terreno del señor Crosbie Wells, a la cual el señor Nilssen, comisionista mercantil, tenía derecho legal como pago por unos servicios prestados de manera satisfactoria. Al señor Lauderback le agrada saber que, en términos legales, la diferencia entre una «donación» y una «inversión» es que una donación no crea una relación de tipo deudor-acreedor; dicho en cristiano, no hay que devolver una donación. Al entender que la donación del señor Nilssen fue un acto de caridad de corte absolutamente virtuoso y desinteresado, el señor Lauderback habrá de reconocer que no se ha violado ninguna ley y no se ha infringido ninguna normativa.

Sostengo que el más profundo y perdurable testimonio del progreso civilizatorio es la creación de obras públicas, y estoy convencido de que la cárcel de Hokitika estará a la altura de esta definición en todos los aspectos. En caso de que el señor Lauderback juzgue esta explicación insuficientemente transparente para su gusto, lo invito cordialmente a que revele al público votante lo que hasta ahora ha ocultado: que en otro tiempo disfrutó de una relación íntima con la señora Lydia Wells, viuda de Crosbie. A la espera de que el señor Lauderback saque a la luz esta cuestión, queda, suyo affmo.,

GEORGE M. SHEPARD

Al terminar, Shepard secó la página, cogió una hoja de papel nueva y transcribió la carta en su totalidad, creando una réplica tan exacta que, de hecho, habría que haberlas comparado durante un buen rato para percibir la más mínima diferencia. Después dobló ambas páginas, las selló y escribió dos direcciones con su laboriosa letra. Una vez seca la cera, hizo sonar la campana para que viniese la señora George y le pidió que llamase al cartero por segunda vez aquel día. La orden se ejecutó sin demora.

El cartero era una criatura pecosa con una mata de rizos rubios.

—Esta se la llevas a Löwenthal, del *Times* —dijo Shepard—. Entrégala la primera. Y esta a Harald Nilssen, en las lonjas del muelle Gibson. ¿De acuerdo?

—¿Hay que dar algún recado? —dijo el joven, metiéndose las cartas en el bolsillo.

—Solo al señor Nilssen. Dile que se le espera en el trabajo mañana por la mañana. ¿Te acordarás? Dile que no habrá quejas ni rencores y que no se le hará ninguna pregunta.

MARTE EN CAPRICORNIO

En el que Gascoigne descubre puntos en común con Francis Carver, Sook Yongsheng actúa a partir de una falsa impresión y Quee Long da consejo al vengador

Aubert Gascoigne profesaba a los barcos lo que cabría llamar un amor de marinero de agua dulce. Las tres últimas semanas se había aventurado varias veces hasta la lengua de Hokitika, con el fin de meditar sobre el casco fracturado del *Godspeed* y seguir atentamente sus avances a medida que lo iban acercando, poco a poco, a la orilla. Ahora que por fin habían halado el pecio hasta la arena, le resultaba mucho más fácil inspeccionarlo y evaluar, con sus ojos de marinero de agua dulce, la magnitud de los daños sufridos. Era aquí adonde había venido tras despedirse de Moody, pues aquella tarde de domingo no tenía más ocupación: ya había leído los periódicos, no tenía sed y el día era demasiado luminoso y alegre como para quedarse encerrado en casa.

Llevaba varias horas sentado con la espalda apoyada en la baliza, observando cómo iban recuperando la nave mientras manoseaba una piedra con motas verdes; a su lado había construido un pequeño castillo, hincando guijarros planos en montículos de arena a modo de murallas. Cuando, poco después de las cinco, el viento cambió súbitamente de dirección, aplastándole el cuello de la camisa contra la nuca y produciéndole un húmedo escalofrío, Gascoigne decidió retirarse. Se levantó y se sacudió el polvo, y estaba preguntándose si debía destrozar el castillo a patadas o dejarlo intacto cuando percibió que había un hombre a unos cincuenta pasos. El hombre estaba de pie, con las piernas bastante abiertas y los brazos cruzados, como con aire de desaprobación; su postura comunicaba una actitud implacable y harto arisca, al igual que su atuendo, que era sombrío. Volvió un poco la cabeza, y Gascoigne vislumbró, fugazmente, el brillo vítreo de una cicatriz.

Gascoigne y Francis Carver jamás habían sido presentados formalmente, aunque, claro está, Gascoigne conocía bien la reputación del segundo, sobre todo por el relato que había hecho Anna Wetherell hacía más de un mes sobre el asesinato de su hijo no nacido. Semejante relato era una incitación más que sobrada para evitar por completo al antiguo capitán, pero la hostilidad que abrigaba Gascoigne era del tipo que necesita afirmarse en su interior más que desplegarse en público: le producía auténtico placer hacerse amigo de un hombre al que en su fuero interno tenía motivos para despreciar, pues le encantaba sentir que su respeto a los otros era una fuente íntima, un pozo que podía embarrar o del que podía beber a discreción y cuando se le antojase.

Dirigió sus pasos hacia Carver, descubriéndose la cabeza.

—Disculpe, caballero, ¿es usted el capitán de esta embarcación?

Francis Carver lo miró detenidamente, y al cabo de un momento asintió.

—Lo era.

La cicatriz blanca de su mejilla tenía un ligero frunce en un extremo, como cuando una costurera hinca la aguja en la tela al concluir su jornada; esta aguja fantasma se hallaba justo después de la comisura de los labios, y parecía como si tirase de ella hacia arriba en un intento (infructuoso) de persuadir a su adusta expresión de que mudase en sonrisa.

—Permítame que me presente: Aubert Gascoigne —dijo, tendiendo la mano—. Soy oficial de juzgado.

—¿Un oficial? —Carver volvió a mirarle detenidamente—. ¿De qué tipo? —A regañadientes, estrechó la mano de Gascoigne... dando muestras de su renuencia mediante un apretón flojo y escueto.

—De muy baja escala —dijo sin condescendencia Gascoigne—. Demandas de poca monta, en su mayor parte, nada de envergadura; pero de vez en cuando sí que nos llega alguna reclamación a los seguros. Esa embarcación de ahí, por ejemplo. —Señaló hacia el pecio de un vapor que estaba volcado un poco más allá de la boca del río, a unas cincuenta yardas de donde estaban ellos—. Conseguimos hacer economías con ese, aunque por los pelos. El patrón se quedó de lo más contento; se había estado enfrentando a una deuda de quinientas libras.

—Seguros —dijo Carver.

—Entre otras cosas, sí. Además, tengo cierto conocimiento personal del tema —añadió Gascoigne, sacándose la pitillera—, puesto que el padre de mi difunta esposa era asegurador marítimo.

—¿De qué compañía? —preguntó Carver.

—Lloyd's, de Londres. —Gascoigne abrió la pitillera de plata con un ruido seco—. Llevo varias semanas siguiendo atentamente el avance del *Godspeed*. Me complace ver que por fin lo han sacado de las rompientes. ¡Menuda empresa! Un esfuerzo monumental, si se me permite elogiar la labor de la tripulación... y también la suya, señor, puesto que la reclutó.

Carver lo observó por unos instantes, y después volvió a dirigir la mirada hacia la cubierta del *Godspeed*.

—¿Qué desea? —preguntó sin apartar los ojos de su nave hundida.

—Desde luego, ofenderlo no —repuso Gascoigne, haciendo una breve pausa con el cigarrillo cogido suavemente entre los dedos y las palmas de las manos boca arriba—. Le aseguro que no es mi intención inmiscuirme de ninguna manera en su vida privada. He estado observando cómo avanzaba la recuperación del barco, eso es todo. La verdad es que ver semejante nave en tierra firme es un raro privilegio. Se hace una idea muy clara de cómo es.

Carver no apartaba los ojos de la embarcación.

—Me refería a si tiene usted intención de venderme algo.

Gascoigne se estaba encendiendo el cigarrillo, y tardó unos instantes en responder.

—En absoluto —dijo al fin, soltando una blanca bocanada de humo por encima de su hombro—. No estoy afiliado a ninguna compañía de seguros. Se trata de un interés personal, podríamos decir. Curiosidad.

Carver no dijo nada.

—Los domingos me gusta venir a sentarme en la playa, si hace bueno —añadió Gascoigne—. Pero dígame, por favor, si mi interés personal lo ofende.

Carver hizo un brusco ademán con la cabeza.

—No pretendía ser descortés.

Gascoigne le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Es un mal trago ver encallar a un navío magnífico.

—Magnífico, sí.

—Maravilloso. Una fragata, ¿no?

—Un bricbarca.

Gascoigne murmuró su aprobación.

—¿De factura británica?

Carver asintió.

—Eso que ve es revestimiento de cobre.

Gascoigne asintió con aire ausente.

—Sí, una magnífica nave... Espero que estuviese asegurada.

—No puede echarse anclas en un puerto si no se tiene seguro —dijo Carver—. Es lo mismo para todas las embarcaciones. Sin seguro no te dejan atracar. Debería saberlo, si de verdad entiende algo de seguros.

Hablaba con una voz monótona y llena de desprecio, sin que pareciese importarle cómo se pudiesen interpretar, recordar o utilizar sus palabras.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Gascoigne despreocupadamente—. Lo que quiero decir es que me alegro de que no esté usted sin blanca..., por su bien.

Carver soltó un gruñido.

—En definitiva, habré perdido mil libras cuando todo termine —dijo—. Cuanto puede ver en estos momentos está costando dinero... y sale de mi bolsillo.

Gascoigne hizo una breve pausa.

—Y ¿qué hay del P&I? —preguntó al cabo.

—No sé.

—Protección e Indemnización —explicó Gascoigne—. Contra responsabilidades extraordinarias.

—No sé —repitió Carver.

—¿No pertenece usted a ninguna asociación de armadores?

—No.

Gascoigne inclinó la cabeza con gesto grave.

—Ah. Entonces tendrá usted que responder de todo esto —concluyó, indicando, con un amplio movimiento de la mano, el casco varado que tenía ante sí, los gatos de husillo, las planchas de atraque, los remolcadores, los rodillos y el chigre.

—Sí —dijo Carver, todavía sin emoción—. Todo lo que ve. Y seguro que tendré que pagar a cada hombre una guinea más de lo que se merece solo por estar ahí dando vueltas, atándose los cordones de los zapatos y desatándoselos, y dándole a la sinhueso hasta que a ellos les falte el aire y yo tenga mil libras menos.

—Lo lamento. ¿Quiere un cigarrillo?

Carver miró su pitillera de plata.

—No —dijo al cabo de un instante—. Gracias. No me gustan.

Gascoigne echó una profunda calada a su cigarrillo y se quedó un momento pensando.

—Desde luego, parece usted dispuesto a venderme algo —repitió Carver.

—¿Un cigarrillo? —Gascoigne se rio—. Eso se lo he ofrecido libre de cargo.

—Me parece que más libre soy yo por haberlo rechazado —respondió Carver, y Gascoigne se volvió a reír.

—Dígame. ¿Hace cuánto que compró este barco?

—Hace usted muchas preguntas —dijo Carver—. ¿A santo de qué?

—Bueno, supongo que en realidad no importa. Solo importaría si hubiese hecho usted la compra hace menos de un año. Olvídelo.

Carver lo miró. Había despertado su interés.

—Hace diez meses que lo tengo. Desde mayo.

—¡Ah! —exclamó Gascoigne—. Bueno. Muy interesante. Eso podría obrar a su favor, ¿sabe?

—¿De qué manera?

Pero Gascoigne no respondió de inmediato, sino que entornó los párpados y fingió que cavilaba.

—El hombre que se lo vendió ¿le pasó una cobertura convencional? Es decir, ¿le fue transmitida una póliza de seguros existente, o contrató usted una póliza por cuenta propia?

—Yo no contraté nada —dijo Carver.

—¿El vendedor era un armador profesional? ¿Era dueño de otras embarcaciones además del *Godspeed*, por ejemplo?

—Tenía varias más. Clípers. Fletamentos.

—¿Vapores no?

—Veleros —respondió Carver—. ¿Por qué?

—Y ¿de dónde ha dicho que venía cuando encalló?

—Veníamos de Dunedin. ¿Me quiere decir a qué apuntan todas estas preguntas?

—De Dunedin solamente... —dijo Gascoigne, asintiendo con la cabeza—. Sí. Ahora, si disculpa mi impertinencia una última vez, me gustaría preguntarle por las circunstancias del naufragio. Confío en que el barco no se fue a pique por ninguna

negligencia en el cumplimiento del deber ni nada por el estilo, ¿no?

Carver negó con la cabeza.

—La marea estaba baja, pero nos encontrábamos muy lejos de la costa. Solté sesenta y cinco pies de cadena y enganchó, así que solté dos anclas y otros veinte pies más de cadena. Di la orden de mantenerla controlada y esperar a la mañana siguiente. Para cuando quisimos darnos cuenta, estábamos de costado en la lengua. Llovía, y las nubes tapaban la luna. El viento apagó las balizas. No podía hacerse nada. No hubo nada que quepa llamar negligencia. Bajo mis órdenes, no.

Para Francis Carver, fue un discurso muy largo; a su término, se cruzó de brazos y asumió una expresión reservada. Miró a Gascoigne con el ceño fruncido.

—Escuche —dijo—. ¿A qué se debe su interés? Haría bien en decírmelo bien claro: no me gustan los comerciantes escurridizos.

Gascoigne recordó que aquel hombre había asesinado a su propio hijo. La idea era extrañamente apasionante.

—Se me ha ocurrido algo que podría ayudarlo —dijo, como de pasada.

Carver frunció todavía más el ceño.

—¿Quién dice que necesite ayuda?

—Tiene usted razón —dijo Gascoigne—. Soy un impertinente.

—Aun así, hable —espetó Carver.

—Se trata de lo siguiente. Como ya le he dicho, el padre de mi difunta esposa se dedicaba a los seguros marítimos. Su especialidad era el P&I: seguro de Protección e Indemnización.

—Ya le he dicho que no tengo de eso.

—Sí, pero es muy probable que el hombre que le vendió este barco... ¿cómo dijo que se llamaba?

—Lauderback —dijo Carver.

Gascoigne hizo una pausa, dando muestras de sorpresa.

—¡No será el político!

—Sí.

—¿Alistair Lauderback? Pero ¡si está ahora mismo en Hokitika, presentándose como candidato por el escaño de Westland!

—Continúe con lo que estaba diciendo. Protección e Indemnización.

—Sí —dijo Gascoigne, asintiendo con la cabeza—. Bueno. Es muy probable que el señor Lauderback, si era dueño de varios barcos, perteneciese a algún tipo de asociación de armadores. Es muy probable que pagase una cuota anual a un fondo de inversión, llamado P&I, para contar con un seguro adicional de naturaleza ligeramente distinta a la de eso que usted y yo consideraríamos una cobertura convencional.

—¿Para proteger el cargamento?

—No —repuso Gascoigne—. El P&I funciona más como un fondo común; todos los armadores pagan una cuota anual, y después pueden retirar fondos si se

encuentran con que tienen que hacer frente a daños que las aseguradoras normales se niegan a respaldar. Responsabilidades como a la que se enfrenta usted ahora. Traslado de pecios, por ejemplo. Es posible que el *Godspeed* siga protegido a pesar de que haya cambiado de propietario.

—¿Cómo? —Pronunció la palabra sin curiosidad.

—Bueno, si se contrató un P&I hace años y este es el primer accidente importante que ha sufrido este barco en particular, entonces puede que el señor Lauderback tenga un saldo positivo con el *Godspeed*. Verá, el P&I no funciona como los seguros corrientes; no son accionistas, ni tampoco son una compañía, en realidad: nadie pretende aprovecharse de nadie. Es una cooperativa de hombres, todos ellos armadores. Cada hombre paga su cuota anual, hasta que se dispone de fondos suficientes para cubrirlos a todos. A partir de entonces, los barcos quedan cubiertos..., al menos, hasta que algo vaya mal y alguien tenga que echar mano del fondo por alguna razón. La idea del «saldo positivo» se aproxima mucho a esto.

—Como una cuenta privada —dijo Carver—. Para el *Godspeed*.

—Exactamente.

Carver pensó en ello.

—¿Cómo podría enterarme?

Gascoigne se encogió de hombros.

—Pregunte por ahí. La asociación tendría que estar registrada, y los nombres de los armadores tendrían que figurar en una lista. Esto es, suponiendo que Lauderback pertenezca realmente a un grupo así, claro..., pero me atrevería a decir que es muy probable que sí.

De hecho, era más que probable: era seguro. Alistair Lauderback tenía, en efecto, Protección e Indemnización para todas sus embarcaciones, y cada barco tenía un saldo positivo por la bonita suma de casi mil libras, y Carver, en efecto, tenía derecho legal a recurrir a estos fondos para ayudar a pagar el remolque de los pecios desde la lengua de Hokitika, siempre y cuando presentase su solicitud antes de mediados de mayo, cuando ya habría transcurrido un año desde la venta de la embarcación y por tanto cesaría la obligación legal de Lauderback con el *Godspeed*. Gascoigne estaba seguro de todo esto porque había hecho las averiguaciones en persona, primero en las oficinas de la Agencia Naviera Balfour, luego en la hemeroteca del *Times*, después en la oficina del Capitán de Puerto y por último en el Banco de la Reserva. Sabía que Lauderback pertenecía a la pequeña cooperativa de navieros llamada Grupo Garrity, así denominada por su miembro más destacado, John Hincer Garrity, que era (como había descubierto Gascoigne) un entusiasta paladín de la Era de los Veleros, pese al inminente ocaso de esa era, y que era también, como se supo más adelante, el actual parlamentario del electorado de Heathcote, al este, y muy buen amigo de Lauderback.

Hemos de aclarar que Gascoigne había hecho estas averiguaciones al servicio de otra investigación distinta; una investigación que no tenía nada que ver con los seguros marítimos, ni con John Hincer Garrity. Desde la noche del 27 de enero,

había pasado muchas horas en la oficina del Capitán de Puerto, enfrascado en antiguos cuadernos de bitácora y viejas páginas de las noticias de navegación; había examinado con Löwenthal todos los boletines políticos aparecidos en el *Leader*, el *Otago Witness*, el *Daily Southern Cross* y el *Lyttelton Times*; y había echado una ojeada a todos los archivos del juzgado concernientes al nombramiento de George Shepard, el campamento de policía provisional y la futura cárcel. Había buscado algo muy concreto: un hilo de pruebas que vinculasen a Shepard con Lauderback, o a Lauderback con Crosbie Wells, o a Crosbie Wells con Shepard... o quizá a los tres entre sí. Gascoigne estaba convencido de que al menos uno de estos posibles vínculos era importante para el misterio que los ocupaba. Por ahora, sin embargo, su investigación no había revelado absolutamente nada de utilidad.

El descubrimiento de que el *Godspeed* estaba asegurado contra daños extraordinarios no era ninguna excepción a este «nada de utilidad», ya que el historial asegurador de Lauderback no afectaba al caso de Crosbie Wells, ni tampoco estaba vinculado de ninguna manera a George Shepard ni a la cárcel que en estos momentos estaba en obras. Pero era cierto que Gascoigne tenía experiencia en el ámbito de los seguros marítimos, como le había admitido a Francis Carver, y no había mentido al decir que el tema le suscitaba cierta curiosidad, pues se trataba de la profesión de su antiguo suegro y por consiguiente había sido tema de muchas conversaciones de salón en años pasados. Había tomado nota con interés de la relación de Lauderback con el Grupo Garrity, archivándola en su cabeza como algo que había que estudiar en detalle más adelante.

Aubert Gascoigne sabía que Francis Carver era una bestia, y no quería procurarse su amistad; le parecía, no obstante, que tener a Carver de su parte sería en cierto modo valioso, y con este propósito en mente lo había abordado aquella tarde en la lengua.

Carver seguía pensando en el seguro de Protección e Indemnización.

—Supongo que necesitaría el consentimiento de Lauderback —dijo—. Para reclamar esa cobertura. Supongo que necesitaría que firmase algo.

—Puede que sí —repuso Gascoigne—, pero el hecho de que solo hayan pasado diez meses desde que el *Godspeed* cambió de manos podría tener algún valor. Podría ser un resquicio legal. —(Claro que lo era)—. Y el hecho de que usted heredase una póliza corriente de Lauderback también podría tener algún valor: a ver, si uno hereda el todo, también hereda sus partes, ¿no es así? —(Desde luego que lo era). Con una floritura, Gascoigne concluyó—: Usted estaba navegando en aguas neozelandesas, y si no hubo negligencia por su parte, como sostiene, entonces es perfectamente posible que tenga derecho a reclamar esos fondos.

Lo llevaba bien preparado. Carver asintió, a todas luces impresionado.

—Sea como fuere, debería usted enterarse —dijo Gascoigne—. Podría ahorrarse un dineral. —Dio la vuelta a su cigarrillo y se quedó mirando la brasa, para darle a Carver la oportunidad de inspeccionarlo sin sentirse observado.

—¿Qué gana usted con todo esto? —dijo enseguida Carver.

—Nada de nada. Como ya le he dicho, trabajo para el juzgado.

—Tiene usted algún amigo en el P&I, tal vez.

—No. No lo tengo. No funciona así, ya se lo he dicho. —Gascoigne tiró la punta del cigarrillo a las rocas que había al pie de la baliza.

—Así que no es más que un hombre que le habla a otro hombre sobre resquicios legales.

—Supongo que sí —dijo Gascoigne.

—Y después se marcha tan tranquilo.

Gascoigne levantó su sombrero.

—Me tomaré estas palabras tuyas como una indicación para marcharme. Buenas tardes, capitán...

—Carver —dijo el antiguo capitán, esta vez estrechando con firmeza la mano de Gascoigne—. Me llamo Francis Carver.

—Y yo soy Aubert Gascoigne —le recordó con una sonrisa agradable—. Estoy localizable en el juzgado, en caso de que me necesite. En fin, buena suerte con el *Godspeed*.

—De acuerdo —dijo Carver.

—Es una nave francamente maravillosa.

Gascoigne, alejándose con aire relajado, sintió una especie de incipiente asombro de sí mismo. Mantuvo la mirada al frente y no la volvió, sabedor de que los oscuros ojos de Carver lo seguían mientras bajaba por la lengua, bordeaba el muelle y llegaba hasta el extremo sur de la calle Revell, donde dobló la esquina y desapareció de su vista.



Sook Yongsheng, en ruta a Kaniere para intentar entrevistarse con su compatriota Quee Long, estaba en estos momentos absorto en sus pensamientos, las manos a la espalda, los ojos clavados en el suelo con una mirada ausente. Apenas se fijaba en las figuras que se cruzaban con él por la calle, ni en las carretas que pasaban traqueteando, ni en los infrecuentes jinetes que iban camino del desfiladero... todos ellos sin sombrero y en mangas de camisa, disfrutando del pálido sol del verano que, por su rareza, parecía brillar con una luz providencial y bondadosa. Había un ambiente alegre en la carretera de Kaniere; a través de los árboles, desde una de las capillas improvisadas de los campamentos del interior, llegaban de vez en cuando fragmentos de un himno, cantado a capela y al unísono. Ah Sook no prestaba atención. Su encuentro de aquella tarde con Lydia Greenway —ahora Lydia Wells— le había producido una profunda desazón, y para aplacar su desasosiego se repetía su historia personal para sus adentros; contándose, de hecho, exactamente el mismo relato que le había referido a Ah Quee tres semanas atrás.

Cuando Francis Carver se presentó por primera vez a la familia Sook, solo tenía veintiún años y, como es natural, Ah Sook, un niño de doce, lo había admirado. Carver era un joven seco y taciturno, nacido en Hong Kong, hijo de un comerciante británico y criado en el mar. Se desenvolvía perfectamente en cantonés, aunque no sentía ningún afecto por China y tenía intención de marcharse en cuanto adquiriese un barco propio, ambición esta a la que aludía con mucha frecuencia. Trabajaba para la sucursal de Kwangchow de la compañía mercante Dent & Co., en la que su padre ocupaba un alto cargo, y era responsable de supervisar las llegadas y salidas de las mercancías chinas a los almacenes de exportación que había por la orilla del río Perla. Uno de estos almacenes era propiedad del padre de Sook Yongsheng, Sook Chun-Yuen.

Sook Yongsheng entendía muy poco de las operaciones financieras del negocio de su padre. Sabía que el almacén Sook servía como enlace para los compradores, en su mayoría compañías mercantes británicas. Sabía que Dent & Co. era con mucho la más ilustre y mejor relacionada de estas compañías, y que su padre se sentía muy orgulloso de este vínculo. Sabía que los clientes de su padre pagaban sus mercancías en mena de plata, y que este era otro motivo más de orgullo para Sook Chun-Yuen; sabía también que su padre detestaba el opio, y que tenía al comisionado imperial, Lin Tse-Hsu, en muy alta estima. Ah Sook no era consciente de la relevancia de ninguno de estos pormenores; pero era un hijo leal, y aceptaba las creencias de su padre sin objeciones, confiando en que eran virtuosas y sabias.

En febrero de 1839, el almacén Sook fue seleccionado para una investigación imperial; un trámite bastante rutinario pero peligroso, ya que por decreto del comisionado Lin todo mercader chino que escondiese opio se enfrentaba a la pena de muerte. Sook Chun-Yuen recibió cordialmente a las fuerzas imperiales en su almacén..., donde descubrieron, ocultos entre el té, unos treinta o cuarenta cajones de resina de opio, cada uno de unas cincuenta libras de peso. De nada sirvieron las protestas de Sook Chun-Yuen. Fue ejecutado sin mediar juicio, y en el acto.

Ah Sook no sabía qué pensar. Su confianza natural en la honradez de su padre lo incitaba a creer que le habían tendido una trampa, y su confianza natural en la sagacidad de su padre lo hacía dudar de que realmente le hubiesen podido tender una trampa. Estaba indeciso..., pero no dispuso de tiempo para contemplar la cuestión, pues a la semana de la ejecución estalló la guerra en Kwangchow. Temiendo por su seguridad, y por la seguridad de su madre, a quien el dolor había llevado al borde de la locura, Ah Sook recurrió al único hombre en quien confiaba: el joven delegado de Dent & Co., Francis Carver.

Resultó que el señor Carver estaba encantado de hacerse cargo de la empresa familiar Sook como una sociedad de cartera y de asumir todo el peso de la organización y de la gerencia; al menos, dijo, hasta que el dolor de Ah Sook hubiese seguido su curso y las guerras civiles hubiesen terminado, o se hubiesen resuelto. En un alarde de bondad para con el muchacho, Carver sugirió que tal vez quisiera

continuar trabajando en el ramo de las exportaciones, a fin de honrar la memoria de su difunto padre, por muy desacreditada que esta estuviese ahora. Si así lo deseaba Ah Sook, Carver podría encontrarle trabajo embalando mercancías: un trabajo, si bien de baja categoría, decente y honroso, que lo ayudaría a mantenerse a flote durante la guerra. La propuesta satisfizo sobremanera a Ah Sook. A las pocas horas de esta conversación, había pasado a ser un empleado de Francis Carver.

Durante los quince años siguientes, Ah Sook embaló mercaderías de porcelana y loza, envolvió en papel rollos de seda estampada, amontonó cajitas de té en cajones, cargó y descargó paquetes, martilleó las tapas de las cajas de mercancías, pegó etiquetas en envases de cartón e hizo listas de esos objetos de fina hechura y carentes de finalidad que figuraban en los inventarios de mercancías con el nombre de «chinoiserie». Durante aquella época rara vez vio a Carver, ya que este se hallaba con frecuencia embarcado, pero sus encuentros, cuando ocurrían, eran siempre cordiales: tenían por costumbre sentarse en el muelle a compartir una botella de alguna bebida alcohólica, con la mirada perdida en el estuario mientras el agua viraba del marrón al azul y de ahí al plateado para acabar en el negro, momento en el cual Carver se levantaba, le daba unas palmaditas en el hombro, tiraba la botella vacía al río y se marchaba.

En el verano de 1854, Carver regresó a Kwangchow tras varios meses de ausencia, e informó a Ah Sook —que por aquel entonces frisaba los treinta años— de que su acuerdo estaba a punto de llegar a su fin. Su ambición de toda la vida de comandar un barco mercante se había cumplido por fin: Dent & Co. iba a establecer una ruta comercial con Sídney y los yacimientos auríferos de Victoria, y su padre había fletado un magnífico clíper, el *Palmerston*, en su nombre. Era una excelente promoción, y Carver no podía pasarla por alto. Había venido, dijo, a despedirse de la familia Sook y de esta etapa de su vida.

Ah Sook recibió con tristeza el adiós de Carver. A estas alturas su madre había fallecido, y las guerras del opio habían dado paso a una nueva rebelión en Kwangchow, una rebelión sangrienta y furibunda: prometía guerra, tal vez incluso el fin del Imperio. Soplaban vientos de cambio. Después de marcharse Carver, una vez vendido el almacén y disuelta la relación con Dent & Co., Ah Sook se quedaría sin ningún vínculo con su antigua vida. Sin pensarlo, le rogó que le llevase consigo. Podía probar suerte en los yacimientos auríferos de Victoria, adonde ya habían navegado muchos de sus compatriotas; quizá, dijo, pudiera forjarse una nueva vida allí, como habían hecho ellos. En China ya no le quedaba nada.

Carver consintió a su sugerencia sin entusiasmo. Le dijo que bueno, que lo acompañase, aunque Ah Sook tendría que pagarse su pasaje y cuidarse muy mucho de no incordiar. Estaba previsto que el *Palmerston* interrumpiese la travesía en Sídney, donde pasaría dos semanas cargando y descargando en Port Jackson antes de continuar hacia Melbourne, al sur; durante estas dos semanas, Ah Sook tendría que mantener las distancias y no molestar a Carver —en lo sucesivo, «capitán»— de

ninguna manera. Cuando el *Palmerston* atracase en Port Phillip, se separarían amistosamente como dos desconocidos, sin deberse nada, sin esperar nada; a partir de entonces, jamás volverían a verse. Ah Sook accedió. En un arrebatado de entusiasmo, renunció a sus escasas pertenencias, cambió sus exiguos ahorros a libras y compró un pasaje corriente en un camarote de la clase más alta que Carver le permitía ocupar (tercera). Enseguida descubrió que era el único pasajero del barco.

La travesía a Sídney transcurrió sin incidentes; al echar la vista atrás, Ah Sook solo la recordaba como una bruma estática y nauseabunda, cada vez más brillante, como el inicio de una migraña. Mientras la embarcación hacía las lentas maniobras de aproximación al cuello ancho y bajo del puerto, Ah Sook, débil y desnutrido al cabo de tantas semanas en el mar, salió al fin de su camarote trabajosamente y pisó la cubierta. La naturaleza de la luz se le antojó muy extraña; le pareció que en China la luz era menos densa, más blanca, más limpia. La luz australiana era muy amarilla y su resplandor tenía una especie de densidad, como si el sol estuviera siempre a punto de ponerse, incluso por la mañana o al mediodía.

Al llegar al amarradero de Darling Harbour, el capitán del barco apenas si se entretuvo en ajustar el paso vacilante de sus piernas a unos andares más firmes: bajó por la pasarela del *Palmerston*, siguió por el muelle y se metió en el burdel de la dársena sin echar siquiera la vista atrás. Su tripulación salió disparada pisándole los talones; en menos que canta un gallo, por tanto, Ah Sook se vio solo. Bajó del barco, grabándose en la memoria la situación del amarradero, y sin demora partió hacia el interior, decidido, un tanto ingenuamente, a hacerse una idea del país en el que iba a vivir.

El inglés de Ah Sook era muy rudimentario, por la mera razón de que él y Carver siempre habían mantenido sus conversaciones en cantonés y no tenía relación con más angloparlantes. Buscó rostros chinos por los muelles, en vano; aventurándose más adentro, anduvo horas recorriendo las calles en busca de algún letrado, incluso de algún ideograma aislado, que pudiese entender. No encontró nada. Después se encaminó hacia la aduana, donde sacó uno de los billetes que se había guardado en la cinta del sombrero, y lo enseñó: quizá el dinero pudiese hablar por él. El funcionario de aduanas arqueó las cejas; pero antes de que dijera una sola palabra, le arrebataron el sombrero de las manos. Ah Sook giró sobre sus talones y vio a un muchacho descalzo que salía corriendo como alma que lleva el diablo. Indignado, Ah Sook se puso a gritar y salió en pos de él, pero el muchacho era veloz y conocía al dedillo el laberinto de los muelles; a los pocos minutos había desaparecido.

Ah Sook estuvo buscando al chico hasta bien entrada la noche. Cuando al fin se rindió y regresó a la aduana, los funcionarios se limitaron a menear la cabeza y extender las manos. Señalaron hacia el interior y pronunciaron una retahíla de palabras. Ah Sook no sabía a qué estaban señalando ni lo que estaban diciendo. Notó que se le formaba un nudo en la garganta. La cinta de su sombrero contenía todo su dinero, a excepción del billete que había estado agarrando con la otra mano: estaba

prácticamente en la miseria. Consternado, se quitó una bota, puso este último billete en el gastado hueco del talón, se volvió a calzar y regresó al *Palmerston*. Al menos, pensó, había un hombre en Sídney que hablaba cantonés.

Ah Sook se acercó al burdel con cautela. Dentro se oía el sonido de un piano, un timbre que no le era familiar: le pareció que tenía un sonido discreto, llevadero. Se había detenido en el umbral, preguntándose si debía o no llamar, cuando la puerta se abrió de golpe y apareció un hombre en la entrada.

Ah Sook hizo una reverencia. Intentó explicar, todo lo cortésmente que pudo, que quería hablar con un hombre llamado Carver, capitán del *Palmerston*. El hombre de la entrada respondió con una sarta de sonidos ininteligibles. Ah Sook insistió, repitiendo el nombre de Carver lenta y cuidadosamente. Obtuvo la misma respuesta. Después intentó indicar con la palma de la mano que quería sortear al hombre y entrar, a fin de hablar en persona con Carver. Craso error. Con una mano inmensa, el hombre agarró a Ah Sook del cuello de la camisa, lo asió en volandas y lo arrojó con todas sus fuerzas a la calle. Ah Sook cayó con un buen batacazo, lastimándose la muñeca y la cadera. El hombre se remangó y bajó los escalones. Dio una última calada a su puro antes de lanzarlo de un papirotazo al muelle. Después, sonriendo, alzó los puños. Ah Sook se angustió mucho. Él también alzó las manos, para indicar que no quería luchar, y suplicó clemencia. El hombre volvió la cabeza y gritó algo, tal vez una orden, y a los pocos instantes un segundo hombre, de rostro mucho más enjuto y con la nariz más ganchuda, apareció en la entrada del burdel. Este segundo hombre salió disparado a situarse detrás de Ah Sook, tiró de él para levantarlo y le sujetó las manos a la espalda, dejándole la cara y el torso desprotegidos. Los hombres intercambiaron unas palabras. Ah Sook forcejeó, pero fue incapaz de soltarse las muñecas. El primer hombre, con los antebrazos delante de la cara, daba botecitos ora sobre un pie ora sobre otro. Se acercó y se alejó varias veces, a saltitos muy ligeros, y a continuación se abalanzó sobre Ah Sook y empezó a aporrearle la cara y el estómago con los puños. Detrás de él, el otro hombre soltó un grito. El primero respondió con un gruñido y dio un traspies hacia atrás, solo para avanzar nuevamente de idéntica manera y soltar una segunda somanta. Los juerguistas del burdel no tardaron en animarse. Salieron a la calle en avalancha, acompañados del ruido de su jarana.

Francis Carver apareció en la entrada del burdel. Se había quitado la chaqueta; iba en mangas de camisa arrugadas y llevaba una corbata azul, atada con un desaliñado nudo americano. Dejó las manos colgando a ambos lados de la cadera y contempló la pelea con expresión irritada. Ah Sook cruzó con él la mirada.

—*Mh goi bong ngoh* —gritó con la boca llena de sangre—. *Mh goi bong ngoh!*

Parecía que Francis Carver lo miraba sin verlo. No dio muestras de entender a Ah Sook. Otro de los juerguistas dijo algo, y Carver respondió en inglés, apartando la mirada.

—*Pang yao! Ho pang yao!*

Pero Carver no volvió a mirarlo. Una mujer de cabellos cobrizos asomó a su lado en la puerta, culebreando por debajo de su brazo; la cogió de la cintura y la arrimó hacia él. Le susurró algo en el cabello. La mujer rio, y volvieron a entrar.

Enseguida, el segundo hombre no pudo más con el peso muerto del cuerpo de Ah Sook; lo soltó a la vez que se quejaba, claramente, de que le había salpicado la chaqueta y los puños de sangre. El primer hombre empezó a propinar patadas a Ah Sook en el suelo, pero era evidente que esto no resultaba tan entretenido como su pasatiempo de antes, y al poco rato la muchedumbre perdió interés y se dispersó. El primer hombre asestó una última patada a Ah Sook en las costillas con la puntera de la bota, y a continuación también él volvió al burdel. Al entrar, se oyó una oleada creciente de risas, y el piano inició una nueva tonada.

Valiéndose de los codos y las rodillas, Ah Sook arrastró su cuerpo maltrecho hasta el callejón, donde nadie podía verlo. Se quedó tendido entre las tinieblas, sintiendo un dolor intenso cada vez que respiraba. Contempló el vaivén de los mástiles de los barcos. Salió la luna. Al cabo de un tiempo oyó los pasos del farolero por el muelle, y, muy cerca, el silbido y el chasquido de la farola de gas al prender. La oscuridad se tornó gris. Se temía que tenía todas las costillas rotas. Notaba una humedad pegajosa, como una esponja, por encima del nacimiento del cabello. Se le había cerrado el ojo derecho. No sabía si tenía fuerzas para levantarse. En ese momento se abrió la puerta trasera del burdel, derramando una luz amarilla sobre el empedrado. Unas pisadas rápidas entraron sigilosamente en el callejón. Ah Sook oyó el tintineo de un cuenco de latón al ser depositado sobre los adoquines, y después sintió el frío roce de una mano en su frente. Abrió el ojo derecho. Una joven de rostro flaco y anguloso y dientes salidos se había arrodillado delante de él. A la vez que murmuraba frases que Ah Sook no entendía, humedeció un trozo de tela en agua templada y empezó a limpiarle la sangre de la cara. Ah Sook se dejó envolver por la voz de la joven. Llevaba un delantal almidonado, al modo de las camareras: debía de trabajar en el local, pensó. Esta suposición se vio confirmada cuando, un instante después, la llamaron a gritos y la joven, rezongando, soltó el trapo y salió disparada.

Pasaron varias horas. El pianista dejó de tocar y los ruidos del interior empezaron a amainar. Ah Sook durmió un rato, y al despertar se encontró con que estaba todo muy silencioso y la camarera había vuelto. Esta vez llevaba una cajita de té bajo el brazo, varios utensilios enrollados en un trapo y un farolillo de alcohol. Se arrodilló junto a él, depositó cuidadosamente el farolillo sobre los adoquines y giró la esfera de tal suerte que el globo se iluminó con un resplandor blanco. Ah Sook volvió la cabeza con sumo cuidado y vio, para su sorpresa, que la cajita que sostenía la joven llevaba su propio apellido, estampado en chino. Dio un respingo, que la mujer interpretó de manera extraña; sonrió y asintió con la cabeza, y se llevó un dedo a los labios para dar a entender que se trataba de un secreto. Después abrió la cajita, rebuscó entre las hojas de té y sacó de su interior un pequeño paquete cuadrado, envuelto en papel. Le sonrió. Ah Sook estaba confundido. Giró dolorosamente la cabeza hacia la derecha,

para ver los utensilios que la mujer había desenrollado del hato, y vio una pipa corta y poco elegante al lado de una aguja, un cuchillo y un cuenco de hojalata. Volvió a mirarla, con gesto inquisitivo, pero estaba atareada ajustando la mecha de la lámpara, montando la pipa y preparando la resina. Cuando al fin empezó a borbotear el opio y un filamento de humo blanco se escapó del angosto orificio del cuenco, la joven apretó la boquilla contra los labios de Ah Sook. Estaba demasiado exhausto para negarse. Se metió el vapor en la boca y lo mantuvo ahí.

Un amanecer irrumpió en su pecho, una luz líquida. Una calma perfecta anegó todo su cuerpo. El dolor se escurrió de su cabeza y de su pecho, tan simple y súbitamente como agua filtrándose por un trozo de seda. Opio, pensó confusamente. Opio. Era extraordinario. La droga era extraordinaria. Era un milagro, una cura. La mujer le volvió a pasar la pipa y sorbió del extremo con glotonería, como un mendigo sorbiendo de una cuchara. No recordaba haber perdido el conocimiento, pero la siguiente vez que abrió los ojos ya era de día y la camarera se había marchado. Estaba apoyado entre dos cajones de desperdicios en la parte trasera del edificio, con una manta echada sobre el cuerpo y otra doblada bajo su mejilla. Alguien —¿la camarera, tal vez?— debía de haberlo arrastrado hasta allí. ¿O había venido por propia iniciativa? Ah Sook no se acordaba. Tenía un dolor de cabeza tremendo, y el dolor de costillas había regresado. Desde el interior del edificio oía un chapoteo de agua y ruidos de cubiertos.

Entonces se acordó de la lata de opio, enterrada en medio de la cajita de té. Dent & Co. había estado pagando sus mercancías con opio, pues a Gran Bretaña ya no le quedaba plata y China no tenía ninguna necesidad de oro. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Francis Carver había estado metiendo la droga en China de contrabando, utilizando el almacén de la familia Sook como punto de enlace. Francis Carver había traicionado a su padre. Francis Carver le había dado la espalda, y había fingido que no entendía su grito. Ah Sook permaneció tendido sobre el costado en el callejón, sin moverse. Una convicción funesta iba creciendo en su pecho.

En el transcurso de la siguiente semana, la mujer dentona se ocupó de darle comida y agua y de sedarlo. Iba a echarle un vistazo varias veces al día, siempre con el pretexto de dar de comer al cerdo, tirar el agua de fregar los platos o sacar la ropa al tendedero combado; al caer la noche, venía con la pipa y le daba el humo hasta que el dolor menguaba y se dormía. Ofrecía sus cuidados en silencio, y Ah Sook, mientras la observaba, también guardaba silencio. Especulaba sobre ella. Una noche, también ella llegó con un ojo morado. Ah Sook alzó una mano para tocárselo, pero la joven frunció el ceño y se apartó.

Al cabo de unos días Ah Sook pudo levantarse, aunque adolorido, y antes de terminar la semana ya era capaz de caminar despacito por el patio. Sabía que el *Palmerston* solo tenía prevista una escala de dos semanas en Sídney; pronto zarparía rumbo a los yacimientos auríferos de Victoria, al sur. A Ah Sook ya no le importaba seguir o no hasta Melbourne. Lo único que quería era hacer frente a Carver antes de

que partiera el clíper.

Desde que el *Palmerston* llegó a su amarradero, Carver no había dormido ni una sola noche a bordo: se pasaba las noches en el burdel de la dársena, en compañía de la mujer de los cabellos cobrizos. Ah Sook lo veía acercarse todas las tardes caminando con paso resuelto por el muelle, balanceando los brazos y con los faldones del chaqué abombados. No abandonaba el burdel hasta primera hora de la tarde, y a menudo la mujer de cabellos cobrizos lo acompañaba hasta la entrada del callejón para despedirse de él en privado. Ah Sook había vislumbrado en dos ocasiones a la pareja paseando por el muelle, bastante después de la puesta del sol. Hablaban como íntimos. El uno se arrimaba cuando el otro hablaba, y la mano de la mujer siempre estaba en el hueco del codo de Carver, bien agarrada.

La octava noche después de la agresión a Ah Sook era domingo, y la jarana del burdel, conforme al toque de queda, concluía mucho antes de medianoche. Ah Sook se acercó furtivamente hasta la fachada del establecimiento y vio a Carver silueteado en la ventana central del piso de arriba, con el brazo apoyado en el dintel y la mirada perdida en la oscuridad. Mientras Ah Sook lo observaba, la mujer pelirroja se acercó a Carver por detrás, le cogió de la manga y tiró de él hacia las profundidades de la habitación, fuera del alcance de su vista. Manteniéndose en la sombra, Ah Sook volvió con sigilo a la ventana de guillotina que había sobre la tabla de cortar de la cocina y la abrió. Subió y entró. La habitación estaba desierta. Buscó un arma, y finalmente eligió un cuchillo de carnicero con mango de hueso de la repisa que había sobre la tabla de cortar. Jamás había empuñado un arma contra otro hombre, pero sentir en la mano el peso de la cosa aquella le dio seguridad. Avanzó por la penumbra en busca de la escalera.

Había tres puertas al final de la escalera, las tres cerradas. Pegó la oreja a la primera (silencio solamente), después a la segunda (un quedo trajín) y por último a la tercera, tras la cual pudo oír el murmullo de una voz de hombre, el crujir de una silla y después la respuesta por lo bajo de una mujer. Ah Sook intentó calcular la distancia desde la esquina de la casa hasta la ventana de arriba en la que había visto a Carver hacía unos instantes. ¿Podría esta tercera puerta llevar hasta esa habitación central..., cuadraba que así fuera? Sí, pues él se hallaba a diez pies del borde del rellano, y si se imaginaba la fachada del burdel concluía que era fácil que la ventana estuviese a doce pies de la esquina del edificio. A no ser que la segunda puerta diese a una habitación más amplia, naturalmente, y esta tercera a otra más pequeña. Ah Sook se arrimó a la puerta. Oyó que el hombre alzaba la voz y decía varias palabras en inglés, con dureza y en un tono seco, como si estuviese muy contrariado. Debía de ser Carver, pensó Ah Sook. Solo podía ser Carver. Invaso por una súbita furia, abrió la puerta de un tirón..., pero no era Carver. Era el hombre que lo había apaleado hacía poco más de una semana. Sobre su regazo estaba la mujer dentona; el hombre le rodeaba la garganta con una mano, y la otra la tenía abierta sobre su pecho. Ah Sook dio un paso atrás, sorprendido; y el hombre, expresando su desagrado a voz en cuello, se quitó de

encima a la mujer y se puso en pie de un salto.

Pronunció una sarta de sílabas que Ah Sook no comprendió y alargó el brazo para coger su revólver, que estaba sobre un velador junto a la cama. En ese mismo instante, la mujer dentona se metió la mano en la pechera y sacó una pistola de manguito. El hombre apuntó a Ah Sook, que se estremeció, y tiró del percutor, pero el mecanismo se atascó; había un casquillo gastado en la recámara. Para cuando el hombre hubo volcado el revólver para sacar el cartucho gastado, la mujer ya se había abalanzado sobre él y tenía el cañón de su pistola pegado a su sien. Enajenado, intentó apartarla de un empujón... y entonces se oyó una explosión, y el hombre se desplomó. Ah Sook no se había movido. La mujer dentona salió disparada hacia el muerto, le quitó el revólver de la mano y se lo cambió por su pistola de manguito. Después le endilgó el pesado revólver a Ah Sook, le cerró los dedos sobre el cañón y le hizo señas para que se marchase, y deprisa. Apabullado, Ah Sook se dio media vuelta, en una mano el revólver y en la otra el cuchillo de carnicero. Ella lo agarró de los hombros, tiró de él y lo dirigió hacia la escalera de servicio, al otro lado del pasillo... por donde desapareció, oyendo pisadas y griterío en la escalera principal.

Una vez fuera, Ah Sook tiró las dos armas al agua y observó cómo se hundían rápidamente hasta perderse de vista. Del interior llegaron chillidos y gritos sofocados. Se dio la vuelta y echó a correr. Antes de llegar al final del muelle oyó unas pisadas que lo seguían. Entonces algo lo golpeó en la espalda y cayó de bruces. Gruñó de dolor —aún tenía las costillas muy sensibles— y notó que le esposaban las manos, bruscamente, a la espalda. No protestó mientras su captor lo obligaba a levantarse y lo hacía marchar hasta el poste de los caballos, contra el cual lo empujó; después lo enganchó, con un segundo par de esposas, a la anilla de hierro, donde permaneció hasta que llegó el carro de la policía para llevarlo a la cárcel.

Ah Sook no encontraba ni pies ni cabeza a las preguntas que le hacían en inglés, y al cabo sus interrogadores le dieron por un caso perdido. No le concedieron la gentileza de un traductor, y cuando pronunciaba el nombre de Carver los policías se limitaban a negar con la cabeza. Le encerraron con cinco hombres más, todos apiñados. A su debido tiempo se vio el caso y se concluyó que merecía juicio, el cual fue programado para unas seis semanas después. A estas alturas, el *Palmerston* ya habría zarpado hacía mucho tiempo; Carver, con toda probabilidad, se habría marchado para siempre. Ah Sook pasó las seis semanas siguientes sumido en una angustia y un abatimiento inmensos, y la mañana del juicio se despertó como si se tratase del día mismo de su ejecución. ¿Cómo iba a defenderse? Lo declararían culpable y lo ahorcarían antes de que el mes llegase a su fin.

El caso se vio en inglés, y Ah Sook, desde el banquillo, no entendió prácticamente nada. Se sorprendió cuando, al cabo de varias horas de discursos y juramentos, Francis Carver subió al estrado esposado. Ah Sook se preguntó por qué sería el único testigo que iba esposado. Se levantó mientras Carver se acercaba al estrado y lo llamó en cantonés. Sus miradas se cruzaron... y en el súbito sosiego, Ah

Sook, con voz tranquila y clara, prometió vengar la muerte de su padre. Carver, para su deshonra, fue el primero en apartar la vista.

Hasta pasado mucho tiempo Ah Sook no supo nada de lo que había sucedido durante el juicio. El hombre de cuyo asesinato lo habían acusado, como descubrió más adelante, se llamaba Jeremy Shepard, y la mujer dentona que lo había cuidado hasta que se repuso era su esposa, Margaret. La mujer del cabello cobrizo era Lydia Wells; era la propietaria del burdel de Darling Harbour, conocido como el White Horse Saloon. Cuando se celebró el juicio, a Ah Sook no le sonaba ningún nombre; fue a la mañana siguiente a su absolución cuando se encontró un ejemplar del *Sydney Herald* y pudo pagar a un vendedor ambulante cantonés para que le tradujese el informe que daban las páginas del juzgado, el cual, debido a su naturaleza sensacionalista, ocupaba tres columnas, casi una página entera.

La acusación, según el *Sydney Herald*, se basaba en tres puntos: en primer lugar, que Ah Sook tenía un excelente motivo para guardar rencor a Jeremy Shepard, dado que este le había pegado hasta dejarlo sin sentido la semana anterior; en segundo lugar, que habían pillado a Ah Sook huyendo del White Horse Saloon justo después de que se disparase la bala, lo cual, como es lógico, lo convertía en el sospechoso más probable; y en tercer lugar, que los hombres chinos, en general, no eran de fiar, y tenían una inherente inquina a todos los hombres blancos.

La defensa, ante estos cargos, se mostró displicente. El abogado razonó que era improbable que Ah Sook, cuyo peso y altura no podían rivalizar con los de Shepard, pudiese haberse acercado lo suficiente como para ponerle el cañón de la pistola en la sien; por esta razón, no cabía descartar la posibilidad de un suicidio. Cuando el fiscal terció para afirmar que el acto del suicidio era, según el testimonio de sus amigos, absolutamente contrario a la naturaleza de Shepard, la defensa aventuró que no había ni un hombre en todo el planeta que fuese completamente incapaz de suicidarse, conjetura que mereció una severa reprimenda por parte del juez. Después de rogar disculpas al juez, el abogado concluyó su argumento sugiriendo, a modo de recapitulación general, que quizá Sook Yongsheng solo había huido del White Horse por miedo: al fin y al cabo, acababa de producirse un disparo. Cuando se sentó, el fiscal no hizo el menor esfuerzo por ocultar una sonrisita de suficiencia, y el juez soltó un sonoro suspiro.

Por último, el fiscal llamó a prestar declaración a Margaret Shepard, la viuda de Jeremy Shepard; y fue entonces cuando el juicio tomó un giro extraordinario. En el estrado, Margaret Shepard se negó de plano a corroborar la línea inquisidora del fiscal. Insistió en que Sook Yongsheng no había asesinado a su marido. Tenía constancia de ello por una razón muy sencilla: ella misma había presenciado el suicidio.

Esta asombrosa confesión provocó tal alboroto en la sala que el juez se vio obligado a llamar al orden. Ah Sook, que hasta mucho después no habría de oír la traducción de estos acontecimientos, jamás se imaginó que la mujer estuviese

arriesgando su propia seguridad a fin de salvarle la vida. Cuando se dio permiso para reanudar el interrogatorio de Margaret Shepard, el fiscal preguntó por qué había ocultado hasta ese momento una información tan crucial, a lo cual Margaret Shepard respondió que había vivido atemorizada por su marido, quien, como podía dar fe más de un testigo, la maltrataba a diario. Tenía el espíritu quebrantado; hasta ahora no había podido armarse de valor para hablar del incidente. Al término de este conmovedor testimonio, el juicio se disolvió. El juez no tuvo más remedio que absolver a Ah Sook del crimen de asesinato y dejarlo en libertad. Se decretó que Jeremy Shepard se había suicidado, y se le deseó paz eterna en la gloria del Señor..., aunque esto, en términos teológicos, era hartamente improbable.

Lo primero que hizo Ah Sook al salir de la cárcel fue buscar información sobre Francis Carver. Averiguó, para su sorpresa, que el *Palmerston* había sido aprehendido unas semanas atrás en el puerto de Sídney, al término de un registro rutinario. Al parecer, se había acusado a Francis Carver de infringir la ley bajo cargos de contrabando, infracción aduanera y evasión de impuestos: según el informe entregado a la policía marítima, en la bodega del barco había dieciséis muchachas de Kwangchow, todas ellas gravemente desnutridas y aterradas. El *Palmerston* había sido confiscado, las mujeres habían sido devueltas a China, Carver había sido puesto en prisión preventiva y la relación de Carver con Dent & Co. se había disuelto formalmente. Lo habían condenado a diez años de trabajos forzados en la penitenciaría de Cockatoo Island, en vigor a partir de la fecha.

No tenía más remedio que esperar a que Carver cumpliera su condena. Ah Sook zarpó rumbo a Victoria, y empezó a sondear el terreno; adquirió cierta soltura con el inglés, se colocó de aprendiz en varios oficios y soñó, con una lucidez cada vez mayor, con vengar el asesinato de su padre cobrándose la vida de Carver. En julio de 1864 se dirigió por escrito a Cockatoo Island solicitando información sobre el paradero de Carver tras su puesta en libertad. La respuesta llegó al cabo de tres meses, comunicándole que Carver había zarpado rumbo a Dunedin, Nueva Zelanda, en el vapor *Sparta*. Ah Sook compró un pasaje para el mismo destino..., pero en Dunedin, de repente, se borraron todas las huellas. Siguió buscando y buscando... y no encontró nada. Al fin, derrotado, Ah Sook dio el caso por perdido. Compró un permiso de explotación y un billete de ida a la Costa Occidental... donde, al cabo de ocho meses, se topó con él por casualidad: en plena calle, con una cicatriz nueva en el rostro y el torso más ancho, contando monedas que iba depositando en la mano de Te Rau Tauwhare.

Φ

Ah Sook se encontró a Ah Quee sentado con las piernas cruzadas en un saliente de grava, a pocos pasos del mojón que marcaba la esquina sudeste de la Aurora. El orfebre estaba sacudiendo rítmicamente una batea con ambas manos, moviendo las

muñecas con la seguridad de un hombre que lleva tiempo especializándose en una sola actividad. En la comisura del labio tenía un cigarrillo encendido, pero no parecía que lo estuviese fumando: la ceniza se iba desmenuzando sobre su túnica al compás de sus movimientos. Ante él había un abrevadero de madera, y, a su lado, un crisol de hierro con un pitorro achatado.

Su ritmo se ceñía a un patrón circular. Primero agitaba la batea para sacar las piedras y los terrones más grandes, manteniendo un tempo constante de suerte que las arenas más finas iban cayendo, poco a poco, al fondo de la batea; después se inclinaba hacia delante, metía el otro extremo de la batea en el agua enturbiada y, con un ademán brusco, volvía a inclinar la batea hacia su cuerpo, arremolinando el líquido con cuidado en el sentido de las agujas del reloj para crear un vórtice. El oro pesaba más que la piedra, y se iba al fondo: una vez retirada la grava mojada de la superficie, el metal puro se quedaba destellando húmedamente, diminutos puntos de luz sobre el fondo oscuro. Ah Quee sacaba estas hojuelas relucientes con los dedos, y las trasladaba con cuidado a su crisol; después volvía a llenar la batea de tierra y piedras y repetía el procedimiento, sin la menor variación, hasta que el sol se escondía por detrás de las copas de los árboles del oeste.

La Aurora estaba a una buena distancia tanto del río como del mar, una inconveniencia que explicaba, en parte, que no fuese deseable como mina de oro. Cada mañana, Ah Quee tenía que transportar su propia agua de río hasta la concesión, pues sin agua su tarea era prácticamente imposible; pero una vez que el agua se enturbiaba de polvo y cieno, resultaba muy difícil distinguir el oro, y se veía obligado a volver al río para llenar otra vez los cubos. Se podría haber construido un canal de descarga desde el río Hokitika, o se podría haber abierto un tiro para sacar un pozo, pero el propietario de la mina había dejado claro desde el principio que no pensaba dotar de ningún tipo de recursos a la Aurora. ¿Para qué iba a hacerlo? Los dos acres de que constaba la Aurora apenas podían rendir beneficios: no eran más que un sombrío pedregal, sin árboles. El montón de escoria que tenía Ah Quee a sus espaldas, testimonio de interminables horas de faena en solitario, era largo y bajo; un túmulo funerario bajo el cual no había ningún cuerpo enterrado.

Ah Quee elevó la mirada mientras se acercaba Ah Sook.

—Ní-jáo.

—Ní-jáo, ní-jáo.

Los dos hombres se miraron sin hostilidad ni amabilidad, pero la mirada que cruzaron fue larga. Al cabo de un rato, Ah Quee se sacó de la boca lo que le quedaba del cigarrillo y lo lanzó sobre las piedras.

—El rendimiento de hoy ha sido bajo —dijo en cantonés.

—Mis más sinceras condolencias —replicó Ah Sook, también él en su lengua materna.

—El rendimiento es bajo todos los días.

—Mereces más.

—Conque sí, ¿eh? —dijo Ah Quee, que estaba de mal genio.

—Sí. La diligencia merece recompensa.

—¿En qué proporción? Y ¿con qué moneda? Son palabras vacías.

Ah Sook juntó las palmas de las manos.

—Traigo buenas noticias.

—Buenas noticias y lisonjas —observó Ah Quee.

El sombrerero hizo oídos sordos a la corrección.

—Emery Staines ha vuelto —dijo.

Ah Quee se puso tenso.

—Ah. ¿Lo has visto?

—Aún no —dijo Ah Sook—. Me han dicho que estará en Hokitika esta noche, en un hotel de la calle Revell donde se ha organizado un festejo para celebrar su retorno. Estoy invitado, y, como muestra de mi buena fe, te hago extensiva mi invitación.

—¿Quién es el anfitrión?

—Anna Wetherell... y la viuda de aquel hombre que murió, Crosbie Wells.

—Dos mujeres —dijo Ah Quee con tono escéptico.

—Sí. —Ah Sook vaciló unos instantes, y después admitió lo que había descubierto esa mañana: que en realidad la viuda de Crosbie era la misma mujer que había dirigido el White Horse Saloon en Darling Harbour, la misma que había declarado en contra de Ah Sook en su juicio y que en tiempos había sido amante de su enemigo, Francis Carver. Antaño Lydia Greenway, ahora se llamaba Lydia Wells.

Ah Quee tardó unos instantes en digerir esta información.

—Es una trampa —dijo al fin.

—No —repuso Ah Sook—. He venido aquí por mi propia iniciativa, no porque me lo hayan mandado.

—Es una trampa para capturarte a ti —dijo Ah Quee—. Estoy seguro. ¿Por qué si no se iba solicitar de forma tan expresa tu presencia en la celebración de esta noche? No tienes ningún vínculo con el señor Staines. ¿Para qué puedes servir tú en su fiesta de bienvenida?

—Voy a interpretar un papel en una representación teatral. Tengo que sentarme en un cojín y fingir que soy una estatua. —Al propio Ah Sook le sonó ridículo. Se apresuró a continuar—: Es una especie de obra de teatro. Me van a pagar unos honorarios por participar.

—¿Te van a pagar?

—Sí; por actuar.

Ah Quee lo escudriñó.

—¿Y si esa tal Greenway sigue conchabada con Francis Carver? En otros tiempos fueron amantes. Quizá ya le haya dado aviso de que esta noche estarás presente en la fiesta.

—Carver está embarcado.

—Aun así, se lo notificará en cuanto pueda.

—Cuando eso ocurra, estaré preparado.

—¿De qué modo vas a estar preparado?

—Estaré preparado —dijo Ah Sook, tercamente—. Ahora no importa. Carver está embarcado.

—La mujer ha depositado en él sus lealtades... y tú has jurado vengarte de Carver, como bien recordará ella. No puede desear tu bien.

—Me mantendré en guardia.

Ah Quee suspiró. Se levantó, se sacudió el polvo y después hizo una pausa, inhalando profundamente por la nariz. Dio varios pasos hacia Ah Sook y le agarró los hombros con ambas manos.

—Apesta —dijo—. Te estás tambaleando, Sook Yongsheng. ¡Estoy a veinte pasos de ti y puedo oler esa hediondez!

Ah Sook, en efecto, había dado un rodeo para pasarse por su garito de Kaniere a fumarse su pipa del atardecer, cuyos efectos eran muy evidentes; pero no le gustaba que lo reprendieran. Se zafó de Ah Quee.

—Tengo una debilidad —dijo con tono agrio.

—¡Una debilidad! —exclamó Ah Quee. Escupió al suelo—. No es debilidad: es hipocresía. Debería darte vergüenza.

—No me hables como si fuera un chiquillo.

—Un hombre adicto es un hombre infantil.

—Entonces soy un hombre infantil —dijo Ah Sook—. A ti qué te importa.

—Me importa mucho, si he de acompañarte esta noche.

—No necesito tu protección.

—Si eso es lo que piensas, eres un iluso —dijo Ah Quee.

—¡Un iluso... y un hipócrita! —repitió Ah Sook, simulando asombro—. ¡Dos insultos, cuando yo a ti solo te he tratado con educación!

—Mereces que te insulte. Te das a la misma droga que mató a tu padre... ¡y tienes la osadía de erigirte en su paladín! Insistes en que tu padre fue traicionado... ¡y tú vas y lo traicionas cada vez que enciendes tu lamparita!

—Fue Francis Carver quien mató a mi padre —dijo Ah Sook, dando un paso atrás.

—El opio mató a tu padre. Haz el favor de mirarte. —Ah Sook había tropezado con una raíz y casi se cae—. Valiente vengador eres tú, Sook Yongsheng; ¡si ni siquiera te tienes en pie!

Furioso, Ah Sook sacó una mano para recobrar el equilibrio, tomó impulso para erguirse y, con las pupilas oscuras y difuminadas, se volvió a mirar a Ah Quee.

—Ya conoces mi historia. La primera vez que me dieron la droga fue como medicina. No la tomé voluntariamente. No puedo evitar el poder que ejerce sobre mí.

—Tuviste tiempo de sobra para librarte de tu adicción. Estuviste varios meses en prisión antes del juicio, ¿no es así?

—Aquella temporada no bastó para quitarme las ansias.

—¡Ansias! —dijo Ah Quee con desprecio—. Una palabra patética donde las haya. No me extraña que no apareciera en la historia que me contaste. No me extraña que escogieras palabras tan grandilocuentes como honor, deber, traición y venganza.

—Mi historia...

—Tu historia, tal y como la cuentas, se recrea mucho más en las injusticias que sufriste tú que en el oprobio que sobrevino a tu familia. Dime, Sook Yongsheng, ¿te estás vengando del hombre que mató a tu padre, o del hombre que se negó a acudir en tu ayuda en la puerta del White Horse Saloon?

Ah Sook se escandalizó.

—Dudas de mis motivos.

—Tus motivos no te pertenecen —dijo Ah Quee—. ¡Cómo iban a pertenecerte! Mírate. Si apenas te tienes en pie.

Se hizo el silencio entre ambos. Desde el valle colindante se oyó el sordo estallido de un disparo, y a continuación un grito lejano.

Finalmente, Ah Sook hizo un gesto con la cabeza.

—Adiós —dijo.

—¿Por qué te despides de mí?

—Has dejado bien claras tus opiniones. No tienes un buen concepto de mí; te repugno. A pesar de todo pienso ir esta noche a la celebración de la viuda.

Aunque Ah Quee se enardecía con facilidad, no soportaba figurar como el malo en una disputa. Movi6 la cabeza, respirando con dificultad por la nariz.

—Te acompaño. Tengo muchas ganas de hablar con el señor Staines.

—Lo sé —dijo Ah Sook—. Vine aqu6 de buena fe, Quee Long.

Cuando Ah Quee retom6 la palabra, lo hizo con voz tranquila.

—Cada hombre conoce su coraz6n. Me equivoqu6 al dudar de tus motivaciones.

Ah Sook cerr6 fugazmente los ojos.

—Para cuando lleguemos a Hokitika —dijo, abriéndolos de nuevo— estar6 sobrio.

Ah Quee asintió.

—Te har6 falta —dijo.

TIERRA CARDINAL

En el que Walter Moody hace un descubrimiento sorprendente, se aclaran varias confusiones y se presenta una simetría

Walter Moody, nada más despedirse de Gascoigne, había regresado de inmediato al hotel Crown, donde se había hecho entrega del baúl. Tiró de la puerta, cruzó el vestíbulo como una exhalación y subió de dos en dos los escalones que llevaban al rellano de arriba; una vez ante la puerta que había al final de la escalera, metió la llave a tuestas en la cerradura, profiriendo una blasfemia. De repente sentía una impaciencia absurda por ver sus pertenencias, como si el reencuentro con los preciados objetos de su vida anterior fuese de algún modo a reparar un vínculo que, desde el naufragio del *Godspeed*, se le había antojado hartamente irreal.

En los últimos tiempos, los pensamientos de Moody se habían dirigido, cada vez con más frecuencia, al encuentro que tuvo en Dunedin con su padre. Descubrió que lamentaba las prisas con las que había abandonado el infeliz escenario. Ciertamente era que su padre lo había traicionado. Ciertamente, también, que su hermano lo había traicionado. Pero aun así, habría podido perdonarlos; habría podido quedarse para escuchar el papel que había jugado Frederick en todo aquello. En Dunedin no había visto a su hermano, pues había salido huyendo de la reunión con su padre antes de que pudiesen convocarlo, de modo que no sabía si Frederick estaba bien, o si estaba casado o si era feliz; no sabía qué le había parecido Otago, ni si tenía intención de pasar el resto de sus días en Nueva Zelanda; no sabía si su padre y su hermano habían excavado la tierra como un equipo, si se habían echado otros compañeros o si habían buscado oro en solitario. Cada vez que Moody se detenía a pensar en estas incertidumbres, se entristecía. Debería haber intentado reunirse con su hermano. Pero ¿habría querido Frederick tal cosa? Ni siquiera esto lo sabía Moody. Desde que llegó a Hokitika se había sentado tres veces a escribirle, pero después de redactar el saludo y la fecha había seguido sentado como una estatua.

Por fin, la llave giró en la cerradura. Moody abrió de un empujón, entró a zancadas en la habitación... y se detuvo. Había, en efecto, un baúl en medio de la estancia, pero era un baúl que no había visto jamás. El suyo estaba pintado de rojo y era de dimensiones rectangulares. Este era negro, con asas de hierro y un largo cierre cuadrado atravesado por una barra horizontal que lo trancaba; la tapa tenía forma abombada y estaba hecha de listones, como si fuese un barril volcado. Había varias etiquetas pegadas al medio barril de la tapa, una que decía «Southampton», otra

«Lyttelton» y el habitual «No se necesita en travesía». Moody se dio cuenta inmediatamente de que el dueño del baúl siempre había viajado en primera clase.

En vez de hacer sonar la campana para informar a la criada del error, Moody cerró la puerta, echó la llave y se arrodilló ante el baúl desconocido. Soltó el cierre, abrió la tapa de un tirón... y vio, pegado en su interior, un papelito cuadrado que rezaba:

PROPIEDAD DEL SEÑOR ALISTAIR LAUDERBACK, CONCEJAL ROVINCIAL, MIEMBRO
DEL PARLAMENTO

Moody resopló y se puso en cuclillas. ¡Menudo malentendido! De modo que el baúl de Lauderback había estado a bordo del *Godspeed*, como había sospechado Balfour: el cajón de mercancías, en efecto, debía de haber sido recogido por equivocación del muelle de Hokitika. El baúl de Moody, como el de Lauderback, no llevaba grabado el nombre de su propietario, y no había ninguna señal particular que lo identificase salvo en el interior, donde, cosido al forro de la tapa, había un cuadrado de cuero con su nombre y su dirección estampados. Lo más probable era que los dos baúles se hubiesen intercambiado: el baúl de Moody se había entregado en las habitaciones de Lauderback del hotel Palace, y el de Lauderback en el hotel Crown.

Moody se quedó pensando. Lauderback no se hallaba en Hokitika en este momento: según el *West Coast Times*, estaba haciendo campaña en el norte, y no se lo esperaba hasta mañana por la tarde. De repente, Moody adoptó un aire decidido y se quitó la chaqueta, se arrodilló y se puso a registrar las pertenencias de Lauderback.

Walter Moody no se reprendía a sí mismo por inmiscuirse en la vida privada de otras personas, y tampoco veía ningún motivo para confesarlo. Tenía un carácter de lo más flemático, sereno en su proceder íntimo, agudo y en extremo racional; sin embargo, adolecía de un defecto común a las personas de gran inteligencia, y era que tendía a considerar el don de su intelecto como una suerte de licencia cuya exclusiva autoridad lo protegía, en toda circunstancia, de obrar mal. Consideraba que sus obligaciones morales eran de una modalidad completamente distinta a las de los hombres de menor categoría, y en consecuencia rara vez sentía vergüenza o escrúpulos, excepto en términos muy generales.

Registró el baúl de Lauderback rápida y metódicamente, tocando cada objeto y volviendo a colocarlo después exactamente como se lo había encontrado. El baúl contenía en su mayor parte artículos de papelería: juegos de papel de cartas, sellos, libros de contabilidad, libros de leyes y todos los suministros necesarios para el escritorio de un parlamentario. Era de suponer que la ropa y los efectos personales de Lauderback se habían guardado en otro lugar, ya que la única prenda de vestir que había en este baúl de cedro era una bufanda de lana en la que iba envuelto un

pisapapeles de bronce bastante feo en forma de cerdo. El baúl traía consigo el olor del mar —un olor salobre, no tanto salado como agrio—, pero su contenido apenas se había humedecido siquiera; felizmente para Lauderback, el baúl debía de haberse librado de una inmersión total.

En el fondo del baúl había un maletín de cuero. Moody lo abrió y sacó un fajo de papeles, todos ellos contratos, recibos y escrituras de venta. Al cabo de varios minutos de búsqueda, encontró el contrato de venta del bricbarca *Godspeed*, y lo entresacó de los demás documentos... cogiéndolo con cuidado, para evitar que el precinto legal se desmenuzara o se soltase.

El contrato había sido firmado, tal y como le había dicho Lauderback a Balfour tres semanas antes, por un tal Francis Wells. La fecha de la venta también corroboraba la versión del político: la embarcación había cambiado de dueño en mayo de 1865, nueve meses antes de la fecha presente.

Moody se inclinó más para ver la firma del comprador. «Francis Wells» había firmado su falso nombre con trazo expansivo. El firmante había hecho una enorme floritura en el lado izquierdo de la «F» mayúscula, tanto que podría haber sido una letra por sí sola. Moody la escudriñó de soslayo, entornando los ojos. Caramba, pensó: bien mirado, la floritura podía ser perfectamente una «C», unida en cursiva a la siguiente letra. La estudió más detenidamente. Incluso había un punto de tinta entre la C y la F —un punto que cualquiera que mirase el papel sin prestar atención podría confundir con una salpicadura—, lo cual parecía sugerir que Carver había firmado el nombre de manera deliberadamente ambigua para que se pudiese leer tanto «Francis Wells», sin más, como «C. Francis Wells». La caligrafía era bastante temblorosa, como sucede cuando uno escribe muy despacio con intención de lograr un determinado efecto.

Moody tenía el ceño fruncido. En junio del año anterior, la partida de nacimiento de Crosbie Wells obraba en poder de Francis Carver; el documento demostraba (como había avalado Benjamin Löwenthal) que el segundo nombre de Crosbie Wells era Francis. Caramba, pensó Moody, era evidente: Francis Carver había robado la partida de nacimiento de Crosbie Wells a fin de hacerse pasar por él. Las ambigüedades del contrato de venta eran sin lugar a dudas deliberadas. Si Carver comparecía ante los tribunales acusado de suplantación de identidad, podría negar que la había firmado.

¿Cabía la posibilidad de que el nombre compartido, Francis, fuese una feliz coincidencia? ¿O pudiera ser que la partida de nacimiento de Wells se hubiese falsificado después de los hechos? Añadir un segundo nombre a un documento era bien fácil, pensó Moody, como también utilizar un tono más claro de tinta, o desteñir la palabra de alguna manera, para disimular la incorporación. Pero ¿por qué iba a haber querido Carver falsificar su propia identidad... y máxime en una escritura de venta? ¿Qué ventaja podía reportarle utilizar el nombre de otra persona?

Moody repasó lo que sabía del asunto. Francis Carver había utilizado la identidad

de Crosbie Wells cuando habló con Benjamin Löwenthal en la oficina del *West Coast Times* el pasado mes de junio..., pero no había utilizado la identidad de Crosbie Wells cuando se enfrentó con Alistair Lauderback el mes anterior. Ante Lauderback se había presentado como Francis Wells... y después había firmado su nombre de forma deliberadamente ambigua. Teniendo en cuenta la misteriosa creencia de Lauderback de que Crosbie Wells y Carver habían sido hermanos, Moody no podía sino suponer que Carver se había hecho pasar por hermano de Crosbie Wells en sus tratos con Lauderback. En cuanto a por qué habría hecho semejante cosa, sin embargo, Moody no tenía ni idea.

Inspeccionó el contrato de venta durante un buen rato, memorizando los detalles, y después lo devolvió al maletín, encajó de nuevo el maletín en el baúl y prosiguió su metódica investigación.

Finalmente se convenció de que el baúl no contenía más pistas que le fuesen de utilidad, y, con un gesto en parte ocioso, pasó los dedos por el borde la tapa. De repente, profirió un murmullo de sorpresa. Bajo el forro de percal alguien había deslizado un paquete fino y más o menos cuadrado, de tal modo que quedaba oculto entre el cedro y la tela. Se acercó más y sus dedos encontraron una esmerada hendidura en la tela, más o menos del tamaño de su mano y respunteada delicadamente con un dobladillo para evitar que se deshilachase. El forro de percal tenía un estampado de tartán que estaba alineado con el borde del baúl. Moody hurgó en la cavidad y sacó el objeto cuadriforme que sus dedos habían localizado. Era un fajo de papeles, atado con bramante.

Había unas cincuenta cartas en total, todas ellas dirigidas a Lauderback con una letra sencilla y sin florituras. Moody dedicó unos instantes a memorizar el aspecto del nudo y las medidas del lazo. Después desató los cabos, puso a un lado el bramante y alisó las cartas sobre su rodilla. Por los membretes se veía que estaban colocadas en orden cronológico inverso, con la carta más reciente arriba; fue pasándolas hasta llegar al final del montón, seleccionó la primera carta que había recibido Lauderback y comenzó a leerla. Un momento después, el corazón le dio un vuelco.

Dunedin, marzo de 1852

Señor, usted es mi hermano aunque no me conoce. Su padre engendró un bastardo yo soy ese bastardo. Me crie con el nombre de Crosbie Wells ya que tomé el nombre del párroco al no conocer a mi padre pero sabiendo que yo era hijo de una fulana. Pasé la infancia en la casa de putas The Jewel, en Newington. Mi vida ha sido modesta como hombre de pocos recursos que soy. No he sufrido. Sin embargo siempre he deseado ver a mi padre solo para conocer su aspecto y su voz. Por fin mis plegarias tuvieron respuesta en una carta de su puño y letra. Que siempre había sabido de mi existencia, escribió. Pensaba que iba a morir pronto y confesaba que no me iba a identificar en su testamento por miedo a mancillar su nombre pero me adjuntaba 20 libras y su bendición. No firmaba su nombre pero averigüé quién era el sirviente que había traído la carta y seguí la pista de su carruaje y eso a pesar de que era de alquiler hasta Glen House que es la casa de su padre de usted y también la suya de usted. Compré un abrigo me afeité fui en calesa a la casa de su padre pero señor no fui capaz de llamar a la puerta. Volví a casa consternado y acobardado y después metí la pata al ver en las noticias marítimas que el abogado Alistair Lauderback zarpaba rumbo a las colonias con la siguiente marea. Creí que era mi padre yo no sabía que tenía un hijo no pensaba que ese hijo pudiese compartir su mismo nombre. Ese barco zarpó

pero embarqué sin demora en el siguiente. Desembarqué en Dunedin y me puse a hacer todas las indagaciones que me pude permitir pagar. Asistí a su discurso público el que hizo bajo la lluvia en el muelle cuando el capitán de puerto le regaló un reloj de bolsillo que pareció que le gustaba mucho. Nada más verlo supe que me había equivocado y que usted no era mi padre sino mi hermano. En aquel momento estaba demasiado angustiado para hablarle con franqueza y ahora usted está en Lyttleton un lugar al que no puedo permitirme hacer la travesía. Señor le escribo con un ruego una plegaria. Me he gastado las 20 libras de mi padre en este viaje y en otras cosas necesarias y no tengo medios para volver a casa. He vendido mi abrigo pero no me han dado ni la mitad de lo que pagué porque el tratante no se creyó que fuese de buena calidad. Ahora no tengo donde caerme muerto. Usted es un dignatario señor un hombre de política filosofía y leyes no necesito que nos conozcamos pero imploro su caridad porque le tengo por un hombre bueno y cristiano y porque seré siempre su hermano

CROSBIE WELLS

Debajo de su nombre había un destinatario, un apartado de correos de Dunedin.

Moody dejó la carta con el corazón acelerado. De modo que Lauderback y Crosbie Wells eran hermanos. ¡Menudo giro habían tomado los acontecimientos! Pero Lauderback no le había mencionado esta relación al juez cuando admitió que había llegado al lecho de muerte de Crosbie Wells con media hora de retraso; ni tampoco se lo había confesado a su amigo, el consignatario Thomas Balfour. ¿Qué motivo tenía para ocultar el origen ilegítimo de su hermano? ¿Vergüenza, quizá? ¿O tal vez otra cosa?

Moody cogió el fajo y se acercó a la ventana, donde había más luz. Desplegó la siguiente carta y la inclinó hacia el cristal.

Dunedin, septiembre de 1852

Señor seis meses han pasado desde mi primera carta y su silencio me hace temer que lo he ofendido. No recuerdo exactamente las palabras que usé pero sí recuerdo que en ella me presentaba como su hermano y puede que eso le causase dolor. Me imagino que lo apena saber que su padre no era un hombre tan perfecto. Me imagino que desearía que las cosas fueran distintas. Si lo antedicho es cierto le ruego me perdone. Señor en estos últimos meses mis posibles han menguado todavía más. Le aseguro que en tanto que hijo de una fulana no estoy desacostumbrado a la vida del mendigo pero mendigar por segunda vez a un hombre es una gran vergüenza. Aun así le escribo por desesperación. Usted es un hombre de recursos el coste de un billete de tercera es lo único que pido y a partir de ese momento ya no volverá a saber de mí. Aquí en Dunedin ahorro cada penique como puedo. He probado suerte como peón caminero pero veo que no sirvo para ese oficio. He estado postrado con sabañones y fiebre y otros males relacionados con el frío. No he sido tan constante en el trabajo como hubiese querido. Mi deseo de conocer a Alistair Lauderback padre no ha disminuido y soy consciente de cada día que pasa pues como ya le dije me confesó por escrito que la muerte le rondaba. Quisiera hablar con él una sola vez antes de ese triste acontecimiento con el único fin de que podamos vernos el uno al otro y hablar como hombres. Por favor señor le ruego de hinojos que me compre el pasaje de vuelta. Le juro que si lo hace no volverá a saber de mí. Tan solo soy su agradecido amigo Crosbie Wells

Moody apenas se detuvo antes de empezar la siguiente; con su mano libre, buscó a tientas un sillón y se arrellanó en él sin interrumpir la lectura.

Dunedin, enero de 1853

Señor cómo he de interpretar este silencio es la pregunta que me pesa. Creo que ha recibido mi correspondencia pero que por alguna cuestión de principios declina responder o extender una migaja de su caridad al hijo bastardo de su padre. Mis cartas no han sido dictadas por nadie. Esta letra es la mía

señor y también sé leer y aunque me halague a mí mismo le diré que mi párroco el padre Wells observó en más de una ocasión que yo era un muchacho singularmente listo. Cuento todo esto para que quede claro que no soy ningún sinvergüenza por mucho que sea de condición humilde. Quizá quiere pruebas de mi bastardía. Quizá piensa que esto es un intento de chantaje. Le doy mi palabra de honor de que no lo es. Desde la última vez que le escribí, ni mis necesidades ni mis deseos han cambiado un ápice. No quiero quedarme en este país señor nunca pretendí esta vida. Por 20 libras regresaría a Inglaterra y jamás volvería a mencionar su nombre.

Suyo atentamente,
CROSBIE WELLS

Dunedin, mayo de 1853

Señor, sé por la prensa provincial que ha tomado posesión del cargo de superintendente de la gloriosa provincia de Canterbury. Asumió el cargo y ofreció sus honorarios para fines benéficos un gesto noble señor pero lo contemplé con tristeza. Me pregunté si pensó en mí cuando entregaba esas 100 libras. No tengo medios para viajar a Lyttelton donde se encuentra usted mucho menos para volver a casa. Jamás me he sentido tan solo como me siento en esta tierra desolada y sin duda esto sabrá entenderlo como británico que es también. Aquí la humedad y las heladas se cuelan en las casas me levanto todas las mañanas con una capa de hielo sobre las piernas. No valgo para la dura vida de la frontera y no hay día que no lamente mis circunstancias. Señor, este último año solo he ahorrado 2 libras 10 chelines 4 peniques y ya me he gastado 4 peniques en papel y sello para esta carta. Le ruego me ayude.

Un hombre necesitado
CROSBIE WELLS

Dunedin, octubre de 1853

Señor, le escribo muy abatido. Ahora ya estoy convencido de que jamás me responderá y a pesar de que soy el hijo de una fulana soy demasiado orgulloso como para volver a suplicarle. Soy un pecador como nuestro padre pues la manzana como dice el dicho nunca cae lejos. Pero en mis tiempos mozos me enseñaron que la caridad es la reina de las virtudes y que ha de practicarse en especial cuando no es merecida. Usted señor no se está portando como un hombre cristiano. Creo sinceramente que si se trocasen nuestras respectivas circunstancias yo no mantendría el cruel silencio que usted guarda conmigo. Quede tranquilo que no he de volver a mendigar su caridad pero sí quiero que se entere de mi abatimiento. He estado siguiendo su trayectoria en las páginas del *Otago Witness* y sé que es usted un hombre de muchos posibles y muchos conocimientos. Yo no tengo ninguno de estos privilegios pero estoy orgulloso de considerarme un hombre cristiano y si estuviera usted necesitado señor me vaciaría los bolsillos para ayudarlo como hermano suyo que soy. No espero que vaya a responder y puede que me muera pronto y que nunca vuelva a saber de mí. Incluso siendo probable esta eventualidad me siento orgulloso de seguir siendo

suyo muy affmo.,
CROSBIE WELLS

Dunedin, enero de 1854

Señor, debo disculparme por la última carta que le escribí ya que fue escrita amargamente y con el propósito de insultarle. Mi madre me advirtió de que no cogiese nunca una pluma cuando estuviese con el genio atravesado y ahora reconozco la sabiduría de sus palabras. A mi madre claro usted no la ha conocido pero era una belleza en sus tiempos. Sue Butcher era su nombre en vida Dios la tenga en su gloria aunque también se la conocía por otros nombres más adecuados para su oficio y le gustaba inventarse otros nuevos a placer. Era la favorita de nuestro padre una preferencia que se debía según ella al precioso color de sus ojos. Yo solo me parezco a ella a cachos. Siempre dijo que me parecía a mi padre aunque mi padre jamás volvió a la casa de putas después de nacer yo y como sabe jamás llegué a

conocerlo. Me han dicho que la prostitución es un mal social compuesto por un lado del libertinaje masculino y por otro de la depravación femenina y aunque sé que esta es la opinión de hombres más sabios que yo aun así no encaja con el recuerdo que tengo de mi madre en mi cabeza. Tenía voz de jilguero y le encantaba cantar todo tipo de himnos por la mañana costumbre esta que a mí también me encantaba. Pienso que era buena y trabajadora y que aunque tenía fama de coqueta era una madre muy buena. Qué extraño que tengamos madres distintas pero compartamos un padre. Supongo que eso significa que solo nos parecemos a medias. Pero disculpe estas reflexiones ociosas y acepte por favor mis disculpas y mi garantía de que sigo siendo

Suyo
CROSBIE WELLS

Dunedin, junio de 1854

Señor, tal vez sea lo correcto que no responda. Se está usted portando como un hombre de su elevada posición y tiene una reputación a la que atender. Creo que he terminado por conformarme con su silencio por raro que suene. Me he hecho con un salario modesto y un alojamiento pasable y estoy «asentándome» como dicen aquí. Encuentro que Dunedin cambia mucho en los meses de verano. El sol brilla en las colinas y en el agua y soy capaz de soportar perfectamente el trajín. Qué raro me resulta esto de encontrarme en la cara opuesta del mundo. Creo que no se puede estar más lejos de Inglaterra. Le sorprenderá saber que al final no voy a volver a casa. He decidido que Nueva Zelanda sea la tierra en la que reciba sepultura. Tal vez se pregunte usted qué es lo que ha ocasionado este cambio de parecer así que se lo voy a contar. Verá, en Nueva Zelanda todos los hombres han dejado atrás su vida anterior y todos los hombres son iguales a su manera. Por supuesto que aquí los pastores de ovejas de Otago son nobles de la misma manera que eran nobles en las tierras altas de Escocia pero para hombres como yo hay una oportunidad de ascender. Esto me da muchos ánimos. No es raro que los hombres se descubran para saludarse cuando se cruzan por la calle sea cual sea su posición social. Puede que a usted esto no le parezca extraño pero a mí me parece asombroso. La vida de la frontera creo que nos convierte a todos en hermanos y con esta observación quedo.

Suyo muy affmo.,
CROSBIE WELLS

Dunedin, agosto de 1854

Señor, espero que disculpe estas cartas no tengo más correspondencias y mis días se consumen pensando en usted. Aquí dondeme ve me he puesto filosófico pensando en lo que podría haber ocurrido si me hubiese conocido antes o si yo lo hubiese conocido a usted. No sé qué edad tiene así que no sé si es usted el mayor o si lo soy yo. En mi opinión esta diferencia tiene importancia y puesto que yo soy el bastardo me imagino más joven pero por supuesto puede que no sea este el caso. En la casa de putas había más niños había varias niñas que crecieron entre el puterío y un niño que murió de viruela cuando yo era muy pequeño pero yo siempre era el mayor y habría querido tener un hermano al que admirar. He estado pensado con harta tristeza en el hecho de que desconozco si tiene usted hermanas y hermanos o si hay otros bastardos o si su padre le habló alguna vez de mí. Si estuviese en Londres me acercaría siempre que pudiese a Glen House a echar un vistazo por la verja para vislumbrar a mi padre a quien como recordará no he visto jamás. Todavía conservo su carta dice que sabía de mi existencia y que me observaba y me pregunto qué pensaba de mí y qué pensaría sobre la vida que llevo aquí. Pero quizá no siga vivo. Usted no desea ser mi hermano eso lo ha dejado claro pero tal vez sea usted como mi párroco siendo nuestra correspondencia como la confesión. Esta idea me infunde ánimo pues puedo decir con orgullo que fui confirmado como es debido. Pero supongo que usted pertenecerá a la Iglesia anglicana.

Suyo,
CROSBIE WELLS

Dunedin, noviembre de 1854

Señor, ¿tiene la sensación de que me conoce o de que podría identificarme entre una multitud? Recientemente se me ocurrió que yo conozco su aspecto pero usted el mío no. Nuestros físicos no son tan diferentes aunque creo que yo soy más menudo y tengo el pelo más oscuro que el suyo y la gente seguramente diría que el suyo es el rostro más amable de los dos porque con demasiada frecuencia presento un semblante huraño. Me pregunto si irá usted por ahí pensando en mí y si buscará fragmentos de mis rasgos en los rostros de otros hombres o en sus cuerpos cuando se cruzan con usted. Eso es lo que hacía yo cada día cuando era joven y me pasaba el día soñando con mi padre y tratando de reconstruirlo a partir de todos los rostros que había conocido. Qué consolador es pensar en todo lo que nos une como hermanos que viven en el fin del mundo. Hoy es usted a todas horas el objeto de mis pensamientos.

Atentamente,
CROSBIE WELLS

La siguiente carta de la serie estaba más nuevecita y la tinta era mucho más oscura. Moody echó un vistazo a la fecha y se percató de que casi había transcurrido una década desde la última carta de Crosbie Wells.

Dunedin, junio de 1862

Señor, retomo mi correspondencia para informarlo con orgullo de que escribo esto como un hombre casado. El noviazgo fue muy breve aunque creo que se ajustó a un guion convencional. En los últimos meses he estado buscando en los barrancos de Lawrence y a pesar de que he acumulado lo que cabría considerar unas «rentas» todavía estoy pendiente de hacer fortuna de verdad. La señora Wells que es como ahora debo llamarla es un magnífico ejemplar del sexo femenino un ejemplar que estaré muy orgulloso de llevar del brazo. Supongo que ahora es su hermana de usted. Me gustaría saber si ya tiene usted una hermana o si la señora Wells es la primerísima. Después de esta carta no tendrá noticias mías durante una temporada ya que he de regresar a Dunstan con el fin de mantener a mi esposa. Qué piensa usted de la fiebre del oro me pregunto. Hace poco oí que un político decía que el oro era un azote moral. Cierto es que en las explotaciones he visto una gran degradación pero también había degradación antes del descubrimiento. Sospecho que lo que asusta a la mayoría de los politicastos es la idea de que los hombres como yo se enriquezcan.

Cordialmente,
CROSBIE WELLS

Kawarau, noviembre de 1862

Señor, leo en los periódicos que acaba de casarse por lo cual le doy mi más cordial enhorabuena. Nunca he visto un retrato de su esposa CAROLINE de soltera GOUGH pero se dice que es muy buen partido. Me alegro cuando pienso que los dos celebraremos la Navidad como hombres casados. Volveré de Lawrence para pasar estas fechas con mi esposa que se aloja en Dunedin y no viene a las explotaciones ya que no soporta el barro. No me acostumbro a que la Navidad sea en verano y me parece que en general esta tradición es más apropiada para los meses más fríos. Quizá sea blasfemia hablar así de la Navidad pero considero que hay muchas cosas que no conservan su significado aquí en Nueva Zelanda y parecen en cambio una reliquia desvaída de otros tiempos. Pienso en usted recibiendo esta carta y sentándose ante el fuego quizá o acercándose a la luz de la lámpara para descifrar mis palabras. Permítame inventarme estos detalles siempre es un gran placer para mí pensar en usted y le aseguro que sigo siendo, en la distancia

suyo muy affmo.,
CROSBIE WELLS

Dunstan, abril de 1863

Señor, he pasado esta semana de un humor melancólico preguntándome si Alistair Lauderback nuestro padre habrá fallecido ya como supongo. A estas alturas Londres me parece un mero sueño. Recuerdo el humo y la niebla y no puedo fiarme en absoluto de mi propia memoria. A modo de experimento la semana pasada me senté en el suelo y traté de dibujar en la tierra un mapa de Southwark. Casi ni recordaba la forma del Támesis y no me venían los nombres de las calles. ¿Le pasará a usted lo mismo me pregunto? Leí en el *Otago Witness* con cierto asombro que ahora se considera con orgullo un natural de Canterbury. Yo me siento inglés de cabo a rabo.

Suyo,
CROSBIE WELLS

Kawarau, noviembre de 1863

Señor, me gusta pensar que recibe usted mis palabras con agrado pero me conformo con la más probable eventualidad de que ni las lea. En cualquiera de los dos casos escribir supone un consuelo para mí y da forma a mis días. Leí con interés que ha renunciado a la Superintendencia. Aquí en las explotaciones corre el rumor de que ahora que Otago está decayendo pronto va a llegar la fiebre del oro a Canterbury y me pregunto si esto le habrá llevado a arrepentirse de su decisión de dimitir de tan eminente cargo. La recompensa ofrecida por una mina de oro que dé beneficios ha entusiasmado a más de uno aquí en los yacimientos de Kawarau. Aquí el terreno es muy empinado y hay un sol cegador. Me he quemado tantas veces con el sol que se me ha quedado la marca del cuello de la camisa en la piel y aunque duele no tengo ganas de que llegue el invierno que en estas tierras altas va a ser de lo más duro. Si se descubre oro en Canterbury ¿volverá a presentarse para Superintendente? Esto no es una pregunta propiamente dicha es solo una expresión de mi curiosidad por el curso de sus días. Con este talante firmo y me despido.

Atentamente,
CROSBIE WELLS

Kawarau, marzo de 1864

Señor, escribo con noticias importantísimas y francamente asombrosas. ¡He estado en Dunstan allí he tenido un extraordinario golpe de suerte una concesión reluciente de oro! Ahora soy un hombre rico aunque no he gastado ni un penique pues he visto a demasiados tipos gastarse su polvo en sombreros y abrigos solo para devolverlos al prestamista cuando su suerte vuelve a mudar. No le diré la cantidad por miedo a que alguien intercepte este mensaje pero le diré que incluso en comparación con su espléndido salario es una suma enorme y me da la impresión de que ahora soy el más rico de los dos hermanos al menos en términos de dinero en efectivo. Qué gracia. Con esta fortuna podría regresar a Londres y montar una tienda pero seguiré buscando oro ya que pienso que todavía no se me ha agotado la suerte. Aún no he declarado el mineral de oro y he decidido exportarlo desde los yacimientos a través de una escolta privada que según me dicen es el modo más seguro. Pese a que mi suerte haya cambiado sigo siendo, como siempre,

suyo,
CROSBIE WELLS

West Canterbury, junio de 1865

Señor, observará por el matasellos que ya no soy residente de la provincia de Otago sino que «me he liado el petate» como se dice. Seguramente no haya tenido usted ningún motivo para aventurarse por el oeste de las montañas así que le diré que West Canterbury es un mundo aparte de los pastos del sur. La salida del sol por el litoral es una maravilla escarlata y los picos nevados tienen el color del cielo. El monte está húmedo y enmarañado y el agua es muy blanca. Es un lugar solitario pero no silencioso ya que el canto de los pájaros no cesa y es muy agradable por su constancia. Como ya habrá adivinado he dejado atrás mi vida de antes. Estoy separado de mi esposa. He de decirle que oculté muchas cosas en mi

correspondencia con usted temiendo que si se enteraba de la amarga realidad de mi matrimonio tuviese usted un peor concepto de mí. No habré de molestarlo con los detalles de mi escapada a este lugar pues es una triste historia y me apena recordarla. Soy como el gato escaldado que del agua fría huye lo cual no es para jactarse pero baste decir que he aprendido la lección. Ya está bien de este tema le hablaré en cambio del presente y del futuro. No tengo intención de seguir buscando oro aunque West Canterbury anda sobrada de colorado y los hombres están amasando fortunas a diario. No pienso seguir prospectando y que me vuelvan a robar mi fortuna. En cambio voy a probar suerte con el negocio de la madera. He entablado una magnífica relación con un hombre maorí llamado Terou Tow-Faray. En su idioma natal este nombre significa «Casa Cien de los Años». ¡Qué nombres tan sosos tenemos los británicos en comparación con estos! Me suena a que podría ser el verso de un poema. Tow-Faray es un salvaje de alma noble de primera categoría y cada vez somos más amigos. Confieso que me levanta los ánimos volver a estar en compañía de hombres.

Suyo, etc.,
CROSBIE WELLS

West Canterbury, agosto de 1865

Señor, leí en los periódicos que Westland va a tener un escaño en el Parlamento y que se presenta usted al mismo. Me enorgullece decir que ahora soy un votante señor ya que mi cabaña del valle Arahura no es arrendada es mía y solo mía y como ya sabe la propiedad de la tierra concede el voto a un hombre. Mi papeleta será para usted y brindaré por su éxito. Mientras tanto paso los días talando «totara», dando miles de golpes con mi humilde hacha. Usted es un hacendado señor tiene usted Glen House en Londres y supongo que también su residencia electoral en la bella Akaroa. Pero hasta ahora yo no había sido propietario de nada. Estuve casi tres años de palabra aunque no de obra con la señora Wells pero todo ese tiempo estuve en los yacimientos sin dirección fija mientras ella se quedaba en la ciudad. Aunque mi presente soledad me satisface a lo que no me acostumbro es a la vida inmóvil. Tal vez nos reunamos o nos veamos cuando esté usted haciendo campaña en Hokitika. No debe temer que vaya a perjudicarlo o que vaya a revelar el secreto del error de nuestro padre. No se lo he contado a nadie solo a mi mujer de la que estoy separado y su carácter es tal que si no puede sacar provecho de una noticia pierde el interés. No debe temerme. Basta con que escriba una X en un papel a la dirección del remite si escribe usted esta marca entonces sabré que no desea que nos reunamos y me mantendré alejado y dejaré de escribir y de preguntarme cosas. Con mucho gusto lo haré así como cualquier cosa que me pida porque soy

suyo muy affmo.,
CROSBIE WELLS

West Canterbury, octubre de 1865

Señor no he recibido la letra X por lo cual le doy las gracias. Hoy su silencio me da ánimos, aunque en otros momentos me haya apesadumbrado. Soy, como siempre,

suyo,
CROSBIE WELLS

West Canterbury, diciembre de 1865

Señor, observo en el *West Coast Times* que tiene intención de viajar a Hokitika por tierra y que por consiguiente pasará por el valle Arahura a no ser que haga un recorrido deliberadamente más largo. Soy un votante y como tal me sentiré honrado de recibir a un político en mi casa a pesar de lo humilde de la misma. Se la voy a describir para que pueda usted acercarse a ella o desviar el rumbo según crea conveniente. La casa tiene tejado de hierro y está a treinta yardas de distancia de las orillas del río Arahura en su vertiente sur. A cada lado de la cabaña hay un claro de unas treinta yardas y el aserradero está a unas veinte más hacia el sudeste. La morada es pequeña con una ventana y una chimenea de ladrillo refractario. El revestimiento es el habitual. Puede que aunque no se detenga yo le vea pasar a

caballo. No me voy a hacer ilusiones pero le deseo un buen viaje al oeste y una campaña triunfal y le aseguro que le sigo profesando

mi más profunda admiración,
CROSBIE WELLS

Esta era la última carta. Estaba fechada hacía poco más de dos meses... y hacía menos de un mes de la muerte de Wells.

Moody soltó la página y permaneció un momento sentado sin moverse. No tenía por costumbre fumar a solas, y por ende rara vez llevaba tabaco encima; en estos instantes, sin embargo, lo que más quería era ocuparse con algún movimiento compulsivo y repetitivo, y se le pasó fugazmente por la cabeza llamar para pedir un cigarrillo o un puro. Pero no soportaba la idea de hablar con nadie, ni siquiera para pedir algo, y se conformó con la tarea de barajar las cartas de nuevo y devolverlas a su orden original, con la carta más reciente encima.

Quedaba claro por las repetidas alusiones de Crosbie Wells al silencio de Lauderback que el político no había respondido ni una vez a estas cartas de su hermanastro bastardo, el hijo ilegítimo de su padre. ¡Alistair Lauderback había guardado silencio durante trece años! Moody movió la cabeza. ¡Trece años! Con lo anhelantes que eran las cartas de Crosbie, lo sinceras; con lo evidente que era que el bastardo deseaba conocer a su hermano, verlo aunque fuera una sola vez. ¿Tanto le habría perjudicado a Lauderback —al honorable Lauderback— escribir unas pocas palabras en respuesta? ¿Enviar un billete y pagarle al pobre hombre el pasaje de regreso? ¡Qué increíble falta de sensibilidad la suya, no responder! Y no obstante (concedió Moody), Lauderback había conservado las cartas de Wells; las había conservado y las había leído y releído, pues las más antiguas estaban muy desgastadas, y habían sido dobladas, y dobladas de nuevo, en numerosas ocasiones. Y sí que había viajado hasta la cabaña de Crosbie Wells en el valle Arahura... para llegar, finalmente, media hora tarde.

Pero entonces Moody recordó otra cosa. ¡Lauderback había convertido a Lydia Wells en su amante! ¡Había convertido a la esposa de su hermano en su amante! «Qué falta de escrúpulos», dijo Moody en voz alta. Se levantó de un salto y empezó a dar vueltas por la habitación. ¡Qué increíble falta de sensibilidad! ¡Era inhumano! Hizo los cálculos mentalmente. Crosbie Wells había estado en los yacimientos de Dunstan, y en Kawarau... ¡y durante todo ese tiempo el hermano a quien tanto deseaba conocer estaba en Dunedin, haciendo de él un cornudo! ¿Era posible que Lauderback realmente hubiese ignorado esta relación? ¡No era muy creíble, teniendo en cuenta que Lydia Wells había adoptado el apellido de su esposo!

Moody se detuvo. No, pensó. Lauderback le había dicho a Balfour explícitamente que durante su aventura no había sabido que Lydia Wells estuviese casada. En sus tratos siempre había utilizado su nombre de soltera, Greenway. Hubo que esperar a que Francis Carver volviese de la cárcel —haciéndose llamar Francis Wells para que

Lauderback descubriese que Lydia estaba casada, y que su nombre verdadero era Lydia Wells, y que él, Lauderback, había convertido a su marido en un cornudo. Moody volvió a rebuscar entre el montón de cartas hasta que encontró la que estaba fechada en agosto del año anterior. Sí, Crosbie Wells había dejado bien claro que, en efecto, había compartido con su esposa los detalles de su origen ilegítimo. De manera que Lydia Wells había sabido lo del hermano ilegítimo de Lauderback desde el comienzo mismo de su aventura... y es más, había sabido que era un asunto por el que cabía suponer que Lauderback albergaba un sentimiento muy íntimo y a flor de piel, puesto que nunca, ni siquiera una sola vez, había respondido a las cartas de Crosbie. Incluso puede que Lydia, pensó Moody, hubiese buscado a Lauderback con el exclusivo propósito de explotar ese vínculo.

¡Caramba, esa mujer no era más que una especuladora! ¡Había utilizado a los dos hermanos..., los había arruinado a ambos! Y es que había quedado clara otra cosa más: la fortuna con la que se había chantajeado a Lauderback no había salido ni mucho menos de la concesión de Carver. El total le había sido robado a Crosbie Wells; ¡era él quien había hecho un descubrimiento en los yacimientos de Dunstan, tal y como avalaba su correspondencia! Así que Lydia Wells había revelado el secreto de Wells a Francis Carver, con cuya ayuda había tramado después un plan para robar la fortuna de Wells y chantajear a Lauderback, tras lo cual ambos serían ricos y, por si fuera poco, se convertirían también en los orgullosos dueños del bricbarca *Godspeed*. Era evidente que Lauderback se avergonzaba de su pariente ilegítimo, como la señora Wells, su amante, debía de saber de primera mano; a todas luces, había maquinado un plan para sacar partido a esa vergüenza.

De repente, Moody sintió que el corazón le daba un vuelco. Este era el espejuelo..., la información privada con la que Francis Carver había chantajeado a Lauderback y se había garantizado su silencio sobre la venta del *Godspeed*. Y es que Carver había dicho que se llamaba Francis Wells, dando a entender a Lauderback que Carver y Crosbie eran hermanos: hijos ilegítimos los dos, criados en la misma casa de putas... ¡nacidos, quizá, de la misma madre! Crosbie Wells había recibido su apellido por asignación, y no era inverosímil que hubiese tenido otros hermanos por parte de madre, habida cuenta de que su madre era una prostituta. ¡Vaya manera de jugar con los sentimientos de Lauderback, y de forzar su mano!

Crosbie Lauderback, pensó de repente Moody, sintiendo un arrebató de empatía con él. Pensó en Wells muerto en su cabaña del valle Arahura, la mano enroscada en torno a una botella vacía, la mejilla sobre la mesa, los ojos cerrados. Cuán fríamente giraba la rueda de la fortuna. ¡Qué acerado debía de haber sido el corazón de Lauderback para que no rompiera su silencio ante súplicas tan vehementes! Y qué triste, que a lo largo de una década Crosbie Wells hubiese contemplado el ascenso de su hermano por los escalafones del Consejo Provincial hasta llegar al mismísimo Parlamento..., mientras el bastardo bregaba rodeado de humedad y de escarcha, a solas.

Y sin embargo, Moody no era capaz de sentir un rechazo absoluto por Lauderback. El político había visitado a su hermano, al final..., aunque con qué intención, eso Moody ya no lo sabía. A lo mejor quería compensar trece años de silencio. A lo mejor pretendía disculparse con su hermanastro, o simplemente echarle un vistazo, pronunciar su nombre y estrecharle la mano.

Había lágrimas en los ojos de Moody. Soltó un taco, aunque sin convicción, y se pasó bruscamente el dorso de la mano por la cara, sintiendo una amarga afinidad con el ermitaño, un hombre al que jamás había visto y al que jamás conocería. Y es que había una terrible semejanza entre la situación de Crosbie Wells y la suya propia. Crosbie Wells había sido abandonado por su padre, al igual que Moody. Crosbie Wells había sido traicionado por su hermano, al igual que Moody. Crosbie Wells se había trasladado a la faz meridional del mundo en busca de su hermano, al igual que Moody..., y allí había conocido el rechazo y la ruina, solo para terminar el resto de sus días en soledad.

Moody cuadró los bordes de las cartas. Hacía una hora que debería haber llamado a la criada para exigir que sacasen el baúl de su habitación; levantaría sospechas si tardaba más en hacerlo. No sabía qué hacer. No quedaba tiempo para escribir copias de toda la correspondencia. ¿Debía restituir las cartas al forro del baúl? ¿Robarlas? ¿Entregárselas a las autoridades competentes de Hokitika? Eran, sin duda, pertinentes para el caso que los ocupaba, y en el supuesto de que se convocase a un juez del Tribunal Supremo serían muy pero que muy valiosas.

Cruzó la habitación y se sentó al borde de la cama, pensando. Le podía enviar las cartas a Löwenthal, acompañadas de instrucciones para que se publicasen, en orden y en su totalidad, en el *West Coast Times*. Se las podía enviar a George Shepard, el alcaide, pidiéndole consejo. Se las podía enseñar a su amigo Gascoigne, en confianza. Podía convocar a los doce hombres del Crown y solicitar su opinión. Podía enviárselas al comisionado de los yacimientos auríferos... o, mejor aún, al juez. Pero ¿con qué objetivo? ¿Qué repercusiones tendría? ¿Quién se beneficiaría de la noticia? Juntó las yemas de los dedos y suspiró.

Finalmente, Moody recogió el fajo de cartas, ató la lazada exactamente igual que antes y volvió a colocarlo en el forro del baúl. Volvió a encajar la barra en el cierre, limpió la tapa y dio un paso atrás para asegurarse de que todo estaba exactamente como se lo había encontrado. Después se volvió a poner el sombrero y el abrigo — como si acabase de llegar en ese momento del comedor de Maxwell— e hizo sonar la campana. La criada subió a su debido tiempo, dando fuertes pisotones y, con un tono de profunda exasperación, Moody le dijo que le habían entregado un baúl equivocado. Se había tomado la libertad de abrir el baúl y de leer el nombre que aparecía inscrito en su interior: pertenecía al señor Alistair Lauderback, un hombre a quien no conocía, que sin duda no se alojaba en el hotel Crown y cuyo nombre no guardaba el menor parecido con el suyo. Era de suponer que, a su vez, su baúl se había enviado al hotel del señor Lauderback, que a saber cuál era. Tenía intención de

pasar la tarde en los billares de la calle Stafford y esperaba que el error se subsanase durante las horas de su ausencia, pues era de suma importancia que se reencontrase con sus pertenencias de inmediato: pensaba asistir a las «bebidas y especulaciones» que ofrecía la viuda en el Wayfarer's Fortune esa misma tarde, y quería hacerlo con una indumentaria adecuada. Añadió, antes de despedirse, que tenía un disgusto enorme.

UN MES SIN LUNA

En el que el Wayfarer's Fortune abre por fin al público.

El letrero que colgaba a la entrada del Wayfarer's Fortune se había vuelto a pintar, de suerte que la garbosa silueta con su fardo estilo Dick Whittington iba caminando ahora bajo un cielo estrellado. Si las estrellas formaban una constelación sobre la cabeza de la figura pintada, Mannering no la reconoció. Se limitó a echarle un breve vistazo mientras subía las escaleras de la veranda, reparando, a la vez, en que habían sacado brillo a la aldaba, lavado las ventanas, cambiado la esterilla y encajado una tarjeta nueva en la placa de la entrada:

DOÑA LYDIA WELLS, MÉDIUM, ESPIRITISTA SE REVELAN SECRETOS. SE ADIVINA
EL FUTURO

Al llamar oyó voces femeninas, y a continuación unos pasos rápidos que se alejaban por la escalera, subiendo. Esperó, pensando que ojalá fuese Anna quien saliese a recibirlo.

Se oyó un repiqueteo mientras alguien desenganchaba la cadena. Mannering se tocó el nudo de la corbata y se irguió mientras contemplaba su tenue reflejo en el cristal.

La puerta se abrió.

—¡Dick Mannering!

Mannering se quedó decepcionado, pero no lo manifestó.

—¡Señora Wells! —exclamó—. Muy buenas tardes.

—Eso espero, desde luego; y aún no ha llegado la noche. —Sonrió—. Si de alguien esperarías que supiera que está terriblemente pasado de moda llegar temprano a una fiesta, es de usted. ¿Qué palabra usaría mi madre? «Barbarie», eso es.

—¿Llego temprano? —Mannering buscó su reloj de bolsillo con fingida sorpresa. Sabía perfectamente que era temprano: había querido llegar antes que los demás a fin de tener la oportunidad de hablar a solas con Anna—. Vaya, qué cosas —añadió, mirando el reloj con los ojos entrecerrados. Se encogió de hombros y se lo volvió a meter en el bolsillo del chaleco—. He debido de olvidarme de darle cuerda esta mañana. Bueno, pues aquí estoy... y usted también. Vestida para la ocasión. Muy hermosa. Muy hermosa, desde luego.

Llevaba ropa de luto, aunque su atuendo se había «realzado», como lo habría

expresado ella, por aquí y por allá, y los realces desdecían su tono lúgubre. El corpiño negro llevaba vides y rosas bordadas con un hilo brillante, de manera que los dibujos titilaban y relucían sobre su pecho; llevaba otra rosa negra cosida a una cinta negra que se ceñía, como unas esposas, a la blancura rechoncha de su antebrazo, y una tercera rosa negra en el cabello, enganchada al hueco de detrás de la oreja.

Seguía sonriendo.

—¿Qué hago ahora? —dijo—. Me pone usted en un compromiso espantoso, señor Mannering. No puedo invitarlo a pasar. De hacerlo, lo estaría animando a llegar temprano en otras ocasiones; en poco tiempo, estaría usted causando inconvenientes a toda la alta sociedad del lugar. Pero tampoco puedo echarlo a la calle..., pues si lo hiciera los dos seríamos unos bárbaros, usted tanto como yo. Usted por su impudicia, y yo por mi falta de hospitalidad.

—A mí me parece que hay una tercera posibilidad. Permita que me quede aquí en el porche toda la noche, mientras usted se lo piensa, y para cuando se haya decidido yo habré llegado puntualmente.

—Otra muestra de barbarie. Su temperamento.

—Usted jamás ha visto muestras de mi temperamento, señora Wells.

—¿Ah, no?

—Nunca. Con usted, soy un hombre civilizado.

—¿Y con quién no lo es, me pregunto?

—La cuestión no es con quién —dijo Mannering—. La cuestión es hasta qué punto.

Hubo una breve pausa.

—Le ha debido de saber a gloria —dijo a continuación la señora Wells.

—¿El qué?

—Esto de ahora. Lo que acaba de decir. Le ha debido de saber a gloria.

—Tiene usted cierto estilo, señora Wells. Lo había olvidado.

—¿Ah, sí?

—Sí..., cierto estilo. —Mannering rebuscó en su bolsillo—. Aquí está la tarifa. Un auténtico atraco, dicho sea de paso. En Hokitika no puede cobrarse tres chelines por una tarde de recreo; ni aunque llamase a Helena de Troya. No se lo va a consentir nadie. Aunque no debería darle consejos. A partir de esta noche, entre usted y yo se abre una competencia directa. No se vaya a creer que no lo sé: cuando los muchachos se vacíen los bolsillos los sábados por la noche, lo harán en el Prince of Wales o en el Wayfarer's Fortune. Soy un hombre que se fija en la competencia..., y esta noche he venido a fijarme en usted.

—A las mujeres les gusta que se fijen en ellas. —La señora Wells aceptó las monedas y después abrió la puerta de par en par—. Que sepa que miente usted fatal —añadió mientras Mannering entraba en el vestíbulo—. Si hubiese olvidado darle cuerda al reloj, no habría llegado temprano: habría llegado tarde.

Cerró la puerta y echó la cadena.

—Va usted de negro —observó Mannering.

—Naturalmente —repuso ella—. He enviudado hace poco, y por tanto estoy de luto.

—¿Sabe una cosa? El color negro es invisible para los espíritus. Apuesto a que no lo sabía..., ¡admitalo! Por eso vestimos de negro en los funerales: si llevásemos colores llamaríamos la atención de los muertos. De negro, no pueden distinguimos.

—Bonita banalidad —dijo la señora Wells.

—Pero ¿sabe lo que significa? Significa que el señor Staines no la podrá ver. Si lleva ese vestido, no podrá. Será completamente invisible para él.

La señora Wells rio.

—Santo cielo. En fin, supongo que ya no hay remedio. A estas alturas, ya no. Tendré que cancelar la velada.

—¿Y Anna? —preguntó Mannering—. ¿De qué color va a vestir esta noche?

—De negro, precisamente, puesto que también ella está de luto.

—No tienen nada que hacer. Me refiero a esta iniciativa. Y todo por culpa de sus vestidos. ¡Eso sí que es una traba! ¡Sus propios vestidos les desbaratan los planes!

La señora Wells ya no sonreía.

—Se muestra irreverente al mofarse de las señales de dolor.

—Y usted también, señora Wells.

Se miraron un instante, el uno intentando descifrar la expresión del otro.

—Tengo el mayor de los respetos por los estafadores —dijo Mannering—. Más me vale..., ¡habida cuenta de que soy uno de ellos! Pero adivinar el futuro..., mala estafa es esa, señora Wells. Siento decírselo tan claro, pero así es.

La expresión de la señora Wells se mantenía cauta.

—Y eso ¿por qué? —dijo, como quien no quiere la cosa.

—Es una pura mentira —respondió Mannering, rotundamente—. Dígame el nombre del próximo hombre con el que voy a apostar. Ayúdeme con mi próxima partida de póquer. Dígame el nombre del ganador de las carreras de la semana que viene. Eso no lo haría, ¿a que no? No, claro que no..., porque no puede.

—Veo que le gusta dudar, señor Mannering.

—Porque soy un veterano en este juego.

—Sí —dijo la viuda sin quitarle la vista de encima—. Le encanta dudar.

—Dígame quién va a ganar las carreras de la semana que viene, y no volveré a dudar jamás.

—No puedo.

Mannering puso las manos boca arriba.

—¿Lo ve?

—Si no puedo es porque en realidad no me está pidiendo que le adivine el futuro. Me está pidiendo que le ofrezca una prueba incontrovertible de mi capacidad. Eso es precisamente lo que no puedo hacer. Soy una pitonisa, no una lógica.

—Una mala pitonisa, sin embargo, si es incapaz de anticipar lo que sucederá el

domingo que viene.

—Una de las primeras lecciones que se aprenden en esta disciplina es que en el futuro no hay nada incontrovertible —dijo la señora Wells—. La razón es muy sencilla: la suerte de una persona siempre cambia cuando se la leen.

—Con este argumento barre usted para casa.

La señora Wells alzó levemente la barbilla.

—Si fuese usted a participar como jinete en la carrera de caballos de la semana que viene, y viniese a preguntarme qué probabilidad hay de que tenga buena suerte..., en fin, esa ya sería otra historia. Si yo le dijese que su fortuna pinta mal, probablemente cabalgaría usted mal, porque tendría el ánimo por los suelos; si hiciese un pronóstico favorable, probablemente cabalgaría con seguridad, y en consecuencia le iría bien.

—De acuerdo: no soy un jinete, pero sí soy un jugador y he apostado cinco libras a una yegua llamada Irlandesa. Esto que le digo es cierto, y le estoy pidiendo que adivine mi suerte, sea buena o mala. ¿Qué pronóstico tengo?

La señora Wells sonrió.

—Dudo de que su fortuna vaya a variar gran cosa por ganar o perder cinco libras, señor Mannering; y en cualquier caso, sigue usted buscando pruebas. Pase al salón.

El interior del Wayfarer's Fortune apenas recordaba el mugriento establecimiento en el que la señora Wells había recibido a Aubert Gascoigne hacía tres semanas. La viuda había encargado cortinas, mobiliario nuevo y una docena de rollos de papel pintado con un llamativo estampado de rosas y espinas; había enmarcado varios grabados exóticos, había pintado el hueco de la escalera, había lavado las ventanas y había empapelado los dos salones principales. Había encontrado un atril para colocar su almanaque y varias lámparas con pantallas de encaje que había repartido por las estancias principales del antiguo hotel a fin de crear una atmósfera más mística. Mannering abrió la boca para hacer un comentario sobre la transformación... y se detuvo en seco.

—Vaya, ¡pero si es el señor Sook! —exclamó asombrado—. ¡Y el señor Quee!

Los dos chinos lo miraron fijamente. Estaban sentados a ambos lados del hogar con las piernas cruzadas, sus rostros pintados con una densa capa de maquillaje.

—¿Conoce a estos hombres? —preguntó Lydia Wells.

Mannering recobró la compostura.

—Solo de vista. Hago bastantes negocios con los chinos, ¿sabe?, y estos muchachos son caras conocidas en Kaniere. ¿Qué tal, amigos?

—Buenas tardes —dijo Ah Sook. Ah Quee no dijo nada. Apenas se notaban sus expresiones bajo la capa de maquillaje, que exageraba sus rasgos alargando el rabillo de sus ojos y resaltando la redondez de sus mejillas.

Mannering se dirigió a la señora Wells.

—¿Qué? Participan en la sesión de espiritismo, ¿no? ¿Trabajan para usted?

—Este se presentó aquí esta tarde —explicó la señora Wells, señalando a Ah

Sook—, y se me ocurrió que su presencia podría añadir cierto sabor a la sesión de esta noche. Accedió a volver más tarde, y cumplió con creces: se trajo a su amigo. Convendrá usted en que dos es mejor que uno. Me gusta que haya un eje de simetría en la habitación.

—¿Dónde está Anna? —dijo Mannering.

—Ah..., arriba. De hecho, fue usted, señor Mannering, quien me dio la idea. Sus *Sensaciones de Oriente*. ¡Nada vende tantas entradas como un toque oriental! La vi dos veces: una, desde la galería, y la otra desde la platea.

Mannering tenía un semblante hosco.

—¿Cuándo baja?

—No bajaré hasta que empiece la sesión de espiritismo —dijo la señora Wells.

—¿Cómo? ¿Y para la fiesta no? ¿No va estar presente en la fiesta?

La señora Wells se dio la vuelta para colocar los vasos en el aparador.

—No.

—¿Y eso por qué? Usted sabe que hay un montón de hombres que se mueren de ganas de hablar con ella. Han apoquinado el salario de una semana solo para cruzar esa puerta... y todo por Anna. Estaría usted loca si la dejase arriba.

—Debe prepararse para la sesión de espiritismo. No puedo permitir que se altere su equilibrio.

—Pamplinas —soltó Mannering.

—¿Cómo dice? —dijo la señora Wells, volviéndose.

—He dicho que no son más que pamplinas. La está reteniendo... por algún motivo.

—¿Qué insinúa?

—Al perder a Anna Wetherell perdí a mi mejor chica. Me he mantenido alejado durante tres semanas, vaya usted a saber por respeto a qué, y ahora quiero una oportunidad para hablar con ella. Eso del equilibrio alterado no existe y los dos lo sabemos.

—Creo que debo recordarle que en este terreno usted carece de experiencia.

—¡Experiencia! —exclamó Mannering con desdén—. Hace tres semanas, Anna no habría sabido distinguir entre el equilibrio y su propia nariz. No son más que pamplinas, señora Wells. Dígale que baje.

La señora Wells retrocedió.

—También he de recordarle, señor Mannering, que está en mi casa en calidad de invitado.

—Esto no es una casa; es un local de negocios. Le he pagado tres chelines porque tenía la garantía de que Anna estaría aquí.

—A decir verdad, nadie le ha dado esa garantía.

—¡Escúcheme! —dijo Mannering, cada vez más airado—. Voy a darle otro consejo, señora Wells, y gratis: en el mundo del espectáculo, al público se le da exactamente aquello por lo que ha pagado, y en caso contrario se padecen las

consecuencias de su descontento. El periódico decía que Anna iba a estar aquí.

—El periódico decía que estaría presente en la sesión de espiritismo, como mi ayudante.

—¿Qué poder ejerce sobre ella?

—No sé a qué se refiere.

—¿Por qué ha accedido a quedarse arriba... sola, y a oscuras?

La señora Wells ignoró la pregunta.

—La señorita Wetherell ha estado aprendiendo a interpretar las tiradas del tarot, un arte en el que ha demostrado ser muy ducha. Cuando me haya asegurado de que lo domina con maestría, anunciará sus servicios en el *West Coast Times*, y entonces podrá pedir una cita con ella si así lo desea, como todos los ciudadanos de Hokitika.

—Y el privilegio me costará un ojo de la cara, ¿a que sí?

—Pues claro —dijo la señora Wells—. Me sorprende que esperase otra cosa.

Ah Sook estaba mirando a la señora Wells; Ah Quee, a Mannering.

—Esto es un escándalo —dijo Mannering.

—Quizá ya no quiera asistir a la fiesta. Si es así, basta con que lo diga; le devolveré la tarifa íntegra.

—¿Qué sentido tiene que se quede ahí arriba?

La viuda rio.

—¡Venga, señor Mannering! Los dos estamos en el mismo negocio, como usted mismo ha señalado; no es necesario que se lo explique con todas las palabras.

—Sí lo es. Explíquemelo —exigió Mannering—. Venga. Explíquemelo.

La señora Wells, sin embargo, no lo hizo. Solo se le quedó mirando.

—¿Por qué ha venido a la fiesta? —preguntó.

—Para hablar con Anna. Y para apreciar la magnitud de mi competencia. De usted.

—La primera de sus ambiciones no se cumplirá, como ya le habrá quedado claro, y seguro que a estas alturas ya ha satisfecho la segunda. Siendo así, no veo que haya ningún motivo para que siga aquí.

—Me quedo —dijo Mannering.

—¿Por qué?

—Para no perderla de vista, por eso.

—Entiendo. —La señora Wells le clavó la mirada—. Creo que existe otra razón para que decidiese asistir a la fiesta de esta noche, una razón que hasta ahora no ha compartido conmigo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál puede ser? —dijo Mannering.

—Me temo que solo puedo suponerla.

—Bueno, pues adelante, haga su predicción. A eso juega, ¿no? Adivíneme el futuro.

La señora Wells ladeó la cabeza y le evaluó.

—No; esta vez creo que me reservaré la predicción —dijo, con tono resuelto.

Mannering balbuceó algo, y un instante después la señora Wells soltó su risa cristalina y se puso recta, entrelazándose las manos sobre el pecho. Tras pedir la venia de Mannering para marcharse, explicó que había contratado a dos camareras del Star and Garter para que atendiesen a sus invitados durante la velada, y las muchachas aún no habían recibido instrucciones: estaban esperando pacientemente en la cocina, y no pensaba hacerlas esperar ni un segundo más. Invitó a Mannering a servirse un trago de las licoreras del aparador y a ponerse cómodo... y, dicho esto, salió de la habitación con aire majestuoso mientras Mannering, ruborizado, la seguía con la mirada.

Una vez se hubo cerrado la puerta a su paso, se volvió contra Ah Sook.

—Y tú ¿qué? ¿Qué me dices de ti?

—Voy a ver a Emery Staines —dijo Ah Sook.

—Tienes preguntas que hacerle, supongo.

—Sí.

—Vivo o muerto —dijo Mannering—. O lo uno o lo otro, ¿verdad, señor Sook? A estas alturas, o lo uno o lo otro.

Se acercó al aparador con paso firme y se sirvió un trago bien fuerte.



La señora Wells había contratado una orquesta de dos hombres, integrada por un violinista y un flautista de la Sociedad de Amigos Católicos de la calle Collingwood. Los músicos llegaron un poco antes de las siete, sus instrumentos envueltos en terciopelo, y la señora Wells los dirigió al fondo del vestíbulo, donde se habían colocado dos sillas de cara a la puerta. Las únicas canciones que conocían eran gigas y danzas marineras, pero a la señora Wells se le había ocurrido que tocasen su repertorio a golpe de negra, o tan despacio como se lo permitiesen su respiración y su coordinación, a fin de armonizar mejor con el tenor de la velada. Interpretadas lentamente, las gigas se volvían siniestras, y las danzas marineras, tristes; incluso Mannering, cuyo mal genio no habían mitigado ni los dos dedos de brandy ni las alegres atenciones de las camareras del Star and Garter, tuvo que admitir que el efecto era de lo más sorprendente. Cuando los primeros invitados llamaron a la puerta, estaban tocando «Seis peniques» a un ritmo arrastrado y doliente... que, lejos de recordar bailes y festejos, invitaba a pensar en funerales, enfermedades y noticias funestas.

A las ocho, el antiguo hotel estaba lleno, y el ambiente estaba cargado de humo.

—¿Alguna vez ha observado a un mago en un mercado? ¿Ha visto a un trilero en plena faena? Verá, todo se reduce al arte de distraer, señor Frost. Saben ingeniárselas para que mires a otro lado mediante un chiste, un ruido o algo imprevisto, y mientras tienes la cabeza girada van y cambian los vasos, o los llenan, los vacían o lo que sea. Sobra que le diga que no hay mejor distracción que una mujer, y esta noche va usted

a lidiar con dos.

Frost, incómodo, miró a Pritchard y enseguida apartó la mirada: el boticario le daba un poco de miedo, y no le gustaba la manera en que se arrimaba, tanto que cuando hablaba notaba el calor de su aliento.

—¿Cómo sugiere que no me distraiga? —dijo.

—Usted mantenga los dos ojos bien abiertos —apuntó Pritchard—. Nilssen observa a Anna. Usted observa a la viuda. Entre los dos, las tienen cubiertas, ¿me entiende? Usted observe a Lydia pase lo que pase. Si le invita a cerrar los ojos o a mirar hacia otro lado (suelen hacerlo, ¿sabe?), no lo haga.

Frost sintió una punzada de irritación. Se preguntó qué derecho tenía Joseph Pritchard para asignar labores de vigilancia en una sesión de espiritismo a la que no estaba invitado. ¿Y por qué le tocaba a él la viuda, mientras que Nilssen se quedaba con Anna? No expresó sus quejas en voz alta, sin embargo, puesto que se les estaba acercando una camarera con una licorera en la bandeja. Los dos hombres se llenaron los vasos, le dieron las gracias y la vieron perderse entre el gentío.

Tan pronto como se hubo marchado, Pritchard reanudó la conversación con la misma intensidad que antes.

—Staines tiene que estar en algún sitio —insistió—. Nadie desaparece sin dejar rastro. ¿Qué sabemos a ciencia cierta? Hagamos repaso. Sabemos que Anna fue la última que lo vio con vida. Sabemos que lo que dijo Anna del opio era mentira..., eso de que ella misma se había comido aquella media onza, cuando pude ver por mí mismo que era una mentira descarada. Y sabemos que ahora tiene intención de invocarlo para que regrese de entre los muertos.

A Frost se le ocurrió de pronto que a Pritchard le sentaba muy mal la chaqueta, y que llevaba la corbata sin planchar, y que su camisa estaba poco menos que raída. Y muy desafilada debía de estar su navaja, pensó, para producir un afeitado tan poco uniforme. Esta crítica, formulada para sus adentros, le procuró una repentina seguridad en sí mismo.

—No se fía demasiado de Anna, ¿verdad, señor Pritchard?

La observación pareció desconcertar a Pritchard.

—Hay razones de sobra para no fiarse de ella —dijo fríamente—. Acabo de referírselas.

—Pero quiero decir personalmente —remarcó Frost—. Como mujer. Deduzco que su integridad le merece muy mala opinión.

—¡Me está hablando de la integridad de una puta! —estalló Pritchard, pero no siguió hablando.

—Me preguntaba qué piensa usted de ella. Nada más —añadió Frost al cabo de un momento.

Pritchard miró a Frost con expresión ausente.

—No —dijo al fin—. No me fío de Anna. No me fío un pelo. Ni siquiera la amo. Pero ojalá la amase. Qué cosa tan rara, ¿verdad? Ojalá la amase.

Frost estaba incómodo.

—No vale los tres peniques que piden, ¿no cree? —dijo, refiriéndose a la fiesta—. Confieso que esperaba más.

También Pritchard parecía violento.

—Recuerde: durante la sesión de espiritismo, no aparte la vista de la señora Wells.

Se dieron la espalda, fingiendo que escudriñaban los rostros de la multitud, y por un instante ambos hombres compartieron la misma expresión: el aspecto distante, ligeramente decepcionado, de alguien que está evaluando de manera desfavorable la escena que le rodea en comparación con otras escenas, reales e imaginarias, que han ocurrido y están ocurriendo en otros lugares.

Φ

—Señor Balfour, ¿podría hablar con usted un momento a solas?

Balfour alzó la vista. Era Harald Nilssen, que, ataviado con un chaleco azul imperial, lucía su acostumbrado aspecto atildado. En el rostro de Nilssen vio la expresión endurecida de un hombre decidido a hacer una pregunta difícil, y se le encogió el corazón.

—Por supuesto... Naturalmente, naturalmente —dijo—. Puede hablar conmigo, ¡por supuesto que puede hablar conmigo! ¡Naturalmente!

Qué ridículos se vuelven los hombres, pensó, cuando saben que van a ser avergonzados de un momento a otro. Siguió a Nilssen entre la muchedumbre.

Cuando ya no se les podía oír desde el salón, Nilssen se detuvo en seco.

—Iré al grano —dijo, dándose media vuelta.

—Sí —le animó Balfour—. Vaya al grano. Siempre es mejor. ¿Qué le parece la fiesta?

Desde el salón se oyó una risotada y el chillido indignado de una mujer.

—Está muy bien —dijo Nilssen.

—Aunque no hay ni rastro de Anna.

—No.

—Y tres chelines... ¡Menudo precio! Solo bebiendo ya amortizaremos el dinero, ¿a que sí? —Balfour se quedó mirando su vaso.

—Iré al grano —repitió Nilssen.

—Sí. Por favor.

—No sé cómo —empezó Nilssen—, el señor Lauderback se ha enterado de lo de mi comisión. Mañana hará pública en el periódico una carta al respecto. Arremete contra la persona de Shepard y cosas por el estilo. Todavía no la he leído.

—Vaya por Dios. Vaya por Dios..., sí, ya veo. Ya veo. —Balfour asintió enérgicamente con la cabeza, aunque sin mirar a Nilssen. Estaban prácticamente codo con codo. Nilssen dirigía sus palabras a un grabado enmarcado que había en la pared,

y Balfour a la *boiserie*.

—El alcaide Shepard escribió una réplica que saldrá justo debajo del escrito de Lauderback en el periódico de mañana —prosiguió Nilssen, sin dejar de dirigirse al grabado—. He leído la réplica: Shepard me envió una copia esta tarde.

Hizo un breve resumen de la réplica de Shepard... y el efecto fue que la angustia de Balfour se disolvió, en pocos segundos, para convertirse en puro asombro.

—Vaya —dijo, mirando directamente a Nilssen por primera vez—, que me aspen. Como un tiburón en los bajíos, desde luego. Quién iba a decir que el alcaide Shepard saldría con algo así. ¡Conque dice que usted lo ha promovido todo..., la inversión..., como si fuese una donación! ¡Que me aspen! Lo tiene arrinconado, ¿no? ¡Qué diablo de hombre, menudo aplomo! ¡Menudo reptil!

—¿Le contó usted a Lauderback lo de mi comisión? —preguntó Nilssen.

—¡No!

—¿Ni siquiera lo mencionó... como de pasada?

—¡No! ¡En absoluto!

—De acuerdo —dijo Nilssen con gran pesar—. Gracias. Siento haberlo molestado. Supongo que habrá sido alguno de los otros.

Balfour dio un respingo.

—¿Alguno de los otros? ¿Se refiere..., se refiere a alguno de los que estaban en el Crown?

—Sí. Alguien debe de haber faltado a su juramento. Desde luego, no fui yo quien le fue con el cuento al señor Lauderback... Y estoy seguro de que nadie más sabe nada sobre la inversión, aparte de los doce que hicieron el juramento.

Balfour parecía presa del pánico.

—¿Y qué me dice de su mozo?

—No lo sabe. —Nilssen negó con la cabeza.

—Alguien del banco, quizá.

—No. Fue un acuerdo privado... y Shepard tiene la única copia de la escritura. —Nilssen suspiró—. Escuche, siento habérselo soltado así, de golpe y porrazo..., vamos, habérselo preguntado..., haber dudado de usted. Pero sabía que usted era el hombre de confianza de Lauderback y..., en fin, tenía que asegurarme.

—¡Pues claro! ¡Es natural!

Nilssen asintió con gesto lúgubre. A través de la puerta del salón, miró a la multitud: a Pritchard, que sacaba una cabeza al resto de los presentes; a Devlin, que estaba en conversación con Clinch; a Löwenthal, que estaba hablando con Frost, y a Mannering, que estaba sirviéndose otro vaso de la licorera del aparador y riéndose a carcajadas de un chiste que le acababan de contar.

—Alto ahí —dijo de pronto Balfour—. Ha dicho que la carta de Shepard mencionaba a Lauderback y a Lydia Wells.

—Sí —dijo Nilssen, incómodo—. Ha conseguido que sus amoríos pasen a ser prácticamente de dominio público al decir que Lauderback debe confesarlo todo

sobre ella. Eso es...

Balfour lo interrumpió.

—Pero ¿cómo diantres se ha enterado Shepard de sus amoríos, para empezar? Me cuesta creer que Lauderback hubiese...

—Se lo conté yo —soltó Nilssen—. Quebranté mi juramento. Ah, señor Balfour..., me tenía arrinconado..., él sabía que yo estaba ocultando algo... y me vine abajo. No pude pensar lo suficientemente deprisa. Tiene usted todo el derecho a estar furioso conmigo. Todo el derecho. No me importa.

—En absoluto —dijo Balfour, que había recibido esta confesión con un extraño alivio.

—Ahora Lauderback sabrá que usted no le guardó el secreto —prosiguió Nilssen, desconsolado—. Mañana por la mañana Westland entero sabrá que tomó a la señora Wells de amante, y puede que pierda el escaño en el Parlamento, y todo por mi culpa. Lo siento muchísimo, de veras que lo siento.

—¿Qué más le contó? —preguntó Balfour—. ¿Le habló de Anna... y del chantaje... y de los vestidos?

—¡No! —dijo Nilssen, con gesto escandalizado—. Ni tampoco de Carver. Lo único que dije fue que la señora Wells había sido la querida del señor Lauderback. Nada más. Pero ahora el alcaide Shepard va y lo cuenta... en el periódico.

—Bueno, no pasa nada. —Balfour le dio una palmadita en el hombro—. ¡No pasa nada! El alcaide Shepard puede haberse enterado en cualquier sitio. Si Lauderback pregunta, le diré que jamás he cruzado ni media palabra con Shepard en toda mi vida, y será la pura verdad.

—Lo lamento terriblemente.

—En absoluto —dijo Balfour, dándole más palmaditas—. En absoluto.

—Es muy amable de su parte.

—Encantado de ayudar.

—Para empezar, sigo sin saber quién me vendió a Lauderback —dijo Nilssen al cabo de un momento—. Tendré que seguir preguntando, supongo.

Suspiró, y volvió a girarse para escudriñar los rostros de la multitud.

—Y digo yo, señor Nilssen —dijo Balfour—, se me acaba de ocurrir una cosa. A propósito de..., de..., bueno, en realidad de nada. Se me ocurre que la próxima vez que tenga entre mis manos algún trabajo a comisión..., la próxima vez que algo pase por mi escritorio, ya sabe..., puede que no recurra al señor Cochran, a fin de cuentas. Ya sabe que durante mucho tiempo se ha encargado de mis asuntos, pero..., en fin, me pregunto si no habrá llegado el momento de cambiar. Apuesto a que todos saldremos de este asunto buscando a un hombre en quien apoyarnos. Buscando a un hombre en el que se pueda confiar. Como le digo, serán para usted... mis asuntos... en el futuro.

No miró a Nilssen; se puso a buscar un puro en el bolsillo de su chaqueta.

—Muy amable de su parte. —Nilssen observó un momento más a Balfour, y

después, asintiendo lentamente con la cabeza, se marchó.

Balfour encontró un puro, quitó la vitola, mordió la punta y se lo colocó entre los dientes; después encendió la cerilla, la inclinó para que prendiera la llama y acercó la llama al extremo cuadrado del puro. Dio tres chupadas, inflando los carrillos; después sacudió la cerilla, se sacó el puro de la boca y le dio la vuelta, para asegurarse de que el tabaco estaba ardiendo.

Φ

—Señor Clinch.

—Sí. ¿De qué se trata?

—Tengo una pregunta —dijo Tauwhare.

—Pues hágala.

—¿Por qué compró la cabaña de Crosbie Wells?

El hotelero refunfuñó.

—Eso no. No hablemos de eso. Esta noche, no.

—¿Por qué?

—Déjelo —dijo Clinch bruscamente—. No estoy de humor. No pienso hablar del maldito Crosbie Wells.

Observaba a la viuda mientras esta iba de invitado en invitado. Su miriñaque era tan ancho que iba dividiendo al gentío allá por donde pasaba, abriendo un pasillo.

—Tiene un rostro cruel —observó Tauwhare.

—Sí —dijo Clinch—. A mí también me lo parece.

—No es amiga de los maoríes.

—No, supongo que no. Ni de los chinos, como es obvio. Y seguro que tampoco de ninguno de los aquí presentes. —Clinch apuró su vaso—. No estoy de humor, Tauwhare —repitió—. Cuando no estoy de humor, ¿sabe lo que me gusta hacer? Me gusta beber.

—Eso está bien —dijo Tauwhare.

Clinch alargó la mano y cogió la licorera.

—¿Quiere otro?

—Sí.

Volvió a llenar los dos vasos.

—En fin —dijo mientras devolvía la licorera al aparador—, la apelación se aprobará, la venta será revocada y yo recuperaré mi depósito, y punto. La cabaña ya no me pertenecerá: pertenecerá a la señora Wells.

—¿Por qué la compró? —insistió Tauwhare.

Clinch resopló.

—Ni siquiera fue idea mía. Fue idea de Charlie Frost. Compre tierra, dijo, de ese modo nadie le hará preguntas.

Tauwhare permaneció en silencio, a la espera de que Clinch siguiese hablando;

cosa que hizo enseguida.

—El razonamiento es el siguiente. No necesitas un permiso de explotación si la tierra es tuya, ¿no? Y si encuentras un trozo de oro en tu propio terreno, tuyo es, ¿verdad? Esa era la idea; su idea, quiero decir, mía no. No podía llevar los vestidos al banco; sin un permiso de explotación, no. Me habrían preguntado por su procedencia, y me habría metido en un buen aprieto. Pero si tenía un terreno en propiedad, nadie me preguntaría nada. Verá, yo no sabía lo de Johnny Quee. Pensaba que el oro había estado siempre en los vestidos, todavía puro. Así que ahorré para un depósito. Charlie me dijo que esperase a un patrimonio de una persona fallecida o a una subdivisión: o lo uno o lo otro, dijo, a fin de no mancharme las manos, o lo uno o lo otro. Así que cuando salió a la venta el terreno de Wells, lo compré inmediatamente, pensando que..., que..., bueno, no sé qué. Fue una estupidez. Asentarme aquí, con..., no sé. Por supuesto, Anna sale de la cárcel con un vestido distinto, justo al día siguiente..., y entonces, cuando se marcha, descubro que alguien ha vaciado los otros vestidos. Lo que yo notaba eran los contrapesos de plomo. El plan entero se ha ido al garete. Tengo un terreno que no quiero y los bolsillos vacíos, y en cuanto a Anna..., en fin. Eso ya lo sabe usted.

Tauwhare estaba frunciendo el ceño.

—El Arahura es un lugar sagrado... —comenzó a decir.

—Sí, bueno —lo interrumpió Clinch, haciendo un gesto con la mano para acallarlo—. La ley es la ley. Si quiere comprar la cabaña, adelante; pero no es conmigo con quien debería hablar. Es con ella.

Miraron a la señora Wells, que estaba al fondo de la habitación.

—El problema de las mujeres hermosas es que siempre saben que lo son, y saberlo las vuelve orgullosas —dijo Clinch—. A mí me gustan las mujeres que desconocen su belleza.

—Las mujeres estúpidas —interpretó Tauwhare.

—Estúpidas no. Modestas. Sin pretensiones.

—No conozco esas palabras.

Clinch hizo un gesto con la mano.

—Las que no hablan demasiado. Las que no hablan de sí mismas. Que saben cuándo deben guardar silencio y cuándo deben hablar.

—¿Astutas? —se aventuró Tauwhare.

—Astutas no. —Clinch negó con la cabeza—. Astutas no, y estúpidas tampoco. Simplemente... cautas, y calladas. Y también inocentes.

—¿A qué mujer se refiere? —preguntó maliciosamente Tauwhare.

—No, no hablo de ninguna mujer de verdad —respondió Clinch. Frunció el entrecejo—. Da igual.

—Hola, Edgar. ¿Tienes un momento?

Löwenthal se les había acercado por detrás.

—Cómo no —dijo Clinch—. Discúlpeme, señor Tauwhare.

Löwenthal, que hasta entonces no había visto a Tauwhare, pestañeó.

—Se habrá pasado por el naufragio, ¿no? ¿Ha encontrado algo?

A Tauwhare no le gustaba que le hablasen con condescendencia, como si perteneciese a una clase servil; y tampoco podía perdonar a Löwenthal que lo hubiese avergonzado unas horas antes.

—No —repuso con desdén—. Nada.

—Lástima —dijo Löwenthal, a la vez que se daba la vuelta.

—¿Qué te preocupa, Ben? —preguntó Clinch cuando se quedaron solos.

—Me temo que es una pregunta poco delicada —dijo Löwenthal—. Es sobre el hijo de Anna..., el bebé que no llegó a término.

—De acuerdo —dijo Clinch con cautela.

—¿Recuerdas la noche que me la encontré... después de la pelea con Carver?

—Por supuesto.

—Fue la noche en que confesó que Carver era el padre de la criatura.

—Sí, lo recuerdo.

—Quisiera saber si ya estabas informado de ello o si, como yo, oíste la confesión por primera vez aquella noche. Te ruego que disculpes mi indiscreción, así como la impertinencia del asunto.

Clinch guardó silencio durante un largo rato.

—No —dijo al fin—. Esa fue la primera vez que Anna habló del tema. No había dicho ni pío hasta aquella noche.

—Pero tú, ¿te lo imaginabas? —insistió Löwenthal—. ¿Se te había pasado por la cabeza? ¿No pensabas, tal vez, que Carver pudiese ser el... esto... el progenitor?

Clinch parecía incómodo.

—Que era un tipo de la época de Dunedin. Eso era lo único que sabía. No era un individuo de Hokitika: los meses no coincidían.

—Y Carver conoció a Anna en Dunedin.

—Anna vino en el *Godspeed* —dijo Clinch con tono cortante—. Aparte de eso, no sabría decirte. ¿A qué viene todo esto?

Löwenthal explicó lo que había sucedido en la oficina del *West Coast Times* aquella tarde.

—Verás, puede que Anna no contase la verdad. Puede que se lo inventase todo. Naturalmente, jamás tuvimos ningún motivo para dudar de su palabra... hasta ahora.

Clinch puso mala cara.

—Pero ¿quién más pudo ser, si no fue Carver?

Löwenthal frunció los labios.

—No lo sé. Un montón de hombres, supongo. Quizá no sea nadie que conozcamos.

—Se trata, simplemente, de la palabra de Carver contra la de Anna —dijo acaloradamente Clinch—. No estarás tomando partido por Carver... en virtud de una única declaración, ¿no? Todo el mundo puede negar lo que quiera, ya lo sabes; ¡negar

las cosas no cuesta nada!

—No estoy tomando partido... por ahora —contestó Löwenthal—. Pero sí pienso que podría tener importancia el momento que eligió Anna para hacer su confesión. Tal vez.

Frunciendo el ceño, Clinch se llevó una mano a la mejilla. En ese momento, Löwenthal olió la especia de su colonia y reparó en que Clinch debía de haberse permitido un afeitado aromático en la barbería, en lugar del habitual de a penique que solían pedir la mayoría de los hombres de Hokitika..., presunción que se confirmó cuando Clinch apartó la mano y Löwenthal vio que un sarpullido rojizo había irritado sus suaves mejillas. Löwenthal, discretamente, miró al hotelero de arriba abajo. Su chaqueta estaba cepillada, y el cuello, almidonado; la camisa estaba muy blanca, y se notaba que acababa de embetunarse las punteras de las botas. «Ay», pensó Löwenthal, con compasión. «Se ha puesto guapo para Anna».

—De modo que Anna no dijo el nombre del padre hasta que murió el hijo —dijo al fin Clinch, con un tono de voz áspero—. En eso consiste la honra de una puta..., en eso y nada más.

—Quizá tenga usted razón —dijo Löwenthal, más amablemente—. Dejemos el tema.



—El señor Walter Moody..., la señora Lydia Wells —dijo Gascoigne—. El señor Moody ha venido a Hokitika desde Escocia, señora Wells, para hacer fortuna en el desfiladero; la señora Wells, como ya sabrá, señor Moody, es la patrona de este establecimiento, y una gran entusiasta de las esferas espirituales.

Lydia hizo una bonita reverencia, y Moody inclinó la cabeza breve pero respetuosamente. A continuación, Moody prodigó los debidos cumplidos a su anfitriona, agradeciéndole con amabilidad la velada y elogiando las renovaciones que había hecho en el viejo hotel. A pesar de sus esfuerzos, los elogios sonaron bastante apagados: mientras la miraba, no hacía más que pensar en Lauderback y en Crosbie Wells.

Cuando hubo terminado de hablar, Lydia tomó la palabra.

—¿Se interesa usted por lo oculto, señor Moody?

A esta pregunta, Moody no podía responder sinceramente sin arriesgarse a ofenderla. Sin embargo, solo hizo una breve pausa antes de contestar.

—Hay muchas cosas que todavía me resultan arcanas, señora Wells, y soy un hombre curioso, o eso espero; si me interesan esas verdades que permanecen ignotas, es solo en la medida en que, con el tiempo, podrían llegar a conocerse; o, para ser más claros, en la medida en que, con el tiempo, yo podría llegar a conocerlas.

—Advierto que hace un uso extraordinariamente generoso de un verbo —repuso la viuda—. ¿Qué significa para usted, señor Moody, «conocer» algo? Me da la

impresión de que concede mucha importancia a «conocer»... a juzgar por sus palabras.

Moody sonrió.

—Pues supongo que conocer una cosa es verla desde todos los puntos de vista.

—Verla desde todos los puntos de vista —repitió la viuda.

—Pero le confieso que me pilla desprevenido; no he dispuesto de tiempo para preparar la definición, y no quisiera que nadie me la echase en cara; al menos, hasta que haya dedicado una temporada a pensar en cómo podría defenderla.

—Cierto —convino la viuda—, su definición deja mucho que desear. ¡Hay tantas excepciones a la regla! ¿Cómo iba nadie a ver un espíritu desde todos los puntos de vista, por ejemplo? La mera idea es increíble.

De nuevo, Moody hizo una breve reverencia.

—Tiene toda la razón al considerarlo una excepción, señora Wells. Pero me temo que no creo que un espíritu pueda ser conocido por todos; por nadie, en realidad; y desde luego no creo que un espíritu pueda ser visto. No pretendo en absoluto poner en entredicho sus talentos..., pero ahí va: no creo en los espíritus, rotundamente no.

—Y sin embargo solicitó una entrada para la sesión de esta noche —indicó la viuda.

—Me picó la curiosidad.

—¿Por este espíritu en particular, tal vez?

—¿El señor Staines? —Moody se encogió de hombros—. No llegué a conocerle. Arribé a Hokitika unas dos semanas después de su desaparición. Pero desde entonces he oído su nombre muy a menudo, por supuesto.

—El señor Gascoigne dice que ha venido a Hokitika a hacer fortuna.

—Sí, esa es mi intención.

—¿Y cómo?

—A fuerza de trabajar y planear bien las cosas, espero.

—Claro que también hay muchos hombres ricos que trabajan poco y no hacen planes de ningún tipo...

—Son hombres afortunados.

—¿Acaso no quiere serlo usted también?

—Lo que quiero es poder considerarme merecedor de mi suerte —dijo Moody con cautela—. La suerte es por naturaleza inmerecida.

—Vaya respuesta más honorable —dijo Lydia Wells.

—Y verdadera, espero —añadió Moody.

—Ajá —dijo la viuda—. De nuevo «la verdad».

Gascoigne había estado observando a Lydia Wells.

—Ya ve cómo funciona su mente —le dijo a Moody—. En un abrir y cerrar de ojos se abatirá sobre usted y se ensañará con su argumento. Prepárese.

—No tengo ni idea de cómo he de prepararme para que se ensañen conmigo —repuso Moody.

Gascoigne tenía razón. La viuda subió la barbilla y reanudó sus preguntas.

—¿Es usted un hombre de fe, señor Moody?

—Soy un hombre de filosofía —repuso él—. Aquellos aspectos de la religión que pueden considerarse filosofía me interesan en extremo; los otros, no.

—Ya entiendo —dijo Lydia Wells—. Me temo que en mi caso es todo lo contrario: para mí solo revisten interés aquellas filosofías que pueden considerarse religiones.

Gascoigne rio abiertamente.

—Muy bien —dijo, apuntándola con el dedo—. Eso está muy bien.

A Moody lo divertía, a pesar de sí mismo, la agudeza de la viuda, pero estaba decidido a impedir que dominase la situación.

—Parece que tenemos muy poco en común, señora Wells. Espero que esta ausencia de un terreno común no sea un impedimento para la amistad.

—Discrepamos sobre la validez de los espíritus: al menos eso ha quedado claro —dijo Lydia Wells—. Pero permítame que le plantee la pregunta contraria. ¿Qué me dice de un alma..., un alma viva? ¿Cree que se puede «conocer» a una persona que está viva si no se puede «conocer» a una persona que está muerta?

Moody se quedó pensando, sonriente. Al cabo de un momento, la viuda continuó:

—¿Piensa que podría «conocer» verdaderamente a su amigo el señor Gascoigne, por ejemplo? ¿A él lo puede ver desde todos los puntos de vista?

Gascoigne parecía muy molesto por que se lo utilizase como ejemplo retórico, y lo manifestó en voz alta; la viuda lo hizo callar, y le planteó la pregunta a Moody por segunda vez.

Moody miró a Gascoigne. Lo cierto era que había diseccionado el carácter de Gascoigne con exquisito detalle a lo largo de las tres semanas que hacía que se conocían. Le parecía que entendía el alcance y los límites de su inteligencia, la naturaleza de sus sentimientos y el tenor de sus numerosas expresiones y hábitos. Le parecía, en conjunto, que podía resumir su carácter con gran precisión. Pero sabía que Lydia Wells estaba empeñada en tenderle una trampa, y al final se decantó por una respuesta de lo más insulsa, repitiendo que había llegado a Hokitika tan solo tres semanas atrás y que no se hacía ilusiones de que pudiese valorar con exactitud el alma de Gascoigne en tan poco tiempo. Semejante proyecto, añadió, requeriría más de tres semanas de observación.

—El señor Moody fue pasajero del señor Carver —intervino Gascoigne—. Arribó en el *Godspeed* la noche misma en que encalló.

Moody sintió cierto desasosiego al oír que Gascoigne revelaba esta información. Había reservado su pasaje para el *Godspeed* con un nombre falso, y no le gustaba ir pregonando por ahí que había llegado a Hokitika en esta nave, habida cuenta de la naturaleza de lo que había presenciado —o se había imaginado que había presenciado— en las horas previas a que el barco se fuese a pique. Miró a la viuda, buscando, en su rostro, alguna señal de duda o de reconocimiento que delatase que estaba al tanto

de la sangrienta aparición de la bodega del *Godspeed*.

Pero Lydia Wells estaba sonriendo.

—¿Ah, sí? —dijo, mirando a Moody de arriba abajo—. Entonces me temo que el señor Moody es un espécimen de hombre de lo más común.

—¿Y eso por qué? —preguntó Moody, con frialdad.

La viuda rio.

—Usted es un hombre de suerte que menosprecia la noción de suerte. Me temo, señor Moody, que he conocido a muchísimos hombres como usted.

Antes de que a Moody se le ocurriese una respuesta, la señora Wells cogió una campanilla de plata, la agitó bruscamente y anunció, con una voz que no era menos penetrante por ser un ronco susurro, que todos aquellos que no tuviesen entradas habían de marcharse, pues la sesión de espiritismo estaba a punto de comenzar.

VENUS EN ACUARIO

En el que Sook Yongsheng olvida su chelín, Lydia Wells sufre un ataque de histeria y recibimos una respuesta de la esfera de los muertos

¡Cuán distinta era esta reunión del concilio clandestino que se había celebrado en el hotel Crown tres semanas atrás! El Crown había recibido a un grupo de doce, que, con la llegada de Moody, pasó a ser de trece; aquí, en el salón principal del Wayfarer's Fortune, formaban un grupo de once que pretendía convocar al duodécimo.

Charlie Frost, siguiendo las instrucciones de Joseph Pritchard, mantuvo los ojos clavados en Lydia Wells mientras la viuda hacía pasar a los siete que tenían entrada al salón en el que Ah Sook y Ah Quee, brillantes a causa del maquillaje, se hallaban sentados con las piernas cruzadas a ambos lados del hogar. Se habían corrido los cortinones de las ventanas del salón y se habían apagado todas las lámparas de parafina menos una, confiriendo así un resplandor rosáceo a la estancia. Encima de esta última lámpara habían puesto un platillo de hojalata con aceite de esencia de rosa, y el líquido, al calor suave de la llama, esparcía por doquier el agradable aroma de las rosas.

La señora Wells invitó a los hombres a sentarse en las sillas, que, durante el intervalo en el que los demás invitados se marchaban del Wayfarer's Fortune y se dispersaban en la noche, habían sido colocadas en círculo en medio de la habitación. Entre grandes muestras de vergüenza y nerviosismo, los siete invitados fueron tomando asiento. Había un hombre que emitía sin cesar unas risitas agudas; otros hacían muecas y daban codazos a sus colegas en las costillas. La señora Wells hacía caso omiso del alboroto. Estaba disponiendo cinco velas en forma de estrella sobre un plato, y prendiéndolas una por una. Una vez encendidas las velas y extinguido el papel enrollado de la mecha, Lydia Wells se sentó por fin y comentó, con una voz súbitamente susurrante y conspiratoria, que Anna Wetherell, en las últimas horas, se había estado preparando para la inminente comunión con los muertos. Estaba prohibido dirigirse a ella cuando hiciese su entrada en el salón, ya que la más mínima interrupción podía desbaratar su estado mental, lo cual, a su vez, desbarataría las transmisiones de la viuda. ¿Consentían los presentes en no prestarle atención?

Los presentes consintieron.

¿Consentían los presentes en facilitar las transmisiones de la viuda manteniendo un estado de receptividad mientras durase el evento? ¿Accedían todos y cada uno a

mantener la mente serena y abierta, los miembros relajados, una respiración profunda y rítmica y una atención totalmente concentrada, como la de un monje en oración?

Así se lo aseguraron.

—No puedo decirles qué es lo que va a suceder esta noche en esta habitación — prosiguió la viuda, todavía con tono conspiratorio—. Tal vez los muebles se desplacen. Tal vez sintamos brisas, el aliento del averno, como dirían algunos, cuando perturbemos a los espíritus que nos rodean. Quizá los muertos se expresen por las bocas de los vivos. O quizá se manifiesten mediante algún tipo de señal.

—¿A qué se refiere con una señal? —dijo uno de los mineros.

Lydia Wells dirigió su tranquila mirada hacia el hablante.

—A veces —dijo en voz baja—, y por razones que nos son desconocidas, los muertos son incapaces de hablar. Cuando esto sucede, deciden comunicarse de otras maneras. En Sídney participé en una sesión de espiritismo donde ocurrió esto.

—¿Qué ocurrió?

El semblante de la señora Wells se tornó opaco.

—Una mujer había sido asesinada en su propia casa en circunstancias un tanto misteriosas..., y a los pocos meses de su muerte, un selecto grupo de espiritistas se reunió en su casa para ponerse en contacto con ella.

—¿Cómo murió?

—El perro de la familia se volvió salvaje. El animal, cosa rara en él, la atacó... y le desgarró la garganta.

—¿Qué espanto.

—¿Qué horror.

—Las circunstancias de su muerte eran sospechosas —continuó la viuda—, entre otras cosas porque mataron al perro de un tiro antes de que la ley pudiese determinar la verdadera naturaleza de lo sucedido. Pero el caso se cerró, y el marido, loco de dolor, abandonó el hogar y se embarcó. Unos meses más tarde, un sirviente que había trabajado en la casa informó del asunto a un médium. Organizamos una sesión de espiritismo en la misma habitación donde había muerto la señora.

»Aquella noche, dio la casualidad de que un caballero de nuestro grupo, no el médium, sino otro espiritista de gran renombre, llevaba un reloj. Lo llevaba metido en el bolsillo del chaleco, con la cadena prendida al pecho con un alfiler. Le había dado cuerda, nos aseguró más tarde, antes de llegar a la casa, y era un reloj que siempre estaba en hora. Bueno, el caso es que aquella noche, durante la sesión, se oyó un extraño zumbidito procedente de su chaleco. Todos lo oímos, aunque no sabíamos lo que era. Se sacó el reloj y, para su inmenso asombro, vio que en la esfera decía que era la una y tres minutos. Insistió en que había dado cuerda al reloj a las seis, y aún no eran las nueve. ¡Era imposible que las manillas hubiesen podido avanzar tanto por su cuenta, como también que le hubiese dado cuerda sin querer! Tocó el botón y descubrió que se había atascado. Estaba roto. De hecho, el reloj jamás volvió a funcionar.

—Pero y eso ¿qué significaba? —dijo alguien—. La una y tres minutos; ¿y qué?
La viuda bajó más la voz.

—Solo podíamos suponer que el espíritu de la muerta intentaba decirnos algo con mucha urgencia. ¿La hora de su muerte, tal vez? ¿O quizá estuviese avisando de algo? ¿De una muerte inminente?

Charlie Frost se sintió respirando entrecortadamente.

—¿Qué pasó después? —susurró Nilssen.

—Decidimos quedarnos en la sala de estar hasta la una y tres minutos de la madrugada —dijo Lydia Wells—. Tal vez el espíritu, pensamos, nos estuviese invitando a quedarnos hasta esa hora..., momento en el cual habría de suceder algo. Esperamos hasta que dio la una; esperamos un minuto en silencio..., dos minutos..., tres..., y entonces, en ese mismo instante, se oyó un tremendo estrépito: un cuadro se cayó del gancho que lo sujetaba a la pared. Todos nos giramos y vimos, en el lugar que había ocupado el cuadro, un agujero en el yeso. Se conoce que habían colgado el cuadro para disimular el agujero.

»En fin. Las mujeres del grupo gritaban; se oía ruido por todas partes; ya se imaginan ustedes la conmoción. Alguien encontró un cuchillo, cortó el trozo de yeso y..., mira por dónde, alojada en el yeso, había una bala.

Frost y Nilssen intercambiaron una fugaz mirada. La historia de la viuda les había recordado a ambos la bala que se había esfumado en la alcoba de Anna Wetherell, en la habitación de arriba del hotel Gridiron.

—¿Se llegó a resolver el caso? —dijo alguien.

—Sí, claro —respondió la viuda—. No voy a entrar en detalles, pues hay demasiados, pero si sienten curiosidad pueden buscarlo todo en los periódicos. Verán, la mujer jamás fue víctima del salvaje ataque de un perro. Había sido asesinada por su propio marido..., y fue él mismo quien disparó al perro y le acuchilló la garganta a su mujer para encubrirlo.

Unos murmullos de consternación recorrieron la sala.

—Sí —dijo Lydia Wells—. Una historia trágica. Elizabeth no sé qué, se llamaba la mujer. No recuerdo el apellido. En fin, la buena noticia fue que, cuando se reabrió el caso, tenían dos pistas: la primera, que la señora había muerto por una bala de un revólver Colt... y la segunda, que el momento exacto de su muerte fue la una y tres minutos.

La viuda guardó silencio unos instantes, y a continuación se echó a reír.

—Pero ¡no han venido aquí esta noche a que les cuente historias! —Se levantó de la silla. Varios de los reunidos también hicieron amago de levantarse, por educación, pero ella alzó la mano para frenarlos—. Lamento decir que los escépticos de este mundo son legión, y por cada hombre de buen corazón hay diez que de buenos no tienen nada. Puede que entre ustedes haya quienes intenten negar lo que ocurra aquí esta noche, o intenten desacreditarme. Los invito a todos a que miren a su alrededor, ahora mismo, y se convenzan de que en esta sala no hay trampa ni cartón. Sé tan bien

como ustedes que en el arte de la adivinación hay mucho charlatán, pero pierdan cuidado: yo no soy uno de ellos. —Abrió los brazos y añadió—: Ya ven que no escondo nada en mi persona. No se preocupen, miren a sus anchas.

Se oyeron unas risitas ahogadas, seguidas de un gran trasiego mientras los hombres echaban un vistazo en derredor, examinando el techo, las sillas, la lámpara de parafina que estaba encima de la mesa, las velas, la alfombra recién puesta. Charlie Frost no le quitaba los ojos de encima a Lydia Wells. No parecía tensa. Giró sobre sí misma, demostrando que no ocultaba nada entre sus faldas, y después se sentó con soltura, sonriendo a la habitación en general. Tiró de un hilito que se le había soltado en la manga y esperó a que los hombres dejasen de moverse.

—Excelente —dijo, cuando la atención colectiva volvió a recaer sobre ella—. Ahora que ya estamos todos satisfechos, y preparados, voy a quitar las luces y esperaremos a que llegue Anna.

Se inclinó hacia delante y apagó la lámpara de parafina, sumiéndolos a todos en la penumbra de la luz de las velas. Tras unos instantes de silencio se oyeron tres golpecitos a sus espaldas, en la puerta del salón.

—¡Pasa! —gritó Lydia Wells, sin dejar de toquetear la lámpara.

La puerta se abrió y los siete hombres se volvieron. Frost, olvidando por un momento las instrucciones de Pritchard, también miró.

Anna estaba en la entrada con una expresión fantasmagóricamente ausente en el rostro. Todavía llevaba el vestido de luto que le había regalado Aubert Gascoigne, pero si ya en su momento no le quedaba bien, ahora le sentaba pésimamente. El vestido le colgaba de los hombros como de un riel. La cintura, a pesar de que tenía unas sencillas pinzas, le quedaba holgada, y el cuello de encaje ocultaba un pecho casi cóncavo. Tenía el rostro palidísimo, la mirada sombría. No miró las caras de la concurrencia. Con los ojos clavados en un punto intermedio, avanzó, lentamente, y se hundió en el sillón vacío que había enfrente de Lydia Wells.

«¡Dios mío!», pensó Frost mientras Anna se sentaba. «¡Está famélica!». Intentó cruzar su mirada con la de Nilssen, pero Nilssen, cirunspecto y perplejo el semblante, estaba mirando a Anna con el ceño fruncido. Demasiado tarde, Frost recordó la tarea que le había sido encomendada y volvió a mirar a la viuda... que, en el breve instante en el que todas las cabezas se volvieron hacia la puerta, había hecho algo. Sí, había hecho algo, sin duda, pues se estaba alisando el vestido con aire afectado y satisfecho, y de repente su expresión se había vuelto enérgica. ¿Qué había hecho? ¿Qué había alterado? A la tenue luz no lo notaba. Frost se maldijo a sí mismo por haber apartado la vista. Era justo el tipo de subterfugio que Pritchard había pronosticado. Juró que no apartaría la vista una segunda vez.

A estas alturas, las esquinas de la habitación se habían esfumado en la más absoluta negrura. La única luz procedía del brillo tembloroso de las velas que había en el centro del grupo, y en torno a ella los once rostros tenían un aspecto grisáceo, espectral. Sin apartar los ojos del rostro de la viuda, Frost observó que en realidad el

círculo de sillas no era un círculo perfecto: era más bien una elipsis, cuyo eje más largo apuntaba hacia la puerta y en cuyo extremo más lejano estaba sentada Lydia. Al colocar las sillas de este modo, había logrado asegurarse de que todas las cabezas se volverían hacia la puerta —y dejarían de mirarla a ella— cuando llegase Anna. Bueno, pensó Frost, al menos los chinos debían de haber visto el juego de manos que había ejecutado en ese breve instante en que Anna había aparecido en la entrada. Por segunda vez, tomó nota para sus adentros: interrogarlos al término de la sesión.

A continuación, siguiendo las instrucciones de la viuda, todos se dieron la mano; y entonces, a la titilante luz de las velas, Lydia Wells soltó un gran suspiro, sonrió y cerró los ojos.

El aparecido de la viuda tardó mucho en llegar. El grupo permaneció en un silencio total casi veinte minutos; todos estaban muy quietos, respirando rítmicamente y esperando una señal. Charlie Frost no apartaba los ojos de la señora Wells. Por fin, la señora Wells inició un canturreo grave que le salía del fondo de la garganta. El canturreo creció, cogió tono; enseguida fue posible distinguir palabras, algunas de ellas disparatadas, otras reconocibles solo por su forma, por sus sílabas. También estas crecieron hasta convertirse en frases, ruegos, órdenes. Finalmente, la señora Wells, arqueando la espalda, hizo su petición al mundo de los muertos: que entregase el fantasma de Emery Staines.

Más adelante, Frost habría de describir la escena que vino a continuación de diferentes maneras: como un «arrebato», como un «ataque» o como una «convulsión prolongada». Sabía que ninguna de estas explicaciones era del todo exacta, pues ninguna transmitía con precisión ni el rebuscado teatro del numerito de Lydia Wells ni el profundo bochorno que sintió Frost al presenciarlo. La señora Wells llamó a Staines una y otra vez, entonando las palabras con la cadencia moribunda de un amante... y en vista de que no obtenía respuesta, cayó presa de una gran agitación. Sufrió paroxismos. Repetía sílabas, como un bebé que balbucea. La cabeza le colgaba sobre el pecho, se le levantaba, volvía a caer. Al rato sus convulsiones empezaron a acercarse a una especie de clímax. Su respiración se fue volviendo cada vez más rápida... hasta que de pronto se apaciguó. Los ojos se le abrieron de golpe.

Un frío desasosiego se apoderó de Charlie Frost. Lydia Wells lo estaba mirando directamente a él y en su rostro había una expresión nueva, distinta de todas las que lo había visto hasta entonces: rígida, exangüe, feroz. Pero de pronto las llamas de las velas centellearon y vio que Lydia Wells no lo miraba a él, sino más allá, por encima de su hombro, al rincón en el que estaba sentado Ah Sook en su pose oriental. Frost no pestañeó; no apartó la vista. Lydia Wells emitió un sonido raro. Puso los ojos en blanco. Empezaron a latirle los músculos de la garganta. Su boca hizo movimientos extraños, como si estuviese mascando el aire. Y entonces, con una voz que no era la suya, dijo:

—*Ngor yeu nei wai mut haak ngor dei gaa zuk ge ming sing tung wai waai ngor ge sing yu fu zaak. Mou leon nei hai bin, dang ngor co yun gaam cut lai, ngor yat*

ding wui wan dou nei. Ngor yeu wan nei bou sou...

Y estremeciéndose violentamente, cayó de costado al suelo. En ese mismo instante (Frost habría de analizar este inexplicable acontecimiento con Nilssen durante varias semanas), la lámpara de parafina que había sobre la mesa dio un bandazo y cayó sobre el platillo con velas que estaba justo a su lado. Fue un error que debería haberse corregido sin el menor problema, pues el globo de cristal de la lámpara no se hizo añicos y la parafina no se derramó..., pero se produjo una llamarada descomunal y el círculo de hombres se iluminó de repente: la superficie entera de la mesa estaba ardiendo.

Inmediatamente, una actividad frenética se apoderó de todos los presentes. Alguien gritó que había que tapar el fuego. Uno de los mineros arrastró a la viuda a un lugar seguro, y otros dos despejaron el sofá; el fuego quedó sofocado con chales y mantas; la lámpara cayó rodando; todo el mundo hablaba a la vez. Charlie Frost giró sobre sus talones y vio a través de la repentina oscuridad que Anna Wetherell no se había movido, y que su expresión no había cambiado. El súbito fogonazo no parecía haberla asustado lo más mínimo.

Alguien encendió la lámpara.

—¿Era eso? ¿Era eso lo que se suponía que tenía que ocurrir?

—¿Qué era lo que decía?

—Despejen, hagan el favor.

—¡Toma ya, de repente todos iluminados!

—Una especie de lengua primitiva...

—Asegúrese de que la señora respira.

—He de admitir que no esperaba...

—¿Sus palabras significaban algo, cree usted? ¿O tal vez...?

—Emery Staines no era, tan seguro como que me llamo...

—¿Otro espíritu? Abriéndose paso a través de...

—¡Y la lámpara se movía sola!

—Deberíamos preguntar a los chinos. ¡Eh! ¿Eso era chino?

—¿Lo entiende, usted cree?

—¿Era chino eso que estaba hablando la señora hace un momento?

Pero Ah Quee no parecía entender la pregunta. Uno de los mineros se inclinó y le dio un toquecito en el hombro.

—¿Qué era? ¿Eh? ¿En qué lo dijo? ¿Era chino? ¿Era otro idioma?

Ah Quee le devolvió la mirada sin comprender nada, y no habló. Fue Ah Sook quien respondió.

—Lydia Wells hablaba cantonés.

—¿Sí? —dijo ansiosamente Nilssen, volviéndose—. ¿Y qué decía?

Ah Sook lo miró con detenimiento.

—Algún día volveré y te mataré. Tú mataste a un hombre. Él murió..., así que tú morirás. Volveré y te mataré, algún día.

Los ojos de Nilssen se abrieron como platos; su siguiente pregunta murió en sus labios. Se volvió hacia Anna, que estaba mirando a Ah Sook con una expresión ligeramente perpleja. Charlie Frost estaba frunciendo el ceño.

—¿Dónde aparece Staines en todo eso? —exigió saber uno de los mineros.

Ah Sook negó con la cabeza.

—No era Staines —dijo en voz queda. De repente se levantó de su cojín y se acercó a la ventana, cruzándose de brazos.

—¿No era Staines? —preguntó el minero—. Y entonces ¿quién?

—Francis Carver —respondió Ah Sook.

Un estallido de indignación se expandió por la sala.

—¿Francis Carver? ¡Menuda sesión de espiritismo..., si ni siquiera está muerto! ¡Vaya! ¡Yo mismo podría hablar con Carver; bastaría con que llamase a su puerta!

—Pero está en el Palace —dijo otro—. Eso está a cincuenta yardas de aquí.

—Esa no es la cuestión.

—Lo que quiero decir es que no se puede negar que algo extraño...

—Yo mismo podría haber hablado con Carver —repitió el minero tercamente—. Para eso no me hace falta una médium.

—¿Y qué me dices de la lámpara? ¿Cómo explicas lo de la lámpara?

—¡Se puso a dar saltos por la habitación!

—¡Levitó!

Ah Sook se había puesto tenso.

—¿Francis Carver? —dijo, dirigiendo su pregunta a Harald Nilssen—. ¿En el hotel Palace?

Nilssen frunció el ceño..., pero ¡si seguro que Ah Sook ya lo sabía!

—Sí, Carver se aloja en el Palace —dijo—. En la calle Revell. El edificio del reborde azul, ya sabe. El que está pegado a la ferretería.

—¿Cuánto tiempo hace que está aquí? —inquirió Ah Sook.

Nilssen pareció aún más confuso.

—Tres semanas —dijo, bajando la voz—. Desde la noche de..., quiero decir, desde que encalló el *Godspeed*.

Los demás hombres seguían discutiendo.

—No es una sesión de espiritismo si no se habla con los muertos.

—No..., cuando hablas con Carver, ¡eres tú el que acaba muerto!

Se rieron con esto.

—Qué, ¿estás pensando que hay gato encerrado? ¿Que es un camelo? —preguntó el amigo del minero.

El minero tozudo parecía dispuesto a asentir, pero echó un vistazo a Lydia Wells. La viuda seguía inconsciente, y tenía la cara muy pálida. Tenía la boca medio abierta y se le veía el brillo de una muela y la lengua seca, y sus ojos temblaban débilmente bajo los párpados. Si estaba fingiendo, pensó el minero, estaba fingiendo francamente bien. Pero él había pagado por un contacto con Emery Staines. No había pagado para

oír una sarta de sílabas en chino y presenciar cómo se desmayaba una mujer. Además, ¿a él quién le aseguraba que aquello había sido chino? ¡Lo mismo era un guirigay cualquiera! Puede que el tipo chino estuviese al tanto del secreto y que le hubiese pagado para que corroborase la mentira.

Pero el minero era de temperamento cobarde; no expresó estas opiniones en voz alta.

—Prefiero no decir nada —dijo al cabo, pero seguía con aspecto malhumorado.

—Bueno, le preguntaremos a ella cuando vuelva en sí.

—¿Frank Carver habla chino? —dijo uno de los otros, con tono de incredulidad.

—Va y viene de Cantón, ¿no?

—Nació en Hong Kong.

—Sí, pero hablar el idioma como ellos..., ¡eso ya es otra cosa!

—Hace que lo veas de otra manera.

En ese momento, el minero al que habían enviado a la cocina regresó con un vaso de agua y lo vertió sobre el rostro de Lydia. Lydia, boqueando, volvió en sí. Los hombres se arracimaron en torno a ella preguntando en angustiada coro si estaba sana y salva, de suerte que transcurrieron unos instantes antes de que la viuda tuviese oportunidad de responder. Lydia Wells miró las caras de una en una, con aire confuso; segundos después, incluso logró reír débilmente. Pero su risa carecía de la confianza de siempre, y cuando aceptó una copa de brandy andaluz del hombre que estaba a su lado, la mano le temblaba a ojos vistas.

Bebió, y nada más terminar le empezaron a hacer todo tipo de preguntas: ¿Qué había visto? ¿Qué recordaba? ¿A quién había canalizado? ¿Se había puesto en contacto con Emery Staines?

Sus respuestas fueron decepcionantes. No recordaba nada en absoluto a partir del momento en el que entró en trance; lo cual era raro, dijo, ya que por lo general solía acordarse de sus «visiones». Los hombres la animaban a hablar, pero sin éxito; sencillamente, era incapaz de recordar nada. Cuando le revelaron que había hablado en un idioma extranjero, con mucha soltura y durante un buen rato, pareció sinceramente desconcertada.

—Pero si no sé ni una palabra de chino —dijo—. ¿Están seguros? ¿Y los chinos lo confirmaron? ¿Chino de verdad? ¿De veras están seguros?

Todo esto fue confirmado entre abundantes muestras de perplejidad y nerviosismo.

—¿Y qué es este desbarajuste de aquí? —Indicó con un gesto débil la mesa chamuscada y los restos del fuego.

—La lámpara se cayó sin más —dijo uno de los mineros—. Se cayó ella sola.

—Hizo algo más que caerse: ¡levitó!

Lydia contempló la lámpara de parafina por un momento y a continuación pareció que empezaba a animarse.

—¡Bueno! —Se incorporó un poco más en el sofá—. ¡De modo que he

canalizado el fantasma de un chino!

—Yo no he pagado para que se metiese nada por medio —se quejó el minero testarudo.

—No, claro que no —dijo Lydia Wells con voz tranquilizadora—. Por supuesto, habremos de reintegrarles a todos el precio de la entrada..., pero díganme: ¿qué palabras dije exactamente?

—Algo relativo a un asesinato —explicó Frost, que seguía mirándola de cerca—. Algo relativo a una venganza.

—¡No me diga! —exclamó la señora Wells. Parecía impresionada.

—Ah Sook dijo que tenía que ver con Francis Carver —dijo Frost.

La señora Wells empalideció; dio un respingo.

—¿Cuáles fueron mis palabras..., las palabras exactas?

Los mineros miraron en derredor, pero solo vieron a Ah Quee, que les devolvió una mirada impávida y no dijo nada.

—Este no sabe inglés.

—¿Dónde está el otro?

—¿Adónde ha ido?

Ah Sook se había desgajado del grupo unos minutos antes, abandonando la habitación para irse al vestíbulo tan sigilosamente que nadie había advertido su partida. La revelación de que Francis Carver había regresado a Hokitika, de que llevaba en Hokitika ni más ni menos que tres semanas, había inundado su pecho de una íntima emoción, y deseaba, de repente, estar a solas.

Se apoyó contra la barandilla del porche y dirigió la mirada hacia el final del brazo de la calle Revell, donde estaba el muelle. La larga fila de farolillos formaba dos bordes de luz que confluían, en una bruma amarilla, a unas doscientas yardas al sur; tan intenso era su resplandor que en el peralte de la calle bien podría haber sido mediodía, y las sombras de los callejones, por contraste, eran aún más negras. Dos borrachos pasaron de largo tambaleándose, agarrados de la cintura. En sentido contrario pasó una puta, recogiendo las faldas muy por encima de las rodillas. Lo miró con curiosidad, y Ah Sook, tras un instante de desconcierto, recordó que su cara seguía muy pintada: el rabillo de los ojos, alargados con kohl, y las mejillas redondeadas con maquillaje blanco. La puta lo llamó, pero al ver que Ah Sook decía que no con la cabeza siguió su camino. De algún lugar cercano llegó un súbito fragor de risas y aplausos.

Ah Sook se mordisqueó los labios. De modo que Francis Carver había regresado a Hokitika. ¡Seguro que no estaba enterado de que su viejo conocido vivía en una choza en Kaniere, a menos de cinco millas de distancia! Y es que Carver no era un hombre que asumiese un riesgo si podía eliminar del todo la amenaza del mismo. Siendo así, pensó Ah Sook, puede que tuviese ventaja sobre Carver. Volvió a mordisquearse los labios, y luego, unos segundos después, movió la cabeza: no. Ese mismo día, Lydia Wells lo había reconocido. Seguro que le había transmitido la

noticia a Carver de inmediato.

Dentro, la conversación había retornado al tema de la lámpara de parafina, un truco que Ah Sook ya había desenmascarado. Lydia Wells se había limitado a pasar una lazada de hilo por el asa de la lámpara en el momento en que la apagó. El hilo era del mismo color que su vestido, y el otro cabo estaba atado a su muñeca. Bastaba un tirón seco de su mano derecha para que la lámpara se volcase sobre las velas. Sobre la mesita en la que ardían las velas había una capa de aceite de parafina, que tenía la virtud de ser a la vez inodora e incolora, de manera que cualquier persona ajena al asunto habría pensado que la mesa estaba simplemente limpia; pero nada más entrar en contacto con una llama, la superficie de la mesa se inflamaría sin remedio. Todo era una farsa, un puro camelo. La señora Wells no había establecido ningún tipo de comunión con el reino de los muertos, y las palabras que había pronunciado no eran las palabras de un muerto. Ah Sook lo sabía porque aquellas palabras le habían pertenecido a él.

La puta se había entretenido un rato en la vía pública; en estos momentos estaba llamando a los hombres que estaban en la veranda de enfrente, y se subió un poco más los volantes de la falda. Los hombres respondieron a voces, y uno de ellos se puso a hacer cabriolas. Ah Sook los observó con expresión distante. Lo asombraba el extraño poder de la histeria femenina: que Lydia Wells hubiese recordado sus palabras exactas, perfectamente, al cabo de tantos años. Ella no hablaba cantonés. ¿Cómo habría sido capaz de recordar su discurso, y su entonación, con tanta exactitud? Eso sí que era misterioso, pensó Ah Sook. Y es que la podría haber confundido, en virtud de su «aparición», con una auténtica nativa de Cantón.

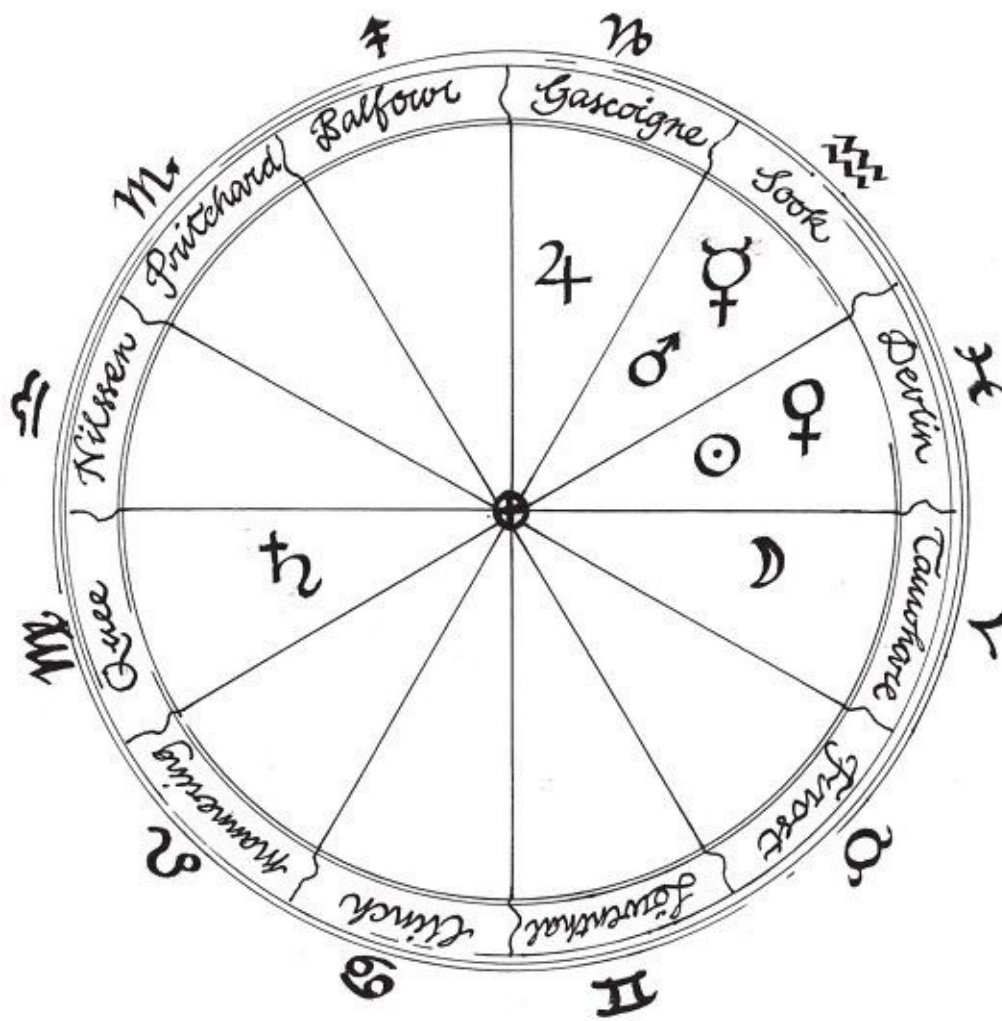
En la calle, los hombres estaban reuniendo chelines mientras la prostituta esperaba a un lado. Se oyó un toque de silbato procedente de los alrededores de los muelles, después un grito de aviso del sargento de guardia y por último los pasos de alguien que se acercaba corriendo. Ah Sook vio cómo se dispersaban los hombres y tomó una determinación.

Volvería a Kaniere esa misma noche, sacaría todas sus pertenencias de su cabaña y se marcharía a las colinas. Allí se dedicaría en cuerpo y alma a excavar la tierra. Ahorraría hasta la última hojuela de oro que encontrase, y viviría de la manera más sencilla posible hasta que acumulase un total de cinco onzas. No tomaría opio hasta que tuviese cinco onzas en la mano; no bebería; no jugaría; se limitaría a las comidas más baratas y sencillas. Pero en el preciso instante en que alcanzase su objetivo, regresaría a Hokitika. Cambiaría el metal en el banco de Grey and Buller. Cruzaría la calle y entraría a la tienda de ferretería y abastos de Tiegreen. Pondría su billete sobre el mostrador. Compraría una reserva de balas, una lata de pólvora negra y una pistola. Después se dirigiría al hotel Palace, subiría las escaleras, abriría la puerta de Carver y le daría muerte. ¿Y después? Ah Sook exhaló de nuevo. Después, nada. Después de aquello su vida volvería al punto de partida, y podría descansar, por fin.

Tercera parte
La casa de la perdición personal

20 de marzo de 1866

42° 43' 0" S / 170° 58' 0" E



MERCURIO EN ACUARIO

En el que Moody transmite una información decisiva y Sook Yongsheng le hace entrega de un obsequio

La mañana del 20 de marzo, Walter Moody se levantó antes del alba, pidió que le subiesen agua caliente y se lavó frente a la ventana; ante sus ojos, sobre los tejados, el cielo azul marino de la madrugada fue virando al gris, después al azul claro y por último al espléndido amarillo de una yema fresca, momento para el cual ya se había vestido y estaba bajando la escalera pidiendo mantequilla para la tostada y los huevos bien cocidos. De camino al comedor se entretuvo en el pasillo, arrimando la oreja a la puerta de un aposento cerrado que había al pie de la escalera. Al poco rato percibió un sonido áspero y rítmico, y, una vez satisfecho de que el morador de la habitación seguía plácidamente dormido, retomó sus pasos.

El comedor del Crown estaba vacío a excepción de la presencia intermitente del cocinero, que contuvo un bostezo mientras le llevaba a Moody su tetera y otro a la vez que le entregaba la edición matinal del *West Coast Times*, con las páginas ligeramente húmedas debido al frío nocturno. Moody echó un vistazo al periódico mientras desayunaba. La primera página incluía en su mayor parte noticias ya publicadas. Los bancos ofrecían facilidades para el pago de intereses, cada uno con la promesa de comprar el oro al mejor de los precios. Los hoteleros alardeaban de los variopintos méritos de sus hoteles. Los tenderos y los almacenistas ofrecían un inventario completo de sus mercancías, y las noticias marítimas daban parte de los pasajeros que habían zarpado últimamente y de los que acababan de llegar. La segunda página del periódico estaba acaparada por una reseña larga y bastante malevolente del último espectáculo del Prince of Wales («de tan ínfima calidad que es inasequible a la crítica, pues no la merece siquiera») y las cartas chismosas de varios especuladores de los yacimientos auríferos del norte. Moody pasó a las noticias de sociedad mientras daba buena cuenta de su segundo huevo, y sus ojos se posaron sobre un par de nombres que reconoció. Estaba prevista una modesta ceremonia. Aún no se había decidido la fecha. No iba a haber luna de miel. Las cartas y demás expresiones de enhorabuena podían dirigirse al futuro novio, que se alojaba todas las noches en el hotel Palace.

Moody frunció el ceño mientras plegaba el periódico, se limpiaba la boca y se levantaba de la mesa..., pero no era el compromiso ni el hecho de que se anunciase lo que lo mantuvo absorto mientras subía de nuevo a por su sombrero y su abrigo. Era la

dirección a la que se indicaba que había de dirigirse la correspondencia.

Y es que Moody sabía perfectamente que Francis Carver ya no se alojaba en el hotel Palace. Sus aposentos del Palace seguían como siempre, con su levita colgada en el armario, su baúl plantado al pie de la cama y la ropa de cama revuelta y desparramada por doquier. Seguía desayunando cada mañana en el comedor del Palace, y bebiendo whisky cada noche en el salón del Palace. Seguía pagando su alojamiento semanal al propietario del Palace... que, por lo que había podido averiguar Moody, no era consciente de que su huésped más infame estaba pagando dos libras semanales por una habitación desocupada. Casi nadie sabía que Carver se trasladaba cada noche, y de no ser por su azarosa confluencia, Moody también habría ignorado que Carver llevaba durmiendo en el Crown desde la sesión de espiritismo de la viuda, en una pequeña habitación contigua a la cocina que ofrecía una vista despejada de la bacheada carretera de Kaniere.

A eso de las siete y media, Moody iba caminando con paso resuelto hacia el este por el muelle Gibson, ataviado con un chambergo gris, pantalones amarillos de piel de topo, botas de cuero hasta las rodillas y un oscuro abrigo de lana sobre una camisa de sarga gris. Ahora se ponía este atuendo seis de cada siete días, para el inmenso solaz de Gascoigne, que en más de una ocasión le había preguntado por qué había decidido prescindir del fajín rojo de estilo pirata, que habría rematado el conjunto con un toque de lo más elegante.

Moody había estacado una concesión lo bastante cercana a Hokitika como para permitirse residir ininterrumpidamente en el hotel Crown. Este arreglo mermaba de forma considerable sus ingresos semanales, pero lo prefería a dormir al raso en una tienda de campaña, cosa que tan solo había intentado una vez, con harta incomodidad. Tardaba una hora y veinte minutos en caminar hasta su concesión desde Hokitika; por tanto, antes de que el reloj diese las nueve, ya estaba cada mañana delante de su artesa a la orilla del arroyo, arrastrando cubos de agua, silbando y sacando paladas de arena.

Moody, la verdad sea dicha, no era un buscador especialmente hábil: más que dedicarse a cribar con la batea, alimentaba la esperanza de encontrar pepitas. Demasiado a menudo, la grava cargada de mena se colaba por la red del fondo de la artesa, para acabar arrastrada por el agua; en ocasiones vaciaba dos veces la artesa sin encontrar absolutamente ninguna hojuela. Estaba sacando lo que los mineros llamaban «grava provechosa», es decir, el total de sus ingresos semanales equivalía poco más o menos al total de sus gastos semanales, pero era una situación que no podía prolongar. Sabía que debía hacer caso del consejo popular y asociarse con otro hombre, o con una cuadrilla. La posibilidad de hacerse rico se duplicaba con un socio, y las posibilidades se multiplicaban aún más con una cuadrilla de cinco, siete o nueve. Pero su orgullo no se lo permitía. Perseveraba a solas, visualizando, cada hora, la pepita con la que se habría de comprar su vida futura. Por las noches, sus sueños empezaron a refulgir, y en los lugares más improbables empezó a ver destellos de luz

que lo obligaban a mirar de nuevo y pestañear o cerrar los ojos.

Al cruzar el riachuelo que formaba el límite norte de su concesión, Moody se sorprendió al ver el claro contorno de una tienda de campaña a través de la maleza, y, a su lado, los restos de una hoguera. Se detuvo en seco. Los mineros de Hokitika solían pasar el fin de semana en la ciudad, y no regresaban al yacimiento hasta media mañana del lunes como muy pronto. ¿Por qué no se había sumado este minero a sus compañeros? Y ¿qué hacía en el terreno de otro hombre?

—Eh, hola —gritó Moody, con intención de despertar al habitante de la tienda—. Hola.

Al punto se oyó un gruñido, y en el interior de la tienda alguien empezó a moverse agitadamente.

—Lo siento —dijo una voz—. Lo siento mucho, lo siento mucho.

Un rostro chino se asomó a la abertura, desdibujado por el sueño.

—No he hecho nada. Lo siento mucho.

—¿Señor Sook? —dijo Moody.

Ah Sook lo miró entrecerrando los ojos.

—Soy Walter Moody —dijo, llevándose la mano al corazón—. ¿Me..., esto..., me recuerda?

—Sí, sí. —Ah Sook se restregó los ojos con los nudillos.

—Me alegro. Verá, esta es mi concesión: desde este arroyo de aquí hasta esas estacas amarillas por el lado sur.

—Lo siento mucho —volvió a disculparse Ah Sook—. No he estropeado nada.

—No, por supuesto que no. En fin, Ah Sook, me alegro de verlo. Muchísima gente ha reparado en que ya no se encuentra en Kanieri. Yo incluido. Me alegro mucho de verlo..., me alegro mucho, no estoy enfadado en absoluto. Temíamos que le hubiese ocurrido algo.

—No he hecho nada —repitió el sombrerero—. Solo he usado la tienda. No he hecho nada. —Desapareció de la vista.

—Es evidente que no está causando problemas —dijo Moody—. No pasa nada, señor Sook: ¡no me preocupa que acampe! No me preocupa lo más mínimo.

Ah Sook salió trabajosamente de la tienda a la vez que se estiraba la túnica.

—Me iré. Cinco minutos. —Subió cinco dedos.

—No pasa nada. Puede dormir aquí si quiere; a mí no me importa.

—Solo anoche.

—Ya, pero si también quiere acampar aquí esta noche, no me importa nada —insistió Moody. Su actitud oscilaba entre una alegría campechana y una torpe condescendencia, como si estuviese hablando con el hijo de alguien.

—Esta noche no. —Ah Sook se puso a desmontar la tienda. Al quitar la portezuela de lona, aún húmeda por el rocío, de la cuerda sobre la que la había colgado, se vio el trozo de tierra allanada en el que había pasado la noche: la manta de lana, retorcida y aplastada por la huella enmarañada de su cuerpo; un cacharro

lleno de arena; su portamonedas de cuero; una batea; una bolsa de redecilla con té, harina y unas patatas arrugadas; un hato de los corrientes. Moody recorrió el precario montón con la mirada y se sintió extrañamente conmovido.

—Dígame, ¿dónde se ha metido este último mes, señor Sook? ¡Ya ha pasado un mes entero desde la sesión de espiritismo y nadie ha sabido nada de usted!

—He estado buscando oro —dijo Ah Sook, alisando la portezuela de lona sobre su pecho.

—¡Se esfumó tan deprisa después de la sesión que pensamos que quizá había seguido el mismo camino que el pobre señor Staines! Nadie conseguía explicarse que desapareciese de esa manera.

Ah Sook había estado doblando la portezuela en cuatro partes; en ese instante, se detuvo.

—¿Ha vuelto el señor Staines?

—Me temo que no —dijo Moody—. Sigue desaparecido.

—¿Y Francis Carver?

—Carver sigue en Hokitika.

Ah Sook asintió.

—En el hotel Palace —dijo.

—Bueno, en realidad no —repuso Moody, contento de que se le presentase una oportunidad para conspirar—. Ha empezado a dormir en el hotel Crown. En secreto. Nadie sabe que se está alojando allí: finge que se está alojando en el Palace, y sigue pagando el alquiler al propietario; y conserva sus habitaciones, igual que antes. Pero duerme todas las noches en el Crown. Llega mucho después del anochecer y se marcha muy temprano. Yo lo sé solamente porque tengo alquilada la habitación de arriba.

Ah Sook lo miró con ojos penetrantes.

—¿Dónde está?

—¿La habitación de Carver? ¿O la mía?

—La de Carver.

—Duerme en la habitación contigua a la cocina, en la planta baja —dijo Moody—. Da al este. Muy cerca de la sala de fumadores, donde nos conocimos usted y yo.

—Una habitación modesta.

—Muy modesta —convino Moody—, pero tiene vistas a toda la carretera de Kaniere. Está haciendo guardia, ¿sabe? Está atento por si lo ve a usted.

Walter Moody no sabía prácticamente nada de lo ocurrido entre Ah Sook y Francis Carver, puesto que Ah Sook no había tenido oportunidad, en el hotel Crown, de narrar la historia con detalle, y desde entonces no se lo había visto más que cuando apareció en el Wayfarer's Fortune, un mes antes. Moody se moría de ganas de conocer los pormenores, pero, pese a sus denodados esfuerzos por vigilar y sonsacar —se había convertido en todo un experto en derivar cualquier cháchara, discretamente, hacia temas provocadores—, sus conocimientos no se habían

enriquecido más allá de lo que ya sabía por la sala de fumadores del Crown, es decir, que la historia tenía que ver con el opio, con un asesinato y con una declaración de venganza. Ah Quee era el único hombre a quien Ah Sook había referido la historia sin reservas, y lamentablemente no dominaba el inglés lo suficiente como para compartirla con ningún angloparlante.

—¿Todas las noches en el hotel Crown? —preguntó Ah Sook—. ¿Esta noche?

—Sí, allí estará —dijo Moody—. Aunque bien entrada la noche, como ya le he dicho.

—No en el Palace.

—No, en el Palace no. Se cambió de hotel.

—Sí —dijo Ah Sook con voz solemne—. Entiendo. —Se acercó a un árbol y aflojó el nudo de la cuerda tensora que estaba atada a la horqueta.

—¿Quién era? Me refiero al hombre asesinado.

—Mi padre.

—¡Su padre! —se sorprendió Moody. Al cabo de unos segundos, preguntó—: ¿Cómo murió? Quiero decir..., disculpe, pero... ¿qué ocurrió?

—Hace mucho tiempo. Antes de la guerra.

—Las guerras del opio... —dijo Moody, dándole pie a hablar.

—Sí —contestó Ah Sook, pero no siguió. Empezó a enrollar la cuerda tensora, utilizando el antebrazo a modo de carrete.

—¿Qué ocurrió?

—Lucro —explicó Ah Sook con una voz inexpresiva.

—Lucro ¿de qué tipo?

Era evidente que Ah Sook la consideró una pregunta asaz estúpida; Moody se dio cuenta y se apresuró a hacer otra.

—Quiero decir, ¿estaba metido su padre... estaba metido su padre en el negocio del opio, como usted?

Ah Sook dio la callada por respuesta. Sacó el antebrazo de la lazada, enrolló la cuerda en forma de ocho y la amarró a su hato. Una vez enganchada, se puso en cuclillas, observó con frialdad a Moody unos instantes y después se inclinó y escupió, deliberadamente, al suelo.

Moody se echó atrás.

—Perdone —murmuró—. No debería fisgonear.

Walter Moody no le había contado a nadie que Crosbie Wells era el hermano bastardo del político Lauderback. Había decidido, en las horas siguientes a este descubrimiento, que no podía disponer a su antojo de la información y compartirla. Tenía razones de peso para esta ocultación, pero vagamente articuladas. No había que obligar a nadie a responder de su familia. Estaba mal sacar a la luz la correspondencia privada de un hombre sin su consentimiento. No quería ser él quien la sacase a la luz. Pero estas razones, incluso consideradas conjuntamente, no agotaban toda la verdad, que era que en el transcurso del último mes Moody se había comparado a sí mismo

con los dos hombres en numerosas ocasiones, y sentía una profunda afinidad con ambos, aunque de muy distinta índole: con el bastardo, por su desesperación; con el político, por su orgullo. Esta doble comparación se había convertido en la dedicación habitual de sus cavilaciones cotidianas mientras, de pie en las gélidas aguas, dejaba pasar terrones de tierra y metal entre los dedos de las manos.

Ah Sook embutió sus últimas posesiones en el hato, y a continuación se sentó encima a atarse los cordones de las botas.

Moody ya no pudo aguantar más.

—¿Sabe? Lo ahorcarán —espetó—. Si da muerte a Carver, lo ahorcarán. Le darán muerte a usted, señor Sook, como lo mate, sean cuales sean los motivos que lo lleven a ello.

—Sí —dijo Ah Sook—. Entiendo.

—No será un juicio justo... para usted, no.

—No —convino Ah Sook. No parecía que la perspectiva lo angustiase. Se agachó junto al fuego, cogió una ramita y removió la tierra húmeda que había echado sobre las ascuas la noche anterior. Debajo de la tierra los rescoldos seguían calientes, oscuros como la sangre apelmazada.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Moody, observándolo—. ¿Pegarle un tiro?

—Sí —dijo Ah Sook.

—¿Cuándo?

—Esta noche. En el hotel Crown. —Parecía que estaba rebuscando algo bajo los rescoldos. Por fin, su palo chocó con algo duro. Haciendo palanca con el extremo, lanzó el objeto por los aires y cayó entre la hierba: era una cajita de té de hojalata, ennegrecida por el hollín. La caja, por supuesto, seguía caliente; se envolvió la mano con la manga antes de cogerla.

—Enséñeme sus armas —dijo Moody.

Ah Sook lo miró.

—Venga, enséñeme sus armas —repitió Moody, de pronto ruborizado—. Hay pistolas y hay pistolas, señor Sook: debe saber con qué pólvora cuenta, como decía mi padre.

Era raro que citase a su padre en público, pues las frases habituales de Adrian Moody eran, en general, poco idóneas para una conversación cortés, y Walter Moody era, en general, bastante reacio a aludir a él.

—Una pistola —dijo Ah Sook.

—Bien. ¿Dónde está?

—Aún no.

—¿Aún no la ha comprado?

—Hoy. —Ah Sook abrió la cajita y vertió un puñado de hojuelas doradas en la palma de su mano. Moody comprendió que debía de haber enterrado la caja bajo el fuego por si le robaban durante la noche.

—¿Qué tipo de pistola va a comprar?

—De la tienda de Tiegreen. —Con la mano libre cogió su portamonedas.

—De qué fabricante, quiero decir. De qué tipo.

—De Tiegreen's —repitió Ah Sook. Abrió la boca del portamonedas con una mano para transferir el oro.

—Ese es el nombre de la tienda —dijo Moody—. Me refiero al tipo: ¿qué tipo de pistola va a comprar? ¿Entiende usted de armas?

—Para disparar a Francis Carver —respondió Ah Sook.

—Las de Tiegreen no le sirven de nada. —Moody hizo un gesto de negación con la cabeza—. Ahí puede ir a comprar un arma de caza... o algún tipo de rifle..., pero no le darán una pistola. Lo que necesita es un arma militar. Verá, no todas las balas sirven para matar a un hombre, y lo peor que le puede ocurrir es dejar el trabajo a medias. ¡Santo cielo, señor Sook! Una pistola no es solo un artilugio de quincallería, lo mismo que un caballo no es un mero..., un mero medio de transporte —dijo, rematando la comparación de forma poco convincente.

Ah Sook no replicó. Había elegido la tienda de ferretería y abastos Tiegreen's por dos razones: en primer lugar, porque se hallaba al lado del hotel Palace, y en segundo lugar porque el tendero era amable con los chinos. La primera consideración ya no tenía importancia, por supuesto, pero la segunda sí: Ah Sook había planeado pedirle al señor Tiegreen que le cargase la pistola, en la tienda, para que el acto se pudiese obrar ese mismo día. Jamás había disparado una pistola. Conocía, no obstante, los principios básicos del objeto, y suponía que no era una destreza que exigiese demasiada práctica.

—Vaya a la tienda de equipamientos de la calle Camp —dijo Moody—. Justo al lado de la Posada Alemana. El edificio en el que asoma la arista del tejado por detrás del ornamento. El letrero aún no está pintado, pero los propietarios son Brunton, Solomon & Barnes, y lo normal es que la puerta esté abierta. Cuando llegue, pida una Kerr Patent. No permita que le vendan ninguna otra cosa: es un arma militar británica, muy de fiar, y servirá. Una Kerr Patent cuesta cinco libras exactas. Todo lo que suba de cinco libras será un robo.

—¿Cinco libras? —Ah Sook echó un vistazo al oro que tenía en el portamonedas. ¡No tenía ni idea de que se pudiese conseguir una pistola a un precio tan razonable! Le habían dicho que costaba el doble—. Kerr Patent —repitió, para recordarlo—. Calle Camp. Gracias, señor Moody.

—¿Qué piensa hacer una vez perpetrado el acto? Cuando Carver esté muerto, quiero decir. ¿Se va a entregar? ¿Intentará huir? —De pronto sentía una absurda excitación.

Pero Ah Sook se limitó a negar con la cabeza. Cerró el portamonedas y después lo envolvió bien envuelto con un pedazo de tela. Por último se levantó, echándose el hatillo a la espalda y metiéndose el bulto en el bolsillo con mucho cuidado.

—Esta concesión —dijo gesticulando—. Solo da grava provechosa. Oro muy pequeño.

Moody agitó la mano.

—Sí. Ya lo sé.

—Aquí, nada de pasajes a casa —dijo Ah Sook.

—Nada de pasajes a casa —convino Moody—. No hace falta que lo explique, señor Sook: conozco la verdad.

Ah Sook lo miró detenidamente.

—Vaya al norte. Arenas negras. Mucha suerte en el norte. Aquí no hay pepitas. Demasiado cerca de la ciudad.

—Charleston —dijo Moody—. Sí. En Charleston pueden amasarse fortunas.

Ah Sook asintió con la cabeza.

—Arenas negras —repitió.

Dio un paso adelante, y Moody vio que había cogido con ambas manos la cajita de té ennegrecida. Se la brindó, y Moody, sorprendido, tendió las suyas para recibirla. Ah Sook no soltó de inmediato el obsequio: hizo una profunda reverencia sobre la cajita, y Moody lo imitó.

—*Juk neih houwahn* —dijo Ah Sook, pero no aportó ninguna traducción y Moody no se la pidió. Se irguió, con la cajita de hojalata en la mano, y se quedó mirando cómo se alejaba el sombrerero.

SOL EN PISCIS

En el que Anna Wetherell se sorprende por partida doble, Cowell Devlin empieza a sospechar y la escritura de donación adquiere una nueva importancia

Lo que en Acuario se vislumbraba —lo que se conjeturaba, se creía, se profetizaba, se ponía en duda y se prevenía—, se torna en Piscis manifiesto. Aquellas solitarias visiones que, apenas hacía un mes, pertenecían solo al soñador, adquieren ahora la forma y la sustancia de lo real. Fuimos creados por nosotros mismos, y seremos nuestro propio fin.

¿Y después de Piscis? Fuera del útero, el sangriento nacimiento. No seguimos: no podemos cruzar del último al primero. Aries jamás aceptará un punto de vista colectivo, y Tauro no renunciará a lo subjetivo. El código de Géminis es un código exclusivo. Cáncer busca una fuente; Leo, un propósito, y Virgo un diseño; pero son, todos ellos, proyectos que se acometen individualmente. Habrá que esperar al segundo acto del Zodiaco para que empecemos a mostrarnos: en Libra, como una noción; en Escorpio, como una cualidad, y en Sagitario como una voz. En Capricornio obtendremos memoria, y en Acuario, visión de futuro; solo en Piscis, el último y más antiguo de los signos zodiacales, adquirimos una especie de identidad, de totalidad. Pero el pez duplicado de Piscis, ese útero reflejado del yo y de la consciencia de sí, es un uróboros de la mente —a la vez voluntad del destino y voluntad predestinada—, y la casa de la perdición personal es una prisión erigida por prisioneros, sin aire, sin puertas y argamasada desde el interior.

Estas alteraciones caen sobre nosotros irrevocablemente, como caen las manecillas del reloj sobre la hora.



Lydia Wells no había celebrado una segunda sesión de espiritismo. Conocía perfectamente el lema del charlatán, según el cual no debe repetirse nunca el mismo truco ante el mismo público..., pero cuando, por eso mismo, se la acusaba de ser una charlatana, se limitaba a reírse. Había admitido, en una carta abierta al *West Coast Times*, que su intento de comunicarse con la sombra del señor Staines no había tenido éxito. Este fracaso, informaba, carecía de precedentes en su experiencia profesional, anomalía esta que le hacía pensar que el más allá había sido incapaz de ofrecérselo, que no reacio. De esto, escribió, solo podía concluirse que el señor Staines, después

de todo, no había muerto, y se despedía expresando su confianza en el eventual regreso del joven.

Esta declaración confundió sobremanera a los hombres del Crown; tuvo el efecto, sin embargo (común a todas las estrategias de la viuda), de realzar el valor de su iniciativa, y a resultas de su publicación el Wayfarer's Fortune empezó a hacer muy buen negocio. El establecimiento abría todas las tardes de siete a diez, ofreciendo brandy a precio reducido y conversación de tono especulativo. La adivinación del futuro tenía lugar a primera hora de la tarde y solamente en privado, y Anna Wetherell, en conformidad con la táctica del primer día, no se dejaba ver.

Anna solo salía del Wayfarer's Fortune para hacer su ejercicio diario, durante el cual le acompañaba, invariablemente, la señora Wells, que no era insensible a la miríada de beneficios del paseo cotidiano y solía decir que nada la satisfacía más que caminar. Juntas, cogidas del brazo, las dos mujeres recorrían cada mañana la calle Revell de cabo a rabo, enfilándola en sentido norte y volviendo por el lado contrario. Inspeccionaban los contenidos de cada escaparate, compraban leche y azúcar (cuando había leche y azúcar a la venta) y saludaban a los parroquianos de Hokitika con expresión harto insulsa e imperturbable.

Aquella mañana habían terminado su paseo cotidiano más temprano de lo habitual, ya que Lydia Wells tenía una cita a las nueve en el juzgado de Hokitika. La habían emplazado a comparecer ante el juez por una cuestión legal relativa al patrimonio de su difunto esposo, Crosbie Wells, y la formulación del emplazamiento había dado a entender que probablemente fuesen buenas noticias: a las nueve menos diez, la puerta principal del Wayfarer's Fortune se abrió, y Lydia Wells, su cabello cobrizo brillando espléndidamente sobre un vestido negro azulado, salió a la luz del día.

Cowell Devlin observó cómo abandonaba el hotel la señora Wells y bajaba las escaleras, ciñéndose el chal a los hombros y sonriendo a los hombres que hacían un alto en sus quehaceres para contemplarla. Esperó hasta que hubo desaparecido entre la muchedumbre, y luego, para mayor seguridad, esperó cinco minutos más. A continuación cruzó la calle en dirección al Wayfarer's, subió los escalones de la veranda y, tras echar un vistazo a la lisa fachada del juzgado, llamó a la puerta. Llevaba su estropeada Biblia agarrada contra el pecho.

La puerta se abrió casi inmediatamente.

—Señorita Wetherell —dijo Devlin, quitándose el sombrero con su mano libre—. Permítame que me presente. Me llamo Cowell Devlin; soy el capellán residente de la cárcel de Hokitika. Obra en mi poder un documento que supongo será de sumo interés para usted, y espero que me conceda una reunión en privado para que podamos hablar de él.

—Lo recuerdo —dijo Anna—. Estaba usted allí cuando me desperté en la cárcel después de mi desmayo.

—Sí —dijo Devlin.

—Rezó por mí.

—Y he rezado muchas veces por usted desde entonces.

Anna pareció sorprenderse.

—¿Ah, sí?

—Con fervor —replicó el capellán.

—¿Qué me ha dicho que quería?

El capellán repitió sus intenciones.

—¿A qué se refiere con un documento?

—Preferiría no sacarlo aquí. ¿Me permite pasar?

Anna titubeó.

—La señora Wells no está.

—Sí, ya lo sé —dijo Devlin—. De hecho, acabo de verla entrar en el juzgado, y vine aquí corriendo precisamente con la esperanza de hablar con usted a solas. Confieso que llevaba tiempo esperando esta oportunidad. ¿Me permite pasar?

—Se supone que no puedo recibir invitados cuando ella no está.

—Únicamente tengo que hablarle de un asunto, y soy miembro del clero y es una hora respetable. ¿Le negaría su patrona tan poca cosa? —dijo con calma Devlin.

Por supuesto que su patrona le negaría tan poca cosa, y muchas más; y es que contravenía las normas de la viuda hacer excepciones a las reglas que imponía a capricho. Pero Anna no tardó en decidir que iba a ser temeraria.

—Pase a la cocina y haré té para los dos.

—Es usted muy amable.

Devlin la siguió por el pasillo hasta el fondo de la casa, donde estaba la cocina, y una vez allí se quedó esperando, sin tomar asiento, a que Anna llenase la tetera y la pusiera sobre la lumbre. Desde luego, se había quedado flaquísima. Tenía las mejillas hundidas y había un brillo cerúleo en su piel; su consumido porte denotaba desnutrición, y sus movimientos iban acompañados de un agotamiento tembloroso, como si llevase semanas sin catar una comida como Dios manda. Devlin echó un vistazo rápido a la cocina. Los platos del desayuno se estaban secando sobre la tabla de lavar, y contó dos de cada cosa, incluidas dos hueveras de cerámica con un dibujo de moras en relieve. A no ser que Lydia Wells hubiese invitado a alguien a almorzar temprano esa misma mañana, lo cual era dudoso, al menos Anna debía de haber desayunado. En la tabla de cortar el pan había media hogaza envuelta en un paño de lino, y aún no había recogido el platillo de la mantequilla.

—¿Le apetece una galleta con el té?

—Es usted muy amable —repitió Devlin, y luego, avergonzado de haber repetido tal simpleza, se apresuró a continuar—: Me alegré, señorita Wetherell, de saber que había superado su dependencia de la droga china.

—La señora Wells la prohíbe en su casa —dijo Anna, retirándose el pelo de la cara. Cogió la lata de las galletas del estante de la despensa.

—Hace bien en ser tan estricta, pero es usted quien merece la enhorabuena. Habrá

tenido que demostrar una gran fortaleza para desembarazarse de su dependencia. Conozco a hombres hechos y derechos que han sido incapaces de semejante hazaña.

Siempre que Devlin estaba nervioso, su manera de hablar se volvía muy formal y correcta.

—Acabo de dejarlo —puntualizó Anna.

—Sí, un cese abrupto es el único modo, por supuesto. Pero ha debido de batallar contra todo tipo de tentaciones durante los días y las semanas siguientes.

—No —dijo Anna—. Sencillamente, ya no lo necesitaba.

—Es usted demasiado modesta.

—Le hablo con franqueza. Seguí consumiendo durante un tiempo... hasta que se me acabó el pedazo. Me lo comí todo. Pero sucedió que ya no sentía nada.

Devlin la contempló con una mirada calculadora.

—¿Nota que su salud haya mejorado mucho desde que lo dejó?

—Supongo que sí —dijo Anna, disponiendo las galletas en forma de arco sobre el platillo—. Me encuentro muy bien.

—Siento contradecirla, señorita Wetherell, pero tiene usted muy mal aspecto.

—Se refiere a que estoy demasiado flaca.

—Sí, está usted muy flaca, querida.

—Tengo frío —dijo Anna—. Últimamente tengo frío a todas horas.

—Supongo que eso se debe a lo flaca que está.

—Sí. Eso supongo yo también.

—He observado —dijo Devlin al cabo de un instante— que en las personas que tienen la moral por los suelos, en particular aquellas que han contemplado el suicidio, la pérdida de apetito es un síntoma habitual.

—Yo tengo apetito. Como bien. Se conoce que no logro coger peso.

—¿Come todos los días?

—Tres comidas; dos de ellas, calientes. Me encargo de cocinar para las dos.

—La señora Wells debe de estarle muy agradecida. —El tono de Devlin dejaba bien claro que no la creía del todo.

—Sí —dijo Anna distraídamente. Se dio la vuelta y cogió tazas y platillos del anaquel que había encima de la tabla de lavar.

—¿Continuará en sus circunstancias actuales una vez que se haya casado la señora Wells? —inquirió Devlin.

—Supongo que sí.

—Me imagino que el señor Carver fijará aquí su residencia.

—Sí, tengo entendido que esa es su intención.

—El compromiso ha salido anunciado esta mañana en el *West Coast Times*. Era un anuncio de lo más modesto; incluso diría que de lo más contenido. Pero una boda es siempre un acontecimiento feliz.

—Me encantan las bodas —dijo Anna.

—Sí. Un feliz acontecimiento, sean cuales sean las circunstancias.

Se había sugerido, después del escándalo precipitado por la carta que había escrito George Shepard al director del *West Coast Times* hacía un mes, que solo un nuevo matrimonio podría reparar el daño sufrido por la reputación de la viuda. El derecho de la señora Wells a la herencia de Crosbie Wells se había debilitado considerablemente al hacerse público que le había sido infiel en los años anteriores a su muerte, y el hecho de que Alistair Lauderback hubiese hecho una confesión plena y franca había debilitado aún más su posición. En una réplica pública a George Shepard, Lauderback admitía que había ocultado sus amoríos al público votante, al que ofrecía sus más sinceras disculpas. Escribió que jamás se había sentido tan avergonzado, y que aceptaba la plena responsabilidad de todas las consecuencias, y que estaría lamentando hasta el día de su muerte haber llegado a la cabaña del señor Wells media hora tarde para implorar su perdón. La confesión tuvo el efecto deseado; de hecho, a juzgar por las efusiones de conmiseración y admiración que provocó, algunos incluso pensaban que la reputación de Lauderback había mejorado.

Anna había terminado de colocar los platillos.

—Vayamos al salón. Oiré la tetera cuando hierva.

Dejó la bandeja y se dirigió silenciosamente por el pasillo hacia el salón, que estaba preparado para las citas vespertinas de la viuda: las dos butacas más grandes muy pegadas la una a la otra, y las cortinas echadas. Devlin esperó a que Anna se sentase antes de hacerlo él, y después abrió su Biblia y sacó la escritura de donación chamuscada de entre sus páginas. Se la entregó sin mediar palabra.

En el día de hoy, a 11 de octubre de 1865, el Señor Emery Staines, natural de Nueva Gales del Sur, se compromete a pagar la cantidad de dos mil libras a la Señorita Anna Wetherell, natural de Nueva Gales del Sur, en presencia del Señor Crosbie Wells.

Anna posó sobre la escritura una mirada vidriosa: era prácticamente analfabeta, y no esperaba entender las palabras de un solo vistazo. Se sabía el alfabeto, y era capaz de deletrear un renglón escrito si se afanaba muy despacio y con buena luz; no obstante, era una tarea laboriosa y cometía muchos errores. Pero al instante siguiente se la arrebató de las manos y, con una exclamación de sorpresa, se la acercó a los ojos.

—Puedo leer esto —dijo, hablando casi en un susurro.

Devlin no sabía que Anna jamás había aprendido a leer, así que su comentario no se le antojó nada sorprendente.

—Encontré este documento al fondo del fogón de Crosbie Wells el día después de su muerte —dijo—. Como ve, es un dineral extraordinario, aún más si se tiene en cuenta que se trata de un legado, y confieso que no acabo de saber cómo interpretarlo. Debo avisarla de entrada que, desde el punto de vista legal, el documento no es válido. El señor Staines no lo firmó, lo cual, a su vez, invalida la firma del señor Wells. El testigo no puede firmar antes que el mandante.

Anna no dijo nada. Seguía mirando el papel.

—¿Había visto este documento con anterioridad?

—No —dijo ella.

—¿Sabía de su existencia?

—¡No!

Devlin se alarmó: casi había gritado la palabra.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Yo solo... —Anna se llevó la mano a la garganta—. ¿Puedo preguntarle una cosa?

—Por supuesto.

—¿Alguna vez ha..., quiero decir, en su experiencia...? —Se interrumpió, se mordió el labio y comenzó de nuevo—. ¿Sabe por qué soy capaz de leer esto?

Devlin escudriñaba los ojos de Anna.

—Me temo que no la entiendo.

—Jamás aprendí a leer —explicó Anna—, al menos a leer bien. Quiero decir, puedo deletrear un renglón, y reconozco etiquetas y señales; pero eso se parece más a recordar que a leer, porque los veo todos los días. Jamás podría leer un periódico. De principio a fin, no. Tardaría horas y horas. Pero esto... esto lo puedo leer. Sin esfuerzo, quiero decir. Tan deprisa como si estuviera pensando.

—Léalo en voz alta.

Así lo hizo, de corrido.

Devlin tenía el ceño fruncido.

—¿Está segura de que nunca había visto este documento?

—Completamente segura —dijo Anna.

—¿Sabía ya que el señor Staines tenía intención de darle dos mil libras?

—No.

—¿Y qué hay del señor Wells? ¿Alguna vez lo habló con él?

—No. Ya se lo he dicho: es la primera vez que pongo los ojos encima de este papel.

—Quizá le hablasen de ello... y usted lo olvidó...

—No me olvidaría de semejante fortuna.

Devlin hizo una pausa, observándola.

—A veces se oyen historias de niños que están al cuidado de ayas europeas y que un buen día se despiertan hablando un holandés perfecto, o francés, o alemán o lo que sea que...

—Jamás tuve aya —repuso Anna.

—... pero jamás había oído de nadie que adquiriera de pronto la capacidad de leer —concluyó—. Es muy raro que muy raro.

Había cierto tono escéptico en su voz.

—Jamás tuve aya —repitió Anna.

Devlin se inclinó hacia delante.

—Señorita Wetherell, su nombre está vinculado a un montón de delitos no

resueltos, incluido un posible asesinato, y estoy seguro de que no hará falta que le recalque la gravedad de un juicio ante el Tribunal Supremo. Hablemos con franqueza... y en la más estricta confianza. —Señaló la escritura que tenía Anna en la mano—. Este legado se escribió tres meses antes de que desapareciese el señor Staines. Representa exactamente la mitad de la herencia de Wells. El señor Wells murió el mismo día en que desapareció el señor Staines, y la mañana después de su muerte encontré este papel en el fogón. Está claro que los acontecimientos guardan relación, y un abogado sabrá atar cabos por mucho que yo no pueda. Si se encuentra en una situación delicada, tal vez pueda ayudarla; pero no podré hacerlo si no se fía de mí. Le estoy pidiendo que se confíe a mí y me cuente todo lo que sepa.

Anna estaba frunciendo el ceño.

—Este papel no tiene nada que ver con la herencia de Wells. Se trata del dinero de Emery, no del de Crosbie.

—Tiene razón; pero no es seguro que el oro descubierto en la cabaña del señor Wells hubiese pertenecido al señor Wells —dijo Devlin—. Verá, el mineral no se descubrió en estado puro: había sido fundido por un orfebre y prensado en una especie de lingote. El fundido lleva una firma, y a través de esta firma el banco ha conseguido averiguar que el oro procedía de una mina perteneciente al señor Staines. La Aurora.

—¿La qué?

—La Aurora. Así se llama la mina.

—Ah.

Anna estaba, a todas luces, confusa; compadeciéndose, Devlin explicó todo de nuevo, más despacio. Esta vez lo comprendió.

—¿Así que la fortuna era de Emery desde el principio?

—Puede ser —dijo Devlin con cautela.

—¡Y quería darme a mí exactamente la mitad!

—Desde luego, este documento da a entender, sin lugar a dudas, que el señor Staines pretendía darle dos mil libras..., y que el señor Wells, a partir de la noche del 11 de octubre, estaba al tanto de su intención, y hasta es posible que la respaldase. Pero como ya le he dicho, el documento no es válido: el señor Staines no llegó a firmarlo.

—¿Y si lo firmase?

—Mientras no aparezca el señor Staines, me temo que no hay nada que hacer. —La observó unos instantes, y a continuación dijo—: He tardado mucho en informarla de este documento, señorita Wetherell, y por ello quiero pedirle perdón. La razón, sencillamente, es que he estado esperando una oportunidad de hablar con usted a solas; como bien sabe, ha sido muy difícil que surgiera.

—¿Quién más está enterado? —preguntó Anna de pronto—. Aparte de nosotros dos.

Devlin titubeó.

—El alcaide Shepard —dijo, decidiéndose por la verdad, pero no por toda la verdad—. Hablamos de este asunto hará más o menos un mes.

—¿Qué dijo?

—Pensó que debía de tratarse de algún tipo de broma.

—¿Una broma? —Parecía alicaída—. ¿Qué tipo de broma?

Devlin tendió la mano para coger la de Anna, apretujándole suavemente los dedos en un arranque de compasión.

—No se lleve una desilusión, querida mía. Son los pobres en espíritu los bienaventurados, y a todos nos aguarda una herencia mucho mayor que cualquier posible obsequio en oro.

Se oyó un silbido estridente desde la cocina, y el chisporroteo del agua caliente al caer sobre la placa de hierro fundido.

—Ya está lista la tetera —dijo Devlin, sonriendo.

—Reverendo, ¿sería mucha molestia que le pida que vierta usted el té? —pidió Anna al tiempo que soltaba su mano—. Me siento un poco rara, y quisiera estar un rato a solas.

—Por supuesto —dijo cortésmente Devlin, y salió de la habitación.

Nada más irse, Anna se levantó y cruzó el salón en dos zancadas, con la escritura chamuscada todavía en su mano. El corazón le latía aceleradamente. Se detuvo un instante, haciendo acopio de valor, y a continuación, con un único movimiento fluido, se acercó al escritorio de la viuda, dejó encima el documento, descorchó un bote de tinta, cogió la pluma de la señora Wells, mojó la plumilla en el tintero, se echó hacia delante y escribió:

Emery Staines

Anna jamás había visto la firma de Emery Staines, pero sabía sin asomo de duda que había reproducido su forma con exactitud. Las letras del apellido de Staines disminuían descuidadamente, y las del nombre de pila eran alegremente ilegibles; la firma reflejaba un confiado desaliño y estaba subrayada con un placer despreocupado, como diciendo que el trazo se había reproducido ya tantas veces que ninguna mínima variante podía falsearlo. Una doble floritura precedía a la E —su toque personal— y la S estaba ligeramente achatada.

—¿Qué ha hecho?

Devlin se hallaba en la puerta con la bandeja del té en las manos y una expresión de temerosa reprensión en el semblante. Soltó estrepitosamente la bandeja sobre el aparador y se acercó a ella, tendiendo la mano. Sin mediar palabra, Anna le entregó el documento, y él se lo arrebató. Por un instante, su indignación fue tal que no pudo ni hablar; después se controló.

—Esto es un acto de fraude —dijo en voz muy baja.

—Puede ser —respondió Anna.

—¿Qué? —chilló Devlin, súbitamente furioso. Se encaró con ella—. ¿Qué es lo que ha dicho?

Había esperado que Anna se achantase, pero no lo hizo.

—Esa es su firma —dijo ella—. La escritura es válida.

—Esa no es su firma.

—Sí lo es.

—Es falsa —espetó Devlin—. Acaba de cometer una falsificación.

—¿Y si resulta que no sé de qué me está hablando?

—Su insolencia es indecorosa. ¿Quiere sumar el delito de perjurio al delito de fraude?

—¿Y si no sé a qué fraude se refiere?

—La verdad prevalecerá. Hay analistas, señorita Wetherell, que saben descubrir una falsificación a primera vista.

—Esta no.

—No se engañe —dijo Devlin—. Debería darle vergüenza.

Pero Anna no sentía que se estuviese engañando, ni tampoco sentía vergüenza; de hecho, hacía muchos meses que no se sentía tan avispada. Ahora que la escritura de donación llevaba la firma de Emery Staines, ya no carecía de validez. Por la autoridad que confería el documento, el señor Emery Staines tenía que obsequiar a la señorita Anna Wetherell dos mil libras; la escritura había sido firmada y atestiguada, y la firma del donante era válida. ¿Quién iba a refutar su palabra, cuando uno de los firmantes había desaparecido y el otro estaba muerto?

—¿Puedo echarle otro vistazo?

Devlin, rojo de ira, le devolvió la escritura. Cuando la tuvo en la mano, Anna salió disparada, aflojó el corpiño del vestido de Agathe Gascoigne y deslizó el papel entre los botones, pegándoselo a la piel. Con las manos sobre el corpiño, se detuvo un instante y, jadeando, buscó con la mirada los ojos de Devlin, que no se había movido. Los separaba una distancia de diez pies.

—Menuda vergüenza —dijo Devlin con voz queda—. Explíquese.

—Quiero una segunda opinión, eso es todo.

—Acaba de falsificar esa escritura, señorita Wetherell.

—Eso no se puede demostrar.

—Si yo lo juro, sí.

—¿Qué me impide jurar en contra de usted?

—Eso sería una falsedad —dijo Devlin—. Y sería una falsedad muy grave si la jura ante los tribunales, a lo cual, no lo dude, la obligarían. No sea ridícula.

—Conseguiré una segunda opinión —repitió Anna—. Iré al juzgado y preguntaré.

—Señorita Wetherell, tranquilícese. Piense. Sería la palabra de un clérigo contra la palabra de una puta.

—Ya no ejerzo.

—Una antigua puta. Disculpe.

Dio un paso hacia ella, y Anna retrocedió. Todavía tenía la mano abierta sobre el pecho.

—Si se acerca un paso más, gritaré, me rasgaré el corpiño y diré que ha sido usted. Me oirán desde la calle. Vendrán corriendo.

A Devlin jamás lo habían amenazado en estos términos.

—No me acercaré más —dijo con dignidad—. De hecho, voy a alejarme, y además ahora mismo. —Regresó a la silla que había estado ocupando y se sentó. Bajó la voz—. No deseo pelearme con usted. No obstante, sí quisiera hacerle unas preguntas.

—Adelante —dijo Anna, respirando todavía con dificultad—. Pregunte.

Devlin decidió ir al grano.

—¿Sabía que los vestidos que adquirió de un salvamento el invierno pasado habían pertenecido antaño a Lydia Wells?

Anna lo miró boquiabierta.

—Tenga la bondad de responder a la pregunta —dijo Devlin—. Me refiero a los cinco vestidos con los que la señora Wells chantajeaba al señor Alistair Lauderback, con la ayuda de Francis Carver.

—¿Qué?

—Los vestidos que contenían, todos y cada uno, una pequeña fortuna en oro puro que iba cosido al forro, al corpiño y por todo el dobladillo. Uno de los vestidos era de seda naranja; los otros cuatro, de muselina color crema, gris, azul claro y a rayas rosa. Estos cuatro se encuentran guardados en estos momentos en una caja, debajo de las escaleras del hotel Gridiron; el vestido naranja está en manos de Aubert Gascoigne, en su residencia privada.

Anna era toda oídos.

—Y esto, ¿cómo lo sabe? —susurró.

—Me he encargado de averiguar muchas cosas sobre usted —contestó Devlin—. Ahora responda a la pregunta.

Anna estaba pálida.

—El único que tenía oro era el vestido naranja. Los otros cuatro tenían contrapesos... de plomo.

—¿Sabía que habían pertenecido en tiempos a Lydia Wells?

—No —dijo Anna—. Con certeza, no.

—Pero lo sospechaba.

—Yo..., algo había oído. Hace meses.

—¿Cuándo descubrió lo que contenían los vestidos?

—La noche después de que desapareciera Emery.

—Después de que la encarcelasen por intento de suicidio.

—Sí.

—Y el señor Gascoigne hizo el pago de su fianza con su promesa de que se lo devolvería, y juntos despedazaron el vestido naranja en su casa de la calle Revell, y

después escondieron los jirones debajo de su cama.

—¿Cómo...? —susurró Anna. Parecía aterrorizada.

Devlin no se interrumpió.

—Es de suponer que esa misma tarde, al volver al Gridiron, lo primero que hizo fue dirigirse a su armario a revisar los otros cuatro vestidos.

—Sí —dijo Anna—. Pero no los corté. Me limité a palpar las costuras. No sabía que lo que estaba tocando era plomo: pensaba que era más oro.

—En tal caso —observó Devlin—, debió usted de pensar que de pronto se había vuelto tremendamente rica.

—Sí.

—Pero no abrió los dobladillos de los vestidos con el fin de utilizar el oro para cancelar su deuda con Edgar Clinch.

—Más adelante, sí. A la semana siguiente. Fue entonces cuando encontré los contrapesos.

—Pero ni siquiera entonces —siguió Devlin— le dijo al señor Gascoigne lo que conjeturaba. ¡Por el contrario, fingió impotencia e ignorancia, afirmó que no tenía dinero y le suplicó que la ayudase!

—¿Cómo sabe todo esto? —dijo Anna.

—Las preguntas las hago yo, si no le importa. ¿Qué pretendía hacer con ese oro?

—Quería quedármelo. Disponer de unos ahorrillos. Y no tenía dónde esconder el metal. Se me ocurrió consultar con Emery al respecto. No confiaba en nadie más. Pero ya había desaparecido.

—¿Y qué me dice de Lydia Wells? —dijo Devlin—. ¿Qué me dice de Lydia Wells, que fue al Gridiron esa misma tarde, que saldó su deuda con el señor Clinch... y que desde entonces se ha mostrado de lo más hospitalaria con usted?

—No. —Anna habló con un hilo de voz.

—¿Jamás le habló de esos vestidos?

—No.

—Porque sospechaba que le habían pertenecido en otros tiempos.

—Algo había oído —dijo Anna—. Nunca supe..., al menos a ciencia cierta..., pero sabía que había algo... y ella tenía muchas ganas de recuperarlos.

Devlin se cruzó de brazos. Era obvio que Anna estaba asustada por lo informado que estaba sobre su situación y por cómo podía haber llegado a enterarse. Esto lo apenó, pero pensó que, dadas las circunstancias, era mejor mantenerla con miedo que arriesgarse a que se envalentonase. Había que impedir que fuese enseñando por ahí esa firma falsa.

—¿Dónde está el señor Staines? —preguntó Devlin a continuación.

—No lo sé.

—Creo que sí que lo sabe.

—No.

—Le recuerdo que ha cometido un fraude muy grave al falsificar una firma con la

letra de un difunto.

—No está muerto.

Devlin asintió con la cabeza; había albergado esperanzas de que le diese una respuesta categórica.

—¿Cómo lo sabe?

Anna no respondió.

—¿Cómo lo sabe, señorita Wetherell? —repitió Devlin, más bruscamente esta vez.

—He estado recibiendo mensajes —dijo por fin Anna.

—¿Del señor Staines?

—Sí.

—¿Qué tipo de mensajes?

—Son privados.

—¿Cómo se los comunica?

—Con palabras no —dijo Anna.

—¿Y cómo entonces?

—Simplemente, lo siento.

—¿Lo siente?

—Dentro de mi cabeza.

Devlin suspiró.

—Supongo que ahora dudará de mis palabras —dijo Anna.

—Desde luego que sí. Me temo que va de la mano con el hecho de que es usted una falsaria.

Anna dio un manotazo al papel que llevaba oculto en el pecho.

—Pues anda que no ha tardado usted en desprenderse de esto —dijo.

Devlin la fulminó con la mirada. Abrió la boca para contestar, pero antes de que pudiese dar con las palabras adecuadas oyó unos pasos enérgicos en el porche, el traqueteo del picaporte y el repentino ruido de la calle al abrirse la puerta principal, y alguien entró. Anna miró a Devlin con ojos asustados. La viuda había vuelto del juzgado, y estaba llamando a Anna.

SATURNO EN VIRGO

En el que George Shepard no nombra a un ayudante, confunden a Quee Long con otro hombre y Dick Mannering dice basta

George Shepard se había pasado la mañana del 20 de marzo supervisando varias entregas de materiales y herramientas al solar de la futura cárcel de Seaview, la cual, a los dos meses de iniciadas las obras, iba cobrando un aspecto cada vez más imponente a medida que pasaban los días. Los muros ya estaban levantados, las chimeneas, enladrilladas, y en el interior de la residencia principal las puertas reforzadas ya se habían encajado y montado en sus marcos de acero. Todavía había muchos detalles pendientes, por supuesto: faltaban por entregar las lámparas, la cocina de la cárcel aún no tenía fogón, las ventanas de la casita del alcaide carecían de cristales y el hoyo del cadalso estaba todavía sin excavar, pero en general todo había ido sobre ruedas gracias a la «donación» de cuatrocientas libras de Harald Nilssen y a los fondos adicionales que por fin habían desembolsado el Comité de Obras Públicas de Westland, el Consejo de Hokitika y la Junta Municipal. Shepard había pronosticado que podría trasladarse a los delincuentes desde el campamento de policía antes de finales de abril, y había varios que ya pasaban las noches en el recinto de Seaview bajo la vigilancia de Shepard, que prefería, ahora que la prisión estaba a punto de terminarse, dormir allí también y prescindir de cenar caliente.

Cuando la campana de la capilla wesleyana anunció las doce del mediodía, Shepard estaba en el futuro manicomio, cavando otro hoyo para la letrina. Al oír las campanadas que subían desde la ciudad, el capataz gritó a los delincuentes que parasen. Shepard soltó la pala, se enjugó la frente con la manga y salió trepando del agujero con todo su peso, a la vez que advertía que en la otra punta de la verja de hierro había un joven pelirrojo atisbando a través de los barrotes, claramente a la espera de una entrevista.

—Señor Everard —dijo Shepard, acercándose con aire resuelto.

—Alcaide Shepard.

—¿Qué le trae por Seaview esta mañana? La pura curiosidad no será, supongo.

—He venido a rogarle que me atienda, señor.

—Confío en que no haya tenido que esperar demasiado.

—En absoluto.

—¿Desea entrar? Puedo pedir que abran la verja. —Shepard seguía sudando a causa del reciente esfuerzo; se enjugó la frente con la manga por segunda vez.

—No hace falta —dijo el hombre—. Solo traigo un mensaje.

—Adelante con él. —Shepard se puso en jarras.

—Vengo de parte del señor Barnes. De Brunton, Solomon & Barnes.

—No conozco a ninguno.

—Son proveedores. Tienen un nuevo almacén —dijo Everard—. En la calle Camp. Solo que aún no está pintado el letrero. Señor —se apresuró a añadir.

—Continúe —dijo Shepard, sin quitarse las manos de las caderas.

—Hace unos meses hizo usted saber que agradecería mucho que se vigilase a cierto chino.

La expresión de Shepard se avivó al punto.

—Recuerda usted correctamente.

—He venido a darle parte de que un chino ha comprado una pistola esta mañana —dijo el joven.

—En el establecimiento del señor Barnes, supongo.

—Sí, señor.

—¿Dónde está ese chino ahora?

—No sabría decirle. Acabo de ver a Barnes y me ha dicho que esta mañana le había vendido una Kerr Patent a un chino, así que he acudido directamente a usted. No sé si el chino en cuestión es o no el hombre que busca..., pero pensé que haría bien en avisarlo, en cualquier caso.

Shepard no le dio ni las gracias ni la enhorabuena.

—¿Hace cuánto que se la ha vendido?

—Al menos dos horas. Puede que más. Barnes dijo que alguien debía de haberlo aconsejado: se negaba a aflojar más de cinco libras por la Kerr. Cinco libras justas, repetía, como siguiendo un consejo. Sabía que no debía dejarse cobrar de más.

—¿Cómo la pagó?

—Con un billete.

—¿Algo más?

—Sí —dijo Everard—. Cargó el arma en la tienda.

—¿Quién la cargó?

—Barnes. A petición del chino.

Shepard asintió con la cabeza.

—Muy bien. Escuche atentamente. Usted vuelva a Hokitika, señor Everard, y dígame a todo el que vea que George Shepard está al acecho de un chino llamado Sook. Que se sepa que si alguien ve hoy a Johnny Sook en la ciudad, por el motivo que sea y donde sea, habrá de avisarme de inmediato.

—¿Piensa ofrecer una recompensa por su captura?

—No hable de recompensas, pero tampoco lo niegue si alguien pregunta.

El joven se irguió.

—¿Puedo ser su ayudante?

Shepard tardó en responder.

—Si se topa con Johnny Sook —dijo al fin— y se las ingenia para detenerlo sin armar un alboroto, haré la vista gorda al método de captura que decida usted utilizar. No le digo más.

—Entiendo, señor.

—Hay otra cosa que puede hacer por mí —dijo Shepard—. ¿Conoce de vista a un tal Francis Carver?

—El hombre de la cicatriz en la cara.

—Sí. Quiero que le haga llegar un mensaje de mi parte. Le encontrará en el hotel Palace.

—¿De qué se trata, señor?

—Cuénteles exactamente lo que me ha contado a mí. Y después dígame que se ciña las pistoleras.

Everard se encorvó un poco.

—Entonces, ¿él es su ayudante?

—No tengo ayudante —dijo Shepard—. Ahora váyase. Hablaremos luego.

—De acuerdo.

Shepard subió los brazos y apoyó las manos en los barrotes de la verja; se quedó mirando al joven mientras se alejaba.

—¡Señor Everard!

El joven se detuvo y se dio media vuelta.

—Sí, señor.

—¿Quiere ser un agente del orden público?

El joven se animó.

—Espero serlo algún día, señor.

—Los mejores agentes del orden pueden hacer cumplir la ley sin insignias —dijo Shepard, mirándolo con indiferencia a través de los barrotes—. Recuérdelo.

Φ

Emery Staines ya llevaba ausente más de ocho semanas, intervalo que al juez se le antojó suficiente para anular la propiedad de cualquier terreno aurífero. Por dictamen del juez, todas las minas y concesiones del señor Staines habían sido devueltas a la Corona, una recuperación que había tenido efecto el viernes de la semana anterior. La Aurora, como es natural, había sido una de las muchas concesiones cedidas, y a consecuencia de esta cesión Quee Long quedaba dispensado, por fin, de su infructuosa obligación con aquel pedazo de tierra yerma. El lunes a primera hora partió hacia Hokitika, a fin de inquirir dónde iba a tener que trabajar a partir de ahora, y al servicio de quién.

Ah Quee tenía aversión a ir a las oficinas de la Compañía, puesto que nunca lo trataban cortésmente y siempre lo hacían esperar. Con todo, soportaba las burlas de los oficiales con ecuanimidad, y fingía no darse cuenta cuando los subalternos le

lanzaban bolitas de saliva y papel y se tapaban la nariz al pasar por delante de la silla en la que estaba sentado. Al cabo de un rato lo invitaron a explicar el objetivo de su visita al burócrata de recepción. Después de otra larga demora, cuyo propósito nadie le explicó, le asignaron otra concesión en Kaniere, le dieron un recibo del traslado y lo despacharon; para entonces, el pelirrojo Everard había llegado a Hokitika y estaba transmitiendo el mensaje de George Shepard a diestro y siniestro.

Al salir de las oficinas de la Compañía de la calle Weld, con la prueba escrita de su contrato bien agarrada, Ah Quee oyó un grito. Alzó la vista, confundido, y vio con gran alarma que lo estaban atacando por ambos lados. Chilló y levantó un brazo. Un momento después estaba tirado en el suelo.

—¿Dónde está la pistola, Johnny Sook?

—¿Dónde está?

—Mira a ver en la pretina.

Unas manos le recorrían el cuerpo, dándole palmadas y puñetazos. Alguien le asestó una patada en las costillas, y soltó un grito ahogado.

—Debe de haberla escondido.

—¿Qué es eso que llevas ahí? ¿Documentación de culí?

Le arrebataron el contrato de las manos, lo miraron por encima y lo tiraron.

—Y ahora ¿qué?

—¿Qué, Johnny Sook, qué dices ahora?

—Ah Quee —logró decir al fin.

—¡Anda, pero si parece que sabe hablar y todo!

—Habla en inglés o no hables.

Otra patada en las costillas. Ah Quee gimió de dolor y se dobló.

—No es el que buscamos —dijo uno de los atacantes.

—¿Qué más da? —respondió el otro—. No deja de ser un chino. También apesta.

—No lleva pistola —señaló el primer hombre.

—Nos entregará a Sook. Están todos a partir un piñón.

Más patadas, esta vez en las nalgas; la puntera de la bota del hombre le dio en la rabadilla, provocándole un estremecimiento de dolor desde la espina dorsal hasta la mandíbula.

—¿Conoces a Johnny Sook?

—¿Sí o no?

—¿Lo has visto?

—Queremos hablar con Johnny Sook.

Ah Quee gruñó. Intentó incorporarse y cayó hacia atrás.

—Este no va a cantar —observó el primer hombre.

—A ver. Apártate un poco hacia allá.

El segundo hombre se alejó a paso ligero y después corrió hacia Ah Quee como si fuese a dar un puntapié a un balón. Ah Quee notó que se acercaba en el último momento, y giró rápidamente hacia él para amortiguar el golpe. El dolor de costillas

era insoportable. Solo podía respirar con la parte superior del pulmón. Los hombres se reían. Sus voces se habían perdido en una palpitante bruma sonora.

De repente se oyó un bramido desde el otro lado de la calle.

—Se han equivocado de hombre, señores.

Los atacantes se dieron la vuelta. Plantado ante la puerta abierta del café de la calle Weld, cruzado de brazos, estaba el magnate Dick Mannering. Su figura corpulenta ocupaba toda la entrada: era una presencia que imponía, a pesar de que iba desarmado, y, al verlo, los dos hombres se apartaron inmediatamente de Quee Long.

—Tenemos órdenes de detener a un chino llamado Johnny Sook —dijo el primer hombre, hundiendo las manos en los bolsillos como un muchacho.

—Este hombre se llama Johnny Quee —afirmó Mannering.

—Es que eso no lo sabíamos —dijo el segundo hombre, también él deslizando furtivamente las manos en los bolsillos.

—Órdenes del alcaide —dijo el primer hombre.

—El tal Johnny Sook anda suelto —dijo el segundo.

—Tiene una pistola.

—Armado y peligroso.

—Bueno, pues se han equivocado de hombre —repitió Mannering, descendiendo los escalones—. Lo saben porque se lo estoy diciendo yo, y se lo digo por última vez. Este hombre se llama Johnny Quee.

El aspecto de Mannering era aún más amenazador porque iba avanzando hacia los dos hombres y, al ver que se acercaba, por fin recularon.

—No queríamos causar problemas —murmuró el primer hombre—. Teníamos que asegurarnos.

—El amiguito de los chinos —masculló el otro, pero en voz baja para que no lo oyera Mannering.

Mannering esperó a que se marchasen, y después miró a Ah Quee, que se puso de lado, comprobó si tenía alguna costilla rota y se levantó con dificultad a la vez que cogía el contrato pisoteado y le quitaba el polvo. Tenía un nudo en la garganta.

—Gracias —dijo cuando al fin pudo respirar.

Pareció que a Mannering lo molestaba esta expresión de gratitud. Frunció el ceño y miró a Ah Quee de arriba abajo.

—¿Qué es todo eso de Johnny Sook y una pistola?

—No sé —dijo Ah Quee.

—¿Dónde está?

—No sé.

—¿Lo has visto en algún sitio?

Ah Quee no había vuelto a ver a Ah Sook desde la sesión de espiritismo de la viuda, un mes antes. Bien entrada la noche, había vuelto del Wayfarer's Fortune y se había encontrado a Ah Sook empaquetando sus escasas pertenencias, para esfumarse después, con sombría eficiencia, en el rumor de la noche.

—No —respondió.

Mannering suspiró.

—Supongo que te habrán reasignado a otro lugar ahora que la Aurora ha vuelto al banco —dijo al cabo de un momento—. Vamos a echarle un vistazo a ese papel que llevas ahí. A ver dónde te han colocado. Dámelo.

Alargó la mano para coger el certificado. El documento era breve, y se había escrito sin consultar con Ah Quee: figuraba su «Edad aparente» en vez de su verdadera edad; el origen del barco en el que había arribado en vez de su lugar de nacimiento, Cantón, y una breve lista de sus atributos como trabajador. Iba precedido por el número 5, indicando así que la duración de su contrato era de cinco años, y llevaba el sello de la Compañía. Mannering echó un vistazo al documento. En la casilla correspondiente a «Lugar de empleo en la actualidad», la palabra «Aurora» estaba tachada y en su lugar se había escrito «Dream of England».

—No te acompaña la suerte, ¿eh? —dijo Mannering—. ¡Esta concesión me pertenece! Es una de las mías. Me pertenece. —Se dio unos golpecitos en el pecho—. Vuelves a trabajar para mí, Johnny Quee. Como en los viejos tiempos. Como cuando me dabas sopas con honda con tu maldito crisol y le chupabas todo el oro a Anna Magdalena.

—Usted —dijo Ah Quee, frotándose las costillas.

—Juntos de nuevo —asintió con voz grave Mannering—. Menudo Sueño de Inglaterra. Más bien la Pesadilla de Inglaterra.

—Mala suerte —dijo Ah Quee.

—¿Mala suerte para ti o para mí?

Ah Quee no replicó, pues no había entendido la pregunta, y de repente Mannering se rio y se puso a mover la cabeza de lado a lado.

—Me temo que en eso consiste el contrato de servidumbre: lo firmas y renuncias a tu suerte. Renuncias a cualquier oportunidad que se te presente de tener suerte. Es la naturaleza de todo contrato. Verás, un contrato hay que cumplirlo: tiene que cerrarse el círculo, tarde o temprano. Un hombre de suerte, siempre lo he dicho, es aquel que tuvo suerte una vez y, después, aprendió un par de cosas sobre cómo hay que invertir. La suerte solo ocurre una vez y cuando lo hace siempre es por azar. Son los contratos los que se repiten. Las inversiones y las obligaciones; el papeleo; los negocios. Escucha otra cosa que suelo decir. Si lo que quiere un hombre es intentar hacer fortuna, lo mejor que puede hacer es no firmar nunca un papel que no haya escrito él mismo. Eso he hecho yo, Johnny Quee. Jamás he puesto mi nombre en ningún contrato que no haya escrito yo mismo.

—Muy bien —dijo Ah Quee.

Mannering lo fulminó con la mirada.

—Supongo que no serás tan estúpido como para intentar hacerme otra jugarreta. Ya van dos veces que has intentado apostar contra mí: una con la Aurora, y otra con Anna. Sé contar perfectamente.

—Muy bien —repitió Ah Quee.

Mannering le devolvió el contrato.

—Bueno, seguro que estás contento de perder de vista la Aurora... y no te preocupes por la Dream of England. Está en perfectas condiciones.

—¿No es improductiva? —preguntó Ah Quee astutamente.

—Esta no. Te doy mi palabra. Te irá bien en la Dream of England. Las pepitas las han esquilado, claro, pero queda mucho polvo de oro entre la escoria. Una mina perfecta para un hombre como tú. Un hombre con dos ojos en la cara. En esta mina no amasarás una fortuna, Johnny Quee, pero ¿quién de entre los tuyos lo hace?

Ah Quee asintió con la cabeza.

—Anda, vuelve a Kaniere —dijo Mannering al fin, y entró de nuevo en el café.

VENUS EN PISCIS

En el que el capellán pierde los estribos y la viuda pierde una pelea

—¿Y usted quién es? ¿Un ministro de Dios?

Se detuvo en la entrada, sonriendo a medias y tirando una por una de las puntas de los dedos para quitarse los guantes; Anna y Devlin la miraron enmudeciendo de horror, como si los hubiesen sorprendido en un flagrante acto de fornicación, a pesar de que Anna estaba junto a la ventana, la mano todavía abierta sobre el pecho, y Devlin sentado en el sofá, de donde se levantó de un salto, ruborizándose espantosamente.

—Válgame Dios —dijo Lydia Wells, sacándose una mano lechosa del guante y metiéndoselo bajo el codo para empezar a tirarse del otro—. Vaya par de corderitos.

—Buenos días, señora Wells. —Devlin recuperó por fin el habla—. Me llamo Cowell Devlin. Soy el capellán de la futura cárcel de Seaview.

—Una presentación encantadora. ¿Qué hace usted en mi salón?

—Estábamos debatiendo..., estábamos debatiendo sobre teología —respondió Devlin—. Mientras tomábamos el té.

—Parece que se les ha olvidado el té.

—Sigue reposando —intervino Anna.

—En efecto —dijo Lydia Wells sin mirar la bandeja—. ¡Bueno, en ese caso no podía haber llegado en mejor momento! Anna, corre a por otra taza. Siento debilidad por los debates teológicos.

Anna dirigió una mirada desesperada a Devlin y después asintió, agachó la cabeza y se escabulló de la habitación.

—Señora Wells —susurró apresuradamente Devlin mientras los pasos de Anna se perdían por el pasillo—, ¿puedo hacerle una pregunta muy extraña mientras estamos solos?

Lydia Wells le sonrió.

—Me gano la vida respondiendo a preguntas extrañas, y usted mejor que nadie debería saber que no estamos precisamente solos.

—Ya, bueno —repuso Devlin, incómodo—. Pero aquí va la pregunta. ¿La señorita Wetherell sabe leer?

Lydia Wells arqueó las cejas.

—Pues sí que es una pregunta extraña —replicó—, aunque no a causa de su respuesta. Me pregunto qué le ha llevado a hacerla.

Anna volvió con una taza y un platillo y los puso en la bandeja.

—¿Cuál es la respuesta? —preguntó en voz baja Devlin.

—Mímanos, Anna —dijo Lydia Wells con voz alta y clara—. Reverendo: tome asiento, por favor. Perfecto. ¡Qué bien que venga un clérigo a tomar el té! Se siente una de lo más civilizada. Creo que me apetece una galleta, y también azúcar...

Devlin se sentó.

—La respuesta, que yo sepa, es que no —dijo la viuda, sentándose también—. Y ahora soy yo quien quiere hacerle una pregunta extraña. ¿La falsedad es de distinta índole cuando el que miente es un ministro de Dios?

Devlin dio un respingo.

—No veo la pertinencia de su pregunta.

—Pero reverendo, eso no es jugar limpio —dijo la viuda—. Yo le he respondido sin solicitar el porqué de su pregunta; ¿no va a hacer lo mismo por mí ahora?

—¿Cuál fue su pregunta? —dijo Anna mirando a su alrededor..., pero no le hicieron caso.

—¿La falsedad es de distinta índole, le pregunto, cuando el que miente es un ministro de Dios? —repitió la viuda.

Devlin suspiró.

—Sería una falsedad de distinta índole solo si el ministro estuviese utilizando la autoridad de su cargo para un mal fin —respondió—. Siempre y cuando la falsedad no incumba a su cargo, no hay diferencia. Somos todos iguales a los ojos de Dios.

—Ah —dijo la viuda—. Gracias. Veamos. Acaba de decir que estaban hablando de teología, reverendo. ¿Le importaría incluirme en el debate?

Devlin se sonrojó. Abrió la boca... y balbuceó: no había preparado ningún pretexto.

Anna acudió en su auxilio.

—Cuando me desperté en la cárcel, allí estaba el reverendo Devlin. Rezó por mí, y lleva rezando desde entonces.

—¿Así que han estado hablando de rezos? —dijo la viuda, sin dejar de dirigirse a Devlin.

El capellán recobró la compostura.

—Entre otras cosas. También hemos conversado sobre actos de gran providencia, y sobre obsequios inesperados.

—Fascinante —dijo Lydia Wells—. Y dígame, ¿acostumbra usted, reverendo, a visitar a las jóvenes mientras sus tutoras están a otros asuntos para debatir cuestiones de teología sin la presencia de una carabina?

La acusación ofendió a Devlin.

—Usted no es precisamente su tutora. La señorita Wetherell estuvo viviendo sola durante meses hasta que llegó usted a Hokitika; ¿qué necesidad iba a tener de repente de una tutora?

—Una necesidad muy grande, diría yo, teniendo en cuenta hasta qué punto se la

ha explotado anteriormente en esta ciudad.

—¡Me sorprende el adverbio, señora Wells! ¿Quiere decir que ya no se la está explotando?

Pareció que Lydia Wells se ponía tensa.

—Tal vez no considere usted un motivo de alegría que esta joven haya dejado de prostituir su cuerpo cada noche, de exponerse a todo tipo de violencia y de perder la cabeza a diario con una droga deleznable —dijo fríamente—. Supongo que lo mismo desea que vuelva a su vida anterior.

—Ahórrese las suposiciones en lo que a mí respecta —estalló Devlin—. Eso es retórica barata. Es, lisa y llanamente, hostigamiento, y yo a los hostigadores no los tolero; ¡no los tolero!

—Su acusación me deja pasmada —dijo Lydia Wells—. ¿En qué sentido lo estoy hostigando?

—¡La muchacha no tiene ningún tipo de libertades, por el amor de Dios! ¡Vino aquí en contra de su voluntad, y usted la tiene atada con la más corta de las cadenas!

—Anna —dijo Lydia Wells sin apartar la vista de Devlin—, ¿viniste al Wayfarer's Fortune en contra de tu voluntad?

—No, señora —contestó Anna.

—¿Por qué viniste a alojarte aquí?

—Porque usted me hizo una oferta y yo acepté.

—¿Qué oferta te hice?

—Se ofreció a saldar toda mi deuda con el señor Clinch, y me dijo que podía venir aquí a vivir como acompañante suya, siempre y cuando la ayudase con el negocio.

—¿He cumplido mi parte del trato?

—Sí —dijo Anna con abatimiento.

—Gracias —dijo la viuda. No había apartado sus ojos de los de Devlin, ni tampoco había tocado su taza de té—. En cuanto a la longitud de la cadena de la muchacha, me admira que proteste usted contra una vida virtuosa y austera y que defienda..., ¿cómo las ha llamado...?, ¿las «libertades»? ¿Libertades para hacer qué, exactamente? ¿Libertad para confraternizar con los mismísimos hombres que en otro tiempo la deshonraron y la vejaron? ¿Libertad para que fume en el garito de un chino hasta perder el sentido?

Devlin no pudo resistirse a objetar a esto.

—Pero ¿por qué le hizo la oferta, señora Wells? ¿Por qué se ofreció a saldar las deudas de la señorita Wetherell?

—Porque me preocupo por la chica, naturalmente.

—Pamplinas —dijo Devlin.

—Disculpe. A mí el bienestar de Anna me preocupa mucho.

—¡Mírela! La pobre chica abulta la mitad que hace un mes; eso no me lo puede negar. Está famélica. La está matando de hambre.

—Anna —dijo Lydia Wells, escupiendo el nombre de la chica—, ¿te mato de hambre?

—No —contestó Anna.

—En tu opinión, ¿estás muerta de hambre?

—No —repitió Anna.

—Haga el favor de ahorrarme la farsa —dijo Devlin, que se estaba enfadando—. A usted la chica no le importa un comino. No le preocupa más de lo que le preocupa el resto de los mortales... Lo cual, por lo que he oído decir de usted, es bien poco.

—Otra acusación terrible —dijo Lydia Wells—. ¡Y en boca del capellán de una prisión, ni más ni menos! Supongo que debería tratar de limpiar mi nombre. Anna, cuéntale al buen reverendo lo que hiciste cuando estabas en Dunedin.

Se hizo un silencio. Devlin, cuya seguridad iba flaqueando por momentos, miró a Anna.

—Cuéntale lo que hiciste —repitió Lydia Wells.

—Me porté como una serpiente en su propia casa —contestó Anna.

—Y ¿para ser más precisos? Cuéntale exactamente lo que hiciste.

—Yací con su marido.

—Sí —dijo Lydia Wells—. Sedujiste a mi marido, el señor Wells. Ahora cuéntale algo más al reverendo. ¿Qué hice yo a modo de represalia?

—Me despachó. A Hokitika.

—¿En qué estado?

—Encinta.

—¿Del hijo de quién, por favor?

—Del hijo de su esposo —susurró Anna—. Del hijo de Crosbie.

Devlin estaba estupefacto.

—Así que te despaché —dijo la viuda asintiendo con la cabeza—. ¿Sigo defendiendo que mi reacción fue la correcta?

—No —contestó Anna—. Se ha arrepentido. Me ha implorado perdón. Más de una vez.

—¿Estás segura? —dijo la señora Wells, fingiendo asombro—. Según nuestro buen reverendo aquí presente, a mí el bienestar ajeno no me preocupa nada, ¡y es de suponer que menos aún el de las que juegan a tentadoras bajo mi propio techo! ¿Estás segura de que soy capaz siquiera de implorar tu perdón?

—Basta. —Devlin levantó las manos—. Ya basta.

—Es verdad —dijo Anna—. Es verdad que me ha pedido perdón.

—¡Ya basta!

—Ahora que ha insultado a mi integridad prácticamente de todas las maneras imaginables —dijo la viuda a la vez que cogía por fin su taza—, ¿le importaría decirme, esta vez sin falsedad, qué está haciendo en mi salón?

—Le estaba transmitiendo un mensaje privado a la señorita Wetherell —declaró Devlin.

La viuda se volvió hacia Anna.

—¿De qué se trataba?

—No tiene por qué contárselo —intervino rápidamente Devlin—. Si no quiere, no. No tiene por qué contarle ni una palabra.

—Anna —dijo Lydia Wells, con tono amenazante—, ¿cuál era el mensaje?

—El reverendo me enseñó un documento por cuya autoridad me pertenece la mitad de la fortuna esa de la cabaña de Crosbie.

—Bien —asintió Lydia Wells..., y aunque su voz era serena, Devlin creyó ver un fogonazo de pánico en sus ojos—. ¿A quién pertenece la otra mitad?

—Al señor Emery Staines —dijo Anna.

—¿Dónde está ese documento?

—Lo he escondido.

—Bueno, pues ve y sácalo —le espetó Lydia.

—No lo haga —se apresuró a decir Devlin.

—No lo haré —dijo Anna. No hizo ademán de tocarse el corpiño.

—Al menos podrían tener la gentileza de contarme toda la verdad —protestó Lydia—. Ambos.

—Me temo que no podemos —dijo Devlin, hablando antes de que Anna tuviese oportunidad de hacerlo—. Verá, esta información atañe a un crimen que todavía no se ha terminado de investigar. Conciérne, entre otras cosas, al chantaje sufrido por un tal Alistair Lauderback.

—¿Disculpe? —dijo Lydia Wells.

—¿Qué? —dijo Anna.

—Me temo que no puedo revelar nada más. —Devlin reparó, para su gran satisfacción, en que la viuda se había puesto muy pálida—. Anna, si desea ir directamente al juzgado, yo mismo la acompañaré.

—¿De veras? —se sorprendió Anna, mirándolo detenidamente.

—Sí —asintió Devlin.

—¿Qué demonios te crees que vas a hacer en el juzgado? —dijo Lydia Wells.

—Buscar asesoría legal —respondió Anna—. Es mi derecho civil.

La señora Wells traspasó a Anna con una mirada impenetrable.

—La considero una triste manera de corresponder a mi amabilidad —dijo al fin, y en tono quedo.

Anna se acercó a Devlin y lo cogió del brazo.

—Señora Wells, no es a su amabilidad a lo que tengo intención de corresponder.

JÚPITER EN CAPRICORNIO

En el que Aubert Gascoigne se divierte sobremanera, Cowell Devlin renuncia a su responsabilidad y Anna Wetherell comete un error

Los juzgados de Hokitika, sede del juzgado de primera instancia, eran el escenario de un ceremonial bullicioso pero bastante impreciso. La sala estaba acordonada y guardaba cierto parecido con un esquilero. Los funcionarios de distrito se sentaban detrás de una fila de escritorios que los protegían del hervidero de personas; cuando el tribunal se hallaba reunido, los escritorios formaban una especie de barricada entre los miembros del tribunal y el público, al que se le exigía que permaneciese en pie. El asiento del juez, en estos momentos vacío, no era más que un sillón sobre una tarima elevada, aunque se había cubierto con pieles de borrego para conferirle un aspecto más solemne. A su lado había una inmensa Union Jack enganchada a un asta excesivamente baja para el tamaño de la bandera, que habría arrastrado por el suelo polvoriento de no ser porque a un alma emprendedora se le había ocurrido colocar un barril de vino vacío al pie del asta; detalle este que contribuía a menoscabar, más que a realzar, el efecto de la bandera.

Había sido una mañana ajetreada en el tribunal de primera instancia. El recurso de apelación de la señora Wells para revocar la venta del patrimonio de Crosbie Wells había sido aprobado al fin, lo cual significaba que la fortuna Wells, que hasta entonces había estado en depósito en el Banco de la Reserva, había pasado a los fondos del juez. En cuanto a la comisión de cuatrocientas libras de Harald Nilssen, no había sido revocada, por dos razones: en primer lugar, porque la cantidad constituía un pago legal por un servicio prestado adecuadamente; y en segundo lugar, porque la comisión se había donado, en su totalidad, para ayudar a erigir la nueva cárcel de Seaview. Era indecoroso, declaró el juez, revocar un obsequio de caridad, sobre todo cuando se trataba de un obsequio tan generoso y desinteresado; elogió a Nilssen, in absentia, por su benevolencia.

Quedaban por detallar gastos legales diversos, que en su mayoría reflejaban las muchas horas que había dedicado la oficina del juez a buscar la partida de nacimiento del difunto señor Wells. Estos gastos también se cubrirían con la herencia de la señora Wells..., que, quitando los impuestos de sucesiones y los honorarios, y una vez hechas todas estas correcciones, ascendía a un poco más de tres mil quinientas libras. Esta cantidad se le habría de pagar a la señora Wells tan pronto como el Banco de la Reserva autorizase la fortuna, en el tipo de moneda que la viuda quisiera

escoger. ¿Tenía la señora Wells algo que decir? No, no tenía nada que decir..., pero mientras abandonaba el juzgado con aire majestuoso dedicó una ancha sonrisa a Aubert Gascoigne, que vio que le brillaban los ojos.

—¡Eh, Gascoigne!

Gascoigne tenía la mirada perdida a media distancia. Pestañeó.

—¿Sí?

Su colega Burke estaba en la entrada, con un sobre abultado en la mano.

—Me ha dicho Jimmy Shaw que se te dan bien los seguros marítimos.

—Así es —dijo Gascoigne.

—¿Te importaría encargarte de otro trabajo más? Acaba de entrar una cosa.

Gascoigne miró el sobre con el ceño fruncido.

—¿Qué tipo de «cosa»?

—Una carta de John Hinchey Garrity —dijo el otro, sosteniéndolo en alto—. En relación con uno de los naufragios de la barra. La embarcación se llama *Godspeed*.

Gascoigne alargó la mano.

—Le echaré un vistazo.

—Buen chico.

El sobre llevaba matasellos de Wellington, y ya estaba abierto. Gascoigne lo abrió y sacó su contenido. El primero de los documentos adjuntos era una breve misiva de John Hinchey Garrity, diputado del distrito electoral de Heathcote en Canterbury. El político daba su autorización para que un representante del juzgado de Hokitika actuase en su nombre para sacar fondos de la cuenta privada que tenía el Grupo Garrity en el Banco de Nueva Zelanda. Confiaba en que los documentos adjuntos explicarían suficientemente la cuestión, y agradecía de antemano sus esfuerzos al representante. Gascoigne dejó a un lado la carta y pasó al siguiente documento. También era una carta, reenviada por Garrity; había sido dirigida al Grupo Garrity.

Hokitika, 25 de febrero de 1866

Señores:

Escribo para informarlos del lamentable naufragio del bricbarca *Godspeed*, del cual he sido patrón hasta hace muy poco, en la traicionera barra de Hokitika. Su propietario, el señor Crosbie Wells, ha fallecido recientemente, y estoy resolviendo asuntos en calidad de apoderado suyo. Entiendo que al comprar el *Godspeed* el señor Crosbie F. Wells heredó todas las pólizas vigentes del anterior dueño, A. Lauderback, miembro del Grupo Garrity, y que por consiguiente el *Godspeed* está protegido y asegurado por la mencionada autoridad. Pretendo ahora sacar todos los fondos destinados a tal efecto por el señor Lauderback, a fin de facilitar la retirada del pecio. Adjunto la relación completa de los gastos, contratos de venta, recibos, presupuestos, inventarios, etc.

Los saluda atentamente,
Francis W. R. Carver

Gascoigne frunció el ceño. ¿Qué pretendía Carver con esto? Crosbie Wells no había comprado ni mucho menos el *Godspeed*; había sido el propio Carver quien había comprado la embarcación con el falso nombre de Wells. Gascoigne fue pasando

las hojas restantes, que evidentemente Carver había enviado al señor Garrity como prueba de la validez de su reclamación. Pasó por alto la valoración que hacía del pecio el capitán de puerto, un balance de todas las deudas contraídas y varios recibos y certificados, hasta que encontró, al final del montón, una copia —supuestamente la copia personal de Carver— del contrato de venta del *Godspeed*. Gascoigne lo cogió y miró la firma de cerca. ¡Había sido firmada por un tal Francis Wells! ¿A qué estaba jugando Carver? Tras observar la firma un rato más, sin embargo, Gascoigne se fijó en que la curva grande que había en un lado de la F podía haber sido perfectamente una C..., ¡pues claro que sí! Incluso había una salpicadura de tinta fortuita entre la C y la F. Cuanto más la miraba Gascoigne, más evidente le parecía la ambigüedad: Carver debía de haber firmado el falso nombre con miras a este futuro propósito. Gascoigne movió la cabeza, y un instante después soltó una risotada.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó Burke, alzando la vista.

—Nada, nada —dijo Gascoigne—. Nada importante.

—Te acabas de reír. ¿Cuál es el chiste?

—No hay ningún chiste. Era una expresión de aprecio, eso es todo.

—¿Aprecio? ¿A qué?

—A un trabajo bien hecho —respondió Gascoigne. Volvió a meter las cartas en el sobre y se levantó, con intención de llevar inmediatamente al banco la carta de autorización de John Hincer Garrity..., pero en eso estaba cuando se abrió la puerta del vestíbulo y entró Alistair Lauderback, con Jock y Augustus Smith pisándole los talones.

—Ah —dijo Lauderback al advertir la carta que tenía Gascoigne en la mano—. Así que llego justo a tiempo. Sí, yo mismo he recibido un mensaje de Garrity esta mañana. Ha habido una confusión, y he venido a aclararla.

—El señor Lauderback, supongo —dijo secamente Gascoigne.

—Quiero entrevistarme en privado con el juez —pidió Lauderback—. Es urgente.

—El juez se encuentra almorzando en estos momentos.

—¿Dónde almuerza?

—Me temo que no lo sé —contestó Gascoigne—. Las sesiones de la tarde empiezan a las dos en punto; pueden ustedes esperar hasta entonces si así lo desean. Disculpen, caballeros.

—Alto ahí —dijo Lauderback al ver que Gascoigne hacía una reverencia y se disponía a partir—. ¿Adónde cree que va con esa carta?

—Al banco —respondió Gascoigne, que no soportaba el tipo de grosería autoritaria que acababa de exhibir Lauderback—. El señor Garrity ha delegado en mí para que lleve a cabo una transacción en su nombre.

De nuevo hizo intención de marcharse.

—Espere un momento —lo detuvo Lauderback—. ¡Espere un momento! ¡Es precisamente por este asunto por lo que quiero que me reciban aquí; usted no se marcha al banco sin escuchar lo que le tengo que decir!

Gascoigne lo miró con frialdad. Pareció que Lauderback se daba cuenta de que había empezado con mal pie.

—Escúcheme hasta el final, ¿me hace el favor? ¿Cómo se llama?

—Gascoigne.

—Gascoigne, ¿no? Sí, me sonaba que era usted francés.

Lauderback tendió la mano, y Gascoigne se la estrechó.

—Hablaré con usted, entonces..., ya que no puedo acceder al juez.

—Me imagino que preferirá hacerlo en privado —dijo Gascoigne, aún con frialdad.

—Sí, muy bien. —Lauderback se volvió a sus ayudantes—. Vosotros esperad aquí. Tardaré diez minutos.

Gascoigne lo llevó al despacho del juez y cerró la puerta. Se sentaron en las sillas Windsor que había enfrente del escritorio.

—En fin, señor Gascoigne... —Lauderback empezó a hablar inmediatamente, echándose hacia delante en la silla—. En resumidas cuentas: todo este asunto es un montaje. Jamás le vendí el *Godspeed* a un hombre llamado Crosbie Wells. Se lo vendí a un hombre que me dijo que se llamaba Francis Wells. Pero era un nombre falso. En aquel momento yo no lo sabía. Era este hombre. Francis Carver. Era él. Fue él quien se puso un nombre falso, Francis Wells, y fue a este a quien le vendí el barco, con ese nombre. Ya ve que conservó el nombre de pila. Lo único distinto era el apellido. La cuestión es la siguiente: ¿firmó el contrato con un nombre falso, y eso va contra la ley!

—A ver si lo he entendido bien —dijo Gascoigne, fingiendo desconcierto—. Francis Carver sostiene que un hombre llamado Crosbie Wells compró el *Godspeed*... y usted sostiene que es mentira.

—¿Es que es mentira! ¿Es un cuento descarado! Le vendí el barco a un hombre llamado Francis Wells.

—Que no existe.

—Era un nombre falso. Su verdadero nombre es Carver. Pero me dijo que se llamaba Wells.

—Francis; Francis Wells —señaló Gascoigne—, y el segundo nombre de Crosbie Wells era Francis, y Crosbie Wells sí que existe..., al menos, existía. Así que puede que usted se equivocase con respecto a la identidad del comprador. La diferencia entre Francis Wells y C. Francis Wells no es precisamente abismal, me parece a mí.

—¿Cómo que «C». Francis Wells? —preguntó Lauderback.

—He estudiado la copia reenviada del contrato de venta. Estaba firmada por un tal C. Francis Wells.

—¿Eso seguro que no!

—Me temo que sí —repuso Gascoigne.

—Entonces ha sido manipulada —dijo Lauderback—. Ha sido manipulada después de los hechos.

Gascoigne abrió el sobre que tenía en la mano y extrajo la escritura de venta.

—De buenas a primeras, me pareció que solo ponía «Francis Wells». Tuve que mirarla más de cerca para ver la otra letra, que está ligada a la F.

Lauderback la miró, frunció el ceño y volvió a mirar más de cerca..., momento en el cual un intenso rubor le tiñó las mejillas y el cuello.

—Ligada o no ligada, y sea o no sea una C, esa escritura de venta fue firmada por el canalla de Francis Carver. ¡Lo vi firmarla con mis propios ojos!

—¿Hubo testigos de la transacción?

Lauderback no respondió.

—Si no hubo testigos de la transacción, entonces será su palabra contra la de Carver, señor Lauderback.

—¡Será la verdad contra una mentira!

Gascoigne rehusó responder a esto. Volvió a meter el contrato en el sobre y lo alisó sobre su rodilla.

—Es un montaje —repitió Lauderback—. Lo llevaré ante los tribunales. Haré que lo despellejen.

—¿Acusándolo de qué?

—De insidia, naturalmente. Suplantación de identidad. Fraude.

—Mucho me temo que las pruebas pesarán en contra de usted.

—Ah, conque eso se teme, ¿eh?

—La ley no tiene ningún motivo para dudar de esta firma —dijo Gascoigne, alisando por segunda vez el sobre—, porque el señor Crosbie Wells no ha dejado más documentos, ni oficiales ni de ningún otro tipo, que puedan servir de prueba de su caligrafía.

Lauderback abrió la boca; parecía a punto de decir algo, pero de repente la cerró y negó con la cabeza.

—Fue un montaje —insistió—. ¡Fue un montaje desde el primer momento!

—¿Por qué cree que el señor Carver vio la necesidad de adoptar un nombre falso con usted?

La respuesta del político fue sorprendente.

—Me he estado informando sobre Carver. Su padre era una figura destacada de una de las firmas mercantiles británicas, Dent & Co. Habrá oído hablar de él. William Rochfort Carver. ¿No? Bueno, da igual. Allá a comienzos de los años cincuenta va y le da a su hijo un clíper, el *Palmerston*, y el hijo empieza a comerciar con mercancías chinas desde Cantón, bajo la bandera de Dent & Co. Carver todavía es joven; la verdad, eso de permitir que sea patrón de un barco a su edad es consentirle un capricho... Bueno, pues esto es lo que averigüé. En la primavera de 1854 se lleva a cabo un registro del *Palmerston* cuando está saliendo del puerto de Sídney, pura rutina, y se descubre que Carver se enfrenta a la ley acusado de varios cargos: evasión de impuestos, no presentarse a declarar y un montón de faltas más. Todas ellas son lo bastante insignificantes como para que un juez pueda hacer la vista gorda

si quiere, pero los cargos llegan todos a la vez, y cuando se amontonan así, la ley tiene que actuar. Le caen diez años en Cockatoo, lo cual significa diez años de trabajos forzados, ni más ni menos. Una auténtica deshonra. El padre está furioso. Cancela la propiedad del barco, deshereda al hijo y, de remate, se asegura de mancillar su nombre en todos y cada uno de los muelles y astilleros del Pacífico Sur. Para cuando Francis Carver sale de la cárcel, su reputación no le anda a la zaga a la del capitán Kidd, al menos en círculos marineros. No va a haber ni un armador dispuesto a arrendarle un buque, ni ninguna tripulación dispuesta a acogerlo.

—De modo que adoptó un nombre falso.

—Exacto —dijo Lauderback, recostándose.

—Siento curiosidad por saber por qué solamente adoptó un nombre falso con usted —soltó Gascoigne a la ligera—. A excepción de cuando compró este barco, no parece que haya adoptado el nombre de Wells en ningún otro contexto. A mí, por ejemplo, se me presentó como el señor Francis Carver.

Lauderback lo fulminó con la mirada.

—Ya ha leído usted los periódicos. No me obligue a explicárselo letra por letra. He pedido disculpas públicamente: no pienso volver a hacerlo.

Gascoigne inclinó la cabeza.

—Ah, ya. Carver adoptó el alias de Francis Wells con el fin de explotar el enredo que tuvo usted antaño con la señora Wells.

—Así es —dijo Lauderback—. Dijo que era hermano de Crosbie. Me dijo que estaba ajustando cuentas en nombre de Crosbie, debido a que yo había convertido a su esposa en una mala mujer. Era una táctica intimidatoria, y funcionó.

—Ya entiendo. —Gascoigne se preguntó por qué Lauderback no le habría explicado todo esto de manera tan sensata a Thomas Balfour dos meses atrás.

—Mire —dijo Lauderback—, estoy jugando limpio con usted, señor Gascoigne, y le aseguro que la ley está de mi parte. La ruptura de Carver con su padre es de todos conocida. Tenía miles de motivos para asumir un nombre falso. Vaya, si hasta podría encargarme de que el padre diese testimonio, si fuese necesario. ¿Cómo le iba a sentar eso a Carver?

—No muy bien, me imagino.

—No —gritó Lauderback—. ¡Nada, nada bien!

A Gascoigne esto lo molestó.

—Bueno, señor Lauderback, le deseo suerte para llevar al señor Carver ante la justicia.

—Déjese de palabrerías —le espetó Lauderback—. Hábleme clarito.

—Como quiera —dijo Gascoigne, encogiéndose de hombros—. No hace falta que yo le diga que la demostración de que ha habido provocación no constituye una prueba. No se puede condenar a un hombre por el mero hecho de que se demuestre que tenía buenas razones para cometer el delito en cuestión.

Lauderback se enfureció.

—¿Duda de mi palabra?

—Por supuesto que no —dijo Gascoigne.

—Lo que pasa es que mi caso le parece poco sólido. Cree que llevo todas las de perder.

—Sí. Creo que sería muy imprudente que llevase este asunto a los tribunales. Disculpe que le hable sin rodeos. Naturalmente, sus problemas merecen toda mi compasión.

Pero Gascoigne no sentía la más mínima compasión por Alistair Lauderback. Tendía a reservar esta emoción para personas menos privilegiadas que él, y si bien era capaz de reconocer que la actual situación de Lauderback era digna de lástima, consideraba que la riqueza y el renombre del político lo consolaban con creces de todas las inconveniencias que pudiesen asaltarle a corto plazo. ¡De hecho, a lo mejor a Lauderback no le venía nada mal soportar una pizca de injusticia! Quizá lo volvía mejor político, pensó Gascoigne... quien, al menos en sus valoraciones privadas, tenía algo de autócrata.

—Esperaré al juez —dijo Lauderback—. Seguro que entra en razón.

Gascoigne se metió el sobre en la chaqueta, junto a sus cigarrillos.

—Entiendo que ahora Carver está intentando sacar fondos de su plan de Protección e Indemnización con el objetivo de financiar las deudas que contrajo al deshacerse del buque naufragado.

—Correcto.

—Y usted quiere negarle el acceso a este dinero.

—También correcto.

—¿Con qué argumentos?

Lauderback se puso muy colorado.

—¿Cómo que «con qué argumentos»? —gritó—. ¡Ese hombre me ha estafado, señor Gascoigne! ¡Llevaba planeándolo todo desde el primer momento! ¡Es usted un necio si cree que pienso permitirlo sin presentar batalla! ¿Es eso lo que me sugiere? ¿Que lo permita sin presentar batalla?

—Señor Lauderback, lejos de mí el darle consejos de ningún tipo. Lo único que le señalo es que no parece que se haya infringido ninguna ley. En su carta al señor Garrity, el señor Carver dejó muy claro que está actuando en representación del señor Wells..., puesto que, como sabe, el señor Wells está muerto. Todo indica que Carver, al resolver la cuestión en calidad de apoderado del propietario del barco, no hace sino obrar con caridad, puesto que el propietario no puede hacerlo. No veo que disponga usted de pruebas que lo desmientan.

—Pero ¡no es cierto! —estalló Lauderback—. ¡Crosbie Wells jamás compró ese barco! ¡Francis Carver firmó el maldito contrato con el nombre de otra persona! ¡Es, lisa y llanamente, un caso de falsificación!

—Me temo que eso va a ser muy difícil demostrarlo —repuso Gascoigne.

—¿Por qué?

—Porque, como ya le dicho, no hay pruebas de la auténtica firma de Crosbie Wells. En su cabaña no había papeles de ningún tipo, y su partida de nacimiento y su permiso de explotación no aparecen por ningún sitio.

Lauderback abrió la boca para replicar, y de nuevo pareció cambiar de opinión.

—Anda —dijo de repente Gascoigne—. Se me acaba de ocurrir una cosa.

—¿Qué? —dijo Lauderback.

—Su partida matrimonial. Ahí debe de figurar su firma, ¿no cree?

—Ah. Sí.

—Pero no —dijo Gascoigne, cambiando de idea—, no bastaría: para demostrar la falsificación de la letra de un difunto, hace falta disponer de más de un ejemplo de su firma.

—¿Cuántos harían falta?

Gascoigne se encogió de hombros.

—No conozco la ley, pero me imagino que se necesitarían varios ejemplos de su auténtica firma para demostrar las aberraciones de la falsa.

—Varios ejemplos... —repitió Lauderback.

—Bueno —dijo Gascoigne, levantándose—. Espero por su bien que encuentre algo, señor Lauderback; pero mientras, me temo que me veo en la obligación legal de cumplir la orden del señor Garrity y llevar estos papeles al banco.

Φ

Al salir del Wayfarer's Fortune, el capellán no había acompañado a Anna Wetherell directamente al juzgado. La llevó al hotel Garrick's Head, donde pidió una porción de pastel de pescado —el eterno plato del día— y un vaso de cordial de limón. Le indicó que tomase asiento, le puso delante el plato de comida y le pidió que comiera, cosa que Anna hizo obedientemente y en silencio. Una vez limpio el plato, Cowell le pasó la bebida azucarada desde el otro lado de la mesa.

—¿Dónde está el señor Staines?

La pregunta no pareció sorprender a Anna. Cogió el vaso, tomó un sorbito, hizo una mueca al comprobar su dulzor y después permaneció sentada en silencio, mirándolo.

—Tierra adentro —dijo al fin—. En algún lugar del interior. No sé exactamente dónde.

—¿Al norte de aquí, o al sur?

—No lo sé.

—¿Está siendo retenido contra su voluntad?

—No lo sé.

—Sí que lo sabe —dijo Devlin.

—No lo sé. No le he visto desde enero, y no tengo la menor idea de por qué desapareció como lo hizo. Solo sé que sigue vivo, y que está en algún lugar del

interior.

—Porque ha estado recibiendo mensajes. Dentro de su cabeza.

—La palabra «mensajes» no fue una buena descripción —dijo Anna—. No es la palabra adecuada. Se asemeja más a... una sensación. Como cuando intentas recordar un sueño y te acuerdas de su forma, de su sentido, pero no de los detalles ni de nada definitivo. Y cuanto más intentas recordarlo, más borroso se vuelve.

Devlin tenía el ceño fruncido.

—De modo que tiene una «sensación».

—Sí.

—Tiene la sensación de que el señor Staines está en algún lugar del interior y de que está vivo.

—Sí —repitió Anna—. No puedo darle detalles. Sé que es algún lugar lleno de barro. O frondoso. Algún lugar cerca del agua, solo que no es la playa. El agua se mueve deprisa. Sobre piedras... Verá, en cuanto intento expresarlo con palabras, se me escapa.

—Todo esto suena muy vago, querida.

—No es vago. Estoy segura. Como cuando estás seguro de que has tenido un sueño..., sabes que has soñado..., pero no consigues recordar ningún detalle.

—¿Desde cuándo tiene estas «sensaciones»? ¿Estos sueños?

—Solo desde que dejé de prostituirme. Desde mi desvanecimiento.

—Desde que desapareció Staines, en otras palabras.

—El 14 de enero —dijo Anna—. Fue ese día.

—¿Siempre es igual..., el agua, el barro? ¿El mismo sueño?

—No.

Anna no entró en explicaciones.

—Bueno, ¿qué más? —dijo Devlin para incitarla.

—Oh —dijo, avergonzada—. En realidad, solo sensaciones. Fragmentos.

Impresiones.

—Impresiones ¿de qué?

Anna apartó la mirada.

—Impresiones de mí.

—Me temo que no la entiendo.

Anna puso la palma de la mano boca arriba.

—De lo que piensa de mí. El señor Staines, quiero decir. Con qué sueña cuando me imagina.

—Se ve a sí misma... pero a través de los ojos de Staines.

—Sí. Exactamente.

—¿Debo inferir entonces que el señor Staines la tiene en gran estima?

—Me ama —dijo, y luego, al cabo de un momento, lo repitió—: Me ama.

Devlin la estudió con ojo crítico.

—Entiendo —dijo—. ¿Le ha declarado su amor?

—No. No hace falta. Lo sé de todos modos.

—¿Tiene usted estas sensaciones con frecuencia?

—Con mucha frecuencia —dijo ella—. Él piensa en mí a todas horas.

Devlin hizo un gesto de asentimiento. Por fin empezaba a quedarle clara la situación, y la incipiente claridad hizo que se le cayera el alma a los pies.

—¿Está enamorada del señor Staines, señorita Wetherell?

—Hablamos de ello. La noche de su desaparición. Estábamos diciendo tonterías, y yo dije no sé qué disparate sobre el amor no correspondido y él se puso muy serio, me interrumpió y dijo que el amor no correspondido era imposible; que no era amor. Dijo que el amor había que entregarlo libremente y recibirlo libremente, de suerte que los amantes, al unirse, formen las mitades idénticas de un todo.

—Un sentimiento apasionado —dijo Devlin.

Esto pareció agradar a Anna.

—Sí.

—Pero no le declaró su amor después de decir todo eso.

—No hizo ninguna promesa solemne. Ya lo he dicho.

—Ni usted tampoco.

—No se me presentaron más oportunidades. Esa fue la noche en que desapareció.

Cowell Devlin suspiró. Sí, por fin comprendía a Anna Wetherell, pero lo que comprendía no lo alegraba. Devlin había conocido a muchas mujeres con un mal porvenir y recursos limitados cuyo único modo de salir de la mísera jaula de su desdichada circunstancia era dar alas a la fantasía. Estas fantasías eran invariablemente mágicas —auspicios angelicales, invitaciones al paraíso—, y la historia de Anna, pese a ser conmovedora, traslucía esta misma veta de lo imposible. ¡Estaba claro, dolorosamente claro! ¿El soltero más cotizado de todos los conocidos de Anna profesaba un amor tan profundo y puro que las respectivas diferencias entre ambos se tornaban irrelevantes? ¿No estaba muerto..., solo desaparecido? ¿Le estaba enviando «mensajes» que demostraban la profundidad de su amor... y eran mensajes que tan solo ella podía oír? Era una fantasía, pensó Devlin. Era una fantasía fruto de su imaginación. El muchacho solo podía estar muerto.

—Usted quiere con todas sus fuerzas que el señor Staines la ame, ¿no es verdad, señorita Wetherell?

Anna pareció ofenderse con la insinuación.

—Sí que me ama.

—No era esa mi pregunta.

Anna le miró con los ojos entornados.

—Todo el mundo quiere ser amado.

—Eso es muy cierto —dijo Devlin con tristeza—. Todos queremos que nos amen... y necesitamos que nos amen, pienso yo. Sin amor, no podemos ser nosotros mismos.

—Es usted de la misma opinión que el señor Staines.

—¿Ah, sí?

—Sí. Ese es precisamente el tipo de cosa que él diría.

—Su señor Staines es todo un filósofo, señorita Wetherell.

—Vaya, reverendo —dijo Anna, sonriendo de repente—. Creo que acaba de hacerse un cumplido a sí mismo.

Guardaron silencio unos instantes. Anna tomó otro sorbito de su bebida azucarada, y Devlin, cavilando amargamente, fijó la mirada en la otra punta del comedor del hotel. Al cabo de un rato Anna se llevó la mano al pecho, donde la escritura falsificada seguía en contacto con su piel.

Devlin la dirigió una mirada severa.

—Tiene usted tiempo de sobra para recapacitar —dijo.

—Solo quiero una opinión legal.

—Tiene usted mi opinión de clérigo.

—Sí. «Bienaventurados sean los mansos».

Pareció arrepentirse al instante de su insolencia; un intenso rubor se extendió por su cara y su cuello, y se dio la vuelta. De pronto, Devlin ya no quiso tener nada más que ver con ella. Retiró su silla de la mesa y apoyó las manos en las rodillas.

—La acompañaré hasta la puerta del juzgado y nada más. Lo que haga usted con el documento que obra en su poder ya no es asunto mío. Sepa que no voy a mentir para protegerla. No pienso mentir ante un tribunal de justicia. Si me preguntan, no vacilaré en decir la verdad, que es que usted falsificó esa firma con su puño y letra.

—Está bien —dijo Anna, levantándose—. Muchas gracias por el pastel. Y por el cordial. Y gracias por todo lo que le dijo a la señora Wells.

Devlin también se puso en pie.

—No tiene por qué agradecermelo. Me temo que perdí los estribos. No fue mi mejor momento.

—Estuvo usted maravilloso —dijo Anna; y a continuación dio un paso al frente, le puso las manos en los hombros y le besó muy amablemente en la mejilla.

Φ

Para cuando Anna Wetherell llegó al juzgado de Hokitika, Aubert Gascoigne ya había partido hacia el Banco de la Reserva con el sobre de John Hincer Garrity bien guardado en el bolsillo interior de su chaqueta; asimismo, hacía ya un buen rato que Alistair Lauderback había abandonado el edificio. Anna fue recibida por un abogado de cara colorada llamado Fellowes, al que no conocía. La hizo pasar a un habitáculo que había al fondo del pasillo, donde se sentaron a ambos lados de una sencilla mesa de pino. Anna le entregó el documento chamuscado sin decir una sola palabra. El abogado lo puso sobre la mesa, cuadrándolo con el borde, y después se ahuecó las manos en torno a los ojos para leerlo.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó al cabo Fellowes, alzando la vista.

—Me lo dieron —dijo Anna—. Anónimamente.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Cómo se lo dieron?

—Alguien lo metió por debajo de la puerta —mintió Anna—. Mientras la señora Wells estaba aquí en el juzgado.

—Aquí en el juzgado, recibiendo la noticia de que por fin le han concedido su apelación —dijo Fellowes, con un énfasis escéptico. Volvió al documento—. Crosbie Wells... y Staines es el tipo del que nadie ha tenido noticias... y la señorita Wetherell es usted. Qué extraño. ¿Alguna idea de quién se lo ha podido dar?

—No.

—¿O de por qué?

—No. Supongo que alguien quería hacerme un favor.

—¿Tiene a alguien en mente? ¿Quiere aventurar alguna conjetura?

—No. Solo quiero saber si tiene validez.

—Parece que sí —dijo Fellowes, escudriñando el documento—. Pero no es precisamente un cheque de ventanilla, ¿verdad? Sobre todo tal y como están las cosas... Ya han pasado ocho semanas y el señor Staines sigue desaparecido.

—No lo entiendo.

—Verá, aun en el caso de que esta escritura tuviera validez, nuestro buen amigo el señor Staines ya no dispone de dos mil libras para entregar a su antojo. En vista de su ausencia, se ha procedido a confiscar todos sus bienes. Esto se hizo efectivo el viernes pasado. Suerte tendrá si consigue reunir un par de cientos de libras con lo que le quede.

—Pero la escritura es vinculante —dijo Anna—. A pesar de eso.

El abogado negó con la cabeza.

—Lo que le estoy diciendo, querida muchacha, es que nuestro amigo el señor Staines no puede darle dos mil libras... a no ser que por algún milagro aparezca vivo y con los bolsillos llenos de dinero contante y sonante. Sus concesiones han cambiado de dueño. Las han comprado otros hombres.

—Pero la escritura es vinculante —insistió Anna—. Tiene que serlo.

El señor Fellowes sonrió.

—Me temo que la ley no funciona exactamente así. Piense una cosa. Yo podría extenderle ahora mismo un cheque por valor de un millón de libras, pero eso no significa que usted tenga un millón de libras más si yo tengo los bolsillos vacíos y no tengo a nadie que me sirva de garante, ¿verdad? El dinero siempre ha de salir del bolsillo de alguien, y si todo el mundo tiene los bolsillos vacíos... entonces no hay más que hablar, digan lo que digan.

—El señor Staines tiene dos mil libras —dijo Anna.

—Sí..., bueno, si las tuviera, sería otra historia.

—No. Se lo digo yo. El señor Staines tiene dos mil libras.

—¿Cómo puede ser eso?

—El oro de la cabaña de Crosbie Wells le pertenecía.

Fellowes guardó silencio y la miró fijamente durante unos segundos.

—¿Eso puede demostrarse? —preguntó, con una voz muy distinta.

Anna repitió lo que Devlin le había contado aquella mañana: que el oro se había encontrado fundido y con una firma que identificaba su origen.

—¿Qué mina?

—No recuerdo el nombre —dijo Anna.

—¿De dónde ha sacado esta información?

Anna titubeó.

—Preferiría no decirlo.

Fellowes parecía interesado.

—Podríamos comprobar si es verdad. A fin de cuentas, la fortuna era una parte integrante del patrimonio de Wells, de modo que debería haber un registro en el banco. Me pregunto por qué no se habrá mencionado antes. Puede que alguien del banco lo esté reteniendo.

—Si es verdad, significaría que la fortuna es mía, ¿no? Por la autoridad de este trozo de papel, me pertenecen dos mil libras de la fortuna.

—Señorita Wetherell, un dineral así no cambia de manos tan fácilmente. Me temo que nunca es tan sencillo como cobrar un cheque. Pero le diré que su visita de hoy es una feliz coincidencia. Acaban de aprobar la apelación de la señora Wells, y la parte que le ha tocado está en trámites de liberarse. Me sería muy fácil poner su reclamación en compás de espera, mientras usted y yo resolvemos qué hacer con este papelito.

—Sí —dijo Anna—. ¿Lo hará?

—Si consiente en aceptarme como abogado, haré todo lo que esté en mis manos por ayudar —dijo Fellowes, recostándose—. Mi estipendio es de dos libras semanales, más gastos. Cobro por adelantado, por supuesto.

Anna dijo que no con la cabeza.

—No puedo pagarle por adelantado. No tengo dinero.

—Tal vez pueda sacar algún tipo de préstamo —sugirió Fellowes delicadamente, apartando la mirada—. Me temo que soy muy estricto en todo lo que atañe a las finanzas; no hago excepciones, y no acepto nada a cambio de promesas. No se trata de nada personal; forma parte de mi capacitación, sin más.

—No puedo pagarle por adelantado —repitió Anna—, pero si hace esto por mí le pagaré tres veces su estipendio cuando llegue el dinero.

—¿Tres veces? —Fellowes sonrió dulcemente—. Las acciones judiciales con frecuencia duran mucho tiempo, señorita Wetherell, y a veces sin resultados: no hay ninguna garantía de que el dinero vaya a llegar siquiera. Se tardó dos meses en aprobar el recurso de apelación de la señora Wells, y como bien ha demostrado usted, ¡el asunto aún no está cerrado!

—Tres veces, hasta un techo de cien libras —dijo Anna con firmeza—, pero si da vía libre a los fondos para que disponga de ellos antes de dos semanas, le pagaré doscientas, y en efectivo.

Fellowes arqueó las cejas.

—Madre mía. Esto es muy audaz.

—Forma parte de mi capacitación —dijo Anna.

Pero estas palabras de Anna Wetherell fueron un paso en falso. El señor Fellowes abrió los ojos como platos y se arredró. Caramba, pero si era una puta, pensó... y entonces lo recordó todo. ¡Era la misma puta que había intentado quitarse la vida en la carretera de Kaniere, el día mismo de la desaparición de Staines y de la muerte de Wells! Fellowes llevaba poco tiempo en Hokitika: no conocía a Anna Wetherell de vista, y en su momento no había reconocido su nombre. Tuvo que oír su descarado comentario para saber de repente quién era.

Anna había tomado su turbación por un mero titubeo.

—¿Acepta usted mis términos, señor Fellowes?

Fellowes la miró de arriba abajo.

—Preguntaré en el Banco de la Reserva por esta supuesta fundición. —Su voz era fría—. Si el rumor que oyó resulta ser cierto, redactaremos un contrato; si no lo es, entonces me temo que no podré ayudarla.

—Es usted muy amable.

—En absoluto —dijo Fellowes, bruscamente—. ¿Dónde podré encontrarla dentro de, pongamos, tres horas?

Anna vaciló. No podía regresar al Wayfarer's Fortune esa tarde. No llevaba dinero encima, pero quizá pudiese pedirle a algún viejo conocido que le invitase a un trago en uno de los bares de la calle Revell.

—Volveré aquí y ya está. Volveré y nos veremos aquí.

—Como usted quiera —dijo Fellowes—. Pequemos de cautos y pongamos que a las cinco.

—A las cinco. —Anna alargó la mano para coger el documento chamuscado, pero Fellowes ya estaba abriendo su monedero para guardar el trozo de papel.

—Mejor me lo quedo —dijo—. Solo de momento.

LUNA EN ARIES, CRECIENTE

En el que Te Rau Tauwhare hace un descubrimiento asombroso

Te Rau Tauwhare estaba muy contento mientras cruzaba los bajíos del río Arahura saltando de piedra en piedra, de camino hacia la playa. Había pasado el último mes en el valle Deception con un grupo de agrimensores, y tenía el monedero lleno; además, esa misma mañana se había encontrado un maravilloso bloque de *kahurangi pounamu*, cuyo peso era el causante de los golpetazos que daba el morral contra su espalda a cada paso.

En Mawhera habría llegado el momento de cosechar la *kumara*. Tauwhare lo sabía por la aparición de Whanui en el cielo septentrional: la estrella estaba a ras del horizonte, salía bien pasada la medianoche y se retiraba mucho antes del alba. Los suyos daban a este mes el nombre de *Pou-tu-te-rangi* —El poste que alzó el cielo—, pues de noche *Te Ikaroa* formaba un arco lechoso que se extendía de norte a sur a través de la negra bóveda celeste. Se extendía desde *Whanui*, al norte, y *Autahi*, al sur, y pasaba por la roja joya de *Rehua*, que estaba justo encima: cada noche, por un instante, el cielo se convertía en una brújula perfecta, su aguja una polvorienta franja de estrellas. Al alborear *Whanui*, desenterrarían las cosechas; después era el momento de *Paenga-wha-wha*, cuando se amontonaban los tubérculos en los márgenes de los campos para clasificarlos y contarlos antes de guardarlos en las fosas y en los depósitos hasta la llegada de los meses invernales. Después de *Paenga-wha-wha*, el año llegaba a su fin... o, como decían los *tohunga*, «a una muerte».

Dobló un recodo del río, dejó atrás los bajíos y subió por la orilla. La cabaña de Crosbie Wells iba revistiendo un aspecto cada vez más abandonado a medida que pasaban los días. El óxido había teñido el tejado de hierro de un naranja encendido, y el blanco de la argamasa se había tornado un verde intenso; hacía tiempo que el jardincito que había plantado Wells se había echado a perder. Tauwhare subió con paso resuelto por el sendero, reparando con gran pesar en estas señales de deterioro... y de repente se detuvo.

Había alguien dentro.

Despacio, Tauwhare se acercó y atisbó a través de la puerta abierta la penumbra del interior. Había un cuerpo acurrucado en el suelo, o muerto o dormido. Estaba tumbado de lado, con las rodillas pegadas al pecho y el rostro vuelto hacia el otro lado. Tauwhare se acercó más. Vio que era un hombre y que vestía chaqueta y pantalón en lugar de la piel de topo de los mineros, y, mientras le miraba, la tela que

le cubría las costillas se movía muy levemente, subiendo y bajando con la cadencia de la respiración. Dormido, por tanto.

Tauwhare cruzó la puerta, cuidándose de que su sombra no cayese sobre el cuerpo del hombre y lo despertase. En silencio, fue bordeando la pared que tenía detrás para echar un vistazo al rostro del durmiente. Era muy joven. Su cabello era una oscura maraña de suciedad y grasa; su tez casi parecía blanca por contraste. El rostro habría sido hermoso de no haber reflejado tan claramente los estragos de las privaciones. Unas manchas violáceas salpicaban sus párpados, y tenía profundas ojeras bajo sus ojos hundidos. Su aliento era inquieto e irregular. Tauwhare recorrió con la mirada el cuerpo del muchacho. El traje estaba prácticamente hecho jirones y a todas luces llevaba muchas semanas sin cambiárselo, pues estaba cubierto por un denso mosaico de barro y polvo. El abrigo, no obstante, había sido bueno en otros tiempos, era evidente, y el pañuelo, tieso de barro, también tenía un corte elegante.

—¿Señor Staines? —susurró Tauwhare.

Los ojos del joven se abrieron.

—Hola. Hola, qué tal.

—¿Señor Staines?

—Sí, soy yo —dijo el joven con una voz aguda y muy clara. Irguió la cabeza—. Disculpe. Disculpe. ¿Estamos en tierra maorí?

—No —respondió Tauwhare—. ¿Hace cuánto que está aquí?

—¿No es tierra maorí?

—No.

—Necesito estar en tierra maorí. —Emery Staines se incorporó trabajosamente. Tenía el brazo izquierdo pegado al pecho de una manera extraña.

—¿Por qué? —preguntó Tauwhare.

—Enterré una cosa. Al lado de un árbol. Pero todos los árboles me parecen iguales y me temo que estoy en un brete. Gracias a Dios que ha venido..., no sabe cuánto se lo agradezco.

—Desapareció usted...

—Tres días, tal vez. —Staines se desplomó de nuevo—. Creo que fue hace tres días. Se me han mezclados los días: parece que no consigo ponerlos en orden. Se olvida uno de marcar las horas cuando está solo. Pero escuche, ¿podría echarle un vistazo a esto, por favor?

Se bajó el cuello de la camisa y Tauwhare vio que la oscura mancha de su pañuelo era en realidad la pegajosa brea de la sangre vieja. Tenía una herida justo encima de la clavícula, e incluso a esa distancia Tauwhare pudo ver que era una herida muy grave. Había empezado a pudrirse. El centro de la herida era negro, e irradiaba un haz de rayas rojas. Tauwhare vio unas motas negras de quemaduras de pólvora que resaltaban sobre el blanco de su pecho, y dedujo que solo podía tratarse de una herida de bala. Era evidente que alguien había disparado a Emery Staines a muy corta distancia, hacía ya bastante tiempo.

—Necesita medicina —dijo Tauwhare.

—Exactamente. Exactamente. ¿Podría usted traérmela? Le quedaría sumamente agradecido. Pero me temo que no conozco su nombre.

—Me llamo Te Rau Tauwhare.

—¡Es usted maorí! —dijo Staines, pestañeando como si lo viera por primera vez. Bizqueó y enseguida volvió a enfocar la mirada—. ¿Estamos en tierra maorí?

Tauwhare señaló hacia el este.

—La tierra maorí está allí arriba —dijo.

—¿Allí arriba? —Staines miró hacia donde apuntaba Tauwhare—. ¿Por qué está aquí abajo, entonces, si su territorio está allí arriba?

—Esta es la casa de mi amigo. Crosbie Wells.

—Crosbie, Crosbie —repitió Staines, cerrando los ojos—. Lo timaron, ¿no es así? Santo cielo, mira que bebe ese hombre. Es un barril sin fondo. Bueno, y ¿dónde está? ¿Se ha ido por ahí a buscar oro?

—Está muerto —dijo Tauwhare.

—Lo lamento muchísimo —farfulló Staines—. Un duro golpe. Y usted era su amigo... ¡su gran amigo! Y Anna... Permítame que le dé el pésame... Pero ya he olvidado su nombre.

—Te Rau.

—Eso es. Eso es. —Hizo una pausa, abatido por el agotamiento, y luego dijo—: No le importará llevarme allí, ¿verdad que no, amigo? ¿Verdad que no le importa?

—¿Adónde?

—A la tierra de los maoríes —dijo Staines, cerrando de nuevo los ojos—. Verá, he enterrado un inmenso montón de oro en tierra maorí, y si me ayuda, no tendré inconveniente en darle una pizca. Le daré lo que quiera. Lo que usted quiera. Recuerdo el lugar con pelos y señales: hay un árbol. El oro está al pie del árbol. —Abrió los ojos de nuevo y clavó en Tauwhare una mirada suplicante y borrosa.

Tauwhare lo intentó de nuevo.

—¿Dónde ha estado, señor Staines?

—Buscando mi bonanza. Sé que está en tierra maorí..., pero no hay nada que señale la tierra maorí, ¿no? No hay vallas de ningún tipo que la delimiten. Siempre se ha dicho que un hombre no se puede perder en la Costa Occidental porque siempre hay montañas a un lado y el océano al otro..., pero se conoce que me he hecho un pequeño lío, Te Rau. Te Rau se dice, ¿no? Sí. Sí. He estado perdido.

Tauwhare dio un paso al frente y se arrodilló. Desde tan cerca, la herida tenía todavía peor aspecto. En el centro de la negrura había una gruesa costra, a cuyo través asomaba un brillo amarillento. Alargó la mano y tocó la piel de la mejilla de Staines para tomarle la temperatura.

—Tiene fiebre. Es una herida muy grave.

—No lo vi venir —dijo Staines, mirándolo fijamente—. Yo acababa de desembarcar, sí, y era un ingenuo. Nada se le nota tanto a un hombre como la

bisoñez. No lo vi venir. ¡Cielos, Tauwhare, qué gusto da verlo! Lamento muchísimo todo este lío. Lamento muchísimo lo de su amigo Crosbie. De veras. ¿Qué tipo de medicina me ha dicho que tiene?

—Se la voy a traer. Espere aquí.

Tauwhare no tenía muchas esperanzas. El muchacho decía incoherencias, y estaba demasiado enfermo como para ir a Hokitika por su propio pie; habría que llevarlo hasta allí en una litera o en una carreta, y Tauwhare había visto lo suficiente del hospital de Hokitika para saber que los hombres iban allí a morir, no a curarse. El lugar tenía un techado de lona, y los muros eran de la más simple tabla; el cortante viento tasmano se colaba por las grietas del entablado, provocando con cada ráfaga una nueva cacofonía de toses y sibilancias. Apestaba a mugre y enfermedad. No había agua fresca ni ropa de cama limpia, y solo tenía una sala. Los pacientes estaban obligados a dormir hacinados, y a veces incluso a compartir cama.

—A partes iguales... —estaba diciendo el muchacho—. Me pareció lo justo: la mitad para usted, la mitad para mí. Va y me dice, qué, ¿nos asociamos?

Tauwhare estaba calculando la distancia para sus adentros. Podía ir a Hokitika caminando a paso rápido, avisar al doctor Gillies, alquilar un carro o algún tipo de carreta y regresar, como muy pronto, en tres horas..., pero ¿en tres horas daría tiempo? ¿Sobreviviría el muchacho? La hermana de Tauwhare había muerto de fiebre, y en sus últimos días había ofrecido un aspecto muy semejante al que tenía Staines en estos momentos: los ojos brillantes, a la vez animosa y desmadejada, soltando disparates y mezclando las palabras. Si se marchaba, se arriesgaba a que el muchacho muriese. Pero ¿qué podía hacer si se quedaba? De pronto, con aire resuelto, agachó la cabeza y pronunció una *karakia* por la recuperación del joven.

—*Tutakina i te iwi, tutakina i te toto. Tutakina i te iko. Tutakina i te uaua. Tutakina kia u. Tutakina kia mau. Tenei te rangi ka tutaki. Tenei te rangi ka ruruku. Tenei te papa ka wheuka. E rangi e, awhitia. E papa e, awhitia. Nau ka awhi, ka awhi.*

Levantó la cabeza.

—¿Es un poema? —dijo Staines, mirándolo fijamente—. ¿Qué significa?

—He pedido que sane su herida. Ahora iré a por medicina. —Se quitó el morral, sacó su petaca y se la puso al muchacho en las manos.

—¿Es opio? —preguntó, tiritando levemente—. Yo ni lo he probado, pero hay que ver cómo te destroza..., como llevar una espina clavada en cada dedo y una cuerda atada al corazón..., y no dejas de sentirlo. Erre que erre. Erre que erre. Seguro que usted me invitaría a una bocanada de humo. Estoy convencido. Es un buen tipo.

Tauwhare se quitó el sobretodo de lana y lo echó sobre las piernas del joven.

—Solo hasta que encuentre ese árbol que está en tierra maorí —siguió diciendo Staines—. Podrá quedarse con tantas onzas como le plazca. Pero el que busco es el de buena calidad. ¿Va a ir al boticario? Pritchard tiene mi cuenta. Pritchard no está mal. Pídaselo a él. No he probado una pipa en mi vida.

—Esto es agua. —Tauwhare señaló la petaca—. Beba.

—Qué increíblemente amable es usted. —El muchacho cerró los ojos de nuevo.

—Quédese aquí —dijo con firmeza Tauwhare. Se levantó—. Yo me voy a Hokitika a informar de dónde se encuentra. Volveré muy pronto.

—Solo una pizquita del bueno —dijo Staines mientras Tauwhare salía de la cabaña. Sus ojos seguían cerrados—. Y cuando vuelva nos iremos a rastrear todo ese oro. O mejor empezamos con el opio... sí. Hay que hacer las cosas bien. ¡Esta sed sí que es un amor no correspondido! Pero ¿es amor, cuando no es correspondido? Santo cielo. Medicina, dice. ¡Y eso que el tipo es maorí!

MARTE EN ACUARIO

En el que Sook Yongsheng visita a una antigua conocida y Francis Carver imparte consejos

Sook Yongsheng, después de pagar a Brunton, Solomon & Barnes las cinco libras de su adquisición, había ido a esconderse. El tendero que cargó la pistola había desconfiado abiertamente de sus intenciones, aunque aceptó el billete sin una queja: después se despidió de Ah Sook en la puerta del establecimiento, y en las dos ocasiones en que Ah Sook miró por encima del hombro lo vio allí plantado, cruzado de brazos y mirándolo con cara de pocos amigos. ¿Un chino que compraba un revólver con dinero en efectivo, que pagaba al contado, que se negaba a dar más de cinco libras exactas por el artículo y que pedía que le cargasen el arma en la tienda? No era del tipo de sospechas que uno se callaba. Ah Sook sabía perfectamente que para cuando llegase a la esquina de las calles Weld y Tancred la maquinaria de los rumores habría entrado en funcionamiento, y a toda velocidad. Necesitaba un lugar donde esconderse hasta la puesta del sol, momento en el cual se aventuraría a ir, al amparo de la oscuridad, a la última habitación de la planta baja del hotel Crown.

No había nadie en Hokitika de quien Ah Sook se fiase lo suficiente como para pedir ayuda. Desde luego, de Anna no: ya no. Tampoco de Mannering. Ni de Pritchard. No tenía trato con ninguno de los demás asistentes al conciliábulo del Crown, excepto con Ah Quee, quien, naturalmente, estaría en Kaniere buscando oro. Por un momento pensó en alquilar una habitación en alguno de los hoteles de peor fama de la zona este de la ciudad..., pero ni siquiera ahí podría garantizarse el anonimato; nada garantizaba que los propietarios no fuesen a hablar. Su presencia en Hokitika un lunes por la mañana ya era lo bastante llamativa como para encima añadir las malas lenguas. Mejor no confiar en la discreción ajena, pensó. Así pues, resolvió llevarse la pistola al callejón que había entre las calles Revel y Tancred, en paralelo a ambas. El callejón formaba un paso lleno de baches que comunicaba las parcelas traseras de los almacenes y hoteles de la calle Revell, que daban al oeste, con las parcelas traseras de las cabañas de la calle Tancred, que daban al este. Había sobradas oportunidades para camuflarse, y estaba lo bastante centrado como para tener puntos de acceso y de salida en todas partes. Y lo mejor de todo era que el lugar solo lo frecuentaban a ratos los repartidores y los carteros que servían a los hoteles.

En la parcela de atrás de un comercio de vinos y licores, Ah Sook encontró un escondite. Alguien había apoyado un trozo de chapa de zinc sobre un retrete exterior, formando una especie de cobertizo abierto por ambos extremos. Estaba protegido del

callejón por un enorme arbusto de lino, y de la parte de atrás del almacén del comercio por la bomba del retrete. Ah Sook entró a gatas en este espacio triangular y se sentó con las piernas cruzadas. Seguía sentado en esta misma postura tres horas después, cuando el señor Everard bajó corriendo por la calle Revell anunciando a voz en cuello a los pregoneros que George Shepard había emitido una orden de arresto contra un chino.

Al oír las palabras del señor Everard, Ah Sook se estremeció de la cabeza a los pies. Ahora ya podía estar seguro de que Francis Carver estaba advertido. Pero Ah Sook contaba con una ventaja que Carver no sospechaba, que no podía sospechar: gracias a la confianza de Walter Moody, sabía exactamente dónde encontrar a Carver, y cuándo. Con orden de arresto o sin ella, ¡George Shepard aún no lo había arrestado! Ah Sook se quedó escuchando hasta que se desvanecieron los ecos del grito que había resonado por la calle Revell, y entonces, sonriendo vagamente, cerró los ojos.

—¿Qué haces ahí?

Ah Sook dio un respingo. Ante él, con la mano apoyada en la puerta del retrete, había un mugriento joven de unos veinticinco años de edad, vestido con una chaqueta cruzada y una camisa sin cuello.

—No sé si sabes que está prohibido quedarse aquí —dijo el joven, con gesto amenazador—. Es propiedad privada. Pertenece al señor Chesney. Uno no puede meterse donde le dé la gana.

—¿Con quién hablas, Ed? —dijo otra voz, desde el almacén.

—Hay un chino aquí sentado. Junto al retrete.

—¿Un qué?

—Un chino.

—¿Está usando el retrete?

—No —gritó el joven—. Solo está sentado a un lado.

—Bueno, pues dile que circule.

—Largo de aquí —dijo el joven, dándole un golpe suave con la puntera de la bota—. Largo de aquí. No puedes quedarte.

—¿Qué has dicho que estaba haciendo, Ed? —dijo de nuevo la voz del almacén.

—Nada —respondió el joven—. Está sentado, nada más. Tiene una pistola.

—¿Una qué?

—Una pistola, he dicho.

—¿Y qué está haciendo con ella?

—Nada. Por lo que veo, no está causando problemas.

Una pausa.

—¿Ya se ha ido?

—Largo de aquí —repitió Ed a Ah Sook, haciendo un gesto con la mano—. Largo de una vez.

Por fin Ah Sook se puso en marcha, y, saliendo de debajo de la chapa de zinc, se

escabulló, sintiendo en todo momento la mirada perpleja del joven sobre sus espaldas. Se agachó para pasar por debajo de una cuerda de tender y, con la cabeza baja y la pistola pegada al pecho, entró en las caballerizas que había detrás del hotel Imperial. Oía a avena. Por encima de los relinchos y el piafar de los caballos, oía que los dos hombres seguían hablando a voces, y que hablaban de él. Sabía que a no mucho tardar comenzaría la persecución; tenía que esconderse, y deprisa, antes de que alguien diese la voz de alarma. Ah Sook se fue corriendo al fondo de las caballerizas y atisbó por encima de la puerta del establo. Recorrió con la mirada la hilera de parcelas, las cocinas anexas del fondo, las puertas de servicio para los repartidores, los excusados, las fosas de los desechos. ¿Dónde estaría más seguro? Su mirada se detuvo en el pequeño grupo de edificios que formaban el campamento de policía, y entre ellos, en la cabaña de madera donde vivía George Shepard. El corazón le dio un vuelco. «Bueno, ¿por qué no?», pensó, súbitamente audaz. «Es el último lugar de Hokitika en el que a nadie se le ocurriría buscarme».

Cruzó el senderito que unía las caballerizas con la valla del campamento de policía, se acercó a la puerta de la cocina de George Shepard y llamó con urgencia. Mientras aguardaba una respuesta echó un vistazo furtivo en derredor; pero el callejón estaba completamente vacío, y tampoco había nadie en los patios que flanqueaban el lugar donde se hallaba. A no ser que hubiese alguien mirando desde alguno de los hoteles —cosa harto posible, pues el cristal ondulado impedía que se viesen sus interiores—, nadie podría ver que estaba en la sombra del cobertizo de George Shepard, pistola en mano.

—¿Quién es? —preguntó una voz de mujer al otro lado de la puerta—. ¿Quién es?

—Para Margaret —dijo Sook Yongsheng, pegando la boca a la madera.

—¿Quién?

—Para Margaret Shepard.

—Pero ¿quién es? ¿Quién llama?

Le pareció que también ella había pegado la boca a la madera; puede que estuviese arrimada al otro lado de la puerta.

—Sook Yongsheng —respondió. Se hizo un silencio y añadió—: Por favor.

La puerta se abrió, y allí estaba ella.

—Margaret —dijo Ah Sook, lleno de emoción. Hizo una reverencia.

Solo cuando ya se hubo erguido se permitió mirarla bien. Al igual que Lydia Wells, apenas parecía haber cambiado nada desde su último encuentro, en el juzgado de Sídney, cuando ofreció el testimonio —¡el falso testimonio!— que le había salvado la vida. Su cabello lucía ahora una franja plateada por en medio, y se le había encrespado de tal suerte que los escasos mechones que se escapaban de la redecilla formaban una neblina en torno a su cabeza. Aparte de esta pequeña muestra del paso de los años, sus rasgos eran más o menos los mismos: los mismos ojos asustados y llorosos; los mismos dientes salidos; la misma nariz rota, de puente ancho; los

mismos labios poco definidos; la misma mirada de susto y aprensión. ¡Hasta qué punto remueve la memoria ver un rostro familiar! En un abrir y cerrar de ojos, Ah Sook la vio sentada en la silla del testigo, juntando con esmero sobre el regazo sus manos enguantadas, mirando al juez con ojos parpadeantes, tosiendo dos veces en un pedazo de batista y guardándoselo en el puño del vestido, juntando de nuevo las manos. Diciendo una mentira para salvarle la vida.

La señora Shepard lo miraba fijamente.

—¿Qué diablos...? —dijo de pronto entre dientes, y soltó una risa que casi fue un hipido—. Señor Sook, ¿qué... qué diablos? Pesa sobre usted una orden de arresto..., ¿lo sabía? ¡George ha ordenado su detención!

—¿Puedo pasar? —Ah Sook llevaba la pistola pegada a la cadera, y se había puesto de medio lado para ocultarla: la señora Shepard aún no la había visto.

Mientras hablaba, una ráfaga de aire se coló por la puerta abierta e hizo vibrar ruidosamente las paredes interiores de la casa. Se veía el viento soplando sobre el percal estirado.

—Deprisa —dijo la mujer—. Venga, deprisa.

Lo hizo pasar a empujones y cerró la puerta.

—¿Por qué ha venido? —susurró.

—Es usted muy buena, Margaret.

El rostro de la señora Shepard se descompuso.

—No. No.

Ah Sook asintió con un gesto.

—Es usted muy buena.

—Me pone usted en un compromiso terrible —susurró—. ¿Quién le garantiza que no voy a mandar avisar a George? ¡Debería! Hay una orden de arresto... y yo no tenía ni idea, señor Sook. Hasta esta mañana ni siquiera tenía ni idea de que estuviese usted aquí. ¿Por qué ha venido?

Ah Sook, moviéndose lentamente, se sacó la pistola de detrás de la espalda.

La señora Shepard se llevó la mano a la boca.

—Usted me va a esconder.

—No puedo —dijo ella, sin quitarse la mano de la boca. Clavó la vista en el revólver—. No sabe usted lo que me está pidiendo, señor Sook.

—Me va a esconder hasta que anochezca. Por favor.

La señora Shepard movió un poco los labios, como si se estuviese mordisqueando la palma, y después apartó bruscamente la mano.

—¿Adónde piensa ir cuando anochezca?

—A quitarle la vida a Carver —dijo Ah Sook.

—¡Carver...!

La señora Shepard gimió y se alejó a paso rápido, agitando la mano como para indicarle que apartase la pistola de su vista.

Ah Sook no se movió.

—Por favor, Margaret.

—Jamás me imaginé que volvería a verlo —dijo—. Jamás me imaginé...

Fue interrumpida. Se oyeron unos golpecitos en la puerta; esta vez, en la puerta principal, en el otro extremo de la cabaña.

A Margaret Shepard se le cortó la respiración; por un instante, Ah Sook temió que fuese a vomitar. Entonces se abalanzó sobre él, empujándole el pecho con ambas manos.

—Pase —susurró, frenética—. Entre en el dormitorio. Métase debajo de la cama. Desaparezca de la vista. Pase. Pase. ¡Pase!

Lo metió a empellones en el dormitorio que compartía con el alcaide. Era un dechado de pulcritud, con sus dos cómodas, su cama con armazón de hierro y su tracto en punto de cruz clavado al bastidor de encima de la cabecera. Ah Sook no tuvo tiempo de echar un vistazo. Se arrodilló y se escurrió debajo de la cama, sin soltar la pistola. La puerta se cerró; la habitación quedó a oscuras. Ah Sook oyó pisadas por el pasillo, y después que se abría el pestillo. Se puso de costado. A través de la pared de calicó que tenía al lado, vio que se abría un cuadrado de luz y que irrumpía en él un pedazo de oscuridad, nublando el centro. Ah Sook sintió el repentino frío del viento.

—Buenas tardes, señora Shepard. Vengo buscando a su marido. ¿Está en casa?

Ah Sook se puso rígido. Conocía la voz.

Margaret Shepard debía de haber negado con la cabeza, porque Francis Carver preguntó de nuevo.

—¿Le importaría decirme dónde puedo encontrarlo?

—En la obra, señor. —Su voz era poco más que un susurro.

—¿En Seaview, entonces?

—Sí, señor.

Ah Sook acunó la Kerr Patent entre sus manos. Nada sería más fácil que salir culebreando de debajo de la cama, levantarse y apretar la boca del revólver contra la pared. El cartucho desgarraría las paredes de calicó como si nada. Pero ¿cómo podía asegurarse de que no heriría a la señora Shepard? Miró la zona oscura, intentando imaginar dónde acababa la sombra de Carver y comenzaba la de la señora Shepard.

—Hay una alerta —estaba diciendo Carver—. Shepard acaba de dar una orden de arresto. Nuestro viejo amigo Sook está en la ciudad. Anda suelto y va armado.

La mujer del alcaide no dijo nada. En el dormitorio, Ah Sook empezó a salir de debajo de la cama.

—Es a mí a quien está buscando —dijo Carver.

No hubo respuesta. Quizá la señora Shepard se había limitado a asentir con un gesto.

—La verdad es que su marido me ha hecho un favor al dar la alerta —prosiguió Carver—. Hágale saber que se lo agradezco.

—Lo haré.

Parecía como si Carver se resistiese a marcharse.

—Corre el rumor de que está en Hokitika desde finales del año pasado. Nuestro amigo común. Usted debe de haberlo visto.

—No —susurró ella.

—¿No lo ha visto, o no lo sabía?

—No lo sabía. Hasta... hasta esta mañana.

En el dormitorio, apuntando todavía con la pistola a la sombra del calicó, Ah Sook se arrodilló y a continuación se puso en pie. Empezó a avanzar hacia la pared. Siladeaba la pistola..., si disparaba de soslayo y no de frente...

—Pues George sí lo sabía —estaba diciendo Carver—. Hace ya tiempo que lo sabe. Ha estado vigilándolo. ¿No se lo dijo?

—No —susurró la señora George.

Otra pausa.

—Supongo que es lógico —dijo Carver.

Ah Sook había llegado hasta el marco de madera de la entrada del dormitorio. Estaba más o menos a seis pies de distancia del cuadrado de luz que era la puerta principal; la sábana doble de calicó era lo único que se interponía entre él y Francis Carver. ¿Iría Carver armado? No había otro modo de saberlo más que abriendo la puerta y encarándose con él..., pero si lo hacía perdería unos segundos preciosos y la ventaja de la sorpresa. Y, aun así, no se atrevía a disparar por miedo a herir a la señora Shepard. Escudriñó las siluetas que asomaban a la tela, intentando ver dónde estaba la mujer. ¿La puerta se abría a la izquierda o a la derecha?

Pareció que la negrura de la sombra del calicó se espesaba ligeramente.

—Lleva usted pagando por ello toda su vida —dijo Carver—. ¿No cree?

Silencio.

—Y nunca es suficiente.

Silencio.

—Lo que él quiere no es que usted haga penitencia. Hágame caso, señora Shepard. No es su penitencia lo que quiere. Lo que quiere es algo que él pueda hacer con sus propias manos. George Shepard quiere venganza.

La señora Shepard por fin habló.

—George aborrece la idea de la venganza. Dice que es brutal. Dice que la venganza es un acto de resentimiento, no de justicia.

—Tiene razón —dijo Carver—. Pero todo el mundo está resentido por algo.

El pedazo de oscuridad de la puerta se difuminó hasta disolverse, y Ah Sook escuchó que las pisadas de Carver se alejaban. La puerta de la casa se cerró, y se oyó un repiqueteo cuando la señora Shepard echó el pestillo y la cadena. Después, unas pisadas más suaves cada vez más cercanas, y la puerta del dormitorio se abrió. La señora Shepard miró primero a Ah Sook, sobresaltada, y después a la pistola que tenía en la mano.

—¡Qué necio! —dijo—. ¡A plena luz del día! ¡Y con el sargento a dos pasos de

aquí!

Ah Sook no dijo nada. De nuevo pareció que la señora George iba a hipar. Subió la voz a un tono que era mitad susurro y mitad chillido.

—¿Está usted en sus cabales? ¿Qué cree que me ocurriría a mí, a mí, si matase a ese hombre en mi puerta? ¿Cómo pudo... cree que..., con el sargento de guardia a dos pasos de aquí..., sin un..., y George...? ¡Qué diablos!

Ah Sook se sintió avergonzado.

—Lo siento —dijo, dejando caer las manos.

—Me colgarían. Me colgarían. Ya se encargaría George de ello.

—No ha pasado nada.

La histeria de la mujer se transformó inmediatamente en amargura.

—No, no ha pasado nada.

—Lo siento mucho, Margaret.

Y era verdad que lo sentía. Quizá había perdido su oportunidad. Quizá la señora Shepard lo pondría ahora de patitas en la calle, o haría sonar la campanilla para avisar a su marido, o llamaría al sargento... y a él lo detendrían, mientras que Carver camparía a sus anchas.

La señora Shepard dio un paso y le quitó el revólver de la mano. Lo cogió solo un momento antes de dejarlo, con cuidado, sobre la estantería, asegurándose de que el cañón apuntaba en la otra dirección. Después vaciló unos instantes, sin mirarlo. Respiró profundamente varias veces. Ah Sook esperó.

—Se quedará aquí hasta que anochezca —dijo al cabo, y en voz baja. Seguía sin mirarlo—. Se quedará debajo de la cama hasta que oscurezca y pueda marcharse sin peligro.

—Margaret...

—¿Qué? —susurró ella, reculando a la vez que echaba un rápido vistazo a la lámpara y después a la cabecera de la cama—. ¿Qué?

—Gracias —dijo Ah Sook.

La señora Shepard escudriñó su rostro y a continuación bajó rápidamente la mirada a su pecho y a su estómago.

—Con esa túnica se le ve a la legua —murmuró—. Es usted un chino de cabo a rabo. Espere aquí.

A los diez minutos volvió con una chaqueta y un pantalón colgados del brazo y un sombrero de ala ancha en la mano.

—Pruébese esto. Voy a meter el bajo del pantalón, y le dejaré una camisa de la cárcel. O sale de aquí pareciendo un inglés, señor Sook, o no sale.

NGA POTIKI A REHUA / LOS HIJOS DE ANTARES

En el que el señor Staines se toma su medicina y la señorita Wetherell sufre una caída

Te Rau Tauwhare llegó a la botica de Pritchard a las tres y media; a las cuatro en punto, Pritchard y él se hallaban sentados en una calesa de alquiler, dirigiendo a un par de caballos hacia el norte tan deprisa como se lo permitía el vehículo. Pritchard, medio incorporado, con la cabeza descubierta y actitud temeraria, fustigaba a los caballos con tanto brío que echaban espumarajos por la boca. En el bolsillo de su chaqueta había un bulto: un frasco lleno de láudano, cuyo denso chapoteo revestía el interior del cristal de una aceitosa aguada que se diluía, para después espesarse, cada vez que las ruedas de la calesa pasaban sobre una piedra. Tauwhare iba agarrado al respaldo del pescante con ambas manos, esforzándose por no marearse.

—Y ha dicho que quiere que vaya yo —se decía Pritchard para sus adentros, entusiasmado—. El médico no, ¡yo!

Φ

Charlie Frost, interpelado por el abogado Fellowes, respondió con la verdad. Sí, la fortuna de la cabaña de Crosbie Wells ya había pasado por la retorta cuando la encontraron. La fundición era obra del orfebre chino Quee Long, que hasta la mañana de hoy había sido el único minero contratado para explotar la mina del señor Staines, la Aurora. El señor Fellowes anotó todo en su libreta, y agradeció muy cortésmente su ayuda al joven bancario. Después sacó la escritura de donación chamuscada que le había dado Anna Wetherell, y se la entregó sin mediar palabra desde el otro lado del escritorio.

Frost le echó un vistazo y se quedó estupefacto.

—Está firmada.

—¿Cómo dice? —preguntó Fellowes.

—Emery Staines ha firmado este documento en algún momento de los dos últimos meses —dijo Frost con firmeza—. A no ser que la firma sea falsa, claro... pero conozco su letra: es su rúbrica. La última vez que vi este papel había un espacio en blanco junto a su nombre. No había firma.

—Entonces, ¿está vivo? —dijo el abogado.

Φ

Benjamin Löwenthal, al entrar en la calle Collingwood, se sorprendió al ver que la botica de Pritchard estaba cerrada a cal y canto, con una tarjeta en la ventana que decía que el establecimiento estaba cerrado. Se acercó a la parte trasera del edificio, donde se encontró al ayudante de Pritchard, un chico llamado Giles, leyendo un periódico en los escalones.

—¿Dónde está el señor Pritchard?

—Ha salido —respondió el chico—. ¿Qué es lo que quería?

—Píldoras para el hígado.

—¿Receta renovada?

—Sí.

—Ya lo atiendo yo. Entre por aquí atrás.

El muchacho dejó a un lado el periódico, y Löwenthal lo siguió por el laboratorio de Pritchard hasta la tienda.

—Es muy raro en él, esto de abandonar su oficina un lunes por la tarde —dijo Löwenthal mientras el chico se disponía a prepararle el pedido.

—Se marchó con un nativo.

—¿Tauwhare?

—No sé cómo se llama. Vino todo acalorado. No hará ni dos horas. Le dijo algo al señor Pritchard, y acto seguido el señor Pritchard me mandó alquilar una calesa para los dos y salieron pitando hacia el Arahura como un par de bandoleros.

—No me digas. —Löwenthal sintió curiosidad—. ¿Y no averiguaste el motivo?

—No. Pero el señor Pritchard se llevó un frasco entero de láudano, y también un puñado de pólvora. El nativo dijo: «Necesita medicina»; oí que lo decía. Pero no dijo quién. Y el señor Pritchard no dejaba de repetir una cosa que no conseguí entender.

—¿Qué cosa?

—La bala de la puta —dijo el muchacho.

Φ

—Pero bueno, ¡Anna Wetherell!

El tono de Clinch no fue tanto de sorpresa como de estupefacción.

—Hola, Edgar.

—Pero ¿qué haces aquí? ¡Bienvenida seas, por supuesto! Pero ¿qué haces aquí? —Salió de detrás de su escritorio.

—Necesito un lugar donde quedarme un rato. Hasta las cinco. ¿Puedo abusar de tu hospitalidad por unas horas?

—Abusar, dices; ¡de abusar, nada! —exclamó Clinch, acercándose a estrechar sus manos—. ¡Vaya..., sí, por supuesto, por supuesto! ¡Anda, entra en mi oficina! ¿Un té? ¿Con galletas? Qué alegría verte. ¡Qué delicia! ¿Dónde está tu patrona? Y ¿adónde tienes que ir a las cinco?

—Tengo una cita en el juzgado —dijo Anna, soltando educadamente las manos y

dando un paso atrás.

La sonrisa de Clinch se desvaneció al instante.

—¿Te han citado a declarar? —dijo, angustiado—. ¿Te van a juzgar?

—En absoluto. He contratado a un abogado, nada más. Por voluntad propia.

—¡Un abogado!

—Sí. Voy a impugnar la reclamación de la viuda.

Clinch no salía de su asombro.

—¡Bueno! —dijo, sonriendo de nuevo para disimular su desconcierto—. ¡Bueno! Me lo tienes que contar todo, Anna; venga, vamos a tomarnos un té. Qué felicidad que hayas venido.

—Me alegro. Temía haberte ofendido.

—¡Cómo ibas tú a ofenderme! —exclamó Clinch—. Cómo ibas..., pero ¿por qué? —De pronto lo entendió—. Vas a impugnar la reclamación que hizo la viuda..., la reclamación de la fortuna.

Anna asintió.

—Hay un documento que me nombra heredera.

—¿Ah, sí? —dijo Clinch, estremeciéndose—. ¿Firmado y todo?

—Fue hallado en su fogón. En el fogón de Crosbie Wells. Alguien intentó quemarlo.

—Pero ¿está firmado?

—Dos mil libras —dijo Anna—. Ah..., siempre has sido como un padre para mí, Edgar..., no me importa decírtelo. ¡Quiso que fuera un regalo! Dos mil libras, de regalo y a tocateja. Me ama. ¡Siempre me ha amado!

—¿Quién? —preguntó agriamente Edgar Clinch, pero ya lo sabía.

Φ

Cuando volvía a la oficina del periódico, Löwenthal oyó que alguien lo llamaba. Se volvió y vio que Dick Mannering se estaba acercando a grandes zancadas con un papel doblado bajo el brazo.

—Tengo una noticia jugosa para ti, Ben. Aunque puede que ya te hayas enterado. ¿Quieres oír una noticia jugosa?

Löwenthal frunció el ceño, perplejo.

—¿De qué se trata?

—Corre el rumor de que el alcaide Shepard ha emitido una orden de arresto contra el señor Sook. ¡Al parecer, el señor Sook se presentó esta mañana en Hokitika y pagó un arma militar con dinero en efectivo! ¿Qué te parece?

—¿Tiene intención de utilizarla?

—¿Por qué iba nadie a comprar una pistola si no es para utilizarla? —dijo Mannering con tono jovial—. Apuesto a que habrá un tiroteo en plena calle. Un tiroteo... ¡al estilo americano!

—Yo también tengo noticias —dijo Löwenthal a la vez que enfilaban la calle Revell y dirigían sus pasos hacia el sur—. Otro rumor... y no menos jugoso que el tuyo.

—¿Sobre nuestro amigo el señor Sook?

—Sobre nuestro amigo el señor Staines.

Φ

Quee Long estaba cortando verduras para la sopa en su choza del Barrio Chino cuando oyó un ruido de cascos cada vez más cercano, y después a alguien que gritaba: «Hola». Se acercó a la entrada y apartó con una mano la cortina de arpillera.

—Eh, tú —dijo el hombre, que acababa de desmontar y estaba en el umbral—. Te reclama la justicia. Tengo que llevarte al juzgado de Hokitika.

Quee Long puso las manos en alto.

—No soy Ah Sook. Soy Ah Quee.

—Sé de sobra quién eres y es a ti a quien busco. Venga, espabila y date prisa. Hay un calesín esperando. Venga.

—Ah Quee —repitió.

—Sé quién eres —dijo el hombre—. Ahora muévete. Te ha citado el señor John Fellowes, en nombre del juzgado de primera instancia.

Φ

Al salir del Banco de la Reserva, el señor Fellowes se pasó por Nilssen & Co. a ver a Harald Nilssen. Se encontró al comisionista en su oficina, preparando un balance en nombre de George Shepard. Era una tarea aburrida, y Nilssen se alegró de la interrupción..., es decir, se alegró hasta que el abogado le entregó el contrato chamuscado con las firmas de Emery Staines y Crosbie Wells. Nilssen se puso lívido.

—¿Había visto este documento con anterioridad? —preguntó Fellowes.

Pero Nilssen era un hombre que aprendía de sus errores.

—Antes de responderle —dijo con cautela—, quisiera saber quién lo envía y qué pretende de mí.

El abogado asintió con la cabeza.

—Me parece justo. Esta mañana, una fuente anónima hizo llegar este documento a la señorita Wetherell. Lo coló por debajo de la puerta mientras su patrona estaba ausente. Es un dineral considerable, y todo parece indicar que acabará en su bolsillo, como puede ver. Pero tiene todas las trazas de una artimaña. No sabemos quién lo envió... ni por qué.

Nilssen ya había traicionado una vez a Cowell Devlin; no iba a hacerlo una segunda.

—Entiendo. —Su semblante permaneció impassible—. De modo que está usted

trabajando para la señorita Wetherell.

—Yo no me trato con putas —dijo Fellowes con tono cortante—. Solo estoy investigando un poco, nada más. Tanteando el terreno.

—Por supuesto —murmuró Nilssen—. Disculpe.

—Usted fue quien vació la cabaña de Crosbie Wells —continuó el abogado—. Lo único que quiero saber es si este papel se hallaba entre sus pertenencias cuando lo avisaron para que fuese a vaciar el lugar.

—No, no estaba —respondió sinceramente Nilssen—. Y vaciamos la cabaña de arriba abajo: le doy mi palabra.

—De acuerdo. Gracias.

Fellowes se puso en pie, y Nilssen hizo lo propio. Justo entonces la campana de la capilla wesleyana dio la hora: las cinco menos cuarto.

—Una donación espléndida, por cierto —dijo Fellowes mientras se disponía a marcharse—. Su contribución a la nueva cárcel de Seaview. Espléndida.

—Gracias —dijo Nilssen ásperamente.

—En los tiempos que corren, no es frecuente encontrarse con un hombre auténticamente caritativo. Permítame que lo elogie por ello.

Φ

—¿Señor Staines?

El joven pestañeó, abrió los ojos, vio todo borroso, enfocó la mirada y acabó posándola en Joseph Pritchard, que estaba en cuclillas a su lado.

—Vaya, si es Pritchard. El boticario.

Pritchard alargó la mano con delicadeza y retiró el cuello de la camisa de Staines para descubrir la herida ennegrecida que había debajo. El muchacho no protestó. Sus ojos escudriñaron el rostro del boticario mientras este le examinaba la herida.

—¿Ha conseguido arañar un cacho? —susurró Staines.

Pritchard se puso serio.

—Un cacho ¿de qué?

—Un cacho de resina. Usted me dijo que me daría un cacho.

—He traído una cosa que le quitará el ansia —dijo secamente Pritchard—. Le ha cogido gusto al opio, ¿eh? Sí que es fea esta herida.

—Gusto al opio —repitió el muchacho—. Dije que era como una espina. ¿Sabe? No llegué a oír el disparo. En ese momento yo estaba dentro del ataúd.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Cuándo comió por última vez?

—Hace tres días —respondió Staines—. ¿Tres días? Qué amable es usted. Demasiado bueno. Debió de ser a medianoche. Me apetecía dar un paseo.

—Ha perdido el juicio —dijo Pritchard.

—Sí —asintió Tauwhare—. ¿Se va a morir?

—No parece que esté muy flaco. —Pritchard tocó la mejilla y la frente de Staines

con el dorso de la mano—. Al menos, alguien lo ha estado alimentando... o se las ha apañado para rebuscar comida entre la basura, dondequiera que haya estado. ¡Dios mío! Ocho semanas. Este hombre no se ha mantenido solo con rezos.

Staines posó la mirada en Tauwhare, que estaba detrás de Pritchard.

—Los maoríes son unos guías excelentes —dijo, sonriendo—. Seguro que le va a ir muy bien.

—Escuche —dijo Pritchard a Staines, tapándole de nuevo la herida con el cuello de la camisa—. Tenemos que subirle a la calesa. Vamos a llevarlo a Hokitika para que el doctor Gillies pueda sacarle esa bala del hombro. Cuando lo hayamos subido a la calesa le daré algo para calmarle el ansia. ¿De acuerdo?

El muchacho tenía la cabeza caída hacia delante.

—Hokitika —murmuró—. Anna Magdalena.

—Anna está en Hokitika, esperándolo —dijo Pritchard—. Venga, vamos. Cuanto antes, mejor. Estará en la ciudad antes de que anochezca.

—Escribió un aria para ella —dijo el muchacho—. Como muestra de amor. Yo jamás prometí nada.

Pritchard levantó el brazo sano de Staines, lo pasó por su hombro y se levantó. Tauwhare lo sostuvo por la cintura, y entre los dos lo sacaron de la cabaña y lo subieron a la calesa. El muchacho seguía murmurando. Tenía la piel resbaladiza por el sudor, y estaba ardiendo. Lo instalaron en el pescante de modo que Pritchard y Tauwhare pudieran sentarse cada uno a un lado e impedir que cayera hacia delante, y Tauwhare le arropó las piernas con su abrigo de lana. Por fin, Pritchard se sacó el frasco de láudano del bolsillo y lo abrió.

—Me temo que está muy amargo, pero le calmará el ansia —dijo, a la vez que sostenía la nuca de Staines con la mano ahuecada y le acercaba la botellita a la boca—. Ya está. Ya está. Entra bien, ¿no? Un trago más. Ya está. Uno más. Ahora recuéstese, señor Staines, y cierre los ojos. Se dormirá en un santiamén.

Φ

Alistair Lauderback, nada más salir del juzgado de Hokitika, se había dirigido inmediatamente a la oficina del consignatario Thomas Balfour. Lanzó su copia del contrato de venta del *Godspeed* sobre el escritorio de Balfour y se sentó sin que nadie se lo pidiera.

—¡Sigue dale que te pego, Tom! ¡Francis Carver sigue dale que te pego! ¡Me va a estar chupando la sangre hasta el maldito día de mi muerte!

Balfour tardó un buen rato en encontrarle sentido a esta declaración histriónica, en entender plenamente el plan de Protección e Indemnización con el que se había asegurado el *Godspeed* y, por último, en aventurar su opinión de que quizá Lauderback debería darse por vencido, al menos en este asalto. Francis Carver, al parecer, lo había derrotado. La ambigua firma era una muestra de ingenio que

Lauderback no podría impugnar fácilmente, y en cuanto a la póliza de seguros del *Godspeed*, Carver tenía todo el derecho legal a retirar esos fondos, y el señor Garrity ya había estimado conveniente dar el visto bueno a la transacción. Pero el político se resistía a aceptar tan sensato consejo, y siguió suspirando, tirándose de los pelos y maldiciendo a Francis Carver. A eso de las cinco hacía ya mucho tiempo que a Balfour se le había agotado la paciencia.

—No soy yo con quien debe hablar —dijo al fin—. No tengo ni idea de los pormenores de la ley. No soy yo con quien debería estar hablando.

—¿Con quién entonces?

—Vaya a hablar con el comisionista.

—Está de viaje.

—¿Y qué me dice del juez?

—¡En vísperas de las elecciones! ¿Está usted loco?

—Entonces, Shepard. Enséñele esto a Shepard y a ver qué opina él.

—El señor Shepard y yo no estamos a buenas —repuso Lauderback.

—Bien, vale —dijo Balfour, exasperado—, pero ¡Shepard no está a buenas con Carver, no lo olvide! Quizá por eso mismo pueda echarle un cable.

—¿Qué problema tiene Shepard con Carver? —preguntó Lauderback.

Balfour frunció el ceño.

—Carver cumplió su condena con Shepard. Shepard era sargento penitenciario en Cockatoo Island, en Port Jackson, y Carver cumplió allí su condena.

—Ah —dijo Lauderback.

—¿No lo sabía?

—No. ¿Por qué iba a saberlo?

—Por nada, simplemente suponía que sí —dijo Balfour.

—Pero ¡si apenas conozco a George Shepard! —dijo Lauderback, rotundamente.

Φ

Aubert Gascoigne había completado su tarea en el Banco de la Reserva a media tarde; cuando el reloj dio las cinco, ya estaba de regreso en el juzgado, haciendo un informe de las sesiones de la jornada para el *West Coast Times*. Se sorprendió cuando la puerta del vestíbulo se abrió y dio paso a Anna Wetherell.

Anna, sin embargo, se limitó a saludarlo de pasada mientras avanzaba hacia el señor Fellowes para estrecharle la mano. Cruzaron varias palabras que Gascoigne no pudo oír, y después el abogado le hizo una seña para que entrase a un despacho privado y cerró la puerta.

—¿Qué hace Anna con Fellowes? —preguntó Gascoigne a su colega Burke.

—Ni idea. Se pasó por aquí antes, cuando estabas en el banco. Quería hablar de un asunto privado con un abogado.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no me pareció una noticia —dijo Burke—. Vaya, ahí está el alcaide Shepard.

George Shepard se acercaba por el vestíbulo con paso resuelto.

—Señor Gascoigne, señor Burke. Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—He venido a recoger una orden de arresto contra un chino.

—Ya la tiene, señor.

Burke se fue a buscar la orden. Shepard, los brazos en jarras y los dedos tamborileando sobre su cadera, esperó con impaciencia contenida. Gascoigne tenía la vista clavada en la puerta del despacho de Fellowes. De pronto, al otro lado, se oyó un golpazo sordo, semejante al ruido de un cuerpo cayendo por unas escaleras.

—¡Echénme una mano..., vengan a echar una mano! —se oyó gritar a Fellowes.

Gascoigne cruzó el vestíbulo en dirección al despacho y abrió la puerta. Anna Wetherell estaba tumbada boca abajo, los ojos cerrados y la boca entreabierta; el abogado Fellowes estaba de rodillas a su lado, sacudiéndole el brazo.

—Fuera de combate —dijo Fellowes—. ¡Se ha desplomado sin más! ¡Cayó de bruces, justo encima de la mesa! —Se volvió hacia Gascoigne, suplicante—. ¡Yo no he hecho nada! ¡No la he tocado!

El alcaide se les había acercado por detrás.

—¿Qué pasa aquí?

Gascoigne se arrodilló y se inclinó sobre Anna.

—Respira. Levantémosla. —Gascoigne la incorporó, asombrado de lo delgadas y consumidas que se le habían quedado las extremidades. Anna echó la cabeza hacia atrás, y él se la sostuvo con el hueco del codo.

—¿Se ha dado un golpe en la cabeza?

—No, en absoluto —dijo Fellowes, que parecía muy asustado—. Simplemente, se cayó de lado. Parece borracha. Pero cuando entró no parecía que estuviera borracha. Juro que no la he tocado.

—Quizá se haya desmayado.

—A ver, ustedes dos, utilicen la mollera —intervino Shepard—. Puedo oler el láudano desde aquí.

Gascoigne también lo olía: denso y amargo. Deslizó un dedo en la boca de Anna y le abrió la mandíbula.

—No hay manchas. Si fuese láudano, tendría la lengua marrón, ¿no? Tendría los dientes manchados.

—Llévenla a la cárcel —dijo Shepard.

Gascoigne frunció el ceño.

—Quizá mejor al hospital...

—A la cárcel —le cortó Shepard—. Estoy harto de esta puta y de su teatro. Llévenla al campamento de policía y encadéñenla a la barandilla. Y siéntenla derecha, para que pueda respirar.

Fellowes no paraba de mover la cabeza.

—No sé qué ha podido pasar. Estaba completamente sobria, de repente se queda adormilada y luego va y...

La puerta del recibidor se abrió de nuevo.

—Un tal señor Quee pregunta por el señor Fellowes —se oyó.

Burke había regresado.

—Disculpe, señor Shepard —dijo—. Aquí tiene la orden de arresto del señor Sook.

—¿El señor Quee? —dijo Gascoigne, dándose la vuelta—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Llévense a la puta —ordenó el alcaide.

Φ

Sook Yongsheng, tumbado en el suelo debajo de la cama de George Shepard, estaba oyendo que la campana de la capilla wesleyana daba las cinco y media cuando alguien llamó nuevamente a la puerta de la cabaña. Ladeó la cabeza y estuvo atento a los pasos de Margaret Shepard, que cruzó el pasillo con sigilo, subió el pestillo y quitó el cerrojo. El cuadrado de luz de la pared de calicó volvió a ensancharse, y sintió el fresco soplo del aire de la calle. La luz era ahora más azul y menos intensa, y la sombra de la entrada era de un gris apagado.

—La señora Shepard, ¿me equivoco?

—Sí, soy yo.

—Quisiera hablar unos minutos con su marido. ¿Está disponible?

—No —dijo Margaret Shepard, por segunda vez aquel día—. Se ha ido al juzgado a resolver un asunto.

—Qué lástima. ¿Puedo esperarle?

—Mejor será que pida una cita.

—Así que entiendo que no es probable que regrese.

—A menudo pasa la noche en Seaview. Y a veces se queda a jugar al billar en la ciudad.

—Ah, entiendo.

Sook Yongsheng no conocía la voz de Alistair Lauderback, pero por el tono y el volumen notaba que el hombre era una persona de cierta autoridad.

—Discúlpeme por haberla molestado —prosiguió Lauderback—. ¿Me haría el favor de decirle a su marido que me he pasado por aquí?

—Sí, por supuesto.

—Sabe quién soy yo, ¿no?

—El señor Lauderback —susurró ella.

—Muy bien. Dígale que me gustaría hablar sobre un conocido común. Francis Carver, se llama.

—Se lo diré.

«Ese hombre habrá muerto antes de que amanezca», pensó Sook Yongsheng. La puerta se cerró de nuevo; el dormitorio quedó a oscuras.

Φ

Cowell Devlin le hizo un sitio a Anna Wetherell en un rincón de la cárcel del campamento de policía, sin dejar de pensar que ofrecía un aspecto mucho más miserable que dos meses atrás, justo después de atentar contra su propia vida. No estaba febril, como en aquel entonces, y no farfullaba en sueños ni se movía agitadamente... y sin embargo así, dormida y vestida con su traje negro de luto, daba mucha más pena. Qué flaca estaba. Devlin le puso las esposas muy a pesar suyo, y lo más flojas que pudo. Le pidió a la señora Shepard que trajese una manta para ponérsela debajo de la cabeza. La orden fue obedecida en silencio.

—¿Qué significa esto? —le preguntó a Gascoigne mientras doblaba la manta sobre su rodilla—. He visto a Anna esta misma mañana. ¡Yo mismo la acompañé al juzgado! ¿Se fue directa adonde Pritchard a comprar una ampolla de la cosa esa?

—El comercio de Pritchard está cerrado —dijo Gascoigne—. Lleva toda la tarde cerrado.

Devlin sostuvo la cabeza de Anna con la palma de la mano y deslizó la manta por debajo.

—Y entonces, ¿de dónde se ha sacado una ampolla de láudano, por el amor de Dios?

—Puede que ya la tuviera.

—No —repuso Devlin—. Cuando se fue del Wayfarer's Fortune esta mañana, no llevaba ningún tipo de bolso ni de monedero. Ni siquiera llevaba dinero encima, que yo sepa. Alguien ha debido de dársela. Pero ¿por qué?

Gascoigne se moría de ganas de saber por qué había ido Cowell Devlin al Wayfarer's Fortune esa mañana y lo que había sucedido allí; pero mientras rumiaba cómo decírselo educadamente, se oyó el traqueteo de una calesa y a continuación unos gritos.

—¡Ah de la casa! ¡Soy Jo Pritchard y traigo a Emery Staines!

El pasmo de Devlin fue tal que su rostro asumió un aspecto casi cómico. Gascoigne ya había salido a la carrera para cuando el capellán se puso en pie; se abalanzó tras él y vio, en el patio, a Joseph Pritchard, que estaba bajando del pescante de una calesa y llevando a los caballos a que los atasen al poste de la cárcel. En el asiento de la calesa iba Te Rau Tauwhare, rodeando con ambos brazos a un muchacho muy pálido y con los ojos hundidos. Devlin miró fijamente al muchacho. ¿De modo que este era Emery Staines..., este ser exangüe e insignificante? Era mucho más joven de lo que se había imaginado. Vaya, pero si apenas tendría veintiún años... tal vez incluso menos. Era poco más que un niño.

—Tauwhare lo encontró escondido en la cabaña de Wells —explicó bruscamente Pritchard—. Está muy enfermo, como pueden ver. Échennos una mano para bajarlo.

—¡No irá a meterle en la cárcel! —exclamó Devlin.

—Claro que no —dijo Pritchard—. Va al hospital. Necesita que el doctor Gillies lo vea inmediatamente.

—No lo haga —intervino Gascoigne.

—¿Cómo? —Pritchard pareció confuso.

—No durará ni una hora si lo llevan allí —aclaró Gascoigne.

—Pues desde luego a su casa no podemos llevarlo —dijo Pritchard.

—Entonces búsqúenle un hotel. Búsqúenle una habitación en algún sitio. Cualquier lugar es mejor que el hospital.

—Échennos una mano —repitió Pritchard—. Y mientras tanto, que alguien vaya a por el doctor Gillies. Él tendrá la última palabra.

Ayudaron a bajar a Emery Staines de la calesa.

—Señor Staines. ¿Sabe dónde se encuentra? —preguntó Pritchard.

—Anna Magdalena —farfulló—. ¿Dónde está Anna?

—Anna está aquí mismo —dijo Cowell Devlin—. Esta ahí dentro.

Los ojos de Emery Staines se abrieron.

—Quiero verla.

—No está en su sano juicio —dijo Pritchard—. No sabe lo que dice.

—Quiero ver a Anna —manifestó el muchacho, súbitamente lúcido—. ¿Dónde está? Quiero verla.

—A mí me parece coherente —señaló Gascoigne.

—Métanlo dentro —dijo Devlin—. Solo hasta que llegue el médico. Venga, eso es lo que él quiere. Métanlo en la cárcel.

EL MALÉFICO MAYOR

En el que Sook Yongsheng escucha el inicio de una conversación

Ah Sook estaba agachado en la parcela que había detrás del hotel Crown, con la espalda apoyada contra la madera del edificio, las rodillas dobladas y las manos ahuecadas en torno a su Kerr Patent. Parecía un hombre completamente distinto del que había adquirido la pistola aquella mañana. Margaret Shepard le había cortado la trenza y le había ensombrecido la barbilla y la garganta con betún negro, con el que también le había espesado las cejas; le había conseguido una chaqueta raída, una camisa de preso de tela cruzada y un pañuelo rojo para el cuello. Con el ala del sombrero doblada y el cuello de la chaqueta subido, no parecía chino en absoluto. Al recorrer las trescientas yardas que separaban el campamento de policía del Crown, a nadie le había llamado la atención; ahora, agachado en la parcela, rodeado de oscuridad, resultaba prácticamente invisible.

Dentro del hotel había dos personas hablando: un hombre y una mujer. Sus voces le llegaban claramente a través del hueco que había entre el postigo y el marco de la ventana.

—Parece que ha salido bien —estaba diciendo el hombre—. Protegido e indemnizado.

—Todavía sueñas preocupado —dijo la mujer.

—Sí.

—¿De qué dudas? ¡El dinero ya casi está en tus manos!

—Ya sabes que no me fío de los tipos que no tienen contactos. No he podido rascar ninguna información sobre el tal Gascoigne. Arribó en Hokitika poco antes de las Navidades. Pescó un trabajo en el juzgado sin ningún problema. Vive solo. No tiene amigos, que se sepa. Tú dices que no es más que un dandi. Y yo lo que digo es: ¿cómo sé yo que no lo ha colocado Lauderback?

—Un contacto sí que tiene. Se trajo a un amigo a la inauguración del Wayfarer's Fortune, recuerdo. Un tipo de aire aristocrático.

—¿Y cómo se llama el amigo?

—Walter Moody.

—¿No será el hijo de Adrian Moody?

—Eso fue lo primero que pensé yo también. Lo cierto es que hablaba con el tono cantarín de los escoceses.

—Pues ya está, seguro que están emparentados.

Se oyó un tintineo de vasos.

—Lo vi justo antes de marcharme de Dunedin —siguió el hombre—. A Adrian, quiero decir. Borracho como una cuba.

—Y buscando camorra, seguro —dijo la mujer.

—No me gustan los hombres que pierden el control.

—No —convino la mujer—, y Adrian Moody es de la peor calaña: es de esos a los que les encanta que los ofendan, porque así pueden dar rienda suelta a su ira... y es que no saben cómo soltarla de otro modo. Es un buen hombre cuando está sobrio.

—Sea como sea, si el tal Gascoigne está a partir un piñón con un miembro de la familia Moody, debería servirnos. Su consejo debería servirnos.

—No puede decirse que haya un gran parecido de familia. La madre debía de tener unos rasgos muy marcados.

El hombre rio.

—Tú nunca andas escasa de opiniones, Greenway. Si hay algo que siempre tienes a mano, es una opinión.

Hubo otra pausa.

—De hecho, vino en el *Godspeed* —dijo al cabo la mujer.

—¿Moody?

—Sí.

—No. Imposible.

—¡Francis! No me llesves la contraria. Él mismo me lo dijo aquella tarde.

—No. No había nadie con el apellido Moody. Solo había ocho pasajeros, y revisé el papel. Me habría acordado de ese apellido.

—Quizá se te pasó por alto —dijo la mujer—. Ya sabes que no aguanto que me lleven la contraria. No discutamos.

—¿Cómo se me iba a pasar por alto el apellido Moody? Vaya, es como que se te pase por alto el apellido Hanover, o... o... Plantagenet.

La mujer rio.

—¡Yo no compararía precisamente a Adrian Moody con un linaje real!

Ah Sook oyó el crujido de una silla y movimiento sobre las tablas del suelo.

—Solo me refería a que me habría saltado a la vista. ¿A ti se te pasaría por alto el apellido Carver?

La mujer chasqueó la lengua.

—Si de algo no tengo dudas es de que dijo que había venido en el *Godspeed*. Lo recuerdo con nitidez. Intercambiamos unas palabras al respecto.

—Hay algo que no encaja —dijo el hombre.

—A ver, ¿tienes la lista de pasajeros? Seguro que habrá un ejemplar del *Times*, de cuando arribó el barco. ¿Por qué no lo compruebas?

—Sí. Tienes razón. Aguarda un momento; voy a mirar en la sala de fumadores. Conservan una montonera de periódicos viejos sobre el secreter.

La puerta se abrió y se cerró.

La lámpara de la habitación contigua se encendió, iluminando una esquina de la parcela con un débil resplandor amarillo. Carver estaba en la sala de fumadores del hotel Crown... y lejos de Lydia Wells, por fin. Ah Sook se incorporó un poco. A través de la ventana vio que Carver estaba de espaldas a la puerta, revolviendo los periódicos del secreter. Por lo que podía ver, no había nadie más en la habitación. En el dormitorio, Lydia Wells se puso a canturrear una tonadilla.

Ah Sook se levantó. Con la Kerr Patent pegada al muslo, y con todo el sigilo que le permitían sus botas de minero, se deslizó por la parte trasera de la casa hasta la puerta de servicio. Se metió en el callejón... y se quedó helado.

—Tira el arma.

Al fondo del callejón, con el rostro en sombra y una pistola de mango largo en la mano, estaba el alcaide, George Shepard. Ah Sook no se movió. Sus ojos se posaron sobre la pistola de Shepard para volver después a su rostro.

—Tírala. Si no, te disparo. Tira el arma ahora mismo.

Ah Sook seguía sin decir nada; tampoco se movió.

—Te vas a arrodillar y vas a dejar tu revólver en el suelo —dijo Shepard—. O lo haces ahora mismo, o morirás. Arrodíllate.

Ah Sook se puso de hinojos, pero no soltó la Kerr Patent. Su dedo se tensó sobre el percutor.

—Te coseré a balazos antes de que te dé tiempo a amartillar y apuntar. No te equivoques. Tira el arma.

—Margaret —dijo Ah Sook.

—Sí. Me dio el aviso.

Ah Sook movió la cabeza; no se lo podía creer.

—Es mi mujer —dijo Shepard secamente—. Y fue mujer de mi hermano antes que mía. Supongo que te acordarás de mi hermano. Deberías.

—No. —De nuevo, el dedo de Ah Sook se tensó sobre el percutor.

—¿No te acuerdas de él? ¿O será que piensas que no deberías acordarte?

—No —dijo Ah Sook, tercamente.

—Permíteme que te refresque la memoria. Murió en el White Horse Saloon de Darling Harbour de un tiro en la sien. ¿Lo recuerdas ahora? Su nombre era Jeremy Shepard.

—Me acuerdo.

—Bien —dijo el alcaide—. Yo también.

—Yo no lo asesiné.

—Ya veo que sigues con la misma cantinela de siempre.

—Margaret —volvió a decir Sook Yongsheng, que seguía de rodillas.

—¡Francis!

—Calla un momento. Calla.

—¿Qué intentas oír?

—Calla.

—Yo no oigo nada.

—Ni yo tampoco. Mejor así.

—Ha sido muy cerca.

—Pobrecita mía. ¿Te ha asustado?

—Solo un poco. Pensé que...

—No lo pienses. Lo más probable es que solo haya sido un accidente. Alguien limpiando su arma.

—No pude evitar imaginarme a ese horrible chino.

—No va a hacer nada. Se irá derechito al Palace, y antes de que amanezca lo habrán detenido.

—Mira que le has tenido miedo, Francis.

—Ven aquí.

—No pasa nada. No pasa nada. Ya estoy recuperada. A ver qué has encontrado.

—Aquí. —Se oyó un frufrú de papeles—. Mira. McKitchen, Morely, Parrish. ¿Lo ves? Ocho en total... y el tal Walter Moody no aparece mencionado por ningún sitio.

Hubo un breve silencio mientras Lydia Wells repasaba el periódico y comprobaba la fecha.

—Qué extraño, mentir sobre esto —dijo Carver—. Sobre todo cuando su socio surge de la nada unas semanas más tarde y se pone a darme palique sobre lo del seguro. Solo soy un tipo que informa a otro sobre lagunas legales, dijo.

—Uno de estos nombres debe de ser falso si es cierto que había ocho pasajeros en total y que Walter Moody era uno de ellos.

—Ocho, y sé qué ha sido de todos y cada uno de ellos. Esa misma tarde la gabarra los llevó a tierra... seis horas, puede que siete, antes de que volcásemos.

—Entonces debió de usar un nombre falso.

—¿Y por qué iba a hacer eso?

—Bueno, entonces puede que mintiera cuando dijo que había venido en el *Godspeed*.

—¿Y para qué?

Era evidente que Lydia Wells tampoco podía responder a esto, pues al cabo de unos instantes dijo:

—¿En qué estás pensando, Francis?

—Estoy pensando en escribir una carta a mi viejo amigo Adrian.

—Sí, hazlo —dijo la señora Wells—. Y yo haré algunas indagaciones por mi cuenta.

—El dinero del seguro llegó a destino. Gascoigne cumplió lo prometido.

—Vayamos a la cama —dijo Lydia Wells poco después.

—Has tenido un día duro.

—Muy duro.

—Al final todo saldrá bien.

—Esa chica se va a llevar lo que se merece. También yo quisiera llevarme lo que me merezco, Francis.

—Qué pesada se te debe de hacer la espera.

—No sabes cuánto.

—Mm.

—¿Tú no estás harto también de esperar?

—Bueno..., no puedo presumir de ti por la calle como me gustaría.

—¿Y cómo presumirías de mí?

Carver guardó un breve silencio antes de responder.

—Pronto serás la señora Carver —dijo en voz baja.

—A eso aspiro —dijo Lydia Wells, y después ninguno dijo nada durante un buen rato.

EQUINOCCIO

En el que los amantes siguen durmiendo sin oír el alboroto

George Shepard dio orden de que llevasen el cadáver de Sook Yongsheng a su despacho del campamento de policía y lo amortajasen en el suelo. La muerte confería un aspecto aún más truculento a la barbilla y la garganta embetunadas; la señora George, mientras metían el cadáver, respiró profundamente, como si por dentro estuviera esforzándose por mantener el equilibrio en medio de un vendaval. Cowell Devlin, al llegar de la cárcel del campamento, contempló el cadáver con horror. El sombrerero evocaba al ermitaño, Crosbie Wells, a quien dos meses antes habían amortajado exactamente de la misma manera..., de hecho, sobre la misma sábana de muselina, con los labios un poco entreabiertos y un destello blanco asomando por un ojo cuyos párpados no se habían cerrado bien. Devlin tardó unos instantes en darse cuenta de quién era realmente el muerto.

—El disparo fue mío —dijo con calma Shepard—. Estaba apuntando a Carver con su pistola. Lo iba a disparar por la espalda, a través de la ventana. Lo pillé justo a tiempo.

Devlin recuperó por fin el habla.

—¿No podría haberlo... desarmado?

—No. En ese momento, no. Era su vida o la de Carver.

Margaret Shepard dejó escapar un sollozo.

—Pero no entiendo... —Devlin la miró a ella y después a Shepard—. ¿Qué hacía apuntando a Carver con una pistola?

—Quizá puedas aclarar la confusión del capellán, Margaret. —George Shepard se dirigió a su mujer, que sollozó por segunda vez—. Reverendo, voy a necesitarlo para cavar otra tumba.

—Habría que enviar su cuerpo a los suyos —dijo Devlin, frunciendo el ceño.

—Este no tiene a nadie.

—¿Cómo lo sabe?

—Una vez más, quizá debería preguntárselo a mi esposa.

—¿Señora Shepard? —dijo Devlin, con tono indeciso.

Margaret soltó un gritito ahogado y se cubrió el rostro con ambas manos.

Shepard se volvió hacia ella.

—Serénate. No seas chiquilla.

La mujer se apartó inmediatamente las manos de la cara.

—Disculpe, reverendo —susurró, sin mirarlo. Estaba muy pálida.

—No se preocupe —dijo Devlin, frunciendo el ceño—. Está usted impresionada, nada más. Tal vez debería acostarse.

—George —susurró Margaret.

—Considero que hoy has cumplido con tu deber —dijo el alcaide, mirándola fijamente—. Te elogio por ello.

Al oír esto, a la señora Shepard se le descompuso el rostro. Se llevó las manos a la boca y salió corriendo de la habitación.

—Le ruego que la disculpe —le dijo el alcaide a Devlin cuando se quedaron solos—. Mi esposa tiene un temperamento voluble, como puede ver.

—No la critico. —A Devlin las relaciones entre Shepard y su mujer lo inquietaban en extremo, pero sabía que no debía expresar sus temores—. Es natural sentirse sobrecogido en presencia de los muertos. Más aún cuando se comparte una historia con el fallecido.

Shepard tenía la vista clavada en el cuerpo de Sook Yongsheng.

—Devlin —dijo al cabo de un momento, mirándolo—, ¿le apetece tomarse un trago conmigo?

Devlin se sorprendió: el alcaide jamás le había propuesto nada semejante.

—Sería un gran honor —aceptó, hablando todavía con cautela—. Pero podríamos ir al salón... o salir al porche, donde no perturbaremos el descanso de la señora Shepard.

—Sí. —Shepard se acercó al mueble de los licores—. ¿Le apetece brandy o whisky? Tengo las dos cosas.

—Bueno, la verdad es que hace muchísimo que no pruebo una gota de whisky —dijo Devlin, de nuevo sorprendido—. Un poco de whisky estaría muy bien.

—El que tengo es Kirkliston. —Shepard cogió la botella y la puso en alto—. Es pasable. —Apiló dos vasos, los agarró con su manaza y le hizo un gesto a Devlin para que abriese la puerta.

El patio del campamento de policía estaba desierto y oscuro, y hacía frío. Los edificios de enfrente tenían los postigos cerrados y sus habitantes estaban en la cama; el viento había amainado al atardecer y la tranquilidad era casi perfecta, el silencio como la superficie de un estanque. El único sonido procedía de las polillas que se chocaban contra el globo de cristal que colgaba de una ménsula junto a la puerta de la cabaña. Cada vez que una polilla caía en espiral a la llama salía un chisporroteo de luz, y después, al quemarse el cuerpo, un olor polvoriento y acre.

Shepard colocó los vasos sobre el pasamanos de la barandilla y sirvió el whisky.

—Margaret era la esposa de mi hermano —dijo, pasándole uno de los vasos a Devlin y apurando el otro—. Mi hermano mayor. Jeremy. Me casé con ella cuando él murió.

—Gracias —murmuró Devlin, aceptando el vaso y acercándose el licor a la nariz. El alcaide había sido demasiado modesto: el whisky era más que pasable. En

Hokitika, una botella de Kirkliston costaba dieciocho chelines, y el doble siempre que escaseaban los licores.

—El White Horse Saloon —estaba diciendo el alcaide—. Así se llamaba el lugar. Una taberna en los alrededores de Darling Harbour. Un tiro en la sien.

Devlin tomó un sorbo de whisky. El sabor era ahumado y ligeramente mohoso; le recordaba a la carne curada, los libros nuevos, los graneros y el clavo.

—Así que me casé con su esposa —continuó Shepard, sirviéndose otro trago—. Era mi deber moral. Yo no soy como mi hermano, reverendo, ni en temperamento ni en gustos. Él era un disoluto. No es que quiera elogiarme por contraste, pero la diferencia entre nosotros se comentaba a menudo. Se venía comentando desde nuestra infancia. Yo no sabía prácticamente nada de su matrimonio con Margaret. Era camarera. No era una belleza, como usted bien sabe. Pero me casé con ella. Cumplí con mi deber. Me casé con ella y me encargué de mantenerla tras la pérdida sufrida, y juntos esperamos a que se celebre el juicio.

Devlin asintió en silencio, clavando la mirada en su whisky, dándole vueltas al vasito en la mano. Estaba pensando en Sook Yongsheng, yerto sobre el suelo: la barbilla y la garganta embadurnadas de betún negro; las cejas ensanchadas, como las de un payaso.

—Pobre Jeremy, era una bestia —dijo Shepard—. Yo nunca sentí admiración por él, y por lo que me consta, él tampoco por mí. Era un matón terrible. Yo ya me imaginaba que, tarde o temprano, alguna de sus peleas tendría un fatal desenlace; eran muy frecuentes. Cuando me enteré de que lo habían asesinado, no me sorprendió demasiado.

Volvió a apurar el vaso y se sirvió otro trago. Devlin esperó a que continuase.

—Fue un chino. Jeremy lo había molido a patadas en la calle, seguramente lo humilló. El chino volvió en busca de una reparación. Encontró a mi hermano durmiendo la mona en una habitación alquilada justo encima de la taberna. Cogió la pistola de Margaret de al lado de la cama, le puso el cañón en la sien y sanseacabó. Después intentó huir, claro, pero metió la pata. No llegó más allá del límite del muelle. Un sargento le echó el guante, y esa misma noche lo metieron en chirona. La fecha del juicio se fijó para seis semanas después.

De nuevo, Shepard apuró su vaso. Devlin estaba sorprendido; jamás había visto beber al alcaide, excepto durante las comidas o con fines medicinales. Quizá la muerte de Ah Sook lo había trastornado.

—El juicio debería haber sido de lo más sencillo —prosiguió el alcaide, sirviéndose un cuarto trago. Tenía la cara muy colorada—. En primer lugar, claro, el sospechoso era un chino. En segundo lugar, tenía motivos de sobra para desearle lo peor a mi hermano. En tercer lugar, no podía defenderse porque no sabía ni una palabra de inglés. Nadie tenía la menor duda de que el chino era culpable. Todos habían oído el disparo. Todos lo habían visto correr. Pero entonces va Margaret Shepard y sube a testificar al estrado. Mi flamante esposa, no lo olvide. Casados

desde hacía menos de un mes. Se sienta y dice lo siguiente: «Mi esposo no fue asesinado por ese chino. Mi esposo murió por su propia mano, y lo sé porque yo misma presencié su suicidio».

Devlin se preguntó si Margaret estaría escuchando desde el interior.

—No había ni un ápice de verdad en sus palabras —dijo el alcaide—. Puro cuento. Mintió. Bajo juramento. Profanó la memoria de su difunto esposo, la memoria de mi hermano, llamándolo suicida..., y todo para proteger a ese chino despreciable del castigo que merecía. Lo habrían colgado sin pensárselo dos veces. Deberían haberlo colgado. El crimen lo cometió él, y quedó impune.

—¿Cómo puede estar seguro de que su esposa no decía la verdad?

—¿Que cómo puedo estar seguro? —Shepard volvió a coger la botella—. Mi hermano no era de los que se suicidan. Por eso estoy seguro. ¿Le sirvo otro?

—Por favor. —Devlin le presentó el vaso. Rara vez probaba el whisky.

—Veo que duda, reverendo —dijo Shepard mientras servía—, pero es que no hay otro modo de decirlo. Jeremy no era de los que se suicidan. No más de lo que pueda serlo yo.

—Pero ¿qué motivo pudo llevar a la señora Shepard a... a mentir bajo juramento?

—Le tenía aprecio —dijo Shepard secamente.

—Al chino.

—Sí. Al difunto señor Sook. Tenían una historia en común. Puede estar seguro de que ni se me había pasado por la cabeza. Para cuando lo descubrí, sin embargo, ya era mi mujer.

Devlin volvió a beber a sorbitos de su whisky. Permanecieron callados durante un buen rato, contemplando los contornos en sombra de los edificios de enfrente.

—No ha mencionado a Francis Carver —dijo al fin Devlin.

—Ah, Carver —dijo Shepard, girando su vaso—. Sí.

—¿Qué relación tenía con el señor Sook? —inquirió Devlin, para incitarlo a hablar.

—Algo pasó entre ellos. Se enconaron. Una disputa comercial.

Esto ya lo sabía Devlin.

—¿Ah, sí?

—Llevo vigilando a Ah Sook desde que ocurrió lo de Darling Harbour. Esta mañana me avisaron de que había comprado una pistola de los proveedores de la calle Camp, y solicité de inmediato una orden de detención.

—¿Arrestaría a un hombre simplemente por comprar una pistola?

—Sí, si supiera lo que piensa hacer con ella. Sook había jurado dar muerte a Carver. Lo había jurado. Yo sabía que cuando finalmente diese con Carver, solo podía asesinarlo. Nada más enterarme de lo de la pistola di la voz de alarma. Puse el hotel Palace bajo vigilancia. Avisé a Carver, informándolo de todo. Di el mensaje a los pregoneros, para que lo gritasen por la calle. Iba un paso por detrás de él..., hasta el último momento.

—¿Y al final? —dijo Devlin, tras una pausa.

Shepard le clavó una mirada glacial.

—Ya le he dicho lo que sucedió.

—O la vida de Ah Sook o la de Carver —dijo Devlin.

—Actué dentro de los márgenes de la ley.

—Estoy seguro de que así fue.

—Tenía una orden de detención.

—No lo dudo.

—La venganza es un acto de resentimiento, no de justicia —dijo Shepard con firmeza—. Es una perversión egoísta de la ley.

—Es cierto que la venganza es egoísta —convino Devlin—, pero dudo que tenga nada que ver con la ley.

Apuró su whisky, y Shepard, al cabo de un largo instante, hizo lo mismo.

—Siento mucho lo de su hermano, señor Shepard. —Devlin colocó su vaso sobre el pasamanos.

—Sí, bueno —dijo Shepard, poniendo el tapón a la botella—, eso fue hace muchos años. Lo pasado, pasado está.

—Algunas cosas nunca están pasadas. No olvidamos a los seres que hemos amado. No podemos olvidarlos.

Shepard lo miró.

—Habla usted como si lo supiera por experiencia.

Devlin respondió tras una breve pausa.

—Si algo me ha enseñado la experiencia, es esto: jamás subestimes lo extraordinariamente difícil que es entender una situación desde el punto de vista de otra persona.

El alcaide se limitó a soltar un gruñido. Se quedó mirando a Devlin mientras este descendía los escalones y se adentraba por las sombras del patio. Al llegar al poste de los caballos, el capellán se dio la vuelta.

—Estaré en Seaview a primera hora de la mañana para empezar a cavar la sepultura.

Shepard no se había movido.

—Buenas noches, Cowell.

—Buenas noches, señor Shepard.

El alcaide siguió mirando hasta que Devlin dobló la esquina de la cárcel, y después agarró los vasos vacíos con el índice y el pulgar, cogió la botella y se metió en casa.



La puerta de la cárcel estaba entornada, y el sargento de servicio estaba sentado a la entrada con el rifle sobre las rodillas. Preguntó con las cejas si el capellán tenía

intención de entrar.

—Están todos acostados, me temo —dijo en voz baja.

—No importa —repuso Devlin, también en voz baja—. Solo tardaré un momento.

La bala había sido extraída del hombro de Staines y le habían cosido la herida. Le habían quitado la ropa mugrienta a corte de tijera, y le habían lavado la suciedad de la cara y el pelo; lo habían vestido con un pantalón de piel de topo y una holgada camisa de sarga, cedidos por Tiegreen's con la promesa de que pagarían al día siguiente. Durante todos estos cuidados el joven había perdido y recuperado el conocimiento, farfullando el nombre de Anna; cuando se dio cuenta, empero, de que el médico pretendía instalarlo en el hotel Criterion, justo enfrente del campamento de policía, abrió los ojos de golpe. Se negaba a abandonar a Anna. Se negaba a ir a ningún sitio al que no fuese Anna. Armó tal escándalo que al final el médico accedió a apaciguarlo. Le prepararon una cama en la cárcel, al lado de donde yacía Anna, y se decidió que Staines sería esposado como los demás, a fin de evitar discordias. El muchacho consintió sin rechistar en que le esposasen, se tumbó y alargó una mano para tocar la mejilla de Anna. Al cabo de un rato se le cerraron los ojos y se durmió.

Desde entonces no se había despertado. Él y Anna yacían cara a cara, Staines sobre el costado izquierdo y Anna sobre el derecho, ambos con las rodillas pegadas al pecho, Staines con una mano debajo del hombro vendado y Anna con una mano debajo de la mejilla. Debió de arrimarse a él en algún momento de la noche: su brazo izquierdo estaba extendido hacia delante; los dedos, abiertos; la palma de la mano, boca abajo.

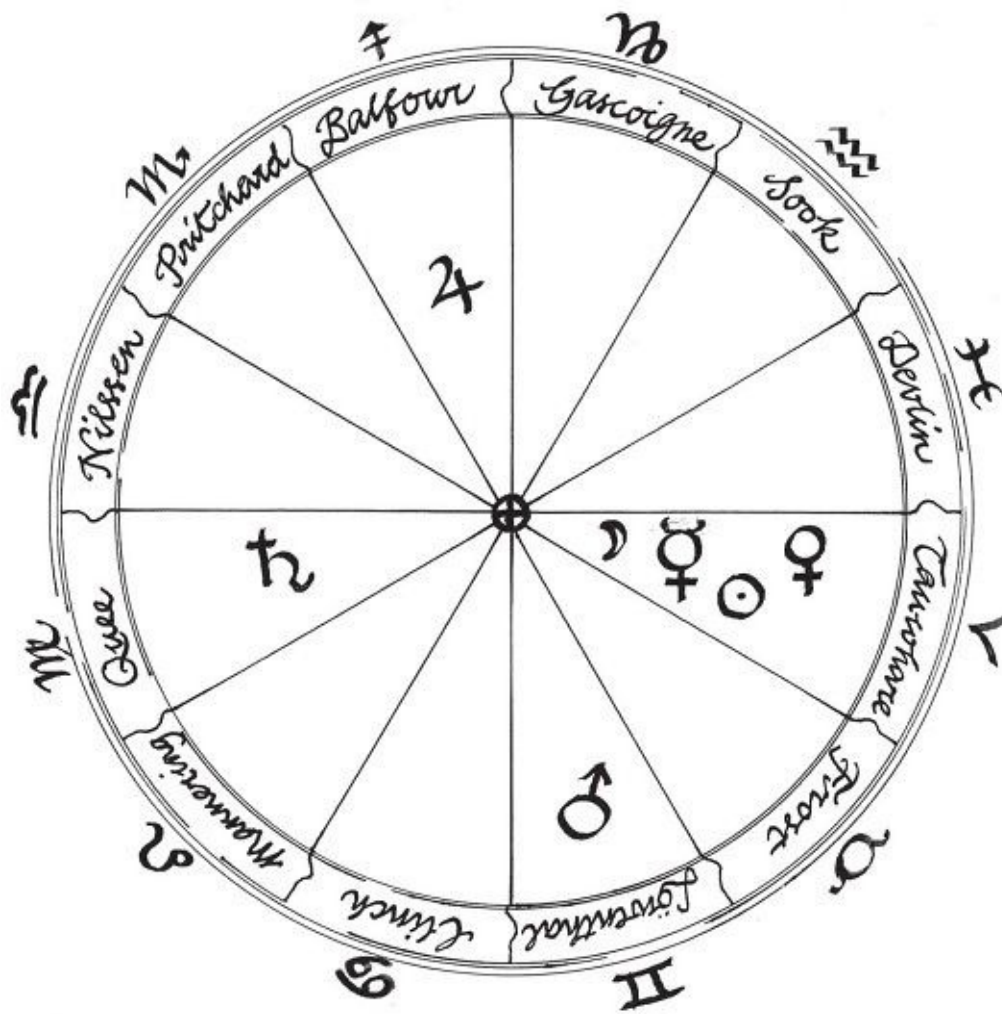
Devlin se acercó más. Sintió que se adueñaba de él una sensación de... no sabía exactamente de qué. El whisky de George Shepard le había calentado el pecho y el estómago; notaba una opresión borrosa en el cráneo, un calor borroso en las cuencas de los ojos..., pero la historia del alcaide le había dejado una sensación espantosa, incluso heladora. No sabía si estaba a punto de llorar. Le sentaría bien llorar. Vaya día. Tenía un peso en el corazón, los miembros exhaustos. Miró a Anna y a Emery, sus cuerpos reflejados vueltos hacia adentro. Respiraban al unísono.

«Así que son amantes», pensó, contemplándolos. «Así que resulta que son amantes». Lo sabía por el modo como estaban durmiendo.

Cuarta parte
Paenga-wha-wha

27 de abril de 1865

45° 52' 0" S / 170° 30' 0" E Dunedin



27 de abril de 1866

42° 43' 0" S / 170° 58' 0" E Hokitika



PRIMER PUNTO DE ARIES

En el que un vapor arriba a Port Chalmers desde Sídney, y dos pasajeros se despiertan antes que el resto

El primer vislumbre que tuvo Anna Wetherell de Nueva Zelanda fueron los promontorios rocosos de la península de Otago: acantilados jaspeados que caían en picado a la blanca espuma del agua, y, en lo alto, un arrugado manto de hierbas rastrilladas por el viento. Acababa de alborear. Del océano subía una pálida niebla, oscureciendo el fondo del puerto, donde las colinas iban mudando del azul al morado a medida que la ensenada se angostaba para acabar cerrándose en un punto. Al este el sol, todavía bajo, proyectaba una pátina de luz amarilla sobre el agua y teñía de naranja las rocas de la orilla oeste. La ciudad de Dunedin, acurrucada por detrás del codo del puerto, aún no se dejaba ver, y no había ni viviendas ni ganado en este tramo del litoral; la primera impresión de Anna fue de una solitaria garganta de agua, un cielo despejado y una tierra escabrosa que ni la vida humana ni la industria habían tocado.

El primer avistamiento había ocurrido en las horas grises que preceden al alba, de manera que Anna no había presenciado cómo el borrón que había en el horizonte iba aumentando y espesándose hasta formar el contorno de la península a medida que el vapor se acercaba a la costa. La había despertado, varias horas después, una extraña cacofonía de reclamos de aves que jamás había oído, de la cual dedujo, correctamente, que por fin debían de estar aproximándose a tierra. Bajó de su litera, con cuidado de no despertar a las otras mujeres, y se arregló el pelo y las medias en la oscuridad. Para cuando subió a cubierta por la escalera de hierro, arropándose los hombros con el chal, el *Fortunate Wind* ya estaba doblando los promontorios más alejados del puerto y la península la rodeaba por todas partes: un relieve súbito y que parecía imposible, después de tantas semanas en el mar.

—Magníficas, ¿no le parece?

Anna se dio la vuelta. Apoyado contra la barandilla de babor había un muchacho rubio con una gorra de fieltro. Señaló las colinas con un gesto, y Anna vio las aves cuyo hostil reclamo la había despertado: se cernían como una nube sobre la pared del acantilado, revoloteando, girando y atrapando la luz. Anna se acercó a la barandilla. Parecían enormes gaviotas, sus alas negras por el dorso y blancas por debajo, las cabezas completamente blancas, los picos recios y pálidos. Mientras miraba, una de las aves hizo un vuelo rasante por delante del barco, rozando la superficie del agua

con la punta del ala.

—Qué preciosidad —dijo—. ¿Son petreles? ¿Alcatraces, quizá?

—¡Son albatros! —El muchacho tenía una sonrisa radiante—. ¡Son albatros de verdad! Espere, espere a que vuelva este. Ya verá cómo vuelve de un momento a otro; lleva un buen rato volando en círculos alrededor del barco. Dios mío, tiene que ser una sensación maravillosa... ¡volar! ¿Se lo imagina?

Anna sonrió. Se quedó mirando al albatros, que se alejó planeando, dio la vuelta y empezó a montarse sobre el viento.

—Traen muy buena suerte, los albatros —estaba diciendo el muchacho—. Y es increíble cómo vuelan. Cuentan por ahí que se pueden pasar meses y meses siguiendo a un barco... a veces por medio mundo. A saber dónde habrán estado estos... Es más, a saber qué habrán presenciado.

Cuando el ave se ponía de lado se volvía casi invisible. Una aguja blanca, en pálido contraste con el cielo.

—Hay tan pocas aves que sean auténticamente míticas... —continuó el muchacho, sin apartar la vista del albatros—. Quiero decir, están los cuervos, supongo, y quizá cabría decir que también las palomas tienen un significado especial..., pero no más que los búhos, o que las águilas. Un albatros es distinto. Tiene un peso singular. Un simbolismo. Es angelical, casi; incluso solo con decir el nombre ya te estremeces. Cómo me alegro de haber visto uno. Casi me siento conmovido. Y ¡qué maravilla, que custodien así la boca del puerto! ¡Eso sí que es un buen presagio... para una ciudad aurífera! Cuando sus reclamos me despertaron, subí a cubierta porque no conseguía identificar el sonido. Al principio pensé que eran cerdos.

Anna lo miró de soslayo. ¿Le estaba ofreciendo su amistad? El muchacho hablaba como si se conocieran mucho, pero en realidad no habían intercambiado más que saludos superficiales desde que zarparon de Sídney, pues Anna apenas había salido de la zona de las mujeres ni el muchacho de la de los hombres. No conocía su nombre. Lo había visto de lejos, por supuesto, pero no le había causado ninguna impresión en particular, ni buena ni mala. Se dio cuenta ahora de que era un tanto excéntrico.

—A mí también me han despertado sus reclamos. Supongo que debería ir a despertar a las demás. Es una estampa demasiado perfecta para perdérsela.

—No vaya —dijo el muchacho—. No, no vaya. ¿Le importa? No soportaría a una multitud dando empujones a mi alrededor. Sobre todo a estas horas. Seguro que alguien va y dice: «En lugar de la cruz, el albatros», o «Y detiene a uno de tres», y entonces perderemos el resto de la travesía discutiendo: se pondrán todos a intentar reconstruir el poema y a pelearse sobre dónde va cada fragmento, y cada uno querrá superar al anterior y alardear de buena memoria. Disfrutémoslo a solas. El alba es un momento muy íntimo, ¿no le parece? Una hora solitaria. Siempre se dice eso de la medianoche, pero a mí la medianoche me parece especialmente sociable..., todos juntos, durmiendo en la oscuridad.

—Me temo que estoy interrumpiendo su soledad —dijo Anna.

—No, no. En absoluto. La soledad es un estado que como mejor se disfruta es en compañía. —Le dirigió una sonrisa fugaz, y Anna se la devolvió—. Sobre todo en compañía de otra alma —añadió, volviéndose de nuevo hacia el mar—. Es terrible sentirse solo y estarlo realmente. Pero me encanta disfrutar del sentimiento cuando no estoy solo. Mírelo..., ¡qué belleza! Volverá en un instante.

—Siempre que veo aves pienso en barcos —confesó Anna.

El muchacho se volvió hacia ella, con los ojos abiertos como platos.

—¿De veras?

Anna se sonrojó al sentirse objeto de su atención directa. Los ojos del muchacho eran de un castaño intenso. Tenía las cejas pobladas y los labios gruesos. Llevaba una gorra de fieltro de ala plana; por debajo de la gorra asomaban cabellos de un oscuro dorado, que se rizaban, rebeldes, en torno a las sienes y sobre las orejas. Sin duda, se lo había cortado al rape unos meses antes y desde entonces no había vuelto al barbero.

—No es más que una fantasía —musitó Anna, poniéndose tímida.

—Pero tire, tire del hilo. ¡Debe hacerlo! Continúe.

—Los buques pesados se mueven tan aiosamente en el agua... —dijo al fin Anna, apartando la vista—. En comparación con embarcaciones más ligeras, quiero decir. Si un barco es demasiado ligero, si cabecea sobre las olas, su movimiento carece de elegancia. En mi opinión, lo mismo ocurre con las aves. A las aves grandes el viento no las zarandea. Se las ve tan majestuosas, allá en el aire... Este de aquí. Verlo volar es como ver un buque pesado surcando una ola.

Se quedaron mirando mientras el albatros daba la vuelta para repetir la pasada. Anna echó una mirada furtiva a los zapatos del muchacho. Eran de cuero marrón, los llevaba bien atados y no estaban ni muy brillantes ni muy gastados..., no daban ninguna pista sobre el origen de su dueño. Lo más probable era que fuese a buscar fortuna en los yacimientos auríferos de Otago, como todos los demás hombres de a bordo.

—¡Tiene mucha razón! —exclamó el muchacho—. ¡Sí, desde luego! No tiene nada que ver con contemplar a un gorrión, ¿verdad? Tiene pesantez, exactamente igual que un barco, ¡exactamente igual!

—Me gustaría verlo en medio de una tormenta —dijo Anna.

—Qué deseo más extraño. —El muchacho parecía encantado—. Pero sí, ahora que lo dice, creo que siento lo mismo. A mí también me gustaría verlo en medio de una tormenta.

Se quedaron callados. Anna esperó a que le dijese su nombre, pero él no volvió a hablar, y su soledad se vio enseguida interrumpida por la llegada de otras personas a cubierta. El muchacho se quitó el sombrero, y Anna hizo una reverencia; un instante después, ya no estaba. Anna se volvió de nuevo hacia el océano. La colonia se había quedado atrás, y los gruñidos y chillidos de los albatros habían amainado hasta

desaparecer..., engullidos por el grave zumbido del vapor, y por el inmenso y fragoroso silencio del mar.

MERCURIO EN PISCIS; CONJUNCIÓN DE LA LUNA CON SATURNO

En el que Cowell Devlin hace una petición, Walter Moody demuestra lo que vale y George Shepard recibe una desagradable sorpresa.

Desde la noche del equinoccio de otoño, tanto Anna Wetherell como Emery Staines habían permanecido encarcelados en la prisión del campamento de policía. La fianza de Anna se había fijado en ocho libras, una cantidad exorbitante que, además, no tenía ni la más remota posibilidad de pagar sin ayuda. Esta vez, evidentemente, no disponía de una fortuna cosida a su ropa que pudiese usar como garantía, ni de un patrón que consintiera en pagar la deuda en su nombre. Emery Staines podría haberle dado el dinero, de no haberse decretado su prisión preventiva por los cargos que se le habían imputado: lo habían detenido, a la mañana siguiente a su reaparición, acusado de fraude, desfalco e incumplimiento del deber. Su fianza se había fijado en una libra y un chelín —la tarifa normal—, pero había optado por no pagarla, prefiriendo, en cambio, quedarse con Anna y aguardar a la citación del juzgado.

A raíz de su reencuentro, la salud de Anna empezó a mejorar casi de inmediato. Sus muñecas y sus antebrazos engordaron, desapareció el aspecto demacrado y famélico de su rostro y sus mejillas recobraron el color. La mejoría fue advertida con satisfacción por el médico, el doctor Gillies, que durante las semanas siguientes al equinoccio había visitado la cárcel del campamento de policía casi a diario. Le había hablado a Anna muy severamente de los peligros del opio, expresando su ferviente deseo de que su último colapso le hubiese servido de advertencia para no volver a tocar jamás una pipa: por ahora había tenido suerte en dos ocasiones, pero no podía contar con tenerla una tercera. «La suerte», dijo, «tiene una curiosa manera de agotarse, querida». Le recetó una dosis decreciente de láudano, como medio para desengancharla, paulatinamente, de su adicción.

A Emery Staines, el doctor Gillies le recetó exactamente lo mismo: cinco dracmas diarias de láudano, a reducir en una cada dos semanas, hasta que su hombro se curase del todo. La herida tenía mucho mejor aspecto una vez cosida y vendada, y aunque la articulación estaba muy rígida y todavía no podía levantar el brazo por encima de la cabeza, también su salud estaba mejorando a pasos agigantados. Cada noche, cuando Cowell Devlin llevaba el frasco de láudano a la cárcel del campamento de policía, observaba con impaciencia mientras el capellán vertía el líquido color óxido en dos tacitas de hojalata. Staines no podía explicarse su súbita e inconsolable sed de la

droga; Anna, por el contrario, no parecía disfrutar en absoluto de su dosis diaria, e incluso arrugaba la nariz al olerla. Devlin mezclaba el láudano con azúcar, y a veces con jerez dulce, para rebajar el amargo sabor de la tintura..., y después, cumpliendo las estrictas órdenes del médico, se plantaba delante de los dos delincuentes mientras apuraban sus dosis gemelas. Rara vez tardaba el opiáceo en hacer efecto: a los pocos minutos suspiraban, se amodorraban y se adentraban por el paisaje lunar submarino de un extraño sueño color escarlata.

Durante las semanas siguientes, mientras dormían sin enterarse, se sucedieron muchísimos cambios en Hokitika. El primer día de abril, Alistair Lauderback se convirtió en el primer diputado por el flamante distrito electoral de Westland, logrando la mayoría por un margen triunfal de trescientos votos. En su discurso de aceptación hizo elogio de Hokitika, llamándola «la pepita de oro de Nueva Zelanda»; a continuación expresó su hondo pesar ante la perspectiva de abandonar el lugar tan pronto, y aseguró al público votante que velaría por los intereses del minero común cuando se marchase, al mes siguiente, a la nueva capital, donde ejercería su cargo en el Parlamento como el fiel hombre de Westland que era. Al finalizar su discurso, el juez le dio un caluroso apretón de manos, y el comisionado propuso tres hurras.

El 12 de abril, los muros de la prisión y el manicomio de George Shepard por fin se terminaron de levantar. Los delincuentes, Anna y Emery incluidos, fueron trasladados desde las dependencias provisionales del campamento de policía al nuevo edificio de la terraza de Seaview, donde la señora George ya ejercía de supervisora. Desde la muerte de Ah Sook había estado muy atareada haciendo dobladillos a las mantas, cosiendo uniformes, cocinando, inventariando provisiones y preparando raciones semanales de tabaco y sal; se la veía, si cabe, aún con menos frecuencia que antes. Pasaba las tardes en el camposanto de Seaview y las noches en la residencia, sola.

El 16, Francis Carver y Lydia Wells contrajeron matrimonio, ante un público que, como dijeron los ecos de sociedad del *West Coast Times*, «era acorde, en lo que a atuendo, cantidad y conducta se refiere, con el matrimonio de una novia enviudada». El día después de la boda, el novio recibió un considerable pago en efectivo del grupo Garrity, que le permitió saldar las cuentas con sus acreedores, arrancar lo que quedaba del baño de cobre del casco del *Godspeed* y entregar por fin los restos del barco a los lotes de salvamento. Ya no se alojaba en el hotel Palace, sino que se había instalado en el Wayfarer's Fortune con su esposa.

Durante todo este tiempo fueron muchos los hombres que recorrieron el accidentado sendero que desembocaba en la terraza de Seaview a fin de solicitar una entrevista con Emery Staines. Cowell Devlin, cumpliendo las estrictas órdenes del alcaide, los despachaba a todos asegurándoles que sí, que Staines estaba vivo; que sí, que se estaba recuperando de una enfermedad muy grave, y que sí, que saldría en libertad a su debido tiempo, cuando emitiese el juzgado su veredicto. La única excepción que hacía el capellán era con Te Rau Tauwhare, por quien Staines, en el

transcurso del último mes, había llegado a sentir un inmenso apego. Tauwhare rara vez se quedaba mucho rato en la prisión, pero sus visitas tenían un efecto tan favorable en el ánimo y en la salud de Staines que enseguida Devlin empezó también a esperarlas con impaciencia.

Staines, descubrió Devlin, era un chico dulce y crédulo, siempre con la sonrisa en la boca y rebosante de un ingenuo afecto por las debilidades del mundo circundante. Hablaba poco de sus largas semanas de ausencia, repitiendo tan solo que había estado muy enfermo y que se alegraba mucho de haber vuelto. Cuando Devlin le preguntó, con cautela, si recordaba haberse topado con Walter Moody a bordo del *Godspeed*, se limitó a fruncir el ceño y a negar con la cabeza. Su recuerdo de aquel periodo era muy incompleto, y por lo que veía Devlin estaba formado por impresiones oníricas, sensaciones y fragmentos de luz. No recordaba haber embarcado, ni tampoco recordaba ningún naufragio; en cambio, sí parecía recordar que el mar lo había arrastrado hasta la playa, tosiendo agua salada y abrazado a un barril de carne de vaca en salmuera. Recordaba haberse acercado a la cabaña de Crosbie Wells; recordaba haberse cruzado con un grupo de mineros que estaban sentados en torno a una hoguera; recordaba que había hojas y que discurría el agua; recordaba el casco roto de una canoa abandonada, y un desfiladero de empinadas paredes, y el ojo rojo de un weka; recordaba haber soñado cada noche con las figuras del tarot, con corsés forrados de oro y con una fortuna metida en un costal de harina, oculta bajo una cama.

—Todo es un tremendo borrón. Debí de salir a pasear por la noche y, no sé cómo, debí de perderme en el monte..., y después ya no pude dar con el camino de regreso. ¡Qué maravilla, que el bueno de Te Rau Tauwhare me encontrase cuando lo hizo!

—Y aun así habría sido mucho mejor que lo hubiese encontrado antes —dijo Devlin, hablando todavía con cautela—. Habría bastado con que hubiese vuelto usted tres días antes para que no le confiscasen las concesiones. Ha perdido usted todos sus bienes, señor Staines.

Staines parecía completamente indiferente a todo esto.

—Siempre hay más oro —dijo—. El dinero es el dinero, y sienta bien estar sin blanca de vez en cuando. En cualquier caso, tengo unos ahorros allá en el valle Arahura, bien escondidos. Miles y miles de libras. En cuanto me recupere, iré a desenterrarlos.

Esto, como es natural, tardó mucho tiempo en resolverse.

La tercera semana de abril, el *West Coast Times* publicó el programa de las sesiones del tribunal de primera instancia.

Los cargos imputados al señor Emery Staines son los siguientes: primero, falsificación del informe trimestral de enero de 1866; segundo, robo de mineral de oro entregado legalmente por el señor John Long Quee a nombre de la mina Aurora, posteriormente descubierto en posesión del difunto señor Crosbie Wells, del valle Arahura; tercero, incumplimiento del deber para con sus concesiones, minas y otras responsabilidades, habiéndose ausentado más de ocho semanas. Juicio previsto para el jueves 27 de abril en el juzgado a la una de la tarde, presidido por el honorable juez Kemp.

El sábado, Devlin, nada más leer esto mientras se tomaba el café de la mañana, se dirigió inmediatamente al hotel Crown.

—Sí, ya lo he visto —dijo Moody, que estaba desayunando arenques ahumados con tostadas.

—Comprenderá la importancia de los cargos.

—Por supuesto. Espero que el juicio sea rápido... como también, supongo, muchas otras personas. —Moody sirvió un café a su invitado, se puso cómodo y esperó educadamente a que Devlin anunciase el motivo de su visita.

El capellán puso la mano sobre la mesa, con la palma boca arriba.

—Usted tiene capacitación legal, señor Moody, y por lo que conozco de su carácter tiene una mente justa; es decir, no profesa favoritismo en ningún sentido. Conoce los detalles de este caso como un buen abogado..., es decir, desde todos los puntos de vista.

Moody frunció el ceño.

—Sí, en efecto, lo cual significa que sé perfectamente que, para empezar, el oro de la cabaña del señor Wells no procedía de la Aurora. No pertenece al señor Staines, se mire como se mire. No me estará pidiendo que comparezca ante el tribunal, reverendo.

—Eso es precisamente lo que le estoy pidiendo —dijo Devlin—. En Hokitika hay escasez de abogados, y usted tiene mejor cabeza que la mayoría.

Moody no daba crédito a sus oídos.

—Esto una sala de lo civil. ¿Me imagina recitando una especie de revelación pomposa de toda la historia..., arrastrando a todos y cada uno de ustedes, por no mencionar a Lauderback, Shepard, Carver y Lydia Wells?

—Ahora debería decir Lydia Carver.

—Disculpe. Lydia Carver —dijo Moody—. Reverendo, no veo qué utilidad pueda tener yo en una sala de lo civil. Ni tampoco veo quién saldría beneficiado de una revelación implacable de todo este asunto... La fortuna cosida a los vestidos, el chantaje, la historia personal de Lauderback, todo.

Estaba pensando en el bastardo, Crosbie Wells.

—No le estoy proponiendo una revelación implacable —dijo el capellán—. Le estoy pidiendo que considere intervenir como letrado de la señorita Wetherell.

Moody se sorprendió.

—Pensaba que la señorita Wetherell ya había contratado a un abogado.

—Me temo que el señor Fellowes ha resultado ser bastante menos simpático de lo que sugiere su nombre —dijo Devlin—. Declinó aceptar a Anna como cliente a raíz del contratiempo del láudano del mes pasado en el juzgado.

—¿Qué razón alegó?

—Teme que lo multen por corrupción, al parecer. Anna se había ofrecido a pagarle la iguala con la misma fortuna que estaba intentando reclamar, lo cual, bien mirado, fue poco sensato.

Moody tenía el ceño fruncido.

—¿No hay ningún abogado de oficio disponible?

—Sí, un tal Harrington, pero por lo que dicen el juez lo tiene en el bolsillo. Si queremos evitarle a Anna un juicio ante el Tribunal Supremo, no nos sirve.

—¿Un juicio ante el Tribunal Supremo? No lo dirá en serio. Todo esto se resolverá ante el tribunal de primera instancia... y en muy poco tiempo, estoy seguro. No pretendo ser condescendiente con su inteligencia, reverendo, pero hay una diferencia abismal entre la ley civil y la ley criminal.

Devlin le lanzó una mirada extraña.

—¿Ha leído el programa del juzgado en el periódico de esta mañana?

—Sí, claro.

—¿De arriba abajo?

—Eso creo.

—Quizá debería echarle otro vistazo.

Con cara de pocos amigos, Moody abrió el periódico por la tercera página, lo alisó y echó una ojeada al programa por segunda vez. Y allí, al final de la columna, leyó:

Los cargos imputados a la señorita Anna Wetherell son los siguientes: primero, falsificación; segundo, embriaguez y alteración del orden público; tercero, agresión lesiva. Juicio programado para el jueves 27 de abril en el juzgado a las nueve de la mañana, ante el honorable juez Kemp.

Moody se quedó asombrado.

—¿Agresión lesiva?

—El doctor Gillies confirmó que la bala del hombro de Staines salió de una pistola de señora —dijo Devlin—. Me temo que se le escapó esta información cuando estaba en compañía del mozo del Gridiron, que recordó los tiros que se dispararon en la habitación de Anna en enero y salió con esta historia. Inmediatamente enviaron a un hombre al Gridiron, y el señor Clinch se vio obligado a entregar la pistola de Anna como prueba. Después se confirmó la correspondencia entre la pistola y el cartucho.

—Pero no pudo ser el señor Staines quien la acusara de esto.

—No —convino Devlin.

—Entonces ¿quién está detrás de todo esto?

Devlin tosió.

—Por desgracia, la maldita escritura sigue en manos del señor Fellowes... esa en la que Staines dona dos mil libras a Anna, con Crosbie Wells como testigo. Se la enseñó al alcaide Shepard, quien, como recordará, la vio primero cuando aún no estaba firmada. Shepard me pidió que le contase la verdad... y tuve que admitir que la firma de Staines había sido, en efecto, falsificada... y por la propia Anna.

—Dios mío.

—La tienen arrinconada. Si se declara culpable de la agresión, sostendrán que fue un intento de asesinato: pueden utilizar la escritura de donación para demostrar que

tenía un motivo de peso para desear su muerte, ¿entiende?

—¿Y si se declara inocente?

—Aun así la pillarán acusándola de fraude; y si eso lo niega, entonces la acusarán de locura, cargo que, como todos sabemos, Shepard lleva mucho tiempo guardándose en la manga. Me temo que él y Fellowes están muy unidos en contra de Anna.

—El señor Staines testificará en defensa de Anna, por supuesto.

Devlin se estremeció.

—Sí, pero me temo que no acaba de entender la gravedad de la situación. Tiene un carácter afable, pero sus opiniones tienden a la insensatez. Cuando saqué el tema de la locura de la señorita Wetherell, por ejemplo, la idea lo entusiasmó. Dijo que no le gustaría que fuese distinta de como es.

—¿Usted qué opina? ¿La chica está en sus cabales?

—La cordura no es una cuestión de opiniones —dijo Devlin, con aire de superioridad.

—Todo lo contrario, me temo. Para demostrar la prueba hay que recurrir al testimonio de testigos. ¿Le ha pedido al médico que haga un informe?

—Tenía la esperanza de que fuese usted quien lo hiciera.

—Hmm —dijo Moody, volviéndose de nuevo hacia el periódico—. Si voy a asesorar a la señorita Wetherell, tendré que hablar también con el señor Staines.

—Eso es muy fácil; son inseparables.

—En privado..., y largo y tendido.

—Dispondrá usted de todo lo que necesite.

Moody se puso a tamborilear con los dedos.

—Tendremos que asegurarnos, en primer lugar, de que coinciden las dos versiones de la historia —dijo al cabo de un momento.

Φ

La mañana del 27 de abril amaneció despejada y luminosa en Hokitika. Walter Moody, levantándose con el alba, se entretuvo largo rato con su aseo personal. Se afeitó, se peinó y lubricó el cabello y se dio unos toquecitos de esencia por detrás de las orejas. La criada del Crown le había dejado las botas delante de la puerta, recién embetunadas; sobre el estante le había preparado un chaleco burdeos, un pañuelo gris y un cuello alzado con puntas acampanadas. Le había cepillado y planchado la levita, colgándola después en la ventana para evitar que se arrugase por la noche. Moody puso mucho celo en vestirse; tanto que la campana de la capilla ya estaba dando las ocho mientras bajaba por la escalera a desayunar, dándose golpecitos en los bolsillos del chaleco para asegurarse de que la leontina estaba prendida correctamente. Media hora después, con la chistera bien encajada en la frente y el maletín de cuero en la mano, iba caminando con aire resuelto por la calle Revell en dirección norte.

Le pareció a Moody, a medida que se acercaba al juzgado, que Hokitika entero

había acudido a la sesión matinal: la cola para entrar al edificio se extendía hasta la mitad de la calle, y la muchedumbre arremolinada en el pórtico parecía ansiosa, impaciente. Se sumó a la bullente cola, y al cabo de un rato fue conducido al interior del edificio por una pareja de sargentos de guardia de semblante adusto que le ordenaron, bruscamente, que no tocase nada, que no abriera la boca a no ser que se dirigiesen a él y que se quitase el sombrero cuando se anunciase al juez. Moody, abrazando bien su cartera, se abrió paso a empujones entre el público, y después cruzó el cordón para ocupar su puesto en el banco de los abogados, junto a la acusación.

Por ser el abogado de la defensa, Moody había recibido la lista de los testigos citados por el demandante tres días antes del juicio. Los nombres figuraban en el orden por el que se los iba a llamar: señor Joseph Pritchard, señor Aubert Gascoigne, reverendo Cowell Devlin y alcaide George Shepard, secuencia esta que le había permitido hacerse una idea bastante aproximada del enfoque que probablemente iba a adoptar el abogado del demandante en la causa contra Anna. La lista de los testigos para la sesión vespertina era mucho más larga: en la causa Distrito de Westland vs. Emery Staines, el demandante había solicitado los testimonios de los señores Richard Mannering, John Long Quee, Benjamin Löwenthal, Edgar Clinch, Harald Nilssen y Charles Frost, de la señora Lydia Carver y del capitán Francis Carver. Moody, nada más recibir estos documentos previos, se había puesto a refinar su estrategia bipartita..., pues sabía perfectamente que la impresión que causase por la mañana contribuiría mucho a dar forma al veredicto que se emitiese por la tarde.

Por fin, el reloj dio las nueve, y a todos los que estaban sentados se les pidió que se levantasen. El gentío guardó silencio en espera de la llegada del juez Kemp, que subió los peldaños que llevaban al estrado, se sentó pesadamente, hizo una seña para que también tomasen asiento los miembros del tribunal y sin más preámbulos despachó las necesarias formalidades. Era un hombre rubicundo, de gruesos dedos, bien afeitado y con una mata de pelo hirsuto y mal cortado que se le abombaba sobre las orejas y se le aplastaba sobre la coronilla.

—El señor Walter Moody, en nombre de la demandada —dijo, leyendo los nombres del libro mayor que tenía delante—, y el señor Lawrence Broham, en nombre del demandante, asistidos por los señores Roger Harrington y John Fellowes, del juzgado de primera instancia.

—Señor Moody, señor Broham... —Alzó la vista por encima de los anteojos para clavarla en el banco de los abogados—. Voy a decir dos cosas antes de que empecemos. Atentos a la primera. Soy muy consciente del hecho de que la multitud que se ha reunido hoy en esta sala no lo ha hecho por amor a la ley; pero estamos aquí para hacer cumplir la justicia, no para satisfacer la salacidad, al margen de quién sea la persona que está en el banquillo y al margen de cuál sea el cargo que se le imputa. Agradeceré a ambos que sus interrogatorios a la señorita Wetherell, y a todos los que guarden relación con ella, se ciñan a temas adecuados. Cuando se refieran a la

antigua profesión de la señorita Wetherell, podrán escoger entre los términos «mujer de la vida», «dama de la noche» y «trabajadora de la profesión más antigua del mundo». ¿Me he expresado con claridad?

Los abogados murmuraron su asentimiento.

—Bien —dijo el juez Kemp—. El segundo punto que deseo mencionar ya lo he tratado con cada uno de ustedes en privado; repetiré lo dicho para conocimiento del público asistente. Los seis cargos que veremos hoy —falsificación, embriaguez y agresión en la causa de la señorita Wetherell esta mañana, y fraude, robo e incumplimiento del deber en la causa del señor Staines por la tarde— son, en muchos aspectos, interdependientes, como sin duda ya se habrán dado cuenta los hombres cultos de Westland. Dada esta interrelación, considero prudente retrasar la sentencia de la señorita Wetherell hasta que se haya visto la causa del señor Staines, a fin de garantizar que cada juicio se contemple, por así decirlo, a la luz del otro. ¿Está todo claro? Bien. —Hizo un gesto con la cabeza al alguacil—. Llame a la demandada.

Se oyó un gran murmullo mientras traían a Anna desde las celdas. Moody, volviéndose para observar su llegada, se quedó satisfecho con la impresión que causaba su cliente. Su delgadez había perdido el carácter famélico, consumido, y simplemente le daba un toque femenino: una señal de delicadeza más que de desnutrición. Todavía llevaba el vestido negro que había pertenecido a la difunta esposa de Aubert Gascoigne, y su peinado, con el cabello recogido a la nuca con un simple moño, no podía ser más sencillo. El alguacil la condujo al improvisado estrado, y Anna dio un paso al frente para poner la mano sobre la Biblia de la sala. Prestó juramento en voz baja y sin emoción, y después, con un semblante inexpresivo y juntando flácidamente las manos, se volvió hacia el juez.

—Señorita Anna Wetherell —dijo el juez—. Comparece usted ante este tribunal para responder de tres cargos. En primer lugar, falsificación de una firma en una escritura de donación. ¿Cómo se declara?

—Inocente, señor.

—En segundo lugar, embriaguez y alteración del orden público la tarde del 20 de marzo de este año. ¿Cómo se declara?

—Inocente, señor.

—Y en tercer lugar, agresión lesiva al señor Emery Staines. ¿Cómo se declara?

—Inocente, señor.

El juez tomó nota de estas declaraciones.

—Como ya sabrá, señorita Wetherell, este tribunal no está autorizado para ver una causa criminal.

—Sí, señor.

—Puede que se estime que el tercero de sus cargos merece un juicio ante un tribunal superior. En caso de darse esta circunstancia, se decretará su prisión preventiva hasta que se pueda convocar a un juez y a un jurado del Tribunal Supremo. ¿Lo entiende?

—Sí, señor. Lo entiendo.

—Bien. Siéntese.

Se sentó.

—Señor Broham —dijo el juez Kemp—, el tribunal procederá ahora a escuchar su declaración.

—Gracias, señoría.

Broham era un hombre delgado con un bigote pelirrojo y ojos húmedos y penetrantes. Se levantó, cuadrando los cantos de sus papeles con el borde del escritorio.

—Señor juez, miembros del tribunal, damas y caballeros —comenzó—. Que el humo de la amapola es una droga de tentaciones primitivas, efectos devastadores y connotaciones censurables, tanto sociales como históricas, debería ser hartamente conocido por todos los ciudadanos de bien. El caso que hoy vamos a analizar es un lamentable ejemplo: una joven cuya debilidad por la droga ha mancillado no solo la faz pública de Hokitika, sino también la faz de nuestro recién designado distrito de Westland en general...

La declaración de Broham fue larga y tediosa. Recordó a los miembros del tribunal que Anna había atentado contra su propia vida en una ocasión anterior, trazando un vínculo entre aquel intento fallido y su colapso de la tarde del 20 de marzo... «Hechos ambos», añadió con tono cínico, «que lograron captar la atención del público». Dedicó un largo rato a la falsificación de la firma de Staines en la escritura de donación, poniendo en duda la validez del documento tal y como estaba redactado y subrayando lo mucho que podía ganar Anna falsificándolo. Pasando a continuación al cargo de agresión, habló en términos generales sobre el carácter peligroso e impredecible del opiómano y después describió la herida de bala de Staines con tanto detalle que una mujer del público tuvo que ser acompañada al exterior. Al concluir, invitó a todos los presentes a que considerasen cuánto opio podía comprarse con dos mil libras; y después preguntó, retóricamente, si el público estaba dispuesto a permitir que semejante suma cayera en manos de una persona tan perjudicada y tan mal relacionada como la señorita Anna Wetherell, otrora dama de la noche.

—Señor Moody —dijo el juez cuando se sentó Broham—. La declaración de la defensa.

Moody se levantó de inmediato.

—Gracias, señoría. Seré breve.

Le temblaban las manos: las abrió con firmeza sobre la mesa que tenía delante, para calmarse, y después, con una voz que denotaba una seguridad mucho mayor que la que sentía, comenzó su discurso.

—Empezaré recordando al señor Broham que, de hecho, la señorita Wetherell se ha librado de su dependencia, logro este por el que se ha ganado mi admiración y respeto más sinceros. En efecto, tal y como se ha complacido en describirles a todos

ustedes el señor Broham, el temperamento de la señorita Wetherell es de una naturaleza tal que la lleva a caer presa de las miles de tentaciones de la adicción. En lo que a mí respecta, y como ha afirmado el señor Broham de sí mismo, jamás he probado el humo de la amapola, y me aventuro a suponer que una razón que explica nuestra común abstinencia es el miedo: miedo al probable poder que pueda ejercer la droga sobre nosotros; miedo a su cualidad adictiva; miedo a lo que podamos ver, o hacer, si hubiésemos de sucumbir a sus efectos. Hago este comentario para subrayar el hecho de que la debilidad de la señorita Wetherell a este respecto no es exclusiva de ella, y quiero repetir que merece todos mis elogios por haberse dedicado en cuerpo y alma al proyecto de su reforma personal.

»Pero, al margen de lo que el señor Broham quiera hacerles creer, no estamos aquí para arbitrar sobre el temperamento de la señorita Wetherell, ni para emitir un veredicto sobre su carácter. Estamos aquí para arbitrar sobre cómo servir mejor a la justicia en relación con tres acusaciones: una, de falsificación; otra, de alteración del orden público, y la tercera, de agresión. No discrepo de la opinión del señor Broham de que la falsificación es un delito muy serio, ni tampoco tengo nada que objetar a su afirmación de que la agresión lesiva es prima hermana del homicidio; sin embargo, y como enseguida demostraré mi defensa, la señorita Wetherell es inocente de los tres delitos. No ha cometido falsificación; no ha intentado agredir al señor Staines en absoluto; y tan incorrecto sería tachar su colapso de la tarde del 20 de marzo de alteración del orden público como acusar de esto mismo a la mujer a la que ha habido que sacar de esta misma sala hace diez minutos. No me cabe la menor duda de que los testimonios de los testigos demostrarán la inocencia de mi cliente, y además en breve. A la expectativa de este feliz desenlace, señor juez, estimados miembros del tribunal, damas y caballeros, no dudo en poner la cuestión en las buenas manos de la ley.

Moody, su corazón latiendo con fuerza, se sentó. Miró al juez con la esperanza de que le dedicase alguna muestra de asentimiento, pero el juez Kemp estaba volcado sobre su libro mayor, tomando notas. Broham estaba mirando a Moody desde el otro extremo del banco con una expresión muy antipática. Fellowes, sentado a su lado, se inclinó para susurrarle algo al oído, y al cabo de un momento Broham sonrió y le respondió también en susurros.

—Gracias, señor Moody —dijo al fin el juez, subrayando con una rúbrica lo que había escrito y soltando la pluma—. Que se ponga en pie la demandada. Señor Broham, tiene la palabra.

Broham se levantó y dio las gracias al juez por segunda vez.

—Señorita Wetherell —dijo, volviéndose hacia ella—. Hasta la noche del 14 de enero, ¿cómo se ganaba usted la vida?

—¡Señor Broham! —le cortó inmediatamente el juez—. ¿Qué acabo de decir? La señorita Wetherell ejercía el oficio más antiguo del mundo. Con eso es suficiente.

—Sí, señoría —dijo Broham. Comenzó de nuevo—: Señorita Wetherell. La noche

del 14 de enero tomó usted una decisión con respecto a su antigua profesión, ¿no es así?

—Sí.

—¿Cuál fue?

—Lo dejé.

—¿A qué se refiere cuando dice que lo dejó?

—Dejé de ser puta.

El juez suspiró.

—Continúe —dijo con tono de resignación.

—¿Aceptó usted otro empleo de inmediato? —preguntó Broham, pasando al punto siguiente.

—Inmediatamente, no. Pero cuando la señora Wells llegó a la ciudad, me acogió en el Wayfarer's Fortune. Empecé a aprender el tarot, y las cartas astrales, con la idea de ayudarla adivinando el futuro. Pensé que podría ganarme la vida como su ayudante.

—En el momento en que renunció a su anterior oficio, ¿tenía en mente este objetivo?

—No. No sabía que la señora Wells iba a venir hasta que llegó.

—Entonces, en la época anterior a la llegada de la señora Wells a Hokitika, ¿cómo pensaba mantenerse?

—No tenía un plan —dijo Anna.

—¿Ningún plan en absoluto?

—No, señor.

—¿No será que tenía unos ahorros? ¿O algún otro tipo de garantía?

—No, señor.

—En tal caso, dio usted un paso radical —dijo Broham, amablemente.

—¡Señor Broham! —intervino bruscamente el juez.

—¿Sí, señoría?

—Vaya al grano.

—Por supuesto. Esta escritura de donación —Broham la sacó—... la nombra a usted, señorita Wetherell, como la afortunada heredera de dos mil libras, ¡dos mil! Está fechada el 11 de octubre del año pasado. El donante, el señor Emery Staines, desapareció sin dejar rastro el 14 de enero..., exactamente el mismo día que usted, en cuanto afortunada destinataria de esta extraordinaria suma, decidió renunciar a hacer la calle y enmendarse, decisión que tomó sin motivo alguno y sin planes para el futuro. Ahora bien...

—Protesto —interrumpió Moody, levantándose—. El señor Broham no ha demostrado que la señorita Wetherell no tuviese motivos para cambiar sus circunstancias laborales.

El juez aceptó la protesta, y Broham, con expresión de fastidio, se vio obligado a replantear la pregunta.

—¿Hubo algún motivo, señorita Wetherell, para que decidiese abandonar su oficio?

—Sí —dijo Anna. Miró de nuevo a Moody, que asintió ligeramente con la cabeza, animándola a hablar. Respiró hondo, y dijo—: Me enamoré. Me enamoré del señor Staines. La noche del 14 de enero fue la primera noche que pasamos juntos, y... en fin, después de aquello no quise seguir alternando.

Broham la miraba con cara de pocos amigos.

—Aquella fue la noche misma en que la arrestaron por intento de suicidio, ¿no es así?

—Sí. Pensé que no me quería..., que no podía quererme..., y no pude soportarlo... y cometí un acto terrible.

—Así pues, ¿admite que atentó contra su propia vida aquella noche?

—Mi intención era caer bajo los efectos del opio —dijo Anna—, pero jamás me propuse hacerme daño de verdad.

—Cuando la juzgaron por el delito de intento de suicidio, en esta misma sala, usted se negó a formular una declaración sobre su culpabilidad. ¿Por qué ha cambiado de parecer?

Era una pregunta que Moody no había ensayado con Anna, y pasó unos momentos de angustia temiendo que flaquease; pero ella respondió con calma, y con la verdad.

—En aquel momento, el señor Staines seguía desaparecido. Pensé que quizá se había ido río arriba, o por el desfiladero, en cuyo caso estaría leyendo los periódicos de Hokitika para enterarse de las noticias. No quería decir nada que pudiese llevarlo a pensar mal de mí si lo leía.

Broham se llevó los nudillos a la boca y soltó una tos seca.

—Por favor, describa lo que sucedió la tarde del 14 de enero, en orden y con sus propias palabras.

Anna asintió con un gesto.

—Me reuní con el señor Staines en el Dust and Nugget a eso de las siete. Nos tomamos algo y después me acompañó hasta su residencia, en la calle Revell. A eso de las diez volví al Gridiron y encendí mi pipa. Me sentía rara, como ya he dicho, y tomé un poco más de lo habitual. Supongo que debí de marcharme del Gridiron mientras seguía bajo sus efectos, porque lo siguiente que recuerdo es que me desperté en prisión.

—¿A qué se refiere cuando dice que se sentía rara?

—Ah —dijo Anna—, solo a que me sentía melancólica... y muy feliz... y desconsolada, todo a la vez. No soy capaz de describirlo exactamente.

—En algún momento de aquella noche, el señor Staines desapareció —dijo Broham—. ¿Sabe adónde fue?

—No. La última vez que lo vi fue en su residencia de la calle Revell. Estaba dormido. Debió de desaparecer en algún momento después de que yo me marchase.

—Después de las diez, en otras palabras.

—Sí —dijo Anna—. Esperé a que volviera... y no volvió, y fueron pasando los días sin que diese señales de vida. Cuando la señora Wells me ofreció alojamiento en el Wayfarer, pensé que lo mejor sería aceptar. Solo provisionalmente. Todo el mundo decía que sin duda estaba muerto.

—¿Vio usted al señor Staines en algún momento entre el 14 de enero y el 20 de marzo?

—No, señor.

—¿Mantuvo correspondencia con él?

—No, señor.

—¿Adónde cree que fue entre esas fechas?

Anna abrió la boca para replicar, pero Moody, levantándose rápidamente, se lo impidió.

—Protesto: no puede forzarse a la demandada a especular.

Una vez más, el juez aceptó la protesta, y Broham fue invitado a continuar.

—Cuando fue hallado el señor Staines, la tarde del 20 de marzo, tenía una bala en el hombro. El día de su cita, el 14 de enero, ¿estaba herido?

—No —dijo Anna.

—¿Resultó herido esa tarde?

—No que yo sepa. La última vez que lo vi, estaba bien. Estaba durmiendo.

Broham cogió una pistola de manguito de la mesa de los abogados.

—¿Reconoce usted este arma de fuego, señorita Wetherell?

—Sí —dijo Anna, mirándola de soslayo—. Es mía.

—¿Suele llevarla encima?

—Antes sí, cuando estaba trabajando. La llevaba metida en la delantera del vestido.

—¿La llevaba la noche del 14 de enero?

—No; la dejé en el Gridiron. Debajo de mi almohada.

—Pero la noche del 14 de enero usted estaba trabajando, ¿no es así?

—Estaba con el señor Staines.

—No le he preguntado eso —dijo Broham—. ¿Estaba usted trabajando la noche del 14 de enero?

—Sí —admitió Anna.

—Y sin embargo, alega que se dejó la pistola en casa.

—Sí.

—¿Por qué?

—Pensé que no la iba a necesitar.

—Pero eso fue una anomalía: habitualmente, la habría llevado encima.

—Sí.

—¿Puede alguien responder de dónde se hallaba la pistola aquella tarde?

—No —dijo Anna—. A no ser que alguien mirase debajo de mi almohada.

—El cartucho hallado en el hombro del señor Staines procedía de una pistola de este tipo. ¿Le disparó usted?

—No.

—¿Sabe quién lo hizo?

—No, señor.

Broham volvió a toser tapándose la boca con los nudillos.

—¿Estaba usted al tanto, la noche del 14 de enero, de los ingresos que había acumulado el señor Staines prospectando?

—Sabía que era rico. Eso lo sabe todo el mundo.

—¿Habló usted con el señor Staines, esa noche o cualquier otra noche, de la fortuna descubierta en la cabaña del señor Crosbie Wells?

—No. Jamás hablamos de dinero.

—¿Jamás? —repitió Broham, levantando una ceja.

—Señor Broham —dijo el juez con tono cansino.

Broham inclinó la cabeza.

—¿Cuándo supo por primera vez de las intenciones del señor Staines que se detallan en esta escritura de donación?

—La mañana del 20 de marzo —dijo Anna. Se relajó un poco, pues esta parte del guion la tenía bien memorizada—. El capellán de la cárcel trajo el documento al Wayfarer's Fortune para enseñármelo, y yo lo llevé directamente al juzgado para enterarme de lo que podía significar. Me senté con el señor Fellowes, y me confirmó que la escritura de donación era un documento legal, y vinculante. Dijo que a lo mejor había algo en ella..., quiero decir, que a lo mejor tenía derecho a la fortuna. Luego accedió a llevar la escritura al banco en mi nombre.

—¿Qué ocurrió después?

—Dijo que nos volveríamos a ver aquí, en el juzgado, a las cinco. Así que volví a las cinco, y nos sentamos como antes. Pero entonces me desmayé.

—¿Qué fue lo que indujo el desmayo?

—No lo sé.

—¿Se hallaba usted bajo los efectos de la droga o del alcohol?

—No. Estaba completamente sobria.

—¿Hay alguien que pueda responder de ello?

—El reverendo Devlin estuvo conmigo por la mañana, y pasé la tarde con el señor Clinch, en el Gridiron.

—En su informe al juez, el alcaide Shepard dijo que había un fuerte olor a láudano en el aire cuando usted se desmayó —dijo Broham.

—Puede que se equivocase.

—Tiene dependencia de los opiáceos, ¿no es así?

—No he fumado una pipa desde antes de mudarme a casa de la señora Wells —dijo Anna rotundamente—. Lo dejé cuando me puse de luto: el día que salí de la cárcel.

—Permítame aclararlo: ¿atestigua que no ha probado el opio, en ninguna de sus formas, desde su sobredosis del 14 de enero?

—Sí. Eso es.

—¿Y la señora Wells puede responder de esto?

—Sí.

—¿Podría contarle al tribunal lo que sucedió la tarde del 27 de enero, en las horas previas a la llegada de la señora Carver al hotel Gridiron?

—Me encontraba en mi habitación, hablando con el señor Pritchard —recitó Anna—. Tenía la pistola metida en la pechera del vestido, como siempre. El señor Gascoigne irrumpió de repente y me sobresalté, de tal suerte que saqué la pistola y se disparó sola. Ninguno nos explicábamos qué había fallado. El señor Gascoigne pensó que tal vez el arma estuviera rota, así que me hizo recargarla y después la disparó por segunda vez, en esta ocasión sobre mi almohada, para asegurarse de que funcionaba bien. Después me la devolvió y la metí de nuevo en mi cajón, y esa fue la última vez que la toqué.

—En otras palabras, aquella tarde se dispararon dos tiros.

—Sí.

—La segunda bala se alojó en su almohada —dijo el abogado—. ¿Qué ocurrió con la primera?

—Desapareció.

—¿Desapareció? —preguntó Broham, arqueando las cejas.

—Sí. No se alojó en ningún sitio.

—¿Estaba la ventana abierta, por un casual?

—No. Estaba lloviendo. No sé adónde fue a parar el cartucho. Nadie se lo explicaba.

—Simplemente... desapareció —concluyó Broham.

—Así es —dijo Anna.

Broham no tenía más preguntas. Se sentó con una sonrisita satisfecha, y el juez indicó a Moody que era su turno.

—Gracias, señoría —dijo Moody—. Señorita Wetherell: los tres cargos que estamos viendo hoy le han sido imputados por el señor George Shepard, alcaide de la cárcel de Hokitika. ¿Tiene usted alguna relación personal con este hombre?

Era una conversación que habían ensayado en repetidas ocasiones; Anna respondió sin vacilar.

—Absolutamente ninguna.

—Y sin embargo, además de imputarla hoy estos cargos, el alcaide Shepard ha expuesto numerosos alegatos en contra de su cordura, ¿cierto?

—Sí, dice que estoy loca.

—¿Alguna vez han hablado largo y tendido usted y el alcaide Shepard?

—No.

—¿Alguna vez han hecho negocios juntos?

—No.

—¿Le consta que el alcaide Shepard tenga alguna razón para guardarle rencor?

—No. Yo no le he hecho nada.

—Sin embargo, tengo entendido que tienen ustedes un conocido en común —dijo Moody—. ¿Es así?

—Sí —respondió Anna—. Ah Sook. Un chino. Llevaba el fumadero de opio de Kaniere, y era mi amigo del alma. Murió de un disparo el 20 de marzo..., un disparo del alcaide Shepard.

Broham se levantó de un salto para protestar.

—El alcaide Shepard tenía una orden de arresto contra ese hombre, y en esa ocasión estaba actuando en calidad de miembro de la policía. El señor Moody lo está calumniando.

—Estoy al tanto de la orden de arresto, señor Broham —dijo Moody—. Si saco el tema es porque pienso que el conocido común es un vínculo pertinente entre el demandante y la demandada.

—Continúe, señor Moody —dijo el juez. Tenía el ceño fruncido.

Broham se sentó.

—¿Qué vínculo tenía el alcaide Shepard con el señor Sook? —preguntó Moody a Anna.

—Ah Sook fue acusado de asesinar al hermano del alcaide Shepard —dijo Anna con voz clara—. En Sídney. Hace quince años.

De repente, la sala se sumió en un profundo silencio.

—¿Cuál fue el resultado del juicio? —preguntó Moody.

—Ah Sook fue absuelto en el último momento. Quedó libre.

—¿Alguna vez le habló el señor Sook de este asunto?

—No hablaba bien el inglés, pero a menudo usaba las palabras «venganza» y «asesinato» —dijo Anna—. A veces hablaba en sueños. En aquella época yo no lo entendía.

—En estas ocasiones a las que se refiere, ¿qué aspecto le parecía que tenía el señor Sook?

—Enfadado. Puede que asustado. No le di ninguna importancia hasta más adelante. No supe lo del hermano del alcaide Shepard hasta después de la muerte de Ah Sook.

Moody se volvió hacia el juez con un papel en la mano.

—La defensa remite al tribunal la transcripción del juicio, publicada en el *Sydney Herald* el 9 de julio de 1854. El original se puede consultar en los Archivos de las Antípodas de la calle del Embarcadero, donde se halla guardado actualmente; mientras tanto, presento al tribunal esta copia atestiguada.

Pasó la copia por el banco para que se la entregaran al juez, y después se dirigió de nuevo a Anna.

—¿Estaba enterado el alcaide Shepard de que usted y el señor Sook eran íntimos

amigos?

—No puede decirse que fuera un secreto —dijo Anna—. Me pasaba por el fumadero casi todos los días, y es el único fumadero que hay en Kaniere. Yo diría que casi todo el mundo lo sabía.

—Sus visitas le merecieron un mote, ¿no es así?

—Sí. Todo el mundo me llamaba «Anna la del Chino».

—Gracias, señorita Wetherell. Eso es todo. —Moody hizo una reverencia al juez, que estaba ojeando la transcripción del *Sydney Herald*, y se sentó.

Broham, para quien esta insinuación había sido una sorpresa inesperada, solicitó volver a interrogar a Anna sobre la cuestión que acababa de sacar la defensa. El juez Kemp, empero, declinó su petición.

—Estamos aquí esta mañana para considerar tres cargos —dijo, dejando cuidadosamente a un lado el informe de la absolución de Ah Sook y juntando las manos—: uno de falsificación, otro de embriaguez y alteración del orden público y un tercero de agresión. He tomado nota del hecho de que la relación de la señorita Wetherell con el señor Sook tenía una importancia personal para el demandante, pero no considero que estas novedades merezcan un nuevo interrogatorio. Al fin y al cabo, no estamos aquí para considerar las motivaciones del demandante, sino las de la señorita Wetherell.

Broham parecía muy molesto; Moody intercambió una mirada con Anna y le dirigió una sonrisa apenas perceptible, que ella, a su vez, le devolvió. Esto era una victoria.

El primer testigo al que se citó fue Joseph Pritchard, quien, interrogado por Broham, repitió la versión de Anna de lo que había sucedido la noche del 27 de enero en el hotel Gridiron: la primera bala se había esfumado nada más dispararse, y Aubert Gascoigne había disparado la segunda sobre la almohada de Anna, a modo de experimento.

—Señor Pritchard —dijo Moody cuando le llegó su turno—. ¿Con qué propósito quiso reunirse con la señorita Wetherell la tarde del 27 de enero?

—Imaginé que había algo más detrás de su intento de suicidio —dijo Pritchard—. Pensé que quizá alguien había envenenado su reserva de opio, o que lo habían cortado con algo, y quería analizarla.

—¿Y analizó la reserva de la señorita Wetherell, tal y como pretendía?

—Sí.

—¿Qué descubrió?

—Me di cuenta nada más echar un vistazo a su pipa de que alguien la había utilizado muy recientemente. Pero quienquiera que fuese, no había sido ella. Aquella tarde estaba sobria como una monja. Se le veía en los ojos: llevaba días sin probar la droga. Incluso puede que desde su sobredosis.

—Y del opio ¿qué? ¿Analizó su reserva?

—No pude encontrarlo. Revolví su cajón de arriba abajo, buscándolo..., pero el

trozo ya no estaba.

Moody arqueó las cejas.

—¿Dice que el trozo ya no estaba?

—Sí.

—Gracias, señor Pritchard —dijo Moody—. Eso es todo.

Harrington estaba doblado sobre el libro mayor, escribiendo furiosamente. En ese momento arrancó la página en la que había estado garabateando y se la dio a leer a los otros hombres del banco. Broham, observó Moody, ya no lucía la sonrisita.

—Que pase el siguiente testigo —dijo el juez, que también estaba escribiendo.

El siguiente testigo fue Aubert Gascoigne, cuyo testimonio confirmó que, en efecto, la pistola se había disparado sola, la bala había desaparecido y el segundo tiro había sido disparado, sin incidentes, al cabecero de la cama de Anna. Al ser interrogado por Broham, admitió que no había sospechado que Emery Staines hubiese podido estar presente en el hotel Gridiron la tarde del 27 de enero; al ser interrogado por Moody, convino en que era una posibilidad muy aceptable. Volvió a tomar asiento bajo el estrado, y cuando se hubo sentado de nuevo, el juez llamó al capellán de la cárcel, Cowell Devlin.

—Reverendo Devlin —dijo Broham una vez que el clérigo hubo prestado juramento. Levantó la escritura de donación—. ¿Cómo llegó a sus manos este documento?

—Lo encontré en la cabaña de Crosbie Wells, la mañana después de su muerte. El señor Lauderback había dado aviso en Hokitika de la muerte del señor Wells, y el alcaide Shepard me había encargado que fuese a la cabaña a ayudar a recoger los restos del hombre.

—¿Dónde encontró exactamente este documento?

—Lo encontré en el cajón de las cenizas, al fondo del fogón —dijo Devlin—. El lugar tenía un aire triste, y era un día muy húmedo; decidí encender un fuego. Abrí el cajón y vi el documento ahí mismo, en la rejilla.

—¿Qué hizo a continuación?

—Lo confisqué.

—¿Por qué?

—El documento hacía referencia a un dineral —dijo serenamente el capellán—, y me pareció prudente no hacer pública la información hasta que hubiese mejorado la salud de la señorita Wetherell: la noche anterior, ya tarde, la habían traído al campamento de policía como presunta culpable de *felo de se*, y evidentemente no estaba en condiciones de recibir sorpresas.

—¿Fue esa la única razón de que lo confiscase?

—No. Como le expliqué más adelante al alcaide Shepard, no parecía que mereciese la pena enseñar el documento a la policía: en aquel momento no tenía validez.

—¿Por qué no tenía validez?

—El señor Staines no había firmado su nombre para autorizar el legado —declaró Devlin.

—Y sin embargo el documento que tengo en la mano sí que lleva la firma del señor Staines —dijo Broham—. Por favor, explique al tribunal cómo llegó a firmarse este documento.

—Me temo que no puedo —repuso Devlin—. No presencié la firma.

Broham titubeó.

—¿Cuándo reparó en que la escritura había sido firmada?

—La mañana del 20 de marzo, cuando fui a llevarle la escritura a la señorita Wetherell al Wayfarer's Fortune. Habíamos estado debatiendo de otras cuestiones, y en el transcurso de nuestra conversación advertí que se había incorporado una firma al documento.

—¿Vio usted a la señorita Wetherell firmar la escritura?

—No, no la vi.

El desconcierto de Broham fue patente. Hizo un esfuerzo por recobrar la compostura.

—¿De qué estaban debatiendo? —preguntó.

—La conversación de aquella mañana tuvo, en virtud de mi condición de clérigo, un carácter confidencial. No se me puede pedir que la repita, ni que declare en su contra.

Broham se quedó estupefacto. Devlin, no obstante, estaba en lo cierto, y después de mucho protestar y discutir Broham le cedió su testigo a Moody con aire muy disgustado. Moody tardó unos instantes en colocar sus papeles antes de comenzar.

—Reverendo Devlin —dijo—. ¿Le enseñó esta escritura de donación al alcaide Shepard nada más descubrirla?

—No, no lo hice.

—¿Cómo, entonces, se enteró el alcaide Shepard de su existencia?

—Por casualidad —replicó Devlin—. Había guardado el documento en mi Biblia para evitar que se arrugase, y el alcaide Shepard se lo encontró mientras la hojeaba. Esto sucedió más o menos un mes después de la muerte del señor Wells.

Moody asintió con un gesto.

—¿Estaba solo el señor Shepard cuando tuvo lugar este descubrimiento casual?

—Sí.

—¿Qué hizo?

—Me aconsejó que le enseñase la escritura a la señorita Wetherell, cosa que hice.

—¿Inmediatamente?

—No, esperé varias semanas. Quería hablar con ella a solas, sin el conocimiento de la señora Carver, y como las dos mujeres vivían juntas y rara vez pasaban un rato separadas, apenas se presentaban oportunidades.

—¿Por qué quería que su conversación con la señorita Wetherell transcurriese sin el conocimiento de la señora Carver?

—Por aquel entonces pensaba que la señora Carver era la legítima heredera de la fortuna descubierta en la cabaña del señor Wells —dijo Devlin—. No quería abrir una brecha entre la señorita Wetherell y ella por un documento que, por lo que yo sabía, podía ser una broma de mal gusto. La mañana del 20 de marzo, como recordarán, la señora Wells fue citada en el juzgado. Me enteré de la citación por el periódico de la mañana, y me dirigí enseguida al Wayfarer's Fortune.

Moody asintió.

—¿La escritura había permanecido en su Biblia durante todo este tiempo?

—Sí.

—¿Hubo más ocasiones, después de que el alcaide Shepard descubriese la escritura, en las que el susodicho se quedase a solas con su Biblia?

—Muchas. Me la llevo al campamento de policía todas las mañanas, y a menudo la dejo en la oficina de la cárcel mientras me ocupo de otras tareas.

Moody hizo una pausa con el fin de que hiciese mella la insinuación.

—¿Hace cuánto que conoce a la señorita Wetherell, reverendo? —dijo, cambiando de tema.

—No la conocí personalmente hasta la mañana del 20 de marzo, cuando fui a verla al Wayfarer's Fortune. No obstante, desde aquel día ha estado bajo mi custodia en la cárcel del campamento de policía, y la he visto a diario.

—¿Ha tenido usted oportunidad, en todo este tiempo, de observarla y conversar con ella?

—Más que de sobra.

—¿Podría describir la impresión general que se ha formado de su persona?

—Mi impresión es favorable. Claro que la han explotado, y claro que tiene un pasado escabroso; pero reformar el propio carácter requiere mucho valor, y estoy satisfecho de los esfuerzos que ha hecho. Se ha librado de su dependencia, para empezar; y está decidida a no poner su cuerpo en venta nunca más. Todo ello merece mis elogios.

—¿Qué opina de su estado mental?

—Ah, está completamente cuerda —dijo Devlin, pestañeando—. No tengo la menor duda.

—Gracias, reverendo —dijo Moody, y después, dirigiéndose al juez—: Gracias, señoría.

A continuación se oyeron los testimonios expertos del doctor Gillies, de un tal doctor Sanders, a quien se había hecho venir desde Kumara para que emitiese una segunda opinión médica sobre el estado mental de Anna, y de un tal señor Walsham, inspector del cuerpo de policía de Greymouth.

El demandante, George Shepard, fue el último en ser llamado a declarar.

Tal y como se había imaginado Moody, Shepard hizo mucho hincapié en el deficiente carácter de Anna, citando su dependencia del opio, su indeseable oficio y su intento de suicidio como pruebas de su ignominia. Detalló las maneras en que su

conducta había llevado a desperdiciar recursos policiales y atentado contra los principios del decoro moral, y recomendó encarecidamente que se la internase en el manicomio que se acababa de erigir en Seaview. Pero Moody llevaba muy bien preparada su defensa: después de la revelación sobre Ah Sook y del testimonio de Devlin, las admoniciones de Shepard sonaban rencorosas, incluso mezquinas. Moody se felicitó a sí mismo, para sus adentros, por haber mencionado la locura de Anna antes de que pudiese hacerlo el demandante.

Cuando por fin se sentó Broham, el juez miró el banco de los abogados con ojos escrutadores.

—Su testigo, señor Moody.

—Gracias, señoría. —Moody se dirigió al alcaide.

—Alcaide Shepard. En su opinión, ¿cabe demostrar que la firma de Emery Staines que aparece en esta escritura de donación es falsa?

Shepard alzó la barbilla.

—Yo diría que es una réplica muy aproximada.

—Disculpe, señor... ¿por qué «muy aproximada»?

Pareció que Shepard se molestaba.

—Es una buena réplica —corrigió.

—¿Se podría decir que es una réplica exacta de la firma de Staines?

—Eso deben decirlo los expertos —dijo Shepard, encogiéndose de hombros—. Yo no soy un experto especializado en fraude.

—Alcaide Shepard, ¿ha podido usted detectar alguna diferencia entre esta firma y otros documentos firmados por el señor Staines, de los cuales el Banco de la Reserva posee un repertorio extenso y comprobable?

—No, ninguna.

—¿En qué pruebas basa usted su afirmación de que la firma es, en realidad, una falsificación?

—Había visto la escritura en cuestión en febrero, y por aquella época no estaba firmada —dijo Shepard—. La señorita Wetherell trajo el mismo documento al juzgado la tarde del 20 de marzo, y estaba firmado. Solo hay dos explicaciones posibles. O bien falsificó la firma ella misma, y creo que así fue, o bien estaba conchabada con el señor Staines durante todo el tiempo en que este estuvo ausente... en cuyo caso ha cometido perjurio ante un tribunal de justicia.

—En realidad, hay una tercera explicación —señaló Moody—. Si esa firma es, efectivamente, una falsificación, como atestigua usted con tanta vehemencia, entonces quizá pueda atribuirse su autoría a otra persona. A alguien que sabía que el documento estaba en manos del capellán, y que sentía vivos deseos, por la razón que sea, de ver condenada a la señorita Wetherell.

Shepard lo miraba con frialdad.

—Su insinuación me ofende, señor Moody.

Moody rebuscó en su monedero y sacó un papelito.

—Tengo aquí un pagaré fechado en junio del año pasado, presentado por el señor Richard Mannering, que lleva la marca personal de la señorita Wetherell. ¿Advierte algo especial en la firma de la señorita Wetherell, alcaide?

Shepard inspeccionó la nota.

—Firmó con una X —dijo al fin.

—Exactamente: firmó con una X. Si la señorita Wetherell ni siquiera puede firmar su nombre, alcaide Shepard, ¿qué demonios le hace pensar que pueda realizar una réplica perfecta del nombre de otra persona?

Todas las miradas se posaron en Shepard, que seguía contemplando el pagaré.

—Gracias, señoría —dijo Moody al juez—. No tengo más preguntas.

—De acuerdo, señor Moody —respondió el juez, con una voz que no se sabía si transmitía regocijo o censura—. Puede usted bajar.

VENUS ES UNA ESTRELLA MATUTINA

En el que se presenta una tentación, con un disfraz.

Una vez que el *Fortunate Wind* hubo llegado a su amarradero de Port Chalmers y se tendieron las pasarelas sobre la dársena, Anna se vio obligada a incorporarse a la cola de las mujeres con el fin de someterse al examen de las autoridades médicas. Del recinto de cuarentena pasó a la aduana, para que le sellasen y acreditaran los documentos de entrada. Una vez formalizados estos trámites, fue dirigida al almacén para que recogiera su baúl (era muy pequeño, apenas un poco más grande que una sombrerera; casi podía llevarlo debajo del brazo), y allí tuvo que enfrentarse a un nuevo retraso, ya que lo habían cargado en el coche de otra mujer por equivocación. Para cuando se subsanó el error y recuperó el equipaje, ya era bien pasado el mediodía. Al salir, por fin, del almacén, Anna miró expectante a su alrededor en busca del muchacho de dorados cabellos que tanto la había deleitado aquella mañana en la cubierta, pero no reconoció a nadie: hacía ya mucho que sus compañeros de viaje se habían dispersado entre el tumulto de la ciudad. Soltó el baúl en el muelle y se entretuvo un momento en alisarse los guantes.

—Disculpe, señorita —oyó que decía una voz cada vez más cercana, y se dio la vuelta: la que hablaba era una mujer de cabellos cobrizos, rellenita y de cutis terso, elegantemente ataviada con un vestido de brocado verde—. Disculpe —repitió—, pero ¿por casualidad acaba de llegar a la ciudad?

—Sí, señora —dijo Anna—. Acabo de llegar ahora mismo... esta mañana.

—¿Podría decirme en qué embarcación, por favor?

—En el *Fortunate Wind*, señora.

—Sí, sí. Bueno, en ese caso quizá pueda ayudarme. Estoy esperando a una joven llamada Elizabeth Mackay. Es más o menos de su misma edad, sencilla, esbelta, viste como una institutriz y viaja sola...

—Me temo que no la he visto —dijo Anna.

—Cumplirá diecinueve años este agosto —prosiguió la mujer—. Es la prima de mi prima; no la he visto jamás, pero según dicen tiene muy buen aspecto y es medianamente guapa. Elizabeth Mackay, se llama. ¿No la ha visto?

—Lo siento mucho, señora.

—¿Cómo se llamaba su barco... *Fortunate Wind*?

—Eso es.

—¿Y usted dónde embarcó?

—En Port Jackson.

—Sí —dijo la mujer—. Eso es. El *Fortunate Wind*, procedente de Sídney.

—Siento decirle que no había ninguna joven a bordo del *Fortunate Wind*, señora —dijo Anna, entrecerrando un poco los ojos—. Había una tal señora Patterson que viajaba con su marido, y una tal señora Mader, y la señora Yewers, y la señora Cooke..., pero yo diría que ninguna de ellas cumple ya los cuarenta. No había ninguna que aparentase diecinueve años.

—Ay, Dios mío —dijo la mujer, mordiéndose el labio—. Dios mío, Dios mío, Dios mío.

—¿Tiene algún problema, señora?

—Ay —dijo la mujer, alargando el brazo para apretar la mano de Anna—, qué cielito es usted por preguntar. Verá, dirijo una casa de huéspedes para muchachas aquí en Dunedin. Hace unas semanas recibí una carta de la señorita Mackay en la que se presentaba, pagaba su pensión por adelantado ¡y prometía que llegaría hoy! Tome. — La mujer sacó una carta arrugada—. Ya lo ve, no hay ningún error en la fecha.

Anna no cogió la carta.

—Lo siento —dijo, moviendo la cabeza—. Estoy segura de que no hay ningún error.

—Ay, le ruego que me disculpe. No sabe usted leer...

Anna se sonrojó.

—No demasiado bien.

—No importa, no importa —dijo la mujer, metiéndose de nuevo la carta en la manga—. Ay, qué disgusto tengo con lo de mi pobre señorita Mackay. ¡Qué disgusto tengo! ¡A saber qué significa esto... cuando prometió que llegaría hoy mismo..., en esta travesía..., y resulta que, como atestigua usted, no llegó a embarcar! ¿Está usted completamente segura? ¿Está segura de que no había ninguna joven a bordo?

—Seguro que hay alguna explicación sencilla. Quizá cayó enferma en el último momento. O quizá envió una carta de disculpa y la entregaron en una dirección equivocada.

—Qué buena es usted, cómo me consuela —dijo la mujer, apretándole otra vez la mano—. Y tiene razón: debo ser sensata y no consentirme a mí misma estas fantasías. Lo único que voy a conseguir es preocuparme, si pienso que pueda sucederle algo malo.

—Estoy segura de que todo saldrá bien —dijo Anna.

—Qué chiquilla más dulce —dijo la mujer, dándole unas palmaditas—. Cómo me alegro de conocer a una muchacha tan dulce y tan bonita. Yo soy la señora Wells: la señora Lydia Wells.

—Señorita Anna Wetherell. —Anna hizo una reverencia.

—Pero ¡habrase visto! ¡Mira que preocuparme por que una chica viaje sola cuando estoy hablando con otra! —dijo la señora Wells, sonriendo ya—. Y usted, ¿cómo es que viaja sin carabina, señorita Wetherell? ¡A lo mejor es que está usted

comprometida con un minero!

—Estoy sin compromiso.

—¡A lo mejor es que ha respondido a la llamada de alguien! Su padre, o algún otro pariente que ya está aquí, le ha mandado llamar...

Anna negó con la cabeza.

—Solo he venido a empezar de nuevo.

—Bueno, pues ha elegido el lugar idóneo para hacer exactamente eso —dijo la señora Wells—. Todo el mundo empieza de nuevo en este país; ¡no puede ser de otra manera! ¿Está completamente sola?

—Completamente sola.

—Es usted muy valiente, señorita Wetherell..., ¡increíblemente valiente! Me alegra saber que no le faltó compañía femenina durante la travesía; y ahora dígame, dígame cuanto antes si ha conseguido alojamiento en Dunedin. Hay muchísimos hoteles de mala fama en esta ciudad. Una muchacha tan guapa necesita más que nadie los consejos de alguien de fiar.

—Le agradezco su amable interés —dijo Anna—. Pensaba quedarme donde la señora Penniston; es allí adonde pienso dirigirme esta tarde.

La otra mujer parecía espantada.

—¡Donde la señora Penniston!

—Un lugar que me recomendaron —dijo Anna, frunciendo el ceño—. ¿Usted no lo recomienda?

—Lamentablemente... no puedo. ¡Si hubiese mencionado cualquier otra casa de huéspedes de esta ciudad...! La señora Penniston es una mujer de muy baja ralea, señorita Wetherell. De muy baja ralea. Debe usted guardar las distancias con ese tipo de gente.

—Vaya —dijo Anna, desconcertada.

—Cuénteme otra vez por qué ha venido a Dunedin —dijo la señora Wells, hablando ahora con tono afable.

—He venido por la fiebre del oro. Todo el mundo dice que hay más oro en un campamento que el que hay en la tierra. Pensaba incorporarme a un campamento.

—¿Tiene intención de encontrar trabajo... como camarera, tal vez?

—Sé atender en un bar. He trabajado en hoteles. No me tiembla el pulso, y soy honrada.

—¿Tiene referencias?

—Una muy buena, señora. Del hotel Empire de la calle Union, en Sídney.

—¡Excelente! —dijo la señora Wells. Repasó a Anna con la mirada, sonriendo.

—Si no aprueba usted el local de la señora Penniston... —empezó a decir Anna, pero la señora Wells la interrumpió.

—¡Ajá! —exclamó—. ¡Tengo la solución perfecta: resolveremos los dos dilemas a la vez..., el suyo y el mío! ¡Se me acaba de ocurrir! Mi señorita Mackay ha pagado una semana de alojamiento, y no se encuentra aquí para ocupar la habitación que

pagó por adelantado. Cójala usted. Venga conmigo y sea mi señorita Mackay hasta que le encontremos un trabajo y pueda usted valerse por sí misma.

—Es muy amable, señora Wells —dijo Anna, dando un paso atrás—, pero no puedo aceptar tan generosa..., no podría abusar de su caridad.

—Déjese, déjese de protestas. —La señora Wells tomó a Anna del codo—. Cuando seamos las mejores amigas del mundo, señorita Wetherell, recordaremos el día de hoy y diremos que fue una afortunada casualidad que nos encontrásemos de esta manera. ¡Yo creo firmemente en las casualidades! Y en muchas otras cosas. Pero ¿qué hago, parlotando como una cotorra? Debe de estar muerta de hambre... y suspirando por darse un baño caliente. Venga conmigo. La voy a cuidar a las mil maravillas, y cuando haya descansado, le encontraré trabajo.

—No quiero mendigar —dijo Anna—. No voy a mendigar.

—Usted no ha mendigado nada en absoluto —repuso Lydia Wells—. Qué chiquilla más dulce. A ver... ¡mozo!

Un chico de nariz respingona vino corriendo.

—Encárgate de que el baúl de la señorita Wetherell se entrega en el número 35 de la calle Cumberland —dijo la señora Wells.

Al oír esto, el chico de la nariz respingona esbozó una sonrisita; se volvió hacia Anna, la miró de arriba abajo e hizo como que se descubría ante ella con exagerada cortesía. Lydia Wells no hizo ningún comentario sobre este gesto de insolencia, pero traspasó al mozo con una mirada muy severa mientras se sacaba una moneda de seis peniques del bolso y se la daba. Después rodeó los hombros de Anna con un brazo y, sonriendo, se la llevó.

EXALTACIÓN EN ARIES

En el que el demandante se pone filosófico, el señor Moody toma la delantera, Lauderback ofrece una relación de los hechos y se sorprende a los Carver en una mentira

La sesión vespertina comenzó puntualmente a la una.

—Señor Staines —dijo el juez, una vez que el joven hubo prestado juramento—. Se le imputan tres cargos: en primer lugar, la falsificación del informe trimestral de enero de 1866. ¿Cómo se declara?

—Culpable, señor.

—En segundo lugar, el desfalco de mineral de oro legalmente entregado por su empleado el señor John Long Quee en nombre de la mina de oro Aurora, mineral que posteriormente fue descubierto en la morada del difunto señor Crosbie Wells, en el valle Arahura. ¿Cómo se declara?

—Culpable, señor.

—Y por último, incumplimiento de su deber para con minas y concesiones que requieren un mantenimiento diario, ausentándose por un periodo superior a las ocho semanas. ¿Cómo se declara?

—Culpable, señor.

—Culpable de todos los cargos —dijo el juez, recostándose—. De acuerdo. Por ahora puede usted sentarse, señor Staines. El señor Moody representará de nuevo al demandado, y el señor Broham al demandante, asistido por el señor Fellowes y el señor Harrington del juzgado. Señor Broham: proceda con su declaración, por favor.

Al igual que antes, la declaración de Broham estaba concebida para desacreditar al demandado, y, también al igual que antes, era excesivamente prolija. Detalló todos los problemas resultantes de la ausencia de Staines, asignándole a la viuda de Wells, en particular, el papel de un personaje trágico que se había forjado falsas ilusiones ante la promesa de una herencia imprevista que, equivocada pero razonablemente, había supuesto que formaba parte del patrimonio de su difunto esposo. Habló de la corrupción inherente a la riqueza, y se refirió al fraude y al desfalco como «esos delitos lúcidos y desalmados». Cuando Moody expuso su contestación, afirmó simplemente que Staines era muy consciente de los problemas que había ocasionado con su larga ausencia, y que estaba absolutamente dispuesto a subsanar todos los daños o deudas incurridos a resultas de la misma.

—Señor Broham —dijo el juez Kemp cuando hubo terminado—. Su testigo. Broham se levantó.

—Señor Staines. —Levantó un papel como si estuviera blandiendo una orden de detención y dijo—: Tengo aquí un documento presentado por Nilssen & Co., Comisionistas Mercantiles, que hace inventario del patrimonio del difunto señor Crosbie Wells. El patrimonio, tal y como informa el señor Nilssen, incluye grandes cantidades de mena pura, valorada por el banco en cuatro mil noventa y seis libras exactamente. ¿Qué me puede decir sobre esta bonanza?

Staines respondió sin vacilar.

—La mena se encontró en la concesión conocida con el nombre de la Aurora, que, hasta hace poco, era de mi propiedad. Fue excavada por mi empleado el señor Quee a mediados del año pasado. El señor Quee fundió el metal en bloques, como tenía por costumbre, y después me presentó los bloques como si fueran ganancias legales. Cuando recibí la bonanza, no la deposité en el banco a nombre de la Aurora como era mi obligación legal, sino que la metí en bolsas, la llevé al valle Arahura y la enterré.

Hablaba con calma, y sin presunción.

—¿Por qué el Arahura, concretamente? —preguntó Broham.

—Porque no se puede prospeccionar en tierra maorí, y la mayor parte del Arahura pertenece a los maoríes —dijo Staines—. Pensé que allí estaría más segura... al menos durante un tiempo; hasta que regresase para desenterrarla.

—¿Qué pretendía hacer con la bonanza?

—Pensaba dividirla en dos partes y quedarme con la mitad. La otra mitad pensaba dársela a la señorita Wetherell a modo de obsequio.

—¿Por qué deseaba hacer tal cosa?

Staines parecía perplejo.

—Me temo que no entiendo la pregunta, señor.

—¿Qué pretendía, señor Staines, regalándole ese dinero a la señorita Wetherell?

—Nada en absoluto.

—¿No pretendía nada en absoluto?

—En efecto, así es —contestó Staines, animándose un poco—. De otro modo no sería un obsequio, ¿no cree?

—Esa fortuna —dijo Broham, elevando la voz por encima de las risas dispersas— se descubrió posteriormente en la cabaña del difunto señor Crosbie Wells. ¿Cómo tuvo lugar este traslado?

—No lo sé con seguridad. Supongo que la desenterraría y se la quedaría.

—Si, en efecto, fue así, ¿por qué supone que el señor Wells no la llevó al banco?

—¿Acaso no es obvio?

—Me temo que no.

—Porque el oro estaba fundido, naturalmente —dijo Staines—. Y cada uno de esos bloques llevaba la palabra «Aurora»... ¡grabada en el mismo metal por el señor Quee! Difícilmente iba a fingir que lo había sacado de la tierra.

—¿Por qué no depositó usted la bonanza a nombre de la Aurora, como era su

obligación legal?

—El cincuenta por ciento de las participaciones de la Aurora pertenece al señor Francis Carver. No tengo muy buena opinión de este señor, y no quería que se beneficiase.

Broham frunció el ceño.

—Así que se llevó la bonanza de la Aurora porque no quería pagar el cincuenta por ciento de dividendos que debía por ley al señor Carver. Sin embargo, tenía intención de darle el cincuenta por ciento de esta misma bonanza a la señorita Anna Wetherell, ¿no es así?

—Exactamente.

—Me disculparé si le confieso que considero sus intenciones un tanto ilógicas, señor Staines.

—¿Qué tienen de ilógicas? Quería que Anna se quedase con la parte de Carver.

—¿Por qué razón?

—Porque se merecía tenerla, y él se merecía quedarse sin ella —dijo Emery Staines.

Más risas, esta vez más generalizadas. Moody se estaba poniendo nervioso: había advertido a Staines que no hablase en un tono demasiado rocambolesco ni demasiado descarado.

Cuando se hizo el silencio de nuevo, intervino el juez.

—No creo que esté usted en su derecho, señor Staines, de decidir sobre lo que merece o deja de merecer una persona. En el futuro, sea tan amable de limitar su exposición a los hechos.

Staines se puso serio de inmediato.

—Entendido, señor —dijo.

El juez hizo un gesto de asentimiento.

—Continúe, señor Broham.

Abruptamente, Broham cambió de tema.

—Se ausentó de Hokitika durante más de dos meses. ¿Cuál fue el motivo de su ausencia?

—Me avergüenza decir que he estado bajo los efectos del opio, señor —dijo Staines—. Me quedé estupefacto, a mi regreso, al descubrir que habían pasado más de dos meses.

—¿Dónde ha estado?

—Creo que he pasado buena parte del tiempo en el fumadero de opio del Barrio Chino de Kaniere, pero no sabría decírselo con certeza.

Broham hizo una pausa.

—El fumadero de opio —repitió.

—Sí, señor. El propietario era un tipo llamado Sook. Ah Sook.

Broham no quería detenerse en el tema de Ah Sook.

—Lo encontraron el 20 de marzo en la cabaña que perteneció a Crosbie Wells.

¿Qué hacía allí?

—Creo que estaba buscando mi bonanza —dijo Staines—. Solo que me hice un pequeño lío, me sentía mal, y no conseguía recordar dónde la había enterrado.

—¿Cuándo empezó a desarrollar su dependencia del opio, señor Staines?

—La primera vez que probé la droga fue la noche del 14 de enero.

—En otras palabras, la noche misma en que murió Crosbie Wells.

—Eso me han dicho.

—Menuda coincidencia, ¿no cree?

Moody protestó.

—El señor Wells murió por causas naturales —dijo—. No entiendo en qué sentido puede ser significativa una coincidencia con un hecho natural.

—La autopsia reveló que había una pequeña cantidad de láudano en el estómago del señor Wells —señaló Broham.

—Una pequeña cantidad —repitió Moody.

—Continúe con su interrogatorio, señor Broham —dijo el juez—. Tome asiento, señor Moody.

—Gracias, señoría —le dijo Broham al juez. Volvió a dirigirse a Staines—. ¿Se le ocurre alguna razón, señor Staines, por la que el señor Wells pudo mezclar láudano, en la cantidad que fuere, con cantidades ingentes de whisky?

—Quizá tenía dolores.

—Dolores, ¿de qué tipo?

—Estoy especulando —dijo Staines—. Me temo que solo puedo especular: no conocía a fondo los hábitos del señor Wells, y no estaba con él aquella tarde. Solo me refería a que el láudano se usa a menudo para aliviar dolores... o para ayudar a dormir.

—Pero no mezclado con una botella de whisky, eso desde luego.

—Yo, personalmente, no probaría esa mezcla. Pero no puedo responder del señor Wells.

—¿Toma usted láudano, señor Staines?

—Solo cuando me lo recetan; no como un hábito.

—¿Se lo han recetado últimamente?

—Sí, pero es una receta muy reciente.

—¿Cómo de reciente, por favor?

—Me fue administrado por primera vez el 20 de marzo para aliviar el dolor —dijo Staines—, y como método para desengancharme de mi adicción.

—Antes del 20 de marzo, ¿alguna vez había comprado u obtenido por otros medios una ampolla de láudano de la botica de Pritchard de la calle Collingwood?

—No.

—A los pocos días de la muerte de Crosbie Wells, fue hallada en su cabaña una ampolla de láudano —dijo Broham—. ¿Sabe cómo llegó hasta allí?

—No.

—Que usted sepa, ¿el señor Wells era adicto a los opiáceos?

—Era un borracho. Es lo único que sé.

Broham lo estudió.

—Cuéntele, por favor, al tribunal cómo pasó la noche del 14 de enero, en orden y con sus propias palabras.

—Quedé con Anna en el Dust and Nugget a eso de las siete. Tomamos un trago, y después nos fuimos a mi apartamento de la calle Revell. Me quedé dormido, y al despertar, sobre las diez y media, supongo, ya no estaba. No se me ocurría por qué podría haberse marchado tan de repente, y salí a buscarla. Fui al Gridiron. No había nadie en el mostrador, ni tampoco en el rellano, y al subir vi que la puerta de su habitación no estaba cerrada con llave. Entré y la vi echada en el suelo, con su pipa, la resina y la lámpara a su alrededor. El caso es que no pude despertarla, y mientras esperaba a que volviera en sí, me arrodillé para echarle un vistazo al artilugio. Jamás había probado el opio, pero siempre había deseado hacerlo. En fin, hay tanta mística en torno al opio, y el humo es tan agradable y tan denso... La pipa seguía caliente, y la lámpara seguía ardiendo, y todo parecía... no sé, una casualidad asombrosa. Pensé que por qué no probarlo. Anna tenía un aspecto tan maravillosamente feliz..., incluso estaba sonriendo.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó Broham, al ver que Staines no continuaba.

—Caí bajo sus efectos, claro. Fue divino.

Broham parecía molesto.

—¿Y después?

—Bueno, probé su pipa a conciencia, y después me eché en su cama y dormí un rato... o soñé; aquello no era dormir exactamente. Cuando volví en mí, la lámpara estaba fría, la cazoleta de la pipa estaba vacía y Anna se había marchado. Me avergüenza confesar que no pensé ni un segundo en ella. Lo único que quería era probarlo otra vez. Verá, era una sed increíble: desde el primer sorbo, quedé embrujado. Sabía que sería incapaz de descansar hasta que volviese a probar la droga.

—Y todo esto desde el instante mismo en que la probó —dijo Broham con tono escéptico.

—Sí.

—¿Y qué hizo?

—Me dirigí al fumadero del Barrio Chino. Era temprano..., poco después del alba. No vi ni un alma por la carretera.

—¿Cuánto tiempo permaneció en el Barrio Chino de Kaniere?

—Creo que dos semanas..., pero es difícil recordarlo con exactitud; cada día se fundía con el siguiente. Ah Sook fue increíblemente bueno conmigo. Me acogió, me alimentó, se ocupaba de que no comiera demasiado. Iba anotando mis deudas en una pizarrita.

—¿Vio a alguien más durante esa época?

—No —dijo Staines—, aunque la verdad es que no recuerdo gran cosa.

—¿Qué es lo siguiente que recuerda?

—Me desperté un día y Ah Sook no estaba allí. Me llevé un gran disgusto. Se había llevado su opio, como siempre que salía del fumadero, y puse el lugar patas arriba buscándolo, cada vez más desesperado. Y entonces me acordé de las provisiones de la señorita Wetherell.

»Enloquecido, partí rumbo a Hokitika de inmediato. Aquella mañana estaba lloviendo a cántaros y apenas había salido nadie, así que llegué a Hokitika sin encontrarme con nadie conocido. Entré al Gridiron por la puerta trasera y subí por la escalera de servicio. Esperé a que Anna bajase a almorzar, y entonces me colé en su habitación y encontré la resina, y todos sus artilugios, en su cajón. Pero me quedé atrapado: alguien inició una conversación en el pasillo, justo delante de la puerta, así que no podía salir. Y entonces Anna volvió del almuerzo; la oí llegar, y, de nuevo presa del pánico, me escondí detrás de los cortinones.

—¿Los cortinones?

—Sí. Ahí es donde estaba escondido cuando recibí el balazo de la pistola de Anna.

Broham estaba enrojeciendo por momentos.

—¿Cuánto tiempo permaneció oculto detrás de los cortinones?

—Horas —dijo Staines—. Si tuviese que adivinar, diría que más o menos desde las doce hasta las tres. Pero es un cálculo aproximado.

—¿Sabía la señorita Wetherell que estaba usted en su habitación aquel día?

—No.

—Y ¿qué me dice del señor Gascoigne, o del señor Pritchard?

—No —repitió Staines—. No hice el menor ruido, y me quedé muy quieto. Estoy seguro de que ninguno sabía que me encontraba allí.

Fellowes le estaba susurrando algo al oído a Harrington con vehemencia.

—¿Qué pasó cuando le dispararon? —preguntó Broham.

—Guardé silencio —volvió a decir Staines.

—¿Guardó silencio?

—Sí.

—Señor Staines —dijo Broham, con una voz que fingía reprenderlo—. ¿Pretende contarle a esta sala que le dispararon, sin aviso y muy de cerca, y que ni gritó, ni se movió, ni hizo un solo ruido que pudiese alertar a ninguno de los tres testigos, ¡tres!, de su presencia?

—Sí —dijo Staines.

—¿Y por qué diablos no gritó?

—No quería renunciar a la resina.

Broham le estudió. En la pausa que vino a continuación, Harrington le pasó un papel y Broham lo ojeó brevemente. Cuando alzó la mirada, reanudó el interrogatorio.

—¿Cree que es posible, señor Staines, que la señorita Wetherell supiera que

estaba usted presente la tarde del 27 de enero, y que disparase su pistola adrede en dirección a los cortinones con el propósito expreso de hacerle daño?

—No. No lo creo posible.

La sala se había sumido en un silencio total.

—¿Por qué no?

—Porque confío en ella —dijo Staines.

—Le estoy preguntando si le parece posible, no si le parece probable.

—Entiendo la pregunta. Mi respuesta es la misma.

—¿Qué lo indujo a depositar su confianza en la señorita Wetherell?

—La confianza no se puede inducir —espetó Staines—. Solo se puede dar, ¡y además libremente! ¿Cómo puedo responder a eso?

—Simplificaré mi pregunta —rectificó el abogado—. ¿Por qué confía en la señorita Wetherell?

—Confío en ella porque la amo —dijo Staines.

—Y ¿cómo llegó a amarla?

—¡Confianto en ella, por supuesto!

—Hace una defensa circular.

—¡Sí, pero es que así debe ser! ¡El sentimiento verdadero siempre es circular —o circular, o paradójico—, sencillamente porque su causa y su expresión son las dos mitades de la misma cosa! El amor no puede reducirse a un catálogo de razones, y un catálogo de razones no puede producir amor. El que discrepe de mí jamás ha estado enamorado..., verdaderamente enamorado.

Un silencio absoluto siguió a este comentario. Desde el otro extremo de la sala llegó un débil silbido, y, en respuesta, risas sofocadas.

Broham estaba claramente irritado.

—Me disculparé si observo, señor Staines, que no es muy normal robar opiáceos a la persona a la que uno dice amar.

—Sé que está muy mal. Estoy muy avergonzado de lo que hice.

—¿Puede alguien confirmar sus movimientos de los dos últimos meses?

—Ah Sook puede responder de mí.

—El señor Sook ha fallecido. ¿Alguien más?

Staines pensó unos instantes, y después negó con la cabeza.

—No se me ocurre nadie más.

—No tengo más preguntas —terminó Broham secamente—. Gracias, señor juez.

—Su testigo, señor Moody —dijo el juez.

Moody también le dio las gracias. Estuvo un momento ordenando sus notas y esperando a que cedieran los susurros de la sala antes de comenzar.

—Señor Staines, ha declarado que tiene una mala opinión del señor Carver. ¿A qué obedece?

—Agredió a Anna. La pegó, a sangre fría, cuando estaba encinta. El niño murió. La sala calló al punto.

—¿Cuándo tuvo lugar esta agresión?

—La tarde del 11 de octubre el año pasado.

—El 11 de octubre —repitió Moody—. ¿Fue usted testigo de esta agresión?

—No, no lo fui.

—¿Cómo se enteró de lo sucedido?

—Por el señor Löwenthal, esa misma tarde. Fue él quien se la encontró en la carretera..., maltrecha y sangrando. Él mismo puede dar fe del estado en el que se hallaba cuando la encontró.

—¿Qué hacía usted con el señor Löwenthal aquella tarde?

—No tiene nada que ver con esto. Fui a verlo porque quería poner un anuncio en el periódico.

—¿Referente a...?

—La compra de un cajón de barrenadoras.

—Cuando oyó la noticia de que la señorita Wetherell había sufrido una agresión, ¿se sorprendió?

—No —dijo Staines—. Ya sabía que Carver era una mala bestia..., y ya estaba arrepentido con creces de nuestra relación. Nada más llegar yo a Dunedin, se ofreció a ser mi avalista; así fue como lo conocí, ¿sabe?, recién desembarcado, ese mismo día. No sospeché nada infame. Estaba muy verde. Nos dimos un apretón de manos de buena fe y eso fue todo, pero no tardé mucho en empezar a oír cosas sobre él..., y sobre la señora Carver también: trabajan en equipo, claro. Cuando me enteré de lo que le hicieron al señor Wells, me quedé horrorizado. Me he metido a hacer negocios con un estafador redomado, pensé.

El muchacho se estaba adelantando demasiado. Moody tosió, con el fin de recordarle la secuencia narrativa que habían acordado.

—Volvamos a la noche del 11 de octubre. ¿Qué hizo cuando el señor Löwenthal le notificó que la señorita Wetherell había sufrido una agresión?

—Me dirigí inmediatamente al valle Arahura, para darle la noticia al señor Wells.

—¿Por qué consideró que la información tenía importancia para el señor Wells?

—Porque era el padre de la criatura que esperaba la señorita Wetherell, y pensé que querría saber que habían matado a su hijo.

A estas alturas, el silencio de la sala era tal que Moody oía el lejano bullicio de la calle.

—¿Cómo reaccionó el señor Wells al recibir la noticia de que su hijo nonato estaba muerto?

—Se quedó muy callado —dijo Staines—. Apenas dijo nada. Nos tomamos un trago y estuvimos un rato juntos. Me quedé hasta tarde.

—¿Habló usted de otras cuestiones con el señor Wells aquella noche?

—Le conté lo de la fortuna que había enterrado cerca de su cabaña. Le dije que si Anna sobrevivía a aquella noche, pues la había molido a palos, le daría la parte de Carver.

—¿Fue esa noche cuando se puso por escrito su intención?

—Wells redactó un documento, pero no firmé.

—¿Por qué no?

—No recuerdo exactamente por qué —dijo Staines—. Había estado bebiendo, y para entonces ya se había hecho muy tarde. Puede que la conversación pasase a otros temas... o puede que pensase hacerlo y se me olvidase. Sea como fuere, dormí un rato y después regresé a Hokitika a primera hora de la mañana para ver cómo se estaba recuperando la señorita Wetherell. Jamás volví a ver al señor Wells.

—¿Le dijo al señor Wells dónde estaba enterrada la mena?

—Sí. Describí el lugar en términos generales.

A continuación, el tribunal escuchó los testimonios de Mannering, Quee, Löwenthal, Clinch, Nilssen y Frost..., todos los cuales describieron el descubrimiento y la distribución de la fortuna hallada en la cabaña de Crosbie Wells prácticamente como si el oro fundido se hubiese descubierto en la Aurora. Mannering dio testimonio de las condiciones bajo las cuales se había vendido la Aurora, y Quee del hecho de que la mena se había fundido en la retorta. Löwenthal detalló su entrevista con Alistair Lauderback la noche del 14 de enero, en el transcurso de la cual se había enterado de la muerte de Crosbie Wells. Clinch atestiguó que había comprado el patrimonio a la mañana siguiente. Nilssen describió cómo estaba escondido el oro en la cabaña de Crosbie Wells, y Frost confirmó su valor. No hicieron la menor alusión a los vestidos de Anna, ni al *Godspeed*, el bricbarca naufragado, ni a ninguna de las inquietudes y revelaciones que habían precipitado su conciliábulo del hotel Crown tres meses atrás. Sus interrogatorios transcurrieron sin incidentes, y al cabo de un rato que a todos se les antojó muy breve, el juez ya estaba llamando a la señora Lydia Carver a subir al estrado.

Lucía su vestido gris marengo a rayas, y sobre él una elegante chaqueta negra de montar con mangas abullonadas. Sus cabellos cobrizos, esplendorosamente brillantes, estaban recogidos en alto, el moño bien agarrado con una cinta de terciopelo negro. Cuando pasó con aire majestuoso por delante del banco de los abogados, a Moody le llegó el aroma a alcanfor, limones y anís..., un aroma contundente, y que además lo remitió, de golpe, a la fiesta celebrada en el *Wayfarer's Fortune* justo antes de la sesión de espiritismo.

La señora Carver subió los escalones del estrado con un paso que casi cabría llamar enérgico; pero al ver a Emery Staines sentado detrás de la barandilla, por un momento pareció que flaqueaba. Fue una fugaz vacilación: al instante siguiente recobró la compostura. Dio la espalda a Staines, sonrió al alguacil y alzó su mano lechosa para prestar juramento.

—Señora Carver —dijo Broham cuando el alguacil se hubo apartado del estrado—. ¿Conoce usted al demandado, el señor Emery Staines?

—Me temo que jamás he tenido el placer de conocer a ningún señor Emery Staines.

Moody, echando una mirada al muchacho, se sorprendió al ver que se sonrojaba.

—Sin embargo, tengo entendido que la noche del 18 de febrero organizó usted una sesión de espiritismo con el fin de entrar en contacto con él —dijo Broham.

—Correcto.

—¿Por qué escogió nada menos que al señor Staines como objeto de su sesión?

—La verdad es bastante mercenaria, me temo —dijo la señora Carver, con una leve sonrisa—. En aquel momento su desaparición estaba en boca de todos, y pensé que su nombre ayudaría a atraer a una multitud. Eso fue todo.

—¿Sabía usted, cuando anunció la sesión, que la fortuna descubierta en la cabaña de su difunto esposo procedía de la mina de oro Aurora?

—No, no lo sabía.

—¿Tenía alguna razón para relacionar al señor Staines con su difunto esposo?

—Ninguna razón en absoluto. Solo lo conocía de oídas: lo único que sabía de él era que había desaparecido del desfiladero, y que había dejado muchísimos activos detrás.

—¿No sabía usted que su esposo, el señor Carver, tenía acciones en la mina de oro del señor Staines?

—Ah, es que yo con Francis no hablo de inversiones.

—¿Cuándo se enteró del verdadero origen de la bonanza?

—Cuando el Banco de la Reserva publicó en el periódico, a finales de marzo, la noticia de que habían encontrado el oro ya fundido y, por tanto, podía rastrearse su origen.

Broham se dirigió al juez.

—Que el tribunal tome nota de que esta noticia se publicó en el *West Coast Times* el día 23 de marzo de este año.

—Se ha tomado debida nota, señor Broham.

Broham volvió a dirigirse a la señora Carver.

—Usted llegó por primera vez a Hokitika el jueves 25 de enero de 1866, en el vapor *Waikato*. Inmediatamente después de desembarcar, concertó una cita en el juzgado para impugnar la venta de la cabaña y las tierras de su difunto esposo. ¿Correcto?

—Correcto.

—¿Cómo supo del fallecimiento del señor Wells?

—El señor Carver me dio la noticia en persona. Naturalmente, me dirigí a Hokitika tan aprisa como pude. Me habría gustado asistir al funeral; por desgracia, llegué demasiado tarde.

—Cuando se fue de Dunedin, ¿sabía que el grueso del patrimonio del señor Wells consistía en una fortuna de origen desconocido?

—No, fue al llegar a Hokitika cuando leí el informe que publicó el *West Coast Times*.

—Sin embargo, tengo entendido que vendió su casa y su negocio de Dunedin

antes de partir.

—Sí, eso hice —dijo la señora Carver—, pero no fue un paso tan radical como pueda usted suponer. Trabajo en el sector del ocio, y las multitudes de Dunedin ya no son lo que eran. Llevaba muchos meses pensando en mudarme a la Costa Occidental, y leyendo atentamente el *West Coast Times* con esa idea en la cabeza. Cuando supe que Crosbie Wells había muerto, me pareció la oportunidad perfecta. Podía empezar de nuevo en un lugar en el que era seguro que los negocios marcharían bien... y además también podría estar cerca de su tumba, cosa que deseaba mucho. No tuvimos ocasión de resolver nuestras diferencias antes de su muerte, y nuestra separación me había herido profundamente.

—Usted y el señor Wells vivían separados en el momento de su fallecimiento, ¿no es así?

—Así es.

—¿Cuánto tiempo llevaban viviendo separados?

—Unos nueve meses, creo.

—¿Cuál fue el motivo de su distanciamiento?

—El señor Wells había abusado de mi confianza —dijo la señora Carver. No siguió hablando, así que Broham le dirigió una mirada nerviosa al juez.

—¿Podría explicar esto con más detalle, por favor? —pidió el abogado.

La señora Carver movió bruscamente la cabeza.

—Tenía a mi cargo a una joven a la que el señor Wells había utilizado de una manera abominable. Crosbie y yo nos enzarzamos en una pelea terrible por su causa, y poco después de nuestro altercado abandonó Dunedin. No sabía adónde se había ido, y no tuve noticias suyas. Solo cuando el señor Carver me dio noticia de su muerte descubrí adónde se había marchado.

—La joven en cuestión...

—La señorita Anna Wetherell —dijo secamente la señora Carver—. Para empezar, había hecho un acto de caridad con ella al acogerla, por lo cual, según decía, estaba muy agradecida. El señor Wells mancilló esa caridad; la señorita Wetherell abusó de ella.

—¿Continuó la relación entre la señorita Wetherell y el señor Wells después de que ambos se trasladasen a Hokitika?

—No tengo ni la menor idea.

—Gracias, señora Carver. No tengo más preguntas.

—Gracias, señor Broham —dijo ella con voz serena.

Moody ya estaba retirando su silla, a la espera de oír la invitación del juez.

—Señora Carver —dijo con prontitud cuando el juez lo invitó a hablar—. En el mes de marzo de 1864, su difunto esposo Crosbie Wells dio con un filón en el valle Dunstan, ¿es correcto?

La señora Carver se quedó visiblemente sorprendida al oír la pregunta, pero se limitó a hacer una breve pausa antes de responder.

—Sí, es correcto.

—Pero el señor Wells no informó al banco de su bonanza; ¿también esto es correcto?

—También lo es —dijo la señora Carver.

—En cambio, contrató una escolta privada para transportar el mineral de oro de Dunstan a Dunedin..., donde usted, su esposa, lo recibió.

Una expresión de alarma asomó fugazmente al rostro de la señora Carver.

—Sí —dijo con tono cauto.

—¿Podría describir cómo se empaquetó primero y se transportó después el mineral desde el yacimiento?

La señora Carver vaciló, pero era evidente que la pregunta de Moody la había cogido desprevenida, y no le dio tiempo a preparar una coartada.

—Se guardó en una caja fuerte —dijo al fin—. La caja fuerte se cargó en un carruaje, y el carruaje volvió a Dunedin escoltado por un grupo de hombres... armados, por supuesto. En Dunedin yo recogí la caja fuerte, pagué a los porteadores y escribí en el acto al señor Wells para hacerle saber que la caja había llegado sana y salva; entonces, envió la llave.

—¿Quién se encargó de contratar la escolta del oro, usted o el señor Wells?

—El señor Wells. Trabajaban muy bien. No nos dieron ni el más mínimo problema. Era una empresa privada. Gracewood e Hijos, o algo por el estilo.

—Gracewood y Spears —corrigió Moody—. La empresa se trasladó después a Kaniere.

—Así es —dijo la señora Carver.

—¿Qué hizo usted con la bonanza una vez que le fue entregada sana y salva?

—La mena se quedó dentro de la caja fuerte. Instalé la caja fuerte en nuestra residencia de la calle Cumberland, y allí se quedó.

—¿Por qué no llevó el metal a un banco?

—El precio del oro estaba fluctuando a diario, y el mercado del oro era muy impredecible. Pensamos que lo mejor era esperar hasta que fuese un buen momento para vender.

—A la vista de su cautela, me atrevería a decir que la bonanza tenía un valor considerable.

—Sí —dijo ella—. Varios miles, calculamos. No llegamos a tasarla.

—Después del hallazgo, ¿se quedó el señor Wells en el yacimiento?

—Sí, continuó prospectando un año más: hasta la primavera siguiente. Estaba exultante con su éxito, y pensaba que podría tener suerte una segunda vez; pero no la tuvo.

—¿Dónde está ahora la bonanza? —preguntó Moody.

De nuevo vaciló la señora Carver antes de dar una respuesta.

—La robaron.

—Lo lamento mucho —dijo Moody—. Me imagino que se quedarían desolados

por la pérdida.

—Sí, desolados.

—Se refiere al señor Wells y a usted, supongo.

—Pues claro.

Moody hizo otra pausa antes de continuar.

—Presumo que el ladrón consiguió acceder, de algún modo, a la llave.

—Tal vez —dijo la señora Carver—, o puede que la cerradura no fuera de fiar. La caja fuerte tenía un diseño moderno; y ya sabemos todos que las tecnologías modernas no son infalibles. También es posible que alguien sacase una copia de la llave sin que nos enterásemos.

—¿Tiene idea de quién pudo robar la bonanza?

—En absoluto.

—¿Convendría en que es posible que fuese alguien con quien tenían una relación estrecha?

—No necesariamente —dijo la señora Carver con un brusco ademán de la cabeza—. Pudo traicionarnos cualquier miembro de la escolta del oro. Desde luego, todos ellos sabían a ciencia cierta que había una fortuna en colorado puro en el 35 de la calle Cumberland; y además sabían dónde estaba la caja fuerte. Pudo haber sido cualquiera.

—¿Abría usted la caja fuerte con regularidad para comprobar si estaba el contenido?

—No; con regularidad, no.

—¿Cuándo descubrió que había desaparecido la fortuna?

—Al año siguiente, cuando regresó Crosbie.

—¿Podría describir lo que sucedió cuando hizo este descubrimiento?

—El señor Wells volvió de los yacimientos, y nos pusimos a hacer balance de nuestras finanzas. Abrió la caja fuerte y vio que estaba vacía. Le aseguro que se puso hecho un basilisco... y yo también.

—¿Qué mes era?

—Ah, no sé —dijo la señora Carver, aturullándose de repente—. Abril, quizá. O puede que mayo.

—Abril o mayo... de 1865. El año pasado.

—Sí.

—Gracias, señora Carver —dijo Moody; y después, dirigiéndose al juez—: Gracias, señoría.

Tuvo la sensación, al sentarse, de que el ambiente de la sala se estaba animando. Harrington y Fellowes habían dejado de susurrar, y el juez ya no tomaba notas. Todas las miradas se posaron en la señora Carver mientras bajaba los escalones del estrado y tomaba asiento.

—El tribunal llama al señor Francis Carver.

Carver, con chaqueta verde oscuro y un pañuelo con alfiler, lucía un magnífico

aspecto. Prestó juramento con su habitual brusquedad, y a continuación miró, sereno el semblante, hacia el banco de los abogados.

Broham alzó la vista de sus notas.

—Señor Carver —dijo—. Por favor, explique al tribunal cómo conoció al señor Staines.

—Lo conocí en Dunedin el año pasado, más o menos por estas fechas. Acababa de desembarcar procedente de Sídney, y quería establecerse como buscador de oro. Me ofrecí a ser su avalista y él aceptó.

—¿Qué exigía a cada uno este aval?

—Yo le prestaría el dinero suficiente para que se instalase en las excavaciones, y a cambio él estaría obligado a hacerme copropietario de su primera empresa, con dividendos en perpetuidad.

—¿Cuál era el valor monetario exacto de su aval?

—Le compré el hato y provisiones. Le pagué el billete a la Costa. En Dunedin había contraído una deuda de juego; también eso lo pagué.

—¿Podría estimar el monto total, por favor?

—Supongo que debí de darle ocho libras. Sí, en torno a ocho libras. Él se beneficiaba del impulso inicial, y yo de la recompensa a largo plazo. Esa era la idea.

—¿Cuál fue la primera iniciativa del señor Staines?

—Compró una parcela de dos acres situada a una milla de Kaniere —dijo Carver—; se llamaba la Aurora. Me escribió desde Hokitika nada más comprarla, reenviándome todos los documentos del banco.

—¿Cómo cobraba usted los dividendos de la Aurora?

—Por giro postal, a través del Banco de la Reserva.

—Y ¿con qué frecuencia se hacían los pagos?

—Cada trimestre.

—¿Cuál era el valor exacto del dividendo que recibió usted en octubre de 1865?

—Ocho libras y calderilla.

—Y ¿cuál era el valor exacto del dividendo que recibió en enero de 1866?

—Seis libras justas.

—En los dos últimos trimestres del año pasado, por tanto, recibió usted un total aproximado de catorce libras en dividendos.

—Correcto.

—Siendo así, el registro del beneficio neto total de la Aurora durante un periodo de seis meses debió de ser de veintiocho libras, aproximadamente.

—Sí.

—¿Le mencionó el señor Staines la bonanza descubierta en la Aurora por el chino John Quee?

—No.

—¿Fue usted consciente, en el momento de la falsificación, de que el señor Staines había falseado el informe trimestral?

—No.

—¿Cuándo se percató de que la bonanza descubierta en la cabaña del difunto señor Wells procedía de la mina Aurora?

—A la vez que todos los demás —dijo Carver—. Cuando el banco publicó sus informes en el periódico, diciendo que la mena se había encontrado fundida, no pura, y que la fundición llevaba una firma.

Broham asintió, y luego, soltando una tosecita, cambió de tema.

—El señor Staines ha declarado que lo tiene en muy baja estima, señor Carver.

—Puede que así sea, pero lo que es a mí, jamás me dijo una palabra al respecto.

—¿Agredió usted a la señorita Wetherell el 11 de octubre, como alega el señor Staines?

—Le di una bofetada en la cara. Eso fue todo.

Moody oyó un gruñido de desaprobación entre el público.

—¿Qué fue lo que lo llevó a abofetearla? —preguntó Broham.

—Fue insolente —respondió Carver.

—¿Podría aportar más detalles?

—Le pedí que me diese una información y se rio a mi costa, así que le propiné una bofetada. Fue la primera y la única vez que le puse la mano encima.

—¿Podría describir el encuentro tal y como lo recuerda, por favor?

—Me hallaba en Hokitika por asuntos de negocios, y se me ocurrió acercarme hasta Kaniere para echarle un vistazo a la Aurora: el informe trimestral acababa de llegar y veía que la concesión apenas estaba rindiendo, así que fui a averiguar el motivo. Me encontré con la señorita Wetherell a un lado del camino. Estaba ciega de opio y no hacía más que decir disparates. No conseguí que me facilitara ninguna información, de modo que me volví a subir al caballo y seguí mi camino.

—El señor Staines ha declarado que la señorita Wetherell perdió a su hijo aquel mismo día.

—Yo de eso no sé nada —dijo Carver—. La última vez que la vi, seguía riéndose y dando traspiés. Puede que se metiera en algún lío después de marcharme.

—¿Recuerda lo que le preguntó aquella tarde?

—Sí. Quería encontrar a Wells.

—¿Por qué quería tener noticias del señor Wells?

—Tenía una cuestión privada que discutir con él —respondió Carver—. No lo había visto desde mayo, y no sabía dónde encontrarlo ni a quién preguntar. Como ha dicho Lydia, agarró y se largó de Dunedin en plena noche. No le dijo a nadie adónde iba.

—¿Le reveló la señorita Wetherell el paradero del señor Wells en aquella ocasión?

—No. Se limitó a reírse. Fue por eso por lo que le di una bofetada.

—¿Cree que la señorita Wetherell sabía dónde vivía el señor Wells y que le ocultó la información con algún propósito concreto?

Carver se lo pensó, pero enseguida negó con la cabeza.

—No lo sé. No me atrevería a afirmarlo.

—¿Cuál era la naturaleza del asunto que deseaba discutir con el señor Wells?

—Seguros —dijo Carver.

—¿En qué sentido?

Carver se encogió de hombros, para dar a entender que la respuesta no tenía importancia.

—El bricbarca *Godspeed* le pertenecía, y yo era su patrón de operaciones. No era una cuestión urgente; simplemente quería hablar con él de un par de cosas.

—¿Tenían buena relación usted y el señor Wells?

—Pasable. Yo diría que pasable. No es ningún secreto que yo estaba enamorado de su mujer, y que no tardé en pedir la vez cuando él falleció, pero jamás me interpuse entre ellos. Me porté bien con Wells, y él se portó bien conmigo.

—Gracias, señorita —dijo Broham al juez—. Gracias, señor Carver.

—Su testigo, señor Moody.

Moody se levantó sin dilación.

—Señor Carver —dijo—. ¿Cuándo se conocieron la señora Wells y usted?

—Nos conocemos desde hace casi veinte años.

—En otras palabras, se conocían durante todo el tiempo que estuvo casada con el difunto Wells.

—Sí.

—¿Sería tan amable de relatar las circunstancias de su compromiso con la señora Carver?

—Conozco a Lydia desde mi juventud; siempre habíamos pensado que nos casaríamos. Pero entonces me cayeron diez años en Cockatoo, y en ese tiempo se juntó con Wells. Para cuando me soltaron, ya estaban casados. No podía culparla. Diez años son muchos años de espera. Tampoco podía culparlo a él: con una mujer de ese calibre... Pero me dije para mis adentros: si ese matrimonio termina algún día, el siguiente en la cola seré yo.

—Se casaron poco después de la muerte del señor Wells, ¿verdad?

Carver lo miró fijamente.

—No hubo nada irrespetuoso en ello.

Moody inclinó la cabeza.

—No, claro que no. Disculpe si he podido insinuar lo contrario. Permítame que retroceda un poco. ¿Cuándo salió de prisión?

—Junio de 1864 —dijo Carver—. Ya hace casi dos años.

—¿Qué hizo nada más salir de Cockatoo Island?

—Zarpé rumbo a Dunedin. Encontré faena en un barco que cubría la ruta transtansmana. El *Godspeed*.

—¿Capitaneaba usted la nave?

—Formaba parte de la tripulación. Pero me hice capitán al año siguiente.

—Por aquella época, el señor Wells estaba buscando oro en Dunstan. ¿Correcto? Carver titubeó.

—Sí —dijo.

—Y la señora Carver, por aquel entonces esposa del señor Wells, residía en Dunedin.

—Sí.

—¿Veía usted con frecuencia a la señora Wells en aquella época?

—De vez en cuando me pasaba por su local a tomarme un trago. Regentaba una taberna en la calle Cumberland. Pero la mayor parte del tiempo estaba embarcado.

—En mayo de 1865, Crosbie Wells regresó a Dunedin —dijo Moody—. Tengo entendido que efectuó una compra por aquella época.

Carver sabía perfectamente que le estaba tendiendo una trampa, pero no podía hacer nada para evitarlo.

—Sí —dijo secamente—. Compró el *Godspeed*.

—Una buena compra —observó Moody, asintiendo con la cabeza—, máxime teniendo en cuenta lo súbita que fue. El hecho de que decidiese invertir ni más ni menos que en un barco también es curioso. ¿Le venía de antes el interés por la navegación, me pregunto?

—No sabría decirle —dijo Carver—. Pero supongo que sí, ya que hizo la compra. Moody realizó una pausa antes de continuar.

—Entiendo que en la actualidad el contrato de venta obra en su poder.

—Así es.

—¿Cómo llegó a sus manos, por favor?

—El señor Wells me lo confió —dijo Carver.

—¿Cuándo le confió este contrato?

—En el momento de la venta.

—¿Que fue en...?

—En mayo —dijo Carver—. Del año pasado.

—En otras palabras, justo antes de que el señor Wells se marchase de Dunedin para trasladarse al valle Arahura.

Carver no podía negarlo.

—Sí —dijo.

—¿Por qué razón le confió el señor Wells este contrato de venta? —preguntó Moody.

—Para que pudiese representarlo como su apoderado.

—En caso de que resultase herido, quiere decir. O de que muriese.

—Sí.

—Ah. Bien, a ver si me aclaro, señor Carver. A comienzos del año pasado, el señor Wells era el legítimo propietario de varios miles de libras en mineral de oro, excavado de una concesión del valle Dunstan. La mena se guardó en una caja fuerte en su residencia de Dunedin, donde vivía su esposa, una antigua y muy querida

conocida de usted. En mayo, el señor Wells volvió de los yacimientos de Dunstan a Dunedin, y, sin comunicárselo a su esposa, vació la caja fuerte. Inmediatamente invirtió la totalidad de la bonanza en la compra del bricbarca *Godspeed*, le confió a usted el barco y su manejo y, sin demora, huyó a Hokitika sin informar a nadie de su destino ni de sus intenciones.

»Naturalmente —añadió Moody—, es un mero suponer decir que fue el señor Wells, y no otra persona, quien sacó el mineral de oro de la caja fuerte..., pero ¿de qué otro modo si no pudo comprar el *Godspeed*? No poseía ni participaciones ni bonos de ningún tipo, de eso estamos seguros, y el traspaso de propiedad, publicado en el *Otago Witness* el 14 de mayo de ese mismo año, afirma explícitamente que el barco se compró con oro.

Carver escuchaba con gesto hosco.

—Se olvida de la puta —dijo—. Ella fue la razón de que Wells se marchase de Dunedin. Fue la razón de que rompiese con Lydia.

—Puede que sí..., pero permítame que lo corrija señalando que la señorita Wetherell no se dedicaba, en aquella época, al oficio más antiguo del mundo. El pagaré que escribió el señor Richard Mannering, y que entregué esta mañana al tribunal, afirma explícitamente que se había de ataviar a la señorita Wetherell con un vestido adecuado, una pistola de manguito, perfumes, enaguas y todos los demás artículos «de los que actualmente carece». Está fechada en junio del año pasado.

Carver no dijo nada.

—Me disculparé —dijo Moody al cabo de un instante— si observo que no da la impresión de que el señor Wells se beneficiase demasiado de la secuencia de acontecimientos que se desarrollaron en Dunedin el pasado mayo. Usted, sin embargo, parece haberse beneficiado mucho.

El juez Kemp esperó a que Carver se sentase junto a su esposa antes de llamar bruscamente al orden a la sala.

—De acuerdo, señor Moody —dijo, juntando las manos—, es evidente que sus palabras tienen un norte y voy a permitirle que continúe con su argumentación, aunque he de observar que parece que nos hemos alejado bastante del curso establecido en el boletín de esta mañana. Veamos: ha presentado los nombres de dos testigos de la defensa.

Moody hizo una venia.

—Sí, señoría.

—En la causa de los testigos de la defensa, el señor Moody procederá al interrogatorio y el señor Broham propondrá las repreguntas —dijo el juez. Consultó su libro mayor y a continuación, mirando por encima de los anteojos, llamó al primer testigo.

—Señor Thomas Balfour.

Como estaba previsto, se hizo venir a Thomas Balfour desde su celda.

—Señor Balfour —dijo Moody una vez que hubo prestado juramento—. Se

dedica usted al negocio de los transportes marítimos, ¿no es así?

—Va a hacer ya doce años, señor Moody.

—Tengo entendido que se encarga de la cuenta particular del señor Lauderback.

—En efecto —dijo Balfour, con tono alegre—. Tengo el negocio del señor Lauderback desde el invierno de 1861.

—¿Podría, por favor, describir la transacción más reciente entre el señor Lauderback y la Agencia Naviera Balfour?

—Cómo no. La primera vez que el señor Lauderback vino a Hokitika, en enero, lo hizo a través de los Alpes, como recordará. Envió por mar su baúl y sus efectos personales. Envió un cajón de mercancías desde Lyttelton hasta Port Chalmers, y cuando el cajón llegó a Port Chalmers me encargué de que una de mis naves, el *Virtue*, lo recogiese y lo trajese a la Costa. En fin, el *Virtue* llegó sin contratiempos, con el cajón a bordo. Arribó el 12 de enero, dos días antes que el señor Lauderback. Al día siguiente, se descargó el cajón; fue amontonado con el resto del cargamento en el muelle, y firmé para que lo trasladasen a mi almacén, donde el señor Lauderback habría de recogerlo a su llegada. Pero eso jamás ocurrió: el cajón voló. No llegó a entrar en el almacén.

—¿Llevaba por fuera alguna identificación de que pertenecía al señor Lauderback?

—Sí, claro —dijo Balfour—. Habrá visto los cajones amontonados en el muelle; en fin, serían indistinguibles unos de otros si no fuera por las notas de conocimiento de embarque. Las notas informan de quién es el propietario de los artículos, quién es el transportista y qué sé yo qué más.

—¿Qué pasó cuando descubrió que había desaparecido el cajón?

—Le aseguro que estuve tirándome de los pelos mientras lo buscaba: no tenía ni idea de adónde podría haber ido a parar. En fin, el caso es que el *Godspeed* naufragó en la barra dos días después, y cuando recogieron el cargamento ¡lo que son las cosas: va y aparece el cajón de Lauderback! Al parecer lo habían cargado en el *Godspeed* la última vez que había levado anclas del puerto de Hokitika.

—Es decir, a primera hora de la mañana del 15 de enero.

—Así es.

—¿Qué pasó cuando por fin se recuperó el baúl de Lauderback?

—Estuve husmeando por ahí —dijo Balfour—. Hice preguntas a la tripulación, y me contaron cómo se produjo el error. Fue por lo siguiente. Alguien había visto el conocimiento de embarque: «Señor Lauderback, propietario», y había recordado que el año pasado su patrón, es decir, Carver, había estado al acecho de un cajón con esta identificación. Vieron este cajón en el embarcadero, la noche del 14, y pensaron: «Menuda oportunidad para caerle en gracia al patrón».

»Así que van y lo abren... solo por curiosidad. Dentro hay un baúl, un par de maletines y poco más. No es que parezca muy valioso, pero nunca se sabe, piensan. Se van a buscar al capitán Carver, pero no lo encuentran por ningún lado. Ni en sus

habitaciones del hotel, ni en los bares, ni en ninguna parte. Deciden dejarlo para la mañana siguiente, y a la cama que se van. Entonces, el capitán Carver en persona viene despepitado por el muelle hecho un manojo de nervios, los saca a todos de sus hamacas y dice que el *Godspeed* leva anclas con la primera luz del alba, solo unas pocas horas después. Se niega a decir por qué. En fin, los tipos toman una decisión. Vuelven a encajar la tapa del cajón, lo suben a bordo rapidito y cuando el *Godspeed* leva anclas justo antes de la primera luz, el cajón está en la bodega.

—¿Informaron al capitán Carver de esta incorporación al cargamento?

—Sí, claro —dijo Balfour, sonriendo—. Los tipos estaban más contentos que unas pascuas..., pensaban que habría recompensa, ¿sabe? Así que esperan a que el *Godspeed* esté a vela antes de llamarlo para que baje. Carver echa un vistazo al contrato de venta y ve que han metido la pata hasta el fondo. «¿Agencia Naviera Balfour?», dice. «El que perdí era Agencia Naviera Danforth. Maldita sea, habéis subido el que no era..., y ahora llevamos artículos robados a bordo».

—¿Podemos inferir de todo esto —dijo Moody— que el capitán Carver había perdido un cajón de mercancías, identificado como perteneciente al señor Alistair Lauderback y cuyo transportista era la Agencia Naviera Danforth, que contenía algo de gran valor para él?

—Eso parece, desde luego.

—Muchas gracias por el tiempo que me ha dedicado, señor Balfour.

—No hay de qué, señor Moody.

Broham, que claramente no tenía ni idea de hacia dónde apuntaba el interrogatorio de Moody, renunció a su derecho de preguntar al testigo de la defensa, y el juez, tomando nota de ello, llamó al segundo testigo.

—El honorable señor Alistair Lauderback.

Alistair Lauderback cruzó el ancho de la sala en cinco zancadas.

—Señor Lauderback —dijo Moody una vez que hubo prestado juramento—. Usted es el antiguo propietario del bricbarca *Godspeed*, ¿correcto?

—Sí. Es correcto.

—Según el contrato de venta, vendió usted el barco el 12 de mayo de 1865.

—Así fue.

—¿Se encuentra hoy en la sala el hombre al que le vendió el barco?

—Sí —dijo Lauderback.

—¿Podría identificarlo, por favor?

Lauderback alargó el brazo y apuntó el dedo índice directamente a la cara de Carver.

—Es ese hombre —dijo, dirigiéndose a Moody—. Es ese hombre de ahí.

—¿Podría tratarse de un error? Observo que el contrato de venta, presentado al tribunal por el propio señor Carver, lleva la firma de un tal «C. Francis Wells».

—Es una falsificación de cabo a rabo —dijo Lauderback, sin dejar de señalar a Carver—. Ese hombre me dijo que se llamaba Crosbie Wells y como tal firmó la

escritura, y yo le vendí el barco creyendo en todo momento que se lo había vendido a un hombre llamado Crosbie Wells. Hasta pasados ocho o nueve meses no me di cuenta de que me había tomado el pelo.

Moody no se atrevió a mirar a los ojos a Carver, que, de manera casi imperceptible, se había puesto rígido al oír la mentira de Lauderback. Moody vio por el rabillo del ojo que la señora Carver había tendido su blanca mano para refrenarlo: sus dedos estaban cerrados en torno a su muñeca.

—¿Podría describir lo que sucedió?

—Representó el papel del marido rechazado. Sabía que yo había tenido una aventura con Lydia —todos los presentes en esta sala lo saben también: el *Times* publicó mi confesión— y vio la oportunidad de sacarle partido. Me dijo que se llamaba Crosbie Wells y que yo había tenido un lío con su esposa. Ni se me pasó por la cabeza que pudiera estar mintiendo descaradamente. Pensé: «Me he portado mal con este hombre, y he convertido a su esposa en una mala mujer».

Los Carver no se habían movido. Aún sin mirarlos, Moody prosiguió.

—¿Qué quería de usted?

—Quería el barco —dijo Lauderback—. Quería el barco y consiguió el barco. Pero me chantajeó. Lo vendí coaccionado..., no por voluntad propia.

—¿Podría explicar la naturaleza del chantaje?

—Durante nuestra aventura, había mantenido a Lydia a la última moda. Cada mes enviaba sus vestidos a Melbourne a que los repasasen, y de allí volvían con los últimos encajes, volantes y qué sé yo. Había una remesa que iba y venía por el mar de Tasmania en mi nombre, y yo, por supuesto, utilizaba el *Godspeed* como transporte. Bueno, pues él la había interceptado. Carver, quiero decir. Había abierto el baúl, había sacado los vestidos y había metido una pequeña fortuna debajo de ellos. Recordará usted que el baúl estaba marcado con mi nombre, y era yo quien tenía el acuerdo con el modisto de Melbourne. Si aquella bonanza traspasaba las aguas jurisdiccionales, me hundiría: sobre el papel, sería culpable ante la ley de robo, evasión de impuestos, todo. Cuando vi la trampa que me había tendido, entendí que no había nada que hacer. Tenía que darle el barco. Así que chocamos los cinco como hombres que somos, y yo volví a pedirle disculpas... Y entonces, en consonancia con su farsa, firmó el contrato con el nombre de Wells.

—¿Volvió a tener noticias del señor Carver, alias Wells, después de aquel encuentro?

—Nada de nada.

—¿Volvió a ver el baúl?

—Jamás.

—Por cierto, ¿cómo se llamaba la compañía de transportes que utilizó para traer y llevar los vestidos de la señora Carver al modisto de Melbourne?

—Agencia Naviera Danforth —dijo Lauderback—. El hombre al que recurrí se llamaba Jem Danforth.

Moody hizo una pausa para que calase en el público la plena trascendencia de estas palabras, y a continuación reanudó las preguntas.

—¿Cuándo descubrió la verdadera identidad del señor Carver?

—En diciembre —respondió Lauderback—. El señor Wells, el auténtico señor Wells, debería decir, me escribió justo antes de morir. Un votante que se presentaba a un político, nada más. Pero inmediatamente supe por esta carta que no tenía ni idea de lo mío con Lydia... Y entonces fue cuando até cabos y me di cuenta de que me habían engañado.

—¿Tiene aquí la correspondencia del señor Wells?

—Sí. —Lauderback rebuscó en el bolsillo del pecho y sacó un papel doblado.

—Como puede observar el tribunal, el documento que se halla en poder del señor Lauderback lleva matasellos del 17 de diciembre de 1865 —dijo Moody.

—Se ha tomado debida nota, señor Moody.

Moody se dirigió de nuevo a Lauderback.

—¿Podría leer la carta, por favor?

—Por supuesto. —Lauderback sostuvo el papel en alto, tosió y empezó a leer:

West Canterbury, diciembre de 1865

Señor, observo en el *West Coast Times* que tiene intención de viajar a Hokitika por tierra y que por consiguiente pasará por el valle Arahura a no ser que haga un recorrido deliberadamente más largo. Soy un votante y como tal me sentiré honrado de recibir a un político en mi casa a pesar de lo humilde de la misma. Se la voy a describir para que pueda usted acercarse a ella o desviar el rumbo según crea conveniente. La casa tiene tejado de hierro y está a treinta yardas de distancia de las orillas del río Arahura en su vertiente sur. A cada lado de la cabaña hay un claro de unas treinta yardas y el aserradero está a unas veinte más hacia el sudeste. La morada es pequeña con una ventana y una chimenea de ladrillo refractario. El revestimiento es el habitual. Puede que aunque no se detenga yo lo vea pasar a caballo. No me voy a hacer ilusiones pero le deseo un buen viaje al oeste y una campaña triunfal y le aseguro que le sigo profesando

mi más profunda admiración, Crosbie Wells

Moody le dio las gracias. Se volvió hacia el juez.

—Como puede observar el tribunal, la firma de la correspondencia privada del señor Lauderback es exactamente la misma que la firma que aparece en la escritura de donación escrita por el señor Crosbie Wells el 11 de octubre de 1865, donde se establece que el señor Emery Staines habrá de hacer entrega de la suma de dos mil libras a la señorita Anna Wetherell, con Crosbie Wells como testigo; también es exactamente igual a la firma de la partida matrimonial del señor Wells, presentada hace dos meses por la señora Lydia Carver, antes señora Wells, al juzgado. El tribunal reparará asimismo en que estas dos firmas no se parecen en absoluto a la firma que figura en el contrato de venta del bricbarca *Godspeed*, presentado al tribunal por el señor Francis Carver. Baste como prueba de que la firma que aparece en este contrato de venta es, en efecto, una falsificación.

Broham estaba mirando a Moody boquiabierto.

—¿Qué quiere decir con esto exactamente, señor Moody? —dijo el juez.

—Sencillamente, que el señor Carver obtuvo el bricbarca *Godspeed* por medio de extorsión, suplantación de identidad y fraude, y que utilizó la misma táctica para robar una fortuna de muchos miles de libras al señor Wells en mayo del año pasado... Un robo que completó con éxito, cabe suponer, con la ayuda de la señora Wells, dado que ahora es su esposa.

Broham, que seguía esforzándose por ordenar en su cabeza los acontecimientos de los últimos cinco minutos, solicitó que se suspendiera la sesión; pero su petición apenas pudo oírse entre el alboroto de la tribuna. El juez Kemp, a voz en cuello, requirió la inmediata presencia del señor Broham y del señor Moody en su despacho; después dio orden de que todos los testigos fueran puestos bajo custodia y levantó la sesión.

LA CASA DE LOS MIL DESEOS

En el que Lydia Wells cumple lo que promete, Anna Wetherell recibe una visita inesperada y nos enteramos de la verdad sobre Elizabeth Mackay

La fachada que presentaba a la vía pública el número 35 de la calle Cumberland estaba extrañamente desnuda: un pálido enlucido de tabla, un escaparate dividido con un parteluz y tapado con papel de carnicero y un par de ventanas de guillotina con visillos en el piso de arriba. Los establecimientos que la flanqueaban —el número 37 era una zapatería y el 33 una agencia naviera— estaban muy pegados al edificio, enmascarando cualquier posible sensación, desde la calle, de proporción interna. Al pasar por delante, incluso cabía suponer que estaba desocupado, pues no había señales ni leyendas encima de la entrada, nada en el porche ni tampoco una tarjeta en la placa de encima de la aldaba.

La señora Wells abrió la puerta principal con su llave. Condujo a Anna por el silencioso pasillo hasta el fondo de la casa, donde una estrecha escalera conducía al piso superior. En el descansillo de arriba, que estaba tan limpio y desnudo como su homólogo de abajo, sacó una segunda llave de su ridículo, abrió una puerta y, sonriendo, invitó a entrar a Anna con un gesto.

Una criatura con más mundo que Anna habría sacado una conclusión inmediata de la escena que la recibió: los pesados visillos de encaje, la tapicería superflua, el embriagador aroma a licor y perfume y el portier con mostacillas, que en este momento se hallaba atado al marco de la puerta, de suerte que dejaba ver la alcoba tenuemente iluminada que había al otro lado. Pero Anna no tenía mundo, y si le sorprendió encontrarse con un ambiente de tan fragante y mullido lujo en una pensión para muchachas, no lo expresó en voz alta. A lo largo del paseo desde el muelle a la calle Cumberland, la señora Wells había desplegado una amplia gama de gustos refinados y opiniones singulares, y para cuando llegaron a su destino Anna estaba más que contenta de adherirse a ellas: y es que de repente, en comparación, sus propias opiniones se le antojaban sosas y poco convincentes.

—Ya ve que cuido muy bien de mis chicas —dijo su anfitriona.

Anna replicó que la habitación era magnífica, y alentada por estas palabras la señora Wells sugirió que la recorrieran, haciendo reparar a Anna, mientras caminaban, en diversas ingeniosidades de la decoración y el acomodo, a fin de que en lo sucesivo pudiese conferir sus cumplidos de manera más concreta.

El baúl de Anna se había entregado según lo prometido, y ya se hallaba instalado

al pie de la cama; lo interpretó como una señal de que la cama era la suya. Tenía un hermoso cabezal, cuyo marco de madera quedaba prácticamente oculto tras una inmensa pila de almohadas blancas amontonadas de tres en tres, y era mucho más ancha y alta que el catre en el que dormía en casa. Se preguntó si tendría que compartir la cama con alguien: parecía demasiado grande para una sola persona. Enfrente de la cama había una bañera de cobre con los lados muy altos, cubierta de toallas, y junto a ella una pesada campanilla con una borla en el extremo. La señora Wells tiró de ella, y de algún lugar del piso de abajo llegó un sordo tintineo. Cuando apareció la doncella, la señora Wells ordenó que subiesen agua caliente de la cocina, y a continuación el almuerzo. La criada apenas si miró a Anna, que se sintió muy agradecida de que la ignorase, y aliviada cuando se marchó para calentar el agua en la lumbre de la cocina.

Nada más irse la criada, Lydia Wells se dirigió a Anna, sonrió de nuevo y le rogó que la disculpase por tener que ausentarse.

—Tengo unos compromisos en las afueras de la ciudad que no puedo eludir; pero volveré a tiempo para la cena, y cuento con que cenemos juntas. Pídale a Lucy que le traiga cualquier cosa que se le antoje. Si lo puede encontrar, se lo dará. Quédese en la bañera todo el tiempo que quiera, y utilice todo lo que le apetezca del lavabo. Insisto en que se considere en su casa.

Y eso exactamente fue lo que hizo Anna Wetherell. Se lavó el pelo con una loción de aroma de lavanda, se restregó el cuerpo a conciencia con un jabón de tienda y se quedó en el agua durante más de una hora. Una vez vestida de nuevo —con las medias dadas la vuelta para lucir el lado más limpio— permaneció largo rato ante el espejo, arreglándose el pelo. Había varias botellas de perfume sobre el lavabo: las olisqueó todas, volvió a coger la primera y se dio unos toquitos en las muñecas y detrás de las orejas.

La criada había dejado un almuerzo frío en la mesa de debajo de la ventana, el plato cubierto con un paño. Anna retiró el paño y vio jamón primorosamente fileteado; una copiosa ración de gachas de guisantes, a todas luces fritas; un bollito amarillo untado con mantequilla y mermelada y dos huevos escabechados. Se sentó, agarró el cuchillo y el tenedor que habían sacado para ella y se abalanzó sobre el almuerzo, disfrutando de los sabores después de las insípidas comidas de a bordo.

Una vez limpio el plato permaneció unos minutos sentada, preguntándose si debía hacer sonar la campanilla para que retirasen la vajilla: ¿qué parecería más arrogante: llamar o no llamar? Al final decidió no hacerlo. Se levantó de la mesa y se acercó a la ventana, descorrió las cortinas y, sintiéndose muy satisfecha, se quedó allí un rato contemplando el tráfico de la calle. El reloj ya había dado las tres antes de que oyese ruidos en el piso de abajo: voces repentinas en el pasillo, después unos pasos que subían las escaleras y por último un enérgico golpe de nudillos en la puerta.

Apenas había tenido tiempo de levantarse cuando la puerta se abrió de par en par y entró con paso resuelto un hombre alto y muy sucio, vestido con pantalones

amarillos de piel de topo y un abrigo desvaído. Al ver a Anna, se paró en seco.

—Vaya —exclamó—. Disculpe.

—Buenas tardes —dijo Anna.

—¿Es usted una de las chicas de Lydia?

—Sí.

—¿Nueva?

—He llegado hoy.

—Los dos hemos llegado hoy —dijo el hombre. Tenía el cabello rubio y un aire ligeramente baqueteado—. Buenas tardes, en efecto..., pero que muy buenas.

—¿Lo puedo ayudar en algo?

El hombre sonrió.

—Ya veremos. Estoy buscando a la patrona. ¿Está por aquí?

—Tenía unos compromisos en las afueras.

—¿A qué hora volverá?

—Dijo que para la cena —respondió Anna.

—Bueno, ¿y usted tiene algún compromiso antes de la cena?

—No.

—Bien. ¿Me concede el siguiente baile?

Anna no supo qué responder.

—No sé si debo recibir a nadie mientras no está la señora Wells.

—¡La señora Wells! —exclamó el hombre, y se rio—. Si hasta suena casi respetable, así dicho. —Alargó una mano y cerró la puerta a sus espaldas—. Me llamo Crosbie. ¿Y usted?

—Señorita Anna Wetherell. —Su voz reflejó cierto tono de alarma.

El hombre ya se estaba acercando al aparador.

—¿Le apetece un traguito de algo, señorita Anna Wetherell?

—No, gracias.

Cogió una botella y la inclinó hacia Anna.

—¿No porque no le gusta el alcohol o no por cortesía?

—Acabo de llegar.

—Eso ya me lo ha dicho antes, mi niña, y no responde a la pregunta que le he hecho.

—No quisiera aprovecharme de la hospitalidad de la señora Wells —dijo Anna, con un discreto tono de desaprobación..., como para dar a entender que él tampoco debería.

Crosbie descorchó la botella, olisqueó y volvió a poner el corcho.

—De hospitalidad, nada —dijo, devolviendo la botella a la bandeja y seleccionando otra—. Le cobrarán por cada cosa que toque en esta habitación, y veloces como pirañas. Recuerde lo que le digo.

—No. Todo está pagado. Y la señora Wells ha sido de lo más hospitalaria. Si me quedo aquí es porque ella me lo ha pedido personalmente.

Sus palabras le hicieron gracia.

—¿Ah, sí? Conque son uña y carne, ¿eh? ¿Viejas amigas?

Anna frunció el ceño.

—Nos hemos conocido esta tarde en el muelle.

—Por casualidad, supongo.

—Sí. Había una joven, una tal señorita Mackay, que no llegó a hacer la travesía. La prima de su prima. Como la señorita Mackay no apareció, la señora Wells me invitó en su lugar. La pensión está pagada por adelantado.

—Ajá —dijo el hombre, llenándose el vaso.

—¿Acaba de volver de los yacimientos? —preguntó Anna, intentando ganar tiempo.

—Así es. Allá por las tierras altas. He vuelto esta mañana. —Bebió, echó el aliento y dijo—: No. No estaría bien que no se lo dijese: se la han dado con queso.

—¿Que me han qué?

—Que se la han dado con queso.

—No sé a qué se refiere, señor Crosbie.

Él se rio de su error al llamarlo así, pero no la corrigió.

—Siempre hay una señorita Mackay —explicó—. Siempre suelta la misma historia. Así que la creen, la siguen a casa y antes de que se enteren están en deuda. ¿O es que usted no lo está? Le ha dado un magnífico almuerzo y un baño caliente, ha sido la bondad en persona, y usted ¿qué le ha dado usted? ¡Ah! —Hizo un gesto admonitorio con el dedo—. Algo habrá, señorita Anna Wetherell, algo habrá. Algo habrá que pueda darle. —Pareció percibir la desazón de Anna, pues añadió, con un tono más suave—: Hay una cosa que debe usted saber. En una localidad aurífera no hay caridad. Si parece caridad, vuelva a mirar bien.

—Vaya —dijo Anna.

Crosbie apuró el vaso y lo dejó a un lado.

—¿Le apetece un trago o no?

—Hoy no, gracias.

Crosbie metió la mano en el bolsillo, sacó algo y alzó un puño cerrado.

—¿Adivina lo que tengo aquí?

—No.

—Venga. A ver si adivina.

—¿Una moneda?

—Mejor que una moneda. Otra vez.

—No se me ocurre —dijo Anna, presa del pánico.

Crosbie abrió el puño para revelar una pepita de oro más o menos del tamaño y la forma de una nuez, se echó a reír de nuevo al ver su expresión y después se la lanzó. Anna la atrapó con ambas manos.

—Con este oro hay para comprar hasta la última botella de esta bandeja, y sobra. Suya es si me hace compañía hasta que vuelva la patrona. ¿Qué le parece? Así tendrá

una ayudita para saldar esas deudas, cuando empiecen a acumularse.

—Jamás he tocado un trozo de oro —dijo Anna, dándole vueltas. Era más pesado de lo que se había imaginado, y más elemental. Parecía como si fuese perdiendo brillo en sus manos.

—Venga aquí —dijo Crosbie. Se llevó la botella de brandy al pequeño sofá, se sentó y dio unas palmaditas al hueco que había a su lado—. Échese un trago conmigo, mi niña. Llevo dos semanas caminando, me muero de sed y quiero reposar la vista en algo bonito. Venga aquí. Le voy a contar todo lo que necesita saber acerca de la señora Lydia Wells.

CRUX

En el que se pronuncian dos veredictos y el juez emite una sentencia acorde con el delito

Te Rau Tauwhare no había sido invitado a testificar en ninguno de los dos juicios. Había presenciado los procesos del día desde el fondo de la sala, con la expresión sombría y la espalda apoyada contra la pared. Cuando el juez Kemp pidió un último receso, decretando la prisión preventiva de todos los testigos del día, Tauwhare abandonó la sala con el resto de los presentes. Fuera vio el coche blindado, que estaba esperando para llevar de nuevo a los acusados a la cárcel, y se acercó a saludar al sargento de guardia, que estaba al lado.

—Hola, señor Tauwhare —dijo el sargento.

—Hola.

—¿Qué, cómo le van las cosas a su amigo Staines? Se lo debe de estar pasando de miedo ahí dentro, ¿eh?

—Sí.

—Asomé la cabeza. Apenas pude oír nada. Un buen espectáculo, ¿eh?

—Muy bueno —dijo Tauwhare.

—Menudo rapapolvo le ha caído al alcaide Shepard, ¿eh?

—Sí.

—Ya me habría gustado verlo.

En ese momento se abrió la puerta trasera de la sala y apareció el alguacil.

—¡Drake! —gritó.

—Sí, señor —dijo el sargento, poniéndose firme.

—El juez quiere que escoltes a Francis Carver a Seaview —dijo el alguacil—. Órdenes especiales. Lo subes por la colina y después te vuelves aquí inmediatamente.

Drake corrió a abrir las puertas del coche.

—¿Solo a Carver?

—Solo a Carver —respondió el alguacil—. Y asegúrate de que vuelves a tiempo para el veredicto. Directo a Seaview y directo de vuelta.

—Eso haré.

—Y rapidito. Ahí viene.

Sacaron a Francis Carver al patio y lo metieron a empujones en el coche. Llevaba las manos esposadas a la espalda. Dentro del coche, Drake sacó un segundo juego de esposas de su cinturón y lo utilizó para enganchar las dos muñecas de Carver a una argolla que iba enganchada a la partición que había al otro lado del pescante.

—Lo que es este, no se escapa —dijo alegremente, agitando la argolla para demostrar que tenía razón—. Entre usted y el mundo hay una pulgada de hierro, señor Carver. ¡Ay ay ay...! ¿Qué habrá hecho, que no se fían de dejarlo con los demás? La última vez que eché un vistazo, era usted un simple testigo; ¡y al minuto siguiente, está esposado!

Carver no dijo nada.

—Una hora —dijo el alguacil, y se volvió a meter.

Drake bajó del coche de un salto y cerró las puertas.

—Eh, señor Tauwhare —dijo a la vez que echaba el seguro—. ¿Le apetece un paseíto rápido por la colina, ida y vuelta? Volverá a tiempo para el veredicto.

Tauwhare vaciló.

—¿Qué me dice? —dijo el sargento—. Un día precioso para darse un garbeo..., y a la vuelta cogemos velocidad.

—No —dijo Tauwhare al fin.

—Como quiera. —Drake se encogió de hombros. Subió trabajosamente al pescante, sujetó las riendas y espoleó a los caballos; el coche se alejó traqueteando.

Φ

—Señor Emery Staines. Se declara usted culpable de haber falsificado los registros de la mina de oro Aurora con el fin de evitar los pagos de las acciones debidos al señor Francis Carver, por un valor del cincuenta por ciento del beneficio neto anual, y de evitar un pago de bonificación debido a John Long Quee, por un valor no revelado. Se declara culpable del desfalco de una gran cantidad de oro en bruto que fue encontrado por John Long Quee en la Aurora, valorado en cuatro mil noventa y seis libras. Admite que robó este oro de la Aurora y que lo enterró en el valle Arahura con el propósito de ocultarlo. También se declara culpable de incumplimiento del deber, afirmando que ha estado incapacitado durante los dos últimos meses por un consumo excesivo y prolongado de opio.

El juez dejó a un lado sus documentos y juntó las manos.

—Esta tarde, señor Staines, su abogado se las ha apañado muy bien para presentar una imagen muy poco favorable del señor Carver. Sin embargo, a pesar de su intervención, el hecho es que la provocación a violar la ley no da licencia para violarla: la mala opinión que le merece a usted el señor Carver no le da derecho a decidir cuál es, o cuál no es, su merecido.

»Usted no fue testigo presencial de la agresión a la señorita Wetherell, ni, por lo que parece, lo fue nadie; por tanto, no puede saber si el señor Carver realmente fue el autor de la agresión ni si, de hecho, se produjo una agresión. Por supuesto que perder un hijo es una tragedia, y una tragedia no puede ser atenuada por las circunstancias; pero para fallar sobre su delito, señor Staines, hemos de dejar de lado la naturaleza trágica del suceso y considerarlo meramente como una provocación, una provocación

indirecta, diría yo, que le dio pie para cometer, en represalia, los delitos, diríamos que más desapasionados, de desfalco y fraude. Sí, había motivo para que le tuviese antipatía al señor Carver, para que estuviese resentido con él, incluso para que lo despreciase; pero no creo que afirme sino lo obvio cuando digo que podría haber informado usted de su agravio a la policía de Hokitika, y nos habría ahorrado a todos muchas molestias.

»Su declaración de culpabilidad lo honra. También reconozco que ha demostrado buena educación y humildad en sus respuestas de hoy. Todo esto sugiere contrición y deferencia al debido cumplimiento de la ley. Los cargos que se le imputan, sin embargo, manifiestan una indiferencia egoísta hacia la obligación contractual, un temperamento caprichoso y decadente y un incumplimiento de los deberes no solo para con las concesiones de su propiedad, sino también para con sus semejantes. Su mala opinión del señor Carver, por justificada que estuviera, lo ha llevado a tomarse la justicia por su mano en más de una ocasión, y en más de un sentido. A la luz de todo esto considero que le vendrá muy bien aparcarse su grandilocuente filosofía por una temporada y aprender a ponerse en el pellejo de otro hombre.

»El señor Carver ha sido accionista de la Aurora durante nueve meses. Ha cumplido su compromiso contractual para con usted, y se ha visto mal recompensado. Emery Staines, por la presente lo condeno a nueve meses de cárcel, con trabajos forzados.

El rostro de Staines no delató nada en absoluto.

—Sí, señor.

El juez se volvió hacia Anna.

—Señorita Anna Wetherell. Se ha declarado inocente de todos los cargos que se le han imputado, y en un tribunal civilizado nos adherimos al principio de que uno es inocente hasta que se demuestra lo contrario. Soy consciente de que las calumnias que ha vertido el señor Moody sobre el alcaide Shepard no son más que eso, calumnias; aun así, han sido registradas por este tribunal según establece la ley, y puede que en un futuro sean provechosas, a la espera de las investigaciones que se realicen sobre el alcaide Shepard y otros. Mientras tanto, no considero que haya pruebas suficientes para demostrar su culpabilidad. Queda absuelta de todos los cargos. Queda en libertad desde este mismo instante. Confío en que a partir de ahora seguirá avanzando por la recta senda que conduce a la sobriedad, la castidad y demás virtudes de corte civilizado; no es menester decir que no quiero volver a verla jamás en esta sala imputada de ningún cargo, menos aún del cargo de embriaguez y alteración del orden público. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

—Bien. —Se volvió hacia el banco de los abogados—. Veamos —dijo con tono cansino, pero antes de que pudiera seguir hablando se oyó un griterío en la calle, un tremendo estrépito y los estridentes relinchos de unos caballos aterrados; y a continuación, un golpazo terrible en la puerta del juzgado, como si alguien la hubiese

embestido con todas sus fuerzas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el juez, frunciendo el ceño.

Moody se había puesto en pie; oyó gritos en el porche, y un gran estruendo.

—Que alguien abra la puerta. Vayan a ver qué ocurre —dijo el juez.

La puerta se abrió de par en par.

—Sargento Drake —exclamó el juez—. ¿Qué sucede?

El sargento tenía los ojos desorbitados.

—¡Carver! —gritó.

—¿Qué le pasa?

—¡Está muerto!

—¿Qué?

—En algún punto del trayecto a Seaview... alguien ha debido de abrir las puertas... y no me di cuenta. Iba conduciendo. Abrí las puertas para bajarlo..., y allí estaba..., ¡y está muerto!

Moody se giró al instante, medio esperando que la señora Carver se hubiese desmayado, pero no. Estaba mirando a Drake, con el semblante pálido. Rápidamente, Moody recorrió con la mirada los rostros de las personas que la rodeaban. Todos los testigos habían quedado bajo custodia durante el receso, incluidos los que habían testificado por la mañana: ninguno había salido del juzgado. Shepard estaba allí, y Lauderback, y Frost, y Löwenthal, y Clinch, y Mannering, y Quee, y Nilssen, y Pritchard, y Balfour, y Gascoigne, y Devlin. ¿Quién faltaba?

—¡Está ahí fuera! —chilló Drake, haciendo aspavientos—. Su cuerpo..., regresé inmediatamente... No podía..., no estaba...

El juez se hizo oír por encima de la conmoción.

—¿Se quitó la vida?

—No, eso no —gritó Drake, su voz quebrándose—. ¡Eso no!

La muchedumbre empezó a salir apretujadamente por las puertas, dejando a Drake atrás.

—Sargento Drake —gritó el juez—. ¿Cómo demonios murió Francis Carver?

Drake se hallaba ahora perdido entre la multitud.

—¡Alguien le rompió la crisma! —Su voz subió flotando.

El juez estaba lívido.

—¿Quién? —bramó—. ¿Quién lo hizo?

—¡Le estoy diciendo que no lo sé!

Desde la calle llegó un terrible alarido, y después gritos; el juzgado quedó vacío. La señora Carver, mientras veía cómo el resto del gentío se abría paso a empujones por la puerta, se llevó las manos a la boca.

COMBUSTIÓN

En el que la señora Wells recibe una falsa impresión y Francis Carver transmite una noticia importante

Mientras Anna Wetherell atendía al «señor Crosbie» en la Casa de los Mil Deseos de la calle Cumberland, Lydia Wells estaba atendiendo por su cuenta. Cada tarde tenía por costumbre llevar sus almanaques y mapas de las estrellas al hotel Hawthorn de la calle George, donde se instalaba en un rincón del comedor y se ofrecía a adivinar el futuro de los mineros y viajeros recién llegados. Aquella tarde, su único cliente había sido un muchacho de cabellos dorados cubiertos con una gorra de fieltro, que resultó que también acababa de llegar en el vapor *Fortunate Wind*. Era un tipo locuaz, y parecía a la vez encantado y fascinado por la afinidad de la señora Wells con lo arcano; su entusiasmo resultaba halagador, y la predispuso a ser generosa con sus pronósticos. Para cuando hubo trazado su carta astral, sondeado su pasado y su presente y predicho su futuro, ya eran cerca de las cuatro.

Alzó la vista y vio a Francis Carver, que se dirigía hacia ella por el comedor a grandes zancadas.

—Edward —le dijo al muchacho de cabellos dorados—, sé un cielito, por favor, y pídele al camarero que te envuelva un pastel de masa quebrada, ¿lo harás? Dile que lo cargue a mi cuenta; me lo llevaré a casa para cenar.

El muchacho le hizo el favor.

—Acaban de darme una buena noticia —dijo Carver, una vez que se hubo marchado el muchacho.

—¿De qué se trata?

—Lauderback está de camino.

—Ah —dijo Lydia Wells.

—Debe de haber visto por fin el recibo del transporte de Danforth. Me he enterado por Billy Bruce de que ha comprado un pasaje para el *Active*, que se hace a la vela desde Akaroa. Llegará el 12 de mayo, y envía un mensaje dando orden de que el *Godspeed* no zarpe hasta entonces.

—Faltan tres semanas.

—Lo tenemos, Greenway. Lo tenemos atrapado como a un pez.

—Pobre señor Lauderback —dijo la señora Wells con aire distraído.

—Podrías pasarte por el club marítimo esta semana y hacerles una oferta a los chicos. Una noche gratis de dados, o de bote doble, o una chica con cada giro de la

ruleta. Algo que tiene a Raxworthy a salir del barco esa noche, para que pueda encontrarme a solas con Lauderback.

—Iré al club mañana por la mañana. —Empezó a recoger sus libros y sus mapas—. Pobre señor Lauderback —repitió.

—Quien mala cama hace, en ella yace —dijo Carver, observándola.

—Sí, es verdad, pero tú y yo le hemos calentado las sábanas.

—Que no te dé pena un cobarde. Menos aún un cobarde al que le sobra el dinero.

—Lo compadezco.

—¿Por qué? ¿Por lo del bastardo? Más pena me da a mí el bastardo. Lauderback no ha tenido más que buena suerte desde el principio. Es un triunfador.

—Sí, lo es; pero aun así es digno de compasión. Está tan avergonzado, Francis... De Crosbie, de su padre, de sí mismo. No puedo evitar compadecerme de un hombre que siente vergüenza.

—No hay ninguna posibilidad de que Wells aparezca de improviso, ¿no?

—Hablas como si fuéramos íntimos —dijo bruscamente la señora Wells—. No puedo responder por él; como comprenderás, no puedo controlar todos sus movimientos.

—¿Cuándo fue la última vez que vino a la ciudad?

—Hace meses.

—¿Suele escribir antes de venir a casa?

—Santo cielo —dijo la señora Wells—. No, no escribe.

—¿Podrías asegurarte de algún modo de que no venga? No conviene que se tope con Lauderback... justo en el último momento.

—Un trago siempre lo tentará... a la hora que sea.

Carver esbozó una sonrisa burlona.

—¿Qué tal si le enviamos por correo un surtido de licores? ¿O le damos barra libre en el Diggers Arms?

—La verdad es que no es mala idea. —La señora Wells vio que el chico volvía de la cocina con el pastel envuelto, y se levantó de la mesa.

—Tengo que irme ya. Mañana me paso a verte.

—Te estaré esperando —susurró Carver.

—Gracias, Edward —dijo la señora Wells al chico, cogiendo el pastel—. Y adiós. Podría desearte que te vaya bien, pero eso sería desperdiciar un deseo, ¿no?

El chico rio.

Carver también estaba sonriendo.

—¿Así que le has adivinado el futuro?

—Sí, claro —dijo la señora Wells—. Edward va a ser tremendamente rico.

—Conque sí, ¿eh? ¿Como todos los demás?

—Como todos los demás, no. Excepcionalmente rico. Adiós, Francis.

—Nos vemos —dijo Carver.

—Adiós, señora Wells —se despidió el chico.

Lydia Wells salió majestuosamente de la habitación, seguida por las miradas de los dos hombres. Cuando se hubo marchado, Carver ladeó la cabeza y se dirigió al chico.

—¿Te llamas Edward?

—A decir verdad... no, no es mi nombre —dijo el muchacho, un poco abochornado—. He preferido ir de incógnito, por decirlo así. Mi padre siempre me decía que con las putas y las pitonisas mejor callarse el nombre verdadero.

Carver asintió con la cabeza.

—Muy sensato.

—En cuanto a las putas, no lo sé —siguió el muchacho—. Me apena pensar en que mi padre recurriese a ellas..., me inspira una especie de repugnancia, supongo que por lealtad a mi madre. Pero me gusta lo de las pitonisas. La verdad es que ha sido emocionante eso de usar el nombre de otro. No sé, me hacía sentir invisible. O duplicado..., como si me hubiera partido en dos.

Carver lo miró, y luego, tras una breve pausa, le ofreció la mano.

—Me llamo Francis Carver.

—Emery Staines —dijo el chico.

MERCURIO SE PONE

En el que un extraño llega a la playa de Hokitika, se reparte la bonanza y Walter Moody abandona por fin el hotel Crown

Incluso con sus mejores galas, el cabello repeinado y aceitado, las botas embetunadas y el pañuelo perfumado, el señor Adrian Moody era mucho menos apuesto que su hijo menor. Su semblante reflejaba los síntomas de toda una vida de dependencia del alcohol —ojeras, nariz hinchada, la tez permanentemente colorada —, y en sus movimientos no había ni pizca de gracia ni soltura. Tenía andares agarrotados, torpes; su mirada era inquieta y recelosa, y sus manos, amarilleadas por el humo del tabaco, estaban continuamente escabulléndose a sus bolsillos o toqueteando las solapas del traje.

Al bajar del esquife que lo había transportado desde el vapor hasta la playa, Moody padre dedicó unos instantes a estirarse la espalda, sacudirse los dolores y los calambres y darse palmaditas por todo el cuerpo. Hizo llevar su equipaje a un hotel de la calle Camp, estrechó la mano del oficial de aduanas que estaba ahí, agradeció ásperamente sus servicios a los remeros y por fin enfiló la calle Revell con las manos a la espalda. Recorrió la calle entera, subiendo por un lado y bajando por el otro, mirando detenidamente cada escaparate, escudriñando cada rostro que se cruzaba, sin sonreír a nadie. A estas alturas, la muchedumbre que se había congregado a la salida del juzgado ya estaba dispersa, y el coche blindado que contenía el cadáver de Francis Carver ya había vuelto a Seaview; las puertas dobles estaban cerradas y trancadas. Moody padre apenas echó un vistazo al edificio al pasar por delante.

Finalmente subió los escalones de la oficina de correos de Hokitika, en cuyo interior se sumó a la cola que había ante la ventanilla. Mientras esperaba, sacó un papelito de su monedero y lo desplegó, con una mano, sobre su pecho.

—Quiero hacerle llegar esto a un tal Walter Moody —dijo al llegar a la cabeza de la cola.

—Por supuesto —dijo el administrador de correos—. ¿Sabe dónde se aloja? Mientras hablaba, la campana de la capilla wesleyana dio las cinco.

—Lo único que sé es que los últimos meses los ha pasado en Hokitika —dijo Moody padre.

—¿En la ciudad? ¿O en el desfiladero?

—En la ciudad.

—¿En un hotel? ¿O está acampado?

—Supongo que en un hotel, pero no sabría decirle. Se llama Walter Moody.

—¿Es amigo suyo?

—Es mi hijo.

—Haré que lo investigue un chico, y le cobraremos cuando lo encontremos —dijo el administrador, anotando el nombre—. Tendrá que pagar un chelín de fianza, pero si lo encontramos mañana le devolveremos seis peniques.

—Está bien.

—¿Qué prefiere, un sobre o lacre?

—Un sobre, pero espere un segundo: quiero leerla otra vez.

—Entonces hágase a un lado y vuelva cuando esté listo. En media hora cierro la ventanilla.

Adrian Moody hizo lo que se le pidió. Alisó la carta sobre el mostrador, y después la acercó a la luz.

Hokitika, 27 de abril de 1866

Walter:

Te ruego que leas esta carta hasta el final, y que te abstengas de juzgarme hasta que hayas completado la lectura. Por el matasellos habrás reparado en que estoy en Hokitika, como tú. Voy a alojarme en el Hotel Temperance, en la calle Camp, una dirección que sin duda habrá de causarte cierta sorpresa^[3]. Bien sabes desde hace tiempo que mi temperamento es epicúreo. Ahora también tengo una veta estoica. He jurado que jamás en la vida volveré a probar una gota de alcohol, y desde que hice este juramento no lo he roto. Con este espíritu de arrepentimiento voy a exponer un breve relato de todas las intenciones sinceras que mi esclavitud al alcohol ha ocluido, incluso pervertido, en los últimos años.

Abandoné las Islas Británicas por deudas, y solo por deudas. Tu hermano Frederick tenía un conocido en el yacimiento de Lawrence en Otago, y según informaba parecía que el lugar ofrecía muy buenas perspectivas; Frederick había decidido sumarse a él. Tú estabas en Roma, y pensabas pasar el invierno en el continente. Decidí emprender el viaje en secreto, con la esperanza de regresar como un hombre rico antes de fin de año. Confieso que fue una decisión que obedecía a un motivo vergonzoso, pues había varios hombres en Londres y también en Liverpool de los que tenía muchas ganas de escaparme. Antes de partir aparté veinte libras para mi mujer..., mis últimos ahorros. Mucho después, me enteré de que esta suma jamás llegó a destino: fue robada, y por el hombre mismo que iba a ser su portador (el canalla Piers Howland: que la vergüenza empañe sus días y se pudra en la miseria). Para cuando descubrí esto me hallaba en Otago, a medio mundo de distancia; es más, no podía ponerme en contacto con nadie sin arriesgarme a ser perseguido, incluso condenado, por delitos que habían quedado impunes e impago de deudas. No hice nada. Di a mi mujer por abandonada, rogué a Dios que me perdonase y me quedé con Frederick en los yacimientos.

Durante nuestro primer año en Otago no sacamos más que oro mezclado con grava. He oído decir que los hombres de las clases acomodadas tienen la peor de las suertes en las explotaciones, ya que son incapaces de soportar las privaciones como las clases bajas. Sin lugar a dudas, en nuestro caso esto se cumplió. Hicimos esfuerzos ímprobos y desesperamos en numerosas ocasiones. Pero perseveramos, y hace siete meses tu hermano se encontró una pepita del tamaño de una caja de rapé, atrapada entre dos peñas en el recodo de un arroyo. Gracias a esta pepita pudimos comenzar por fin a amasar nuestras fortunas.

Te preguntarás por qué no enviamos la pepita a casa, acompañada de nuestras disculpas y bendiciones; sería una buena pregunta. Tu hermano Frederick llevaba mucho tiempo queriendo escribirte. Me había instado a que me pusiera en contacto con mi esposa abandonada, e incluso a invitarla a que se reuniese aquí con nosotros, pero yo me resistía. También me resistía a sus insinuaciones de que debería dejar la maldita bebida y enmendarme. Nos enzarzamos en muchísimas discusiones sobre este asunto y acabamos separándonos de muy malos modos. Siento decir que no sé dónde se halla Frederick en estos momentos.

Siempre has sido el estudioso de la familia, Walter. Me siento avergonzado de muchos aspectos de mi

vida, pero de ti nunca me he sentido avergonzado. Al hacer mi juramento de abstinencia, me he confrontado con mi verdadera naturaleza. Me he visto sinceramente como un hombre débil y cobarde, presa fácil de todo tipo de vicios y pecados. Pero si de una cosa estoy orgulloso es de que mis hijos no sean como yo en lo que se refiere a estos aspectos degenerados. Para un padre supone una dolorosa dicha decir de su hijo: «Este hombre es mejor hombre que yo». Te aseguro que he sentido esta dolorosa dicha por partida doble.

No me queda más que suplicar tu perdón, como también debo suplicar el de Frederick, y prometerte que en nuestro próximo encuentro, si es que tienes a bien concedérmelo, estaré «seco». Buena suerte, Walter. Que sepas que me he confrontado con mi auténtica naturaleza, y que escribo esto como un hombre sobrio. Que sepas también que incluso la más breve de las respuestas colmaría de dicha el corazón de tu padre

ADRIAN MOODY

Leyó la carta dos veces y después la dobló, la metió en el sobre y escribió en la cara el nombre de su hijo con letras grandes. La mano le temblaba mientras le ponía el capuchón a la pluma.

Φ

—Un tal señor Frost para el señor Staines.

—Hazlo pasar —dijo Devlin.

Charlie Frost tenía un papelito en la mano.

—Gastos —dijo, como pidiendo disculpas.

—Tome asiento —dijo Devlin.

—¿Cuánto se debe, señor Frost? —dijo Staines. Parecía muy cansado.

—Mucho, me temo —dijo Frost, arrimando una silla—. El juez Kemp ha fallado que se liquide el dividendo de dos mil cuarenta y ocho libras de Francis Carver. Hay una trampa: hay que devolver al Grupo Garrity el total de la reclamación del seguro del *Godspeed*..., pero el resto irá a parar a manos de la señora Carver, en tanto que viuda de Carver.

—¿Cómo está? —preguntó Devlin.

—Sedada —respondió Frost—. El doctor Gillies y el señor Pritchard la están atendiendo, creo; la última vez que la vi, la estaban acompañando de vuelta al *Wayfarer's Fortune*. —Se dirigió hacia Staines, alisando el papel sobre el escritorio—. ¿Me permite que detalle sucintamente los gastos?

—Sí.

—En tanto que parte culpable, corre usted con todos los gastos legales, incluidos los contraídos por el señor Fellowes en los últimos meses, e incluida, asimismo, la comisión del señor Nilssen, posteriormente invertida en la prisión de Seaview; como recordará, el juez decretó que, al haberse donado caritativamente, no se revocaría. En total, esto asciende a un poco más de quinientas libras.

—La mitad, y la mitad de la mitad —dijo Staines.

—Sí; me temo que descubrirá que es lo habitual en lo que a gastos legales se refiere. Y hay más. También lo han demandado por daños muchísimos mineros, tanto

de Kaniere como del desfiladero de Hokitika. Aún no puedo darle la cifra exacta; pero siento decirle que es probable que sea muy alta, quizá cientos de libras.

—¿Eso es todo?

—En términos de gastos oficiales, sí —dijo Frost—. No obstante, quedan por discutir varios asuntos extraoficiales. ¿Tenemos tiempo?

—¿Tenemos tiempo? —preguntó Staines a Devlin.

—Sí, hasta que llegue el coche.

—Seré breve —dijo Frost—. Como seguramente sabrá, el oro extraído del vestido naranja de Anna sigue bajo la cama del señor Gascoigne. Anna tiene una deuda de unas ciento veinte libras con el señor Mannering, y había pensado cancelarla con el oro puro extraído del vestido naranja. Se me ha ocurrido, no obstante, que tal vez usted quiera asumir la deuda de Anna con el señor Mannering y disponer que se le pague con su parte de la bonanza, como gasto detallado. De este modo Anna contará con medios para vivir durante los meses que permanezca usted en la cárcel.

—Bien —dijo Staines—. Sí, hágalo. Exactamente lo que acaba de decir.

Frost tomó nota.

—La segunda cuestión es la bonificación que se debe al señor Quee. Verá, debemos mantener la farsa de que la fortuna procede de la Aurora, ¿me entiende?, y el hombre que se topa con una bonanza merece una recompensa.

—Por supuesto —dijo Staines—. Una bonificación.

—Tengo entendido —prosiguió Frost— que el señor Quee está deseoso de volver a China una vez que venza su contrato con la Compañía; es más, desea volver exactamente con setecientos sesenta y ocho chelines en el bolsillo. Según el señor Mannering, lleva mucho tiempo con esta cifra concreta en la cabeza. Creo que tiene algún tipo de relevancia personal o espiritual para él.

Por lo común, este capricho habría divertido sobremanera a Emery Staines, pero esta vez no sonrió. Fue Devlin quien se pronunció.

—¿Setecientos sesenta y ocho chelines? —exclamó.

—Sí —asintió Frost.

—Pues sí que se para en quisquillas —dijo Devlin—. ¿Qué tipo de augurio es? ¿Lo sabe usted?

—Me temo que no. Pero si se me permite hacer una sugerencia —Frost se volvió de nuevo hacia Staines—... la bonificación que le pague al señor Quee debería bastar para que lleve a cabo su ambición.

—¿A cuánto asciende, en libras?

—A treinta y ocho libras y ocho chelines —dijo Frost—. Más o menos un uno por ciento de cuatro mil; un uno por ciento es una tarifa razonable para una bonificación en un yacimiento aurífero, sobre todo teniendo en cuenta que el señor Quee es chino. Como gesto de buena voluntad, quizá también quiera considerar la posibilidad de exonerarlo de su contrato y ayudarlo a pagar el pasaje de vuelta a casa.

Staines movió la cabeza.

—No he pensado en él ni un momento, ¿eh?

—¿En quién? —dijo Frost.

—En el señor Quee. Sencillamente, nunca he pensado en él.

—La verdad es que esta tarde nos ha hecho un gran favor a todos al guardarnos el secreto, y ahora se nos brinda la oportunidad de hacerle un favor a él, a cambio. Ya he hablado con el señor Mannering. Le parece bien aceptar una rescisión temprana del contrato del señor Quee, y a petición mía ha calculado el coste. Si le paga usted al señor Quee una bonificación de sesenta y cuatro libras, todos los gastos quedarán debidamente cubiertos.

Staines se frotó la mejilla con el hombro, y suspiró.

—Sí. De acuerdo.

—Ahora: la tercera cuestión financiera. —Frost tosió ligeramente—. Cuando..., esto..., cuando nos topamos con la fortuna, allá en enero, el señor Clinch me obsequió con treinta libras. Me temo que me las gasté, y no tengo medios para devolver ni un penique. Me pregunto si podría abusar de su generosidad e incluir esas treinta libras como gastos bancarios. —Todo esto lo dijo muy deprisa, y después añadió—: En calidad de préstamo, naturalmente: lo devolveré cuando salga usted de la cárcel.

—Aquí está el coche —dijo Devlin, levantándose.

—Está bien —le dijo Staines a Frost—. Páguelo como acaba de decir. No importa.

Frost respiró aliviado.

—Muchísimas gracias, señor Staines. —Se quedó mirando mientras Devlin acompañaba a Staines al exterior de la celda. Cuando llegaron a la entrada, dijo, elevando un poco la voz—: Mañana a primera hora le enviaré un recibo detallado.

Φ

La campana de la capilla estaba dando las siete mientras Walter Moody terminaba de meter en el baúl sus elegantes prendas, cerraba la tapa y echaba el cierre. Se puso en pie y se aseguró de que llevaba abrochada la bragueta de su pantalón amarillo de piel de topo, se apretó el cinturón, dio un toquecito al pañuelo rojo que llevaba anudado al cuello y, por último, cogió su abrigo y su sombrero: el primero, una sencilla prenda de lana que le llegaba casi hasta las rodillas, y el segundo un pesado objeto de copa blanda con una ancha ala encerada. Se los puso, se echó el hato a la espalda y salió de la habitación, sacando después la llave de la cerradura.

Durante su ausencia, el baúl se iba a quedar en el almacén de Clark del muelle Gibson, adonde también habría de dirigirse su correo personal, en caso de que le llegase algo. Para financiar este traslado, dejó tres chelines de plata en la recepción del Crown, junto con su llave. Deslizó un cuarto chelín en la mano de la criada del Crown, envolviendo su manita amarilla con las suyas, y le agradeció muy

calurosamente los tres meses de servicio y hospitalidad que le había proporcionado. Al salir del Crown, dobló por el estrecho sendero que llevaba hasta la línea de playa e inmediatamente dirigió sus pasos hacia el norte, con el hato repiqueteando a su espalda y la tienda enrollada golpeándole las corvas según caminaba.

No se había alejado más de dos millas de Hokitika cuando se percató de que iba caminando unos diez pasos por delante de otro hombre, asimismo ataviado con la indumentaria habitual de los mineros; Moody miró atrás, y se saludaron con un ademán.

—Hola —dijo el otro—. ¿Se dirige al norte?

—Sí.

—Qué, rumbo a las playas, ¿eh? ¿Vía Charleston?

—Eso espero. ¿Compartimos destino?

—Parece que sí —dijo el otro—. ¿Le importa si ajusto mi paso al suyo?

—En absoluto. Me alegraré de ir en compañía. Mi nombre es Walter Moody.

Walter.

—Paddy Ryan. Se te nota el acento escocés, Walter.

—No puedo negarlo —dijo Moody.

—Nunca he tenido problemas con un escocés.

—Y yo nunca he discutido con un irlandés.

—Pues debes de ser el primero —dijo Paddy Ryan, con una mueca burlona—.

Pero es la pura verdad: jamás he tenido problemas con un escocés.

—Me alegro mucho.

Siguieron caminando un trecho en silencio.

—Los dos estamos muy lejos del hogar —dijo al rato Paddy Ryan.

—Yo lo que estoy es muy lejos del lugar donde nací —dijo Moody, entrecerrando los ojos para ver, más allá de las olas rompientes, el mar abierto.

—Bueno, si el hogar no puede ser el lugar de donde uno es, entonces es lo que uno hace del lugar adonde va.

—Un buen lema.

Paddy Ryan asintió con aire satisfecho.

—¿Y qué, piensas quedarte en este país, Walter? ¿Después de cavar el terreno y hacer fortuna?

—Supongo que mi suerte tomará esa decisión por mí.

—Y ¿qué dirías: que tienes suerte si te quedas o que la tienes si te marchas?

—Diría que tengo suerte si puedo elegir —dijo Moody, sorprendiéndose a sí mismo, pues no era la respuesta que habría dado tres meses antes.

Paddy Ryan lo miró de refilón.

—¿Qué tal si nos contamos historias? Así se nos hará más corto el camino.

—¿Historias? ¿Te refieres a nuestras historias personales?

—Sí... o historias que hayas oído por ahí, o lo que quieras.

—Vale —dijo Moody, con cierta frialdad—. ¿Quién empieza, tú o yo?

—Tú primero. Cuenta un cuento, y cuéntalo bien, para que nos olvidemos de nuestros pies y no sintamos que estamos caminando.

Moody guardó silencio durante un rato, preguntándose cómo comenzar.

—Estoy intentando decidirme entre toda la verdad o nada más que la verdad —dijo al fin—. Me temo que mi historia es tal que no puedo apañarme con las dos a la vez.

—Venga, si no hace ninguna falta la verdad —dijo Paddy Ryan—. ¿Quién ha dicho nada de la verdad? En este país eres un hombre libre, Walter Moody. Cuéntame cualquier tontería, y si la estiras hasta que lleguemos al cruce de Kumara, me habrá parecido un excelente relato.

EL SOL Y LA LUNA EN CONJUNCIÓN (LUNA NUEVA)

En el que la señora Wells hace dos descubrimientos muy interesantes.

Cuando Lydia Wells volvió a la Casa de los Mil Deseos un poco después de las siete, fue informada por la criada de que Anna Wetherell había recibido una visita en su ausencia: el señor Crosbie Wells, que después de muchos meses había regresado inesperadamente de las tierras altas de Otago. El señor Wells tenía una cita o algo parecido en la calle George esa tarde, contó la doncella, pero al salir había asegurado que volvería a la mañana siguiente, con la esperanza de verse con su esposa.

La señora Wells recibió esta noticia con aire pensativo.

—¿Cuánto tiempo dices que se quedó, Lucy?

—Dos horas, señora.

—¿Desde cuándo hasta cuándo?

—De tres a cinco.

—¿Y la señorita Wetherell...?

—No la he interrumpido —dijo Lucy—. No ha llamado a la campanilla desde que se marchó el señor, y mientras estaba aquí no los he molestado.

—Buena chica. Una cosa: si en efecto Crosbie vuelve mañana y, por el motivo que sea, yo no estoy, tú acompáñalo a la habitación de la señorita Wetherell igual que hoy.

—Sí, señora.

—Y lo primero que harás mañana por la mañana es un pedido al comercio de vinos y licores. Con una caja surtida debería bastarnos.

—Sí, señora.

—Toma este pastel para nuestra cena. Asegúrate de calentarlo bien y después súbelo arriba. Cenaremos a las ocho, creo.

—Muy bien, señora.

Lydia Wells abrazó sus almanaques y sus mapas estelares, se miró con ojo crítico en el espejo del pasillo y después subió las escaleras hasta la habitación de Anna, donde llamó a la puerta con briosos golpecitos para abrirla después sin esperar respuesta.

—¿Qué, a que se siente una mejor así..., alimentada, seca y limpia? —dijo a modo de saludo.

Anna estaba sentada en el poyo de la ventana. Se levantó de un salto,

ruborizándose profundamente, cuando la señora Wells entró con paso resuelto en la habitación.

—Mucho mejor, señora. Es usted demasiado amable.

—La amabilidad nunca es excesiva —declaró la señora Wells, depositando sus libros sobre la mesita de al lado del canapé. Echó un fugaz vistazo al aparador, tomando nota para sus adentros de las botellas, y después se giró nuevamente hacia Anna y sonrió—. ¡Qué bien lo vamos a pasar esta tarde! Le voy a hacer su carta astral.

Anna hizo un gesto de asentimiento. Seguía muy colorada.

—Hago una carta astral cada vez que conozco a alguien —prosiguió la señora Wells—. Nos lo vamos a pasar de maravilla descubriendo qué es lo que le depara el futuro. Y he traído un pastel para la cena: el mejor que se puede conseguir en todo Dunedin. ¿A que es un buen plan?

—Estupendo —dijo Anna, bajando la mirada al suelo.

La señora Wells no pareció advertir su malestar.

—Vamos a ver —dijo, sentándose en el canapé y acercándose el libro más grande—. ¿Cuál es su fecha de nacimiento, querida?

Anna se la dijo.

La señora Wells se echó hacia atrás; se puso la mano sobre el corazón.

—¡No puede ser! —exclamó.

—¿Qué?

—¡Qué cosa tan rara!

—¿Qué es raro? —dijo Anna, con aspecto asustado.

—Tiene la misma fecha de nacimiento que un joven al que acabo de... —Lydia Wells dejó la frase inconclusa, y después, de repente, preguntó—: ¿Cuántos años tiene, señorita Wetherell?

—Veintiuno.

—¡Veintiuno! ¿Y nació en Sídney?

—Sí, señora.

—¿En la ciudad misma?

—Sí.

La expresión de Lydia Wells era digna de verse.

—¿No sabrá, por casualidad, la hora exacta de su nacimiento, verdad?

—Creo que nació de noche —dijo Anna, ruborizándose nuevamente—. Eso es lo que cuenta mi madre. Pero no sé la hora exacta.

—Es asombroso. ¡Estoy estupefacta! ¡Exactamente la misma fecha de nacimiento! ¡Puede que incluso bajo el mismo cielo!

—No entiendo.

Con un callado tono conspiratorio, Lydia Wells se lo explicó. Pasaba las tardes en un hotel de la calle George, haciendo predicciones astrales a un módico precio. Sus clientes, en su mayoría, eran hombres jóvenes que iban a buscar fortuna en los

yacimientos. Aquella tarde, mientras Anna disfrutaba de su baño, le había leído el futuro precisamente a este hombre. El consultante (así lo llamó) ¡también tenía veintiún años y también había nacido en Sídney, exactamente el mismo día que Anna!

Anna no lograba entender la euforia de la señora Wells.

—¿Y eso qué significa?

—¿Que qué significa? —la voz de Lydia Wells devino en susurro—. ¡Significa que quizá comparta usted un destino, señorita Wetherell, con otra alma!

—Ah.

—¡Puede que tenga un alma gemela astral, cuya trayectoria por la vida sea el reflejo exacto de la suya!

Anna no se quedó tan impresionada como habría deseado la señora Wells.

—Ah —volvió a decir.

—Es un fenómeno muy infrecuente —dijo la señora Wells.

—Pues yo tenía un primo con la misma fecha de nacimiento que yo, y es imposible que hayamos compartido un destino, porque murió.

—No basta con compartir un día. Hay que nacer exactamente en el mismo minuto, y exactamente en la misma latitud y longitud: es decir, exactamente bajo el mismo cielo. Solo entonces son idénticas las cartas astrales. Incluso los gemelos, ¿sabe?, nacen con varios minutos de diferencia, y en el ínterin los cielos se desplazan un poco y las constelaciones cambian.

—No sé el minuto exacto en que nací —dijo Anna, frunciendo el ceño.

—Él tampoco lo sabía, pero apostarí todo lo que tengo a que sus cartas son idénticas..., pues ya sabemos que los dos tienen algo en común.

—¿Qué?

—A mí —repuso la señora Wells con aire triunfal—. ¡Los dos llegaron a Dunedin el 27 de abril de 1865, y a los dos les hizo la carta astral la señora de Crosbie Wells!

Anna se llevó la mano a la garganta.

—¿Qué? —murmuró—. La señora de... ¿qué?

Lydia Wells siguió hablando con el mismo entusiasmo.

—¡Y aún hay más correspondencias! Él viajaba solo, como usted, y arribó esta mañana, como usted. Puede que haya hecho algún amigo debido a una circunstancia accidental..., ¡lo mismo que usted, cuando me conoció!

De pronto, Anna tenía mal aspecto.

—Se llama Edward. Edward Sullivan. ¡Ah, ojalá lo hubiera traído aquí conmigo..., ojalá lo hubiera sabido! ¿No se muere de ganas de conocerlo?

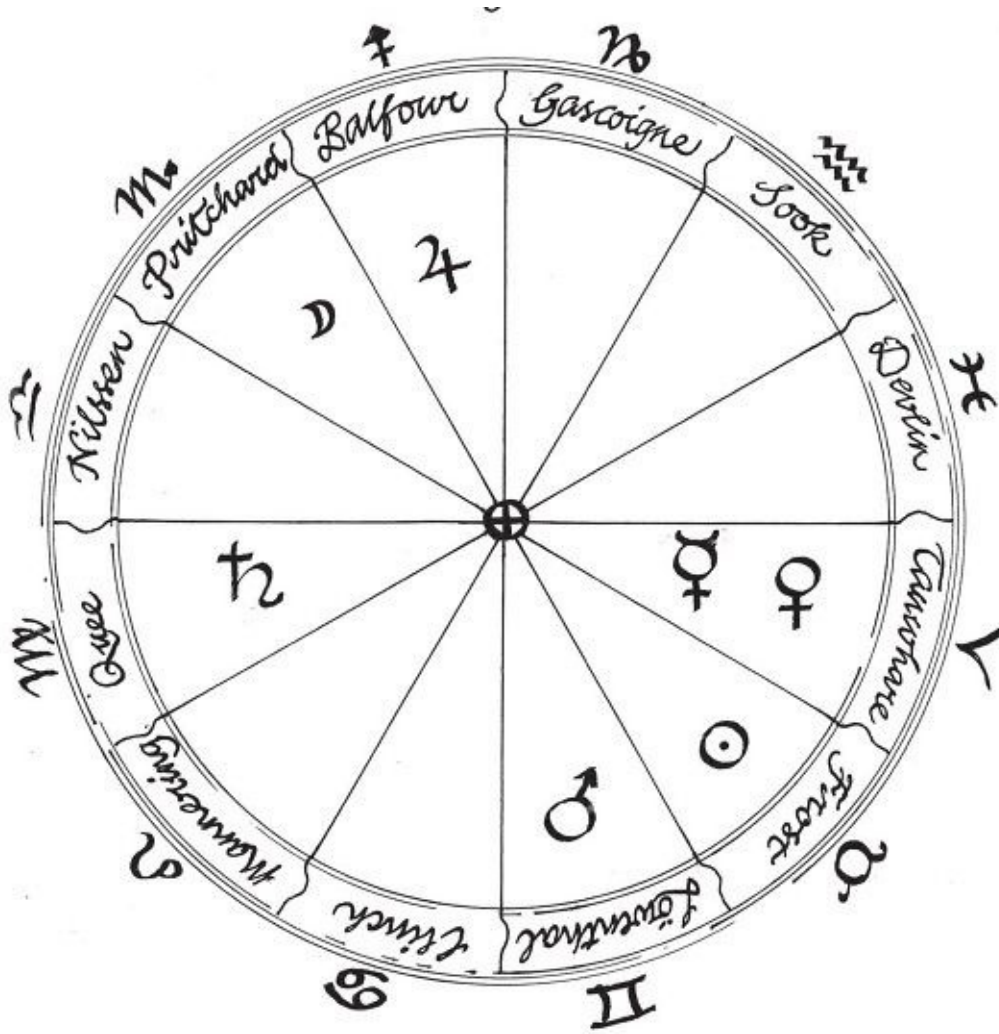
—Sí, señora —susurró Anna.

—Qué cosa tan insólita —dijo Lydia Wells, mirándola fijamente—. De lo más insólita. Me pregunto qué ocurriría si ustedes dos llegasen a conocerse.

Quinta parte
Peso y lucro

12 de mayo de 1865

45° 52' 0" S / 170° 30' 0" E



PLATA

En el que Crosbie Wells hace una petición, Lydia Wells es imprudente y Anna Wetherell presencia una escena bastante desagradable

La vergüenza que había sufrido Anna Wetherell al descubrir que el hombre al que había recibido la tarde de su llegada a Dunedin era en realidad el señor de la casa no hizo sino agudizarse durante las siguientes semanas. Crosbie Wells estaba instalado ahora en el dormitorio del fondo del número 35 de la calle Cumberland, y en consecuencia se veían a diario.

Anna Wetherell era dolorosamente consciente en todo momento de la impresión que creaba, y a resultas de esta pertinaz inseguridad su concepto de sí misma era tan crítico que resultaba fantasioso. Tenía la inconsolable sensación de que su carácter mostraba algo evidente que ella era incapaz de ver, y ni la persuasión, ni las pruebas ni los cumplidos conseguían apaciguar su angustia. Estaba segura, cuando conversaba, de que las conclusiones no expresadas a que llegaban sus interlocutores eran a la vez censorias y completamente acertadas, y como la vergüenza que sentía ante esta censura imaginada era muy real, porfiaba todavía más en ganarse la buena opinión de las personas que iba conociendo..., sin dejar de sentir, a la vez, que incluso en este empeño sus intenciones eran demasiado evidentes.

Convencida de que era objeto de críticas uniformes, Anna se habría sorprendido sobremanera de haber sabido que las impresiones que los demás se formaban de ella no eran ni por asomo uniformes. La falta de malicia que solía acompañar a sus palabras era, para los unos, un indicio de que poseía una alarmante reserva de opiniones personales, cuya franca expresión, y esto era aún más alarmante, era muy poco femenina; para los otros, su modo de hablar carecía por completo de artificio, y por esa razón resultaba refrescante. Asimismo, su tendencia a contemplar el mundo con los ojos entrecerrados sugería temor a los unos, y cálculo a los otros. Para Crosbie Wells, Anna era mera y sencillamente dulce: sus frecuentes turbaciones se le antojaban muy divertidas, y así se lo había dicho en más de una ocasión.

—Le irían bien las cosas en un campamento aurífero, mi niña —decía—. Un soplo de aire fresco, eso es usted. Natural. No hay nada peor que una mujer con una respuesta siempre a mano. No hay nada peor que una mujer que ha olvidado cómo ruborizarse.

A Lydia Wells —una mujer con muchísimas respuestas a mano, y que rara vez se ruborizaba— apenas se la había visto en el número 35 de la calle Cumberland desde

el inesperado retorno de su marido. Salía de casa a última hora de la mañana, y a menudo no regresaba hasta el atardecer, cuando abría el garito. Wells, en su ausencia, apenas salía del tocador del primer piso, donde cada día se volvían a llenar las licoreras del aparador. La bebida lo suavizaba. Anna descubrió que cuando más lo apreciaba era al caer la tarde, cuando tres o cuatro vasos de whisky lo habían vuelto meditabundo, pero sin rozar aún la tristeza.

Resultó que Wells no sentía el menor deseo de regresar a los yacimientos de Dunstan. Anna se enteró de que el año anterior había hecho un descubrimiento de gran valor, y de que ahora quería dar buen uso a su fortuna: estaba contemplando varias inversiones, en Dunedin y más lejos, y pasaba muchísimo tiempo enfrascado en los periódicos locales, comparando los precios del oro y siguiendo las cotizaciones de varios tipos de acciones.

—¿Le gustaría más si fuera ganadero, señorita Wetherell, o si me dedicase al negocio de la madera? —decía, y después se reía a carcajadas al ver que ella se sonrojaba.

En cuanto a si la señora Wells comprendía su vergüenza, o el motivo de la misma, Anna no lo sabía. La mayor de las dos mujeres no se mostraba menos cariñosa ni le hablaba con menos complicidad que en la escena de su primer encuentro; pero Anna tenía la sensación de que su actitud había asumido una pátina de distancia: como si se estuviese preparando, por dentro, para la inminente ruptura de sus relaciones. Con su marido también estaba distante. Cada vez que hablaba Wells, se limitaba a mirarlo, sin sonreír, y después desviaba la conversación hacia otro tema distinto. Anna se sentía desolada al presenciar estas sutiles señales de desagrado, y en consecuencia se afanaba aún más en obtener la buena opinión de su patrona. A estas alturas sabía perfectamente que, como dijera Crosbie Wells, «se la habían dado con queso», pero cualesquiera energías que hubiese podido invertir en enfrentarse a su patrona por el asunto de la ficticia Elizabeth Mackay (de la que nunca se volvió a hacer mención) las había dirigido, en cambio, a reprenderse indignadamente a sí misma y a alimentar la íntima creencia de que solo ella podía resarcir lo que Crosbie Wells y ella habían hecho.

Las actividades de la Casa de los Mil Deseos le habían sido reveladas a Anna con delicadeza y de manera paulatina. La mañana siguiente a su desembarco en Dunedin, la señora Wells le había enseñado el salón de abajo, y a Anna le había encantado nada más verlo: los reservados de terciopelo, las botellas de vidrio verde detrás de la barra, las mesas de juego, la ruleta, el pequeño confesionario con puertas abatibles en el que la señora Wells adivinaba de vez en cuando, cobrando, el futuro. A la luz del día la estancia ofrecía cierto aire preservado: las motas de polvo, atrapadas en los haces de luz que entraban por los ventanales, tenían un no sé qué paciente, poderoso. Anna estaba sobrecogida. A invitación de su patrona, subió al podio e hizo girar la ruleta..., contemplando cómo traqueteaba la aguja de caucho, clic clac clic, hacia el bote, para terminar cayendo con un último clac justo después.

La señora Wells no la invitó inmediatamente a asistir a las fiestas vespertinas. Desde la ventana de su dormitorio, Anna veía cómo iban llegando los hombres, se bajaban del coche, se quitaban los guantes y subían a zancadas por el camino para llamar a la puerta; poco después, el humo de los puros empezaba a filtrarse a su habitación entre las tablas del suelo, impregnando el ambiente de un olor especiado y acre y agrisando la luz de la lámpara. A eso de las nueve, el murmullo de la conversación había devenido en una barahúnda salpicada de fragmentos de risas y aplausos. Anna solo podía oír lo que subía a través del suelo, aunque cada vez que alguien abría la puerta que daba al pasillo de abajo el ruido se intensificaba y era capaz de distinguir voces individuales. Hasta tal punto se le despertó la curiosidad que un enorme desconsuelo se apoderó de ella, y a los pocos días inquirió a la señora Wells, de modo muy vacilante y deshaciéndose en disculpas, si le daría permiso para atender el bar. Ahora lo hacía todas las noches, si bien la señora Wells había impuesto dos normas: ninguno de los clientes podía dirigirse a ella directamente y no se le permitía bailar.

—Lo hace para aumentar su valor —explicó Wells—. Cuanto más tengan que esperar, más sacará por usted cuando llegue la hora de sacarla a mercado.

—Venga, Crosbie —le reconvino la señora Wells—. Nadie va a salir a mercado. No seas absurdo.

—La labranza. Ese sí que es un buen negocio. Podría ser granjero... y tú podrías ser mi esposa granjera. —Después de provocar a su esposa, Crosbie se dirigió a Anna—: No pasa nada. Mi madre era puta, Dios la tenga en su gloria.

—Solo intenta asustarte —dijo la señora Wells—. No lo escuches.

—No estoy asustada —dijo Anna.

—No está asustada —repitió Wells.

—No hay nada de qué asustarse —concluyó la señora Wells.

De hecho, a Anna le parecía que las bailarinas eran maravillosas. La trataban con indiferencia, llamándola «Sídney» o «Port Jackson» si es que llegaban a dirigirse a ella, pero Anna carecía de orgullo suficiente para sentirse ofendida; en todo caso, sus aires de cansina indiferencia eran una sofisticación a la que Anna aspiraba en su fuero interno. Le decían lo que querían beber los caballeros que jugaban a las cartas, y esperaban mientras Anna colocaba los vasos y los llenaba. «Chorrito y chorrizo», decían para referirse al whisky con agua, y «chorrito» para el whisky solo. Una vez servidas las bebidas, se apoyaban la bandeja en la cintura o bien la alzaban en volandas y se abrían paso cimbrándose entre el gentío, dejando a su paso el empalagoso aroma pulverulento a maquillaje y perfume.

El 12 de mayo, los habitantes del número 35 de la calle Cumberland se levantaron temprano. La Casa de los Mil Deseos iba a ofrecer una fiesta esa noche en honor de los oficiales de marina y de todos los «caballeros con contactos con la marinería», y había muchos preparativos que hacer para tan solemne acontecimiento. La señora Wells había contratado a un violinista, y en el colmado había hecho un pedido de

limones, licor de picea, ron y varios centenares de yardas de cuerda que pensaba cortar en trozos idénticos para trenzarlos y adornar cada mesa con una guirnalda en el centro.

—Voy a hacer la primera guirnalda para que sirva de modelo —le dijo a Anna—, y esta tarde puedes hacer tú el resto: te iré ayudando con cada paso y te enseñaré a esconder los cabos para que no se vean.

—Menuda manera de desperdiciar un buen lino de Manila —dijo Wells.

La señora Wells continuó como si no hubiese hablado.

—Las guirnaldas quedan deslumbrantes, en mi opinión; en un sarao toda decoración es poca. Si sobra cuerda, podemos colgarla por detrás del bar.

Estaban desayunando juntos: una ocasión infrecuente, pues era raro que Wells se levantase antes del mediodía, y habitualmente la señora Wells ya se había marchado para cuando Anna se despertaba. La señora Wells parecía nerviosa; quizá temía por el éxito de la fiesta.

—Quedarán estupendamente —dijo Anna.

—Y después, ¿qué? —preguntó Wells, que no estaba de humor—. ¿Una fiesta para mineros... con una caja de esclusa en cada mesa, y un canal de descarga saliendo del bar? «En honor del hombre corriente», podría llamarse. «Una fiesta para el hombre del montón. Caballeros sin contactos de ningún tipo». Ese sí que sería un buen tema.

—¿Has comido suficientes tostadas, Anna? —dijo la señora Wells.

—Sí, señora.

—Uno de los invitados de esta noche es un hombre condecorado —prosiguió la señora Wells, cambiando de tema—. ¿Qué os parece? Creo que es la primera vez que soy anfitriona de un héroe naval. Tendremos que pedirle que nos lo cuente todo con pelos y señales..., ¿a que sí, Anna?

—Sí.

—Capitán Raxworthy, se llama. Tiene una Cruz Victoria; ojalá que la luzca. Pásame la mantequilla, por favor.

Wells le pasó la mantequilla.

—¿Tienes el *Witness* de hoy? —preguntó al cabo de un instante.

—Sí, ya lo he leído; no había nada importante que destacar. Los periódicos del viernes apenas traen noticias —dijo la señora Wells.

—¿Dónde está? El periódico, digo.

—Ah..., lo quemé.

Wells la miró fijamente.

—Todavía es por la mañana.

—¡Soy muy consciente de que todavía es por la mañana, Crosbie! —repuso ella, soltando una risita—. Lo he utilizado para encender el fuego de mi habitación, nada más.

—Son las nueve —se quejó Wells—. No se quema el periódico del día a las

nueve. Sobre todo cuando yo aún no lo he visto. Tendré que salir a por otro.

—Ahórrate los seis peniques. No traía más que chismorreos. Nada que destacar... ya te lo he dicho. —Eché un vistazo al reloj de mesa... Ya iban dos veces en los dos últimos minutos, observó Anna.

—Me gusta el chismorreos —dijo Wells—. Además, ya sabes que estoy pensando en invertir. ¿Cómo crees que me voy a mantener al tanto de las cotizaciones sin el periódico?

—Ya, en fin; lo hecho, hecho está, y no te va a pasar nada por que esperes hasta mañana. ¿Has comido suficientes tostadas, Anna?

Anna frunció ligeramente el ceño: la señora Wells ya se lo había preguntado.

—Sí, señora.

—Bien —dijo la señora Wells. Estaba dando golpecitos con el pie—. ¡Qué bien lo vamos a pasar esta noche! Me encanta tener una fiesta a la vista. ¡Y con lo animosos que son los hombres de la marinería! ¡Y lo bien que cuentan las historias! Nunca te aburres escuchándolos.

Wells estaba enfurruñado.

—Sabes que dedico la mañana a leer el periódico. Lo hago todos los días.

—Puedes ponerte al día con el *Leader*. O con el *Lyttelton Times* de la semana pasada; está sobre mi escritorio.

—Y entonces ¿por qué no quemaste ese?

—¡Ay, Crosbie, yo qué sé! —le espetó la señora Wells—. Seguro que no te hará daño entretenerte con otra cosa. Léete un panfleto de los pobladores. Tengo una montera en el secreter de abajo.

Wells apuró el café y dejó la taza estrepitosamente.

—Necesito la llave de la caja fuerte —anunció.

Anna tuvo la sensación de que la señora Wells se ponía un poco tensa. No miró a su marido, sino que se concentró en untar la tostada con mantequilla.

—Y eso, ¿por qué? —preguntó pasados unos segundos.

—¿Cómo que por qué? Quiero echarle un vistazo a mi oro.

—Habíamos quedado en que esperaríamos a que llegase un momento más prudente para venderlo.

—No voy a vender nada. Solo quiero pasar revista a mis asuntos, nada más. Repasar mis documentos.

—Yo no los llamaría «documentos» —dijo la señora Wells, con una suave risita.

—¿Cómo, entonces?

—No sé... es que, así dicho, suena de lo más solemne.

—Mi permiso de explotación. Eso es un documento.

—¿Qué necesidad podrías tener tú de tu permiso de explotación?

Wells tenía cara de pocos amigos.

—¿Qué es esto, un interrogatorio?

—Pues claro que no.

—Eso es lo que son. Documentos. Y ahí dentro hay una carta que me gustaría volver a leer.

—Venga ya —dijo la señora Wells—. Lo menos la has leído ya mil veces, Crosbie. ¡Hasta yo me sé cada frase de memoria! «Querido muchacho: tú no me conoces...».

Wells dio un puñetazo en la mesa, haciendo que la vajilla saltase.

—Cállate la boca.

—¡Crosbie! —dijo la señora Wells, conmovida.

—Una cosa es bromear y otra es pasarse. Acabas de pasarte.

Por un instante, pareció como si la señora Wells estuviese a punto de hacer una réplica, pero se lo pensó mejor. Se dio unos toquitos en la boca con la servilleta, recobrando la compostura.

—Perdona —dijo.

—El perdón no me sirve. Lo que quiero es la llave.

La señora Wells intentó reírse de nuevo.

—De veras, Crosbie; hoy no es el día indicado, con la fiesta naval de esta noche y tantas cosas por organizar. Aplacémoslo hasta mañana. Nos podemos sentar los dos, tú y yo, y...

—No pienso aplazarlo hasta mañana —cortó Wells—. Dame la llave.

La señora Wells se levantó de la mesa.

—Me temo que acabas de oír mi última palabra al respecto. Disculpa.

—Discúlpame tú a mí: me temo que eres tú la que no ha oído mi última palabra —dijo Wells. Apartó su silla de la mesa y también se levantó—. ¿Dónde está? ¿En tu collar?

La señora Wells se alejó poco a poco bordeando la mesa.

—De hecho, está en una caja fuerte en el banco. No guardo ninguna copia en casa. Si esperas solo un...

—Bobadas —dijo Wells—. Está en tu collar.

La señora Wells se alejó un poco más; por primera vez, parecía asustada.

—Por favor, Crosbie; no armes un escándalo.

Crosbie avanzó hacia ella.

—Dámela.

La señora Wells intentó sonreír, pero la boca le temblaba.

—Crosbie —repitió—, sé razonable. Tenemos...

—Dámela.

—Estás armando un escándalo.

—Y más que lo voy a armar. Que me la des.

La señora Wells intentó llegar a la puerta, pero Wells fue demasiado rápido: sus manos se dispararon bruscamente y la agarró. Ella retorció el cuerpo para zafarse, y estuvieron forcejeando unos instantes; y entonces Wells, rebuscando con una mano entre su corpiño, encontró lo que andaba buscando: una fina cadena de plata de la que

pendía una llave de plata muy gorda. Tiró de la cadena para partirla, envolviendo la llave con el puño. Le hizo un rasguño en el cuello, pero la cadena se resistía a romperse: la señora Wells gritó. Wells volvió a intentarlo, con más fuerza, mientras ella le daba golpes en el pecho. Gruñendo, intentó refrenarla, con la cadena todavía enrollada en torno a su muñeca. Le hizo otro rasguño en el cuello.

—Crosbie —dijo, jadeando, la señora Wells—. ¡Crosbie! —Por fin, la cadena se rompió: la llave estaba en la mano de Wells, y ella soltó un gemido. Wells se dio la vuelta y se dirigió a la caja fuerte. Metió la llave en la cerradura, agitando varias veces la manivela antes de que el mecanismo hiciera un ruidito seco, y a continuación la pesada puerta se abrió.

La caja fuerte estaba vacía.

—¿Dónde está mi dinero?

La señora Wells se tambaleó, llevándose las manos al cuello. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Si te calmas un momento, te lo puedo explicar.

—¿Quién necesita calmarse? Te he hecho una pregunta muy simple, nada más. ¿Dónde está mi bonanza?

—Venga, Crosbie, escucha. La puedo recuperar..., la bonanza. Solo la he guardado por un tiempo. Está en lugar seguro. Puedo recuperarla y dártela, pero no antes de mañana. ¿De acuerdo? Esta noche vienen muchos caballeros distinguidos a casa, y no tengo tiempo para... para ir a... al lugar donde la he escondido. Sencillamente, hay demasiadas cosas que hacer.

—¿Dónde están mis documentos? —insistió Wells—. Mi permiso de explotación. Mi partida de nacimiento. La carta de mi padre.

—Están con la bonanza.

—Conque sí. ¿Y eso dónde es?

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué no, señora Wells?

—Es complicado —repuso ella.

—Ya me lo imagino.

—Puedo recuperarlos y dártelos.

—¿Ah, sí?

—Mañana. Después de la fiesta.

—¿Por qué no hoy? ¿Por qué no esta misma mañana?

—Deja de hostigarme —dijo la señora Wells, estallando—. Hoy no puedo y ya está. Tendrás que esperar a mañana.

—Estás intentando ganar tiempo. Me pregunto por qué.

—Crosbie, es por la fiesta.

Wells la miró detenidamente. Después cruzó la habitación y tiró con fuerza de la cuerda de la campana. La criada apareció a los pocos segundos.

—Lucy —dijo Wells—, vete a la calle George y cógeme un ejemplar del *Otago*

Witness de hoy. Parece que la señora Wells ha quemado el que teníamos, por error.

ORO

En el que Francis Carver recibe un mensaje, y Staines se queda a solas

El arranque de caprichoso buen humor que había llevado a Emery Staines, la tarde de su llegada a Dunedin, a encargarse de una carta astral a la señora Lydia Wells, médium y espiritista, no había hecho sino intensificarse con el pronóstico mismo, que, al ser afortunado en todos los sentidos, le había dejado tan exultante que quiso festejarlo. A la mañana siguiente se despertó con un terrible dolor de cabeza y una sensación culpable de endeudamiento; al preguntarle al hotelero descubrió, desazonado, que debía a la casa en torno a ocho libras, pues había apostado dos semanas de estipendio a una partida de brag para acabar perdiendo hasta el último penique, y cinco libras más. Las circunstancias en las que había contraído tamaña deuda comparecían confusamente ante su memoria, y rogó al hotelero que le diese a crédito una taza de café para sentarse un rato a estudiar cuál era el mejor modo de proceder. Su ruego se vio satisfecho, y seguía sentado en el bar unos tres cuartos de hora después cuando apareció Francis Carver enarbolando los documentos de aval.

Carver hizo su oferta en un lenguaje sencillo y sin preámbulos. Dotaría a Staines de capital suficiente para proveerlo de un permiso de explotación, un hato y un billete para la mina rentable más cercana; añadió, con aire despreocupado, que también estaría dispuesto a saldar cualquier deuda que pudiese haber contraído Staines en Dunedin desde su llegada, el día anterior. A cambio, Staines accedería a cederle el cincuenta por ciento de las acciones de su primera concesión, con dividendos en perpetuidad, y estos ingresos se enviarían a la cuenta de Carver en Dunedin por correo privado.

Emery Staines supo al punto que lo había tomado por tonto. Recordaba lo suficiente de las primeras horas de la velada de la víspera como para saber que Carver se había mostrado excesivamente solícito con él, asegurándose de que sus apuestas siempre estaban igualadas, de que estaba bien acompañado en todo momento y de que tenía el vaso lleno. Tenía también la vaga sensación de que, en cierto sentido, la deuda de juego le había sido impuesta, ya que su debilidad por las cartas era de lo más corriente y jovial y jamás hasta entonces había dilapidado tal cantidad de dinero en una sola noche. Pero le hacía gracia que lo hubiesen estafado tan pronto después de iniciada su aventura, y su regocijo lo llevaba sentir una especie de afecto por Carver, como el que se siente por un hábil contrincante durante una partida de ajedrez. Decidió anotar todo en la cuenta de la experiencia, y aceptó los términos

del aval de Carver con su buen humor característico; pero decidió, en su fuero interno, mantenerse más alerta en el futuro. Tenía su gracia que le hubiesen tomado la delantera una vez, pero juró que no se la tomarían una segunda.

Staines no era un buen conocedor de la naturaleza humana. Le encantaba sentirse cautivado, y en consecuencia era frecuente que simpatizase con personas de aire trágico, romántico o mítico. Si sospechaba que Carver encerraba una vena de algo muy ruin, este algo se lo imaginaba solo en su sentido más fantasioso y rocambolesco; de haber tirado del hilo de esta impresión, solo habría descubierto que le encantaba. Carver sacaba más de veinte años a Staines, y era tan fornido y moreno como menudo y rubio era Staines. Su porte era el de un hombre dispuesto a hacer daño en cualquier momento, hablaba con tono hostil y rara vez sonreía. A Staines le parecía extraordinario.

Una vez firmado el contrato, la actitud de Carver se tornó aún más huraña. Otago, dijo, había dejado atrás su época de esplendor aurífero. Staines haría mucho mejor en dirigirse a la flamante ciudad de Hokitika, al oeste, donde, según se rumoreaba, un hombre podía amasar una fortuna en un solo día. La arribada a Hokitika tenía fama de ser muy traicionera, sin embargo, y ya habían naufragado dos vapores en la barra; por esta razón, Carver insistió en que Staines emprendiese su travesía a la Costa Occidental en un velero y no en un vapor. Si Staines consentía en acompañarlo primero a la aduana, después a la tienda de equipamientos de la calle Princes y por último al Banco de la Reserva, a mediodía podrían tenerlo todo listo. Staines, en efecto, consintió, y no habían transcurrido ni tres horas cuando ya se hallaba en posesión de un permiso de explotación, un hato y un billete para Hokitika en la goleta *Blanche*, cuya partida de Port Chalmers no estaba prevista hasta la mañana del 13 de mayo.

Durante las dos semanas siguientes, Staines y Carver se vieron con mucha frecuencia. Carver disponía de un mes de permiso en tierra mientras el bricbarca en el que trabajaba se reparaba y calafateaba; se alojó, como también Staines, en el hotel Hawthorn de la calle George. A menudo desayunaban juntos, y de vez en cuando Staines acompañaba a Carver a sus recados y citas por la ciudad, parlotando sin parar. Carver no lo disuadía de hacerlo, y si bien apenas comunicaba nada más allá de una inquietud reprimida y constante, Staines se enorgullecía de que su compañía supusiera una distracción grata y muy necesitada.

Emery Staines sabía perfectamente que producía una impresión singular en todas las personas que iba conociendo. Esta certeza se había convertido, con el paso del tiempo, en una expectativa, en consecuencia de la cual su singularidad se había vuelto aún más acusada. Su actitud exhibía una curiosa mezcla de anhelo y entusiasmo, que es como decir que sus entusiasmos eran siempre de tipo melancólico, y sus anhelos siempre entusiastas. Le encantaban las cosas de naturaleza inverosímil o poco práctica, y salía en pos de ellas con el sincero gozo de un niño que juega. Cuando hablaba, lo hacía con originalidad, y con una angustia idealista que bastaba para

arrancar la sonrisa de todos menos a los más rígidos de sus críticos; cuando guardaba silencio daba la impresión, si se le observaba, de que aun así su imaginación estaba ocupada en algo útil, pues a menudo suspiraba, o asentía como si estuviese de acuerdo con un interlocutor a quien nadie más podía ver.

Su predisposición a ser alegre era, a juzgar por las apariencias, inquebrantable; no obstante, esta actitud no era fruto de haber consultado con ningún código moral. En general, se aferraba a sus creencias de manera más intuitiva que escrupulosa, y no era selectivo a la hora de escoger a sus compañías... pues pensaba, a su manera intuitiva, que todo hombre pensante tenía el deber de exponerse a una amplia gama de temperamentos, situaciones y puntos de vista. Había leído mucho, y aunque prefería a los románticos por encima de cualquier otro y nunca se hartaba de hablar de las propiedades de lo sublime, no era ni por asomo un discípulo estricto de esta escuela, ni, a decir verdad, de ninguna. Una infancia solitaria y sin supervisión, transcurrida en su mayor parte en la biblioteca de su padre, había preparado a Emery Staines para muchísimas vidas posibles sin llevarlo jamás a preferir una concreta. Lo mismo se le podía encontrar en traje de chaqué debatiendo sobre Cicerón y Séneca que ascendiendo por una montaña, con botas y pantalón de lana, en busca de un paisaje, y en ambos casos podía uno confiar en que estaba disfrutando a lo grande.

En su vigésimo primer cumpleaños, le preguntaron a qué lugar del mundo le gustaría ir, a lo cual respondió inmediatamente que a Otago..., pues sabía que las fiebres del oro de Victoria habían amainado, y llevaba mucho tiempo entusiasmado con la idea de la vida del buscador de oro, que se le antojaba quijotesca y alquímica. Veía el metal brillando, inadvertido, sin descubrir, en alguna playa solitaria de alguna tierra inexplorada; veía cómo salía la luna, llena y amarilla, sobre el mar abierto; se veía a sí mismo cabalgando por los bajíos de un arroyo, y durmiendo en el suelo, y pasando agua por una artesa de lavado, y enrollando masa de minero alrededor de un palo para cocerla sobre las ascuas de un fuego. Qué maravilloso sería, pensaba, poder decir que la fortuna de uno era más vieja que todas las épocas de los hombres y de la historia; decir que uno se había topado con ella, que la había arrancado de la tierra solo con las manos.

Su petición fue satisfecha: a su debido tiempo, le pagaron el pasaje para el vapor *Fortunate Wind*, con destino a Port Chalmers. El día de su partida su padre le aconsejó que no perdiera la cabeza, que obrase con generosidad y que volviese a casa una vez que hubiese visto lo suficiente del mundo como para saber qué lugar ocupaba en él. Viajar por el extranjero, le dijo, era la mejor de las educaciones, y un caballero tenía el deber de ver y entender el mundo. Después de darse un apretón de manos, hizo entrega al joven Staines de un sobre lleno de billetes, le aconsejó que no se lo gastase de un plumazo y le dio los buenos días, prácticamente como si el chico solo fuese a dar un paseo y pensase volver para la hora de la cena.

—¿Cómo se gana la vida? —preguntó Carver.

—Es juez —dijo Staines.

—¿De los buenos?

El muchacho suspiró, echando la cabeza un poco hacia atrás.

—Ah..., sí, supongo que es bueno. ¿Cómo podría retratar a mi padre? Es un hombre que lee mucho, y en su profesión se lo tiene en muy alta estima, pero posee una idea muy rara de las cosas. Por ejemplo: me dice que mi herencia solo consistirá en su violín y su navaja de afeitar... ya que, según él, para abrirse camino en el mundo lo único que necesita un hombre es un buen afeitado y los medios para hacer música. Creo que así lo ha dejado escrito en su testamento, y que todo lo demás se lo ha legado a mi madre. Es un poco peculiar.

—Hmm —dijo Carver.

Estaban desayunando juntos en el hotel Hawthorn por última vez. A la mañana siguiente, la goleta *Blanche* zarpaba con rumbo a Hokitika, y pocas horas después el bricbarca *Godspeed*, recién calafateado y equipado, partiría hacia Melbourne.

—¿Sabe una cosa? —añadió Staines, dando un golpecito a su huevo—. Es la primera vez desde que desembarqué en Dunedin que alguien me pregunta cómo se gana la vida mi padre; en cambio, me han preguntado mil veces dónde me voy a hacer rico, y me han ofrecido todo tipo de avales, ¡y no sabría decirle cuántas me han preguntado qué pienso hacer con mis rentas una vez que haya amasado una fortuna! Qué palabra tan curiosa: «rentas». Es como si le quitase mérito a la idea.

—Sí —dijo Carver, con los ojos clavados en el *Otago Witness*.

—¿Está esperando a alguien? —preguntó Staines.

—¿Cómo? —dijo Carver, sin alzar la vista.

—No, es que como lleva diez minutos leyendo las noticias de navegación y apenas ha probado el desayuno...

—No espero a nadie. —Carver pasó una página y empezó a leer la correspondencia de los yacimientos auríferos.

Permanecieron callados un tiempo. Carver no apartaba los ojos del periódico; Staines se terminó el huevo. Justo cuando Staines estaba a punto de levantarse de la mesa y despedirse, la puerta de la calle se abrió y entró un cartero.

—Señor Francis Carver —gritó.

—Soy yo —dijo Carver, levantando la mano.

Rasgó el sobre y echó un breve vistazo al papel. Staines vio, a través del fino papel, que la carta solo contenía un renglón de texto.

—Espero que no sean malas noticias —dijo.

Carver estuvo un rato sin moverse; después estrujó el papel y lo echó al fuego. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un penique que le entregó al cartero. Una vez que este se hubo escabullido, se volvió hacia Staines.

—¿Qué le parecería un soberano de oro?

—No creo haber visto ninguno jamás.

Carver lo miró de hito en hito.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Staines.

—Sí. Venga conmigo.

Staines subió las escaleras detrás de su fiador. Esperó mientras Carver abría la puerta que daba a sus aposentos, y después entró tras él. Era la primera vez que ponía el pie en la habitación de Carver. Era mucho más grande que la suya, pero estaba amueblada de modo parecido. Todavía conservaba el olor rancio, corporal, del sueño: la ropa de cama de Carver estaba toda retorcida en el centro del colchón. En mitad de la habitación había un baúl con correas de hierro. Pegado a la tapa había un conocimiento de embarque amarillo:

Titular Alistair Lauderback
Transportista Agencia Naviera Danforth
Transporte *Godspeed*

—Necesito que vigile esto —dijo Carver.

—¿Qué hay dentro?

—Eso a usted no debe importarle. Solo necesito que lo vigile hasta que yo vuelva. Dos horas. Tal vez tres. Tengo unos asuntos pendientes en la ciudad. Se sacaría un soberano.

Staines arqueó las cejas.

—¿Un soberano enterito... solo por vigilar un baúl durante tres horas? ¿Y eso por qué?

—Me haría un favor. Yo no me olvido de los favores.

—Debe de ser tremendamente valioso.

—Lo es para mí. ¿Acepta o no acepta?

—Bueno... vale —dijo Staines, sonriendo—. Como un favor. Encantado de hacerlo.

—Mejor que tenga una pistola. —Carver se dirigió al secreter.

Staines se quedó tan pasmado que se echó a reír.

—¿Una pistola?

Carver encontró un revólver de carga única, abrió la recámara y echó un vistazo al interior. Después asintió con la cabeza, volvió a cerrarla con un golpe seco y se lo pasó a Staines.

—¿Se supone que tengo que utilizarlo? —dijo Staines, dándole la vuelta.

—No. Límitese a agitarlo si entra alguien.

—¿Agitarlo?

—Sí.

—¿Quién va a entrar?

—Nadie —repuso Carver—. No va a entrar nadie.

—¿Qué hay en el baúl? —repitió Staines—. De veras pienso que debería saberlo. Sé guardar un secreto.

Carver negó con un gesto.

—Cuanto menos sepa, mejor.

—No es que sepa menos; ¡es que no sé nada en absoluto! ¿Soy una especie de cómplice? ¿Se trata de algún tipo de atraco? De veras, señor Carver, sé guardar un secreto.

—Hay otra cosa más. Solo durante el día de hoy, no me llamo Carver. Me llamo Wells. Francis Wells. Si alguien viene preguntando, yo soy Francis Wells. El porqué no importa.

—Santo cielo —dijo el muchacho.

—¿Qué?

—Nada, que se pone usted de un misterioso que asusta.

Carver se giró hacia él de repente.

—Si se escapa, habrá incumplido nuestro contrato. Tendré razones para exigir que me compense de la manera que yo estime conveniente.

—No me escaparé.

—Usted no aparte la vista del baúl hasta que yo vuelva, y se irá de aquí con una buena moneda. ¿Cómo me llamo?

—Señor Wells —dijo el chico.

—Procure recordarlo. Tardaré tres horas.

Una vez que se hubo marchado Carver, Staines dejó la pistola en el secreter, con el cañón apuntando hacia el otro lado, y se arrodilló para echar un vistazo al baúl. La hembrilla llevaba un candado. Levantó el candado para estudiar el perfil de la cerradura..., reparando, satisfecho, en que el cerrojo tenía un diseño muy simple. Sonriendo, sacó su navaja, abrió la hoja y encajó la punta en el ojo de la cerradura. Estuvo casi un minuto haciendo palanca hasta que el mecanismo saltó.

COBRE

En el que aumenta la sospecha de Wells, Anna se asusta y llega un paquete a la Casa de los Mil Deseos, dirigido a la señora Wells

Crosbie Wells leyó el *Otago Witness* de cabo a rabo sin decir palabra. Cuando hubo terminado, sacudió el periódico, lo plegó con mucho cuidado y se levantó de la silla. La señora Wells estaba sentada enfrente de él. Tenía una expresión fría. Se acercó a ella, le tiró el periódico sobre el regazo —la señora Wells se estremeció ligeramente— y después, llevándose las manos a las caderas, se quedó mirándola.

—Me han llamado la atención las llegadas.

Ella no dijo nada.

—Un nombre en particular. El vapor en el que viene se llama *Active*. Llega con la marea alta. ¿Cuándo es eso? Creo que al anoecer.

Siguió callada.

—Es extraño que no me lo dijeras —dijo Wells—. Si solo llevo esperando... ¿cuánto, doce años? Doce años, y ni una respuesta. Todo este tiempo he estado en las tierras altas, buscando oro. Resulta que ahora llega a la ciudad él en persona, y tú lo sabías y no me has dicho ni mu. No, es peor que guardar silencio. Te propusiste engañarme. Quemaste el periódico en la maldita estufa. Es un engaño malévolo, señora Wells. Un engaño frío.

La señora Wells mantuvo la compostura.

—Tienes toda la razón. No debería haberte engañado.

—¿Por qué lo quemaste?

—No quería que la noticia aguase la fiesta. De haberte enterado de que llegaba esta noche, puede que te hubieses ido al muelle..., y puede que él te hubiese desdeñado..., y tú te habrías disgustado.

—Pero es precisamente eso lo que me tiene desconcertado, señora Wells.

—¿Qué?

—La fiesta.

—Solo es una fiesta.

—¿De veras?

—Crosbie, no seas tonto. Si te empeñas en encontrar una conspiración, encontrarás una conspiración. Es una fiesta, y eso es todo.

—«Caballeros con contactos con la marinería» —dijo Wells—. Del mundo naval. ¿Qué te importa a ti el mundo naval?

—Me importa en la medida en que son hombres de alto rango y muy influyentes; me importa mi negocio y la fiesta le va a venir fenomenal. A todo el mundo le gustan las fiestas temáticas. Dan sabor a las veladas.

—Y el señor Alistair Lauderback, me pregunto, ¿tiene invitación?

—Por supuesto que no —dijo la señora Wells—. ¿Por qué habría de invitarlo a él? Si ni siquiera he visto a ese hombre en toda mi vida. Y además, como ya te he dicho, fue precisamente porque no quería que te llevases un disgusto por lo que quemé el periódico de esta mañana. Tienes toda la razón: no debí hacerlo, y siento mucho haberte engañado. Pero la fiesta, te lo aseguro, no es más que una fiesta.

—Y ¿qué hay de la bonanza? ¿Y de mis documentos? ¿Cómo encajan en todo esto?

—Me temo que de ninguna manera.

—Estoy pensando en darme un paseo por Port Chalmers —dijo Wells—. A eso del anochecer. Hace una buena noche para pasear. Un poco fresca, quizá.

—No lo dudes, vete.

—Me perdería la fiesta, claro.

—Sería una lástima.

—¿Ah, sí?

La señora Wells suspiró.

—Crosbie, te estás portando como un necio.

Wells se acercó más.

—¿Dónde está mi dinero, señora Wells?

—En una cámara acorazada del Banco de la Reserva.

—Mentirosa. ¿Dónde está?

—En una cámara acorazada del Banco de la Reserva.

—¿Dónde está?

—En una cámara acorazada del Banco de la Reserva.

—¡Mentirosa!

—Por mucho que me insultes, no vas a...

La abofeteó con fuerza.

—Eres una cochina mentirosa, una maldita ladrona, y más que pienso insultarte antes de cortar contigo.

A continuación se hizo un silencio. La señora Wells no se llevó la mano a la cara para tocarse la mejilla que le había abofeteado. Se quedó quieta... y Wells, súbitamente perplejo, le dio la espalda y cruzó la habitación en dirección a la bandeja de plata donde estaban las licoreras y las botellas. Se sirvió un trago, se lo bebió y después se sirvió otro. Anna no apartaba la vista de su guirnalda de cuerda, que se estaba deformando entre sus dedos temblorosos. No se atrevía a mirar a la señora Wells.

Justo entonces se oyó que alguien llamaba con prisas a la puerta de la calle, y después una voz que decía a través de la ranura:

—Paquete para la señora Lydia Wells.

La señora Wells hizo ademán de levantarse, pero Crosbie Wells gritó «¡No!». Estaba muy colorado.

—Tú no te mueves de aquí. —Señaló a Anna con la mano en la que tenía el vaso —. Tú. Ve a ver.

Eso hizo Anna. Era una botella, de una pinta, envuelta en papel marrón y marcada con el timbre del boticario de la calle George.

—¿Qué es? —preguntó Wells desde el piso de arriba.

—Es un paquete del boticario —respondió Anna.

Hubo una pausa, y después se escuchó a la señora Wells, articulando claramente las palabras.

—Ah, ya sé lo que es. Es un tónico capilar. Lo encargué la semana pasada.

Anna regresó al piso de arriba, paquete en mano.

—Tónico capilar —dijo Wells.

—Francamente, Crosbie, te estás volviendo paranoico. —La señora Wells se dirigió a Anna—: Puedes dejarlo en mi dormitorio. En la mesilla de noche, por favor.

Wells seguía mirando con odio a su esposa.

—Tú no vas a ningún sitio. No hasta que me digas la verdad. Te quedas aquí, al alcance de mi vista.

—En ese caso me espera una tarde de lo más aburrida.

Crosbie Wells respondió airado, y siguieron discutiendo. Anna, contenta de tener un motivo para marcharse, se fue por el pasillo con la botella envuelta y la llevó hasta la silenciosa oscuridad del dormitorio de la señora Wells. Fue a dejarla sobre la mesilla de noche cuando algo le llamó la atención: una botella de tónico capilar, la mitad de grande que la que tenía en la mano y nada parecida. Frunciendo el ceño, miró el paquete... y de pronto, llevada por un impulso repentino, deslizó el dedo por debajo del envoltorio y soltó el papel. La botella no tenía ninguna inscripción; estaba encorchada, y el corcho había sido sellado con cera de vela. La acercó a la luz. Contenía un líquido denso y meloso, del color de la herrumbre.

—Láudano —susurró.

WU XING

En el que Emery Staines cumple las órdenes de Carver y engaña eficazmente a Ah Sook

Staines, pensativo, acercó el vestido a la luz. Había cinco en total —uno de seda naranja, y el resto de muselina—, pero por lo demás el baúl estaba totalmente vacío. ¿Qué significaba todo esto? Quizá poseían un valor sentimental para Carver..., pero entonces, ¿por qué tenía que ir Staines armado con una pistola mientras los vigilaba? Quizá eran artículos robados, aunque no parecían nada valiosos... o quizá, pensó Staines, Carver estuviera enloqueciendo. Esta idea lo puso de buen humor; se rio entre dientes, y después, moviendo la cabeza, volvió a meter los vestidos en el baúl.

Se oyó un golpe brusco en la puerta.

—¿Quién es? —dijo Staines.

No hubo respuesta; pero al cabo de un momento el visitante volvió a llamar.

—¿Quién anda ahí?

El visitante llamó una tercera vez, con más urgencia. Staines sintió que se le aceleraba el corazón. Se acercó al secreter y cogió la pistola. Pegándosela al muslo, se dirigió a la puerta, levantó el pestillo y la entreabrió.

—¿Sí?

En el pasillo había un hombre chino de unos cuarenta años, vestido con una túnica y una capa de lana.

—Francis Carver —dijo.

Staines recordó las instrucciones de Carver.

—Me temo que aquí no hay nadie que responda a ese nombre. ¿No se referirá tal vez al señor Wells... Francis Wells?

El hombre chino negó con la cabeza.

—Carver —dijo.

Se sacó un papelito del pecho y se lo presentó. Staines, curioso, lo cogió. Era una carta de la Penitenciaría de Cockatoo Island, donde se agradecía al señor Yongsheng su consulta y se le informaba de que, nada más salir en libertad, el señor Francis Carver había zarpado rumbo a Dunedin, Nueva Zelanda, en el vapor *Sparta*. Al final de la carta —y en un tono de tinta mucho más oscuro— otra persona había escrito «Hawthorn Hotel». Staines se quedó mirando la carta durante un buen rato. No sabía que Carver fuese un antiguo presidiario; la noticia lo impresionó, pero, pensándolo bien, llegó a la conclusión de que no era del todo inesperada. Al fin, y con harta reticencia, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo lamento —dijo, devolviéndole el papelito al hombre chino y sonriendo como si le pidiera disculpas—. Aquí no hay nadie llamado Francis Carver.

HIERRO

En el que Crosbie Wells ata cabos.

La tarde fue interminable en el número 35 de la calle Cumberland. Entre las dos, Anna y la señora Wells habían trenzado quince guirnaldas y las instalaron en el salón bajo la atenta mirada de Wells, que bebía a un ritmo constante y no decía ni una palabra. Detrás de la tribuna habían instalado una «vela mayor», fabricada con un remo y una sábana blanca arrizada con trozos de bramante; detrás del bar habían colgado una cuerda con banderas del Almirantazgo. Una vez colocadas las guirnaldas, pusieron limones y licor de picea, decoraron las velas, sacaron brillo a los vasos, echaron alcohol en las lamparillas y limpiaron el polvo..., haciendo durar cada tarea lo máximo posible, y aprovechando cada excusa para darse pequeños paseos al piso de arriba y a la cocina, a fin de escapar del terrible silencio de su amargado acompañante.

Poco después de las cuatro, fueron interrumpidas por un enérgico golpeteo en la puerta principal.

—¿Quién puede ser? —dijo la señora Wells, frunciendo el ceño—. Las chicas no llegan hasta las siete. Nunca recibo visitas a estas horas.

—Ya voy yo —anunció Wells.

En el umbral había un hombre chino vestido con una túnica y una capa de lana.

—¿A quién tenemos aquí? —dijo Wells—. Desde luego, no es un hombre de la marinería.

—Buenas tardes —saludó el otro—. Estoy buscando a Francis Carver.

—¿Qué?

—Estoy buscando a Francis Carver.

—¿Carver, dice?

—Sí.

—Jamás he oído ese nombre.

—Vive aquí —dijo el hombre chino.

—Me temo que no, amigo. Este lugar pertenece a una tal Lydia Wells. Yo soy su afortunado esposo. Me llamo Crosbie.

—¿No es Carver?

—No conozco a nadie que responda al nombre de Carver.

—Francis Carver —añadió el hombre.

—No lo puedo ayudar, me temo.

El hombre frunció el ceño. Se llevó la mano al bolsillo y sacó la misma carta que le había presentado a Emery Staines unas dos horas antes. Se la entregó a Wells. Las palabras «Hawthorn Hotel» estaban tachadas; debajo, con otra letra distinta, se leía «Casa de los Mil Deseos, calle Cumberland».

—¿Alguien le ha dado esta dirección? —preguntó Wells.

—Sí —dijo el hombre chino.

—¿Quién?

—El capitán de puerto.

—Me temo que el capitán de puerto lo ha informado mal, amigo. —Wells le devolvió la carta—. No hay nadie con ese nombre en esta dirección. ¿Para qué lo busca?

—Para hacer justicia —respondió el hombre chino.

—Justicia —dijo Wells, con una mueca burlona—. De acuerdo. En fin, espero que lo merezca. Buena suerte.

Cerró la puerta... y de repente se detuvo, con la mano apoyada en el marco. Se dio la vuelta y, subiendo las escaleras de dos en dos, regresó al tocador, donde, encima del secreter, estaba doblado el *Otago Witness*. Lo cogió arrebatadamente. Después de repasar las columnas durante varios minutos, leyó, en la lista de las partidas previstas para el día siguiente:

Embarcadero cuatro: *Godspeed*, dest. Puerto Phillip, Tripulación compuesta por J. RAXWORTHY (capitán), P. LOGAN (primer oficial), H. PETERSEN (segundo oficial), J. DRAFFIN (camarero), M. DEWEY (cocinero), W. COLLINS (contramaestre), E. COLE, M. JERISON, C. SOLBERG, F. CARVER (marineros).

—¿Quién estaba en la puerta? —Anna se le había acercado por detrás. Llevaba un candelabro de latón en cada mano—. ¿Era Lucy, que ha vuelto de la tienda? La señora Wells la necesita.

—Era un chino —dijo Wells.

—¿Qué quería?

—Andaba buscando a alguien.

—¿A quién?

Wells la miró fijamente.

—¿Conoces a alguien que haya cumplido condena en Cockatoo?

—No.

—Yo tampoco.

—Trabajos forzados —dijo Anna—. En Cockatoo hacen trabajos forzados.

—Supongo que no es para pusilánimes.

—¿A quién iba buscando?

Wells titubeó.

—¿Alguna vez has oído hablar de un tal Francis Carver?

—No.

—¿Alguna vez has visto a un expresidiario?

—¿Cómo iba a reconocerlo si lo viera?

—Ya, supongo que no podrías —dijo Wells.

Se produjo un silencio.

—¿Se lo digo a la señora Wells? —preguntó Anna.

—No. Espera un momento.

—Se supone que solo he venido a coger esto —dijo Anna, levantando los candelabros—. En serio, debería irme ya.

Wells hizo un tubo con el *Otago Witness*.

—Es una desalmada, Anna. No hay ni una gota de sentimiento sincero en la señora Wells: o beneficios o nada. Ha cogido mi dinero, y cogerá el tuyo, y nos arruinaremos..., los dos, tú y yo. Arruinados.

—Sí —dijo Anna, desconsolada—. Lo sé.

Wells blandió el periódico enrollado.

—¿Sabes lo que pone aquí? Un hombre llamado Carver figura entre los tripulantes de un fletamento privado. Zarpan con la marea de mañana. Un caballero vinculado a la marinería, en otras palabras.

—Supongo que eso significa que estará en la fiesta.

—Y otra cosa: el patrón de la nave. Raxworthy.

—La señora Wells lo mencionó durante el desayuno.

—En efecto, lo hizo —dijo Wells, dándose un golpetazo en la pierna con el periódico—. Todo empieza a encajar. Solo que todavía no logro verla del todo. La imagen completa, quiero decir.

—¿Qué es lo que empieza a encajar?

—Llevo todo el día preguntándome una cosa: ¿para qué podría querer ella mis documentos? Mi permiso de explotación. Mi partida de nacimiento. No me cabe la menor duda de que me los ha birlado, de la misma manera que ha birlado la bonanza; pero no se tomaría la molestia si no pudiese sacarle partido de algún tipo, y ¿qué partido podría sacar de los documentos de un viejo? Ninguno en absoluto, pensé. En tal caso, debe de haberlos despachado de alguna manera. Debe de habérselos pasado a alguien. Pero ¿a quién? ¿Qué tipo de hombre podría necesitar los papeles de otro? Fue entonces cuando se me ocurrió. Un hombre que huye de su pasado, pensé. Un hombre con un apellido mancillado, que quiere partir de cero con un apellido mejor. Un hombre que pretende dejar atrás algún capítulo de su vida.

Anna esperó, frunciendo el ceño.

—Hay una cosa que tengo bien clara —dijo Wells, alzando el periódico enrollado como si fuera un cetro—. No sé cómo y no sé por qué ni para qué, pero te anuncio aquí y ahora, mi pequeña Anna, que esta noche voy a conocer a un tal Francis Carver.

HOJALATA

En el que Carver asume un alias y Lauderback firma su nombre

—Wells —dijo Lauderback, parándose en seco.

—Buenas tardes —dijo Francis Carver. Estaba sentado en una silla, de cara a la pasarela. En su mano tenía una pistola.

—¿Qué es esto? —dijo Lauderback.

—Entre, por favor.

—¿Qué es esto? —repitió.

—Una conversación.

—Pero ¿acerca de qué?

—Le recomiendo que entre en el camarote, señor Lauderback.

—¿Por qué?

Carver no dijo nada, pero el cañón de su pistola tembló un poco.

—No la he visto desde la última vez que hablamos —dijo Lauderback—. Palabra de honor. Cuando me dijo usted que me apartase, señor Wells, me aparté. He pasado los últimos nueve meses en Akaroa. No he vuelto hasta esta noche..., ahora mismo, de hecho; en este mismo instante. Me he mantenido alejado... exactamente como me lo pidió usted.

—Eso dice —dijo Carver.

—¡Sí, eso digo! ¿Duda de mi palabra?

—No.

—Entonces, ¿a qué se refiere con lo de «eso dice»?

—Nada más a que en el papel dice otra cosa.

Lauderback balbuceó.

—No sé de qué papel me está hablando —dijo al cabo de un momento—. No obstante, me atrevo a suponer que está usted aludiendo de alguna manera al recibo de Danforth.

—Así es.

Después de mirar fugazmente por encima de su hombro, Lauderback entró en el camarote y cerró la escotilla.

—De acuerdo —dijo, una vez dentro—. Algo se está cociendo. O se ha cocido.

—Sí —dijo Carver.

—¿Se trata de Crosbie? ¿Tiene algo que ver con Crosbie?

—Usted ya sabe que me preocupo por el bueno de Crosbie.

No siguió hablando.

—¿Ah, sí? —dijo Lauderback, con voz temerosa, al cabo de unos segundos.

—Sí, me preocupo. El día menos pensado, el pobre va a morir de una borrachera.

Lauderback había empezado a sudar.

—¿Dónde está Raxworthy? —dijo.

—Emborrachándose en la calle Cumberland, me imagino.

—¿Y Danforth?

—Lo mismo.

—Los tiene metidos en el bolsillo, ¿verdad?

—No —dijo Carver—. Lo tengo a usted.

ALQUITRÁN

En el que Carver viene a zanjar la cuestión, Crosbie Wells hace un contraataque y el láudano surte efecto

Cuando Francis Carver llamó a la puerta del número 35 de la calle Cumberland unas dos horas después, la fiesta marinera estaba en pleno apogeo: oyó aplausos rítmicos y taconazos, y risas estridentes. Volvió a llamar, esta vez más fuerte. La criada apareció a la cuarta llamada; al ver que era Carver, lo invitó a entrar, y salió corriendo por el pasillo a llamar a la señora Wells.

—Ay, Francis —dijo nada más verlo—. Gracias a Dios.

—Ha salido bien. —Carver se dio unos golpecitos en el pecho, donde llevaba, doblado en el bolsillo interior, el contrato de venta—. Todo firmado, en vigor desde ahora. He dejado a un chico vigilando a Lauderback hasta mañana por la mañana. Pero dudo de que vaya a contar nada.

—No le has hecho daño, ¿verdad que no?

—No; se está lamentando de su suerte, nada más. Y por aquí, ¿qué ha pasado?

La voz de la señora Wells devino en un susurro.

—Bueno, después de la tremenda trifulca de esta mañana, y después de un día espantoso, hemos tenido una suerte increíble. Crosbie ha hecho buenas migas con la chica nueva. Tal vez pensaba fastidiarme llevándosela a la cama..., pero no hay nada que hubiese podido desear más que quitármelos a los dos de en medio esta tarde. Tan pronto como se quedaron solos, hice subir a Lucy con una licorera llena.

—¿Con regalito?

—Por supuesto.

—¿Cuánto?

—Eché media botella.

—¿Con qué resultado?

—No he oído ni pío —dijo ella—. Ni un ruido.

—De acuerdo. Voy a subir. Necesito quince minutos.

—Está muy enfadado. Sabe lo del oro, como ya te he dicho, y descubrió lo de la llegada de Lauderback. Has de tener cuidado.

—No me hará falta, si tiene una curda.

—No le vas a disparar..., ¿verdad que no, Francis?

—No le des más vueltas.

—Quiero saberlo.

—Le daré un golpe en la cabeza —dijo Carver—, nada más.

—¡Aquí no!

—No..., aquí no. Me lo llevaré a otro lugar.

—La chica sigue allí arriba, ¿sabes? Puede que ella también haya perdido el sentido. No lo sé.

—Ya me encargaré de ella. Le diré que se marche antes de que ocurra nada. Tú no te preocupes.

—¿Qué hago?

—Vuelve a la fiesta. Sírvale otro trago a Raxworthy.

Φ

Carver pegó la oreja a la puerta; al no oír nada, movió con cautela el picaporte, en silencio. La puerta se abrió sin un ruido. La habitación estaba oscura, pero en la alcoba del fondo había una lamparita encendida. Había alguien en la cama: las sábanas estaban hechas un revoltijo, y veía una mancha de pelo moreno sobre la almohada. Sin apartarse la mano de la cadera, avanzó despacio y entró en la habitación.

Oyó el silbido de algo pesado cortando el aire, y casi se giró..., pero antes de que tuviese tiempo de hacerlo, recibió un golpe en la coronilla y cayó de hinojos. Empezó a dar vueltas, cerrando la mano sobre la empuñadura de su pistola..., pero Crosbie Wells blandió otra vez el atizador y lo golpeó primero en los nudillos y después en la mandíbula. Carver retrocedió dolorido. Subió las manos instintivamente, para protegerse la cara. Un cuarto golpe impactó en su codo, y un quinto le abrió una raja justo encima de la sien. Súbitamente débil, se desplomó de lado sobre el suelo.

Wells se abalanzó sobre él y trató de arrancarle la pistola del cinturón con su mano libre. Carver lo agarró del brazo y forcejearon unos instantes, hasta que Wells lo hirió con el atizador en un lado de la cabeza. Carver se soltó y cayó hacia atrás. Por fin, Wells consiguió asir la pistola y se la arrancó; una vez en sus manos, la amartilló, apuntó al rostro de Carver y se quedó quieto, jadeando. Carver gruñó, llevándose los brazos a la cara. Estaba aturdido: las luces de la habitación habían empezado a parpadear.

—¿Quién es usted?

Carver lo escudriñó. Tenía sangre en la boca.

Wells empuñaba la pistola con su mano izquierda y el atizador con la derecha. Alzó ligeramente el atizador, amenazando con embestir de nuevo.

—¿Es usted Francis Carver? Hable o lo mato de un tiro. ¿Su nombre es Carver?

—Lo era.

—¿Cuál es ahora?

Carver le sonrió, mostrando unos dientes sangrientos.

—Crosbie Wells —dijo.

Wells se acercó más.

—Lo voy a matar.

—Adelante —dijo Carver, y cerró los ojos.

Wells volvió a alzar el atizador.

—¿Dónde está mi bonanza?

—Desaparecida.

—¿Dónde está, le pregunto?

—Fue enviada a un lugar lejos de la costa.

—¿Quién la envió? ¿Usted?

Carver abrió los ojos.

—No. Usted.

Wells bajó el atizador. Rebotó en la sien de Carver, que se desmayó. Wells esperó unos instantes para ver si estaba fingiendo, pero el desmayo era, a todas luces, auténtico: se le veía el blanco de los ojos, y una de sus manos temblaba.

Wells soltó el atizador, fuera del alcance de Carver. Se pasó la pistola a la mano derecha. Con cuidado, apretó el cañón de la pistola contra la mejilla de Carver, y lo empujó suavemente. La cabeza le cayó hacia atrás.

—¿Está muerto? —dijo Anna desde el umbral. Se hallaba pálida.

—No. Respira.

Con su mano izquierda, Wells se sacó el machete de la bota y lo desenvainó.

—¿Lo vas a matar? —susurró Anna.

—No.

—¿Qué vas a hacer?

Wells no respondió. Sujetando la cabeza de Carver con la pistola, insertó la punta del machete justo debajo del rabillo del ojo izquierdo de Carver. La sangre brotó al instante y empezó a caer densamente por su mejilla. Con un rápido movimiento de muñeca, Wells torció la hoja y le cortó desde el ojo hasta la mandíbula. Dio un salto hacia atrás..., pero Carver no se despertó; se limitó a gorjear. Ahora tenía la mejilla cubierta de sangre; le caía de la mandíbula y le estaba empapando el cuello de la camisa.

—C de Carver —dijo Wells con voz queda, mirándolo fijamente—. No te va a olvidar nadie, Francis Carver. Eres el hombre de la cicatriz.

Alzó la mirada y sus ojos se cruzaron con los de Anna, que se estaba tapando la boca con las manos; parecía horrorizada. Wells indicó con la barbilla la licorera que estaba sobre el aparador.

—Tómame un trago. Estarás dormida en menos de un minuto. Pero mejor que lo hagas deprisa.

Anna echó un vistazo a la licorera. El láudano había oscurecido muy ligeramente el whisky, dándole al líquido un brillo cobrizo.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Todo lo que te aguante el cuerpo. Y después tumbate de lado, no boca arriba. Si

no, te ahogará tú sola.

—¿Cuánto tarda?

—Casi nada. —Crosbie Wells limpió el machete en la alfombra, lo envainó y se puso en pie, dispuesto a marcharse.

—Espera. —Anna entró corriendo en el dormitorio. Al cabo de unos segundos volvió con la pepita de oro que le había dado la tarde de su primer encuentro—. Toma —dijo, obligándolo a cogerla—. Tómala. Puedes usarla para escapar.

CONTRAPESOS

En el que Crosbie Wells pide ayuda, un agente de aduanas se enfada y se recuerda un conocimiento de embarque

—Psst..., ¡Bill!

El oficial levantó la mirada del periódico.

—¿Quién es?

—Soy Wells. Crosbie Wells.

—Sal donde yo pueda verte.

—Aquí. —Salió a la luz, enseñando las palmas de las manos.

—¿Qué haces, deslizándote entre las sombras?

Wells dio otro paso adelante.

—Necesito que me hagas un favor —dijo, sin bajar las manos.

—¿Y eso?

—Necesito embarcarme antes del alba.

El oficial entornó los ojos.

—¿Adónde vas?

—Me da igual. A cualquier sitio. Tengo que pasar desapercibido.

—¿Qué gano yo con esto?

Wells abrió su puño izquierdo; ahí, sobre la palma, estaba la pepita que le había devuelto Anna. El oficial la miró, calculando mentalmente su valor.

—Y ¿qué hay de la ley?

—Estoy a buenas con la ley —dijo Wells.

—¿Quién te anda pisando los talones, entonces?

—Un hombre llamado Carver.

—¿Qué tiene que ver contigo?

—Mis papeles. Y una fortuna. Me birló una fortuna de mi caja fuerte.

—Y tú, ¿cuándo demonios has amasado una fortuna?

—En Dunstan —dijo Wells—. Hará más o menos un año. Quince meses.

—Pues sí que te lo has tenido calladito.

—Hombre, claro. No se lo conté a nadie más que a Lydia.

El hombre rio.

—Ese fue tu primer error, entonces.

—No —repuso Wells—, el último.

Se miraron.

—No sé si merece la pena. Si me la merece a mí, me refiero —dijo Bill.

—Embarco esta noche, me escondo, zarpo a primera hora. Tú te quedas con esta pepita y yo me quedo con mi vida. Así de simple. No tienes que subirme a bordo..., solo dime qué barco tiene previsto zarpar, y haz la vista gorda cuando yo pase.

El oficial vaciló. Dejó a un lado el periódico y se inclinó para echar un vistazo al horario que estaba clavado encima de su escritorio.

—Hay una goleta con destino a Hokitika que sale con la primera luz del alba —dijo al cabo de un momento—. La *Blanche*.

—Tú dime dónde está anclada. Déjame una ventana. Solo te pido eso, Bill.

El oficial frunció los labios, pensándose. Volvió a mirar el horario, como si de alguna manera la mejor opción se le fuese a revelar por escrito. Después, su mirada se detuvo en algo.

—¡Espera un momento... Wells!

—¿Qué?

—Este inventario dice que fue autorizado por ti.

Con el ceño fruncido, Wells dio un paso adelante.

—Déjame verlo.

Pero Bill tiró hacia sí del registro, alejándolo del alcance de Wells.

—Hay un cajón con destino a Melbourne —dijo, escudriñando la entrada—. Se ha cargado en el *Godspeed*... y tú lo firmaste. —Alzó la mirada, de repente furioso—. ¿De qué va todo esto?

—No lo sé. ¿Puedo verlo?

—Me la quieres colar.

—No —dijo Wells—. Jamás firmé ese maldito papel.

—Tu dinero está en ese cajón. Estás enviando el colorado lejos del litoral mientras te vas a Hokitika a borrar tus huellas, y cuando todo esté tranquilo, cruzarás sin problemas el mar de Tasmania y partirás de cero, libre de impuestos.

—No. No fui yo.

El oficial agitó la mano, indignado.

—Vete. Quédate con tu maldita pepita. No quiero participar en ninguna intriga.

Wells guardó silencio por unos instantes. Se quedó mirando las oscuras formas de los barcos anclados, las agujas de luz quebradas sobre las aguas, los farolillos colgantes que chirriaban con el viento.

—No fui yo quien firmó —dijo remarcando cada sílaba.

Bill frunció el ceño.

—No. No empieces. No me vas a tomar el pelo.

—Mis certificados. Mi permiso de explotación..., mis papeles..., todo. Estaba todo en la caja fuerte de la calle Cumberland. Te lo juro. Este tal Carver es un expresidiario. Cumplió condena en Cockatoo. Se lo llevó todo. No tengo más que la camisa que llevo puesta, Bill. Francis Carver está utilizando mi nombre.

Bill negó con la cabeza.

—No. Ese cajón no se va a alejar del litoral. Lo primero que voy a hacer mañana por la mañana es retirar el inventario.

—Retíralo ahora —dijo Wells—. Me llevaré el cajón conmigo, a Hokitika. De este modo nada se aleja del litoral, ¿no? Así todo es legal.

El oficial miró el inventario, y a continuación de nuevo a Wells.

—No quiero participar en ningún tinglado.

—No habrás hecho nada malo. Nada en absoluto. Solo es evasión de impuestos cuando sale de las aguas jurisdiccionales. Incluso lo firmaré. Firmaré lo que tú quieras que firme.

Bill no dijo nada durante un buen rato, y Wells sabía que se lo estaba pensando.

—No puedo subirlo a la *Blanche* —dijo al cabo—. Zarpa con la primera luz, y Parrish ya ha dado el visto bueno al cargamento. No hay tiempo.

—Pues entonces envíalo después. Te firmaré una autorización de transbordo ahora mismo. Te lo suplico.

—No hace falta que supliques —dijo Bill con gesto hosco.

Wells se acercó y dejó la pepita sobre el escritorio. Por un momento pareció que la pepita temblaba, como la aguja de una brújula.

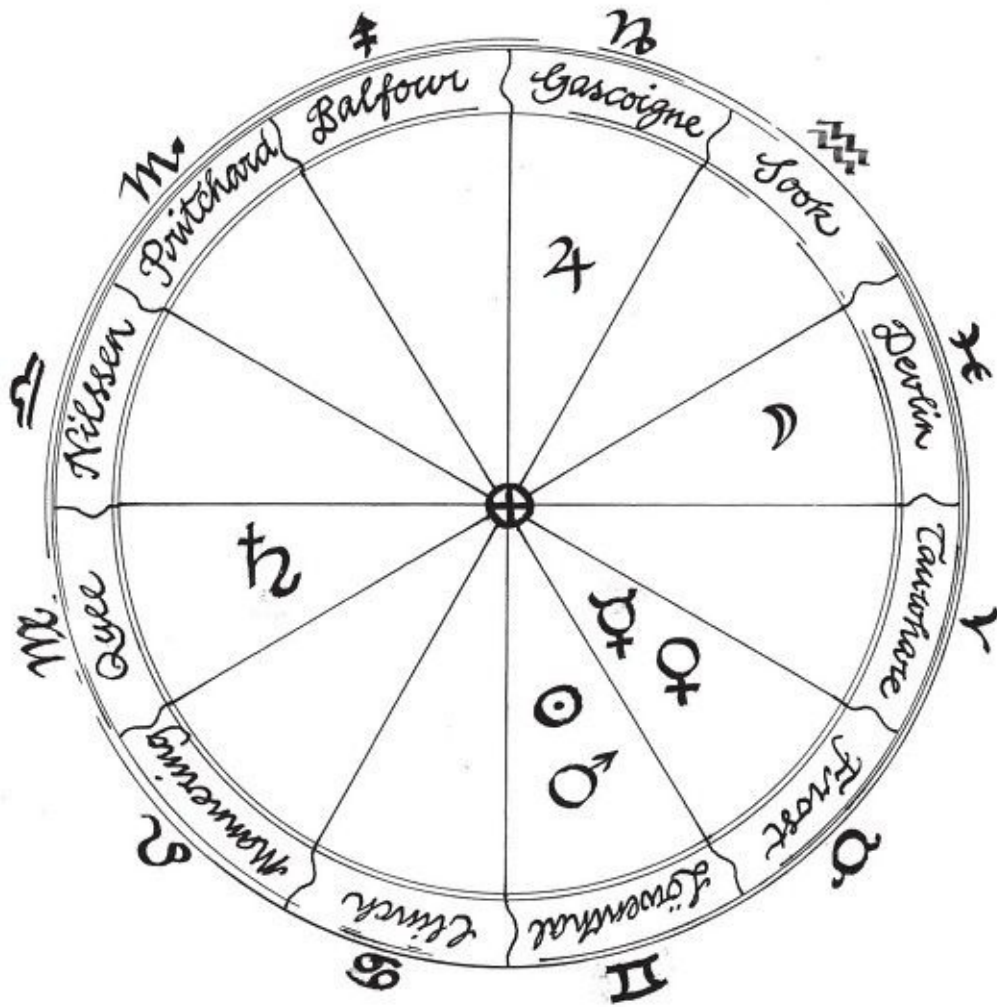
Bill se quedó un buen rato contemplando la pepita. Después miró a Wells.

—No. Guárdate tu pepita, Crosbie Wells. No quiero participar en ningún tinglado.

Sexta parte
La viuda y el vestido de luto

18 de junio de 1865

42° 43' 0" S / 170° 58' 0" E



TIERRA FIJA

En el que Emery Staines lleva su metal al banco, Crosbie Wells propone un engaño y Staines empieza a dudar, demasiado tarde, de su primera impresión

A Emery Staines todavía le faltaba tener un golpe de suerte en Hokitika. Aún no había encontrado un terreno que le gustase lo suficiente como para estacarlo, ni tampoco una compañía que le gustase lo suficiente como para asociarse con ella. Había amasado unas «rentas» en polvo de oro, pero el montón procedía de diversos lugares, de playas al norte y al sur del río y de pequeñas hondonadas en la otra punta del desfiladero de Hokitika: era un rendimiento inconstante, la mayor parte del cual ya se había esfumado. Staines era dado a despilfarrar siempre que el tiempo y el dinero gastados fueran suyos y de nadie más: prefería dormir y comer en compañía de otros antes que hacerlo a solas en su tienda bajo las estrellas, cuyo romanticismo no duraba, había descubierto, más allá de la primera experiencia. No había estado preparado para la inclemencia del invierno de West Canterbury, y muy a menudo la lluvia le impedía salir; con la excusa del mal tiempo, se pasaba las tardes bebiendo vino, comiendo carne de vaca en salazón y jugando a las cartas, y a la mañana siguiente se arriesgaba a salir para volver a llenar de oro su pañuelo. De no haber sido por su acuerdo con Francis Carver, podría haber continuado por esta desordenada senda indefinidamente, es decir, siguiendo una pauta bifronte de exceso y recuperación; pero no había olvidado las condiciones de su aval, bajo las cuales se vería obligado en breve a «echar el ancla», como decían los mineros, e invertir.

La mañana del 18 de junio, Staines se despertó temprano. Había pasado la noche en una pensión de mala muerte de Kaniere, una casucha de tablones larga y baja con una cocina pegada y varias hileras de hamacas. Había un frío húmedo en el ambiente; mientras se vestía, su aliento salía blanco. Una vez fuera, pagó medio penique por un plato de gachas que le sirvieron con cucharón de una tina humeante, y comió de pie, mirando hacia el este, donde la cresta de los altos Alpes se recortaba nítidamente contra el cielo invernal. Una vez rebañado el plato lo llevó de nuevo al pasaplatos de la cocina, saludó a sus compañeros con el sombrero y partió hacia Hokitika, donde tenía pensado concertar una cita con un comprador de oro antes de adquirir una concesión.

Al doblar por el río y entrar en la lengua vio un barco que se aproximaba majestuosamente al cuello del puerto; entró en la rada y pareció que se mantenía inmóvil, de costado al río, sobre las aguas profundas del lado opuesto de la barra.

Staines admiró la embarcación mientras caminaba por la larga curva del muelle. Era un magnífico navío de tres mástiles, no demasiado grande, con un mascarón de proa tallado en forma de águila; el ancho pico chillando, y las alas desplegadas. Había una mujer en la barandilla: a tanta distancia Staines era incapaz de distinguir su rostro, menos aún su expresión, pero supuso que estaría ensimismada, pues estaba muy quieta, agarrada con ambas manos mientras las faldas le azotaban las piernas y las cuerdas de su sombrerito batían contra su pecho. Se preguntó qué sería lo que la preocupaba, si estaría absorta en algún recuerdo, en alguna imagen del pasado, o en algún pronóstico, en algo que deseaba, algo que temía.

Cuando llegó al Banco de la Reserva extrajo el saquito de cabritilla donde guardaba el polvo de oro, y, a solicitud del bancario, entregó su contenido para que lo examinaran y pesaran. La tasación duró un rato, pero el precio final fue bueno y Staines salió del edificio con un cheque por valor de veinte libras doblado en el bolsillo de su chaleco, sobre su corazón.

—Quieto ahí, chaval.

Staines se volvió. En los escalones del banco, levantándose, había un hombre rubio, de unos cincuenta años de edad. Tenía la piel muy curtida y la nariz colorada. Lucía una barba desapareja de varios días, bastante canosa.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —dijo Staines.

—Puede responderme a un par de preguntas —dijo el hombre—. Aquí va la primera. ¿Pertenece usted a la Compañía?

—No soy de la Compañía.

—De acuerdo. Aquí va la segunda. ¿Honradez o lealtad?

—¿Cómo dice?

—Honradez o lealtad. ¿Qué valora más?

—¿Es un truco?

—Es una pregunta sincera. Si no le importa.

—Bueno —dijo Staines, frunciendo ligeramente el ceño—, es muy difícil de decir... cuál debe valorarse más. Honradez o lealtad. Desde un punto de vista podría decirse que la honradez es un tipo de lealtad, lealtad a la verdad... ¡aunque mal cabría decir que la lealtad es un tipo de honradez! Supongo que si fuera necesario..., si tuviese que elegir entre ser deshonesto pero leal, o ser desleal pero honrado..., preferiría estar del lado de mis semejantes, o de mi país, o de mi familia, antes que del lado de la verdad. Así que supongo que diría que la lealtad... en lo que a mí respecta. Pero en otros..., en el caso de los demás, mi opinión es distinta. Preferiría con creces un amigo honrado a un amigo que me fuese simplemente leal; y preferiría con creces ser leal a un amigo honrado que a un adulator. Digamos que mi respuesta es condicional: en mí mismo, valoro la lealtad; en los demás, la honradez.

—Eso está bien. Está muy bien.

—¿Ah, sí? —dijo Staines, sonriendo—. ¿He aprobado algún tipo de examen?

—Casi. Necesito que me haga un favor. De buena fe... y en sus propios términos.

Mire.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una pepita, más o menos del tamaño de un purito. La puso en alto para que atrapase la luz.

—Bonita, ¿eh?

—Muy bonita —dijo Staines, pero había dejado de sonreír.

El hombre siguió hablando.

—La cogí en el valle Clutha. Por el camino de Otago. Hace un mes, dos quizá, que la llevo encima, pero quiero convertirla en tierra, ¿sabe? Le tengo el ojo echado a un terreno, pero el administrador de fincas se niega a tocar nada que no sea papel moneda. He aquí el problema. Me han robado. No tengo ninguna prueba de mi identidad. Mis papeles, mi permiso de explotación. Todo ha desaparecido. Así que no puedo depositar esta pepita en el banco.

—Ah.

—Lo que quiero es que me haga un favor. Llévase esta pepita al banco. Diga que es suya, que se la encontró en tierra de la Corona. Cámbiemela por papel moneda. No tardará más de media hora, como mucho. Pídame lo que quiera.

—Ya veo —dijo Staines, indeciso. Vaciló unos instantes—. Estoy seguro de que podría explicar su situación a los tipos de ahí dentro. Podría decirles que le han robado..., igual que me lo ha contado a mí.

—No puedo —dijo el hombre.

—Siempre hay registros. Aunque no tenga sus papeles, dispondrán de otros medios para averiguar quién es. Las noticias de navegación y todo eso.

El hombre negó con la cabeza.

—Mi nombre aparecía en un certificado de Otago y no pasé por la aduana cuando llegué. Aquí no aparezco en ningún registro.

—Vaya —dijo Staines... que empezaba asentirse francamente incómodo.

El hombre dio un paso.

—Lo que le digo es verdad, chaval. La pepita es mía. La cogí en el valle Clutha. Le haré un dibujo del lugar. Le dibujaré un maldito mapa. Es verdad lo que le digo.

Staines volvió a mirar la pepita.

—¿Hay alguien que pueda responder por usted?

—No he ido enseñando esto por ahí —repuso bruscamente el hombre, agitando el puño—. ¿Qué sentido tendría? Ya me han robado una vez; no volverán a robarme. Solo hay una persona en el mundo que haya tocado este pedazo aparte de mí. Una joven llamada Anna Wetherell. Ella respondería de la verdad de lo que estoy diciendo; pero claro, está en Dunedin, y no puedo ponerme a esperar a que llegue el correo.

El nombre de Anna Wetherell no le decía nada a Staines, y se limitó a registrarlo vagamente mientras contemplaba el mejor modo de retirarse. La historia del hombre no era nada convincente (a Staines le parecía obvio que la pepita era robada, y que el ladrón, temiendo que lo atrapasen, intentaba borrar sus huellas utilizando a un tercer

hombre, a fin de convertir las pruebas en dinero en efectivo, no rastreable), y su semblante no inspiraba confianza. Tenía la mirada cansada y enrojecida de un hombre destrozado hace tiempo por la bebida; incluso a varios pasos de distancia, Staines podía oler el alcohol de la víspera en su ropa y en su aliento.

—¿Administrador de fincas, ha dicho? —dijo en un intento de ganar tiempo.

El hombre asintió con la cabeza.

—Hay un terreno que me interesa. Allá por el Arahura. La madera: ese es el negocio. Se acabó para mí eso de buscar oro. Tuve una fortuna y ahora ya no la tengo, y por lo que a mí respecta ahí termina la partida. La madera: eso sí que es un trabajo honrado.

—¿Cómo se llama?

—Crosbie Wells.

Staines hizo una pausa.

—¿Wells?

—Eso es —dijo el hombre. De repente se le torció el gesto—: ¿Y eso a usted qué más le da?

Staines estaba recordando la extraña orden que le había dado Francis Carver en el hotel Hawthorn de la calle George un mes atrás: «Solo durante el día de hoy, me llamo Wells. Francis Wells», había dicho.

—Crosbie Wells —repitió Staines.

—Eso es —dijo Wells, sin cambiar el gesto—. Ni segundo nombre, ni apodo, ni alias; el viejo Crosbie Wells a secas desde el día en que nació. No lo puedo demostrar, claro. No puedo demostrar ni una maldita cosa sin mis papeles.

Staines titubeó de nuevo. Al cabo de un momento extendió la mano y se presentó.

—Emery Staines.

Wells se pasó la pepita a la otra mano, y chocaron los cinco.

—¿Me dice cuánto quiere, señor Staines? Le quedaría muy agradecido.

—Escuche —dijo de repente Staines—. ¿No conocerá... es decir, disculpe, pero... no conocerá por casualidad a un hombre llamado Francis Carver?

Y es que aún no sabía toda la historia de lo que había sucedido la víspera de su partida de Dunedin: adónde había ido Carver aquella tarde; por qué había decidido asumir un alias; por qué había concedido tanta importancia a un pequeño baúl que no contenía más que cinco vestidos del montón.

Wells se había puesto tenso.

—¿Por qué? —preguntó, con voz repentinamente dura.

—Lo siento, lo siento. Puede que no tenga importancia. Solo lo pregunto porque..., bueno, hará más o menos un mes, un hombre llamado Carver utilizó su apellido, solo durante una tarde, y no llegó a decirme por qué ni para qué.

Las manos de Wells se habían convertido en puños.

—¿Qué tiene que ver Carver con usted?

—No lo conozco muy bien —dijo Staines, dando un paso atrás—. Me dio dinero,

nada más.

—¿Dinero? ¿Cuánto?

—Ocho libras.

—¿Qué?

—Ocho —repitió Staines, y luego otra vez—: Ocho libras.

Wells se acercó con actitud amenazadora.

—Entonces, ¿es un amigo?

—En absoluto —dijo Staines, reculando de nuevo—. Más adelante me enteré de que había estado preso, de que había cumplido una condena de diez años de trabajos forzados..., pero a esas alturas ya era demasiado tarde; ya había firmado.

—Firmado ¿qué?

—Un acuerdo de aval.

—¿Y firmó en mi nombre!

—No —dijo Staines, levantando las manos—, solo lo utilizó para... su nombre, quiero decir... La verdad es que no sé para qué lo utilizó. Mire, siento muchísimo haberlo angustiado...

—Fue él. Fue él quien se llevó mis papeles. Me estafó una pila de oro puro. Puso a mi propia mujer en mi contra. Se apoderó de mi nombre y de mi dinero y trató de quitarme la vida..., aunque parece que esto último no le salió bien, ¿verdad? Huí. Sigo aquí. Trabajando por una miseria, con una mano delante y otra detrás, con la cabeza gacha y mirando por encima de mi hombro cada dos segundos, como para volverse loco. Esto es lo único que me queda —dijo blandiendo la pepita.

—¿Por qué no hace que caiga sobre él el peso de la justicia? Suena a que dispone de pruebas sobradas.

Wells no replicó en el acto.

—¿Dónde está? —dijo al cabo de un rato.

—Creo que sigue en Dunedin.

—¿Está usted seguro?

—Por lo que yo sé, sí. Tengo su dirección; he de escribirle tan pronto como inicie mi primera aventura empresarial.

—Así que es usted su socio. —Wells escupió la palabra.

—No; le estoy agradecido, nada más. Me dio ocho libras, y yo, a cambio, tengo que hacer una inversión para él.

—Es usted su socio. Trabaja con él.

—Mire, señor Wells —dijo Staines, de nuevo alarmado—, sea lo que sea lo que le haya podido hacer el señor Carver, y sean cuales sean sus razones, yo no sé nada. De verdad. Vaya, si hubiese sabido algo, no le habría mencionado su nombre ahora mismo, ¿no cree? Habría mantenido la boca cerrada.

Wells no dijo nada. Se miraron fijamente, cada uno escudriñando la expresión del otro.

—Lo haré. Llevaré su pepita al banco —dijo Staines.

MARTE EN CÁNCER

En el que Carver inicia su búsqueda de Crosbie Wells, Edgar Clinch ofrece sus servicios y Anna Wetherell se afianza en su propósito

El *Godspeed* cruzó la barra de Hokitika cuando más alta estaba la marea. El capitán Carver tardó casi una hora en sortear el tráfico de la desembocadura del río, ya que varias embarcaciones estaban zarpando y se vio obligado a esperar una señal del muelle Gibson antes de iniciar la aproximación al embarcadero; Anna Wetherell, sola en la cubierta, tuvo tiempo de sobra para formarse una opinión del paisaje. Hokitika era más pequeña de lo que había previsto, y estaba mucho más desprotegida. En comparación con la ciudad de Dunedin, que estaba remetida en el largo brazo del puerto de Otago y rodeada por todas partes de colinas, la cercanía de Hokitika con el océano casi daba miedo. A sus ojos, los edificios tenían un aspecto lúgubre y desolado, cierto aire miserable debido al empavesado rojo y amarillo, cuyas cuerdas se cruzaban entre los tejados y los toldos de los hoteles de la zona portuaria.

De repente, un sonido metálico desvió su atención hacia el puerto, donde había un hombre pelirrojo con bigote en medio del embarcadero, sacudiendo una campanilla de latón y gritando al viento. Era evidente que estaba anunciando algo, pero su letanía de recomendaciones apenas se oía bajo el repique de la campanilla, que tenía una abertura tan grande como para dar cabida a una hogaza, y un badajo tan grueso y pesado como un lingote de oro. Producía un sonido lacerante, inexorable, amortiguado por la distancia y por el viento.

La travesía desde Dunedin había sido el primer viaje del *Godspeed* bajo las órdenes de Francis Carver, que se había quedado tan incapacitado a causa de las múltiples lesiones sufridas la noche del 12 de mayo que al día siguiente no pudo llegar a tiempo para zarpar en el *Godspeed* rumbo a Melbourne; no había podido, en consecuencia, informar al capitán Raxworthy de que el barco había cambiado de dueño. Raxworthy era por naturaleza puntual, y no estaba dispuesto a que la partida del bricbarca se retrasase por la impuntualidad de un tripulante: había zarpado a la hora prevista a pesar del intenso dolor de cabeza que padecía, y después de que el *Godspeed* levase anclas en Port Chalmers, Carver no tuvo más remedio que esperar a su regreso. Las cuatro semanas siguientes las pasó convaleciente, atendido por una angustiada señora Wells que no lograba contemplar su rostro desfigurado sin desesperarse. Le habían cosido la herida, y más adelante le habían quitado los puntos: ahora formaba un feo verdugón rosáceo, grueso como un pedazo de sisal y fruncido

en los dos extremos. Se tocaba a menudo la cicatriz con las yemas de los dedos, y le había dado por cubrirsela con la mano cuando hablaba.

Cuando el *Godspeed* volvió de Port Phillip el 14 de junio, Carver se reunió con James Raxworthy para informarle de que su cargo de capitán había llegado a su fin. El bricbarca había sido vendido sin su conocimiento, y por orden del nuevo dueño del barco, un tal señor Wells, el propio Carver había sido ascendido a la capitania, honor este que le daba licencia para disolver la tripulación de Raxworthy y reunir la suya propia. El encuentro de Carver con su antiguo capitán fue largo, y nada cordial; las relaciones se tensaron aún más cuando Carver descubrió que cierto artículo había sido suprimido del inventario del *Godspeed* hacía un mes. Pidió explicaciones a Raxworthy, que se limitó a encogerse de hombros: a su juicio, el traslado del baúl no había infringido norma ni protocolo alguno. La furia de Carver mudó en angustia. Se dirigió a la aduana, a todas las agencias navieras del muelle y a todas las fonduchas del barrio de los marineros. Sus indagaciones no dieron fruto. Esa misma tarde, mientras leía atentamente las noticias de navegación del *Otago Witness*, descubrió que, además del *Godspeed*, el 13 de mayo solamente había zarpado un barco de Port Chalmers: la goleta *Blanche*, con rumbo a Hokitika.

—Ni siquiera puede decirse que sea una pista —le dijo a la señora Wells—, pero no soporto no hacer nada. Como no haga nada me volveré loco. Todavía tengo su partida de nacimiento, al fin y al cabo... y el permiso de explotación. Diré que me llamo Crosbie Wells, y diré que he perdido un cajón de mercancías. Ofreceré una recompensa a quien me lo devuelva.

—Pero ¿qué me dices de Crosbie? Existe la posibilidad...

—Si lo veo, lo mataré —dijo Carver.

—Francis...

—Lo mataré.

—Seguro que cuenta con que vas a ir a buscarlo. No va a permitir que lo pilles desprevenido por segunda vez.

—Ni yo tampoco.

El día anterior a la salida del *Godspeed*, Anna Wetherell fue llamada al salón de abajo, donde se encontró a la señora Wells esperándola.

—Ahora que el señor Carver se ha recuperado —dijo la señora Wells—, puedo centrarme en cuestiones menos apremiantes, como la cuestión de tu futuro. No puedes permanecer en mi casa ni un segundo más, y conoces bien la razón.

—Sí, señora —susurró Anna.

—Podría haber hecho la vista gorda a tu traición y haber sufrido en silencio, como corresponde a las mujeres; la agresión sufrida por el señor Carver, sin embargo, no la puedo pasar por alto. Tu alianza con mi esposo ha excedido los límites de la infamia para entrar en la esfera del mal. El señor Carver ha quedado desfigurado para siempre. De hecho, tuvo suerte al conservar la vida, dada la gravedad de las lesiones. Esa cicatriz lo acompañará el resto de sus días.

—Yo estaba dormida —dijo Anna—. No vi nada.

—¿Dónde está el señor Wells?

—No lo sé.

—¿Me estás diciendo la verdad, señorita Wetherell?

—Sí. Lo juro.

La señora Wells se irguió.

—El señor Carver zarpa hacia la Costa Occidental mañana, como sabes —dijo, cambiando de tema—, y resulta que tengo un conocido en Hokitika. Se llama Dick Mannering. Te instalará en Hokitika como juzgue conveniente: pasarás a vivir en la estela de los campamentos auríferos, como era tu intención inicial, y no nos volveremos a encontrar jamás. Me he tomado la libertad de costear todos tus gastos de los dos últimos meses, y de pasarle a él la deuda. Veo que te sorprendes. Lo mismo te piensas que el licor nace de los árboles. ¿Piensas que el licor nace de los árboles?

—No, señora.

—Entonces no te sorprenderá saber que tu hábito de beber a solas me ha costado algo más que unos pocos peniques este último mes.

—No, señora.

—Es evidente que no eres tan estúpida como malvada —dijo la señora Wells—, aunque dada la dimensión y el grado de tu maldad, esto apenas supone un éxito intelectual. El señor Mannering, te informo, está soltero, de modo que no hay peligro de que vayas a deshonar su hogar como has hecho con el mío.

Anna se atragantó; era incapaz de hablar. Cuando la señora Wells la despachó, se fue corriendo al tocador, se dirigió a su cómoda, sacó el tapón de la licorera de whisky con láudano y se puso a beber a morro: dos tragos desesperados y miserables. Después se arrojó sobre la cama y sollozó hasta que el opiáceo hizo efecto.

Anna sabía muy bien lo que la esperaba en Hokitika, pero su culpa y su remordimiento eran tales que se había fortalecido contra cualquier destino inminente, como un cuerpo que se enfrenta al viento. Podría haber objetado a todos o a cualquiera de los planes de la señora Wells; podría haber huido en mitad de la noche; podría haber hecho sus propios planes. Pero ya no albergaba ninguna duda sobre su estado, y sabía que no tardaría mucho en notarse. Tenía que abandonar la casa de la señora Wells lo antes posible, antes de que la otra mujer adivinase su secreto, y lo haría por cualquier medio que estuviese a su alcance.

Una gaviota recorrió el muelle Gibson con un vuelo rasante y largo; al llegar a la lengua se dio la vuelta y se encaramó a la corriente ascendente, trazando un círculo para hacer una nueva pasada. Anna se ciñó el chal a los hombros. A estas alturas, el *Godspeed* ya había recibido autorización para levar el ancla. Habían echado un cabo a tierra, y las velas habían sido aferradas y arrizadas siguiendo las órdenes de Carver; lentamente, el bricbarca fue entrando en el embarcadero. Una pequeña multitud de estibadores se había reunido para ayudar, y Anna, parpadeando de repente, vio que varios estaban señalándola y tapándose la boca como si cuchicheasen. Al ver que los

estaba mirando, se quitaron los sombreros, hicieron una reverencia y se rieron, a la vez que se subían los pantalones tirando de la hebilla del cinturón. Anna se sonrojó. Súbitamente infeliz, cruzó la cubierta hasta la barandilla de estribor, la agarró con ambas manos y, respirando profundamente, se quedó mirando, más allá del alto saliente de la lengua, las olas rompientes que lanzaban una fina neblina blanca, empañando la línea del horizonte. Allí se quedó hasta que Carver, pronunciando su nombre con un tono seco, le pidió que descendiese al muelle; un tal Edgar Clinch, propietario suplente del hotel Gridiron, le había hecho una oferta de alojamiento, que Carver había aceptado en su nombre.

TE-RA-O-TAINUI

En el que Crosbie Wells se dirige hacia el valle Arahura y el vapor Titania naufraga en la barra

La pepita de Wells, depositada en el banco por Staines, alcanzó un precio de más de cien libras en efectivo. Mientras el comprador finalizaba su valoración y el bancario tomaba notas, fueron muchos los que interrogaron a Staines sobre el origen de la pepita. Fue dando respuestas vagas, agitando la mano más o menos hacia el este y mencionando puntos de referencia generales como «una hondonada» y «un cerro», pero sus intentos de restar importancia al hallazgo fueron infructuosos. Cuando se escribió el valor de la pepita en la pizarra que había sobre el escritorio del comprador, el bancario inició una salva de aplausos, y los mineros corearon su nombre.

—Si quiere, podemos hacer una copia antes de fundirla —dijo el bancario, Frost, mientras Staines procedía a marcharse—. Podría pintarla de color oro y quedársela... o enviársela a algún amorcito que tenga en casa, como prenda. Es una pieza magnífica.

—No necesito una réplica. Gracias, de todos modos.

—Quizá quiera recordarlo: su día más afortunado.

—Espero que mi día más afortunado aún esté por llegar —dijo Staines... provocando otra salva de aplausos, más admiración y un buen puñado de propuestas para asociarse. Para cuando se hubo zafado de la multitud y hubo salido de nuevo, sentía algo más que un ligero enfado.

—Me han proclamado el hombre más afortunado de Hokitika —dijo, entregándole su sobre a Crosbie Wells—. Me han aconsejado que no deje escapar mi suerte, que comparta mi suerte, que confiese el secreto de mi suerte y no sé cuántas cosas más. Sospecho que la historia que me contó no era del todo cierta, señor Wells; simplemente, usted sabía lo que le podía pasar a un hombre que fuera lo bastante necio como para entrar a estas horas en el Banco de la Reserva con una pepita de semejante tamaño.

Wells estaba sonriendo de oreja a oreja.

—El hombre más afortunado de Hokitika. Menudas expectativas. Confío en que esté usted a la altura.

—Se hará lo que se pueda —dijo el muchacho.

—En fin, le estoy muy agradecido —dijo Wells, que pasó los billetes rápidamente y se metió a continuación el sobre en el chaleco—. Tengo pensado comprar en el

valle Arahura. A unas diez millas hacia el norte. El río cruza la playa..., no le puede pasar desapercibido. Será usted bienvenido en cualquier momento, y por cualquier motivo.

—Lo recordaré.

Wells hizo una pausa.

—Todavía no se cree del todo mi historia, ¿verdad que no, señor Staines?

—Me temo que no, señor Wells.

—A ver si se va a ir de la lengua con su amigo Carver.

—Carver no es mi amigo.

—Pero lo mismo deja caer mi nombre. Una mención de pasada, solo para ver qué pasa.

—No lo haré.

—Sería prácticamente un asesinato, señor Staines. Tiene una cuenta pendiente. Quiere verme muerto.

—Sé guardar un secreto. No se lo contaré a nadie.

—Lo creo —dijo Wells. Alargó la mano—. Buena suerte.

—Sí, buena suerte.

—Puede que lo vea.

—Puede que sí.

Staines permaneció en los escalones del Banco de la Reserva durante un buen rato después de que Crosbie Wells enfilase la calle. Vio cómo se abría paso entre la muchedumbre hacia la oficina del administrador de fincas; una vez allí, subió los escalones, se quitó el sombrero y entró sin mirar atrás. Transcurrieron quince minutos. Staines apoyó los codos en la barandilla, y siguió mirando.

—¡Naufragio..., naufragio! ¡Naufragio en la barra...!

Staines vio acercarse al pregonero.

—¿Cómo se llama el barco? —le gritó.

—*Titania*. Un vapor. Ha encallado.

Staines jamás había oído hablar del *Titania*.

—¿De dónde venía?

—De Dunedin, vía Auckland —replicó el pregonero. Al ver que Staines asentía, como despachándolo, prosiguió—: ¡Naufragio, naufragio! ¡Naufragio en la barra...!

Por fin, la puerta de la oficina de administración de fincas se abrió, y salieron dos hombres: Crosbie Wells y un segundo hombre, probablemente un administrador, que se estaba poniendo las mangas del abrigo. Estuvieron unos minutos hablando en el porche; al rato, un pequeño cabriolé de dos caballos se acercó por un lado del edificio, y se detuvo a coger a Wells y al administrador. Una vez sentados y cerradas las puertas, el conductor dijo algo a los caballos y el pequeño vehículo se alejó traqueteando hacia el norte.

DIGNIDAD ACCIDENTAL

En el que dos conocidos casuales se reúnen nuevamente y a Edgar Clinch no le hace ninguna gracia

El señor Edgar Clinch resultó ser un guía solícito y concienzudo a la vez. Durante el breve paseo desde el muelle Gibson no paró de comentar con todo lujo de detalles cada cosa que se iban encontrando: cada escaparate, cada almacén, cada vendedor ambulante, cada caballo, cada calesa, cada cartel. Las respuestas de Anna fueron escasas, y apenas audibles; sin embargo, cuando se hallaban casi a la altura del Banco de la Reserva, la joven interrumpió su cháchara con una súbita exclamación de sorpresa.

—¿Qué sucede? —dijo Clinch, alarmado.

Apoyado en la barandilla del porche estaba el muchacho de cabellos dorados del *Fortunate Wind*... contemplándola con una expresión asimismo incrédula.

—¡Es usted! —exclamó.

—Sí —dijo Anna—. Sí.

—¡Los albatros!

—Me acuerdo.

Se miraron tímidamente.

—Qué bien volver a verlo —dijo Anna al cabo de un momento.

—Esto sí que es una casualidad afortunada —dijo el muchacho, descendiendo los escalones de la calle—. Quién lo iba a decir... ¡nos encontramos por segunda vez! Claro que lo deseaba, y mucho..., pero eran deseos vanos; de esos que se formulan en estados crepusculares, ya sabe, ociosamente. Recuerdo lo que dijo cuando doblamos los espigones del puerto con la luz del alba. «Me gustaría verlo en medio de una tormenta», dijo. Desde entonces he pensado en ello muchas veces; fue un discurso deliciosamente original.

Anna se sonrojó. No solo era la primera vez que alguien la consideraba original, sino que ni siquiera se le había pasado nunca por la cabeza que sus palabras pudieran calificarse de «discurso».

—Solo fue una fantasía.

Clinch estaba esperando a que lo presentasen; carraspeó.

—¿Lleva mucho tiempo en Hokitika? —preguntó el muchacho.

—He llegado esta mañana. Ahora mismo, de hecho..., no hace ni una hora que echamos el ancla.

—¡Tan poco! —El muchacho pareció asombrarse todavía más, como si el hecho de que su llegada fuese tan reciente dotase a su azarosa reunión de un carácter aún más extraordinario.

—¿Y usted? ¿Lleva aquí mucho tiempo?

—Hace más de un mes que estoy aquí. —De repente, una sonrisa radiante asomó al rostro del muchacho—. Cuánto me alegro de verla..., qué maravilla. Hacía siglos que no veía una cara conocida.

—¿Es usted... miembro del campamento? —dijo Anna, sonrojándose de nuevo.

—Sí; he venido a hacer fortuna, o, al menos, a toparme con ella: confieso que no llego a entender del todo la diferencia. ¡Ay! —Se quitó bruscamente el sombrero—. ¡Menuda insolencia la mía! No me he presentado. Me llamo Staines. Emery Staines.

Clinch aprovechó la oportunidad para intervenir.

—Y ¿qué le parece Hokitika, señor Staines?

—Me gusta mucho, muchísimo —replicó el muchacho—. ¡Es todo un hervidero de contradicciones! Hay un periódico, pero no hay un café adonde ir a leerlo; hay un boticario que da las recetas, pero no hay modo de encontrar un médico, y el hospital apenas si merece tal nombre. El comercio siempre se queda sin botas o sin calcetines, pero nunca sin los dos a la vez, y los hoteles solo sirven el desayuno, ¡aunque, eso sí, a todas las horas del día!

Anna estaba sonriendo. Abrió la boca para responder, pero Clinch se le adelantó.

—El Gridiron sirve cenas calientes —dijo—. Tenemos un plato de tres peniques y otro de seis..., y el de seis va con cerveza.

—¿Cuál es el Gridiron? —preguntó Staines.

—El de la calle Revell —dijo Clinch, como si bastase con esta referencia para indicar la dirección.

Staines se volvió hacia Anna.

—¿Cómo es que ha venido a la Costa? ¿Ha venido a petición de alguien? ¿Piensa ganarse aquí la vida? ¿Piensa quedarse?

Anna no quería decir el nombre de Mannering.

—Mi intención es quedarme —dijo con cautela—. Me voy a alojar en el hotel Gridiron, en respuesta a la amable solicitud del señor Clinch.

—Ese soy yo. —Clinch ofreció su mano—. Clinch. Mi nombre de pila es Edgar.

—Encantado de conocerlo —dijo Staines, estrechándole brevemente la mano; después, dirigiéndose a Anna, dijo—: Todavía no sé su nombre..., pero quizá sea mejor que no se lo pregunte por ahora. ¿Le importaría mantenerlo en secreto... y así tendré que hacer averiguaciones y localizarla?

—Se llama Anna Wetherell —dijo Clinch.

—Ah —dijo el muchacho. Su expresión había cedido paso al puro asombro; estaba mirando a Anna con mucha curiosidad, como si su nombre tuviese una importancia que, por alguna razón, era incapaz de pronunciar en voz alta.

—Deberíamos empezar a irnos —dijo Clinch.

Staines se apartó al instante.

—Ah, sí, claro. Deberían empezar a irse. Muy buenos días a los dos.

—Me ha alegrado mucho volver a verlo —dijo Anna.

—¿Puedo hacerle una visita? —dijo Staines—. ¿Cuándo ya se haya instalado?

Anna se sorprendió, y se lo agradeció; podría haber dicho más cosas, pero Clinch ya estaba tirando de ella, asiéndole la mano con la que iba agarrada a su brazo y acercándosela, con firmeza, al pecho.

ARIES, REGIDO POR MARTE

En el que Francis Carver pide información a Te Rau Tauwhare, pero Tauwhare, como aún no ha conocido al tal Crosbie Wells, no puede ayudarlo

El hombre maorí llevaba un garrote de piedra verde a la cadera, encajado en su cinturón al modo en que otro llevaría una fusta o una pistola. El garrote estaba tallado en forma de remo, y bien bruñido: la piedra tenía vetas de un verde oliva, entreveradas de ráfagas amarillas, como pequeñas guirnaldas de *kowhai* fundidas y luego prensadas en un cristal.

Carver, una vez entregado su mensaje, estaba a punto de despedirse cuando la piedra atrapó la luz y pareció que se iluminaba más.

—¿Qué es eso? ¿Un remo? —preguntó con curiosidad al tiempo que la señalaba.

—*Patu pounamu* —contestó Tauwhare.

—Déjeme verlo —dijo Carver, alargando la mano—. Déjeme cogerlo.

Tauwhare se quitó el garrote del cinturón, pero no se lo entregó al otro hombre. Se quedó muy quieto, mirando fijamente a Carver y cogiendo el garrote sin apretar, y entonces, de repente, dio un salto adelante e hizo como que le asestaba un golpe a Carver en la garganta, y después en el pecho; por último, levantó el garrote por encima del hombro y lo bajó muy lentamente, deteniéndose justo antes de que el arma hiciera contacto con la sien de Carver.

—Más duro que el acero —dijo.

—¿De veras? —Carver ni se había inmutado—. ¿Es más duro que el acero?

Tauwhare se encogió de hombros. Dio un paso atrás y volvió a encajar el garrote en su cinturón; permaneció un buen rato evaluando a Carver, la barbilla subida, la mandíbula tensa, y después sonrió fríamente y se dio media vuelta.

SOL EN GÉMINIS

En el que Benjamin Löwenthal percibe un error y Staines obedece a un capricho

—Menuda lata —dijo Löwenthal. Estaba mirando la caja de tipos con cara de pocos amigos, leyendo el texto de derecha a izquierda y al revés, pues el tipo estaba a la vez reflejado e invertido—. Me queda una viuda.

—¿Una qué? —dijo Staines, que acababa de entrar en la tienda.

—Se llaman viudas. Es un término tipográfico. Me sobra una palabra en la columna; cuando la palabra queda colgando, se dice que es una viuda. Vaya lata, vaya lata. Con las prisas de esta mañana, he dejado que un hombre pague un anuncio de dos pulgadas sin contar los caracteres, y ahora resulta que su notificación no cabe en el recuadro. ¡Ay! Mejor que lo deje y lo retome más adelante con la mirada fresca: no puedes hacer otra cosa cuando estás metido en un brete. ¿En qué puedo ayudarlo, señor Staines? —Löwenthal apartó la caja de tipos y, sonriendo, cogió un trapo para quitarse la tinta de los dedos.

Staines explicó que esa misma mañana había ido al banco a cambiar sus rentas por dinero en efectivo.

—Estaba pensando en invertir en una concesión, pero no quiero hacerlo..., por ahora, no. Sigo..., en fin, sigo indeciso con respecto a varias cosas. Me gustaría saber qué oferta hay en el campamento. Hoteles, comedores, almacenes, tiendas..., todo lo que esté en venta.

—Por supuesto. —Löwenthal se acercó al armario, abrió el cajón de arriba y se puso a revisar los archivadores; al rato sacó un papelito y se lo entregó a Staines—. Tome.

Staines echó un vistazo al documento. Cuando llegó al final de la lista, su expresión se relajó ligeramente; sorprendido, alzó la vista.

—El Gridiron —dijo.

Löwenthal extendió los brazos.

—Es un negocio tan bueno como otro cualquiera. El señor Maxwell es el actual propietario; el señor Clinch, el propietario en funciones. Los dos son buenas personas.

—Me lo quedo.

—¿Cómo? ¿Debo informar al señor Maxwell de que se lo va a pensar?

—No quiero pensármelo —dijo Staines—. Quiero comprarlo en su totalidad... y en el acto.

ESCORPIO, REGIDO POR MARTE

En el que Francis Carver conoce a alguien en el hotel Imperial

Carver albergaba pocas esperanzas de que la notificación que había publicado esa mañana en el *West Coast Times* diese sus frutos. Dudaba de que nadie fuera tan necio como para entregar un baúl perdido sin abrirlo, menos aún considerando que se ofrecía una recompensa de cincuenta libras por su devolución. Lo mejor que le cabía esperar era que alguien abriese el baúl, rebuscase entre su contenido y presumiese que los vestidos tenían un valor meramente sentimental, en cuyo caso —siempre y cuando la persona que se los encontrase hubiese leído el *Times* y supiese de la recompensa ofrecida— quizá los entregaría; pero esta contingencia, a su vez poco probable, ¡dependía de la contingencia aún menos probable de que el baúl se hubiese enviado, entre todos los posibles destinos del mundo, a West Canterbury! No, el hecho de que hubiese desaparecido de la bodega del *Godspeed* la noche del 12 de mayo solo podía significar una cosa: alguien debía de estar informado de la descomunal fortuna que contenía el baúl. Difícilmente iba nadie a retirarlo en el último momento para expedirlo a la buena de Dios a otro lugar. De haber sido Crosbie Wells el que hubiese retirado el baúl en el último momento —el supuesto, con diferencia, más probable—, seguro que habría abandonado el país cuanto antes, utilizando el oro para sobornar a los oficiales de aduanas o, quizá, pagando a otro hombre para utilizar sus papeles o su nombre. La fortuna había desaparecido para siempre. Carver blasfemó en voz alta, y, para subrayar su frustración, dio un golpetazo sobre la mesa con el vaso.

—Amén —dijo el hombre que tenía más cerca.

Carver se dio la vuelta para fulminarlo con la mirada, pero el hombre estaba haciendo señas para llamar al camarero.

—Sirve otro trago a ese hombre —dijo—. Los dos nos tomaremos otro. A mi cuenta.

El camarero destapó la botella de brandy y volvió a llenar el vaso de Carver.

—Me llamo Pritchard —dijo el hombre, observando mientras el camarero servía. Carver lo miró.

—Carver —dijo.

—Debe de ser marinero. Tiene sal en la chaqueta.

—Capitán.

—Capitán —repitió Pritchard—. En fin, bien por usted. Yo nunca he soportado el

mar. De lo contrario, podría haber vuelto a casa; pero solo pensar en la travesía me echa para atrás. Prefiero morir aquí que volver a pasar por eso. El culo del mundo, ¿no cree?

Carver soltó un gruñido, y ambos bebieron.

—Conque capitán —dijo al rato Pritchard—. Eso está bien.

—¿Y usted?

—Boticario.

Carver se sorprendió.

—¿Boticario?

—El único del lugar. Un auténtico precedente, eso es lo que soy.

Permanecieron un buen rato en silencio. Cuando sus vasos se vaciaron, Pritchard llamó otra vez al camarero, que se los llenó como antes. De pronto Carver se volvió hacia el boticario.

—¿Qué tipo de opio tiene? ¿Dispone de reservas?

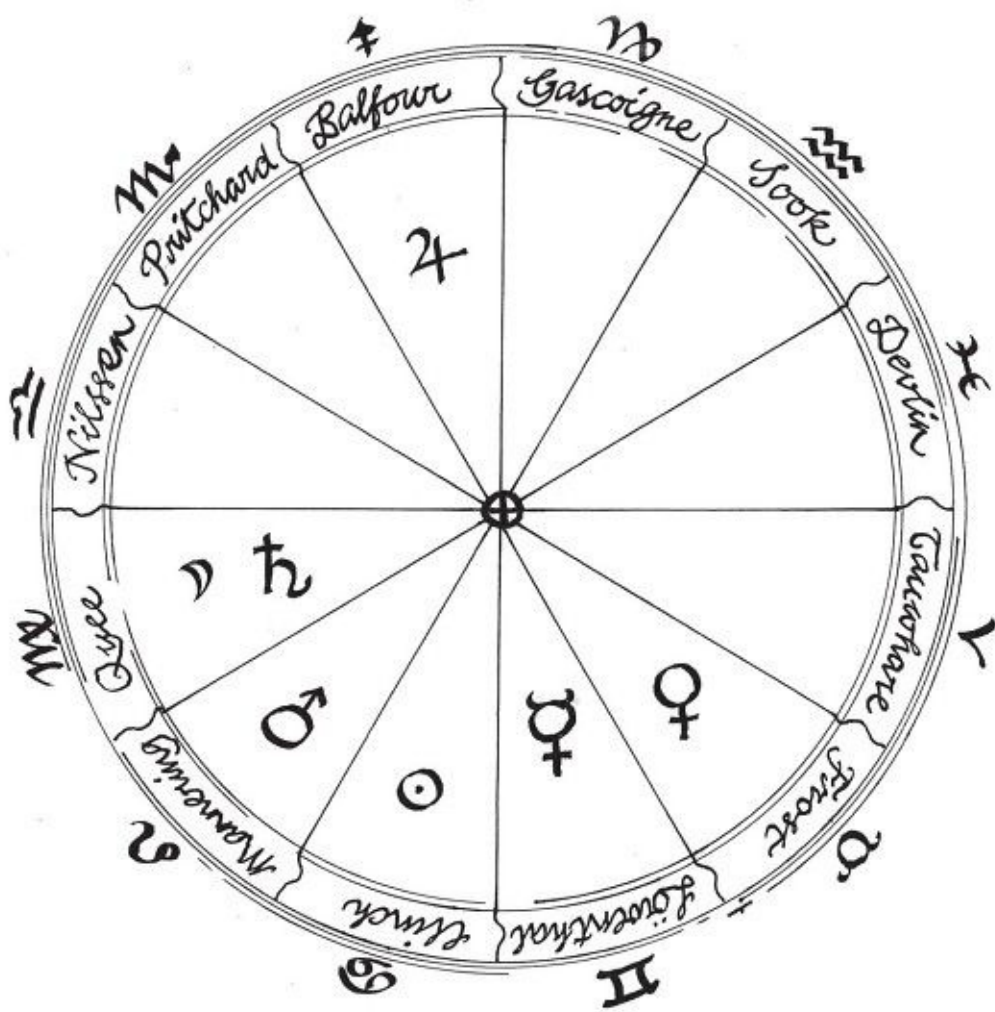
—Me temo que no puedo ayudarlo —dijo Pritchard, sacudiendo la cabeza—. Tintura nada más; es lo único que tengo, y de mala calidad. Menos cargada que el whisky, y el dolor de cabeza es el doble. No encontrará nada al sur del Grey. Si tiene verdaderas ansias, no encontrará nada. Vaya al norte.

—Mi intención no es comprarlo —dijo Carver.

Séptima parte
Domicilio

28 de julio de 1865

42° 43' 0" S / 170° 58' 0" E



CÁNCER Y LA LUNA

En el que Edgar Clinch intenta ejercer su autoridad, habiendo deducido que el reciente deterioro de la salud de Anna se debe en gran medida a una nueva dependencia suministrada y fomentada por su patrón, Mannering, y Anna Wetherell, cuya terquedad no le va a la zaga a la de Clinch, no se lo consiente

—No tengo nada en contra de los chinos —dijo Clinch—. Simplemente, no me gusta el cariz que tiene, nada más.

—¿Y qué más da lo que parezca?

—Me da mala espina. A eso me refería. La situación me da mala espina.

Anna se alisó el vestido: muselina con falda color crema y busto de ganchillo, uno de los cinco que había comprado a los vendedores de salvamento después de que naufragase el *Titania* unas semanas antes. Dos de los vestidos estaban salpicados de un moho negro, ese moho que por mucho que se lave no hay modo de quitarlo. Pesaban mucho y los corsés estaban muy reforzados, detalles estos que le hicieron suponer que eran reliquias de una época muy pretérita y estricta. El hombre del salvamento, mientras envolvía la compra con papel, le había informado de que, cosa rara, el *Titania* no llevaba ni una sola pasajera el día en que encalló; todavía más raro, nadie se había presentado a reclamar este baúl en concreto después de que el cargamento hubiese sido recuperado del naufragio. Al parecer, ninguna de las agencias navieras sabía nada de él. El conocimiento de embarque había quedado ilegible por efecto del agua salada, y en la lista del registro no figuraba su nombre. Era todo un misterio, concluyó el hombre del salvamento. Esperaba que al ponérselos no se metiera en ninguna situación delicada o difícil.

Clinch insistió.

—¿Cómo vas a andarte con ojo cuando estás bajo los efectos? ¿Cómo te vas a defender, si..., si..., en fin, si te topas con... con alguna adversidad?

Anna suspiró.

—Eso a ti no te incumbe.

—Sí me incumbe, porque veo más claro que el agua que se aprovecha de ti, y que te utiliza para malos fines.

—Siempre me sacará ventaja, señor Clinch.

Clinch empezaba a disgustarse.

—¿De dónde viene? ¿De dónde viene tu sed? ¡Respóndeme a eso! ¿Cogiste una pipa, sin más, y con eso bastó? ¿Por qué lo hiciste, si no te obligó el propio señor Mannering? Él sabe bien cómo quiere que estés: sin espacio para moverte, así es

como te quiere. ¿Qué te crees, que nunca he visto este método? Las demás chicas ni lo tocan. Él lo sabe. Pero lo intentó contigo. Te tendió una trampa. Él te llevó hasta allí.

—Edgar...

—¿Qué? —interrumpió Clinch—. ¿Qué?

—Déjame, por favor —dijo Anna—. No lo soporto.

EL SOL DE LEO

En el que Emery Staines disfruta de un largo almuerzo con el magnate Mannering, quien, durante el último mes, ha hecho serios esfuerzos por procurar su amistad, comportándose, cual es su gusto, con arrogancia, como si todos los triunfos de los yacimientos auríferos se debieran a él, y solo él pudiera elogiarlos

—Usted es un hombre que luce su éxito, señor Staines —dijo Mannering—. Es un uniforme que me gusta.

—Me temo que mi suerte se ha exagerado en demasía.

—Es usted la modestia en persona. La pepita esa fue un hallazgo de padre y muy señor mío. Vi el informe del bancario. ¿Qué cotizó..., cien libras?

—Más o menos —dijo Staines, incómodo.

—¡Y dijo que la cogió en el desfiladero!

—Cerca del desfiladero —lo corrigió Staines—. No recuerdo exactamente dónde.

—Bueno, pues fue una suerte inmensa, viniera de donde viniera. ¿Se va a acabar estos mejillones o pasamos al queso?

—Pasemos.

—¡Cien libras! —dijo Mannering, haciendo señas al camarero para que viniese a retirar los platos—. Es una cantidad muy superior al precio del hotel Gridiron, pagara usted lo que pagase por la propiedad absoluta. ¿Cuánto pagó?

Staines se estremeció.

—¿Por el Gridiron?

—Veinte libras, ¿no?

Le costó disimular.

—Veinticinco.

Mannering dio un manotazo en la mesa.

—¿Lo ve? Está usted sentado sobre un montón de pasta y no se ha gastado ni un penique en cuatro semanas. ¿Por qué? ¿Qué es lo que no está contando?

Staines no respondió en el acto.

—Siempre he pensado que hay una gran diferencia entre guardar un secreto propio y guardarle un secreto a otra persona; tanto, que desearía que tuviésemos dos palabras, es decir, una palabra para un secreto del que uno es autor y otra palabra para un secreto del que no lo es, y que quizá no quería saber pero que, aun así, ha decidido guardar. A mi juicio, lo mismo ocurre con el amor: hay una diferencia abismal entre el amor que uno da —o quiere dar— y el amor que uno desea, o que recibe.

Permanecieron unos instantes en silencio.

—Lo que me está diciendo es que hay algo más —dijo Mannering bruscamente.
—Siempre hay algo más que la suerte —sentenció Staines.

ACUARIO Y SATURNO

En el que Sook Yongsheng, habiéndose instalado recientemente en el Barrio Chino de Kaniere, viaja hasta Hokitika para abastecerse de diversos artículos de ferretería, y allí es observado por el alcaide George Shepard, al que conoce en su condición de hermano del hombre de cuyo asesinato fue acusado, y también, de marido de la auténtica asesina de ese hombre, Margaret

Margaret Shepard estaba en la entrada de la ferretería, esperando a que su marido terminase de comprar y pagase; no podía ver a Sook Yongsheng, pues, a pesar de que no mediaban ni ocho pies entre ambos, la vitrina de los textiles lo tapaba. Pero Shepard, al doblar por uno de los lados de la vitrina, fue el primero que lo vio. Se paró en seco, y su expresión se endureció.

—Margaret —dijo con un tono de lo más normal.

—¿Señor? —susurró ella.

—Vuelve al campamento —ordenó Shepard, sin quitarle los ojos de encima a Sook Yongsheng—. Inmediatamente.

Margaret Shepard no preguntó por qué; sin decir nada, se dio la vuelta y salió corriendo. Cuando la puerta se hubo cerrado de golpe, la mano derecha de Shepard se desplazó, muy lentamente, hacia su pistolera. En la mano izquierda tenía una bolsa con un rollo de papel, dos bisagras, un ovillo de bramante y una caja de clavos de cabeza plana. Sook Yongsheng estaba arrodillado junto a los botes de parafina, haciendo una especie de cálculo con los dedos; había dejado sus paquetes a su lado, en el suelo.

Shepard advirtió, vagamente, que la atmósfera de la tienda se había vuelto muy silenciosa.

—¿Algún problema, señor? —oyó que alguien preguntaba por detrás.

Shepard no respondió en el acto.

—Me llevo esto.

Levantó la bolsa de papel y esperó. Al cabo de unos instantes oyó susurros y unos pasos vacilantes que se acercaban, y después la misma persona le cogió la bolsa de la mano. Transcurrió casi un minuto. Sook Yongsheng siguió contando; no alzó la mirada.

—Un chelín y seis peniques, señor —escuchó que decía la misma voz, casi en un susurro.

—Cárguelo a la cuenta de la cárcel —dijo Shepard.

EL LARGO REINADO DE JÚPITER

En el que Alistair Lauderback, convencido de que su hermanastro Crosbie Wells es el hermanastro, por parte de madre, del canalla Francis Carver, y convencido, en consecuencia, de que Crosbie Wells fue de alguna manera cómplice del chantaje bajo el cual él, Lauderback, renunció a su querido bricbarca Godspeed, se queda perplejo al recibir una carta con matasellos de Hokitika, cuyo contenido deja claro que su temor había sido de todo punto falso, revelación esta que lo impulsa, tras una larga y solemne meditación, a escribir, a su vez, una carta.

Sería una exageración decir que la reanudada correspondencia del señor Crosbie Wells constituyó el único motivo para que Alistair Lauderback decidiera presentarse como candidato al escaño de Westland en el Parlamento; la carta, empero, sirvió para inclinar la balanza a favor de este distrito. Lauderback la leyó seis veces de cabo a rabo, y después, suspirando, la tiró sobre su escritorio y encendió su pipa.

West Canterbury, junio de 1865

Señor, observará por el matasellos que ya no soy residente de la provincia de Otago sino que «me he liado el petate» como se dice. Seguramente no haya tenido usted ningún motivo para aventurarse por el oeste de las montañas así que le diré que West Canterbury es un mundo aparte de los pastos del sur. La salida del sol por el litoral es una maravilla escarlata y los picos nevados tienen el color del cielo. El monte está húmedo y enmarañado y el agua es muy blanca. Es un lugar solitario pero no silencioso ya que el canto de los pájaros no cesa y es muy agradable por su constancia. Como ya habrá adivinado he dejado atrás mi vida de antes. Estoy separado de mi esposa. He de decirle que oculté muchas cosas en mi correspondencia con usted temiendo que si se enteraba de la amarga realidad de mi matrimonio tuviese usted un peor concepto de mí. No habré de molestarlo con los detalles de mi escapada a este lugar pues es una triste historia y me apena recordarla. Soy como el gato escaldado que del agua fría huye lo cual no es para jactarse pero baste decir que he aprendido la lección. Ya está bien de este tema le hablaré en cambio del presente y del futuro. No tengo intención de seguir buscando oro aunque West Canterbury anda sobrada de colorado y los hombres están amasando fortunas a diario. No pienso seguir prospectando y que me vuelvan a robar mi fortuna. En cambio voy a probar suerte con el negocio de la madera. He entablado una magnífica relación con un hombre maorí llamado Terou Tow-Faray. En su idioma natal este nombre significa «Casa Cien de los Años». ¡Qué nombres tan sosos tenemos los británicos en comparación con estos! Me suena a que podría ser el verso de un poema. Tow-Faray es un salvaje de alma noble de primera categoría y cada vez somos más amigos. Confieso que me levanta los ánimos volver a estar en compañía de hombres.

Suyo, etc.,
CROSBIE WELLS

DIGNIDAD INHERENTE

En el que Emery Staines visita a Anna Wetherell en el hotel Gridiron, donde, después de un preámbulo, le ruega que le narre su versión de la huida de Crosbie Wells; y Anna, espoleada su curiosidad por la urgencia y la franqueza de su petición, no ve ninguna razón para negarse a relatarle la historia de principio a fin

Emery Staines no reconoció el vestido que llevaba Anna como uno de los cinco que le habían encargado que protegiese, pistola en mano, la tarde del 12 de mayo en el hotel Hawthorn. Sí que le pareció, nada más verla, que la prenda le quedaba un poco rara —era evidente que se había confeccionado para una mujer mucho más pechugona que ella—, pero desechó el pensamiento tan pronto como le vino a la cabeza. Se saludaron cordialmente, aunque con cierto titubeo, y tras una incómoda pausa Anna lo invitó a entrar al salón, donde se sentaron en las rectas sillas que había frente al hogar.

—Señorita Wetherell —dijo en el acto Staines—, hay algo que me gustaría preguntarle..., una pregunta terriblemente impertinente..., y, por favor, deme con la puerta en las narices si... si no quiere responder..., si no quiere darme ese gusto, mejor dicho..., por la razón que sea.

—Bueno —dijo Anna y a continuación cogió aire, como para prepararse para lo que pudiera venir, y apartó la vista.

—¿Qué sucede? —preguntó Staines, dando un paso atrás.

Anna se levantó bruscamente de su silla y cruzó la habitación; se detuvo unos instantes y respiró hondo, con el rostro vuelto hacia la pared.

—Es una tontería —dijo con voz emocionada—. Es una tontería. No me haga caso. Enseguida se me pasa.

Staines también se había levantado, atónito.

—¿La he ofendido? Lo siento en el alma si es así..., pero ¿qué le ocurre? ¿Qué puede ser?

Anna se enjugó el rostro con la mano.

—No es nada —dijo, todavía sin darse la vuelta—. Me ha sorprendido, nada más..., pero la tonta fui yo al pensar que podría ser de otra manera. Usted no tiene la culpa.

—¿A qué sorpresa se refiere? ¿Qué podría ser de otra manera?

—Nada, es solo que usted...

—¿Sí? Dígamelo, por favor..., para que pueda repararlo. Por favor.

Anna se serenó al fin y se dio la vuelta.

—Pregunte si quiere —dijo, logrando esbozar una sonrisa.

—¿Seguro que se encuentra bien?

—Seguro. Pregunte, por favor.

—Bueno, bien —dijo Staines—. Ahí va. Tiene que ver con un hombre llamado Crosbie Wells.

La expresión de desdicha de Anna mudó en una de espanto.

—¿Crosbie Wells?

—Es amigo de los dos, creo. Al menos..., es decir..., al menos cuenta con mi lealtad; y tengo la impresión de que también con la suya.

Anna estudió su rostro durante un momento.

—¿De qué lo conoce? —preguntó al fin.

—No se lo puedo decir con exactitud —dijo Staines—. Me pidió que lo mantuviera en secreto..., su paradero, quiero decir, así como las circunstancias en que nos conocimos. Pero mencionó su nombre en relación con una pepita de oro, con un hombre llamado Francis Carver y con no sé qué robo; y si no me considera demasiado impertinente (que lo soy, sé que lo soy), me encantaría escuchar toda la historia. No puedo decir que sea cuestión de vida o muerte, porque no lo es, y no puedo decir que el hecho de que yo lo sepa vaya a tener ninguna consecuencia, porque, de veras, no la tiene; es solo que he entablado una especie de relación con el señor Carver... Fui un necio al aceptar; eso lo sé ahora..., y tengo la sensación, la horrible sensación, de que me equivoqué con él; de que en realidad es un maleante.

—¿Está aquí? —preguntó Anna—. Crosbie. ¿Está en Hokitika?

—Me temo que no se lo puedo decir —dijo Staines.

Las manos de Anna se desplazaron a su vientre.

—No hace falta que me diga dónde está. Pero necesito que le transmita un mensaje. Un mensaje importante... de mi parte.

EL ASCENDENTE

En el que Te Rau Tauwhare se niega a mencionar el nombre de Francis Carver a Crosbie Wells, menos aún a describir las circunstancias de su breve encuentro de un mes antes, omisión debida en partes iguales a una naturaleza profundamente reservada y a cierta astucia en lo que al beneficio económico se refiere; la próxima vez que vea a Francis Carver, piensa Tauwhare, le será fácil sacarle un chelín, incluso más

Crosbie Wells había comprado cuatro cristales para una ventana de cuarterones, pero todavía le faltaba cortar el agujero y montar el alféizar; por el momento, los cristales estaban apoyados contra la pared, reflejando, tenuemente, la parpadeante luz de la lámpara y la rejilla cuadrada del fogón.

—Conocí a un hombre que perdió un brazo en las inundaciones de Dunstan —estaba diciendo Wells. Estaba tumbado sobre su cabezal, con una botella de licor sobre el pecho; Tauwhare estaba sentado enfrente, con su botella entre las manos—. Lo pillaron los rápidos, ¿sabes?, y el brazo se le quedó atrapado y no se lo pudieron salvar. Tenía un nombre de lo más corriente. Smith o Stone o algo así. En fin, el caso es que después hablaba del asunto, del incidente, y su verdadero pesar, decía, era que el brazo que había perdido estaba tatuado. El dibujo era un barco de aparejo de corbeta..., un regalo que se había hecho a sí mismo, después de doblar el Cuerno..., y lo fastidiaba sobremanera haberlo perdido. No sé por qué, pero me quedé con la historia. Perder un tatuaje. Le pregunté si no podía, sencillamente, tatuarse el otro brazo, pero tuvo una reacción extraña. Eso jamás, dijo. Eso jamás.

—Es doloroso —dijo Tauwhare—. *Ta moko.*

Wellsladeó la cabeza para mirarlo.

—¿Alguna vez te pasa que te impresiona verte a ti mismo? Quiero decir, cuando llevas una temporada sin acercarte a un espejo, ¿te olvidas de cómo eres?

—No —dijo Tauwhare—. Nunca. —Su rostro estaba en sombra; la luz de la lámpara resaltaba los surcos de alrededor de la boca, dotando a su expresión de un aspecto acerado, solemne.

—Creo que yo sí me olvidaría.

—Tenemos un dicho. *Taia a moko hei hoa matenga mou.*

—Le corté la cara a un hombre con un machete —dijo Wells, sin quitarle la vista de encima—. Le hice una cicatriz. Justo aquí. Del ojo a la boca. Sangró a más no poder. ¿La tuya también?

—Sí.

—¿Alguna vez has matado a un hombre, Tauwhare?

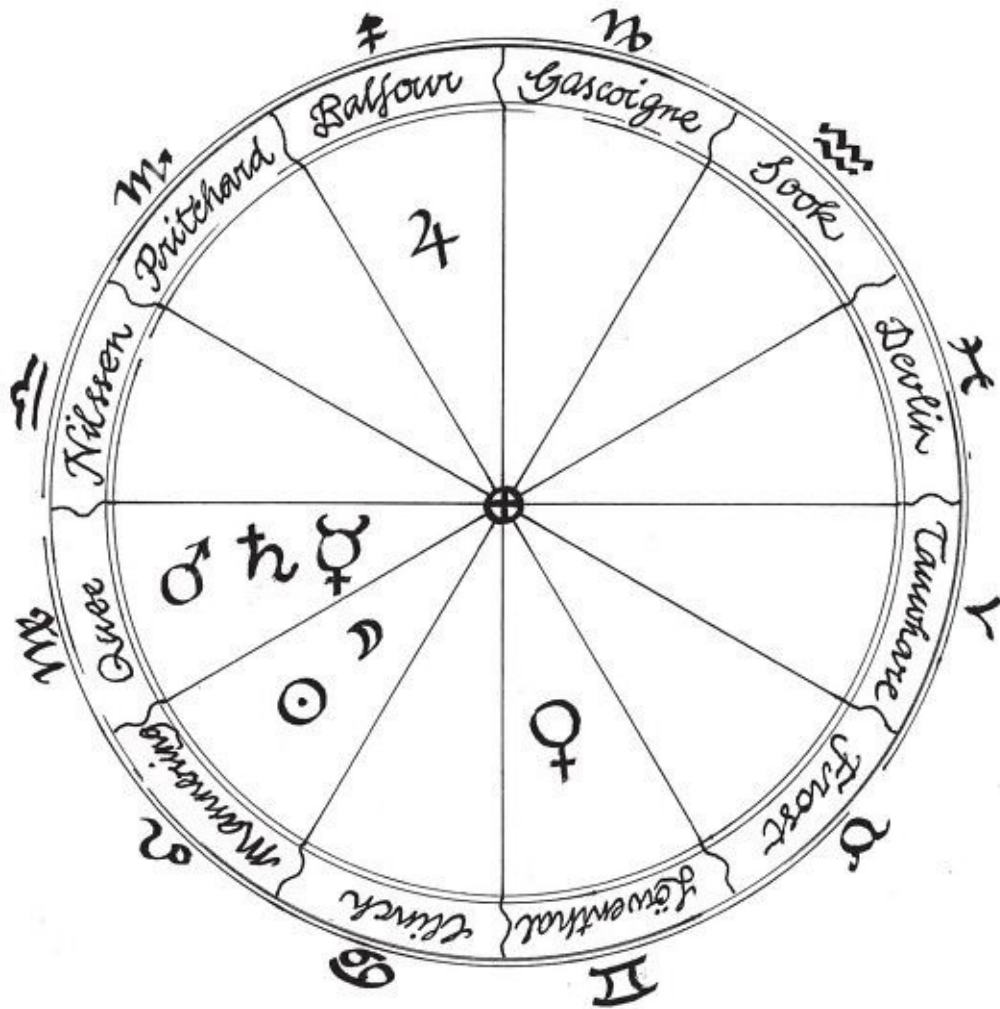
—No.

—No —dijo Wells, volviéndose de nuevo hacia su botella—. Yo tampoco.

Octava parte
La verdad sobre la Aurora

22 de agosto de 1865

42° 43' 0" S / 170° 58' 0" E



SATURNO EN VIRGO

En el que Quee Long eleva una queja ante la justicia, y George Shepard, cuyo odio personal a Sook Yongsheng ha aumentado, con el paso del tiempo, hasta abarcar a todos los hombres chinos, se niega a atenderlo, injusticia que no le produce, ni en ese momento ni después, el menor escrúpulo

—No entiendo lo que dice.

Ah Quee suspiró. Señaló por tercera vez su contrato, que estaba entre ambos sobre el escritorio de Shepard. En la casilla que llevaba la leyenda «Lugar actual de empleo» estaba escrita la palabra «Aurora».

—Improductiva —explicó—. La Aurora es una concesión improductiva.

—La Aurora es una concesión improductiva, y usted explota la Aurora, sí. Hasta ahí lo entiendo.

—Mannering. Mannering convierte la mina improductiva en productiva.

—Mannering convierte la mina improductiva en productiva —repitió Shepard.

—Muy bien —dijo Ah Quee, asintiendo con la cabeza—. Muy malo.

—¿En qué quedamos: hace bien o es muy malo?

Ah Quee frunció el ceño.

—Es un hombre muy malo.

—¿Cómo convierte la mina improductiva en productiva? ¿Cómo? ¡Cómo!

Ah Quee cogió su monedero y se lo enseñó. Con movimientos muy pausados, para que Shepard se enterase bien, extrajo un penique de plata, que después trasladó a su bolsillo izquierdo. Esperó un momento, y después cogió el penique de su bolsillo y lo devolvió a su monedero, como antes.

Shepard suspiró.

—Señor Quee. Veo que su contratación no vence hasta dentro de unos años; mi paciencia, sin embargo, venció hace unos minutos. No tengo ni los medios ni las ganas de emprender una investigación de las finanzas del señor Mannering a partir de un soplo mal articulado. Le sugiero que vuelva a la Aurora y se considere afortunado por tener siquiera trabajo.

JÚPITER EN SAGITARIO

En el que Alistair Lauderback, habiendo anunciado oficialmente su intención de presentarse al escaño de Westland del Cuarto Parlamento de Nueva Zelanda, ambición que, además de promover su ya ilustre carrera política, habrá de llevarlo desde los Alpes hasta el mismo Westland en los meses sucesivos, concediendo a su hermano bastardo la entrevista tanto tiempo anhelada por este, se concentra ahora en cuestiones prácticas, o, más exactamente, ruega a un antiguo socio que se concentre en cuestiones prácticas en su nombre, esto es, en nombre de Lauderback

Akaroa, 22 de agosto

Mi querido Tom:

Supongo que ya sabrá de mi ambición de presentarme al escaño de Westland; pero por si acaso esta noticia fuese una sorpresa para usted, he incluido aquí un artículo del *Lyttelton Times* que explica mi decisión, y las razones que me han llevado a ella, en más detalle del que por falta de tiempo puedo referir en esta carta. Puede estar seguro de que estoy deseoso de ver los bellos paisajes de West Canterbury con mis propios ojos. Tengo pensado llegar a Hokitika el 15 de enero, cálculo este que dependerá del clima, ya que voy a hacer el viaje por tierra, en vez de por mar, a fin de seguir e inspeccionar la futura carretera de Christchurch. Prefiero viajar ligero de equipaje, como sabe; he dispuesto que se traslade un baúl con mis efectos personales desde Lyttelton a finales de diciembre. ¿Podría el *Virtue* recoger el baúl en Dunedin antes de zarpar el 10 de enero, y llevarlo hasta la Costa? Siendo como soy forastero en West Canterbury, defiero a su experiencia en todo lo relativo a alojamiento, comidas, alquiler de coches, clubes sociales, etc. Confío plenamente en su buen gusto y en su competencia.

Lo saluda atentamente,
A. LAUDERBACK

LUNA EN LEO, NUEVA

En el que Mannering, mientras lleva a Anna a Kaniere, percibe en ella una cualidad nueva, una dureza, una suerte de distancia; observación que lo mueve, en su fuero interno, a la compasión, si bien cuando rompe a hablar, unas tres millas después, no es para consolarla, pues durante el recorrido también en él se ha fraguado una nueva dureza

—La desdicha no sirve de nada. La desdicha es mala para los negocios, sea cual sea el negocio. Nadie apuesta a su favor, y nadie apuesta en su contra... y en nuestra profesión es o lo uno o lo otro. ¿Lo entiendes?

—Sí —dijo Anna—. Lo entiendo.

La estaba llevando al Barrio Chino, donde los esperaba Ah Sook con su resina y su pipa.

—Jamás han asesinado a ninguna de mis chicas, y jamás han molido a palos a ninguna.

—Lo sé.

—Así que puedes confiar en mí —dijo él.

SOL EN LEO

En el que Staines se confía a Mannering hasta el punto de que admite su arrepentimiento por el aval que contrató con el señor Francis Carver, explicando que la opinión inicial que se formó del carácter y la historia de Carver era y es crasamente errónea, siendo ahora su opinión que Carver es un maleante de marca mayor, y que no merece en absoluto que le vaya bien; a lo cual Mannering, riéndose entre dientes, propone una solución que a fuer de vil tiene algo de emocionante

—Solo hay un delito de importancia en un yacimiento de oro —dijo Mannering a Staines mientras avanzaban a zancadas por la maleza en dirección a la linde sur de la concesión Aurora—. No se caliente la cabeza pensando en si se trata del asesinato, el robo o la traición. No: la madre de todos los delitos es el fraude. El fraude se recochina de las esperanzas del minero, y el único bien de un minero son sus esperanzas. El fraude al minero puede ser de dos tipos. Inflar una concesión es el primero. Decir que una mina es improductiva es el segundo.

—¿Cuál se considera más grave?

—Depende de a qué le llame grave —dijo Mannering, apartando una vid de un manotazo—. Si inflas una concesión y te pillan, lo mismo te asesinan mientras duermes; si dices de una mina que es improductiva, lo más probable es que te muelan a palos. A sangre fría o en caliente: al gusto de cada cual.

Staines sonrió.

—¿De modo que voy a hacer negocios con un hombre de sangre fría?

—Decídalo usted mismo. —Mannering extendió el brazo—. Aquí está: la Aurora.

—Ah —dijo Staines, deteniéndose a su lado. Los dos estaban jadeando ligeramente por el paseo—. Vaya..., está muy bien.

Contemplaron juntos el terreno. Staines vio a un hombre chino que estaba en cuclillas a unas trescientas yardas de distancia, cogiendo su batea.

—¿Qué sería lo contrario de un «pasaje a casa»? —dijo Mannering al poco rato—. ¿Un «pasaje de irás y no volverás»? ¿Un «dale un palo al señor Carver»?

—¿Quién es ese de ahí?

—Es Quee. Seguirá trabajando aquí.

Staines bajó la voz.

—¿Y él lo sabe?

Mannering se rio.

—¿Que si lo sabe? ¿Qué acabo de decirle? No me hace mucha gracia la idea de que me asesinen mientras duermo, gracias.

—Supongo que a este hombre le debe de parecer un asunto de lo más triste.

—No tengo la menor idea de lo que piensa este hombre —dijo Mannering con desprecio.

OTRO TIPO DE AMANECER

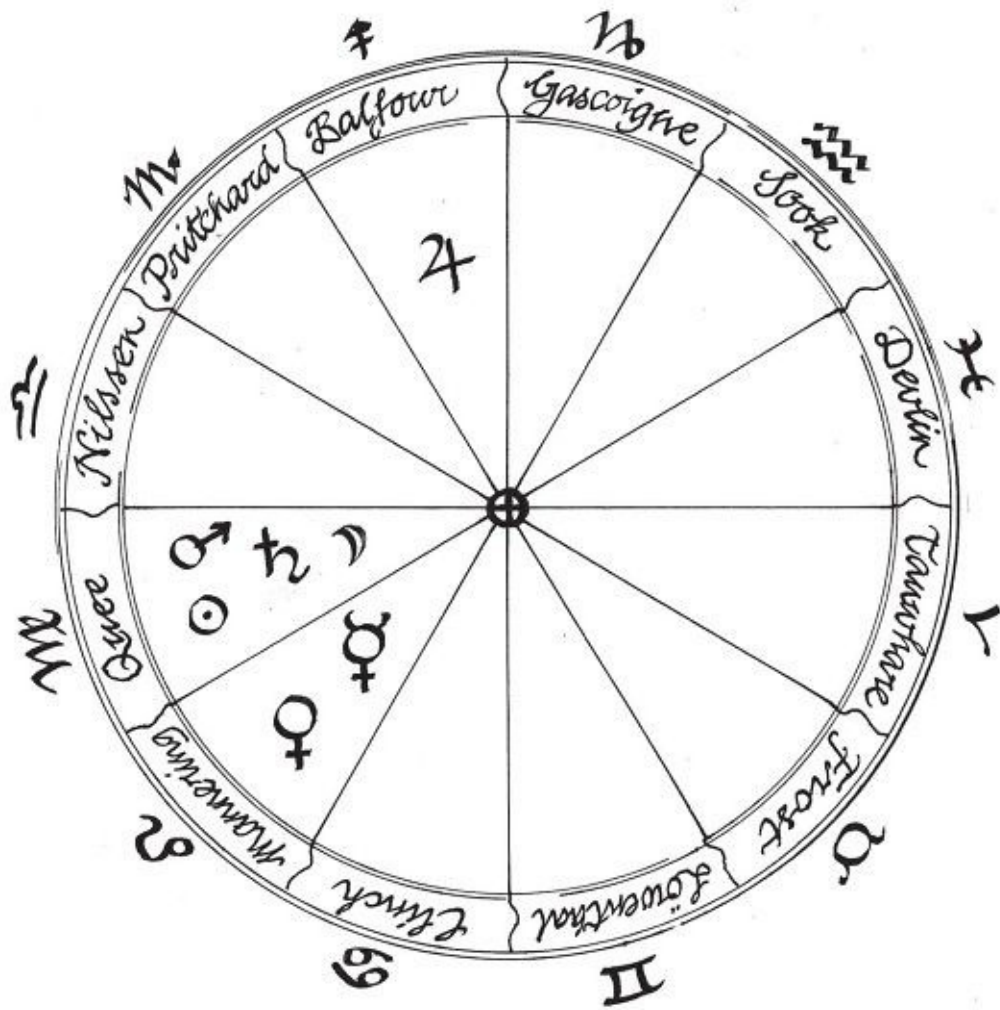
En el que Ah Quee, poniendo las manos sobre la curva blindada del corpiño de Anna, hace un curioso descubrimiento, cuya plena importancia no habrá de apreciar hasta ocho días después, cuando la rotación completa de los cuatro vestidos de muselina de Anna le haya dado una idea de la magnitud de las riquezas que contienen, sin contar, claro está, el oro contenido en el vestido de seda naranja, que Anna jamás luce cuando va a Kaniere

Anna estaba tumbada, completamente inmóvil, mientras Ah Quee recorría su vestido con las manos. Dio golpecitos con los dedos a cada parte de su corsé, palpó cada volante, cogió el dobladillo lastrado y fue deslizándolo entre sus manos. Era como si su metódico tacto se anclara en el tiempo y en el espacio; tenía la sensación de que era imprescindible que Ah Quee tocara cada parte de la prenda antes de tocarla a ella, y esta certeza la llenaba de una calma lúcida y poderosa. Cuando Ah Quee pasó el brazo por debajo de sus hombros para darle la vuelta, obedeció sin rechistar, llevándose a la boca sus manos flácidas, como un bebé, y volviendo el rostro hacia el pecho de Ah Quee.

Novena parte
Tierra mudable

20 de septiembre de 1865

42° 43' 0" S / 170° 58' 0" E



LUNA EN VIRGO, CRECIENTE

En el que Ah Quee llena de carbón su caldera, con intención de fundir lo último que queda del oro extraído del vestido de Anna y de grabar las barras fundidas con el nombre de la mina en la que está contratado, la Aurora; y Anna, mientras duerme, masculla sílabas angustiadas y se lleva la mano a la mejilla, como queriendo restañar una herida

Cuando Anna se despertó, era de mañana. Ah Quee la había trasladado hasta un rincón de su choza. Le había colocado una manta doblada bajo la mejilla, y la había tapado con una capa de lana, la suya propia. Anna supo nada más despertar que había estado hablando en sueños, pues se sentía sofocada e inquieta, y en exceso caliente; su cabello estaba húmedo. Ah Quee aún no había advertido que se había despertado. Anna permaneció inmóvil y lo observó mientras trajinaba con el desayuno, se estudiaba las uñas, asentía con la cabeza, tarareaba y se doblaba para remover las ascuas.

SOL EN VIRGO

En el que Emery Staines, a quien Crosbie Wells, llevado por la confianza y lealtad recíprocas de las que ambos se han hecho depositarios, ha narrado toda la historia de su traición a manos de Francis Carver, decide de un momento a otro falsificar el informe trimestral, borrando todas las pruebas de la bonanza de los registros de la mina y olvidándose por completo al hacerlo del resuelto trabajador Quee, quien, conforme a protocolo, y a pesar de las circunstancias de su contrato, merece una bonificación

Emery Staines, nada más llegar al puesto del campamento, se sorprendió al ver que la caja fuerte de la Aurora tenía una bandera, lo cual significaba que había habido rendimientos. Solicitó al escolta del oro que abriese la caja. En su interior había un perfecto entramado de barras de oro fundido. Staines cogió una de las barras.

—Si le pidiera que se diese la vuelta por un momento mientras yo traslado el contenido de esta caja a otro lugar, ¿cuál sería su precio?

El escolta se lo pensó unos instantes, recorriendo el cañón de su rifle con los dedos.

—Lo haré por veinte libras. Esterlinas. No puras.

—Le daré cincuenta —dijo Staines.

UN ECLIPSE DE SOL PARCIAL

En el que Emery Staines viaja al valle Arahura, zurrón en mano, con intención de enterrar la bonanza y ponerla así a buen recaudo durante una temporada en un terreno reservado para uso maorí, ya que no ha tenido en cuenta la posibilidad de que Francis Carver quizá regrese pronto de Hokitika para investigar por qué la mina Aurora, una inversión tan prometedora, se ha vuelto improductiva

En la mata de lino que le llegaba a la altura del hombro, un tui agachó la cabeza y emitió su ruidoso canto..., que a oídos de Emery Staines sonó como si alguien arrastrase un palo sobre unas estacas a la vez que una flauta de juncos tocaba una melodía. ¡Qué sonido tan maravillosamente extraño! Alargó la mano y tocó las cerosas hojas del lino, reparando con deleite en los vívidos colores: por los bordes, un morado que se iba disolviendo hasta llegar al verde blanquecino del centro mismo de la hoja.

El tui batió sus alas y salió volando, y se hizo el silencio. Staines se agachó y cogió las barras fundidas. Las depositó cuidadosamente al fondo del agujero que había cavado. Una vez enterradas, dispuso por encima varias piedras planas en un orden que estaba seguro de que reconocería, y después borró sus huellas con el pie.

PAPA-TU-A-NUKU

En el que, más o menos a media milla río abajo del lugar donde se acaba de enterrar el oro, Crosbie Wells y Tauwhare se disponen a comer hangī, una carne que se cocina en un agujero cubierto de tierra y a la que, una vez excavada, se le quitan las hojas que la envuelven, para brindar un esponjoso festín que conserva el sabroso olor a humo y tanino y los condimentos ricos y arcillosos del barro

—Lo que quiero decir es que no tiene nada de especial. Vosotros con vuestra piedra verde, nosotros con nuestro oro. Lo mismo podría ser al revés. La fiebre de la piedra verde, podríamos llamarla. Una fiebre verde, podríamos decir.

Tauwhare reflexionó sobre esto, sin dejar de masticar. Al cabo de un momento tragó y movió la cabeza.

—No —dijo.

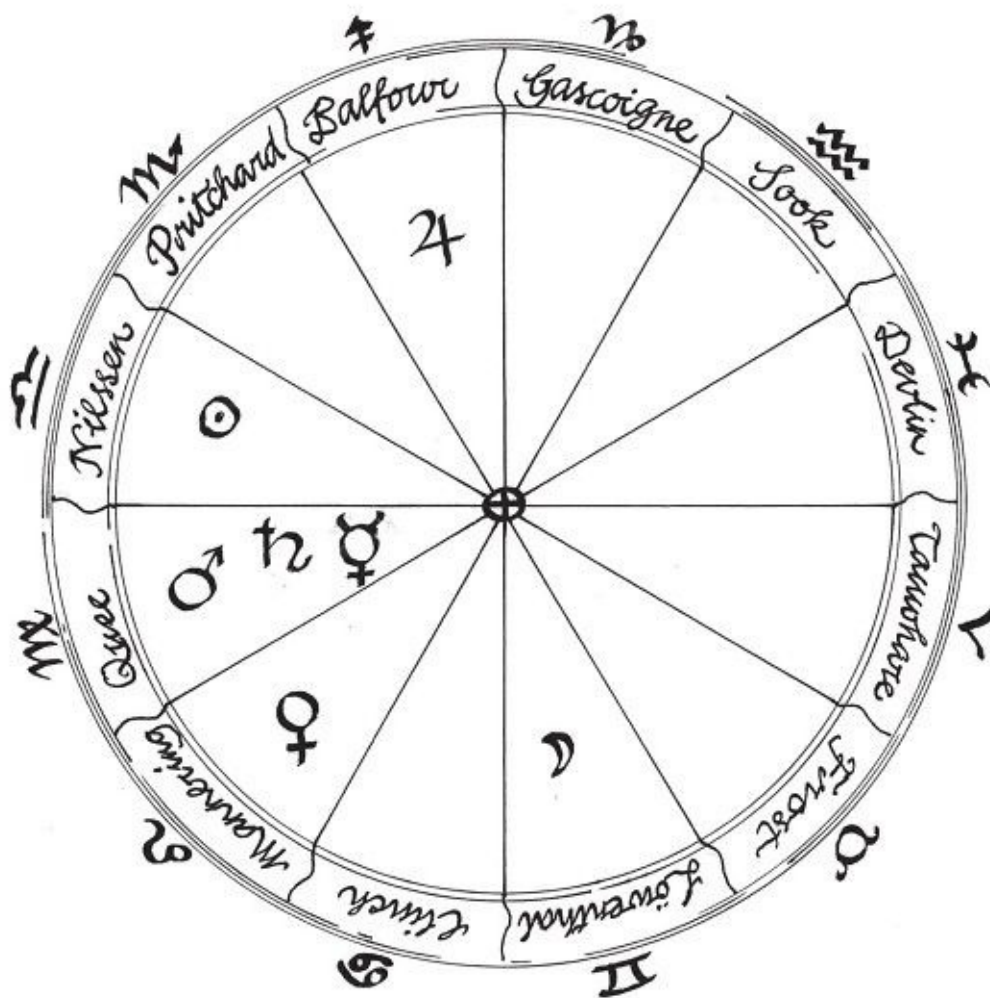
—No hay ninguna diferencia —insistió Wells, alargando la mano para coger otro trozo de carne—. Puede que no te guste..., pero tienes que admitir que no hay ninguna diferencia. Un mineral u otro, nada más. Una piedra u otra.

—No. —Tauwhare parecía enfadado—. No es lo mismo.

Décima parte
Cuestiones de sucesión

11 de octubre de 1865

42° 43' 0" S / 170° 58' 0" E



DETRIMENTO

En el que Anna Wetherell, que recuerda con claridad doliente y asqueada la agresión ocurrida en el tocador de la Casa de los Mil Deseos de Dunedin la noche del 12 de mayo, y a quien el recuerdo de esta agresión entristece a diario con una tristeza que no mengua por mucho que sepa que su connivencia, aun siendo tácita, ayudó a un hombre inocente a escapar indemne, se sorprende al ver aparecer al hombre desfigurado en persona, y, en un momento de debilidad, se deja llevar

Francis Carver iba cabalgando hacia el interior por la carretera de Kaniere cuando divisó una figura familiar al borde de la carretera. Tiró de las riendas, bajó del caballo y se acercó a la joven, fijándose en que caminaba con paso vacilante y en que tenía la cara muy sofocada. Estaba sonriendo.

—Se escapó —farfulló—. Yo lo ayudé.

Carver se acercó más. Le colocó un dedo debajo de la barbilla y se la levantó.

—¿Quién?

—Crosbie.

Carver se puso tenso en el acto.

—Wells. ¿Dónde está?

Anna tragó saliva; de repente, parecía asustada.

—¿Dónde? —Carver se apartó y le propinó una sonora bofetada—. Responde. ¿Está aquí?

—¡No!

—¿En Otago? ¿En Canterbury? ¿Dónde?

Desesperada, Anna se dio la vuelta para salir corriendo. Carver la cogió del hombro y tiró de ella..., pero justo entonces se oyó un disparo en las inmediaciones...

—¡Soo! —gritó Carver al caballo a la vez que la hacía girar...

Y el animal se encabritó...

CAÍDA

En el que Anna Wetherell cuenta una mentira para proteger a Crosbie Wells, intentando, con este tardío acto de lealtad, expiar una traición anterior, cuyo recuerdo parcial cambia y se desvanece, indeciso, debido a que su cabeza ha sufrido un triple ofuscamiento: una vez a causa del opio, otra de la violencia y por último del láudano administrado por el doctor Gillies a fin de prepararla para una desdichada intervención, durante la cual Anna sollozó, gruñó y se arañó a sí misma, angustiándose tanto que el doctor Gillies se vio obligado a pedir ayuda para contenerla, y Löwenthal, por lo común un hombre de cierta fortaleza en momentos de dolor o turbulencia, lloró sin contenerse mientras le agarraba las manos

Cuando Anna abrió los ojos, Löwenthal estaba de pie a su lado, con un paño blanco en una mano y un frasco de láudano en la otra; junto a él estaba Edgar Clinch, pálido como la cal.

—Está despierta —advirtió Clinch.

—Anna —dijo Löwenthal—. Anna. Querida.

—Mm... —se quejó ella.

—Cuéntenos qué ha pasado. Cuéntenos quién fue.

—Carver —dijo Anna con voz pastosa.

—¿Sí? —la animó Löwenthal, arrimándose.

No debía traicionar a Crosbie Wells. Había jurado que no lo traicionaría. No debía mencionar su nombre.

—Carver... —repitió. La cabeza le daba vueltas.

—¿Sí?

—... era el padre —dijo Anna.

EL DESCENDIENTE

En el que Emery Staines, al enterarse por boca de Benjamin Löwenthal de la agresión sufrida por Anna, ensilla al punto su caballo y se dirige al valle Arahura con la mandíbula tensa y los ojos escocidos por las lágrimas; ambas cosas, señales externas de un trastorno emocional para el que, en el transcurso de su viaje al norte, no admite que haya una verdadera causa, y que aún menos intenta formular, en la medida en que las emociones fuertes no pueden ser inmediatamente formuladas ni entendidas por quien las padece, que, en este caso, había quedado tan consternado por el sincero informe de Löwenthal de las lesiones sufridas y por la sangre que caló su delantal de impresor del pecho a la cadera, que olvidó su monedero y su sombrero en los establos, y al partir casi embistió a Harald Nilssen cuando este salía de la ferretería de Tiergreen con una bolsa de papel debajo del brazo

Wells abrió la puerta. Ahí, en el umbral, doblado, estaba Emery Staines.

—El bebé ha muerto —sollozó—. Su bebé ha muerto.

Wells lo ayudó a entrar y escuchó la historia. Después fue a por una botella de brandy, sirvió un vaso a cada uno, lo apuraron de un trago, sirvió otro, lo apuraron, sirvió un tercero.

—Le daré la mitad —dijo Staines cuando la botella ya estaba vacía—. Lo compartiré con ella. Tengo una fortuna, una fortuna secreta. La desenterraré.

Wells lo miró fijamente.

—¿Cuánto es la mitad? —dijo al cabo de un rato.

—No sé —masculló Staines—, supongo que tal vez dos mil. —Puso la cabeza sobre la mesa y cerró los ojos.

Wells cogió un bote de hojalata del anaquel, lo abrió y sacó una hoja de papel en blanco y una pluma. Escribió:

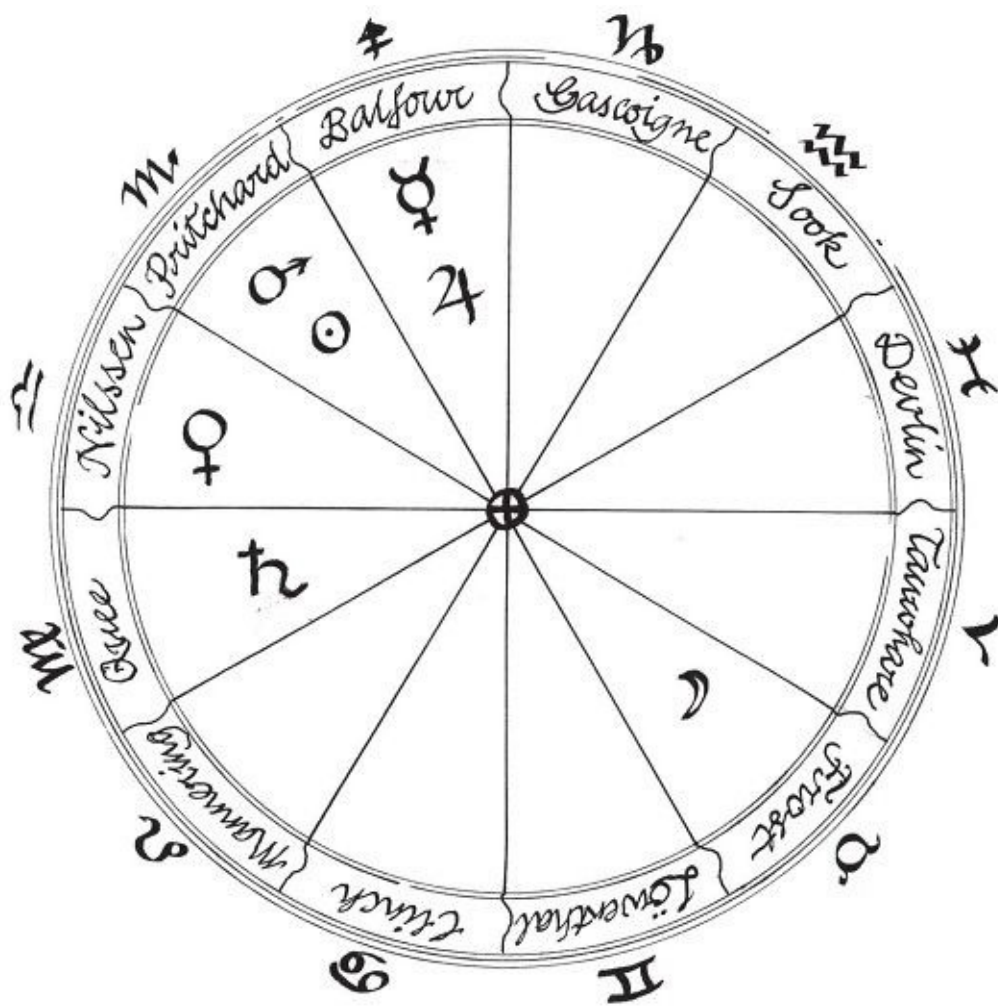
En el día de hoy, a 11 de octubre de 1865, el SEÑOR EMERY STAINES, natural de Nueva Gales del Sur, se compromete a pagar la cantidad de dos mil libras a la SEÑORITA ANNA WETHERELL, natural de Nueva Gales del Sur, en presencia del SEÑOR CROSBIE WELLS.

—Ya está —dijo Wells. Firmó su nombre y le pasó la hoja a Staines—. Firme. Pero el chico se había dormido.

Undécima parte
Orión se pone cuando sale Escorpión

3 de diciembre de 1865

42° 43' 0" S / 170° 58' 0" E



LUNA EN TAURO (LÍMITE DE ORIÓN)

En el que Anna Wetherell, absorta en sus pensamientos, hace recuento de sus obligaciones, expresa esta que la sume en tal desconsuelo que su mente aparta la mirada, por así decirlo, en busca de un tema distinto y más liviano, posándose, inevitablemente, sobre la figura sonriente y luminosa de Emery Staines, cuya buena opinión ha llegado a desear por encima de cualquier otra (deseo que se frustra tantas veces como se formula), a sabiendas de que la situación de Staines es cien mil veces superior a la suya y de que su porvenir es tan brillante y multiforme como oscuro y limitado es el suyo, y suponiendo que la estima en que él la tiene es asimismo la contraria, es decir, exactamente la opuesta de la que ella le dispensa, creencia esta que sostiene a pesar de que Staines ha ido a verla en tres ocasiones desde que se recuperó y de que la ha obsequiado con una botella de brandy andaluz, la última botella de su categoría de todo Hokitika, aunque cuando Anna la cogió él se afligió de repente y le rogó que se la devolviera y le permitiese regresar con un regalo más apropiado, a lo cual ella repuso, sinceramente, que la halagaba mucho que le diese un regalo que no pretendía ser apropiado, y que además era la última botella de su categoría en todo Hokitika y, por ello, mucho más rara y singular que cualquier otro detallito o baratija que hubiera recibido hasta entonces.

La deuda de Anna con Mannering se había duplicado en el último mes. ¡Cien libras! Tardaría una década en devolver tamaña suma, incluso puede que más, teniendo en cuenta las tasas de usura y el coste del opio y el hecho de que el valor mismo de Anna, inevitablemente, iría en descenso. Su aliento había empañado la esquina de la ventana: alargó la mano para tocarla. Había un retazo de algo en su cabeza, una máxima: «Una mujer que cae no tiene futuro; un hombre que asciende no tiene pasado». ¿La había oído en algún sitio? ¿O la había compuesto ella?

SOL EN ESCORPIO

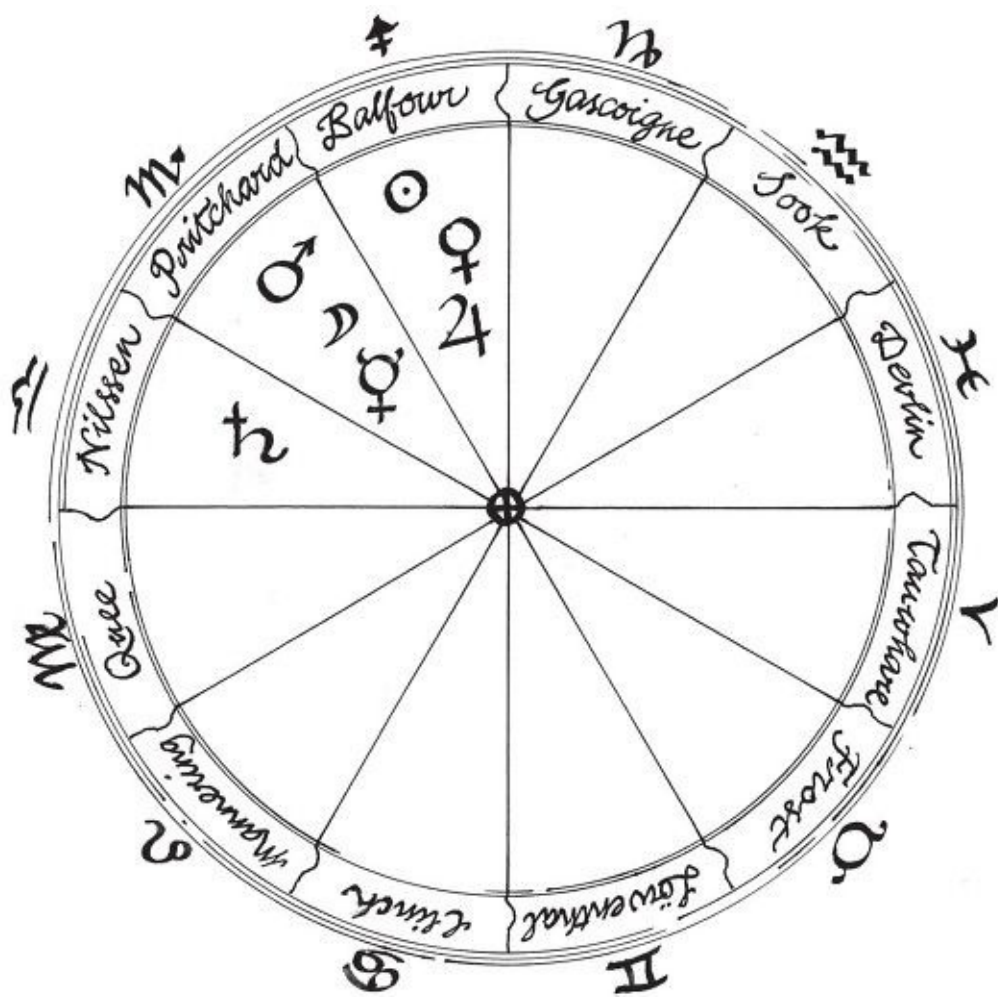
En el que Emery Staines, absorto en sus pensamientos, duda de sus propias intenciones, habiendo aceptado de buen grado, en virtud de su natural franqueza, la realidad de su deseo, la realidad de su disfrute y la facilidad con que puede obtener placer; emociones estas que no le producen la menor vergüenza pero que no obstante le dan que pensar, pues cree en, a pesar de la diferencia de rango entre ambos, cierto vínculo con Anna Wetherell, un lazo en virtud del cual se siente menos, que no más, completo, en el sentido de que la naturaleza de Anna, al ser opuesta y a la vez acorde con la suya, parece iluminar aquellos aspectos internos de su carácter que su conducta externa no traiciona o no puede traicionar, dejándolo con la sensación de que está partido por la mitad y duplicado o, en otras palabras, duplicado cuando está en presencia de Anna y partido por la mitad cuando no, y en consecuencia empieza a dudar de repente de esas cualidades de franqueza y campechana curiosidad que habitualmente lo habrían impulsado a actuar sin dudas ni demora; reflexiones que a menudo se ven interrumpidas por un comentario de Joseph Pritchard —«De no ser por su deuda y por su dependencia, se le habrían propuesto un montón de hombres»—, que le viene una y otra vez, de manera incómoda e invariable, a la cabeza

Quizá podría comprarla para pasar la noche. A la mañana siguiente, la llevaría al valle Arahura, donde le enseñaría la fortuna que había enterrado. Podría explicarle que pensaba darle exactamente la mitad. ¿Frustraría el objetivo de su obsequio el hecho de haber pagado ya por el placer de su compañía? Quizá. Pero ¿sería capaz de soportar que otros hombres la conocieran de una manera en la que él, Staines, no la conocía? No lo sabía. Estrujó una hoja con la mano, y después se llevó la palma a la nariz, para oler los jugos.

Duodécima parte
La Luna vieja en brazos de la Luna joven

14 de enero de 1866

42° 43' 0" S / 170° 58' 0" E



LAS LUMINARIAS

En el que se compra a Anna Wetherell para pasar la noche, Alistair Lauderback cabalga para reunirse con su hermano bastardo, una pista dirige a Francis Carver hacia el valle Arahura, Walter Moody desembarca en tierra de Nueva Zelanda, Lydia Wells hace girar su rueda de la fortuna, George Shepard se sienta en la cárcel con el rifle cruzado sobre el regazo, se abre un cajón de mercancías en el muelle Gibson, los amantes yacen juntos, Carver abre una ampolla de láudano, Moody vuelve el rostro hacia cielos desconocidos, los amantes se duermen, Lauderback ensaya su disculpa, Carver se topa con la fortuna excavada, Lydia hace girar su rueda de nuevo, Emery Staines despierta y se encuentra con que la cama está vacía, Anna Wetherell, buscando consuelo, enciende su pipa, Staines se cae y se da un golpe en la cabeza, Anna sufre una conmoción cerebral, Staines se adentra por la noche en drogada confusión, en conmocionada confusión Anna se adentra por la noche, Lauderback divisa la cabaña de su hermano desde la cresta, Crosbie Wells se bebe la mitad de la ampolla, Moody se registra en el hotel, Staines tropieza en el muelle Gibson y se desploma, Anna tropieza en la carretera de Christchurch y se desploma, se clava la tapa del cajón de mercancías, Carver echa un papelito al fogón, Lydia Wells ríe larga y alegremente, Shepard apaga su farolillo y el espíritu del ermitaño se separa, delicadamente, e inicia su lento ascenso, para encontrar su postrer morada entre las estrellas

—La noche de hoy será el comienzo.

—¿Lo ha sido?

—Lo será. Para mí.

—Mi comienzo fueron los albatros.

—Es un buen comienzo; me alegro de que sea el tuyo. La noche de hoy será el mío.

—¿Deberían ser distintos?

—¿Nuestros comienzos? Pienso que sí.

—¿Habrá más?

—Muchísimos más. ¿Tienes los ojos cerrados?

—Sí. ¿Y tú?

—Sí. Aunque está todo tan oscuro que casi da lo mismo.

—Siento... que soy algo más que yo.

—Siento... como si en mi corazón se hubiese abierto una nueva cámara.

—Escucha.

—¿Qué?

—La lluvia.

Agradecimientos

Agradezco mucho el apoyo y los ánimos de las siguientes personas y entidades: New Zealand Arts Foundation, herederos de Louis Johnson, Creative New Zealand, New Zealand Society of Authors, familia Taylor-Chehak, familia Schultz, Iowa Arts Foundation, Departamento de Inglés de la Universidad de Canterbury, Michael King Writers' Centre, Departamento de Inglés de la Universidad de Auckland, Facultad de Arte del Manukau Institute of Technology y de mis colegas y profesores del Taller de Escritura de Iowa. Tengo la gran suerte de haber sido acogida por Granta en Reino Unido, por Little, Brown en Estados Unidos y por Victoria University Press en Nueva Zelanda.

Este libro no es en absoluto un relato basado en hechos reales; no obstante, tengo una deuda de inspiración con el informe que hace Colin Townsend de la prisión de Seaview en *Misery Hill* y con la historia de las fiebres del oro de Nueva Zelanda de Stevan Eldred-Grigg, *Diggers, Hatters and Whores*. También estoy muy agradecida a la hemeroteca de la Biblioteca Nacional de Nueva Zelanda (paperspast.natlib.govt.nz), a los recursos exhaustivos y a veces hilarantes de www.astro.com y al trabajo de los astrólogos Stella Starsky y Quinn Cox. Para reflejar posiciones estelares y planetarias utilicé el mapa estelar interactivo de www.starandtelescope.com y también la aplicación para Mac de *Stellarium*.

Mi cariño y mi gratitud para Max Porter, Sara Holloway y Fergus Barrowman; Philip Gwyn Jones y Reagan Arthur; Caroline Dawnay, Olivia Hunt, Jessica Craig, Linda Shaughnessy, Sarah Thickett, Zoe Ross y Sophie Scard, y, por supuesto, Emma BorgesScott, Justin Torres, Evan James, Katie Parry y Thomas Fox Parry, cuya amistad y conversación inspiraron este libro de innumerables maneras. Mi más sincero agradecimiento también a XuChong Judy Guan, que tradujo secciones del libro a cantonés fonético; a Christine Lo, Sarah Bance, Ilona Jasiewicz y Anne Meadows, que ayudaron a revisar el manuscrito; a Barbara Hilliam, que tan hermosamente dibujó los mapas; a Philip Catton, que me explicó las estrellas, los planetas y el número áureo, y a Joan Oakley, que me envió las noticias de navegación desde el otro lado del mar.

Por último y sobre todo: a Steven Toussaint, que estuvo ahí en cada conjunción, cada oposición y cada amanecer; que fue lo más exterior y lo más interior; que tuvo fe en la relación, y compartió conmigo esa fe. No puedo cuantificar tu influencia. Gracias, Yo a Tú.

Notas

[1] En inglés, «celestials», nombre con el que se designaba en el siglo XIX a los emigrantes chinos en Canadá, Estados Unidos y Australia, procedente de la denominación de «Imperio Celeste» para China. *(N. de la T)*. <<

[2] «Came up tails», dice el mozo: juega con la ambigüedad de *tails*, que puede significar tanto «cruz» (de una moneda) como «culo», «relación sexual» o «mujer con la que se tiene una relación sexual». (*N. de la T.*) <<

[3] *Temperance* significa «abstinencia»; un «temperance hotel» es un hotel en el que no se sirven bebidas alcohólicas. (N. de la T). <<